

Por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.

R-122253
AUT
XIX
1897

LA

ESCLAVA DE SU DEBER.

MIGUEL GUIJARRO, EDITOR.

LA

ESCLAVA DE SU DEBER

(MEMORIAS DE ANTONIO PEREZ, SECRETARIO DE FELIPE II)

NOVELA HISTÓRICA

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

TOMO I.

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO
calle de Preciados, núm. 5.
1865.

Esta obra es propiedad de Miguel Guijarro, y nadie, sin su consentimiento, podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PRIMERA PARTE.

JUAN DE ESCOBEDO.

CAPITULO I.

El presbiterio de San Miguel.

Era uno de los últimos viernes de la Cuaresma de 1578.

Empezaba á oscurecer, y llovia y ventiscaba.

El mes de marzo, que suele ser en Madrid muy crudo, fué aquel año crudísimo.

Transitaba muy poca gente por las calles, á causa del frio, por la falta de alumbrado, que no se conocia en aquellos tiempos, y porque en cuanto empezaba á oscurecer, se cerraban las tiendas y las puertas de las casas.

Madrid quedaba entregado á los perros vagabundos, á los alcaldes de ronda, á los enamorados y á los ladrones.

Sin embargo, en la noche á que nos referimos, despues de haber oscurecido, se notaba un gran movimiento en la plazuela del Cordon, cerca de la iglesia de San Justo y San Miguel.

Este movimiento consistia en gran número de sillas de manos con sus servidumbres, que ocupaban la plazuela, en la cual habia además dos carrozas, y á la puerta de la iglesia una guardia de alabarderos suizos.

La causa de esto era, que la hermandad de las Benditas Animas

se habia empeñado en que predicase el docto confesor del rey, fray Diego de Chaves, religioso de Atocha, de la Orden de Predicadores, en que el rey habia querido oir la plática, y en que adonde va el rey va la córte, y donde va la córte hay animacion y ruido.

De aquí las carrozas, las sillas de manos, la gente lacayuna poblando la plazuela, y la guardia de alabarderos suizos á la puerta del templo.

Estaba este lleno hasta rebosar la gente por su gran puerta de piedra, que entonces era gótica, é imposible hubiera sido penetrar en el interior.

Penetremos, sin embargo, nosotros, y subamos hasta el presbiterio.

A la derecha, cerca del altar mayor, en un sillon de terciopelo blasonado con las armas reales, sencillamente vestido de negro, tendida la pierna derecha, á causa de la gota, sobre un escabel en que habia un almohadon, escuchando atentamente la oracion sagrada que fray Diego de Chaves pronunciaba con gran voz, gran reposo y amanerados recursos oratorios, estaba el señor rey don Felipe II.

Detrás del sillon real, contrastando con su lujo la simplicidad del traje del rey, á la izquierda y algo distraido, como si mas que en el sermon estuviese su pensamiento en otro asunto, se veia al señor Antonio Perez, secretario de Estado y del Despacho universal.

A la derecha del rey, tras él, estaba un señor grave, altivo, de mediana edad, vestido con un traje de terciopelo negro, con ferreruelo de lo mismo, y sin otro adorno que la venera de la Orden Teutónica del Toison de oro pendiente sobre el pecho de un cordon de seda, y sobre la ropilla, la cruz roja del hábito de la Orden de Caballería de Santiago apóstol.

Este personaje era don Pedro Fajardo, marqués de los Velez, adelantado ó capitan general de Andalucía, y caballerizo mayor del rey.

A espaldas del sillon, en segunda línea, detrás del secretario de Estado y del marqués de los Velez, estaban los gentileshombres, los camareros y los caballerizos de servicio.

La reina doña Ana de Austria no asistia á San Miguel, porque no podia duplicarse, y asistia con la otra mitad de la córte á vísperas, en la capilla del alcázar.

A ambos lados del rey, en una línea un poco avanzada, habia

En el momento en que presentamos á Escobedo á nuestros lectores, era secretario de Estado de don Juan de Austria, gobernador de Flandes.

No sabemos por qué el rey veia sañudo á aquel grupo; si porque la princesa miraba mas que á él á su secretario Antonio Perez, ó porque detrás de la princesa estaba el secretario de su hermano bastardo.

Ello es, que el inquisidor general don Gaspar de Quiroga, que conocia demasiado á su majestad, decia para sí, en vista de la espresion del semblante del rey:

—Algo grave y mas que grave va á suceder.

A la izquierda de la princesa, algo separada de ella, sentada en una silla de tijera, y no teniendo en torno suyo otra servidumbre que una dueña, un paje, un viejo criado y dos lacayos, habia una dama completamente vestida de negro, con los cabellos, las cejas y los ojos negrísimos, blanca y pálida hasta el punto de parecer un espectro: era una de esas fisonomías serenas, dulces, lánguidas, que revelan una gran pureza, y que enamoran de una manera mortal por la infinita armonía de la espresion y de la forma: su mirada tranquila, se dejaba sentir sin embargo incontrastable: su boca, un poco grande, pero escesivamente graciosa, entreabierta y suspirante, dejando entrever una admirable dentadura, parecia exhalar levemente el fuego de un alma volcánica.

Sus cabellos, prolongados en dos anchas bandas á lo largo de sus mejillas, en una inflexion indolente, completaban el efecto mágico de aquella admirable cabeza.

Un pensador, al ver aquella dama, no hubiera sabido determinar si era un ángel de luz ó un ángel caido; pero siempre era un ángel.

Aquella dama era doña Juana Coello, mujer del secretario de Estado, Antonio Perez.

No lejos de doña Juana, acompañada por un negro magnífico, vestido con lujo, pero á todas luces esclavo, habia una jóven como de diez y ocho años, que venia á ser otro ángel, semejante en la espresion á doña Juana Coello.

Sin embargo, no era tan pálida; tenia los cabellos rubios y los ojos azules, y era, en cuanto á la morbidez y á la forma, mas hermosa que doña Juana; pero infinitamente menos atractiva, menos dominadora, menos bella.

Esta jóven se llamaba doña Casilda: su apellido no lo sabia nadie, aunque se la conocia mucho por hermosa.

Apoyado en una pilastra de una capilla inmediata, envuelto en la sombra, habia un hombre como de cuarenta años, sombrío, bilioso, que fijaba una mirada hambrienta é irritada en doña Juana Coello.

Este hombre era el licenciado Rodrigo Vazquez de Arce, alcalde de Casa y Córte de la Sala de Madrid, y hermano del licenciado presbítero Mateo Vazquez de Arce, uno de los secretarios inferiores del rey.

Fray Diego de Chaves se llevó hora y media larga perorando, y por último, acabado el sermon y concluido aquello, los alabarderos suizos adelantaron abriendo calle entre la multitud que llenaba el templo.

El rey se levantó, apoyándose en el marqués de los Velez, porque aquella noche le molestaba demasiado la gota, y seguido de Antonio Perez y de la servidumbre, bajó lentamente las gradas del presbiterio.

En pos de él siguió el cardenal arzobispo de Toledo con sus familiares y pajes.

Despues, el clero de la parroquia con la cruz alzada.

Todo esto pasó por la estrecha calle que habia abierto la apiñada multitud.

El rey entró en su carroza: el marqués de los Velez, Antonio Perez y la servidumbre, en sillas de manos.

La córte arrancó, y adelantó otra carroza seguida de algunas sillas de manos.

Entró en la primera el cardenal arzobispo de Toledo, y en las segundas su servidumbre.

La princesa de Eboli y doña Juana Coello entraron en sus respectivas sillas de manos, y se alejaron.

La plazuela habia quedado libre de trenes y lacayos.

La iglesia empezó á arrojar entonces toda la multitud que contenia.

CAPITULO II.

De cómo era muy espuesto en aquellos tiempos acompañar en Madrid de noche á una buena moza.

Habia entonces entre la iglesia de San Justo y San Miguel, y una gran casa que aún existe á la izquierda, yendo hácia Puerta-Cerrada, una callejuela muy estrecha, y tanto, que no podian marchar por ella tres personas de frente.

La callejuela desapareció cuando se reconstruyó la iglesia: la casa permanece hoy como estaba entonces, salvas ligeras modificaciones, y en aquel tiempo era propiedad y servia de habitacion al señor Antonio Perez.

Ahora bien: la recámara de doña Juana Coello, tenia en dos paredes que formaban ángulo, cuatro balcones: dos de ellos correspondian á la callejuela de San Miguel; otros dos al jardin.

Acababa de llegar doña Juana, y apenas la habian descobijado sus doncellas, cuando la anunciaron una visita del señor Rodrigo Vazquez de Arce.

Apareció una espresion terrible de cólera y de contrariedad en el hermosísimo semblante de doña Juana.

—¡Siempre ese hombre! dijo murmurando de una manera ininteligible sus palabras: y él entre tanto... Esto es necesario que termine, y terminará.

Y luego añadió en voz alta:

—Que pase el señor Rodrigo Vazquez.

Apenas habia desaparecido la doncella á quien doña Juana habia dado esta órden, cuando se oyó á través de las cerradas maderas de los balcones, sobre el ruido de la lluvia y el zumbar del viento, el eco de voces irritadas en una ágria disputa, é instantáneamente recio crujir de espadas.

Rodrigo Vazquez apareció en la puerta.

—¡Oh! ¿qué es esto? dijo doña Juana yendo á abrir un balcon.

—Una riña que nada tiene de estraño, dijo el alcalde de Casa y Córte, con la misma indiferencia que si se hubiera tratado del asunto mas vulgar y corriente: ha habido en las vísperas hermosísimas damas, y por alguna de ellas.....

Una voz horrible que partió de la calleja donde habia cesado el ruido de las espadas, interrumpió al alcalde.

—¡Dios me valga!... ¡socorro!... ¡confesion!... ¡asesinos!... habia esclamado aquella voz ronca y desesperada, á la que se unieron inmediatamente agudos gritos de mujer y el tumulto de mucha gente reunida que hablaba á un tiempo.

—¡Id, id á cumplir con vuestra obligacion, señor alcalde! dijo doña Juana, abriendo violentamente un balcon: que os acompañen con luces los criados.

—¡Maldita sea la perdida por quien ha sucedido eso! murmuró Rodrigo Vazquez saliendo.

Doña Juana miraba en vano á la calleja: nada veia.

Solo sentia el hervidero de la gente que estaba abajo, y oia los gritos de dolor de la mujer, y los de los que decian:

—¡Aquí de la justicia del rey, que han matado á un hombre!

De repente, por la esquina de la calle de San Justo, apareció reflejo de luces: luego hachas de viento que llevaban criados de Antonio Perez, y entre ellos Rodrigo Vazquez de Arce, que acudia como alto ministro de justicia; pero sin vara, porque el lance le habia cogido de improviso.

Sin embargo, tenia tal facha de alcalde, que todos los que estaban en la calleja, dieron á correr temerosos de ser víctimas de un error de la justicia, ó de no librarse por lo menos de andar en declaraciones.

Quedaron solos en la calleja, un hombre tendido, manteniendo aún la espada en la mano, y una mujer inclinada sobre él, que no cesaba en sus alaridos de dolor, y Rodrigo Vazquez y los criados de Antonio Perez que le acompañaban.

—Y bien, señora, ¿qué ha sido esto? dijo el alcalde.

La mujer se levantó, miró con estravío al alcalde, y dejó ver á la dama que hemos presentado dentro de la iglesia con el nombre de doña Casilda.

Pero doña Casilda no pudo decir ni una sola palabra: se pintó en sus ojos una agonía infinita, estendió los brazos hácia Rodrigo Vazquez, como pidiendo justicia, vaciló, y hubiera caido al suelo, á no haber acudido á tiempo á sostenerla uno de los criados.

El muerto era el esclavo negro que hemos presentado acompañando á doña Casilda.

La sangre le salia á borbotones de una herida que tenia en la garganta.

En aquel momento acudió por la parte de arriba de la calleja un alcalde de barrio con su ronda de alguaciles, entre los cuales venia un hombre preso y atado.

—Entrad, entrad en casa á esa desdichada, dijo desde el balcon doña Juana.

Dos criados cargaron con doña Casilda y la llevaron á la recámara de su señora, que ayudada por sus doncellas, desajustó á la pobre jóven, que estaba dominada por una congoja.

Entre tanto, Rodrigo Vazquez habia entregado aquel negocio al alcalde inferior, y se habia vuelto á visitar á doña Juana.

Pero esta, prevaliéndose de la situacion, hizo le dijesen que dispensase, que la señora estaba gravemente entretenida con la enferma.

Rodrigo Vazquez se fué dado á los diablos.

CAPITULO III.

En que se empiezan á hacer algunas esplicaciones.—Felipe II como rey.

Ya en alguna de nuestras novelas históricas nos hemos ocupado largamente del rey don Felipe II; pero como es muy posible que gran parte de los lectores de esta no hayan leido aquellas novelas, vamos á ocuparnos de nuevo del rey don Felipe de Austria, segundo de este nombre.

Acaso no existe en la historia de nuestro país un personaje mas grave, mas importante, mas terrible, mas dramático que el rey don Felipe II.

Su retrato existe en el Museo Real: á primera vista nada revela; nada mas que una inmovilidad tras la cual en vano busca el pensador nada que le demuestre un carácter dado.

Se ve, cuando mas, el hábito de la majestad, y esto en su labio inferior, grueso, saliente, levantado, dominador, como el de su padre el emperador don Cárlos.

Comparad el bello retrato de Cárlos V viejo, armado de todas armas, cabalgando sobre un potro, una de las obras mas bellas del Ticiano, con otro de Felipe II, obra realista de Pantoja de la Cruz: no encontrareis otro parecido que el de la boca; y aun así, la de Cárlos V es audaz, mientras que es tenaz la de Felipe II.

En Cárlos V todo es vida, todo energía; se ve al hombre políti-

co que ha heredado, modificándola, la suspicaz y profunda inteligencia de Fernando V, al hombre simpático y fácil, al caballero que tanto pertenece á la Edad Media, como al Renacimiento, al hombre de genio benévolo, cuando no se ve obligado á ser terrible, audaz sin temeridad, bravo sin jactancia, emperador de pura raza que lleva en su semblante la espresion del imperio; el hombre de mirada y de maneras cortesanas, el galan y el discreto; y allá, en una vaga espresion de sus ojos, algo del alma de un gran poeta.

El retrato de Cárlos V hace sentir un poema, se hace simpático. El de Felipe II solo representa un misterio, y se hace repulsivo de una manera instintiva.

Y si venimos á la historia, nada se encuentra de comun entre el padre y el hijo.

Cárlos V es un sér brillante: Felipe II un espectro.

Y no por esto era menos rey que Cárlos V, Felipe II. Desde los trece años, su padre quiso empezase á ejercitarse en el gobierno, y siendo muy jóven, y mas de una vez, gobernó la dilatada monarquía de su padre, durante ausencias de este en sus estados de Flandes, en union con su madre, la noble emperatriz, la admirable dama doña Isabel de Portugal.

Cuando Felipe II heredó los dilatados dominios españoles por la abdicacion del gran Cárlos V, estaba ya completamente formado.

Era uno de esos reyes que no prestan á ninguna fraccion ni persona un solo átomo del poder real. Los secretarios de Felipe II eran simplemente secretarios.

El rey lo hacia todo por sí mismo, usando, como de una vana fórmula, de la consulta á los Consejos de Castilla, de Indias ó de la Inquisicion, ó de la proposicion de leyes ó de medidas generales á las Córtes.

Mantenia en su privanza, ó mejor dicho, porque nadie fué su privado en la cosa pública, á hombres de partidos opuestos. Los escuchaba á todos, y despues obraba por sí mismo con arreglo á lo que habia deducido de los opuestos dictámenes, lo cual producia gravísimas equivocaciones.

Se le llamó el Prudente por sus apologistas, cuando debieron llamarle el Receloso. No tenia talento, pero era suspicaz, y la suspicacia pasaba por talento para los aduladores, ó para los poco entendidos.

Habia contraido hábitos de trabajo á causa de su recelo, que le hacia examinar por sí mismo el asunto mas pequeño.

Difícilmente podrá citarse un hombre que haya trabajado mas que Felipe II, ni que con mas lentitud haya examinado hasta los negocios de menor importancia.

Habia deificado el sér moral que se llama monarca.

Para él, el rey lo era todo despues de Dios: el rey era el enviado, el predestinado, el delegado por Dios para la investidura de una autoridad, ante la cual no habia autoridad posible. Y de tal manera se habia saturado Felipe II de esta idea, tales cualidades, tal aspecto habia atribuido al rey, que de aquí nacia aquella inmovilidad absoluta, aquel no alegrarse ni entristecerse por nada, aquel dominio para ocultar los movimientos naturales del alma, que muchos llamaron grandeza, lo que no era otra cosa que soberbia; y lo que creyó que debia hacer, lo hizo sin reparar en el horror, ni en la inconveniencia, ni en el peligro: crímen para él de lesa majestad una leve contradiccion al rey, y crímen horrible, castigó con la muerte de una manera cruel pequeñas faltas, hijas de la lealtad, del valor y de la franqueza.

En mas de un célebre proceso saltó por encima de las leyes, dictó él la ley al sentenciar, y mató.

Se le rebeló su hijo, un desventurado loco, mónstruo de pasiones absurdas, el príncipe don Cárlos, y le mató bajo el pretesto de que el padre se sacrificaba al deber del rey.

Y mas adelante, en el discurso de este libro, veremos que por su recelo y por imprudencias de su hermano bastardo don Juan de Austria, le mató.

Fanático de buena fé, católico ciego, pero anti-papista, es decir, guardador de las regalías de su corona, se empeñó en empresas temerarias contra Inglaterra, y mantuvo una larga guerra desastrosa en los Paises-Bajos, no sabemos si por el horror que tenia á los herejes, ó por fatigar la actividad de aquellas dos naciones é impedirlas una influencia política, solapada, y tal vez mas peligrosa que una guerra abierta.

Cierto es que Isabel de Inglaterra ofrecia su mano á don Juan de Austria, y que los Paises-Bajos habian ofrecido su señorío al difunto príncipe don Cárlos.

Esto debia provocar, y provocó, la ira mortal de Felipe II.

En una palabra, él era el rey y el reino: un señor absoluto, om-

nímodo, terrible; la suspicacia, la soberbia y la ira coronadas; y todo esto, oculto bajo un semblante inmóvil, pálido, bilioso, frio, tras una mirada horriblemente tranquila, tras una boca que jamás se agitaba, que nunca pronunciaba la palabra irritada.

Enrique VIII le llamó el Demonio del Mediodía. Nosotros vemos en Felipe II el bello ideal del déspota.

Los que por espíritu de partido adoran su memoria, son ignorantes, y solo ven el absolutismo encarnado en un rey.

Felipe II lo hizo todo por sí mismo, y no favoreció mas que á los que se doblegaron servilmente y con una abnegacion inmensa á su voluntad. Premió poco y castigó mucho: tuvo celos de todo lo que era grande, y mató todas las grandezas que pudo. Se llamó hijo amantísimo del Papa, y sin embargo, no dejó respirar, como vulgarmente se dice, al Papa.

Vivió por sí y para sí; llenó su conciencia de crímenes y murió cubierto de piojos.

¡El dedo, siempre el dedo de Dios, tocando inexorable la frente del soberbio y hundiéndole en la miseria!

CAPITULO IV.

La princesa de Eboli.

Hemos dicho que Felipe II no habia tenido favoritos: sin embargo, todo el mundo creia su favorito omnipotente al señor Antonio Perez.

Todo el mundo se engañaba: se juzgaba entonces como se juzga ahora, y como se ha juzgado y se juzgará siempre por el sentido vulgar; esto es, por las apariencias.

El señor Antonio Perez, ministro de Estado, y del Despacho Universal, de quien nos ocuparemos particularmente, no era otra cosa que un instrumento de Felipe II; instrumento tan íntimo, que por las apariencias todos le creian favorito.

Existia, por otra parte, mas de un misterio entre Felipe II y Antonio Perez.

Ya hemos dicho que el rey don Felipe era un sér completamente dramático. Bajo su inmovilidad aparente se ocultaba un alma impresionable, poderosa, móvil, irritada por las pasiones, sensual, avara de cuantos goces están en relacion con el sér humano.

Y la pasion que sobre todas, ó cuando mas al par de la soberbia, dominaba al rey, era la lujuria.

Esceptuando la gula y la pereza, el rey don Felipe tenia sobre sí todos los pecados mortales.

Coronad á los pecados mortales, dadles fuerza y poder para obrar, y tendreis al natural al señor rey don Felipe II.

La mujer era su gran pasion.

Ahora bien: un señor muy noble y muy poderoso, que se llamaba don Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, gran privado y conocedor de mas de un alto secreto del emperador don Cárlos, se casó ya viejo, en 1553, con doña Ana de Mendoza y de la Cerda, hija única del conde de Melito, don Diego Hurtado de Mendoza y de doña Catalina de Silva, parienta próxima del príncipe don Ruy Gomez.

Este casamiento fué un convenio de familia, y no se tuvo presente la enorme desigualdad de edades de los dos esposos.

Cuando se efectuó el casamiento, doña Ana tenia trece años; el príncipe de Eboli cincuenta.

Por aquel tiempo, las familias nobles de España se encontraban tanto en Italia como en su país natal, y entroncaban con familias italianas, de donde provienen títulos que aún existen y que nada tienen de españoles.

Don Diego Hurtado de Mendoza era un hombre docto, muy estimado del emperador, que le habia conferido altísimos cargos, entre ellos el de representarle en el célebre Concilio de Trento.

Con mucha frecuencia el conde de Melito era embajador en Roma ó enviado por el emperador cerca de los Médicis ó del rey de Francia; y como aquellos buenos señores antiguos se casaban para no separarse de su familia, y habia algunos que se la llevaban hasta á campaña, resultó que la jóven doña Ana viajó mucho durante sus primeros años, especialmente por Italia, y se crió bajo la influencia del trato galante de las corrompidas córtes italianas.

Habia heredado además el talento de su padre y su flexibilidad para la intriga diplomática, y era instruida, porque el docto don Diego Hurtado de Mendoza, no podia menos de hacer docta á una hija única.

Cultivado su espíritu, inficionado del fácil trato y de la galantería italiana, la hermosura natural y estremada de la jóven aparecia mas incitante.

Doña Ana no vió en su casamiento con su viejo tio el príncipe Don Ruy Gomez de Silva otra cosa, que un estado digno de su linaje, al cual no hacia falta el amor.

El príncipe de Eboli, que estaba en Italia cuando acaeció la

muerte del emperador (1558), permaneció en Italia, donde radicaban sus estados, hasta 1560, en que Felipe II, que sabia hasta qué punto habia gozado de la confianza de su padre el príncipe don Ruy Gomez, le llamó á su córte y á su Consejo de Estado.

La princesa vino á perjudicar, á irritar con su hermosura y con sus admirables maneras á las altas damas de la córte.

Gomez de Silva, que era un viejo cortesano que sabia que lo que mas valia era el favor de un rey, pensó en asegurarse el de Felipe II á costa de su honor; es decir, por medio de su jóven esposa, que entonces contaba veinte años.

Este pensamiento asaltó á don Ruy Gomez en el mismo punto en que se presentó con su esposa al rey.

Habia visto conmoverse al inconmovible, al impenetrable Felipe II, á la vista de la tentadora hermosura de su esposa.

Esta, por su parte, lo habia notado tambien, aunque la conmocion del rey habia pasado con la celeridad de una chispa eléctrica.

Y algo habia de electricidad en aquello: el rey habia sido cogido de improviso, no habia tenido tiempo de prepararse, y doña Ana, perspicaz é inteligente, habia visto el asombro y el empeño tenaz por poseerla, todo á un tiempo, en la rápida llamarada que habia ardido en los siempre frios, graves y tranquilos ojos del rey.

Las mujeres, y tanto mas cuando son como lo era la princesa de Eboli, no se engañan nunca acerca del efecto que causan.

Doña Ana comprendió, vió claro, que sin pretenderlo habia envenenado el corazon del rey: comprendió que el tiempo, en vez de gastar aquella impresion, la convertiria en una pasion mortal, insensata.

Cuando volvieron á su casa, situada muy cerca del alcázar, los dos esposos, doña Ana dijo á don Ruy Gomez:

—Creo, que como grande de España, me corresponde de derecho ser dama de honor de la reina.

—Ya habia yo pensado en eso, contestó sonriendo don Ruy Gomez; lo solicitaremos.

A los pocos dias, doña Ana tomaba la almohada como dama de honor de la reina doña Isabel de Valois.

La princesa hizo el sacrificio de su vivacidad y de su trato ligero, para ponerse en tono con sus señores.

El rey era seco, grave, taciturno, sombrío, y muy dado á las prácticas religiosas.

La reina era muy rígida en materia de decoro; y en cuanto á religion, llegaba hasta el punto de querer asistir á las controversias de los teólogos, lo que un dia le valió una ágria y grosera reprimenda del padre Diego Lainez, prepósito general de la Compañía de Jesus, que la dijo públicamente, porque siendo mujer asistia entre teólogos á una controversia dogmática, «le estuviera mejor tratar de su labor y de su rueca;» es decir, que el sucesor inmediato de San Ignacio de Loyola, en el gobierno de la Compañía de Jesus, habia enviado á hilar á la reina de España á causa de su exagerado celo religioso.

Doña Ana se hizo devota, nimia en las prácticas esteriores, beata en una palabra, y adquirió de este modo el favor y la confianza de la reina.

Se hizo altiva, séria, intransigente, y enamoró mas al rey, haciendo crecer su pasion con la certeza de que luchaba contra un imposible.

Y crear un imposible para Felipe II, era lo mismo que crear en su ánimo un empeño tenaz.

¿Cómo suponer faltase á sus deberes de esposa y de cristiana, una mujer tan digna, tan virtuosa, tan santa, tan impecable como la princesa de Eboli?

Al envolverse en un hábil misticismo, la princesa de Eboli hizo incurrir en una idolatría al rey, porque la adoró.

Tal fué la princesa de Eboli durante nueve años.

Este largo plazo de contrariedad y de sufrimiento, prueba hasta qué punto llegaban la ambicion y el talento de doña Ana de Mendoza y de la Cerda.

CAPITULO V.

El señor Antonio Perez.

Y no era su seriedad y su devocion exageradas las únicas violencias que doña Ana se hacia.

Amaba á un hombre, y aborrecia á una mujer.

No eran el hombre amado, ni el rey ni el príncipe don Ruy Gomez.

El rey era repugnante, no por su figura, sino por su odioso carácter; y el príncipe don Ruy Gomez era un hombre gastado, viejo, egoista, y por consecuencia muy poco amable.

No era la reina la mujer á quien aborrecia la princesa; porque no amando esta al rey, no podia tener celos de aquella.

Pero habia en la córte una especie de don Juan Tenorio, un libertino demasiado simpático, demasiado audaz y demasiado notable por su posicion, para no ser adorado por las mujeres.

Este libertino, acostumbrado á fáciles triunfos, y por consecuencia poco respetuoso con las damas, era un hombre como de treinta y cinco años, blanco, pálido, de ojos azules y cabellos rubios, que vestia con una elegancia estremada y con un lujo portentoso, y á pesar de su libertinaje, hacia dos años se habia casado con una jóven de diez y nueve, con un prodigio de virtud y de hermosura.

Por hermosa la codició: por galan se hizo amar de ella; y por la

virtud á toda prueba de ella, con ella se casó, rindiéndose, como un general acostumbrado á fáciles victorias, la primera vez que se ve sitiado por hambre.

A este hombre era á quien amaba la princesa; á esta mujer era á quien la princesa aborrecia.

Él era el secretario de Estado y del Despacho Universal, Antonio Perez.

Ella, doña Juana Coello, hija de una familia hidalga y acomodada.

En cuanto á la ascendencia de Antonio Perez, habia algo de oscuridad y de misterio.

En una cédula de legitimacion del emperador, constaba que habia nacido en Aragon, hijo natural del secretario de Estado, Gonzalo Perez, y de una dama cuyo nombre se callaba mirando á su honra.

Y decian gentes que se tenian por bien informadas, que Gonzalo Perez se habia prestado dócilmente, porque le habia convenido, á dar nombre á aquel hijo, que no era de otro padre que del príncipe de Eboli.

Y se susurraba, sin saberse de dónde salia el susurro (tan grave era), que tampoco el príncipe Ruy Gomez era el padre de la criatura, sino una mas alta persona: á veces el susurro murmuraba el nombre del emperador.

Pero lo que no se murmuraba, lo que nadie conocia, era el nombre de la madre.

Daba cuerpo á estas hablillas la gran crianza que al señor Antonio Perez se habia dado, y el lujo con que habia vivido.

Sabíase que Gonzalo Perez no podia sufragarlo, y que el príncipe de Eboli era egoista y avaro.

No se habian perdonado maestros para la primera educacion de Perez. Estudió filosofía, latin, griego, letras humanas y derecho en la universidad de Alcalá, y despues, con ayo, mayordomo y criados, se le envió á viajar por las córtes de Europa con buenas cartas de recomendacion para todas ellas, á fin de que aprendiese la ciencia de la política y del gobierno.

Un dia se presentó este jóven ricamente vestido al rey don Felipe, que estaba vestido muy pobremente.

Acompañaba al jóven el cardenal arzobispo de Toledo, don Gaspar de Quiroga.

El rey miró profundamente al jóven.

—Señor, dijo el arzobispo: el príncipe de Eboli me ha recomendado á este jóven, que es hijo del difunto Gonzalo Perez, buen secretario que fué del glorioso emperador don Cárlos, augusto padre de vuestra majestad. Díceme don Ruy Gomez en las cartas de recomendacion que me ha escrito, que Antonio Perez ha sido criado y educado para servir á vuestra majestad, y que ha cursado con este objeto, no solo derecho en las aulas, sino la política en las diferentes córtes de Europa.

El rey admitió en su cámara á Antonio Perez, y sin meditarlo como acostumbraba, señal clara de que estaba prevenido: y en los principios, solo figuró Perez como amanuense del rey.

Pero esto era demasiado: Felipe II no se habia servido hasta entonces de otros amanuenses que de sus secretarios de Estado, ni con ninguno habia estado encerrado durante tanto tiempo, ni nadie de los de la casa real se habia atrevido á presentarse al rey, que era muy dado á la sencillez del traje, y la queria en los demás, con el escandaloso fausto que Perez se permitia.

A mas de esto, Perez iba tarde al alcázar; con mucha frecuencia despues de haber preguntado por él el rey, en silla de manos, ó en carroza ó á caballo, pero nunca á pié.

¿De dónde salian estos gastos?

Se ignoraba.

La murmuracion decia:

—Esto sale del bolsillo del rey.

De aquí, de lo blando y aun de lo afectuoso que con Perez se mostraba el rey, y de la caida imprevista del ministro universal al poco tiempo de la llegada de Perez, y de haber subido este de un salto, y en verdes años, al Despacho Universal, se dedujo que Antonio Perez era hermano bastardo no reconocido del rey.

Cuando la princesa de Eboli llegó á la córte, hacia ya dos años que Perez se habia casado, y uno desde que habia subido al Despacho Universal.

Respecto á su matrimonio, Perez habia hecho una víctima tal vez mas lamentable que otras á quienes habia burlado.

Doña Juana Coello se habia enamorado de él de una manera frenética, como únicamente podia enamorarse doña Juana, y habia hecho por su amor, con Antonio Perez, lo que la princesa de Eboli hacia por cálculo con el rey.

La situacion era completamente distinta: doña Juana era una mujer pura que amaba y conquistaba al hombre de su amor. Habia mas: doña Juana habia comprendido perfectamente á Perez; sabia que tenia el alma doble, traidora, egoista, soberbia: sabia que solo un empeño de la vanidad y una exageracion del deseo de Perez, podia hacerla su esposa, y comprendia á la par, que sacrificaba su felicidad á su amor.

¿Se sabe lo que es el amor? ¿No se ve con frecuencia á una criatura digna, á una criatura noble, á un sér privilegiado, enamorada de una criatura vulgar, cuando no pervertida ó infame?

¿Quién puede esplicar estos fenómenos del amor?

Doña Juana probó muy pronto la amargura que habia arrostrado: no habia pasado el fanatismo de Perez por ella; habia crecido con la posesion; le habia aumentado la vanidad de verse continuado por hermosos hijos.

Y sin embargo, doña Juana sufria horriblemente: no era su alma la que su marido amaba, sino su escepcional, su insinuante, su terrible hermosura; el vigoroso contraste de su frente pálida con sus cabellos, sus cejas y sus ojos negrísimos; la mágia de aquella belleza ardiente y tranquila á la par; la esbeltez de aquel cuerpo flexible, lánguido, elegante; la espresion volcánica del amor de doña Juana á su marido, que habia tomado la forma de la enfermedad, de la locura.

Perez amaba, adoraba en su mujer al fuego, pero no al fuego de la virtud y de la grandeza que alentaba el alma de doña Juana, sino al fuego de la voluptuosidad de aquella criatura, tan semejante cuanto era posible en lo humano á un arcángel desterrado.

Doña Juana sufria por sí misma y por Perez: hubiera querido ser menos amante, y que él lo hubiera sido menos, y menos ó nada de otras.

Porque Antonio Perez continuaba, á pesar de su entusiasmo creciente por su esposa, en su libertinaje.

Era una especie de sibarita, que comiendo sin cansarse un manjar esquisito, no perdonaba otros manjares de menos valía.

Por esta situacion especial del alma y de los sentidos de Perez, la princesa no pudo menos de engañarse.

Perez se presentaba con suma frecuencia y en todas partes con su mujer ricamente engalanada como una reina; en la córte, en la iglesia, en el coliseo, en las fiestas, en las sombrosas huertas de

Atocha; siempre parecian dos amantes, dos recien casados en una loca luna de miel.

Doña Juana asombrando con su lujo, y alegre, sonriente y viva cuando acompañaba á su marido; cuando salia sin él, con sus hijos, iba severamente vestida, séria, grave, casi sombría: y con su gravedad y con la densa nube de disgusto que oscurecia su serena frente, mas hermosa.

Muchos habian perdido el seso por aquella encantadora mujer, y ninguno se habia atrevido á revelárselo ni con una mirada.

Tal era el prestigio de la virtud, de la firmeza, de la grandeza que brotaban de la mirada siempre serena de doña Juana.

La princesa la aborreció de muerte.

Doña Juana tuvo una vez por fin unos celos horribles; por fin una vez se sublevaron su amor, su dignidad, su cólera, contra una mujer, contra la princesa.

Antonio Perez amaba su cuerpo y su alma; Antonio Perez estaba loco por doña Ana de Mendoza, y sin embargo, habia callado, habia sufrido, habia creido que guardaba oculto para todos el amor mortal que por la princesa sentia.

¿Pero cómo engañar la perspicacia de una mujer que ama?

Doña Juana habia sorprendido alguna mirada furtiva de su marido lanzada sobre la princesa, cuando esta no podia ver aquella mirada. Doña Juana habia leido en una rápida espresion de los ojos de Perez todo lo que pasaba en su alma.

Es mas: Perez habia dejado de ser libertino; Perez se mostraba tibio con su esposa; Perez se habia trasformado: amaba al fin.

Y tal era su amor, que le contenia y le ocultaba, temeroso de perder una vaga esperanza; porque Perez, respecto á la princesa, se habia engañado como la reina y como el rey.

La habia creido una mujer severa, ascética, exagerada en la virtud, un imposible en fin.

Los únicos que no se engañaban, eran doña Juana y el príncipe don Ruy Gomez.

Doña Juana habia sentido la hipocresía de la princesa, la habia adivinado, y despojando á doña Ana de su antifaz, la habia visto por completo.

Don Ruy Gomez, en los años que llevaba de casado con su mujer, tenia motivos bastantes para conocerla á fondo, y no podia engañarse.

CAPITULO VI.

Los hermanos Vazquez de Arce.

Mateo Vazquez era un zorro con sotana, solapado, traidor, oscuro, envidioso, que se consumia en el Despacho de la Secretaría de Indias, dado á todos los diablos porque no pasaba de ser un secretario subalterno, subsecretario, que llamaríamos hoy.

Habia odiado al anterior ministro porque le parecia estúpido, incapaz, infinitamente menos digno que él.

Tales méritos se atribuia el clérigo covachuelista para dirigir la cosa pública aconsejando al rey.

En aquellos tiempos clericales, no era estraño ver á un cardenal mandando un ejército, siendo ministro, y no sabemos por qué no se ha dado caso de que un cardenal mande como almirante una escuadra.

Se encontraban clérigos en todas partes: en la Secretaría de Felipe II habia muchos; los presidentes de las Chancillerías solian ser obispos, y los oidores clérigos: el gran canciller del reino lo era el arzobispo de Toledo.

La sotana se habia salido de la Iglesia y lo habia invadido todo.

Por eso la buena sotana echa tan de menos aquellos buenos tiempos en que se quemaba, se enrodaba, se engarrotaba en nom-

bre del Dios de las misericordias, sin que á nadie se le ocurriese pensar que aquello era una blasfemia.

Todo consistia en que el trono habia hecho alianza con el altar.

De aquí aquel ejército de frailes prepotentes que todo lo devoraban, y que han hecho á España mas daño que hicieron á Egipto las siete plagas.

¡Qué horror!

Afortunadamente hay hoy hombres muy barbados que no saben cómo era un fraile: y como la mayor parte de los presbíteros visten de paisano, se ven muy pocas sotanas por la calle.

¡Funestos resultados de la civilizacion!

Siempre que tropezamos en esto, lo cual es inevitable, porque en España no se puede escribir una novela histórica, sin tropezar en frailes, mas gravemente de lo que se quisiera, hacemos una digresion en muestra del afecto que tenemos á su memoria.

¡Se lo comian todo!

Volvamos al licenciado presbítero Mateo Vazquez de Arce.

Era un mal hombre, enemigo de todo el que podia mas que él ó tenia mas que él.

Y como Mateo Vazquez podia muy poco, y no tenia mas que el sueldo de secretario, corto, y no siempre bien pagado, era enemigo de todo el mundo; una especie de pícaro á quien debia haber tenido en cuenta la pulmonía. Pero cosa mala nunca muere, dice un adagio castellano.

Vengamos al caso.

Mateo Vazquez aborrecia de muerte á Antonio Perez, tan solo porque era la segunda persona de la monarquía en la esfera del gobierno, y se comia las uñas porque no podia armarle una trampa de lobo.

Claro está que aunque Antonio Perez cayese desde lo alto del favor del rey, Mateo Vazquez no podia reemplazarle: era una especie de escrecencia pegada á una mesa de la Secretaría de Indias, de la cual no podia separarle mas que la muerte ó una destitucion, lo que hubiera venido á ser lo mismo.

El destino de Mateo Vazquez era papelear é informar en los dias no feriados, desde las ocho de la mañana hasta las doce del dia, y desde las tres de la tarde hasta la noche.

Mateo Vazquez habia creido que habia conspirado contra el anterior ministro en favor de Perez: habia dejado de aborrecer á aquel

cuando lo habia visto caido, y se habia puesto á aborrecer á Perez en cuanto le vió levantado, y continuaba aborreciéndole.

Sin embargo, no murmuraba ni cometia ninguna imprudencia: al contrario, se deshacia en elogios de su jefe, y era cosa de ver cómo arrastraba sus bayetas de licenciado y hacia sonar sus zapatones para acudir pronto cuando el señor Antonio Perez le llamaba.

Tal era el mayor de los hermanos Vazquez de Arce.

El menor, esto es, Rodrigo, era otra cosa, tan mala ó peor que Mateo; pero en fin, otra cosa. Habia estudiado leyes en Salamanca, se habia hecho muy letrado y muy hablador de latin, y además de esto, muy esgrimidor de galanteo y de espada.

La echaba por una parte de docto, y por otra de fiero y grave.

Gracias á los buenos oficios de su hermano Mateo, que parecia, segun conocia gentes y espedientes, anterior al diluvio en las Secretarías de Estado, habia llegado á ser en 1550 presidente del consejo de Hacienda, y uno de los de la sala de Madrid de señores alcaldes de Casa y Córte, y aun alguna vez se le habian dado comisiones importantes.

El rey gustaba de él porque era seco y duro, y suavísimamente adulador cuando se trataba de su real amo.

Rodrigo tenia mala fama; habia sido casado, y se contaba algo horrible que habia tenido lugar en la fecha en que se quedó viudo.

Una hija que habia sobrevivido á su madre, se habia muerto de tristeza.

Rodrigo Vazquez no tenia en el mundo mas pariente que á su hermano; y no añadimos que mas afecto, porque Rodrigo Vazquez no tenia afecto á nada mas que á sí mismo, y cuando mas, cuando mas, á su sillon de la presidencia de Hacienda y á su vara de alcalde, á los que, segun se decia, sacaba todo el jugo que le era posible.

Por medrar, ayudaba á su hermano en sus solapadas intrigas, y esperaba pacientemente á que se le presentase la ocasion de crecer.

El alma de Rodrigo Vazquez permanecia inmóvil; vejetaba pegado á su vara.

Una noche del año de 1577, Rodrigo se fué á la Secretaría del Despacho de Indias, y dijo á Mateo:

—Ponte la capa y el bonete, y vente conmigo.

Mateo levantó sus narices cargadas con sus antiparras, miró friamente á Rodrigo, metió en sus carpetas los papeles que tenia entre manos, y el legajo en una papelera, quitó de un clavo en que estaba puesto su bonete, se lo puso, del mismo clavo su manteo, se lo puso tambien, y salió con el alcalde de Casa y Córte.

CAPITULO VII.

Lo que hablaron los dos hermanos.

Era una noche fria y oscura del mes de noviembre.

Por la calle apenas se encontraba alguna persona, que iba muy deprisa porque llovia.

Rodrigo Vazquez atravesó la plaza de Armas, y por las Caballerizas, que estaban sobre poco mas ó menos en el mismo lugar donde está la Armería, salió, seguido siempre de su hermano, á la plazuela de Santa María, cruzó la calle real de la Almudena, y por una torcida y pendiente callejuela, bajó al Barranco de Segovia, trepó por la cuesta de los Ciegos, y ya en las Vistillas, llamó á la puerta de una casa grande, pero vieja y destartalada.

A poco que llamó, se abrió la puerta, y apareció un muchacho tan ligeramente vestido que daba miedo, atendido lo crudo de la estacion, y con un candil de luz turbia en la mano.

Rodrigo Vazquez, sin decir una palabra al muchacho, entró seguido de su hermano, y se metió á la derecha del zaguan por una puerta, pasada la cual, se encontró en una sala de mediana estension, esterada, con cortinas viejas y descoloridas en los vanos de las rejas que daban á la calle, y cuyos muebles antiguos y muy usados, eran diferentes todos en la forma y en la materia. Parecian despojos de mueblaje.



A buena parte me has traido.

Junto á una mesa en que ardia un velon de cuatro mecheros, encendidos dos de ellos, habia un brasero de cobre lleno de carbon encendido en una gran tarima de nogal, y sentada en un sillon junto al brasero, leyendo un romance de ciego, una hermosísima y descarada dama de picos pardos, como de diez y ocho años.

Al ver los picos pardos Mateo, se le sublevó su conciencia de clérigo, se espeluznó, y dijo á su hermano:

—¡A buena parte me has traido!

—Donde sobran ingenio, hermosura y buena voluntad, señor licenciado, dijo la muchacha fijando la procaz mirada de sus grandes y bellos ojos azules en Mateo, que se sintió incómodo.

Hagamos alto: digamos antes de pasar adelante, lo que era una dama de picos pardos: una desgraciada, una vendedora de amores de cinco minutos. Se las llamaba de picos pardos, porque no podian, con arreglo á las Ordenanzas, llevar otro traje que un hábito franciscano de estameña, pardo, con picos en los codos, una pañoleta cruzada sobre el pecho, blanca y limpísima, el pelo recogido hácia arriba y sujeto atrás, y una toquilla sin rostrillo: este era, como hemos dicho, el traje esclusivo de aquellas señoras, adicionado por un lazo azul de cinta de seda, sobre el hombro izquierdo.

No podian salir á la calle, sino cuidadosamente rebozadas en un manto, nunca una sola, y acompañadas además de una especie de dueña, de una vieja á quien se hacia responsable de la infraccion de cualquiera de los capítulos de la Ordenanza sobre mancebías.

No podian pararse en la calle á hablar con nadie, ni pasear, ni pasar en la iglesia de los piés de ella, ni estar en el coliseo mas que en el fondo de la cazuela, esto es, de lo que hoy se llama paraíso, á que entonces, atendida la licencia de los hombres, y el poco recato de cierta casta de mujeres, no se permitia ir á los hombres. Es verdad que hoy no estaria demás se tomasen las mismas precauciones. Tanto la antigua cazuela como el moderno paraíso; se denominarian con gran propiedad olla podrida.

En el siglo XVI estaba todo reglamentado, y la Inquisicion, que se metia en todo, habia aislado los focos de corrupcion.

La casa donde habian entrado los dos hermanos, era la mancebía de las Vistillas.

Mateo Vazquez se habia escandalizado, no sabemos si de buena fé ó por hipocresía.

—Te he traido aquí, dijo Rodrigo, porque aquí podemos hablar

con mas seguridad que en ninguna parte. Oye tú, Mari-loca, véte, y no te pongas á escuchar.

—¿Y qué tengo yo que ver, ni qué se me da de lo que hablen vuesas mercedes? dijo la muchacha levantándose, haciendo al pasar junto á él una mueca picaresca á Mateo Vazquez y saliendo.

—Esto es demasiado, hermano, dijo Mateo sentándose junto al brasero frente á Rodrigo, que se habia sentado en el mismo sillon que habia ocupado Mari-loca.

—Tienes el mal vicio de sentenciar antes de escuchar, y por lo mismo, das con mucha frecuencia en las injusticias; pero no perdamos el tiempo: estoy loco por una mujer.

—¿Por quién? ¿por esa desvergonzada que acaba de irse?

—No, hombre; yo no me puedo enamorar de esa clase de gente: las trato ahora por la primera vez de mi vida, y esto por necesidad.

—No te entiendo, hermano.

—Sí, hombre, sí: ¿cómo hacer llegar una carta á una mujer difícil, sino por medio de otra esperimentada? ¿y dónde encontrar esos mensajeros de amor, sino entre esta gente?

—Pero y en fin, supongo que la mujer que te enamora, será una dama principal.

—¡Oh! principalísima por su nobleza, y la primera en la córte por su hermosura y por lo que es su marido.

—¡Oh! ¡una mujer casada! esclamó escandalizado Mateo Vazquez: ¡y á tus años!

—Que son muchos menos que los tuyos, y no ciertamente tantos, que no se pueda pensar á causa de ellos en el amor: un hombre de cuarenta años.....

—Va estando ya rancio.

—Cuando se trata de una mujer de veintisiete.....

—Aunque se tratara de una de cincuenta; porque esta, como la de veintisiete, tiene ojos.

—¡Eh! ¡qué diablo! yo he tenido y tengo mucha suerte con las mujeres.

—Te condenarás, Rodrigo.

—No creo que hayas de salvarte tú, Mateo.

—Pero en fin, ¿quién es la dama á quien solicitas?

—Doña Juana Coello.

Se puso pálido Mateo Vazquez, y apareció una espresion de contrariedad en sus ojos.

—¿Y qué esperas tú de esa señora? dijo con acritud.

—Esperar, nada por la voluntad, todo por la fuerza; respondió con acento sombrío Rodrigo.

—¿Y qué fuerza crees tú que puedes hacer á doña Juana Coello?

—Adora á su marido.

—Y bien.....

—Yo tengo la vida de su marido en las manos.

—¿Que tienes tú en las manos la vida de Antonio Perez? esclamó con la viva ansiedad del odio Mateo.

—Sí.

—¿Y cómo?

—Escucha: voy á contarte lo que me acontece: desde que murió mi mujer, andaba yo, como sabes, muy retirado: de casa al Tribunal, del Tribunal á casa: alguna vez á palacio: hace mucho tiempo que no voy á saraos, ni al coliseo, ni al Prado de San Gerónimo, ni al Mentidero: no conocia, pues, á doña Juana. Hace dos meses, salia yo de una casa de la calle de Toledo, donde tengo una amiga, á tiempo que subia una dama. Se la habia abierto el manto, y, Mateo, desde que la ví, no vivo: no soy dueño de mi alma, quedé mudo, inmóvil, me enamoré en un punto de una manera tal, que si no logro este amor, muero ó mato.

—¡Válganos Dios, esclamó Mateo, y en qué flaquezas tan estrañas incurrimos! pero continúa.

—La dama siguió para arriba, y yo permanecí algun tiempo inmóvil en el lugar donde la habia encontrado. Cuando volví en mí, bajé, atravesé el zaguan, y ví á la puerta una silla de manos pintada y dorada, junto á la cual habia tres lacayos. Era, pues, una dama noble y rica la que yo habia encontrado en la escalera. ¿Por qué habia ido aquella dama á una casa sospechosa? Como me habia enamorado, la sospecha de que aquella señora podia haber ido allí á encontrar un amante, me apretó el corazon. Tuve necesidad de averiguar algo, y me puse en espera á la puerta de un zaguan á alguna distancia. Eran las tres de la tarde, y estuve esperando, sospechando á cada momento de una manera mas negra, hora y media. Al fin salió la dama, y entró en la silla de manos, con la que cargaron los lacayos y echaron á andar. Yo la seguí. La silla torció hácia Puerta-Cerrada, tomó hácia la calle de San Justo, y se metió casa de Antonio Perez. No habia duda: era la esposa de Antonio Perez. Volví á la casa de mi amiga, y la pregunté si habia notado las idas

de una dama á su casa. Te advierto que la tal casa es de vecindad.

—¿Es una señora pálida como una muerta, con los ojos muy grandes, y tan hermosa que da miedo? me preguntó mi amiga.

—Sí, la dije.

—Un dia, continuó ella, hace poco tiempo, Antonio el albañil se cayó de un andamio, y se malparó de tal modo, que todos creyeron que se habia matado; pero escapó, quedando enfermo del pecho, manco y cojo: tiene madre anciana, mujer impedida, y una hija doncella de quince años, muy agraciada: lo vendieron todo para la enfermedad: les socorrieron algo los vecinos, les dió tambien algo el cura de la parroquia, pero la necesidad era contínua y llegó el hambre. Marta se salió desesperada á la calle, resuelta á pedir limosna; pero la vergüenza se lo impidió. Al llegar á Puerta-Cerrada, se le acercó un viejo y empezó á requebrarla. Marta es una inocente, y tuvo miedo. Anduvo de prisa, y el viejo la siguió. Apretó el paso, y el viejo le apretó tambien. Entonces se metió en el primer zaguan que encontró. Era el de la casa del señor Antonio Perez. A tiempo que la niña entraba en el zaguan, bajaba con un paje y una dueña y un lacayo, la mujer del señor Antonio Perez, y como tiene esa cara de ángel de Dios, Marta se agarró á ella temblando: la preguntó aquella señora lo que la acontecia: se lo contó Marta, y en vez de irse á San Justo á misa mayor la señora, que con esa intencion dijo á Marta que salia, se vino con ella á su casa. Se encontró á la abuela paralítica, al padre estropeado, á la madre inpedida, sin camas, sin muebles, porque todo lo habian vendido, agonizando sin consuelo: les dejó dinero, y desde entonces, cada ocho dias viene y los socorre.

—¡Oh! esclamó Mateo Vazquez: ese hombre no merece á esa mujer.

—Yo acabé de volverme loco, Mateo: me eché otra vez al mundo, me compré galas de que hacia tiempo me habia olvidado, frecuenté el trato de Antonio Perez, que parece estimarme, y aprovechando pretestos, fuí alguna vez á su casa. No me atreví á valerme de los criados; debian adorar y respetar á su señora: ¡tú no sabes, tú no sabes los hechizos que tiene esa mujer! ¡encanta á todo el mundo!

—¡Que no lo sé! dijo Mateo Vazquez: ¡como si tú fueses el único enamorado loco de doña Juana á quien yo conozco!

—¿Quién? dijo con celos Rodrigo.

—¿Quién? su majestad.

—¡Bah! ¡imposible!

—Cuando lo digo yo.....

—El rey no se enamora, dijo Rodrigo; y sobre todo, su majestad es muy reservado.

—Pero para el que siempre está mirando, no hay reserva que valga. Era el lavatorio de esta última Semana Santa, y asistia toda la córte. Antonio Perez estaba muy cerca de su majestad, y al lado de Antonio Perez, su mujer, hecha una diosa: mejor prendida y con alhajas mas ricas que la reina.

—Perez se perderá por soberbio, dijo Rodrigo Vazquez con voz ronca y acentuando enérgicamente sus palabras.

—Yo creo que sí, contestó Mateo: yo estaba detrás: doña Juana miraba al rey, que no la miraba á ella, séria, y con un yo no sé qué grave; y como si los ojos de doña Juana hubieran tenido fuerza para obligar al rey á que la mirase, el rey volvió la cabeza, la miró, y... ví que el rey amaba á doña Juana.

—¿Y ella?

—No: ella no ama á nadie, á nadie mas que á su marido: miraba al rey como si le tuviera miedo; y esto se entiende: doña Juana es muy juiciosa, ve las imprudencias de su marido, y el rey le causa miedo; pero sigue, Rodrigo.

—Me convidó Antonio Perez á comer dos veces, y durante la comida me enamoré mas, si era posible enamorarse mas de lo que yo lo estaba de doña Juana. ¡Qué ingenio! ¡qué donaire! ¡qué gentileza en la conversacion! ¡qué hechicera! Esa mujer resucitaria á un muerto solo con fijar en él su mirada. Estoy resuelto á todo, Mateo, á todo; porque estoy desesperado.

—¿Y qué habia de sucederte habiéndote enamorado de doña Juana, mas que desesperarte?

—¡Y pensar que un hombre que tiene tal tesoro se pierde en galanteos, y roba á su esposa un amor que tira en el cieno!

—Sin embargo, algo ama Antonio Perez que no es cieno.

—La princesa de Eboli; es verdad: pero ¿cómo probar eso? si se pudiera probar, tan desesperado estoy, que me vengaria. ¡Oh! el rey haria pedazos á Antonio Perez si supiera sus amores con doña Ana; pero nada puede probarse ni aun asegurarse: entra y sale casa de la princesa; pero hay que tener en cuenta, que el difunto príncipe Ruy Gomez amaba mucho á Antonio Perez, y le recibia en su casa como á deudo: á mas de esto, que el rey cree que las entradas y

salidas de Antonio Perez casa de la princesa son para servirle: puede ser cierto: no hay motivo para creer otra cosa; y si se aman, son muy prudentes. Continúo: Perez me convidó á un sarao en su casa de campo, camino de Leganés: se hacia una comedia, y representaba y cantaba doña Juana: se decia que el rey estaba allí, pero oculto tras las celosías de una ventana que da á una sala donde está el teatro: la princesa estaba tambien, pero en las primeras sillas, junto á los músicos; como que la princesa continúa tratando á Antonio Perez, delante de todo el mundo, como á un ahijado, como á un deudo querido del difunto príncipe Ruy Gomez: doña Juana, despues de acabada la representacion de la comedía, en la que la habian aplaudido mucho, se presentó vestida con una riqueza infinita en otra sala adonde nos habíamos trasladado, y donde estaba servido un refresco con un lujo escandaloso: fuentes, salvillas, piezas de todas clases, candeleros, ramilletes de plata fina: ¿de donde sale esto? Y el rey que lo ve, ¿cómo lo consiente?

—Las correas salen del cuero, dijo Mateo; trescientos carros de plata mejicana salieron hace dos meses de la Torre del Oro de Sevilla, y algo se cae de estos carros, Rodrigo: además de esto, la cosa viene de antiguo, y por eso dicen que Perez es hijo oculto del emperador, que el rey lo sabe, y que por esto se lo sufre todo.

—Sí; pero eso se dice tan sin prueba, como lo de los amores de la princesa con Perez: lo que yo creo que hay es, que Antonio Perez ha dado hechizos á su majestad.

—Si eso pudiera probarse.....

—Yo tendré la prueba: Antonio Perez suele hacer visitas á una bruja que se llama la tia Zampoña, que ha sido ya castigada dos veces por la Inquisicion.

—¡Oh! ¡si algo se sacara de ahí!.....

—Lo veremos: pero volvamos al cuento de mis amores: doña Juana se acercó á mí con un platillo de conserva en la mano, y en la salvilla del platillo una cuchara de oro. Dios me perdone, pero creo que el rey nuestro señor nunca ha comido con cuchara de oro.

—Esto es para vos, me dijo doña Juana.

Se me quitó la vista, se me cortó la respiracion, yo no sé lo que me sucedió, ni cómo tomé el platillo: ¡qué mujer, Mateo, qué mujer, qué prodigio! Cuando volví en mí, doña Juana hacia la fineza de otro platillo al inquisidor general. Me habia servido á mí antes que á don Gaspar de Quiroga: yo no supe qué pensar de esto: algun

tiempo despues, doña Juana se me acercó de nuevo, y me dijo mirando hácia el jardin, al cual daba una puerta de la sala, á la que estábamos próximos:

—¿Qué os parece de esta apacible noche, señor Rodrigo Vazquez? No hace ni un tantico de calor: ¡y qué luna tan clara!

—¡Ah, señora! la contesté torpe y aturdido: la noche no puede ser mas plácida.

Doña Juana se habia asido á mi brazo, y andando y sin saber cómo, me encontré con ella en el jardin y solo.

—¡Ah, qué fortuna! dijo Mateo: ¿pues de qué te quejas entonces, hermano?

—Espera, espera; ¡nunca me hubiera yo encontrado en aquella ocasion con doña Juana!

—Os he traido aquí, me dijo, porque quiero hablaros sin estorbos de un asunto que me interesa mucho.

—Pues entonces, señora, la dije, podeis contar con que á mí me interesa mas.

—No tan pronto, no tan pronto, me contestó, no sea que os cueste un sacrificio vuestra galantería: se trata de un proceso que teneis entre manos: de una causa criminal por hurto: ya sé que la justicia no tiene ni mas ni menos, que es una y sola; pero dentro de la justicia está la misericordia; y cuando un delito tiene la disculpa de la desesperacion y es un delito leve, puede ser el juez misericordioso.

—¿De qué se trata, señora?

—De una pobre viuda, que viendo á sus hijos exánimes de hambre, hurtó de una tienda un queso de Holanda, le vendió en otra, y compró pan para sus hijos.

—¿Y cómo se llama esa mujer? porque es difícil recordar entre tanta causa, dije á doña Juana.

—Se llama Petra del Vado, viuda de un palafrenero de la casa real.

—El rey, señora, le respondí, tiene la potestad de indultar, y como vos sois reina, la teneis tambien: mañana, si gustais, iré á llevaros el auto de libertad.

—Dios os lo pague, me contestó doña Juana: porque el perdon á esa pobre madre desesperada, por un leve hurto para alimentar á sus hijos, es de toda justicia: sin embargo, sois tan terribles los alcaldes de Casa y Córte, tan acostumbrados á castigar duramente,

que yo he creido necesario interponer en favor de esa desdichada para con vos mis buenos oficios. Con que mañana.....

—Mañana.

—Estaré en mi casa por la tarde: volvámonos.

Y atravesando parte del jardin, entramos de nuevo en la sala.

Pasé una noche de locas esperanzas: yo creia indudable que lo del proceso era un pretesto.

Al dia siguiente fuí ansioso.

Doña Juana me recibió sola en su camarin: estaba vestida de negro, y hermosísima; me sonrió al verme, y yo, engañado, hinqué una rodilla en tierra, y la presenté el auto de libertad de la procesada.

—¿Qué haceis? me dijo gravemente doña Juana.

—Rindo homenaje á mi reina, contesté yo con la confianza de quien se cree favorecido.

No quiero acordarme de la mirada de doña Juana.

Me alcé, dominado, cobarde.

Doña Juana tomó el papel y lo rompió.

—Esto es inútil, me dijo: idos, y no volvais á hablarme en vuestra vida.

Salí confundido, avergonzado, desesperado, sediento de venganza.

Al dia siguiente recibí refrendado por Antonio Perez un decreto de indulto del rey á Petra del Vado, y una real cédula por la que se le concedia, como viuda de un palafrenero del emperador, un socorro vitalicio de diez ducados al mes.

Yo no sabia qué hacer: entonces pensé en aterrar á doña Juana, en enviarla una carta, manifestándola que su marido era amante de la princesa, que tenia pruebas de ello, y que si doña Juana no me escuchaba, presentaria aquellas pruebas al rey.

¿Pero cómo hacer llegar esta carta á doña Juana?

Pregunté á algun amigo de quién podria valerme para hacer llegar una carta mia á una señora principal, y me encaminaron aquí.

—Para eso, me dijo una vieja de las que aquí viven, ninguna como la Mari-loca; pero con sus picos pardos no puede ir á ninguna parte: si vuestra señoría tiene poder bastante para sacarla á la orilla si la cogen desobedeciendo á las Ordenanzas, no hay nada que decir.

Mari-loca, decentemente vestida como una sirvienta, se dió tal maña, que al fin pudo hacer que una doncella de doña Juana pusiese mi carta en su libro de horas.

Al dia siguiente, recibí bajo un sobre mi carta abierta y rota.

—Doña Juana sabe mejor que tú que es de todo punto imposible probar los amores de Antonio Perez con la princesa, dijo Mateo.

—No tan imposible: desesperado estaba yo, cuando hoy se presentó en mi casa el señor Juan de Escobedo.

—¡Ah! esclamó Mateo.

—Ya sabes que Juan de Escobedo ha venido, no como secretario del escelentísimo don Juan de Austria, sino á pretesto de arreglar asuntos de familia: nadie en la córte duda que ha venido para algun negocio muy grave: se le ha visto frecuentar la casa de Antonio Perez, y salir de ella airado. Cuando yo le ví en mi casa, me dije:

—Para algo muy grave me necesita el señor Juan de Escobedo.

En efecto, apenas me saludó y se sentó, me dijo:

—Necesito me jureis guardar un profundo secreto acerca de lo que voy á deciros.

—Podeis estar seguro de que hablais con un caballero, le respondí.

Él me dijo:

—En esa confianza, escuchad, y respondedme con lisura: ¿Se puede contar con vuestro hermano el señor Mateo Vazquez, secretario del Despacho de Indias?

—¿Quién le necesita? pregunté yo.

—El escelentísimo don Juan de Austria, mi señor.

—¿Y para qué?

—Para que caiga del favor del rey el señor Antonio Perez, que le estorba.

—¿Y creeis que eso consiste en mi hermano?

—Vuestro hermano puede llegar cuando quiera hasta su majestad, y yo no puedo conseguirlo, ni lo conseguiré mientras sea secretario del Despacho Universal Antonio Perez.

—¿Y bien, qué?

—Necesito que alguien ponga sobre la mesa de despacho del rey una carta.

—¿Vuestra? Habreis querido decir un memorial, y no es ese el buen medio.

—Se trata de una carta que no es mia.

—¿De quién es entonces? pregunté.

Vaciló Escobedo.

—Si mi hermano no sabe á lo que se compromete, le dije, nada hará.

—Yo me he criado, me contestó, en la casa del príncipe don Ruy Gomez: en ella nací, en ella crecí, fuí paje del príncipe, y en la casa estaba cuando mi señor casó con la señora doña Ana de Mendoza. Por aquellos dias me casé yo tambien, y mi señor me acomodó, pensando en mis acrecentamientos, en la casa del emperador. Cuando su majestad murió, su hijo el rey nuestro señor me dió empleo de camarero, y mas adelante, pasé al servicio del escelentísimo don Juan de Austria. Fuí y vine á España, y siempre seguí tratando al príncipe don Ruy Gomez, como deudo suyo que era. Entraba con tal confianza en la casa, que no pude menos de conocer que la señora doña Ana y el señor Antonio Perez se estimaban mas de lo que era justo y decente. Lo dije con gran lealtad á mi señor, y escuché con sorpresa que me respondia:

—Tú ves visiones: no me hables mas de esto.

Me callé, por mas que fuí viendo nuevas cosas que me confirmaron en que habia amores entre el señor Antonio Perez y la señora doña Ana. Volví á Flandes, á asistir como secretario de Estado al escelentísimo don Juan de Austria, y hoy es el dia en que he vuelto para cosas que importan mucho á mi señor. Me las estorba, ó por lo menos me las dilata el señor Antonio Perez, y es necesario que no pueda estorbarlas. Tengo una carta que he robado á la princesa, de puño y letra del señor Antonio Perez: una carta de amor, que si el rey la ve, no habrá para Antonio Perez perdon. ¿Cuento con vuestro hermano?

—No puedo responderos, le dije; pero yo haré que le veais esta noche.

—Cuidad del sitio, me dijo; el señor Antonio Perez hace seguir mis pasos.

—A sitio ireis donde ni por asomo puedan suponer una conspiracion.

—¿Dónde?

—A la mancebía de las Vistillas.

—¡Una mancebía! contestó Escobedo: y bien, sí, creerán que me he vuelto loco ó que he perdido la vergüenza: ¿á qué hora?

—A las Animas.

—Pues ya están cerca las Animas, Rodrigo, dijo Mateo.

Como si esta observacion hubiera producido aquel toque lúgubre, se dejaron oir las campanas del cercano convento de San Francisco el Grande.

Casi instantáneamente llamaron á la puerta de la mancebía, y tres minutos despues entró en la sala un hombre de gran estatura embozado en una capa.

Se descubrió, adelantó, y saludó á los dos hermanos.

Era Juan de Escobedo, secretario de Estado de don Juan de Austria, gobernador de Flandes.

CAPITULO VIII.

El señor Juan de Escobedo.

Era corto de inteligencia y largo de ambicion, pero blando, servicial, y adepto, con una infinita fuerza de voluntad, á la alta persona á quien servia, y de la que esperaba un gran acrecentamiento de posicion y de fortuna.

Con el príncipe don Ruy Gomez no habia pasado de ser un alto criado de confianza, un hidalgo pobre adherido á la casa de un grande; lo que entonces se comprendia como deudo de un gran señor: tenia racion y sueldo; pero esto no satisfacia las aspiraciones de Escobedo.

Se habia casado con una dama pobre, que á falta de dote tenia una vanidad monstruosa, y á quien ofendia no sabemos hasta qué punto el que su marido acompañase como un criado, aunque fuese un criado noble, y como tal hidalgamente vestido y sin librea, á la hermosa y jóven princesa, que le trataba con una lisura que quemaba la sangre á doña María, que así se llamaba la esposa de Escobedo, y la heria en lo mas sensible de su soberbia.

Por sugestiones de su esposa, Escobedo solicitó del príncipe don Ruy Gomez, y lo obtuvo, le acomodase en la casa del emperador.

Escobedo fué nombrado camarero de los ínfimos; pero en fin, era

camarero ó criado de escalera abajo, no menos que del emperador Cárlos V.

Doña María se tranquilizó algo.

A la muerte del emperador, y siempre por los buenos oficios del príncipe don Ruy Gomez, Escobedo pasó de camarero á la servidumbre de Felipe II, pero camarero de escalera arriba, de la clase de los ayudas de cámara del rey, ó criados inferiores inmediatos á la real persona.

Doña María se sintió mas satisfecha.

Andando el tiempo, vino á la córte don Juan de Austria, reconocido por el rey como hermano suyo, pero no declarado infante, y Escobedo hizo de manera, que don Juan de Austria se le aficionó.

Pasó á su servicio, le aduló, y se ingenió de tal manera, que alcanzó su privanza, hasta el punto de que cuando don Juan fué enviado por el rey á los Paises-Bajos encargado de su pacificacion, le nombró su secretario de Estado.

En aquel tiempo, los vireyes y los gobernadores de provincias ó colonias fuera de la Península, tenian secretarios de Estado, gentileshombres, guardia de alabarderos y otra porcion de cosas que venian á darles la apariencia de reyes de segundo órden, vasallos de un gran rey.

Don Juan de Austria se avenia mal con su posicion. No reconocia que lo bastardo de su orígen y el carácter particular de Felipe II eran para él un grandísimo inconveniente.

Cárlos V, previsor, esperimentado, que conocia demasiado á su heredero legítimo y á su hijo bastardo, hijo de un misterio y tal vez de un crímen, habia aconsejado al rey abriese para su hermano las puertas del claustro. Pero don Juan resistió, declaró que su vocacion eran las armas, no el sacerdocio, y el timorato Felipe II, temeroso de causar la perdicion del alma de su hermano, obligándole á un estado difícil para el que no habia nacido, desatendió el prudente consejo de su padre, ó mas bien desobedeció su precepto, y permitió á su hermano se consagrase á las armas.

En 1568 se sublevaron los moriscos de Granada; y á tal punto llegó la insurreccion, que no siendo bastante para reprimirla el capitan general del reino y costa de Granada, marqués de Mondéjar, el rey dió el mando de aquella empresa á su hermano bastardo.

Tan buen general, tan prudente, tan entendido, tan valeroso se mostró en aquella dura campaña el jóven don Juan, que Europa fijó

en él los ojos, y los mejores capitanes le reconocieron como digno hijo del gran Cárlos V.

El rey empezó á sentir celos: comprendia demasiado que él no habia nacido para general, y que los españoles, acostumbrados á largas guerras y grandes capitanes, habian de sentir una gran predileccion por don Juan de Austria.

El corazon de Felipe II empezó á envenenarse en daño de su hermano.

Sobrevino la Liga contra el turco, y Pio V pidió á Felipe II encargase el mando de la armada española á su hermano don Juan.

El rey se vió obligado á doblegarse: nombrado general por Felipe II de las fuerzas navales de España don Juan de Austria, el Papa le nombró generalísimo de las escuadras de la Liga, y le entregó por estandarte el signo de la Redencion.

Don Juan destrozó en el memorable combate de Lepanto la formidable escuadra turca, salvó á Europa, y aterró al formidable Selim II.

La gloria de don Juan habia llegado á su apogeo, y su altiva cabeza y su sangre imperial sentian la falta de una corona.

Nada habia que esperar de Felipe II. Como hijo reconocido de Cárlos V, don Juan habia solicitado se le diese silla y cortina, es decir, se le declarase infante de España, y el rey habia dado largas á la solicitud. No tenia heredero varon, y era demasiado un infantazgo que pudiese justificar la sucesion en la corona de don Juan de Austria, en daño de las infantas hijas legítimas del rey.

Don Juan se desesperaba, y con la desesperacion se torcia é iba preparándose insensible é involuntariamente para la traicion.

El rey, que tenia fija la mirada recelosa en su hermano bastardo, le envió á Flandes á luchar con el doble espíritu de la independencia y de la creencia religiosa.

Allí se habia estrellado, se habia desacreditado, á pesar de su crueldad, de su ferocidad, el formidable don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba. De nada habian servido el talento para el gobierno y la prudencia de don Luis de Requesens.

Los Paises-Bajos estaban inflamados, resueltos á todo, poderosamente auxiliados por Cárlos IX de Francia.

Felipe II envió allí á don Juan de Austria para que se gastase, para que se rompiese; y á tal llegó la celosa ceguedad del rey, que redujo á su hermano á una gran necesidad de hombres y de dinero.

Escobedo, en quien don Juan tenia una absoluta confianza, habia llegado á Madrid, y se le detenia.

Don Juan escribia con suma frecuencia á su hermano, y todas sus cartas se reducian á lo siguiente:

«Dinero y Escobedo.»

Y no iban, ni Escobedo ni dinero.

El Papa Gregorio XIII, ya porque hubiese comprendido que ayudando á don Juan de Austria se hacia de él un poderoso amigo, ya por puro celo en premiar á un tan gran campeon de la Iglesia, que no habia peleado mas que contra moriscos, turcos, moros y herejes, escribia largas cartas en latin á Felipe II, recomendándole permitiese á don Juan fundar una monarquía en Africa.

El rey se escusaba.

El Papa insistia, y envenenaba mas y mas el corazon del rey contra su hermano, que á pesar de la falta de hombres y de dinero, mantenia bravamente el prestigio de su nombre en la guerra de Flandes; y de tal manera, que la recelosa Isabel de Inglaterra temió que sometidos por don Juan los Paises-Bajos, firmada una paz con Francia, y desembarazado de aquella costosa y difícil guerra Felipe II, revolviese con todo su poder sobre Inglaterra, que era lo que mas aborrecia, no sabemos si porque los ingleses eran luteranos, ó porque habiendo sido su primera esposa la reina María de Inglaterra, habia considerado suyo el Reino Unido, y se proponia conquistarle.

Don Juan de Austria recibió en Flandes emisarios ingleses, y se cuidó de que esto llegase á noticia de Felipe II.

Fué aquella una infame intriga, verdaderamente púnica de la reina de la moderna Cartago y de su favorito Leicester.

Un dia supo Felipe II con una rabia mortal, aunque á nadie la dejase ver, que se trataba del casamiento de su hermano don Juan con Isabel de Inglaterra.

Esto, por parte de Isabel, era una añagaza, una traicion al ambicioso don Juan de Austria. Era lo mismo que poner un pensamiento de muerte en el alma de Felipe II: era asesinar á don Juan de Austria de una manera maquiavélica. Pero Felipe II se contuvo; le causó horror el fratricidio, como le habia aterrado el parricidio. Sin embargo, como una traicion del príncipe don Cárlos, esto es, la aceptacion de la soberanía que los Estados de Flandes ofrecieron á

aquel jóven loco, decidió al rey al parricidio, del mismo modo que otra traicion de don Juan de Austria debia decidirle al fratricidio.

Felipe II habia nacido para anegarse en horror. Negó á su hermano bastardo la licencia que este le pedia para casarse con Isabel de Inglaterra.

Sin embargo, don Juan de Austria insistió. Se puso en inteligencia con Isabel, y deslumbrado, ciego por la ambicion, se olvidó de que era hijo de Cárlos V, de que era español, y vendió su patria á los ingleses, ó por mejor decir, cayó en un lazo que le habia tendido la malvada política de Isabel de Inglaterra.

Esta traicion, que era torpe, consistia en pedir á Felipe II la construccion de un castillo en la peña de Mogro, en la entrada de la rada de San Sebastian, cuya tenencia se diese al secretario Juan de Escobedo.

Esto equivalia á asegurar un desembarco de tropas inglesas en un puerto de España.

Hombre de cortos alcances debia ser don Juan como político cuando cayó en este grosero lazo, y harto bien debia conocer á don Juan Isabel de Inglaterra, al proponerle pidiese lo que don Juan, si no por lealtad, por conveniencia propia, debia haber rechazado.

Juan de Escobedo fué á Madrid á principios de 1577, trayendo consigo aquella peligrosa solicitud.

Como era natural, la presentó al secretario Antonio Perez, que al golpe conoció toda la importancia del asunto, y sin advertir á Escobedo, se redujo á guardar aquel terrible memorial, proponiéndose que jamás le viera el rey.

Antonio Perez pretendió salvar la situacion. La fatalidad, como veremos mas adelante, la precipitó.

Por la misma razon que habia dado carpetazo, como suele decirse, al funesto memorial de don Juan de Austria, impidió que Escobedo fuese recibido en audiencia por el rey.

¿Por qué no advirtió á Escobedo del peligro, ó por qué no lo manifestó por escrito á don Juan de Austria?

El asunto era demasiado grave, demasiado terrible para que Antonio Perez se atreviese á soltar una prenda, y harto hizo en hacer morir el memorial en sus manos sin dar cuenta de él á Felipe II.

Pasaban dias y meses sin que Escobedo obtuviese ningun resultado, entretenido con evasivas por Antonio Perez.

Esta contrariedad alarmó á don Juan de Austria, ó le aconsejó Isabel de Inglaterra llamase á Escobedo.

Pero Escobedo fué retenido en Madrid. Y en vano don Juan de Austria, como hemos dicho ya, pedia al rey dinero y Escobedo.

Ahora bien: Escobedo, tenaz, ciego, ansioso de ver rey á su amo, por lo que esto convenia á su propia ambicion, se resolvió á un medio estremo.

Con tal intimidad salia y entraba en la casa de la princesa, que muy pronto sorprendió los amores entre esta y Antonio Perez.

Una nueva torpeza inspiró á Escobedo deshacerse del secretario, á quien atribuia una intencion enemiga á don Juan de Austria, en el hecho de no dar curso á su memorial.

El rey estaba ciego por doña Ana de Mendoza; confiaba ciegamente en Antonio Perez.

Bastaba, pues, con despertar á Felipe II, para perder á Antonio Perez y á la princesa.

Esto no era para Escobedo otra cosa que remover un obstáculo.

Observó, vió, esperó una ocasion, y robó una carta de Antonio Perez á la princesa.

Se necesitaba una mano que hiciese llegar aquella carta á las manos del rey.

Para esto se habia valido Escobedo de los hermanos Vazquez de Arce, sin sospechar que habian de utilizarle en provecho propio.

Se habló largamente, se dieron seguridades á Escobedo por los dos hermanos de que la carta llegaria al rey, y Escobedo salió de la mancebía dejando en poder de Mateo Vazquez la carta, cuyo contenido era el siguiente:

«No me espereis esta noche, mi adorada amiga. El rey me ocupa. Hay que tener paciencia. ¡Cuándo nos veremos libres de estos trabajos! No desconfieis, no seais celosa: bien sabeis que no puedo vivir sin vos; que ante vos soy un loco, y apartado de vos no os apartais de mi memoria acrecentándome la impaciencia por volver á veros. Voy á sufrir mucho; pero confio en que mañana me dejará libre á buena hora el rey.—Vuestro esclavo, Antonio Perez.»

—Y bien, Rodrigo, ¿qué hacemos de esta carta? dijo Mateo.

—Dámela: yo seré el que haga.

—¡Ah! ¿pretendes obligar con ella á doña Juana?

—Sí.

—¿Y qué diremos al señor Juan de Escobedo cuando vea que no sucede lo que espera?

—Mirarle con estrañeza y encogernos de hombros como si nos hablara del gran turco.

—¡Oh! es mucho descaro, Rodrigo.

—No importa: contra los tontos todo es lícito; y el señor Juan de Escobedo es tonto hasta las entrañas.

—Rodrigo, mira no te metas en una mala aventura: cuidado con doña Juana.

—¡Bah! me importa poco lo que suceda. Esa mujer me ha hecho perder el seso. Déjame hacer. ¡Hola! ¡Mari-loca! ¡Mari-loca!

Tardó algo en presentarse la doncella.

—Búscame papel y tintero.

—No será malo que haya algo de eso en toda la casa, porque aquí no tenemos que entendernos con nadie por escrito.

—Anda, hija, anda, y vuelve lo mas pronto que puedas.

Mari-loca salió.

—¡Qué desvergüenza! dijo Mateo.

—¡Pobres mujeres! respondió Rodrigo.

—¿Qué piensas hacer?

—Poner en conocimiento de doña Juana que tengo en mis manos la vida de Antonio Perez.

—¡Hum! dijo Mateo; mira no arriesgues la tuya.

—Me importa poco: sé todo lo que puedes decirme; sin embargo, doña Juana tiene un grande ingenio, y supondrá que yo no he de llevar conmigo esta carta.

—Mira que yo creo que doña Juana habla tres veces al dia con el diablo; tiene cara de ángel rebelde.

—De ángel divino. Esa mujer es mi desesperacion.

—Mira no sea tu ruina.

—En buen hora.

—Milagro: la tia Aguilucho tenia papel, dijo entrando Mari-loca; ya se ve, como es bruja y da recetas diabólicas á damas y galanes desgraciados en amor, tiene provision de papel.

—Ponlo sobre la mesa y véte.

Mari-loca hizo una mamola á Mateo Vazquez, que se indignó, y se fué.

Rodrigo copió la carta de Perez, y escribió por bajo:

«Señora doña Juana: Tengo esta carta original en mi poder. Ya

veis lo que puedo hacer con ella. Siento que me obligueis á tanto; pero estoy desesperado. No me devolvais esta carta rota como la otra. Guárdeos Dios.—Rodrigo Vazquez de Arce.»

Cerró esta carta despues de haberla leido á Mateo, y de haber cuestionado con él acerca de ella, llamó á Mari-loca, que se presentó, y la dijo:

—Mañana te vistes como una doncella honesta, y te marchas á casa del señor Antonio Perez.

—Ya: hay que poner en camino un billete, ¿no es verdad?

—Eso es; esta carta.

Y la dió á Mari-loca.

Se levantó y salió con Mateo.

Mari-loca les alumbró y les abrió la puerta.

—Vayan vuesas mercedes con Dios, dijo Mari-loca cerrando la puerta, y como quien acusa la falta de un saludo con la intencion, como quien contesta suponiendo que se le ha hecho.

CAPITULO IX.

El alférez Insuati.

—¡Vive Dios, dijo adelantando desde el fondo del zaguan un hombre, que he estado por meter mano á la tizona, y rajar de alto á bajo al clérigo y al alcalde! ¡Par de bribones!

—Déjate de tonterías, Pedro, dijo Mari-loca; aquí no hay que rajar á nadie, ¿entiendes? Lo que hay que ver es lo que han dejado esos señores.

Y adelantó rápidamente hácia la mesa, y vió en ella, sobre el papel que habia sobrado, un doblon de á dos.

—Miseria, y siempre miseria, dijo Mari-loca; y disfrazaos mañana, idos á casa del señor Antonio Perez, esponeos á que os den una paliza si os conocen, y os metan en la cárcel, y os fastidien, todo por un mísero doblon de á dos. Bien es verdad que de la cárcel ya me sacaria don Rodrigo, porque le hago falta. Menea el brasero, Pedro, porque tengo frio.

El hombre obedeció.

Era un buen mozo como de treinta años, con el pelo corto á lo hidalgo, gorra puesta de soslayo, con un joyel falso de cobre dorado que iba dejando ver lo rojo, gola rizada no muy fina, ni muy limpia, coleto de ante, mangas de grana roja, calzas de grana y zapatos

de cuero negro. Llevaba talabarte con grande hebilla y grande espada, y al cinto daga de gancho.

Era moreno y tenia la barba entera y negra, miraba torvo y despreciaba con el sesgo de su boca.

Sobre sus hombros tenia un capotillo pardo con capuz.

Este hombre era aragonés, paisano y favorecido de Antonio Perez, y alférez de la Guardia Española.

Se llamaba Pedro Insuati, y era dueño del corazon de Mari-loca.

—Dame esa carta que te han dado, dijo Insuati.

—No vayas á hacer una barbaridad, dijo Mari-loca dándosela, porque sabia que no podia replicarse á Pedro, ni dejar de darle gusto.

—Ya sé yo cómo se abre una carta para que despues no se conozca que se ha abierto, y á mas, que la oblea está fresca.

Y con primor y delicadeza, á pesar de lo gordo de los dedos de sus membrudas manos, abrió la carta, y la leyó.

—Pues señor, esto es cosa de tirar de la toledana y darte una vuelta, Mari-loca. Dígame vuesa merced, mala hembra: ¿quién ha llevado una carta del señor Rodrigo Vazquez á mi señora?

—Yo, dijo temblando Mari-loca.

—Y diga vuesa merced, atrevida y necia que Dios la ha hecho, ¿por qué vuesa merced no me lo ha dicho?

—Porque me hacian falta zapatos, y te ibas á quedar con el dinero que me dieron por llevar la carta.

—¡Vive Dios!

Y levantó la mano con tal aire y de tal manera, que Mari-loca, viendo venir una bofetada, bajó la cabeza, y se puso las manos por delante.

—Pase por lo de los zapatos, dijo el alférez conteniendo la mano en el aire, echando mano al doblon de á dos que estaba sobre la mesa y guardándolo en el bolsillo; pero que no vuelva á acontecer ¿lo entiendes?

—Pero por Dios, no te quedes con todo, porque me hacen falta medias.

—Ha de saber vuesa merced que este dinero me lo gano yo, porque yo soy quien va á llevar esta carta.

—¿Tú?

—Pues ya se ve que sí: este es un asunto muy delicado, mucho; y vaya, si hubiera sabido cuando estaba escuchando, y viendo desde

allí, y señaló la puerta de la sala, que el papel que sacó de su escarcela el alcalde, era carta de mi amo á la princesa, ¡por vida de cien legiones que le pesa al alcalde de haber nacido!... lo que es de un chirlo no le libra nadie. ¡Por vida del cielo y del infierno!... y esto es muy grave. ¿Quién alcanza ya á ese infame Vazquez?... ¡cuernos de Lucifer! y que ese infame guardará la carta del señor Antonio Perez, y se librará muy bien de llevarla consigo; que si la llevara, ¿para qué ha hecho Dios las noches oscuras? ¡Poder de los poderes!... ¡Y pensar que ese cielo, ese prodigio, esa bendita de mi señora, va á tener que sufrir por amor á su marido á ese infame!... ¡Dios de Dios! Hasta luego, Mari-loca.

Y el alférez se levantó, se envolvió con aire de tormenta en su capotillo, y tomó hácia la puerta.

—Pero oye, le dijo Mari-loca.

—¿Qué? contestó volviéndose amenazador Insuati.

—Nada, hombre, nada, respondió con miedo Mari-loca.

Insuati continuó, atravesó el oscuro zaguan, abrió la puerta, dió un violento portazo al cerrarla, y se lanzó rápido y violento hácia la calle de Don Pedro, cruzó la plazuela de Puerta de Moros, tomó por la Cava-Baja de San Miguel, llegó á Puerta-Cerrada, y dió al fin en la casa de Antonio Perez.

—¡Eh! ¿adónde se va? dijo el portero.

—Adonde me da la gana, asno, contestó Insuati.

—Perdone vuesa merced, señor alférez; no le habia conocido, dijo el portero.

En tanto, Insuati tomaba violentamente la escalera arriba.

La manera de contestar del portero demostraba que tenia á Insuati por una persona decente, y además de esto, por muy de la casa.

Llegado á lo alto de las escaleras, Insuati se entró por una gran puerta en un recibimiento, en el que habia dos lacayos sentados á un brasero.

—¿Dónde está la señora? les preguntó Insuati.

—En su cámara, contestó uno de los lacayos.

—Pues vivo, Grajera, dile á su señoría que aquí estoy yo, y que tengo que hablarla precisamente, y al momento.

Grajera entró, é Insuati se quedó paseando de una manera nerviosa por el recibimiento.

A poco volvió Grajera.

—Puede vuesa merced entrar, señor Pedro Insuati, dijo el lacayo; su señoría espera.

Insuati atravesó una antecámara, se quitó la gorra, abrió una mampara, y dijo con voz respetuosa y llena de afecto:

—¿Me da usía licencia?

—Entrad, Pedro, dijo la sonora y dulce voz de doña Juana.

Insuati entró.

Doña Juana tenia junto á sí á su hija mayor, y sobre las rodillas un libro.

Se conocia que estaba dando leccion de leer á su hija.

—¿Cómo lo pasa usía? dijo Insuati completamente trasformado; es decir, convertido de lobo en perro.

—Bien, Pedro, bien, contestó doña Juana: ¿y vos?

—Endiabladamente, contestó Insuati; perdonad, señora, pero estoy tal, que echo el corazon por la boca y la mano se me va al puño de la espada.

—¿Pues qué sucede? dijo con cuidado doña Juana.

—Cosas graves, señora.

—Véte, hija mia, que te den de cenar, y que te acuesten, dijo doña Juana, dando un suspirante beso en la boca á su hija.

La niña contestó con un beso lleno al beso de su madre, y se fué mirando con recelo á Insuati.

—Hablad, dijo con vehemencia doña Juana; me espanta la cara que traeis.

—Porque me da mas miedo, contestó Insuati, dar un disgusto á usía, que si me mandaran poner mi bandera sobre la torre mas alta del castillo mas negro, despues de haberla escalado á escala franca. ¡Poder de Dios que no sé por dónde empezar!

—Empezad como podais; pero no jureis: estais muy mal criado.

—No me puedo ir á la mano, señora; y cuando se me revuelve la sangre.....

—¿Sabeis que me estais asustando?

—El lance no es para menos. ¿Conoce usía al alcalde de Casa y Córte Rodrigo Vazquez de Arce?

Tomaron los ojos de doña Juana una espresion de sombrío disgusto.

—Sí, contestó de una manera seca.

—¿Y á su hermano Mateo, el clérigo mas malo que ha querido Dios se ponga una sotana?

—Sí.

—Pues mire usía: si lo que tengo entre manos pudiera arreglarse haciendo gigote á tajo limpio á esos dos pícaros, ya me los hubiera cenado sin decir á usía una palabra.

—Pero acabad, que me estais atormentando, Pedro.

—Y esta no es cosa de decírselo al señor Antonio Perez, porque no, es muy grave.

—Todo sea por Dios, dijo con impaciencia doña Juana. ¿Acabareis?.....

—Un sudor se me va, y otro se me viene, señora; pero al fin ello es preciso. Usía sabrá... ya lo creo: se le conoce á usía que lo sabe: usía sufre y llora; usía está pasando un martirio.

—Pedro, por Dios.

—Usía... la princesa de Eboli.....

—¡Oh, Dios mio! ¿qué? esclamó doña Juana, poniéndose en un movimiento enérgico de pié.

—Pues... el señor Antonio Perez está dejado de la mano de Dios. Pero y bien; dígame usía: ¿ha recibido usía una carta del señor Rodrigo Vazquez y se la ha devuelto rota?

—Sí, dijo con asombro, con un doloroso asombro, doña Juana; pero ¿cómo sabeis vos eso?

—Yo no puedo decir á usía cómo lo sé, porque hay cosas que no deben llegar á los oidos de usía. En fin, señora, yo no soy un santo ni mucho menos, sino un perdido, un soldadote que está en todas partes, y en ninguna buena, sino cuando está delante de usía. Pasemos por alto lo que usía no debe oir. Basta con que yo sepa que ese infame ha puesto los traidores ojos en usía: y en fin, y para concluir: tome usía una carta de ese hombre que yo he cogido sabe Dios cómo: no importa: aquí está la carta.

Doña Juana la tomó y la leyó. Tembló y sintió frio; un frio de terror.

—Me habeis dado abierta esta carta, dijo doña Juana; vos la habeis leido.

—Si no la hubiera leido no os la hubiera traido, señora, y si no fuera esa carta tan grave, si no se amenazara á usía, si el señor Antonio Perez, mi señor, no estuviera comprometido.....

—¿Obrais lealmente, Pedro?

—Si acabaran de meterme un arcabuzazo en el corazon no me hubiera hecho tanto daño, señora. ¿A quién debo lo que soy? ¿por

quién tengo la bandera de la compañía española? De Zaragoza me vine huido por cosas de mi mal genio, y el señor Antonio Perez me amparó: de su casa soy, y mi corazon es suyo. No sabia quien ha escrito esa carta dónde se metia, y que allí estaba yo: en fin, señora, esto no se remedia á estocadas; que si á estocadas se remediara, ¡voto á una legion de diablos!... perdone usía; pero no me puedo ir á la mano: estoy de tal manera, que el mundo me parece chico, y que la emprendería con él; porque, en fin, me han tocado á las niñas de mis ojos; porque yo quiero á usía con tanta veneracion como si quisiera á un ángel de Dios, y al señor Antonio Perez como si fuera mi padre. En fin, ¿qué hago?

—Nada, Pedro, nada; callar, guardar como una tumba este secreto.

—Pero ese hombre.....

—Ese hombre está loco, no sabe lo que hace: dejadle hacer, que un dia se arrepentirá tarde de lo que hace, y le pesará de haber nacido. Guardad el mismo secreto acerca de mi esposo, y tomad en memoria mia.

Y le dió una sortija con un grueso diamante.

—Aunque me muera de hambre, aunque me vea arrastrado por los suelos, ni empeñaré, ni venderé esta sortija, señora; y eso que siempre ando á malas vueltas con el dinero: no hay deseo que uno tenga que no sea menester pagarlo, y en la córte todo cuesta un ojo de la cara. Pero digo tonterías, y es porque estoy tal, que no sé lo que me digo.

—Idos, y buenas noches, Pedro, dijo doña Juana.

—Por supuesto, señora, que si usía me necesita.....

—Convenido, Pedro; me serviré de vos.

—Pues que Dios guarde á usía, y la dé fuerzas.

Insuati salió.

CAPITULO X.

Doña Juana Coello.

—Tengo una carta horrible en las manos, y acaba de salir un asesino, dijo doña Juana; pero no, Dios mio, no; no hay disculpa para el crímen, no: el que comete un crímen no puede ser amparado por Dios. ¡Oh, Antonio, Antonio, qué locura la tuya! ¡Así estimas el amor y el reposo de tu mujer y de tu familia!

Doña Juana guardó silencio, se sentó, acercó mas á sí el velon que estaba sobre la mesa, y volvió á leer la carta.

—¿Será esto una mentira de Vazquez por obligarme? ¿Tan ciego estará Perez, que se habrá olvidado de todo punto de la prudencia? ¡Oh!... esta carta amenaza, amenaza de una manera horrible: si el rey llega á saber esa traicion de la princesa, de Antonio... ¡Oh, Dios mio, Dios mio! el rey es un demonio: su furor, su venganza serán terribles, si llega á saber... y todo, todo es obra de ese olvido de Antonio de todos sus deberes. Es necesario avisarle; pero ¿cómo, cómo he de hablarle yo... de sus amores con esa mujer? ¡Ah, no, imposible, de todo punto imposible: si él no respeta la santidad del matrimonio, yo debo respetarla! No, no hablaré con él ni una sola palabra de esto: con ella, con ella, sí; yo habia previsto que llegaria un momento en que seria necesario que esa mujer y yo nos viéramos frente á frente. Sí, haré este horrible sacrificio: todo por él,

todo por mis hijos: la desesperacion, la muerte, todo, menos el honor.

Doña Juana se pasó la mano por su frente sudorosa. Despues volvió á leer la carta de Rodrigo Vazquez: tomó papel, y copió la copia de la carta de Antonio Perez á la princesa, y escribió por debajo:

«Si no acudís á la cita que os doy en el cementerio de la iglesia de San Andrés, temedlo todo, señora. La anterior carta escrita á vos por mi marido está en mi poder, y el rey la conocerá. ¿Qué me importais vos, ni mi marido, ni mas que mis celos y mi venganza? Id esta noche á las doce al sitio que os he indicado: allí estaremos con mas seguridad que en ninguna parte, entre Dios y la muerte.—Doña Juana Coello.»

Cerró esta carta y llamó.

—Que avisen á Gil de Mesa que le necesito al momento, dijo doña Juana.

Gil de Mesa era un antiguo criado de Antonio Perez, que le habia servido desde que estaba estudiando en la universidad de Alcalá, y poseia entera la confianza de su amo.

Si se cruzaban cartas entre la princesa y Antonio Perez, nadie mas que Gil de Mesa podia llevar las de este á aquella.

Gil de Mesa no tardó en presentarse.

Era un hombre como de cuarenta y cinco años, de fisonomía tranquila y suave, que no dejaba comprender otra espresion que la de la astucia, y á veces en el fondo de sus ojos una chispa de valor indómito. Era tambien aragonés, y se habia consagrado por completo á su amo.

—Os llamo, le dijo doña Juana, para haceros algunas preguntas que os van á parecer muy estrañas. ¿Escribe vuestro señor cartas á la señora princesa de Eboli?

Aunque Gil de Mesa era un hombre de mundo, se sorprendió.

—Vos sois sin duda el que llevais esas cartas á la princesa, dijo severamente doña Juana tomando la turbacion de Gil de Mesa por una contestacion afirmativa á su pregunta.

—No comprendo, señora, lo que me decís, contestó Gil de Mesa, que ya se habia repuesto.

—Bien, no importa, dijo doña Juana; oid: como habeis llevado tantas veces cartas de vuestro señor á la princesa, llevad una vez una carta mia á esa señora.

—Bien, la llevaré; ¿por qué no la he de llevar? contestó Gil de Mesa perfectamente tranquilo.

—Pues tomad, y ahora mismo; si esa señora no está en su casa, que la busquen, que reciba esa carta donde quiera que esté: importa mucho que llegue á sus manos antes de la media noche: id.

Gil de Mesa salió.

—Es posible que allí esté él, que ella le haga ver mi carta: mejor, mucho mejor: esto convendria: así estaria avisado, avisado por mí por medio de esa mujer.

Doña Juana esperó con una gran impaciencia la vuelta de Gil de Mesa, que tardó mas de una hora.

Se presentó al fin, y entregó á doña Juana una carta.

—¿Qué es esto? dijo doña Juana: yo no os encargué pidiéseis á esa señora contestacion.

—Yo lo supuse, dijo Gil de Mesa, aunque nada me habíais encargado, y la he pedido.

—Bien, tanto mejor, contestó doña Juana: idos, y estad dispuesto para cuando os necesite.

Gil de Mesa salió.

Doña Juana abrió la carta de la princesa, que decia así:

«Señora doña Juana Coello: Acabo de recibir una estraña carta vuestra, que no comprendo ni puedo comprender: por lo mismo, ansiosa de que me la espliqueis, acudiré á la cita que me habeis dado á la media noche en el cementerio de la parroquia de San Andrés, por mas que este lugar de cita y esta hora sean tambien muy estraños.—La princesa de Eboli.»

Hubo de esperar aún hora y media doña Juana hasta que dieron las once.

Entonces llamó á Gil de Mesa, le mandó hiciese disponer una silla de manos, y escoltada por cuatro lacayos, y acompañada de Gil de Mesa, salió, encargando al mayordomo, que si iba Antonio Perez antes de que ella volviese y preguntaba por ella, le dijese que habia salido á un asunto gravísimo.

Doña Juana estaba segura de que su marido no iria á su casa antes que ella.

La princesa debia haber avisado á Antonio Perez, si no era que Antonio Perez estaba junto á la princesa cuando esta recibió su carta.

Doña Juana habia elegido por lugar de cita el cementerio de

San Andrés, no buscando lo terrible y lo fantástico, sino porque á causa de un beneficio que habia hecho al pobre guardian del cementerio, podia disponer de aquel lugar.

Doña Juana nunca hubiera ido á casa de la princesa. Cierto es que podian haberse visto en cualquier lugar solitario; pero era preferible de todo punto un lugar cerrado, aunque fuese lúgubre.

Un dia se encontró el sepulturero de San Andrés, con que era necesario llevar á una hija suya enferma al hospital, porque la enfermedad se habia hecho tan costosa que aquel desgraciado no podia atender á los gastos.

Quejándose de ello con una vecina, esta hubo de aconsejarle recurriese á la esposa del señor Antonio Perez, que era una señora muy caritativa.

El sepulturero acudió, y no solo su hija no fué al hospital, sino que durante muchas noches de peligro, doña Juana veló junto al lecho de la enferma.

El acaso habia hecho que el pobre sepulturero pudiese pagar á doña Juana en algun modo su obra de caridad.

Por la Cava-Baja de San Miguel y por la plazuela de la Paja, llegó doña Juana á la puerta del cementerio, y mandó á Gil de Mesa que llamase.

Al cabo de repetidos llamamientos, la puerta se abrió y apareció un hombre desarrapado y asqueroso, teniendo en la mano, encendida, una vela de sebo.

—¡Ah, señora! esclamó al verla: ¿es usía?

—Sí, yo soy, contestó doña Juana.

—¿Y qué quiere usía? ¿en qué puedo servirla?

—Quiero entrar en el cementerio.

—Entre usía, dijo el sepulturero.

—Gil, dijo doña Juana: retiraos con la silla de manos y con los lacayos al otro estremo de la plazuela, y esperad.

Gil de Mesa se retiró, doña Juana entró, y el sepulturero cerró la puerta.

—Ya decia yo, esclamó al cerrar.

—¿Y qué decíais vos? preguntó doña Juana.

—Yo, señora, dijo el sepulturero, no puedo olvidarme de lo que habeis hecho por mi hija, que si vive, y está robusta y hermosa, á vos os lo debo: porque si hubiera entrado en el hospital, se hubiera muerto.

—¿Y á qué viene eso, Tadeo?

—Viene, á que hay aquí una persona que ha venido antes que usía, que ha llamado, que me ha dado dinero para que la dejase entrar en el cementerio, y me ha encargado que si venia alguna persona mas, no la dijese que estaba aquí: yo se lo prometí, y aun se lo juré; pero siendo usía quien ha venido, pérdoneme Dios; falto á mi juramento.

—¿Y quién es esa persona que ha llegado antes?

—Un caballero.

—¿Un caballero como de cuarenta años, blanco, rubio, con los ojos azules, y que viste muy á lo galan?

—Sí señora.

—¿Y no le conoceis? ¿No sabeis cómo se llama?

—No señora.

—¿Y dónde está?

—En el desvan de la casilla que tengo en el cementerio, donde vos habeis pasado, Dios os lo pague, tantas noches cuidando como una madre de mi pobre hija.

—¿Y está vuestra hija en la casilla?

—No señora: está sirviendo de doncella á la señora condesa de Arcos.

—Hace mucho frio, dijo doña Juana, que sentia mas lo crudo de la noche porque tenia helada el alma: no podemos hablar en el cementerio; tendremos que hablar en la casilla.

Esto lo murmuró doña Juana para sí; luego añadió alto:

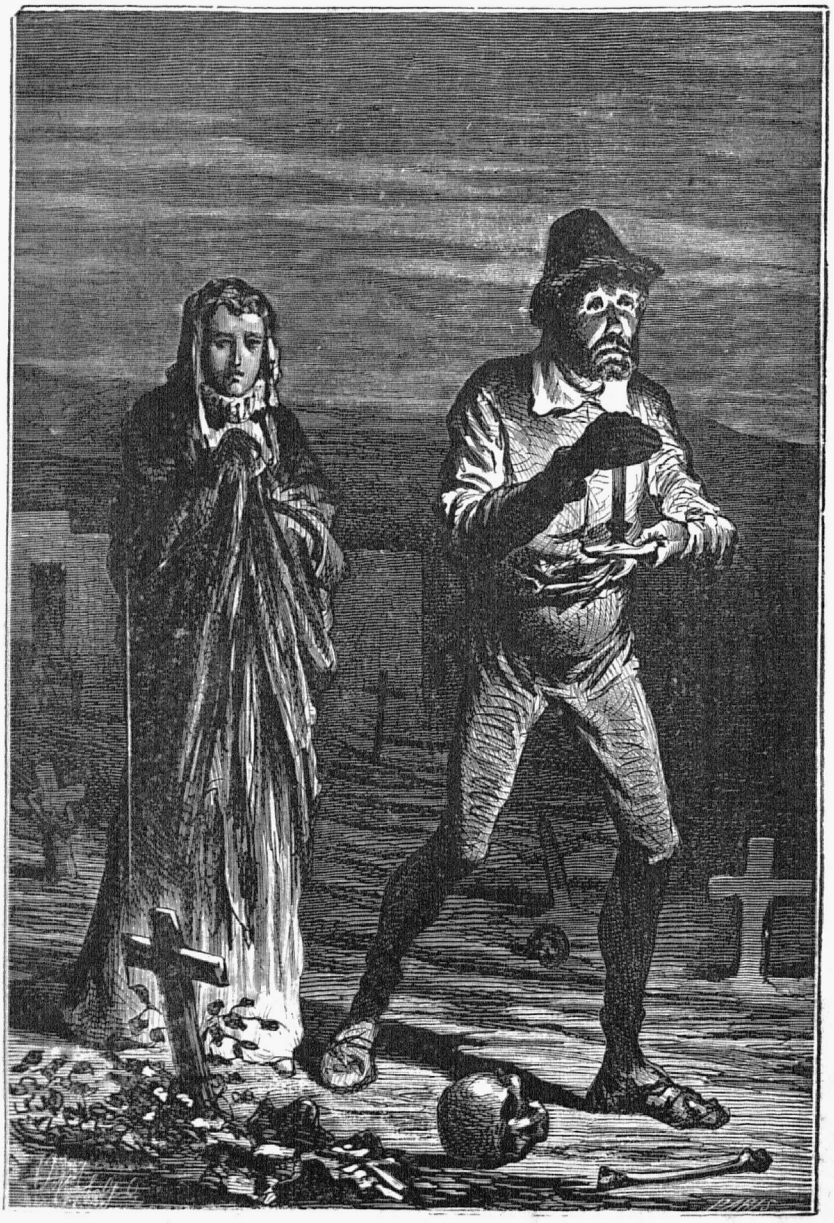
—Vamos á vuestra casilla: no me hableis en ella de ese caballero.

—¡Oh, por supuesto! dijo Tadeo: venid por aquí, señora; el piso está muy malo, como que está cubierto de tumbas: véngase usía tras mí; así no tropezará usía en las cruces: está la noche muy oscura: por aquí, siempre detrás de mí.

El sepulturero adelantó.

Doña Juana no tropezó en ninguna cruz; pero mas de una vez su pié tropezó en una calavera ó en un hueso.

En otra ocasion esto la hubiera causado horror; pero estaba demasiado impresionada, con el pensamiento fijo en la princesa, en el rey, en Antonio Perez, en Rodrigo Vazquez, en sus hijos: todo junto, todo revuelto, todo envuelto en el horrible temor de una gran desgracia.



El sepulturero adelantó.

Llegó á la casilla.

Era esta un espacio como de seis varas en cuadro, de suelo terrizo, de techo de madera tosca, de paredes negras.

En un ángulo habia un camastro: dos ó tres sillas de pino se veian acá y allá: colgados de la pared, algunos largos trapos cenicientos, azules, blancos, negros.

Eran hábitos de diferentes religiones: esto es, mortajas, gran parte de las cuales habian sido robadas á muertos para ser vendidas para otros cadáveres.

En un ángulo, junto á la chimenea de campana, habia un monton de madera vieja, negra, en tablas largas, á las que estaba adherida con tachuelas mohosas en algunos lugares una tela de color de tierra.

Eran restos de atahudes.

Junto á aquello habia un azadon y una espuerta.

En otro ángulo, en el techo, habia una abertura, á la cual se llegaba por una escalera de madera.

—Tengo frio, dijo doña Juana: haced fuego.

—Muy bien, señora, dijo Tadeo, poniendo sobre una pequeña mesa de pino la palmatoria de barro en que estaba la vela; pero puede ser que os desagrade la leña que tengo.

—Ya la veo, dijo doña Juana, mirando hácia el ángulo donde estaban las tablas de atahud: ¿qué importa? El fuego lo purifica todo.

Tadeo hizo una hoguera con aquella leña fúnebre, y doña Juana se calentó con delicia.

Sentia el frio de la fiebre.

Dieron las doce en el reloj de San Andrés.

—Dentro de poco, dijo doña Juana, llegará otra dama y pretenderá entrar; que entre: cuando haya entrado, la traeis aquí y os retirais.

—Muy bien, señora.

Pasaron algunos minutos, y al fin se oyó llamar á la puerta del cementerio.

—Id y abrid, dijo doña Juana.

Tadeo salió, llevándose la vela de sebo, que no hacia falta, porque la hoguera alumbraba demasiado.

Poco despues volvió, precediendo á una dama alta, gallarda, majestuosa, que venia completamente envuelta en un manto de terciopelo.

Doña Juana, al verla, se puso de pié.

—Poned, dijo á Tadeo, bastante leña en el fuego para que no haya necesidad de alimentarle, y salid.

Tadeo añadió á la hoguera un gran número de tablas, dejó la vela sobre la mesa, y salió, cerrando la puerta.

Entonces, la dama del manto de terciopelo se descubrió.

Era la princesa de Eboli.

CAPITULO XI.

Por qué estaba el señor Antonio Perez escondido en el desvan de la casilla del sepulturero.

Al oscurecer de aquel mismo dia, salió de su Secretaría en el alcázar Antonio Perez, y se fué casa de la princesa de Eboli.

El rey le habia encargado dijese á la princesa que no podia ir á verla aquella noche, porque estaba indispuesto.

Perez se habia propuesto aprovechar la ocasion.

La princesa se habia alegrado.

Entre cenar alegremente con Antonio Perez, ó sufrir el grave amor, el receloso amor de Felipe II y su conversacion pesada, no habia duda: era preferible Antonio Perez.

En lo mas sabroso de una enamorada plática estaban los dos amantes, cuando la doncella de confianza de la princesa, que los servia, se presentó y dijo:

—Ahí está el señor Gil de Mesa.

—¿Y qué quiere ahora ese? dijo con algun cuidado Antonio Perez.

—Que entre, que entre y lo sabremos, dijo doña Ana.

Entró, y la dijo á doña Ana:

—Traigo una carta para vuecencia, de quien menos vuecencia podia esperarla, y me alegro de que esté aquí mi señor.

—¿De quién es esa carta? dijo Antonio Perez.

—De la señora.

—¡Cómo! ¿de mi mujer? esclamó con cuidado y con sorpresa Antonio Perez.

—¡Vuestra mujer me escribe! dijo la princesa.

—Pues os aseguro que la causa debe ser gravísima: dadme esa carta, Gil, y retiraos.

—¿Que me retire á casa, ó de esta cámara?

—Esperad; no sabemos si esta carta exige contestacion.

Gil de Mesa salió.

La princesa abrió la carta.

Al leerla, se puso densamente pálida.

—Estamos perdidos, dijo á Antonio Perez: vuestra mujer posee una de las cartas que me habeis escrito.

—¡Cómo! esclamó pálido y convulso Antonio Perez.

—Sí, mirad.

Antonio Perez leyó.

—Mi mujer no se atreverá á usar de esa carta, dijo Antonio Perez: me ama demasiado para que pretenda perderme.

—Está celosa.

—Pero nunca volverá sus celos contra mí.

—¡Ah! no sabeis de lo que es capaz una mujer desesperada.

—No, dijo Antonio Perez: mi mujer es el amor y la resignacion realzados por la virtud.

—Y por una incomparable hermosura, dijo con una cólera mal contenida la princesa: de tal modo elogiais á vuestra mujer, que no es ella quien debe sentir celos, sino yo.

—Os digo lo que conozco, contestó tristemente Perez, y os lo digo para tranquilizaros acerca de las intenciones de mi mujer; por lo demás, yo no tengo otra esposa que la esposa de mi corazon; y esa esposa sois vos, doña Ana, bien lo sabeis: por vos muero y por vos vivo: para mí no hay otra mujer en el mundo mas que vos, ni mas hermosura que la vuestra.

—Mucho menor siempre que la de vuestra jóven esposa.

—Por el amor de Dios, doña Ana, no me atormenteis; tened compasion de mí: evitemos una disputa que me desespera, y veamos lo que hacemos: ¿vais á contestar á esta carta?

—Necesariamente.

—¿Vais á acudir á esa cita á un cementerio?

—Necesariamente tambien; y en verdad que doña Juana ha

andado muy estraña en elegir el lugar de nuestra cita: repugnancia me cuesta, porque los muertos me causan horror; además de lo violento que va á ser para mí el encontrarme delante de vuestra mujer en una situacion como esta. Pero lo temo todo, por mas que vos me asegureis que vuestra esposa no usará de esta carta. ¡Si el rey llegase á apercibirse de nuestros amores!... ¡ah, no lo quiero pensar! ¡lo que sucederia seria horrible! Esperad, esperad; voy á contestar á doña Juana.

La princesa escribió la carta que ya conocemos, la leyó á Antonio Perez, que la aprobó, la cerró, hizo llamar á Gil de Mesa, y se la entregó.

Quedaron de nuevo solos los dos amantes.

—No comprendo, dijo la princesa, de momento en momento mas inquieta, cómo esa malhadada carta ha ido á parar á manos de vuestra esposa.

—¿No sospechais quién pueda habérosla robado? De seguro aquí hay un traidor: ¿quién es ese traidor?

—No lo sé, no puedo sospechar de nadie: Beatriz, que es la única que conoce nuestros amores, me es completamente leal: no puedo dudar de ella. En mi recámara, donde está mi papelera, no entra nadie mas que ella ó las mozas de retrete que solo entran para limpiar, y que nunca están solas: es verdad que la recámara tiene dos balcones que dan al jardin; pero no puede ser un ladron el que me ha robado esa carta, porque un ladron se hubiera llevado las alhajas que hay en la papelera, y no ha faltado ninguna.

Doña Ana no podia sospechar que Escobedo, valiéndose de la confianza con que entraba en la casa, hubiese una noche, aprovechando la ocasion de haberse quedado un balcon abierto, penetrado en la recámara, y encontrado, por un descuido de la princesa, abierta la papelera.

Escobedo habia estado á punto de ser cogido; porque apenas habia tomado, examinado y guardado la carta de Antonio Perez, y vuelto á poner los papeles como se encontraban, habia sentido los pasos de la princesa, y se habia visto obligado á descolgarse precipitadamente por el balcon.

Perdíanse, pues, los dos amantes en un laberinto de confusiones, y estaban dominados por un terror frio.

Pasó el tiempo, avanzó la noche, se acercó la hora de la cita, y Antonio Perez dijo á la princesa:

—No estareis sola en el cementerio de San Andrés: nada temais; allí estaré yo: adios.

Y salió, y se encaminó al cementerio, á cuya puerta llamó.

Al ver Tadeo á un caballero principal ricamente vestido que le daba dinero, se prestó á todo lo que quiso, le metió en la casilla, y le escondió en el desvan.

Hé aquí por qué se encontraba en él el señor Antonio Perez.

CAPITULO XII.

En que se da mas á conocer doña Juana Coello.

La situacion en que se hallaban las dos señoras, era sumamente difícil.

Sin embargo, doña Juana Coello la rompió.

—No os llamo para recriminaros, señora, dijo á la princesa: os llamo para que me ayudeis á salvar á Antonio Perez, á que nos salvemos todos.

Doña Juana habia cuidado de no decir mi marido.

La princesa afrontó tambien por su parte la situacion con una gran presencia de espíritu.

—Teneis en vuestro poder una carta que me ha sido robada, dijo.

—Si yo tuviera en mi poder esa carta, no estaria delante de vos, dijo doña Juana. Esa carta está en poder de un infame, de Rodrigo Vazquez de Arce, que quiere hacerme fuerza para que yo le busque, por medio de Antonio Perez, su acrecentamiento. Esta carta es un puñal que se nos pone al pecho, un aviso de que tenemos grandes enemigos que se aprovechan de todo, y de que debemos ser muy prudentes.

Doña Juana estaba tranquila en la apariencia, majestuosa, dominadora.

Si la princesa hubiera conservado un resto de pudor, se hubiera sentido dominada.

Ante ella estaba la virtud fuerte, la virtud que todo lo domina, que sin mandar se hace obedecer.

La princesa estaba únicamente asustada, porque veia el secreto de sus amores conocido, y en manos que podrian usar de él de muy mala manera.

—Es estraño, dijo la princesa: ¿cómo posee Rodrigo Vazquez esa carta?

—Lo ignoro, señora: ni aun la he visto: se me ha hablado de ella, y esto ha bastado para que yo me valga de vos: el peligro es cierto y grave, añadió con vehemencia: yo no puedo dominarle, yo no puedo destruirle; y si yo no viera venir una horrible tempestad sobre mi familia, no seria, no, ciertamente doña Juana Coello quien os hablaria de esto, no: ¿qué me importa á mí de todo? Por mí misma, nada; pero ellos... él... mis hijos... No, yo no puedo dejarlos perecer.

—¡Señora!... dijo turbada al fin la princesa.

—Vazquez de Arce tiene una prueba terrible, dijo doña Juana: una prueba que puede ser presentada al rey; esto era todo cuanto tenia que decir, y ya lo he dicho: ahora, adios.

La princesa no supo qué contestar.

Doña Juana salió, llamó á Tadeo, que le abrió la puerta, y luego á Gil de Mesa, que adelantó con la silla de manos.

Entró en ella doña Juana, y se volvió á su casa.

Entre tanto, y apenas habia quedado sola doña Ana, bajó por la escalera del desvan Antonio Perez, lleno de polvo, negro y sucio.

—¿Sabeis, dijo la princesa, que es para mí muy mal agüero el veros salir de ahí, donde habeis estado escondido, cubierto de polvo y de telarañas? ¿habeis oido á vuestra esposa?

—Sí; demasiado, dijo Antonio Perez: y esto es grave, gravísimo de todo punto: Rodrigo Vazquez obliga á mi mujer.....

—¡Ah! ¡teneis celos! dijo con un acerado sarcasmo la princesa.

—Celos no, rabia, dijo Antonio Perez.

—¡Oh! lo comprendo, dijo la princesa: teneis fé en el amor de vuestra mujer.

—Y tambien, perdonadme, señora, en su honor y en su virtud.

—Sea como vos querais, dijo la princesa mordiéndose los labios; esto era de esperar: es cierto, sí; se desconocen los inmensos sacri-

ficios que yo he arrostrado, que yo he consumado, que me han traido á esta situacion terrible.

—Por Dios, Ana, dijo Antonio Perez: no se trata de eso; perdonadme: yo estoy loco; yo preveo: el tiro viene de lejos y con una grande intencion; Dios quiera que no nos alcance y nos hiera de muerte. ¡Rodrigo Vazquez, Mateo Vazquez! ¡mis enemigos, á quienes yo no he quitado sus oficios porque hubieran conspirado mas contra mí; de los que me finjo amigo por no hacerlos esperar una noche para matarlos! Yo no hago eso, yo no lo haré. ¿Y por qué me encuentro en esta situacion? Por vuestro amor. ¿Por quién arrostro mi desgracia y la de mi familia? Por vos. No podeis, pues, quejaros, ni teneis razon para enojaros, porque yo confie en el honor y en la virtud de mi esposa.

—Es verdad, dijo la princesa: la amais y os ama; y cuando la veis pretendida por un infame y con armas poderosas, los celos os irritan y lo olvidais todo por ella: lo que digo lo estoy leyendo en vuestro semblante: estais impaciente por apartaros de mí, por ir á verla, á hablarla.

—Os engañais, dijo Antonio Perez: tal es esta estraña situacion, que no puedo hablar de ella á mi esposa: mi esposa ha comprendido tambien que de ello no puede ni debe hablarme, y se ha valido de vos.

—Sí, es verdad: vuestra esposa es un modelo de decoro, de honra, de virtud; una santa: teneis razon; y yo no soy santa, ni mucho menos: es cierto, vuestra esposa se ha valido de mí, para deciros á vos por mi medio: Estás en peligro. ¡Oh! esto es admirable; sobre todo cuando se aprovecha de paso la ocasion de humillar á una mujer que os ama, que al amaros no ha reparado en el peligro, que os lo ha sacrificado todo, todo. Abandonadme en buen hora; idos con vuestra esposa, con vuestros hijos, y no volvais á verme en vuestra vida.

—Hablais de mis celos, de los celos de mi mujer, y os dejais arrastrar por los vuestros, olvidándoos de que una traicion cualquiera puede producir los celos del rey.

—¿Y qué me importa el rey? ¿qué me importa la vida? ¿qué me importa todo? dijo doña Ana llorando.

—Pero debe importaros, señora mia, mi vida.

—¡Oh! un aprecio tal de la vida cuando una mujer desprecia la suya, me causa hastío, dijo violentamente la princesa.

—Pues bien, contestó Antonio Perez: arrostrémoslo todo; gocemos nuestro amor olvidados de todo: adurmámonos sobre un lecho de flores, hasta que venga á despertarnos la mano del verdugo.

—¡Oh! ¡exagerais! esclamó doña Ana: el rey es mi esclavo.

—Mientras se cree amado por vos, mientras nada ofende su soberbia; pero cuando se sienta herido, será para vos lo que fué para su hijo el príncipe don Cárlos: no os entregará al verdugo, no, pero morireis de fiebre como murió don Cárlos; loca, desesperada, sintiendo vuestras entrañas abrasadas por un fuego terrible.

—No parece sino que os habeis propuesto aterrarme, dijo la princesa.

—Pues no exagero: en peores manos no puede estar nuestro secreto: ese miserable se ha ido á obligar á mi esposa, y nada conseguirá, nada.

—O tal vez todo, dijo la princesa, todo, todo. ¡Ah! os poneis pálido, temblais: comprendeis que, por salvar á sus hijos, vuestra esposa.....

—¡Callad! dijo Antonio Perez: parece que las palabras que pronunciais os las inspira un demonio.

—Y si no amais á vuestra esposa, si no estais enamorado de ella, ¿qué os importa que la noble y la santa doña Juana salve á su marido de la manera que le sea posible?

—¡Callad! repitió Antonio Perez.

—Adios, y no volvais á verme en vuestra vida, respondió la princesa dirigiéndose á la puerta.

—Esperad, dijo Antonio Perez: estais loca, teneis la violencia de una pasion insensata, que me espanta por vos, por mi familia, no por mí. Venid acá; serenaos, dominaos, pensemos en lo que se puede hacer.

—Os salvaré, y me salvaré, dijo la princesa: seré generosa; porque sin vuestro amor, no quiero la vida: bien dicen que habeis dado hechizos al rey; lo creo, porque á mí tambien me habeis hechizado.

—Pues vive Dios, dijo Antonio Perez, que son muy pobres hechizos cuando no sirven para tranquilizarme respecto al rey, y para hacer que vos seais dócil.

—¿Y qué mas quereis? dijo la princesa: ¿no os he dicho que procuraré salvaros?

—Y bien, dijo con despecho Antonio Perez; no hay salvacion

posible: conozco demasiado á los hermanos Vazquez de Arce; son envidiosos é infames; tienen un arma con que hacerse temer, y no se la dejarán arrebatar tan fácilmente: son astutos. Supongamos que yo digo á Juan Morgado, á Gil de Mesa, á Pedro Insuati: Esperad en una encrucijada al señor Rodrigo Vazquez de Arce, despachadle bien. Sobre ser esto un crímen horrible, nada se conseguiria mas que precipitar la situacion; siempre quedaria Mateo Vazquez.

—¡Y qué! dijo la princesa: ¿acaso Mateo Vazquez es invulnerable?

—Un crímen inútil mas.

—¡Inútil!

—Sí, porque esa carta que os han robado estará puesta á buen recaudo: todo el mundo tiene un amigo leal que le sirva; esa carta mia, sobreviviendo á los Vazquez, podria ser presentada al rey.

—¿Y quién se atreveria á tanto?

—Sobran enemigos mios, que entran en la cámara real y que pueden dejar, sin ser notados, en ella, esa carta mia: un papel perdido, adivina quién lo perdió.

—Segun eso, no hay remedio, dijo la princesa.

—Sí, ganar tiempo, y sobre todo, ser vos mas previsora; quemad todos los papeles y todas las prendas conocidas que teneis mias; dejémonos de citas peligrosas, no nos veamos sino cuando el rey me envie á vos. Por lo demás, y por si es cierta una sospecha mia, observad á Juan de Escobedo.

—¿Qué decís? Pues qué, ¿creeis que Juan de Escobedo sea la persona que me ha robado esa carta?

—No lo aseguro, pero es muy posible: Juan de Escobedo está desesperado porque no he presentado al rey ese terrible memorial de don Juan de Austria.

—Pues presentadlo, Antonio, presentadlo, dijo la princesa.

—Ved, doña Ana, que acabais de decirme: matad á don Juan de Austria; y eso... eso... sabeis demasiado que no puede ser: ¡oh, no! ¡un fratricidio!

—¿De quién? Un fratricidio vuestro, ¿no es verdad?

—No, del rey.

—¿Creeis que yo ignoro?... no os he hablado hasta ahora de esto: ¿creeis que el príncipe Ruy Gomez tenia para mí secretos?

—Bien, callad; cosas son estas que no debemos decírnoslas ni

aun estando á solas con nuestra conciencia, porque puede oirlas el rey.

—El rey os ama cuanto puede amar á una criatura.

—¡El amor de Felipe II! ¡ah! creo que estamos malditos, doña Ana; que tenemos en la sangre algo de demonios: no mas, no mas acerca de esto: en cuanto á lo demás, esperemos á que nos salve doña Juana.

—¡Ah! ¿con que al fin os resignais, Antonio?

—¡Nunca! ¿Creeis que ella no encontrará otro medio de salvarnos que la deshonra? ¡oh! no conoceis el gran corazon, el gran valor, el gran ingenio de doña Juana.

La princesa volvió á morderse los labios impaciente y despechada.

—Y si eso es así, dijo, ¿por qué ha venido á mí á pedirme socorro?

—¡Ah, no! Lo que ha hecho ha sido avisaros, avisarme por vuestro medio para que no cometamos imprudencias.

—¡Ah, sí! Siempre el ángel, siempre la santa, siempre la mártir! ¡Cuánto la amais, Antonio, cuánto la amais!

—Si la amara no os amaria.

—¡Ah! es imposible que no la ameis: es una diosa, es una mujer terrible, irresistible, fuerte: ¡oh! estaba delante de mí y no se irritaba: siempre su mirada tranquila, siempre su voz reposada y sonora, su voz que llega al corazon; es mi enemiga y me ha enamorado: yo no la conocia: ¿qué debe sucederos á vos? debeis estar loco por ella, y no sé, no sé cómo habeis podido tener corazon ó deseo para mí: no sabia yo que era tan grande mi desventura; pero bien, ha llegado el momento que yo os pruebe que os amo tanto ó mas que doña Juana; veremos quién os salva, si ella ó yo.

—¡Ah, por piedad, Ana, por piedad! esclamó Antonio Perez: nada hagais, nada intenteis, porque nos perdereis á todos, porque nada podeis hacer: dejadla, dejadla á ella; ella es vuestra única esperanza: nos ha avisado haciendo un inmenso sacrificio; aprovechemos su aviso: no incurramos en ningun descuido; estábamos ciegos, y la mano de un ángel nos ha tocado en los ojos, y hemos visto la verdad, la terrible verdad. Salgamos, salgamos de aquí; permanecer mucho tiempo aquí es una imprudencia; tal vez somos observados; tranquilizaos; yo os amo sobre todas las cosas: ¡os lo juro por la vida de ese ángel, por la de mis inocentes hijos!

—¡Oh qué juramento tan estraño!

—El que mi corazon me inspira; pero por Dios, Ana, salgamos.

—Salgamos, pues, dijo la princesa.

—Salid vos sola; cuando vos hayais salido, saldré yo.

Doña Ana salió y llamó.

Se le acercó Tadeo.

El pobre hombre temblaba de frio.

Fué á la puerta del cementerio, y la abrió.

La princesa le dió algunas monedas de oro; despues entró en una silla de manos, que rodeada de algunos embozados, se habia acercado.

La silla y los embozados partieron.

Poco tiempo despues, Antonio Perez decia en la puerta del cementerio á Tadeo, dándole un bolsillo:

—Creed que ha sido un sueño lo que habeis visto esta noche, y olvidadlo.

—Descuidad, señor, dijo Tadeo, que nada se sabrá.

Antonio Perez se rebozó, y á gran paso tomó la vuelta de su casa, empujó el postigo de la puerta, que estaba entornado esperándole, y atravesó el zaguan, que aún estaba alumbrado.

—¿De dónde vendrá el señor, dijo el portero, que trae la toquilla y la capa llenas de telarañas?

Antonio Perez se metió en su cuarto, se lavó, cambió de traje, y se fué á la cámara conyugal, donde en un magnífico lecho dormia ó fingia dormir doña Juana.

Perez se acercó al lecho por la parte en que doña Juana estaba.

Antonio Perez sabia demasiado que no dormia su mujer.

—¡Oh, alma mia, esclamó, y qué ciego he estado! ¡Tuyo, y no mas que tuyo!

—¡Ah! tal vez tarde, esclamó doña Juana, abriendo de improviso los ojos y rodeando sus delicados brazos al cuello de su marido.

—Nunca es tarde, contestó Antonio Perez.

—¡Oh! sí, sí, es muy tarde, dijo doña Juana sonriendo: á la una aún no me habia dormido: os hace trabajar mucho el rey, esposo y señor: ¡oh, qué suerte la nuestra! Por mí dejaríamos la córte; pero venís cansado, reposad.

—Cuando os veo, señora mia, alma mia, todas mis penas, todos mis trabajos se alejan de mí.

—¡Oh y qué dichosa soy! dijo doña Juana; ¡cuánto os amo,

cuánto, Dios mio! Os amo mas que á mis hijos: olvidadlo, porque una madre no debe decir eso.

—¡Oh! todo por tí, y para tí, esclamó Antonio Perez.

—Reposad: venís cansado; su majestad cree que sois de hierro: cuando tardais, yo estoy triste; es tan seco, tan triste, tan mal humorado siempre su majestad.

—Pero me ama.

—No os fieis, Antonio mio, no os fieis; mirad que el rey aborrece por una sospecha, y cuando aborrece, mata.

—¡Oh, qué pensamientos, Juana!

—Sí, he tenido esta noche un mal sueño.

—¿Y qué habeis soñado?

—No lo sé, lo he olvidado ya; pero recuerdo que he sufrido mucho: creia que no me amábais; no sé por qué lo creia: lo he olvidado; ya sabeis que los sueños se borran.

—¡Ah! mi alma, mi vida, mi corazon, mi pensamiento, todo es tuyo.

—¡Ah! sí, sí, lo sé, dijo doña Juana, y soy muy feliz.

Antonio Perez comprendió que su mujer evitaba una esplicacion. Respetó esta situacion del ánimo de doña Juana, y dominado por la virtud, por el amor de aquella mujer admirable, se creyó curado del funesto amor de la princesa, y brotó de él para su esposa una pasion volcánica.

Antonio Perez, que era mas que todo, un hombre de imaginacion, y profundamente egoista, adoraba lo que le halagaba.

Su mujer le habia dado una inmensa prueba de amor, y Perez estaba fascinado.

Pero doña Juana no se engañó: fué necesaria toda su inmensa fuerza de voluntad, para que no asomase á su semblante su dolor impío, á sus ojos sus amargas lágrimas.

Dios habia dado á aquella desgraciada toda la fuerza de alma que le era necesaria para afrontar su inmensa desgracia.

Ninguna esplicacion medió entre los dos esposos.

CAPITULO XIII.

De cómo doña Juana solia valerse del mal para producir el bien.

Al dia siguiente, y apenas Antonio Perez habia ido al Despacho, Rodrigo Vazquez de Arce cometió la audacia de presentarse casa de Antonio Perez y de hacerse anunciar á doña Juana.

Esta le recibió perfectamente tranquila: como podia haber recibido á un amigo.

Empezaba el martirio de aquella noble mujer.

—Y bien, señora, la dijo el odioso Rodrigo Vazquez: no esperaba por cierto me hiciéseis la inestimable merced de recibirme.

—Señor Rodrigo Vazquez de Arce, contestó doña Juana: para alcalde de Casa y Córte, debíais tener algo mas de esperiencia; sentaos, sentaos, no quiero que os canseis.

Era tal la tranquilidad, tal la espresion del semblante de doña Juana, tal su mirada, tal su sonrisa, que Vazquez creyó que habia obrado muy de ligero usando de un recurso estremo.

—He tenido la desgracia, señora, dijo Vazquez, de no haber sido comprendido por vos.

—¡Ah! no, amigo mio, respondió doña Juana; os he comprendido demasiado: vos sois quien no me habeis comprendido á mí, acaso porque en estos tiempos de licencia no hayais tenido ocasion de tratar mujeres que estimen su recato.

A pesar de estas palabras, el semblante de doña Juana continuaba siendo completamente amable.

—Me habeis tratado con un desden terrible, á mí, que muero por vos: por vos, despreciada, injuriada por un marido que no os merece, que se olvida de lo que valeis; que compromete su vida y la suerte de su familia, atreviéndose á ser el amante favorecido de una mujer á quien el rey adora.

—Por mas que yo lo conozca y lo sienta, no puedo decirlo, no debo decirlo á nadie mas que á quien sea capaz de sacrificarlo todo por mí; todo, hasta la vanidad.

—No os comprendo, señora. ¿La vanidad? ¿qué quereis decir?

—Sea cual fuere mi valía, contestó doña Juana, he sido muy solicitada, se ha hecho un empeño vanidoso rendirme, y no me ha rendido nadie, ni puede rendirme quien no sea discreto, prudente, mio con toda su alma, mi esclavo.

Miró de tal manera doña Juana á Vazquez, que á este se le nublaron los ojos y le zumbaron los oidos. Se creyó adorado.

—Habeis sido muy imprudente, añadió con severidad doña Juana: me habeis seguido á todas partes: me habeis enviado, valiéndoos de malos medios, una primera carta que yo debí devolveros rota, como os la devolví, porque tal castigo merecia quien enamorado de una dama que estima en mucho su honra, no sabe sufrir y esperar, y obligar y merecer sufriendo y esperando: despues me habeis enviado otra segunda carta, que me ha probado que estais loco, que yo soy la causa de esa locura, y me he condolido de vos: no quiero que por mí se pierda un alma; y como os veo tan enamorado, os he recibido para deciros: en mí teneis una amiga, una hermana, una mujer que agradece el grande amor que le teneis, y que siente lo que por ella sufrís.

—¡Ah, señora! Si yo hubiera sabido, si yo hubiera podido adivinar, no os hubiera amenazado, enloquecido por vuestro desprecio.

—No hablemos de eso: no quiero que creais que si os he recibido es porque me habeis aterrado; en prueba de ello, ved: no os pido esa carta de mi marido á la princesa de Eboli; guardadla en buen hora: me importa conozcais he tenido compasion del loco, no miedo á una amenaza; contentaos con lo que os concedo, y no exijais mas; ya os lo he dicho: yo no puedo amar á quien no lo sacrifique todo por mí; á quien no defienda mi honor y mi seguridad con un profundo misterio: eso no se prueba con palabras ni con protestas, ni

con juramentos; se prueba con obras; sois ó pasais por ser amigo de mi marido; como tal frecuentais mi casa alguna vez, y me vereis á solas como ahora; pero por un breve espacio, y muy de tiempo en tiempo; no abuseis de mi buena voluntad; no me sigais al Prado, ni á la iglesia, ni á las huertas; no me envieis cartas; no hableis de mí con nadie; sed siempre profundamente respetuoso conmigo; no espereis nada; haced porque os ame, y Dios dirá; de otro modo, señor Rodrigo Vazquez, si insistís en la violencia y en la amenaza, os habreis declarado mi enemigo, y yo no cederé, os lo aseguro: mi vida, la de mis hijos, mi salvacion, todo es poco, todo lo perderia antes que daros derecho para despreciarme, haciéndoos creer que habia sucumbido villanamente al temor: no, señor Rodrigo Vazquez, no: he perdonado al loco, he tenido compasion de él; pero rechazaria al pertinaz.

—¡Ah, señora! Ser esclavo vuestro es ya para mí una felicidad que no esperaba: en cuanto á esa carta.....

—No hablemos de ella; guardadla en buen hora: me importa que no creais que una amenaza os ha servido para llegar hasta mí.

—¿Quereis esa carta?

—No.

Doña Juana sabia lo que contestaba.

Rodrigo Vazquez era demasiado suspicaz, demasiado receloso para haber llevado consigo á casa de Antonio Perez su carta á la princesa de Eboli.

Aceptar la entrega de aquella carta, era dar lugar á que Rodrigo Vazquez sospechase y se rehiciese.

Lo que intentaba doña Juana, y lo conseguia, era ganar tiempo.

—Es mas, añadió doña Juana: exijo que esa carta continúe en vuestro poder; y en último caso, ¿qué me importa? yo estoy segura de vos: vos no sois un infame, señor Rodrigo Vazquez, vos habeis llegado hasta la amenaza desesperado y loco, pero no la hubiérais llevado á cabo, no; yo sé que por amor mio sois incapaz de traer sobre mis hijos una desgracia que no merecen: si solo se tratara de él, aprovecharia esa ocasion de venganza; ¿creeis que una mujer como yo puede sentir otra cosa que aborrecimiento al hombre que la insulta y la desprecia? Olvidad lo que acabais de oir, y ved en ello una muestra mia de estimacion hácia vos; porque yo no diria esto á nadie. ¡Bah! ¿y habeis estado desesperado, señor Rodrigo

Vazquez? añadió sonriendo de una manera divina doña Juana, y posando en los turbados ojos del alcalde una mirada enloquecedora: bien digo cuando afirmo que para alcalde teneis muy poca esperiencia; pues qué, ¿queríais que una mujer burlada, escarmentada, entregase su corazon, solo porque la dijesen yo os amo? ¡ah, no, no! haceos amar, sufrid, aseguradme que al amaros no caeré en una equivocacion tan dolorosa como en la que caí cuando amé á Perez.

—Hareis de mí cuanto querais, señora.

—¿Sí? pues veamos: idos: una larga visita vuestra se haria reparable; los criados están siempre dispuestos á la maledicencia contra sus amos: vais á iros, y no volvereis á verme sino dentro de quince dias y por algunos momentos: sé que vais á sufrir mucho: conozco que soy vuestro único pensamiento: gozaos cuanto mas sufrais, porque cuanto mas sufrais, mas merecereis.

—Ved, señora, que os amo tanto, que me va á matar el martirio de no veros.

—¡Ah! tened por seguro que yo no os dejaré morir; pero idos, idos, señor mio: no empeceis siendo inobediente.

—Adios, señora, dijo levantándose Rodrigo Vazquez; hasta dentro de quince dias.

—Hasta dentro de quince dias; adios.

Rodrigo Vazquez salió.

Apenas hubo salido, estalló toda la indignacion, toda la vergüenza, toda la cólera de doña Juana.

—¡Oh! ¡yo voy á volverme loca, Señor! ¡esto es demasiado! ¡yo! ¡yo alentando, dando esperanzas al asqueroso amor de ese miserable! ¡yo diciendo á un hombre, á un infame, que aborrezco á mi marido! y ¡qué hacer, Dios mio, qué hacer! Es necesario sufrir, apurar el sufrimiento, devorar la vergüenza, contener la cólera: ¡y todo por sus liviandades! ¡todo por su libertinaje! ¡todo por esa maldita mujer! ¡oh! ¡el rey!... si el rey supiera... seria horrible... no encontraria venganza bastante: ¡yo! ¿qué importo yo, si solo hubieran de venir sobre mí la desventura, el martirio, la muerte? Yo hubiera rechazado á ese maldito; ¡pero él... mis hijos... mis pobres hijos!... ¡Señor, Señor, dame fuerzas, porque este tormento es horrible, infinito, superior á mis fuerzas!

Doña Juana, jadeante, demudada, desalentada, aterrada, sufriendo una agonía imposible de describir, permaneció algunos momentos anonadada y en silencio.

Al fin se alzó valiente y terrible.

—Sí, sí, esclamó: ¡todo por ellos, todo menos el crímen y la deshonra! ¡Dios me amparará! ¡Dios me fortalecerá! pero es necesario combatir: ¡hola!

Se presentó una de las doncellas.

—Que llamen á Pedro Insuati, la dijo.

A los cinco minutos, el alférez se presentaba á doña Juana sombrío y amenazador.

—Aquí ha estado, dijo rompiendo por todo respeto, Rodrigo Vazquez de Arce: tentaciones he tenido cuando le he visto salir, de seguirle y cerrar con él á estocadas.

—No, Pedro, no por Dios: todo menos el crímen.

—¡Bah! como si fuera un crímen poner el pié encima á un sapo venenoso, quitar de en medio á un enemigo.

—Dios ve las malas acciones y las castiga, dijo doña Juana.

—¡Dios! ¡Dios! dijo Insuati: eso es muy largo; yo no tengo paciencia: estais enferma, desesperada, irritada, y yo... yo... ¡por todos los santos del cielo y todos los demonios del infierno, no puedo ver esto con paciencia! ¡que os ama! bien, sí, es muy natural, porque vos habeis nacido para que os ame todo el mundo; pero que os amen con la veneracion con que se ama una cosa santa, como os amo yo, señora; yo, que me partiria el corazon si encontrase en él un solo pensamiento malo por vos: yo soy un asesino, un pícaro, todo lo que se quiera, pero tengo el alma puesta en su sitio; soy aragonés, y respeto lo que vale. ¡Bah! señora, me teneis á mí aquí, á mí, que no sé lo que es miedo; á mí, que soy capaz por vos, y lo mismo por el señor Antonio Perez, y por el mas niño de vuestros hijos, de tirarme de los cuernos con Satanás; perdonad mis palabras, señora, pero cuando yo me pongo fuera de mí, no hablo, obro; y cuando no puedo obrar y me veo obligado á hablar, no sé lo que me digo: mandadme, mandadme, que yo os obedeceré como si me hablara Dios.

—Tal como sois, con crímenes en vuestra vida, dejado de la mano de Dios, Pedro, el señor, sin duda porque conoce el buen corazon que de una manera tan estraña teneis, á pesar de vuestras malas entrañas, os ha favorecido.

—Y no sabeis vos, señora, lo que es favorecer, como el señor Antonio Perez me ha favorecido, á un pícaro como yo; porque yo no soy hipócrita: yo no soy bueno mas que para el señor Antonio

Perez y para vos, señora; pero tan bueno soy para vuestra señoría, que no me conozco, y que estoy asustado de mí mismo: el otro dia estábamos en el figon del Cangrejo, Gil de Mesa, Juan Morgado y yo, y cuenta que ellos son de la misma madera de que á mí me han hecho; y yo les decia:—¿En qué consiste que yo, que me rio de todo y que á nadie quiero, me dejaria descuartizar por el señor Antonio Perez, y me tiemblan las piernas y se me ensancha el corazon, y me alegro y me mudo en otro cuando la señora me dice con su voz dulce y cariñosa:—Buenos dias, Pedro, ¿cómo os va?—Lo mismo me sucede á mí, dijo Gil de Mesa.—Por lo que eso sucede no se sabe, dijo Juan Morgado; la verdad es que sucede.—Con que, señora, usía tiene tres pícaros, tres hombres malos de toda maldad, y capaces hasta de los imposibles, por el señor Antonio Perez y por vos: con que abrid el pecho, y tendreis lo que querais: una puñalada, una estocada, un veneno, cualquier cosa.

—¡Ah, no! ¡eso nunca! ¡primero mi perdicion y la de toda mi familia! se apresuró á decir doña Juana.

—Pues bien, una picardía que deje en blanco y dando zapatetas en el aire al mas pintado. Y vamos, si yo sé lo que necesitais vos, señora, y estoy que reviento de alegría porque puedo serviros en una cosa que merece la pena: si lo oí yo anoche: si estábamos con el oido pegado á la puerta, la Mari-loca y yo: vaya, se me fué; no haga usía caso, señora, pero vuestra señoría es una santa y puede oirlo todo: soy un tonto; el caso es que lo que hay que hacer es quitarle de entre las uñas á ese alcalde bribon una carta del señor, que el señor le ha escrito á esa pícara de princesa de Eboli, y que es muy peligrosa.

—Eso es, eso es, Pedro; pero sin violencia, por sorpresa, sin comprometer nada: ¿entendeis?

—¿Pues no he de entender, señora; si usía sabe, porque Dios lo ha querido, todo lo que hay que saber?

—Pedro, dijo doña Juana: vos me amais como yo quiero ser amada por todo el que no es mi marido: me amais noblemente, os parezco buena; gracias, Pedro, gracias: á mí me pareceis muy malo; pero confiad en mí, que yo tomo por mi cuenta el convertiros.

—Pues á poco que lo querais, señora, ya me estoy viendo fraile capuchino, cuando no ermitaño en un yermo: vamos, es verdad, yo os quiero como á la pobre de mi madre, si la hubiera conocido, que no la conocí, y me alegro de haber tenido ocasion de decíroslo, aun-

que no era menester, porque vos lo conoceis todo, ¿no es verdad?

—Sí, Pedro, todo.

—¿Y por eso me habeis hablado siempre dulcemente?

—Sí, por eso.

—Gran milagro: para vos el lobo se convierte en cordero; y luego me da vergüenza; yo no soy así, yo pincho como un cardo. Pero dejemos estas cosas, y vamos al asunto: la cuestion es, que para hacerlo como usía quiere, hay que pasar tiempo y buscar la ocasion y quemarse la sangre.

—No importa, Pedro, con tal de que yo tenga esa carta en mi poder.

—¿Tiene usía inconveniente en que sepan esto Gil de Mesa y Juan Morgado? Porque dos hacen mas que uno, y tres mas que dos.

—No, no tengo inconveniente; pero á la obra, Pedro, á la obra.

—Desde ahora, y adios.

Y se fué.

—¡Oh Dios mio, Dios mio! dijo doña Juana: ¡me veo obligada á sufrir á un infame y á valerme de un asesino; pero no es mia la culpa, no, Tú lo sabes, Señor; yo haré impotente la maldad del infame, y convertiré al asesino.

CAPITULO XIV.

Tres criados de Antonio Perez.

Los tres tunantes se reunieron aquella tarde en el bodegon del Cangrejo, antro profundo y semi-subterráneo, negro y oscuro, situado en la plazuela de Puerta de Moros.

Se habian encerrado en un cuartucho, y estaban sentados á una mesa devorando un cabrito asado, y dando frecuentes embestidas al vino que contenia un enorme jarro vidriado de gran cabida.

Ya sabemos que Pedro Insuati era alférez de la compañía española de la guardia del rey, y que Gil de Mesa era mayordomo y confidente de Antonio Perez.

Juan Morgado era el jefe de su caballeriza, aragonés como los otros dos, y tan mal encarado y tan rudo como Pedro Insuati; pero buen mozo, y como de treinta y cinco años.

—Tú eres así como un murciélago, Gil de Mesa, decia Pedro Insuati en el momento en que descorremos el telon: dices que por doña Juana te tirarias al infierno, que la quieres mucho, y sin embargo, eres el corre vé y dile del señor y de la princesa de Eboli.

—Pues para mi ánima, dijo Gil de Mesa, que lo hago esto á la fuerza, y que me va entrando miedo, porque la cosa se va poniendo ágria: la princesa se ha vuelto loca por el amo, y hace cada imprudencia que espanta; como si fuera cosa fácil burlarse del rey nuestro señor. El dia que esto reviente, yo no sé lo que va á suceder;

y como yo estoy tan metido en el enredo, me va entrando algo así, que se parece mucho á una cobardía de liebre: el amo cree que todo lo puede, y se confia: Dios nos saque en paz.

—De eso estoy libre yo, que en nada me meto mas que en cuidar de los caballos y en divertirme, dijo Juan Morgado.

—¿Y para qué sirves tú, animal, mas que para andar entre caballerías? dijo Pedro Insuati.

—Pues no parece sino que tú has estudiado en Salamanca, Pedro, dijo Morgado.

—Ea, no hay que ofenderse, dijo Insuati, que los tres somos tres buenos mozos; y vamos al negocio: interesa á la señora, quien dice á la señora, dice al señor, sacarle de las entrañas un papel al alcalde Rodrigo Vazquez de Arce; este no es asunto de estocadas, amigos, sino de ingenio: es menester saber adónde va, de dónde viene, qué es lo que hace, y si cuando duerme, ronca ó no ronca el señor Rodrigo Vazquez: es un pícaro redomado, y ya habrá puesto él el papel á buen recaudo.

—¿Y qué papel es ese? dijo Gil de Mesa.

—Por lo que yo he entendido, contestó Insuati, ese papel es una carta amorosa del amo á la princesa de Eboli, del cual se ha apoderado sin saber cómo el señor Rodrigo Vazquez, y con él, y amenazando á la señora de que presentará aquel papel al rey, quiere hacer á la señora suya.

—¡Sangre de Cristo! esclamó Morgado dando sobre la mesa un puñetazo que la hizo crujir, y levantándose: ¡que arda mi alma en los infiernos si no mato esta noche á ese mal nacido!

—¡Eh! siéntate, lobo, dijo Insuati, que si de meter una buena se tratara, ya la cosa estaria hecha; quiero decir, el alcalde deshecho: no es eso: lo que se necesita es el papel; despues, tiempo queda para lo otro: ¡si no fuera mas que una estocada!... pero sacarle á un alcalde de Casa y Córte un papel... vaya, esto es lo que á mí me tiene así, que no sé lo que me pasa.

—Pues eso es muy sencillo: somos tres, dijo Gil de Mesa: el señor Rodrigo Vazquez de Arce es viudo, y mucho será que no tenga alguna criada de buena cara. Vaya, ya sé yo lo que hay que hacer: ¿quién es el mejor mozo de los tres?

—Eso no hay que preguntarlo, que bien está á la vista, dijo Morgado: el mejor mozo es Insuati; y tambien el mas jóven, y el que mas entiende de mujeres.

—¿Pero creeis vosotros, dijo Insuati, que el alcalde tenga ese papel en su casa?

—¿Pues y dónde quieres tú que lo tenga? Los papeles que tanto valen, no se confian á nadie, porque no hay persona de quien fiarse, dijo Gil de Mesa: con que tenga yo una noche entera para meterme en el despacho del alcalde, me basta y me sobra, que yo entiendo algo de esto; como que he sido algunos años amanuense de un escribano.

—Vamos á ver, dijo Insuati: ¿qué es lo que tú has pensado?

—¿No está enamorado de la señora el alcalde? dijo Mesa.

—¡Vaya si lo está! contestó Insuati.

—Pues bien, un dia, cuando sepamos si hay casa del alcalde una hembra que valga algo, y cuando tú la hayas engañado, Pedro, Morgado da una cita al alcalde de la señora para de noche muy tarde, se le sale al camino, se le agarra, se le encierra, se le tiene encerrado hasta que se haya hecho el negocio, y entonces se le suelta, despues de haberle dado una buena paliza.

—Para eso, dijo Morgado, no es menester meterse en la casa del alcalde; porque probablemente siendo tan importante ese papel, el alcalde lo llevará encima.

—No creas tú eso, animal: esas cosas se guardan mucho; y Dios quiera que tenga en su casa ese papel el señor Rodrigo Vazquez.

—No, pues lo que es yo doy con esa carta, dijo Insuati. ¿Sabeis alguno de vosotros por dónde se entretiene y á qué moza paga el alcalde? Porque es viudo y enamoradizo.

—Yo, dijo Morgado, he andado que he bebido los vientos por una buena moza, por la hija de un albañil que se estropeó, y que hubiera perecido á no ser por la caridad de nuestra ama.

—Cuenta, cuenta, dijo Insuati.

—Iba yo un dia, continuó Morgado, por la plazuela de Santa Cruz, cuando ví salir de la tienda de un bordador de oro á una niña como de diez y seis años y hermosa, y tanto, que al verla se me paró la sangre. Eran las doce; iba á comer: tiré tras ella, y anda, anda y bien deprisa, porque la muchacha habia notado que yo la seguia, y habia escapado, llegamos, ella delante y yo detrás, á la calle de Toledo, á una casa de vecindad cerca del hospital de la Latina. Al entrar, la muchacha volvió la cara, recelosa, á ver si yo la seguia, y al verme, apretó el gesto. Se entró rápidamente en el zaguan: yo me metí detrás; trepó ella por las escaleras, yo tambien; cogió uno



.....me pegué á ella y la hablé.

de los corredores del patio, y se metió en un cuarto. Yo no me atreví á pasar de allí. Volví á bajar, y á las dos salió la muchacha, y quieras que no quieras, me pegué á ella y la hablé; pero ella me envió con mil de á caballo, y con tal aire, que yo temí, si me empeñaba, gritase y se juntase gente.

—¡Bah! tendria novio, dijo Gil de Mesa.

—No tiene Marta cara de haber querido á nadie: yo las huelo.

—Pues me parece, Morgado, dijo Insuati, que has tenido que contentarte con el olor.

—Qué quieres, Pedro: estas muchachas nuevas y bien criadas son muy asustadizas; pero yo erre que erre, dije: lo que en amoríos no lo haga una vieja, no lo hace el diablo. Y cuando Marta se metió en la tienda del bordador de oro, yo me volví á la puerta de su casa, resuelto á echar mano de la primera vieja que saliese. Me puse á pasear por el zaguan, cuando hé aquí que entra un señor muy señor, y no reparando en mí, se baja el embozo y le veo: era el alcalde Rodrigo Vazquez de Arce.—¡Detrás de mi princesa! dije yo; porque estos señores, como tienen dinero, buscan para regalarse los buenos bocados. Oí en las escaleras chancleteo, y poco despues apareció una vieja; ¡pero qué vieja, amigo! ¡la imágen de Satanás!—Mejor que esta, dije yo, no se encuentra ni con candil. Y me fuí á ella.

—¡Hola, buena madre! la dije: ¿adónde se va?

—Bastante te importará á tí adonde yo vaya, pícaro, me dijo con la voz cascada, y mirándome con unos ojillos colorados que parecian de fuego.

—¡Vaya si me importa, madre!

—¿Necesitas saber si te han de ahorcar, ó si has de morir calzado?

—Vaya, dije para mí, bruja tenemos: lo que necesito es, la respondí, que os vengais conmigo á la taberna de enfrente: venid y os daré de beber.

—Mejor será que vayamos á mi casa, me contestó la vieja, porque la Inquisicion anda detrás de mí que bebe los vientos, y no quiero que me vean hablar con galanes.

—Pues qué, ¿no vivís en esta casa?

—No, hijo, no: he venido aquí á ver á una que está enferma del alma; pero abreviemos: en la calle de la Comadre, número 15, donde yo vivo, podemos hablar mas despacio: entretente un rato

por ahí, porque, como soy vieja, tardo en llegar, y dentro de media hora vé á buscarme, que yo te estaré esperando.

Hice lo que la vieja me habia dicho: fuí al número 15 de la calle de la Comadre, y.....

—Pues no la llevas tú muy de largo, dijo Insuati: esto requiere otro jarro de vino: ¡hola! ¡aquí, tabernero! ¡otra azumbre! Sigue tú, Morgado; pero abrevia, hijo.

—A las cosas hay que darles lo que es suyo, dijo Morgado. Pues habeis de saber, que cuando yo entré en la calle de la Comadre, ví á lo lejos un hidalgo que andaba como solo anda un hombre en Madrid, con tanto poder y tanta gallardía.

—Nuestro amo, dijo Gil de Mesa.

—El mismo, continuó Morgado: no me vió, no podia verme, como que iba delante: yo seguí quedándome un poco atrás: el señor se metió en una casa, y cuando llegué yo á ella, ví que era el número 15, una casa á la malicia, que no es de vecinos, y donde vive sola la tia Zampoña.

—¿Y quién es la tia Zampoña? dijo Insuati.

—La bruja que habia salido de la casa de vecindad donde vive Marta. Me esperé escondido en el zaguan de una casa de enfrente. El amo tardó en salir una hora: entonces yo me zambullí en el portal de la tia Zampoña, y llamé á la puerta de en medio. Se abrió, y creí que me habia equivocado; porque ví una moza de veinte años, tan hermosa y tan garrida y tan bien puesta, cuanto es fea, encorvada y miserable la tia Zampoña.

—Aquí no es donde yo vengo, aunque no me pesa de haber venido, dije.

—¿A quién buscais? me dijo con una voz tan dulce y tan sonora como la de un ruiseñor la jóven.

—A una abuelita pequeñita, jorobada.

—¡Ah, sí, es verdad! contestó la jóven: la tia Zampoña; aquí es: ¿quién la digo que la busca? porque no admite mas que á gente conocida.

—Decidla que es el hidalgo que la ha hablado hace hora y media en el zaguan de una casa de vecindad de la calle de Toledo.

—Esperad, contestó la jóven, cerrando la puerta y dejándome fuera.

A poco volvió.

—Venid conmigo, me dijo.

Entré, cerró la jóven la puerta, y me encontré en un pasillo en que apenas se veia.

Seguimos, y de aquel pasillo llegamos á otro, y luego á otro: yo creí que aquello no se acababa nunca.

La jóven encendió una vela en una lamparilla que ardia delante de una imágen de talla de la Vírgen de los Dolores, que estaba en un nicho en la pared.

—Me parece que tú has soñado, dijo Gil de Mesa. ¡Una imágen de la Madre de Dios!

—Qué quieres; así anda el mundo: detrás de la cruz está el diablo, dijo Morgado; en fin, bajamos por unas escaleras muy hondas, y al fin de ellas, entramos en un sótano que metia miedo.

La tia Zampoña, vestida de verde, lo que la hacia parecer un demonio, estaba sentada en un taburetillo, delante de una mesilla de tres piés, en que habia una figura de cera y dos velas verdes ardiendo.

—¡Jesus! dijo Insuati; pues bien hace la Inquisicion en buscarle el bulto á esa bruja.

—Y todavía no os he dicho todo lo que allí habia: las paredes estaban pintadas de negro, con unos letreros encarnados que yo no entendia, y que creo yo que no los entiende mas que el diablo; y colgados del techo, lagartos largos de dos varas; y en las paredes serpientes y huesos y calaveras de hombres y animales; y en redomas de vidrio, sapos y lagartijas; y sobre una silla, en un almohadon carmesí, un enorme gato negro.

—Ese es el demonio, dijo Insuati.

—Yo tenia allí miedo, dijo Morgado.

—Y no era para menos, replicó Gil de Mesa: ¿y nuestro amo va á ver á esa bruja? ¿si será cierto lo que dicen de que ha dado bebedizos al rey, y que por eso su majestad le quiere tanto?

—Todo puede ser, dijo Morgado, porque la tia Zampoña sabe mucho; pero continúo: la hembra que hasta allí me habia llevado estaba todavía delante de mí.

—A tí, hijo, te pasa algo, dijo la tia Zampoña, y lo menos que tú necesitas es un bebedizo ó un conjuro para que te quiera alguna mujer sin alma. ¿Qué haces tú ahí, Casilda, que no te vas? dijo á la jóven.

Casilda se fué.

—Pues mirad, madre, la dije, yo venia por una de quien

me he enamorado hoy; pero me acabo de enamorar mas de otra.

—¿De Casilda, pichoncito mio? me contestó la vieja; pues si como te hubieras enamorado del sol: no se ha hecho eso para tí; porque si te ha parecido que es una cosa así, de poco mas ó menos, te has engañado: no está la carne en el garabato por falta de gato: y si no, que se lo pregunten á cierta persona que acaba de salir de aquí, que anda loco por ella, y que es poco menos que el rey.

—Ya, dije yo: mi amo el señor Antonio Perez.

—¡Cómo! ¿eres tú de la casa de ese señor?

—Como que soy su caballerizo.

—Pues, hijo, ya no me estraña de que estés tan gordo y tan lucido; porque debes comerte mucha paja y mucha cebada.

—Así, así; lo que puedo, madre.

—Vamos á ver á qué vienes y qué quieres, que yo no tengo el tiempo para perderlo.

—Pues señor, dije yo: he visto esta mañana, cuando salia de la casa de un bordador de oro, á una niña muy hermosa, que se metió en la misma casa de vecindad de la calle de Toledo, de donde vos salísteis.

—¿Cómo es esa jóven?

—Alta, mucho donaire, blanca, con los ojos azules y los cabellos castaños y rizados.

—Ya, Marta, la hija de Anton el albañil; pues mira, límpiate la boca, que tampoco es para tí esa.

—Decid, madre: ¿es por esa niña por quien entra en esa casa el alcalde de Casa y Córte Rodrigo Vazquez.

—¡Ca! no señor: ese va allí por una culebra muy larga que le engaña; por una buena moza, por la Catalina.

—¿Y quién es esa Catalina?

—Esa baila en el corral de la Cruz.

—Y decidme, madre: ¿no podria yo hablar con Marta?

—Allá tú, hijo, que lo que es yo no me acerco á hablar con esa; porque un dia que pasé por la puerta de su cuarto y la dije bendita seas, qué hermosa eres, me mordió un perro que tiene, y como era dia de fiesta y estaba allí su padre, salió con un palo y quiso pegarme: verdad es que me vengué haciendo que se cayese de un andamio.

—¡Ah, maldita bruja! esclamó Insuati: es necesario estar bien con ella, no se le ponga en la cabeza dejarle á uno alicortado y en un pié como un grullo.

—Ello es, que yo me quedé sin Marta, y que la vieja me llevó dos ducados por haber estado hablando conmigo diez minutos. Al salir esperaba yo ver á Casilda, pero salió á abrirme un negro mas feo que un diablo.

—Pues mira, dijo Insuati, debes irte á ver á esa bruja, y á ofrecerle lo que quiera, para que echando las cartas ó emplazando á los muertos, ó preguntando á los demonios, ó sea como fuere, nos diga dónde está la carta que compromete á nuestro amo.

—Mejor será que vayas tú á eso, Insuati, dijo Morgado; porque á tí no te conoce la bruja, y puede ser que sea mejor.

—Pues mira, Morgado, llévame para allá, y dime cuál es la casa.

—¿Ahora?

—Sí, hombre, sí: para qué es perder tiempo.

Y se levantó, llamó, y pagó.

Los tres salieron del figon.

Gil de Mesa se fué á casa de su amo por si este le necesitaba, porque ya era tarde, y Morgado é Insuati tomaron hácia la calle de la Comadre.

CAPITULO XV.

De cómo Insuati se enamoró por arte de mágia de una mujer á quien aún no conocemos.

—Quédate guardándome las espaldas, Morgado, dijo Insuati, llegando á la puerta del zaguan de la tia Zampoña, que estaba cerrada.

Llamó.

No le respondieron, y llamó con mucha mas fuerza.

Al fin se oyó una voz áspera, que dijo:

—¡No es hora! ¡idos!

Insuati llamó con mas fuerza.

—Mirad no os responda con la boca de un arcabuz, dijo el de adentro.

Insuati llamó mas recio.

—Aquí voy á estarme toda la noche dale que le das hasta que me abran, dijo, y no os vale ni toda la artillería que llevó sobre San Quintin el rey nuestro señor.

—¿Y qué diablos quereis á estas horas? dijo muy cerca la voz áspera.

—Soy deudo y antiguo criado del señor Antonio Perez, y vengo á ver á la tia Zampoña para una cosa que importa mucho á su señoría.

—¿Pues no sabeis que hoy es sábado? dijo el de adentro.

—¡Cuerpo de mí y que no habia caido en ello! dijo Insuati; pero no le hace: hasta las doce faltan por lo menos dos horas; con que abrid.

—Esperad.

Y se oyeron fuertes pasos que se alejaban.

—Pues diga vuesa merced que es mas difícil ver á la tia Zampoña que al rey nuestro señor, se quedó diciendo Insuati: hay que hacer antesala; lo que es peor, puerta de calle, y si pasa una ronda del Santo Oficio y me ve á la puerta de esta bruja... Ya me sacaria el señor Antonio Perez, que se lleva muy bien con el inquisidor general... Y lo que tarda ese borracho... por la ronquera le conozco que la ha cogido con lo de Chinchon; pero vamos, ya está ahí.

Se habian oido á lo lejos pasos que se acercaban y que llegaron á la puerta, que se abrió.

—¿Y así me recibís, á oscuras? dijo receloso Insuati.

—Y si teneis miedo no entreis, contestó la misma voz áspera.

—Oiga vuesa merced, dijo Insuati: yo no tengo miedo á lo que veo, que eso se lo puede uno quitar de encima; pero se lo tengo á lo que no veo, por que no sabe uno por dónde puede venirle algo que no le sepa á pasta-flora.

—Pues si no quereis entrar no entreis.

—¿Y qué trabajo os costaba haber traido una luz?

—La traia; pero el viento me la ha apagado en el callejon, y no vuelvo.

—Pues á la ventura de Dios, dijo Insuati, persignándose con la mano derecha y tirando de la daga con la izquierda; pero bueno es no dejarlo todo á Dios, y para que mejor nos ayude, ayudarnos.

En cuanto Insuati estuvo dentro, se cerró la puerta.

—Dadme la mano, dijo el de adentro.

—Allá va, amigo, dijo Insuati buscando á tientas entre la oscuridad la mano del otro, y encontrándola. ¿Me tiznaré?

—¡Pues calla! ¿quién ha dicho á vuesa merced que aquí hay un negrito?

—Pues hombre, en teniendo orejas y narices, no es menester mas.

—Vamos andando, compadre, vamos andando, y dejaos de negros ni de blancos, y pedid á Dios no os escarmiente mi ama por lo atrevido que habeis andado, que si á ella se le pone, ahora mismo viene por vos una legion de diablos.

—De todos modos ha de venir cuando me muera; con que tanto da que venga antes: así nos conoceremos mas pronto los diablos y yo.

—Vamos á bajar unas escaleras: son de caracol, y tienen ochenta escalones.

—Pues decid que nos vamos al centro de la tierra, dijo Insuati.

—Todo es poco contra la Inquisicion: y eso que hemos pasado por tres puertas ocultas, que el que no sabe dónde están no las conoce; pero como hay malas brujas que hacen traicion á las brujas buenas, hay que tener cuidado: baje vuesa merced sin él, que no hay tropiezo; ya avisaré yo cuando la escalera se acabe.

—Pues ya llevamos cincuenta.

—¡Calla! ¿los vais contando?

—Sí, porque me gusta saber lo que hago.

—Vaya, pues llevamos setenta; y dentro de poco, no quedará ninguno.

—Y decidme: ¿hay que bajar todavía alguna otra escalera?

—No; poco mas allá del pié de la escalera está la tia Zampoña.

—¿Qué venís murmurando, hijos? preguntó una voz cascada á poca distancia.

—De las escaleras, madre, que son empinadillas y cansadas, dijo Insuati.

—Pues ya han dejado de cansarnos, contestó el negro; diez pasos adelante, y hemos llegado. Apartaos, madre Martina, no sea que como sois tan chiquita os pisemos.

—¿Qué sabes tú si soy chica ó grande, tizon? ¿No sabes que yo puedo volverme tan alta como una gran torre, ó tamañica como una hormiga? Vaya, suéltame acá adentro á ese.

El negro soltó la mano de Insuati, y le empujó.

Inmediatamente, Insuati oyó cerrarse de golpe una puerta.

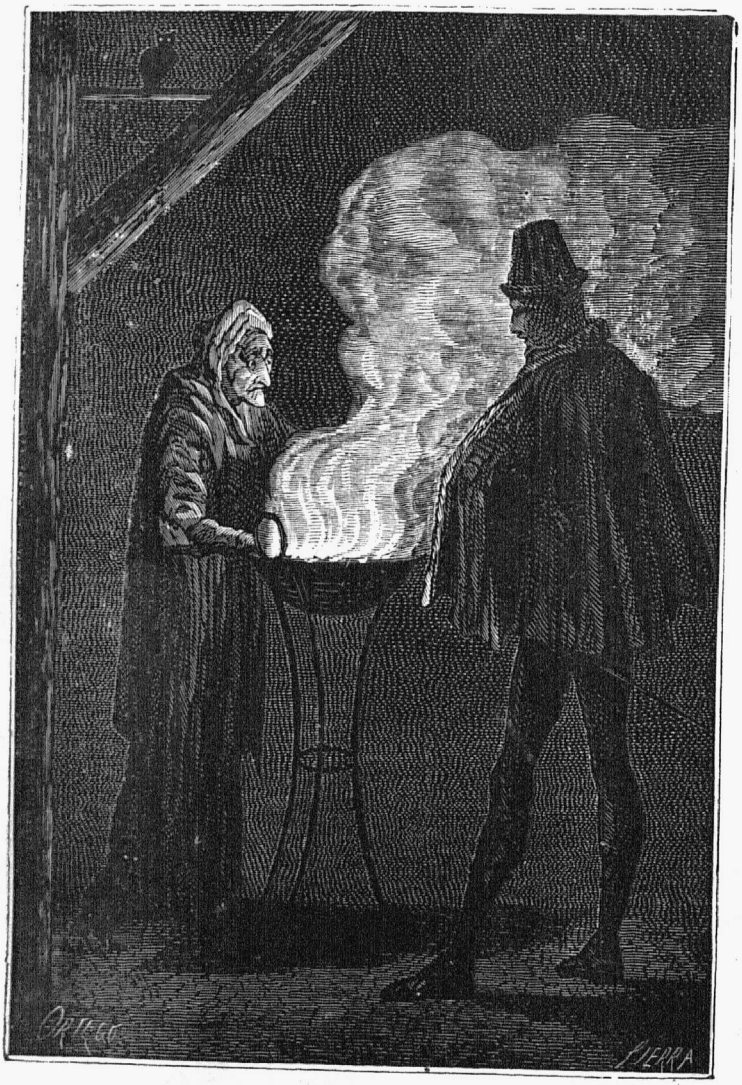
Aún permanecia en tinieblas.

De repente se vió en medio de aquellas tinieblas una llama lívida, como la que produce el aguardiente inflamado.

Aquella llama no alumbraba sino á muy corta distancia.

Estaba sobre una pequeña mesa de tres piés, en una copa de barro vidriado de negro: sobre la trípode, junto á la copa, habia una figura de cera que tenia una ruda semejanza con Antonio Perez.

Detrás de la trípode se veia el agrio, feo y asqueroso semblante de la madre Martina, la Zampoña.



Detrás de la trípode se veia el ágrio, feo y asqueroso semblante de la madre Martina.

La llama del aguardiente relucia en sus pequeños ojos, que se revolvian.

Estaba encorvada, cruzada sobre la cabeza calva una toca negra, con las manos gafas puestas en el borde de la trípode, y entreabierta la cavernosa boca sin dientes.

La llama del aguardiente daba un tono verde lívido horrible á aquella cabeza infernal.

Insuati estaba espeluznado, dominado por un escalofrío.

Aquella estraña fealdad, aquella casi luz siniestra, las tinieblas que le rodeaban, todo le habia puesto espanto.

—¿Con que tú eres deudo del señor Antonio Perez? le preguntó la vieja.

—Sí, madre, sí, contestó Insuati, procurando que su voz no temblase, porque le daba vergüenza de tener miedo: yo soy el señor Pedro Insuati, alférez por la gracia de Dios y del rey nuestro señor.....

—Aquí no se nombra á Dios ni al rey, esclamó colérica la madre Martina con una voz semejante al chillido de una rata: son mis dos enemigos: el que entra aquí no es cristiano, porque en cuanto entra, el demonio Zeriel le lame el colodrillo y le quita el crisma que le pusieron cuando le bautizaron.

—Pues mira, madre, dijo Insuati, que iba reponiéndose: muy suave debe de tener la lengua ese demonio, porque yo no he sentido el lameton.

—¡Desvergonzado! esclamó la vieja; si no fueras tan buen mozo, ya te haria yo arrepentirte de tu blasfemia.

—Pues calla, madre, no faltaba mas sino que os hubiérais enamorado de mí.

—¿Y qué mas quisieras tú, insensato? dijo una voz tan sonora, tan dulce, tan armónica, que se estremeció de los piés á la cabeza Insuati.

La vieja se habia hundido detrás de la trípode, y habia quedado una jóven hermosísima, á pesar de que la llama del aguardiente hacia su semblante lívido.

Tenia sobre los magníficos cabellos una toquilla dorada; grandes trenzas á lo largo de las mejillas; la esbelta garganta rodeada por un largo collar de corales; desnudos los hombros, y cubierto el seno por una túnica blanca.

Las dos mórbidas manos de la niña ocupaban el lugar que ha-

bian ocupado las garras, por decirlo así, de la tia Martina; porque aquella niña, ya lo habrán adivinado nuestros lectores, era Casilda.

—¿Quién eres? dijo esta con pena y con trabajo, dejando sentir por lo mismo en su acento un cansancio y una languidez de todo punto seductores.

—Yo soy el señor Pedro Insuati, alférez de la Guardia Española, deudo del señor Antonio Perez; su criado, que vengo aquí porque necesito servirle.

—Habla, dijo Casilda.

—Pero vamos claro, dijo Insuati, que á pesar de su miedo y de lo maravillado que estaba por aquella sustitucion, por aquel efecto de cuadro disolvente, que habia sido hecho con tal maestría, que no le habia notado Insuati: ¿sois vos la tia Zampoña?

—Yo soy lo que quiero ser, respondió Casilda.

—Pues convertíos en una carta que busco y echadme en seguida á la calle, porque aunque os habeis vuelto tan hermosa que me habeis cogido el corazon, hay aquí un olorcillo á azufre que hace estornudar.

—Yo no obedezco á nada mas que á mi voluntad, dijo Casilda, que estaba amaestrada, y tú no puedes hacer otra cosa que obedecerme.

—Ya lo creo, diosa, dijo Insuati: si Mari-loca supiera lo que está pasando por mí, os buscaba, os arañaba y os cortaba el pelo; no sabeis lo que es Mari-loca.

—Responde: di á lo que vienes, ó te dejo en tinieblas por toda una eternidad, dijo Casilda.

Insuati dijo á Casilda lo que buscaba; esto es, el lugar donde tenia escondida una carta muy importante el alcalde de Casa y Córte Rodrigo Vazquez de Arce.

—¿Y cuánto me darás si te lo digo? preguntó Casilda.

—¡Calla! respondió Insuati: pues qué, ¿no podeis vos hacer oro?

—Eso es lo único que no he podido hacer; y como el oro es el dios del mundo, hago que me lo den los que me necesitan.

—Pues por esa carta os doy yo cien doblones de á ocho como cien soles.

—Tú mismo la buscarás, dijo Casilda; espera.

Y se levantó, se retiró de la trípode, y á poco se desvaneció como una sombra en la oscuridad.

Solo quedó delante de Insuati la llama lívida y la figura en cera de Antonio Perez.

Insuati oyó el ligero crujido de una llave, que debia ser pequeña.

Poco despues volvió á aparecer Casilda, trayendo en la mano una copa negra como aquella en que ardia el aguardiente.

—Acércate, dijo á Insuati.

Este se acercó.

Casilda era alta, esbelta, admirable.

—Acerca la cabeza, dijo á Insuati.

Este acercó su cabeza á Casilda, casi hasta tocar su seno.

—¡Ah! no te acerques tanto, esclamó vivamente Casilda, porque si te acercas, morirás.

Insuati se retiró un tanto.

Casilda tomó de la copa con dos dedos una parte de pomada verdosa, y frotó con ella las sienes de Insuati, que inmediatamente sintió una frescura, una soñolencia y una vaguedad deliciosas. Le pareció infinitamente mas hermosa Casilda.

Esta introdujo sus dedos entre la gola y la carne de Insuati, y frotó tambien su garganta.

Insuati se desvaneció, vaciló.

Casilda dejó sobre la trípode la copa, y sostuvo á Insuati.

—¡Calla! dijo entre la sombra la horrible voz de la tia Zampoña. ¿Qué te importa á tí que ese buen mozo se venga al suelo, niña mia? ¿te habrás enamorado de él, hermosa? Pues guarda, guarda, que para que tú lo sepas, he puesto yo en él los ojos, y no he de consentirte que ni en él pienses.

—Yo no me he enamorado, madre, dijo la niña; pero he tenido lástima de él: hay vasijas de vidrio en el suelo, y podia haberse herido al caer.

—Véte, dijo la tia Zampoña: aún no está bien untado, y yo quiero acabarle de untar.

Casilda se fué.

La tia Zampoña frotó las articulaciones de Insuati, para lo cual le fué preciso desnudarle.

Insuati estaba sin sentido, ó mejor dicho, aletargado.

Aquello con lo que habia sido frotado, era lo que se llamaba, y se llama aún, unto de bruja: y decimos aún, porque hay fanatismos que se arraigan en las clases abyectas y que viven mucho tiempo

ocultos bajo la superficie social, que oculta tantas cosas monstruosas, tantas supersticiones inconcebibles.

Las brujas eran una especie de mártires de la impureza, de la infamia, de la maldad.

Creian en su poder de volar, de trasladarse á donde querian, de asistir á los aquelarres, presididos por Satanás bajo la figura de un gran macho cabrío.

Esto consistia en que soñaban con una fuerza tal, que el sueño producia para ellas una especie de vida real, haciéndolas sentir los séres y las cosas con un efecto semejante al que las hubieran producido materializándose, realizándose sus deseos.

Sentian este sueño tan semejante á la vida, que le confundian con ella, por la influencia de la pomada con que se frotaban.

Vamos á esplicarnos.

Los musulmanes toman el *hatchis*, que no es otra cosa que una preparacion especial, cuya base es el opio.

El *hatchis* produce sueños deliciosos, y su uso entre los árabes es muy antiguo.

Hoy se conocen efectos semejantes por resultados de la morfina, que tiene tambien por base el opio.

Todo el mundo sabe que el sueño producido por la morfina, causa los mismos efectos que las sensaciones en la vida real.

Ahora bien: los hechiceros árabes habian dejado sus supersticiones, y un unto del género del *hatchis* á las hechiceras y á las brujas; pero como estas ignoraban la razon científica de los efectos causados por el unto con que se frotaban; como este unto se hacia con grasa de ahorcado, que es una grasa como otra cualquiera, y que entonces no escaseaba porque se ahorcaba mucha gente, y con el jugo de ciertas yerbas que se cogian en ciertos lugares durante el menguar de la luna; y como sobre esta pomada se pronunciaban imprecaciones y conjuros espantosos, creian en su poder mágico, tocaban lo que soñaban, y la Inquisicion, no encontrando medio alguno de convertirlas, y creyendo tambien fanáticamente por su parte en el mágico poder del unto, se encogia de hombros, declarándose impotente para otra cosa que para arrojarlas vivas en la hoguera.

Pero se las temia, se las atribuia un poder imaginario, y se contaban de ellas cosas horribles.

Una bruja era una concubina de Satanás, favorecida por él, y á quien, á cambio de placeres hediondos, prestaba su poder.

Todo lo hacia la imaginacion, escitada por aquella poderosa materia terapéutica.

Se sabia por tradicion lo que sucedia en los aquelarres; así es que todas soñaban una misma cosa, mas ó menos rica de accidentes, segun que tenian mas ó menos imaginacion.

La morfina produce los mismos efectos: se sueña lo que se desea; pero aconsejamos á nuestros lectores no quieran esperimentar sus efectos, porque les producirian resultados fatales, como los que produce toda violencia sobre nuestros órganos.

Insuati cayó en un sueño delicioso: se creyó lanzado por una nube en el espacio, teniendo á su lado á Casilda resplandeciente de hermosura: vió alcázares y jardines aéreos, admirables, como nunca los habia visto ni podia verlos mas que en sueños.

Gozó como nunca habia gozado, y cuando por efecto del tiempo trascurrido y del frio de la madrugada volvió en sí, se encontró en un muladar, entre unas casas derribadas cerca del portillo de Embajadores, y por la parte de adentro de las tapias.

En una mano tenia un papel escrito.

«Si quieres verme, corazon mio, decia aquel papel, vuelve á buscarme esta noche.»

Todo consistia en que la tia Martina se habia enamorado de Insuati, le habia dejado ver fantásticamente á Casilda para enamorarle, le habia untado, y se habia untado ella misma.

La tia Martina habia soñado que trasformada en Casilda, la habia adorado Insuati.

Pero ni carta ni cosa que se le pareciese habia visto en su sueño el alférez.

En cambio, habia nacido en él una pasion volcánica por Casilda, ó lo que es lo mismo, por la horrible vieja convertida en jóven.

Insuati, que habia sido vestido despues de haber sido untado, habia sido tambien llevado por el negro, á través de una mina, á aquellas casas arrasadas en que afortunadamente no habia penetrado ningun perdido que le hubiera robado y tal vez matado.

Insuati no podia esplicarse aquello.

Se levantó, guardó en su bolsillo el papel que se habia encontrado en la mano, salió de los solares arrasados, se orientó del lugar en que estaba, y enderezó hácia la calle de la Comadre.

Al llegar al número 15, le salió de un zaguan de enfrente Morgado, pálido, ojeroso y arrecido, como quien ha pasado sin dormir en la calle una larga y fria noche de invierno.

—¡Calla! dijo al ver que Insuati no salia de la casa, sino que venia por la parte inferior de la calle: ¿qué es esto?

—Qué ha de ser, sino que todos los diablos han estado conmigo esta noche, Juan; pero mira, vámonos al Rastro, á la buñolería del Pelao, que yo tengo hambre y sed, un hambre como nunca.

—Parece que estás borracho, Pedro; no andas derecho.

—Es verdad, hombre, es verdad: dame el brazo, y vámonos.

Los dos amigos tomaron hácia el Rastro.

Llegaron á él, y se metieron en una buñolería que estaba llena de gente perdida, entraron en un cuarto, pidieron algo mas sólido que buñuelos, porque la buñolería tenia mucho de hostería, y Pedro dijo á Morgado:

—¿Quieres ser brujo?

—¿Pero estás loco, Pedro? dijo Morgado.

—Loco, sí, de alegría: ya que tanto te gusta la Mari-loca, y que solo la respetabas porque yo era su amante, te permito que la galantees.

—¿Pues no estabas perdido por ella?

—Sí, hombre, sí; pero me gusta mucho mas la bruja.

—¿Quién? ¿la tia Zampoña? ¿que te gusta á tí aquel diablo? ¡Bah, hombre, bah! contigo ha hecho alguna iniquidad esa bribona.

—¡Qué poco sabes tú lo hermosa que es la Martina!

—Mira no te lleven, Pedro, al hospital real de Granada (1), dijo Morgado.

—¡Qué poco sabes tú! dijo Insuati: en tu vida has visto unos ojos azules tan hermosos, y unos cabellos tan dorados y tan rizados, y tantos, y una boca tan encarnada como una rosa, y una garganta tan blanca como la nieve.

—¿Que no la he visto? Vaya hombre, vaya, si no se me ha olvidado todavía: está de Dios ó del diablo que yo me enamore de las que á tí te enamoran: si esa que tú dices es Casilda, la criada, ó lo que sea, de la tia Zampoña.

(1) Hospital de locos, fundado por los Reyes Católicos.

—No, Juan, no; lo que tú has visto en aquella casa es la tia Zampoña, jóven y hermosa, que le dió la gana de llamarse Casilda.

—Vaya, hombre, si estaban las dos juntas, y la asquerosa de la vieja no le llegaba ni á la cintura á aquella bendicion de Dios.

—Mira lo que dices, Juan, que estoy seguro que cuando tenia delante de mí á la vieja, se convirtió de repente en jóven.

—Vamos, hombre, como estaba tan oscuro, segun me has dicho, y un poco asustado tú, nada tiene de estraño que no vieras la maniobra: apuesto á que Casilda estaba sentada en el suelo detrás de la vieja, y que de repente la vieja se bajó y se levantó la Casilda.

—¡Calla! y puede ser... ¿pero y lo otro? Calcula tú que ví junto á mí á Casilda vestida de blanco, coronada de perlas, mas engalanada, mucho mas engalanada que la señora cuando va á la córte, que es cuanto hay que decir, y que íbamos sobre una nube, por el aire, y veíamos unas cosas que yo no te puedo esplicar, porque no se parecian á las cosas de este mundo.

—Mira, Pedro: lo que ha hecho contigo esa vieja maldita, ha sido embrujarte, y ándate con cuidado no sea que tenga que ver contigo la Inquisicion; y mira que si en la Inquisicion das, no cuentes con el señor, porque con la Inquisicion no puede nadie; y luego, que el señor es muy cristiano.

—De todo hay, dijo Insuati; que bien he visto yo la figura del señor puesta sobre una mesa en la cueva de la tia Zampoña.

—Que el señor vaya á que le levanten figura, eso no tiene que ver con que aborrezca á las brujas.

—Y si las aborrece, ¿por qué se vale de ellas?

—En tales apuros se verá el señor.

—Pues mira, es menester sacarle de ellos, Insuati, si hemos de agradecerle como debemos el pan que nos da. A mí me parece que esa tia Zampoña puede hacer mucho, y no sabemos lo que adelantaríamos quitándola esa muchacha.

—¿Y te parece eso fácil, Juan?

—¡Vaya! ¿y para qué son los hombres, y hombres como nosotros, dijo Morgado, que nada tememos?

—Pues mira, Juan, esta noche tengo que ir á casa de esa mujer.

—Pues te acompañaremos Gil de Mesa y otros dos, y si te ves en apuro, te ayudaremos.

—No; esta noche no, dijo Insuati; déjame que yo veré si en efecto Casilda es una y la vieja otra, y lo que se puede hacer: ahora me voy á dormir, porque estoy que no puedo tenerme.

Llamó, pagó, salieron los dos camaradas, y se fueron casa de Antonio Perez, donde vivian.

CAPITULO XVI.

De cómo entró Casilda en campaña.

La tia Zampoña estimaba mucho á Antonio Perez, porque este le habia dado mucho dinero.

En cambio, la tia Zampoña habia dado á Antonio Perez mas de un bebedizo, que el cocinero de su majestad habia puesto en las salsas servidas al rey.

Y no esto solo: habia levantado figura á Felipe II; es decir, una pequeña estátua de cera, lo mas semejante posible al rey, porque la tia Zampoña no era una grande escultora, ni mucho menos: habia conjurado á aquella figura, y habia asegurado á Antonio Perez que el rey estaba ligado con él, y que habia entre los dos conjuncion de luminares.

Hay que colocarse en aquellos tiempos para comprender que un hombre de verdadero talento como Antonio Perez, creyese en tales cosas.

Entonces, por efecto de la educacion que se daba á todo el mundo; por los resabios de supersticion que nos habian dejado los árabes y los judíos; por la misma Biblia, que habla de Sibilas y de magos, se creia como en los artículos de fé en las malas artes de los hechiceros, y la Inquisicion fortalecia estas supersticiones, reconociéndolas al juzgar de los hechos que producian para castigarlas.

Así es, que cuando la tia Zampoña supo que habia en manos del

señor alcalde de Casa y Córte Rodrigo Vazquez de Arce una carta del señor Antonio Perez á la princesa de Eboli, que podia perder al secretario de Estado, se propuso apoderarse de aquella carta.

Comprendia la tia Zampoña que aquello no era fácil; pero sabia quién era el señor Rodrigo Vazquez, y lo que le enamoraban las mujeres hermosas, y dijo para sí:

—Mucho será que sea tan insensible á Casilda el señor Rodrigo Vazquez, como lo ha sido el señor Antonio Perez, que tiene una querida tan hermosa como la princesa de Eboli, y una mujer tal como la suya. Apasionado anda el señor Rodrigo Vazquez de la Catalina, y en mi ánima, que la Catalina no sirve ni para calzar los chapines á Casilda.

La tia Zampoña llamó á la jóven y la dijo:

—Es menester que me vuelvas loco á un hombre.

Casilda se puso pálida.

Ya en otras ocasiones la habia empleado para malos negocios la tia Zampoña.

—¿Y qué hombre es ese, señora? la dijo.

—Tú no le conoces, rapaza, contestó la tia Zampoña: es todo un señor alcalde de Casa y Córte, que no es muy niño ni tiene muy buena cara: no te gustará, yo te lo aseguro: bien que tú estás tan desganada que no te gusta nadie como no sea el señor Antonio Perez; y en eso no haces nada de mas, porque el señor Antonio Perez es un hombre por el que las mujeres se mueren: no te ha hecho caso, y tú te has enamorado; como que es buen mozo y galan, y sobre esto no ha hecho caso de tí, que es lo mismo que haber echado leña al fuego.

—¡Ay, señora! dijo Casilda, que vos teneis la culpa de lo que á mí me sucede, y de que pase las noches sin sueño y los dias tristes; que si yo no hubiera visto á ese hombre, no me sucederia lo que me sucede.

—¿Pero tan enamorada estás, paloma?

—¡Ay, que no vivo, madre Martina!

—¿Y si tú supieras que para sacar de un grande ahogo que puede quitarle la vida al señor Antonio Perez, quiero yo que tú vuelvas loco al alcalde de Casa y Córte?

—Pues mirad, señora: si eso es así, yo os digo que el alcalde de Casa y Córte es hombre muerto, y que me tarda ya el enredarle donde no salga.

—Pues mira, hija, escribe lo que yo te diga.

Sacó la vieja papel, le puso sobre una mesa, se sentó, junto á ella Casilda, tomó la pluma, y esperó á que le dictase la tia Zampoña.

—Vamos, hija, escribe lo que yo te diga, dijo esta.

«Al señor alcalde de Casa y Córte Rodrigo Vazquez de Arce.—Señor mio: Os escribo porque no puedo pasar por otro punto: lo que me aflige y me mata cosa es que no debe confiarse á una carta; pero si quereis favorecerme, id á las once del dia de hoy á la iglesia del Buen Suceso, y me encontrareis en la nave frente al púlpito, en la punta de los escaños, acompañada por mi negro: llevaré manto de terciopelo con velo de encaje, y en la mano derecha una esmeralda. No me hableis, que os esponeis: seguidme discretamente, y si os pareciere bien, buscadme como se busca á una dama.—Vuestra servidora.»

—¿Y no mas? dijo Casilda cuando hubo acabado de dictar la vieja.

—No mas, hija, no mas, sino que le enseñes la cara y hagas de manera que se clave; que yo te aseguro que el tal, á poco que tú hagas, será capaz de saltar por tí siete tapias, y mas que fuera menester. Cierra esa carta y escribe en la nema: «Al señor Rodrigo Vazquez de Arce.»

Casilda cerró la carta.

La tomó la tia Martina, y llamó al negro.

—Eusebio, le dijo: ponte tu vestido colorado y tu capa negra fina de paño de Segovia, y tus calzas azules, las finas, y con los zapatos bien limpios y todo bien puesto, te marchas á la calle del Sacramento, y en una casa grande que hay antes de llegar á las monjas, te metes y le das al portero esta carta, y le dices que es para su amo de parte de una dama; y si te pregunta que si esperas contestacion, dices que no, y te vienes, que tienes que acompañar á la niña, y tienes que ir á la casa del alcalde antes de las nueve, que á esa hora sale, y no se le ve el pelo por su casa hasta la hora de comer, y muchas veces no come en ella: con que anda, hijo, anda.

Eusebio se fué, y la tia Zampoña abrió un armario, y dijo á Casilda.

—Saca el vestido azul y plata y el manto de terciopelo y los chapines colorados, y una gola de Cambray, y péinate bien y vístete, que cuando estés vestida, ya te pondré yo las joyas: y si tú

supieras quién se ponia hace veinte años ese vestido y ese manto, y qué principal persona era.....

—Siempre me andais con eso, madre Martina, y nunca me decís quién era esa señora, dijo la jóven, que se habia sentado á la mesa, en que habia un medio espejo, y habia empezado á destrenzarse los magníficos cabellos.

—¿Y á tí qué te va ni qué te viene? contestó la tia Zampoña.

—Es que... señora, dijo Casilda soltando el tesoro de sus cabellos, que siempre que me hablais de esa dama, se me aprieta el corazon, porque me parece que me hablais de mi madre.

—¿Hija tú de una dama principal? contestó la vieja: ¿por qué has de figurarte eso? ¿quién eres tú para pensarlo? ¡Válgame Dios! porque te se ha criado con delicadeza y á qué quieres boca, como á una señora: tú no sabes que si yo he hecho esto, es porque eras muy hermosa cuando niña, mas hermosa que ahora, que no lo eres poco, y yo dije: esta muchacha puede servirme con el tiempo; criémosla bien para que parezca una dama, aunque no lo sea: ¿y qué sé yo quién eres tú? Te encontré hace diez y ocho años en una rinconada de la calle de los Autores, liada en un trapo: chillabas como un gato que han tirado, y á mí me dió lástima y te recogí.

—Pues eso me lo habeis dicho ya mas veces que cabellos tengo en la cabeza, que no son pocos, y así no fueran tan largos, porque me rinden los brazos cuando me peino.

—Cabellera como la tuya, que parece hebras de oro, y tan fina, y tanta y tan larga, no la tienen dos mujeres: Dios te la bendiga; pero eso es pan para hoy y hambre para mañana: ¡válgame Dios, si tú me hubieras visto á tus años! tenia media vara mas de alta, y unos cabellos así como los tuyos, y una hermosura, que la tuya no es nada; pero ya se ve, me tiraron una noche por un balcon, y del susto y del golpe me torcí, me encogí, y se me fueron cayendo los cabellos y tomándoseme la color, y hasta el color de los ojos le he mudado, porque se me han encarnizado y parecen colorados, y eran azules y grandes como los tuyos.

—¡Válgame Dios, señora, y qué habríais hecho cuando os tiraron por un balcon!

—Cosas que pasan en el mundo, hija; y si tú te enamoras con desgracia, como yo me enamoré, puede ser que te pese y que no escapes tan bien, porque yo debí quedarme en el sitio: era un hom-

bre muy fiero el que hizo aquello conmigo; pero á bien que su alma debe de estar ardiendo en los infiernos.

—¡Válgame Dios, señora, válgame Dios, y qué cosas tan espantosas decís!

—El que puede vengarse y no se venga, vale muy poco, dijo la tia Zampoña.

—La venganza es mala, madre, y encoge y pone feas á las criaturas.

—¡Miren la deslenguada y la atrevida! dijo la tia Zampoña; pues mira no te encierre en el sótano y te tenga allí mas que nunca te he tenido.

—No, por Dios, madre Martina, dijo estremeciéndose la jóven; que yo no lo he dicho por vos, Dios me libre.

—Y harias mal, porque yo te quiero y te cuido, y cuando me muera, te dejaré rica y libre.

—Si la Inquisicion no nos quema antes.

—No me hables de la Inquisicion, que se me va la cabeza y me da el mal; y cuando me da el mal me pongo á morir, que ya sé yo lo que es la Inquisicion; y si un dia te pilla y te hace un cariño, cuando te acuerdes de ella te se abrirán las carnes: son muy crueles, hija, muy crueles, y no perdonan ni la juventud ni la hermosura. Vaya, ponte el vestido, que yo voy á sacar las alhajas: cada dia estás mas hermosa, niña mia, y es menester ir pensando en acomodarte: sírveme tú bien no mas que dos años, y ya verás, ya verás quién tú eres y quién soy yo.

Casilda se vistió un magnífico traje azul, se puso una gola de encaje y unos pequeñísimos chapines de tafilete encarnados, bordados con hilo de oro.

Despues la tia Zampoña abrió un cofre, y dió á la jóven un collar de perlas, zarcillos de diamantes y sortijas ricas.

Sobre el traje se puso Casilda un manto de terciopelo.

Entonces la tia Martina llamó al negro, que se presentó.

Venia completamente vestido de rojo, y con riqueza: el sayo de damasco, las calzas de grana, los zapatos de tafilete, la gorra de terciopelo, y un cinturon de tafilete tambien tachonado de plata: llevaba pendiente una larga espada, y sobre este traje un capotillo de paño negro fino de Segovia.

—Te van á creer una dama de las no vistas ni oidas, cuando te vean de esta manera, dijo la tia Martina. Y tú, Eusebio, á ver

cómo me la guardas, porque me tienes que dar cuenta de ella, y si la sucede algo, te lo haré pagar caro.

—Descuidad, madre, que solo con que yo enseñe la cara, guardo bien á la niña.

—¿Y qué tengo que hacer, madre? dijo Casilda.

—Nada, hija, nada: irte á la iglesia del Buen Suceso, y dejarte ver del señor Rodrigo Vazquez de Arce; ya le conocerás: es un hombre como de cuarenta y cinco años, que tiene muy mala cara; es muy atrevido con las mujeres, y en cuanto salgas de la iglesia, te se arrimará.

—¿Y qué hago yo, madre Martina, dijo el negro, si ese señor se arrima?

—Nada, hijo; irte detrás, y callar, que ya sabe la niña lo que tiene que hacer.

—¿Y qué he de hacer, madre?

—Hablarle agri-dulce; ya me entiendes: ni darle esperanzas, ni quitárselas; luego vas y te metes en la casa de la calle de Jesus y María, y le das con la puerta en las narices.

—¿Y si quiere entrar? dijo Eusebio.

—¿Y para qué vas tú, tizne, sino para que no entre? dijo la tia Martina. Vamos, hija, ven, y al negocio.

La tia Martina echó á andar, salió del aposento, atravesó un pasadizo seguida de Casilda y de Eusebio, entró en otro aposento, y en él abrió una puerta secreta.

—Ya sabes tú, Eusebio, dónde están las llaves: con que, idos, hijos, y hasta la vuelta. Cuidado con que no me vuelvas loco al alcalde, Casilda; ¿entiendes?

—Vaya si lo entiendo, señora; descuidad, que para servir á quien sabeis, haré yo imposibles.

Casilda y el negro pasaron por la puerta secreta, y la tia Martina la cerró.

—El diablo debe alegrarse de esto que hago, dijo la tia Martina: ya me vengué de Rodrigo por su mujer, y ya que las cosas vienen así, venguémonos otra vez por esta. ¿Y qué carta será esa que quieren quitarle á Rodrigo, y que tanto interesa al señor Antonio Perez? ¡Bah! ya lo sabremos, y veremos lo que hay que hacer.

Y la tia Martina salió encorvada y temblona del cuarto donde estaba la puerta secreta, y la cerró con llave.

CAPITULO XVII.

De lo caro que le salió á Rodrigo Vazquez de Arce el seguir á una buena moza.

Casilda no era una persona desconocida en Madrid.

Se la veia con frecuencia en la comedia, en el Prado de San Gerónimo, en las huertas, en la iglesia, siempre acompañada por el negro, que á todos imponia respeto; pero siempre sin dueña, lo que se estrañaba porque no era costumbre.

Sin embargo, nada habia que decir de su recato, ni de su nobleza aparente.

Con nadie hablaba, y el negro que la acompañaba ricamente vestido, y siempre detrás de ella, era un criado de lujo, un esclavo.

Muchos enamorados, al salir de la comedia, ó al volver del paseo, la habian seguido desde lejos, y la habian visto entrarse en una casa de la calle de Jesus y María.

Aquella casa constaba solo de piso bajo y superior, con una buhardilla encima. Tenia puerta grande de casa principal, á cada lado de la puerta una reja, y en el piso superior tres balcones.

Pero nadie habia visto jamás abiertos aquellos balcones, ni aquella puerta. Cuando entraban ó salian Casilda ó Eusebio, solo se abria uno de los postigos de sus hojas, salvo cuando Casilda salia en silla de manos, que entonces se abrian las dos hojas, y dejaban ver un gran zaguan, en que empezaba una escalera de piedra.

Los vecinos no sabian que en aquella casa vivian mas personas que Casilda y el negro, á los que veian salir de tiempo en tiempo.

Se habia reparado en que en aquella casa no entraban viandas, es decir, que no se iba al mercado; lo cual hubiera parecido muy estraño á los vecinos, si no hubiesen indagado, y hubiesen sabido que esta casa tenia una huerta cuyas tapias daban á la calle de la Comadre, y tenian un postigo por donde entraba y salia el negro sirviendo las necesidades de la casa.

La estrañeza desaparecia, pues, y no se creia otra cosa sino que Casilda era muy recatada, y no salia nunca al balcon, ni hacia caso de las músicas que la daban sus enamorados.

Se veia claro que la puerta principal de la casa solo servia para que saliese y entrase por ella la señora.

Pero siendo ésta jóven y moza, como lo parecia, se habia pretendido saber si tenia madre ó tia ó pariente que por ella mirase; pero nada se habia sacado en claro.

Se habian acostumbrado al fin los vecinos, y como nada se veia mas que lo que siempre se habia visto, no se estrañaba lo cerrado de la casa.

A aquella casa fué donde entró por la puerta secreta Casilda, seguida de Eusebio.

Habian salido á los corredores de un patio mediano, pero hasta cierto punto rico, con columnas y arcos de piedra.

De la galería, por unas hermosas escaleras bajaron al zaguan, abrió el negro con llave, salieron, y Eusebio volvió á cerrar.

Bien podia haber salido Casilda en silla de manos, porque en un lado del zaguan habia una muy buena, pintada, dorada, con cristales de Venecia en las portezuelas, y un escudo de armas en el tablero.

Se conocia que la tia Zampoña usaba como de un instrumento de Casilda.

Adelantaron Casilda y Eusebio por la calle de Jesus y María arriba hácia el centro de Madrid.

Ella airosa, altiva, gallarda, andando admirablemente. Eusebio detrás de ella, presuntuoso, con un gesto que parecia querer decir á todo el mundo:

—Atreveos, si gustais, á mi señora; que aquí estoy yo y nos veremos.

Llegaron á la calle de la Merced.

Esta calle no existe hoy, porque constituye uno de los lados de la plazuela del Progreso, que en aquel tiempo estaba ocupada por el convento de la Merced, al que rodeaban tres calles: la de la Merced, ya citada, que corria desde la del Duque de Alba á la de la Magdalena: la de Cosme de Médicis, continuacion de la del Meson de Paredes á la de Barrionuevo, y la plazuela y calle de los Remedios, que corrian desde la calle del Burro á la de la Magdalena.

Madrid ha cambiado mucho desde el año 30 acá, y sigue cambiando de una manera maravillosa.

Si Quevedo resucitase y le soltasen por las calles de Madrid, no le conoceria: en vano buscaria el Mentidero, la Tela, la Puerta del Sol y la de Guadalajara, y una multitud de sitios y conventos que han desaparecido.

Casilda torció á la derecha por la calle de los Remedios, ganó la de Relatores, y por dejarse ver, aunque iba rebozada en el manto, tomó por la calle de Atocha, San Sebastian, plazuela del Angel, calle de la Gorguera y de la Cruz, á la Carrera de San Gerónimo, por la cual, y habiendo llamado la atencion de mas de un ocioso, que en Madrid siempre los ociosos han abundado, y por la puerta del claustro del hospital del Buen Suceso (hoy Café Imperial), se entró en la iglesia y se colocó en la nave, á la punta de los escaños.

Al llegar, vió á Rodrigo Vazquez de Arce, que estaba junto á una de las capillas de la derecha del templo, y á quien reconoció por las señas que de él la habia dado la madre Martina.

El negro se habia quedado detrás de los escaños á una respetuosa distancia de Casilda, mirando receloso á Rodrigo Vazquez de Arce, que desde el momento en que la jóven habia entrado, se habia fijado en ella, no solo con una grande atencion, sino tambien con un gran descaro.

El alcalde habia recibido la carta de Casilda, y como estaba ciegamente enamorado de doña Juana Coello, y la tenia obligada, y ella habia sabido engañarle, creyó que no era otra que doña Juana la de la cita; envió un criado á la Audiencia diciendo que no podia asistir porque le dolia el estómago, y se fué á la iglesia del Buen Suceso.

El talante de Casilda, que iba completamente rebozada en el manto, le engañó.

Creyó que era doña Juana Coello.

Sin embargo, doña Juana, aunque era de la misma estatura, tenia menos volúmen que Casilda. ¿Pero quién puede apreciar bien el volúmen exacto de una mujer engalanada y completamente cubierta con su manto?

Casilda sacó fuera de él una preciosa mano cuajada de ricos cintillos.

Esto acabó de engañar á Rodrigo Vazquez.

Quien tal mano tenia, era hermosa; y quien tales cintillos gastaba, rica.

Se acercó, y se sentó en la punta del otro escaño.

Casilda, que estaba de rodillas, se levantó y se sentó tambien.

Al sentarse, se le abrió como al descuido el manto, y por pronto que quiso cubrirse, no lo hizo con tal rapidez que Rodrigo Vazquez no la viese perfectamente el semblante.

Al mismo tiempo, Casilda miró de una manera enloquecedora al alcalde.

Este se aturdió, no porque no fuese doña Juana Coello la tapada, sino porque, sin serlo, le habia dejado ver un semblante hermosísimo y una garganta tentadora.

Casilda se cubrió de nuevo.

Poco despues, se levantó, y salió por donde habia entrado en la iglesia, esto es, por el claustro del hospital.

Rodrigo Vazquez se fué detrás.

Aunque no hubiese perdido el grande empeño que tenia por doña Juana Coello, habia contraido por Casilda un empeño bastante para seguirla.

Casilda se metió en la Carrera de San Gerónimo en una tienda de telas de seda y brocado: hizo revolver piezas, se estuvo tres cuartos de hora, y al fin mandó la enviasen á su casa, de la que dió las señas, algunas varas de brocatel para un capotillo.

Rodrigo Vazquez se habia entrado audazmente en la tienda, y habia estado viendo tambien sargas y terciopelos negros.

El esclavo se habia quedado en la puerta de la tienda mirando hoscamente á Rodrigo Vazquez.

Casilda, que estaba descubierta, y que parecia cada vez mas hermosa al alcalde, no daba muestras de conocerle.

—¿Me habré engañado? dijo Rodrigo Vazquez: ¿habrá venido esta antes que la de la carta? En todo caso, es una dama hermosísima, una gran conquista.

Rodrigo Vazquez era muy audaz, y de improviso dijo:

—Perdonad, señora, si os importuno.

—¿Qué quereis? le dijo sin grosería, pero con una gran seriedad Casilda.

—Entiendo poco de telas, dijo Rodrigo Vazquez, y necesito terciopelo para una loba: ¿quereis hacerme la merced, señora, de decirme cuál de estos terciopelos, cuál de estas sargas es la mejor?

Casilda se acercó hasta el punto de dejar sentir el perfume de sus rizos á Rodrigo Vazquez; pero siempre séria y altiva: examinó rápidamente las telas, y dijo:

—Terciopelo, este: sarga, esta.

Y se volvió á sus brocados.

Le habia salido mal la cuenta á Rodrigo Vazquez: tenia que concluir, que hacer cortar la tela.

Casilda comprendió que debia tambien concluir, para que pudiera seguirla Rodrigo.

—¿A cómo este brocatel? dijo.

—A veinte ducados vara, señora, contestó el mercader.

—Pues bien, cortad diez varas y enviadlas á la calle de Jesus y María, número 16.

—¿Por quién se pregunta? dijo el mercader.

—Por el señor Eusebio, que abonará la cuenta.

—Muy bien, señora, dijo el mercader.

—Adios, dijo Casilda.

—Que Dios os guarde, contestó el mercader.

Casilda salió.

Detrás de ella se fué el negro.

—Señor Cienfuegos, dijo el alcalde al mercader, á quien por casualidad conocia: espero que me hagais un gran favor.

—¿Cuál?

—Que tengais por pagada la cuenta de esa señora y me la envieis.

—Muy bien, señor alcalde, como vuestra señoría guste.

—Adios.

Y Rodrigo Vazquez salió escapado.

—Ved ahí, dijo el mercader: ¿quién habia de creer que una dama que parece tan principal, acompañada de un negro con tan rica librea, fuese una buscona? Pues no le cuesta menos al señor Rodrigo Vazquez de Arce el primer escarceo de esa señora que dos-

cientos ducados; bien es verdad que ella vale todo el oro que pesa, y que el señor Rodrigo Vazquez se regala bien.

Entre tanto, el alcalde tiraba la carrera de San Gerónimo adelante, á gran paso, y al fin logró ver que Casilda se metia en los Italianos.

—¡Qué devota es esa señora! dijo contrariado: ¿y á qué hora come? Ya son las doce.....

En aquellos tiempos, todo el mundo comia á las doce, incluso el rey. Tanto da: hoy se almuerza á esa hora.

Casilda se estuvo en los Italianos, que no se habian cerrado á las doce, porque en ellos estaba el jubileo, una hora larga.

Al fin salió tambien por el postigo.

Continuó descendiendo por la Carrera de San Gerónimo hasta llegar al Prado.

Rodrigo Vazquez llevaba hambre, porque el amor no le quitaba las ganas de comer, como le sucede á otros.

Casilda torció á la derecha y siguió en paso lento, paseando, y acompañada de cerca por Eusebio, lo que impedia acercarse á Rodrigo Vazquez, no por cobardía, sino por prudencia.

—Tengo quemada la sangre, señora Casilda, decia el negro, de ver á ese hombre que nos sigue como si fuese nuestra sombra.

—Pues no te la quemes, hijo mio, que así conviene, dijo Casilda.

—¿Os conviene á vos? contestó con cierto acento celoso el negro.

—A mí no; pero le conviene á la madre Martina, y ya sabes que es necesario obedecer.

—¡Por vida de la madre Martina! esclamó el negro.

—Paciencia, hijo, paciencia: ¿qué hemos de hacerle? ¿qué seria de mí sin la madre Martina?

—Es verdad; pero la madre Martina abusa de vos.

—No gran cosa hasta ahora.

—Sí, pero esto de servir de reclamo para hacerse luego presente y hacer pagar el escote á los enamorados tontos.....

—¿Y bien, qué? Salgo, me dejo ver, me siguen, me rondan, la señora Martina pasa por la calle y se ofrece á ellos, y ellos la pagan caro hechicerías y conjuros que de nada les aprovecha: yo en esto nada pierdo, porque nadie sabe que la tia Zampoña y yo somos para ellos una misma cosa. Apostaria lo que quisiesen, á que el señor Rodrigo Vazquez de Arce ha pagado el brocatel que he mandado me

lleven: ¡y qué hermoso es! el domingo que viene le llevo á la comedia.

—Atrevimiento ha sido, dijo Eusebio; porque si ese señor no le paga, la tia Zampoña se va á poner de un humor de los diablos, y va á haber sótano, señora Casilda.

—Y bien, contestó la jóven: tambien llevaré ese brocatel el domingo que viene á la comedia.

—Pues ese hombre se nos echa encima, dijo Eusebio.

—Pues mira, vamos á entrarnos en la huerta de Arroyo.

Y á la izquierda, cerca ya del paseo de Atocha, se metieron por un gran portalon en una huerta.

Las huertas de Atocha, aunque de propiedad particular, eran una especie de paseos, donde entraban las damas busconas seguidas de sus galanes, y se hacian servir almuerzos, ó comidas, ó meriendas, bajo los emparrados ó bajo los árboles, en el verano, ó en alguno de los aposentos de la casa de la huerta, que era una especie de hostería en el invierno.

Como entonces era invierno, Casilda se fué en derechura á la casa.

Entró, se metió por un corredor, y abrió una puerta.

Aquella puerta correspondia á un aposento pequeño en que solo habia una mesa redonda cubierta por un mantel.

El negro cogió de dentro una silla, la puso fuera, y se sentó.

Habia acudido una moza de la huerta.

Casilda la pidió una empanada de anguila, un plato de cordero, una chocha asada, vino y conservas.

Eusebio la pidió una liebre.

—¿Y dónde te la voy á servir, Guachindango? le dijo la moza.

—Aquí, hija mia, contestó melosamente el negro: te traes una mesita ú otra silla, tanto me da, y verás qué bien: sobre todo si la liebre es fresca, con cabeza natural suya, buena salsa, y está bien caliente.

—Ni al rey se le pone una liebre mejor que la que yo voy á traerte, moreno, porque á fuerza de ser feo me haces gracia.

—Pues mas vale así, cristiana, dijo Eusebio; y anda, que mi ama es una gran señora, y quiere que se la sirva por el aire.

—Vaya, pues bien, allá voy, dijo la moza.

Y se fué.

Entonces adelantó Rodrigo Vazquez de Arce, y sin contar con el

negro, fué á empujar la puerta del aposento donde estaba Casilda.

Eusebio se puso de pié, se quitó la gorra, y dijo:

—Perdone vuestra señoría, pero no se puede pasar.

—¿Y por qué?

—Porque está ahí mi señora.

—Pues cabalmente por eso quiero entrar, dijo Arce, poniendo un doblon de á cuatro en la mano del negro.

—Muchas gracias, señor, dijo Eusebio, guardando el doblon; pero no se puede pasar.

Se puso lívido de cólera por aquella truhanería Rodrigo Vazquez de Arce.

—Pasaré, dijo.

—Vaya, yo lo sentiré mucho, pero no dejaré pasar á vuestra señoría, dijo tranquilamente el negro.

—Te romperé la cabeza.

—Tengo yo los cascos muy duros, señor, dijo Eusebio sonriendo y dejando ver á Arce una dentadura de tigre, fijando en él al mismo tiempo una mirada fria.

El negro se habia puesto espantoso, y tan amenazador, que aunque Rodrigo Vazquez era bravo, se contuvo y apeló á los buenos medios.

—Te daré lo que quieras porque me dejes hablar con tu señora, dijo.

Se desanubló el rostro del negro.

—Esperad á que nos volvamos, dijo, y al pasar por la huerta, yo me quedaré algo atrás y podreis hablarla.

Rodrigo Vazquez llegó á la puerta de un aposento inmediato, la abrió, y dijo desde ella.

—¡Ha de casa!

Y se entró.

Poco despues acudió la misma moza que habia servido á Casilda.

—Traedme cualquier cosa, dijo de muy mal humor Rodrigo Vazquez de Arce.

—¿Pero qué cualquier cosa? contestó la doméstica.

—Un ánade, una gallina, un besugo.

—¿Las tres cosas, señor?

—No, una de ellas.

—Pues entonces ánade, porque no hay besugo y se están asando las gallinas.

—Vino, ensalada y conserva.

—Bueno, señor.

—Esperad, esperad: ¿creeis que tardará mucho en comer la dama que está en ese otro aposento?

—Lo menos una hora, señor, porque ha pedido mucho.

—¿Sois vos capaz de ganaros un doblon de á cuatro?

—¡Vaya si soy! contestó la muchacha sonriendo: ¿pues á qué estamos? Pida vuestra señoría lo que quiera.

La criada daba tratamiento á Arce, primero porque regalaba un doblon de á cuatro; y despues, porque aunque no llevaba vara, se le conocia por el traje que era alcalde de Casa y Córte.

Sacó Arce un bolsillo de punto de seda verde con boquilla de plata, en que habia una razonable cantidad de oro menudo, y dió dos doblones de á dos á la moza.

—Pero vamos á ver qué quiere vuestra señoría, dijo sonriendo cada vez con mas amabilidad á Arce.

—Deseo hablar con esa señora, dijo el alcalde; decídselo.

Púsose séria la criada: no sabemos si porque ella no era el objeto del deseo del alcalde, ó porque le habia parecido muy séria y muy principal Casilda para irse á ella con un tal mensaje.

—Y dígame vuestra señoría: ¿y si me afrenta la tal señora por el recado?

—Otro doblon de á cuatro para pasar el susto, dijo Arce, dándola otros dos doblones de á dos.

—Vaya, pues bueno, se le dirá: ¿se ofrece mas?

—No, hija, no, sino que los manjares sean frescos y buenos: ¡ah! y puesto que esa señora ha pedido tanto, é invertirá algun tiempo en comer, comamos: añade á lo que te he pedido, una taza de caldo y un pastel de olla podrida.

—Muy bien, señor.

Y la criada se fué.

A poco, Arce, que era miserable, á pesar de que gastaba con las mujeres mas de lo que tenia, porque las mujeres eran su gran vicio, se arrepintió de haber dado á la moza un doblon de á ocho, porque aquel doblon habia venido á ser inútil.

Se habia asomado á un balconcillo que habia en el aposento, y habia visto en un balcon inmediato, y tan próximo que podia hablarse del uno al otro sin forzar la voz, á Casilda, hermosísima, elegantísima, y sin manto.

Su cabellera de oro caia en magníficos rizos sobre sus hombros y sobre su espalda.

Sobre aquel alto peinado, en el centro de la frente, tenia un joyel de diamantes, que formaba la punta de dos bandas azules de terciopelo que cruzaban sobre su cabeza.

—¿Qué mujer es esta? Es una dama principal, casi una princesa, y yo no la conozco.

Esto consistia en que Arce habia estado muy retraido.

Saludó á Casilda quitándose completamente su birrete de alcalde, y bajando profundamente la cabeza.

En vez de quitarse del balconcillo, Casilda contestó ceremoniosamente al saludo del alcalde.

Este se alentó á pesar de la gravedad de Casilda.

—Perdonad, señora, dijo Arce, si me he atrevido á seguiros.

—No lo habia notado, dijo Casilda: y si me habeis seguido, habeis hecho mal: habeis perdido vuestro tiempo; y sobre todo, os habeis aquivocado: á no ser que hayais querido escoltarme, y esto ha sido inútil, porque traigo quien me guarde.

—Permitidme una pregunta, señora.

—Decid.

—¿Me habeis escrito una carta?

—¿Yo, caballero? contestó riendo de una manera que punzó demasiado el amor propio de Arce, que era muy vanidoso: ¿y para qué habia yo de escribiros?

—Perdonad, señora; pero yo he recibido una carta en que una dama incógnita me citaba á la iglesia del Buen Suceso.

—¡Qué rareza! dijo Casilda ya demasiado séria: ¿creeis que puedo yo citar á un hombre que no me conoce y á quien no conozco?

—De esas estrañezas se ven todos los dias.

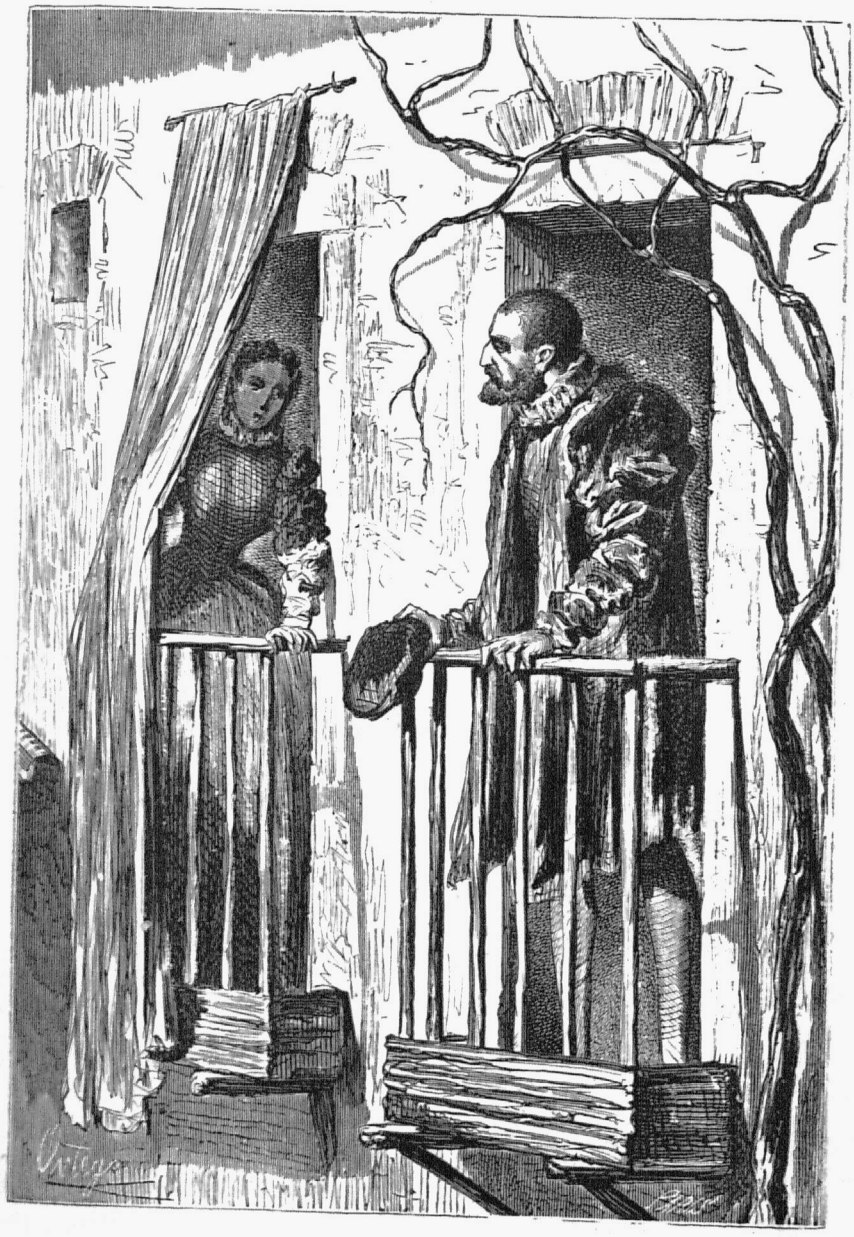
—No por mi parte.

—Perdonad otra vez, dijo contrariado Arce; pero sea como quiera, señora, mi corazon me obliga á deciros que me enamorais.

—Pues decid á vuestro corazon que se desenamore, y habreis ganado todo lo que podeis ganar.

—Mis pensamientos son honestos, señora; y para que podais estimarme en lo que soy, sabed que me llamo Rodrigo Vazquez de Arce, y que tengo una vara de alcalde de Casa y Córte en la real Sala de Madrid.

—¡Ah! pues peor, dijo Casilda.



¿Me habeis escrito una carta?

—¡Peor, señora!

—Ya lo creo: mucho peor; porque no quiero nada con gente de justicia.

Y Casilda decia la verdad.

—Ved, señora mia, que lo tomo á empeño; porque moriré sin vos.

—Pues id haciendo testamento y disponiendo el entierro.

—Sois muy cruel.

—Pues no me conozco la crueldad.

—Permitidme, señora; pero ¿quién sois?

—¿Me interrogais ya? Ved que todavía no he cometido ningun delito.

—Sí por cierto.

—¿Yo? Pues no me acusa la conciencia.

—Habeis muerto á un hombre.

—No digais eso, porque me levantais un falso testimonio.

—Estoy agonizando, señora.

—¡Jesus! pues haced que llamen al cura, y concluyamos: guárdeos Dios.

—Un momento, señora.

—¡Oh! ¡qué importuno!

—Mirad que he de seguiros.

—¿Y qué he de hacer yo, si las calles no son mias? Guárdeos Dios.

Y se metió dentro.

—¡Oh! es una sirena, un ángel, un... pero no, no es una buscona; esa niña no ha amado todavía: hay una castidad en su frente, en su mirada... ¿quién será? principal sin duda; ¿pero por qué no trae dueña? ¿por qué va á pié? es verdad que el dia está muy hermoso: si yo no estuviera tan empeñado por doña Juana Coello... la viudez me pesa; me parece rica: aunque séria y grave, y desdeñosa, ha gastado conversacion conmigo; si fuera posible, esta seria para mí una buena mujer; al fin y al cabo, debo casarme antes de ponerme mas viejo. Pero doña Juana... Y bien, qué importa: puedo tenerlas á las dos: esposa la una, y amante la otra: ¿y quién mas rico de amor y de hermosura que yo?

—Señor, dijo detrás del alcalde la voz de la criada.

Arce se volvió.

—He llevado el recado de vuestra señoría, y la señora me ha

mirado que me ha querido comer con los ojos, y me ha dicho:

—Sois una desvergonzada; decid á ese caballero, que ya he hablado todo lo que tenia que hablar con él: que me deje en paz.

—Bien, bueno, dijo Arce, fuertemente contrariado; traedme pronto la comida, y oid: cuando esa señora os pida el gasto, decid que ya está pagado.

—Bien, bueno: ¿y quién paga? dijo la moza.

—¡Quién ha de pagar mas que yo, necia! ¿cuánto importa el gasto que esa señora hace y el mio?

—Voy á traeros la comida, á pedir la cuenta al amo, y os lo diré.

Como se ve, la moza no daba ya tratamiento á Arce: le veia en desgracia.

Se fué.

Diez minutos despues, volvia con la comida.

—Todo importa diez ducados, dijo, á no ser que la señora pida algo mas.

—Tomad otros dos ducados por lo mas que la señora pueda pedir, é idos.

La moza salió.

Arce comió deprisa, pero con buen apetito.

Se conocia que las contrariedades del amor no le quitaban las ganas de comer.

Cuando hubo concluido, salió, y pasó junto al negro sin decirle una palabra.

Iba hosco y ceñudo.

—Mucho será que á ese no tenga yo que ponerle en respeto, dijo Eusebio.

Y acabó de roer un anca de liebre, y se embocó una limeta de vino tinto que tenia junto á sí en el suelo.

Rodrigo Vazquez salió de la huerta, y se quedó observando su puerta, oculto entre los árboles de la terminacion del Prado de San Gerónimo.

Tardó todavía en salir tres cuartos de hora Casilda.

Arce estaba desesperado.

La jóven no podia haber salido por otra parte, porque no tenia otra salida la huerta.

Al fin, Casilda apareció, seguida inmediatamente de Eusebio.

Se estaba poniendo el sol.

Porque hay que tener en cuenta, que era el mes de diciembre.

Arce se fué detrás.

Casilda tomó el Prado de San Gerónimo adelante, con lo cual rodeaba, puesto que su verdadero camino, esto es, el camino mas corto para su casa, era la calle de Atocha, á buscar la de la Magdalena y la de la Merced.

Casilda siguió despacio por la Carrera de San Gerónimo, Puerta del Sol, calle de Carretas, Concepcion Gerónima, Barrionuevo, Cosme de Médicis y la Merced.

Y como iba despacio, cuando llegó á la de Jesus y María, habia oscurecido ya.

Y como entonces no habia alumbrado público, la calle de Jesus y María estaba oscura como boca de lobo.

Arce concibió un mal pensamiento: el de comprometer á Casilda y apoderarse de ella.

Esto no era difícil: porque en aquellos tiempos, cuando sonaban de noche cuchilladas en la calle, nadie abria un balcon ni una ventana, ni se daba por entendido. Y como no habia serenos, ni mas guardianes nocturnos que las rondas de los alcaldes, que no salian hasta las Animas, la hora mas cómoda para hacer cualquier fechoría, era, en las noches muy oscuras, la que corria desde el oscurecer hasta las Animas.

Pero no habia reparado el alcalde en que no era él solo el que seguia á Casilda.

Al pasar esta por la Puerta del Sol, un bizarro alférez de la Guardia Española habia reparado en Eusebio; y aunque Casilda iba envuelta en el manto, este alférez, que no era otro que Pedro Insuati, la habia reconocido.

Habia habido en aquello además, algo de eso que se llama corazonada; porque bien podia haber sido que Eusebio hubiera acompañado á otra dama.

Sea como quiera, Insuati se propuso irse en su seguimiento.

Pero á poco, notó que la seguia Arce.

—¿A qué diablos va este golilla tras ella? ¿Pues no está enamorado de mi ama este caballero? Y estando enamorado de mi ama, ¿cómo se le ocurre seguir á otra? Pues á ver lo que sucede: ¡á fé á fé, que le tengo yo malas ganas á este señor!

Y se fué, no ya detrás de Casilda, sino de Arce, y á la larga para no ser notado.

Por la calle de Jesus y María no pasaba nadie.

Nuestros abuelos se recogian con las gallinas.

Todas las tiendas, incluso las de comestibles, y las tabernas, se cerraban al oscurecer.

Madrid se recogia muy temprano: al contrario de ahora, que se rocoge muy tarde.

Además de esto, la calle de Jesus y María era estrecha y poco concurrida.

A poco de haber entrado en ella Casilda, Arce arrostró por todo.

Adelantó, llegó á la jóven, y la dijo:

—Vive Dios, señora, os he de hablar aunque os pese.

—¿Qué atrevimiento es este? dijo Casilda.

—¡Ea! quítese el señor de en medio, dijo ferozmente Eusebio, ó le ha de pesar.

Como Arce se habia propuesto comprometer á Casilda, y obligarla á seguirle, tiró de la espada, y Eusebio, notando su movimiento tiró de la suya, y poco despues crujió en la calle el estridor de los aceros.

Casilda dió á gritar pidiendo socorro, y Pedro Insuati, que habia llegado á la esquina, tiró de la espada, y corrió al lugar donde sonaba la riña; pero cuando llegó, Arce, que como anteriormente hemos dicho era muy diestro y muy bravo, habia tendido de una mala estocada á Eusebio, y se habia apoderado de Casilda, que forcejaba con él, y gritaba, verdaderamente aterrada, de una manera horrible.

Pero ni balcon ni ventana se abrian, ni, escepto Insuati, acudia nadie.

De improviso, Arce sintió una punzadura fria en el costado, y una voz airada que decia:

—El que agarra á una dama tal, la suelta con la vida.

Arce se llevó la mano al costado, vaciló un momento, y cayó.

—Esperad, esperad, lucero, dijo Insuati; no os asusteis, que yo os salvaré: tengo que registrar á este pícaro.

Casilda no contestó; y estaba tan aterrada, que ni aun se movió.

Insuati envainó la espada, tiró de la daga, y para no entretenerse en desabrochar la loba y la ropilla del alcalde, las rasgó con la daga.

Nada encontró que á papel oliese, ni mas que un bolsillo lleno de oro y un pañuelo.

Tiró el pañuelo, y se guardó el bolsillo.

—Ahora, corazon mio, deprisa, dijo envainando la daga y dando el brazo, ó por mejor decir, tomándoselo á Casilda: vamos pronto, no sea que venga una ronda, nos encuentre con los muertos, y nos prenda.

—¡Los muertos! dijo Casilda volviendo en sí de su sorpresa, porque todo aquello habia pasado en muy poco tiempo, y siguiendo la rápida marcha de Insuati.

—Sí señora, los muertos, contestó Insuati: lo que es uno, estoy casi seguro de que ha salido de penas; ¿pero no me conoceis, señora?

—Creo haberos oido otra vez.

—¿Y sois vos la tia Zampoña, convertida en jóven que yo ví anoche?

—Sí, yo soy; pero no pasemos de aquí, estamos á la puerta de mi casa.

—¿Pues no vivís en la calle de la Comadre?

—Sí, sí señor; pero tambien vivo aquí: entremos pronto.

—Pues abrid, ó llamad.

—¡Abrir! ¡llamar! esclamó creciendo de nuevo en terror Casilda: no tengo la llave.

—¿Pues quién la tiene?

—El negro.

—¡Ah! pues esperad.

Insuati corrió, llegó al lugar donde habian quedado Arce y Eusebio, y este, al sentir una persona, dijo:

—¡Socorredme por favor!

En cuanto á Arce, ni hablaba ni se movia.

—¿Qué te socorra? dijo Insuati; ¿puedes andar?

—Sí, dijo el negro, incorporándose; si me ayudais.

—¿Tienes la llave de la puerta?

—Sí.

—Pues alza, agárrate, y ven.

Y ayudó á levantarse á Eusebio.

Luego, le cogió por la cintura, y con unas fuerzas monstruosas, dió á correr con él, y llegó en pocos minutos á la puerta, donde cada vez mas aterrada esperaba Casilda.

Esta buscó la llave en el bolsillo de Eusebio.

La encontró, abrió, entraron, y cerraron.

—¡Gracias á Dios! dijo Casilda; ya estamos dentro.

—Adivina quién te dió, dijo Insuati.

Apareció entonces el reflejo de una luz que provenia de las escaleras, creció, y al fin se dejó ver la madre Martina con una candileja en la mano.

—¡Siempre habrá sido esta, esclamó, una locura tuya, hija de maldicion!

—¡Ah! ¡no es una, son dos! dijo Insuati, no pudiendo ya dudar al ver la una junto á la otra, á Casilda y á la madre Martina.

—No ha sido una locura, señora, dijo Casilda, sino un atrevimiento de ese alcalde.

—¡Yo me muero! dijo Eusebio.

—¿Y la piocha de diamantes que llevabas en la cabeza, mal nacida? dijo la tia Zampoña.

—No lo sé, señora, no lo sé, ni estoy yo ahora para piochas, ni mas que para meterme en la cama.

—¿Una piocha de diamantes? dijo Insuati: ¿y valia mucho?

—Mas de mil ducados.

—¡Mil ducados! esclamó Insuati: pues allá voy yo: abridme.

La tia Martina abrió la puerta, pero retrocedió.

Habia visto un reguero de sangre que penetraba en el zaguan.

—Que se pierda la piocha y no nos perdamos nosotros, dijo cerrando vivamente la puerta; la sangre de este maldito negro nos vende: pronto, hija, pronto, cógele la sangre con lo que hubiere, que no eche mas, que no conviene que el reguero siga hasta la puerta disimulada, que seria lo mismo que decir: por aquí se pasa.

—Eso es mio, dijo Insuati; que para coger la sangre y dar puntos á una herida cuando es menester, sé yo tanto como un cirujano.

—Pues anda, hijo, anda, que ya te conozco: tú eres el buen mozo que estuviste anoche aquí.

—Es verdad, madre; pero quitaos las tocas y rasgadlas, que con ellas yo le meteré un tapon á este, y no le saldrá ni una gota mas de sangre.

Y abria rápidamente los vestidos de Eusebio, que no cesaba de quejarse y de pedir confesion. Tenia una ancha herida en el costado izquierdo.

—No grites ni te asustes, cobarde, le dijo Insuati; que de esta

no mueres: te han herido muy alto y la estocada está de través: venga, abuela, ya vereis lo que para estas cosas sirve el alférez Insuati: ¡buena noche! ¡brava! así me gusta á mí, que la justicia escriba poco, porque no tiene á quien preguntar mas que á un muerto.

—Buen lobo estás tú, hijo; y ahora me gustas mas que antes, porque sí: anda, hijo, anda, atarúgale esto á ese, y no tengas cuidado: un negro no es un cristiano.

—Mirad qué cuidado se me dará á mí, cuando á mí mismo me he tapado yo cada boquete de á palmo, dijo Insuati.

Y metió un tarugo de trapo en la herida de Eusebio, que empezó á gritar.

—Si no te callas, dijo Insuati, te degüello, y te dejo ahí como si fueras un perro.

Eusebio se calló.

Insuati siguió atarugando.

Al fin, no salió ni una sola gota de sangre.

—Vamos, hombre, alza, ayúdate y no tengas miedo, dijo Insuati, que yo te curaré: dentro de un mes te encontrarás tan sano y tan bueno: y cuando se está tan robusto como tú, una sangría no viene mal.

Insuati ayudó á alzarse á Eusebio, y echó á andar con él.

La tia Zampoña, rastreando con la luz, miró si Eusebio dejaba detrás de sí sangre, y se convenció de que no.

—Si tú fueras hombre, buen mozo, dijo á Insuati, yendo tras él, nadie vendria á entrarse en la casa por la guia de la sangre.

—Ya veremos, abuela, ya veremos; lo primero es lo primero: quitémonos de aquí cuanto antes por lo que pueda suceder.

Llegaron al fin á la puerta secreta que abrió la tia Zampoña, y pasaron.

La tia Zampoña volvió á cerrar.

Eusebio fué conducido á su lecho, y Casilda se fué á su cuarto, y se acostó, acometida por la fiebre.

—Toma, dijo la tia Zampoña á Insuati.

Insuati se volvió, y vió que la vieja tenia en brazos un enorme gato negro.

—Me servia para los sortilegios, dijo, y estaba muy bien enseñado; pero lo primero es lo primero, corazon mio.

—Como me vuelvas á echar otro requiebro, maldita, no es al

gato á quien degüello, sino á tí, dijo Insuati; anda, anda, y trae un puchero.

Y se puso á acariciarle.

A poco, volvió con una olla la madre Martina.

Insuati cogió el gato, le puso de una manera feroz una rodilla encima, hizo lanzar un alarido al pobre animal, le cogió la cabeza, le degolló de un golpe con la daga, y cogió la sangre en el puchero.

—Vamos, dijo entonces á la madre Martina; tráeme una esponja, que estas cosas es menester hacerlas bien, y dame la llave.

La tia Martina dió á Insuati la esponja y la llave.

Le abrió la puerta secreta, le dió la lamparilla, y cerró.

Cuando Insuati estuvo al otro lado, miró, y vió si podia descubrir la puerta.

Estaba disimulada en un revestimento de madera, y era imposible diese con ella quien no la conociese.

—¡Bruja maldita! dijo Insuati; veremos si se puede estraviar á la justicia.

Y abrió la puerta de la casa, y miró.

Por dentro habia un reguero de sangre; pero no habia quedado ninguna en el dintel, ni á dos pasos de él.

Insuati dejó la luz en el zaguan, salió, cerró, se metió la llave en el bolsillo, y con la esponja empapada en la sangre del gato, fué haciendo un reguero hasta cincuenta pasos mas abajo.

Luego le metió por la puerta de una cochera, y vertió hácia dentro por debajo de la puerta toda la sangre que quedaba en la olla.

—¡Anda! dijo Insuati; ¡para que tenga que escribir la justicia!

Y se volvió con el puchero, y con la esponja dentro de él.

Al salir, habia encontrado la calle silenciosa y oscura.

Silenciosa y oscura estaba al volver.

Llegó, abrió, entró, cerró, tomó la lamparilla, subió, llegó á la habitacion donde estaba la puerta secreta, llamó, y le abrió la madre Martina.

Entró Insuati, y la puerta secreta se cerró.

Volvamos dos horas despues á lo alto de la calle de Jesus y María.

Los vecinos habian oido perfectamente el ruido de las espadas

y los gritos, y habian comprendido que habia tenido lugar una desgracia.

Pero por lo mismo, ninguno se habia atrevido á salir á la calle.

Esto consistia, en que los alcaldes de entonces daban palos de ciego, y ninguno queria ponerse bajo la jurisdiccion de los alcaldes.

Cuando herian á uno de noche, herido se quedaba en la calle, y se desangraba, y perecia si la herida era grave, ó se salvaba por milagro.

Hasta que acertaba á pasar una ronda, nadie le socorria.

En tal situacion estaba Rodrigo Vazquez de Arce.

Como Pedro Insuati sabia darlas, la estocada que habia recibido Arce habia sido de padre y señor mio, de las de primer órden.

Y sin embargo, no habia muerto.

Sin duda porque Rodrigo Vazquez de Arce tenia siete vidas como los gatos, ó porque era tan malo que el demonio le protegia.

CAPITULO XVIII.

De cómo pagó la culpa quien no la habia cometido.

A las ocho de la noche, á punto que daban las Animas, salió de su casa en la plazuela de los Remedios, un alcalde pedáneo, esto es, un alcalde de barrio, á quien esperaban á la puerta cuatro alguaciles del municipio, provistos de espadas, y uno de ellos de una linterna.

—Mala noche hace, ministros, dijo el alcalde rebozándose hasta los ojos en su capa parda: Guadarrama nos envia un vientecillo que ya; pero es menester cumplir con la obligacion: vamos andando.

Y echó á andar empuñando su vara, cuyos estremos salian por debajo de su capa.

Torció por la calle de Cosme de Médicis, y al llegar al medio de ella se detuvo.

—Ministros, dijo: ¿no os parece que nos vendria muy bien un trago del bueno de Chinchon? Haylo aquí cerca, en la calle de Jesus y María, casa de un mi muy grande amigo.

—Si vuesa merced convida... dijo un alguacil.

—Todos seremos convidados.

—Pues entonces, miel sobre hojuelas, dijo otro alguacil: y si ese grande amigo de vuesa merced añade al aguardiente unos bollos, mejor que mejor.

—De todo habrá, ministros, de todo habrá, dijo el alcalde; porque mi amigo es muy liberal.

Entiéndase la frase: ser liberal en aquellos tiempos no significaba ser progresista: la palabra liberal era lo mismo que generoso, dadivoso.

El alcalde y los ministros tomaron hácia la calle de Jesus y María.

Pero á poco que anduvieron por ella, un alguacil se detuvo, el que llevaba la linterna, y que por consecuencia iba á vanguardia, y esclamó:

—Pues ya tenemos el aguardiente: aquí hay un muerto.

—¡Un muerto! esclamó el alcalde.

—Sí señor, un muerto, dijo el de la linterna.

—¿Qué es aquello que reluce como fuego mas allá? esclamó otro alguacil.

El de la linterna levantó un objeto que habia en el suelo, y lo dió al alcalde.

—¡Un joyel de diamantes! dijo este, y de mucho precio: no, pues esto no es cosa de ladrones: á ver si está muerto ó no.

—No señor, no está muerto, que respira, dijo un alguacil.

—Pues á ver, uno, dijo el alcalde pedáneo, á buscar al señor alcalde de Casa y Córte del cuartel, y otro al hospital del Buen Suceso, que es el que está mas cerca.

—Ese es de los criados de su majestad, dijo un alguacil.

—No importa, contestó el alcalde: todos, el que está mas cerca, están obligados á servir para estos casos, ministro, debiais saberlo; pero es verdad, sois nuevo: habeis tomado la vara ayer: aprended, porque hace falta: no vayais vos; id vos, Sardineta, que sois ministro viejo, y con vos no valen escusas.

—Pero, ¿y el aguardiente y los bollos, señor alcalde? dijo el llamado Sardineta.

—Id, id y volved; que mientras vienen el señor alcalde de Casa y Córte y la camilla del hospital, ya tendremos tiempo para bebernos á Chinchon entero.

Los dos ministros delegados partieron.

El alcalde y los otros alguaciles se quedaron guardando á Rodrigo Vazquez de Arce.

—¡Y es un señor alcalde de Casa y Córte! dijo el alcalde pedáneo.

—Pues anda, dijo un alguacil; no quisiera yo estar en el cuerpo del malhechor.

—¿Quién sabe, dijo el alcalde, si el malhechor será algun personaje?

—No señor, no es un personaje, dijo otro alguacil, sino un ladron; porque mire vuesa merced, señor alcalde, le han rasgado la loba y la ropilla al herido, y le han quitado el dinero; porque un señor como este no saldria sin dinero á la calle.

—¿Le conoceis alguno?

—No señor, dijeron los alguaciles.

—Y hay un reguero de sangre que viene desde lo hondo de la calle, dijo el alguacil de la linterna, que habia andado algunos pasos siguiendo el rastro sangriento que habia dejado en pos de sí Eusebio.

—Venid, venid acá, dijo el alcalde pedáneo; nosotros no tenemos nada que ver con eso: ya vendrá el señor alcalde de Casa y Córte del cuartel; y Dios quiera que no tarde, porque este vientecillo no se puede resistir.

—¿Y qué hemos de hacer, señor alcalde, si este es nuestro oficio?

—¡Y vaya un oficio! dijo el alcalde pedáneo.

—En esto se han convertido el aguardiente y los bollos.

Y el alcalde y los dos alguaciles esperaron metidos en el hueco de una puerta para reservarse del frio.

Pasó bien una hora, hasta que con tropel y estruendo de armas acudió un alcalde de Casa y Córte con su escribano y diez tremendos alguaciles armados hasta los dientes.

Salióle respetuosamente al encuentro el alcalde pedáneo, y á pesar del frio, se quitó el sombrero.

Al saludar al alcalde, reconoció á don Cesáreo de Amposta, licenciado y doctor en derecho civil y canónico, juez tremendo, que se ponia malo cuando pasaba un mes sin mandar ahorcasen á un malhechor.

—Doy reverentemente parte á vuestra señoría, dijo el alcalde pedáneo, de haber encontrado casi muerto á un señor que por su traje parece alcalde de Casa y Córte.

—¿Y dónde está ese señor alcalde de Casa y Córte casi difunto? dijo con voz grave y acentuada don Cesáreo.

—A pocos pasos de nosotros, señor alcalde, dijo el pedáneo: si no

hubiera sido tan grave el caso, yo no hubiera molestado á vuestra señoría.

—Veamos al herido, dijo don Cesáreo: alumbrad, alguaciles.

Dos de los de Casa y Córte acudieron, y arrojaron la luz de sus linternas sobre Rodrigo Vazquez, que estaba inmóvil, pero no muerto, y sobre un charco de sangre.

Entonces llegó la camilla del hospital con el alguacil que habia ido á buscarla.

Pero aunque la justicia armaba bastante ruido en la calle, ningun vecino asomó las narices á balcon ni ventana.

Se temia como un rayo á la justicia, por las incomodidades que causaba.

—¡Dios de Dios! esclamó don Cesáreo: ¡qué es lo que veo! ¡Mi amigo el señor Rodrigo Vazquez de Arce! ¡Qué es esto! ¡Quién se ha atrevido á tanto!

—Cuestion ha debido ser de damas, dijo el alcalde pedáneo; porque junto al herido se ha encontrado un joyel de diamantes.

—Dad acá, dijo don Cesáreo.

El pedáneo sumergió su mano en un hondísimo bolsillo de sus gregüescos, y sacó el joyel, que entregó al alcalde de Casa y Córte.

—¡Rica alhaja! esclamó don Cesáreo, ¡y gran dama debe ser la que la ha perdido!

Entre tanto, Rodrigo Vazquez de Arce estaba confiado á la misericordia de Dios, porque nadie se cuidaba de él.

Un alguacil, que por milagro era un poco compasivo, se atrevió á hacer una observacion.

—Pero á este pobre señor, dijo, no le va á quedar gota de sangre en el cuerpo.

—Y es verdad, dijo don Cesáreo; lo sentiria, porque es un grande amigo mio: registrémosle, señor Pentecostes, dijo al secretario que le acompañaba.

El señor Pentecostes, que se llamaba así por apodo, se inclinó sobre el casi muerto Rodrigo Vazquez, y dijo:

—Rasgada la loba; rasgado el jubon; nada en los bolsillos.

—Pues aquí hay robo, dijo don Cesáreo.

Y volviéndose secamente al pedáneo, esclamó:

—¿Habeis vos registrado al herido?

—Yo no señor, saltó el alcalde lego: no era eso de mi incumbencia.

—¿Y cómo habeis tenido ese joyel de diamantes?

—Estaba en el suelo, y no habia de haberlo dejado allí.

—¿Qué mas tiene el herido?

—Una herida de cuatro pulgadas en el costado izquierdo, dijo el señor Pentècostes, hecha al parecer con instrumento cortante y punzante.

—Medid los pasos que hay de los piés del señor Rodrigo Vazquez á la pared: los que hay desde su cabeza hasta la otra pared, y los que hay que andar por uno y otro lado, hasta la calle de Jesus y María, entrando por la de la Merced.

El escribano hizo aquella operacion.

—Certificad además que el señor Rodrigo Vazquez está boca arriba, y con la espada desnuda y abandonada cerca de su mano derecha.

—Ya me he hecho cargo de todo, señor alcalde, dijo Pentecostes.

—Pues entonces, y no teniendo ya nada mas que examinar, que pongan al herido en la camilla y se lo lleven al hospital acompañado por cuatro ministros: recoged la espada; que se le quite el cinturon y la vaina.

Todo esto se hizo.

La camilla era una especie de escalera con un colchon estrecho encima.

Pusieron en ella á Rodrigo Vazquez, le envolvieron en su capa, le echaron encima una manta, y se lo llevaron.

—El señor Rodrigo Vazquez ha debido venir aquí herido de otra parte, dijo don Cesáreo; porque el reguero de la sangre se mete por la calle adelante. Señor alcalde, aquí estais demás, dijo el de Casa y Córte al lego: seguid vuestra ronda.

El pedáneo saludó y se fué.

—¿Y el aguardiente y los bollos? dijo uno de los alguaciles al alcalde municipal.

—Hasta que no se haya ido su señoría, no vuelvo yo á esta calle, contestó el alcalde lego; lugar tenemos, porque don Cesáreo es un señor muy amigo de sus comodidades, y como la noche está fria, acabará muy pronto para ir á meterse en la cama.

Y el alcalde lego siguió con sus cuatro alguaciles la calle de la Mercedadelante, hácia la de la Magdalena.

Entre tanto, el señor Pentecostes, acompañado de un alguaci-

lote que llevaba inclinada sobre el suelo la linterna, seguia el reguero de sangre, contando entre dientes los pasos.

Llegaron frente á la puerta de la casa de la madre Martina, y ni aun sospecharon que allí el reguero dejaba de ser de sangre de hombre, para continuar siendo de sangre de gato.

Y es que Dios ha hecho que la sangre de los animales sea roja como la de los hombres.

Esto podria esplicar muchas cosas que hoy no se entienden.

Al fin, el reguero se metió por debajo de una gran puerta cochera, á los trescientos pasos del lugar donde habia caido Rodrigo Vazquez de Arce.

—Aquí, dijo el señor Pentecostes: aquí es: de aquí ha salido el difunto.

—¿Por muerto dais á mi buen amigo el señor Rodrigo Vazquez de Arce? dijo don Cesáreo.

—No doy un real por su vida, dijo el señor Pentecostes; pero me parece que procede llamar á esta puerta.

—Y tanto como que procede, dijo el alcalde, asestando con el regaton de su larga vara de justicia tres fuertes golpes sobre la puerta cochera, y diciendo con voz estentórea:

—¡Ha de la casa! ¡Abrid á la justicia del rey nuestro señor!

Pero ó no habia gente en el cocheron, ó dormian con la tranquilidad y la pesadez de los justos.

Solo contestó ladrando desaforadamente un perro, que á juzgar por sus ladridos, debia ser un mastinazo enorme.

—Perro hay, dijo con algo de miedo el señor Pentecostes: aquí delante de la puerta dos alguaciles.

Dos de aquellos bravos mozos tiraron de las dagas por ser estas armas mejores que las espadas tratándose de perros, y el alcalde volvió á llamar.

Despertaron los de adentro, mas por los ladridos del perro que por los golpes del alcalde, y uno acudió en ropas menores á la puerta.

—¿Quién llama de este modo? dijo con la insolencia característica de un criado de casa grande: ¿pues no sabeis que estas son las cocheras y las caballerizas del señor duque del Infantado?

—¡De Dios que fueran, dijo irritado el alcalde, las haria yo abrir! ¡Franquear la puerta, don bellaco, á la justicia del rey nuestro señor, ó hago que mis ministros salten sus cerraduras con sus pedreñales.

—Mi amo no tiene nada que ver con la justicia ordinaria, dijo el palafrenero, y no abro: que venga uno de la casa del rey.

Púsose serio el alcalde.

El nombre del duque del Infantado le imponia respeto.

El privilegio se sobreponia á la ley.

Temió le sucediese algo negro si forzaba la puerta de las cocheras de un grande de España.

—Bien, dijo: esperaremos: se buscará á un oficial de la Real Casa, y se entrará.

—Pues bien, cuando el oficial venga y le conozca el duque mi señor, dijo el palafrenero: entre tanto, buenas noches, señor alcalde.

Don Cesáreo pagaba por el pronto la mala estocada que Insuati habia metido á Rodrigo Vazquez.

—Pues ya tenemos hasta el dia, dijo: porque ¿quién va ahora á llamar á las puertas del alcázar, ni á quién se encuentra en las Secretarías? Pero no se me ha de escapar ni un mosquito: aquí no vive el señor duque del Infantado; aquí no hay mas que sus cocheras y sus caballerizas: es necesario averiguar, señor Pentecostes, si estas cocheras tienen entrada ó salida por otra parte.

—¿Y cómo lo sabemos? dijo el escribano.

—Nos lo dirán los vecinos, que no son grandes de España y no tienen privilegio: además, que es necesario meternos en alguna parte, porque para coger una pulmonía está la noche como hecha de encargo.

Y se fué á una casa de enfrente y llamó.

Allí, como no estaban defendidos por el privilegio, y habian oido á la justicia, abrieron al momento.

Se presentó una vieja.

—¿Quién sois vos? dijo el alcalde.

—Yo soy Mónica Sargadillo, señor, contestó la vieja, viuda de un zapatero del Rastro, y madre de una hija doncella que no da lugar á que la busque la justicia; y si han dicho algo á vuestra señoría, señor alcalde, habrán sido malas lenguas: porque ¿de quién no dicen? Y en el barrio murmuran de mi hija porque viste á lo dama; y es porque es novia de un señor que se va á casar con ella.

—¡Hola! ¡hola! dijo don Cesáreo: ¡hija de viuda de zapatero de viejo que viste á lo dama y que es novia de un señor! Aquí de las Ordenanzas: entrad, señor Pentecostes, y registradme la casa.

—Esperad, señor, que avise á mi hija y que se vista, que está en el lecho, y no es honesto que en tal sitio hombres la vean.

—¡A ver! ¡deténganme á esta bruja! esclamó el alcalde, que desfogaba su mal humor con lo primero que encontraba: adentro uno con la linterna; y vos, señor Pentecostes, registrad hasta el desvan.

La vieja empezó á dar gritos, sin duda para que la oyera su hija; pero hubo de callarse al ver que un alguacil levantaba la mano con no muy benévolas intenciones.

Entre tanto, uno de los alguaciles de linterna y el señor Pentecostes habian trepado por unas fementidas escaleras.

El alcalde se paseaba á lo largo del zaguan soplándose las manos, porque hacia mucho frio.

A poco apareció el señor Pentecostes con el alguacil y otras dos personas.

Era la una, una muchachota buena moza como de veinte años, despeinada y á medio vestir; y la otra, un moceton tambien medio vestido y liado en una capa.

—Yo soy el palafrenero mayor del señor duque del Infantado, dijo aquel hombre, bajando deprisa las escaleras y encarándose con el alcalde.

—¡A ver! dijo don Cesáreo, poniéndose tieso y comiéndose con los ojos al palafrenero mayor del duque: átenme á este pícaro codo con codo; y otrosí á la vieja y á la moza; y un ministro con el uno á la cárcel, y otro ministro con las otras á las Recogidas: ya os contaré yo, mal nacidos, si se puede estar así de esta manera amancebados.

—Mire no lo tome tan á mal mi amo que le pese, dijo el palafrenero.

Un gaznatazo brutal que le dió un alguacilote le cortó la palabra.

Arremetieron á él otros dos alguaciles, le ataron por detrás los brazos, le sacaron afuera á puntapiés, y se lo llevaron.

—¿Si querria tambien ese bergante tener privilegio de grande de España? dijo don Cesáreo, que se cobraba como podia del mal rato que estaba pasando.

La madre y la hija sollozaban, pero no se atrevian á hablar por temor de que las zurrasen.

—¡A ver! Uno afuera con esas, dijo el alcalde; y cuidado con que

yo sepa que el que sea se me entretiene en el camino con ellas, porque le hago zurrar el bulto con doscientos de los buenos y le pongo á servir al rey en galeras.

—A ver, Cascabelito, tú que eres hombre seco y serio, y que no caerás en malas tentaciones, anda con ellas, hijo, y vuelve pronto, dijo el señor Pentecostes.

Cascabelito, que no sabemos por qué le llamaban de este modo, cuando tenia todas las trazas de un mastin de ganado, enderezó su vara como si se hubiera tratado de dos acémilas, y las dos mujeres se apresuraron á lanzarse á la calle.

—No es la primera vez que les sucede esto, señor Pentecostes, dijo un alguacil: que el año pasado por truhanerías y deshonestidades, pasearon emplumada á la moza y le solfearon las espaldas á la vieja, que yo no sé cómo escapó; porque el maestro, por una insolencia que le dijo al salir de la cárcel, le apretó bien la mano.

—¿Y no hay mas personas en la casa, señor Pentecostes?

—No señor.

—¿Y qué tal la tienen puesta?

—Con mas lujo que en lo que en su estado convendria á su honra.

—Pues embargad, que de alguna parte han de salir las costas: á ver, un ministro, que llame á un vecino para que sea depositario, dijo el alcalde.

—¿Y á quién, señor? dijo un alguacil.

—A cualquier casa, á la derecha ó á la izquierda; y mucho ojo por si salta otra liebre. ¡Cómo está Madrid, Señor, cómo está Madrid! ¡Qué descuido! Hacen falta de todo punto visitas nocturnas: así se quitaria de en medio á mucho pícaro y á mucha bribona. Vaya, id, y traedme acá por los cabezones á un depositario.

El alguacil salió.

El alcalde volvió á pasearse á lo largo del zaguan.

Al cuarto de hora, el alguacil que habia salido volvió con un viejo.

—¿Quién sois vos? dijo el alcalde.

—Yo, señor, contestó el viejo, me llamo Melchor Zapata, soy viudo sin hijos, y vivo solo.

—¿Y de qué vivís?

—De la renta que me dan unas casillas que tengo.

—¿Cómo las habeis habido?

—Del dote de mi mujer que me dejó heredado, como consta en forma.

—¿Y de qué se murió vuestra mujer?

—De mal de corazon.

—¿Habeis estado alguna vez preso?

—No señor, que siempre he sido yo muy hombre de bien, como lo puedo probar.

—¿Y qué oficio habeis tenido cuando jóven?

—Zurrador de pieles, como lo puedo hacer bueno: y este es muy buen oficio; que me ha dejado muy buenos ahorros.

—Para vos hareis si me engañais, dijo el alcalde; que os aseguro, que si por vos me viera burlado, no habíais de pasarlo bien.

—Juro á vuestra señoría, por Dios y sobre siete cruces, que es verdad todo lo que le he dicho.

—Pues vais á ser depositario de los bienes que se embargan en esta casa, cuya dueña y sus cómplices están presos.

—Ya sabia yo, dijo el señor Melchor Zapata, que no pasaria mucho tiempo sin que la justicia tuviera que castigar á esas desvergonzadas que traian escandalizado el barrio; y mire vuestra señoría, que el embargo puede ser bueno, porque la Petra, como es tan hermosa, la buscan, se hace de persona, la regalan bien, y no así como quiera, sino muy altos señores; y tiene muchas, y muy buenas alhajas, y muy buenos doblones de á ocho.

—¿Buenas alhajas habeis dicho? dijo el alcalde, desenvainando el joyel que le habia dado el alcalde pedáneo: ¿habeis visto alguna vez esta alhaja en el prendido de esa moza?

—Yo creo que sí, señor alcalde.

—Pues por ella ha sido la desgracia: á ver, un ministro, por el aire á las Recogidas: á ver si llegais antes que esas mujeres: que las encierren y las pongan prisiones y no las dejen hablar con nadie. A ver; otro á la cárcel, que encierren al palafrenero, y le pongan grillos y esposas, y que con nadie hable.

Salieron dos alguaciles á escape.

—¡La justicia de Dios! dijo don Cesáreo, paseándose agitado y hablando consigo mismo: ya veo claro; el señor Rodrigo Vazquez de Arce es por desgracia muy dado á las mujeres: el rastro de sangre que nace en las caballerizas del duque del Infantado; este joyel que pertenece á esa moza amancebada con el palafrenero mayor del du-

que: él ha sido: ¡pues vive Dios que aunque le ampare Poncio Pilatos, ha de bailar en la horca!

Con mucho menos le bastaba á don Cesáreo para sentenciar á muerte á un prójimo.

—A ver; alumbrad uno, dijo el alcalde: vamos para arriba, señor Melchor Zapata, á fin de que os hagais cargo, como depositario, de lo que aquí se encuentra.

Subieron, y entraron en una sala puesta con un lujo grosero, pero costoso.

Particularmente, el lecho que habia en la alcoba, era rico.

—El mal nido de una bribona, dijo el alcalde.

La casa era pequeña, y pronto se anduvo toda.

En el piso bajo habia una cocina, una despensa y el zaguan.

En el superior, un recibimiento adonde desembocaba la escalera, la sala y la alcoba.

Sobre esto, una buhardilla; en ella un camastro en que debia dormir la vieja, algunos cofres grandes y un grande armario.

En este lugar estaba el señor Pentecostes con un cofre abierto, del cual habia sacado ya muchas ropas, que habia ido anotando en un inventario hecho transitoriamente con papel que se habia encontrado en un cajon de una mesa, en la sala, juntamente con las llaves de los cofres.

—Pues hemos hecho un hallazgo, dijo el señor Pentecostes: la ropa blanca de Cambray que tengo ya sacada de este cofre vale muchos doblones: ¡y que haya gentes tan ciegas y tan poco temerosas de Dios que de tal manera enriquezcan á estas perdidas!... Me parece que tenemos un grande embargo, señor alcalde; pero por Dios vivo, ¿qué es esto? ¿qué es esto que se ha caido de entre estas tohallas? ¡tres llaves ganzúas! ¡Poder de Dios!

—Apartad esos cuerpos de delito, dijo el alcalde: ¡válgame Dios, Señor, válgame Dios, y cómo está Madrid!

—Si son de lo malo lo peor, señor alcalde, dijo Melchor Zapata.

Se siguió el registro, y resultaron en el embargo mucha, y buena ropa blanca, contenida en cuatro grandes cofres; muchos y ricos vestidos de dama, encontrados en el armario; y abajo, en una papelera, muchas cartas amorosas de cierto género, firmadas por nombres ilustres y muy conocidos.

Las unas dejaban ver claro que habian acompañado á un regalo: las otras, citas ó avisos.

Por último, en un cofrecillo de carey y plata habia gargantillas, cadenas de oro, collares, cintillos, arracadas.

Al alcalde le relucian los ojos.

Estaba contento, y se alegraba de que el fuero de grande de España del duque del Infantado le hubiese impedido entrar en sus cocheras.

Por no haber entrado, habia dado, segun él creia, con los antecedentes del crímen.

Insuati tenia suerte.

Unas terribles apariencias estraviaban á la justicia.

Otro, que cuando mas solo habia cometido el delito de robar al duque del Infantado, y á costa de sus caballos para mantener á su manceba, debia pagar la pena.

En la despensa se encontraron jamones, queso, chorizos y salchichas; todo lo cual se comieron los diez alguaciles de la ronda del alcalde, á mas del vino que habia en un tonel, y que se bebieron.

Cascabelito se convirtió en cocinero; y como aquello podia considerarse como costas, el alcalde no tuvo inconveniente de comerse en la sala, en compañía del señor Pentecostes, una gran fritada de jamon, salchicha y chorizos con huevos, ayudada con un par de botellas de buen Valdepeñas, y adicionada por una ensalada de apio y berros, y terminada con una buena conserva confeccionada por monjas.

Despues, y para esperar el dia, se acostó en el lecho de Petra.

La justicia habia tomado posesion de aquella casa, y le pertenecia.

Por la mañana, el mismo duque del Infantado autorizó al alcalde, como debia, para que estendiese su jurisdiccion hasta sus caballerizas, de resultas de lo cual, y habiéndose encontrado dentro de ellas un charco de sangre, fueron presos ocho palafreneros, y no embargados carrozas, caballos y mulas, porque eran de la propiedad del duque del Infantado, que á mas de no tener que ver nada con el crímen, gozaba de privilegio.

CAPITULO XIX.

De cómo una sentencia ejecutoria puso de todo punto á salvo á Insuati.

No murió Rodrigo Vazquez de Arce; pero fué necesario mantenerle en el hospital, aunque en habitacion aparte, á causa de que no podia trasladársele por la gravedad de su herida.

Quince dias largos estuvo entre la vida y la muerte, lo que probaba la buena mano que tenia Insuati para dar estocadas.

Hasta el mes cumplido despues de su herida, los médicos no permitieron se le tomase declaracion.

Rodrigo Vazquez habia tenido tiempo de prepararse.

Y como era alcalde de Casa y Córte, supo lo que debia declarar.

Declaró, pues, que la tarde anterior á la noche en que habia sido herido, se habia salido á pasear al campo, del cual habia vuelto por el portillo de Embajadores; que le habia sorprendido la noche en la calle de Jesus y María, y que al encontrar á un hombre que iba con una mujer alumbrándose con una linterna, el hombre le habia reconocido, puesto que habia pronunciado su nombre, y habia dicho:

—Ha llegado la hora de que yo me vengue de vos, señor Rodrigo Vazquez.

Y empujándole dentro de una cochera, que estaba abierta, le habia dado una estocada.

En esta declaracion, como se ve, habia ayudado el un alcalde al otro alcalde; porque Rodrigo Vazquez habia dicho á su compañero cuando hubo llegado el momento de tomarle declaracion:

—Tan grave es lo que me sucede, que bien será me digais lo que averiguásteis la noche que me encontrásteis mal herido y medio muerto.

Don Cesáreo, para ahorrarse de hablar, habia llevado el proceso á Rodrigo Vazquez.

Este le estudió, y vió que por casualidad él habia sustanciado el proceso, por el que se habia sentenciado á emplumamiento á la Petra, y azotamiento á su madre por liviandades y escándalos.

Esto le inspiró su declaracion, que comprometia cuanto podia comprometer al caballerizo en jefe del duque del Infantado.

Aquel escelentísimo señor, en cuanto supo que su primer caballerizo estaba acusado de asesinato, le abandonó á su suerte, como asimismo á los ocho palafreneros que habian sido presos.

En cuanto á la Petra, ninguno de sus amigos se atrevió á meterse en un negocio en que mediaba un alcalde de Casa y Córte tan temido como Rodrigo Vazquez de Arce.

El resultado fué, que el caballerizo mayor fué sentenciado á muerte de horca, la Petra á prision perpétua, así como á su madre, y cada uno de los palafreneros á seis años de galeras.

Insuati fué á ver ahorcar al que habia cargado con su estocada; y cuando vió de nuevo á la tia Zampoña, la dijo:

—Decidme ahora que yo no soy digno de que me quiera Casilda: vengo de ver ahorcar al que mal hirió en la calle de Jesus y María al señor alcalde de Casa y Córte, Rodrigo Vazquez de Arce.

—No te escaparás tú sin que te ahorquen, dijo la bruja; porque el diablo no deja de cobrarse nunca, y le gusta mucho la grasa de los ahorcados.

En cuanto á Rodrigo Vazquez de Arce, al mes y medio de haber sido herido, fué trasladado á su casa, de la que no salió hasta mes y medio despues; es decir, en el de febrero de 1578, el mismo dia en que ahorcaban á un inocente, sobre el que habia recaido una acusacion falsa causada por una multitud de coincidencias.

Don Cesáreo habia obrado de buena fé; pero Rodrigo Vazquez de Arce, permitiendo aquella terrible equivocacion, habia cometido un infame asesinato. Para evitarlo se hubiera visto obligado á

declarar la verdad; á decir que habia seguido á Casilda, que habia pretendido robarla, que habia mal herido á un negro que la acompañaba, y que habia sido herido él mismo por un hombre á quien no conocia.

Rodrigo Vazquez de Arce, pues, era un infame asesino.

Cuando hubo terminado el proceso, dijo á don Cesáreo:

—¿Conservais aquella piocha de diamantes que me presentásteis, y que parecia pertenecer á la Petra?

—Sí, amigo mio; la he comprado para mi mujer cuando se han vendido para pagar las costas, y para la cámara de su majestad, los muebles y alhajas embargados á esas dos mujeres.

—Pues hacedme el favor, dijo Arce, de decirme cuánto os ha costado esa alhaja para daros el precio, porque quiero conservarla en memoria de la Petra, á quien he querido mas de lo que merece.

—Trescientos doblones me ha costado, dijo don Cesáreo.

—Pues esos mismos os daré yo, y suplicad á mi señora doña Catalina, vuestra esposa, me perdone.

Don Cesáreo vendió por trescientos doblones á Rodrigo Vazquez una joya que apenas le habia costado ciento.

Esto era muy justo.

Los sueldos de los alcaldes de Casa y Córte montaban á muy poco, y era necesario aumentarlos con algo.

Cuando Rodrigo Vazquez tuvo en su poder la joya, y se quedó solo, la examinó profundamente, y esclamó:

—Sí, sí, ella es: ¿por dónde ha venido esta joya á esa mujer?

Y se fué á buscar á la tia Zampoña.

Pero por mas que llamó, nadie le contestó.

Al fin, una vecina le dijo:

—Ya no vive ahí la bruja, caballero; gracias á Dios que se ha ido.

—¿Y adónde se ha ido? dijo Arce.

—No lo ha dicho, ni hacia falta que lo dijese, y no se sabe; se cree que la ha echado mano la Inquisicion.

Arce se fué á buscar á su hermano, y este encontró medio de pedir al cardenal arzobispo de Toledo, inquisidor general, don Gaspar de Quiroga, preguntase si habia sido presa por el Santo Oficio una tia Zampoña ó madre Martina, que vivia en la calle de la Comadre.

Al dia siguiente contestó el inquisidor general, que ni aun siquiera habia pensado el Santo Oficio en prender á tal persona.

Vazquez de Arce hizo cuantas pesquisas le fueron posibles por medio de su secretario y de los alguaciles de su ronda, y nada descubrió.

Pero hemos salido del epígrafe de este capítulo: pasemos al siguiente.

CAPITULO XX.

En que se hace de muerte la lucha entre doña Juana y Rodrigo Vazquez de Arce.

Los tres meses que habia pasado en cama á causa de su herida Rodrigo Vazquez, habian impedido á Insuati las gestiones para apoderarse de aquella carta que tenia sujeta á doña Juana Coello.

Rodrigo Vazquez habia encontrado una relacion entre la carta que poseia y la terrible estocada que le habian dado.

¿Quién habia sido el asesino?

¿Cómo doña Juana, que tan pura, tan noble, tan digna, y que tan temerosa de Dios parecia, habia recurrido á aquel medio?

Tanto sospechó de doña Juana Vazquez de Arce, que al fin acabó por creer que doña Juana habia mandado que le matasen.

—Pues obremos de una vez, dijo Mateo, con quien habia consultado sus sospechas Rodrigo: así como así, tenemos encima al señor Juan de Escobedo, que no nos deja, y yo no sé ya qué disculpa darle; porque no es creible, que en tres meses un secretario de Estado no haya tenido ocasion de dejar en la mesa del rey un papel: el señor Juan de Escobedo ha acabado por pedirme la carta; y yo, para salir del apuro, le he prometido que dentro de poco verá esa carta el rey.

—Has hecho mal, Mateo, dijo Rodrigo; porque esa carta no la verá el rey nunca.

—¡Ah, ya, sí! dijo de muy mal humor Mateo; á pesar de que sabes que ella te ha mandado matar, y que si no has muerto, ha sido por un milagro, has llegado á amarla tanto, que le has perdonado el que atente á tu vida, y temes causarla daño haciendo caer á su marido del favor del rey.

—Oye, Mateo: en primer lugar, no estoy seguro de que doña Juana haya querido matarme: esto no pasa de ser una sospecha bastante fundada; además, aunque matarme haya querido y quiera, razones para ello tiene sobradas, puesto que yo la he amenazado, y se ve comprometida de una manera grave: me he metido en una lucha con una mujer valiente; ya lo sabia yo: y por esto no me ofendo, ni puedo ofenderme de lo que contra mí intenta; porque la defensa es justa y legítima, Mateo: además, tienes razon, la amo, la adoro; y si me hubiera matado y yo resucitase, volveria á amarla: esa mujer es mi suerte; mi ángel ó mi demonio; mi perdicion ó mi salvacion.

—Te perderás, Rodrigo, y nos perderás á todos, dijo Mateo: con esa carta podíamos echar abajo á Antonio Perez.

—¿Y qué adelantaríamos con eso, Mateo? Tú no serias mas de lo que eres, ni yo pasaria de alcalde de Casa y Córte.

—Pero no tendríamos que sufrir la insoportable soberbia de Antonio Perez.

—El que le sucediese en el favor del rey seria lo mismo que él ó peor, Mateo.

—Di que estás empeñado por doña Juana Coello, y que no miras en nada: capaz te creo de entregarla esa carta; y aun creo mas.

—¿Y que crees, Mateo?

—Que la tienes miedo.

—Es verdad: es una mujer fuerte, capaz de todo; pero debe valerse de alguien, Mateo: no se encuentra fácilmente un hombre que se atreva á herir á un alcalde de Casa y Córte, que tiene como yo fama de bravo: quiero que sin que lo sienta la tierra, te informes, averigües quiénes son las personas de quien puede valerse doña Juana.

—Ya lo he hecho yo eso antes de que me lo encargases; en la casa de Antonio Perez hay dos criados aragoneses: el uno cuida de las caballerizas, y el otro es el ayuda de cámara, el mayordomo, el confidente de Perez.

—¿Cómo se llama?

—Juan Morgado, el caballerizo.

—¿Y el mayordomo?

—Gil de Mesa.

—¿Y crees tú capaces á esos hombres?....

—De todo; pero no he pensado en ninguno de ellos para atribuirle tu herida, sino en otro, que tambien es deudo de Antonio Perez, y que si no está en galeras, es porque Antonio Perez le ha protegido.

—¿Y quién es ese hombre?

—Un tal Pedro Insuati, aragonés, asesino de profesion, que anduvo algun tiempo salteando en los montes de Jaca, y que por buenos oficios de Antonio Perez, y á pesar de ser un pícaro, fué recibido en la Guardia Española, en la que al poco tiempo se le hizo alférez, y de alférez continúa.

—¿Y en qué te fundas tú para creer que ese Insuati sea el que me dió la estocada?

—En que Pedro Insuati vive como deudo en la casa de Perez, y come con sus criados, y tiene gajes en la casa, y mira con un afecto que ya es veneracion á doña Juana. A mas de eso, me he informado, y he sabido que Insuati ha sido amante de aquella Mari-loca, de aquella perdida á quien tú diste para que se la llevara una carta demasiado grave á doña Juana Coello; pues bien, Mari-loca no llevó aquella carta: quien la llevó fué Pedro Insuati.

—¿Con que al fin te tratas tú, hermano, con esa gentecilla? dijo Rodrigo, mirando fijamente á Mateo.

—Por tí, y solo por tí, se apresuró á contestar el clérigo; que de otro modo, no hubiera cambiado ni una sola palabra con aquella bribona.

—¿Y hablaste solo con ella, Mateo?

—No era el asunto para tratado delante de testigos.

—¡Ay, hermano, hermano! dijo Rodrigo: me parece que cuando llamas bribona á la Mari-loca es por disimular.

—Eres un libertino, Rodrigo, y crees que todos lo son.

—Lo que creo, no lo que creo, lo que sé, es que Mari-loca es tan hermosa y tan ladina, que es capaz de hacer caer en la tentacion al mismísimo San Antonio Abad, cuanto mas á tí, que no tienes nada de santo.

—Pero cumplo con mis deberes.

—No me opongo á ello, hermano.

—Me parece, Rodrigo, que estás completamente perdido; que se ha apoderado de tí el diablo por doña Juana Coello: miras con indiferencia lo que te digo, y te chanceas cuando se habla de cosas demasiado sérias.

—Sin embargo, no me has dicho hasta ahora acerca de eso ni una sola palabra.

—¿Y para qué, Rodrigo, si te encontraba débil, y te conozco bien, y sabia que en cuanto te dijese que Pedro Insuati era quien te habia puesto entre la vida y la muerte, habias de ir á buscarle?

—Te engañas, hermano: lo que haré será entenderme con él.

—¿Entenderte? ¿y cómo?

—Dios me entiende, y yo me entiendo.

—¿Pero estás loco, Rodrigo?

—Puede ser.

—En fin, allá tú, allá tú, dijo Mateo: haz lo que quieras con tal de que no me comprometas; y para ello mira: me has entregado esa carta, y yo la he guardado para tenerla mas segura entre los papeles secretos del archivo de Indias, donde no anda nadie mas que yo, y voy á dártela: me salgo de este negocio: no quiero nada con locos; haz lo que quieras, pero no me hables mas de este asunto: yo por mí parte haré lo que me parezca, y me entenderé con quien quiera.

—Cuidado, Mateo: tienes demasiado odio á Antonio Perez; el odio ciega, y un ciego no sabe por dónde va.

—En buen hora: de la misma manera que ciega el odio, ciega el amor: voy, voy por esa carta.

Y Mateo se metió en el archivo.

—¿Con que, dijo sombríamente Rodrigo, paseándose por el despacho de su hermano, son ciertas mis sospechas? ¿Con que doña Juana se vale de un asesino que se llama Pedro Insuati? Bien, es necesario obrar de una manera enérgica, y obrar solo, sin participacion de nadie: yo me entenderé, sí; yo me entenderé con ese señor Pedro Insuati, y veremos si puede mas que yo, y si viniendo á las espadas, es capaz de herirme frente á frente, como me hirió á oscuras y á traicion: bueno es que Mateo crea que estoy loco por doña Juana, y que me he sometido de tal manera á su voluntad

y á su interés, que me he hecho partidario de Antonio Perez: en asuntos tan graves como el en que me he metido, todo confidente, hasta un hermano, es peligroso. Además, importa que Mateo se desespere, que se crea solo: aborrece á Antonio Perez, porque este le trata con dureza; está en inteligencia con Escobedo, y perderá á Perez. Mejor, mucho mejor: en un asunto cuyo resultado es difícil de adivinar, lo mejor es echarse afuera, dejando metido á otro que se comprometa solo. ¡Ah, doña Juana, doña Juana! ¡habeis querido matarme; vuestra, pues, será la culpa de todo lo que suceda!

Llegó á este punto Mateo Vazquez.

Traia en la mano una carta: la carta en cuestion.

—Toma, hermano, dijo á Rodrigo, dándosela, y sigue con tus locuras; pero no me hables mas de esto, porque no te contestaré.

—En buen hora; haz tú por tu parte lo que que quieras, dijo Rodrigo, que yo no me meto en nada.

Y los dos hermanos se separaron disgustados.

Aún no habia visto Rodrigo á doña Juana; pero aquel dia habia salido con intencion de verla, y se habia puesto todo lo galan, es decir, todo lo mejor vestido que le habia sido posible.

Apelaba á los recursos de los hombres que empiezan á envejecerse.

Salió del alcázar, y se fué casa de Antonio Perez.

Entró, y se hizo anunciar á doña Juana.

Esta le recibió á solas, y le recibió sonriendo.

—¡Ah, cuánto he sufrido por vos! le dijo, arrostrando aquel papel de esposa traidora que tanto la martirizaba: yo no os he escrito, no he enviado ningun recado por miedo de comprometerme; pero me he informado de una manera indirecta, y he pasado dias muy tristes porque habeis estado entre la vida y la muerte, señor Rodrigo Vazquez.

—¿Habeis orado por mí, señora?

—¡Oh, sí, sí! dijo ardientemente doña Juana, y con un acento de indudable verdad: yo ruego á Dios por todos los que sé están en peligro.

Rodrigo Vazquez se puso pálido, y murmuró para sí:

—No, no; ella no ha mandado mi muerte.

Y una nueva llamarada de amor abrasó el corazon de Rodrigo Vazquez de Arce.

Luego dijo á doña Juana:

—Dios ha hecho el milagro de que no muera, porque le rogaba por mí un ángel.

Dijo con un grande acento de verdad estas palabras Rodrigo Vazquez de Arce.

Doña Juana se alentó.

Encontraba algo de corazon, algo de sentimiento, en aquel hombre á quien habia creido completamente infame.

—Seguiré rogando á Dios, dijo doña Juana, porque haga otro milagro.

—¿Y qué milagro, señora?

—Que os vuelva la razon.

—¡La razon, señora!

—Sí, porque estais loco.

—No os comprendo, señora.

—Debeis comprenderme: os hablo así porque me parece que no sois tan malo como yo creia; porque espero que no querreis desesperar á una buena esposa, á una buena madre.....

—¡Ah! esclamó Arce como quien despierta y ve que se desvanece un ensueño que le halagaba.

Doña Juana apreció en todo su valor la esclamacion de Rodrigo Vazquez.

—Me he engañado, dijo: habia creido que quedaba en vos algo de bondad, de generosidad, de nobleza; pero no retrocederé en el camino que he empezado: no, no puedo sostener por mas tiempo una ficcion que me avergüenza; yo no os amo, yo no debo, ni quiero, ni puedo amar á otro que á mi marido.

—Vuestro marido.....

—Callad: no os permito que me hableis mal de él, ¿lo entendeis? Y se me enciende á cada momento el rostro de vergüenza cuando me acuerdo que un dia os dije que le despreciaba, que le aborrecia, y os dí esperanzas: estaba dominada por la sorpresa, sobrecogida de espanto; estaba loca: temia que cometiéseis una infamia.

—¡Una infamia, señora!

—Si; que hiciéseis llegar al rey una carta de amores de mi marido á esa funesta princesa de Eboli.

—¿Y ahora no lo temeis?

—Sí, lo temo: me estremezco al medir las consecuencias; pero para evitar que esa carta llegue á las manos del rey, seria preciso que yo me deshonrase, que afrentase á mis hijos; y antes que

esto, vengan sobre nosotros, poco es la muerte, todos los martirios imaginables. ¡No, no, doña Juana Coello no se hará indigna de sus padres y de sus hijos, no, suceda lo que quiera!

—¡Sereis mia! dijo con acento ronco y concentrado Rodrigo Vazquez de Arce.

—Si Dios me castigara hasta tal punto por un momento de debilidad, el castigo seria breve, moriria.

—¡Ah! no morireis, yo os lo aseguro; pero os queda un medio: matadme.

—¿Que os mate yo? ¿pues qué, un crímen cobarde no es tambien la deshonra? dijo doña Juana: no, yo me entrego confiada á la proteccion de Dios.

Sonrió sombríamente Vazquez.

—Dios hace mártires á sus elegidos, dijo.

—Pues bien, sufriré el martirio, contestó valientemente doña Juana.

—Pues bien, señora, adios; pero hasta dentro de poco: volveré; es para mí solo el veros un placer á que no renuncio.

—Volved cuando querais, dijo doña Juana; para mí es un martirio hablar con vos, veros, aun el recordaros: cuando vengais os recibiré, porque no rehuyo el martirio que Dios ha querido imponerme; pero os suplico por vuestra propia seguridad que seais prudente: mi marido podria apercibirse.

—¡Ah! ¡una amenaza!

—No, una súplica: me repugnan los medios violentos; no quiero sangre, y la evitaré cuanto me sea posible: si se vierte, no será por mi culpa.

—Volveré dentro de quince dias, señora. Guárdeos Dios.

—Que Dios os toque al corazon, dijo doña Juana.

Rodrigo Vazquez salió dado á los diablos.

—¿Qué adelanto, decia, con que el rey conozca esta carta? ¿Y quién sabe, quién sabe si Antonio Perez tiene en efecto hechizado al rey, y encontrará medios de hacerle creer que esta carta es una falsificacion urdida por sus enemigos? Prudencia, mucha prudencia; esa mujer es terrible: no, no ha sido ella la que ha hecho me hiera Insuati, no; la verdad se sentia en su acento: es una santa mujer; ¡ah! ¡y esto mismo la hace mas preciosa para mí! Si mi esposa hubiera sido como doña Juana, no seria yo, no, lo que soy: la traicion y la infamia de una mujer envenenan el corazon de un hombre, y

le hacen capaz de todo. Antonio Perez no tiene disculpa: con una mujer como la suya, debia haberse convertido en un santo. ¡Ah! este amor me va á matar: yo no tengo fuerzas para soportarle: no sé qué hacer.

Pasaron quince dias, y al fin llegó aquel viernes de Cuaresma, en que, muerto Eusebio, y recogida Casilda por doña Juana, salió sorprendido, aterrado, de casa de Antonio Perez, Rodrigo Vazquez de Arce.

CAPITULO XXI.

Lo que va de una esposa á una querida.

Como han visto nuestros lectores, todo lo que hemos referido desde el punto en que doña Juana recogió á Casilda, ha sido una esposicion de sucesos anteriores al dia en que empieza nuestra historia.

Continuemos.

Aún no habia llegado Rodrigo Vazquez á la entrada de la calle del Sacramento, cuando oyó tras sí una voz que le dijo:

—Deteneos, señor alcalde: hacedme la merced de escuchar una palabra.

Rodrigo Vazquez se volvió hosco.

Vió á poca distancia de sí, entre la sombra de la noche, el bulto de un hombre de brava y enérgica apostura.

Por la acentuacion, digámoslo así, de aquel bulto, el alcalde comprendió que le retaba.

Tenia motivos para estar muy sobre aviso, y esclamó con voz breve y amenazadora:

—¿Quién sois? ¿qué quereis?

—Soy Pedro Insuati, alférez de la Guardia Española del rey nuestro señor, y quiero que me sigais; lo que espero si sois tan valiente como dicen.

—Tirad para donde querais, dijo Rodrigo Vazquez.

Insuati se metió por la calle del Sacramento, torció á la izquierda, por la pendiente y tortuosa calle del Rollo, y se metió por un laberinto de callejuelas, marchando sobre la derecha del barranco de Segovia.

De improviso, Rodrigo Vazquez se sintió asido por detrás de una manera tan fuerte, que le fué imposible desasirse.

Le sujetaban dos hombres.

—¡Ah, traidor! esclamó: ¡y yo que creia que iba á castigarte por la mala estocada que me diste!

—No la habias tú dado muy buena poco antes, contestó Insuati: ¡pobre Eusebio! apenas habia salido del favor que le hicíste en la calle de Jesus y María, le matan esta noche unos locos: está visto: no se puede acompañar de noche á una buena moza: ni es prudente, y esto va por tí, enamorarse de damas como doña Juana Coello, y comprometerlas y querer obligarlas con una infamia: sujetadmele bien, compañeros.

—Anda, anda, dijo una voz fingida.

Quien habia hablado era Gil de Mesa, que habia desfigurado su voz por no comprometerse.

Insuati se acercó, desembozó al alcalde, que forcejaba en vano por desasirse, le desabrochó la loba y el justillo, y de un bolsillo interior le sacó un papel.

—Esperad, y tenedle firme, dijo Insuati.

Y arrancó al alcalde su espada, su daga, y dos pedreñales ó pistoletes que llevaba á la espalda, sujetos por los ganchos al cinturon.

—Pues no puede decirse que no ibas bien armado, dijo Insuati.

Y se enganchó los pistoletes, se metió la daga en el cinto, lo que le hizo hombre de dos dagas, rompió contra la rodilla la espada, y tiró los dos pedazos por encima de la tapia de un huerto.

—Tenedle aún, dijo: yo vuelvo al instante; voy á buscar la luz del Ecce Homo que hay á la vuelta.

En efecto, Insuati torció por la esquina de la calle del Codo, cerca la cual, en un nicho, bajo un tejadillo, detrás de una reja, alumbrado por un farolillo, y rodeado de memorias de milagros de cera y plata, y de alguna que otra cabellera de mujer, habia un Ecce Homo pintado al óleo y renegrido.

La luz del farol era turbia; pero bastante para que Insuati viese

que el papel que habia quitado á Rodrigo Vazquez, era la carta de Antonio Perez á la princesa de Eboli.

—¡Ah, gracias al diablo! dijo Insuati, que por la conciencia de lo malo que era, no se atrevia á dar gracias á Dios: hemos arrancado al lobo los dientes: hemos sacado á nuestra buena señora de un grande apuro.

Despues de esto, Insuati se abrió el coleto, dejando ver bajo él una reluciente y fuerte coracina; guardó la carta en un bolsillo interior, se cerró de nuevo el coleto, y volvió adonde Juan Morgado y Gil de Mesa tenian sujeto aún á Rodrigo Vazquez.

—Ea, soltadle, dijo, y á escape, porque este bribon va á empezar á gritos.

En efecto: Rodrigo Vazquez, que no se habia atrevido á gritar por temor de que le matasen, en cuanto se vió suelto á distancia de los tres, y en situacion de escapar si sobre él cargaban, empezó á gritar desaforadamente:

—¡Favor á la justicia! ¡favor al rey!

Los tres camaradas dieron á correr riendo.

Rodrigo Vazquez siguió tras ellos gritando.

Entonces, Pedro Insuati se volvió.

—Si nos sigues, dijo, disparo sobre tí uno de tus pedreñales: hazte atrás.

Con tal energía dijo Insuati estas palabras, que Rodrigo Vazquez se detuvo y retrocedió.

Los tres se pusieron de nuevo en fuga.

El alcalde no volvió á gritar.

Muy pronto el ruido de la carrera de los tres se perdió entre el silencio.

Rodrigo Vazquez bramaba sordamente como un toro agarrochado.

—¡Ah! esclamó: ¡impotente, impotente! Pues bien, no importa; el señor Juan de Escobedo verá al rey, suceda lo que quiera: la perderé, pero se perderá Antonio Perez: me vengaré.

Y tomó el camino de la casa de Juan de Escobedo, violento, rápido, terrible.

Juan de Escobedo vivia en los Caños del Peral, y aunque desde estos al lugar donde se encontraba el alcalde, hay una razonable distancia, Rodrigo Vazquez la salvó en muy pocos minutos.

A causa de la hora, que era cerca de la media noche, la casa de Escobedo estaba cerrada á piedra y lodo.

Sin embargo, Rodrigo Vazquez dió tres fuertes golpes con el enorme llamador de hierro.

Contestaron á poco.

—Decid al señor Juan de Escobedo, que aquí está su amigo el alcalde de Casa y Córte Rodrigo Vazquez de Arce.

A poco se abrió la puerta, y apareció con una luz en la mano el mismo Juan de Escobedo.

—¿Qué es esto, señor Rodrigo Vazquez? preguntó cuidadoso Escobedo: ¿qué sucede?

—Mirad como vengo, dijo el alcalde, que estaba pálido, cetrino, y convulso de cólera.

—¿Qué es eso? ¡sin espada! esclamó Juan de Escobedo.

—Sí, he sido robado, dijo Rodrigo Vazquez; pero llevadme, llevadme adonde nos encerremos: tengo que hablaros de cosas muy importantes.

—Venid, venid conmigo, dijo Escobedo, cerrando la puerta. ¿Pero no quereis tomar un refresco, ni una vinagrada, señor Rodrigo Vazquez? Venís muy alterado.

—No, nada quiero, nada, sino que me escucheis.

Juan de Escobedo tomó las escaleras para arriba, y llevó á Rodrigo Vazquez á su despacho, donde se encerró con él.

—Podeis hablar sin cuidado, dijo al alcalde; todos duermen en la casa.

—¿Y por qué velábais vos?

—Ved: estaba escribiendo una carta en cifra al escelentísimo señor don Juan de Austria; en una cifra que solo entendemos su escelencia y yo: me quejo á él de lo que conmigo se hace; ya llevo ocho meses en la córte, y nada adelanto: el rey para mí es un duende al que no puedo llegar, y en gran parte, vos y vuestro hermano teneis la culpa, señor Rodrigo Vazquez.

—Os juro que vereis á su majestad.

—Pues cuanto antes, cuanto antes, dijo Escobedo; porque urge lo que no podeis imaginar: esa carta, esa carta que os confié, debia haber sido ya puesta donde el rey la viese.

—Mi hermano no ha tenido, desde que nos la entregásteis, una ocasion para quedarse solo en el despacho de su majestad. Esa carta no puede ya servirnos.

—¿Y por qué? dijo alterándose Juan de Escobedo; ¿la habeis vendido á Antonio Perez?

—¡No por Dios! dijo Arce: mi hermano y yo aborrecemos á muerte á Antonio Perez: no la hubiéramos vendido ni por la salvacion de nuestra alma: esa carta nos ha sido robada.

—¡Robada! dijo poniéndose de pié, demudado, Juan de Escobedo: ¡robada!

—Sí: ¿no veis cómo vengo? desarmado, irritado; me han tendido un lazo, he caido en él, me han sujetado, me han quitado esa carta, y luego las armas.

—¡Ah! ¡lo hemos perdido todo! dijo Juan de Escobedo: ¿qué dirá de mí mi señor cuando vea que no vuelvo, que no puedo volver, que nada hago?

—Podeis hacer mucho si sois valiente.

—Yo confiaba en esa carta.

—Pues bien, esa carta no existe, y es necesario pensar en otro medio.

—¿Y cuál?

—¿Os atrevereis?

—A todo.

—Ved que se trata de que hableis con el rey.

—Si eso haceis, os perdonaré el haber perdido aquella carta que lo hubiera hecho todo.

—Pero para ver al rey es necesario vayais resuelto á revelarle los amores de Antonio Perez y de la princesa.

—Se los revelaré.

—Pero no basta revelárselos: es necesario ofrecer á su majestad una prueba; de otra manera, creerá que odíais á Antonio Perez y que le calumníais.

—¿Y cómo probar esos amores? Antonio Perez y la princesa están muy recelosos, y se recatan mucho.

—Eso no tiene nada de estraño: sin duda saben que anda perdida una carta importante que puede ser para ellos un cuchillo; pero tal vez en este momento esa carta esté en sus manos; se confiarán de nuevo: ¿no sois vos de la casa de la princesa de Eboli?

—Sí; entro y salgo en ella como en la mia, y tengo la llave de un postigo para entrar y salir á cualquier hora.

—¿Y conoceis bien la casa?

—¿Pues no he de conocerla si me he criado en ella?

—Observad, señor Juan de Escobedo, observad: será necesario invertir algun tiempo, pero no importa: si se confian, si vuelven á sus intimidades, avisadme, que yo os juro vereis al rey.

—¡Ah! si eso haceis, el escelentísimo don Juan de Austria os demostrará hasta qué punto llega su agradecimiento.

—Pues adios, señor Juan de Escobedo: me siento malo, y voy á recogerme.

—¿Quereis que os acompañe?

—No, quedaos: nada tengo ya que temer.

—Llevaos á lo menos una daga y una espada, dijo Juan de Escobedo.

—Eso en buen hora, dijo Arce.

Escobedo tomó de la pared en que estaban colgadas, junto á su capa y su sombrero, su espada y su daga, quitó del cinturon de Arce las vainas vacías, y le ciñó la daga y la espada.

Despues le llevó hasta la puerta de la casa, y le despidió.

Entre tanto, Pedro Insuati entraba lleno de alegría en la casa de Antonio Perez.

Notó que, á pesar de la hora, aún no se habian recogido los criados.

—¿Qué es esto? dijo: ¿tan mala está esa jóven que la señora ha amparado, que la señora no se ha acostado aún?

—No, dijo un maestresala (Antonio Perez vivia con gran lujo y gran servidumbre): la han sangrado, y los médicos han dicho que no hay peligro; pero como la señora es tan cuidadosa y tan caritativa, vela aún.

—Vaya, pues decidla que yo quiero hablarla.

—¿A estas horas, señor Pedro? dijo el maestresala: ¿no os parece esto una impertinencia?

—De ningun modo, amigo Cañizares; y ya vereis como en cuanto digais á la señora que yo quiero hablarla para un asunto importante, os manda que me introduzcais.

—Pues siendo así, allá voy, dijo Cañizares.

Y entró, atravesó la antecámara, y abrió la puerta de la cámara.

Doña Juana Coello entretenia su cuidado, porque á pesar de lo avanzado de la hora aún no habia vuelto á su casa Antonio Perez, leyendo la maravillosa historia del buen caballero andante *Don Belianis de Grecia*.

Doña Juana sufria mucho: de una parte, por lo que la irritaba la infamia de Arce; de otra, porque estaba celosa.

Antonio Perez no podia tardar á causa de ocuparle el rey, sino por estar al lado de la princesa.

Felipe II consagraba los viernes de Cuaresma á la oracion, y daba de lado á los negocios.

—Perdóneme vuestra señoría si la incomodo, dijo Cañizares; pero el señor Pedro Insuati solicita una audiencia de vuestra señoría.

—¿Una audiencia á estas horas? dijo con estrañeza doña Juana.

—Ya le he dicho que esto era una impertinencia; pero me ha respondido que se trata de un asunto muy importante.

—¡Ah! pues que entre.

Cañizares se retiró.

—Bien decia, murmuró, cuando decia el alférez que le recibiria la señora: ¿qué será esto?

—¿Para qué me buscará Insuati á tal hora? se preguntaba cuidadosa doña Juana.

El alférez entró.

Traia una carta en la mano.

Adelantó vivamente hácia doña Juana, y la dijo con el azoramiento de una alegría infinita:

—Tomad, tomad, señora, y ensanchad el corazon.

Doña Juana tomó la carta, la abrió, y la leyó con ánsia.

—¡Oh, Dios mio! esclamó: me habeis salvado, Pedro; habeis salvado á mi marido: ¿qué quereis? ¿con qué se os puede recompensar?

—Mi mejor recompensa, señora, es haberos servido, dijo Insuati.

—Esperad, esperad, dijo doña Juana.

Y se levantó.

—No busqueis dinero, señora, dijo Insuati, porque me ofendeis.

—No, no busco dinero, dijo doña Juana; lo que busco es mi manto: id, id, y esperadme junto al postigo de casa.

—¿Pues qué, señora, vais á salir?

—Sí. ¿No os parece que iré segura por la calle acompañada por vos?

—¡Ah, señora! indudablemente: nadie os tocará ni al pelo de la ropa; pero hace muy mala noche, y como puedo defenderos de los hombres, no puedo defenderos de una pulmonía.



Insuati llamó.

—Dios no querrá: id.

—Como querais, señora.

Insuati salió, y doña Juana cerró la puerta de la cámara, tomó su manto, y se lo puso.

Salió de la cámara, entró en otra habitacion, y luego en un dormitorio, en donde velada por una doncella estaba Casilda.

Dormia profundamente.

—Inés, dijo doña Juana á la doncella: si viene el señor mientras yo vuelvo, dile que he salido para socorrer una gran necesidad.

—¿Vais sola, señora?

—No; me espera Insuati para acompañarme: alúmbrame hasta el postigo: busca la llave.

Poco despues, Insuati cerraba por fuera el postigo de la casa de Antonio Perez, y seguia á doña Juana, que tomó hácia la plazuela del Cordon.

—¿Adónde vamos, señora? dijo Insuati.

—A casa de la princesa de Eboli.

—¿Vuestra señoría casa de la princesa de Eboli?

—Sí, callad, y andad deprisa: yo sé lo que hago.

Insuati guardó silencio, y siguió por la calle del Sacramento, por donde habia tomado velozmente doña Ana, con esa rapidez peculiar á las mujeres.

Salieron á la calle de la Almudena, torcieron por la iglesia de Santa María, y poco despues, llegaban á la puerta de la casa de doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Eboli.

—Llamad, dijo doña Juana.

—¿Y qué contesto cuando me pregunten?

—Que una dama principal solicita ver á la señora princesa.

Insuati llamó.

Hubo de llamar tres veces antes de que le respondiesen.

Al fin, una voz dijo desde detrás de la puerta:

—¿Quién es?

—Una dama principal que solicita ver para un asunto muy importante á la señora princesa de Eboli.

—Su escelencia está recogida.

—Decidla, dijo doña Juana, que la busca una señora con quien habló una noche hace tres meses junto á San Andrés.

—¡Ah! entrad, señora, entrad, y esperad dentro, dijo el portero: hace una noche muy cruda.

Abrió la puerta, y doña Juana y Pedro Insuati entraron en el zaguan, en el que no habia mas luz que la de una candileja que el portero tenia en la mano.

La dejó sobre un largo poyo de piedra que en el portal habia, y subió á oscuras por las anchas escaleras.

La princesa no se habia recogido ni mucho menos.

Estaba cenando amorosamente con Antonio Perez.

Su dama de honor, doña Beatriz, entró, y la dijo:

—Señora, ahí está una dama que pregunta por vuecencia.

—¿Que pregunta por mí? Es decir, que ni á estas horas tengo yo libertad.

—Es una dama que dice que tiene que hablar á vuecencia de un asunto muy importante.

Antonio Perez estaba inquieto.

Habia adivinado á su mujer.

Grave, muy grave debia ser la causa que obligaba á doña Juana á buscar á aquellas horas á la princesa de Eboli.

—¿Y esa dama no ha dicho su nombre? preguntó la princesa.

—No señora; pero vuecencia debe conocerla, porque dice que vuecencia habló con ella una noche hace tres meses junto á San Andrés.

—¡Ah, sí! dijo poniéndose pálida la princesa: id, id al momento, doña Beatriz, buscad á esa dama, llevadla al camarin azul, y decidla que estoy recogida, que me perdone si la hago esperar: id, id.

Doña Beatriz salió.

—¿Qué decís de esto, Antonio? dijo la princesa.

—Que debe suceder algo demasiado grave.

—¿No creeis que estos sean celos de vuestra esposa?

—No; los celos no traerán junto á vos jamás á mi mujer.

—¡Oh, cuánto la amais, y cómo volveis por ella! dijo la princesa irritada: es necesario que esto concluya, que os separeis de vuestra mujer.

—¿Y con qué pretesto? Eso seria una imprudencia, Ana.

—Y sobre todo, una gran violencia que haríais á vuestro corazon.

—Os aseguro, dijo Perez, con un tanto de viveza, que me haceis sufrir unos celos que no me hace sufrir mi mujer.

—¡Ah! ¡porque no os ama como yo!

—O porque me ama demasiado.

—¡Esto es terrible! dijo la princesa; esto no puede continuar así.

—Señora, dijo doña Beatriz: esa dama está esperando.

—¿La conoceis? preguntó Antonio Perez.

—No lo sé, contestó doña Beatriz, porque viene completamente envuelta por el manto, y me parece que altera la voz.

—¿La acompaña alguien?

—Sí, un hombre que está en el zaguan.

—¿Y qué clase de hombre es?

—No lo sé, porque está embozado; pero por el traje y por la apostura, parece buen mozo, y soldado.

—Pedro Insuati, murmuró para sí Antonio Perez.

—Ponedme de manera, dijo la princesa á doña Beatriz, que parezca que acabo de dejar el lecho.

Doña Beatriz destrenzó los cabellos á la princesa, la quitó las perlas que en ellos tenia, se los recogió en una toquilla de dormir, la quitó el traje, y la puso una especie de sobretodo ancho, á manera de bata.

Una vez así, doña Ana dijo á Antonio Perez:

—Vamos á ver para qué nos busca con tanta urgencia esa señora.

Y salió precedida de doña Beatriz, que llegó á la puerta del camarin azul, llamado así á causa del color de su tapicería, y levantó el portier.

La princesa pasó.

Encontró en medio del camarin, de pié, severa, majestuosa, magnífica, pero tranquila, como si no hubiera sido la esposa injuriada, delante de la querida insolente, á doña Juana.

A pesar del dominio que tenia sobre sí misma, y de lo preparada que iba, doña Ana se impresionó, se contrajo; habia entrado rápida, negligente, como si hubiera venido á encontrar á una buena amiga, y de improviso se detuvo.

Miró con vaguedad á doña Juana Coello; se colocó, sin poder evitarlo, en una posicion inferior á la de ella.

—Tomad, dijo doña Juana.

—¿Y qué es esto? contestó la princesa, dominándose, y procurando aparecer serena, aunque sin conseguirlo.

Su voz temblaba.

—Esto es, dijo doña Juana, una carta perdida por vos que ha

podido traer una inmensa desventura sobre una familia: una carta que hubiera traido sobre vos una venganza formidable: una carta que la misericordia ha traido á mis manos, y que no he querido confiar á nadie, á nadie, arrostrando el venir á vuestra casa.

—Señora... contestó aturdida la princesa.

—No, no; no me quejo ni os recrimino: me conformo. Ruego á Dios y sufro; pero os suplico, señora, que seais prudente; que no perdais á mis pobres hijos; que no les mateis su padre. Por lo demás, señora, no sois vos quien me hace daño: no os culpo, porque si hay alguna culpa en vos, es contra vos misma: no culpo á nadie; soy muy indulgente para las flaquezas del corazon. Haced que me guien á la salida de vuestra casa, y adios, señora.

—Beatriz, dijo con acento destemplado, inseguro, la princesa.

Doña Beatriz entró.

Antes de que entrase, doña Juana se cubrió completamente con su manto.

—Conducid á esa dama hasta la puerta de mi casa, dijo la princesa.

Y desapareció por la misma puerta por donde habia entrado doña Beatriz.

Esta se acercó á doña Juana, y la dijo:

—Cuando gusteis, señora.

Y tomando una bujía en un candelero de plata, de dos que habia sobre la mesa, se dirigió á una puerta.

Doña Juana la siguió.

Llegaron al zaguan, y al desembocar por las escaleras, un hombre, que estaba sentado en el poyo de piedra, se levantó, embozado hasta los ojos.

Era Insuati.

El portero abrió la puerta.

Doña Juana salió seguida de Insuati.

El portero cerró.

Doña Beatriz se volvió murmurando:

—¿Quién será esta dama? Principal sin duda, cuando me ha mandado mi señora que la acompañe hasta la puerta. ¡Y mi señora estaba aturdida! ¿por qué es esto?

Doña Beatriz no podia suponer que aquella dama fuese la mujer de Antonio Perez.

La princesa habia entrado en la cámara, donde Perez, apoyado

en la mesa donde estaba servida la cena, esperaba contrariado, temeroso y anhelante.

—Y bien, ¿se ha ido?

—Sí, contestó con voz ronca la princesa.

—¿Y era ella?

—Sí.

—¿Y á qué venia?

—Tomad, dijo doña Ana, arrojando la carta sobre la mesa.

Antonio Perez se apoderó de ella con ansiedad, y la desplegó con impaciencia.

—¡Ah! esclamó: ¡la carta perdida! ¡la carta que estaba en poder de Rodrigo Vazquez de Arce! ¡la carta que me tenia sin sueño! ¿Cómo se ha apoderado mi mujer de esta carta?

—Adivinadlo, dijo con acento frio é intencionado la princesa.

—¡Qué quereis decir, señora! esclamó Antonio Perez.

Y se puso densamente pálido, é instantáneamente encendido hasta lo blanco de los ojos.

—Nada; no quiero decir nada, contestó sonriendo de una manera acre la princesa.

—¡No! ¡imposible! ¡imposible! esclamó Antonio Perez.

—Sí, imposible, dijo doña Ana; una madre no deja perecer á sus hijos: teneis razon, imposible.

—Los celos os vuelven loca, dijo Antonio Perez. ¿Creeis que puede serme llevadero el que os goceis en mi supuesta deshonra?

—¡Supuesta!... dijo acompañando su esclamacion con una sonrisa acerada la princesa.

—Supuesta, sí, supuesta, doña Ana; supuesta, porque no conoceis á esa santa mujer, á quien injuriais.

—¿Y creeis que Rodrigo Vazquez, que es un infame; Rodrigo Vazquez, que la ama; Rodrigo Vazquez, que os aborrece, habrá sido una vez generoso? ¡Qué ciego sois, Antonio, qué ciego sois! ¡Cómo os engaña la hipocresía de una mujer insoportable, que tiene la soberbia de la virtud, la apariencia insolente de la virtud.

—¡Doña Ana! esclamó Antonio Perez, reprimiéndose; cesemos, cesemos: los celos os estravían; no sabeis lo que decís, no sabeis el daño que me haceis.

—Lo que sé, contestó violentamente doña Ana, es que ya no puedo sufrir lo que me sucede: yo os lo he sacrificado todo; yo he jugado y continúo jugando por vos mi vida; yo os adoro, y me im-

porta poco que el rey conozca un dia nuestro amor, y me mate, y os mate á vos, y mate al mundo entero. ¿Qué me importa todo si una sola mirada vuestra, si una sonrisa vuestra, si una palabra de vuestro amor, me hace morir de felicidad? Pero muero tambien de celos: sí, teneis razon, estoy celosa, loca; amais á esa mujer, la amais con el alma, mientras que á mí me amais con los sentidos; no podeis menos de amarla, es una mujer sobrenatural; es mi enemiga, y la admiro; la aborrezco, y no me atrevo á levantar los ojos ante ella; hay algo de una luz de otro mundo que yo no conozco, que brilla, que resplandece en su semblante.

—Esa mujer, pues, no puede caer bajo la infamia, dijo Antonio Perez.

—¡Oh, qué daño me habeis hecho! esclamó la princesa, abandonándose sobre un sillon, y dejando caer abatida la cabeza sobre su pecho.

—No he querido hacéroslo, Ana, dijo Antonio Perez, acercándose y asiéndola las manos, no; yo os amo, os amo tanto, que la sola idea de perderos me hiela el corazon; os amo tanto, que me parece que vivo en vos, y que vos vivís en mí.

—¡Y á ella! ¡á ella la amais tambien! ¿no es verdad? La amais, porque tambien os embriaga; la amais, porque os domina, porque os asombra.

—La amo, sí; pero de otra manera: como amaria á una hermana querida, de quien estuviese orgulloso.

—Sí, á una hermana que os da cada año un hijo. Y bien: ó ella ó yo, añadió levantándose enérgicamente la princesa: no mas sufrir, no mas vacilar: vos para mí solo; yo para vos sola. Apartaos de vuestra mujer, yo me apartaré del rey.

—Adios, doña Ana, dijo Antonio Perez, dirigiéndose á un sillon donde estaban su toquilla, su capa y su espada.

—¡Ah, sí! os vais tras vuestra mujer: vuestra mujer es esta noche para vos una diosa: es verdad; os ha salvado trayéndonos esa carta, que yo llamaria maldita si no fuese vuestra. Pues bien, idos, Perez, idos; apurad la felicidad del amor de una mujer incomparable: id, no la preguntéis de qué medios se ha valido para tener esa carta, no; adoradla, arrojaos á sus piés, pedidla perdon, aseguradla que no volvereis á verme. Pero no volvais, Antonio, no volvais, porque mis puertas estarán cerradas para vos.

—Y bien: nos salvaremos todos, dijo Antonio Perez.

—¡Ah! esclamó la princesa, riendo como una loca, y yendo á la puerta de la cámara, y cerrándola; ¡no saldreis, no, sois mio, he arrostrado por vos tanto, que tengo derecho á deciros: sois mio, no saldreis!

En aquel momento entró doña Beatriz asustada por la puerta de la cámara que conducia al dormitorio de la princesa.

—Señora: ahí está Santoyo, dijo apresurada, trémula.

Sebastian de Santoyo era un ayuda de cámara del rey, lo que no impedia que fuese de su Consejo, y su confidente íntimo.

Doña Ana quedó helada de espanto.

—¿Y viene con Santoyo su majestad? dijo alentando apenas.

—No señora; ha venido á anunciar que su majestad vendrá esta misma noche, dentro de poco.

—¿Por dónde ha venido Santoyo? dijo la princesa.

—Por la puerta principal.

—¡Ah! pues idos vos por el postigo, añadió la princesa. Vos, doña Beatriz, ayudadme: hagamos desaparecer todo esto.

Perez, verdaderamente asustado, se apresuró á salir.

La princesa y doña Beatriz quitaron rápidamente el servicio de la cena, y le metieron en un armario, en una habitacion inmediata.

Luego colocaron los dos sillones que junto á la mesa estaban, en su sitio.

La princesa se sentó junto á una gran copa de plata, que, segun se decia, habia regalado don Juan de Austria á Antonio Perez, y este á la princesa. Pieza magnífica que valia algunos miles de ducados, no tanto por su valor específico, como por su valor artístico.

—¿Y dónde está Santoyo? dijo la princesa.

—Se ha quedado en la calle esperando á su majestad.

—Bien: estad atenta, dijo la princesa.

Doña Beatriz salió.

En tanto, por el postigo que correspondia á la calle de los Autores, salia rebozado Antonio Perez, agitado, luchando con un torbellino de encontrados pensamientos.

Las insidiosas palabras de la princesa le habian herido al par en el corazon y en el amor propio.

Porque, como ya hemos dicho, Antonio Perez estaba ciegamente enamorado de su mujer, lo que no impedia que estuviese tambien ciegamente enamorado de la princesa.

Era una organizacion escesivamente nerviosa, y por consecuen-

cia, escesivamente sensual. La hermosura le irritaba, le seducia, le arrastraba. La adoraba en su mujer, en doña Ana, y en todas. Su corazon estaba viciado. Una irritacion terrible le dominaba.

Doña Juana era muy infeliz: tan sensual como su marido, su sensualidad se referia entera á él; no pasaba de él: le amaba de cuantas maneras puede amar una mujer á un hombre.

Pero ya lo hemos dicho en otro lugar, no insistamos en ello.

Parecíale á Antonio Perez imposible que su mujer se hubiera olvidado de su deber, de su amor.

Ocurríasele, sin embargo, que una madre es capaz de todo por sus hijos. Este pensamiento le atormentaba.

¿Cómo habia arrancado su mujer aquella funesta carta á Rodrigo Vazquez?

Antonio Perez, en aquel momento no se acordaba de la princesa. Sus celos, su cuidado, los temores de su honra, todo se referia á doña Juana.

Atravesaba las oscuras calles rápido, terrible.

Al llegar á su casa, cuya puerta estaba cerrada, porque ya era muy tarde, se destacó del hueco de la puerta un bulto, y dijo con voz seca y firme:

—¿Quién vá?

—¡Ah! ¿eres tú Insuati?

—Yo soy, señor.

—¿Y qué hacias aquí?

—Esperaba á vuestra señoría.

—¿Y por qué?

—Porque tengo que hablaros.

—Retirémonos de la puerta.

Antonio Perez se alejó con Insuati hácia Puerta-Cerrada.

—¿Qué tienes que decirme?

—He acompañado á la señora á casa de la princesa de Eboli: os lo digo porque lo sabeis.

—¿Y por qué lo sabes?

—Porque la señora cuando salió lloraba, lloraba; y aunque nada me decia su boca, en sus lágrimas, de la manera que las lloraba, decia muy claro: mi marido se queda allí, se queda con esa mujer.

—Y bien, bien, ¿á qué viene eso? dijo Antonio Perez.

—Viene, señor... perdonadme; pero yo no puedo consentir que

vuestra señoría sufra lo que no debe sufrir: miedo por su honra.

—¡Insuati! rugió Antonio Perez.

—Perdone vuestra señoría; escúcheme: yo he traido á la señora una carta vuestra á la princesa de Eboli, una carta de amor; y la señora, temerosa sin duda de que se estraviase, no fiándose de nadie, se la ha llevado á la princesa. Vuestra señoría habrá temido... esto es natural... yo lo conozco; por lo mismo he esperado á vuestra señoría para decirle: no tema usía; yo he quitado esa carta al alcalde Rodrigo Vazquez de Arce: y no solo esa carta, sino su espada, su daga y sus pedreñales: la espada la he roto, y la he arrojado por encima de una tapia: la daga y los pedreñales están aquí; tómelos vuestra señoría, é infórmese si han sido del señor Rodrigo Vazquez: esto es muy fácil.

—¿Y cómo sabias tú que el señor Rodrigo Vazquez tenia una carta mia á la princesa?

—Esa es una maraña que ya contaré á vuestra señoría mañana. Ahora, señor, vuestra esposa tiene el corazon apretado; ensánchesele vuestra señoría: es una santa.

—Gracias, Insuati, gracias, dijo Antonio Perez; eres un pícaro muy honrado.

—Para vuestra señoría y para la señora. Y ya que ninguna prenda tiene el señor Rodrigo Vazquez de Arce, si quereis le meteré otra estocada un poco mas honda que la que le metí há mas de tres meses.

—¡Cómo! ¿fuiste tú?

—Sí señor, sí; pero era una noche bastante oscura: iba yo apresurado, y no medí bien la distancia.

—No, Insuati, no; nada de estocadas. Vamos, vamos adentro.

Y Antonio Perez se dirigió á la puerta de su casa, llegó á ella, le abrieron, y entró acompañado de Insuati.

Subió, entró en las habitaciones de su mujer, y se acercó á su recámara de puntillas. Miró á través del portier.

Doña Juana lloraba.

—¡Ah! esclamó conmovido: es imposible que me haga traicion; es una santa.

Y entró silenciosamente, y se arrodilló delante de doña Juana.

Esta dió un grito de alegría, levantó á su marido, y se arrojó en sus brazos llorando.

CAPITULO XXII.

Felipe II como amante.

Entre tanto, la princesa de Eboli estaba tambien sola en su cámara.

Pero no lloraba.

Estaba muy pálida: se estremecia de tiempo en tiempo de una manera poderosa.

Estaba irritada: sentia unos celos lúgubres, y una ansiedad fria.

Esperaba al rey en la peor situacion de espíritu posible.

Cuando se acercaba á ella el sombrío Felipe II, el corazon de doña Ana se comprimia, sentia frio.

Felipe II no dejaba de ser rey para ser amante.

En medio del amor, conservaba su autoridad, su inmovilidad.

Felipe II parecia mas que otra cosa un cadáver viviente, inaccesible á todo sentimiento.

Su alma ardiente, su alma volcánica, su alma terrible, se revolvia dentro de su sér, sin que una sola oleada de la recia tormenta que siempre le agitaba saliese á su semblante.

Felipe II, siempre grave, siempre serio, siempre frio en la apariencia, imponia siempre miedo.

No se le podia amar.

El amor es fuego, y no prende en el hielo.

Su idolatría por su autoridad le mantenia siempre disfrazado; por esto era impenetrable.

La princesa de Eboli hacia todo el sacrificio que podia hacer á su vanidad, fingiéndose enamorada del rey.

Y decimos que á su vanidad, porque no podemos decir que á su ambicion.

Felipe II no prestaba ni un solo átomo de su poder real, ni aun á la mujer á quien adoraba.

Y despues de Dios, primera adoracion de Felipe II, y de su autoridad, lo que Felipe II adoraba sobre la tierra, era la princesa de Eboli.

Poco liberal, es decir, poco dadivoso, económico en demasía aun para sí mismo, sus regalos á la princesa, consideradas las grandes riquezas de esta, no eran cosa á que pudiera atribuirse sus sacrificios por el rey; porque doña Ana de Mendoza y de la Cerda, se sacrificaba.

¿Era, pues, la vanidad de hacer pecar á un hombre tan austero como Felipe II, lo que movia á la princesa?

Tal vez; pero esta es una hipótesis aventurada, que puede fundarse en que doña Ana no perteneció al rey sino despues de haber enviudado este de Isabel de Valois: la princesa alentó la ambiciosa esperanza de que, enloquecido Felipe II, la elevase al trono, haciéndola su esposa.

Pero si alentó esta absurda esperanza la princesa, bien pronto se desvaneció al casarse Felipe II, dos años despues de la muerte de Isabel de Valois, en 1570, con Ana de Austria.

A pesar de esto, de que ni la ambicion ni el interés movian á la princesa, y de que no amaba ni podia amar á Felipe, lo sufrió durante ocho años engañándole.

Era muy fácil engañar á Felipe II, porque este formidable rey creia imposible que una mujer á quien él amaba, no estuviese orgullosa de su amor, ébria de felicidad.

Felipe II era un vanidoso serio; un soberbio inmóvil.

Si no hubiera creido tanto en Dios, se hubiera hecho erigir una estátua de oro como Neron, y hubiera obligado á sus vasallos á que la adorasen.

¿Pero qué mucho? ¿No construyó, invirtiendo tesoros inmensos, para que le sirviese de tumba, esa pesada montaña de piedra labrada que se llama San Lorenzo del Escorial?

Aquel sombrío monasterio es el símbolo perfecto del carácter y de la soberbia de Felipe II.

Doña Ana se iba cansando; iba sosteniendo mal su papel. Cada dia se preocupaba mas por Antonio Perez; cada dia se sentia mas celosa por el amor que Antonio Perez, aquel monstruoso y múltiple amante, aquella especie de don Juan Tenorio incomprensible y viciado, sentia por su incomparable mujer.

Doña Ana era violenta.

Se estaba condensando en ella una tempestad.

La fatalidad tejia en la sombra la red que debia envolver á aquellos tres personajes, y unirlos en un inaudito escándalo.

En otras ocasiones, doña Ana, conmovida por una reyerta con Antonio Perez, habia procurado dominarse, y lo habia conseguido.

Felipe II la habia encontrado melancólica, triste, espiritual, apasionada: feliz en la apariencia por sus amores con él.

La princesa de Eboli era una actriz admirable; pero tambien una vida exuberante, un alma espansiva, que habia dado una gran prueba de su fuerza de voluntad, comprimiéndose durante tanto tiempo.

Aquella noche habia procurado tambien dominarse, pero sin conseguirlo.

Se habia mirado al espejo, y se habia aterrado.

A su semblante salian, la rabia, el despecho de su alma, que no dejaba lugar á la ficcion de una sonrisa.

Doña Ana habia probado sonreir artificialmente, y solo habia producido una mueca violenta, ágria, por decirlo así, dolorosa.

Doña Juana la habia humillado, sin pretenderlo, en fuerza de virtud y de grandeza.

El alma de doña Ana se habia rebelado; no habia medio de contenerla, de ocultarla.

—¡Ah! ¡estamos perdidos! dijo cuando vió que la era imposible componer su semblante: es receloso; leerá lo que pasa en mi alma, en mi semblante; buscará la causa, la buscará silenciosamente, sin mostrar desconfianza, y la encontrará; pero, ¡oh, Dios mio! tengo un pretesto, sí, su hijo; nuestro hijo está enfermo.

En efecto, el jóven duque de Pastrana, hijo natural de la princesa de Eboli y de Felipe II, nacido durante la viudez de este, y reconocido, adolecia de uno de esos fuertes constipados que se cogen en Madrid, y que, remedos de la pulmonía, causan fiebre.

Por aquella vez, la princesa sonrió triunfante porque habia encontrado un medio para engañar á Felipe II.

Se modificó la situacion de su espíritu, y quedó sombría y triste, pero no descompuesta.

Fuerza es confesar que, sobrescitada, cuidadosa, y con aquella espresion sombría, estaba hermosísima.

Felipe II apareció silenciosamente en la puerta de entrada de la cámara, sin haber causado para llegar ruido alguno.

Sin embargo, la princesa le habia sentido.

Se levantó, se arrodilló ante el rey, y le besó la mano.

Felipe II la alzó, y dijo con voz lenta y fria:

—Buenas noches, señora.

Luego puso sobre un sillon su capotillo y su espada; pero conservó puesto su alto sombrero de terciopelo negro, sencillo, sin toquilla, y con el ala muy estrecha.

Venia completamente vestido de negro, con jubon y gregüescos de paño negro, calzas negras de lana fina, y zapatos altos no muy lustrados.

Solo tenia blancos una estrecha golilla y unos estrechos puños.

Cualquiera de sus maestresalas hubiera vestido con mas riqueza que él.

Sin embargo, aquellas ropas que podian llamarse humildes, tomaban sobre Felipe II un no sé qué de grave y severa majestad.

Pendiente de un cordon de seda sobre el pecho, llevaba el Toison de oro.

Felipe II, aunque en la noche en que le presentamos á nuestros lectores contaba ya cincuenta años, era todavía buen mozo, alto, recto, y la majestad suplia en él con una gran ventaja la gallardía.

Era un rey perfecto, considerado el rey con el criterio de los absolutistas: rey de hecho, de aspecto: rey andando, rey sentado, rey tendido, rey callando ó hablando.

Una especie de sér desemejante de los demás, teniendo solo de comun con ellos la forma humana; pero engrandecida por una perfecta y completa espresion régia.

Felipe II era respecto á los demás hombres, lo que el tigre es al gato, salva la diferencia de tamaño.

Y ahora que hablamos de estatura, debemos decir que Felipe II era alto, bien configurado, robusto sin ser grueso, aunque de pier-

nas un tanto delgadas; en lo cual encuentra algun historiador un indicio de la voluptuosidad amorosa, que era uno de los caractéres determinantes de Felipe II.

Era pálido, con esa palidez mate de los séres escesivamente nerviosos; rubios y algo entrecanos los cabellos, cortados al rape; rubias las cejas, y rubio el escaso bigote.

Tenia los ojos azules del color del cielo de la mañana, grandes y bien configurados, pero de espresion fria, inmóvil.

Veia sin mirar; cualidad de fiera.

Jamás se animaban aquellos ojos con una llamarada de cólera ó de entusiasmo, ó con una espresion de alegría, ni dejaban ver jamás la tristeza.

La nariz era corta, fuerte, acentuada; la boca rígida; grueso, prominente y levantado el labio inferior.

De aquella boca nunca salian mas que palabras mesuradas y graves, pronunciadas con acento vago, en que no habia movilidad alguna.

Lo hemos dicho ya: Felipe II era la suprema autoridad personificada: el déspota de buena fé, fuerte y tranquilo en la confianza de su poder: la perfecta encarnacion del monarca en el hombre: el señor absoluto que cree su absolutismo una delegacion del santo, sabio, providente y perfecto absolutismo de Dios: la representacion mas completa, mas concluida de lo que se llamaba el derecho divino de los reyes; del anfibológico *pro me reges regnant*.

Siempre una grandeza, una inmensa grandeza; pero una grandeza sombría, una grandeza fria, una grandeza imponente y temerosa.

Hé aquí á Felipe II.

Para la princesa, á pesar de que la adoraba, era, como hemos dicho, siempre rey.

El amor, la intimidad, le humanizaban lo menos posible.

Felipe II se sentó en un sillon que la princesa de Eboli habia puesto junto al brasero.

—Hace frio, dijo Felipe II.

La princesa se estremeció.

El rey empezaba de mala manera: se violentaba; temia abordar una conversacion que sin duda alguna le parecia indigna de él.

Por esto apelaba á la estacion.

Algo habia notado.

En efecto, Felipe habia visto sin mirar que la princesa estaba contraida, violenta.

—No esperaba, señor, la dicha de veros esta noche, dijo la princesa, cometiendo una torpeza, porque la habia desconcertado la observacion del rey acerca del frio.

Removió el brasero.

—Estaba triste, dijo el rey.

Y guardó silencio.

—¿Y no os alegrais, señor? dijo la princesa.

—No, contestó el rey.

La princesa acabó de remover el fuego.

El rey se retiró.

El brasero arrojaba demasiado calor.

Al retirarse, como abarcase de lleno el brasero, dijo:

—Es una buena alhaja.

—¿Quién, señor?

—No me refiero á una persona, dijo Felipe II; sino á esa copa.

—Ya sabeis, señor, que este brasero me lo regaló por daros placer Antonio Perez.

El rey no respondió.

—Graves negocios deben ocuparos el pensamiento, dijo la princesa.

—Sí, me parece que estais triste, dolorida, dijo el rey haciendo un esfuerzo para pronunciar estas palabras.

—Si yo no fuera tan buena madre... dijo la princesa.

—¿Qué sucede? dijo friamente el rey, como si la princesa, al llamarse madre, no se hubiera referido á un hijo comun de los dos, puesto que no tenia mas hijo que el duque de Pastrana, y este, como ya hemos dicho, estaba reconocido y titulado por Felipe II.

—Sucede, dijo vivamente la princesa, que el duque de Pastrana está enfermo.

—¡Ah! ¿está enfermo? dijo el rey: Dios querrá que la enfermedad no sea cosa grave.

—Pues es bastante grave, señor, dijo la princesa.

—¿Cómo? contestó el rey, haciendo un leve movimiento y marcando la acentuacion de aquella palabra.

—Sí, sí señor, dijo la princesa; el duque tiene fiebre.

—Pues que llamen al doctor Oliva.

—Ya le ha visitado Morales, el Divino, segun le llaman.

—Hacen mal en llamar divino á un hombre, dijo Felipe II; el hombre no tiene mas ciencia que aquella que Dios le da: somos de inmundo barro. ¿Y qué dice Morales?

—Dice, contestó la princesa, que por ahora no puede decir nada; que es necesario esperar.

—¡La ciencia humana! ¡siempre ciega! dijo el rey. ¿Y desde cuándo adolece el duque?

—Ha ido esta tarde á vísperas, señor, y al salir, como la noche estaba fria, ha cogido un aire.

—A los niños de salud delicada, doña Ana, es necesario cuidarlos mucho, dijo Felipe II: los dias de frio no debia salir el duque.

—He querido que oyese la sábia palabra del padre Chaves.

—Indudablemente habeis hecho bien: á los niños debe criárseles en el temor de Dios; pero mirando siempre por su salud: poco hubiera perdido el duque con no haber oido al padre Chaves, porque en verdad, en verdad, su sermon ha sido poco inteligible para niños, y poco conveniente para los demás.

El padre Chaves habia predicado, como ya hemos dicho, sobre la lujuria, y su sermon habia desagradado al rey.

—Mientras esté flaco de salud el duque, no permitais que se encuentre de noche en la calle: este Madrid es muy traidor.

—Y sin embargo, dijo la princesa, habeis fijado en él la córte.

—Es el centro de mis reinos.

—Vuestra majestad ha hecho bien, porque vuestra majestad nunca se equivoca.

—De los hombres es el error; por lo mismo no puede pedirse al hombre mas que la buena intencion.

Siguieron algunos minutos de silencio.

—En efecto, dijo al fin la princesa; vuestra majestad está muy triste.

—No, no estoy triste; ya sabeis que yo me entristezco muy rara vez, y muy rara vez me alegro.

—Creí haber oido decir á vuestra majestad que estaba triste.

—Sí, humor melancólico.

—Cuidados de la gobernacion de vuestros reinos.

—Os equivocais, dijo el rey: las cosas políticas ni me entristecen por adversas, ni me alegran por favorables; porque nada de lo que sucede es obra mia, sino obra de Dios, al cual represento.

—Vuestra majestad es un rey sabio.

—Vanidad de vanidades, y todo vanidad, dijo el rey.

Y guardó silencio.

La conversacion no podia ser mas fastidiosa.

La princesa hablaba, porque la hubiera parecido una falta, y lo que es peor, hubiera parecido un crímen al rey el que la princesa no hubiera procurado distraerle.

Pero esto era imposible: el rey cortaba todas las conversaciones.

—¿No quiere vuestra majestad ver al duque? dijo la princesa.

—Bien, contestó Felipe II.

Y se levantó.

La princesa se levantó vivamente, y tomó una bujía.

Salieron de la cámara, precediendo la princesa al rey, que marchaba lento y grave.

Atravesaron algunas habitaciones, y entraron en una magnífica cámara.

—Suplico á vuestra majestad se detenga un momento, dijo la princesa; voy á hacer que el duque se quede solo.

—¿Quién está con él?

—Doña Clara de Pomar, su aya.

—Id, dijo el rey.

La princesa entró en una recámara donde habia un dormitorio.

Entre tanto el rey pensaba:

—Esta noche es demasiado buena madre doña Ana.

Esto queria decir, porque hasta para sí mismo era lacónico y oscuro el rey, que no creia que el mal semblante que tenia la princesa proviniese de la enfermedad de su hijo.

La princesa volvió á salir.

—¿Podemos ya entrar? dijo el rey.

—Sí señor.

Entraron.

En un gran lecho, demasiado grande para la pequeña persona que lo ocupaba, habia un niño como de nueve años, abiertos unos hermosos y grandes ojos azules, en los cuales habia esa cargazon, esa lucidez que indican la fiebre.

Felipe II no podia dudar de que el duque de Pastrana era su hijo, porque se le parecia mucho, tanto en la figura como en el carácter.

El duque se incorporó vivamente, pero con pena.

Le pesaba la cabeza.

—¿Qué es esto, duque? dijo el rey.

—Estoy enfermo, señor, contestó el niño.

—Ya he mandado que no os vuelvan á llevar de noche, cuando haga frio, á ninguna parte, aunque predique el padre Chaves.

—Gracias, señor: yo creo que el padre Chaves tiene la culpa de mi calentura.

—¿Por qué, duque?

—Porque ha estado hora y media hablando de tonterías.

—Cuidado, duque, cuidado; no quiero que os burleis de los ministros del Señor.

—Yo no me burlo, señor, me quejo.

El duque conocia que el rey le queria, y abusaba un tanto de él, como abusaba Antonio Perez.

—No os quejeis: las quejas deben dejarse á las mujeres: los hombres, tales como yo quiero que vos seais, no se quejan nunca.

—Me quejo á vos, señor.

—Ni al rey, ni á Dios: las quejas importunan, acusan falta de resignacion y de fuerza: debemos humillarnos ante la voluntad de Dios.

—No volveré á quejarme, señor.

—Hareis bien; pero reposad sobre la almohada: estais con trabajo.

—Gracias, señor, dijo el niño, dejándose caer sobre los almohadones.

—Que Dios quiera aliviaros, dijo el rey.

Y con la mano derecha, que tenia oculta tras la princesa, bendijo al duque de Pastrana.

Se le habia apretado el corazon.

Amaba mucho á aquel niño, porque se le parecia mucho, y sin embargo, su semblante y su voz permanecieron inalterables.

Se retiró.

La princesa se inclinó sobre su hijo, y le besó en la frente.

Despues, se apresuró á preceder al rey, alumbrándole.

Al llegar á la cámara del duque, el rey dijo á la princesa:

—Que llamen de órden mia á Oliva.

Oliva era uno de los médicos de cámara de Felipe II, y el que le inspiraba mas confianza.

Oliva habia asistido esclusivamente al príncipe don Cárlos en su última enfermedad.

La princesa siguió precediendo al rey.

Al llegar á la cámara de este, el rey se dirigió á una puerta, y dijo, volviéndose como hacia en palacio cuando despedia á los grandes que le acompañaban:

—Buenas noches, señora, voy á recogerme.

La princesa quedó inmóvil y aterrada.

Era la primera vez que aquello le sucedia; estaba en desgracia.

Doña Ana se inclinó profundamente.

El rey desapareció, entrando en el dormitorio de la princesa.

Esta debia velar para llamar al rey antes del amanecer.

Debia tambien cumplir una órden del rey, esto es, llamar de su parte al doctor Oliva; porque de otro modo, éste, que era un médico de muchas campanillas, y ensoberbecido con el favor de Felipe II, no hubiera dejado de ninguna manera el lecho, y mucho menos en una noche tan fria como aquella.

El doctor Oliva llegó de muy mal humor una hora despues.

—¿Quién se muere aquí? dijo al entrar en la cámara.

—Nadie, afortunadamente, doctor, dijo la princesa; pero hay dos enfermos graves, y su majestad, que está ahí (y la princesa señaló á su dormitorio), ha querido que vos vengais.

—¿Y quiénes son esos enfermos, señora?

—Mi hijo el duque de Pastrana y yo.

—Ya he visto desde que entré que estais enferma, muy enferma, señora; pero es una enfermedad contra la cual yo no valgo.

—¿Por qué, doctor?

—Porque estais enferma de miedo.

—¡Ah! ¿sí?

—Sí señora; y para esta enfermedad yo no tengo remedio, sino consejos: haced de manera que no tengais por qué tener miedo.

—¡Ah! pues eso ya lo sabia yo.

—No lo sabeis mucho cuando no usais del remedio.

—Ya sabeis, doctor, que hay medicinas que no se pueden tragar.

—Que no se queje, pues, el enfermo, si no quiere tomar la medicina salvadora, por amarga que sea.

—Vamos, vamos á ver al duque, doctor.

Y pasó con él á la cámara de su hijo.

—Princesa, dijo Oliva, cuando estuvieron donde no podia oirlos el rey: su majestad está hipocondríaco; gravemente hipocondríaco,

y no conozco nada que pueda causarle hipocondría mas que vos: temedlo todo, señora; el rey está receloso: mira hosco á Antonio Perez: esto no lo comprende nadie mas que yo, que conozco todas las maneras de ponerse pálido del rey, como que soy su médico; no lo he visto nunca como está ahora, sino cuando murió el príncipe don Cárlos.

—¡Oh, Dios mio, y qué manera de curarme el miedo, doctor! dijo la princesa alentando apenas; ¡me vais á hacer morir!

—Quiero salvaros, y para salvaros os aviso: se van haciendo públicos, á fuerza de imprudencias, vuestros amores con el señor Antonio Perez, y este tiene muchos enemigos; haced lo que vuestro buen ingenio os sugiera para destruir, si os es posible, las sospechas del rey, que tarda en sospechar, porque cree imposible que nadie sea tan valiente que estando bajo su dominio se atreva ni aun á pensar en engañarle; pero que cuando cae en las sospechas, tarde ó nunca se cura: se irrita, mata. Le conozco demasiado, y sé que por vos es capaz de escandalizar al mundo: os adora: muere por vos.

—Pues no se le conoce, dijo con impaciencia la princesa.

—Es que el rey lo oculta todo; pero á mí no puede engañarme: tengo su cuerpo en mis manos, y su cuerpo me dice lo que calla su alma; la gota habla muy alto: estos dias la tiene muy irritada su majestad. Vamos, vamos á ver al señor duque.

La princesa, muda y sombría, aterrada por lo que acababa de decirla el doctor Oliva, entró en el dormitorio de su hijo.

El médico le pulsó y le miró atentamente.

—¿Quién ha estado aquí? preguntó.

—Morales, contestó la princesa.

—¿Y qué ha dicho mi buen compañero?

—Que no puede decir nada.

—¡Cómo! ¿eso ha dicho? ¡ya! ha creido que aquí hay una congestion pulmonal, y no hay tal cosa: voy á dar un sudorífico á su escelencia: mañana habrá desaparecido esta fiebre catarral, y pasado mañana, el señor duque podrá salir á paseo: no merece esto el que se me haya hecho esponerme á coger otro catarro, que en mí puede ser grave, porque estoy muy cascado. Vamos, señor duque, con lo que voy á daros, dormireis bien y sudareis mucho.

—Me alegraré, doctor, dijo el duque, porque estoy muy desvelado.

—Vamos, vamos, señor duque, dijo Oliva, tomándole la cara y dándole un golpecito en las mejillas; el buen doctor Oliva, si alguna vez llega el caso, no dejará tan fácilmente á la calva que se os lleve: reposad tranquilo; y si cuando venga mañana mi buen compañero Morales, se pone serio y tose cuando os pulse, no os asusteis; enviadle á paseo; decidle que yo he dicho que no le conozco, si considera grave vuestra enfermedad, ó que quiere darse el valor de haberos sacado de un peligro; que pudiera ser muy bien todo esto.

—Se lo diré, dijo el duque: aunque yo no me he asustado, doctor Oliva; yo no me asusto de nada.

—Buen hijo de su padre, murmuró el doctor. Pero adios, señor duque: reposad.

—Buenas noches, señor Oliva, contestó el duque.

La princesa y el médico salieron.

—En fin, dijo Oliva, no me pesa de haber venido; porque si el enfermo no está de peligro, he encontrado una enferma en estado muy grave.

—¿Y qué hacer, doctor, qué hacer?

—Ser muy prudentes; estremar el cuidado; y sobre todo, señora, violentar el alma: no tener cuando venga el rey ese semblante; pero os encargo que os dejeis de comedias: una vez puesto en sospechas su majestad, es muy difícil, de todo punto imposible engañarle; conoce mucho á los hombres: me parece que os he dado la mejor medicina que podia daros; os he puesto en cuidado: si esta medicina no os aprovecha, os desahucio: vamos, vamos, voy á poner la receta de la bebida que ha de darse al duque, y despues me marcho á mi casa.

—¡Ah, no, hacedme compañía!

—¿Y en qué vamos á entretenernos?

—Jugaremos á los náipes; así turbaremos poco el sueño del rey, y si escucha, nada oirá.

—Bien, me sacrifico por vos; pero os advierto, que si me estoy, no me marcho hasta que salga el sol. Las madrugadas en este pícaro Madrid son muy malas.

—En buen hora; pero antes del amanecer, hareis como que os vais.

—¡Ah, ya! para que pueda irse el rey sin que yo le vea: corriente.

Y se entró con la princesa en su cámara, y estendió una receta.

Doña Ana llamó.

Acudió doña Beatriz.

—Que vayan al momento por esta medicina, dijo la princesa.

—Cuando venga, que den un pequeño vaso, una copa comun á su escelencia, y á las dos horas otra, á no ser que esté dormido, que en este caso, se dejarán pasar otras dos horas; y si continúa dormido, tampoco se le dará.

—Muy bien, señor Oliva, dijo doña Beatriz.

—Traed de paso recado de náipes, dijo la princesa.

Poco despues, doña Beatriz puso sobre la mesa en que habia estado servida la cena, un tapete, y sobre él una bandeja de plata sobredorada con una baraja y dos escudillas de marfil, roja la una y la otra negra.

En la negra habia tantos de marfil rojos; en la roja, tantos de marfil negros.

Era un juego que entonces estaba de moda; todo consistia en pasar por medio del juego los tantos á la escudilla negra, y viceversa.

El que se quedaba con el último tanto que no era del color de su escudilla, perdia.

Era un juego lento, un juego decente, porque no admitia el encarnizamiento: un juego de córte.

El doctor y la princesa, sin hablar de otra cosa que de lo referente al juego, estuvieron jugando hasta las cinco de la mañana.

A aquella hora, el doctor dijo á la princesa:

—¿Teneis la bondad, señora, de llamar á vuestra dama de confianza?

La princesa llamó, y se presentó doña Beatriz.

—¿Cómo está su escelencia? la preguntó el doctor.

—Su escelencia duerme y suda, contestó doña Beatriz.

—¡Ah! perfectamente, dijo el doctor Oliva: no he querido ir yo mismo á informarme, por no poner en cuidado al señor duque; pero ha sobrevenido lo que yo esperaba: su escelencia no corre peligro alguno; esto ha pasado: mañana, es decir, hoy al medio dia volveré: que no se le dé mas esa medicina. ¿Tiene algo que mandarme vuecencia? dijo volviéndose á la princesa.

—Nada, sino que descanseis.

—Pues que os guarde Dios, señora.

—Id con él, doctor.

Oliva salió acompañado de doña Beatriz.

—Hermosa señora, dijo el doctor á doña Beatriz, al atravesar la antecámara: hacedme la merced de llevarme donde haya un lecho: yo no salgo á estas horas por nada del mundo: hace mucho frio, y la niebla de la mañana... ¡bah! de ningun modo: es necesario conservarse.

Doña Beatriz se sonrió, y tomó por una puerta á la izquierda.

Diez minutos despues de haber salido el doctor Oliva de la cámara de la princesa, esta se fué á la puerta de su dormitorio, y dijo con voz dulce:

—¿Dormís, señor?

—No, contestó Felipe II, adelantando completamente vestido. No se habia desnudado.

—Ya es cerca del amanecer, señor, dijo la princesa.

—Lo sé, dijo el rey.

—Habeis pasado una mala noche, señor, y yo no la he pasado buena.

—El duque... el duque... ¡pobre niño! dijo Felipe II.

—¿Y mi pobre corazon, señor? dijo la princesa.

—¡Vuestro corazon! contestó el rey.

—Sí, sí señor, el corazon me duele: habeis estado tan cruel conmigo esta noche.....

—No hablemos de eso: no hay para qué, doña Ana; ya os he dicho que me habia traido la tristeza: os encontré triste.

—El duque.....

—Es verdad; pero afortunadamente, Oliva es mejor médico que Morales, y nos ha sacado de temores.

—¿Habeis oido, señor?

—Sí, todo: habeis jugado á los reyes, ¿no es verdad? Vos jugais mejor que Oliva.

—Estaba consolada, señor; de otro modo, hubiera jugado muy torpemente.

—Es verdad: teneis otro semblante, doña Ana.

—Necesariamente, señor: cuando se teme una gran pérdida, no se puede tener el semblante sereno.

—Que avisen á Santoyo, dijo el rey.

—Abrigaos bien, señor, dijo la princesa, dando su capotillo al rey, y ciñéndole la espada: la estacion es muy fria.

—Sí, sí; pero yo soy fuerte.

Doña Ana salió.

El rey murmuró:

—Me parece que recela demasiado: es verdad; me han hecho receloso á fuerza de hacerme traicion, y si la princesa me vendiera... ¡Oh!

Y aquel ¡oh! fué una especie de rugido.

Verdad es que el Demonio del Mediodía, como llamó Enrique VIII á Felipe II, estaba solo, y nadie podia ver los movimientos de su alma; pero sintió los pasos de la princesa, y su semblante, que se habia conmovido, volvió á adquirir su frialdad glacial..

—Santoyo espera á vuestra majestad, señor, dijo entrando la princesa.

—Pues, adios, dijo el rey.

La princesa fué á arrodillarse.

El rey la levantó, y la besó en la boca con un beso tan volcánico, tan ardiente, como era fria, marmórea, la espresion de su semblante.

—¡Ah! ¡gracias, gracias, Felipe de mi alma! esclamó la princesa llorando: ¡cuánto me habeis hecho sufrir! He creido que ya no me amábais.

—Yo no puedo dejar de amaros, doña Ana, contestó el rey; pero vamos, es ya tarde.

La princesa llevó al rey hasta la puerta de una saleta, donde esperaba Santoyo.

Desde allí, el rey adelantó solo.

La princesa se volvió á su cámara.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! esclamó: ¡qué noche tan terrible! ¡dadme fuerzas, Señor, para sufrir mi desdicha, para hacer que ese hombre no sospeche de mí!

La princesa entró en su dormitorio.

En su lecho no quedaba señal alguna de que en él se hubiese echado el rey.

Sin duda habia pasado aquellas horas en un sillon.

Debia haber sentido frio.

—¡Qué hombre tan terrible! esclamó la princesa: ¡Dios nos saque con bien!

Y como sobreviniese doña Beatriz, hizo que la desnudase, y se acostó.

CAPITULO XXIII.

De la mala noche que pasó Rodrigo Vazquez de Arce.

Este, cuando llegó á su casa, se acostó calenturiento.

El edificio que habia levantado en su imaginacion respecto á doña Juana Coello, se habia desplomado.

Habia visto además á Casilda en poder de doña Juana.

Y Casilda, aunque no lo hemos dicho hasta ahora, porque no hemos tenido ocasion de ello, importaba demasiado á Rodrigo Vazquez de Arce.

La piocha que se habia encontrado en la calle del Ave-María, junto á él, herido y privado de conocimiento, piocha que habia pasado como cuerpo de delito al proceso, y que el alcalde don Cesáreo, despues de sustanciado este, habia vendido á Rodrigo Vazquez, le recordaba una historia sombría que estaba muy en relacion con Casilda; porque Casilda era sin duda la que, luchando con él antes de que le hiriese Insuati, habia perdido la piocha. Además, Rodrigo Vazquez habia visto aquella alhaja sobre la frente y entre los cabellos rubios de Casilda.

Pero la habia visto desde lejos, y no habia podido reconocerla como cuando se la dió don Cesáreo.

Un fantasma se habia levantado ante Rodrigo Vazquez.

El fantasma sangriento de una mujer amada.

El alcalde recordaba una noche que habia pasado veinte años antes.

Una noche habia entrado por el postigo de un jardin, del cual tenia la llave, en una casa de la calle de la Almudena.

En aquella casa vivia un viejo consejero de Indias: un rico mejicano que se llamaba don Gomez de Prado, casado, á pesar de sus setenta y cinco años, con una hermosísima dama de treinta, que se llamaba doña Mencía de Santistéban, hija segundona de un tercerón de casa grande, al cual habia llegado lo ilustre de su apellido, pero no lo cuantioso de las rentas.

Don Pedro de Santistéban, padre de doña Mencía, se ocupaba antes de casar á su hija en el menudo oficio de cobrar las alcabalas reales.

Necesitaba dotar á doña Mencía para que casase con un buen hidalgo, ó para que por lo menos se metiese monja, y el dote no podia salir de los mezquinos emolumentos del cobro de las alcabalas.

Doña Mencía tenia ya veinticuatro años, edad mas que suficiente para casarla; y por otra parte, el hidalguísimo don Pedro de Santistéban tenia, respecto á su honra, el alma en un hilo; porque su hermosa hija habia salido muy ligera de cascos, y le habia dado ya mas de un disgusto, si bien estos no fueron de una gravedad tal que hubiesen obligado al noble don Pedro á lavar su honra con sangre.

Pero la gravedad podia sobrevenir de un momento á otro; porque doña Mencía iba entrando en ese período que puede llamarse el período de desesperacion de la mujer, por la falta de matrimonio.

Don Pedro temió que su hija se casase por sí y ante sí, sin reparar en la persona ni en la forma.

Además, doña Mencía era muy apetitosa, y por consecuencia muy pretendida.

Digamos cómo era doña Mencía.

De estatura que podia considerarse pequeña; delgada, pero esbelta, graciosa, llena de donaire; blanca, muy blanca, con ojos azules muy grandes, hermosos, animados, chispeantes, maliciosamente graciosos.

Tenia una magnífica cabellera rubia, una boca mórbida y suspirante, fresca, pura y de labios rojos como el coral, que abusaban de una sonrisa irresistible, porque cuando sonreian dejaban ver

una de esas dentaduras que enamoran; que tambien en las dentaduras hay belleza, espíritu, espresion.

Era doña Mencía un precioso fruto prohibido muy espuesto á ser robado, y muy propenso á dejarse robar.

Asustado el buen don Pedro, porque veia entrar á su hija de lleno en el período peligroso, pobre y desesperado, cayó en la tentacion de comerse parte de las alcabalas del rey, y se las comió, por valor de algunos miles de ducados; pero con tan mala fortuna, que apenas comido, se le indigestó el manjar.

No se sabe cómo, sospechó el alcabalero general, pidió cuentas á don Pedro, le cogió en falso, dió parte de ello, y don Pedro fué encerrado en un calabozo y cargado de cadenas.

Ahora bien: andaba que bebia los vientos por doña Mencía el riquísimo mejicano consejero de Indias, don Gomez de Prado.

Pero aunque le gustaban mucho á doña Mencía los millones de escudos de á ocho de don Gomez, tan feo era este, tan viejo, tan repugnante, tan estúpido, tan grosero, tan indio, y en una palabra, tan inaceptable, que doña Mencía le rechazó con el horror que se rechaza á una araña velluda, negra y asquerosa.

Se le crispaban los nervios á la jóven por el solo recuerdo de su pretendiente, que la seguia por todas partes, sin dejarla, como suele decirse, á sol ni á sombra.

Cuando don Pedro de Santistéban fué preso, cosa que cuando se dijo en el Mentidero causó escándalo, porque no se creia al hidalgo don Pedro capaz de un desfalco, oyólo con alegría el horrible indiano, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, se plantó casa de don Pedro, en la cual le recibió doña Mencía, sucumbiendo á la riqueza, al ver á su padre en tal aprieto.

—Y bien, la dijo don Gomez, dejándola ver una sonrisa de demonio: ¿qué me direis ahora? A vuestro padre le van á echar á galeras por ladron.

—Pero vos no lo permitireis, mi querido don Gomez, dijo sonriendo como un ángel la pobre doña Mencía.

—¿Que no lo permitiré yo? dijo el indiano: ¿qué me importa á mí que le descuarticen?

—Vos me dareis tal dote, dijo doña Mencía, que con una parte de él habrá para sacar á mi padre del aprieto en que se encuentra.

—Pero, para que yo os dé ese dote, dijo el indiano, poniéndose pálido de conmocion, es necesario que os caseis conmigo.

—Pues me caso con toda mi alma, dijo doña Mencía: ¿cuánto me vais á dar de dote?

—Decidlo vos, y tirad largo; porque habeis de saber, que yo no sé lo que tengo: en Castilla se llama rico al que tiene las paneras llenas de trigo; pues bien, mis paneras, que son muy grandes, están llenas, en vez de trigo, de doblones de á ocho mejicanos.

—Pues bien, confesadme una dote de quinientos mil ducados, y me caso con vos.

—Habeis dicho poco, dijo don Gomez; seria para mí una vergüenza: mejor no me caso, aunque os estimo á vos en mas que á mis tesoros.

—Pues decid vos.

—¿A mí qué me importa? Quedaos con todo.

—No tanto.

—Pues vamos, el dote de una reina: mi hacienda de Acapulco, que vale, mal vendida, diez millones de ducados.

—¡Cuánto teneis! dijo poniéndose pálida doña Mencía.

¡Tanto puede el dinero!

—¡Bah! dijo con indiferencia don Gomez.

—¿Sabeis que sois hermosísimo, amado mio? dijo doña Mencía: no sé con qué ojos os he mirado hasta ahora; porque me parecíais feo como un diablo.

—Pero, en fin, ¿nos casamos? dijo don Gomez.

—¡Pues no hemos de casarnos! y cuanto antes. Pero ya veis, es necesario que mi padre asista á la boda.

—Vaya, pues nos casaremos dentro de ocho dias.

—Así fuera ahora mismo.

—¿Pues y quién lo impide? dijo don Gomez estendiendo los brazos hácia doña Mencía.

—¡Ah, no! dijo esta retirándose verdaderamente asustada: cuando mi padre esté libre; y sobre todo, despues de las bendiciones.

—Pues entonces, sin perder un momento, voy á andar los pasos.

Y don Gomez, confiado en su dinero, se encajó casa del príncipe don Ruy Gomez de Silva.

Don Ruy Gomez recibió admirablemente al indiano; porque el príncipe, como todos los ambiciosos, rendia culto al dinero.

Oyó á don Gomez benévolamente, y le prometió que si aprontaba el décuplo del desfalco, él haria de modo que soltasen libre de mancha al padre de su novia.

Pero aconteció que el alcabalero general era muy rígido, y se negó hasta á dar cuenta al rey de aquel asunto.

Habia inmoralidad en la administracion, estaban encausados muchos receptores de impuestos, y eran necesarios, de todo punto necesarios, fuertes escarmientos.

Don Pedro de Santistéban estaba sentenciado, y solo faltaba llenar las formalidades legales: no valia el dinero: la justicia habia de resplandecer: todo era poco para restablecer un saludable temor en los empleados.

El príncipe don Ruy Gomez descorazonó á don Gomez de Prado.

—Pues ello es necesario, dijo el indiano: yo no me paso sin doña Mencía.

—¿Y es muy hermosa esa dama?

—¿Que si es hermosa? Dios estaba de buen humor cuando la hizo.

—¿Quereis que yo la vea? dijo don Ruy Gomez.

—¿Y por qué no? contestó el indiano: así se interesará vuestra escelencia mas por ella. ¡Desgraciada! Está que la ahogan con un cabello.

—Pues vamos á verla, señor don Gomez.

El indiano llevó al príncipe de Eboli á casa de doña Mencía.

Cuando salieron de la visita, el príncipe dijo al indiano:

—Teneis libre á vuestro suegro: el rey se enamorará de doña Mencía.

Cubrió un sudor frio de los piés á la cabeza á don Gomez.

—¡Que se enamorará el rey de mi mujer! dijo: pues no me conviene, de ningun modo; no me conviene.

—Pues que vaya á galeras don Pedro de Santistéban.

—Tampoco me conviene eso.

—Pues ved cómo ha de ser, y pareced con lo que hayais pensado; y guárdeos Dios, que me voy al alcázar.

Don Gomez se quedó aturdido, enfermo.

—Eso es, dijo: ¡el rey! ¡el rey! ¿y por qué se ha de comer el rey lo que me cuesta á mí tan caro? ¿por qué me he de quedar yo sin ello? ¡y casados despues! No señor, no, no me conviene: mejor no me caso.

Pero don Gomez no contaba con lo tiránico de su enamoramiento, de su deseo por doña Mencía.

Al fin se resignó á todo.

Habló con doña Mencía, á la que se le alegraron los ojos cuando oyó hablar de que podia tener amores con el rey, y á los dos dias, el príncipe don Ruy Gomez presentó en audiencia al rey á doña Mencía, vestida de luto y encantadora.

Felipe II se compadeció de ella, y mandó soltar á don Pedro de Santistéban.

Verdad es que, segun cuentan las memorias privadas de aquel tiempo, la noche antes del dia en que se puso en libertad á don Pedro, entró el rey á una hora muy avanzada de la noche, acompañado de don Ruy Gomez de Silva, casa de doña Mencía de Santistéban.

A los ocho dias se celebraron con grande esplendor las bodas de doña Mencía y de don Gomez, siendo padrino de los desposados el príncipe don Ruy Gomez de Silva, en representacion de su majestad católica.

Pasó algun tiempo.

A doña Mencía se le hizo tan insoportable su marido, que llamó á don Ruy Gomez, y le dijo:

—Mi buen príncipe, hacedme la merced de meter preso á mi marido.

—¿Y por qué, señora?

—¿Por qué? Porque me va á matar.

—¡Cómo es eso! ¿se le ha ocurrido tener celos de su majestad?

—No, no señor; es que si le tengo tres dias mas á mi lado, fallezco.

Don Ruy Gomez armó una zancadilla al indiano, hizo que el rey sospechase de él, que procuraba alterar con miras ambiciosas la lealtad de los mejicanos, y de tal manera lo hizo don Ruy Gomez, que una noche, un alcalde de Casa y Córte con su ronda llamó en nombre del rey á la puerta del indiano, le abrieron, entró, y sin decir por qué, prendió á don Gomez, le sacó á la calle, le metió en un coche, y acompañado de dos alguaciles y esposado, le envió á la torre de Segovia.

Doña Mencía se quedó libre.

En vano la escribia su marido diciéndola, que puesto que él estaba preso en Segovia, á Segovia debia irse á vivir ella.

Doña Mencía le contestaba:

«Caro esposo y señor: Si yo me voy á Segovia, ¿quién andará los pasos para vuestra libertad?»

Don Gomez se aburria y reventaba de celos.

Entre tanto, ningun proceso se le instruia, ni aun sabia por qué estaba preso.

Sucedió por entonces, que doña Mencía, que no se habia enamorado de nadie, se enamoró de Rodrigo Vazquez de Arce; pero con tan poco recato, que una noche, estando allí el rey, Rodrigo Vazquez dió una imprudente música á doña Mencía.

El rey no dijo una palabra; pero se vistió, se fué, y no volvió mas.

Dejaba á doña Mencía en cinta.

Don Gomez de Prado fué puesto por consecuencia en libertad, sin que nadie le dijese por qué habia estado preso ocho meses.

Con tanta alegría se vió en la calle, que sin detenerse ni un punto, tomó una posta, y acompañado de un mozo de espuela, tomó el camino de Madrid.

—Bien pudiera haberla escrito, decia aguijando á su mula; pero á qué mas carta que yo: y luego, que bueno es cogerla de improviso, y saber si con mi ausencia está triste ó alegre.

Don Gomez llegó á Madrid y á su casa á las diez de la noche, donde no se le esperaba, y donde se le puso el peor gesto del mundo.

Era verano, y hacia el horrible calor del verano en Madrid.

Los balcones estaban abiertos, y las habitaciones, para evitar el calor, sin luces.

Don Gomez no pudo notar por la vista el estado de su mujer; pero al abrazarla, notó que habia engruesado demasiado, y de una manera parcial.

—¿Qué es esto? esclamó: ¿cómo os encuentro, señora?

—El rey... dijo doña Mencía.

En aquel momento, un hombre que habia entrado en la casa por el postigo del jardin, valiéndose de una llave que tenia, entró en la sala, y oyó á su amante hablando con un hombre.

No podia figurarse que aquel hombre fuese el marido: le tenia por muy bien preso en el alcázar de Segovia.

Tampoco era el rey quien hablaba con doña Mencía.

El que acababa de entrar era Rodrigo Vazquez en la fuerza de su juventud y de su mala conducta, apenas salido de la universidad de Salamanca, violento y malo, y lleno de un amor propio mortal.

Estaba ciegamente enamorado de doña Mencía, y los celos, la cólera, el amor propio ofendido, le volvieron loco.

Arremetió con doña Mencía, y no se le ocurrió otra cosa que tirarla por el balcon á la calle.

—¿Qué habeis hecho? esclamó don Gomez: ¿por qué habeis tirado á mi mujer?

—¡Vuestra mujer! esclamó Rodrigo Vazquez.

Y escapó.

Al pobre don Gomez le dió el accidente epiléptico de que adolecia, y cuando acudieron á él y volvió en sí y mandó que socorriesen á su mujer, no la encontraron.

Doña Mencía habia desaparecido.

Un mes despues, enterraron á don Gomez, que no pudo resistir á la pena.

Unos sobrinos lejanos heredaron la inmensa hacienda del indiano.

En cuanto á doña Mencía, no se volvió á saber de ella.

La primera noticia que de ella tuvo al cabo de veinte años Rodrigo Vazquez de Arce, habia sido aquella piocha de diamantes que le habia entregado don Cesáreo.

La habia reconocido, porque la habia visto muchas veces entre los cabellos de doña Mencía.

No podia dudar de que era la misma por el tamaño de los diamantes, y por su figura, que era muy semejante á la de una cruz de Calatrava.

A mas de eso, tenia en el centro, en una pequeña placa de oro esmaltada, las armas de nobleza de don Gomez de Prado.

No habia lugar á equivocacion.

Y bien: aquella piocha habia sido perdida indudablemente por Casilda.

Casilda era rubia, blanca, y con los ojos azules como el rey.

En cinta estaba doña Mencía cuando la tiró por el balcon Rodrigo Vazquez.

¿No podia muy bien ser Casilda hija de Felipe II, como parecia indicarlo el haber poseido aquella alhaja que habia sido de doña Mencía?

Casilda estaba en poder de doña Juana Coello.

El hombre que la acompañaba, y que habia sido muerto en la callejuela de San Miguel, era el mismo negro que acompañaba á Casilda el dia en que Vazquez de Arce la conoció.

Este, desde el momento en que tuvo la piocha, en que la reconoció como una prenda de su antigua amante doña Mencía, procuró buscar á esta.

No tenia mas indicios para encontrarla, que preguntar al comerciante de la Carrera de San Gerónimo, á quien habia pagado las telas que habia escogido Casilda tres meses antes.

El comerciante, que se habia quedado con una nota de la habitacion de Casilda, dió esta nota á Rodrigo Vazquez, que se fué en derechura á la calle de Jesus y María, y llamó á la puerta de la casa que le habian indicado.

La puerta se abrió; pero no le dieron noticias de Casilda ni del negro. Solo le dijeron que la señora que antes vivia allí, se habia mudado, y que no se sabia adónde se habia ido.

Como entonces aún no se habian inventado los empadronamientos ni la policía, Rodrigo Vazquez se vió obligado á desistir de buscar á Casilda.

La habia encontrado de improviso cuándo y dónde menos lo esperaba.

Este suceso, el haberle quitado Insuati la carta en que fundaba todas sus esperanzas para obligar á doña Juana Coello, y el paso grave que habia dado buscando á Juan de Escobedo, le hicieron pasar, como suele decirse, una noche de perros.

Estaba desesperado, irritado, calenturiento, mas enamorado que nunca de doña Juana, y enamorado tambien de Casilda.

Rodrigo Vazquez habia acabado por vacilar, por no saber qué hacerse.

Tener á Casilda, no queria decir renunciar á doña Juana.

Casilda, estaba seguro de ello, era hija de Felipe II, lo que despues de casado con ella le era muy fácil probar, y atendido lo temeroso de Dios que era el rey, se podia contar con que si no reconocia públicamente á su hija, la reconoceria secretamente para ampararla, y habria hecho su marido una gran fortuna.

Pero embrollaban un poco estos proyectos que Rodrigo Vazquez revolvia en su imaginacion calenturienta, el estar Casilda en poder de doña Juana Coello.

Amaneció Dios, como vulgarmente suele decirse, y Rodrigo Vazquez, á quien mortificaba el lecho, le dejó, y fué á buscar á su hermano mayor para consultarle.

Le encontró durmiendo aún, en una especie de covacha en una

casa de la calle de los Autores, en que vivia por vivir cerca de palacio, y consultó con él la situacion en que se encontraba respecto á doña Juana Coello y Antonio Perez, reservándose lo de Casilda, porque no tenia bastante confianza en su hermano, y temia que si este sabia la existencia de una hija del rey, se prevaliese de este secreto en provecho propio.

No refirió, pues, á su hermano sino que Pedro Insuati le habia robado la carta de Antonio Perez á la princesa de Eboli.

—Ya te lo decia yo, le respondió despues de haberle oido con gran seriedad Mateo Vazquez; ya te habia yo dicho que la tal doña Juana era demasiado mujer, y que habia que andarse con mucho cuidado con ella.

—Insuati me ha confiado que él fué quien me dió la estocada que me ha tenido á la muerte.

—Y bien, ¿qué? dijo Mateo Vazquez.

—¿No te parece, observó Rodrigo, que aquella estocada debió mandármela dar doña Juana?

—No solo me parece esto, sino que lo creo. Por algo te decia yo que te podia salir caro tu empeño por ella.

—Y dime: ¿si se prendiera á Pedro Insuati, y se le pusiera en tormento?.....

—¡Bah, bah! dijo Mateo; ¿por qué has dejado ahorcar á uno y encerrar á dos á quienes se ha atribuido la culpa de aquella estocada? ¿Cómo vas tú á deshacer las declaraciones que has dado anteriormente sin esponerte á ir á galeras? Desengáñate, Rodrigo: hombre enamorado es hombre loco, y los locos no saben lo que se hacen: tú has manejado muy mal este asunto, y es necesario que esperes á ver lo que se saca del señor Juan de Escobedo.

—Juan de Escobedo es un pobre hombre que no sirve para nada, y á quien hay que dárselo todo hecho.

—Por lo mismo que es un pobre hombre cometerá algun disparate que nos será provechoso. Déjalo hacer, que verás como no me engaño. Juan de Escobedo está desesperado, y ya hará de manera que el rey sabrá lo de los amores de la princesa de Eboli con Antonio Perez, que ya sabria si tú no te hubieses enamorado de una manera tan insensata. ¡Malditas sean amen las mujeres! ¡Y que estos hombres que por ellas se pierden, no se acuerden de que Eva perdió el mundo! Con la carta que te han quitado bastaba para que el rey hubiera hecho pedazos á Antonio Perez.

—Aún no es tarde, dijo Rodrigo Vazquez.

—Estas cosas tardan siempre, y asustan mientras no se ven concluidas.

—Tenemos aún á Escobedo, á quien podemos manejar como queramos.

—Y bien, Rodrigo: si no has de hacer caso de lo que yo te aconsejo, ¿á qué has venido á buscarme?

—Te conozco demasiado, Mateo, dijo Rodrigo; tú quieres hacerlo todo sin comprometerte, por mano ajena, y esto no puede ser: el que lo hace, se queda siempre á pié.

—Y bien: ¿qué quieres decirme?

—Que es necesario que hagas lo que esté de tu parte.

—¿Y qué es lo que está de mi parte, hermano?

—¿Lo que está de tu parte? Procurar una audiencia del rey á Juan de Escobedo.

—¡Diablo, diablo, hermano, esto es muy comprometido! era necesario para ello contar con que todo saliese bien.

—Ya lo sabia yo. Pues mira, haz lo que quieras; pero no te quejes mañana si lo hago yo solo; no vengas á pedir tu parte, ¿lo entiendes?

—De modo... que... veré... meditaré.....

—Nada, Mateo, nada: sí ó no: estamos en los momentos de obrar.

—Y bien: ya veremos: no hay necesidad de que yo mismo sea: en fin, ya buscaré yo quien lo haga.

—Hágase por tu medio, dijo Rodrigo, y tendrás la parte que te toque en el botin de la victoria. Pero piénsalo pronto, porque hoy te envio á la Secretaría al señor Juan de Escobedo.

—¡No, por Dios! no, á la Secretaría, no, hermano; eso seria lo mismo que enseñar la cara, y yo no quiero enseñarla. Nada, nada, yo iré á ver al señor Escobedo; pero tampoco á su casa, no.

—¿Adónde, pues?

Meditó un momento Mateo Vazquez.

—Al convento de Santo Domingo el Real, al locutorio. Iré yo á ver á la madre Consolacion, y la diré que el señor Juan de Escobedo es un padre muy rico, que quiere meter monja á una hija suya, dotándola bien; y como la madre Consolacion tarda un siglo en bajar al locutorio, despues de que la avisan de que tiene visita, tendremos tiempo sobrado de hablar el señor Juan de Escobedo y yo.

—Pues convenido, hermano; adios.

—Sí, véte, si no quieres almorzar conmigo, aunque almorzarias muy mal. Yo no puedo perder tiempo, porque como los dias son muy cortos, se echan encima las nueve de la mañana, y yo quiero estar siempre cuando den las nueve en la Secretaría.

—Pues entonces, adios; yo me voy á ver al señor Juan de Escobedo. ¿A qué hora le digo que se vaya al convento de Santo Domingo el Real?

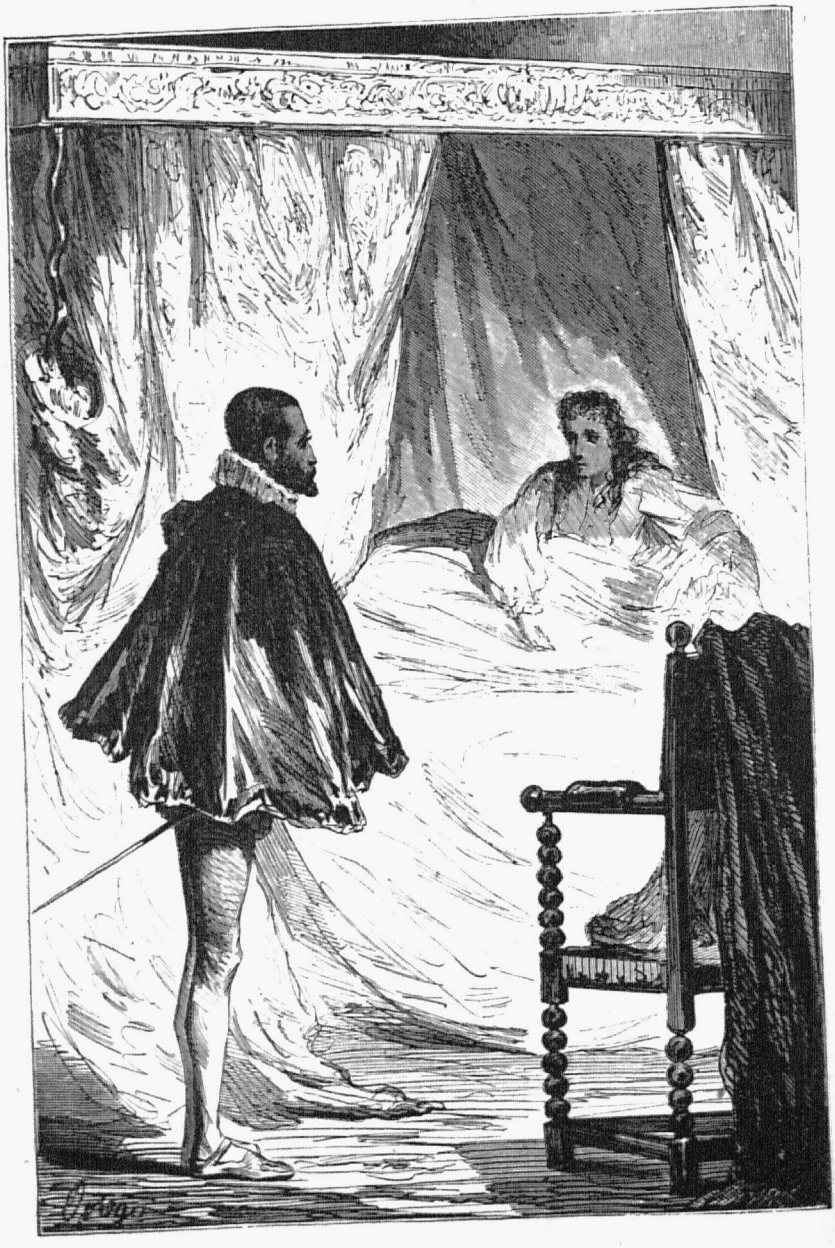
—A las doce.

—Hombre, ¿á la hora de comer?

—Sí; de ese modo bajará al locutorio á la una y media la madre Consolacion: todo se reducirá á que comamos mas tarde el señor Juan de Escobedo y yo.

—Pues hasta la noche, Mateo, que me contarás lo que haya pasado entre el señor Juan de Escobedo y tú.

Rodrigo Vazquez salió, y se fué en derechura casa de Juan de Escobedo.



¿Qué sucede tan grave que aun estando enferma y en el lecho, me obligais á recibiros?

CAPITULO XXIV.

De cómo Antonio Perez dió el golpe de gracia á Juan de Escobedo.

A las doce del dia, Juan de Escobedo, muy animado, porque llevaba la promesa de que se le procuraria una audiencia del rey, se fué casa de la princesa de Eboli.

Esta, que, como sabemos, habia pasado muy mala noche, no se habia levantado aún.

A pesar de esto, y como Escobedo pertenecia, por decirlo así, á la casa, se obstinó en verla.

La princesa estrañó aquella insistencia de Escobedo.

—Y bien, dijo con acento de muy mal humor la princesa: ¿qué sucede tan grave, que aun estando enferma y en el lecho, me obligais á recibiros?

—En efecto, señora, dijo Juan de Escobedo; tan grave es lo que sucede, que me veo obligado, muy á pesar mio, á importunar á vuecencia.

—¿Y qué sucede? dijo sin dejar su mal humor la princesa.

—Que hace ocho meses que estoy en Madrid, sin haber logrado ver á su majestad; y lo que es peor, sin que se me deje volver á Flandes, al lado de mi señor.

—Eso podrá ser muy grave para vos, dijo la princesa, que se hacia con facilidad grosera, cuando hablaba con un inferior que le

incomodaba; pero no encuentro la gravedad respecto á los demás.

—Importa mucho que se despache el memorial que he traido de mi señor, y que he entregado al señor Antonio Perez, sin que hasta ahora se me hayan dado mas que respuestas evasivas.

—Eso al señor Antonio Perez, no á mí, dijo la princesa, creciendo en mal humor; estais lo mas inoportuno del mundo. ¿Qué tengo yo que ver con el señor Antonio Perez?

—¿Qué? dijo irritado ya Escobedo: vos, señora, creeis que todos son ciegos.

—¿Qué es lo que quereis decir? esclamó la princesa, incorporándose sobre su brazo derecho, y mirando ferozmente á Escobedo.

—Quiero decir, que, para vuecencia, el señor Antonio Perez es algo mas que un criado del rey.

—¿Eh? ¿qué? dijo con una suprema grosería la princesa, pálida y descompuesta.

—Que si yo digo al rey, esclamó Escobedo perdiendo los estribos, que vuecencia tiene amores con el señor Antonio Perez.....

—¿Qué creeis que se me dará á mí, don villano? dijo la princesa, ya completamente descompuesta. Id, id, enhoramala, y decid al rey que estimo mas el *trasero* de Antonio Perez que su cara (1).

—Bien, señora, bien; me voy, y veremos á quién le pesará mas.

Y Escobedo salió irritado, terrible.

La princesa, pasado el primer momento de cólera, comprendió que habia sido muy imprudente, y se arrepintió tarde.

Era necesario de todo punto avisar á Antonio Perez; y hacer esto, era cometer una nueva imprudencia; porque era muy posible que el rey tuviese espiado á Perez.

Y no habia momento que perder.

La princesa daba vueltas á su fecunda imaginacion, que por aquella vez se le mostraba ingrata.

Una casualidad vino á sacarla del apuro.

Cuando mas apurada estaba, buscando un medio de avisar á Antonio Perez, se le presentó este.

—¡Ah! ¡un ángel os envia! dijo la princesa.

—No, contestó con solemne seriedad Antonio Perez; me envia el rey.

(1) Histórico á la letra.

—¡Oh, qué tono! dijo la princesa.

—El tono de las circunstancias: esto es necesario que concluya, doña Ana, porque estamos jugando con la desgracia, provocando á la muerte.

—Bien, bien, dijo la princesa, mordiéndose los labios; se conoce que os habeis reconciliado con vuestra mujer. ¡Y en qué momentos! ¡cuando acabo de comprometerme por vos!

—¿De comprometeros por mí?

—Sí, sí ciertamente, dijo la princesa; acaba de salir Escobedo.

—¿Qué, ha estado aquí Escobedo?

—Sí, como todos los dias, y siempre con la misma cancion. Que os hable para que entregueis el memorial de don Juan de Austria al rey, recomendándole.

—A don Juan de Austria le ha cegado la ambicion, y ese necio de Escobedo ha perdido el poco juicio que tenia. ¿Tan desesperados están que quieren que los mate el rey?

—Sí, desesperados de todo punto: ya veis: cuando Escobedo, que me ha tratado siempre como debe, con un profundo respeto, se ha atrevido á amenazarme.

—¿A amenazaros?

—Sí.

—¿Pero de qué manera?

—Me ha hablado de lo que nunca se habia atrevido á hablarme: de nuestros amores.

—¡Ah! esclamó Antonio Perez, en cuyos ojos brilló un relámpago de cólera mortal; ¡miserable! Pues bien: que perezca: que perezca su señor: ellos lo quieren; sea. Pero seguid, seguid: ¿qué es lo que os ha amenazado?

—Decir al rey que soy vuestra amante.

—No se lo dirá, contestó con firmeza Antonio Perez; y vos, ¿qué le habeis dicho?

—Me irrité, y he cometido una imprudencia: le he enviado enhoramala, y le he dicho diga al rey.....

La princesa repitió las palabras que habia dicho á Escobedo, y que nosotros no repetimos, porque basta con decirlas una vez.

—Tanto da, dijo Antonio Perez: porque aunque le hubiérais dicho recitase al rey el Padre nuestro, no lograria hablar con el rey.

—Mucha confianza teneis. ¿No creeis que puede valerse de alguien que le procure una audiencia con su majestad?

—Ya se me habia á mí ido el pensamiento á los Vazquez; pero yo los ataré cortos; no he de perderme, ni he de consentir que os perdais por indeciso, yo os lo aseguro.

—Cuidado, cuidado con lo que haceis, no sea que el rey estrañe que hagais sufrir un rigor repentino á los Vazquez.

—¡Oh, no! dijo Antonio Perez; el único que por voluntad propia, y avivado por las instigaciones de su hermano, podria atreverse á procurar una audiencia á Escobedo, es Mateo; y afortunadamente tiene mas miedo que mala intencion. Os aseguro que va á llevar un susto de los buenos; y para dárselo me voy.

—¿Y entonces, á qué habeis venido? dijo con irritacion la princesa.

—No he venido ciertamente por mi voluntad: ya os he dicho que me enviaba el rey.

—¿Y á qué? dijo con un acento singular la princesa.

—A que me digais cómo está de salud el señor duque de Pastrana.

—Bien, muy bien, dijo la princesa; ello no ha sido nada; un aire, un constipado: gracias á una medicina del doctor Oliva, que le ha hecho dormir y sudar, está bueno. Id, y decidlo así á su majestad.

—Adios, pues, doña Ana.

—¿Y no volvereis? esclamó rendida y á punto de llorar la princesa.

—Bien, sí, volveré, dijo seducido por la hermosura y por el amor de doña Ana, Perez; volveré cuando no sea una imprudencia el venir.

—Ya os dará mas de una ocasion su majestad.

—Así lo espero. Entre tanto, doña Ana, adios.

—Id con él, y no me olvideis.

—¡Ah! esclamó Antonio Perez; á mi despecho no puedo olvidaros.

Y salió.

—¡Oh, sí, me ama, me ama! esclamó sonriendo la princesa; pero ese maldito Escobedo... ¡Oh, Madre mia de Atocha, te ofrezco un manto de tisú y perlas si nos sacas bien de este conflicto!

Entre tanto, Antonio Perez entraba en su carroza, y se hacia conducir al alcázar.

El rey supo que su hijo natural el duque de Pastrana habia

amanecido en buen estado de salud, y estuvo despues despachando laboriosamente con Perez hasta las tres, en que le dejó libre.

Bajó Perez á la Secretaría, y mandó que llamasen á Mateo Vazquez.

Pero, á pesar de que á aquella hora debia haber vuelto, le dijeron que no estaba.

—Pues debe estar enfermo, dijo Perez, porque sabia que solo una enfermedad podia hacer que Mateo Vazquez fuese inexacto, y le cogiesen las tres de la tarde fuera de Secretaría. Que vayan á informarse.

Fueron al casuco de Mateo Vazquez, y su ama de gobierno dijo:

—Que no solamente su merced no estaba en casa, sino que ni aun habia comido en ella.

Todo esto consistia en que la madre Consolacion habia dado á Mateo Vazquez y á Escobedo un planton de tres horas.

Cuando Mateo oyó las tres en el reloj del convento, se estremeció.

—Es la primera vez que me sucede, dijo á Escobedo, estar á las tres de la tarde fuera de la Secretaría.

Al fin apareció la madre Consolacion.

Despacharon lo mas pronto que pudieron, y Mateo Vazquez, despidiéndose de Juan de Escobedo, con el que habia hablado largamente, se fué desalado á la Secretaría, á la que llegó á las tres y media.

Al entrar, le dejó yerto un portero diciéndole:

—El señor Antonio Perez ha preguntado por vuesa merced; y ha debido ser para cosa importante, porque ha enviado á buscar á vuesa merced á su casa.

—¡Ah, desventurado de mí! esclamó Mateo Vazquez, á quien se le nublaron los ojos.

Y se apresuró á entrar en el despacho de Antonio Perez.

—¿Hasta ahora os ha tenido ocupado el señor Juan de Escobedo? le preguntó sin darle tiempo para hablar Antonio Perez, que estaba solo, y sus ojos relucian airados.

Mateo Vazquez se encogió, quiso hablar, y no pudo.

Al fin dijo barbotando sus palabras como un ébrio:

—¡Me han perdido!

—Acercaos, y oid, dijo Antonio Perez; que yo voy á ganaros.

Mateo Vazquez se acercó temblando, porque la cobardía era uno de los caractéres determinantes de aquel zorro.

—¿Con que habeis prometido al señor Juan de Escobedo proporcionarle una audiencia del rey? dijo Antonio Perez viendo por la turbacion de Vazquez, que estaba en inteligencia con Escobedo.

—¡Yo!... contestó turbado: juro á vuestra señoría que me calumnian.

—Puede ser, repuso Perez; pero como es posible que si no os han buscado, os busquen, sabed que, si procurais una audiencia con su majestad al señor Juan de Escobedo, además de que cometereis un crímen de alta traicion, yo haré que os suceda algo que os pese.

—Aseguro á vuestra señoría que por mi parte no verá al rey en todos los dias de su vida el señor Juan de Escobedo.

—¿Y por qué le habeis escuchado y habeis prometido? dijo Perez, afirmando lo que suponia.

—Yo no lo he hecho á mal, dijo Mateo Vazquez; yo creia que en procurar una audiencia al señor Juan de Escobedo, no haria mas que lo que se hace por cualquier pretendiente.

—Tratar con pretendientes como el señor Juan de Escobedo es muy peligroso, dijo Perez; y debíais suponer que cuando se dirigia á vos, era porque estaba desahuciado por mí, y que cuando yo le desahuciaba, razon debia tener, y aun razones, para ello.

—Ruego á vuestra señoría tenga en cuenta que esta es la primera vez que he dado ocasion á que me reprendan, y aun así por ignorancia.

—Razones he tenido bastantes mas de una vez para castigaros severamente, como así tambien á vuestro hermano; y si no lo he hecho, conocerlo habeis debido, y agradecerlo.

—No me acusa la conciencia el delito de haberme vuelto contra vuestra señoría, á quien estoy muy obligado.

—A vos no os obliga nada, señor Mateo Vazquez: mordeis silenciosamente, porque Dios ha querido haceros así; pero sois muy necio en creer que no se sienten vuestras mordeduras, y es que mordeis en acero, y el acero, como vos sois el que os lastimais mordiéndole, os desprecia; y no os castiga, porque castigaros seria ya apreciaros en algo. Idos á despachar lo que hubiere.

Mateo Vazquez salió con fiebre, encontrando maquinalmente y por costumbre la puerta, porque no veia.

Antonio Perez abrió una papelera, tomó, abriendo un secreto de ella, un papel, que en el secreto habia, y que no era otra cosa que el memorial de don Juan de Austria, y subió por la escalera de servicio que ponia en comunicacion el despacho del secretario de Estado y del Despacho Universal, con el del rey.

Felipe II trabajaba con su acostumbrada prolijidad.

Tenia la mesa cubierta de papeles; pero perfectamente ordenados.

Papeleaba, leia, escribia, volvia á papelear y á leer.

Perez permaneció por algun tiempo irresoluto, levantado el portier, y sin pasar de la puerta.

Al fin adelantó sobre la gruesa alfombra, que apagaba el ruido de sus pasos.

Llegó junto á la mesa, y se arrodilló en un escabel que delante de la mesa habia.

El rey levantó la cabeza, y le miró tranquilamente.

—¡Ah! ¿estais ahí, Perez? le dijo; yo no os habia llamado. ¿Qué quereis? ¿qué sucede?

—Vengo, señor, confiando en la magnanimidad, en la clemencia de vuestra majestad, á pediros perdon de una falta.

—¿Para quién?

—Para mí, señor.

—¡Ah! dijo el rey: confesais haber incurrido en una falta contra mí.

—Sí, sí señor; pero por lealtad.

—No comprendo esto: lo que se hace por lealtad no es una falta, sino un servicio.

—Vuestra majestad va á juzgarme, dijo Antonio Perez, sacando de su cartera de secretario universal la solicitud de don Juan de Austria, y presentándola al rey.

Este la tomó, la leyó para sí, y permaneció impasible, á pesar de que un pensamiento de muerte para su hermano, un pensamiento que le horrorizaba, habia cruzado por su alma.

Dejó el papel sobre la mesa, miró gravemente á Antonio Perez, y le dijo:

—¿Quién os ha dado este memorial?

—Juan de Escobedo, contestó Perez.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Ocho meses.

—¿Por qué no me habeis dado cuenta de él?

—Por no afligir á vuestra majestad.

—¿Por no afligirme?

—Sí señor; han pasado para mí ocho terribles meses, en que no he cesado de cuestionar conmigo mismo, si debia ó no debia dar cuenta de este memorial á vuestra majestad, y me he reducido á entretener á Escobedo, y á no permitirle que vuelva á Flandes, aconsejando á vuestra majestad no le diese licencia.

—Esplicaos: ¿qué veis en este memorial?

—Un delito de lesa majestad, de alta traicion.

—¡Cómo!

—Sí señor. El escelentísimo don Juan de Austria está en tratos de casamiento con la reina Isabel de Inglaterra, para lo cual ha solicitado licencia de vuestra majestad.

—Y bien...

—Una demanda tal como la construccion de un fuerte en la peña de Mogro, del cual se dé la tenencia á Juan de Escobedo, que es todo en cuerpo y alma del escelentísimo don Juan de Austria, es lo mismo que pretender asegurar un desembarco en España á los ingleses. Por lo mismo he dudado, he vacilado, he temido, he tardado ocho meses en resolverme á presentar á vuestra majestad esta prueba de traicion del escelentísimo don Juan de Austria.

—Sois el mas leal de mis vasallos, Perez, dijo el rey, y no habeis cometido ciertamente una falta; por el contrario, lo que habeis hecho me asegura el amor que me teneis. En cuanto á si hay traicion ó no en este memorial, yo no me atrevo á decidirlo: lo decidirán los de mi Consejo. Avisad para mañana al adelantado don Pedro Fajardo y al arzobispo de Toledo: entrad vos con ellos. Idos.

Antonio Perez salió satisfecho.

El golpe estaba dado, y el rey no desconfiaba de él.

CAPITULO XXV.

En que Juan de Escobedo se da por hombre muerto, y no sin razon, como se verá.

En este punto necesitamos recopilar algunos sucesos.

Juan de Escobedo se inquietó y aun se aterró, cuando habiendo visto aquella noche á Mateo Vazquez, este le dijo todo hosco:

—Señor Juan de Escobedo, hacedme el favor de no parecer por mi casa, ni de buscarme, ni aun de hablarme cuando me encontreis en el alcázar.

—¡Cómo es esto! esclamó Juan de Escobedo, que era rudo.

—Esto es que estais apestado, y no quiero morir de vuestra enfermedad.

—¡Vos me habeis vendido! dijo Escobedo.

—No señor, yo no os he vendido: vos sois el que os habeis vendido á vos mismo: con vos no se puede conspirar; sois muy imprudente, y no sé como el escelentísimo don Juan de Austria os ha hecho su secretario de Estado; porque ni de Estado ni no de Estado podeis ser vos secretario de secretos.

—¿Pero qué he hecho yo? dijo asustado Juan de Escobedo.

—Yo no sé lo que vos habeis hecho: me basta con sentir lo que me han hecho á mí.

—¿Pero qué os han hecho?

—Me han puesto enfermo, y voy á meterme en la cama: con que buenas noches, señor Juan de Escobedo.

—¡Maldita sea la córte! dijo el secretario de don Juan de Austria.

—Maldita sea; no me opongo, contestó Mateo Vazquez, sacándose la sotana por la cabeza, y quedando en jubon, gregüescos, calzas y zapatones, con la figura mas ridícula del mundo, con los cabellos desordenados y hoscos debajo del solideo.

A seguida se quitó el jubon y los gregüescos, quedando en almilla.

Luego soltó los zapatos, se quitó las calzas y se zambulló en la cama, arrebujándose y diciendo con voz chillona:

—Señora Mónica, alumbrad al señor Juan de Escobedo, que se va: con que buenas noches, amigo.

Juan de Escobedo insistió aún.

—Pero ¿qué sucede? dijo.

—Sucede, contestó Vazquez, que don Juan de Austria está dejado de la mano de Dios, y sí le acontece algo negro, suya será la culpa y no de otro. Cuando lo de Túnez, ya sabeis, cuando envió por acá á su secretario Juan Soto con la solicitud de que se le permitiera conservar el fuerte de la Goleta manteniendo en él un presidio de soldados, y dándosele el gobierno del fuerte á Juan Soto, el rey, que todo lo ve y todo lo entiende, conoció que lo que don Juan de Austria queria, era seguir lo de Africa, que no convenia seguirlo, y hacerse rey de Túnez: á su majestad no le gusta que don Juan de Austria sea rey, ¿lo entendeis? ni aun ha querido que sea infante: aquello de Africa era un disparate, como se vió por lo que sucedió poco tiempo despues de que el rey mandó se evacuase la Goleta, y se embarcase la gente, que no se hizo: que Sinam-Bajá llegó con una morisma espantable, y pasó á cuchillo hasta el último de los pobres soldados españoles que en la Goleta habian quedado. El rey se contentó con meter preso á Juan Soto, porque él tuvo la culpa de aquel desastre aconsejando á don Juan de Austria lo de hacerse rey en Africa. En tocándole á ese señor á lo de ser rey, pierde la cabeza y no sabe lo que se hace: vos debíais haber escarmentado con el ejemplo de Juan Soto; pero no, habeis sido mas ambicioso que don Juan, y ahora los asuntos están peor que antes: el Santísimo Padre, que no conoce ni poco ni mucho lo que es el rey nuestro señor, anda firme que firme en que se conceda á don Juan de Austria licencia

para casarse con la reina Isabel de Inglaterra: el Papa cree que con esto se va á atraer á los protestantes, ó mas bien, que don Juan de Austria le va á convertir todos los herejes ingleses. Vamos, esto es haber perdido el seso; perdóneme Su Santidad: ¡y haber creido don Juan que la reina de Inglaterra trata con él de buena fé su casamiento! ¡y cuando el rey está irritado y receloso por estos proyectos venirse con lo de que se construya una fortaleza en la rada de San Sebastian, y se dé á vos la tenencia de ella!... Señor Juan de Escobedo, buenas noches: la señora Mónica está allí en la puerta esperando hecha una palmatoria; id, id con Dios, no tengo mas que deciros.

—¿Con que no puedo contar con una audiencia de su majestad? dijo Escobedo, á quien le temblaba la voz de cólera.

—Por mi parte, no, esclamó Mateo.

—¿Pero qué ha sucedido?

—Nada, señor, nada, sino que despues de haberme separado hoy de vos, he meditado, y he visto que lo mejor y lo mas prudente es dejaros en el atolladero; porque no se os puede sacar, y todo lo que se conseguiria seria atollarse tambien.

—Pero, señor Mateo Vazquez, esplicadme.....

—Lo único que puedo hacer, es daros un consejo que no debia daros, porque yo no debo meterme en nada. En cuanto salgais de aquí, tomad postas lo mas secretamente que pudiéreis, y escapaos y no parezcais ni en cincuenta leguas á la redonda del lugar donde está don Juan de Austria.

—No os entiendo.

—Pues aunque me asaeteen como á San Sebastian, yo no os digo mas. Buenas noches, señor Juan de Escobedo.

—Buenas noches, señor Mateo Vazquez, dijo con cólera Escobedo: me habeis vendido, pero ya nos veremos.

—Me alegraré mucho de que podamos vernos dentro de algun tiempo, dijo Vazquez.

Escobedo salió.

—Pues si con lo que le he dicho no entiende lo que debe entender, dijo Mateo Vazquez tapándose hasta las narices, tiene ese hombre la cabeza de cal y canto: allá él, que no me espongo yo á que Antonio Perez cumpla sus amenazas: nos han cogido la vez; y luego, que yo tengo la seguridad de que Antonio Perez tiene hechizado al rey; y vaya vuesa merced á pelear contra hechizos; nada, na-

da, es un disparate empeñarse en vencer lo invencible: la culpa la tiene el inquisidor general que no ha echado mano al cuerpo de Antonio Perez para sacarle los malos aunque fuera con garfios: lo que yo siento es lo que me puede pasar á mí, y que tal vez no tenga ya remedio. ¡Válgame Dios! ¿Qué es eso, señora Mónica? ¿Se ha ido ya ese señor?

—Sí, pero va echando por aquella bendita boca sapos y culebras.

—Pues si no le parece bastante, que eche las entrañas, dijo Mateo Vazquez: atrancad bien la puerta, señora Mónica, recogeos, y si llaman, haceos la muerta aunque echen la puerta abajo.

La señora Mónica se fué, dejando á oscuras, de un soplo que dió á la luz que estaba sobre la mesa, á Mateo Vazquez.

Poco despues se oia un ronquido monstruoso, lo que significaba, dada la situacion de ánimo en que se encontraba el presbítero secretario de Estado, que no habia cosa capaz de impedirle el sueño.

Escobedo se fué á su casa, y se encerró con su hijo Pedro, mozo muy apuesto, de mas de veinticinco años, que acompañaba en Madrid á su madre y á sus hermanas, y cuidaba de la hacienda que tenian en Castilla.

—Cuéntate sin padre, dijo Juan de Escobedo, demostrando al decir esto que habia comprendido demasiado á Mateo Vazquez.

—¿Qué decís, señor? esclamó Pedro.

—Digo que si me matan, me vengues.

—Pero señor, ¿qué es lo que decís? esclamó Pedro.

—¡Silencio! contestó Escobedo: que nada sepan, ni tu madre ni tus hermanas.

—Pero señor, ¿qué sucede?

—Sucede, que esto se ha puesto á punto de sangre: y no lo siento por mí, no, sino por mi señor; ya se lo habia yo dicho: el rey no dejará crecer á vuecencia.—Me ampara el Papa,—decia don Juan. Y en vano le aconsejaba yo. Me ha mandado venir y he venido, y no seré yo quien huya, no por cierto.

—¡Pero, padre!.....

—Mira: si un dia me matan, atrévete á todo, Pedro.

—¡Pero yo no quiero creer eso! ¡no quiero creer que vos os dejeis matar.

—Todo lo que tengo lo debo á mi señor, dijo Escobedo con energía; y el que cuando llega el momento del pago, no paga bien y

cumplidamente, es un mal nacido: no me repliques mas, Pedro, escucha: si me matan.....

—¿Y quién ha de mataros, señor? ¿quién es vuestro enemigo?

—El secretario Antonio Perez.

—¡Ah! pues bien, le mataré yo.

—No, Pedro, no; eso seria peor, cien veces peor: el mal ya no tiene remedio: y luego, es poco una estocada para vengarme: yo deseo mas; deseo que caiga despeñado desde la altura en que se encuentra: una estocada dada frente á frente como únicamente puede darla un hidalgo, esponiéndose á morir sin haber conseguido vengarse... no, no, eso es muy poco: que le despedace el rey; que la Inquisicion le queme vivo; que sufra todo el furor de Felipe II. Oye, Pedro: cuando me hayan matado, busca al rey; no podrán negarte una audiencia, porque el rey escucha á todos los que van á pedirle justicia: mi muerte causará gran ruido: cuando veas al rey, acusas á Antonio Perez; le acusas sin miedo; y cuando el rey te pregunte que qué indicios tienes para creer que sea Antonio Perez el autor de mi muerte, le dices que me has oido decir que Antonio Perez era mi enemigo, y me habia amenazado, porque yo, mirando por la honra de mi difunto señor el príncipe don Ruy Gomez, habia reprendido á la princesa los amores ilícitos que tiene con el señor Antonio Perez: dilo de manera que el rey no vea que tú sabes que la princesa de Eboli es su amante, porque puede costarte caro, y tu madre y tus hermanas te necesitan: basta con que le digas que la princesa es amante de Antonio Perez.

—Pero señor, ¿por qué no evitar?.....

—No puedo; si huyera, comprometeria al escelentísimo don Juan de Austria; seria lo mismo que decir que conocia que habia hecho traicion al rey obedeciendo á mi amo: no, no, que Antonio Perez concluya en mí este negocio, y que sus consecuencias no lleguen á don Juan: mi muerte le avisará y le hará mas prudente.

—Pero, vos, señor, no teneis obligacion de sacrificaros hasta tal punto.

—Pedro, todo lo que tenemos lo debemos á don Juan; sin él, yo que nada he podido agenciar, os hubiera dejado al morir pobres y miserables: ten valor como yo le tengo: guarda en lo profundo de tu pecho este secreto, y que no salga á tu semblante la pena que te cause.

—Me pedís un imposible.

—Lo que no es difícil no tiene mérito: ¿qué hemos de hacerle? tan encerrado estoy, que esta es una desgracia inevitable: y luego, Pedro, alguna vez se ha de morir: poco importa cómo: ahora véte á buscar al señor Perez de Piedrahita, escribano, que vive en la calle de la Amargura, á la derecha, en la casa que hace esquina á la Plaza Mayor: que venga.

—¡Para hacer testamento! dijo pálido como un cadáver Pedro.

—Y para algo mas, contestó Escobedo: vé, hijo, vé.

Pedro salió, y una hora despues, volvió con el señor Perez de Piedrahita, con el cual se encerró Juan de Escobedo, permaneciendo dos horas encerrados.

Al cabo de ellas, el escribano salió.

Por la mañana muy temprano, Juan de Escobedo se fué á la iglesia de Santa María, confesó y comulgó.

A las tres de la tarde, pararon sucesivamente y con la diferencia de algunos minutos, tres carrozas á la puerta del alcázar.

De la primera salió con un familiar, el cardenal arzobispo de Toledo, inquisidor general, don Gaspar de Quiroga.

De la segunda, solo, el adelantado de Andalucía, marqués de los Velez, don Pedro Fajardo.

De la tercera, Antonio Perez.

Este último encontró esperando ya en la antecámara del rey al cardenal y al marqués.

Estaban solos.

En aquella antecámara no esperaban mas que los altos dignatarios.

—Ruego á vuestras escelencias, dijo Antonio Perez, me perdonen si les he hecho esperar.

—Vuestra señoría no se hace esperar nunca, dijo suavemente don Gaspar de Quiroga, que era muy cortesano, y sabia que Antonio Perez era el segundo rey de España: acabo de llegar, y al momento ha venido á darme una sabrosa compañía el señor marqués de los Velez.

—¿Sabeis para qué somos llamados? dijo don Pedro Fajardo á Perez.

—Los tres somos, en cuanto entremos en la cámara, el Consejo privado de su majestad.

—¿Y para qué? dijo don Gaspar de Quiroga.

—Para un asunto muy grave, contestó Antonio Perez, que me

trae á mal traer, y con mucho disgusto y cuidado; pero, vamos, señores, vamos, no hagamos esperar á su majestad.

Y como Antonio Perez, entre sus muchos y honoríficos cargos, tenia el de gentilhombre de cámara con entrada, abrió con la llave dorada la mampara que cerraba la cámara real.

—Señor, dijo desde la puerta Antonio Perez: el inquisidor general: el adelantado don Pedro Fajardo.

—Pasad, dijo el rey.

Los tres pasaron.

Primero, el inquisidor general; luego, don Pedro Fajardo; despues, Antonio Perez.

Adelantaron y doblaron la rodilla.

—Alzad, señores, dijo el rey: estamos en Consejo; señor cardenal, marqués de los Velez, sentaos: y vos, Antonio Perez, haced de secretario.

El rey se sentó detrás de la mesa.

A los lados, en dos sillones, don Gaspar de Quiroga y don Pedro Fajardo.

En el medio de la mesa, y frente al rey, Antonio Perez.

—Leed, dijo el rey dando el memorial de don Juan de Austria á Perez.

Perez leyó.

Una seriedad sombría apareció en el melancólico semblante del taciturno don Pedro Fajardo, marqués de los Velez, y la bonancible y eterna sonrisa del jovial don Gaspar de Quiroga se borró.

—No es posible entender este memorial, dijo Perez, encargado por el rey de dar cuenta, sin otros antecedentes de que su majestad está ya informado, de que voy á informar al Consejo.

Y Perez sacó de debajo de su ropilla unos papeles, que puso sobre la mesa, y antes de comunicar su contenido, pronunció el exordio siguiente:

—Atento yo al buen servicio de su majestad, y habiendo sabido que el secretario don Juan de Escobedo hacia frecuentes viajes de Flandes á Roma, viajes cuyo objeto se ignoraba, lo puse en conocimiento de su majestad, y porque convenia ver claro en asuntos que parecian graves, su majestad me mandó me cartease con el dicho Juan de Escobedo, y aun con el mismo señor don Juan de Austria, poniéndome de su parte y aun permitiéndome licencias para que confiasen acerca de la sagrada persona de su majestad. Así era me-

nester escribir y oir para servicio de su majestad, porque así se metian por la espada y yo podia encaminar lo que convenia principalmente para el servicio de su majestad. Y no se me culpe por lo que he hecho, y se me tenga á traicion contra el señor don Juan de Austria, que así era conveniente hacerlo, y yo no necesito mas teología que la mia para justificarlo.

—Y yo, dijo el rey interrumpiendo á Antonio Perez, segun mi teología, entiendo lo mismo que Antonio Perez: que no solamente hacia lo que debia, sino que no lo haria ni para Dios, ni para el mundo, si no lo hacia así, y para que yo estuviese bien avisado de todo, que tal lo requeria el enredo de estos asuntos, que ciertamente me tienen espantado. Seguid, Perez, seguid.

—Con esta industria, continuó Perez, supe cosas y las puse en conocimiento de su majestad, que hasta ahora han estado secretas, y que de órden de su majestad os manifiesto bajo sigilo, para que mirando á Dios, á vuestra lealtad y á vuestra conciencia aconsejeis á su majestad lo que debe hacerse. De las cartas que tengo sobre la mesa, y de que daré cuenta al Consejo, resulta: Que el señor don Juan, falto de hombres y de dineros y temeroso de perder su propia fama, me escribió diciéndome que le iba la vida, la honra y el alma en dejar el gobierno de Flandes, y que las dos primeras partes perderia de cierto si tardaba la resolucion, y con ellas lo servido y por servir, y la tercera le pondria en gran riesgo de desesperado.—En otra carta dice: Que no habrá resolucion que no tome hasta dejarlo todo, y que se vendrá cuando menos se creyere, aunque piense ser castigado á sangre, porque estaba resuelto á incurrir en el delito de inobediencia antes que caer en infamia.—En el mismo tiempo me escribia el secretario Juan de Escobedo, que tendria el señor don Juan de Austria por mas honrada cosa ir á servir á Francia como aventurero con seis mil infantes y dos mil caballos, que permanecer en el gobierno de Flandes; y cuando esto no pudiese ser, volver á España y ser cortesano para gobernarlo todo con los amigos.—En otras cartas dice don Juan, que silla y cortina (1) era su deseo, porque toda otra cosa era impropia, y aquello le correspondia de derecho como hijo reconocido del emperador Cárlos V.—Sobre este asunto me escribia Escobedo:—Conservemos al que nos conserva, y ayudemos al señor don Juan á que llegue adonde le lleva el deseo.

(1) Categoría de infante.

y si fuere menester, él vendrá á ayudarnos en los medios que fueren necesarios.—Ahora bien: continuó Perez, despues de haber leido las cartas originales á que se habia referido: en Roma se han entablado nuevas negociaciones acerca del casamiento de la reina de Inglaterra con el señor don Juan, y se han urdido planes de confederacion entre este señor y el duque de Guisa, y yo sé que Juan de Escobedo ha dicho en Roma que una vez dueño su señor de Inglaterra, podria serlo tambien de España, solicitando de su majestad la construccion de un fuerte en la Peña de Mogro en la rada de San Sebastian, cuyo gobierno se diese al Juan de Escobedo; dicho en el que yo no hubiera creido á no haberme sido entregado por Juan de Escobedo el memorial de que he de dar cuenta al Consejo, en el cual el señor don Juan de Austria solicita la construccion de un fuerte en la Peña de Mogro, pidiendo su tenencia para su secretario: todo lo cual, considerado por su majestad, y la urgencia con que el señor don Juan escribia para que despachasen á Juan de Escobedo, pidiendo en particular *dinero y mas dinero y Escobedo*, ha parecido á su majestad se os llame á vos, don Gaspar de Quiroga, cardenal arzobispo de Toledo, inquisidor general, y á vos, don Pedro Fajardo, marqués de los Velez, adelantado de Andalucía y mayordomo mayor de su majestad la reina, para que digais lo que se debe hacer y qué resolucion se debe tomar en tal estado, y necesidad de adoptar las medidas mas convenientes para el remedio.

Calló Antonio Perez, y habiendo mandado el rey hablar á don Gaspar de Quiroga, este, despues de un largo discurso en que probó que debia andarse con templanza en cuanto á don Juan de Austria, por ser quien era, hermano del rey, y por sus grandes servicios y su glorioso nombre, pero que respecto á Escobedo, debia ejercitarse un saludable rigor, y que no siendo posible formarle proceso, porque á este proceso habia de salir necesariamente el nombre de don Juan de Austria, debia el rey sentenciarle á morir de manera secreta y como por acaso, y que esta sentencia debia cumplirse, aunque el sentenciado estuviese asido al manto de la Vírgen.

Don Pedro Fajardo fué mas breve que el inquisidor general, y concluyó diciendo:—Que con el Sacramento en la boca si le pidieran parecer, qué vida y persona importara mas quitar, la de Juan de Escobedo ó la de otra, por perversa que fuera, votaria que

la de Juan de Escobedo; y que si no habia quien le matara, le mataría él.

A lo cual Felipe II dijo:

—Hacedlo vos, Perez.

Y levantó el Consejo.

El arzobispo de Toledo y el marqués de los Velez, despues de haber besado la mano al rey, salieron gravemente preocupados; Antonio Perez gravemente cuidadoso.

CAPITULO XXVI.

De cómo doña Juana quiso en vano impedir un crimen.

A aquellas horas, y harto ajena del gravísimo empeño en que la órden de muerte contra Juan de Escobedo habia puesto á su marido, doña Juana Coello estaba encerrada en su camarin con Casilda.

La jóven se habia restablecido del grave susto de la noche anterior; pero en su pálido y contraido semblante habia quedado impresa la grave conmocion que habia sufrido.

Doña Juana habia escuchado con disgusto el relato de su historia, que la habia hecho la jóven.

Historia misteriosa, de la cual solo habia sacado en claro, que Casilda habia sido criada en la sombra, y entre abominables prácticas, por una bruja.

Aquella bruja, la madre Martina, habia cuidado, sin embargo, de que Casilda fuese conocida como una doncella honrada y cristiana, haciéndola ir al templo, no se sabia por qué proyectos, porque era muy estraño que una mujer que como bruja habia abjurado de la Religion Católica, adorando á Satanás, hubiese querido hacer pasar ante el mundo por buena cristiana á una desgraciada jóven de quien se servia como de cebo, y para llevar á cabo proyectos abominables.

—Es necesario que yo vea á esa mujer, dijo doña Juana á Casilda, y que la arranque la aclaracion del misterio en que os tiene envuelta.

—¡Ah, señora! dijo Casilda; la madre Martina es una mujer terrible, y yo creo que Satanás le presta su poder.

—Necesario es curaros de esas supersticiones, dijo doña Juana, y yo os curaré: desde ahora no saldreis de mi lado: á pesar de la crianza horrible que se os ha dado, Dios ha querido conservar la bondad en el fondo de vuestra alma, y la inclinacion á la virtud; á despecho de vuestra mala fortuna, que os ha entregado á manos tan infames, yo veo posible salvaros, y os salvaré: contaos desde ahora por mi hija, y nada temais, nada; yo os protejo, y mi marido, que goza del favor del rey, es poderoso.

—Sin embargo, señora, lo temo todo de esa mujer; y dado caso que vos podais defenderme de ella, no puedo ya dejar de ser desgraciada.

—¿Y por qué, Casilda, por qué? dijo con una ardiente solicitud doña Juana.

—Me domina la tristeza, señora; una tristeza que nada puede curar: una tristeza que me mata.

Casilda se guardó muy bien de decir á doña Juana que aquella tristeza provenia de que estaba enamorada de Antonio Perez.

Tampoco le habia dicho que Antonio Perez consultaba á la tia Zampoña y se valia de sus conjuros y de sus sortilegios, que la tia Zampoña le hacia pagar muy caros.

De improviso, y cuando doña Juana se esforzaba por infundir confianza á Casilda, llamaron á la puerta del camarin, que estaba cerrada.

—No puede ser otro que mi marido, dijo doña Juana.

—¡Ah! ¡vuestro marido, señora! dijo Casilda, inquietándose: ¿vais á recibirle estando yo aquí?

Esta salida de Casilda pareció demasiado estraña á doña Juana Coello, que miró profundamente á la jóven.

Casilda temblaba, y su mirada era vaga y cobarde.

—No puedo menos de recibir á mi marido, dijo doña Juana; y sobre todo, ¿no ha de conoceros? ¿no ha de saber que yo, viéndoos en peligro, queriendo salvaros, os adopto? ¿no os adoptará él tambien?

Y doña Juana abrió la puerta.

Antonio Perez entró apresurado y descompuesto.

Al ver á Casilda, se detuvo y esclamó:

—¡Ah! ¿qué es esto?

Doña Juana conoció por la esclamacion y por la sorpresa de Antonio Perez, que este y Casilda se conocian.

—Es una jóven á quien anoche amparé, y de la que no he tenido ocasion de hablaros hasta ahora.

—Y bien, dijo Antonio Perez reponiéndose: todo lo que vos haceis está bien hecho; pero tengo necesidad de hablar con vos de asuntos demasiado graves.

Tocóla la vez de palidecer á doña Juana Coello.

—Venid, hija mia, venid, dijo á Casilda.

Y se la llevó por otra puerta.

—¿Qué hace aquí? ¿Quién la ha traido aquí? ¿Qué es esto? dijo Antonio Perez.

No tardó en volver doña Juana.

—Y bien, dijo, hablad: ¿qué os sucede?

—Traiciones y vilezas ajenas que se vienen sobre mí, dijo Antonio Perez: me veo obligado á lo que no quisiera, á matar á un hombre.

—¡Vos! ¡á matar vos á un hombre! esclamó doña Juana: ¿qué hombre es ese?

—Un miserable.

—¿Y qué teneis vos que ver con los miserables? dijo doña Juana: despreciadlos, Antonio, despreciadlos: ¿es alguna maledicencia, alguna calumnia la que os obliga á pensar en un crímen? ¿qué he hecho yo para que así me amargueis el alma?

—Ese crímen no es mio, Juana de mi corazon, dijo Antonio Perez, que se habia sentado desalentado; es del rey.

—¡Del rey! esclamó doña Juana estraviándose, porque hasta entonces se habia creido que á quien queria matar Perez era á Rodrigo Vazquez de Arce: ¡del rey!

—Sí, Juana, sí; vengo del Consejo que el rey ha celebrado con don Gaspar de Quiroga, don Pedro Fajardo y yo.

—¿Y en ese Consejo os ha mandado el rey matar á un hombre?

—Sí.

—¿Y qué hombre es ese?

—Juan de Escobedo.

—¡Ah! dijo con altivez doña Juana: ¿y acaso el rey cree que vos sois verdugo?

—El estar mezclado en la traicion de Juan de Escobedo, siendo tan traidor como él don Juan de Austria, obliga al rey á matar secretamente á Escobedo.

—Pero la justicia cuando se ejecuta en la sombra y por una alevosía, no es justicia, sino asesinato.

—Bien lo sé, bien lo veo, y por eso me aterro: yo creia que el rey obraria de otro modo; que castigaria á Juan de Escobedo como castigó á Montigni, el traidor que ayudaba al príncipe don Cárlos en sus traidores intentos de aceptar la soberanía que le ofrecian los Paises-Bajos: en el mismo calabozo del alcázar de Simancas, donde fué ajusticiado Montigni secretamente, pudiera ser ajusticiado secretamente Juan de Escobedo: yo no podia esperar que el rey buscase un mayor secreto, esto es, que procurase matar á Juan de Escobedo de modo que nadie viese mas que un asesinato.

—Y bien, desobedeced, dijo valientemente doña Juana.

—Desobedecer es morir, contestó roncamente Perez.

Doña Juana bajó abatida la cabeza.

—¿Pero qué hemos hecho, esclamó al fin, para que Dios nos castigue de este modo?

—¡Perdóname! dijo Antonio Perez, arrojándose en un arranque involuntario á los piés de su esposa; ¡perdóname, porque mia es la culpa de todo!

—¡Vuestra! esclamó severamente doña Juana, apresurándose á alzar á su marido: ¡que vos teneis la culpa de que el rey os mande matar á Juan de Escobedo! No os comprendo.

—Sí, yo he podido ganar tiempo hasta que, cansada la reina de Inglaterra, hubiesen cambiado las cosas por sí mismas: yo he podido hacer que don Juan de Austria hubiese sido llamado de Flandes, como hice que fuese llamado el duque de Alba: no teníamos otro don Luis de Requesens que enviarle; pero hubiéramos enviado á la duquesa de Parma con su hijo Alejandro Farnesio: yo he dado lugar con dilaciones á que Juan de Escobedo nos amenace, á que se haya hecho de todo punto necesario matarle. Juan de Escobedo nos ha amenazado.

—¡Amenazado! ¿y con qué?

—Perdonadme, perdonadme, porque si yo.....

—Continuad.

—Si no hubiera sido débil, si no me hubiera dejado seducir por esa mujer.....

—¡Ah! ¡la princesa de Eboli! esclamó con una pena infinita doña Juana.

—Sí, Juan de Escobedo, desesperado, ha amenazado á la princesa con revelarlo todo al rey.

—Entonces, dijo con energía doña Juana Coello, quien mata á Escobedo no es el rey, sino vos.

—¡Mi desdicha! esclamó Antonio Perez.

—Pues bien, no lo matareis, no, dijo doña Juana; no, porque yo lo evitaré.

—Y me matareis á mí.

—¡Yo! ¡mataros yo á vos! esclamó doña Juana: ¿pues qué es lo que amo yo mas sobre la tierra que vos? ¡Antes me mataria á mí misma!

—Pues bien, si avisais á Escobedo, si Escobedo huye y se salva, me matais: el rey no me perdonaria esto; me haria morir, me creeria tan traidor como Escobedo y como don Juan de Austria.

—¡Que os mataria!

—Sí; haced sin embargo lo que os parezca; pero acordaos, acordaos de nuestros hijos.

—¡Oh! ¡pero esto es desesperado! ¡ó dejaros cometer un crímen, ó mataros! ¡esto no puede consentirlo Dios! ¡esto es horrible! ¡esta es la culpa de vuestras locuras!

—Por eso os he pedido perdon.

—¿Y cuándo os he acusado yo? dijo doña Juana: ¿cuándo me he quejado? Si he sufrido, vos no lo habeis comprendido, no lo ha comprendido nadie; yo he procurado que nadie pueda acusaros de mi tristeza; he llorado á solas, he rogado á Dios por vos; pero Dios no ha querido oir mis ruegos: y ved, ved á qué punto hemos llegado.

—Por lo mismo yo me vuelvo á vos, á buscar un consuelo; busco en vos mi ángel, mi fortaleza.

—¡Oh! dijo doña Juana: ¡esa mujer, esa maldita mujer nos ha perdido!

—Esa mujer ha muerto para mí; para mí, nada mas que vos y nuestros hijos existe ya sobre la tierra.

—¡Pero cuán tarde, Dios mio, cuán tarde! dijo doña Juana: ¡cuando tenemos sobre nuestra conciencia un crímen!

—No, un crímen no: ¿no es el rey señor absoluto de vidas y haciendas? ¿no es un traidor Escobedo?

—El asesinato no es la justicia, dijo doña Juana; pero aún pue-

de ser tiempo, Antonio: dad, dad largas á la ejecucion; puede ser que el rey varíe de pensamiento.

—No, dijo Antonio Perez; lo qué el rey manda una vez, está mandado, y no hay nada, nada que le vuelva atrás, aunque sepa que le conviene contradecir lo que ha mandado.

—Y bien, dijo doña Juana: teneis razon; no sois vos, no, quien matais á ese hombre: yo he visto este asunto de una manera acalorada; me he sorprendido: el rey lo manda; vos sois vasallo, y debeis obedecer; Dios pedirá cuenta al rey, no á vos; y sobre todo, Escobedo es un traidor, un miserable que merece morir. ¿Pero de quién vais á valeros?

—No lo sé: lo pensaré; esta es una cuestion muy árdua: es necesario un hombre de confianza, un hombre valiente que no vacile, y que no dé ocasion á que le prendan.

Doña Juana pensó en Insuati; pero no se atrevió á pronunciar su nombre, por no iluminar á Perez.

Pero inútilmente, porque desde el momento en que Perez recibió la órden de matar á Escobedo, pensó en Insuati.

¿Y cuál otro pudiera haber sido mas á propósito?

Perez se arrepintió de haber revelado aquel secreto á doña Juana.

Lo habia hecho en un momento en que necesitaba espansion.

La órden del rey le habia horrorizado.

Antonio Perez nunca habia pensado en el asesinato, y se le hacia horrible.

La confianza que habia hecho á su mujer, arrastrado por un no sé qué misterioso, habia sido una fatalidad.

Perez tenia la certidumbre de que doña Juana avisaria á Escobedo para salvarle, y esto precipitó los sucesos.

Afectó creer lo que doña Juana queria que creyese, esto es, que no intervendria en nada, y salió.

Pero apenas habia salido, doña Juana dijo:

—No, no le matará, lo impediré yo; quiero mejor muerto á mi marido que infamado, é infamados mis hijos por un asesinato.

Doña Juana mandó buscar á Insuati.

—Acaba de salir, señora, le dijeron.

—¡Oh! aún hay tiempo, pensó doña Juana; no ha podido hablarle; acaba de salir, y de seguro no se valdrá para ese crímen de otro hombre que de Insuati: ¿quién sabe adónde Insuati va cuando

sale de casa? Es un libertino: cuando vuelva, ya tendré yo avisado que se me presente; le haré, sin embargo, buscar; Juan Morgado es muy amigo suyo, y otro tanto que él.

—¿Y Juan Morgado está en casa? preguntó doña Juana.

—Sí señora.

—Pues que se me presente al instante.

Cinco minutos despues, Morgado estaba delante de doña Juana.

—¿Qué me quiere vuestra señoría? le dijo.

—¿Sabeis dónde podeis encontrar á Pedro Insuati?

—Probablemente en la palestrilla de la puerta de Segovia, porque tenia concertada una apuesta, respondió Morgado.

—Pues bien, id, id, y traedle al momento con vos.

Juan Morgado salió, ganó la calle de Segovia, y á gran paso llegó en poco tiempo á la puerta de este nombre, y se dirigió á una palestrilla que cerca de ella estaba rodeada de gente.

Se oia el ruido de las espadas.

—Vamos, dijo Morgado, ya están en la apuesta.

Y avanzó, abriéndose paso por entre la gente.

El maestro, con su careta puesta y vestido su coleto, esgrimia la espada prieta con un hombreton que no era Insuati.

Insuati no estaba allí.

—¡Eh! Diego de Avila, dijo Morgado; hazte atrás y pára un poco, que tengo que hablarte.

El maestro se salió del asalto y bajó la espada.

—¿Qué hay? dijo.

—¿Has visto á Pedro?

—Sí, pero acaba de irse apenas habia llegado; me ha dicho que se ha encontrado al salir de su casa con su amo, que este le habia dicho que fuese á esperarle al alcázar, y que la apuesta no podia tener lugar por hoy: yo creo que Insuati tiene miedo y busca pretesto.

—No es eso, dijo Morgado, porque ya ves, yo tambien vengo á buscarle, y tan deprisa, que me voy á ver si le cojo en el alcázar.

Y se fué.

Cuando llegó al alcázar, le dijeron que Insuati habia estado hablando con Antonio Perez, y que se habia ido.

Morgado fué á buscarle á tres ó cuatro malos lugares á que solia concurrir, y no le encontró.

Tres horas despues de haberle enviado doña Juana en busca de

Insuati, volvió para decirla que no le habia encontrado en ninguna parte.

Doña Juana entonces le mandó que esperase para acompañarla, y que mandase poner una silla de manos mientras la vestian.

Era ya muy de noche.

Por pronto que quiso vestirse doña Juana, daban las Animas cuando salia de su casa para ir á la de Juan de Escobedo.

Se habia provisto de un antifaz.

Para ir á casa de Escobedo, el camino mas corto era por la Almudena.

Al pasar por delante de la iglesia de Santa María, se oyó en la callejuela que está junto á esta iglesia, una voz angustiosa, terrible, que esclamó:

—¡Asesinos! ¡socorro!

A poco, un hombre pasó corriendo á todo correr, y se dejó ir hácia el barranco de Segovia.

—¿Qué es eso? dijo doña Juana, sacando la cabeza por la portezuela.

—Nada, señora, nada, dijo con sobresalto Morgado: que ahí le han quitado á un hombre la vida; no debemos detenernos aquí: adelante, lacayos, y deprisa.

Los lacayos anduvieron cuanto deprisa pudieron.

Al pasar por el arco de las caballerizas, doña Juana dijo:

—Al alcázar.

Los lacayos se encaminaron á la puerta principal.

Doña Juana dijo en el vestíbulo á Juan Morgado:

—Id, y ved si podeis informaros de quién es el muerto: me encontrareis en la antecámara de la reina; decid que me avisen.

Y subió por la escalera principal.

Ya hemos dicho que doña Juana era dama de la reina.

Podia como tal ir al alcázar cuando quisiese, y entrar en el cuarto de la reina.

Habia enviado á Morgado á averiguar el nombre del muerto, porque habia temido que aquel muerto fuese Juan de Escobedo.

En efecto: una hora despues le decia Morgado:

—Ha acudido gente: allí se queda la justicia: se ha reconocido el muerto, y ha resultado ser el señor Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria.

CAPITULO XXVII.

Cómo fué la muerte de Juan de Escobedo.

Insuati encontró á su amo en la Secretaría de Estado.

Antonio Perez se encerró con él, y le dijo:

—Siempre has sido leal para mí, Pedro, y espero que sigas siéndolo.

—Si no fuera leal á vuestra señoría, dijo Insuati, mereceria que me arcabuceasen, ó mas bien, que me ahorcasen como á traidor.

—Menos palabras y mas hechos, Pedro, dijo Perez.

—Venga lo que sea menester, dijo Insuati, y vuestra señoría se convencerá de que las palabras van con los hechos.

—Veamos, dijo con sumo trabajo Perez: ¿si yo necesitase para guardar mi vida matar á un hombre.....

—¿Cómo se llama? ¿quién es? dijo decididamente Insuati.

—El secretario Juan de Escobedo, dijo Perez: ya me he valido de otros medios, pero han sido ineficaces.

—Lo mejor es una buena estocada, respondió ferozmente Insuati; y para buscarle á un hombre el corazon debajo de la ropilla, no hay dos como yo: ¿cuándo quereis que se haga?

—Lo mas pronto posible, pero con prudencia; es necesario que esto sea de modo que no se pueda coger á los que hagan el negocio.

—¿A los que lo hagan? dijo Insuati: ¿pues qué, no basto yo solo?

—No, Pedro, no: siempre es bueno que haya otros que hagan capa, y sobre todo, es necesario esperar al secretario en diferentes sitios, para acabar con él donde mejor conviniere.

—¡Ah, sí! se necesita poner apostaderos como para la caza del jabalí; me parece bien: ¿y de qué gente hemos de echar mano?

Perez sacó una apuntacion del bolsillo, y dijo á Insuati:

—A ver si te parecen bien estos: á todos los conoces, que son criados mios, y aragoneses; oye: Miguel Enriquez, Juan de Mesa, primo de mi ayuda de cámara Gil de Mesa; Miguel Bosque, Juan Rubio y Diego Martinez.

—Todos son hombres de aliento, y callados como una sepultura.

—Pues anda véte á buscarlos, y diles, para que no pongan reparo, que se les pagará bien, y que no se apretará mucho en buscarlos cuando esté hecha esta muerte, porque se hace de órden del rey.

—Aunque así no fuese, dijo Insuati, basta con que á vuestra señoría le importe que muera el señor Juan de Escobedo para que le matemos: ¿y qué traza se ha de dar?

—Juan de Escobedo sale todas las noches entre siete y ocho de la casa de la princesa de Eboli; y como vive en la bajada de los Angeles, toma por la plazuela de Santa María, por la callejuela del arco de la iglesia, por la Almudena, por la calle de San Nicolás, y por la plazuela de Santiago y calle de Santa Clara á los Caños del Peral; ahora bien: yo quiero que tú le esperes en corto en la callejuela del arco de la iglesia, acompañado de Miguel del Bosque. Tú á la entrada de la callejuela, y él á la salida; oculto tú en el hueco de una puerta y Bosque tras de la esquina. En la plazuela de Santiago deben estar Juan Rubio y Miguel Enriquez, paseándose como si rondaran. Apostados al fin de la calle de Santa Clara, Juan de Mesa y Martinez.

—¿Y si va acompañado el señor Juan de Escobedo?

—Le dejais pasar y volveis á la noche siguiente: con que anda y entiéndete con ellos; yo me marcho á pasar la Semana Santa á Alcalá, y no volveré hasta que se me avise de que el asunto es cosa concluida. Que vaya á avisarme Juan Rubio, que es muy buen ginete, para lo cual debe tener preparado y ensillado un caballo fuerte. Para comprar este y lo que hubiere menester, toma.

Y dió á Insuati un bolsillo.

—Anda, anda, continuó Perez, y entiéndete con ellos.

—Pero, señor, dijo Insuati, Miguel Bosque anda huido en Barcelona; ¿no nos podríamos pasar sin él?

—No, dijo Antonio Perez; necesito á los seis, y difícilmente se encontraria en Madrid uno que poner en lugar de Miguel Bosque y que me inspirase tanta confianza.

—Entonces enviaremos á Barcelona á Antonio Enriquez, que es medio hermano de Miguel Bosque; pero para ello se necesitará dinero.

—Ya lo tenia eso pensado y en mi poder un libramiento contra el genovés Lorenzo Spínola, y no falta mas que poner el nombre de quien ha de recibir el dinero, que está en blanco.

Antonio Perez abrió un cajon de su mesa, sacó un libramiento, y desfigurando admirablemente la letra, escribió en un lugar que estaba en blanco en el libramiento, el nombre de Antonio Enriquez.

Despues dió la letra á Insuati.

Aquella letra era de quinientos escudos.

En la misma tarde, con el dinero en efectivo que Perez habia dado á Insuati, los cinco camaradas á quienes habia buscado y enterado del negocio Insuati, se refocilaron y tuvieron una gran cena en la mancebía de las Vistillas, despues de la cual Antonio Enriquez tomó postas aquella misma noche, y partió á la ligera para Barcelona, á la que llegó á los cuatro dias.

Entendióse en seguida con su medio hermano Miguel del Bosque, y pensando en el arma que se debia usar para el asesinato, compraron un verduguillo fuerte, y se fueron á Madrid, al que llegaron en el mismo dia en que ahorcaban en la plaza Mayor á la esclava que habia pretendido envenenar á Escobedo.

Aquella misma tarde, 20 de marzo de 1578, se reunieron en la mancebía de las Vistillas aquellos seis caballeros de la tabla redonda.

Habia preparada gran cena y gran desórden, porque habia dinero largo, y Mari-loca presidió el festin al lado de Insuati.

Cada uno de aquellos hidalgos tenia á su lado su Melisendra.

En cuanto á las viejas, habian sido escluidas: las otras señoras de la casa habian sido dejadas en el olvido, no sin grave murmuracion y escándalo.

Nada se habló que oliese á difunto durante el banquete.

Los mozos de la hostería de los Tudescos, que le habian servido, se habian retirado, despues de haber presentado y cobrado una cuenta enorme, puesto que se habian consumido gran cantidad de suculentos manjares, confeccionados por la admirable cocina antigua franco-española-italiana, y gran cantidad de vinos comunes y generosos.

Para saber lo bien que comian nuestros abuelos que tenian dinero, basta con hojear el arte de cocina de Francisco Martinez Montiño, cocinero de su majestad el rey don Felipe III.

La cocina de hoy es una rapsodia, digámoslo así, comparada con la cocina de aquellos tiempos.

Está demostrado que en el arte culinario retrogradamos; y en prueba de esta verdad, apelemos á la descripcion de un banquete romano de los tiempos de Julio César, y nos asombraremos ante el refinamiento, tanto en la parte material como en la parte de adorno, de buen gusto de aquellos festines, en los cuales hasta se usaba de la maquinaria.

Y si queremos llegar á la demostracion de que la suprema felicidad es la mesa, y de que el hombre ha nacido espresamente destinado para comer bien, no tenemos mas que remontarnos á los festines de Alejandro, de los cuales eran un pálido reflejo los banquetes romanos.

En aquellos heróicos banquetes estaban reasumidas todas las aspiraciones del hombre, considerado el hombre bajo el punto de vista del materialismo: la mujer, y la mujer de una hermosura vigorosa é ideal, era uno de los platos de aquellos festines, á los que acompañaban la danza, la música, la poesía erótica, el canto del héroe: y suponed este culto exagerado á los sentidos, el esceso de lo suculento, la embriaguez deliciosa de los grandes vinos, las exuberancias maravillosas de la hermosura y de la voluptuosidad, las dulces flautas, las sonoras voces de los coros, las trompas bélicas y el cántico guerrero; el ingenio del cocinero esclavo que, por la presentacion de un javalí artístico, obtiene por el sufragio universal de los gastrónomos, el gorro de liberto, los derechos del ciudadano; la mirra, el aloe, el ámbar, el almizcle, las mil esencias de la India quemadas en braserillos de oro; el elefante sabio que baila al compás de la música y coge con la trompa un ánfora llena de perfumado vino de Chipre, y la apura con delicia, con el buen gusto de un

bebedor consumado; las aves de raro plumaje, amaestradas y sueltas, ó encerradas en jaulas de oro; los mil caprichos, las mil violencias del ingenio; y todo esto en un vasto y magnífico triclinio (vulgo comedor), ornamentado de estátuas, de frescos, de flores, gigantesco, inmenso, grandilocuente, con el magnífico plafond perdido en la niebla vaporosa del humo de los perfumes, y comprendereis que el hombre ha nacido para vivir comiendo en un festin del género de los de Alejandro, y que todo lo que no sea que todo el mundo llegue á vivir de esta manera, es no haber llegado la humanidad á su destino definitivo. Estamos seguros de que la democracia en masa firma esta proposicion.

El mundo antiguo era un mundo gigantesco, cualquiera sea la faz bajo la cual se le considere.

Esto niega el progreso: hemos retrogradado.

Hoy no se come como en aquellos tiempos.

Un griego antiguo, si resucitara y nos viera comer, volveria á morirse de repente.

La verdad es que, prescindiendo de aquellas grandezas épicas, se comia en el siglo XVI en España infinitamente mejor que ahora, y hasta los tunantes sabian y querian tratarse bien.

Verdad es que entonces los españoles comian carne cruda en Flandes, en Italia, en el Nuevo-Mundo.

España tenia el aliento y las fauces de un gigante.

Hoy no se comprende aquello.

Se calumnia al siglo XVI llamándole época de tiranía y embrutecimiento nacional.

¡Qué amor propio el del siglo XIX! ¡Qué aberracion!

Hoy lo despreciamos todo, y sin embargo no asustamos á nadie, ni comemos, ni bebemos, ni vivimos, ni creemos en nada.

Una muestra: un hombre se hace completamente presentable como el primero, con un gasto de mil quinientos reales.

¡Anda! ¡anda! comparad lo que gastamos hoy en ponernos elegantes, con lo que gastaba Antonio Perez en ir de cualquier manera.

El siglo XIX es un pobre siglo en que son tan grandes la miseria como la vanidad: este es un siglo en prosa, y no puede ser libre, porque la libertad es un poema en verso y en variedad de metros.

La seca y escueta economía política nos tiene tísicos; y sin em-

bargo (y esta es una cualidad de todos los tísicos), formamos grandes planes para un porvenir, que en la verdad está reducido á veinticuatro horas.

El dia menos pensado nos morimos soñando.

Así acontece á todos los tísicos.

Pero el autor está loco, mi benévolo lector: se ha echado á volar por los espacios imaginarios, y se ha remontado no menos que á los tiempos de Alejandro el Macedon, á propósito de una orgía de bribones habida en una mancebía.

Así es la humanidad loca: de un grano de arena sube hasta una pirámide del volúmen de las de Cecrops.

Abatamos el vuelo, reduzcámonos á las circunstancias, y volvámonos á nuestros pícaros, tales como eran la noche del 20 de marzo de 1578.

Cuando ya no hubo cerebro que no estuviese perturbado; cuando ya no hubo ojo que no viese ciento donde no habia mas que uno; cuando se pronunciaban las erres mal, y se dormia un hombre hablando, las madamiselas fueron echadas fuera por Insuati, que era el héroe de la fiesta que se mantenia mas sereno, y cuando hubieron quedado solos y seguros de no ser escuchados, Insuati, puesto de pié á la cabecera de la mesa, teniendo en la mano un enorme vaso lleno del aromático blanco de Yepes, comenzó de esta manera:

—Compañeros y amigos: sabido es que el agradecimiento es la prenda mas preciosa que puede albergarse en un pecho hidalgo, y perdida la cual, el hombre solo puede compararse á un bruto. ¿Qué seria de nosotros sin el ilustre señor Antonio Perez? Grillete tendríamos en los piés y remo en las manos, siendo las patas de una galera de dos bandas, si no es ya que hubiéramos dado el alma á Dios ó al diablo en el aire. De hombres buenos es pagar los beneficios sin pararse en mirar la costa; que el que pone precio á lo que hace en puntos de agradecimiento, mas es mercader que honrado; y estoy seguro de que el mas mínimo de entre nosotros, no querria pasar por genovés interesado, que solo mira á la ganancia cuando se trata de pagar una deuda de reconocimiento: dígolo, y concluyo sin mas, porque el señor Antonio Perez necesita de nuestro esfuerzo, y porque todos debemos al señor Antonio Perez el no ser almas del otro mundo.

Aplaudieron los camaradas, gritaron, se empuñó el vaso, se bebió á la salud de Antonio Perez, y Pedro Insuati continuó:

—Sobre esta mesa ennoblecida con los despojos de tanta y tanta cosa buena que no nos ha costado ni un solo maravedí, cae de repente un manjar crudo y de mal olor: un muerto. Este muerto se llama el señor Juan de Escobedo, y es necesario hacerle: nuestras espadas y nuestras dagas no se niegan; antes, por el contrario, están ansiosas de que las empuñe y las use una mano que no tiemble.

—Aquí está el verduguillo de cuatro filos que yo he traido de Barcelona, dijo Antonio Enriquez, echando mano á su cinta y poniendo sobre la mesa un horrible estoque.

—Eso no sirve, dijo Insuati; es de hierro colado y se rompe contra un hueso si á la estocada se le ha dado buen unto; y si no, mirad.

Y Pedro Insuati agarró el estoque, le blandió en el aire, rebatió la mano con una fuerza increible, y el verduguillo se rompió en tres pedazos.

—Esto es laceria, añadió Insuati, arrojando la empuñadura del verduguillo: es menester otra cosa; se necesita que el señor Juan de Escobedo no pueda decir Jesus.

—Pues entonces no hay cosa como un pistolete, dijo Juan Rubio.

—Quita de ahí, necio, dijo Insuati; cuando se deja hablar á los asnos, siempre salen con un rebuzno: ¡un pistolete, eh! ¡ruido, escándalo! Cállate, y no vuelvas á hablar hasta que te se dé licencia.

—Una ballesta seria buena, dijo Miguel del Bosque.

—Bulto y sospecha debajo de la capa, observó Insuati: no sirve; aquí se trata de golpe seguro, y para esto se necesita buena arma.

—Aquí tengo yo un estoque de ancha canal, que no lo daria por diez ducados y una buena moza encima, dijo Diego Martinez.

—Salga á luz, dijo Insuati.

Martinez desenvainó un estoque toledano acanalado, ancho de tres dedos, largo de cinco palmos, y con empuñadura de gavilanes.

Insuati le empuñó, le blandió, rebatió la mano, y el estoque silbó, pero no se rompió.

En seguida Insuati giró, tomó la guardia, y se fué á fondo contra una pared.

El estoque produjo un arco violento, pero no se rompió.

Insuati probó la punta.

No se habia roto.

Tiró con placer al aire cuatro tajos y cuatro reveses, y dijo:

—Con este estoque soy yo capaz de meterme entre un escuadron de genízaros; echa para acá la vaina, Martinez.

—¿Y para qué? dijo Martinez, soltando la vaina sobre la mesa.

—Porque yo se la voy á dar al señor Juan de Escobedo, respondió Insuati.

Y metió el estoque en la vaina, se desciñó su espada, y la dió á Martinez, diciéndole:

—Tampoco es mala, porque á mí me gusta ir bien armado.

Y se puso el estoque de doble canal en el talabarte.

Luego dijo:

—Aunque tratándose de agradecimienío no hay que hablar de paga, bueno es que sepais que el señor Antonio Perez nos pagará bien y cumplidamente este negocio: oficios tendremos y doblones á pedir de boca; y al que le guste la milicia, á campaña irá, y bien acomodado: con que ánimo, compañeros, y el que haya de volverse atrás mañana, que lo diga hoy, que á tiempo estamos.

—No, no, no, gritaron todos.

—Ea, dijo Insuati; pues hasta mañana á la noche: todos conoceis al señor Juan de Escobedo, ¿no es verdad?

—Sí, contestaron todos.

—Pues, mira tú, Miguel del Bosque, dijo Insuati; tú te vendrás conmigo: vosotros, Juan Rubio y Antonio Enriquez, os pondreis á pasear como si rondárais en la plazuela de Santiago; y vosotros, Diego Martinez y Juan de Mesa, os pondreis en la punta de la calle de Santa Clara: si va acompañado el señor Juan de Escobedo, le dejareis pasar, y si no va acompañado, paréceme á mí que no dejaré yo que hasta vosotros llegue: con que cada mochuelo á su olivo, y hasta mañana á la noche cada cual en su lugar: se entiende, y esto no es menester decirlo, que en oyendo tumulto y voces «¡aquí de la justicia! ¡que han muerto á un hombre!» puñado de moscas y ojos que te vieron ir: con que hasta mañana, compañeros.

Fuéronse todos menos Insuati, que se quedó en larga conversacion con la Mari-loca.

Ni al dia siguiente ni en los posteriores pudo hacerse nada.

Juan de Escobedo iba acompañado siempre de su hijo Pedro.

Al fin, Pedro se puso malo, y esto se supo.

La princesa de Eboli envió un recado á Juan de Escobedo, que hacia dos noches que no iba á verla á causa de la enfermedad de

su hijo: mejor dicho, á causa del recelo que tenia de que le matasen.

Sin embargo, no desconfiaba de la princesa, ni aunque hubiera desconfiado, podia disculparse hábilmente de acudir á su llamamiento.

—Buenas noticias, Escobedo, dijo la princesa: he hablado de vos á su majestad; no vayais á tomarlo esto por miedo de la amenaza que me hicísteis, que os engañaríais: yo os he perdonado aquella amenaza, y esta no ha sido parte para que yo me interese ni mas ni menos por vos: el rey me ha ofrecido concederos una audiencia.

—¡Ah, señora! ¿y cómo os habeis atrevido á tanto sin contar con el señor Antonio Perez? dijo Escobedo.

—Estais equivocado, repuso la princesa, cuando creeis que Antonio Perez es vuestro enemigo; ¿qué le va á él ni qué le viene en los asuntos de don Juan de Austria? Verdad es que os ha tratado serio; pero vos le habeis ofendido, y no debeis quejaros: yo aprovecho la ocasion de estar Antonio Perez ausente en Alcalá á pasar la Semana Santa, para que vos veais al rey: porque Antonio Perez, no de enemigo, sino de resentido, os estorbaria la audiencia.

—¡Ah, señora! dijo Escobedo: ahora os conozco, y no sé por qué he desconfiado de vos.

—Porque os habeis hecho demasiado receloso, Escobedo, y el recelo os ha hecho olvidaros de quién soy yo, de que os conozco desde que me casé con el príncipe don Ruy Gomez, que os tengo por de mi casa, y de que me intereso por vuestros acrecentamientos.

La princesa entretuvo al imprudente y confiado Escobedo, hasta cerca de las Animas, en que Escobedo la dijo:

—Perdóneme vuestra escelencia si la dejo, que no es por mi voluntad, que si por ella fuera, yo me estaria al lado de vuestra escelencia todo un siglo, y con mucho contento mio; pero mi hijo Pedro está enfermo, y hace ya tres horas largas que falto de su lado, y estará cuidadoso: déme vuestra escelencia vénia para retirarme.

—Id, id con Dios, Escobedo, y hasta mañana.

—Beso las manos á vuestra escelencia, dijo Escobedo: hasta mañana, si Dios quiere.

Y salió.

Apenas habia salido, se abrieron las cortinas, y apareció una figura grave, negra, sombría.

Felipe II, en fin.

Atravesó la cámara sin decir ni una sola palabra á la princesa,

salió de ella, recorrió algunas habitaciones, y en la última apagó las luces.

Luego abrió un balcon que daba á la plazuela de Santa María, y se puso á mirar á la callejuela del arco de la iglesia.

La princesa de Eboli habia seguido silenciosamente al rey, y se habia colocado detrás de él sin hacer ruido.

Oia murmurar al rey palabras roncas é ininteligibles.

Acaso no eran palabras, sino el resultado de una escitacion que producia un rugido sordo, comparable al del tigre encaramado en un árbol, contraido, encorvado, que espera impaciente á su presa para arrojarse sobre ella.

Un hombre dobló la esquina del palacio de la princesa, y cruzó la desierta y oscura plazuela de Santa María en direccion á la callejuela del arco de la iglesia.

Al llegar á ella, un bulto salió del hueco de una puerta, y le dijo con voz vibrante y sombríamente acentuada:

—¡Alto allá, señor Juan de Escobedo!

Era Insuati.

Juan de Escobedo hizo un movimiento de retroceso.

Insuati tomó rápidamente la guardia, se tiró á fondo, y atravesó de parte á parte por el pecho á Escobedo, con el estoque de doble canal que le habia dado Martinez.

—¡Socorro! ¡confesion! ¡asesinos! gritó de una manera horrible Escobedo.

Insuati sacó el estoque de la herida, y dió á correr, tomando el camino de la Morería.

Juan de Escobedo vaciló un momento y cayó, y no pudo decir ni una sola palabra mas.

Era cadáver.

Felipe II se retiró del balcon murmurando:

—Un traidor menos.

Al volverse, tropezó con la princesa de Eboli.

—¿Quién es? dijo.

—Soy yo, señor, dijo la princesa con la voz trémula.

—Habeis hecho mal en seguirme, dijo el rey; estas cosas no son para mujeres.

Y desapareció.

La princesa se encontró sola.

Felipe II habia salido de su casa por el postigo que correspondia

á la calle de los Autores, se habia vuelto al alcázar, se habia metido en su oratorio, y se habia puesto á rezar, no sabemos si por el alma de Juan de Escobedo, ó porque Dios le perdonase aquel asesinato.

Entre tanto, habia acudido una ronda, y con la presencia de la ronda, se habian atrevido á salir algunos vecinos.

Poco despues, y por lo que iban hablando algunos transeuntes, los que esperaban en la plazuela de Santiago y en el estremo de la calle de Santa Clara, dieron á correr.

La justicia habia encontrado dos capas pardas á lo largo de la calle de la Almudena, lo que indicaba, que si por ser una sola la herida del cadáver, habia sido cometido materialmente el asesinato por un hombre solo, otro habia asistido á él.

Pero las capas no tenian nombre ni seña, y abundaban entonces las capas pardas de ronda, que, á mas de abrigar, eran muy á propósito contra la lluvia.

La justicia se vió reducida á llevar el muerto, á quien se habia reconocido, á su casa, sin tener la satisfaccion de prender á los delincuentes.

Miguel del Bosque entre tanto esperaba en una callejuela de la Morería, en jubon y sin capa, á la puerta de Antonio Enriquez, que no tardó en sobrevenir, y le ocultó.

De la misma manera amparó Juan de Mesa á Insuati, á quien habia encontrado tambien sin capa á su puerta.

—Eres un cobarde, le dijo Juan de Mesa; la capa no se pierde nunca.

—La sangre le da á uno en la cara, Juan, dijo lacónicamente Insuati, y le ciega.

Y se metió casa de Juan de Mesa.

Aquella misma noche, Juan Rubio fué á Alcalá, á avisar á Antonio Perez de lo que habia sucedido.

CAPITULO XXIX.

De cómo Pedro de Escobedo sirvió de instrumento al odio de los Vazquez.

El asesinato de Juan de Escobedo causó en Madrid una sensacion profundísima, tanto por la alta categoría del muerto, como secretario de Estado del gobernador de Flandes don Juan de Austria, como por lo que se murmuraba de que aquel asesinato habia sido hecho por el miedo de la princesa de Eboli y de Antonio Perez, de que Escobedo hiciese conocer al rey sus amores.

Recordábanse murmuraciones de Escobedo: picantes anécdotas referidas por él, y que él habia supuesto hechos acontecidos casa de la princesa.

Hablábase de reposteros ó cubiertas de lecho de un valor inmenso, de telas de oro y plata; de ricas alhajas regaladas por Antonio Perez á la princesa.

Murmurábase de la facilidad y de la frecuencia con que de dia, de noche, y á todas horas, entraba casa de aquella orgullosa dama el secretario de Estado; de que la llevaba á la casa de comedias á aposento ó palco cerrado, y permanecia solo con ella.

Y teniendo en cuenta que todo el mundo sabia las graves relaciones que existian entre el rey y la princesa, la opinion pública señaló como asesinos de Escobedo á la princesa y á Antonio Perez.

Estas murmuraciones no llegaban al rey.

Nadie se atrevia á hacerle oir tales cosas, porque era demasiado conocida la sombría cólera de Felipe II.

Pero los hermanos Vazquez de Arce no reposaban, no se daban por vencidos, y oyeron con una alegría feroz estas murmuraciones.

Antonio Perez estaba en Alcalá, de donde no debia volver hasta pasada la Semana Santa.

Mateo Vazquez se aprovechó de esta circunstancia, y se fué á casa de la viuda y de los hijos de Escobedo, donde de cuerpo presente aún, sobre un túmulo rodeado de blandones amarillos, estaba el cadáver del desgraciado Escobedo.

El duelo de parientes, deudos y amigos, llenaba la casa.

La viuda y los hijos causaban por su dolor una compasion profunda.

Mateo Vazquez se deslizó en la casa mortuoria como una zorra en un gallinero, y se apoderó de Pedro de Escobedo, el mayor de los hijos del difunto.

El papel que representaba en aquellos momentos Mateo Vazquez era odioso; porque no le llevaba allí una idea de justicia, sino una idea de odio y de venganza.

—No es este tiempo, señor Pedro de Escobedo, dijo, de estériles lágrimas ni de inútiles lamentaciones; sino de armarse de valor y buscar la satisfaccion de la desgracia que se llora con el castigo ejemplar y formidable del que la ha causado.

—¿Y qué he de hacer yo, triste de mí? dijo apenado y lacrimoso Pedro de Escobedo: si es cierto, como dicen, que quien ha matado á mi padre ha sido Antonio Perez, este es demasiado poderoso, y le ama el rey lo bastante para que, no solo sean mis quejas inútiles, sino para que traigan sobre mí un duro castigo.

—Por mucho que ame el rey á Antonio Perez, dijo Mateo Vazquez, se ama mucho mas á sí mismo; y os aseguro, que si seguís mis consejos, no solo os escuchará el rey, sino que se vengará de Antonio Perez, haciéndoos justicia.

—¿Y qué he de decir á su majestad? preguntó Pedro de Escobedo, á quien una débil espectativa de venganza secó los ojos.

—¿Pues qué, dijo Mateo Vazquez, dejando caer una á una sus palabras, no teneis á mano los amores de Antonio Perez y de la princesa de Eboli?

—Ya mi padre me habia aconsejado que si le mataban me va-

liese de ese medio para vengarle; pero ¿cómo decir esto al rey, ni cómo dar al rey la prueba de esos amores?

—Hablad de ellos al rey, dijo Mateo Vazquez, que con esto basta por el pronto; y despues no faltará quien manifieste á su majestad la verdad de lo que vos hayais acusado. Veníos, veníos conmigo al alcázar, que por el camino yo os instruiré de lo que debeis decir á su majestad.

Pedro consultó con su madre y con su hermano, y tan ansiosos estaban estos de venganza, que le escitaron, y siguió á Mateo Vazquez.

Eran las tres de la tarde del dia siguiente al asesinato de Escobedo.

Trabajaba Felipe II con su asiduidad acostumbrada, y el secretario Zayas le llevaba la pluma.

Se paseaba el rey teniendo en la mano un despacho que consultaba para dictar lentísimamente.

De tiempo en tiempo, hacia que Zayas le leyese lo que habia dictado, y descontento de su propia obra, le mandaba rasgarlo, y dictaba de nuevo.

Felipe II no se fiaba de su propio juicio, y mortificaba las ideas y los conceptos hasta lo infinito, de tal manera, que era necesaria una paciencia especial ó una gran costumbre al que le servia de amanuense. Porque naturalmente, los amanuenses de Felipe II eran personas de calidad, que tenian pensamiento propio, y que influian mas ó menos directamente en la política.

Ocupado estaba el rey en su despacho con la misma apariencia de todos los dias, á pesar de que habia presenciado, como sabemos, el asesinato de Escobedo.

Como era natural, se le habia dado cuenta de él, y solo habia contestado con su acostumbrada impasibilidad:

—Que se busque á los asesinos, y no se cese hasta que caiga sobre ellos la pena de su culpa: que se vaya á ver de mi parte á la viuda y á los hijos de Juan de Escobedo, y se les ayude en lo que fuere menester.

El rey no habló ni una palabra mas, ni nadie, aunque Escobedo tenia muchos amigos en la córte, se atrevió á hablar mas al rey de este asunto.

Era demasiado terrible Felipe II para que nadie se atreviese á tomar para con él la iniciativa en ningun asunto.

Pero Mateo Vazquez estaba ébrio de odio, y se atrevió á todo.

Se abrió la puerta de la cámara, y un gentilhombre dijo desde ella con voz contenida y respetuosa:

—Señor: el secretario Mateo Vazquez solicita hablar á vuestra majestad para un asunto que dice ser muy importante.

—Pase Mateo Vazquez, dijo el rey. Idos, Zayas.

Zayas se separó de la mesa, en la cual escribia arrodillado, sobre un cogin puesto sobre un escabel, y salió por la puerta de servicio que ponia en comunicacion las Secretarías de Estado con la cámara de despacho del rey.

Mateo Vazquez entró encorvado, encogido.

Pero aquel encogimiento, aquel encorvamiento, eran una forma hipócrita; porque Mateo Vazquez era en aquellos momentos, no solo valiente, sino temerario.

El odio es siempre audaz.

El rey dejó sobre la mesa el despacho que tenia en la mano, y miró friamente á Vazquez, que adelantaba hácia él con la lentitud de un reptil.

A cierta distancia del rey, se arrodilló.

—Alzad y hablad, le dijo Felipe II.

Mateo se levantó; pero permaneció encorvado, es decir, se levantó á medias.

Y luego, con una voz profundamente respetuosa y un tanto trémula, dijo:

—Perdonadme, señor, si vengo á molestar la atencion de vuestra majestad; pero la justicia.....

—¿Qué decís de justicia? preguntó el rey.

—El señor Pedro de Escobedo ha venido á mí con las lágrimas en los ojos, destrozado el corazon por la desastrada muerte de su padre.....

—Acabad, dijo el rey.

—Me ha pedido suplique á vuestra majestad una audiencia para él, y yo no me he atrevido á negarme, temeroso de que se creyese.....

—Habeis hecho bien, dijo inalterable Felipe II: yo siempre estoy dispuesto á escuchar en justic a las quejas de mis vasallos. Id y decid á ese mozo que pase; pero que pase solo.

Mateo Vazquez se retiró sin volver la espalda, y salió.

En el momento en que el rey estuvo solo, se nubló de una ma-

nera terrible su semblante, temblaron de cólera sus labios y sus mejillas, y pasó por sus ojos como un relámpago opaco una espresion lúgubre.

Todo lo que era pedir contra una muerte mandada por él, era para él, en la conciencia de su suprema potestad, una rebeldía.

—¡Están locos! murmuró de una manera tal, que aunque hubiese estado junto á él una persona, no hubiera oido estas palabras.

Al abrirse la puerta de la cámara, el semblante del rey recobró su impenetrable impasibilidad.

Entró temblando Pedro de Escobedo; miró al rey con ánsia, se sintió como repelido por la inmóvil y fria atencion de Felipe II, juntó las manos, cayó de rodillas, miró de nuevo con ánsia al rey, rompió á llorar, y solo se oyó como una esclamacion balbuciente, cobarde, estas tres palabras:

—¡Señor!... ¡mi padre!.....

Parecia como que un instinto misterioso decia á Pedro de Escobedo que el rey le habia quitado su padre, y se lo pedia.

No pudo hablar mas.

—Alzad, mozo, alzad, dijo el rey: alzad, reportaos, no tembleis, cobrad ánimo: el rey es la justicia, y la justicia no debe espantar mas que á los malvados.

—Pues bien, justicia, justicia es lo que quiero, señor, esclamó alentado por las palabras del rey, Pedro de Escobedo, que se levantó y se puso erguido con el valor de la inocencia y del calor ante el representante de Dios sobre la tierra.

—Ya he mandado, dijo el rey, que no se cese hasta castigar á sangre á los asesinos.

—¿Pero quiénes son los asesinos, señor? esclamó Escobedo.

—Descubrirlos y castigarlos corresponde á mi justicia.

—Son muy altos los asesinos, señor, dijo creciendo en valor Pedro de Escobedo, viendo que el rey no levantaba ni mas ni menos la voz: son muy altos, y pueden torcer las varas de los jueces de vuestra majestad.

—Tened el discurso, mozo, contestó el rey, sin recargar su acento: el dolor que naturalmente sentís, os estravía.

—Los asesinos, se apresuró á decir Pedro, son la señora princesa de Eboli y el señor Antonio Perez.

—¿Y qué importa? dijo el rey: ¿creeis tan altas las cabezas de esos dos, que no les alcance la espada de mi justicia?

—Aniquíleme Dios antes, señor, que dude ni un momento de la alta, de la inexorable justicia de vuestra majestad; pero la justicia puede torcerse en el camino.

—No se torcerá si la encaminais con buenas pruebas.

—Hace mucho tiempo que mi padre me decia: «Estos negocios acabarán mal; me matarán.»

Escobedo se detuvo.

El rey permaneció escuchando, al parecer impasible.

El jóven continuó alentado, porque así, muda, atenta, inalterable, comprendemos á la justicia.

—Mi padre, señor, no podia consentir, como antiguo deudo, y agradecido á la memoria del príncipe Ruy Gomez de Silva, que su viuda afrentase su memoria, dando á todo el mundo el espectáculo de sus liviandades con el señor Antonio Perez.

Necesario es comprender el carácter y el corazon de Felipe II para conocer hasta qué punto fué rudo el golpe que acababa de darle Pedro de Escobedo.

Felipe II no creia, no podia creer que la princesa y Antonio Perez se atreviesen á engañarle, á burlarle, á humillarle, á ponerle en ridículo, á cometer un tal y tan infame desagradecimiento.

No cabia en la cabeza de Felipe II existiese un mortal que, conociendo el rayo, se atreviese á provocarle: no podia consentirse á ser un objeto de burla: esto le enloquecia, le hacia capaz hasta del esterminio universal.

Y sin embargo de lo rudo, de lo terrible del golpe, permaneció impasible.

Habia dominado completamente su organizacion.

Era una roca; pero dentro de aquella roca, ignorado, hervia, rugia sordamente un volcan.

—Grave era vuestra acusacion, dijo; pero acabais de hacerla mas grave: ¿qué pruebas teneis?

—La intimidad escandalosa de la señora princesa de Eboli con el secretario Antonio Perez; intimidad que conoce todo el mundo en Madrid, porque, como si nadie tuviera ojos, de nadie se recatan.

—Y bien; cuestiones son estas que á sus almas atañen: porque al fin Antonio Perez está casado con una santa mujer. ¿Pero por qué ha de sacarse de aquí que las liviandades de esos dos hayan causado la muerte de vuestro padre?

El rey esploraba.

—Mi padre, señor, como antiguo deudo de la casa del príncipe Ruy Gomez, reprendia á la princesa; y viendo que los buenos consejos no aprovechaban, llegó á amenazarla con que daria cuenta de todo á vuestra majestad, para que vuestra majestad pusiese enmienda. Dos meses hace de esto, señor, y Antonio Perez ha procurado envenenar dos veces en su casa á mi padre; y por último, aún no hace mucho tiempo, fué ahorcada una esclava nuestra por haber dado veneno, del que estuvo muy enfermo, á mi padre. Esto, que inevitablemente se hizo público, ha hecho, cuando mi padre ha sido muerto á hierro, que todo el mundo diga que le han matado de órden del señor Antonio Perez y por cosas de la princesa.

—Bien, dijo el rey; pero la murmuracion ociosa inventa cosas que no existen.

—El señor Mateo Vazquez, dijo Escobedo, obedeciendo las instrucciones que habia recibido de Mateo, puede probar á vuestra majestad la certeza de las ilícitas amistades de Antonio Perez y de la princesa de Eboli.

—Bien, dijo el rey: ya os he oido, y os prometo completa justicia; pero como la acusacion que me habeis dejado oir, no viene acompañada de pruebas claras, sino de sospechas, os mando que calleis hasta que yo me haya informado de lo que hubiere: y para ello, decid al señor Mateo Vazquez que pase. Idos.

Y el rey, en muestra de que no se habia enojado con Pedro de Escobedo, le dió á besar su mano.

El jóven salió lleno de una triste esperanza; de la esperanza de ser vengado por la justicia del rey.

Encontró en la antecámara á Mateo Vazquez, y le comunicó la órden del rey.

El alma del clérigo se llenó de alegría.

Estaba al borde del favor de Felipe II.

—¿Os espero? le preguntó el jóven.

—No, señor Pedro, no: idos confiado: el negocio queda en buenas manos.

Y se entró en la cámara.

CAPITULO XXX.

De cómo un zorro se acomoda en el antro de un leon.

—¿Por qué me habeis disparado ese necio mancebo, Vazquez? dijo severamente el rey á su secretario de segundo órden: ¿por qué me habeis metido en negocios enfadosos, como si no tuviera yo bastante afan y cuidado con el gobierno de mis reinos y con las cosas de afuera? ¿Tanto odiais á Antonio Perez?

—Yo odio, señor, á todos los desleales á vuestra majestad.

—Si yo no tuviera tanta, me acabaria la paciencia esta guerra de bandos: dicen que soy un rey poderoso, y así lo creo, Dios me perdone; pero no puedo poneros en paz: mi poder se estrella contra vuestras iras, y dareis lugar á que me persuada á pasarme sin vosotros, y lo meta todo á barato.

—De la batalla entre los supuestos bandos políticos, señor, sale la luz del gobierno y la felicidad de los reinos de vuestra majestad; y tanto conoce esta verdad vuestra majestad, en su gran sabiduría, que mantiene á su lado y en su Consejo á los dos bandos enemigos.

—Cierto es ello, dijo el rey; pero me sacrifico contínuamente combatido por esas encontradas olas.

—Vuestra majestad es la roca incontrastable.

—Pero la roca puede cansarse de ser combatida.

—Vuestra majestad es absoluto señor de todo, contestó humildemente Mateo Vazquez.

—Señor de todo, sí; y tan señor de todo, que guarda un dia en que apague en sangre inquieta y ambiciosa tanto odio, tales y tan ágrias enemistades. ¿Qué habeis dicho á ese mozo? Que la princesa de Eboli y Antonio Perez mantienen una mancebía escandalosa que todo el mundo sabe, y que yo ignoro, ¿no es esto?

—Sí señor.

—¿Y por qué no se me ha probado esta acusacion antes de ahora, sin ruido y sin intervencion de segunda persona?

—Porque se esperaba que estas amistades se hiciesen mas precavidas, mas discretas; pero no ha sucedido así: al contrario: han llegado al grave caso de producir un escándalo con la muerte del secretario Escobedo.

—Ved, Mateo, que esa prueba es difícil.

—Juan de Escobedo, señor, era el hombre mas imprudente del mundo: no solamente amenazó á la princesa y á Perez de que pondria en conocimiento de vuestra majestad sus amores, sino que lo ha propalado por todas partes, que ha dicho á todo el mundo que si moria de mala muerte no se buscase otra mano que la de Antonio Perez, por el interés de la princesa; y de tal manera todo el mundo lo ha creido, que al saberse la muerte de Escobedo, la voz pública ha acusado á la princesa de Eboli y á Antonio Perez. ¿Cómo era posible callar, señor, y no venir á ofrecer á los piés de vuestra majestad la prueba de las ilícitas relaciones del secretario Perez y de la princesa de Eboli? Y porque siendo ellos tan poderosos, ningun ministro de justicia se atreveria á tocar al negocio, y el nombre de vuestra majestad andaria en lenguas, porque nadie creeria que vuestra majestad ignoraba lo que todo el mundo sabe, yo, y mi hermano conmigo, esponiéndonos al enojo de vuestra majestad, y sin mirar á nadie mas que á nuestra lealtad, hemos pensado convenia que la queja de la familia de Escobedo viniese directamente á vuestra majestad, en vez de ir á su sala de alcaldes de Casa y Córte: hé ahí por qué yo he suplicado á vuestra majestad una audiencia para el hijo del secretario Escobedo.

—Despues de oiros, conozco que habeis hecho bien, dijo el rey; y os encargo de la averiguacion de este negocio: vigilad al secretario Antonio Perez, y cuando algo hubiere de cierto, venid á avisarme á cualquier hora que fuere del dia ó de la noche, para lo que se os dará una llave del postigo de los Infantes, cerca del cual hay una escalerilla por donde se sube al cuarto de Santoyo: con Santoyo

os entendereis: idos, y guardad un profundo secreto acerca de esto.

Y dió tambien á besar su mano á Mateo Vazquez.

Despues llamó á Zayas, y continuó trabajando.

Era aquel mucho rey.

A pesar de que habia hablado con cierta viveza á Mateo Vazquez, habia conservado la frialdad de semblante y de acento de quien si se incomoda por un escándalo, no le da importancia respecto á sí mismo.

No parecia sino que Felipe II defendia la moralidad y la justicia, no su corazon.

Santoyo se entendió con Mateo Vazquez.

Volvió de Alcalá Antonio Perez, y nada sospechó, ni pudo sospechar.

El rey le trataba con mas cariño que nunca.

La familia de Escobedo no se movia.

Las murmuraciones, ó se habian apagado, ó no llegaban hasta los oidos de Perez y de la princesa.

Esto los alentó para ser mas imprudentes.

Los asesinos no estaban ya en España.

A todos se les habia dado dinero y provisiones de alféreces firmadas por el rey.

Insuati habia muerto en Nápoles, apenas llegado á aquel ejército.

De los demás no se sabia.

El crímen parecia completamente oculto, y el rey, mas confiado que nunca.

Sin embargo, todas las noches, Mateo Vazquez, quitadas sus ropas de clérigo, y disfrazado, rondaba con su hermano Rodrigo Vazquez la casa de la princesa de Eboli.

Llegó al fin á tanto la confianza de los amantes, que ya todas las noches, á altas horas, entraba Antonio Perez casa de la princesa, y no salia hasta por la mañana.

Llegó al fin el 26 de julio.

Los hermanos Vazquez, acompañados de tres amigos suyos, amigos al par de la familia Escobedo, ocultos en un soportal de la plazuela de Santa María, vieron entrar por el postigo del palacio de la princesa á Antonio Perez, despues ya de la media noche.

—¿Por qué esperar mas? dijo Rodrigo Vazquez: el rey empieza á desconfiar de nosotros, y cree con tanta mas facilidad como que lo

desea, que todo lo que se le ha dicho acerca de los amores de estos dos es una calumnia. La noche está tranquila, calorosa; convida á tomar el aire libre: ¿por qué no te vas, Mateo, al alcázar, y avisas al señor Sebastian de Santoyo?

—En lo mismo pensaba yo, dijo Mateo.

—Pues no hay que perder tiempo: ¿has traido la llave del postigo de los Infantes?

—No se me cae de encima.

—Pues anda, Mateo, anda, y concluyamos de una vez.

Mateo se encaminó al cercano alcázar, abrió el postigo, subió por una escalerilla de ojo, valiéndose de la luz de una linterna sorda que llevaba, atravesó un pasillo, y llamó á una pequeña puerta.

Era una puerta de escape del cuarto de Sebastian de Santoyo, que servia tambien de puerta de escape al rey; porque el cuarto de Santoyo estaba en comunicacion con el cuarto de Felipe II.

Llamó Mateo, y á poco abrieron la puerta, y con una lámpara de mano encendida apareció el ayuda de cámara, ó mas bien, el confidente del rey, Sebastian de Santoyo.

—¿Qué es esto, señor Mateo Vazquez? dijo. ¿Ha llegado ya la hora?

—Sí señor; tenemos al pájaro enjaulado, dijo Mateo Vazquez.

—Pues mirad, dijo Santoyo: parece que lo ha adivinado su majestad, porque, contra su costumbre, todavía no se ha recogido. ¡Qué hombre ese señor Antonio Perez! ¡qué hombre! ¡qué audacia! y sobre todo, ¡qué ingratitud! Esto acabará mal, muy mal, señor Mateo Vazquez.

—En todo caso, ellos se tienen la culpa.

—Y bien, yo quisiera que esto no lo hubiera sabido jamás su majestad; en fin, ya no tiene remedio: esperad, voy á avisar al rey.

Santoyo se entró, y volvió á poco, y dijo á Mateo Vazquez:

—Su majestad queda enterado, y os manda que os retireis de la plazuela de Santa María.

Mateo Vazquez obedeció.

Media hora despues, se retiraban del soportal en que estaban ocultos, los hermanos Vazquez y sus tres amigos.

Una hora adelante, entraban en aquel mismo soportal dos hombres completamente embozados.

CAPITULO XXXI.

De cómo se perdieron Antonio Perez y la princesa de Eboli.

Aquel rey que dentro de su alcázar estaba siempre rodeado de guardias, y al que era muy difícil llegar, no porque temiese nada, que en aquellos tiempos nadie habia que pensase en atentar á la vida del rey, se quedó solo bajo un soportal de la plazuela de Santa María.

Le guardaban la soledad y las tinieblas.

Santoyo, que le habia acompañado, se habia ido al postigo de la casa de la princesa, del que siempre tenia una llave.

Abrió, y entró á oscuras.

Nada importaba esto, porque Santoyo conocia demasiado las entradas y las salidas de la casa de la princesa.

Santoyo, que era un caballero del cual ningun mal recuerdo guardan las memorias de aquel tiempo, adelantó, sin embargo, con el recato y el silencio de un ladron.

Esto, que parece estar en inarmonía con el intransigente honor de un caballero, nada tenia de estraño, atendiendo á las creencias de aquellos tiempos.

Servia al rey, y servir al rey por efecto del fanatismo político y religioso de entonces, era hacer lo que se debia hacer; mas aún: lo que era imprescindible hacer, so pena de deslealtad, fuese cual fuese el mandato del rey.

Por eso, aunque el oficio que Santoyo hacia, era bajo para nuestros tiempos, Santoyo no lo tenia por tal.

Llegó á oscuras á una habitacion del primer piso, y escuchó y miró por el hueco de la cerradura.

No se oia ruido alguno; pero dentro habia luz, y estaba sentada junto á una mesa, apoyada un brazo en ella, y en la situacion de quien se fastidia, una jóven morena y bastante hermosa.

Era doña Beatriz, la dama de confianza de la princesa de Eboli, que velaba, como siempre que se quedaba en casa de su señora Antonio Perez.

Santoyo levantó silenciosamente el picaporte, abrió sin ruido la puerta, y entró, sorprendiendo á doña Beatriz, que no le vió hasta que estuvo junto á ella.

Al verle, se levantó, ahogó un grito de espanto, y miró ansiosa, esperando ver tras Santoyo al rey.

Despues se volvió rápidamente hácia una puerta; pero Santoyo la asió una mano, y la dijo:

—Estaos quieta: callad.

—¡Pero, señor Sebastian!... dijo alentando apenas doña Beatriz: ¡esto es terrible!.....

—Lo sé, y lo siento, dijo Santoyo: lo siento por todos; por el rey, por la princesa, y por el señor Antonio Perez: lo mejor seria que esto no sucediese.

—¿Pero qué sucede? dijo doña Beatriz, reponiéndose.

—Sucede que el señor Antonio Perez está aquí.

—Os juro que no.

—Se le ha visto entrar, y no ha salido: cuidad, que el rey no perdona las traiciones, doña Beatriz, y que las castiga á sangre, sin mirar edad, sexo ni condicion.

—¡Oh, Dios mio! dijo doña Beatriz; yo no hago traicion á su majestad.

—Se la habeis hecho. ¿Pues qué, ignorais que el rey ama á vuestra señora? Evitemos contestaciones, doña Beatriz, y sobre todo, dilaciones; porque el rey está esperando, y no es prudente impacientar á su majestad.

—¡Que espera el rey!

—Sí; está en la plazuela de Santa María. Tomad vuestro manto, y venid conmigo.

Doña Beatriz buscó su manto, y siguió á Santoyo.

Este la dijo antes de salir:

—En la situacion en que os encontrais, os aconsejo sirvais lealmente á su majestad, y no dudeis de la recompensa: sois hermosa, y debeis tener amores.

—Es cierto, señor Sebastian: soy prometida de un buen hidalgo, pero su pobreza ha impedido que nos casemos; yo esperaba el dote que me tiene prometido mi señora.

—Servid bien á su majestad, y dote tendreis y buen oficio para vuestro marido; pero no nos detengamos, vamos deprisa: su majestad debe estar impaciente.

Llegaron en aquel momento al postigo; abrió Santoyo, y salieron.

—Conducireis á su majestad, dijo Santoyo á doña Beatriz, recatadamente y en silencio, á lugar donde pueda ver y oir á vuestra señora y al señor Antonio Perez.

—¡Oh, Dios mio! esclamó doña Beatriz.

Y siguió en silencio, y hasta el soportal, á Santoyo.

—Aquí está doña Beatriz, señor, dijo este.

—Bien, guiad, dijo el rey á la jóven.

Esta se volvió hácia el postigo, llorando en silencio.

Estaba aterrada.

Santoyo iba delante.

Abrió el postigo, y el rey entró con doña Beatriz.

En el postigo, solamente encajado, sin echar la llave, se quedó de guardia Santoyo.

El rey y doña Beatriz subieron.

Mudo el rey, pero dejando oir su respiracion terriblemente agitada.

A este poderoso alentar del rey, se unia, entre el silencio, el sonido apagado del llanto de doña Beatriz.

Así llegaron hasta el aposento donde Santoyo habia sorprendido á la jóven.

Esta se detuvo.

—¿Dónde están? dijo el rey, haciendo un esfuerzo, porque aquella situacion estraña irritaba su dignidad.

—En el retrete de las tapicerías, contestó la jóven.

—Permaneced aquí, y de aquí no os movais.

Doña Beatriz quedó inmóvil, mientras el rey, que tambien conocia mucho la casa de la princesa, adelantaba; pero silencioso como un tigre.

Llegó al fin por algunos aposentos oscuros, á uno en que se veia luz á través de las cortinas que cubrian una puerta.

El aposento de donde provenia la luz, era el retrete de las tapicerías azules.

En él se oian las voces de dos personas.

La una era la princesa de Eboli; la otra Antonio Perez.

El rey se acercó á las cortinas, agitado por una conmocion espantosa.

Apenas podia creer lo que estaba viendo.

Aquello era demasiado.

Su buena fé rechazaba tanta ingratitud.

Su altivez no comprendia tanto atrevimiento.

Se burlaban, y no temian, puesto que dejaban conocer la burla á todo el mundo.

El rey don Pedro el Cruel hubiera entrado puñal en mano en el retrete, lleno de cólera.

Felipe II no pasó de las cortinas, pero sentenció.

La cuestion en el fondo era la misma: solo se diferenciaba en que habia un aplazamiento.

Pero aquel plazo no debia ser muy largo.

—Y bien, decia Antonio Perez: es necesario que confeseis que en estas cosas de intrigas de córte entiendo yo mucho mas que vos; vacilando anduvísteis entre si se debia matar ó no á Escobedo, de temor de que el rey me abandonase, é hiciese caer sobre mí la muerte: ya veis que nada de esto ha sucedido: el rey ha desatendido la acusacion de Pedro de Escobedo, Mateo Vazquez anda conmigo muy humilde, nadie murmura ya, y con la muerte casual de don Juan de Austria, todo este asunto está concluido.

—¡Oh! ¡la muerte de don Juan de Austria! esclamó doña Ana con un acento aterrado por el horror.

El rey se estremeció tambien.

Don Juan de Austria habia muerto en Namur, dos meses despues de la muerte de Escobedo, segun unos, naturalmente; segun otros, á causa de un veneno.

Los versados en la política, los conocedores del carácter del rey, atribuian esta muerte á Felipe II.

La historia se la atribuye tambien.

¿Con qué fundamento?

Por puras deducciones políticas.

En todo caso, don Juan de Austria habia hecho traicion á Felipe II.

—Él lo quiso, dijo Antonio Perez.

—¿Pero estais seguro de que el rey ha mandado esa muerte?

—Sí.

—¿Han pasado por vos las órdenes, Antonio?

—No.

—¿Cómo, pues, entonces afirmais.....

—Si Juan de Escobedo era reo de alta traicion, no lo era menos don Juan de Austria: ya sabeis por qué se ha matado sin ruido por medio del hierro á Juan de Escobedo: no era posible un proceso, ni era posible tampoco dejar sin castigo la traicion: el rey ha obrado en justicia, pero con la muerte de Escobedo, solo se mataba al instrumento, y era necesario de toda justicia herir tambien la cabeza: un proceso era imposible: don Juan de Austria era hermano del rey: ¿se hizo acaso proceso al príncipe de Astúrias?

—¡Oh! ¡ese hombre es un demonio! dijo la princesa.

—No, esclamó Perez; es un desgraciado: ningun rey ha tenido que luchar con tantas contrariedades; ningun rey se ha visto rodeado de tantas traiciones, ni ha heredado unos tales trabajos y guerras, y enemistades de otros reyes, como el rey don Felipe.

—Pero mata... mata... mata... dijo con terror infinito la princesa.

—Ese es su destino.

—¿Y creeis que quien ha matado á su hijo y á su hermano, no nos matará á nosotros si llega á saber.....

—No sabrá nada; tiene en mí una gran confianza: nuestros enemigos nada pueden: si nos acusan, el rey creerá esas acusaciones calumnias de la envidia: yo no vengo de dia sino cuando el rey sabe que vengo; y ya veis que de noche me recato mucho.

—¡Oh! esclamó la princesa: ¡si el rey muriese como han muerto Escobedo y don Juan, qué felices seríamos!

—No pensemos en eso, doña Ana: el rey no nos estorba; por el contrario, el rey es nuestro poder: mientras el rey viva, nos haremos temer y respetar: estoy cansado, doña Ana, ¿quereis que nos recojamos?

La princesa dió la mano á Perez, se levantó, y le siguió.

El retrete quedó desierto.

El rey dió un paso hácia las cortinas, pero se detuvo.

Permaneció un momento inmóvil, temblando de los piés á la cabeza, dejando conocer una cólera horrible.

Luego se retiró, volvió al aposento donde habia dejado á doña Beatriz, y encontró á la jóven inmóvil como habia quedado cuando el rey se separó de ella.

Felipe II pasó junto á doña Beatriz y la dijo con acento frio y opaco:

—¡Ay de vos, si decís á alguien que yo he estado aquí esta noche!

Despues de esto, el rey bajó hasta el postigo, en el cual se encontró á Santoyo.

—Al alcázar, dijo el rey sombriamente.

Santoyo cerró el postigo, y siguió al rey.

Al llegar al alcázar, Santoyo adelantó, y abrió el postigo de los Infantes.

Cuando el rey estuvo en su cámara, dijo á Santoyo:

—Tráeme á mi confesor.

Santoyo se fué á buscar á fray Diego de Chaves, y volvió con él una hora despues.

El rey estuvo encerrado gran parte de la noche con fray Diego de Chaves.

Tenia mucho que consultarle.

Antonio Perez era para Felipe II algo mas que su secretario.

Lo que hablaron aquella noche el rey y su confesor, ha quedado envuelto en un misterio impenetrable.

Es cierto que los novelistas sabemos todo lo que piensan nuestros personajes, segun dice el vulgo, pero esto no es exacto: y en cuanto á los personajes históricos, es necesario irse con mucho tiento en ciertas ocasiones, por temor de calumniarlos.

Las memorias de que nos servimos, nada dicen acerca de lo que hablaron la noche del 27 de julio de 1578.

Solo se sabe que fray Diego de Chaves salió de la presencia del rey, pálido, tembloroso, y murmurando palabras ininteligibles.

El rey, antes de recogerse, escribió dos órdenes, llamó á Santoyo, y se las dió.

Eran órdenes de prision contra Antonio Perez y la princesa de Eboli.

La del primero, se cometia al alcalde de Casa y Córte Alvaro García de Toledo.

La de la segunda, al tambien alcalde de Casa y Corte Rodrigo Vazquez de Arce.

El rey se recogió al amanecer, para permanecer en el lecho sin dormir tres horas.

Despues se levantó, y se puso á trabajar con Zayas.

Mas adelante, en el discurso del dia, despachó con Antonio Perez, sin que este pudiese ni aun sospechar el golpe que le amenazaba.

A las once de la noche, el alcalde Alvaro García de Toledo se presentó en la casa de Antonio Perez, y le encontró en ella en el momento en que iba á visitar á la princesa.

—¿Qué es esto, señor Alvaro García de Toledo? dijo algo demudado Antonio Perez: ¿por qué os veo en mi casa acompañado de alguaciles?

Dos de estos seguian al alcalde.

—Ciertamente, contestó este, es muy dolorosa para mí la comision que traigo; y crea firmemente vuestra señoría que me hubiera holgado que su majestad se hubiese acordado para ello de otro.

—¿Pero qué comision traeis? dijo Perez.

—La de prenderos, y dejaros con guardias de vista en vuestra casa.

—Puesto que es la voluntad del rey, dijo Antonio Perez, procurando aparecer sereno, por preso me doy. Elegid vos, señor García de Toledo, la habitacion de mi casa que mejor os pareciere para que me sirva de prision.

—Elíjala vuestra señoría, que para mí todas son buenas.

—Pues bien, en mi despacho, dijo Perez: así podré al menos entretenerme con mis libros.

—Y trabajar en servicio del rey, dijo el alcalde.

—¡Cómo! ¿pues qué no me quita el rey de su despacho?

—No por cierto: creo que esto no es mas que un temor que os hace su majestad á ver si os reconciliais con el señor Mateo Vazquez.

—Ese hombre y yo no cabemos juntos en ninguna parte, dijo Antonio Perez; pero vamos, vamos al aposento que ha de servirme de prision.

Y se encaminó á su despacho, y se entró en él.

Aquel despacho estaba puesto con gran lujo, y rodeado de una rica estantería llena de libros raros.

—Y decidme, señor alcalde, preguntó Perez: ¿he de estar incomunicado?

—No por cierto, dijo Alvaro García, puesto que habeis de trabajar con vuestros oficiales.

—¿Y podré salir de este espacio?

—Solo se me ha dado órden de que os deje vuestra casa por cárcel.

—¿Quereis hacerme un favor?

—Cuantos querais.

—Apreciaria dijéseis al señor Sebastian de Santoyo, que me holgaria de que viniese á verme.

—Se lo diré mañana, que á estas horas está ya cerrado el alcázar.

—¿Y qué otras prisiones se han hecho, si sabeis? Porque yo tengo muchos amigos que son enemigos mas aún que yo del señor Mateo Vazquez.

Antonio Perez no se atrevió á preguntar directamente si habia órden de prision contra la princesa; pero este era el objeto de su pregunta.

—Lo ignoro, contestó el alcalde; porque si se han dado algunas otras órdenes, habrán sido como las que se me han dado á mí, reservadas.

—Temo haya sido tambien preso el marqués de los Velez, dijo Perez.

—Es posible, contestó Alvaro García de Toledo; pero no sé, no sé: nada me han dicho mis compañeros.

—¿Sereis servido de tomar algun refresco en mi casa?

—Gracias, señor Antonio Perez, gracias: me voy á dar parte á su majestad de haber cumplido su mandato, y os dejo aquí por fórmula dos alguaciles; es decir, dos criados mas: con que, reposad tranquilo, que esto tiene trazas de ser muy cosa; y que os guarde Dios.

—Id con él, señor Alvaro García de Toledo, dijo Antonio Perez, y gracias por la cortesía con que me habeis preso.

El alcalde salió.

Las gracias que Antonio Perez le habia dado no estaban de mas; porque Alvaro García de Toledo era enemigo suyo: como que pertenecia al partido de los hermanos Vazquez.

A la misma hora, Rodrigo Vazquez de Arce se presentaba con

gran aparato de alguaciles á caballo, casa de la princesa de Eboli.

Él mismo habia ido en mula, y le acompañaba una carroza.

Como que se trataba de un viaje.

A los golpes dados á la puerta, y á la voz de abrid al rey nuestro señor, se abrió la puerta, y Rodrigo Vazquez de Arce se hizo conducir á la presencia de la princesa de Eboli, que estaba galanísimamente vestida; como que esperaba á Antonio Perez.

—¿Qué es esto? dijo ágriamente la princesa, al ver á Rodrigo Vazquez, á quien aborrecia con toda su alma: ¿qué escándalo habeis traido á mi casa? ¿qué quereis?

Ya sabemos que la princesa era altiva y grosera cuando montaba en cólera.

—Quiero prenderos, y os prendo, dijo con no menos grosería Rodrigo Vazquez.

—¿Y quién sois vos, contestó con ímpetu la princesa, para prenderme á mí? Y sobre todo, ¿por qué me negais el tratamiento que me corresponde?

—A lo primero os diré, que en estos momentos soy una órden de su majestad, que os prende por mi medio: á lo segundo, que no dándome vos mi tratamiento, me escusais de que yo os dé el vuestro.

—¡No he de parar hasta que os vea en galeras!

—¡Bah! dijo Rodrigo Vazquez: ese es un buen deseo que no me parece de realizacion muy fácil: entre tanto, yo os prendo, y os intimo que, acompañada de una de vuestras damas, de una sola, me sigais.

—¡Cómo! dijo la princesa: ¿pues qué, me vais á llevar á la cárcel como á una mujer cualquiera?

—A la cárcel, no; pero á la fortaleza de Pinto, sí.

—Ea, pues retiraos á fin de que yo me prepare para la partida.

—No, dijo Rodrigo Vazquez; no me separo de vos hasta que os deje bien guardada en el castillo de Pinto.

—¡Le pesará al rey de lo que hace! dijo colérica la princesa, y demasiado confiada en el predominio que creia tener sobre Felipe II. ¡Doña Beatriz!

Apareció la jóven.

—Dadme mi manto, tomad el vuestro, y venid conmigo adonde quiera llevarnos este hombre.

Diez minutos despues, la princesa, demudada de cólera, entraba

con doña Beatriz, que iba aterrada, en la carroza que la esperaba á la puerta de su casa.

Rodearon los alguaciles á caballo la carroza, montó en su mula Rodrigo Vazquez, y á aquella hora, que eran las doce de la noche, emprendieron el camino hácia Pinto, saliendo por la puerta de Toledo, que se abrió mediante una órden del rey que presentó á los guardas Rodrigo Vazquez.

El rey presenció la salida de la princesa oculto en un soportal, y acompañado de Santoyo.

Cuando hubieron desaparecido la carroza, el alcalde y los alguaciles, á lo largo de la calle de la Almudena, el rey se volvió á su cámara, y estuvo paseando por ella agitado hasta las cinco de la mañana.

A aquella hora abrió un balcon, y se asomó á él para refrescar con el aire de la mañana su frente, que ardia.

Despues escribió dos cartas.

La una para el duque del Infantado, y la otra para el de Medina-Sidonia, parientes ambos de la princesa; cartas que fueron refrendadas por el cardenal Granvela, que el dia antes habia llegado de Italia y se habia encargado del Despacho Universal.

Estas dos cartas concluian de la manera siguiente:

«Y entendiendo yo que la princesa impedia la reconciliacion de Antonio Perez y de Mateo Vazquez, le habló el dicho mi confesor algunas veces, para que encaminase de su parte lo que yo tan justamente deseaba. Y viendo que no solamente no aprovechaba, pero que el término y libertad con que ha procedido es de manera, que por ello, y su bien he sido forzado mandarla llevar y recoger esta noche á la fortaleza de la villa de Pinto. De lo cual, por ser vos tan su deudo, he querido avisaros, como es razon, para que lo tengais entendido; y que nadie desea mas su quietud, y gobierno, y acrecentamiento de su casa y colocacion de sus hijos.»

Felipe II envió al cardenal arzobispo de Toledo don Gaspar de Quiroga á que visitase á doña Juana Coello y la tranquilizase, persuadiéndola de que la prision de Antonio Perez no comprometia en ninguna manera ni su honra ni su vida, y que solo se habia hecho para evitar las consecuencias de su enemistad con los Vazquez.

Por su parte, el confesor del rey, que habia visitado como oficiosamente á Perez, le habia dicho en son de chanza, que aquella enfermedad no seria de muerte.

Con la caida de Perez concluyó el bando político que habia creado el príncipe Ruy Gomez de Silva.

Este partido habia dirigido con suma prudencia y blandura los asuntos políticos durante veinte años.

Habia perdido uno tras otro al príncipe Ruy Gomez, su prudente y hábil jefe; á don Juan de Austria, su jóven y glorioso capitan; y por último, al marqués de los Velez, que le habia conservado un resto de consistencia y autoridad.

Tan considerables pérdidas y sus propias divisiones le arruinaron entonces completamente, y cedió el puesto á otro partido que, impelido por la violencia de los tiempos, y agravándola él mismo, lanzó el gobierno de Felipe II en otras vias.

A la cabeza de la nueva administracion fueron colocados el borgoñon Granvela, el vizcaino Idiaquez, y el portugués Cristóbal de Moura.

Granvela se habia instalado desde que llegó en la presidencia del Consejo de Italia y en el Despacho Universal de los negocios de este, y no en el de Castilla, ocupado por don Antonio de Pazos, ni en la Secretaría Universal del interior, por decirlo así, de la cual, á pesar de su prision, continuaba encargado Perez.

Aquel nuevo partido, arrastrado por un escesivo celo religioso, ó por una ciega obediencia, ó por un aventurero espíritu proyectista, llevó hasta el último esceso el sistema de Felipe II, y debilitó para siempre la monarquía española, queriendo engrandecerla desmesuradamente.

A tal estado habian llegado las cosas por las imprudencias y por la audacia de Antonio Perez.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

LA

VENGANZA DE FELIPE II.

CAPITULO I.

De cómo murió la princesa de Eboli.

Nos vemos obligados á ocuparnos á grandes rasgos de los sucesos de nuestra historia.

Por misterios que no han podido descubrir las investigaciones de gran número de eruditos, la persecucion de Felipe II contra Perez fué lenta, vacilante, presentando á cada paso estrañas alternativas, de tal modo, que habia momentos en que los enemigos de Perez le creian á punto de recobrar todo su poder.

Por el contrario, para la princesa de Eboli habia sido terrible la venganza de Felipe II.

Solo tenemos que decir, que aquella señora salió de la escena de una manera espantosa.

El rey no podia perdonarla el haberle hecho traicion.

Este asunto lo habia tratado Felipe II con su lentitud y con su aplomo de costumbre, hasta obtener la prueba.

Despues de haberla obtenido por sí mismo, los resultados fueron rápidos, violentos.

Como sabemos, doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa viuda de Eboli, condesa de Melito, habia sido llevada al castillo

de Pinto por el alcalde de Casa y Córte Rodrigo Vazquez de Arce.

Doscientos ochenta y siete años han pasado desde entonces, y en el trascurso de ese tiempo ha ido desapareciendo lentamente hasta quedar reducido á un torreon, que hoy se ve al lado del ferro-carril del Mediodía, aquella vieja y estensa fortaleza, que, si no estamos mal informados, habia pertenecido á la órden de Santiago.

Cabalmente en ese torreon, que ha perdido sus almenas y sus nidos de golondrina y sus matacanes, esto es, su cabeza, lo que debia hacerlo muy bello, fué donde estuvo encerrada durante dos meses, y de donde salió muerta, la desgraciada princesa de Eboli.

El torreon debia ser entonces muy bello: aún no ha perdido completamente su esbeltez y su gracia, ni su acusado carácter gótico bizantino.

Fuertes bastiones almenados, torres menores, fosos y rastrillos, todo lo que antes le constituia, ha desaparecido.

¿Cómo no ha desaparecido tambien su torre mayor ó de homenaje?

Ha quedado escueta y denegrida como un resto mutilado, como un recuerdo.

Los que la ven al pasar impulsados por el vapor, no ven mas que un muro de pequeñas piedras irregulares unidas por una argamasa gris, con sus ángulos redondos, levantándose como un viejo olvidado por otra generacion delante de la villa de Pinto; no saben que allí estuvieron encerrados el amor, el sentimiento, la rabia, los celos, el despecho de Felipe II, representados en la princesa de Eboli.

Nunca hemos visto aquel torreon sin sentir algo amargo, algo frio, algo semejante á la sombra de Felipe II.

Rodrigo Vazquez de Arce dejó encerrada allí á la princesa con doña Beatriz; y á mas de que llevaba severas órdenes para el alcaide, para que guardara estrechamente á la princesa, dejó cuatro alguaciles, uno de los cuales, á pesar del sexo de la prisionera, debia guardarla de vista y no permitirla hablar ni tratarse con otra persona que con su dama de honor doña Beatriz, que habia consentido, con una lealtad para la que no hay elogio bastante, en quedarse presa con ella para servirla.

Se temia la fuerza de seduccion de la princesa, y por lo mismo se habia estremado el rigor para su custodia.

Era una cabeza sentenciada.

Felipe II no podia dudar.

Doña Ana habia incurrido en delito de alta traicion, de lesa majestad, ó mejor dicho, de leso corazon contra Felipe II.

Atendido el carácter de este terrible personaje, no podia perdonarla, ni atendida la calidad del delito, sujetarla á un proceso y castigarla públicamente.

El proceso hubiera versado necesariamente sobre traiciones amorosas, y de esta clase de procesos no se han ocupado nunca los jueces, sino cuando han producido el delito de adulterio.

Pero Felipe II no necesitaba jueces para sentenciar.

Era rey de derecho divino, y con arreglo á las leyes y á las creencias de su tiempo, era el señor absoluto, la justicia absoluta.

Los jueces no eran otra cosa que delegados suyos.

Las leyes nacian en él, y morian en él.

Hé aquí lo que á propósito de esto, y tratándose de la muerte de Juan de Escobedo, decia el dominico fray Diego de Chaves, confesor del rey, que era un gran teólogo.

«Segun lo que yo entiendo de las leyes, que el príncipe seglar, que tiene poder sobre la vida de sus súbditos y vasallos, como se la puede quitar por justa causa y por juicio formado, lo puede hacer sin él, teniendo testigos, pues la órden en lo demás y tela de los juicios, es nada por sus leyes: en las cuales él mismo puede dispensar; y cuando él tenga alguna culpa en proceder sin órden, no la tiene el vasallo que por su mandato matase á otro que tambien fuere vasallo suyo, porque se ha de pensar que lo manda con justa causa, como el derecho presume que la hay en todas las acciones del príncipe supremo; y si no hay culpa, no puede haber pena ni castigo.»

Hé aquí la teoría mas completa de la tiranía.

Los pueblos entregados al arbitrio de un hombre, de un señor inapelable, terrible, absoluto.

Hé aquí las consecuencias del derecho divino de los reyes, ó lo que es lo mismo, las consecuencias del fanatismo político y religioso que sostenian aquel órden de cosas completamente cambiada por una sucesion de revoluciones en todas las esferas de la inteligencia.

Hoy, el rey no es otra cosa que el jefe del Estado.

Hoy, sobre el rey está la ley, y frente al rey, para velar por la ley, la opinion pública.

Hoy, la igualdad ante la ley, producto de la convencion de todos, es una verdad incontrovertible: una accion indeclinable; un poder inviolable.

Hemos conquistado la libertad á costa del sucesivo martirio de nuestros abuelos.

El cuerpo social está constituido: solo falta concluir la forma.

Hoy los reyes necesitan ponerse en armonía con la conveniencia pública, con la justicia absoluta.

El derecho divino ha sido reemplazado por la voluntad nacional.

Un rey como Felipe II, seria hoy imposible.

Un rey como los de hoy, hubiera sido imposible en los tiempos de Felipe II.

Entonces el rey lo era todo: ahora, el rey es una parte del cuerpo social, sujeto á las leyes de su organizacion.

Cuando al cuerpo social le duele el estómago, el rey, que es la cabeza, siente vértigos.

Es necesario que la cabeza piense y trabaje, á fin de tener en buen estado el estómago.

Las monarquías marchan á su estado definitivo; es decir, á su carácter de monarquías populares, que no pueden existir sino por el amor, por el respeto y por la conveniencia de los pueblos.

Marchamos trabajosamente, si se quiere, hácia un órden fuerte, apoyado en la naturaleza, en el corazon, en la razon y en la justicia.

A la princesa de Eboli le cogieron en mal hora aquellos tiempos.

Tal vez Felipe II, si no hubiera creido que obraba en justicia, se hubiera reducido á tener paciencia, á separar de sí á la princesa; á prescindir completamente de ella, como hace todo hombre de honor incapaz de un crímen, respecto á la mujer que, no siendo su esposa, le ha traicionado.

Si Felipe II era sombrío, terrible, ejecutivo, consistia en su educacion, en su posicion, en las creencias de su tiempo.

Lejos de nosotros creer que Felipe II obraba simplemente impulsado por la ira, abandonado á sus pasiones.

No supongamos en Felipe II una conciencia que no era de su tiempo.

No cometamos la torpeza de algunos partidos que hacen suyos

á los Comuneros, olvidándose de que eran realistas netos, y que si se sublevaron, no fué ciertamente por las libertades públicas, sino por los fueros de Castilla, que protegian á los nobles naturales de ella, determinando que ciertos empleos y oficios, que siempre recaian en los nobles, fuesen dados á estranjeros.

Entre un liberal de hoy y un comunero de los tiempos de Cárlos V, hay la distancia de mas de tres siglos, y todas las graves modificaciones sobrevenidas desde entonces acá.

Felipe II sentenció á la princesa de Eboli, como habia sentenciado á tantos otros, en uso de su poderío real y absoluto, sancionado y reconocido por las ideas religiosas y políticas de su tiempo, ó lo que es lo mismo, por el consenso comun y por las leyes derivadas de todos estos principios.

Si la humanidad no marchara hácia un mejoramiento, la idea de progreso seria un absurdo en vez de ser el destino persistente, indeclinable de la humanidad en su marcha necesaria.

La humanidad avanza descubriendo incesantemente nuevos horizontes, mas anchos, mas luminosos, á medida que se suceden.

Dios es infinito, y Dios impulsa á la humanidad.

Escribimos estas líneas bajo la triste impresion de sucesos dolorosos.

Nos encontramos en uno de los grandes momentos de prueba de la elaboracion social de nuestra patria.

Escribimos cuatro dias despues de la triste noche del 10 de abril de 1865.

En la historia queda consignado, y no tenemos necesidad de hacer comentarios.

Continuemos: abandonemos el presente, harto triste por desgracia, para remontarnos en la corriente de lo pasado.

Volvamos á la historia de los tiempos de Felipe II.

La princesa de Eboli, á pesar de verse encerrada de una manera severísima, no se dió por vencida, ni perdió la esperanza.

Atribuyó su desgracia á intrigas de los hermanos Vazquez, y escribió á Felipe II una altiva carta.

Aquella carta no obtuvo contestacion.

Volvió á escribir, y el alcaide del castillo se negó á enviar aquella carta al rey, disculpándose con que se le habia mandado no dejase salir ni entrar pliego ni comunicacion alguna.

Aún creyó la princesa que aquellos eran los resultados de un

primer momento de cólera del rey, y esperó impaciente, colérica, á que aquello pasase.

Pero no pasó.

Por el contrario, se la vigiló mas estrechamente, se la guardó con mas recelo.

La comida se examinaba por el alcaide y por los alguaciles.

Se deshacian las ropas que venian de afuera, sin duda para ver si entre ellas se encontraba algun papel.

Al principio se la dejaba vagar por el castillo, se la permitian libros, se la dejaba recado de escribir.

A los quince dias se la quitaron libros, papeles y tintero, y por último, se la redujo al solo espacio de una habitacion no muy ancha ni grandemente amueblada, de la gran torre del castillo.

A la puerta de esta habitacion velaba siempre un alguacil.

Al mes de su prision, doña Ana empezó á sentirse indispuesta; á padecer del estómago y de la cabeza.

¿Se la habia envenenado? ¿Se habia propuesto Felipe II castigarla á muerte, ó reducirla á prision perpetua? La enfermedad de que habia adolecido la princesa, y que se agravaba de dia en dia, ¿era resultado de un veneno, ó de la desesperacion, de la rabia de verse caida desde tanta altura, en tanto sufrimiento?

No lo sabemos.

Este es uno de los sombríos misterios de la historia de Felipe II.

Todo pudo ser: Dios lo sabe.

Nosotros no tenemos prueba alguna.

Nada ha quedado consignado de una manera clara acerca de esto.

La verdad es, que doña Ana murió á los dos meses de haber sido presa.

El rey no dió á nadie satisfaccion de aquella muerte.

Llevó el secreto de su conciencia ante el tribunal de Dios.

CAPITULO II.

De cómo doña Juana Coello hacia mas de lo que podia.

La situacion de Perez era entre tanto gravemente aflictiva, y no menos la de doña Juana Coello.

Perez habia sido llevado á su casa, para custodiarle de cerca, por el alcalde de Casa y Córte, Alvaro García de Toledo.

Doña Juana estaba completamente separada de su marido.

A este se le tenia en casa del alcalde Alvaro García de Toledo, en una reclusion tan estrecha, como se habia tenido en el castillo de Pinto á la princesa de Eboli.

Doña Juana Coello recibia, sin embargo, frecuentes visitas de Santoyo.

Este la llevaba siempre la seguridad de parte del rey de que nada tenia que temer Antonio Perez acerca de su honra ni de su vida.

Se daba por pretesto de su prision, el haberse negado á hacer las paces con Mateo Vazquez.

—Y bien, dijo un dia cansada doña Juana, á Sebastian de Santoyo: ¿en qué consiste que un secretario comun que hasta ahora ningun poder ha tenido, esté tan favorecido por el rey, que su majestad haya tomado por empeño el que mi marido haga con él unas amistades que si se han roto han sido por bajas intrigas, por ase-

chanzas del secretario Mateo Vazquez y de su hermano Rodrigo, no solamente contra el favor que mi marido gozaba de su majestad, sino que tambien contra su honra?

—¿Qué decís, señora? esclamó Santoyo, con mas interés que el que suponia doña Juana.

—Ese hombre, ese Rodrigo Vazquez de Arce, se ha atrevido á solicitar mi infamia.

—Disculpa tiene, señora, en vuestra hermosura, en las grandes cualidades que el cielo os ha concedido; pero como vuestras virtudes infunden, y deben infundir á todo el mundo, un grande respeto, hasta en los mas altos, no alcanzo cómo el alcalde Rodrigo Vazquez se ha atrevido á tanto: ignóralo el rey, y os afirmo por mi palabra de caballero, que al rey le desplacerá mucho cuando lo sepa.

—Trabajo es entender á su majestad, dijo doña Juana: se toma por pretesto para perseguir á mi marido su enemistad con los Vazquez, y no es esta, bien lo sabeis, la causa de su desgracia: no naciera la princesa de Eboli, y yo os afirmo que nada de lo que sucede sucederia.

—El rey ignora.....

—¡Ah, señor Sebastian de Santoyo!... ¿por qué pretendeis engañarme? ¿Creeis que yo he dejado de fijar ni por un momento la cuidadosa vista en mi marido? ¿Creeis que no he seguido paso á paso toda esta historia de desdichas? ¿Creeis que ignoro que esa mujer que ha concluido de una manera tan desastrosa para ella sus liviandades, ha sido la causa de todo? ¿Por qué ha muerto Juan de Escobedo? ¡Dios quiera que esa muerte no salga al fin del misterio que la envuelve, y sucedan cosas terribles!

—Esa muerte no resultará ya: vanas han sido las diligencias que se han hecho para descubrir á los asesinos. Todo lo que ha podido encontrar la justicia, han sido dos capas, que tanto pueden ser de este como del otro: la sentencia del rey se ha ejecutado de una manera hábil, y ninguna satisfaccion tendrá que darse á la opinion comun.

—Que sin embargo murmura y acusa como causa de la muerte de Escobedo á mi marido y á la princesa de Eboli; opinion sostenida por la acusacion de Pedro de Escobedo, escitado por los hermanos Vazquez, que entran y salen á todas horas, y con grande amistad, casa de la viuda y de los hijos de Escobedo.

—¿Por qué, señora, no os presentais al rey, y veis el modo de encontrar una salida á todas estas dificultades?

Se estremeció doña Juana.

Le pareció ver una condicion terrible en aquella propuesta de Santoyo.

Felipe II era muy dado al amor.

Su organizacion era en este punto intemperante. Habia amado con toda su alma, es decir, con todos sus sentidos, á la princesa de Eboli, y sin embargo, doña Juana habia comprendido que Felipe II habia concebido por ella un deseo voraz, contenido en su manifestacion por la fria reserva del rey: altiva reserva que habia hecho durase años el empeño del rey por la princesa de Eboli, antes de que este empeño se manifestase.

Doña Juana, con la viveza de su imaginacion, abarcó en toda su importancia la nueva situacion que se abria para ella.

El rey habia terminado de una manera rotunda sus amores con la princesa de Eboli.

Su exagerada sensualidad no podia permanecer por mucho tiempo inactiva.

Ana de Austria, la reina, no podia satisfacer el ánsia de amor del rey.

Por otra parte, al soberbio Felipe II debia parecerle grato el vengarse de Antonio Perez, hiriéndole en el corazon y en la dignidad, como Antonio Perez le habia herido á él, y servirse de su esposa, deslumbrándola con su favor, para perderle definitivamente, para ejercer contra él una venganza completa en el cuerpo y en el alma.

Al choque de este pensamiento, se iluminó la inteligencia de doña Juana, y comprendió lo frecuente de las visitas de Santoyo, y algunas frases oscuras de este, que no se habia podido esplicar.

Disimuló, sin embargo, y dijo á Santoyo:

—¿Y creeis que lo que no han podido conseguir en el ánimo del rey los grandes servicios de mi marido para que le perdone una locura, podré conseguirlo yo?

—Vos, señora, teneis el privilegio de conseguir hasta lo imposible, y estad segura de que lo que su majestad no haria por el señor Antonio Perez, lo hará por vos y por vuestros hijos.

—Pues bien, dijo doña Juana; pedid al rey de mi parte una audiencia.

Santoyo se retiró.

Al dia siguiente, doña Juana, acompañada de sus hijos que podian seguirla, el mayor de los cuales no pasaba de cinco años, fué recibida en audiencia por el rey, y se arrojó á sus piés.

Felipe II la levantó serio y grave con arreglo á su carácter; pero tan afectuoso como podia mostrarse.

—Y bien, señora, la dijo: uno de los grandes cuidados que tengo sobre mí sois vos; tráenme pensativo y cuidadoso las cosas de vuestro marido; y en verdad en verdad, que no sé qué hacer, y espero que vos me ayudeis á salir de estas dificultades; que ni yo puedo olvidarme de los grandes servicios del padre y abuelo de Antonio Perez á los mios, ni á los que él mismo me ha prestado. Gran enemistad ha sobrevenido entre Mateo Vazquez, su hermano Rodrigo y vuestro esposo; hánse metido por medio la viuda é hijos de Escobedo que me piden justicia de la muerte de su padre, y necesario es de todo punto que Mateo Vazquez y Antonio Perez se avengan y se eche tierra á estos asuntos, que con amenazar los Escobedos que se les dejará solos para que prueben la acusacion de la muerte de su padre, todo habrá terminado, y sobrevenido la paz que tan de veras deseo.

—¿Pero qué ha hecho Mateo Vazquez, señor, para que así, y no habiendo tenido hasta ahora la parte que se ve que tiene con vuestra majestad, dificulte de tal modo la libertad de mi esposo y la tranquilidad de mi casa?

—Cosas son estas, doña Juana, dijo el rey, que se han venido tan de por sí, que no tengo yo poder para traerlas á buen término, si no se me ayuda. Obré como debia en estos negocios, y con harta confianza en Antonio Perez; y tanta, que papeles tiene mios que quitan de él toda culpa, y de los cuales pretende usar sin duda creyendo que puede verse apretado, puesto que cuando se embargaron sus papeles no se encontró ninguno que á este asunto importase: de modo que entre la amistad de Vazquez y los Escobedos, y las reservas con que veo obra vuestro marido, me encuentro en la necesidad de mantenerlo á buen recaudo, y aun de ser con él severo, procurando tocar el fin de todas estas cosas que tan disgustado me traen. ¿Por qué no me ayudais como buena amiga, doña Juana?

—¿Y qué he de hacer yo, señor, contestó con audacia doña Juana, si lo primero que me sucede, es que no comprendo á vuestra majestad?

—¿Creeis acaso que no os hablo con lisura?

—No, no señor, no creo eso, dijo sonriendo doña Juana; sino que vuestra majestad guarda algo que yo no entiendo.

—No nos entenderemos nunca, dijo el rey; pero para que empecemos á entendernos, sepamos primero qué es lo que deseais.

—Hace mas de cuatro meses estoy separada de mi marido, dijo doña Juana: hace cuatro meses que el triste no ve á sus hijos: ¿por qué tanto rigor? ¿por qué no ha de apiadarse vuestra majestad, ya que no de él, de esta pobre mujer, y de estos pequeños, que me preguntan cada dia por su padre?

—Grande fortuna tiene Antonio Perez, dijo el rey.

—¿Fortuna, señor?

—Sí, le amais como si él fuera para vos lo que vos sois para él; y creedme: gran parte de mi enojo contra Antonio Perez es por vos.

—Tenga en cuenta vuestra majestad, señor, que yo no me quejo de mi marido.

—Porque sin duda Dios os ha dado algo de santa. ¿Y por quién creeis, añadió Felipe II con un calor demasiado estraño en él, que ando yo con contemplaciones con Antonio Perez, á pesar de lo que él ha faltado y de la saña de sus enemigos? Por vos. ¿Por qué al dia siguiente de prenderle os dí yo satisfaccion del hecho? ¿Por qué os envio á Sebastian de Santoyo, y le encargo os diga esteis descuidada de una parte, y por otra no paseis trabajos ni estrecheces? Por la grande estimacion en que os tengo.

—¡Ah, señor! dijo doña Juana, inclinándose hácia Felipe II y envolviéndole en una mirada candente: si no fuérais quien sois, os diria.....

—Decidme, decidme lo que diríais á otro cualquiera que no fuese el rey.

—Si no fuera por temor de ofender vuestra altísima dignidad, os diria que si vos, señor, me estimais, yo os amo.....

Felipe II palideció; es decir, se puso mas pálido que lo que de costumbre lo estaba.

—Os amo como á un hermano.

—¡Ah! esclamó el rey.

—Sí, vuestra majestad es grande, digno y justo, y yo siento dentro de mí, sin ser reina, la grandeza, la dignidad y la justicia: yo os admiro, porque veo en vuestra majestad virtudes que hoy no

son comunes, como tampoco son comunes, permítame vuestra majestad se lo diga, mujeres como yo, resueltas á sacrificarlo todo, todo, hasta la vida, por su familia.

—¿Habeis tenido que arrostrar ya algun sacrificio? dijo el rey, que era terriblemente suspicaz.

—¡Ah, señor! con vuestra majestad puedo hablar como con mi conciencia.

—Hablad, hablad, doña Juana, segura de que el rey os escucha, resuelto á hacer por vos cuanto le permitan hacer Dios y su deber.

—Pues bien, señor, soy muy desgraciada.

Y doña Juana se echó á llorar.

Cuando una mujer tan hermosa, tan espiritual, tan inteligente como doña Juana Coello llora, se apodera del alma del hombre que la escucha, aunque este hombre sea tan sombrío, tan soberbio, tan duro como Felipe II.

El rey se conmovió á pesar de que ocultó su conmocion.

Hay que tener en cuenta, para apreciar la fuerza de su voluntad, que se veia atacado por el gran flaco de su carácter, es decir, por una mujer de gran hermosura y de gran valía que le impresionaba, y con quien estaba á solas sin mas testigos que dos pequeñuelos que no entendian nada de lo que oian, y que con ese maravilloso instinto de los niños miraban con miedo al rey.

—¿Desgraciada vos?

—Sí, sí señor; mi marido no me ama: mi marido se deslumbra con lo falso; parece como que no estima lo que es suyo. Vuestra majestad le conoce bien, señor: el fondo es bueno, escelente; pero su imaginacion le lanza á todo lo aventurero.

—Resultado de la crianza que le han dado en las disolutas córtes estranjeras, esclamó con severidad el rey.

—Sin embargo, señor, yo adoro á mi marido: estoy hablando á vuestra majestad como hablaria con Dios, si fuese posible que Dios hablase con una criatura: he sufrido, sufro y sufriré en silencio, sin quejarme, cuanto Dios ha querido y quiera que sufra, sea lo que quiera, y á vuestra majestad he venido llena de esperanza, y tanto mas espero desde que vuestra majestad se ha dignado decirme que tanto me estima: pues bien, señor, apiadaos de mí y de mis hijos: bien sabeis que en lo de Escobedo mi marido no tiene culpa; y si en alguna otra cosa ha ofendido insensato á vuestra majestad, ved, señor, que tanto mas grande es el que perdona, cuanto mas

grande es la ofensa, y librad por la estimacion que me teneis, á mi marido de las desventuras que le cercan: y si tan ofendido os tiene que no lo podeis consentir en vuestra casa ni á vuestro lado, déjele vuestra majestad salir con su familia de estos reinos y vivir en paz en un rincon del mundo, que Dios os lo premiará, señor, y yo os lo agradeceré, y os lo agradecerán mis hijos, á quienes acostumbraré á orar todos los dias á Dios por la grandeza, por la felicidad de vuestra majestad.

—Y bien, dijo el rey: hareis de mí lo que querais, doña Juana; pero por el momento, no tanto como deseais: desde hoy podreis ver á vuestro marido, y aun permanecer á su lado con vuestros hijos.

—¡Oh, gracias, gracias con toda mi alma, magnánimo señor! ¡yo lo espero todo de vuestra majestad!

—Sí, sí; pero poned de vuestra parte, doña Juana.

—¿Y qué he de hacer yo, señor?

—Convenced á vuestro marido para que me entregue esos papeles: convencedle para que transija con los Vazquez, y para que vea un medio de acomodo con la viuda é hijos de Escobedo; y despues de esto, no será necesario que se vaya á estrañas tierras, sino que vivirá en la córte, á mi lado y en mi Despacho, donde tanta falta me hace. Espero que volvereis á decirme lo que hayais recabado de vuestro marido: id, señora, id, y no temais: el rey vela por vuestra familia.

Doña Juana salió de la cámara del rey, no por la puerta comun á todos, sino por otra escusada que comunicaba con las Secretarías de Estado, y detrás de cuya puerta la esperaba Santoyo.

Pero es el caso, que al atravesar aquella especie de salida de escape, se encontraron con Mateo Vazquez, que se quedó mirando insolentemente á doña Juana.

—¡Dejad pasar á mis hijos! esclamó doña Juana, porque el pasadizo era estrecho y no se habia apartado Mateo Vazquez.

Este se apartó.

Doña Juana y los pequeños, que iban delante de ella, pasaron.

Pasó tambien Santoyo, que no puso muy buena cara al clérigo secretario.

—¡Sus hijos! ¡sus hijos! Buena manera de decirme que no ha estado á solas con el rey; y bien: el rey jamás ha recibido mujeres en el alcázar, prefiere salir á buscarlas; la princesa de Eboli ha muerto, y debe ser muy sabroso al rey... Postigo tiene la casa del

señor Antonio Perez, como lo tiene la que fué de la señora princesa de Eboli: bueno es que lo sepa todo esto Rodrigo: por cierto que no le gustará mucho: y bien, ¿qué me importa? Lo que me importa es que Antonio Perez no vuelva á su valimiento. ¡Oh! ¡eso seria terrible! seria capaz de echarnos á galeras á mi hermano y á mí, si no es ya que nos trataba mucho peor. Vamos á ver con qué tal semblante ha dejado doña Juana Coello á su majestad.

Y adelantó, llegó á la puerta de la cámara, la abrió, y entró.

CAPITULO III.

De cómo un hermano puede espiar á otro.

Sorprendió á Felipe II.

Se creia este solo, y se paseaba cabizbajo, abatido, como abrumado por el peso de tanta grandeza, de tantas desgracias, de tantas contrariedades.

—¡Ah! dijo para sí Mateo Vazquez: el rey sufre; llego en mala hora: si me pudiera volver sin que me sintiese, me volveria.

Pero el rey le vió.

Se irguió, y le dijo con energía y con disgusto:

—¿Qué haceis ahí?

—Traia al despacho de vuestra majestad la provision de alcalde mayor de la ciudad de Toro.

—Dejadlo ahí para luego.

Mateo Vazquez puso la cartera que traia debajo del brazo sobre la mesa, y se quedó inmóvil.

—Escribid una órden para nuestro alcalde de Casa y Córte Alvaro García de Toledo, á fin de que, con beneplácito nuestro, deje entrar y salir libremente en la prision de Antonio Perez, y permanecer en ella todo el tiempo que quisieren y sin guardas de vista, á su mujer doña Juana Coello y á sus hijos.

Mateo Vazquez se puso á escribir, arrodillado sobre el escabel.

El rey continuó paseando, pero erguido y rígido: parecia como que rezaba.

—Ya está, señor, dijo Mateo Vazquez.

—Dadme acá, dijo el rey, que jamás firmaba un papel sin leerle.

Leyó, pues, la órden, y luego, sin sentarse, la firmó.

—Comunicadla al momento, dijo el rey, entregándola á Mateo Vazquez.

Este salió.

El rey se quedó paseando.

—¡Comunicadla! ¡comunicadla! dijo Mateo; esto es claro: hacerla comunicar; no me ha dicho comunicadla vos mismo: sin embargo, así puede entenderse; es ya tarde: de este modo, mientras voy, mientras vengo, se pasa la hora de Secretaría, se cierra el despacho, y hasta mañana.

Mateo Vazquez cerró y selló la órden, la sobrescribió con el nombre de Alvaro García de Toledo, puso debajo «del rey», y se fué á la casa de Alvaro García de Toledo, donde estaba preso Antonio Perez.

Le encontró de muy mal humor.

—¿Qué teneis, amigo mio? le dijo Mateo Vazquez.

—Qué he de tener, dijo el alcalde de Casa y Córte, sino que me veo en un grande aprieto: ahí tengo á doña Juana Coello en el estrado, que ha venido con sus hijos, y se obstina en ver á su marido, diciendo que el rey se lo permite; pero no debe ser esto, porque no ha traido órden.

—No importa eso, dijo Mateo Vazquez: la órden tráigola yo; héla aquí.

—Y firmada de puño y letra del rey, dijo Alvaro García de Toledo: ¿qué es esto?

—Yo no lo entiendo, amigo mio, dijo Mateo Vazquez: el rey anda en este negocio de tal modo, que no puede echarse cálculo que salga cierto; unas veces apretando, aflojando otras: ¿quién sabe lo que aquí pasa, ni la fuerza que para el rey tienen Antonio Perez ó su mujer? Pero adios, señor Alvaro García, que podrá suceder que el rey me llame, y no quiero faltar.

Mateo Vazquez salió.

La verdad era que le tardaba ir á verse con su hermano Rodrigo.

Encontró á este en su casa muy atareado en contestar á una carta.

—¿Qué es eso, Rodrigo? dijo Mateo: ¿á quién escribes?

—A quién he de escribir sino á una dama muy principal y muy hermosa.

—¡Cómo! ¿á doña Juana Coello?

—No por cierto: con doña Juana Coello no hay que contar por ahora: el rey aún no me ha entregado el proceso de Antonio Perez: se anda con contemplaciones: en lo de Escobedo dice que mejor es dejar eso por evitar el escándalo, á ver si se cansan la viuda y los hijos: de lo que ahora se trata es de la visita de Antonio Perez.

Visitar á un ministro ó á un empleado público en aquellos tiempos, era lo mismo que residenciarle, tomarle cuenta acerca del desempeño de su cargo.

—Con esto bastaria, dijo Mateo Vazquez; porque Antonio Perez se ha dado tal prisa á robar al rey, que cargos resultarian contra él bastantes.

—Poca cosa es esto, Mateo, dijo Rodrigo Vazquez; y poco alcanzaríamos si solo se tratase de pedir cuentas á Antonio Perez de lo que como secretario ha hecho: lo de Escobedo, lo de Escobedo, esto, esto es lo grave: de esto no puede salir sin sentencia; y desengáñate, Mateo: mientras no sentenciemos á Antonio Perez, siempre le tendremos encima: no sé lo que ha dado al rey.

—Ni yo tampoco, Rodrigo, ni yo tampoco: la verdad es que he encontrado esta tarde al rey muy cabizbajo despues de haber salido de su cámara doña Juana Coello; que me ha hablado de muy mal humor, y que me ha mandado poner una órden para que Antonio Perez pueda ser visitado en su prision por su mujer y por sus hijos.

—¡Ah! ¡doña Juana ha estado á ver al rey!

—Sí, dijo Mateo Vazquez; y ha entrado, no por la parte comun de la antecámara, sino por la reservada de las Secretarías.

—¿Sola? dijo Rodrigo Vazquez, en cuyos ojos ardia la espresion de los celos.

—No, con sus hijos; pero al encontrarme, me habló con insolencia.

—¡Que te habló!

—Sí; pero solo para decirme: Dejad pasar á mis hijos.

—¡Ah, diablo, diablo! dijo Rodrigo Vazquez: esto se pone á cada momento mas difícil, y será necesario obrar de una manera fuerte;

ya tengo yo acá pensado y convenido con Pedro de Escobedo lo que hay que hacer.

—Pues mire el señor Pedro de Escobedo, dijo Mateo, no le quite el rey su oficio en el Consejo de Hacienda; porque, á lo que parece, el rey ve con mucho disgusto que se le hable de este negocio.

—Sírvanos, Escobedo, dijo Rodrigo Vazquez, y que con él haga el rey lo que quisiere.

—Por de contado, Rodrigo, dijo Mateo; pero paréceme que vamos á adelantar muy poco: sobre todo, si muerta la princesa de Eboli el rey se enamora de doña Juana Coello, que aunque yo la aborrezco, bien conozco que vale infinitamente mas de cuerpo, de alma y de corazon que la princesa de Eboli.

Los ojos de Rodrigo dejaron ver una espresion terrible.

—Tus amores por doña Juana nos perderán, dijo Mateo: te ciegan demasiado; ¿pero quién es la dama á quien escribes, si no es doña Juana Coello?

—Doña Casilda.

—¡Doña Casilda! ¿Y quién es doña Casilda?

—La hermosísima dama que vive en compañía de doña Juana Coello.

—¡Ah, sí! ¿aquella á quien mataron el negro que la acompañaba aquel viernes de Cuaresma en que el rey fué á San Justo?

—La misma.

—¿Y cómo anda eso, Rodrigo?

—No ha podido averiguarse nada, y el negro se ha quedado muerto: qué mas da: un esclavo negro no vale lo que un hombre blanco libre; y sobre todo, que no se ha dado con los malhechores.

—Pues qué, ¿no se habia preso á uno?

—Sí; pero resulta que este tal nada tenia que ver con el lance: que le encontró por la calle el señor Alvaro García de Toledo cuando perseguia á los verdaderos homicidas, y se encaminaba casa de su señor Antonio Perez: porque era el paje Antonio Enriquez.

—¡Ah, ah! pero ese tambien está procesado.

—Sí; por el envenenamiento del señor Juan de Escobedo: es decir, por aquel intento de envenenamiento, que dió con la esclava Rosalía en la horca; pero se le ha procesado en rebeldía porque cuando se prendió á la esclava, escapó, y anda huido y oculto.

—No parece, segun lo dices, sino que sabes por dónde anda ese pícaro.

—¡Pues no he de saberlo si anoche estuvo en mi casa!

—¡Cómo! ¡Y no me lo habias dicho!

—No te he visto desde ayer, y no era esta cosa tan urgente que fuera necesario avisarte al momento de ello.

—¿Y cómo ha venido á tu casa un hombre que anda huido por delitos?

—Me le trajo el señor Pedro de Escobedo.

—¡Cómo! ¿el hijo te ha traido á uno de los asesinos de su padre?

—Buscando el bulto al principal asesino, Mateo.

—¡Ah! es que no hay asesino, contestó el clérigo, á no ser que niegues el derecho que el rey tiene á sentenciar á un vasallo.

—Sí; pero si se pudiera hacer que Antonio Perez se quedase en descubierto en este asunto.....

—Antonio Perez debe tener grandes prendas del rey; porque su majestad no quiere que se le hable del asunto de Escobedo; y aunque calla, harto claro se conoce que lo toma muy á mal.

—Algo de prendas debe haber, porque el rey ha pretendido apoderarse de los papeles de Antonio Perez; y despues de haber ya registrado la casa y no haber encontrado en los papeles que en ella habia, nada que tuviese que ver con la muerte de Escobedo, el rey me dijo: «Papeles y hartos debe tener en otra parte Antonio Perez.» ¿Pero dónde están esos papeles? Se ignora: doña Juana Coello debe saberlo; pero el rey se anda con ella con grandes contemplaciones: atendido esto y desesperado el señor Pedro de Escobedo, no ha vacilado en valerse del paje Antonio Enriquez, que se le ha presentado ofreciéndole ponerle de claro en claro quiénes fueron los que mataron á su padre y por mandado de quién.

—¿Y cómo no has preso tú á ese hombre en cuanto le has visto? dijo Mateo: mira no te comprometas, Rodrigo.

—No, contestó el alcalde; al presentarse á mí Enriquez, me mostró escritura de perdon y desistimiento del señor Pedro de Escobedo por la parte que hubiese podido tener en el intentado envenenamiento del señor Juan de Escobedo por la esclava Rosalía.

—¿Y qué piensas hacer por medio de ese hombre? ¿de qué sirve un solo testigo, que ninguna fuerza de ley tiene, puesto que ha sido procesado?

—¡Ah! él me ha dado buenas noticias, y por ellas, ó pierdo la vara que tengo, ó demostraré bien claramente que Antonio Perez

mató al señor Juan de Escobedo por cosas de la princesa de Eboli.

—¡Quién sabe, quién sabe si el rey quiere se mueva esto!

—Téngase todo preparado, dijo Rodrigo Vazquez, que ya veremos si el rey quiere ó no quiere que por estos delitos se persiga á su secretario. Déjame entre tanto que termine la carta para esta doña Casilda.

—¿Cita de amores? dijo severamente Mateo: eres incorregible, hermano: á tus años... y luego dirás que estás enamorado de doña Juana: yo creo que te enamoras de cuantas ves.

—Déjame, déjame concluir.

—Concluye en buen hora, dijo Mateo.

Y se sentó al brasero, y le removió.

Hacia aquel dia mucho frio: como que se estaba á primeros de noviembre.

Rodrigo Vazquez siguió escribiendo.

Empezaba á oscurecer.

Cuando Rodrigo acabó la carta, la cerró sin leérsela á su hermano, y dijo:

—Astudillo.

Acudió un criado.

—Llevad esta carta adonde sabeis, le dijo.

El criado se fué.

Mateo se habia puesto de muy mal humor.

¿Por qué no le habia leido su hermano aquella carta que habia escrito á una jóven que vivia en compañía de doña Juana Coello?

En esto debia haber algo que interesase á Mateo por lo que tuviese relacion con Perez, y sin embargo, su hermano se callaba.

—Será necesario saber lo que hace, dijo para sí Mateo.

Y permaneció silencioso.

—Te has enojado, dijo Rodrigo á su hermano, porque no te he leido la carta que acabo de escribir: me fastidia que nadie oiga ternezas que yo escribo, mas que la mujer á quien las escribo; pero voy á decirte por qué enamoro yo á doña Casilda.

—Porque es hermosa.

—Esto bastaria para que la enamorase: no solo es hermosa, sino hermosísima; pero tengo además otros motivos para enamorarla.

—¿Es rica?

—No se trata de un casamiento; pero vive con doña Juana Coello, que la estima mucho.

—¡Ah! pero eso seria una infamia, Rodrigo, en que no debe incurrir, no ya un hidalgo, sino un buen cristiano.

—¡Bah! eres mucho mas malicioso que yo, Mateo: te figuras que si yo galanteo á esa dama es para procurar abrirme á deshora la casa del señor Antonio Perez por alguna parte escusada: no por cierto; yo llegaré hasta doña Juana Coello por otro camino: lo que quiero es hacer mia á doña Casilda, enloquecerla, y valerme de ella: lo que yo busco son dos cofres de papeles que han desaparecido.

—¡Ah! ¿y para eso son esos amores?

—Sí: doña Juana confia mucho en doña Casilda.

—Mira no confie con tanta razon en ella, que en vez de servirte á tí doña Casilda contra doña Juana, sirva á doña Juana contra tí.

—¡Ah, no! las mujeres sirven al hombre á quien aman.

—¿Y crees que una jóven de diez y ocho años va á enamorarse de tí, Rodrigo? ¡Cuándo sentarás al cabo la cabeza! Otras te han buscado el bolsillo, y doña Casilda te busca el casamiento, si no es ya que te busca otra cosa peor.

—¡Bah! tú no entiendes de eso, Mateo; tú te has pasado la vida sin saber lo que son mujeres.

—De lo que me alegro mucho; porque las mujeres son el diablo.

—Pues entonces, algo de diablo tenemos tambien nosotros, porque hemos nacido de ellas.

—Las mujeres se hacen diablos despues que nacen; y no tienen la diablura en la sangre, sino en la cabeza: en cuanto dejan de ser niñas, y aun antes, se las presenta el demonio y hace pacto con ellas: y si no ¿en qué consiste el que una jóven sin esperiencia engaña al hombre mas esperimentado?

—En que nos engañamos á nosotros mismos, Mateo: en que amamos el engaño, y las ayudamos para que nos engañen. Pero está cerrando la noche y no puedo detenerme, Mateo: si quieres quedarte, quédate al amor del brasero que te estás comiendo con tanta delicia; pero no es prudente, porque ventisquea, empieza á llover, y la noche amenaza con ser muy cerrada y muy metida en agua; á no ser que quieras quedarte en casa.

—No, no, dijo Mateo Vazquez, nos iremos juntos: así me acompañarás algun tiempo, que no me estará demás; porque mi oficio en la Secretaría de Estado me ha traido algunos enemigos.

—¡Bah! en dos zancadas estás en tu casa; y yo no voy hácia allá

sino por la parte contraria: con que adios, Mateo, y véte cuando quieras, ó no te vayas; lo mismo da.

Y Rodrigo, que se habia ceñido una fuerte espada, y se habia puesto una capa de ronda, salió.

Mateo Vazquez, que era bastante perezoso, permaneció todavía algun tiempo sentado al brasero; hasta que viendo que oscurecia á mas andar, se levantó, se arregló su manteo y su gorra, y salió de casa de su hermano.

Pero en vez de irse á la inmediata calle de los Autores, donde tenia su casa, se fué al alcázar, y no entró en las Secretarías, que por otra parte estaban cerradas, sino por un largo pasillo del piso bajo, al fin del cual llamó á una puerta.

Aquella puerta se abrió, y apareció un viejo encorvado, una especie de mochuelo del alcázar, que se acordaba de Fernando V y del cardenal Cisneros, y hablaba mucho del Gran Capitan. Se habia quedado como un mueble de desecho; pero tenia hijos y nietos en la servidumbre del rey, y estaba además jubilado, con habitacion, racion, y algo de entretenimiento, es decir, de sueldo.

Este hombre se entretenia en lo que podia.

Se llamaba el tio Cabañuelas, y era una especie de medio para introducirse en las interioridades del alcázar, ya de este, ya del otro género; pero un medio que costaba el dinero: por ejemplo: no podia un pretendiente ver al rey ó á la reina, ó á la infanta; el tio Cabañuelas se encargaba de allanar todas las dificultades, segun el dinero que se le daba: que habia que activar el despacho de un negocio en las Secretarías; el tio Cabañuelas se encargaba tambien de esto: que á una azafata, dama ó camarera tenia que dar alguien una carta ó un aviso, si sabia que el tio Cabañuelas vivia en el alcázar para servir á todo el que pagaba, le salia bien el negocio: que se trataba de la compra de un oficio; el tio Cabañuelas servia tambien para esto; y no hacia nada por sí mismo, porque era tan viejo, que no podia tirar de los zapatos; pero tenia numerosos agentes en sus hijos y en sus nietos, empleados todos en la servidumbre, sin contar con sus hijas y sus nietas, mozas de retrete las unas, las otras doncellas, ó criadas de damas ó camaristas.

El tio Cabañuelas conocia á todos los empleados de las Secretarías, y al ver entrar en su cuarto á un secretario de Estado, se encorvó mas de lo que la edad le encorvaba, y se apresuró á decir:

—¿Cómo es esto? ¡Vuesa merced, señor Mateo Vazquez, por este

pobre habitáculo á ver á esta especie de cosa que ya está pidiendo á voces la sepultura! ¡Qué felicidad y qué honor para mí! Hace mucho tiempo que yo no recibo un contento semejante: venga acá vuesa merced y siéntese si es servido al lado de este brasero, que hace mucho frio, mucho, si no es ya que yo lo creo mayor porque le añado el que tengo en los huesos. ¡Cómo es esto, Ginesillo! añadió dirigiéndose á un biznieto de diez años que permanecia junto al brasero con un gorro de pieles encasquetado: ¡qué crianza es la tuya que así te estás cuando entra en el cuarto no menos que el señor Mateo Vazquez, secretario de Estado de su majestad católica!

El muchacho se puso en pié, y se estiró.

—Dejad en paz al pequeño, dijo Mateo, y oid: os necesito, tio Cabañuelas.

—¿Y para qué, si vuesa merced es servido decírmelo?

—Habeis de saber, le dijo Mateo, que se lo habia llevado á un lado, que mi hermano el señor alcalde de Casa y Córte.....

—Sí, sí, ya sé: el señor Rodrigo Vazquez de Arce, dijo el tio Cabañuelas, que conocia á todo el mundo.

—Pues mi hermano, continuó Mateo, anda mal entretenido.

—Cosas de la edad, dijo el tio Cabañuelas; aún es mozo.

—No tanto, no tanto, dijo Mateo; ya pasa de los cuarenta y cinco.

—¿Y qué son cuarenta y cinco años, para noventa que tengo yo? ¡Ay si yo pudiera volver siquiera á los cincuenta! Un hombre á los cuarenta y cinco años, es un muchacho, señor secretario.

—Me parece que teneis razon, dijo Mateo; porque cosas de chiquillo tiene mi hermano: figuraos que se ha enamorado de una jóven de diez y ocho años.

—¿Y qué hay de malo en eso? ¡diez y ocho años! ¡la buena edad de la mujer, cuando se busca á la mujer para el recreo! ¡los diez y ocho años!... Mire vuesa merced: cuatro nietas tengo yo de diez y ocho años, que si no fueran mis nietas, me enamoraria yo de ellas á pesar de mis noventa años: porque mire vuesa merced, señor secretario, el alma es siempre jóven; los ojos son siempre niños: lo que se pone viejo es el cuerpo: ¡pero qué viejo, señor, qué viejo! ¡Cuando recuerdo yo que hace treinta años no habia quien me metiese á mí una estocada!.. ¡mas fuerte que un roble, y con una salud!.....

—Ya, ya se conoce, tio Cabañuelas, dijo Mateo; estais muy en-

terillo á pesar de que teneis casi un siglo metido en el cuerpo.

—Esa es la buena madera que yo tengo, gracias á Dios, dijo el tio Cabañuelas; pero por muchas plantas que se quieran echar, se arrastran los piés y se lleva la barba casi tocando al suelo: ¡válgame Dios! Con que dígame vuesa merced: su señor hermano el alcalde de Casa y Córte anda enamorado, ¿no es verdad?

—Sí, tio Cabañuelas, sí.

—¿De una niña de diez y ocho años?

—Eso es.

—Pues mire vuesa merced: si esa niña no le hace caso, yo tengo una parienta que hace bebedizos, y conjura y casa voluntades, y sin ser santa, hace milagros: con que, que aliente el señor alcalde de Casa y Córte, que ya le buscaremos su contento.

—No anda desdeñado mi hermano, dijo Mateo Vazquez, y por lo mismo no hay necesidad de brujerías.

—Poco á poco, dijo el tio Cabañuelas, no sea que la Inquisicion oiga eso de las brujerías, que mi parienta no es bruja, gracias á Dios, sino muy buena cristiana: solo que Dios le ha dado gracia para hacer que la gente se quiera.

—Pero si esa dama de mi hermano le quiere, tio Cabañuelas.

—Pues entonces, ¿para qué me busca vuesa merced?

—Aunque ella le quiere, dijo Mateo, no fio mucho, y quisiera yo que siguieran los pasos á mi hermano, y se viera cómo y cuándo y por dónde habla mi hermano con esa dama, y si hay bultos ó si no los hay; que las averiguaciones, cuando se trata de un hermano tan querido, no están demás.

—Y dice bien vuesa merced, porque tales andan hoy las damas, que la que parece catedral es ermita, y á medio rodeo que deis, ya dais con una buscona con mas dientes que un lobo y mas garras que un gavilan: con que dígame vuesa merced quién es la dama y dónde vive, que yo á vuesa merced le prometo que cuando venga mañana á la Secretaría, iré yo á verle y tendré algo que decirle: y á fé á fé, que de todos modos iba yo á ir mañana á ver á vuesa merced para un empeñillo que tengo por un compadre mio.

—¿Y qué le sucede á vuestro compadre, tio Cabañuelas?

—Sucédele al pobre, que era alguacil de cámara de la Sala de señores alcaldes de Casa y Córte, y sobre si cohechó ó no cohechó, le tienen preso al menguado, y amenazado de penca y galeras.

—Pues vaya, vaya, id mañana, tio Cabañuelas; llevadme alguna noticia, y ya veremos cómo curamos de su mal á vuestro compadre.

—Dios se lo pague á vuesa merced por su buena intencion, dijo el tio Cabañuelas; y ya irá á dar las gracias á vuesa merced mi comadre, la mujer de mi compadre, que es muy buena cristiana, y aunque ya tiene cuarenta años, está fresca como una flor de primavera.

—Vaya, vaya, se apresuró á decir Mateo, un tanto pudibundo, aunque no disgustado: quedad, quedad con Dios, tio Cabañuelas, que ya veremos lo de vuestro compadre y lo de vuestra comadre.

Y se fué.

—Ginesillo, hijo, á ver como sales, y en dos saltos te vas ahí á la taberna del Mellizo, y le dices á tu padre que por honrada que sea la compañía que tenga, la deje y se venga aquí, que hace falta para un empeño de honra. Pero calla, hijo, calla, que con la conversacion se le ha olvidado al señor Mateo Vazquez decirme lo principal: anda y coge á ese señor que ha salido de aquí, y que todavía no debe haber llegado al patio, y dile que venga.

Asomó en aquel momento á la puerta Mateo Vazquez, que venia á reparar su olvido.

—Aquí teneis el nombre y las señas de la dama que os he dicho, dijo dándole un papel que habia escrito con lápiz á la luz de uno de los faroles de la crujía.

—Pues eso decia yo, señor secretario, dijo el tio Cabañuelas; el que no sabe es como el que no ve.

—Pues ya sabeis; con que adios, y hasta mañana.

Y se retiró Mateo.

Ginesillo partió hácia la taberna.

El tio Cabañuelas leyó lo siguiente:

«Doña Casilda, casa del señor Antonio Perez, junto á San Justo.»

—¡Señor, señor! ¿qué es esto? dijo el tio Cabañuelas: ¡la Casilda!... ¡y está enamorado de ella el señor Rodrigo Vazquez de Arce! ¡Válgame Dios! ¿Pero qué me importa á mí? Al buen callar, llaman Sancho.

Y se sentó junto al brasero.

CAPITULO IV.

De cómo Alegría se alegró porque se le cumplia un deseo, sin saber que le esperaba una desdicha.

A poco se presentó en el cuarto del tio Cabañuelas un hombre alto, cenceño, moreno, esbelto, con la gorra puesta á lo pícaro, el pelo corto á lo hidalgo, la mirada serena y fija, la boca un poco sesgada, pero con gracia, coleto de ante, mangas verdes con puños de holan, gregüescos pardos, calzas azules, botas de gamuza, sin espuelas, espada y daga, y capotillo de ronda de paño burdo con capuz.

Tenia al parecer treinta años.

—¿Qué se ofrece, abuelo? dijo el recien llegado, que para inteligencia de nuestros lectores, se llamaba José Alegría, y era cabo de palafreneros del rey.

—¿Qué sabes tú, hijo, le preguntó el tio Cabañuelas, que bueno es decir á nuestros lectores se llamaba Pedro Alegría, y habia sido hombre de armas, primero de la guardia contínua de Fernando V, camarero despues de Cárlos V, y por último, jubilado de Felipe II; qué sabes tú de la tia Zampoña?

—Gota de agua que cayó en la mar, contestó José.

—Así debe ser; porque ha dejado tranquilamente á Casilda casa del señor Antonio Perez.

—No sabemos si porque la conviene que Casilda esté allí.

—Yo no la he visto, hijo, desde que tenia doce años: como que salgo tan poco con estos calambres de las piernas, que no me dejan; pero tú la conocerás, porque yo te he enviado muchas veces casa de la tia Zampoña.

—¡Que si la conozco!... Mas valia que no la conociera tanto, contestó José, retorciéndose el mostacho.

—¿Y es hermosa?

—Como un sol; y si no lo fuera tanto, no nos hubieran dado una carrera cierta noche.

—¡Calla, hijo! ¿Tú has andado tras ella?

—Ya veis, abuelo, ya veis que un hombre viudo no hace nada.....

—Mira, José: no me hables de tu viudez, porque me irrito; que si estás viudo, no hay á mí quien me quite que fué de aquella paliza que diste á tu mujer cuando estaba en cinta de tu segundo hijo, y la hiciste malparir.

—Hijo mio no, abuelo; que si hijo mio hubiera sido, no le hubiera malparido la otra; porque no la hubiera yo dado nada para que malpariese: hijo de aquel cofrade de las Benditas Animas que se encontraron muerto una mañana de una puñalada junto á la puerta de la iglesia de Santiago.

—No me hables de eso, José, que hartos pasos me costó, y hartos disgustos y hartos empeños el que no te sucediese nada de resultas de todas aquellas desdichas; y me alegraré mucho de que no pienses volverte á casar, porque si con todas habias de ser como para Verónica, Dios que nos sacase en paz, hijo.

—Qué quiere usted, abuelo: á las malas mujeres hay que tratarlas como se merecen; y lo mejor es enviarlas por allá, que los santos tienen mas paciencia que los hombres: bien sabeis la paciencia que yo tuve.

—No mucha, hijo, no mucha, como se vió: porque desde que tú te encontraste á tu mujer merendando con el receptor en las huertas de Celenque, hasta que malparió ella y le enterraron á él, no pasaron bien contadas veinticuatro horas.

—Mirad, abuelo: las cosas han de hacerse así; porque si así no se hacen, no aprovecha: el marido que cuando á la honra le tocan, no obra ejecutivamente, mas que marido es acémila, y no merece sino que le den de palos.

—Mira: no hablemos mas de eso; porque si ella fué mala, pié le

diste tú para serlo, dándola mala vida y entreteniéndote con otras. ¿Con que tan hermosa es Casilda?

—¡Vaya! como un serafin; y muy dama, y muy altiva.

—Razon tiene para ello; porque con mucho regalo la ha criado la tia Zampoña.

—¿Y á qué viene hablar de Casilda? preguntó José.

—Viene á que la quiere un señor muy principal, y yo creo que anda celoso de ella; porque aun cuando él no me ha hablado, ha venido á hablarme un su hermano, que es persona de tantos respetos, que bien merece que se le sirva: no solo lo merece, sino que conviene mucho servirle, que en el mundo estamos y no sabemos lo que puede suceder, ni quién puede hacernos falta: porque tales nietos, y de tan mal genio tengo yo, que á cada paso es menester estar hablando por ellos á la justicia.

—Y bien, abuelo, ¿qué hay que hacer?

—Lo que hay que hacer, hijo, es irse á rondar y á ver con quién habla y con quién no habla la Casilda, y quién la visita, y adónde va, y de dónde viene; que eso tú te enteras al momento, porque Dios te ha dado á tí ingenio para todo, hijo, y valor y puños para salir de cualquier empeño con honra: con que, José, no tengo que decirte mas; que importa ya te lo he dicho, y que cumplas bien y como es necesario, lo espero: con que anda, hijo, y á ver si antes de acostarme me das noticias.

José salió, atravesó el patio del alcázar y luego la plaza de Armas, y por las Caballerizas, la plazuela de Santa María y la calle de la Almudena, entró en la del Sacramento, llegó á la plazuela del Cordon, y metiéndose por la calle de San Miguel, se entró por la callejuela del mismo nombre, y siguiendo la tapia, se encontró con un bulto.

Como José no iba á forzar el paso, sino á observar, antes de que aquel bulto le sintiese, se detuvo, se embebió y se encogió en el profundo hueco de un postigo de la iglesia, desde el cual estuvo observando.

El bulto tosia, silbaba, se limpiaba ruidosamente las narices, y hacia, en fin, cuanto le era posible para que le oyesen.

Estaba parado, y aguantando la lluvia, frente al último balcon del costado de la casa de Antonio Perez, cercano al ángulo en que se apoyaba la tapia del huerto.

—Pues tanto caso hacen de él como de los doce Pares de Fran-

cia, murmuró José; y lo bueno seria que antes por el postigo del huerto se hubiese metido otro que estuviese oyendo cómo se desesperaba y se aburria de esperar el desdeñado: ¡válgame Dios, Señor, y qué paciencia tienen algunos hombres! Cuando se arma tanto ruido y no se asoma la mujer por quien se hace, el ruido está demás, y lo mejor es aguantar en silencio para que el de adentro crea que nos hemos ido y salga sin miedo ó sin prevencion, y seguirle en saliendo, y en la primera encrucijada, darle una buena por la espalda que le agarre el corazon. ¡Calla! pues el que aguarda, tose ahora de veras y de firme; es que se ha constipado; preciso: si corre un poleo por este maldito callejon, que ni los demonios que paren en él: y que no cae agua; parece que no ha llovido en cien años y que las nubes lo cogen á deseo. Gracias á lo hondo de este postigo, que aquí se está abrigado, y sobre todo, oculto: vamos, me parece que mi hombre se cansa de esperar y se va.

En efecto: el que hasta entonces habia esperado, silbado, tosido y limpiádose ruidosamente las narices para hacerse sentir, adelantó á gran paso, cruzó por delante del postigo de la iglesia donde estaba escondido José, y torció hácia la plazuela del Cordon.

José iba á ponerse en movimiento para seguirle, cuando su buen oido percibió un ruido leve que parecia provenir del balcon bajo el cual habia estado el otro.

Una línea luminosa se dejó ver en las vidrieras.

—¡Aguarda! murmuró José: ahora miran á ver si se ha ido el que esperaba porque no le oyen, para que salga sin duda el que está dentro. El que esperaba, no tiene duda, debe ser el señor Rodrigo Vazquez. Lo que tenemos que averiguar es quién es el que sale: pues esperemos.

Borróse la línea luminosa que habia aparecido en el balcon, lo que significaba que se habian cerrado sus maderas.

Pasaron como diez minutos, y se oyó un ruido mucho mas perceptible, que parecia provenir del postigo del huerto.

Habia rechinado un cerrojo, y despues se habia oido el crujir de una llave.

El postigo se abrió, y José vió aparecer dos bultos.

El uno, gracias á su buena vista, acostumbrada á distinguir algo entre lo oscuro de la noche, le pareció de mujer.

El otro, de hombre.

—Pues no entiendo esto, murmuró José, poniéndose en segui-

miento de los dos: que un hombre visite á Casilda, se entiende; pero que ese hombre venga acompañado de una mujer, no: no es eso; es que Casilda sale: no tengo seguridad; pero para saberlo tengo piés y sentidos.

Y se fué tras de aquella pareja, pegado á la pared.

No tenia que procurar que sus pasos no hiciesen ruido; porque el ruido de la lluvia y el zumbar del viento en los altos aleros de la calleja, envolvian el ruido de sus pasos.

El hombre y la mujer á quienes seguia, iban tambien pegados á la pared, procurando resguardarse de la lluvia.

Salieron á la calle del Codo, luego á la plazuela de la Villa, se metieron por la calle de San Salvador, hoy de Calderon de la Barca, y en la de San Nicolás, la mujer se entró por el postigo de la tapia de un jardin, que abrió con llave, y el hombre se quedó aguardando fuera.

José habia reconocido perfectamente por el andar y por el talante á Casilda cuando pasó por bajo de la luz del pórtico de la iglesia de San Salvador.

—Pues señor, dijo, el que la acompaña debe ser un criado del señor Antonio Perez; porque no creo que un estraño se metiese en la casa para acompañar á Casilda: yo los conozco á todos; con que adelante; y si no es criado del señor Antonio Perez, qué mas da: aquí se queda á la segunda palabra mala que me diga, y cuando la otra salga, ella me dirá lo que haya.

Y adelantó decididamente.

—¿Quién va? dijo el que esperaba, cuando estuvo á cierta distancia de él José.

—¡Calla! dijo este reconociéndole por la voz: ¿sois vos, señor Gil de Mesa?

—¿Qué os importa á vos que yo sea ó no sea el que decís? contestó ágriamente el interpelado.

—Pues qué, ¿no me habeis conocido, señor Gil de Mesa?

—¿Y qué se me da á mí de quien seais ó no seais? contestó el otro. ¡Ea, pasad de largo, que no es tiempo este de conversacion!

—Aunque pase de largo, contestó José, ya he visto que la señora Casilda, á quien acompaña el señor Gil de Mesa, mayordomo del señor Antonio Perez, se ha metido por un postigo del huerto de la casa del señor alcalde de Casa y Córte Alvaro García de Toledo, donde el señor Antonio Perez está preso.

—¡Y vive Dios! contestó cambiando de voz Gil de Mesa: ¿quien os ha mandado que os entrometais en estos negocios, señor José Alegría?

El tono de Gil de Mesa era ya amistoso: se comprendia que transigia, y queria ponerse al corriente de la razon que José podia tener para haberle seguido.

—Os diré, contestó Alegría: pasaba yo por la callejuela de San Justo, cuando sentí abrirse el postigo del huerto de la casa del señor Antonio Perez: me llamó la atencion, esperé por curiosidad, ví que salian un hombre y una mujer, por curiosidad los seguí, conocí en ella á cierta señora llamada doña Casilda, y á vos en el hombre; y como soy muy vuestro amigo, no he querido pasar sin daros las buenas noches.

—Pues habeis hecho mal, señor José Alegría, en ser tan curioso: en verdad os digo que los secretos de los grandes señores son generalmente mas de peligro que de provecho.

—¡Válgame Dios y de lo que está ignorante mi señora doña Juana Coello! contestó Alegría.

—¿Y qué sabeis vos? dijo un tanto incómodo Gil de Mesa.

—¿Pues qué hay que saber ni qué preguntar en cosas tan claras? ¿A qué viene aquí de noche y por un postigo y recatada una mujer tan hermosa como doña Casilda, sino porque tiene amores con el señor Antonio Perez?

—Y qué, ¿no pudiera venir enviada por doña Juana Coello?

—No enviara á nadie doña Juana, contestó Alegría, sino que viniera ella.

—¿Sabeis que me estais oliendo á husmeador pagado, y me están entrando ganas de dejaros aquí mismo en el sitio, para que no podais decir á nadie lo que habeis husmeado?

No habia aún acabado de decir estas palabras Gil de Mesa, cuando José Alegría le dió un cintarazo tal en la cabeza y con tal furia, que aunque anduvo de por medio el sombrero, Gil de Mesa se sintió aturdido, y antes de que pudiese reponerse, ni aun echar mano á la espada, tal vuelta de cintarazos le dió Alegría, que le acobardó, y se puso en fuga, temeroso por su vida.

José Alegría se quedó tranquilamente junto al postigo.

—¿Volverá, ó no volverá? se preguntó: si vuelve, volverá acompañado, y entonces, en sintiéndolos, por el otro lado me escurro: podrá ser que tomen las dos bocas de la calle: y eso qué le hace: con

algunos tajos y reveses salimos del paso: ello es que mi abuelo me ha dicho que averigüe, y averiguo: es además, que la Casilda me enamora, que volverá á salir, y si no vuelve Gil de Mesa, me encontraré apoderado de ella. Bueno, bien; la noche no se presenta mal, aunque seria de desear que lloviese menos: me estoy poniendo como una sopa; pero no le hace: por algun agua y algun frio de mas, no hemos de dejar una aventura que se presenta tan bien.

Y esperó.

No tuvo que esperar mucho tiempo, porque se abrió el postigo, y apareció de nuevo Casilda, que cerró violentamente.

—Vamos, señor Gil de Mesa, vamos; todo se vuelve contra mí, dijo Casilda.

Alegría no contestó.

Casilda continuó:

—¿Creereis que Bonetillo, que me esperaba, me ha dicho que con vuestro amo está doña Juana?

Alegría continuó en silencio.

—Mal andan mis amores, continuó Casilda: ¡en mal hora he conocido á vuestro amo! ¡Y el aprieto en que me veo!... Dentro de poco, bien lo sabeis, no podré estar al lado de doña Juana: apenas si puedo disimular ya: ¿y dónde ir estando tan perseguido vuestro señor?

Pasaban entonces por delante de la iglesia de San Salvador, al lado de cuyo pórtico habia delante de un nicho un farolillo que alumbraba á un Ecce Homo.

—¿Que dónde ireis, señora? contestó Alegría, que ya no necesitaba saber mas: adonde yo os lleve.

—¡Ah! ¿Quién sois? esclamó deteniéndose sorprendida Casilda.

Estaban entonces muy cerca de la luz del nicho, y José se descubrió.

La luz del farolillo, aunque turbia, iluminaba de lleno su semblante.

—¡Alegría! esclamó Casilda.

—El mismísimo, señora, contestó José.

—¿Cómo es este trastrueco? dijo vivamente cuidadosa Casilda.

—Este trastrueco, contestó Alegría, consiste en que yo os he visto salir de casa del señor Antonio Perez por el postigo del huerto con Gil de Mesa; os he conocido, os he seguido, y cuando Gil de Mesa se ha quedado solo, como yo deseaba quedarme solo con vos,

porque hace mucho tiempo que de vos estoy enamorado, he dado una buena paliza al señor Gil de Mesa, que porque la paliza no fuese mas grande ha dado á correr, y yo me he quedado en su lugar.

—¿Y qué pretendeis? dijo con altivez Casilda?

—Pretendo que seais mia, y lo sereis.

—¿Vuestra? ¿yo vuestra? esclamó con indignacion Casilda.

—No os irriteis, señora, dijo Alegría: lo que yo pretendo es que seais mi esposa.

—¿Vuestra esposa? dijo cambiando de tono Casilda: eso es distinto: cabalmente necesitábamos un hombre que consintiese en reparar mi honra demasiado comprometida por la ceguedad de mi amor: os cojo la palabra, señor Alegría.

—¡Ah! no me engañais, esclamó este: lo que pretendeis, es confiarme hasta el punto de que consienta en acompañaros á la casa de Antonio Perez, de donde habeis salido.

—¿Y qué seguridades quereis? dijo con cuidado Casilda.

—Una escritura en que os obligueis á ser mi esposa.

—Aceptado: pero ¿dónde hacer esa escritura?

—Aún no es muy tarde, dijo Alegría, y yo tengo un escribano amigo, que vive muy cerca de aquí: en Platerías.

—¿Y me prometeis que cuando esté hecha esa escritura, me llevareis á la casa del señor Antonio Perez?

—Sí señora.

—Pues vamos cuanto antes, esclamó Casilda, que estaba vivamente sobrescitada.

—Supongo, dijo Alegría, que el señor Antonio Perez os dará un buen dote; porque, de otro modo, ¿cómo llamarse padre de un hijo que no es nuestro?

—Veinte mil escudos, dijo contrariada, avergonzada, Casilda.

—Veinte mil escudos y un buen oficio para Nápoles ó para las Indias, dijo Alegría; porque aun cuando el señor Antonio Perez está caido, siempre será bastante su respeto para que por su recomendacion me den lo que pida.

—Me parece que sí, dijo Casilda; en lo que habrá dificultad será en que ese oficio se os dé para fuera de la córte.

—De modo, que si el oficio es bueno, tambien podrá tomarse en Madrid. Pero ya hemos llegado casa del escribano; voy á llamar.

En efecto; Alegría llamó.

Le respondieron, se dió á conocer, le abrieron, subió con Casilda unas estrechas escaleras, y se encontraron en una mezquina habitacion, donde los recibió el escribano Melchor de Pozas, de los de número de la villa de Madrid.

Al verle con una dama tan hermosa como Casilda, el escribano se sonrió maliciosamente.

—¿En qué puedo serviros, señores? les preguntó despues de los saludos de costumbre.

—Esta dama y yo nos amamos, dijo Alegría.

—Bien se conoce, contestó el escribano: y que con buena intencion es, se conoce tambien en qué venís á buscarme; porque se trata sin duda de un contrato. Que para bien sea, y por muchos años.

—Sí, señor Melchor, dijo Alegría; se trata de una escritura en que esta señora y yo nos obliguemos á casarnos en el plazo mas breve posible.

—Dentro de quince dias, dijo Casilda.

El escribano buscó papel sellado, y se puso á escribir la fórmula del encabezamiento.

A Alegría no le preguntó el nombre, le conocia; pero sí á la jóven.

—Casilda, dijo esta.

—¿Y el apellido? preguntó el escribano.

—No le tengo.

—¡Cómo que no le teneis!

—No, no señor, contestó tranquilamente Casilda: soy hija de padres desconocidos.

Alegría se puso un poco triste.

Todo podia cubrirse; pero lo de hija de padres desconocidos de Casilda no podia cubrirse tan fácilmente.

Sin embargo, no hizo ninguna objecion.

Estaba enamorado de la jóven, y además de eso, le deslumbraba un dote de veinte mil escudos, y el buen oficio que indudablemente le daria Antonio Perez, por cubrir el compromiso en que se encontraba su amante.

—¿Y la partida de bautismo necesaria para el consorcio? objetó el escribano.

—Eso ya se arreglará, respondió Casilda.

—¿Qué dote aportais al matrimonio?

—Veinte mil escudos que se presentarán á su tiempo.

—¿Quereis que conste el dote en la escritura?

—De todo punto, dijo Casilda.

El escribano escribió durante algun tiempo, y al fin dijo á Casilda:

—¿Sabeis firmar, señora?

—Sí señor.

—Pues hacedme la merced de firmar.

Casilda firmó.

Despues firmó Alegría.

—No he preguntado á vuestro esposo lo que aporta al matrimonio, porque me consta que no aporta mas que un muchacho de diez años, habido en su primera mujer, que murió de mal parto de un segundo hijo.

Y el escribano, que por lo que mas conocia á José era por el proceso que se le formó á causa de la muerte de su mujer, se sonrió maliciosamente.

—Hemos concluido, dijo, cuando hubo firmado Alegría: mañana tendreis la copia de la escritura con la firma de los testigos que yo buscaré; pero no os olvideis de traeros diez ducados, cantidad á que montan los derechos.

—Mañana al medio dia me tendreis aquí en busca de la escritura, dijo Alegría.

—Pues hasta mañana, dijo el escribano, y que sea en buen hora y por muchos años, repito. Bésoos los piés, mi señora doña Casilda, y espero que no os olvideis cuando llegue la boda, del escribano que ha otorgado la escritura de vuestros esponsales.

—¡Oh! sereis mi primer convidado, dijo Casilda.

—Pues gracias desde ahora, doña Casilda: iré con muy buena voluntad y muy buen apetito.

Despues de esto, salieron.

—Creo, dijo Casilda, que no tendreis ya inconveniente en dejarme volver á casa del señor Antonio Perez, adonde puede volver de un momento á otro doña Juana Coello y echarme de menos.

—¡Ah! ¡si supiérais, dijo José Alegría, á quién debeis el haber salido del poder de la tia Zampoña y el haber entrado en la casa del señor Antonio Perez!

—A la muerte del pobre Eusebio, dijo Casilda, que era bastante bravo para no permitir se me insultase.

—No se trataba de insultaros, señora; se trataba del empeño de un enamorado que queria apoderarse de vos.

—¡Ah! ¿fuísteis vos? dijo profundamente Casilda: yo no pude conocer, á causa de la oscuridad de aquella noche, á los que acometieron á Eusebio.

—Eramos otros tres amigos y yo.

—¡Ah!

—¿Os pesa de que por amor á vos me metiese yo en un lance que causó la muerte de Eusebio?

—¡Bah! ¿qué importa un esclavo negro? dijo Casilda; pero vamos, vamos deprisa, Alegría, estoy inquieta; puede haber sobrevenido doña Juana.

—Pues ya estamos muy cerca, señora; cincuenta pasos mas allá está el postigo. ¿Y cómo es que no conoceis á vuestros padres?

—Cosas son estas, que si las sabe alguien, es la tia Zampoña, y ha desaparecido.

—¿Y cómo haremos para sacar vuestra partida de bautismo, que será necesaria?

—Todo eso lo arreglarán doña Juana Coello y el señor Antonio Perez.

—Será necesario que nos veamos, señora.

—Sí, venid todas las noches á la media noche, y hablaremos por la reja que está junto al postigo.

—¿Y el señor Rodrigo Vazquez de Arce?

—Dejadme hacer, y no os metais en nada.

—Como querais, señora.

Habian llegado al postigo.

Casilda sacó de entre sus ropas una llave, y abrió.

—Buenas noches, esposo mio; dijo Casilda entrando.

Alegría quiso rodearla la cintura.

—¡Ah, no! dijo Casilda rechazándole: aún no sois mi marido.

Y entró.

Alegría se retiró murmurando:

—Sufriré hasta que sea mi mujer: despues, no seré yo quien sufra.

Casilda subió por unas escaleras escusadas á su cuarto, y preguntó por Gil de Mesa.

—Ha venido, le dijeron, y ha vuelto á irse acompañado de algunos lacayos.

Casilda comprendió para qué habia buscado los lacayos Gil de Mesa, y dijo:

—Cuando vuelva, que entre.

Media hora despues, Gil de Mesa estaba delante de Casilda.

—¿Con quién habeis venido, señora? la dijo.

—Con el que os ha maltratado, contestó Casilda: habeis podido comprometerme con vuestra cobardía; pero me habeis salvado por una casualidad.

—Con traidores tales como José Alegría, no hay valor posible, señora, contestó Gil de Mesa: me acometió de improviso á cintarazos, me aturdió, me dominó, y me ví obligado á escapar para que no diese fin de mí; pero yo os aseguro que no quedará sin castigo ese pícaro.

—Os prohibo que os metais con él: es mi marido.

—¡Vuestro marido!

—Sí.

—¡Pero señora!

—Mi marido: ya sabeis que se necesitaba un hombre que cubriese los resultados de mis tristes amores con vuestro amo: pero no sabeis lo mas singular: que él ha sido la causa de que haya habido ocasion para esos amores, puesto que á él debo el haber sido recogida por doña Juana Coello.

—No os comprendo.

—Sí, él fué quien con otros tres amigos suyos intentó robarme á la salida de vísperas de San Miguel, causando la resistencia de Eusebio, por la que aquel fué muerto.

—¡Y os casais con ese hombre!

—Sí; me caso para ser viuda.

—¡Cómo!

—Mirad, señor Gil de Mesa: id y avisad al señor Rodrigo Vazquez de Arce que venga esta noche despues de las dos á hablarme por la reja.

—Le avisaré. Decidme: ¿cómo es que habeis salido tan pronto de la casa del señor Alvaro García de Toledo?

—Cuando entré, me encontré en el cenador á Bonetillo, que me esperaba.

—No podeis pasar, me dijo: el señor Antonio Perez tiene compañía.

—Esperaré como otras veces á que esa compañía se vaya.

—Es que quien le acompaña es su mujer.

—¡Cómo! ¿la señora ha ido á visitar al amo? ¿se le han ablandado las entrañas al señor Alvaro García de Toledo? dijo Gil de Mesa.

—No por cierto: doña Juana ha entrado en la prision de vuestro amo, mediante una órden del rey.

—¡Ah! pues me alegro, señora, me alegro; esto quiere decir que el rey no está tan airado como se creia contra mi señor. ¿Y cómo es que vos no supísteis que doña Juana Coello iba á visitarle?

—Doña Juana salió esta tarde para ir al alcázar, y me dijo que luego iria á casa de su hermano, y que no volveria hasta tarde: yo aproveché esta ocasion para ir á ver vuestro amo, á quien anoche dejé muy enfermo: no sé si entre tanto ha vuelto doña Juana ó no: me he pasado la tarde y el principio de la noche en mi cuarto, y nadie me ha dicho hubiese vuelto doña Juana: he cometido una imprudencia, y he salido bien de ella; es mas, me ha acontecido una buena aventura, puesto que tengo marido y padre para mi hijo que durará poco. Con que, id, id y avisad al señor Rodrigo Vazquez que le espero á las dos de la madrugada, y que hablaré con él por la reja.

En aquel momento, una doncella de doña Juana avisó á Casilda de que su señora la llamaba.

Casilda se encaminó al aposento de doña Juana, á la que encontró contenta.

CAPITULO V.

De los preliminares de las bodas de Alegría, y de lo que aconteció en ellas, con otros particulares que verá el curioso lector.

Doña Juana ignoraba de todo punto la traicion que contra ella cometia Perez, enamorando dentro de su misma casa á una mujer á quien tan generosamente habia acogido y adoptado, y la infamia de Casilda, que, olvidándose de todo respeto y de todo agradecimiento, habia aceptado los amores del marido de su noble protectora.

Si de disculpa puede servir al sér humano la tiranía de las pasiones, ya sabemos que Casilda estaba enamorada desde mucho tiempo antes de Antonio Perez, á quien habia conocido casa de la madre Martina, cuando Antonio Perez iba á consultarla sobre sus cosas como hechicera.

Pero Antonio Perez no tenia disculpa alguna; ni aun la de la pasion: no amaba á Casilda; pero Casilda era hermosa, y su libertinaje era la única razon que habia podido impulsarle á ofender de aquella manera gravísima á su esposa.

La casa era grande, inmensa, y se prestaba por su grandeza á encubrir estos amores.

Casilda engañaba á doña Juana fingiéndola un afecto que no sentia, porque amaba á Antonio Perez, y no podia sentir mas que celos respecto á una mujer á quien Antonio Perez amaba.

Porque ya sabemos que Antonio Perez, no solo amaba á su espo-

sa, sino que estaba enamorado de ella; lo que no impedia que galantease á toda la que se ponia á su alcance.

Esta conducta del esposo dentro del domicilio conyugal, y de la mujer favorecida contra su bienhechora, no podia ser mas infame.

Sin embargo, de tal manera habia sido hipócrita Casilda, que habia engañado á doña Juana Coello, que la amaba como si hubiera sido su hija.

Se lo confiaba todo, y se consolaba con ella de sus penas.

Cuando aquella noche entró Casilda, la dijo:

—Tan desventurada era y lo soy, que una leve gracia del rey me ha hecho feliz. ¡Oh, Dios mio! Le he visto, me ha visto él, ha visto á sus hijos: ¡oh y cuánto me ama y qué feliz soy! Lloraba el desventurado, lloraba de felicidad: ¡cuatro meses sin vernos! ¡oh! vos no habeis amado, Casilda, y no sabeis cuánto se sufre en una separacion, tanto mas cuanto es por causas muy tristes, y cuando son esposos los que están separados: ¡ah! ya lo sabreis un dia, cuando ameis, si la felicidad no os sonrie siempre.

Casilda, celosa, irritada, no pudo dominarse de tal manera que doña Juana no comprendiese su disgusto.

—¿Qué teneis, hija mia? la dijo: ¿por qué no os alegra, ya que veis que me alegra á mí, ese rayo de sol que ha iluminado la oscuridad de mi noche?

—¡Ah señora! esclamó Casilda, arrojándose al cuello de doña Juana, rodeándole con sus brazos, reclinando en ellos la cabeza, y rompiendo á llorar: yo soy feliz, muy feliz; me alegro del bien que os sucede, pero me entristece una revelacion que me veo obligada á haceros.

—¿Una revelacion que os entristece? dijo con seriedad doña Juana: debe ser una revelacion muy grave.

—Sí, sí, muy grave, respondió Casilda, y espero que me perdoneis de antemano.

—El perdon no puede negarse jamás, si el que lo pide, lo pide sinceramente: ¿en qué me habeis ofendido?

—Ocultándoos á vos, que habeis hecho para mí oficios de madre, un secreto que ya no puedo ocultar.

—¿Qué secreto es ese? dijo doña Juana con una grave atencion.

—Cuando os conocí, amaba: amaba con toda mi alma, y yo debí habéroslo revelado, ó haber sofocado aquellos amores que eran todavía inocentes; pero no podia, señora: el corazon dominaba mi razon:

he sido una ingrata, lo comprendo, y por eso os he suplicado que me perdoneis.

—No debíais haberme guardado ese secreto, dijo doña Juana, porque yo á lo menos hubiera podido daros un buen consejo; pero me habeis dicho que vuestros amores eran inocentes: ¿no lo son ahora?

Casilda, que no era una mujer perdida, se ruborizó.

—¡Ah! esclamó doña Juana, viendo una confesion esplícita en el rubor de la jóven: ¡desdichada! ¿y quién, quién es el infame que os ha seducido?

—Me ama, señora, y no se niega á satisfacerme; pero es pobre, y su pobreza le impide contraer matrimonio conmigo.

—Yo soy rica, dijo doña Juana Coello.

—Me ha exigido un dote de veinte mil escudos.

—¡Ah! ¡ese hombre es un infame! dijo doña Juana Coello; ¡ese hombre no se casa con vos, sino con vuestro dinero!

—Harto lo sé, señora, dijo Casilda, y por eso estoy triste y desesperada.

—¡Ah! pues no os entristezcais, no os desespereis: el dote que se os exige es bastante fuerte para que yo pueda dároslo sin conocimiento de mi marido; pero no desconfieis: le hablaré de ello; os estima porque sabe que yo os amo, y tendreis vuestra dote.

—¡Oh señora, cuánta bondad! esclamó Casilda, que no hacia otra cosa que ayudar á Antonio Perez para que pudiese pagar á un hombre el nombre que daba á un hijo suyo.

—¿Y cómo se llama el que va á ser vuestro marido? dijo doña Juana.

—José Alegría.

—¡José Alegría! ¿Y en qué se ocupa ese hombre?

—Pertenece á la servidumbre de su majestad.

—¿Y qué oficio tiene en ella?

—Cabo de los palafreneros.

—¿Es hidalgo?

—Sí señora, contestó á bulto Casilda, que ignoraba si era hidalgo ó no Alegría.

Doña Juana se mostró dulce y benévola con Casilda, y no la hizo preguntas que podian haberla ruborizado.

Comprendió la situacion de la jóven, y se redujo á decirla:

—No os aflijais, hija mia: habeis cometido una falta, que por

fortuna podeis reparar: se hará todo cuanto sea necesario hacer; tendreis vuestra dote: en cuanto á vuestra partida de bautismo, no hace falta, porque yo os adopto, y os doy mi apellido para vuestros hijos.

Casilda estaba avergonzada.

No esperaba tanta generosidad, tanta grandeza.

Es verdad que doña Juana ignoraba la situacion en que Casilda se encontraba respecto á su marido.

Pasó la noche.

Llegaron al fin las dos de la madrugada.

Todo dormia en la casa menos Casilda.

Por la escalera de escape que conducia al jardin, bajó á un aposento del piso inferior en que habia una reja: la última de aquel costado de la casa.

La abrió, y tosió levemente.

—Aquí estoy, aquí estoy, señora, dijo la voz del alcalde de Casa y Córte Rodrigo Vazquez de Arce, que temblaba.

—Hace un buen frio, dijo Casilda: ¿no es verdad?

—¡Ah sí, sí señora! contestó el alcalde; el invierno se nos viene crudísimo: y esta endiablada callejuela... pasa por ella el viento como por un cañon.

—Debeis haberos abrigado mucho.

—¿Y qué vale el abrigo, si me llega el agua hasta la piel?

—¿Habeis esperado mucho?

—Media hora aquí pegado á la reja no da la lluvia, porque el viento la arroja de través; pero al venir ha sido otra cosa: basta con estar tres minutos bajo este chaparron, que se sostiene como si el cielo se hubiera propuesto inundar á la tierra, para calarse completamente; en cuanto á los piés, no hay que decir: no hay botas que resistan: ya veis, pasa por la calle un rio.

—Que creo no alcanza hasta junto á la reja.

—Sí, sí señora: es que yo tengo los piés puestos en los hierros.

—Es decir, que estais en una posicion muy incómoda.

—¿Qué importa eso si tengo el placer de hablaros, ya que no de veros? Afortunadamente la noche no es mas desecha, que bien pudiera serlo si cayeran rayos; y aunque lo fuese, no os ablandariais vos hasta el punto de abrir ese traidor postigo y de recibirme al abrigo de vuestro amor.

—Pues mirad, señor Rodrigo Vazquez: me parece que se va

acabando el plazo de nuestro mútuo sufrimiento; porque ya lo sabeis, yo tambien estoy enamorada de vos.

—¿Y por qué va terminando ese plazo, señora?

—Porque me caso.

—¡Que os casais!

—Sí señor.

—¡Que os casais con otro que conmigo!

—Sí señor.

—Pero ¿y por qué?

—Porque le amo.

—¡Que amais á otro hombre! ¡y me lo decís!

—Tanto da que le ame ó no en estos momentos: le he amado, y le he amado tanto, que me veo obligada á casarme con él.

—¡Y me teníais guardado ese secreto!

—Qué quereis, evitaba el afligiros.

—¿Quién es ese hombre, señora?

—Un cabo de palafreneros de la casa real: un tal José Alegría, á quien he conocido mucho antes de ahora, casa de la mujer que me ha criado.

—¡Oh! pero esto es terrible; no esperaba yo ciertamente esto: me habeis engañado, señora.

—No por cierto, señor Rodrigo Vazquez; porque engaño mata á engaño, y vos habeis pretendido tambien engañarme.

—¿Que he pretendido yo engañaros? ¿y en qué?

—¿Me amais mucho, señor Rodrigo?

—Con toda mi alma.

—No digo que no esteis algo enamorado de mí, porque no soy vieja, ni del todo fea; pero á quien vos amais es á una dama mucho mas hermosa que yo: á una dama á quien Dios ha dotado de tales cualidades, que es imposible conocerla y no amarla; á la virtud encerrada en una mujer: á doña Juana Coello, en fin.

—¡Ah! ¿os lo ha dicho ella? esclamó Rodrigo Vazquez.

—No por cierto, contestó Casilda: no ha tenido que decírmelo, lo he conocido yo, como he conocido que os habeis dirigido á mí desesperado, y mas bien que como á una mujer que os enamora, como á un medio de acercaros á doña Juana: sois un poco traidor, señor Rodrigo Vazquez.

—¿Pero quién os ha dicho que yo piense de ese modo?

—Lo que he observado, os lo repito; y además, el empeño que

habeis tenido de que doña Juana ignore que vos me solicitais, á pretesto de que vuestra calidad de alcalde os hace andar en gravedades y en mesuras que no permiten galanteos, sino matrimonio.

—Quién sabe, quién sabe, señora: si vos no hubiérais tenido esos amores tan graves.....

—Ignorais además una cosa que yo todavía no os he dicho: no tengo padres.

—¿Sabeis doña Casilda que va apretando el frio de una manera endiablada, que el viento no se lleva de través la lluvia, que esta me da encima, y que es cosa de perecer si no abrís el postigo?

—¡Ay señor mio! contestó Casilda; que aunque quisiera, me seria eso imposible: no tengo la llave.

—Pues os afirmo, señora, que esta noche es ya mas cruda que lo que puede resistir un cristiano.

—Idos á vuestra casa, y acogeos al lecho.

—Entraré en él enfermo, y grave: ya veis qué tos tengo.

—¡Bah! un resfriado de los que se cogen en Madrid, y no de los peores.

—O una pulmonía; porque os aseguro que me duele el pecho y que tengo calentura.

—¡Ay Dios mio! pues idos, no os suceda algo, y luego me echeis la culpa.

—¡Ay señora, que no puedo despegarme de esta reja!

—Pues será necesario que os despegueis, porque hablando sériamente, la noche es terrible, tanto para vos como para mí.

—Lo que á vos pueda dañaros es lo que importa, señora, que en cuanto á mí, soy de carne dura, y peores noches he pasado en este mundo; pero hasta ahora no sé por qué ni para qué me habeis citado con el señor Gil de Mesa á las dos de la madrugada.

—Sí; os he citado para deciros que me caso.

—Eso podíais habérmelo dicho en cualquier otra ocasion.

—No por cierto, porque me urge haceros un encargo.

—¿Qué encargo, señora?

—Acordaos: por la Cuaresma entré yo en esta casa; ¿es cierto? entré á causa de un crímen.

—Ciertamente.

—Mataron al negro que me acompañaba, y prendieron á un hombre.

—Sí; pero aquel hombre no era culpado: probó que venia de

otra parte, que era paje del señor Antonio Perez; fué necesario soltarle, y no se pudo averiguar quiénes fueron los autores de aquel mal hecho.

—Pues bien, señor Rodrigo Vazquez, yo os he llamado en provecho de la justicia, para deciros el nombre de uno de los asesinos.

—¡Ah señora, me desconsolais! En denunciadora de crímenes os volveis, cuando para cosa mas dulce creia yo ser llamado. Pero en fin, vara de justicia tengo por el rey, y no puedo menos de escucharos; pero tendré que haceros una severa pregunta: ¿por qué, si conocíais á uno de los malhechores, no lo dijísteis cuando se os tomó declaracion?

—Yo no lo sabia entonces: fué aquella noche bastante oscura y el lance harto imprevisto y temeroso para que yo pudiese reconocer á ninguno de los asesinos. Pero habeis tomado un tono para preguntarme, que no parece sino que ya me teneis en vuestro poder.

—¡Ay, si yo os tuviera en mi poder, doña Casilda!

—Ya hablaremos de eso; porque esta noche es noche de esplicaciones, señor Rodrigo Vazquez. Vengamos al asesinato: yo estimaba mucho á aquel pobre Eusebio; como que le he conocido desde el punto á que alcanzan mis recuerdos.

—Estais envuelta para mí en un misterio, señora: os he preguntado acerca de vuestros padres, y me habeis dicho que no los conocíais: he pretendido, interesándome por vos, saber vuestra historia, y me habeis respondido: «Aún no es tiempo.» Os he hablado de cierto joyel de diamantes, os lo he presentado, y me habeis dicho que le reconocíais por vuestro, que le perdísteis la noche en que por vos fuí herido, y que habíais comprado aquel joyel á una persona á quien no conocíais: me preguntásteis que qué me importaba aquel joyel, y yo os dije que recordaba haberle visto sobre vos: insistísteis en creer que en lo del joyel habia algun misterio, y yo me mantuve reservado; porque aunque aquel joyel le habia yo regalado hacia mucho tiempo á una mujer, como aunque vos fuéseis hija de aquella mujer no podíais ser mi hija, ningun inconveniente tenia en enamoraros: dejé pasar sin insistencia aquel incidente, porque siempre habia tiempo de volver á él.

—¿Sabeis que vuestra conversacion va haciéndose demasiado grave?

—Sí, doña Casilda, sí; pero llueve demasiado, y hace mucho frio: estoy mojado hasta la carne; me siento verdaderamente malo:

vos os esponeis tambien, aunque esteis muy abrigada, porque hace un frio escesivo. ¿Quereis decirme brevemente lo que deseais acerca del objeto para que me habeis citado?

—Sí, señor Rodrigo Vazquez; y para concluir pronto, oid: El hombre con quien voy á casarme me ha revelado esta noche que él fué quien por robarme acometió á Eusebio cuando salíamos de vísperas de San Miguel, y que le acompañaron en aquel mal hecho tres amigos: me lo reveló ponderándome su amor, que le habia llevado hasta tal punto, y creyéndose seguro, puesto que yo consentia en casarme con él; pero os aseguro que mi casamiento con ese hombre, preciso por una parte, es para mí por otra una desgracia, y que si os revelo como alto ministro de justicia lo que sé, tambien os lo revelo como amigo; porque deseo me libreis del tormento de vivir al lado de ese hombre.

—Cada vez os comprendo menos, señora.

—Entrambos somos el uno para el otro, en cuanto á nuestras intenciones, un misterio; pero vengamos al objeto de nuestra cita en esta noche: yo no sé quiénes son los tres hombres que ayudaron á José Alegría en el asesinato de Eusebio: no me ha parecido prudente preguntárselo, porque esto hubiera sido hacerle concebir sospechas; pero fácil os será descubrir quiénes son los hombres con quienes mas se trata y con mas confianza José Alegría.

—¡Oh! ¡facilísimo!

—Pues bien, hacedlo averiguar secretamente: en el mismo dia en que yo haya de casarme con ese hombre, prended á los otros, y haced de modo que podais prender por sus declaraciones á Alegría un momento despues de haberme yo casado con él: no quiero que él pueda sospechar que yo soy quien ha dado parte de su crímen á la justicia.

—Me espantais, señora.

—No quiero vivir al lado de ese hombre; y por otra parte, es justo que se castigue un crímen infame. No he querido dejar pasar tiempo, porque faltan pocos dias para mi casamiento, y quiero que tengais tiempo suficiente para hacer vuestras averiguaciones.

—Las haré, señora; y tan bien hechas, que no estará ni diez minutos á vuestro lado ese hombre, despues de aquel en que os hayan echado las bendiciones: contad decididamente con ello; pero deseo que nos espliquemos.

—Mañana á la noche, á esta misma hora, si Dios no nos envia

otra noche tan cruda: ahora, señor Rodrigo Vazquez, por bien de los dos, retirémonos; tengo fria el alma, y el frio del cuerpo se me va haciendo insoportable.

—Adios, pues, que yo tampoco puedo ya resistir el frio y la incomodidad de los vestidos mojados.

—Pues hasta mañana, señor Rodrigo Vazquez.

—Hasta mañana.

El alcalde se despegó de la reja, y se alejó tiritando.

—¿Será, dijo, á pesar de su frio y de su mal humor, el alcalde, ocupándose de Casilda, será hija de aquella doña Mencía de Santistéban, á la que tiré por un balcon? ¡Oh! entonces.....

El alcalde se detuvo.

—¡Hija de tan gran persona, esclamó, y casarse con un infame, que, segun está preparado el negocio, dará en la horca! Es necesario andarse con piés de plomo, aguzar el ingenio. Bien: si es ella quien sospecho, me convendria casarme con ella cuando se hubiera quedado viuda; despues, yo encontraria medio de probar su nacimiento. ¡Señor, Señor, y qué embrollo de sucesos! Empiezo á aturdirme. ¿Y cómo Casilda ha podido verse comprometida hasta el punto de casarse con él para curar su honra? con un hombre á quien no ama, porque si le amase, no le entregaria con tan torcida intencion á la justicia. No lo entiendo: aquí hay un misterio, y es necesario que yo le ponga en claro.

Como estaba cerca la casa del alcalde, y este iba casi á la carrera, porque seguia diluviando, llegó á ella en muy poco tiempo, llamó, entró, y se acostó.

Pero por mas que estaba cansado, no pudo dormirse: toda la noche se le fué en cavilaciones, y al otro dia asistió mal traido á la Sala de Alcaldes, y dió órden á los alguaciles para que secretamente vigilasen al señor José Alegría, y averiguasen con cuáles personas se reunia mas y trataba con mas confianza.

Por su parte, José Alegría habia dicho al tio Cabañuelas, su abuelo:

—Me he pasado al frio y á la lluvia casi toda la noche, y nada he descubierto: únicamente una cosa que me conviene mucho.

—¿Y qué, nieto?

Alegría, no pudiendo decir á su abuelo la verdad, forjó un cuento.

—Habeis de saber, le dijo, que cansado yo de esperar en vano,

y por ver si la tal señora tenia galan, me puse á toser; porque tosiendo, es como generalmente se avisa á las mujeres de que se ha llegado para hablarlas. Es cierto que muchos tienen ya sus señas; pero no importa: yo tosí: á la tercera vez, á pesar de la mala noche que hacia, oí un siseo en la reja. Me acerqué, y me dijeron:

—¡Válgame Dios, señor alcalde, y qué ganas teneis de pasar una mala noche!

Yo conocí por la voz que era doña Casilda, y me apresuré á agarrar la ocasion por el cabello.

—Quien os habla, señora, la dije, no es alcalde, ni mucho menos, sino José Alegría, vuestro criado, que, como sabeis, muere por vos.

—¡Ah! me contestó: ¿y para decirme eso habeis hecho seña debajo de mis balcones?

—Estoy desesperado, señora; cada dia me encuentro mas enfermo y mas cuidadoso: no dormia esta noche, y no sé qué ángel me metió en la cabeza viniese á buscaros; porque ya veis, no podia yo esperar la fortuna de que bajáseis á la reja y pudiese hablaros.

—Ha sido una equivocacion, respondió Casilda; pero en fin, ¿qué quereis?

—¿Qué he de querer sino ser vuestro, y que vos seais mia como Dios manda? la respondí.

A lo que me contestó:

—Pues si con tan buenas intenciones venís, lo pensaré.

—¿Sabes, nieto, dijo el tio Cabañuelas, que lo que me estás contando es increible? Si así te ha contestado anoche, ¿por qué otras veces no te ha oido, y te ha puesto en el caso de hacer cosa por la que te pusiste á punto de perderte?

—Abuelo, á las mujeres no las entiende nadie: piensan una cosa por la mañana, y otra por la tarde. En fin, abuelo, lo cierto es que me caso con ella, y que trae veinte mil escudos de dote, y que además me darán un buen oficio.

—Algo hay en esto que tú no me cuentas, dijo el tio Cabañuelas, que era un viejo muy esperimentado.

—¿Y qué os importa á vos de lo que haya ó de lo que no haya, abuelo, si yo me caso bien?

—Es que de estas cosas se sale siempre mal, hijo; porque cuando la dan veinte mil escudos de dote, gran persona debe ser aquella á quien le importe que la Casilda se case.

—¡Bah! Cáseme yo, y tenga el oficio, dijo Alegría; que despues Dios dirá.

—Pues hijo, allá tú, que ya tienes treinta años y debes saber dónde te aprieta el zapato; pero te afirmo que todo esto me da muy mala espina. ¿Y qué le digo yo ahora al señor Mateo Vazquez?

—Engañadle de la manera que os parezca, ó decidle la verdad; como querais, contestó descaradamente Alegría.

—Anda, José, anda, que Dios no me ha dado hijos, ni nietos, ni biznietos, mas que para que me den disgustos.

Mateo Vazquez supo que la honra de Casilda estaba comprometida, y que se casaba para cubrirla.

¿Quién habia comprometido la honra de Casilda?

Esto, que no podia decírselo el tio Cabañuelas, le metió en nuevas confusiones; pero como quiera que su hermano no era quien se casaba con Casilda, sino cuando mas, quien obligaba el casamiento, desistió de aquel negocio; y por lástima que tuvo de la comadre del tio Cabañuelas, salvó de la pena que merecia al compadre.

Por supuesto que esto no lo supo nadie.

Aquella noche, á las doce, Casilda habló con José Alegría, le dijo que doña Juana tenia ya noticias del casamiento, y que la habia prometido hacer lo que fuese necesario para que se efectuase cuanto antes.

Despues de esto, le despidió.

José Alegría no se fué; se escondió en el postigo de la iglesia: queria ver si Casilda hablaba con otro.

Pero con la soledad y con el silencio se durmió; y tan profundamente, porque la noche anterior la habia pasado mala, que no sintió al alcalde, que llegó á las dos de la madrugada, ni le despertó el tosido con que el alcalde hizo seña á Casilda.

La noche era fria; pero nó tanto como la anterior, porque ni llovia ni hacia viento.

—Me habeis hecho pasar una noche de desvelos y cavilaciones, señora, dijo Rodrigo Vazquez; y esta es la hora en que aún no he dormido.

—Pues fuerza es agradeceros lo que por mí os cuidais, contestó Casilda.

—Decidme, señora, la preguntó el alcalde: ¿no teneis noticia alguna acerca de vuestros padres?

—No señor, no; siempre que he preguntado á la madre Martina, me ha contestado:

—Te encontré recien nacida y abandonada en la calle.

Pero tambien me ha dicho otras veces:

—Ten paciencia, hija, que ya llegará un dia en que sepas quién eres y de dónde vienes; que es de tan alta parte, que te alegrarás.

—Y decidme, preguntó con mas interés Rodrigo Vazquez: ¿no sabeis vos quién es la madre Martina, ni si tiene ó no parientes?

—No señor: solo me ha dicho, que siempre no ha sido jorobada ni fea, sino por el contrario, muy hermosa; y que lo de la joroba, le habia venido de que la habian tirado por un balcon.

—¿Y no sabeis vos dónde pára la madre Martina? dijo Rodrigo Vazquez.

—Desde que sucedió la desgracia de Eusebio ha desaparecido.

—Pues he de encontrarla, á pesar de que ya la he buscado en vano; pero con tal empeño la buscaré, que, ó rompo mi vara de alcalde, ó la encuentro.

—No digais eso, que á la tal mujer parece que le ayuda el diablo.

—Os advierto, que si un alcalde de Casa y Córte se empeña, ni el mismo diablo se le escapa; y en fin, señora, ¿estais resuelta á casaros con ese hombre?

—De todo punto.

—Es que no faltaria quien se casase con vos.

—Dejadme, dejadme que me case con quien puede hacerme viuda, y esto será mucho mejor para vos, señor Rodrigo Vazquez.

—¿Pero no veis que ese hombre os va á deshonrar?

—No: todo el mundo verá en ello una desgracia; y sobre todo, me lo he propuesto, y será: cuenta con que no me sirvais bien, porque entonces os acontecerá peor. ¿Qué habeis hecho en lo que os encargué?

—He mandado que busquen á los que se acompañen con ese hombre y le traten con mas confianza: dentro de poco tendremos noticias, y no estará, os lo repito, á vuestro lado ni diez minutos despues de que os hayan echado las bendiciones.

Casilda y Rodrigo Vazquez continuaron hablando hasta las tres, en cuya hora ella le despidió á pretesto de que la rendia el sueño.

El alcalde se fué tambien á acostar.

José Alegría despertó algun tiempo despues, y encontró la calle solitaria.

Esperó aún, hasta que el reloj de las casas de Ayuntamiento dió las cuatro de la mañana.

—Pues señor, dijo; esta no es hora de que nadie venga á hablar con ella.

Y se fué.

Doña Juana Coello habia pasado aquella noche al lado de su marido.

Por la mañana, tarde, volvió muy alegre, y dijo á Casilda:

—He encontrado en mi marido menos dificultades que lo que esperaba: os adoptamos; os señalaremos veinte mil escudos de dote, con mas lo que fuere menester de alhajas y galas; y el señor cardenal de Toledo, que es muy nuestro amigo, hará en lo que toca á la Iglesia todo lo que fuere menester.

Pasaron ocho dias.

Doña Juana Coello acabó por vivir casi al lado de Antonio Perez.

Alguna vez le dejaba para ir al alcázar, en donde el rey se satisfacia hablando con ella siempre del negocio de la enemistad de los Vazquez y de Antonio Perez.

Felipe II no se atrevia á manifestar lo que sentia á doña Juana Coello, primero por la gran virtud de doña Juana, y despues por su gran reserva y por su dificultad para acometer nada que espusiese su altivez á una negativa.

Si Felipe II no hubiese dispuesto de Antonio Perez, acaso no hubieran tenido lugar sus amores con la princesa de Eboli.

Doña Juana Coello era infinitamente mas difícil para el rey; mas aún que difícil: imposible.

El rey lo comprendia, y se obstinaba en un empeño secreto que creia que él solo conocia.

Se engañaba, sin embargo; le conocia doña Juana.

Aquel empeño la mortificaba, la ofendia; la repugnaba pasar largas audiencias junto al rey, que no siempre la miraba de una manera impasible, por mas que creyese que ocultaba su sentimiento.

Doña Juana, casta y pura para todo lo que no fuese su marido, delicada hasta el punto de ofenderse hasta de un pensamiento adivinado, sufria de una manera incalculable.

Era siempre la mártir que se sacrificaba por su familia.

Por mas que fuese muy cristiana y de alma noble, habia llegado involuntariamente, y de una manera inevitable, á aborrecer á Felipe II.

Y ver lo que se aborrece, tratarlo con respeto, verse obligados á mostrarle afecto, es un martirio horrible para los caractéres espansivos y enérgicos.

Doña Juana apuraba este martirio como habia apurado otros, y estaba resuelta á apurar toda la amargura de su destino.

Entre tanto, se acercaba el dia del casamiento de Casilda con José Alegría.

Estaba este de todo punto alegre.

Por su parte, no lo estaba menos Rodrigo Vazquez de Arce.

Habia descubierto que los mayores amigos de José Alegría eran, un paje talludo, como que contaba mas de treinta años, del cardenal arzobispo de Toledo, inquisidor general; un sangrador de la Puerta del Sol, frente el Buen Suceso, comerciante en sanguijuelas, y un hermano del Pecado mortal.

Estos tres individuos se pasaban juntos con José Alegría las tardes, y gran parte de la noche, en lugares poco honestos y en ocupaciones poco edificantes.

La Inquisicion habia tenido que ver algo con el sangrador; y la justicia ordinaria habia tenido presos, aunque sin sentenciarlos mas que á algunos meses de cárcel, al paje y al cofrade del Pecado, por trasnochadores, alborotadores y perturbadores nocturnos del sosiego público.

Los alguaciles del señor Rodrigo Vazquez de Arce eran unos grandes alguaciles, y le habian traido unos grandes informes, no ya solo de los tres amigos del cabo de palafreneros, sino de este mismo.

Aconteció, pues, que el miércoles 17 de noviembre de 1578, fué el dia fijado para dos acontecimientos: primero, para pasar de casa del alcalde de Casa y Córte Alvaro García de Toledo á la suya, aunque preso todavía, á Antonio Perez; y segundo, para que se casasen Casilda y José Alegría.

Aquel dia por la mañana recibió órden Diego Ruiz, verdugo jurado de la villa de Madrid, de tener preparados los trastos del tormento, para usar de él á la primera órden.

A las ocho de la mañana, se salieron de la Audiencia, divididos por parejas, los alguaciles del señor Rodrigo Vazquez de Arce.

Dos de ellos se fueron cerca del Buen Suceso; otros dos, á la casa del Nuncio, donde vivia el cardenal de Toledo, y otros dos, á las casas contiguas á la sacristía de San Ginés.

Antes de las nueve habian sido convenientemente amarrados y llevados á la cárcel de villa, el paje, el sangrador, y el hermano del Pecado mortal.

Con este último, que tenia una gran cara de bribon y unas grandes artes de marrullero, encerróse Rodrigo Vazquez de Arce; mandó á Diego Ruiz que le desnudase, dejóle el verdugo en paños menores, y cuando en esta disposicion estuvo, salióse Diego Ruiz.

Preguntóle Rodrigo Vazquez, nombre, naturaleza, edad, padres, condicion y estado; tomóle juramento en forma, y despues le preguntó:

—¿Dónde estuvísteis el viernes de Cuaresma 19 de marzo de este año?

—En mi iglesia de San Ginés, asistiendo á vísperas.

—Ved lo que decís, que de otras vísperas se trata, dijo Rodrigo Vazquez; y si no me respondeis en verdad, voy á daros un trato de cuerda.

—Vuestra señoría haga lo que fuere servido, dijo aquel pícaro; que yo puedo hacer bueno que en mi parroquia de San Ginés me estuve.

Hizo entrar el alcalde al verdugo, y de tal manera apretó al hermano del Pecado, que este acabó por confesar de plano, y averiguóse que se habian concertado para la muerte de Eusebio y el robo de Casilda, José Alegría, Martin Illescas, paje del arzobispo de Toledo; Gaspar Medrano, tratante en bestias, que habia muerto, y el que declaraba; y que el sangrador no tenia parte en aquello, porque aquella noche se habia quedado con su mujer, que estaba de parto.

Apretó asimismo los cordeles el juez á Martin Illescas, y á las pocas vueltas, confesó lo mismo que habia confesado el hermano del Pecado mortal; esto es, que se habian concertado los cuatro para aquel robo, y que mientras los tres que acompañaban á José Alegría entretenian á Eusebio por delante, José Alegría le habia acometido por detrás, y le habia dado las estocadas de que murió.

Abstúvose el alcalde de dar cordel al sangrador, porque las declaraciones de sus amigos le esculpaban; hubo de contentarse con no prender al otro culpado, porque la sepultura es un lugar de asilo

inviolable, y aquella noche, á punto que oscurecia, echó á andar hácia la iglesia de San Justo y San Miguel, con seis alguaciles de su ronda y su correspondiente escribano.

Celebrábanse entre dos luces los desposorios de Casilda y José Alegría en la parroquia de San Justo y San Miguel, y asistian á ellos como padrinos, doña Juana Coello y Antonio Perez, á quien se habia dejado su casa por cárcel y sin guarda, y permitídosele ir á la iglesia á misa y demás oficios, y ser visitado, con tal de que él no visitase á nadie; circunstancia rara esta última, cuya razon no se comprende: porque si se permitia que le visitasen, ¿por qué no se permitia que él visitase á su vez á quien le placiese?

Se habia arreglado todo.

Casilda habia sido adoptada por Antonio Perez y su esposa.

Se habia dado escritura de veinte mil escudos, y joyas y preseas de presente á Casilda en el acto de los esponsales; se habia convidado á los amigos de Perez, y un canónigo, grande amigo de Antonio Perez, salva la vénia del cura de San Justo, habia echado las bendiciones delante del altar mayor, estando completamente iluminada la iglesia, sonando el órgano, y volteando las campanas, á José Alegría y á Casilda Perez y Coello, que habia tomado los apellidos de sus padres adoptivos, con gran contento, al parecer, de todos los asistentes, de los cuales el mayor número eran los tios, hermanos y primos de José Alegría, que habian acudido presididos, por decirlo así, por el grande abuelo; esto es, por el tio Cabañuelas, que habia producido una familia casi tan numerosa como la de Jacob.

Estaba preparado gran festejo, sarao y cena en la casa de Antonio Perez, que se mostraba tan desprendido y tan ostentoso como de costumbre, y allá se trasladó el cortejo; pero al ir á entrar este en la casa de Antonio Perez, se desenvainaron del portal alcalde y alguaciles: y estos últimos, sin mirar en nada ni echar ojo mas que en José Alegría, arremetieron á él, y en un dos por tres quitáronle puñal y espada, y sin consideracion á las ricas mangas de brocado acuchilladas, le ataron codo con codo, mientras el alcalde, puesto en el dintel de la puerta y fieramente apoyado en su vara de justicia, esclamaba:

—Dése preso el señor José Alegría á la justicia del rey nuestro señor.

—Vos habíais de ser el que turbase estas fiestas, esclamó Anto-

nio Perez, que tenia un gran odio, y no sin razon, á Rodrigo Vazquez de Arce.

—Perseguidor de delitos me ha hecho su majestad, y delito grave persigo en la persona de ese hombre.

—¿Y por qué delito le perseguís? esclamó Perez, que continuaba siendo secretario de Estado á pesar de su prision.

—Por el de asesinato alevoso con intencion premeditada y saña, en la persona de Eusebio, negro africano, esclavo de doña Casilda, aquí presente: y no hablemos mas en esto, señor Antonio Perez, que bastante he dicho, por ser vuestra señoría quien me ha preguntado; y siga en buen hora la fiesta, con tal de que yo me lleve á la cárcel á este mal hombre.

—Si os habeis equivocado, dijo Antonio Perez, habrá de pesaros; que el rey no quiere atropellos ni injusticias.

—Ahorcaréle yo sin equivocarme, dijo el alcalde; y si su majestad me hace cargo, contestaré yo con un proceso. Guarde Dios á vuestra señoría, y á toda la gente hidalga que le acompaña, y abran paso á la justicia del rey nuestro señor.

Y sin decir mas, se lanzó altivo y tieso del dintel á la calle, y seguido de sus seis alguaciles, que se llevaban por delante á empellones al preso, se puso con él en la cárcel, le dió cordel, y el menguado Alegría confesó á las tres vueltas.

Arrojóle en un calabozo cargado de grillos y cadenas el alcalde, y despegándose de sus alguaciles, se fué solo y á hora de la media noche, al pié de los balcones de Casilda.

Hizo seña, y Casilda bajó á la reja.

—Espero que me deis las gracias, señora, dijo Rodrigo Vazquez, puesto que ya podeis contaros por viuda.

—¿Y cuánto tiempo se tardará? dijo Casilda.

—Lo que tarden en ser defendidos los acusados, que ya han sido sentenciados en rebeldía, aunque no se sabia quiénes fuesen; y cuando se les haya oido en derecho, para lo cual se les concederá quince dias, se confirmará la sentencia definitiva, que se cumplirá lo mas tarde á principios del mes de enero.

—Pues bien, señor Rodrigo Vazquez, para evitar que os sorprendan hablando conmigo, y se me arguya de malicia por esta circunstancia en lo tocante á la prision de mi marido, será prudente que os vayais, y que no volvais á verme sino cuando mi marido hubiere sido ahorcado.

Y cerró las maderas de la reja.

—¿Qué habrá aquí? ¿qué no habrá? No, pues yo ahorco al señor José Alegría y á sus dos cómplices. ¡Y haber puesto el rey casi en libertad á Antonio Perez!... ¿Por quién será esta gracia del rey, y este vencimiento á nosotros? ¿por doña Juana, ó por doña Casilda? ¡Vive Dios que cada dia lo entiendo menos, y que este negocio se va poniendo á punto de desesperacion!

Y Rodrigo Vazquez se fué á su casa, y á pesar de lo avanzado de la hora, se puso á trabajar con su secretario en el proceso de José Alegría.

Veinte dias despues, como el alcalde le habia prometido á Casilda, José Alegría, Martin Illescas, y el hermano del Pecado mortal, fueron ahorcados por el cuello en la Plaza Mayor, asistiendo á la ejecucion con saco y caperuza el mísero sangrador, por el solo delito de ser amigo de los sentenciados; esto es, por aquello de «dime con quién andas, y te diré quién eres.»

El mismo dia, el rey espidió cédula en forma de liberacion de infamia por la ejecucion del marido y del padre, en favor de doña Casilda Perez y Coello, y del hijo que diere á luz.

De modo, que esta especie de Jordan del poder real, dejaba tan honrados á Casilda y á su hijo, como si su padre, en vez de haber sido ahorcado, hubiese muerto buenamente, víctima de una enfermedad, como cualquiera hombre de bien.

CAPITULO VI.

En que, á causa de Casilda, se da á conocer al inquisidor fray Ciriaco de Torote Montero de Espinosa y Valcárcel, de la Orden de Predicadores.

La misma noche de la ejecucion, al mediar, Rodrigo Vazquez, que estaba vivamente escitado con todo lo que acontecia, se fué á ver á Casilda, que bajó á la reja.

—¿Con que el rey, la dijo Rodrigo Vazquez, os ha librado de toda infamia por la ejecucion de vuestro esposo?

—Justo era que esto se hiciese, dijo Casilda.

—Pero como todo lo que es justo no se hace, me permitireis os pregunte por quién se ha hecho esta justicia.

—Por el secretario Antonio Perez, contestó Casilda.

—¡Cómo! repuso azorado Rodrigo Vazquez; pues qué, ¿todavía priva con el rey Antonio Perez, á pesar de los pesares?

—Si no priva, privará; y mientras priva, por él priva el cardenal Granvela, que tiene en gran aprecio, como debe, al señor Antonio Perez.

—No entiendo, no entiendo estos negocios, dijo Rodrigo Vazquez.

—Y cada dia los entendereis menos.

—Y decidme, señora: ¿me dejais esperar el que, ya que os he libertado de un mal marido, querais tener un buen marido en mí?

—Ganadlo, señor Rodrigo Vazquez.

—Pues qué, ¿no lo he ganado bastante? ¿no os he ahorcado á ese hombre?

—Le ha ahorcado su delito; y en todo caso, le he ahorcado yo denunciándole.

—Pero si yo no hubiera apretado tanto los cordeles á él y á sus cómplices, hubieran permanecido negativos; y como no habia testigos del asesinato, hubiera sido menester soltarlos.

—Creedme, señor Rodrigo Vazquez, dijo Casilda: aún no habeis hecho bastante.

—¿Y qué quereis que haga aún? esclamó casi desesperado el alcalde, que habia acabado por enamorarse ciegamente de Casilda, hasta el punto de tener mucho menos empeño por doña Juana Coello.

—Quiero que me averigüeis quiénes fueron mis padres; porque yo tengo para mí, que han de ser grandes personas.

—Necesario seria para esto que yo diese con aquella mala bruja que os crió, y á quien ya he buscado en vano.

—Buscadla de nuevo.

—¡Sabe Dios lo que habrá sido de ella!

—Averiguadlo; mirad que os va mucho.

—Mas tal vez de lo que vos misma pensais; porque ¿quién sabe, señora, de quién sois vos hija?

—De muy principales padres sin duda.

—¿Teneis alguna noticia?

—Sospechas; la madre Martina, que unas veces me decia que me habia encontrado en la calle abandonada, me decia otras:—Te he criado bien y te hecho dama, porque si alguna vez encuentras á tus padres, seas digna de ellos.

—Y decidme, señora: ¿esa madre Martina, no os ha hablado nunca de sus parientes?

—No señor.

—¿Y creeis posible que aquella viejezuela encorvada haya sido hace veinte años alta, hermosa, blanca, rubia, y con los ojos azules como vos?

—Os diré, señor Rodrigo Vazquez: estirando la joroba de la madre Martina con el pensamiento, se comprende perfectamente que apareceria tan alta como yo: si ha sido blanca ó no lo ha sido, no puede asegurarse, porque solo la quedan pellejos curtidos como el cordoban: cabellos, los pocos que tiene son canos; y averiguad si

unos cabellos canos han sido rubios ó negros: de los ojos no hay que hablar, porque los tiene tan encarnizados y tan lacrimosos siempre, que no hay medio de saber de qué color han sido.

—¿Y no conserva esa bruja algunas costumbres, por las cuales se pueda venir en conocimiento de si fué ó no fué dama?

—No: habla mal, jura, blasfema, es glotona, y se embriaga con aguardiente; nunca está de buen humor, ni jamás deja de ser grosera: ¿cómo quereis que por lo que en esa mujer queda se adivine lo que en otro tiempo ha podido ser?

—Y decidme, doña Casilda: ¿habeis vivido siempre en aquellos sótanos en que vivia la madre Martina?

—No señor; he vivido mucho tiempo en la casa de la calle de Jesus y María, que es buena y alegre, y tiene un huerto muy grande, cuidada por la madre Martina y servida por Eusebio, que me sacaba á paseo y me llevaba á todas partes.

—¿Y os ha empleado para cosas reprobadas la madre Martina?

—Unicamente para engañar á incautos, haciéndoles creer por mi medio, que de vieja se convertia en jóven.

—¿Y no aconteció nada de singular el dia en que salísteis con Eusebio, y en que Eusebio fué muerto?

—No.

—¿Ni habeis tenido indicio alguno de que os haya buscado la madre Martina?

—No; y cuando por los indicios que yo dí, se buscó á la madre Martina, se encontró la casa, sí, pero deshabitada, como la de la calle de Jesus y María, y sin que se pudiera dar con la entrada secreta por donde se bajaba á los sótanos.

—Tampoco la he encontrado yo; ni sé cómo podia comunicarse la casa de la calle de Jesus y María con la otra casa de la calle de la Comadre.

—Se comunicaba por un cuarto del primer piso que estaba cerca de los corredores; pero yo nunca he visto abrir ni cerrar la comunicacion: cuidaba mucho de que no lo viese la madre Martina.

—¿De modo que vos no podríais tampoco encontrar esas comunicaciones?

—No; ni aunque pudiese, me atreveria.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? dijo Casilda; porque la madre Martina tiene un gran poder, un poder casi infernal.

—Pues como yo la cogiese, no la habia de valer el infierno.

—Vos no sois inquisidor.

—Ya haria yo de modo que no entablase conmigo competencia el Santo Oficio. Y decidme: ¿trataba con mucha confianza la madre Martina á Eusebio?

—Eusebio era su amante.

—Negro bozal era necesario ser para atreverse á amar á aquel vestiglo.

—Pues debia tenerle hechizado; porque Eusebio la amaba tanto, que tenia celos de ella.

—¡Válgame Dios! dijo el alcalde: tanto me direis, que al fin creeré que la madre Martina tiene hecho pacto con el diablo.

—Pues creedlo; y cuando la busqueis, hacedlo de manera que no me deis un sentimiento.

—Pues qué, ¿sentiríais vos que me aconteciese una desgracia?

—No quiero negároslo: os estimo mucho.

—Y entonces, ¿por qué no consentís en ser mi esposa?

—Porque quiero que antes me sirvais, averiguando quiénes fueron mis padres.

—Con mas empeño lo averiguaré cuando seais mia.

—Tened por seguro que no he de serlo hasta que me hayais servido.

—Pero me poneis en un grande apuro.

—¿Y para qué sois alcalde de Casa y Córte?

—Ser alcalde de Casa y Córte no quiere decir que haya de ser uno adivino.

—Mirad: os voy á dar una idea.

—¿Cuál, señora?

—¿No dicen que las brujas buscan á los ahorcados para sacarles los dientes y hacer otras profanaciones?

—Sí, dijo con algo de temblor el alcalde.

—Pues bien, ¿por qué no os vais al pié de la horca?.....

—¿Yo? ¿Estais loca? Además, que los ajusticiados están ya en el cementerio, y si no los han enterrado hoy, porque se haya hecho tarde, los enterrarán mañana.

—No los habrán enterrado; porque yo creo que á los sepultureros les importa poder vender á las brujas lo que las brujas necesitan de los ahorcados. Apostaria que está allí la madre Martina, aunque los hayan enterrado.

—¿Y por qué creeis eso, señora?

—Porque amaba tanto á Eusebio, que no perdonará la ocasion de ir á arrancar el corazon á los asesinos para hacer imprecaciones y conjuros: os afirmo que allí la encontrareis.

—Y yo os afirmo, dijo Rodrigo Vazquez, que, aunque estuviera seguro de encontrarla, no iria á buscarla al cementerio de los ahorcados.

—Entonces, señor Rodrigo Vazquez, no volvais: no quiero ni aun volver á veros; no me amais, ó sois muy cobarde.

—Pero ved que vuestro empeño es terrible: me pedís una cosa superior al valor; yo soy capaz de todo, menos de ir á buscar brujas á un cementerio.

—Pues bien, no vayais, dijo Casilda; pero no volvais tampoco á verme.

Y cerró el postigo de la reja.

Con tal decision habia dicho Casilda sus últimas palabras, que en realidad no habian sido otra cosa que un pretesto para acabar sus relaciones, ó por mejor decir, para desesperar las pretensiones de Rodrigo Vazquez, que este se aterró, y se puso á buscar un medio para satisfacer los deseos de Casilda.

Acordóse de un tremendo fraile de Santo Tomás, inquisidor, que lo mismo temia á brujas y á hechiceros, que el gato al raton.

Fray Ciriaco de Torote Montero de Espinosa y Valcárcel, era un santo varon muy acostumbrado á lidiar con el demonio para tenerle miedo.

Era en efecto muy tarde; pero estaba tan seguro Rodrigo Vazquez de que habia de satisfacer el gusto de fray Ciriaco invitándole á una cacería de brujas, que se fué decididamente al convento de Santo Tomás, llamó á su portería, y dijo al lego portero que necesitaba ver inmediatamente al padre Ciriaco para un asunto en que iba mucho, tanto á la religion como al rey.

Con esto, y con haber dado su nombre Rodrigo Vazquez, no hay que decir que se abrió inmediatamente la puerta del convento, y que fray Ciriaco fué despertado inopinadamente del mejor sueño del mundo.

—¿Qué me quiere? dijo incorporándose bruscamente á su lego, que con mucho miedo se habia atrevido á despertarle.

—Perdóneme vuestra paternidad, dijo el lego; pero ahí ha venido un señor alcalde de Casa y Córte que dice que tiene que ver á

vuestra paternidad para un asunto en que va mucho á nuestra santa religion católica, y al católico rey nuestro señor.

—¿Y dónde está? ¿dónde está ese señor alcalde de Casa y Córte? dijo fray Ciriaco.

—A la puerta de la celda, padre, contestó el lego.

—Pues haced que su señoría entre al momento, que el tiempo está crudo y el claustro es muy frio. Cerrad la puerta de la alcoba antes de abrir la de la celda, no corresponda el aire, que estoy sudando.

En efecto, no podia menos de sudar el padre Ciriaco; porque casi podia decirse que tenia sobre sí por abrigo un colchon.

Tal era el cúmulo de cobertores, mantas y colchas que formaban la cubierta de su gran lecho.

Es verdad que todas estas mantas debian ser peso liviano para aquel gran dominico, que pesaba, segun su dicho, once arrobas, tres libras y catorce onzas.

Si se pesaba dos dias seguidos, habian crecido las onzas; si á la semana, las libras; si al mes, las arrobas.

Fray Ciriaco estaba verdaderamente asustado, y no se atrevia á comer mas que legumbres, y en poca cantidad, ni á beber mas que agua; lo que quiere decir, que le engordaba el agua.

Estúvose en una ocasion ocho dias sin comer y sin beber por ver si corregia su obesidad: pesóse al empezar este esperimento y despues de él, y resultó que no habia mermado ni un adarme; lo que quiere decir, que le mantenia el aire.

Pero se le habia estragado algo el estómago con aquella larga y total abstinencia, y se vió obligado á seguir comiendo; es decir, á seguir engordando.

Tal era en lo físico el padre Ciriaco, de la Orden de Predicadores, fiscal del Santo Oficio de la general Inquisicion en Madrid, doctor *in utroque*, y médico y físico; porque habia consagrado su larga vida, que ya pasaba de los sesenta, al estudio.

En lo moral, era un buen hombre, temeroso de Dios, caritativo cuanto se lo permitia su temperamento flemático y sanguíneo, y muy dado á espurgos de herejes, de brujas, de hechiceros, y de toda otra gente proterva y malévola que se atrevia á no tener miedo al Santo Oficio.

Crujió la madera de la cama cuando el padre se sentó sobre ella, echó mano á un sillon que junto al lecho tenia, y en el que

estaba su ropa, cogió dos medias de lana negra de las dimensiones de dos costales, encajóse unos calzones de una anchura infinita, una ropilla negra en la que podia embozarse cualquier otro prójimo aunque fuese robusto, y encajándose los hábitos y calzándose unos zapatos, que no nos atrevemos á describir por temor de que se crea que entramos en lo inverosímil, salió de la alcoba.

Y el caso era que el padre Ciriaco estaba ágil y fuerte; porque su talla se armonizaba con su obesidad.

Tenia seis piés de altura.

Era, en fin, el padre Ciriaco un varon que metia miedo.

Pensóse una vez en apuntalar por debajo el piso de su celda; pero encontróse que era una bóveda, y se tranquilizó la comunidad.

Los que sudaban de terror con el frio de la muerte cuando les decian que preparasen la silla de manos para el padre Ciriaco, eran los mozos medio frailes y medio seglares que tenia el convento para este servicio.

Ocho se necesitaban para agarrarse á las varas de la silla de manos del padre Ciriaco, que era tan fuerte, que pesaba doble que su paternidad.

De modo que los mozos tocaban, cuando le conducian, á cuatro arrobas y algunas libras de peso; lo que no les permitia ir muy deprisa.

Las fuerzas del padre Ciriaco estaban en armonía con su humanidad; y se contaba, que en una ocasion habiendo vuelto al convento muy tarde, despues de haber despenado á un moribundo, para lo que tenia mucha gracia el padre Ciriaco, como tardase en abrir el lego portero, se volvió de espaldas, dió con los jamones en la enorme puerta, crujieron los cerrojos, se desencajaron, y la puerta se abrió.

Pensar en un puñetazo del padre Ciriaco, era lo mismo que pensar en un aplastamiento.

¡Era mucho, mucho varon!

El alcalde de Casa y Córte parecia junto á él un hombre pequeño, á pesar de que era de buena estatura y robusto.

No se comprendia una lucha entre aquellos dos hombres, sin suponerse el aniquilamiento del alcalde.

En cuanto á la voz, cuando en el coro cantaba el *Benedicite* ó el *Miserere* el padre Ciriaco, caia polvo de las bóvedas de la iglesia. Aquello era espantoso, pero al mismo tiempo magnífico.

—Y bien, perdonad, señor alcalde, que ya veo que sois el señor Rodrigo Vazquez, mi buen amigo, dijo con su voz rotunda y poderosa el padre Ciriaco; perdonad si os he hecho esperar: necesitaba ponerme honesto. ¿A qué debo el contento de veros por mi celda?

—Perdonadme á vuestra vez, padre, si he venido á incomodaros; pero la religion... el rey...

—Habeis hecho bien, muy bien: yo no me incomodo cuando se trata de estos sagrados objetos.....

Y fray Ciriaco concluyó sus palabras con un bostezo, que despertó á los frailes que dormian en las celdas inmediatas.

—¿Tendreis vos inconveniente, padre, dijo Rodrigo Vazquez, en venir conmigo al cementerio de San Millan?

Allí se enterraba á los ajusticiados.

—¿Y por qué he de tener inconveniente? contestó el dominico. ¡Hola, hermano Propósito! Haga que saquen mi silla, que se dispongan los mozos, y que se prevengan cuatro alguaciles para acompañarme.

En el convento de Santo Tomás, que era, como si dijéramos, el núcleo de la Inquisicion, habia siempre algunos alguaciles para lo que pudiese acontecer.

—¿Y os habeis traido vos vuestra ronda? preguntó el padre Ciriaco.

—No señor, porque esto ha sido de improviso: he soñado, y creo que mi sueño ha sido un aviso de Dios; porque creo haber oido entre sueños una voz que me decia:

«Levántate, Rodrigo, y véte á revelar al virtuoso padre Ciriaco, de la Orden de Predicadores, la vision que has tenido.»

—¿Vision tuvísteis, señor Rodrigo Vazquez? dijo con una gran seriedad y un gran interés el dominico.

—Y vision espantosa, contestó Vazquez; figuraos que he soñado que estaba en el cementerio de San Millan, y que una legion de brujas desenterraban, para llevárselos, á los tres ajusticiados que, sentenciados por mí, han expiado sus culpas en el patíbulo.

—¡Oh! dijo el padre Ciriaco: Dios vela por la pureza de su santa religion, y avisa á varones tan piadosos y tan calificados como vos, señor Rodrigo Vazquez.

—Pero tan al vivo ha sido el sueño, que he despertado despavorido.

—Vision, vision, no sueño; ó mejor dicho, realidad: Dios ha

permitido que esteis con el espíritu en el cementerio de San Millan y seais testigo de esas abominaciones.

—Habia particularmente una viejezuela corcovada, horrible, á la que se le revolvian como dos áscuas los ojos, y que se ocupaba en sacar con unas tenazas los dientes á uno de los ahorcados.

—Para calcinarlos y molerlos, y mezclarlos con otras materias malditas y hacer bebedizos y perder almas. ¡Cuándo se acabarán estos protervos! El Santo Oficio los persigue, los quema á docenas, y parece como que reviven de sus cenizas. Y esto consiste en que el eterno enemigo de Dios y de los hombres, Satanás, cuya soberbia y cuya rebeldía son á cada momento mayores, no reposa. Ya vereis, ya vereis como es muy posible que les haya avisado el diablo, y que cuando lleguemos, no encontremos á nadie.

En aquel momento, el lego apareció en la puerta, y dijo:

—Nuestro padre: ya están dispuestos la silla, los mozos, y los alguaciles.

—Pues vamos, vamos al momento, señor Rodrigo Vazquez, dijo el dominico: vamos á ver si ganamos al diablo por la mano; porque á veces sucede, que como este espíritu condenado no puede obrar al mismo tiempo en todas partes, porque entonces seria semejante á Dios, suele tener graves ocupaciones que le impiden acudir cuando quisiera donde le conviene.

Habian emprendido ya el camino hácia el claustro bajo.

—Y decidme, padre Ciriaco: ¿cómo si Satanás no puede estar en todas partes, por todas partes se le siente?

—Eso consiste en que tiene esparcidos entre los hombres sus familiares, y estos le avisan para que acuda á las partes donde solo él puede hacer lo que es provechoso al infierno. Estoy escribiendo un libro que se titula *De los demonios*, y en que se dice cuántas son sus gerarquías y la manera que tienen de hacer y de obrar, y los nombres de los principales, seguido de un tratado sobre los duendes y los espectros y los endriagos, y otra multitud de demonios ínfimos que toman todas formas: de modo, que una mosca que os pique en la nariz, puede ser muy bien uno de estos pequeños demonios, que os mete en el cuerpo una tentacion.

—Siempre me han disgustado á mí terriblemente las moscas y toda clase de insectos.

—Y teneis mucha razon, señor Rodrigo Vazquez, porque no se sabe lo que la picadura de un insecto puede traer: el infierno está

en todas partes, y en vano se le persigue en la católica España, y se le mete miedo y se le ahuyenta; porque va á refugiarse entre los herejes de Inglaterra, de Alemania y de Francia, y allí conspira, y descansa, y se robustece, y vuelve á entrar en nuestra tierra como una pestilencia; *vade retro Satanas*, *vade retro*, dijo el fraile persignándose y echando al aire una bendicion.

Habian llegado á la portería, en la cual esperaba ya la gigantesca silla del padre Ciriaco.

—¿Qué es esto? dijo el dominico: ¿por qué no han traido otra silla para el señor alcalde?

—¡Ah! no, no; de ningun modo, dijo Rodrigo Vazquez: ¡qué se diria de un alcalde de Casa y Córte en silla de manos! Entrad en la vuestra, padre Ciriaco, que yo me iré al lado con estos buenos alguaciles, que aunque sean del Santo Oficio, tanto da; todo es alguacil.

—Pues guiad entonces, dijo fray Ciriaco entrando en la silla, que se cerró, y rechinó toda cuando los ocho mozos la levantaron, y no cesó de rechinar hasta que llegaron á la calle de San Millan, y delante de un portalon de una tapia alta y de poca longitud.

Aquel era el cementerio de San Millan.

CAPITULO VII.

En que el padre Ciriaco y Rodrigo Vazquez hacen una cacería de brujas.

Aquel dia, y á la hora de las once, en que habian acabado de patalear en la Plaza Mayor los tres ahorcados, el sacristan de San Millan, á quien habia llevado la noticia del fin de la ejecucion un acólito, estaba poniendo en movimiento con los piés y con las manos las cuerdas de cuatro campanas desde el piso bajo de la torre.

Es decir, que estaba doblando por los ajusticiados.

De improviso le tiraron por detrás de la ropilla, y se encontró con una vieja encorvada completamente envuelta en un manto, que habia entrado por la puerta que ponia en comunicacion la iglesia con la parte inferior de la torre.

—¿Quién llama? dijo sin incomodarse por aquel tiron el sacristan.

—No dobles mas, hijo Lesmes, respondió la vieja; que para lo que valen las almas de los tres ahorcados, que ya están ardiendo en los profundos infiernos, bastante has doblado ya.

—Teneis razon, madre Martina, y habeis de saber que ya me iba cansando; pero porque no digan los feligreses.....

—¿Qué les importa á los feligreses que toques mas ó menos? Ven acá, échate á un lado y hablaremos: ¿cúantas amigas han venido á verte para comprarte el unto?

—La Dentona y la Cruz Partida, y la Milagrosa y la Tenienta.

—Pues entonces no faltan mas que la Salamanquesa y la Gorriona.

—Han venido tambien, tia Zampoña; vos sois la última.

—¡Y qué quieres, hombre, si yo no he permitido el moverme de una ventana que alquilé hasta que los he visto entrar! ¿Y qué te han comprado esas?

—El unto, y los dientes y los ojos.

—¿Y las entrañas no te las ha comprado ninguna?

—No, tia Zampoña, ni nunca me han comprado á mí entrañas de ahorcado.

—Porque eso no sirve para nada, sino para echárselo á los perros, y á los cerdos, y á los grajos, dijo la tia Zampoña; ¡y malas penas para mi alma si hasta las ratas del albañal no comen el corazon y las asaduras de esos tres malditos!

—¿Pues y qué os han hecho, madre Martina? dijo Lesmes.

—¡Qué han de haberme hecho sino matarme la luz de mis ojos y la alegría de mi vida!

—¡Pues! ¡aquel negrazo que no se podia estar á su lado de lo que apestaba!

—¿Qué sabes tú de buenos olores, Lesmes? ¿qué sabes tú? Pues mira, aquello que á tí te apestaba, á mí me volvia loca; pero no hablemos mas de esto, que se me encoge el corazon y en lágrimas se me sale por los ojos: ya sabes que son mias las entrañas de esos tres; y cuenta con que dejes que los toque ninguna de las otras hasta que yo los haya dejado; que por algo soy yo la mayor de ellas y me deben obediencia.

—¿Y cuánto me vais á dar por eso?

—¡Bah! dijo la tia Zampoña: ya te he dicho que eso vale muy poco, hijo, porque para nada aprovecha; te daré dos ducados.

—De los cuales tendré que dar uno al sepulturero.

—Vaya, pues te daré tres, y dile á él que te he dado dos.

—Si no me dais cuatro, no hay entrañas.

—Vaya, pues que cuatro sean, y no disputemos.

—¿Y por qué no me los dais ahora?

—¿Desconfiadillo te has vuelto? ¿de cuándo acá, hijo?

—Desde que no se sabe dónde vivís ni por dónde andais.

—Yo vivo en el aire, hijo.

—¿Y cómo quereis que yo vaya al aire á buscaros para que me pagueis?

—Vamos, hombre, toma, y no hablemos mas: antes de las doce estaré aquí.

—Pues á esa hora van á venir las otras.

—Que se esperen, hijo, que se esperen, que para eso soy yo su priora. Y adios, y que no tenga que incomodarme contigo y echarte un conjuro para que te duelan las muelas; que entonces, ni aunque me des ocho ducados te quito el dolor.

—¡Ay, no por Dios, madre Martina! que la última vez que me dolieron, creí que iba á rabiar.

—Pues hasta la noche, hijo.

—Hasta la noche.

Se fué la bruja, y el sacristan se fué á ver con el sepulturero.

Al oscurecer, los hermanos de la Caridad llevaron al cementerio en tres medias cajas de Animas á los tres ahorcados, y les dieron sepultura.

Pero salieron antes de que estuviesen llenos los hoyos, y apenas se quedó solo el sepulturero con sus cuatro ayudantes, quitó la tierra de sobre los cadáveres, los sacó de la hoya, y los estendió en el depósito, que era un cuartucho abovedado é infecto que habia en un ángulo. El cementerio de San Millan era una especie de patio estrecho, en cuyo terreno habia cuatro profundas zanjas, en que se enterraba á los pobres de solemnidad.

A los que pagaban algo, se les sepultaba en la iglesia, y á los que pagaban mas, en un nicho en el panteon.

Un laurel, como un sarcasmo de la gloria, crecia lozano en un ángulo del cementerio.

A su frente corria un caño, que caia en una media tinaja, en la que lavaban los pañales la sacristana y el ama del cura.

El ruido del caño, de noche, saliendo del cementerio, tenia no sé qué de lúgubre.

Parecia un murmullo de los muertos, que se revolvian en su fosa comun, que lloraban, que gemian.

Poco antes de las doce, fueron llegando brujas.

Habia ya, en fin, seis, antes de que llegase la tia Zampoña, y el sepulturero y el sacristan andaban disputando con ellas, aunque en voz baja, porque decian que á la tia Zampoña no se le podia desobedecer, porque se vengaba terriblemente de las desobediencias.

—¿Y qué es mas que nosotras? decia una.

—Mi dinero es tan bueno como el suyo, decia otra.

—Lo que ella quiere es llevarse lo mejor.

—Pues no, que si yo me pongo á conjurar, veremos á ver de quién hace mas caso Lucifer, si de ella ó de mí.

—A esa maldita va á ser menester matarla.

Sonó á este punto un golpe seco en la puerta del cementerio.

Todos callaron.

En la manera de llamar, habian conocido á la tia Zampoña.

El sepulturero fué á la puerta, y la abrió.

Entró la tia Zampoña, y tras ella otro bulto.

—¿Y las otras? preguntó al sepulturero.

—Ya están ahí desde hace media hora, respondió este.

—¿Y me han tocado á los muertos?

—¡Qué habian de tocar no habiendo vos venido! dijo Lesmes: ¡pues no faltaba mas!

—Vamos, pues no hay que incomodarse, hermanas, dijo la tia Zampoña, llegando adonde estaban las otras seis; que untos y dientes y ojos tengo yo para un siglo, y no los quiero.

—¿Y entonces, á qué vienes? dijo una.

—¡A qué he de venir, Gorriona! contestó la tia Zampoña; ¿pues no sabes que esos tres fueron los que me mataron mi negro, mi amor, mi alma, mi delicia, y que me han dejado penando sobre la tierra?

—Vaya, pues tenias un gusto, Martina, que no te lo alabo. ¡Cuidado con el negrazo! ¿Pues no es mucho mejor hechizar á un chico como un oro?....

—Hechizado me habia él á mí, dijo la tia Zampoña.

—Acabemos, hijas mias, acabemos, dijo el sepulturero: no os metais en conversacion, ni perdais el tiempo, que estas cosas, cuanto antes se acaben, por lo que pueda suceder, mejor.

—Tienes razon, hijo mio Juanelo, tienes razon; anda tú, Totovía, anda tú, hija mia, con las espuertas, y vente detrás de mí.

La tia Zampoña llegó á la puerta del depósito de cadáveres, y dijo al bulto que la seguia:

—Saca los avíos de encender y la pajuela, y hazme luz para que yo encienda mi linterna.

Poco despues, ardia una pequeña linterna, que la tia Zampoña habia sacado de debajo de su manto.

Entró.

A la luz de la linterna se vió un pequeño espacio, como de cuatro varas en cuadro, abovedado, negro completamente por un espeso revestimento de hollin.

Parecia que aquello se habia usado para hacer humo de pez.

En un poyo cuadrado, reelevado del suelo poco mas de media vara, estaban tendidos los tres cadáveres, amoratados, horribles, desnudos; porque los sepultureros les habian quitado los hábitos con que los habian enterrado, ó, mejor dicho, empezado á enterrar delante de los hermanos de la Caridad.

No se conocia si eran jóvenes ó viejos, á no ser por los cabellos; tan hinchados, tan abotagados tenian los semblantes.

Sus miembros mostraban una crispadura horrible.

La que acompañaba á la tia Zampoña, esto es, la Totovía, era una muchacha como de trece á catorce años, flaca, miserable, desmelenada, mal vestida con un traje viejo negro, roto en muchas partes, dejando ver por los girones una camisa no muy limpia.

Llevaba bajo cada brazo una espuerta pequeña, cogida por las asas con una tomiza retorcida.

Al ver aquel repugnante, aquel espantoso espectáculo, la Totovía lanzó un grito de horror.

—Cállate y estáte quieta, y mira y despavorízate, dijo la tia Zampoña: ya se conoce que es la primera vez que vienes á estas cosas; pero ya te acostumbrarás, y pronto, porque los señores alcaldes de Casa y Córte no están contentos cuando no ahorcan mucho, y para no entristecer, ahorcan á cada paso y por quítame allá esas pajas. Vamos, deja las espuertas en el suelo, toma la linterna, y alumbra bien.

—¡Ay, señora, que yo no puedo, que me estoy poniendo mala!

Miró de una manera tan terrible la tia Zampoña á la muchacha, que esta, sin replicar mas, tomó temblando la linterna.

La tia Zampoña sacó de entre sus ropas una especie de escalpelo fuerte, y.....

Renunciamos á describir lo que la tia Zampoña hizo por repugnante; suprimimos tambien el terrible monólogo, las imprecaciones espantosas, las maldiciones, las blasfemias, la cólera rugiente con que acompañó aquella operacion.

Era una hiena irritada que se cebaba en aquellos miserables cadáveres.

De improviso se oyó un ruido especial, semejante al de una puerta forzada, cuyo cerrojo y cuya cerradura saltaban por resultado de un fuerte empuje.

Ya habrán adivinado nuestros lectores que quien habia forzado la puerta del cementerio era el gigantesco padre Ciriaco, y habia ejecutado aquella operacion con la mayor facilidad.

Como dijimos al final del capítulo anterior, la enorme silla de manos, el alcalde de Casa y Córte y los cuatro alguaciles del Santo Oficio, se habian detenido delante de la puerta del cementerio.

Abrió uno de los ocho mozos que conducian la silla una de las puertas de ella, que por su tamaño no podia llamarse portezuela, y salieron las once arrobas y tantas libras de fraile.

Ya Rodrigo Vazquez se habia aplicado á mirar por un resquicio de la puerta del cementerio al interior.

Ahora bien: el depósito de muertos del cementerio estaba frente por frente de su puerta esterior.

Rodrigo Vazquez habia visto el reflejo de la luz de la linterna de la tia Zampoña, que hacia destacarse las estravagantes figuras que estaban agrupadas á la puerta, esperando impacientes á que la tia Zampoña concluyese su operacion, para entrar ellas y practicar cada cual la suya.

—Ahí están, dijo el alcalde de Casa y Córte al inquisidor, en cuanto este se le acercó: son una manada.

—Pues no llamemos, no sea que esas malditas echen á volar y se nos escapen, dijo fray Ciriaco: dejadme hacer, que en abriendo yo la puerta, me lanzo dentro, y por listas que anden, alguna cojo, y alguna otra cogerán mis alguaciles, que son ligeros como podencos.

—Mirad, fray Ciriaco, que la puerta es muy fuerte, dijo el alcalde.

—Tanto monta para mí esta puerta como si fuera de carton, dijo el dominico. Hacedme lado.

Y poniéndose sobre el dintel, y de espaldas á la puerta, balanceó un poco el cuerpo, dejó caer sobre la puerta sus posaderas, y sucedió lo que ya hemos dicho: la puerta fué forzada, y se abrió de par en par con estruendo.

Las brujas lanzaron un chillido agudo, un chillido de terror; pero como no tenian alas, no se echaron á volar.

La luz que ardia en el depósito de cadáveres se apagó.

—¡Aquí, alguaciles, con las linternas! gritó fray Ciriaco, con su tremenda voz de cañon, si se nos permite esta frase.

Y se lanzó hácia las brujas.

Los ocho mozos que habian conducido la silla de manos y Rodrigo Vazquez habian cubierto la puerta.

Aquellas malditas no podian escapar.

El sacristan y el sepulturero habian escapado por la puerta que del cementerio conducia á la iglesia, y la habian cerrado por dentro.

Algunos instantes despues de haberse lanzado sobre las brujas fray Ciriaco, apareció teniendo en cada mano úna bruja suspendida por el pescuezo, ni mas ni menos que si hubieran sido dos liebres.

Era mucho hombre el buen inquisidor.

—¡Cuando os decia yo que á alguna atrapaba! dijo al alcalde de Casa y Córte, adelantando hácia él con las dos prisioneras suspendidas en alto, y que chillaban de una manera estridente, como ratas cogidas por gatos.

—¡A ver, aquí, alguaciles! ¡Átenme estas, y veamos cuántas hemos cogido!

Los alguaciles habian atrapado otras dos, y las habian atado.

Las dos restantes se habian escurrido.

La una se habia acurrucado detrás del tronco del laurel.

La otra se habia agazapado debajo de la media tinaja que servia de recipiente al agua del caño.

En cuanto á la tia Zampoña y á la Totovía, permanecian dentro del depósito de cadáveres, irritada y rugiente la una, amedrentada y temblando la otra.

—¡Socórreme, Lucifer! ¡Lucifer, socórreme! murmuraba la tia Zampoña. ¡Sácame de aquí, y yo robaré tres niños recien nacidos que aún no hayan sido bautizados, y te los sacrificaré!

La Totovía rezaba.

Cuando estuvieron atadas las dos brujas que habia apresado fray Ciriaco, dijo á los alguaciles:

—¡Ea! dos de vosotros echad con ellas hácia la cárcel del Santo Oficio, que allá vamos todos.

—Pero mire vuestra paternidad, dijo un alguacil, que mas habia.

—Echarles un gerifalte, dijo fray Ciriaco: ¡pues no llevarán mal vuelo por esos aires! Gracias á que hemos podido coger estas cuatro.

—Aquí hay una detrás de este árbol, dijo un alguacil. ¡Ah maldita! añadió, lanzando una esclamacion de dolor.

Al asir á la bruja por un brazo, esta le habia mordido en la mano.

—Serán lo que se quiera, y no cosa buena, dijo el inquisidor; pero cuando esa, que ha tenido tiempo para volar, no ha volado, no son brujas, ó si lo son, esto quiere decir que Satanás está muy entretenido en otra parte y no ha podido acudir á socorrerlas.

—Aquí hay una debajo del pilon, dijo otro alguacil.

Aquellas dos fueron tambien atadas como las otras.

—Registremos, registremos con cuidado, dijo Rodrigo Vazquez. La que yo he visto en mi vision, la corcovada, aún no ha parecido.

—¡Sabe Dios dónde estará á estas horas! dijo fray Ciriaco. Registremos, sin embargo.

Andúvose todo el cementerio, y al fin, dentro del depósito se encontró á la tia Zampoña y á la Totovía.

Esta se dejó coger mansamente por los alguaciles; pero la tia Zampoña, apenas los vió, sacó á luz una larga daga buida, y esclamó:

—El primero que se acerque á mí y me toque, es hombre muerto.

Pero los alguaciles eran gente brava.

Arremetieron á la tia Zampoña y la arrebataron la daga, no sin que uno de ellos fuese herido, aunque levemente, en un brazo.

—La rata muerde, dijo este.

Y dió un puntapié á la tia Zampoña, que lanzó una blasfemia.

Inmediatamente fué atada y conducida con la Totovía, que lloraba desconsoladamente, adonde estaban las otras.

Entre tanto, fray Ciriaco miraba con indignacion, con horror, uno de los cadáveres que habia despedazado la tia Zampoña.

Era el de José Alegría.

—¡Abominacion! ¡Sacrilegio! ¡Pecado para el cual *nulla est redemptio!* esclamaba, recogiendo todas las entonaciones de su voz de bajo profundo, y mirando con ojos flameantes el cadáver abierto, herido, sajado en mil partes.

—¡La hoguera! ¡La hoguera! ¡Qué profanacion tan impía! ¡Satanás, Satanás, Satanás! Hé aquí tu obra; *vade retro*. Pero esto despespera, señor Rodrigo Vazquez. No hay medio contra esta plaga mortífera. Se las agarra, se las quema, se aventan las cenizas, y

no se consigue dar fin de ellas. Esta es una plaga, comparadas con la cual, nada son las siete de Egipto con que el Señor Dios de Israel demostró sus iras.

—Veamos cómo han entrado aquí estas malditas, dijo Rodrigo Vazquez.

—¿Pues cómo han de haber entrado, sino por el aire, señor alcalde? dijo el inquisidor.

—Llamemos, sin embargo, al sepulturero, dijo Vazquez.

—Llamémosle en buen hora, contestó el inquisidor; pero para que reponga en su sepultura á esos pobres ajusticiados, que por lo demás, ya sé yo lo que contestará.

Fueron á la puerta de comunicacion del cementerio con la iglesia, y llamaron fuertemente.

Tardaron en responder, como si todos los que dormian en las habitaciones adyacentes á la iglesia hubiesen estado sumidos en un sueño profundo.

Al fin se abrió la puerta, y apareció el sepulturero en ropas menores, y á poco, el sacristan, liado en una capilla.

—¡Qué es esto, padre Ciriaco! dijo el sacristan, que, como toda la gente de iglesia, conocia por su corpulenta humanidad al dominico. ¿Por dónde ha entrado vuesa merced?

—Rompiendo la puerta del cementerio, hermano sacristan, para que no se me escapasen las brujas.

—¡Las brujas, padre! esclamó Lesmes, haciéndose de nuevas.

—Qué, ¿han entrado las brujas en el cementerio? dijo el sepulturero, fingiendo una gran sorpresa: ¿y por dónde han entrado?

—Pues qué, ¿necesitan ellas para entrar donde quieren, que se les abra la puerta? dijo fray Ciriaco: ellas se meten y se salen de la mazmorra mas fuerte por las junturas de las piedras; así es, que en la cárcel del Santo Oficio las aseguramos con grillos y cadenas, y aun así, se nos han escapado algunas.

—¿Y para qué han entrado aquí esas malditas, padre? preguntó Lesmes, aparentando un gran estupor.

—¿Para qué? respondió el dominico: para despedazar y comerse á esos tres pobres ajusticiados.

Rodrigo Vazquez miraba, oia y callaba.

Por mas que les temiese á las brujas, no les temia tanto como el padre Ciriaco, á pesar de que no era inquisidor.

Observaba cómo mentian el sacristan y el sepulturero, porque

su práctica, en lo criminal, hacia que aquellos dos tunos no pudiesen engañarle.

—Con que, dijo al fin, vosotros no sabeis cómo ni por dónde han entrado aquí las brujas, ¿no es verdad? Pues yo os llevaré donde os lo digan: á ver, alguaciles, atadme á esos dos, y echádmelos fuera.

—Mirad, señor alcalde, dijo el inquisidor, que creo yo muy bien que estos dos no tienen culpa.

—Pues á media vuelta de cordel que yo les dé, ya veremos si tienen culpa ó no, dijo el alcalde.

—¿Y quién enterrará á los muertos? dijo el inquisidor.

—Pues qué, ¿no se quedan ahí el cura, y el beneficiado, y los acólitos, y los otros sepultureros? Ea, echad para fuera, y llevaos á todos al Santo Oficio, padre Ciriaco; pero dejadme aquí dos alguaciles, que todavía me queda que hacer.

—Sea como vos decís, señor Rodrigo Vazquez, dijo el inquisidor, que tanto da dos presos mas, como dos presos menos.

—Sin embargo, dejadme sin tocar, hasta que yo vaya, á la bruja corcovada.

—¡Bah! señor Rodrigo Vazquez; estando ya presos, no creais que yo voy en seguida á interrogarlos; no son horas hábiles; para prenderlos se hace un sacrificio, pero despues... Me llama el lecho; está la noche muy fria; mañana nos veremos.

—Pues id, id con Dios, padre Ciriaco, y decidme á qué hora habeis de ir mañana al interrogatorio, porque como aquí hay tambien parte criminal, yo tengo tambien jurisdiccion sobre los presos.

—Idos por la cárcel del Santo Oficio á las doce del dia, y allí me encontrareis.

—¿Se han ido ya los otros alguaciles con las brujas? dijo el alcalde.

—Sí, sí por cierto, contestó el inquisidor; y ya deben estar cerca de la cárcel del Santo Oficio.

—Pues que con otro de los dos alguaciles que han quedado ahí, vayan estos dos á la cárcel, y dejadme el alguacil restante.

—Mire vuesa señoría, dijo el sacristan, que hasta entonces habia callado de miedo, que nosotros somos inocentes.

—Ya me lo contareis á mí eso en el potro, pícaros, dijo el alcalde; vamos, echad á andar.

—¿Y hemos de ir así, en paños menores y con el frio que hace? dijo el sepulturero.

—Acompáñelos un alguacil, y esté delante de ellos mientras se vistan, dijo el inquisidor; y ya que vos os encargais de ello, señor alcalde, y de hablar al cura y al beneficiado, yo me voy, que me parece que con el frio de esta noche he cogido un pasmo, y es necesario conservarse para el servicio de Dios y del rey nuestro señor.

—Id, id con Dios, padre Ciriaco, y hasta mañana.

El fraile se fué, dejando sus dos alguaciles á Rodrigo Vazquez.

Los ocho hombres que conducian la silla, eran escolta suficiente.

Rodrigo Vazquez despertó al cura, al beneficiado, á toda la gente que vivia junto á la iglesia, envió á llamar su secretario y su ronda; despachó todas las diligencias necesarias, tales como el reconocimiento necesario del estado en que se habian encontrado los cadáveres, las sepulturas de estos, y las investigaciones necesarias.

En el cuarto donde dormian los sepultureros, se habian encontrado, hechos un lio, los tres hábitos que habian tenido puestos los ajusticiados, y sus vestidos.

—No, pues esto no lo han traido aquí las brujas, dijo Rodrigo Vazquez; de aquí, por lo menos, resulta profanacion de tumba y robo sacrílego.

Y despues de haber hecho sepultar á los tres ajusticiados, se llevó al sacristan, al sepulturero mayor, y á los otros cuatro sepultureros.

Los dos primeros, á la cárcel del Santo Oficio; los otros cuatro, á la cárcel pública.

En la forzada puerta del cementerio, dejó de guardia dos alguaciles de su ronda.

Antes del amanecer, Rodrigo Vazquez se acostaba satisfecho, porque al fin habia logrado echar mano á la tia Zampoña.

CAPITULO VIII.

De cómo la tia Zampoña puso en movimiento á un alcalde de Casa y Córte y á un inquisidor.

Al dia siguiente, el padre Ciriaco se fué á la cárcel del Santo Oficio, acompañado de Rodrigo Vazquez.

Este solicitó y obtuvo de su amigo el inquisidor le permitiese interrogar á todo trance, antes que él, á la tia Zampoña.

—No tengo inconveniente, le habia dicho el padre Ciriaco; de todos modos, por la parte criminal que hay contra las leyes humanas en el mal hecho de estas protervas, vos teneis jurisdiccion sobre ellas: así me ayudareis, porque trabajando los dos á la par, serán mas breves los dos procesos.

El inquisidor dió órden de que se entregase la vieja á Rodrigo Vazquez para que la examinase.

El alcalde desplegó ante la tia Zampoña el aparato del tormento.

Ella le miraba con una insistencia terrible.

Acompañaba al alcalde su secretario.

—¿Cómo os llamais? preguntó Rodrigo Vazquez.

—Me llamo Martina la Zampoña.

—¿Y no mas?

—No mas.

—¿No habeis conocido padres?

—No.

—¿Dónde habeis nacido?

—Lo ignoro.

—¿No sabeis, pues, dónde habeis sido bautizada?

—Yo no he sido bautizada en ninguna parte, ni quiero el agua del bautismo.

—Mirad que estais en la cárcel del Santo Oficio.

—Yo no reniego de Lucifer, que es mi amante y mi señor, ni aun cuando me quemen viva.

Todas las brujas eran así: mártires, si es que puede llamarse mártir al que arrostra la muerte por otro sentimiento que por la virtud, por la creencia en lo santo, en lo justo, en lo eterno.

Aquellas mujeres repugnantes, embrutecidas, viciadas, arrostraban todos los tormentos imaginables por el diablo, de quien se habian hecho absurdas adoradoras.

—¿A qué fuísteis anoche al cementerio de San Millan?

—A arrancarles las entrañas á tres infames que habian matado al hombre á quien yo amaba.

—¿Y quién era el hombre que vos amábais? dijo Rodrigo Vazquez.

—¿Y qué os importa á vos eso? contestó la bruja: ¿teneis celos?

Pronunció de tal manera estas palabras la tia Zampoña, que Rodrigo Vazquez se estremeció.

Le pareció que la voz de la tia Zampoña se habia dulcificado, que era jóven, fresca, sonora.

Le pareció, en fin, que la bruja habia dejado de ser encorvada, y que aparecia ante él hermosa, jóven, hechicera.

Un recuerdo vivo se habia apoderado de Rodrigo Vazquez.

—¿Conocísteis á doña Mencía de Santistéban? preguntó á la vieja.

—Sí; fué una pobre muchacha loca, á quien mató un infame.

—¿Y de qué manera la mató?

—Tirándola por un balcon.

—¿Cómo sabeis vos eso?

—Yo lo sé todo por virtud que me ha dado Lucifer.

—¿Y cómo es entonces que no sabeis quiénes fueron vuestros padres?

—Yo no he tenido padres, ó mejor dicho, yo soy hija del diablo, que me echó á la vida con un conjuro.

—No os quejeis si os pongo en el tormento, dijo el alcalde.

—¿Y qué mas me da? contestó la tia Zampoña: si me matais en el tormento, me librais de la hoguera.

—¿Y por qué no os libra vuestro señor Lucifer?

—Debe estar enojado conmigo cuando así me ha abandonado.

—Bien; lo que os he. preguntado, dijo Rodrigo, nada importa á este proceso. ¿Confesais que habeis despedazado el cadáver del ajusticiado José Alegría?

—Sí.

—¿Por qué habeis hecho eso?

—Para vengarme.

—¿Y qué venganza puede ser encarnizarse en un cadáver?

—Queria ver cómo se comian los cerdos sus entrañas.

—No sabeis lo que decís: yo creo que estais loca; os estais condenando.

—¿Y qué me importa? Ya no puedo estar mas condenada, contestó la bruja.

Rodrigo Vazquez volvió á estremecerse.

Le pareció oir de nuevo á doña Mencía de Santistéban.

Se repuso sin embargo y continuó:

—¿Qué es vuestro la muchacha que estaba anoche con vos?

—Mi criada.

—¿Cómo se llama?

—La he quitado su nombre, porque me irritaba: se llamaba María, y yo aborrezco el nombre de María.

—Esta bribona se ha empeñado en que la quemen viva, dijo el secretario.

—¡Quién sabe, quién sabe si me quemarán ó no! dijo la tia Zampoña.

—¿Y qué otro nombre habeis puesto á esa jóven?

—La Totovía.

—¿Decís que es vuestra criada?

—Sí.

—¿La habeis hecho ya bruja?

La tia Zampoña contestó con un gesto de desden.

—Bien, nada importa esto para la justicia del rey: eso es cosa de la Inquisicion. Vengamos al asunto por el cual yo os interrogo: ¿conoceis á una Casilda, hija de padres desconocidos, que ha sido adoptada por Antonio Perez y por su mujer?

—No.

—¿Cómo no? insistió el alcalde.

—No la conozco, repitió la tia Zampoña.

—A ver, que entre el atormentador, dijo Rodrigo Vazquez.

—Siempre has de ser tú miserable y cruel, dijo la tia Zampoña.

—Ved lo que decís: ¿ignorais que estais hablando con un alcalde de Casa y Córte?

—Tú no eres mas que un verdugo, esclamó con cólera la tia Zampoña.

El atormentador entró.

Era un jayan fornido, de semblante sesgado y brutal.

—Desnudad á esa mujer el brazo derecho y dadla cordel, dijo Rodrigo Vazquez.

El verdugo del Santo Oficio, ó mejor dicho, el atormentador, porque el Santo Oficio no tenia verdugo, puesto que entregaba sus sentenciados para que se ejecutase la sentencia al brazo seglar de la justicia, adelantó, y asió á la tia Zampoña.

Esta, al sentirse asida, arrojó un grito estridente, una especie de chillido agudo como el de una rata cogida en un cepo.

El atormentador la arrastró hácia el aparato del tormento, puso sobre él los brazos cruzados de la tia Zampoña, y pasó sobre ellos la cuerda.

Aquellos brazos apenas si tenian mas que los huesos.

Al sentir la cuerda la tia Zampoña, y antes de que el atormentador diese la primera vuelta, esclamó:

—Soltadme, soltadme, que yo hablaré; yo diré todo lo que quiera ese asesino que diga.

—Soltadla, esclamó Rodrigo Vazquez.

El atormentador se separó de la tia Zampoña con el disgusto de un perro hambriento á quien arrebatan un hueso, y salió.

—Hablad, dijo Rodrigo Vazquez.

—A vos solo, contestó la tia Zampoña.

—Hacedme la merced de salir, dijo Rodrigo Vazquez al secretario, que salió.

—Y bien, yo soy, dijo la tia Zampoña, yo soy Mencía de Santistéban, tu antigua amante: ¿no me has reconocido? ¿no te lo ha dicho el corazon? Acuérdate: me decias que me adorabas, y me jurabas no dejarias de adorarme nunca.

—Mientes, dijo Rodrigo Vazquez: si tú fueras Mencía de Santis-

téban, no tendrias mas que cuarenta años, y representas á lo menos setenta.

—No pretendas de nuevo atormentarme porque creas que te engaño, que entonces no sabria qué decir para librarme del tormento.

—¿Y cómo puede ser lo que dices?

—Las desgracias, la desesperacion, la rabia, anticipan la vejez.

—Mencía de Santistéban era alta, hermosa.

—Tú la arrojaste por un balcon: el golpe fué horrible; quedé encorvada, y gracias á que no morí.

—¿Y cómo es que no pereció la criatura que llevabas en las entrañas?

—No lo sé.

—Esa criatura, ¿es Casilda?

—Sí.

—¿Y por qué, siendo hija del rey, no has hecho que la reconozca el rey?

—Porque la hubieran separado de mí, y no queria que me separasen de ella.

—¿La amas?

—¿Y qué madre no ama á sus hijos?

—Sin embargo, la has empleado en oficios repugnantes: respecto á mí, la has empleado como un cebo.

—Queria vengarme de tí.

—Y bien, ¿y por qué la has hecho tomar parte en apariencias vergonzosas?

—¡Mientes! Mientras Casilda ha estado á mi lado, ha sido pura como un rayo de sol.

—Pero la has criado mal, no has sembrado en su alma la virtud, y hoy no es pura.

—¿Y qué mujer es pura, si ama y vive en la misma casa del hombre á quien ama?

—¡Cómo! ¡Antonio Perez!... esclamó con rabia Rodrigo Vazquez.

—Sí; Casilda amaba con toda su alma al señor Antonio Perez.

—¿Dónde le habia conocido?

—En mi casa, adonde el señor Antonio Perez iba con mucha frecuencia para que yo le hiciese el horóscopo, y le diese bebedizos.

—Y esos bebedizos, ¿para quién eran?

—Para el rey.

—¡Ah! esclamó con alegría Rodrigo Vazquez: ¡con que tambien por este lado tenemos cogido al señor Antonio Perez!

—Los ambiciosos no reparan en nada, y el señor Antonio Perez es muy ambicioso.

—Se perderá.

—Se ha perdido ya.

—¿Que se ha perdido, y el rey le ha soltado de la casa de Alvaro García de Toledo, mi compañero, y le ha permitido ir á la suya?

—¿Y qué importa eso? Tú no conoces al rey: vacila como vacila en todo; pero no dejará de vengarse, yo te lo aseguro; á mas, hay un ángel de por medio.

—¿Un ángel?

—Sí; el rey está enamorado de doña Juana Coello.

Se le crisparon los nervios al alcalde, y se puso densamente pálido, á pesar de que no era aquella la primera noticia que tenia del empeño del rey por doña Juana.

—¡Ah! ¡tienes celos! esclamó con alegría la tia Zampoña, que percibió la conmocion de Rodrigo Vazquez.

—Celos no; cuidado.

—¿Cuidado de qué?

—Doña Juana volverá loco al rey, con mucha mas razon que la princesa de Eboli, y salvará completamente á su marido. Si esto sucede, soy hombre muerto, porque Antonio Perez es mi enemigo mortal.

—¡Ah! pues estás sentenciado á sufrir mucho, á esperar mucho, porque sin necesidad de los amores de doña Juana Coello, el rey vacilará cada vez mas, y cada vez mas se le hará duro castigar á sangre á Antonio Perez.

—¿Y por qué?

—Porque tiene hechizado al rey; considera tú si lo sabré yo cuando soy quien le ha dado los bebedizos.

—Es necesario que el rey mate á Antonio Perez.

—Líbrame de las garras del Santo Oficio, y yo haré de modo que el rey le mate.

—¿Y cómo?

—Dándote cosa que cure al rey de los bebedizos que le ha dado Antonio Perez.

—¿Y cómo te salvo yo del Santo Oficio?

—Yo te contaré un secreto del padre Ciriaco, no relativo á él, pero que le toca muy de cerca: yo puedo darte pruebas contra una mujer que envenenó á su marido, y que es hija de confesion del padre Ciriaco.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí ciertamente: y en cuanto el padre Ciriaco sepa que su buena hija de confesion puede verse entre tus garras y ser ahorcada por tí, ya encontrará medio de soltarme.

—Bien, se hará lo que fuere necesario; pero vengamos á otra cosa: ¿puedes tú probar que Casilda es hija del rey?

—Sí; ¿pero qué te importa á tí eso?

—¿Qué me importa? Quiero casarme con ella.

—¡Y tú eres ministro de justicia! ¡y tú sentencias á criminales! Y sin embargo, habiendo sido amante de la madre, quieres ser esposo de la hija.

—Me conviene esa boda: tengo proyectos.

—¡Ah! quieres ser persona allegada al rey.

—Sí; ya te he dicho que tengo empeñada una lucha á muerte con Antonio Perez.

—Pues bien, te ayudaré; pero para ayudarte, necesito salir de aquí.

—Saldrás: ¿cómo se llama la hija de confesion del padre Ciriaco?

—Catalina del Real.

—¿Dónde vive?

—En la Costanilla de los Desamparados, número 15.

—¿Vive sola?

—No: en compañía de una tia vieja y soltera; porque ha sido tan fea, que nadie se ha atrevido á casarse con ella.

—¿Cómo se llamaba el marido?

—Bartolomé Bustillos.

—¿Qué oficio tenia?

—Platero.

—¿Qué edad?

—Sesenta años.

—¿Cuándo murió?

—Hace tres meses.

—¿Desde cuándo es hija de confesion Catalina del padre Ciriaco?

—Desde hace seis años.

—¿Qué edad tiene la Catalina?

—Veinte.

—Muy jóven empezó á ser hija de confesion del padre Ciriaco. ¿Y es hermosa?

—No; á no ser que se tome por hermosura la mucha carne.

—¿Es corpulenta?

—Pesa ocho arrobas.

—Necesariamente habia de ser así: ¿y qué oficio tenia esa mujer?

—Dama buscona.

—Por supuesto, antes de casarse.

—Antes de casarse, casada, y viuda.

—¡Ah! ¡todavía!

—Todavía.

—¿Y á quién entretiene?

—Al marqués de Coria.

—¡Ah! gran señor.

—Gran viejo.

—¿Y lo consiente eso el padre Ciriaco?

—El padre Ciriaco no repara en pequeñeces: ¡qué mas le da! así puede regalarle buen chocolate la Catalina.

—Basta, Mencía, basta; te prometo que no dormirás esta noche en la cárcel de la Inquisicion.

—Primera cosa buena que haces por mí.

—Siempre es tiempo.

—Haz que conmigo suelten tambien á esa pobre Totovía.

—La soltarán. Espero que si yo hago esto, me servirás despues.

—¿Y por qué no he de servirte, si te amo aún, luz de mis ojos?

—Como al demonio.

—Y qué mas quieres, hijo, qué mas quieres, si yo adoro á Satanás.

—No comprendo cómo has podido llegar á tal embrutecimiento, Mencía.

—Por tu brutalidad, Rodrigo.

—¡Cómo!

—Sí; si tú no me hubieras arrojado por el balcon, no hubiera llegado el caso en que me encuentro; pero esa es una historia que te contaré mas despacio: ahora, vete á encontrar al padre Ciriaco,

asústale, y procura que, como me has prometido, esté yo libre esta noche.

—Por tí vendré con una silla de manos.

El alcalde llamó.

Aparecieron los carceleros.

—Llevaos á esa mujer á su encierro, dijo Rodrigo Vazquez, con un acento tan severo, como si no se hubiera puesto en inteligencia con la bruja.

Llevóse á esta el carcelero, no con muchos miramientos, y Rodrigo Vazquez, metiéndose en el bolsillo la apuntacion que habia hecho de las noticias que de la hija de confesion del padre Ciriaco le habia dado la tia Zampoña, salió de la cárcel del Santo Oficio, arrastrando consigo á su secretario.

—Vamos, vamos deprisa, señor Tadeo, le dijo el alcalde.

—¿Y adónde vamos, señor Rodrigo? contestó el escribano.

—A perseguir un crímen que he descubierto.

—¡Ah!.....

—Sí, un envenenamiento de una mujer á su marido.

—¡Ah! ¡Esto es grave!

—Por lo mismo, andad deprisa, porque tenemos que atravesar medio Madrid.

—¿Adónde vamos?

—A la Costanilla de los Desamparados, número 15.

—¿Vive allí la criminal?

—Allí vive: cuidado con que se me os torzais, señor Tadeo, en las actuaciones.

—¿Es rica esa mujer?

—De carnes á lo menos, puesto que dicen que pesa ocho arrobas; y como vos sois tan aficionado de las mujeres grandes.....

—Pero nunca en detrimento de la justicia.

—Segun y cómo, señor Tadeo; que ya he tenido yo ocasion para sentaros la mano; y si antes no lo he hecho, lo haré ahora si dais lugar á ello.

—De mal humor habeis salido de la cárcel.

—Qué quereis, los crímenes me ponen de muy mal humor: vamos, vamos andando.

Y alcalde y escribano continuaron á gran prisa.

Al cabo de tres cuartos de hora, llegaron á la casa número 15 de la Costanilla de los Desamparados.

El alcalde, antes de entrar, examinó la casa por fuera.

Era de construccion reciente, y constaba del piso inferior y de otro superior.

En el primero tenia la puerta y tres rejas: en el segundo, cuatro balcones.

A través de las vidrieras, se veian en el interior colgaduras de damasco rojo.

—Pues vive esa bribona con comodidad, y hasta con lujo, dijo el alcalde. Llamemos, y veamos si está en casa.

—¿Tendrá postigo la casa? dijo el escribano, que era muy práctico.

—Aunque le tenga, no importa.

—Puede escaparse.

—No pensará en escapar, porque está descuidada, y no me anunciaré yo como alcalde.

—Pues entremos en el zaguan.

Entraron, y el alcalde tiró de una cuerda de campanilla que habia en la puerta interior.

Abrieron un ventanillo que habia en el techo, junto á aquella puerta.

El alcalde habia escondido su vara de justicia bajo la capa.

—¿Quién es? dijo una voz cascada.

—Decid á mi señora doña Catalina, contestó Rodrigo Vazquez, que viene á visitarla el señor Rodrigo Vazquez de Arce, de parte del señor marqués de Coria.

La puerta se abrió inmediatamente.

Habian tirado desde arriba con un cordel.

Alcalde y escribano se encontraron en un pequeño patio en que habia algunas puertas.

A la izquierda estaba la subida de las escaleras.

Por ellas embistieron con cierta ánsia alcalde y escribano.

Llegaron á una especie de recibimiento, y en él encontraron, esperando ya, á una mujer casi tan corpulenta como el padre Ciriaco

Estaba vestida á lo dama, pero de luto.

—Yo no os conozco, dijo con grosería, y mirando con estrañeza al alcalde, ni sé por qué haya de enviaros el marqués de Coria.

Rodrigo Vazquez sacó de debajo de su capa la vara, y el señor Tadeo desenvainó unos papeles y un tintero, y se sentó junto á una mesa que estaba en el recibimiento.

La Catalina miró con terror, y alternativamente, ya al uno, ya al otro, de los dos curiales.

—¿Pero qué es esto? dijo: ¿qué pretenden vuesas mercedes?

—¿Os llamais doña Catalina del Real?

—Sí señor.

—¿Sois viuda?

—Mi luto lo dice.

—¿Se llamaba vuestro marido Bartolomé Bustillos?

—Sí señor.

—¿Tenia sesenta años?

—Y algo mas; como que se murió de achaques.

—Ya veremos de lo que se murió.

—¡Vaya! ¡Los médicos lo dirán!

—¿Era platero?

—Sí señor.

—¿Murió hace tres meses?

—Y tres dias: los llevo bien contados; como que he perdido mucho.

Y se llevó el pañuelo á los ojos, mas que para limpiarse las lágrimas que en ellos no habia, para ocultar su turbacion.

El secretario escribia el interrogatorio.

—¿Estais segura, dijo Rodrigo Vazquez, de que vuestro esposo murió de muerte natural?

—¡Vaya si se murió de muerte natural! ¿Por qué me pregunta eso vuestra señoría?

—¿Es vuestro confesor el padre Ciriaco, de la Orden de Predicadores? dijo el alcalde, desatendiendo la pregunta de Catalina.

—Sí señor; desde hace seis años.

—Muy bien. Y decidme: ¿cuánto tiempo hace que os casásteis con el señor Bartolomé?

—Me casé á los quince años.

—Pues hace cinco, puesto que teneis veinte.

—¿Pero quiere decirme vuestra señoría á qué vienen estas preguntas?

—Ya lo sabreis, señora, ya lo sabreis, y muy pronto. ¿Habeis acabado ya, señor Tadeo?

—Sí señor.

—Pues vámonos.

El escribano atornilló el tintero, lo guardó en un bolsillo de sus

gregüescos, y se metió los papeles por una abertura de sus ropillas.

Se pusieron en marcha juez y escribano.

—¿Pero no quiere decirme vuestra señoría?... esclamó la Catalina.

El alcalde dobló en silencio, seguido del escribano, el primer tramo de las escaleras.

—¡Espere por Dios vuestra señoría! dijo la Catalina.

Se oyó entonces la puerta de la casa, que se cerraba.

Habian salido.

—¡Corcuera! ¡Corcuera! grito doña Catalina, con un vocejon que venia á ser la voz hembra del padre Ciriaco.

Apareció un viejecillo, de semblante y ojos móviles é inquietos como los de un mono.

—A ver si corres, le dijo doña Catalina, y vas á buscar al momento al padre Ciriaco; que lo deje todo y venga por la posta, que interesa mucho.

Corcuera partió con una rapidez increible.

Doña Catalina esperó con una ansiedad infinita tres cuartos de hora puesta al balcon, á pesar de que hacia frio.

Al fin apareció la enorme silla de manos del dominico, conducida por ocho víctimas que sudaban á mares.

Doña Catalina se precipitó por las escaleras, y abrió la puerta á tiempo que, habiendo salido de la silla de manos, adelantaba hácia ella todo lleno de estrañeza, el colosal fray Ciriaco.

—¿Querreis decirme para qué ha sido esta premura, Catalina? dijo subiendo las escaleras.

—¡Suceden cosas muy malas! dijo Catalina.

—¿Pero qué sucede?

—Que han estado aquí un alcalde de Casa y Córte y un escribano, y me han hecho muchas preguntas.

Detúvose el fraile en el primer tramo de la escalera.

—¿Y qué preguntas han sido esas? dijo.

—Me han preguntado, que de qué muerte murió mi marido.

—¿Y á vos qué os importa de eso?

—Ya veis, padre, dijo doña Catalina: nadie está libre de una mala voluntad y de un falso testimonio.

—El que no la hace, no la teme.

—Yo nada he hecho: ya sabeis que el pobre Bartolomé se murió del estómago.

—Le mató su enfermedad.

—Así es; pero si se les pone decir que le he matado yo por heredarle, dándole una cosa mala.....

Habian llegado á lo alto de las escaleras.

—¿Pues qué no hay mas que decir eso? esclamó el padre Ciriaco: hay que probarlo, y de no, castigarán como calumniadores á los que lo hayan dicho.

—Sí; pero entre tanto, las molestias... y si me meten presa... Os aseguro, padre Ciriaco, que si me llevan á la cárcel, me moriré: porque yo no he nacido para ir á la cárcel; y espero que vos no lo consentireis.

—¿Pero vos teneis algun escrúpulo de conciencia acerca de este punto?

—Ninguno, padre Ciriaco, ninguno; mi pobre Bartolomé se murió porque Dios quiso.

—Pues entonces, dejad que venga lo que viniere, que yo lo desharé.

—Pues seria bueno que lo deshiciéseis al momento; porque yo no quiero ni que vuelva siquiera á mi casa ese alcalde: decidle que sois mi confesor desde hace seis años, que me conoceis á fondo, y que podeis asegurar que en mí no hay culpa.

—Decidme el nombre de ese alcalde.

—¡Ay que yo no lo sé! pero mi tia, que le abrió la puerta, lo sabrá: venid acá, tia.

Apareció una vieja miserablemente vestida, tan alta como doña Catalina, pero tan delgada, que junto á ella parecia lo que un varal junto á un roble.

—Decidme, tia: ¿cómo se llamaba el alcalde que ha venido?

—Hija, ya sabes que con mis achaques tengo la cabeza muy flaca: se llamaba así como Rodico... no, Rodico no; el nombre acababa en higo... higo... hijo... Ro...

—Eso es, Rodrigo, esclamó el fraile.

—Rodrigo, sí señor, Rodrigo, afirmó la vieja.

—¿Y era alcalde de Casa y Córte?

—Sí señor.

—Pues entonces ya sé quién es: el señor Rodrigo Vazquez de Arce: voy, voy al momento.

Y bajó las escaleras, salió, y se metió en la silla.

—A la calle del Sacramento, casa del señor alcalde de Casa y

Córte Rodrigo Vazquez de Arce, dijo á uno de los mozos que estaba junto á la portezuela esperando órdenes, su paternidad.

Los mozos emprendieron aterrados la marcha.

Como que hay un cuarto de legua largo desde la Costanilla de los Desamparados á la calle del Sacramento.

Llegaron al fin medio muertos.

Rodrigo Vazquez estaba en su casa: como que esperaba la visita del dominico.

Sin embargo, afectó al verle una gran sorpresa.

—¿Qué es esto? dijo: ¿tanta honra por mi casa? ¿en qué puedo servir á vuestra paternidad?

—Entremos, entremos, y encerrémonos, dijo el fraile.

Rodrigo Vazquez le metió en su despacho.

En él, sentado en una mesa y escribiendo, estaba Tadeo.

—Mucho trabajais, señor Rodrigo Vazquez, dijo el fraile.

—¡Qué quereis! Hay que cumplir con la sagrada obligacion que tenemos de hacer justicia: estoy empezando el proceso de una parricida.

—¿No menos que de una parricida?

—¿Y qué es sino una parricida la mujer que mata al marido?

—¡Oh! ¡execracion!

—Una envenenadora; pero nada os importa esto, padre Ciriaco: hacedme el favor de salir, señor Tadeo, y esperad hasta que yo os llame.

El escribano salió.

—¡Envenenamiento del marido! dijo el fraile. ¡Hum! ¿y cómo se llama la envenenadora?

—Catalina del Real.

—Pues os digo que no, que no, y que no, esclamó el fraile, que se puso encarnado como un tomate.

—¿Y por qué negais con tanta certeza?

—Ese es un falso testimonio.

—Pero, padre Ciriaco, ¿conoceis vos á esa doña Catalina?

—Es mi hija de confesion; y de todas mis hijas de confesion, la predilecta.

—Porque vos ignorais sin duda este crímen.

—¿Pero qué crímen, señor?

—El envenenamiento de su marido Bartolomé Bustillos, platero, casado con ella hace cinco, y muerto hace tres meses; se va á

proceder á la exhumacion del cadáver, y á que le examinen y reconozcan médicos; y si resulta cierta la acusacion, prendo á doña Catalina, la sujeto á cuestion de tormento, declara, y la ahorco.

—Eso no puede ser.

—Será; porque yo no puedo menos de cumplir con la justicia.

—¿Pero y si yo os afirmo que os han engañado?

—Os creo, padre Ciriaco; pero creyéndoos, no puedo menos de seguir los trámites legales: hay una acusacion en forma.

—¿De quién?

—De la tia Zampoña.

—¡La tia Zampoña! ¿Y quién es la tia Zampoña?

—La tia Zampoña es una de las brujas que prendimos anoche en el cementerio de San Millan: la jorobada.

—¿Y haceis aprecio de la declaracion de una bruja que sabe sin duda que doña Catalina del Real es mi hija de confesion, y quiere vengarse de mí dándome uno de esos disgustos que no salen del cuerpo en diez años?

—Todo esto lo creo; y sin embargo, hay indicios.

—¡Cómo que hay indicios!

—Sí señor: cuando yo pregunté á la bruja que por qué habia sacado las entrañas al ajusticiado José Alegría, me respondió:

—Para sacarle la hiel.

—¿Y para qué queríais esa hiel? la dije.

—La hiel de los ahorcados, me contestó, es una ponzoña muy activa: que se lo pregunten sino á doña Catalina del Real, que mató á su marido Bartolomé Bustillos, con una poca de hiel de ajusticiado que yo le vendí.

—¿Y por qué habeis hecho caso de la acusacion de esa condenada?

—Porque no puedo menos, fray Ciriaco, porque no puedo menos: todo lo que he podido hacer, ha sido no prender inmediatamente á doña Catalina, y contentarme con ir á hacerla algunas preguntas.

—¿Y qué pensais hacer?

—Si huye, será señal de que está culpada: entonces la busco, la encuentro, la atormento, la hago confesar, y la sentencio.

—¿Y si esa bruja no insistiese en su acusacion?

—Entonces, fray Ciriaco, la cosa seria distinta; porque yo no temeria verme comprometido.

—¿Y qué os parece que se haga para que desista? dijo el fraile.

—No sé, no sé, fray Ciriaco; porque como esa maldita está en poder de la Inquisicion, si sabe que vos os interesais por la doña Catalina, por vengarse de vos será capaz de comprometer en sus declaraciones á vuestra amiga.

—Amiga no; hija de confesion, esclamó todo alarmado en su pudor fray Ciriaco.

—Bien, tanto da; no lo he dicho á mal.

—Pues es necesario ver.....

—No se me ocurre mas que un medio, dijo Rodrigo Vazquez.

—¿Y cuál?

—Vamos esta noche á la cárcel de la Inquisicion; me entregais, no solamente la bruja, sino tambien su criada, por si sabe algo, y yo me las llevo á las dos á un camino; busco los cuadrilleros, les digo que me las he encontrado al vuelo, y me las ahorcan de un árbol; así no hay miedo de que sobrevenga una nueva acusacion, y vuestra doña Catalina se queda muy tranquila.

—Pues no hablemos mas, señor Rodrigo Vazquez; á la caida de la tarde vendré yo á buscaros.

—No; id vos en derechura á la cárcel del Santo Oficio, que allí me encontrareis.

—Pues hasta luego, señor Rodrigo Vazquez.

—Hasta luego, padre Ciriaco.

A las cuatro y media de la tarde, Rodrigo Vazquez se metió en una carroza, y se fué á la cárcel del Santo Oficio.

Estaba seguro de encontrar ya allí al padre Ciriaco.

Y no se engañó: el dominico le esperaba impaciente.

—¿Con que venís, le dijo delante de los dependientes, por esa mujer y por su criada, contra las cuales penden ante vos varios procesos?

—Sí, señor inquisidor, sí, dijo Rodrigo Vazquez; pero descuidad, que de mis manos no salen punto menos que ahorcadas.

—Y hará bien usía, señor; dijo el alcaide de la cárcel de la Inquisicion, porque esa maldita no cesa de blasfemar desde que entró aquí.

En resúmen: la tia Zampoña y la Totovía fueron entregadas á Rodrigo Vazquez, que las metió en la carroza, y se las llevó.

CAPITULO IX.

En que no se sabe quién era la tia Zampoña.

La carroza salió de Madrid por la puerta de Fuencarral, y siguió hasta Maudes, antiguo lugar de brujas, segun dicen, y adonde la tia Zampoña habia dicho á Rodrigo Vazquez que la llevase.

Pero no se detuvieron en el mismo pueblo, sino algo mas allá, á la entrada de una senda que empezaba en la carretera, é iba á terminar en una casa de sombrío aspecto, sin ventanas, sin mas que una estrecha puerta renegrida, y con el tejado cubierto de jaramagos.

Algunas higueras enanas rodeaban esta casa y acababan de darle un aspecto estraño.

La higuera es un mal árbol, especialmente cuanto está deshojado, pero que, sin embargo, produce un dulce y suculento fruto.

Salieron de la carroza y se dirigieron á la casa.

La Totovía iba detrás, cabizbaja y temblando; aún no se le habia pasado el susto de la Inquisicion, ó mejor dicho, todavía no tenia seguridad de que estaba libre.

A la desgraciada la habian puesto grillos y cadenas como á las demás, y se le habian hinchado las piernas.

Iba llorando.

Rodrigo Vazquez se detuvo poco antes de llegar á la casa, y la dijo:

—¿Por qué gimoteas de ese modo, pájaro tonto? ¿No estás ya libre?

—Yo no sé, dijo la Totovía; pero yo tengo miedo: me parece que me va á agarrar aquel hombre tan moreno, y tan feo, y de tan mal genio que me tenia encerrada, y que en veinticuatro horas no me ha dado mas que un pedazo de pan.

—¿Qué hablas tú de veinticuatro horas, si te encerraron ayer á las dos de la madrugada, y te han soltado hoy á las cuatro y media de la tarde?

—Pues á mí me ha parecido que he estado presa un siglo, dijo la Totovía.

—La pobre chica no está acostumbrada á estos casos; es bruja nueva: yo no me asusto tan fácilmente; tres veces me ha cogido la Inquisicion, y tres veces me ha soltado, porque conozco yo á mucha gente, y muy principal; yo no tenia miedo, porque sabia que me soltarias tú, Rodrigo; ¿y sabes que se han llevado un buen susto la Catalina y el inquisidor?

—Pero efectivamente, Mencía, ¿ha envenenado á su marido?

—No, pero es lo mismo; ha tenido la intencion de hacerlo, y ha creido que le ha envenenado. ¡Pero esta es buena!... Hemos llegado á la casa, y no podemos entrar, porque me han quitado en la Inquisicion la llave.

—Yo abriré con el puñal.

—Por la parte de afuera no es fácil, pero por la de adentro, con meter los dedos por entre la cerradura y tocar los muelles, se abre con facilidad.

—¿Y cómo penetro yo en la casa?

—Por las tapias del corral.

—¿Vas á escapárteme, Mencía?

—¿Y para qué, si me necesitas, y no has de hacerme daño? Anda, Rodrigo, anda, que aquí te espero junto á la puerta.

Rodrigo Vazquez dió la vuelta, y saltó la tapia del corral, que era poco elevada.

Entró en la casa, y llegó á la puerta de ella.

Una vez allí, y valiéndose de su puñal, corrió el fiador de la cerradura, y la vieja y la Totovía entraron.

—Véte, hija, véte á la cocina, que debes tener apetito; come lo

que quieras, acuéstate despues, duerme bien, y no tengas miedo, que nada nos puede suceder ya.

La Totovía se fué, dejando solos en una sala baja, sencillamente amueblada, pero con lo necesario para la comodidad, á Rodrigo Vazquez y á la tia Zampoña.

En un ángulo habia una gran copa de bronce, pero sin mas que ceniza: como que no habia habido aquel dia quien cuidara de poner en ella fuego.

—Cuando hace frio, dijo Rodrigo Vazquez, un brasero sin brasas parece que aumenta el frio.

—Pues mira, Rodrigo, dijo la tia Zampoña, abrígate bien en la capa mientras pongo carbon en el brasero y le saco al corral á que le dé el aire, que con el Norte que corre, en dos minutos está encendido.

—Espera, espera y te ayudaré, que no puedes tú con esa copa.

—¿Qué sabes tú lo que puedo yo, ó lo que no puedo? Pero no quiero quitarte la voluntad, ayudémonos.

Cada uno agarraron por un asa el brasero.

—¿Y por qué no te haces servir por la muchacha?

—Está aterrada, y de nada sirve hasta que se tranquilice: deja aquí el brasero, aquí comunica bien el aire; espera, voy por carbon.

Rodrigo Vazquez, para esperar, volvió á meterse en la sala, porque en aquel pasillo no se podia resistir el frio.

A poco, volvió á entrar la tia Zampoña.

—Ya está en disposicion de encenderse el brasero, dijo; y aquí tenemos algo con que ayudar la conversacion.

Y puso sobre la mesa una bandeja con pastas y dos vasos de cristal, y una gran redoma que contenia un vino dorado.

—Yo sigo tratándome bien, porque soy rica.

—¿Rica? esclamó Rodrigo Vazquez.

—Sí, muy rica: ¿pues quién crees tú que heredó al indiano á quien le costó la vida el casarse conmigo?

—¡Ah! ¡Ya! Cuando yo volví á buscarte para ver si habias muerto ó no, me encontré con que quien habia muerto era tu marido, y con que tú no parecias.

—¿Y para qué habia de parecer yo, si me habia quedado encorvada de una tal manera, y del susto, y del golpe, habia pasado una enfermedad que habia hecho en mí destrozos? Habia enflaquecido, se me habian caido los cabellos, estaba pálida como una muer-

ta, é iba envejeciendo y afeándome de dia en dia. Mi corcova se iba aumentando; parecia que mi espinazo se habia empeñado en doblarse.

—¿Pero cómo puede ser esto? dijo mirando profundamente á la bruja el alcalde: tú eres jorobada de nacimiento.

—No: jorobada de resultas de una violenta caida.

—¿Pero cómo estando en cinta, dijo el alcalde, no feneció la criatura que llevabas en tu seno?

—Casualidades, milagros; sobre todo: ¿cómo sé yo cosas que solo podia saber Mencía?

—Porque ella te las haya referido.

—Pues no faltaba mas sino que me negases ahora.

—Vuelvo á insistir en que representas mucha mas edad que la que ahora representaria Mencía.

—¿Sabes la edad que tenia yo cuando nos amábamos?

—Veintidos años.

—Menos aún que eso representaba; pero habia cumplido los treinta: ya ves tú, treinta y veinte, cincuenta: caida, corcovada, enfermedad, todo esto junto, una vida de rabia y de desesperacion, bastan para que á los cincuenta años parezca yo una anciana casi decrépita.

—Y bien, ¿qué me importa que seas ó no seas Mencía de Santistéban ó el demonio? dijo Rodrigo Vazquez: lo que me importa es que me procures las pruebas del nacimiento de Casilda.

—Las tiene sobre sí: el rey don Felipe tiene tres pequeños lunares negros debajo del brazo derecho, y Casilda tiene en el mismo sitio tres lunares semejantes.

—¿Y lo sabe eso el rey?

—¡Oh, sí! El rey es hombre de mucha conciencia, que por nada del mundo quiere ponerse mal con Dios: sabia, porque no podia dudarlo, que lo que yo habia dado á luz era hueso de su hueso, y carne de su carne: llaméle yo desesperada: cuando dí á luz á Casilda, habia ya muerto mi marido: el rey vino una noche, y no me perdonó, porque Felipe II no perdona; pero me dijo:

—¿Tiene alguna señal mia esta criatura?

En esto habia mucho de desconfianza del rey, porque el rey desconfia hasta de sí mismo.

—No lo sé, le respondí; pero puede ser: la niña tiene tres lunares negros por la parte de adentro del brazo derecho, junto al codo.

El rey miró el brazo de la niña, y encontró los tres lunares. Entonces bendijo á Casilda, y me pareció como que rezaba.

Despues me dijo:

—Hija mia es esta criatura: vos no sabíais, porque no lo sabe nadie, que yo tengo tres lunares negros en la parte interna del brazo derecho sobre el codo: no habeis podido, pues, contrahacer estos lunares: criad bien y secretamente á esta niña, y contad con el rey para su crianza.

Despues de esto se fué.

Yo no necesitaba para nada del rey, sino para que reconociese á mi hija, y se negó, á pretesto de que no queria escándalos.

—¿Y si vuestra majestad, como puede suceder, muere de improviso? le dije al rey.

—Ya sin declarar que es mi hija dejaré yo asegurada la suerte de esa criatura, me dijo.

Yo, despues de la muerte de mi marido, me habia ocultado por vergüenza de mi deformidad.

El rey sabia adónde me habia retirado yo, y en un espacio de dos años fué algunas noches recatadamente á mi casa para ver á su hija.

—De modo, que el rey ha tenido tiempo de tomar cariño á Casilda, dijo Rodrigo Vazquez.

—Sí; el rey no se olvida de nada; se acuerda de todo lo que ha hecho, y de todo lo que ha visto y oido en este mundo desde que tenia dos años.

—De modo que se alegrará de encontrar á su hija.

—No sé si se alegrará ó no: lo que sí puedo asegurarte, es que no se habrá olvidado de ella.

—Pues bien, eso es lo que importa; pero lo repito, todo lo que me refieres es sumamente estraño: ¿por qué no eres franca y leal conmigo? ¿Por qué si has suplantado á doña Mencía, valiéndote de la circunstancia de haberla yo arrojado por un balcon para hacerme creer tu joroba, no me lo confiesas? ¿Qué temes?

—Nada: si quieres que yo te diga que no soy doña Mencía, te lo diré; te daré gusto: inventaré una historia; y esto me será fácil, porque he inventado muchas.

—Pues veamos, inventa una historia.

—Eres un mal hombre, Rodrigo: no haces nada sino por tu conveniencia; el mismo de siempre: te repugna para tus proyectos

que Casilda sea hija de una bruja, porque conoces demasiado al rey nuestro señor: te parece estraña mi trasformacion, y deseas encontrar otra madre para Casilda: te la inventaremos; pero sepamos qué ganaré yo por renegar de mi hija.

—¿Por qué obstinarte en llamar hija tuya á esa hermosa jóven?

—Esto es lo mismo que decir: ¿por qué obstinarte en sostener la verdad?

—¡Ah, no! Si fuera hija tuya Casilda, no la hubieras envuelto en los peligros de tu vida, no hubieras usado de ella como de un lazo: no hay madre que esponga á su hija á los rigores de la Inquisicion.

—¡Bah! Si me esponia yo, ¿por qué no habia de esponerla á ella?

—Repito que esto es increible.

—Vamos, será necesario contarte esa historia, es decir, inventártela.

—Pues empieza tu invencion.

—Espera, espera un poco, que no se inventa tan pronto una novela como la de Rodrigo de Cota, aquella de Calisto y Melibea.

—Pues mira, otra podrá parecerse menos que tú á la madre Celestina.

—No me compares á mí con aquella mala bruja; mala porque valia menos que yo: ¿qué sabes tú quién soy yo, Rodrigo?

—Sepámoslo.

—Eso no lo sabrás nunca.

—Vamos, ya confiesas que no eres Mencía de Santistéban.

—No, no confieso; es que ya empiezo á inventar.

—Para ser franca conmigo, debias acordarte de que te he salvado de la Inquisicion.

—Nada tengo que agradecerte; si me has salvado, ha sido porque te convenia: si no hubiera estado por medio Casilda, me hubieras dejado quemar viva: ¡como si no supiéramos las entrañas que tienes, Rodrigo!

—Vamos, empieza.

—¿Y qué te importa mi vida? Yo he nacido predestinada al sufrimiento: fuí víctima de una fascinacion de mis sentidos; amé á un hombre indigno de ser amado: me abandonó: era yo muy jóven.

—¿Es esa tu historia, ó la historia de Mencía de Santistéban?

—Tanto da: en una situacion terrible, sola en el mundo, an-

siosa de venganza, me encontré un dia con una visita muy singular: con la visita de una bruja.

Yo, por el momento, no conocí á aquella mujer; era un sér repugnante, y nada mas: una especie de demonio contrahecho.

—Esa eras tú.

—Como quieras: ó yo soy la Mencía de Santistéban que recibió la visita, ó el satanás horrible que fué á visitarme: en fin, nada recabarás de mí: yo puedo ser lo que te se antoje: la verdad es que Mencía de Santistéban oyó una palabra tentadora, diabólica, y se hizo bruja.

Lo que habia oido escitaba su sensualidad: era la libertad fascinadora del pecado, como podria decir el padre Ciriaco, que, á pesar de su rigidez, estima demasiado á una bribona. ¿Pero para qué gastamos el tiempo, Rodrigo? Mencía de Santistéban murió, una de dos: porque murió en efecto, ó porque se trasformó: lo que á tí te importa es Casilda; eres bastante réprobo para que te importe poco ser esposo de la hija, habiendo sido amante de la madre. Tú no reconoces ley, freno ni conciencia, y no sé por qué no te haces francamente brujo; tratarias mano á mano con Satanás, que se alegraria mucho de tenerte por vasallo;porque tratándose de maldades, eres el malvado mas terrible que he conocido.

Casilda tiene tanto de bueno como de malo: ha heredado la violencia de las pasiones de su madre; pero á pesar de esto, ha debido á la naturaleza un alma inclinada al bien, cuando no hay ningun móvil que la impulse al mal.

Casilda se conmoverá por las desgracias ajenas; tenderá su mano al enfermo, al desvalído, al pobre, y dará su dinero de muy buena voluntad á la miseria: pero no resistirá una contrariedad, ni le impedirá satisfacer su deseo nada, por respetable, por digno, por santo que aparezca á sus ojos. Y á la mano tenemos una prueba: doña Juana Coello ha hecho por Casilda lo que pudiera haber hecho una madre; y sin embargo, esto no ha impedido acepte con enloquecimiento los amores de Antonio Perez: ha sido bastante astuta, bastante hipócrita para confiar, para engañar á doña Juana; bastante terrible para aceptar el amor de un miserable como José Alegría, y entregárvele para que lo mates. Lo que dudo es que quiera casarse contigo. Ella ha legitimado ya el fruto de sus amores con Antonio Perez, que era todo lo que deseaba. Despues te ha consentido, sin duda para valerse de tí, para que me busques: ella

necesita saber de quién es hija. Pues bien, dile que es hija del rey: porque si tú no se lo dices, se lo diré yo; ha llegado el momento. Casilda puede servirte de mucho. Yo me complazco en el mal, Rodrigo; las infamias de que he sido víctima me han hecho cruel: tú eres un pobre hombre: aborreces á Antonio Perez, y no sabes hacerle la guerra: la ocasion te se viene á las manos: puedes disponer del rey y de doña Juana Coello. Al rey puedes hacerle saber de una manera hábil, que una hija suya bastarda, una hija á quien debe amar, porque Felipe II ama todo lo que de él proviene, ha sido deshonrada por Antonio Perez, y que para cubrir su deshonra se ha visto obligada á casarse con un hombre tal, que ha acabado en la horca.

Casilda ignoraba de quién era hija, que si lo hubiera sabido se hubiera valido de tí para cubrir su falta: tú lo hubieras arrostrado todo á trueque de casarte con una hija del rey, aunque hubiese sido bastarda, y aunque el rey no la hubiese reconocido: te bastaba con que Felipe II hubiese sabido que tu mujer era su hija: esto hubiera asegurado tu fortuna; hubiera podido satisfacer tu ambicion.

Ahora es muy difícil que Casilda quiera casarse contigo: la conozco bien; ama con locura á Antonio Perez, y por él lo sacrificará todo.

Pero esto debe importarte muy poco: el secreto que pongo en tus manos, si sabes usar de él, puede llevarte á tu objeto sin que hagas ningun sacrificio. Por otra parte, de quien tú estas ciegamente enamorado, es de doña Juana Coello. Ella es quien te irrita y quien te desespera: intriga, Rodrigo, intriga bien, y puede ser que llegues á tu doble objeto: esto es, á conseguir de una parte el favor del rey; á obtener por otra el amor de doña Juana.

—Esplícate, dijo con ánsia Rodrigo Vazquez.

—El rey, bastantemente irritado ya de una manera mortal contra Antonio Perez, por sus amores con la princesa de Eboli, vacila sin embargo: entre el rey y Antonio Perez hay un misterio: es posible, muy posible, que sean hermanos, y que el rey lo sepa, y que lo sepa tambien Perez, aunque jamás se lo hayan dicho.

—¿Conoces tú ese secreto? dijo con ansiedad Rodrigo Vazquez.

—No, es que supongo; pero no hablemos mas de esto, es inútil: continuemos. Irritado el rey contra Antonio Perez, y contenido para sacrificarse á su cólera por un misterio, es posible que se olvide de

todo si sabe que no solamente le ha robado al rey la mujer á quien amaba y á quien ha castigado de una manera terrible, sino que ha hecho infeliz á una hija suya.

En cuanto á doña Juana Coello, haz que sepa que su marido es mal hombre hasta el punto de enamorar y deshonrar á una mujer á quien ella habia tomado bajo su proteccion: la virtud tiene un límite, Rodrigo: por fuerte que sea un alma, si se la violenta demasiado, acaba por romperse: puedes dar un golpe terrible al corazon de doña Juana, porque ama á Casilda, que ha sabido engañarla, y su traicion la desesperará. No se sabe adónde conduce á una criatura la desesperacion: yo soy un ejemplo de ello: si quieres llegar á tu objeto sin arriesgar nada, yo te serviré: haz saber al rey de una manera secreta, por medio de un aviso escrito, que existe una hija suya, hija de su antigua amante Mencía de Santistéban, y que una vieja que vive fuera del lugar de Maudes, en una casa rodeada por higueras enanas, puede darle noticias de ella. En cuanto á doña Juana Coello, sabiendo como sabes lo que existe entre Antonio Perez y Casilda, te es muy fácil hacérselo conocer. Te he dicho cuanto tenia que decirte, cuanto necesitabas saber, y te he pagado bien el servicio que me has hecho sacándome de entre las garras de la Inquisicion. Es cierto que yo te he dado los medios para ello; pero no quiero buscar pretestos para justificar mi desagradecimiento. Ahora, déjame descansar; he sufrido mucho, he temido mucho, y necesito reponerme.

—Es decir, que me voy con la duda de si eres ó no Mencía de Santistéban.

—Esa duda la tendrás siempre: véte; y si quieres conseguir tus propósitos, no te olvides de hacer entender al rey que yo puedo hacerle conocer á su hija Casilda.

Rodrigo Vazquez comprendió que por entonces nada recabaria de la bruja, se despidió de ella, salió de la casa, llegó á la carroza que le esperaba en el camino, y se volvió á Madrid.

CAPITULO X.

De la entrevista que tuvo Santoyo con la tia Zampoña.

Al dia siguiente se encontró el rey sobre su mesa de despacho, entre los pliegos cerrados que se entregaban á la servidumbre para el rey, un cartel ó anónimo que decia lo siguiente:

«Muy poderoso señor: Doña Mencía de Santistéban murió hace algunos años; pero ha dejado una hija que tuvo de vuestra majestad. De esa hija puede dar noticias á vuestra majestad una anciana que vive cerca del pueblo de Maudes, en una casa baja, rodeada de higueras enanas.—Un leal vasallo de vuestra majestad.»

Al rey le contrarió terriblemente esta carta.

Habia alguien que conocia una debilidad suya.

¿Seria este alguien aquella anciana que se le citaba?

¿Habria alguna otra persona conocedora del secreto?

El rey llamó á Santoyo.

—¿Te acuerdas, le dijo, de aquella doña Mencía de Santistéban, la mujer del indiano con quien me entretuve algun tiempo?

—Sí señor, dijo Santoyo; pero aquella doña Mencía desapareció, sin que se haya sabido lo que fué de ella.

—Pues ahora resulta, si no ella, su hija: toma, y lee.

Y dió á Santoyo la carta.

—Y bien, iré á ver á esta mujer, dijo Santoyo, que conoció la intencion del rey.

—Sí, vé, y averigua lo que hubiere.

Santoyo no esperó; pidió un caballo, y se trasladó al pueblo de Maudes.

Buscó la casa baja rodeada de higueras enanas, la encontró, y se encaminó á ella.

A la puerta, tomando el sol, estaba la Totovía, triste y ojerosa, porque aún no habia echado el susto fuera del cuerpo.

—¿Vive aquí una anciana? dijo Santoyo.

—Anciana es mi señora, contestó la Totovía.

—Pues decid que aquí la busca un hidalgo que viene de la córte; que segun las señas que traigo, vuestra señora es la anciana á quien yo busco.

La Totovía se entró para adentro, y á poco salió y dijo:

—Podeis pasar; mi señora os espera.

Santoyo ató su caballo á una de las higueras que estaban junto á la puerta, y entró.

La tia Zampoña estaba sentada sobre la copa, llena de carbon encendido, absorbiendo su calor.

Al ver á aquella horrible vieja, Santoyo retrocedió.

—¿Qué os sucede, señor Sebastian? dijo la tia Zampoña; en otro tiempo no érais tan asustadizo: es verdad que en otro tiempo era yo otra cosa: vos sois el que no habeis cambiado: estais un poco viejo, y nada mas.

—¿Pero y vos quién sois? dijo Santoyo con repugnancia.

—¿Qué os importa quien yo sea? dijo la tia Zampoña: yo soy la honrada viuda del honrado escudero Deogracias Salmeron: ya sabeis, un escudero del señor duque de Arcos.

—No le conocí, dijo de mal humor Santoyo.

—Pues iba mucho á la córte.

—¿Y quién os ha dicho que yo tenga obligacion de conocer á todos los que van á la córte?

—Teneis razon, señor Sebastian de Santoyo: es mas fácil que os conozcan á vos los que á la córte van, que no el que vos conozcais á los que van á la córte: sin embargo, personas hay sobradas que conocieron á mi marido: no teneis mas que preguntar, y ya os dirán.....

—No es ese el caso, dijo Santoyo: ¿habeis vos conocido á una doña Mencía de Santistéban?

—¡Oh! mucho, muchísimo; era una hermosísima mujer.

—Que tuvo una hija.

—Ciertamente, y una hija tan hermosa como ella.

—¿Y sabeis vos dónde está esa hija?

—¡Oh! sí señor que lo sé.

—Decídmelo.

—Poco á poco, señor Sebastian de Santoyo; no sois vos persona á quien yo diga dónde está esa señora.

—Pues importa saberlo, dijo Santoyo, que era franco y rudo; y para eso he venido yo, que de otro modo no viniera.

—Venga quien debe venir, y lo sabrá todo.

—¿Y quién es quien debe venir?

—Decid lo que os he contestado á la persona que os envia.

—Pues bien, quien me envia, dijo Santoyo, obedeciendo á su natural enérgico, es el rey.

—Ya lo sabia yo; pero os repito que venga su majestad, porque es tan hondo y tan secreto lo que tengo que decirle, que aunque vos sois muy su confidente, no aprovecha.

—¿Y creeis que el rey va á venir aquí?

—Aquí mejor que á ninguna otra parte: este es un lugar apartado: nadie verá entrar al rey aquí, ni aquí, es decir, en el pueblo, le conoce nadie: en Madrid seria mas espuesto, aunque no fuese mas que porque podia encontrarle una ronda, y empeñarse en saber quién era.

—¿Y por qué no venís vos al alcázar?

—Porque juré un dia no volver á entrar en él.

—¡Ah! ¡vos habeis entrado en el alcázar!

—Sí por cierto: he sido muy de la servidumbre de la emperatriz doña Isabel, madre de su majestad.

—¿Pero quién sois vos, señora, que yo no os conozco?

—¿Y cómo habeis de conocerme á mí, Santoyo, si cuando vos entrásteis en la córte ya habia salido yo de ella?

—Pero vuestro nombre.....

—El rey lo sabrá.

—¿Habeis sido vos quien ha enviado una carta a su majestad?

—Sí, yo he sido.

—¿Y de qué medio os habeis valido para que esa carta llegue al despacho de su majestad.

—Nada os importa eso: la verdad es que esa carta ha llegado á manos de su majestad.

—El rey no vendrá.

—Bien; si no viene, será señal de que le importa muy poco la persona de quien puedo darle noticias.

—¿Y por qué no habeis de venir vos al alcázar?

—Sois flaco de memoria, señor Santoyo: ya os he dicho que he jurado no volver á entrar en el alcázar; no pienso faltar á mi juramento.

—Señalad vos un lugar cualquiera.

—No le tengo.

—Acercaos al menos á alguna de las puertas.

—No quiero.

—¿Con que ha de ser aquí?

—Aquí.

—Mirad no se enoje el rey.

—Eso no os importa á vos.

—Bien; diré á su majestad lo que me habeis encargado le diga; pero no espereis que venga.

—¡Ah! vendrá, no lo dudeis.

—Lo veremos.

—Lo veremos, señor Santoyo; pero no perdais tiempo: id y decid á su majestad lo que os he encargado le digais.

—Adios.

—Id en paz.

Santoyo salió irritado, y acompañado de los dos palafreneros que le habian seguido, volvió á tomar el camino de Madrid, y llegó al alcázar, echó pié á tierra, y se encaminó á la cámara del rey.

Este, como de costumbre, estaba trabajando, porque Felipe II ocupaba la mayor parte de su tiempo en trabajar, y siempre se quejaba de que los dias no fuesen mas largos.

Como que gobernaba unos estensísimos dominios, mantenia muchas guerras, y le rodeaba una cruda guerra palaciega, y todo queria despacharlo por sí mismo; así es que, á pesar de su pasmosa laboriosidad, el despacho de los asuntos se eternizaba; porque el rey pretendia hacer solo el trabajo de muchos hombres. Esto provenia de su recelo. No se fiaba de nadie, y temia ser engañado si encargaba á otro el asunto mas pequeño.

Santoyo sabia demasiado que el rey no gustaba de ser interrumpido, y permaneció en la puerta de la cámara, esperando á que el rey doblase los papeles que se ocupaba en examinar.

Pasaron para esto diez minutos, durante los cuales, Santoyo permaneció inmóvil, sin que el rey hubiese reparado en él; pero cuando el rey hubo apartado los papeles que examinaba, Santoyo dijo:

—¡Señor!

—¿Has visto ya á esa anciana de que se me hablaba en el cartel que te he mostrado?

—Sí señor.

—¿Y qué?

—Es una vieja horrible, una imágen del pecado; causan horror sus pequeños ojos sanguinolentos.

—Creo que la carta dice que esa mujer vive junto á Maudes.

—Así es, señor.

—Maudes tiene la fama de ser un lugar de brujas.

—Eso se dice, señor; pero me parece que no es en el mismo Maudes donde las brujas celebran sus conventículos, sino en unas antiguas ruinas que están á tres tiros de arcabuz del pueblo.

—¿Y esa mujer vive cerca de las ruinas?

—No señor, al lado opuesto; pero eso importa poco: la distancia es corta, y aunque fuese muy larga, ya sabemos que las brujas vuelan.

Y Santoyo dejó asomar una sonrisa de incredulidad.

—Eres algo impío, dijo con disgusto Felipe II: no quieres creer en la existencia de esas malditas por mas que el Santo Oficio prueba que existen quemándolas.

—No dudo yo de que hay brujas, señor, dijo Santoyo; y en prueba de ello, voy á decir á vuestra majestad que creo que la mujer á quien he ido á ver cerca de Maudes, no solamente es bruja, sino archibruja.

—¿No hay santos ni crucifijos en esa casa?

—No he reparado en ello, señor, porque no he visto mas que á esa maldita vieja.

—Pues has debido reparar, si te pareció bruja; porque de haber crucifijo, no hay tal brujería: una bruja se dejaria quemar viva antes que consentir un crucifijo en su habitacion ó cerca de ella.

—Yo ignoraba eso, señor.

—¡Ah! te me vas torciendo: será necesario encargar al padre Chaves que vuelva á reponerte en toda la fuerza de tus creencias religiosas.

—¡Ah! no, no señor, se apresuró á decir Santoyo: yo soy ciegamente católico apostólico romano.

—No quiero que lo seas ciegamente, sino por la fé: la fé no es la ceguedad.

—Indudablemente, señor.

—Nada, nada, dijo el rey: es necesario que por algun tiempo te encierres dos horas al dia con fray Diego de Chaves.

—Muy bien, señor.

—¿Y qué te ha dicho la vieja?

—Estoy verdaderamente escandalizado, señor.

—¡Escandalizado! ¿Y de qué?

—Esa mujer pretende que vuestra majestad vaya á su casa.

—¡Que vaya á su casa! ¿Y quién es esa mujer? ¿No te ha dicho su nombre?

—No señor; solo me ha dicho que es viuda de un escudero del duque de Arcos, cuyo nombre no recuerdo.

—¿Se llamaba Deogracias Salmeron?

—En efecto, señor, dijo con asombro Santoyo, porque veia que se establecia para él una relacion por medio de un recuerdo entre la vieja horrible de la casa de Maudes y el rey.

—¿Y qué te ha dicho esa mujer acerca de la carta que he recibido?

—Que ella ha hecho que llegue á manos de vuestra majestad.

—¿Por medio de quién?

—No ha querido decirlo.

—Pues mira, Santoyo: esta noche á las doce iremos á caballo, con un resguardo de ocho lacayos armados á la gineta.

Santoyo no pudo reprimir una espresion de sorpresa.

—Hace mucho frio, señor, para ir á caballo, dijo.

—Me abrigaré bien.

Santoyo sabia que el rey no gustaba de que le replicasen, y viendo que Felipe II tomaba unos papeles para ocuparse de ellos, salió.

En cuanto hubo salido, el rey se levantó, salió de la cámara, atravesó una saleta, entró en un pequeño aposento, en el que habia algunas papeleras, y se dirigió á una de ébano, chapeada en parte de marfil, é incrustado el resto de concha, plata y cobre.

Las chapas de marfil tenian dibujos abiertos á buril, y rellenas las líneas de tinta negra.

Eran los frontis de los cajones.

En el del centro, que era mayor que los otros, un águila imperial, sosteniendo en sus garras el gran escudon de España y Austria, bajo el cual salia por ambos lados una cinta en que se leia *nec plus ultra*, demostraba que aquella papelera habia pertenecido al emperador Cárlos V.

Los frontis de los otros cajones dejaban ver trofeos de victoria y batallas.

Esta papelera estaba sobre una tijerilla de ébano.

Era una verdadera preciosidad de la ebanistería antigua.

El rey sacó de uno de los bolsillos de sus calzas un aro de acero en que habia una multitud de pequeñas llaves, y sin vacilar, asió una, y abrió con ella el cajon del centro de la papelera.

Aquel cajon estaba lleno de papeles, amarillos por el tiempo.

Felipe II los fué recorriendo, hasta que encontró uno á manera de carta, escrito de puño y letra del emperador.

Aquel papel, debajo de una cruz, decia:

«Para despues de mi muerte, á mi muy querido hijo el rey don Felipe.

Os encargo, porque no puedo hacerlo en mi testamento, que no quiteis una pension de dos mil ducados al año, que se han pagado reservadamente por mi secretario de cámara Ruy Conchillos, á doña Isabel de Albarracin, viuda de Deogracias Salmeron, escudero que fué del duque de Arcos: marido y mujer me han servido muy lealmente, y en cosas de tal importancia, que encargo sobre vuestra conciencia, por la conciencia de vuestro padre, sigais satisfaciendo esa pension á doña Isabel de Albarracin, con preferencia á otras obligaciones: y como creo firmemente que cumplireis este mi legado secreto, os bendigo por ello. Guárdeos Dios y os prospere. De este Monasterio de San Gerónimo de Yuste á 23 de agosto de 1558.—CÁRLOS.»

Esta carta estaba refrendada por el secretario Ruy Conchillos.

—Y aparece de nuevo, dijo profundamente el rey, volviendo á poner los papeles por su órden en el cajon, esta doña Isabel de Albarracin, á quien se creia muerta hace tantos años, y esta mujer ha conocido á Mencía de Santistéban y á su hija... Yo ignoraba si doña Mencía habia tenido hijo ó hija: la perdí de vista obligado por sus liviandades; pero no puedo tener duda de que la hija que dió á luz, porque hija es, segun el cartel que he recibido hoy, es

hija mia. No puedo menos de ir á informarme de esa vieja horrible que dice Santoyo. Doña Isabel era corcovada, es cierto; pero horrible, no. Tenia muy buena cara, muy ricos cabellos, y sobre todo, muy buen genio. Iré, iré. Un padre no puede, no debe desatender á sus hijos por mas que sean hijos de pecado. ¡Ah! ¡las pasiones! ¡la flaqueza de la carne! Sí, sí. Iré.

Y el rey cerró el cajon, guardó las llaves en su bolsillo, se fué á su cámara, y se puso de nuevo á trabajar.

CAPITULO XI.

En que se revelan algunos misterios.

A las doce de la noche, dos ginetes embozados hasta los ojos, seguidos de una escolta y de diez lacayos armados á la gineta, llegaron á la puerta de Fuencarral, que estaba cerrada.

El que parecia jefe de los lacayos, echó pié á tierra, entró en la casilla de los del resguardo de la real Hacienda, y mostró una órden del rey para que se abriese la puerta para salir, y despues se abriera para entrar.

La puerta se abrió al momento.

Los dos ginetes embozados se precipitaron al galope sobre la carretera, y no pararon hasta llegar al pueblo de Maudes, y mas allá de este, á la puerta de la casa de la bruja, á la que llamaron.

Al momento se abrió la puerta, y apareció la Zampoña con una luz en la mano.

Los dos embozados echaron pié á tierra, y entraron.

—No dejeis fuera los lacayos, dijo la tia Zampoña: está la noche muy cruda; que dejen los caballos en el sotechado del corral, y esperen ellos en la cocina, donde hay fuego. Vos, caballero, añadió dirigiéndose á uno de los embozados, venid conmigo; y vos esperad en esta habitacion, añadió dirigiéndose al otro, donde tambien hay fuego.

La tia Zampoña atravesó con uno de los embozados la sala donde habia hablado antes con Santoyo, cerró su puerta, y siguió adelante, metiéndose en otro pequeño aposento, donde habia un brasero.

El embozado que seguia á la Zampoña, en el que habrán reconocido nuestros lectores al rey, miró á derecha é izquierda las paredes de la habitacion, y la mesa que en ella habia, y vió que en las paredes habia algunos cuadros místicos, y sobre la mesa una imágen de la Purísima Concepcion, de talla, y un Niño Jesus con un mundo en la mano.

El rey se tranquilizó.

—Es horrible, dijo; no puede ser mas horrible esta mujer; pero no es bruja: si lo fuera, no tendria en su casa vírgenes ni santos.

En el cuarto donde entraron, habia junto al brasero un gran sillon de baqueta con cogin de seda; junto al sillon una mesa con tapete de seda tambien; sobre la mesa, un crucifijo de tamaño bastante grande, con la estátua de marfil, de muy buena ejecucion, una calavera muy blanca, bruñida y reluciente como el marfil, y cerca del ángulo de la mesa del lado del sillon, un libro de horas abierto, y sobre él un rosario.

No podia darse mayor aspecto de cristiandad, y el rey se tranquilizó.

Con arreglo á sus creencias, era imposible que una bruja se atreviese á tener un crucifijo junto á sí.

Habia además sobre la mesa, colgado de la pared, encima del crucifijo, un retrato de cuerpo entero de mujer, pero de la mitad del tamaño natural.

Aquel retrato representaba á una mujer altiva, con traje de córte, blanca, con los cabellos castaños y los ojos azules, muy hermosa, como de veintiseis á veintiocho años, y cubierta de ricas joyas.

Aquella pintura, hecha en tabla, parecia de los últimos tiempos del emperador: en el ángulo inferior derecho del cuadro habia un escudo de armas con cuatro cuarteles. En el uno habia un oso rampante rojo sobre campo de oro: en otro, sobre campo negro, una higuera, y á los dos lados, dos llaves de oro: debajo, en campo de plata, águila negra volante; y en el cuarto, sobre campo de oro, cinco barras rojas.

Empezando en este escudo, y corriendo á lo largo de la parte

inferior del retrato, sobre una especie de color gris, se leia en letras góticas de oro:

«La escelentísima señora doña María Magdalena Osorio, Figueroa del Real, Aguilar y Aragon, condesa de Valfrio, dama de honor de su majestad la emperatriz.»

El rey, de pié, rígido, embozado aún y con antifaz, miraba de una manera fija el retrato de doña María Magdalena.

No la conocia, y sin embargo, encontraba en ella algo que le era muy conocido, pero de una manera vaga.

—Era una hermosa mujer, señor, dijo la tia Zampoña, y fué muy desventurada.

El rey no contestó; continuó mirando el retrato.

Luego adelantó, tomó el velon de Lucena que estaba sobre la mesa con los cuatro mecheros encendidos, y le levantó para iluminar mejor el retrato.

—Es estraño, dijo: ¿á quién se parece esta dama?

Y el rey daba vueltas en su imaginacion á sus recuerdos, y se embrollaba.

No lograba dar con la persona á quien el retrato se parecia.

Dejó el velon sobre la mesa, se desembozó, se quitó el antifaz, y se sentó en el sillon.

La tia Zampoña permaneció de pié delante del rey.

Parecia vacilante por la edad; la agitaba un temblor persistente, una especie de perlesía.

Empezaba á representar admirablemente un papel de vieja decrépita.

Habia atemperado su clásica fealdad con una espresion benévola y humilde: no repugnaba entonces: era otra mujer.

El rey la miraba profundamente.

—Sentaos, dijo: la ancianidad doliente está dispensada de ciertos respetos que exige á otros la majestad.

La tia Zampoña se sentó en el suelo.

Esta humildad produjo buen efecto en el rey.

—¿Me habeis escrito? dijo Felipe II.

—Sí señor, contestó la tia Zampoña: mi lealtad me ha obligado á escribir á vuestra majestad.

—¿De quién os habeis valido para que llegue á mí vuestra carta?

—De una criada mia, que la ha entregado á un portero de la mayordomía mayor.

La tia Zampoña cubria á los Vazquez; y nada tenia de inverosímil la contestacion de la tia Zampoña, porque Felipe II habia encontrado su carta entre otras que habian pasado por la mayordomía.

—¿Y por qué no habeis firmado esa carta?

—Porque no habia necesidad de firma: ella decia lo bastante para que vuestra majestad consintiese en la audiencia con que vuestra majestad me honra.

—¿Por qué no habeis ido al alcázar á pedirme audiencia? ¿No sabeis que yo escucho en audiencia á todos mis vasallos sin distincion de gerarquías?

—Bien lo sé: vuestra majestad es la justicia y la virtud; pero tenia dos razones para no pedir á vuestra majestad audiencia: la primera es, que desde un suceso terrible, he jurado no volver á entrar en el alcázar, y no puedo ofender á Dios faltando á mi juramento. La segunda era, que necesitaba hablar mucho y muy secretamente con vuestra majestad.

—¿Y habeis tenido justa causa para vuestro juramento?

—Justísima, señor.

—¿Y es importante lo que teneis que decirme?

—Importantísimo; como que se trata de dos secretos de Estado.

—¿Secretos de Estado?

—Sí señor, porque de Estado viene á ser todo lo que concierne á la majestad del rey.

—¿Y sobre qué son esos dos secretos?

—Sobre dos mujeres.

—¿Quiénes eran esas dos mujeres?

—La una, esa, contestó la tia Zampoña, señalando con su dedo descarnado el retrato de doña Magdalena: la otra, esta.

Y sacó de debajo de sus tocas un medallon que contenia un retrato, y lo presentó al rey.

—¡Mencía de Santistéban! murmuró el rey en voz baja é ininteligible, mirando el retrato que le habia entregado la tia Zampoña, y le contempló durante algun tiempo con disgusto.

Despues le puso sobre la mesa, junto al libro de horas.

—Comprendo el secreto de Estado que se refiere á doña Mencía de Santistéban, dijo el rey: ya en la carta que me habeis escrito me habeis hecho relacion de la existencia de una hija de esa mujer; ¿pero cómo podreis probar que es hija suya?

—Doña Casilda, que así se llama, tiene tres lunares negros en la parte inferior del brazo derecho, sobre el codo.

El rey se estremeció levemente.

—¿Dónde pára esa señora? dijo.

—Está en casa del señor Antonio Perez, adoptada por él y por su esposa doña Juana Coello.

Volvió á estremecerse, aunque de una manera imperceptible, el rey.

Aquellos estremecimientos los hemos visto nosotros, porque un novelista ve todo lo que sucede á sus personajes por arte de mágia.

La tia Zampoña no los vió, porque fueron unos estremecimientos, por decirlo así, internos; pero los adivinó.

A pesar de la aparente impasibilidad de Felipe II, á pesar de la inmovilidad y de la tranquilidad de su semblante, se trasparentaba á través de él algo terrible.

—Esa señora, adoptada por Antonio Perez y por su mujer, ha quedado ayer viuda por el ajusticiamiento de su marido, á causa de lo cual, y por peticion de la buena doña Juana Coello, á quien no podemos negar nada, y por buenas razones que nos ha hecho conocer, la hemos otorgado real cédula de liberacion de infamia, para sí y para la criatura que, segun se nos ha dicho, tiene en su seno.

—Que no es ciertamente hijo ó hija del ajusticiado, aunque esto lo ignora la buena doña Juana Coello, que es una santa: y por cierto es gran fortuna que ignore de quién es hijo ó hija lo que en su seno tiene Casilda.

—¿Y quién es él? dijo el rey.

—El secretario Antonio Perez.

—¡Cómo! esclamó el rey: ¡un hombre que ha adoptado á una jóven se olvida hasta tal punto de lo que debe á Dios y á sí mismo!

—El señor Antonio Perez es un hombre demasiado débil que no puede dominar sus pasiones, y Casilda demasiado hermosa.

—Respetar debió el domicilio conyugal, dijo el rey.

—El señor Antonio Perez conocia á Casilda desde dos años antes de que entrase en su casa, y estaba enamorado de ella.

—¿Dónde la conoció?

—Casa de una hechicera.

—¡Jesus! dijo santiguándose el rey: ¿con hechiceras trata Antonio Perez?

—En servicio de vuestra majestad, y por seguridad propia, dijo

la tia Zampoña: el señor Antonio Perez tiene terribles enemigos, que lo son de vuestra majestad; porque el señor Antonio Perez es el mejor vasallo que vuestra majestad tiene.

—Pero imprudente, contestó el rey.

—Débil cuando se trata del amor, dijo la tia Zampoña.

—¿Por qué fué á dar casa de Antonio Perez esa doña Casilda? dijo el rey, desviando la conversacion del terreno en que iba á entrar.

—El último viernes de la cuaresma pasada, Casilda asistió á vísperas en la iglesia de San Justo y San Miguel, á cuyas vísperas asistió tambien vuestra majestad. Al salir, de noche ya, cuatro mal nacidos, de los cuales ayer fueron ahorcados tres, y no los cuatro porque el uno de ellos habia muerto, acometieron alevosamente al esclavo negro que acompañaba á doña Casilda, y le dieron mala muerte. Esto aconteció bajo los balcones de doña Juana Coello, que se apresuró á recoger á la jóven. Y como esta no quisiese volver á la casa de la hechicera que la habia criado, doña Juana la recibió como hija.

—¡Escelente señora! dijo el rey tranquilamente.

Pero otro poderoso estremecimiento habia agitado su corazon.

Una hija suya habia sido criada por una hechicera.

Era cuanta desgracia podia suceder á Felipe II, que habia nacido para ser contínuamente víctima de contrariedades sombrías.

—¡Ah! ¡escelentísima, y desgraciada cuanto puede serlo una mujer! ya ve vuestra majestad, señor; ampara á Casilda, y Casilda la paga su beneficio, robándola el corazon de su marido.

—¡Pecado y siempre pecado! dijo el rey, á quien torturaba lentamente y de una manera impía la Zampoña.

No solamente sufria el rey el que una hija suya hubiese sido educada por una hechicera, sino tambien el que sangre de su sangre, hueso de su hueso, se hubiese deshonrado; y deshonrado á causa de Antonio Perez, del traidor que no habia respetado el corazon de su rey y de su protector á un tiempo, atreviéndose á una mujer á quien tanto habia amado Felipe II, á la princesa de Eboli.

Perez no podia estar mas perdido.

La tia Zampoña gozaba.

Pero de la misma manera que el sufrimiento no salia al semblante del rey, no se revelaba en el de la tia Zampoña su feroz y satánica alegría.

Abrigaba en su corazon infame un odio á muerte á Felipe II, por la sola razon de que este era el eterno y terrible perseguidor de herejes, brujos y hechiceros, y protegia con todo su poder al Santo Oficio, que los quemaba.

Aborrecia la tia Zampoña á Antonio Perez, porque habia hecho infeliz á Casilda, único sér á quien amaba sobre la tierra.

—¡Pecado y siempre pecado! repitió Felipe II, despues de algunos momentos de silencio: en vano es el rigor con que yo persigo los crímenes, las impurezas, las impiedades y las infamias. La mala peste de Lutero y de Calvino lo ha contaminado todo, y seria necesario quemar la casa, y con ella los reptiles que abriga, para curarnos completamente de la lepra. Seguid. ¿Cómo fué á dar en manos de una hechicera doña Casilda?

—Esa es una larga historia, señor; pero tratándose de historias, debo empezar por la de esa señora: tiempo hay de llegar á la de Casilda.

—La historia de doña María Magdalena de Osorio, dijo el rey: esa señora se parece á alguien á quien yo conozco; pero no puedo acertar.

—Porque la semejanza está mezclada con la de otra persona augusta: con la del invicto y glorioso emperador Cárlos V, padre de vuestra majestad.

—¡Cómo! dijo el rey: ¿qué ha habido de comun entre el glorioso emperador mi padre y la condesa de Valfrio?

—¿Ha visto bien vuestra majestad la imágen de la condesa?

—Sí.

—¿Y no la cree vuestra majestad digna del amor de una persona tan alta como el emperador, de gloriosa memoria, padre de vuestra majestad?

—¡Oh! ¡oh!

—¿No sabe vuestra majestad que yo soy Isabel de Albarracin, viuda del escudero del duque de Arcos, Deogracias Salmeron, humilde sierva de vuestra majestad?

—No me lo habeis dicho hasta ahora.

—Sabedlo, pues, señor.

—Yo os conocí en otro tiempo; y por cierto habeis cambiado mucho, habeis envejecido mucho mas de lo que se puede envejecer en veinte años.

—Tenia cuarenta cuando vuestra majestad me conoció, señor;

y por cierto que poco despues aconteció el suceso que me obligó á jurar no volver á pisar mas el alcázar; pero ya llegaré á eso.

—¿Y quién es la persona en quien están mezcladas las dos semejanzas del noble emperador mi padre y de la condesa de Valfrio?

—Un hermano secreto de vuestra majestad, contestó con una audacia infinita la tia Zampoña.

—¿Cómo fueron los amores de mi augusto padre con esa señora? Reveládmelo como se lo revelaríais al confesor.

—Hace de esto, señor, treinta y seis años: yo era doncella de doña Magdalena: me amaba; como que yo me habia criado en la casa de su padre el marqués del Real, de quien doña Magdalena era hija tercera.

Con ella habia estado yo desde que doña Magdalena cumplió sus ocho años, y sirviéndola, en el convento de Santo Domingo el Real de Madrid.

Doña Magdalena cumplió en el convento sus quince años, y era lo que ha visto vuestra majestad en su retrato; porque ese retrato fué hecho tres años despues, cuando doña Magdalena ya se habia casado.

Un dia, la noble emperatriz doña Isabel, madre de vuestra majestad, quiso comer con las monjas en su mismo refectorio, pasar un dia en el convento, y asistir al coro: entró en la clausura la señora emperatriz con las licencias necesarias, y con esta ocasion, conoció á mi señora; y tanto se enamoró de ella, así puede decirse, que hizo preguntar al marqués del Real desde el mismo convento, si queria que su hija saliese de él aquel mismo dia, para vivir como menina suya á su lado.

Como era de esperar, el marqués del Real se apresuró á aceptar tanta honra, y mi señora y yo salimos del convento para entrar en otra clausura no menos rígida; porque las meninas de la noble emperatriz estaban tan guardadas en el alcázar como en el convento, por las dueñas nobles, que eran unas señoras de reconocida virtud.

Pero doña Magdalena hacia servicio como menina en la cámara de su majestad, y las dueñas no podian evitar las viesen los caballeros de la servidumbre; y por mas que fuesen muy severas las formas que se guardaban en el cuarto de la emperatriz, lo que no decian las lenguas lo decian los ojos, y siempre tenian ocasion los gentileshombres y las altas personas que tenian entrada en la cá-

mara, de dar algun billete á hurtadillas á las meninas, á las camaristas, y aun á las damas.

Esto no podia evitarse, ni aunque tuviesen cien ojos las dueñas, como sucede ahora, y como sucederá siempre; porque el amor es audaz é ingenioso.

Doña Magdalena era á la que mas billetes acometian.

Tomábalos por curiosidad; pero al dia siguiente, cuando el enamorado creia que doña Magdalena le daba una contestacion, se encontraba con que la contestacion que recibia era su propio billete rasgado.

La sucesion de esto acabó por dar á doña Magdalena una reputacion de invencible, que puso á todos sus apasionados en respeto, y durante mucho tiempo cesaron de todo punto los billetes.

Al fin, un dia, un ayuda de cámara del emperador, jóven bello y de muy noble familia, dió á doña Magdalena un billete, que esta recibió como los habia recibido todos, con la intencion de devolverlo rasgado.

Pero ni le rasgó doña Magdalena, ni le devolvió.

Aquel billete era una ardiente declaracion de amor, escrita de tal manera, que no parecia sino que quien la habia escrito tenia la seguridad de que no podia recibir una negativa.

Un solo nombre sin apellido firmaba aquel billete.

Aquel nombre era *Cárlos*.

El ayuda de cámara del emperador que habia dado aquel billete á doña Magdalena, se llamaba Juan de Andrade.

No era, pues, él quien habia escrito el billete.

Yo era la confidente de doña Magdalena.

Como me habia mostrado los billetes anteriores, me mostró el último.

—Debe ser este billete de su majestad el emperador, dije yo.

—¿Del emperador? dijo poniéndose vivamente encendida doña Magdalena. ¿Y cómo puede creerse que su majestad se haya enamorado de mí?

—Sois muy hermosa, señora, muy jóven, y muy altiva.

—¿Pero cómo el emperador ha de solicitar á una menina de su majestad la emperatriz?

—¡Ah! el amor no repara en distancias, dije yo.

—Pero podemos engañarnos, me contestó doña Magdalena. ¿Quién sabe si esta carta la ha escrito ó no su majestad?

—Yo puedo saberlo, la dije.

—¿Y cómo?

—Me solicita un escudero del duque de Arcos, que ha sido alférez de los tercios de Italia.

—¿Y qué sabe ese hombre?

—Tiene su provision de alférez firmada por el emperador.

—¡Ah! eso es distinto, me dijo doña Magdalena.

A la primera ocasion dije á Deogracias Salmeron:

—Si quereis servirme, traedme vuestra provision de alférez.

Salmeron se apresuró á llevármela.

Entonces no pudimos tener duda: la letra de la carta escrita á doña Magdalena, era exactamente igual á la de *yo el rey* que se veia en la provision de alférez de Deogracias Salmeron, y exactamente igual la rúbrica.

El emperador era, pues, quien habia escrito el billete.

Doña Magdalena empezó por entristecer; empalideció despues, y luego enflaqueció.

Se habia enamorado del augusto padre de vuestra majestad, la habia deslumbrado su grandeza, la habia enorgullecido ser el objeto del amor de un tan gran rey.

Las cartas se sucedian de tiempo en tiempo cada vez mas apasionadas, y doña Magdalena las recibia, las leia llorando, pero no las contestaba: estaba asombrada de sí misma por aquellos amores.

Al fin, vinieron regalos, magníficos regalos en joyas de gran valor, que tambien aceptó doña Magdalena.

Entonces fué cuando el emperador tuvo alguna contestacion favorable; porque doña Magdalena, cuando entraba de servicio, usaba las joyas que la habia regalado el emperador.

Pasaba su majestad por la cámara, y á pesar de que su mirada era siempre grave y siempre serena como la de vuestra majestad, sus ojos se inflamaban cuando veia usadas por doña Magdalena las joyas que le habia enviado.

Las cartas se hicieron mas apremiantes, mas apasionadas.

¿Pero para qué me canso? Puedo presentar á vuestra majestad, señor, todas esas cartas.

—Mostradlas, dijo el rey.

La tia Zampoña se levantó, fué á un arca que habia en la habitacion, la abrió, y sacó de ella un cofrecillo de concha y plata, que puso sobre la mesa.

En la cerradura del cofrecillo habia una llave de plata.

—Ahí tiene vuestra majestad, dijo la tia Zampoña, no solo las cartas, sino tambien las joyas que el emperador regaló á la condesa de Valfrio. Son pedrerías muy ricas, y valen mucho, aunque están contenidas en poco espacio: vuestra majestad verá que todas las joyas representadas en el retrato de doña Magdalena están aquí.

El rey abrió el cofrecillo, y encontró dentro de él como unas treinta cartas, escritas de puño y letra de su padre; cartas en qué el emperador aparecia tan enamorado y tan libertino como don Juan Tenorio.

El rey examinó aquellos papeles con la misma detencion que los examinaba todos.

Los leyó, los releyó, los fué guardando bajo su ropilla, y por último, empleó gran tiempo leyendo y meditando sobre una carta.

Aquella carta la guardó en un bolsillo distinto.

Luego examinó prolijamente las joyas, y las comparó con las que estaban representadas en el retrato.

Estaban copiadas exactamente y con gran minuciosidad, lo que perjudicaba en gran manera á la parte artística.

Aquella era una especie de comprobacion, una identificacion de persona.

El rey don Felipe, de pié, con el cofrecillo abierto delante de sí sobre la mesa, teniendo en la mano, ya un collar, ya una pulsera, ya una arracada, ya un herrete, mirando profundamente el retrato, acabó por sentir una especie de fascinacion fantástica.

Le pareció que el retrato se animaba, que crecia, que alentaba, que le miraba.

Al fin, por efecto de su fascinacion, no fué ya una pintura lo que vió el rey, sino un sér real y efectivo, destacándose inmóvil y sombrío sobre un fondo oscuro, con todo el prestigio de un espectro apareciéndose á un sér viviente, teniendo tras sí el sombrío fondo de la eternidad.

Felipe II, ya lo hemos dicho, era supersticioso. Le pareció que doña María Magdalena de Osorio se levantaba de su tumba y le miraba con ansiedad, como á un hombre que tenia en sus manos la vida y la honra de su hijo.

—¡Ah! esclamó el rey, sujeto al influjo de aquella fascinacion, y como si hubiera dirigido su palabra á un sér capaz de escucharla:

yo te juro sufrir cuanto me sea posible, y mas que me sea posible: no temas; descansa en paz.

El rey se santiguó despues de pronunciadas estas palabras, inclinó la cabeza, y sus labios se agitaron como en un rezo mental.

Luego puso un collar de diamantes que tenia en la mano izquierda en el cofrecillo, echó sobre él su tapa, y se sentó en el sillon.

—Llevaos eso, dijo el rey á la tia Zampoña, que tomó el cofrecillo, le metió en el arca, cerró esta, y guardó la llave.

Despues, fué á sentarse delante del rey en el mismo lugar donde habia estado sentada, mirando con un vivísimo interés al rey, mientras este contemplaba el retrato de doña Magdalena.

La tia Zampoña se habia irritado al ver que en vez de haber predispuesto al rey contra Antonio Perez, habia influido en su favor.

Pero aún la quedaba tiempo.

Sin embargo, la inquietaba aquel juramento que don Felipe, fascinado, olvidado de que habia quien le escuchase, habia pronunciado en voz alta.

CAPITULO XII.

En que se prosigue el asunto del anterior, que se ha partido para que no sea tan largo como otros.

—Continuad, dijo el rey.

—Pasó un año largo, cada vez mas obstinado el emperador por la posesion de doña Magdalena, y cada dia mas enamorada esta del emperador, pero firme en su virtud.

Era una noble mujer.

Sobrevinieron sucesos que causaron la desgracia de mi señora; sucesos en que entró por mucho la casualidad.

Se habia enamorado tambien de ella, y contaba con la proteccion de su padre el marqués del Real, el conde de Valfrio.

Sabe vuestra majestad que este señor era ya viejo y repugnante.

Doña Magdalena se negó enérgicamente, y se amparó de la emperatriz, que la protegió noblemente.

Pero el conde de Valfrio se habia obstinado. Calló, sufrió, y se propuso aprovechar la primera ocasion favorable.

Sobrevino el verano muy riguroso, y la córte pasó á Balsain, donde el calor afligia mucho menos.

Las meninas de la emperatriz fueron aposentadas con sus dueñas en una pequeña y bella casa rodeada de jardines, cerca del palacio.

Una noche despertamos á los gritos de ¡fuego! ¡fuego!

Apenas tuvimos tiempo de medio vestirnos y ponernos en salvo.

Durante los primeros momentos, habia reinado un desórden espantoso: las dueñas, las meninas, las doncellas, la servidumbre, todos habian escapado por donde habian podido; pero cuando se reunieron en palacio, se notó que faltaba doña Magdalena.

¿Qué se habia hecho de ella?

Nadie lo sabia.

Se supuso que, aterrada, en vez de dirigirse al palacio habia tomado por otra parte, y se salió en su busca.

Al fin, despues de cuatro horas de busca, se apercibió en el camino de San Ildefonso una cabalgata.

Picaron hácia allá los guardias del emperador, y los otros, al notarlo, se pusieron en fuga.

Hacia una noche de luna muy clara, y se notó entre los ginetes que huian, el flotar del vestido blanco de una mujer.

Va á ver vuestra majestad cómo la casualidad tomó parte en estos sucesos.

Los que huian se encontraron de repente cortados por una zanja abierta en el camino, en que se estaba haciendo un puentecillo para el paso de un arroyo.

Los que escapaban, saltaron la zanja; pero menos fuerte el caballo que, á mas de llevar sobre sí á su ginete, llevaba á una mujer, cayó en la zanja.

Cuando llegaron los guardias del emperador, encontraron muerto al ginete de un golpe que contra una piedra se habia dado en la cabeza, y á doña Magdalena muy maltratada.

La trajeron á palacio, y estuvo muchos dias en cama con fiebre.

Al fin se restableció y dijo:

—Que la noche del incendio, habiendo escapado á los jardines, fué acometida por unos hombres, que la habian arrebatado consigo, montándola en un caballo y tomando el camino del Puerto, en el cual los habian alcanzado los guardias del emperador, y que ningun insulto se la habia hecho mas que arrebatarla.

Doña Magdalena no habia conocido, segun dijo, á ninguno de sus raptores.

Tampoco habia conocido nadie al muerto que habia quedado en la zanja.

Como no hay hecho que suceda que no reconozca una causa, el marqués del Real atribuyó aquel rapto al conde de Valfrio, y lo mismo supuso la emperatriz.

El conde de Valfrio tuvo una esplicacion con el marqués del Real, y declaró sin rebozo, que resuelto á obtener á todo trance la mano de doña Magdalena, habia aprovechado aquella ocasion para robarla.

El marqués del Real, irritado por aquel atrevimiento, y queriendo mas su castigo que la satisfaccion de su honor, porque era de carácter terrible, maltrató de obra y de palabra al conde de Valfrio, de lo que sobrevino un duelo en que el último fué herido de muerte.

Pero como la muerte esperó algun tiempo y se habia dado escándalo, la emperatriz mandó al conde de Valfrio se casase con doña Magdalena.

El casamiento se efectuó.

El conde de Valfrio logró ser esposo de doña Magdalena; pero no logró su posesion.

Habia obedecido casándose; pero llamó á su hermano, á sus parientes, y en presencia de un escribano, declaró: que enloquecido por el amor que le inspiraba doña Magdalena, habia buscado gente á propósito para robarla; y como no se presentase en algunos dias ocasion oportuna, buscó y encontró medio de poner fuego á la casa donde vivian las meninas; que durante el tumulto, los hombres dispuestos por él se habian apoderado de doña-Magdalena, y la habian conducido hácia la casa de un guarda-bosque.

Pero el emperador, que habia acudido en persona al incendio, habia visto el rapto de Magdalena, habia tomado el caballo de un guardia, se habia ido tras los raptores, los habia alcanzado, se habia dado á conocer, y por el respeto que habia infundido en ellos, le habian dejado apoderarse de doña Magdalena, con la cual habia pasado dos horas encerrado en la casa del guarda-bosque, despues de lo cual habia salido con ella y habia mandado á aquellos mismos hombres, bajo secreto, y bajo pena de alta traicion, llevasen á doña Magdalena á San Ildefonso, á la casa que allí tienen los reyes, y la entregasen á uno de sus criados para que cuidase de ella: que por el accidente de haber caido á una zanja el caballo del hombre que conducia á doña Magdalena, él se habia vuelto al palacio de Balsain.

Añadia que él no podia reconocer como suyas las consecuencias que sobreviniesen, y que lo declaraba antes de morir, para que no fuesen perjudicados sus legítimos herederos.

El conde murió; pero copia de aquel testamento que habia otorgado ante escribano, fué presentada al marqués del Real, al emperador, á la emperatriz.

La situacion era muy grave: doña Magdalena estaba en cinta.

—¡En cinta! esclamó el rey.

—Sí; en cinta del emperador. El marqués del Real tuvo primero con su hija, y despues con el augusto padre de vuestra majestad, una esplicacion.

Tanto doña Magdalena como el emperador, confesaron el hecho tal como lo habia relatado el conde de Valfrio.

El marqués del Real envió á su hija á Valladolid á un convento, y á mí con ella.

En aquel convento estuvimos seis meses.

Al cabo de ellos, un criado del marqués del Real fué por nosotras, y nos llevó á Aragon, donde en una quinta cerca de Monreal de Ariza dió á luz un niño la condesa de Valfrio.

—¿Y qué se hizo de aquel niño?

—Se le entregó al príncipe don Ruy Gomez de Silva.

—¿Y despues?

—Despues, ni su madre ni yo hemos vuelto á saber de él.

Inclinó el rey la cabeza sobre el pecho, no como quien se abate, sino como quien medita.

—¿Y qué fué de la condesa de Valfrio?

—Vinimos á Santo Domingo el Real de Madrid, profesó, y murió cuatro años despues; pero antes de profesar, se hizo retratar con las galas y con las joyas que aparecen en ese retrato: me entregó el retrato y el cofrecillo de concha y plata con las cartas y las joyas que ha visto vuestra majestad, y me dijo:

—Voy á morir para el mundo: nada puedo hacer por mi hijo, ni aun verle; pero me quedas tú, mi buena Isabel: averigua lo que ha sido de mi hijo; y si le encuentras, entrégale esas cartas y esas joyas, y despues hazle conocer mi retrato.

No he podido encontrar, dijo la tia Zampoña despues de algunos momentos de pausa, á aquel niño que se llevó don Ruy Gomez de Silva, y que debe de ser ya muy hombre, si no ha muerto, pero entrego ese retrato y ese cofrecillo á vuestra majestad.

—Mucho habeis esperado, dijo el rey.

—Hasta que he perdido la esperanza de encontrar al hijo de mi señora: vos, señor, que todo lo podeis, le encontrareis mejor que yo, ó podreis saber lo que de él ha sido.

Calló la tia Zampoña, y el rey la dijo:

—Vengamos al otro asunto: á esa señora que tiene tres lunares en el brazo derecho.

—Esa es otra historia, señor, una historia que corresponde á vuestra majestad: la historia de doña Mencía de Santistéban.

—¿Qué ha sido de ella?

—No lo sé, contestó la tia Zampoña: iba yo una noche con mi marido el buen escudero Deogracias Salmeron y un primo suyo, compadre nuestro, por la calle, cuando de repente, de un balcon se nos vino encima un bulto; y resultó que aquel bulto era una mujer.

Acudimos á socorrerla y nos dijo:

—¡Por Dios, llevadme de aquí, porque si el que ha hecho esto conmigo, ve que no he muerto, me acabará de matar!

Nosotros vivíamos cerca.

Cargamos entre los tres con aquella mujer, y nos la llevamos.

Una vez en nuestra casa, se llamó á un médico; le dijimos que la enferma era una prima nuestra que se habia caido por las escaleras, y el médico nos dijo, que la caida habia sido tal, que podia ser que la enferma no lo contase.

Pero aconteció de otro modo. Doña Mencía convaleció, se puso buena, quedó como si tal cosa, y al poco tiempo dió á luz una hija que tenia en el brazo derecho tres lunares.

Felipe II no hizo el menor movimiento.

—¿Y dónde está esa hija? preguntó.

—Casa del señor Antonio Perez: es doña Casilda, la viuda del ahorcado José Alegría: la misma á quien vuestra majestad ha otorgado cédula de liberacion de infamia, para sí y para su hijo.

—¿Y qué se hizo de doña Mencía de Santistéban?

—No lo sé: desapareció con un alférez de los tercios de Flandes.

—¿Y abandonó á su hija?

—Su hija, siendo muy niña, fué robada por una bruja: ya sabe vuestra majestad, señor, que las brujas roban á los niños para matarlos y hacer con ellos remedios.

—¿Y cómo sabeis que fué una bruja quien robó á Casilda?

—Solamente una bruja pudo robarla: una noche se recogió en

su cuarto doña Mencía con su hija; pero hay que advertir, señor, que en el cuarto habia una chimenea: á la media noche nos despertaron unos grandes gritos: acudimos, y encontramos á doña Mencía abalanzada á la chimenea, mirando hácia arriba, y gritando de una manera desesperada:

—¡La bruja! ¡la maldita bruja se ha llevado á mi hija!

El rey se santiguó.

La tia Zampoña continuó:

—Preguntamos á doña Mencía, y esta nos dijo que habia despertado de improviso con un frio muy grande, y que á la luz de la lamparilla habia visto caer sobre su cama una horrible vieja desnuda, montada en una escoba; que habia agarrado á su hija, y se la habia llevado por el cañon de la chimenea.

El rey volvió á santiguarse.

Llamamos al cura de la parroquia, continuó la tia Zampoña, le contamos lo que habia sucedido, y el señor cura envió á buscar á tres graves religiosos que pronunciaran exorcismos é imprecaciones á ver si la bruja volvia con la niña que se habia llevado.

Todo fué inútil; la bruja no volvió.

—Pero puesto que vive doña Casilda, la tal bruja no se la llevó para matarla.

—Tal parece.

—¿Y cómo habeis vos encontrado á doña Casilda?

—Porque se parece á su madre, aunque es mas alta y mas gruesa.

—¿Y sabeis que tiene esos tres lunares?

—Sí señor; porque quise salir de dudas, é hice se preguntara á las doncellas de doña Juana Coello que la sirven. Y ha resultado, que en efecto, doña Casilda tiene los tres lunares; y como se parece á doña Mencía, y se llama Casilda, indudablemente es ella.

—¿Y qué esperais cuando me habeis llamado para hacerme conocer esas dos historias, y darme las cartas y las joyas de doña María Magdalena Osorio?

—Yo, señor, tenia una pension por el augusto padre de vuestra majestad.

—Una pension de dos mil ducados, ¿no es verdad?

—Sí señor.

—Y bien.....

—He estado treinta años en las Indias, hasta hace poco tiempo que he venido, y en esos treinta años no he cobrado la pension.

—¡Ah! ¿y quereis que se os paguen sesenta mil ducados?

—Y qué, señor, ¿no valen sesenta mil ducados los dos secretos que he revelado á vuestra majestad?

—El erario está pobre, dijo el rey: tenemos muchas guerras: hemos gastado inmensas sumas en San Lorenzo del Escorial, y en otras fundaciones piadosas: sin embargo, veremos de arreglaros algo: esto hay que pensarlo, consultarlo con mi Consejo.

—Bien, señor; espero de la justicia y de la liberalidad de vuestra majestad, que me será pagado ese dinero.

—Indudablemente, indudablemente; pero no tan pronto como yo quisiera, cumpliendo la sagrada voluntad de mi augusto padre. ¿Teneis algo mas que decirme?

—Sí señor; que se lleve vuestra majestad esas joyas y ese retrato, puesto que no son mios.

Y la tia Zampoña se levantó, sacó de nuevo el cofrecillo de concha y plata, y le puso sobre la mesa.

—Salid, y llamad á uno que se nombra Santoyo, dijo el rey.

La tia Zampoña salió.

Poco despues volvió con Santoyo.

El rey se habia puesto el antifaz y se habia embozado.

—Toma ese cofrecillo, dijo el rey, y traételo. Que entre un lacayo y tome ese retrato que nos llevamos tambien.

Santoyo salió, volviendo poco despues con un lacayo, que descolgó el retrato y salió con él.

—Vos, dijo el rey á la tia Zampoña, cuando querais saber lo que haya acerca de vuestra peticion á nos, sobre pago de maravedises, buscad á mi ayuda de cámara Sebastian de Santoyo. Adios.

—Él guarde la sagrada vida de vuestra majestad, dijo la tia Zampoña.

El rey salió con Santoyo.

Los lacayos sacaron los caballos, montaron todos, y se alejaron.

La tia Zampoña cerró la puerta, murmurando:

—Ya te he dicho lo bastante para envenenarte el alma; tú, el perseguidor de los adoradores de Satanás, busca, busca mañana y encuentra á la vieja corcovada; adivina quién es.

Luego se fué á la cocina, tomó algunas teas, las encendió, y puso fuego á la leñera.

—Ven conmigo, Totovía, ven conmigo, dijo asiendo á la muchacha que estaba en la cocina dormida junto al fuego; no soy yo inquisidor para querer quemarte viva.

Y fué á la puerta, la abrió, salió, y pasando junto á Maudes, á campo atraviesa, llegó á las ruinas que ya hemos citado, y se perdió con la Totovía por una profunda arcada subterránea.

CAPITULO XIII.

Apuntes históricos.

Aunque estaba preso Antonio Perez, no lo estaba con tanto rigor, que por la noche, despues de haberse retirado las personas que le visitaban, y que eran lo mejor de la córte, no saliese á sus acostumbradas aventuras, sirviéndole de acompañante el alférez Gil de Mesa, en quien tenia una gran confianza.

Conocia estas salidas nocturnas el alcalde Alvaro García de Toledo, y las toleraba, sin tomar acerca de ellas providencia alguna.

Cierto es que hasta entonces toda la desgracia del favorito consistia en haber sido preso, puesto que no se habia fulminado contra él cargo alguno, ni nadie sabia á qué atenerse respecto á las intenciones del rey.

Murmurábase, sí, que la desgracia de Antonio Perez consistia en haber hecho traicion al rey, engañándole con la princesa de Eboli, y en la muerte de Juan de Escobedo, que se atribuia á los dos amantes por temor de que el asesinado hubiera revelado su intimidad al rey.

Pero como se sabia que la princesa de Eboli habia muerto de una manera muy estraña en la fortaleza de Pinto, la opinion pública, que se desorienta con suma facilidad, porque no pasa mas allá

de las apariencias, habia empezado á vacilar y á no saber de qué murmurar.

¿Cómo poner en armonía la muerte de la princesa de Eboli, que se creia violenta, con la especie de favor que á pesar de su prision gozaba Antonio Perez?

Todo consistia en que no iba al alcázar ni se le permitia visitar á nadie, ni salir mas que á misa y á los oficios divinos; pero continuaba encargado de los negocios públicos, despachando con el rey por medio del secretario Hernando de Escobar.

Los señores mas principales de la córte continuaban visitando y adulando al secretario de Estado como en los tiempos de su mayor privanza, lo que significaba que no sabian á que atenerse; porque al árbol caido nadie se acerca sino para hacer leña de él.

Continuaba el fausto de Antonio Perez, y aun acrecia.

Los señores estranjeros que le visitaban, veian con asombro que no habia soberano que ostentase tal lujo, que tuviese tan espléndida servidumbre, ni que mantuviese diariamente una tal mesa de Estado.

Estaban, pues, todos aturdidos, y sin saber, como hemos dicho, qué partido tomar, ni á qué atenerse.

Así es, que el alcalde Alvaro García de Toledo, hacia, como suele decirse, la vista gorda, á las salidas nocturnas de Antonio Perez, y de la misma manera se desentendia de ellas don Rodrigo Manuel, del hábito de Santiago, capitan de guardias del rey, encargado de la inmediata vigilancia sobre Antonio Perez.

Doña Juana Coello, á quien entonces menos que nunca podia ocultar sus escapatorias Antonio Perez, sufria imponderablemente, y habia acabado por afectarse de una manera grave, hasta el punto de sufrir con frecuencia accidentes nerviosos.

Antonio Perez no salia de noche para nada que tuviese relacion con sus asuntos.

Era el viciado libertino, que no le era posible apartarse del libertinaje.

Con mucha frecuencia penetraban casa de Antonio Perez, y con el mayor descaro, pajes y dueñas que llevaban á Antonio Perez perfumados billetes, y muchas veces se cruzaba con ellos doña Juana, que entraba ó salia.

Antonio Perez se habia puesto de moda entre las altas damas galantes.

La espantosa caida y la misteriosa muerte de la princesa de Eboli, las habia sobrescitado.

Mucho debia valer aquel hombre, cuando á tanta costa habia pagado sus amores una dama tal como la princesa.

Pero el galanteo que entretenia á Perez, la mujer que con él privaba, era Casilda.

Desde su casamiento con José Alegría, Casilda habia salido de la casa de Antonio Perez, y trasladádose á otra que se habia amueblado con gran lujo junto á la puerta de Guadalajara, que estaba en lo que ahora se llama Platerías, en un punto medio entre la casa de Antonio Perez y el alcázar.

Perez salia de su casa sobre las once de la noche por un postigo del jardin, y acompañado de Gil de Mesa, se trasladaba á la casa de Casilda, en la cual entraba por otro postigo.

Permanecia allí hasta las dos de la mañana, y cuando entraba en la cámara conyugal, donde sufria un doloroso insomnio doña Juana, tomaba por disculpa de recogerse tan tarde, el haber estado entretenido con los negocios del despacho.

Doña Juana callaba y sufria.

Sabia demasiado adónde iba de noche su marido: se lo habia dicho caritativamente Rodrigo Vazquez de Arce, que á pesar del empeño que tenia de casarse con Casilda por lo que le convenia, no habia desistido de su empeño por doña Juana, á pesar de que ocultaba sus pretensiones.

A Rodrigo Vazquez le iba todo mal.

El dia despues de la noche en que el rey habia tenido una larga entrevista con la tia Zampoña, llamó á Rodrigo Vazquez y le dijo:

—Paréceme que vos pretendeis á cierta reciente viuda.

—En efecto, señor, dijo Rodrigo Vazquez arrastrado por su ambicion; porque, impenetrable Felipe II, no habia dado intencion ninguna á sus palabras, y tanto podian ser favorables como adversas: me intereso mucho por esa señora.

—Pues olvidaos de ella, que no es para vos, dijo el rey.

Y pasó á hablar de otros asuntos.

Rodrigo Vazquez salió irritado.

¿Sabia el rey que Casilda era su hija, ó cedia á una influencia de Antonio Perez?

Fuese lo que quisiese, dada la prohibicion del rey, era necesario no volver á pensar mas en Casilda.

Rodrigo Vazquez, desesperado así como Mateo de lo difícil que le era dar de una vez en tierra con Antonio Perez, se propuso apurar todos los medios en union con su hermano.

No habia mas que un recurso: remover el asesinato de Juan de Escobedo.

Las solicitudes de su hijo Pedro se repitieron, hasta el punto de que, irritado el rey, le quitase el oficio que tenia en el Consejo de Hacienda.

Pero como no podia dejar de escuchar en justicia sus quejas, ni desterrar á Pedro de Escobedo para librarse de ellas, se vió obligado á hacer algo.

Temió, sin embargo, que Perez se descargase con suma facilidad de la acusacion, y encargó á Rodrigo Vazquez se apoderase de los papeles del secretario, entre los cuales debian existir cartas del rey que exculpaban completamente á Perez.

Este vió con sobresalto, que aunque no se le habia quitado el despacho de los negocios, ni se habia hecho mas rigurosa su prision, se empezaba á obrar ya con energía.

Ganó tiempo con un pretesto, en los que era tan fecundo, y apenas salió Rodrigo Vazquez, llamó á su mujer á su despacho.

En él habia dos pequeños cofres abiertos y vacíos que Perez habia mandado llevar.

—La tormenta arrecia, dijo Perez, y ya comprendo por qué hasta ahora no se ha hecho nada: se me trata con mucha doblez, lo que quiere decir que nada tengo que esperar de la saña de mis enemigos, ni del odio que contra mí abriga el rey.

—¿Pues qué sucede, Antonio mio? dijo anhelante doña Juana.

—Al cabo de los años mil, se me presenta Rodrigo Vazquez diciéndome, que el rey le ha mandado apoderarse de todos mis papeles.

—¡Oh Dios mio! esclamó doña Juana, viendo de golpe adónde iban á parar las intenciones del rey: ¿y qué habeis hecho?

—He contestado á Rodrigo Vazquez que no dudaba ni un momento que su majestad le hubiese dado tal órden; pero que habiendo entre los mios papeles importantísimos, muchos de los cuales atañian al rey, no podia entregarlos sino mediante una órden espresa de su majestad y mediante un recibo: de lo que resulta, que Rodrigo Vazquez se ha visto obligado á irse: es necesario no perder tiempo, Juana: voy á llenar estos dos cofres, á sellarlos, y á entre-

gároslos, para que ahora los pongais á buen recaudo en vuestro aposento, en el que no se atreverán á entrar, y esta noche los saqueis de casa, adonde no pueda darse con ellos.

Y entre tanto, llenaba de legajos los dos cofres.

En aquellos legajos habia, no solamente cartas del rey, que se referian á los amores de la princesa de Eboli y á la muerte de Juan de Escobedo, sino tambien muchos papeles de Estado importantísimos, que comprometian en gran manera á Perez; porque revelaban cohechos, y malas artes, con las cuales se habian enriquecido, faltando á la confianza que en él habia depositado el rey.

Cuando los cofres estuvieron llenos, Perez y doña Juana por sí mismos los llevaron por una comunicacion interior, y sin ser vistos de nadie, al aposento de doña Juana, y aquella noche, Gil de Mesa, favorecido por un fraile, amigo de Antonio Perez, se llevó aquellos cofres al reino de Aragon, á la villa de Monzon, donde fueron depositados en una casa de confianza.

Al dia siguiente se presentó Rodrigo Vazquez provisto de una órden en forma, y se apoderó de todos los papeles de Perez.

El escrutinio duró muchos dias; pero solo se encontraron papeles de Estado que en nada comprometian á Perez, y correspondencias familiares.

El rey sabia demasiado que habia mas que aquello, y se irritó; porque le irritaban todas las luchas, y Antonio Perez se atrevia á ponerse en lucha con él.

¿Dónde estaban las cartas que habia escrito á Perez sobre la muerte de Escobedo? ¿Dónde las pruebas de los negocios y de los cohechos de Perez, que el rey habia tolerado, pero que no se le habian ocultado?

Perez, harto fatigado ya por una larga prision, por mas que esta no hubiera sido rigurosa, vió toda la gravedad de su posicion en la ocupacion de sus papeles.

Hasta entonces habia creido que el rey le protegia, y que solo se habia propuesto ganar tiempo para entretener y cansar á la familia de Escobedo, y procurar un avenimiento con los hermanos Vazquez.

Pero cuando los papeles le fueron ocupados, conoció toda la gravedad de su situacion y todo el odio del rey, y que solo se habia procurado entretenerle y confiarle para apoderarse de aquellos papeles, y obrar libremente el rey sin que nada pudiese contenerle.

Pero si Felipe II era intencionado, Antonio Perez era sagaz lo bastante para no procurarse una fuerte defensa.

Como sabemos, Antonio Perez era aragonés, y en los fueros de Aragon pensó para defenderse y hacer valer su derecho.

Por eso habia hecho llevar á Monzon aquellos cofres, en que habia importantísimas cartas del rey.

Pero el poder real se habia estendido tambien hasta Aragon, y los fueros no estaban en toda su pureza.

No bastaban estos por sí solos para defender á Perez, si no se hacia en Aragon un partido poderoso.

Vino por aquel tiempo á la córte don Juan de Lanuza, Justicia Mayor de Aragon, ó lo que es lo mismo, encargado de mantener los libres usos, fueros y costumbres de aquel antiguo reino.

El rey popular de Aragon, que tal podia considerarse al Gran Justicia, habia venido á pedir al rey de derecho divino le autorizase para renunciar su altísima dignidad en su hijo.

Deseaba don Juan de Lanuza conocer á Antonio Perez, de quien se hablaba mucho y con grande encarecimiento en Aragon, y para llegar á su deseo, se valió de don Francisco de Aragon, conde de Luna, grande amigo de Perez, que se apresuró á llevar al Gran Justicia á casa de este.

La primera impresion que aquel sencillo aragonés esperimentó en casa de Perez, fué de disgusto.

Dos pajes vestidos con trajes de seda bordados de oro, con guantes de ámbar y walonas á la flamenca, salieron á tener el estribo del coche del Gran Justicia, á quien acompañaba el conde de Luna.

Al entrar en el patio, vieron en un lado una multitud de riquísimos cogines de litera y carroza, y en otro lado, un magnífico caballo andaluz, del que cuidaban palafreneros ricamente vestidos.

Este caballo tenia jaeces de seda y oro, y una magnífica cobertura de brocado con la cifra de Antonio Perez.

Debajo del caballo habia un braserillo de plata, en que se quemaban ricas esencias, cuyo humo iba á perfumar los arreos.

El Gran Justicia no pudo menos de decir á uno de su servidumbre:

—Hé aquí el sumidero que se traga á España, y no debe ser verdad tanto bueno como de este ministro se dice por allá; porque lo que mas parece este hombre es vanidoso, y la vanidad es madre de todos los vicios.

Creció el asombro del magistrado aragonés cuando subió las anchas escaleras de piedra con alfombra de seda, llenas de pajes y lacayos en las mesetas, y cuando entraron en la gran sala donde los recibió, acompañado de su mujer, Antonio Perez.

Nada habia visto el Gran Justicia comparable á aquello: ni en el viejo alcázar de los reyes de Aragon, ni en el alcázar del severo Felipe II.

Ostentoso artesonado, riquísimas arañas de cristal de Venecia, tapicerías flamencas, magníficos cuadros, arquimesas cargadas de preciosidades, regaladas por los vireyes de las distintas regiones que componian los dilatados dominios de Felipe II, muebles lujosísimos, alfombra oriental; todo admirable y de un valor inmenso.

El buen don Juan de Lanuza habia puesto muy mala cara á todo aquello, con esa ruda franqueza característica de los aragoneses.

Pero al ver á doña Juana Coello, por mas que estuviese ataviada como una reina, se desarmó.

Doña Juana habia ejercido sobre el aragonés la misma dulce influencia que ejercia sobre todos.

El Gran Justicia la besó la mano.

Por su parte, Antonio Perez, con su fácil manera, con su buen decir, con su ingenio, con el conocimiento que tenia de las gentes, acabó de apoderarse del Gran Justicia.

Se llamó con tal orgullo aragonés, habló con tal encarecimiento de su patria, y se mostró tan versado en los fueros de Aragon, y tan conocedor de su historia y de sus costumbres, que encantó al Gran Justicia.

No contribuyó poco á la fascinacion de este la buena conversacion y la lánguida hermosura de doña Juana.

Trayendo hábilmente la conversacion al terreno que le convenia, Antonio Perez manifestó que los aragoneses, y por ellos el Gran Justicia, no debian permitir se bastardeasen en lo mas mínimo los libres fueros, usos y costumbres del reino aragonés.

—El Gran Justicia, dijo, es en Aragon el poder supremo que contrabalancea el poder real, y evita toda tiranía.

—La tiranía no es posible en Aragon, dijo Lanuza, ni hay rey que contra Aragon se atreva á ser tirano; y el rey que tal lo intentase, contra sí mismo lo intentaria, porque perderia el reino.

—Pues mirad, dijo sonriendo Antonio Perez: ya ha podido suceder algo que pusiese en términos de prueba el valor de Aragon.

—¡Cómo! dijo el Gran Justicia; ¿pues qué, el rey se ha atrevido ni aun á pensar nada contra las libertades aragonesas?

—Por el rey, hace ya mucho tiempo no existiria el Gran Justicia de Aragon.

—¡Oh! dijo Lanuza: el Gran Justicia representa al reino, y es muchas veces el reino mismo.

—Pues hé ahí cabalmente la gran dificultad: el rey no quiere que haya mas que un rey en Aragon, él; y obligado me he visto á defender con buenas razones, el que el rey no dé de través con el Gran Justicia y con los fueros.

—Pero eso es una locura, señor Antonio Perez, que parece no cabe en la prudencia de su majestad.

—El rey deja de ser prudente cuando se trata de destruir todo lo que le hace sombra, y muchas veces me ha dicho, cuando le he patentizado el peligro que se corria de grandes revueltas en Aragon si se tocaba á los fueros: «Eso no quiere decir otra cosa, sino que Aragon no es nuestro, y que tenemos que conquistarle.»

Ardieron los ojos del Gran Justicia, y contuvo á duras penas la espresion de cólera que le habia conmovido al escuchar las insidiosas palabras de Perez.

—Pero afortunadamente, dijo este, he podido convencer á su majestad de lo imprudente que seria una lucha con Aragon, de cuya acrisolada lealtad no puede quejarse.

—Sin embargo, esos intentos del rey son un peligro, dijo el Gran Justicia: Cárlos V mató los fueros de Castilla, y es muy posible que el dia en que menos se piense, el rey don Felipe pretenda acabar con los de Aragon.

—Por lo mismo, es prudente que vos no os descuideis en la rigurosa defensa de los fueros; que no se permita que las causas de los naturales de aquel reino salgan de él, ni se les prive del precioso fuero de la Manifestacion ante el tribunal del Gran Justicia.

Antonio Perez preveia que podia verse necesitado de aquel fuero, y se preparaba.

—No será visto que nada se obre contra las leyes de Aragon, mientras yo sea su Gran Justicia.

—Pero pretendeis renunciar vuestro cargo en vuestro hijo, que es muy mozo.

—Pero que es Lanuza, y aragonés; si yo me retiro, es porque estoy ya viejo, y cansado, porque tengo confianza en mi hijo, y

porque lo consienten los aragoneses, que confian tambien en él.

—Es cierto, dijo Antonio Perez; los negocios públicos fatigan de tal modo, que no estraño querais abandonarlos: á mí me acontece lo mismo, y mi mas ardiente deseo es retirarme de ellos, irme á vivir á Ariza ó á Zaragoza, y ser diputado por Aragon.

Por último, el Gran Justicia salió de la casa de Antonio Perez completamente seducido, hasta el punto de que no sabia hablar de otra cosa con el conde de Luna, que del gran talento y del gran patriotismo del secretario de Estado.

—Ya no estraño, decia, que el señor Antonio Perez tenga tantos enemigos y le traigan tan á mal traer; el rey no tiene perdon de Dios en hacer caso de los Vazquez y de toda esa otra gente, que, envidiosos de Perez, le han declarado la guerra. Perez solo, vale mas que todos ellos juntos.

—Qué quereis, decia el conde de Luna: Antonio Perez es altivo porque sabe lo que vale, y sus enemigos no pueden perdonarle su altivez.

—Razon tiene en ser altivo quien vale lo que el señor Antonio Perez, decia completamente seducido el Gran Justicia; lo único que encuentro reparable es la estraordinaria ostentacion del señor Antonio Perez: no se tiene una casa como la suya sin el dispendio de grandes tesoros.

—Todo eso proviene de regalos de reyes, príncipes y magnates.

—¡Hum! decia el Gran Justicia; no me convenzo: un ministro no debe recibir regalos de nadie, porque los regalos obligan, y tiempos vienen en que las obligaciones dan paso á las traiciones.

—¿Y qué quereis? decia el conde de Luna: el señor Antonio Perez se ha criado á lo grande, y de tal manera, que hay quien cree que no es hijo natural del secretario Gonzalo Perez, y legitimado por una cédula del emperador, sino hijo secreto de una mas alta persona.

—¿Y no se dice quién sea esa alta persona, señor don Francisco?

—Sábelo el rey sin duda; pero á nadie lo ha dicho, ni nadie se atreve á asegurar quién haya sido el padre; porque si lo hubiera sido el emperador, le hubiera reconocido como reconoció á don Juan de Austria. Sea como quiera, todos tienen al señor Antonio Perez por un gran personaje, y por lo mismo, nadie estraña su amor á la ostentacion.

—¿Y qué me decís de su mujer, conde?

—¡Oh! doña Juana Coello es una santa.

—Pero una santa muy hermosa, capaz de tentar al mismo San Antonio, el del yermo.

—Dícese que el rey ha caido en la tentacion.

—Puede ser, dijo el Gran Justicia; pero lo que puede asegurarse, es que no ha caido en la tentacion doña Juana: no hay mas que mirarla á la cara para convencerse de su virtud.

—¡Oh! no sabeis bien hasta dónde llega la virtud de esa señora, y yo tengo para mí que de ella se han de escribir historias: ¡lástima de mujer, que no la hubiera Dios dado otro marido!

—¿Pues qué es malo para su mujer el señor Antonio Perez?

—Es muy dado á los placeres; y como está en alto puesto, y es rico, búscanle á él mas que él las busca á ellas: y aunque le veis preso, no se ha dejado de galanteos.

—En verdad, dijo el Gran Justicia, que el otro dia tuve ocasion de conocerlo: estaba yo en su despacho, admirándome de ver cómo trabajaba y se ocupaba de los negocios sin dejar de hablar conmigo, cuando entró un paje con librea de seda blanca y encarnada, y le dió una carta tan perfumada, que trascendia. Se fué al hueco de un balcon á leerla, se entró en otro cuarto, y á poco salió, trayendo otra carta en la mano, que dió al paje, gratificándole con algunas monedas de oro.

—Pues ya veis, la pobre doña Juana es una mártir.

—¡Pero si la tiene en cinta, don Francisco!

—Esto quiero decir, que doña Juana Coello es una de tantas, cuando debia ser la única: en fin, por estas y otras cosas, el señor Antonio Perez se perderá; y es lástima, porque vale mucho, y es muy amigo de sus amigos.

—¿Y creeis que esto pueda venir á punto de un mal proceso?

—No; creo que si el rey le tiene en esa sombra de prision, es por obligarle á que haga las paces con los Vazquez.

—¿Y la muerte del señor Juan de Escobedo?

—Si culpa tiene en ella el señor Antonio Perez, como no se sabe, porque nada se ha hecho para averiguarlo, la culpa ha venido de mas alto, y no se hará proceso, porque no anden en él nombres que no están bien en tales papeles.

—Paréceme á mí, dijo el Gran Justicia, que aquí hay mas asunto que el que generalmente se cree.

—Cosa es esa que á mí tambien me parece.

—Pues mirad, dijo el Gran Justicia: como se llegue á caso de proceso, y siendo, como es, natural de los reinos de Aragon, allá tiro yo del proceso, y en justicia se hará; ó si *non*, *non*, como se dice en nuestros fueros.

El conde de Luna se apresuró á participar á Antonio Perez lo bien predispuesto que en su favor estaba el Gran Justicia, lo que tranquilizó algun tanto al prisionero.

En el momento en que arreciase el peligro, podia escaparse á Aragon; y una vez allí, burlar al rey, protegido por los fueros y por los papeles que en los dos cofres habia enviado á Monzon.

Así las cosas, Felipe II dejó á Madrid para trasladarse á Portugal.

CAPITULO XIV.

En que se trata de la posicion en que se encontraba Casilda.

Iba á Portugal el rey á tomar posesion de aquel reino.

El rey don Sebastian, si no habia muerto, no parecia: la corona correspondia de derecho á Felipe II; y á mas de esto, el triunfo contra el prior de Ocrato y el cardenal don Enrique habia sancionado el derecho del rey.

Portugal era suyo.

Antonio Perez habia quedado con mas libertad aún que la que tenia cuando estaba el rey en la córte, y habia exagerado su lujo.

Sus enemigos se habian irritado mas y mas.

Una mujer á quien tenemos un tanto olvidada, habia llamado á Antonio Perez.

Esta mujer vivia en una casa principal, en la puerta de Guadalajara.

No se sabia ciertamente quién la daba el dinero para mantener el tren y la servidumbre que ostentaba, y se la conocia, mas que por otra cosa, por el nombre de Viuda del ahorcado.

Pero no inferia esto desprecio hácia ella: sabíase que habia sido tan engañada, como que su marido habia cometido el delito que le habia llevado á la horca por robarla.

A mas de esto, el rey habia apartado de ella la infamia, como así mismo de sobre su hijo.

Esta señora era Casilda Perez y Coello, por la adopcion de Antonio Perez y su mujer: y por haberlo así autorizado el rey; un hijo que habia dado á luz algunos años antes, se llamaba Juan Perez, porque el rey habia querido pasase al hijo el apellido de adopcion de la madre, porque no llevase el apellido de un ahorcado.

Se comprende fácilmente por qué habia querido esto el rey.

En la partida de bautismo del niño se veia una singularidad, puesto que se le llamaba hijo legítimo de doña Casilda Perez y Coello, y constaba no aparecer el nombre del padre por razones suficientes que habia tenido su majestad, y por mandato suyo.

De la misma manera, en la partida de desposorios se citaba como esposo de doña Casilda un hombre cuyo nombre no aparecia, por las mismas razones que se espresaban en la partida de bautismo del hijo.

Los conocimientos de Perez y de doña Juana Coello, que eran toda la córte, sabian el nombre del marido, y como el alférez Gil de Mesa, mayordomo además de Antonio Perez, y á mas de mayordomo, amigo, estaba en el secreto, y Gil de Mesa, por efecto de sus libres costumbres de soldado, y por su carácter rudo aragonés, se trataba con toda clase de pájaros, sabíase por todos los noticieros de la córte, que eran infinitos, el nombre del esposo difunto de la hermosísima Casilda, y la llamaban por esto, altos y bajos, la Viuda del ahorcado.

Y como Casilda no habia heredado, ni tenia sobre qué caerse muerta, como vulgarmente se dice, ni se sabia hubiese recibido otra cosa que veinte mil ducados que la habian dado de dote, por mitad, Antonio Perez y su mujer, y como veinte mil ducados no bastan para tener carrozas, y sillas de manos, y literas, y caballos, y mulas, y pajes, y escuderos, y dueñas, y gran casa, y gran mesa; y como Casilda se presentaba vestida como una reina, y ostentando ricas alhajas, andaban por la córte acerca de ella y de algun alto personaje, graves murmuraciones.

Estas murmuraciones tenian su orígen en que, siendo Casilda muy hermosa y apareciendo rica, habian acudido á ella muchos golosos, que, desdeñados y ofendidos, se habian propuesto vengarse de la viuda dándole un grave disgusto.

Y el mayor disgusto que puede dársele á una mujer, es matar-

le, ó aporrearle, ó ahuyentarle el amante; y como nuestros abuelos tenian la sangre ácre y estaban dispuestos á todo, y cuanto mas grave fuese el asunto, mejor, dieron algunos en rondar en altas horas su casa, y vieron que con mucha frecuencia entraba en ella por un postigo un señor muy bizarro, á quien acompañaba otro, no tan bizarro ni tan señor, que se quedaba junto al postigo del jardin, y que tenia tal facha de hombre rudo y decidido, que los rondadores no habian osado moverle camorra.

¿Quién podia ser este señor?

Se ignoraba.

Se le habia esperado alguna vez y se le habia seguido; pero al llegar á cierto punto, el hombre que le acompañaba, se habia detenido, habia tirado de la espada, y habia esperado en silencio.

Los curiosos habian tenido por oportuno no forzar el paso, y se habian quedado con el deseo de saber quién era el galan.

Otras noches no era este galan el que entraba en la casa de Casilda, sino un señor alto, derecho, rígido, que andaba grave, que iba embozado hasta los ojos, y á quien acompañaba siempre á alguna distancia detrás, otro hombre alto, recio, que olia á bravo desde una legua, y que tambien iba embozado.

A mas de esto, y como á quince pasos de distancia, seguian á estos dos hombres otros cuatro de tal facha, á pesar de que iban embozados tambien, que no habia medio de meterse con ellos, si no se queria salir por lo menos lastimado.

El hombre grave entraba por el postigo: quedábase fuera el que parecia tan bravo, y á alguna distancia los otros cuatro, con los cuales no habia para qué meterse.

Algun audaz habia esperado detrás de una esquina y habia seguido á aquellos seis hombres.

A todos los habia tragado el postigo de los Infantes del alcázar.

Era, pues, indudable, que el rey tenia amores con doña Casilda, y que esta se la pegaba con otro galan, cuyo nombre no se sabia.

Esto se murmuraba en el Mentidero, y de allí irradiaba la murmuracion para meterse en todas partes.

Vengamos á algunos antecedentes.

Sabemos que el rey habia tenido una entrevista con la tia Zampoña dos dias despues del ajusticiamiento de José Alegría, y que por la tia Zampoña habia sabido que Casilda tenia tres lunares en la parte interna del brazo derecho, cerca del codo.

Algunos dias antes de casarse Casilda con José Alegría, como el que se casa quiere casa, doña Juana Coello habia alquilado la en que vivia Casilda, que era muy buena, y la habia amueblado lujosamente, solo con hacer sacar de los desvanes de su casa los muebles desechados, no porque fuesen viejos ni pobres, sino porque Antonio Perez en su manía de ostentacion, renovaba con suma frecuencia y por completo el mobiliario de su casa, y no vendia los muebles que por esta razon quedaban en desuso.

La tomó dos dueñas, dos doncellas, dos pajes, cochero y lacayos, cocinero y marmitones, y la regaló una carroza y una silla de manos, y dos tiros de mulas.

Pero como José Alegría fué preso un momento despues de celebrada la ceremonia del casamiento, Casilda se fué sola á su nueva casa.

Allí fué donde la visitó, al dia siguiente de su entrevista con la tia Zampoña, Felipe II.

A la visita del rey habia precedido por la tarde la presentacion de Santoyo, que la dijo que su majestad deseaba verla secretamente, y que si la parecia bien, lo tuviese todo preparado para que el rey pudiese entrar en su casa sin ser sentido de nadie aquella noche á las doce.

Casilda, sorprendida y llena de estrañeza, respondió que el rey la honraba demasiado con visitarla, y que podia ir aquella noche á la hora indicada, seguro de que de nadie seria visto.

Fuése Santoyo, Casilda dió cuenta de lo que acontecia en un billete á Antonio Perez, perfumó el billete, y le envió con un paje que vestia un traje de seda blanco con adornos encarnados.

Cuando Antonio Perez leyó el billete, esclamó para sí:

—Está de Dios que el rey y yo nos hayamos de encontrar en la mujer.

No sabia Perez que la pobre doña Juana Coello se veia obligada á sufrir los amores silenciosos del rey; que entonces aquel pensamiento espresado en su esclamacion hubiera sido mucho mas amargo.

Porque hay que advertir, que Perez amaba á Casilda, y le sabian muy mal aquellas, al parecer, pretensiones del rey por Casilda.

Le escribió, pues, que no se oponia á aquella entrevista, porque no podia oponerse; que le desplacia mucho, y que confiaba en que ella obraria con lealtad, y concluia con estas palabras:

«Haced sobre todo de manera que no sobrevengan inconvenientes, no sea que por vos nos encontremos el rey y yo como nos hemos encontrado á causa de la princesa.»

Por de contado, aquella noche Antonio Perez se estuvo en su casa, no sin grandes celos y zozobras.

A las doce, Casilda esperaba impaciente junto al postigo de su jardin la llegada de l rey.

Los criados estaban recogidos, y no tenian antecedente alguno.

Casilda estaba inquieta, sobrescitada, anhelante.

Por mucho que amase á Perez, halagábala el ser pretendida por Felipe II; porque Casilda no podia ver otra cosa que pretensiones en aquella cita del rey.

La mujer siempre es la misma.

Su mayor debilidad, su mayor pecado, su mayor peligro, es la vanidad.

Poco despues de dar las doce en el reloj de la casa de la Villa, se oyeron por la parte de afuera del postigo tres golpes sordos, dados al parecer con la mano.

Casilda descorrió el cerrojo y abrió el postigo.

Entonces adelantó un hombre embozado.

—¿Sois vos, señor? dijo Casilda.

—Yo soy, respondió gravemente el rey: cerrad.

Casilda cerró.

—Guiad adonde podamos hablar sin ser escuchados de nadie.

Hacia una luna muy clara, y la noche, hermosa noche de abril, era muy templada.

—Entre los árboles del huerto podemos hablar con mas seguridad que en ninguna parte, dijo Casilda.

Y tiró hácia una especie de glorieta, en medio de la cual habia una fuente, que dejaba oir su monótono murmurio.

Entre los árboles habia algunos bancos rústicos.

Junto á uno de ellos, bajo el ramaje de un magnífico castaño, se detuvo Casilda.

Estaba completamente vestida de blanco; y á la luz de la luna, con su lánguida hermosura, parecia la criatura bella del Dante.

El rey, sin desembozarse y sin quitarse el antifaz, la miró profundamente, y la reconoció.

Se parecia demasiado á su madre, y tenia en su boca algo de la



Sois, creo, viuda de un hombre á quien ajusticiaron hace tres dias, dijo el rey.

raza austriaca; esto es, los labios gruesos, y de espresion enérgica y altiva.

El rey se sentó desembozándose, y se quitó el antifaz.

—Sentaos tambien, señora, dijo Felipe II; no quiero que os canseis.

—Las órdenes de vuestra majestad son para mí preceptos sagrados, dijo Casilda.

Y se sentó respetuosamente á alguna distancia del rey.

—Acercaos, acercaos mas, dijo Felipe II; cuando hay árboles alrededor no se sabe si ocultan á alguien, y es necesario hablar muy bajo cuando se trata de graves asuntos.

Casilda se acercó cuidadosa, y quedó muy cerca del rey, coartada, mirándole con ansiedad.

Un rayo de la luna, que penetraba por un claro del castaño, iluminaba de lleno el semblante de Casilda.

El resto de su cuerpo estaba en sombra, lo que producia un bello efecto fantástico.

El rey estaba completamente envuelto en la penumbra; completamente vestido de negro, ensombrecido además su semblante por el ala de su sombrero, mirando de una manera inmóvil á Casilda, todo lo que, completaba el efecto fantástico del grupo.

—Sois, creo, viuda de un hombre á quien ajusticiaron hace tres dias, dijo el rey.

—Sí señor, contestó Casilda.

—No estais, sin embargo, de luto.

—Aquel hombre no era mi marido mas que en el nombre.

—Lo sé, y tengo á gran disgusto saberlo, dijo el rey: habeis pecado; habeis abusado del respetabilísimo Sacramento del Matrimonio para cubrir vuestra deshonra.

—¿Mi deshonra, señor? esclamó con ansiedad Casilda, porque la conversacion iba tomando un giro muy estraño.

—Sí, vuestra deshonra y vuestra ingratitud, puesto que habeis pagado la noble proteccion de doña Juana Coello robándola su marido.

—¡Vos lo sabeis todo, señor!

—El rey representa á Dios sobre la tierra, y como Dios lo sabe todo, el rey, su representante, debe procurar saberlo todo tambien.

—¡Soy muy desdichada!

—Decid que sois muy pecadora.

—Antonio Perez me ha vuelto loca.

—¿Y para qué os ha dado Dios la razon y el libre albedrío? ¿Para qué la Iglesia os ha enseñado sus santos preceptos? ¿Dónde están la fé y la firmeza de vuestra alma? El que peca, peca porque quiere, y porque queriendo ha pecado, se condena.

—¡Señor! esclamó aturdida Casilda, que habia creido otra cosa, y no comprendia por qué el rey la hablaba de aquel modo.

—Habeis crecido sustentada por unas manos malditas, comiendo el pan emponzoñado del sacrilegio, de la infamia, olvidada de Dios, y sin el aprecio de vos misma.

—¿Y qué culpa tengo yo, dijo Casilda, de haber sido abandonada por mis padres, recogida por una maldita?

Casilda no disimulaba, porque estaba segura, por lo que el rey la habia dicho, de que lo sabia todo.

—¿Sois tambien bruja? preguntó el rey, pronunciando con una marcada repugnancia estas palabras.

—No señor, contestó Casilda.

—¿No habeis renegado de la Religion de Jesucristo?

—No señor.

—¿Creeis en todos los misterios de la Santa Fé?

—Sí señor, con toda mi alma.

—¿Por qué os habeis unido á un hombre á quien no amábais, con el cual no habíais tenido amores, y á quien conocíais como asesino?

—¡Desesperada! ¡por ocultar mi deshonra! ¿y quién sino un miserable, señor, hubiera consentido en dar su nombre al hijo de otro, ni cómo podia vivir yo con un hombre semejante? Además, era justo dar parte á la justicia del crímen de aquel hombre.

—¿Pero no veíais que sobre vos y sobre vuestro hijo recaia la infamia del ajusticiamiento del que todos debian mirar como vuestro esposo, como padre de vuestro hijo?

—Vuestra majestad nos ha librado de esa infamia.

—Ante las leyes, sí, dijo Felipe II: porque yo soy la ley; pero ante el juicio de los hombres, no, porque yo no puedo vencer las costumbres: mejor hubiera sido que vos obrárais como debiérais, y no hubiérais llegado á este caso.

—¡Yo no tenia padres! ¡yo estaba abandonada!

Sintió Felipe II que se le amargaba el corazon; pero se mantuvo frio y rígido.

—¿No habeis vuelto á ver á la bruja que os ha criado?

—No señor. El asesinato de Eusebio, del negro que me acompañaba, hizo que yo fuese recogida por doña Juana Coello: fué buena y generosa para conmigo, y de ella me amparé para librarme de la madre Martina.

—¿Se llamaba así la bruja que os ha criado?

—Sí señor; pero se la conocia mas con el nombre de la tia Zampoña.

—¡La tia Zampoña! ¿Y quién era esa mujer?

—Una jorobada horrible; una mujer espantosa.

—¿Tiene los ojos de color de sangre?

—Sí señor.

El rey no insistió: estaba comprobada la identidad de la vieja jorobada de la casa inmediata á Maudes con la bruja que habia criado á Casilda.

—¿Conocísteis á Antonio Perez en la casa de esa bruja?

—Sí señor; de esa mujer vienen todas mis desgracias.

—¿A qué iba allí Antonio Perez?

Casilda se estremeció: quien la preguntaba era el rey; como si dijéramos, la justicia y la Inquisicion á un tiempo. No podia decir á lo que iba Antonio Perez sin comprometerle gravemente.

—Perez, dijo, iba á verme, porque se habia enamorado de mí.

—Sin embargo, no tuvísteis amores con Perez hasta despues de haber entrado en su casa, protegida por su virtuosa mujer, lo que hace imperdonable vuestro pecado.

—La tia Zampoña me guardaba mucho; como me hubiera podido guardar una madre.

—No os guardaba mucho, dijo el rey, cuando os dejaba ir á todas partes con un esclavo.

—Aquel esclavo era un guardian muy fiel.

—No podia ser vuestra madre la tia Zampoña.

—¿Y por qué, señor?

—Porque la tia Zampoña es muy vieja y muy contrahecha.

—Sin embargo, señor, la he oido decir que hace veinte años era tan blanca, tan alta y tan rubia como yo.

Volvió á estremecerse el rey; pero dominó su estremecimiento, como dominaba, como ocultaba todos los sacudimientos de su alma.

—Y si hace veinte años era jóven y bella, ¿cómo ha venido á parar á esa decrepitud, á esa horrible deformidad?

—La arrojó, segun ella cuenta, un mal hombre por un balcon, y del golpe se encorvó.

—¡Ah! esclamó el rey: ¿y es esto posible?

—Lo ignoro, señor; solo os digo lo que he oido decir á la tia Zampoña.

—Y decidme: ¿Antonio Perez no debió conocer que para visitaros entraba en un lugar maldito, casa de una bruja? Dicen que estas maldecidas están rodeadas de objetos espantosos, y que siempre las acompaña el diablo. ¿Es esto cierto?

—En cuanto á los objetos espantosos, sí señor: pero yo, que he vivido desde que me acuerdo con la tia Zampoña, no he visto nunca al diablo.

—Pero y bien, de esas cosas espantosas y reprobadas debieron advertir á Perez.

—Perez no entraba donde esas cosas espantosas se veian: la tia Zampoña tenia una casa como la de una persona cualquiera, en la calle de Jesus y María, y allí era donde iba Perez, que creia tia mia, hermana de mi madre, á la tia Zampoña.

—Dicen que Perez me ha dado hechizos, dijo el rey, lo que nada tiene de estraño; porque á pesar de que me ha deservido, yo vacilo en castigarle: ¿qué tendria de estraño que Perez supiese perfectamente quién era la tia Zampoña?

—Ignora completamente que fuese bruja: no la conoce con otro nombre que el de doña Martina, tia mia, hermana de mi madre.

Casilda defendia cuanto le era posible á Perez.

El rey no insistió sobre aquel asunto.

—¿Y no os ha dicho nunca esa maldita quiénes fueron vuestros padres?

—Nunca, señor; pero yo debo ser hija de muy altas personas.

—¿De qué lo inferís?

—De que unas veces la tia Zampoña me decia que me habia encontrado recien nacida y abandonada en la calle, y otras, que era tan alta persona, que un dia me asombraria de mí misma.

—¿Y nada mas os ha dicho?

—Nada mas.

—¿Teneis en vuestro cuerpo alguna señal particular, alguna señal de nacimiento por la que pudiéramos tener esperanzas de encontrar á vuestros padres?

—No tengo en mi cuerpo otra señal que tres lunares negros en

en el brazo derecho; pero nunca me ha hablado de ellos la tia Zampoña.

—Mostrad, dijo el rey: la luna es muy clara, y bien podremos ver esos tres lunares.

Casilda se recogió la manga de su brazo derecho, y poniéndole por su parte interna bajo el rayo de la luna, mostró al rey los tres lunares, que estaban colocados de tal manera, que parecian los vértices de un triángulo equilátero.

El rey volvió á estremecerse interiormente.

No podia tener duda: Casilda era su hija; y probablemente la tia Zampoña era, no doña Isabel de Albarracin, viuda del escudero del duque de Arcos, Deogracias Salmeron, sino doña Mencía de Santistéban, su antigua amante.

¿Cómo, sin embargo, conocia los amores del emperador con la condesa de Valfrio?

Era necesario de todo punto averiguar esto; pero tal averiguacion no podia obtenerse de Casilda.

El rey, que estaba muy conmovido, temeroso de faltar á su gravedad, se levantó.

—¿Os vais, señor? dijo Casilda.

—Sí; sé cuanto necesito saber; y oid: cortad vuestros amores con el secretario Antonio Perez, porque lo llevaré muy á mal si así no lo haceis.

—No quiero engañaros, señor, dijo Casilda: para que yo deje esos amores, será necesario que me mateis á mí, ó que le mateis á él.

Si otro hubiera dicho estas palabras á Felipe II, se hubiera sentenciado.

El rey calló, y tiró hácia el postigo.

Casilda le siguió.

—Abrid, dijo el rey, cuando hubieron llegado al postigo.

Casilda abrió.

—Guárdeos Dios, señora, dijo el rey.

—Que él guarde á vuestra majestad, señor, dijo Casilda.

Y cerró el postigo, yéndose á su aposento llena de confusiones.

En cuanto el rey llegó al alcázar, dijo á Santoyo:

—Monta ahora mismo á caballo, llévate contigo ocho guardias, vete á casa de la vieja corcovada de Maudes, llévatela á la cárcel, y que la encierren y no la dejen hablar con nadie.

Al otro dia por la mañana temprano, cuando se levantaba el rey, que era muy madrugador, se le presentó Santoyo.

—¿Está presa esa vieja? le preguntó el rey.

—No señor.

—¡Ha volado! ¡Bruja al fin!

—Ha volado, sí señor; es decir, no se la encuentra: y es mas: la casa donde fué á verla vuestra majestad, está reducida á cenizas: hasta las higueras enanas que la rodeaban han ardido.

El rey no habló mas de aquello.

—Infórmate, dijo á Santoyo, de quién es el dueño de la casa en que habita doña Casilda, y cómprasela, procurando que no conozca la gana y se valga de la ocasion: no me gusta ser robado.

—¿Y á nombre de quién compro la casa?

—A nombre de doña Casilda Perez y Coello.

—Muy bien, señor.

—Eso ha de quedar hecho hoy mismo, si es posible: cuando esté hecho, me traes la escritura de venta.

A las doce, el rey tenia en su poder la escritura de la venta.

No habian sido muy tiranos: la casa era hermosísima, con un huerto inmenso y con gran cantidad de agua propia, y sin embargo, no habia costado mas que quince mil escudos.

Entonces valia mucho mas el dinero y mucho menos la propiedad.

El rey dió el cofrecillo de concha y plata que contenia las alhajas de doña Magdalena Osorio, que le habia entregado la tia Zampoña, á Santoyo, y le mandó le llevase con la escritura á Casilda.

El rey no queria tener aquellas joyas ni utilizarse de ellas, aunque Felipe II era muy económico; tan económico, que hacia recomponer sus ropillas.

A mas de eso, su altivez se trasmitia á su hija: queria pudiese prenderse tambien como una princesa, y las joyas de doña Magdalena de Osorio eran admirables.

Casilda recibió con estrañeza la escritura y las joyas.

¿Por qué haria el rey aquello?

Algunos dias despues, un coche, dos carrozas, dos sillas de manos, dos literas, seis caballos y seis mulas aumentaron el tren de Casilda.

Al entregarle aquello Santoyo, le entregó una escritura de propiedad de buenas tierras en la Alcarria.

A los pocos dias, Casilda recibió en cajones una rica vajilla.

En muy poco tiempo, la renta de Casilda llegó á ser la de un grande de España de los mas poderosos.

Esto era natural: Felipe II habia reconocido en ella á una hija suya.

Iba á verla de tiempo en tiempo; pero siempre la avisaba con anticipacion, y se mantenia impenetrable.

Cuando nació el hijo de Casilda, Santoyo arregló los documentos segun ya hemos indicado.

Todo esto habia trascendido, y no pudiéndose esplicar las gentes el engrandecimiento de Casilda, la tuvieron por querida del rey.

En estas circunstancias fué cuando Felipe II hizo su viaje á Portugal para tomar posesion de aquel reino.

Al poco tiempo, Casilda recibió una carta de Santoyo en que este le decia:

«Avisad al señor Antonio Perez de que sus enemigos no reposan; que no dejan parar á su majestad; que se ha vuelto á remover, y con mas fuerza que nunca, lo de Escobedo; y que no dando esto gran luz, porque quien pudiera darles la mano no se la da, se le acusa de cohechos y malversaciones, y se trata de fulminarle un proceso de visita.—Guárdeos Dios, señora. Vuestro criado, *Sebastian de Santoyo.*»

Casilda remitió esta carta con su paje blanco y rojo á Antonio Perez.

Este se aterró.

Estaba preso, y no se podia mover de Madrid, á pesar de lo que seguia encargado del Despacho, y trabajaba con Hernando de Escobar, que se habia quedado con él.

Los papeles venian de Lisboa para que se despachasen, y á Lisboa volvian despachados.

Pero Antonio Perez, casi en libertad para andar por Madrid, no podia trasladarse á Lisboa sin hacerse reo de fuga y de rebeldía, y le era urgente acudir para deshacer las intrigas de sus enemigos.

En aquella situacion apurada, apeló á la eterna mártir, á doña Juana Coello.

Al otro dia por la mañana temprano, cuando se levantaba el rey, que era muy madrugador, se le presentó Santoyo.

—¿Está presa esa vieja? le preguntó el rey.

—No señor.

—¡Ha volado! ¡Bruja al fin!

—Ha volado, sí señor; es decir, no se la encuentra: y es mas: la casa donde fué á verla vuestra majestad, está reducida á cenizas: hasta las higueras enanas que la rodeaban han ardido.

El rey no habló mas de aquello.

—Infórmate, dijo á Santoyo, de quién es el dueño de la casa en que habita doña Casilda, y cómprasela, procurando que no conozca la gana y se valga de la ocasion: no me gusta ser robado.

—¿Y á nombre de quién compro la casa?

—A nombre de doña Casilda Perez y Coello.

—Muy bien, señor.

—Eso ha de quedar hecho hoy mismo, si es posible: cuando esté hecho, me traes la escritura de venta.

A las doce, el rey tenia en su poder la escritura de la venta.

No habian sido muy tiranos: la casa era hermosísima, con un huerto inmenso y con gran cantidad de agua propia, y sin embargo, no habia costado mas que quince mil escudos.

Entonces valia mucho mas el dinero y mucho menos la propiedad.

El rey dió el cofrecillo de concha y plata que contenia las alhajas de doña Magdalena Osorio, que le habia entregado la tia Zampoña, á Santoyo, y le mandó le llevase con la escritura á Casilda.

El rey no queria tener aquellas joyas ni utilizarse de ellas, aunque Felipe II era muy económico; tan económico, que hacia recomponer sus ropillas.

A mas de eso, su altivez se trasmitia á su hija: queria pudiese prenderse tambien como una princesa, y las joyas de doña Magdalena de Osorio eran admirables.

Casilda recibió con estrañeza la escritura y las joyas.

¿Por qué haria el rey aquello?

Algunos dias despues, un coche, dos carrozas, dos sillas de manos, dos literas, seis caballos y seis mulas aumentaron el tren de Casilda.

Al entregarle aquello Santoyo, le entregó una escritura de propiedad de buenas tierras en la Alcarria.

A los pocos dias, Casilda recibió en cajones una rica vajilla.

En muy poco tiempo, la renta de Casilda llegó á ser la de un grande de España de los mas poderosos.

Esto era natural: Felipe II habia reconocido en ella á una hija suya.

Iba á verla de tiempo en tiempo; pero siempre la avisaba con anticipacion, y se mantenia impenetrable.

Cuando nació el hijo de Casilda, Santoyo arregló los documentos segun ya hemos indicado.

Todo esto habia trascendido, y no pudiéndose esplicar las gentes el engrandecimiento de Casilda, la tuvieron por querida del rey.

En estas circunstancias fué cuando Felipe II hizo su viaje á Portugal para tomar posesion de aquel reino.

Al poco tiempo, Casilda recibió una carta de Santoyo en que este le decia:

«Avisad al señor Antonio Perez de que sus enemigos no reposan; que no dejan parar á su majestad; que se ha vuelto á remover, y con mas fuerza que nunca, lo de Escobedo; y que no dando esto gran luz, porque quien pudiera darles la mano no se la da, se le acusa de cohechos y malversaciones, y se trata de fulminarle un proceso de visita.—Guárdeos Dios, señora. Vuestro criado, *Sebastian de Santoyo.*»

Casilda remitió esta carta con su paje blanco y rojo á Antonio Perez.

Este se aterró.

Estaba preso, y no se podia mover de Madrid, á pesar de lo que seguia encargado del Despacho, y trabajaba con Hernando de Escobar, que se habia quedado con él.

Los papeles venian de Lisboa para que se despachasen, y á Lisboa volvian despachados.

Pero Antonio Perez, casi en libertad para andar por Madrid, no podia trasladarse á Lisboa sin hacerse reo de fuga y de rebeldía, y le era urgente acudir para deshacer las intrigas de sus enemigos.

En aquella situacion apurada, apeló á la eterna mártir, á doña Juana Coello.

CAPITULO XV.

De cómo doña Juana Coello estuvo á punto de morir por la brutalidad de un alcalde.

Antonio Perez se fué con la carta que le habia remitido Casilda á su mujer.

Fuése por prudencia ó por omision, Santoyo no habia usado en la carta del nombre de Casilda; pero doña Juana le adivinó.

—Y bien, dijo á su marido; es necesario no reposar en esto, ni se puede fiar en el rey. ¿Por qué, si está de nuestra parte, no os ha dado carta de liberacion de todas las acusaciones en que no cesan contra vos nuestros enemigos? Esto seria mas derecho, y nos quitaria el sobresalto.

—Necesario será enviar allá á alguien que nos tenga buena ley, y que sea conocido en la córte.

Doña Juana se acordó del padre Rengifo, hombre docto, y grande amigo de Antonio Perez.

Llamáronle, informáronle, y el padre Rengifo, lleno de muy buena voluntad, partió para Lisboa.

Pero á los pocos dias, escribió que no solamente no habia conseguido nada, sino que se le retenia en Lisboa.

Entonces doña Juana Coello, á pesar de estar en cinta de una manera muy avanzada, emprendió su viaje.

Estaba segura de obtener del rey una contestacion definitiva.

El rey estaba cada dia mas enamorado de ella, por mas que en su gran reserva no lo demostrase, lo que no impedia á doña Juana conociese la influencia que tenia sobre el corazon del rey.

Porque ¿qué reserva basta, para que una mujer no conozca que es amada?

Partió llevando una gran servidumbre y un gran equipaje para Galicia, y fletó en Vigo una fusta para trasladarse por mar á Lisboa, temerosa de que, si iba por tierra, los enemigos de su marido saliesen al camino y la detuviesen.

Pero ni este arbitrio valió á doña Juana.

Apenas habian llegado á la altura de Aldea Gallega, poco antes de llegar á Lisboa, viéronse venir por la mar de la parte de este último puerto muchos bajeles.

Parecia como si el barco en que iba doña Juana Coello hubiese sido un terrible pirata argelino á quien venian á dar caza todos aquellos barcos de rey.

El capitan lo avisó á doña Juana, que se maravilló y se puso en mucho cuidado.

Las galeras que marcadamente venian al encuentro de la fusta, eran ocho, y aunque pequeñas, de la marina de guerra.

Avante venia la mayor: una carabela de veinte remos por banda.

Cuando los de Aldea Gallega vieron aquello, movidos de curiosidad, echaron al agua sus barcos, y acudieron en gran número á ver lo que sucedia.

La carabela ordenó á la fusta en que iba doña Juana se pusiese á la capa, lo que obedeció al momento, y poco despues pasaba á bordo de la fusta el alcalde Tejada, con un escribano y gran número de alguaciles y de soldados.

—¿Viene aquí doña Juana Coello, mujer del secretario Antonio Perez? dijo con acento de amenaza y con mucho de cólera el alcalde al patron.

—Sí señor; aquí viene, contestó este.

—Pues ella por haber venido, y vos por haberla traido, y todos los que en la fusta vienen, son presos por el rey nuestro señor, dijo el alcalde con voz estentórea, que oyó perfectamente doña Juana, que estaba en el camarote de popa y en un avanzadísimo estado de embazazo; como que ya contaba ocho meses.

Como hemos dicho, doña Juana padecia accidentes nerviosos: se habia hecho vivamente impresionable.

Se afectó de una manera terrible, y cuando el brutal alcalde Tejada entró en el camarote, y la trató ni mas ni menos que como hubiera tratado á un criminal infame, cayó por tierra accidentada.

Lo que sucedió fué horrible: doña Juana malparió.

Y en aquel estado, entre la vida y la muerte, el alcalde Tejada hizo que la fusta arribase á Aldea Gallega: desembarcó á la desgraciada señora, la metió en un meson, y sin considerar el estado en que se encontraba, empezó un interrogatorio que nada podia disculpar, hijo del afan del alcalde Tejada por congraciarse con Felipe II, esperando una gran recompensa.

Siempre la torpeza y la sórdida ambicion de los súbditos traidores, comprometiendo con sus escesos á los reyes.

—¿Quién os envia? dijo Tejada acompañado de su escribano, que estaba pluma en ristre, á doña Juana Coello, que ensangrentada, pálida, moribunda casi, estaba arrojada sobre un mal lecho, sufriendo de una manera espantosa.

—Envíame mi deber de esposa, contestó doña Juana.

—No se puede llamar deber á la traicion, replicó Tejada.

—¿Qué hablais de traicion? dijo doña Juana: ¿qué sabeis vos de estas cosas, ni qué podeis vos juzgar de nada, que llevais vuestra impiedad y vuestra atrocidad hasta el punto de interrogar á una dama á quien veis en un grave peligro de muerte, y de la violenta manera que lo haceis?

—Antes que todo está el servicio del rey nuestro señor.

—El rey mi señor, contestó doña Juana, que apenas podia hablar, de seguro no os ha mandado hagais lo que estais haciendo: el rey mi señor es cristiano y caballero, y ya os convencereis de ello por lo que el rey haga cuando sepa lo que vos habeis hecho.

—Responded, y dejaos de vaguedades y escusas, dijo Tejada, creciendo en grosería.

—Nada tengo que responder: yo iba á ver al rey mi señor en Lisboa, como lo he visto en su alcázar en Madrid siempre que he necesitado verle.

—Vos estais endemoniada como vuestro marido, contestó el alcalde, y el rey lo sabe: vos os valeis de hechizos y malas artes, y pretendeis traidoramente volver el seso al rey nuestro señor, y no os aprovecha, porque la providencia de Dios vela por el rey.

—Sois un necio, esclamó cansada ya la enérgica doña Juana.

—Escribid, secretario, dijo Tejada: esta mujer se atreve á faltarme al respeto.

—¿Quién sois vos, dijo incorporándose con una energía increible, doña Juana; quién sois vos, don perdido, alcaldillo de mala muerte, para decir *esta mujer* cuando hablais de mí? ¿Qué habeis creido, insensato? Pues qué, ¿podeis pensar otra cosa sino que el rey os ha enviado á prenderme por no oirme, á causa de los malos lados que contra mi marido y contra mí tiene el rey mi señor? Pero el rey no ha podido nunca creer que vos fuéseis tan bárbaro: conozco bien á su majestad, y no os arriendo la ganancia, alcalde Tejada. Concluyamos, en fin; nada tengo que deciros, ni nada quiero deciros, ¿lo entendeis? Y haced lo que querais, porque cuanto mas hagais, será peor para vos.

—Escribid, secretario, escribid, dijo el alcalde Tejada: es necesario que el rey sepa á todo lo que se atreve esta mujer, y que se convenza cada vez mas de que ella y su marido están poseidos por el diablo: ¡la Inquisicion! ¡la Inquisicion! ¡Aquí no hay mas que la Inquisicion!

Doña Juana no contestó.

—¿Para qué os envia vuestro marido? añadió el alcalde Tejada, irritado por el profundo desprecio que envolvia el silencio de doña Juana.

Doña Juana se irguió de nuevo, y contestó:

—Mi marido necesita saber la causa de su larga prision; que se le esplique por qué se le quita la gracia del rey y se le mantiene en el Despacho de los negocios y en la confianza de su majestad.

Doña Juana, con un gran tacto, hablaba entonces con Felipe II, que segun debia suponerse, veria indudablemente el interrogatorio que hacia escribir el alcalde.

—No es eso, no es eso, dijo Tejada, que realmente no tenia instrucciones, ni sabia á qué iba: vos venís con una mala intencion, y es necesario que la declareis.

—¿Es una mala intencion el que una esposa lo intente todo por la honra y por la libertad de su esposo?

—¡Pero es que vos no contestais! dijo irritado el alcalde Tejada.

—¿Y qué quereis que os conteste? dijo doña Juana: acusad, determinad la acusacion, y yo responderé á los cargos que me hagais.

—¿Es cierto que vuestro marido ha robado la Hacienda del rey?

—Mentís como un villano, contestó doña Juana: ¿si mi marido ha robado la Hacienda real, cómo el rey le mantiene en el despacho de su Hacienda?

—Su majestad es muy bondadoso, dijo el alcalde Tejada.

—A vos os han enviado sin deciros á qué: se quiere que yo lo diga todo, y vos no sabeis por dónde empezar ni por dónde concluir.

Esta era la verdad: Felipe II solo habia enviado al alcalde á detener á doña Juana y á que la preguntase á qué iba.

Todo lo demás habia sido un esceso del alcalde, que creia con esto halagar al rey.

—¿Qué teneis que decir, continuó el alcalde, acerca de la muerte del señor Juan de Escobedo?

—Nada, sino que la siento en gran manera; porque el señor Juan de Escobedo era un buen hombre.

—¿Y no tuvo parte en su muerte vuestro marido?

—¿Quién fulmina esa ocusacion? dijo doña Juana. De seguro que el rey no os ha encargado me pregunteis eso: y me parece que, si alguien hay aquí poseido por el diablo, sois vos, alcalde; á cada momento estais mas torpe y sois mas injusto. ¿Quién os mete á vos á suponer un delito, del que no teneis prueba?

—Tentaciones me están dando de sujetaros al tormento, dijo el alcalde.

—Lo creo, contestó doña Juana; porque hombres tan ignorantes como vos, se atreven á todo; en cuanto á mí, estoy resignada á todas las desgracias que Dios permita vengan sobre mí: yo he nacido para ser mártir: haced lo que querais, si no os basta con lo que ya habeis hecho. ¡Mi hijo!... ¡Mi pobre hijo asesinado por vos!...

Tembló el alcalde.

La serenidad, el valor incontrastable de doña Juana, habian acabado por dominarle.

Su grosera inteligencia, no lo era tanto que no comprendiese que doña Juana era hasta cierto punto inviolable para él; que lo que habia hecho, que aquello que habia producido, le ponia en una situacion muy dudosa, muy difícil.

Habia estralimitado las instrucciones del rey, creyendo complacer al rey.

No habia esperado tanta energía ni tanto valor en doña Juana.

Por último, doña Juana habia acabado por hacerle sentir la mágica influencia que ejercia sobre todos.

Y tal miedo llegó á cobrar, que en aquel punto suspendió el interrogatorio, y dejando cuatro alguaciles de guardas de vista de doña Juana, volvió á embarcarse, y se trasladó á Lisboa.

El rey estaba en el palacio de Belen.

Recibió al alcalde, y tomó el interrogatorio que el alcalde le dió; le leyó con la detencion con que leia todo papel, y arrojó al fuego el interrogatorio.

El alcalde se aterró: se convertian en humo los premios que esperaba.

—Idos, le dijo el rey.

El alcalde salió, murmurando al salir por la antecámara:

—Indudablemente, el rey está hechizado por la mujer de Antonio Perez.

Felipe II se apresuró á enviar á uno de sus médicos de cámara, y al capitan Nuñez de Figueroa, á Aldea Gallega, para levantar la prision de doña Juana Coello y cuidar de ella.

Los mas esquisitos cuidados se prodigaron á la pobre señora.

Poco despues, llegó el padre Rengifo, enviado por el rey, con el mensaje de que en cuanto el rey volviese á Madrid, se ocuparia de los asuntos de su marido.

Por último, habiendo insistido doña Juana en que queria ver al rey, el padre Rengifo volvió á Lisboa, y habiendo tornado á Aldea Gallega, trajo á doña Juana la noticia de que el rey consentia en recibirla, pero de una manera secreta.

Esperóse el restablecimiento de doña Juana, y al fin, en un barco que se flotó al intento, doña Juana partió con el padre Rengifo para Lisboa; llegó á ella de noche, desembarcó, y se trasladó con el religioso al palacio de Belen.

CAPITULO XVI.

De cómo volvió doña Juana á Madrid, sin saber á qué atenerse.

Felipe II recibió en su cámara á doña Juana Coello.

Estaba aún esta débil y densamente pálida.

Se arrojó á los piés del rey, y el rey se apresuró á levantarla.

—Creed, la dijo, que me pesa en el alma lo que ha acontecido: el alcalde Tejada ha hecho cosas que en mi corazon no caben. Ese hombre no es ya alcalde; no volverá á ser nada, yo os lo aseguro: el rey don Felipe, vos lo habeis dicho, es ante todo cristiano y caballero, y no puede, ni debe, ni quiere ensañarse con una dama tal como vos. Creedme, doña Juana: el rey siente con todo su corazon lo que ha acontecido.

Y una conmocion estraña en él, dominaba á Felipe II.

Este era el resultado de la involuntaria mágia de doña Juana Coello.

—¡Ah, señor! dijo esta: ni por un momento he creido fuese obra de vuestra majestad lo que se ha atrevido á hacer aquel hombre.

—Desgracia es de los reyes que vasallos insensatos crean les será agradable lo que no puede menos de horrorizarles.

—¡Ah, señor! mi lealtad no ha podido ver en vuestra majestad á un señor tiránico, á un señor terrible.

—Habeis pensado bien, muy bien, doña Juana, como pensais siempre. ¿Quién sabe, quién puede saber lo que pasa en mi corazon?

—¡Dios! esclamó doña Juana.

—Dios me ha dado una corona de espinas, esclamó Felipe II: Dios ha cargado sobre mis hombros un peso insoportable; he venido al gobierno en tiempos de durísima prueba, cuando todo se agita, cuando todo se conmueve; y la Reforma, la rebeldía, Isabel, la terrible Isabel en el trono de Inglaterra; en el de Francia Enrique IV el Hugonote; dentro, vasallos ambiciosos ó vasallos soberbios que me provocan, que no me dejan en paz, que me obligan á lo que yo no quisiera. Pero ante todo, Dios y rey: ¡oh, sí, Dios y rey! He heredado las guerras de mi padre: yo sostendré esas guerras hasta romper la espada en nombre de Dios, de mi derecho y del honor de la patria; yo combatiré hasta caer, y no caeré, no: Dios me prueba; pero mi valor no cede.

—Vuestra majestad es un gran rey, dijo doña Juana Coello.

Felipe II se paseaba agitado por la cámara, y por la primera vez de su vida no se encubria ante un estraño, á pesar de que aquel estraño era la esposa de uno de los hombres que mas le habian ofendido, de su vasallo mas traidor tal vez, de Antonio Perez.

Pero doña Juana era la virtud inmaculada y fuerte, unida al crímen, á la traicion.

Porque no hay que desconocerlo: Antonio Perez, desvanecido por su fortuna, habia abusado y abusaba cuanto podia de Felipe II.

Y el rey se contenia, sin embargo; luchaba, como habia luchado respecto á tantas cosas.

Doña Juana se estremecia: le parecia mas peligroso el rey revelándose á ella por completo, que cuando Felipe II se envolvia en su profunda reserva.

—¿Qué quereis? dijo al fin deteniéndose junto á doña Juana: he debido matar á vuestro marido, y no le he matado.

—Pero tenemos la espada de Damocles pendiente de un cabello, suspendida sobre nuestra cabeza.

—Y bien, ¿y qué? dijo Felipe II: ¿ha correspondido Antonio Perez al amor que le he tenido, á la confianza que de él he hecho?

—¡Perdonadle, señor, por mí y por nuestros hijos! ¡Pordonadle como le he perdonado yo!

—Vos sois casi una santa, dijo el rey levantando á doña Juana, y un rey no puede ser santo aunque quiera: la gobernacion de un

reino obliga á cosas muy terribles: yo no puedo perdonar á vuestro marido; es rebelde: ¿por qué no me ha entregado mis cartas sobre el asunto de Juan de Escobedo?

—Yo entregaré á vuestra majestad esas cartas, señor, dijo doña Juana; pero dadme vuestra palabra de caballero de que dejareis escapar á mi marido, de que le dejareis ir á tierra estraña.

—¿Y por qué no ha escapado, doña Juana, por qué no ha escapado? ¿Le tengo yo acaso preso mas que en la apariencia? ¿En dónde están sus guardas de vista? ¿Por qué no se ha ido? Pues qué, ¿no ha podido ver en el descuido con que yo le guardo, que lo que quiero es que escape?

—¡Ah señor! ¡sois el mas grande y el mas generoso de los reyes! Yo juro á vuestra majestad que tendrá esas cartas y esos papeles; pero señor, si vuestra majestad está tan irritado contra mi marido, ¿por qué le deja en el despacho de los negocios?

—¿Y dónde, dónde encontrar talentos como los de Antonio Perez? Él es mis piés y mis manos; él me adivina, él me comprende; el cardenal Granvela no sirve para nada; todos los que me rodean son torpes. ¡Ah! ¿Por qué, por qué me ha hecho traicion vuestro marido, hasta el punto de que yo no pueda perdonarle?

—¡Ah, señor, señor! ¡La misericordia es la virtud mas grande de los reyes!

—Yo no puedo tener á mi lado á Antonio Perez, esclamó el rey; yo no puedo cruzar con él mi palabra: le necesito, y me sirvo de él para el despacho de los negocios, pero desde lejos: no puede ser de otra manera.

Doña Juana inclinó la cabeza sobre el pecho, porque comprendia bien hasta qué punto tenia razon el rey.

Antonio Perez habia sido el amante favorito de la mujer adorada por el rey, de la princesa de Eboli.

—Pero, y bien, señor, dijo al fin doña Juana: la situacion en que mi marido se encuentra es muy triste: no se le acusa de nada, y sin embargo, está preso, caido de la gracia de vuestra majestad; se ha entablado contra él un proceso de visita, y no ha resultado ningun cohecho, ninguna malversacion: si se ha enriquecido, lo debe á la munificencia de vuestra majestad, á sus derechos de secretario de Estado, á los regalos de altos príncipes, no al robo ni á la infamia. Ahora se dice que el Santo Oficio va á volverse contra él como si fuera un hereje. Son los Vazquez, señor, son los Vazquez,

enemigos irreconciliables de mi marido, que no saben perdonarle el favor que le ha dispensado vuestra majestad; los Vazquez, que para nada sirven, y que se volverán contra todo aquel á quien vuestra majestad favorezca.

—Los Vazquez me sirven bien.

—Por odio á mi esposo; pero con el partido de los Vazquez no tendrá vuestra majestad un momento tranquilo.

—Esa es la suerte de los reyes.

—Y bien, ¿qué puedo esperar, señor?

—Volveos á mi córte de Madrid, entregad esos papeles á Rodrigo Vazquez de Arce, y contad con que yo tendré esto á gran servicio.

—¡Rodrigo Vazquez, señor! ¿Sabe vuestra majestad cuál es la causa principal de la enemistad de Rodrigo Vazquez contra nosotros?

El rey miró profundamente á doña Juana.

—Pues bien, señor, dijo esta: Rodrigo Vazquez ha pretendido infamarme.

—¡Ah! esclamó el rey, en cuyos ojos lució una chispa sombría: ¡ese hombre se ha atrevido!....

—Sí, sí señor.

—¡Traidores, y siempre traidores! ¡Infames, y siempre infames! ¡Ah! ¡Vos tan respetada por vuestra dignidad, por vuestra virtud!... Id, id, doña Juana: el rey está dispuesto á todo por vos; pero sed amiga del rey, sed el buen ángel que se ponga entre la justa cólera del rey y vuestro marido. Id, y no os quejeis de mí: hago por vos mas de lo que puedo y de lo que debo; pero sedme leal: id.

Doña Juana salió, alentando tanto temor como esperanza, y se trasladó á Madrid, al que llegó quince dias despues de su salida de Lisboa.

CAPITULO XVII.

Los miedos y las visiones de los hermanos Vazquez.

Rodrigo Vazquez, á quien el alcalde Tejada habia escrito manifestándole lo sucedido en Lisboa en el asunto de Antonio Perez, se daba á todos los diablos: no entendia al rey.

Apretábale este unas veces, á fin de que el proceso se llevase adelante con rigor, y se estrechase la prision de Antonio Perez, y otras veces le contenia y le hablaba de avenimientos entre ellos y el secretario de Estado.

Mateo Vazquez continuaba afirmando que Antonio Perez tenia hechizado al rey, y Rodrigo Vazquez buscaba los hechizos en otra parte, lo que le producia insomnios, celos, cavilaciones y rabias, que estaban siempre tramando proyectos, que despues el rey desvanecia: Rodrigo Vazquez atribuia la conducta del rey, acerca de su secretario de Estado, unas veces á la influencia que sobre el rey tenia doña Juana Coello, lo cual era la cosa mas negra del mundo para Rodrigo Vazquez; otras, á los buenos oficios de Casilda, lo que tambien mortificaba mucho al alcalde, porque, como sabemos, Casilda estaba muy lejos de serle indiferente.

Rodrigo Vazquez suponia cosas infames, porque los miserables no pueden suponer mas que infamias.

Felipe II tenia muy mala fama respecto á su pasion por las mujeres.

Casilda era hermosísima: estaba en un pié de lujo y de grandeza imponderable.

¿No podia ser esto que el rey estuviese enamorado de ella y fuese correspondido, en una palabra, que Casilda fuese querida de Felipe II?

Esta suposicion era de todo punto infame, porque Vazquez, gracias á las revelaciones arrancadas en el tormento á la tia Zampoña, sabia que Casilda era hija natural de Felipe II, y que Felipe II lo sabia tambien, ó por lo menos lo sospechaba.

Por esto era infame la suposicion del alcalde de Casa y Córte.

Su alma torcida y negra, nada respetaba; para él, lo claro, lo evidente, era que el rey no se decidia contra Perez, que le odiaba, puesto que á veces parecia prescindir de todo y decidirse á tratarle con escesivo rigor, desapareciendo luego estas terribles disposiciones del rey, que recaia en las blanduras respecto á Antonio Perez.

Otra infame suposicion envenenaba el alma de Rodrigo Vazquez. El rey y doña Juana Coello se veian alguna vez muy recatadamente.

Vazquez, á pesar de la notoria virtud de doña Juana, habia supuesto, habia llegado á creer, que aquella desgraciada señora era tambien amante del rey.

Pero se reservaba en el interior de su ánimo estas imaginaciones, guardando acerca de ellas un profundo secreto hasta para con su misma sombra, como suele decirse, temeroso de pasarlo muy mal si el conocimiento de que tales cosas pensaba, llegase hasta el rey.

Rodrigo Vazquez se retorcia dentro de sí mismo como una sabandija echada al fuego.

En cuanto á Mateo, andaba entrecogido, rezando siempre á solas, dándole vueltas al negocio, y afirmando, con no muy buena intencion al padre maestro, fray Diego de Chaves, confesor del rey, que Antonio Perez tenia hechizado á su majestad, y que en esto consistia el que el rey no rompiese de una vez, llevando á término de sangre el proceso del secretario de Estado.

Fray Diego de Chaves oia gravemente á Mateo Vazquez, y como era confesor del rey, y tenia la conciencia de este en las manos, y sabia la verdadera y terrible situacion en que el rey se en-

contraba respecto á Antonio Perez, cuando Mateo Vazquez terminaba su larga acusacion recargada y ennegrecida, decia enfáticamente, acabando de aturdir á Mateo:

—No anda descaminado vuesa merced en lo de los hechizos: háylos y grandes, pero no tales que la Inquisicion pueda tomar mano en ellos: el rey nuestro señor está muy trabajado: hánle sucedido cosas muy negras, y se va con mucho tiento. Un rey es tambien un hombre, señor Mateo Vazquez, y los años y los desengaños de la esperiencia cambian á los hombres de modo, que no se entiende cómo no se atreven á hacer hoy lo que ayer hicieron: en verdad os digo, que si vos llevárais los años que yo llevo de confesonario, y conociérais como yo conozco á los hombres, no os asombraríais de nada, y encontraríais muy natural todas estas vacilaciones con que el rey se anda en el asunto de Antonio Perez.

—Pero, ó son hechizos, ó no son hechizos, decia el tenaz Mateo.

—Hechizos son; pero no de los que provienen de artes de Satanás, contestaba gravemente el dominico.

—Pero entonces, ¿qué hechizos son esos?

—Yo me entiendo, y Dios me entiende, contestaba fray Diego de Chaves; y créame vuesa merced: tales cosas, y tan grandes hay en este negocio, que yo quisiera bien ignorarlas; y aconsejo á vuesa merced, como lo mejor que pudiera hacer, así como á su hermano, que no diesen tantas oidas al señor Pedro de Escobedo en lo de la muerte de su padre, y templasen el odio que contra el señor Antonio Perez tienen, que no es muy cristiano; que bien saben vuesas mercedes lo sin culpa que está el señor Antonio Perez de la muerte del secretario Escobedo, y que si el rey nuestro señor no ha mandado quemar este proceso como quemó el que el alcalde Tejada hizo en Aldea Gallega á doña Juana Coello, es porque el señor Pedro de Escobedo se mantiene firme, y su majestad tiene que mirar á su justicia, y á que no haya escándalos en sus reinos.

—Al rey nuestro señor no se le puede olvidar lo mal hombre que fué contra él Antonio Perez, en lo de la princesa de Eboli, decia Vazquez, pretendiendo meter al dominico en una conversacion que diese alguna luz.

—Vamos, vamos, contestó severamente el padre Chaves: aquella desgraciada señora ya no es de este mundo; dejemos en paz á los muertos, y tengamos mas caridad con los vivos; miren vuesas mercedes no se canse el rey y lo meta todo á barato, y haya para

todos. ¿Pues quién duda que debe haber grandísimas causas para que el rey se ande así con este ten con ten, y no haya habido ya una tragedia? Consideren vuesas mercedes lo que ha sucedido en el proceso de visita, que todo se ha quedado en haberse escrito mucho y en no haber sucedido nada; y hagan mucho caso de que el señor Antonio Perez, aunque sin comunicarse con su majestad, que no quiere verle, continúa despachando todos los asuntos graves, y aun los que no lo son, como secretario universal, y que el cardenal Granvela no es otra cosa que una figura, que ocupa junto al rey un lugar vacío en la apariencia, y que su oficio se reduce á firmar y á refrendar como en barbecho.

—Pues digo que no lo entiendo ni lo entenderé nunca, y que las preñeces de este asunto son para volver loco al mas cuerdo.

Cuando cualquiera de los dos hermanos hablaban de estas cosas con el presidente de Castilla don Antonio de Pazos, ó con el cardenal arzobispo de Toledo, inquisidor general, les acontecia lo mismo que cuando hablaban con el confesor del rey; que en vez de salir de confusiones, se metian mas en ellas.

Andaban tristes, cavilosos, amarillos, desorientados.

A Rodrigo Vazquez, especialmente, se le habia ido el sueño.

Un dia por la mañana, muy temprano, se fué á ver á su hermano Mateo, y le dijo:

—Los hechizos nos van alcanzando tambien á nosotros.

—Me parece que sí, contestó Mateo; y si tú no hubieras venido á hablarme, hubiera yo ido á verte.

—En mi casa hay duendes, dijo Rodrigo Vazquez con voz temerosa.

—En mi casa está el demonio, contestó Mateo.

—Duendes ó demonios qué mas da, dijo Rodrigo; ya sabemos que los duendes son demonios familiares: toda esta noche he estado oyendo cómo se abria y se cerraba por sí sola una puerta de un estante: me levanté, encendí luz, me fuí al despacho, y me encontré con que todos los papeles y el tintero estaban en el suelo, el sillon puesto sobre la mesa, y los retratos de nuestros padres descolgados y puestos en el suelo contra la pared cabeza abajo: se me pusieron los cabellos de punta, y se me apagó la luz: tuve que salir á encenderla, y tardé tres horas en encontrar avíos de encender: cuando volví, los papeles y el tintero estaban sobre la mesa, el sillon en su sitio, y los retratos como siempre, colgados naturalmen-

te de la pared; la puerta del estante no se abria ni se cerraba. Me acerqué, y tenia echada la llave.

—¡Bah! eso es que has soñado, Rodrigo, que todas esas cosas estrañas las has visto en sueños, y has dejado de verlas cuando has despertado: esas son tonterías; tú has padecido algo de la cabeza.

—Entonces será tambien una tontería y un sueño el demonio que te se ha metido en la casa.

—Mira, dijo con estremecimiento Mateo señalando á la puerta del aposento que estaba abierta, y á través de la cual se veia en el corredor, sentado, un enorme gato negro, flaco y espeluznado, que fijaba con una terrible insistencia la mirada de sus grandes ojos verdes en los dos hermanos.

Rodrigo sintió una especie de escalofrio.

—Y bien, dijo, haciéndose firme: todos los gatos miran así.

—Ese gato se ha venido sin saber de dónde, y para mí solo; porque yo solo le veo.

—Eso no es verdad, dijo Rodrigo; porque yo le estoy viendo tambien.

—Es que para el diablo, Rodrigo, yo soy tú, y tú eres yo: ó mas bien, tú y yo somos una misma persona para el diablo. Pero la vieja que me sirve, la señora Mónica, no lo ve, aunque yo se lo enseño.

—Porque el gato estará lejos, y desde lejos no ve ni una jota la señora Mónica; y si no, vamos á verlo.

Y se fué hácia la puerta con intencion de llamar al ama de Mateo Vazquez.

El gato bufó, y se fué.

—¿Lo ves, hermano? dijo Mateo.

—Es que ha creido que le iba á pegar.

—No señor, es que es el diablo que no quiere que nadie le vea mas que nosotros. Anoche, á la media noche, desperté con un gran frio, y me encontré con que ese maldito gato estaba sentado en la orilla de la cama y mirándome de hito en hito: yo me asusté de tal manera, que apenas tuve fuerzas para pronunciar los dulces nombres de Jesus, María y José, y hacer la señal de la Cruz. La verdad es que entonces el gato desapareció, dejando un olor á azufre que todavía lo tengo en el sentido.

—Aprensiones, Mateo.

—Pues si las mias son aprensiones, ¿qué serán las tuyas?

—Es que yo tengo algunas pruebas mas de que no he soñado.

—Y yo tambien.

—Veamos.

—Sobre la mesa encontré anoche este papel escrito con sangre.

—¡Ah, sí! pues yo al levantarme me he encontrado en mi ropilla este otro escrito de igual manera.

—¿Y qué dice el tuyo?

—Dice, contestó Mateo Vazquez leyendo:

«Tanto ireis y vendreis en lo del señor Antonio Perez, tu hermano y tú, que acabareis por dar de cabeza y estrellaros. Idos á la mano, que os conviene, y agradeced mucho el que se os haya avisado.»

—Pues lo mismo, exactamente lo mismo dice el mio, observó Rodrigo Vazquez.

—¿Y qué quiere decir esto, hermano? dijo asustado Mateo.

—Esto quiere decir, dijo Rodrigo, que el señor Antonio Perez, ó doña Juana Coello, ó doña Casilda Perez y Coello, como la llaman, tienen hecho pacto con el diablo; y creo yo bien que el rey está tambien endemoniado.

—Pues yo á la Inquisicion me voy, dijo Mateo, y veremos á ver si hay justicia de Dios y de los hombres contra ese inícuo.

—Paréceme á mí, Mateo, que el diablo tiene tambien algo cogido al arzobispo de Toledo.

—¡Ah, ah! el señor Antonio Perez acabará por volvernos locos: por lo mismo, yo no espero ni un minuto mas, y si el arzobispo está tambien contaminado, ya sé yo quién no lo estará de seguro, porque es un santo varon que pone espanto, no digo yo á duendes y á brujas, sino al mismísimo Satanás. Esto es muy grave, Rodrigo, y no se puede dejar así.

—¿Y quién es ese santo varon, Mateo? dijo Rodrigo.

—El padre maestro, doctor don fray Ciriaco de Torote de la Orden de Predicadores, grande exorcista y grande lanzador de demonios y espíritus malignos: si él viene aquí y conjura y aprieta, y lanza á los malos, bien; si no, yo me voy á otra parte, yo no duermo aquí ni una noche mas: esto es terrible: contra ese hombre se juega todo; el cuerpo y el alma: vámonos, vámonos al convento de Santo Tomás, hermano, á ponerlo todo en conocimiento de fray Ciriaco.

Los dos hermanos salieron.

Apenas habian doblado la esquina de la boca-calle, cuando de un soportal salió un hombre con trazas de soldado, envuelto, porque aún eran las mañanas frias, en un capotillo de paño negro de Segovia, y con cara de haber trasnochado.

Se paró delante de la casa de Mateo Vazquez, y siguió adelante.

A poco se abrió la puerta de la casa de Mateo, y apareció la vieja con una aceitera en la mano.

Dobló la esquina de la boca-calle opuesta á aquella por donde habian desaparecido los dos hermanos, y dijo al embozado:

—¡Hola, señor Gil de Mesa! aquí estamos todos; y me alegro de que hayais venido; porque la cosa va poniéndose séria.

—Vaya, señora Mónica, no tengais miedo, que en buenas manos está el ajo: ¿qué ha sucedido?

—Qué ha de haber sucedido, sino que como mi amo tiene tal horror á los gatos negros, en cuanto vió el que vos me trajísteis metido en el talego, empezó á hacer aspavientos y á pronunciar exorcismos, y á decirme:

—¿Pero no veis, señora Mónica, que el demonio se nos ha metido en casa?

—¡Ave María Purísima! contesté; yo no veo nada, señor.

—Qué, ¿no veis ese gatazo negro que está metido debajo del pié de la tinaja, y que nos mira con los ojazos encandilados?

—Yo no veo nada, señor, respondí haciéndome de nuevas.

—Pues digoos que estais ciega, contestó mi amo, ó que el diablo os pone para que no le veais telarañas en los ojos.

—Mire vuesa merced, que yo estoy viendo una gran chancleta de vuesa merced que está debajo de la tinaja, y que como veo la chancleta veria tambien al gato si le hubiera.

—Pues yo veo al gato y no la chancleta.

Entonces, y como yo no le temo á estos bichos, me acerqué.

El gato bufó y escapó, y quedó descubierto el zapato viejo de mi amo.

—Teneis razon, señora Mónica, dijo mi amo: el diablo ha desaparecido, y ahora veo la chancleta.

—Pues yo nada he visto, señor.

—Sí, sí, eso es, dijo mi amo; eso es, que me han hechizado á mí y no os han hechizado á vos.

Y se fué pensativo y cabizbajo.

—¿Y la carta?



¡Hola, señor Gil de Mesa! aquí estamos todos.

—Se la puse con mucha maña en la ropilla.

—Perfectamente, señora Mónica; allá va ese doblon de á dos, que le habeis ganado bien: ahora echad el gato á la calle y que se lo lleve el demonio; porque segun que yo he visto salir á vuestro amo y á su hermano el alcalde, van sin duda á por un exorcista.

—Bueno, bien, me alegro mucho de echar al tal bicho, porque está hambriento y es muy ladron.

—Pues que Dios os guarde, señora Mónica, y cuidado con contar á las vecinas este chasco, que pudiera tomarlo por lo vivo la Inquisicion y pesarnos á todos.

—Pues no faltaba mas, dijo la señora Mónica, que yo á mis años y con mi esperiencia hiciera tal disparate: id, id sin cuidado, señor Gil de Mesa, y que os guarde Dios.

Gil de Mesa tiró hácia la Almudena, la vieja compró en una tienda una panilla de aceite, se volvió á casa de Mateo Vazquez, y entró.

Poco despues salia de la casa un enorme gato negro bufando y zapeado por el palo de una escoba que blandia la señora Mónica.

El animal se metió por un tragaluz del sótano de una casa inmediata.

A poco asomó por la calle una silla de manos de baqueta negra claveteada de tachuelas, llevada por cuatro mozos.

Al lado de la silla venian Rodrigo y Mateo Vazquez, y detrás dos legos de Santo Tomás.

Uno de ellos traia una caldereta con un hisopo: el otro un libro debajo del brazo.

Llegaron á casa de Mateo Vazquez, se abrió la silla de manos, y salió el gigantesco fray Ciriaco, que se detuvo en el dintel de la puerta.

Tomó á uno de los legos el libro, le abrió, y leyó una imprecacion en latin, cuyo objeto era ahuyentar los demonios.

En seguida tomó el hisopo, y esparció agua bendita en el portal.

—O los diablos se han salido por la puerta, dijo, ó se han metido dentro: esto último creo mejor; porque yo no los he sentido salir ni los he olido: y si han salido son diablos vanidosos, que se han ido á la sordina para que se crea que no estaban aquí, y que por lo mismo no ha podido echárseles.

—El diablo no ha salido, dijo Mateo Vazquez, porque habia

tomado la figura de un gato negro, y yo no le he visto salir.

—Ni dentro hay ningun gato negro ni blanco ni de ningun color, dijo la señora Mónica, que estaba en la puerta de en medio asombrándose de ver lo alto, lo recio, lo mofletudo y lo barrigudo del fraile dominico.

—¡Ay señor mio! dijo fray Ciriaco: ¡ay señora! que el diablo es muy malicioso, y así se muda de figura, como nos podemos mudar de camisa, y si se le ha puesto, se habrá metido en cualquiera de los cuerpos aquí presentes.

—No, no: pues á mí no se me ha metido ningun diablo en el cuerpo, se apresuró á decir la señora Mónica, y déjese de burlas, padre, y mire lo que dice, que no quiero yo que me tengan por endemoniada ni mucho menos.

—¡Cómo que burlas! dijo el religioso: asunto demasiado sério es este para no tomarlo muy de veras: no digo yo ni creo que os hayais endemoniado; pero todo hubiera sido que al diablo se le hubiera puesto metérseos en el cuerpo. Vamos, vamos para adentro.

Entraron todos.

En el pequeño patio, fray Ciriaco pronunció otro exorcismo, y arrojó por medio del hisopo agua bendita.

Por último, toda la casa fué purificada.

Afortunadamente era pequeña.

—Vamos, vamos, señor Mateo Vazquez, dijo el dominico: ensanche vuesa merced el alma, que su casa se queda limpia de malos espíritus y para mucho tiempo.

—Así la limpiase su merced, dijo la señora Mónica, de ratones, arañas y otros insectos, de que como es vieja está plagada.

—Cuestion es esa, dijo fray Ciriaco, de gato y de limpieza: y corríjase, señora ama, y no se venga con esas licencias á personas tan graves como yo.

—Perdone vuestra paternidad, se apresuró á decir la señora Mónica, que lo que he dicho lo he dicho con mucha sencillez y limpieza de corazon, y que como esta casa está en umbría es húmeda y nos comen las pulgas.

—Vaya, señora Mónica, pues para que su paternidad se desenoje, dijo Mateo Vazquez, tráigase acá una batea con resoli, alhajú, pasta-flora y suplicaciones de las monjas de Pinto, para que libres ya de los demonios, tomemos la mañana su paternidad, y mi hermano y yo.

La señora Mónica se fué.

—Teneis un ama muy sándia, señor Mateo Vazquez, dijo el dominico, ofendido de las libertades que se habia tomado la señora Mónica, y no sé cómo la podeis resistir.

—Ella es simple, dijo Mateo; pero con sus simplezas, fiel y económica y arreglada que no hay mas que pedir: mas hace ella con un ducado que otras con cinco: y como ya es cuerpo de años, estáse quieta en casa, y no hay que temer á galanes ni á tentaciones, ni á otras muchas cosas que tiene que mirar un hombre de mi estado.

—Para ser tanta persona como sois en la córte, dijo el dominico, estráñame á mí que vivais tan por lo llano y en este tabuco, que en lo de las pulgas saca al momento la verdad de lo que dice vuestra ama; y yo no sé si será aprension, pero hace cinco minutos que me están picando las carnes.

—Aprension sin duda, don fray Ciriaco, dijo Mateo un poco corrido: porque há mas de quince años que vivo yo en esta casa, y nunca me ha picado nada.

—Mi hermano es avaro, dijo secamente Rodrigo: tiró él por la iglesia y yo por las letras; gastó él poco desde sus primeros años, sobrándole para sus gastos del sueldo de su oficio, y gasté y triunfé yo en galanteos y bizarrías la parte que tomé de la herencia de mi padre: él la conserva entera y puesta á ganancias, y todos los años la aumenta con la misma ganancia y con los ahorros del sueldo: yo, teniendo menos, gasto mas, y mantengo casa grande y buena mesa, criados, y silla de manos y carroza y caballos de silla; y visto galas, y parezco tal como soy, que el buen oficio mete al hombre en buenos gastos, y no se respeta la persona por lo que es, sino por lo que parece: y este mi hermano, con sus mezquindades (que vuesa merced es de confianza y se le puede decir todo), me tiene la sangre frita, y no hay quien logre ni que aun en el traje vaya limpio, ni se dé el decoro que á su clase corresponde, como secretario que es de Estado y del Despacho, y así se mete él por un sarao con sus hopalandas raidas y con barro de siete inviernos, como si fuera cubierto de oro y perlas y rica pedrería.

—¡Hum! ¡hum! dijo el dominico; cada cual vive segun su genio; y no hay que reposar mas en esto, que el señor Mateo Vazquez va siempre muy bien vestido y tiene gran casa y gran boato, tan solo con ser quien es, y con que todo el mundo sepa la mucha mano

que tiene con el rey nuestro señor, y que no hay cosa que quiera que no se le consiga.

A este punto entraba la señora Mónica con una gran batea, en que venian, en vasos muy limpios, resoli, y en búcaros agua fresca, y en medio una pirámide de pastas de monja que daba contento verla.

Alegráronsele al fraile los ojos; pero esta alegría se nubló instantáneamente; porque del zaguan y del patio subió un estrépito endiablado, y á poco entró bufando en la sala el gato negro, que aquerenciado con la casa, porque habia olido despensa, volvió á entrarse, le vieron los mozos y los legos y dieron sobre él, y el animal asustado se metió en la sala, saltó por encima de la señora Mónica, le echó abajo la batea, vino á caer sobre la mesa en la cual estaban sentados el fraile y los dos hermanos, se puso en veinte uñas, en arco, con el rabo esponjado y mayando roncamente, y de la mesa saltó á la ventana, y se fué por un tejado á un huerto inmediato.

Todos se pusieron de pié.

Rodrigo Vazquez se reia cuanto podia reirse.

La vieja chillaba, porque al despedirse el gato, al saltar sobre ella, le habia causado un fuerte arañazo en un hombro.

Mateo Vazquez estaba pálido y temblando, y el dominico llamaba á grandes voces á los legos para que subieran con el hisopo y con la caldereta.

—Ya lo habeis visto, ya lo habeis visto, decia Mateo Vazquez: ahí lo teneis: no sé por qué te ries, hermano, no sé por qué te ries, cuando á tí tambien te pasan cosas muy graves.

—¿Cómo es eso de que á vos tambien os pasan cosas graves? dijo fray Ciriaco.

—Padre, contestó Rodrigo Vazquez, dejad en paz á los legos, que por lo que he visto aquí me he convencido de que era un sueño lo que he creido ver allá: todo consiste en que estos negocios que tenemos entre manos nos vuelven el seso, y los gatos nos parecen demonios, y lo que soñamos como si fueran cosas verdaderas: gato y muy gato es el que nos ha dado el susto, y no habia para qué haberos incomodado, padre maestro: id, id, señora Mónica, volved á traer otro tanto como lo que el gato os ha tirado, y no hablemos mas de esto.

Y con una rápida mirada contuvo á su hermano.

—Tambien creo yo, dijo el fraile mientras el ama de Mateo iba por otro refresco, que gato y no mas que gato era el que por aquí ha pasado: y si todo eso era el fundamento de vuestros escrúpulos, podeis dormir tranquilo, señor Mateo.

—Mas vale así, mas vale así, dijo Mateo Vazquez; que á la verdad, no es muy grato saber que tenemos la casa inficionada por malos espíritus; y mire vuesa merced, que yo así lo habia creido, y que no reposaba: cosas están sucediendo que es para creer en eso y en mucho mas; en fin, perdonad, fray Ciriaco, que os hayamos molestado, que con buena intencion y muy cristiana ha sido.

—Vuesas mercedes no me molestan nunca á mí, dijo el padre Ciriaco: y ya sabe el señor Rodrigo Vazquez, que una vez que me necesitó para dar caza á unas brujas, me tuvo, y que no me molestó en ello, que lo único que yo sentí es que las tales brujas lo eran de tal modo, que se nos fueron por el aire; y hasta una bruja y una brujilla que prendimos se nos fueron tambien. Però aquí vuelve vuestra ama con un nuevo refresco, y afortunadamente no hay ahora gato ni diablo que nos empache tomarle. ¿Y sabeis, señor Mateo Vazquez, añadió el fraile saboreándose con una bizcotela, que os tratan muy bien las madres de Pinto?

—Motivos tienen para ello, dijo Mateo Vazquez; porque no hay cosa que quieran de su majestad, que al punto no lo consigan; y las buenas de las madres, como lo consiguen todo, nunca se cansan de pedir.

—Pues si ellas pagan con estas viscotelas y este alhajú y este resoli los favores quo se les hacen, bien se les puede estar haciendo favores toda la vida: ¿qué hablábais de imaginaciones que os traen sin seso, amigos mios? dijo el dominico.

—Qué, ¿os parece poco, fray Ciriaco, dijo Rodrigo Vazquez, conteniendo de nuevo con una mirada á su hermano, los empeños en que se ven á cada paso y cuanto mejor cumplen con su obligacion, un secretario de Estado y un alcalde de Casa y Córte y teniendo España un rey como el rey nuestro señor?

—Cierto que sí, dijo el dominico; y que no es para ni reposar ni para vivir; pero queden con Dios, señores, que estoy componiendo mi sermon para el Corpus-Christi, y todo el tiempo me parece poco.

El fraile salió acompañado de los dos hermanos, y apoyado en los legos.

Entró en la silla de manos, y se volvió al convento.

Los dos hermanos quedaron solos.

—Estás dejado de la mano de Dios, Rodrigo, dijo Mateo: ¿por qué te reias cuando yo estaba aterrado?

—Por disimular, Mateo; no seamos supersticiosos: ni en tu gato ni en mis duendes hay nada de sobrenatural.

—¿Y las dos cartas, las dos cartas exactamente iguales que hemos encontrado, tú sobre tu mesa y yo en mis ropillas?

—Eso quiere decir, Mateo, que no podemos fiarnos de las personas que nos sirven, y que nuestros enemigos se meten en nuestro dormitorio: ahora se nos asusta, se pretende asustarnos: mañana puede ser que se nos mate.

—Me traeré un suizo de la guardia del rey, y haré que esté junto á mí mientras yo duerma con el arcabuz cargado.

—Desengáñate, Mateo; lo único que podemos hacer es que el señor Pedro de Escobedo apriete en su acusacion, y que el rey no pueda menos de dejarme adelantar en el proceso.

—Ni que apriete ni que no apriete el señor Pedro de Escobedo, se adelantará nada mientras estén en poder de Antonio Perez ciertos billetes del rey que á Perez exculpan: doña Juana Coello tuvo tiempo cuando se embargaron los papeles de su marido de apartar algunos, y llenó dos cofres pequeños, y salieron de la casa, y no se sabe adónde han ido: ni aunque le crucifiquen entrega él esos papeles: y pensar en que ella los entregue, es lo mismo que contar con el aire.

—Pues les apretaremos hasta que den gritos, dijo Rodrigo Vazquez: entre tanto ten mucho cuidado, Mateo, con esa mujer que te sirve, que yo lo tendré con mis criados, y pueda ser que por aquí, si andamos listos, podamos sacar mas que por otra parte. Y adios que me voy al tribunal, que ya es hora.

—Y yo á la Secretaría, dijo Mateo Vazquez.

Los dos hermanos se separaron poco despues, yendo á desempeñar cada cual su oficio.

CAPITULO XVIII.

De cómo doña Juana Coello burló á un alcalde de Casa y Córte.

Pero por mas que hicieron cada cual por su parte, Mateo y Rodrigo Vazquez, para averiguar quién pudiese ser la persona ó personas que se habian propuesto inquietarlos, no pudieron conseguirlo.

Seguian los ruidos nocturnos, las cartas amenazadoras, las señales de todo género de que se tramaba algo contra los hermanos, en favor de Antonio Perez.

Ya no era solamente en la casa y de noche donde se veian estas señales.

Los hermanos eran perseguidos.

Tan pronto una dueña se paraba delante de Rodrigo y le encajaba una relacion de parte de una doncella menesterosa, como un inválido tuerto, cojo, manco y con media cara echada abajo se detenia delante de Mateo, y se le ofrecia para guardar su persona de cualquier peligro.

Pordioseros, busconas, toda clase de gente entremetida, se ponia al paso de los hermanos y procuraba llevarlos por medio de una cita ó de un interés cualquiera, á un lugar apartado; porque es de advertir que los Vazquez habian entrado en tal situacion de miedo, que mucho antes de que oscureciese, estaban ya en su casa: y aun

de dia, no iban por calles escusadas, sino por anchas y concurridas.

En vano á Mateo Vazquez se le habia llamado con urgencia de parte del rey, para que fuese al alcázar para el despacho de un asunto imprevisto. Mateo Vazquez habia pretestado que no podia salir de noche á causa de su salud, en lo cual tenia razon; porque se ponia muy enfermo solo con pensar en salir á la calle.

A Rodrigo fueron á avisarle una noche de que en Puerta de Moros habia tres hombres muertos á hierro.

Rodrigo tenia bien tomadas sus medidas; y salió, pero rodeado de una docena de alguaciles.

A nadie encontró en la calle, ni en Puerta de Moros la menor señal de desgracia alguna. Pero al pasar por el arco de la parroquia de San Andrés, le dispararon desde lejos un arcabuzazo, cuya bala le pasó á dos dedos de la oreja derecha.

En vano se buscó al malhechor.

No se halló á nadie, ni podia darse con él, porque el arcabuzazo habia sido disparado desde un sótano de una de las casas de la plazuela de la Paja.

Los alguaciles habian buscado por la calle.

Entró en gran cuidado Rodrigo, y cuando algunas noches despues fué á avisarle el alcalde de barrio de que en la Costanilla de San Andrés habia pasado en una casa una gran desgracia, Rodrigo Vazquez contestó, ó mejor dicho, hizo contestar, que no saldria de su casa ni aun por los imposibles, y que se esperasen los muertos, y los heridos, y los presos, y la justicia, y cuanto tuviese que esperar, hasta que fuese de dia bien claro y hubiese salido el sol.

Y en efecto; los muertos, los heridos y los presos tuvieron que esperarse, porque aquella vez el aviso no habia sido falso.

Por otra parte, don Antonio de Pazos, presidente de Castilla, fray Diego de Chaves, el inquisidor general don Gaspar de Quiroga, y otras graves personas, no cesaban en amonestar á los Vazquez para que transigiesen sus enemistades con Antonio Perez; y los Vazquez se escusaban con lo de que no los dejaba parar Pedro de Escobedo, pidiendo justicia en nombre de su padre.

Y añadia Rodrigo:

—Dígame el rey mi señor que rompa ó queme estos autos, y yo lo haré así, y todo habrá concluido; pero muy por el contrario, su majestad no cesa en apretarme á que me apodere de ciertos billetes y cartas que suyos tiene el señor Antonio Perez: y aunque en

cuanto á lo del proceso me da largas, se ve claro que su majestad no quiere que esto acabe.

De esta manera se escapaban los Vazquez de las insinuaciones que se les hacian de una manera indirecta de parte del rey, que condolido ya de Perez y necesitado de sus servicios, queria que aquel negocio quedase concluido; pero de tal manera, que no hubiese en poder de Antonio Perez nada por lo cual pudiese sacarse en claro que la muerte de Juan de Escobedo habia sido ordenada por el rey.

Al fin, Pedro de Escobedo presentó un memorial muy fuerte al rey, quejándose de que ya hacia diez años que su padre habia muerto, sin que se hiciese justicia alguna en quien notoriamente habia sido su asesino, y robusteciendo su memorial con una acusacion del paje Antonio Enriquez, que ofrecia dar las pruebas indudables de que por órden del señor Antonio Perez, y por dinero suyo, se habia matado al secretario Escobedo.

Además de esto, un capitan inválido, sobrino del asesinado, don Pedro Quintana, pedia como única recompensa de lo mucho que habia servido al rey en campaña, se le permitiese decir cuanto sabia y habia descubierto, buscando de una manera incansable, desde el asesinato de su tio.

Todo esto habia sido preparado por los Vazquez, y dió ocasion para que el rey cediese á una peticion de Rodrigo, de que no pudiendo escusarse la nueva prueba que se presentaba sin notorio escándalo y detrimento de la justicia, se le autorizara para ampliar el proceso con las declaraciones de aquellos dos nuevos testigos.

Por resultas de esta concesion, á que no pudo negarse el rey, fué preso y fuertemente encarcelado Diego Martinez, mayordomo de Antonio Perez.

La situacion de este se hacia completamente crítica, y se pensó en su fuga á Aragon para que se amparase, como aragonés de nacimiento, de los fueros de aquel reino.

Pero no se hicieron los preparativos de esta fuga con tal sigilo, ó por mejor decir, tan espiado tenia á Antonio Perez Rodrigo Vazquez, que sorprendió este proyecto bastante á tiempo para dar cuenta de él á Felipe II.

Irritóse este cuando supo que Antonio Perez pretendia ampararse de los fueros de Aragon contra su justicia, y autorizó al alcalde para que asegurase la persona de Antonio Perez y le llevase á la

fortaleza de Turuégano, y le pusiese en ella en la mas estrecha incomunicacion, pero con tal que él no fuese á prenderle, sino que enviase á este fin á casa de Antonio Perez á los alcaldes de Casa y Córte, García de Toledo y Espinosa.

Encontróse, pues, de improviso Antonio Perez, el 20 de enero de 1585, con la casa llena de alguaciles, á tiempo que departia con su mujer, buscando los mejores medios para realizar su fuga, porque bien sabia Antonio Perez que apretaba para él el peligro.

Turbóse cuando Gil de Mesa entró y le dijo que subia ya por las escaleras el alcalde de Casa y Córte Alvaro García de Toledo, y que las avenidas de la casa habian sido tomadas por gente de justicia, aunque sin embargo, por olvido sin duda, habian dejado sin guardar el postigo del jardin.

El alcalde Espinosa se habia quedado en el patio.

Doña Juana Coello no se aturdió: la alentó como siempre la habia alentado en las grandes situaciones su gran corazon.

—Puesto que el jardin está libre, dijo apresuradamente á su marido, por allí saldrá Gil de Mesa, saltando por la ventana de mi camarin, é irá á preguntar al arzobispo de Toledo si os mantendrá con todo su poder en la inmunidad del asilo de la iglesia inmediata: si dijere que sí su eminencia, Gil de Mesa volved por el mismo sitio y dad un portazo fuerte con la puerta de mi camarin: id, id, que no hay un momento que perder.

Gil de Mesa salió de la cámara por una puerta, y un momento despues entró en ella, por otra, el alcalde Alvaro García de Toledo.

Casa de este habia estado preso, como sabemos, en los primeros tiempos de su desgracia, Antonio Perez.

García de Toledo le tenia un grande afecto.

Tal vez con esto habia contado el rey para que aquella estrechez de prision á que se sentenciaba á Antonio Perez, fuese hecha con mas blandura.

El alcalde adelantó sombrero en mano y sonriendo tristemente hácia los esposos, besó la mano á doña Juana, y estrechó la de Antonio Perez.

Este se habia recobrado, y doña Juana aparecia tranquila.

—¿Qué novedad es esta, señor Alvaro García? dijo con su manera siempre cortés y afable Antonio Perez: tanto bueno por esta su casa: ¿á qué debemos el contento de ver á vuesa merced?

—Si de contentos se tratara, señor Antonio Perez, contestó el

alcalde, contento me veria yo casa de vuesa merced, y mucho mas encontrándole con mi señora doña Juana, digna por tantos títulos del respeto y de la admiracion de todo el mundo.

Doña Juana sonrió al alcalde, y le saludó, inclinando con suma gracia su hermosa cabeza.

—¿Para cosas que no son de contento venís? dijo Antonio Perez.

—Qué, ¿no sabeis que vuestra casa está llena de justicia, y que abajo se ha quedado, para que no podais escapar, el alcalde Espinosa?

—¡Válgame Dios y cómo arrecian nuestras desdichas! dijo tristemente doña Juana: ¿cuándo se cansará el rey nuestro señor de esta persecucion tan sin fundamento? como que nada ha podido probarse de aquello de que acusan á mi esposo y señor; duélase Dios de nosotros, que bien hemos menester de que su misericordia nos preste paciencia.

—Cosas son estas de los dos hermanos, que tan encarnizadamente nos persiguen, haciendo que el rey se tuerza en su justicia y ande en vacilaciones, y no se acabe nunca lo que debió terminar há luengos años con una sumaria informacion: que si contra mí hubiera pruebas, no se anduvieran con blanduras ni con vacilaciones el rey ni mis enemigos, y hubiérase dado al mundo espanto con la tragedia de mi vida. Descargos tengo bastantes contra las no pruebas que contra mí se fulminan; y si yo no fuera tan leal al rey mi señor, há ya mucho tiempo que hubiera acabado todo pretesto para perseguirme y atormentarme. Pero sentaos si os place, señor García de Toledo, que bien creo que esta prision que en mí se hace cuando tengo la córte por cárcel, ó por mejor decir, esta nueva estrechez de prision, no será tan violenta como el prendimiento de Cristo (y Su Divina Majestad me perdone por esta comparacion); porque esta se parece á aquel, en que se prende á un inocente.

—Sosiéguese vuesa merced dijo el alcalde á Perez, y tómese el tiempo que quiera para prepararse á salir de su casa y á separarse de su esposa; que no traigo yo órdenes de obrar con violencia, ni aunque las trajese las cumpliria punto por punto.

—Pues tome asiento vuesa merced, dijo doña Juana; y si le es posible, manifiéstenos la causa de este nuevo rigor, sobre tantos como hemos sufrido en esta triste separacion de marido y mujer. ¡Válgame Dios, y qué en mal hora hemos nacido!

—La causa aparente, dijo el alcalde, es la acusacion del alférez

Antonio Enriquez, y la crudeza con que, unido á su primo Pedro de Escobedo, pide justicia por la muerte de su tio el capitan inválido don Pedro Quintana. Pero la acusacion de Enriquez es nula, porque habiendo muerto muchos de los que anduvieron en el asesinato del secretario Escobedo, no tiene pruebas bastantes; y por otra parte, no puede recibírsele como testigo, por haber sufrido mas de una pena por delitos. Se ha preso, por su declaracion, á vuestro mayordomo Diego Martinez; pero este ha negado todos los cargos, y no se le ha podido sacar ni una sola palabra que para algo sirva.

—¿Y qué se ha de sacar, dijo Antonio Perez, de donde nada hay? Lo que se ha sacado hasta ahora; desgracias y vejaciones para mí: por lo que se ve bien claro, que lo que mantiene abierto mi proceso no es la justicia, sino la ira de mis enemigos.

—Paréceme, dijo el alcalde, que en vos estriba en gran parte el que esto no haya tenido ya un buen fin; y que si se os aprieta, es porque se quiere que solteis ciertos billetes de su majestad, que se dice son muy importantes.

—Mis papeles se han embargado, dijo Perez; se han leido uno por uno, hasta las cuentas del gasto de mi casa; y si esos papeles que se dice existen, hubiesen existido, mi terrible juez hubiera dado con ellos.

—Afirma el señor Rodrigo Vazquez, dijo el alcalde, que Diego Martinez se llevó dos cofres llenos de papeles, antes de que se hiciese el embargo.

—Creedme, señor García de Toledo, dijo Perez: si de mi casa hubieran salido esos cofres, ya hubieran revuelto la tierra hasta que los hubieran encontrado.

—Pues paréceme á mí que el deseo de encontrar esos papeles es lo que os pone en esta estrechez de prision.

Sonó entonces un fuerte portazo en una de las habitaciones interiores.

El alcalde no dió señal alguna de haber reparado en ello.

En cuanto á Perez y á su mujer, se mostraron impasibles.

—Pues no hay otra causa á qué atribuir este nuevo rigor, continuó el alcalde.

—Espero que esta tormenta se desvanecerá como se han desvanecido otras, dijo Antonio Perez; y puesto que de mi casa he de salir sin remedio, porque lo manda aquel á quien no puede desobedecerse, no quiero abusar por mas tiempo de vuestra condescendencia;

y si me permitís, voy á mudar vestidos, que no he de ir así, de casa y sin equipaje, sabe Dios adónde.

—Id, id en buen hora, dijo Alvaro García.

—Pues con vuestra licencia, dijo Antonio Perez, saliendo de la cámara por la misma puerta por donde habia salido de ella Gil de Mesa antes de que entrase el alcalde.

Doña Juana necesitaba hacer violentos esfuerzos para mantenerse serena.

Por fin, y temiendo dar alguna señal por la que sospechara el alcalde, le dijo:

—Permitidme que vaya á disponer algo, de todo punto necesario para la marcha de mi marido, como la ropa blanca, y otras cosas que no pueden olvidarse.

—¡Oh, señora! sois muy dueña de hacerlo, dijo el alcalde.

Doña Juana salió por donde habia salido Perez, corrió á su camarin, y llegó á la ventana á tiempo que Antonio Perez, que se habia descolgado por ella al jardin, salia por el postigo.

Doña Juana dejó la ventana, y se fué á un balcon que correspondia á la calleja de San Justo.

Vió que en el postigo de la iglesia, en el profundo postigo donde una noche de tormenta se habia escondido Rodrigo Vazquez, habia dos familiares y el arzobispo de Toledo, y que Perez se entraba en la iglesia por el postigo, y tras él los familiares.

Gil de Mesa volvió á entrar en la casa de Perez por el postigo del jardin.

Doña Juana se quitó del balcon, cayó de rodillas delante de su reclinatorio, y levantó á Dios el corazon, las manos y los ojos bañados de lágrimas, llena de agradecimiento y de alegría.

Consideraba salvado á Antonio Perez.

Luego se levantó, y dijo con una decision y una energía sublimes:

—Ahora, que hagan de mí y de mis hijos lo que quieran.

Y abriendo una puerta, llamó á doña Gregoria, su hija mayor, que ya tenia quince años, y era tan hermosa como su madre; á su hijo Gonzalo, que solo tenia doce, y asiéndolos de las manos, se presentó al alcalde García de Toledo, que se paseaba meditabundo por la cámara.

—¿Qué es esto, mi señora doña Juana? dijo el alcalde. ¿Habeis querido darme el contento de que vea á esta hermosa doncella y á este gentil mozo?

—No, señor Alvaro García, dijo con voz sonora, firme y grave doña Juana; la esposa, la madre y los hijos se os presentan, para que hagais de ellos lo que fuéreis servido, en lugar del esposo y del padre.

—¿Qué es esto? dijo sofocado el alcalde. ¿Qué decís, señora?

—Mi esposo ha huido, contestó doña Juana.

—¡Que ha huido el señor Antonio Perez! esclamó aterrado el alcalde: ¡que ha huido abusando de mi noble confianza! ¡y que esto me suceda á mí por tener buenas entrañas!....

Y salió violentamente.

Poco despues, los dos alcaldes y su cohorte de alguaciles registraban la casa desde los sótanos á los desvanes, y volvieron á registrarla, y á mirar y á remirar por todos los rincones.

Antonio Perez no parecia.

—Pues no, no, dijo uno de los cabos de los alguaciles: de la manzana no ha podido salir el señor Antonio Perez, porque está bien cercada.

La manzana se componia únicamente de la casa de Antonio Perez y de su jardin.

Los alguaciles habian comprendido en el cerco la iglesia de San Justo.

—Pues si nadie le ha visto, dijo el alcalde Espinosa, en la iglesia debe estar.

—Pues á la iglesia, dijo el alcalde García de Toledo.

Dejaron una guardia de alguaciles casa de Antonio Perez, y se trasladaron á la iglesia de San Justo y llamaron á su postigo, que correspondia á la casa del sacristan. Pero en vez de este apareció en una ventana un familiar del arzobispo de Toledo.

—¿Qué quereis? dijo avanzando su cabeza fuera de la estrecha y profunda ventana gótica.

—Abrid á la justicia del rey nuestro señor, dijo con voz descompuesta Alvaro García de Toledo, que estaba fuertemente irritado.

—Aquí no puede entrar la justicia, dijo con firmeza el familiar; porque este es un lugar inmune.

—En efecto, dijo el alcalde Espinosa: iglesia es adonde llamamos; inmunidad tiene.

—No importa, dijo Alvaro García: para los reos de lesa majestad no hay asilo: y como reo de lesa majestad puede suponerse por

ser la persona que es, un secretario de Estado que desobedece las órdenes del rey su señor.

—Andémonos con tiento, dijo el alcalde Espinosa; y sobre todo consultemos no sea que nos metamos aquí donde no podamos salir.

Pues quedaos vos aquí, dijo Alvaro García, y guardad bien la salida de la iglesia, que yo voy á consultar.

Y se disparó hácia la Real Audiencia, donde debia estar y en la que encontró á Rodrigo Vazquez. Pero estaba viendo una causa, y no le pudo hablar hasta despues de una hora en que terminó la vista.

Rodrigo Vazquez se puso furioso; llamó torpe é incapaz á su compañero, que le arrastró consigo á palacio, donde no encontró á su hermano Mateo.

Fué necesario ir á su casa, y tampoco se le encontró.

La señora Mónica dijo que su amo padecia delicadezas de conciencia, y que despues de comer, en vez de dormir la siesta se habia ido á rezar.

Pero la señora Mónica no sabia adónde se habia ido con su conciencia lastimada Mateo Vazquez.

Los dos alcaldes recorrieron las iglesias inmediatas, esto es, la de las monjas del Sacramento, la de Santa María, la de San Nicolás, la de Santiago, la de San Salvador, la de la Encarnacion, la de Santo Domingo el Real, la de San Gil, y al fin le encontraron en cruz, de rodillas, delante de un Cristo milagroso que habia en una capilla de aquella iglesia.

Rodrigo Vazquez le levantó bruscamente.

—No reces mas, le dijo: tú estás loco: vente conmigo.

Mateo Vazquez, asombrado, salió de la iglesia detrás de su hermano y del otro alcalde.

—¿Qué sucede? ¿por qué me buscais? dijo apenas estuvo fuera de la iglesia.

—Perez ha burlado al señor Alvaro García, se le ha escapado, y ha tomado asilo en la iglesia de San Justo y San Miguel.

—¡Ah, pardiez! dijo Mateo Vazquez; ¿y quién le ha favorecido para tomar asilo?

—¿Quién? su grande amigo el arzobispo de Toledo, dijo Alvaro García: uno de los familiares del arzobispo fué quien respondió cuando llamamos á la iglesia.

—Esto es grave, muy grave, dijo Mateo.

—Por lo mismo, dijo Rodrigo Vazquez, te hemos buscado para que el rey nuestro señor sepa cuanto antes lo que sucede; tú puedes entrar cuando quieras, como que eres de su casa: ya hemos perdido dos horas: el sol se pone; vamos deprisa.

Llegaron en poco tiempo al alcázar; pero Mateo Vazquez se encontró con que no podia verse al rey, porque estaba encerrado en su oratorio con su confesor.

—Esto es grave, gravísimo, repitió Mateo Vazquez: no se sabe lo que el rey piensa en este negocio de Antonio Perez, ni si le favorece ó le persigue. ¡Y haber tomado asilo y ser tan mirado en estas cosas de iglesia el rey nuestro señor!

—¿Y qué mas da, dijo Rodrigo Vazquez, tenerle encerrado en la iglesia ó en el castillo de Turuégano? Todo se reduce á poner en San Justo una guardia de alguaciles.

—A los alguaciles se les soborna.

—Lo mismo puede sobornarse al alcaide de la fortaleza de Turuégano y al de cualquier cárcel: si en sobornos pensamos, seria cosa de tener que guardarle nosotros mismos: ya mira cada cual á lo que le conviene, y por favorecer á uno no se espone otro á ir á galeras por toda su vida.

—Capaces son sus amigos de hacer una mina y sacarle por ella de la iglesia.

—De modo que tambien podria irse por el aire agarrándose á la escoba de una bruja, dijo García de Toledo.

Al oir la palabra bruja, se estremeció Rodrigo Vazquez.

—¡Las brujas!... ¡las brujas!... esclamó: ¡y que no se pueda acabar con esa mala peste!

—Si se nos va Antonio Perez nos quedan su mujer y sus hijos: y malo será que si ve que se les pone en aprieto no se presente él, dijo Mateo.

—Antonio Perez es un mal hombre, dijo Rodrigo; y si no se le puede reducir á prision, y á su mujer y á sus hijos se les prende, ya vereis cómo deja que se pudran en prisiones.

—Tengo para mí, dijo Mateo, que estando su majestad con su confesor, ya hay espera para rato: y lo mejor seria, que como la noche se va echando encima, el señor Alvaro García acudiese á la iglesia de San Justo con mas alguaciles, y ayudase al alcalde Espinosa en el cuidado de que no se nos escape Antonio Perez.

—No solamente me parece así bien, dijo Rodrigo, sino que yo

tambien voy con mi ronda: que si cuatro ojos ven mas que dos, seis ven mas que cuatro, tanto mas que para ver al rey tú eres bastante. Con que adios y no te descuides, no sea que despues de acabar con su confesor su majestad se meta en otro quehacer por el cual no puedas verle, y sea este asunto como el cuento de nunca acabar.

Fuéronse los dos alcaldes, y cuando llegaron á la iglesia de San Justo, se encontraron con que el alcalde Espinosa habia llamado oficiosamente al otro alcalde Quintana para que le ayudase en la vigilancia; de modo que la sala entera de señores alcaldes de Casa y Córte, ó lo que es lo mismo, la sala quinta del consejo de Castilla estaba empleada en la prision de Antonio Perez.

CAPITULO XIX.

De cómo no habia inmunidades para el rey don Felipe II.

No se habia engañado Mateo Vazquez en lo de la larga espera. Las Animas eran cuando pasó por la saleta el confesor del rey.

Mateo Vazquez se fué á un ugier.

—Decid al gentilhombre de servicio, le dijo, que el señor Mateo Vazquez, secretario de Estado, le suplica diga á su majestad que necesita hablarle para un asunto importantísimo.

—Su majestad está cenando, señor Mateo, dijo el ugier.

—No importa, no importa.

—Sí importa.

—Os digo que no.

—Yo digo á vuesa merced que sí: ni por un Cristo pasa recado el marqués de Camarasa, que es el gentilhombre que está de servicio, al rey nuestro señor.

—¡El marqués de Camarasa!... dijo vivamente contrariado Mateo Vazquez.

La contrariedad de este consistia en que el marqués de Camarasa pertenecia al bando del cardenal arzobispo de Toledo, que tan fuerte habia sido, cuando formaban parte de él el príncipe Ruy Gomez de Silva y el marqués de los Velez, ya difuntos.

Aquel partido político estaba anulado casi por completo.

Sus únicos prohombres eran el arzobispo don Gaspar de Quiroga, muy viejo ya, y Antonio Perez, puesto completamente fuera de combate.

Santoyo, que tambien habia formado parte de este bando, se habia retirado hacia ya mucho tiempo y se habia consagrado esclusivamente á servir al rey como gentilhombre del interior, ó como ayuda de cámara, que en aquellos tiempos era lo mismo.

—Decid al señor marqués de Camarasa, insistió Mateo Vazquez, que deseo hablarle.

El ugier se entró en la cámara, y volvió á poco.

—El señor marqués de Camarasa, dijo, os suplica que le perdoneis si tarda en venir, porque está metido en una muy importante conversacion con el señor almirante.

—Decid, esclamó ya despechado Mateo Vazquez, que era muy audaz; decid al señor marqués de Camarasa, que en el nombre del rey, y para asunto tan importante, como que es de alta traicion, pase recado de que estoy yo aquí, y que solicito hablar al rey nuestro señor.

El marqués de Camarasa no tardó en aparecer.

Era un buen mozo, como de treinta y cinco años, ricamente vestido, con jubon, mangas y gregüescos de brocado, y calzas de grana.

Venia pálido y descompuesto.

—Vive Dios, dijo, que si no fuérais clérigo, y sobre todo, si no estuviéramos en palacio, ya os enseñaria yo de qué manera se envian recados al marqués de Camarasa.

—¿Y á mí qué? dijo con una aguda salida de tono en el colmo de su cólera, Mateo Vazquez. Pues qué, ¿creeis vos que cuando vengo á servir al rey me ando yo con miramientos ni de grandes ni de chicos, ni con mas que aquello que conviene á su majestad?

—El rey está cenando, dijo el marqués.

—No importa: cuando estaba con su confesor, he esperado, porque bien sé yo que el rey, aunque se hunda su reino, no se levantará de los piés de su confesor dejando interrumpida su confesion; pero fuera de esto, y cuando el caso es grave, gravísimo, urgente, seria yo traidor si no insistiese en la necesidad de ver al rey nuestro señor; y para que bien lo comprendais, sabed que vengo á decir á su majestad que el secretario Antonio Perez, á quien habia mandado prender, se ha escapado con grave desacato al poder real y absoluto de su majestad.

—¡Ah! ¡Que se ha escapado! dijo el marqués sin poder disimular su contento: pues sí, sí, teneis razon, esto debe saberlo al instante su majestad.

Y se entró, desapareciendo por la puerta de la cámara.

Volvió á los diez minutos.

—Pasad, dijo á Vazquez.

—¡Ah! ya sabia yo que el rey me recibiria al momento.

Pero al llegar á la cámara, el marqués de Camarasa dijo á Mateo Vazquez.

—Esperad aquí á que avisen los del interior.

Y el marqués de Camarasa se puso vuelto de espaldas para recibir el calor de la chimenea, dejando como olvidado á Mateo Vazquez, que se puso á pasear impaciente, manchando con sus largas hopalandas enlodadas la alfombra de la cámara.

El rey, á pesar de que le habia sentado muy mal la noticia de la fuga de Antonio Perez, no habia interrumpido su cena ni se habia apresurado.

Felipe II no se alteraba por nada, á lo menos en la apariencia.

Concluyó, pues, tranquilamente de cenar, rezó sus oraciones, y cuando hubo concluido, dijo á Sebastian de Santoyo, mientras se encaminaba á su despacho:

—Tráeme acá al secretario Vazquez.

Poco despues entraba Mateo en la recámara del rey, esto es, en su despacho.

—¿Qué ocurre de nuevo? dijo el impasible Felipe II: ¿qué es eso de haberse escapado el secretario del Despacho Universal, Antonio Perez?

—Señor, contestó Mateo Vazquez con la rodilla en tierra: el señor Antonio Perez ha burlado al alcalde de Casa y Córte que habia ido de órden de vuestra majestad á sacarle bien asegurado de su casa para ponerle preso en la fortaleza de Turuégano. Mi hermano Rodrigo me envia á vuestra majestad para que le dé cuenta de este suceso.

—Mas valiera que se hubiera ido en busca del prófugo y le hubiera conducido adonde hemos mandado.

—Se sabe donde está, señor, dijo Mateo Vazquez, que permanecia de rodillas.

—¿Y por qué no le han preso?

—Porque donde está no se le puede prender.

—¡Cómo! ¿Pues dónde no puede prenderse á un vasallo mio, á quien yo mando se prenda?

—En sagrado, señor.

—¿Ha tomado asilo?

—Sí señor.

—¿Dónde?

—En la iglesia de San Justo y San Miguel.

—Esa iglesia no tiene privilegio de exencion, sino simple inmunidad, y la inmunidad cesa para los que cometen delitos de lesa majestad.

—Ciertamente, señor.

—Antonio Perez ha cometido desacato contra mí, desobedeciendo una órden mia, y el desacato contra el rey es siempre delito de lesa majestad: id, Vazquez, id, y de órden mia haced que os entreguen la persona de Antonio Perez; y si se negasen á entregárosla y á abrir las puertas, echadlas abajo y prended donde le encontreis, muerto ó vivo, al secretario Antonio Perez.

—¿Tendria vuestra majestad la bondad de darme esa su real órden por escrito?

—Escribid.

Mateo Vazquez se acercó á la mesa, se puso de rodillas en el cogin que estaba en el escabel, junto al sillon del rey, y escribió la real órden que dictó Felipe II.

El rey la firmó.

—Refrendadla, dijo: dejad ahí la original, y sacad traslado para el cura párroco de San Justo.

Mateo Vazquez hizo el traslado y lo firmó.

—Id, id, dijo el rey: cumplimentad esa órden y volved á darme parte de lo que hubiese sucedido: no me recojo hasta que volvais.

Mateo Vazquez dobló el traslado, le cerró, escribió en la nema el nombre del cura párroco de San Justo, selló la nema con las armas reales, y despues de besar la mano al rey, salió.

El rey se fué á una papelera, tomó un enorme legajo, sobre cuya carpeta se leia: «Antonio Perez,» le llevó á la mesa, le abrió, puso dentro de él la real órden, volvió á cerrarle, le llevó á la papelera, y luego se sentó en su mesa de despacho, y se puso á trabajar tan impasible, á pesar de que estaba solo, como si nada le hubiera contrariado.

Mateo Vazquez iba casi á la carrera: atravesó el arco de Palacio,

la plazuela de Santa María, la Almudena, la calle del Sacramento, la plazuela del Cordon, y llegó al fin á la iglesia de San Justo.

Allí encontró la sala de señores alcaldes de Casa y Córte, á la que auxiliaban cuarenta alguaciles.

Nunca se habia presentado tan formidable la justicia.

La mayor parte de los alguaciles tenian arcabuces.

—Por fin, dijo Mateo Vazquez, metiéndose entre los cuatro alcaldes de Casa y Córte: ya le tenemos; aquí traigo el traslado de una real órden para el cura, en la que se le manda franquee el paso á la justicia bajo las penas que haya lugar, y autorizándome para entrar á viva fuerza, y apoderarme donde le encontrare, de Antonio Perez, muerto ó vivo.

Le rebozaba el gozo por los ojos al clérigo.

Los cuatro alcaldes pusieron una cara semejante á la del gato á quien se arroja un raton.

Inmediatamente, Rodrigo Vazquez de Arce llamó con la punta de su vara y con estruendo á la puerta de la iglesia.

—¿Quién llama á estas horas? dijo desde adentro una voz en que hervia la bilis.

—Tomad una real órden del rey nuestro señor para el cura, dijo Mateo Vazquez.

Se abrió una de las rejillas de la puerta de la iglesia, y asomaron por entre los hierros los dedos de una mano que tomaron el pliego.

La rejilla volvió á cerrarse.

A poco se abrió de nuevo, y se oyó una voz de anciano, pero firme y severa.

—Siento mucho, dijo, no poder obedecer al rey nuestro señor, porque antes que el servicio del rey es el servicio de Dios.

—Mirad no os pese, dijo Mateo Vazquez.

—Sea lo que quiera, yo no puedo obedecer, dijo el cura.

—Entraremos por fuerza.

—Vos vereis lo que haceis.

—En la iglesia se ampara un reo de lesa majestad.

—Tengo órden del arzobispo de Toledo para no entregarle.

—¿Y á qué son tantas palabras? dijo Rodrigo Vazquez: ¿hay mas que allanar las puertas?

—Dios os perdone, señor alcalde, dijo el cura, por lo que intentais hacer con su casa.

Se intimó por una y otra vez al cura y nada se consiguió.

Disculpábase este siempre con el mandato del arzobispo de Toledo.

Al fin, Rodrigo Vazquez mandó á los alguaciles que franqueasen á viva fuerza las puertas, y estas fueron abiertas con palancas.

Rodrigo y Mateo Vazquez entraron con Alvaro García de Toledo y la mitad de los alguaciles.

Los alcaldes Espinosa y Quintana se quedaron fuera con la otra mitad, guardando las salidas.

Se registró la iglesia hasta debajo de los altares, sin perdonar hueco, ni confesonario, ni retablo.

Habia quien queria que se abriesen las tumbas.

La casa del cura fué tambien registrada minuciosamente.

Las habitaciones de los otros clérigos adjuntos á la iglesia, la del sacristan, los desvanes de estas, la torre, y por último, cuando ya se iban aburridos, creyendo ó que Antonio Perez se habia escapado por el aire, ó que habia corrompido á los que se habian quedado en guarda, mientras Alvaro García de Toledo habia ido á buscar á los Vazquez, cuando se le ocurrió á un alguacil, que se llamaba Tripilla, que Antonio Perez podia estar escondido sobre las bóvedas del templo.

—Pero, dijo el sacristan, por las bóvedas no puede andarse: el tejado está tan pegado á ellas, que solo pueden pasar los ratones.

—No estais vos mal raton, dijo Mateo Vazquez; si eso puede ó no puede ser, ya lo veremos. Subamos á las bóvedas.

Por una puertecilla situada en el interior de la iglesia, bajo la torre, subieron por una estrechísima escalera de ojo y uno á uno.

No fué ciertamente Mateo Vazquez delante: se sabia que Antonio Perez era hombre de corazon, y podia muy bien estar armado, en cuyo caso el primero que le descubriese podia correr gran peligro.

Se echó delante al sacristan: en seguida iba con una linterna Tripilla, que estaba reconocido como hombre de aliento.

Seguian otros seis alguaciles tambien con linterna. En pos de ellos iba Mateo Vazquez: detrás otro alguacil con linterna: luego Rodrigo Vazquez, los alcaldes Espinosa y Quintana y otros cuatro alguaciles.

Tan estrecha era la escalera, que Alvaro García de Toledo, que era hombre recio y de mucho vientre, quiso en vano subir: no ca-

bia ni con mucho por el hueco: se quedó abajo guardando con otros seis alguaciles la entrada de las escaleras.

El resto de la gente de justicia estaba fuera rodeando la iglesia.

Llegaron al fin á las bóvedas.

El tejado, en efecto, tocaba casi á la curvatura de las ojivas.

Se marchaba dificultosamente: habia necesidad de encorvarse: se pasaba rozando por una y otra parte en una posicion violenta.

A poco que adelantaron se encontraron todos ennegrecidos de polvo y cubiertos de telarañas. Las ratas huian en tropas.

Entre las primeras ojivas nada se encontró.

Al fin, al llegar á la parte posterior de la ojiva del presbiterio, el alguacil Tripilla lanzó un grito de alegría, semejante al que debió lanzar Colon al ver levantarse del seno del Océano una tierra desconocida.

—Dése vuestra señoría preso al rey nuestro señor, dijo Tripilla con voz estentórea, que retumbó sobre las bóvedas.

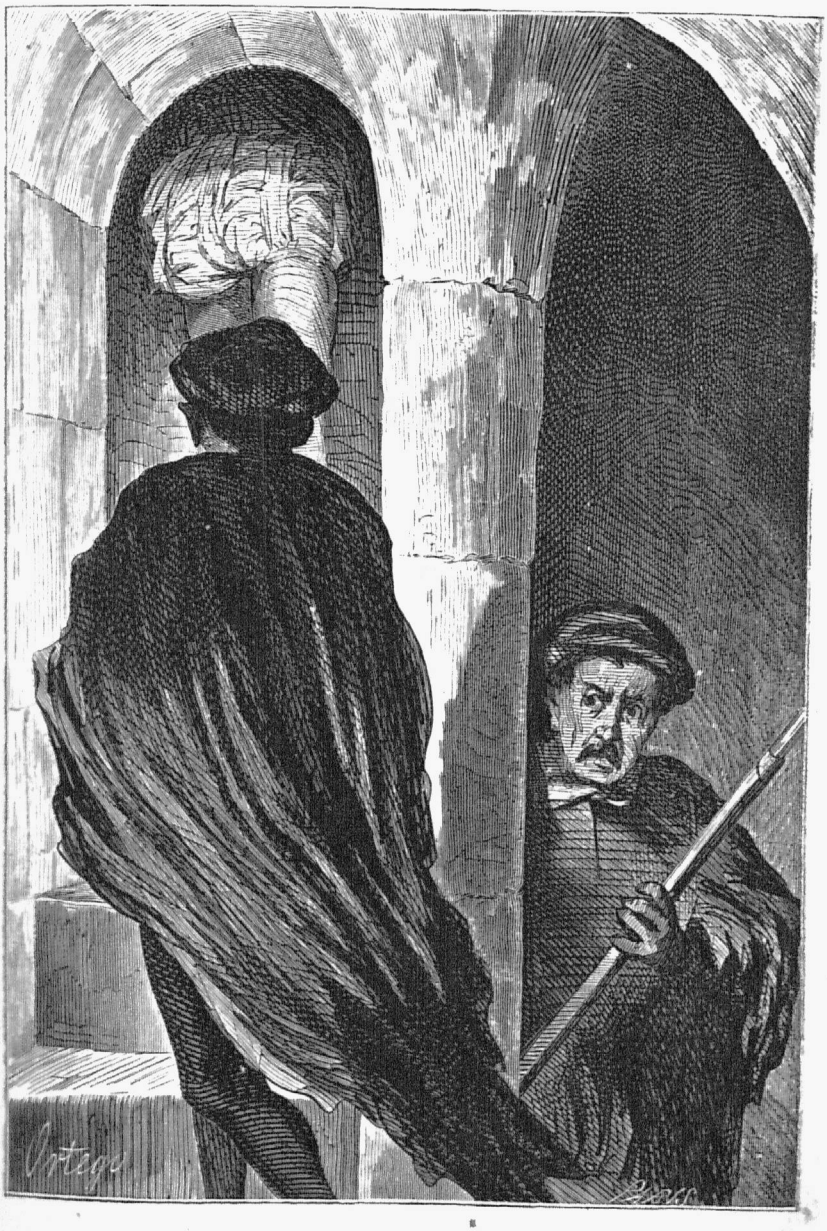
—Doyme preso, contestó Antonio Perez, que estaba replegado en un ángulo agudo, formado por una reunion de aristas de la caprichosa forma de la bóveda del presbiterio; pero apartad enhoramala vuestra espada, que podeis herirme.

—Pues salga vuestra señoría, dijo Tripilla.

—¡Apartaos vive Dios para que pueda salir! dijo Perez de muy mal talante.

Al fin los Vazquez tuvieron el gusto de encontrarse en la iglesia con Antonio Perez, cubierto de polvo y de telarañas.

Le metieron en un coche que estaba prevenido, no sin una enérgica protesta del provisor del arzobispado que habia acudido, y sin permitir que Antonio Perez entrase en su casa y se despidiese de su mujer, y sin dejar á esta que saliese de su casa para despedirle, acompañado en el coche por el alcalde Quintana, que era una especie de verdugo, y escoltado por doce alguaciles á caballo, á aquella hora, que era la una de la madrugada, fué conducido á la fortaleza de Turuégano, próxima á Guadalajara, donde se le encerró estrechamente en una mazmorra mal sana, dejándole incomunicado.



Llegaron al fin á las bóvedas.

CAPITULO XX.

En que toman cuerpo las ironías de Rodrigo Vazquez de Arce.

Volviéronse cada cual á su casa, y muy satisfechos, los dos hermanos.

Ya habian obtenido un gran triunfo.

Parecia como que el rey se habia decidido á tratar con un durísimo rigor á Antonio Perez.

En cuanto á doña Juana Coello, el rey se contenia.

A pesar de que á todas luces era cómplice de la fuga de su marido, el rey no habia mandado se la pusiese en guarda; es decir, habia quedado en su casa en completa libertad con sus hijos.

A todo lo que habia llegado el rey, habia sido á que se embargasen los muebles, los trenes, los tiros de estos, y cuanto en la casa habia, inclusa esta, que era propiedad de Antonio Perez.

Otras casas que en Madrid tenia y sus bienes, habian sido tambien embargados.

Hasta entonces el secuestro se habia reducido á los papeles.

Alegrábase Rodrigo Vazquez de que doña Juana Coello no estuviese presa, porque así tenia mas libertad para verla, y mas medios para intimidarla.

Comió con un apetito voraz, porque no habia comido en todo el dia desde el almuerzo, ocupado en el prendimiento.

Se acostó satisfecho; pero no pudo dormirse, á pesar de que estaba muy fatigado.

Apenas se habia metido en la cama el alcalde, cuando Cosme Sorruelos, su ayuda de cámara, que le habia desnudado, se salió de su habitacion, atravesó una galería, bajó una escalera, y entró en el jardin, y le atravesó á oscuras, porque la noche era lóbrega, llegó al postigo y le abrió.

—Gracias á Dios que habeis llegado, dijo una voz de hombre, que parecia la de Gil de Mesa. Hace tres horas que estamos esperando aquí esta señora y yo, helados de frio.

—Acaba de acostarse mi amo, dijo Sorruelos, y me ha sido imposible bajar hasta ahora.

—¿Habeis dejado abiertas todas las comunicaciones?

—Sí señor; pero os confieso que me se va haciendo cuesta arriba todo esto: mi amo no se asusta tan fácilmente, y ya veis que todos los trampantojos que yo he hecho para que crea que en la casa hay duendes y entre en miedo, han aprovechado muy poco: todo se ha reducido á que mi amo haya hecho que un cura riegue con agua bendita la casa y esté rezando tres horas en cada habitacion, despues de lo cual se ha quedado tranquilo.

—¿Habeis puesto los polvos que se os dieron en la cámara de vuestro amo?

—Sí señor: en su caja están, detrás del sillon de la mesa de despacho: ¿y qué hay que hacer con ellos?

—¿Habeis dejado la lámpara de manera que se apague pronto?

—Sí señor.

—¿Teneis preparadas las cadenas y la rueda con mazos y campanillas?

—Sí señor.

—¿En sitio por donde se puedan quitar de en medio?

—Se pueden tirar por una ventana al jardin: yo esperaré, y los echaré al pozo.

—Bueno: ¿teneis preparada una copilla, fuego en ella, y una pajuela de azufre?

—Sí señor.

—Pues entremos: vais á llevar á esta dama al mismo dormitorio de vuestro amo, y á mí me vais á poner en la habitacion inmediata, donde están las cadenas y la rueda.

—Me espongo á ir á galeras, dijo Sorruelos, impidiendo aún la entrada en el jardin.

—Ya, dijo Gil de Mesa: distraido, me habia olvidado de lo prin-

cipal: ahí teneis esa bolsa con veinticuatro doblones de á ocho.

—Pues vaya, de esta manera ya puede uno atreverse á algo: la culpa es de mi amo que nos tiene á media racion esperando el sueldo mas de lo justo; porque cada cual se afana por tener aquello sin lo que nada se tiene. Vamos, entrad y no hagais ruido.

Se oyó el ligero rozamiento del traje de una mujer.

Cerró el postigo Sorruelos, le siguieron dos bultos, atravesaron el jardin, y se metieron en la casa.

Entre tanto Rodrigo Vazquez dormitaba, sin lograr obtener un sueño tranquilo: se le revolvian en la cabeza un millon de imaginaciones.

Parecia como que su conciencia se habia empeñado en contarle su historia, que él no queria oir.

—¿Por qué he de acordarme yo de estas cosas? decia; ¿y por qué estas cosas no han de dejarme dormir? y esa lámpara que se apaga: Sorruelos es un descuidado; pero leal, eso sí, y me quiere mucho: ¿y qué me importa á mí que me quiera ó no me quiera Sorruelos? ¡bah! tengo mala la cabeza; se me ocurren cosas, estrañas unas, ridículas otras: es natural: todo un dia de ansiedad y de ayuno: y luego la satisfaccion de haberle visto humillado, sucio, negro, como un cualquier perdido que huyendo de la justicia se mete en un mal lugar: preso, verdaderamente preso: hoy en un calabozo; mañana en ese calabozo con grillos y cadenas, á pan y agua, sin lecho, sin luz, sin esperanza: porque vos perdereis la esperanza, señor Antonio Perez, cuando veais que el rey os trata así, y entregareis esos papeles que tienen al rey atado de piés y manos; y entonces, cuando no podais descargaros de tanta acusacion como sobre vos pesa, os degollaremos como se degolló al condestable don Alvaro de Luna, que era mas poderoso que vos, mas sabio que vos, y mas estimado del rey don Juan Segundo que lo que vos lo estais ó lo habeis estado del señor rey don Felipe: dicen que teneis hechizado á su majestad; pero tambien decian que el condestable tenia hechizado al rey don Juan el Segundo, y los hechizos no impidieron que el rey mandase cortar al condestable la cabeza. ¿Y qué hechizos teneis contra el rey don Felipe? ¿Ama el rey á vuestra mujer?

Esta pregunta que el alcalde se hizo á sí mismo, le irritó: hizo latir violentamente su corazon, en el cual se concentró su sangre; causó en su estómago un frio angustioso, y en su cabeza un vértigo.

Rodrigo Vazquez adoraba á doña Juana Coello, y no se sabia si

aborrecia mas á Perez porque era marido de doña Juana ó porque era favorito del rey.

Parecia como que Perez estaba definitivamente perdido.

El rey, durante el tiempo invertido en buscar á Perez, habia enviado órdenes á Rodrigo Vazquez para que la prision del secretario de Estado en el castillo de Turuégano fuese muy estrecha; para que se embargasen sus bienes y se vendiesen públicamente en desagravio de la real Hacienda, que segun la sentencia del proceso de visita que se habia instruido á Perez, habia sido perjudicado.

Parecia que esto era una decision formal del rey contra Antonio Perez; pero como las intenciones de Felipe II nunca aparecian claras, Rodrigo Vazquez se perdia en deducciones.

¿Apretaria el rey á Perez para obligarle á entregar los papeles que le exculpaban?

¿Pretenderia el rey la destruccion de estos papeles para poder arrojar sin temor toda la responsabilidad del asesinato de Juan de Escobedo sobre su secretario?

Ó acaso, cuando estos papeles hubiesen sido destruidos, cuando ninguna prenda del rey quedase en poder del vasallo, ¿daria por terminado aquel difícil asunto, y volveria á su favor á Perez?

Pedro de Escobedo, es cierto, podria reclamar, pero ya en otra ocasion el rey habia aterrado indirectamente á Pedro de Escobedo por medio de su confesor y de otras personas graves, y habia comprado á peso de oro su desistimiento.

Pedro de Escobedo, por codicia ó por el grito de la conciencia, y mas que por todo por las gestiones de los Vazquez y de su primo don Pedro Quintana, habia vuelto á la carga, pidiendo con mas insistencia que nunca justicia contra Perez por el asesinato de su padre.

¿No podia ser de nuevo aterrado y comprado Pedro?

Parecia como que el rey tenia la seguridad de la negra traicion que Perez le habia hecho siendo amante de la princesa de Eboli. Pero esta seguridad ¿no podia ser combatida por una duda, y sobre todo por la soberbia del rey, que le hiciese creer imposible que nadie se atreviese á ofenderle?

Sin embargo, aunque el rey no habia vuelto á ver á Antonio Perez desde que tuvo conocimiento de los amores de este con la princesa, habia continuado encargándole el despacho de los negocios mas árduos, lo que significaba que el rey necesitaba en gran manera á su antiguo secretario.

La princesa de Eboli habia muerto indudablemente de mala muerte: podria ser muy bien que el rey se hubiese satisfecho con esta venganza.

Además, los Vazquez habian sorprendido el grande afecto ó mas bien, el amor obstinado que el rey sentia por doña Juana Coello.

Otra mujer amante de Perez, aunque esto solo lo supiesen los Vazquez, Casilda, habia sido engrandecida, enriquecida, y era visitada de noche, en altas horas y con alguna frecuencia, por el rey.

Perez la visitaba tambien recatadísimamente.

Un niño de diez años que se criaba en Valladolid, y que se parecia mucho á Antonio Perez, era hijo de Casilda, reconocido como legítimo.

Por una cédula del rey, el nombre del marido de Casilda, padre legítimo reconocido de Gonzalo, estaba envuelto en un profundo misterio.

Rodrigo Vazquez sabia que este nombre era el del ajusticiado José Alegría.

Todas estas consideraciones, todas estas suposiciones, hervian en la cabeza del alcalde, le aturdian, le desorientaban; nublaban su alegría por el estado aflictivo y amenazador en que en aquellos momentos se encontraba Antonio Perez.

No veia claro.

Fatigada su cabeza, empezaba á acometerle una especie de insomnio vertiginoso.

La lámpara de noche se extinguia: la opacidad de la habitacion y el estado de la imaginacion del alcalde le hacian ver sombras indeterminadas, estrañas visiones que no le aterraban, porque formaban parte de aquella delirante vigilia.

Al fin la lámpara chascaró con fuerza, dilató su luz, relampagueó un momento, y se apagó.

Entonces, de entre las tinieblas brotaron para Rodrigo séres monstruosos, verdaderos aparecidos fantásticos abortados por una conciencia que estaba muy lejos de la tranquilidad, por la satisfaccion de sí misma.

Rodrigo Vazquez dormitaba, sufria, se revolvia en su lecho; le abrumaba aquel insomnio, y no tenia ni aun voluntad para dominarle, para lanzarle de sí.

En tal estado estaba Rodrigo Vazquez, que no pudo sentir un

leve paso que se deslizaba sobre la estera que cubria el pavimento de su dormitorio.

Si hubiera estado en el completo uso de su razon, hubiera descubierto á una mujer en aquellos pasos, porque los acompañaba el leve roce de una falda.

De improviso, un débil reflejo azul tiñó las paredes, proyectando sobre ellas grandes sombras, provenientes de los muebles que estaban en medio de la cámara, esto es, del sillon y la mesa de despacho.

Súbitamente una luz fuerte, blanca, iluminó por completo la cámara, produciendo en ella un efecto fantástico.

Una mujer hermosísima, vestida de blanco, y con un antifaz negro sobre la mitad del semblante, apareció detrás de la mesa, la salvó y adelantó hácia el lecho.

Al mismo tiempo, en la habitacion inmediata, resonaba un fuerte estrépito de cadenas, de campanillas de diferentes timbres, y de golpes sordos de diversas densidades.

Rodrigo Vazquez se incorporó violentamente y fijó con ánsia, pero sin miedo, la vista asombrada en aquella vision blanca, magnífica, vaporosa, fantástica, que adelantaba hácia él lentamente.

Era sin duda para el juicio de Vazquez un duende; pero un duende tan hermoso, de forma tan voluptuosa y tan esbelta, de actitud tan gallarda, que no se podia tener miedo.

Gruesos y largos rizos de color de oro caian á los lados de aquel semblante hechiceramente oval, medio cubierto por un pequeño antifaz de terciopelo.

Entre los rizados cabellos que coronaban la frente nacarada del fantasma, se veia un joyel de diamantes.

Un collar de oro y rubíes hacia resaltar la blancura de una garganta admirable, embelleciendo su esbelta forma y su incitante morbidez.

El ancho traje de brocado blanco en plata, descotado y con las mangas muy cortas, dejaba ver los hombros, el nacimiento del seno y los brazos de aquella ilusion, que se acercó hasta quedar á poca distancia del lecho del alcalde.

Aquello duró algunos segundos.

La luz vivísima que inundaba el dormitorio se extinguió, envolviéndolo todo las tinieblas, y cesó completamente el ruido de las cadenas, de los mazos y de las campanillas.

—Estoy loco, dijo en voz alta el alcalde: este es un sueño horrible: los muertos se levantan de su tumba, pero se levantan en mi memoria.

—No, dijo una voz severa de mujer: no, Rodrigo; los muertos se vengan: los que mueren de mala muerte y en pecado mortal, como yo fenecí por un crímen tuyo, viven en pena, y se gozan en los tormentos y en la agonía de sus asesinos.

—¡Ah! esclamó con la voz trémula de miedo Rodrigo: ¡tú eres Mencía de Santistéban, la mujer del indiano don Gomez de Prado!

—Sí, yo soy, contestó otra voz cascada, horrible, malévola.

—¡Ah! esclamó con espanto la voz fresca y jóven que habia hablado antes.

Al mismo tiempo se oyó el ruido marcado y fuerte de las rápidas pisadas de una buena moza que huia.

—¡Ah! ¿qué es esto? esclamó el alcalde.

—Mírame, dijo la misma voz cascada y horrible.

Y al mismo tiempo se oyó un leve crujimiento metálico, y la luz de una linterna sorda iluminó el horrendo semblante de la tia Zampoña, que se alumbraba á sí misma.

Aquello habia sido un terrible cuadro disolvente.

Habia desaparecido una vision radiante y encantadora, y habia quedado una vision negra y horrenda.

—¡Venganza! esclamó la tia Zampoña.

—¿Quién eres tú, demonio? dijo con voz trémula el alcalde.

—¿No te acuerdas ya de la tia Zampoña, de la bruja del cementerio de San Millan?

—¡Ah! ¡Tú!

—Sí, yo soy; yo, fugitiva, miserable, abandonada por todos: yo, que salgo de noche como las lechuzas, los buhos y los murciélagos; yo, que me escurro entre la sombra, ansiosa de la rabia, del martirio, de la desesperacion de mis enemigos; yo, Mencía de Santistéban, que te perdono, aunque has sido el causador del horrible estado en que me encuentro: pero véngame, véngame, Rodrigo, y véngate.

—¡Que te vengue! ¡Que te vengue! ¡Esplícate!

La tia Zampoña se encaminó á la mesa, dejó sobre ella la linterna, y vino y se encaramó en el sillon que estaba junto al lecho, se replegó en él, y fijó su horrible mirada en el alcalde.

—Me debes, dijo Rodrigo Vazquez, el no haber sido quemada viva por el Santo Oficio.

—Y te debo tambien la horrible vida que me ha degradado, que me ha convertido en un sér maldito, que me ha trasformado en una vieja horrible y asquerosa. ¡Ah! ¡tu brutalidad! aún no crees que yo sea aquella hermosísima doña Mencía de Santistéban, á pesar de lo que hablamos en la cárcel del Santo Oficio hace algunos años; y al ver hace un momento delante de tí á mi hija, has creido que era yo que me levantaba de mi tumba para atormentarte.

—¡Tu hija! ¡Que era tu hija la hermosa aparicion que he visto hace poco! ¡Casilda!

—Sí, Casilda, hija mia, hija del rey don Felipe: tambien has dudado de esto á pesar de que yo te lo habia afirmado, y has llegado á creer que Casilda era amante del rey.

—El rey la visita con mucha frecuencia.

—El rey la ama, porque no tiene duda de que es su hija, y porque ama todo lo que es suyo, aunque amándolo lo despedace, como despedazó á su hijo el príncipe don Cárlos, como despedazó á su hermano don Juan de Austria, como despedazará á su otro hermano Antonio Perez.

—¡Antonio Perez! ¡Que Antonio Perez es hermano del rey!

—Sí; hijo del gran emperador don Cárlos V y de la hermosísima señora doña Magdalena Osorio, Figueroa del Real, Aguilar y Aragon, condesa de Valfrio, dama de honor de su majestad la emperatriz doña Isabel de Portugal, que santa gloria haya.

—¿Y sabe el rey, esclamó con espanto Vazquez, que Antonio Perez es su hermano?

—Sabíalo por papeles secretos de Estado, pero sin historia, ignorando quién fuese su madre: la historia de los amores del emperador con la condesa de Valfrio se la he revelado yo punto por punto; y como de secreto en secreto, Antonio Perez ha llegado á aparecer hijo natural de Gonzalo Perez, secretario de Estado del emperador, cuyo hijo fué por el emperador legitimado, callándose el nombre de la madre.....

—¡Ah! esclamó Vazquez con rabia: ¡pues estamos perdidos! el rey no se atreverá á nada contra Antonio Perez. Ahora comprendo las vacilaciones y las dudas del rey en este asunto.

—No estamos perdidos, sino por el contrario, muy ganados: el rey aborrece de muerte á Antonio Perez; no ha podido olvidar que

le robó el corazon de la mujer que mas ha amado en el mundo, de la princesa de Eboli: sentenciado á sentir celos por causa de Antonio Perez, se ha enamorado sin esperanza de doña Juana Coello, y ve con una rabia indecible que su hija natural Casilda á Antonio Perez ama, que le ha dado un hijo que es su nieto, que por él es infeliz, y es difícil de averiguar si las vacilaciones del rey respecto á Perez son por el horror á un nuevo fratricidio, ó por no causar un agudo dolor á doña Juana Coello, ó por no desesperar á su hija, ó porque Antonio Perez es su único secretario de Estado, la mitad de su poder por lo menos: tal vez todo esto junto, labra la incertidumbre del rey acerca de lo que debe hacer de Antonio Perez.

—Y bien; todo esto es terrible, dijo Vazquez.

—Por lo mismo he venido á verte, penetrando en tu casa, gracias á haber dejado abierto el postigo del jardin Gil de Mesa y Casilda, de quienes desde lejos, y oculta en la sombra, no aparté la vista.

—Con que todos estos ruidos, todas estas apariciones, nada tienen de sobrenatural.

—No; te venden tus criados, despídelos; dame las gracias por haberte avisado, y adios.

—¿Te vas? ¿No me esplicas?.....

—No hay necesidad de esplicarte nada; eres bastante perverso y bastante sagaz para tejer con todos los hilos que he puesto en tu mano una red horrible; tú me vengarás, y me vengarás de tí mismo: te dejo en un infierno; adios.

Y se lanzó del sillon, se fué á la mesa, y tomó la linterna.

Vazquez se arrojó de la cama con intencion de apoderarse de ella; pero doña Mencía cerró la linterna, quedó todo en la oscuridad, y Rodrigo Vazquez, al estender las manos crispadas, se encontró con el vacío, gritó, alborotó la casa, acudieron sus criados con luz, y nada se encontró, por mas que se registró por todas partes.

El postigo del jardin estaba cerrado.

Sin duda se le habia franqueado doña Mencía con una llave maestra.

CAPITULO XXI.

Una dueña como no ha habido otra en el mundo.

Rodrigo Vazquez no dijo á nadie, ni aún á su hermano, lo que le habia acontecido aquella noche.

Acabó por alegrarse de ello, recordando todo lo que le habia dicho la tia Zampoña.

Por las revelaciones de esta resultaba:

Primero: que Casilda era hija natural del rey.

Esto lo sabia Rodrigo Vazquez, pero habia dudado: ya no le quedaba duda alguna.

Casilda no era, pues, amante del rey; era su hija.

Se esplicaban, pues, el gran lujo, la gran casa y la rica hacienda de Casilda.

El rey volvia por su sangre.

No habiendo podido declarar infanta á Casilda, la habia dado un patrimonio de infanta.

No pudiendo tenerla en el alcázar, iba á verla con frecuencia en altas horas de la noche, y de rigoroso incógnito.

¿Sabria Casilda que el rey era su padre?

Esto no debia suponerse: el rey era muy reservado, y por mas que como padre tratase á Casilda en sus entrevistas, podia suceder

que Casilda creyese que esto no era mas que una gran reserva de conducta de parte del rey.

Esta situacion del padre y de la hija podia esplotarse.

Segunda cosa que resultaba de las revelaciones de doña Mencía ó de la tia Zampoña, como mejor queramos:

Que Antonio Perez era hermano natural del rey, habido por Cárlos V en la condesa de Valfrio.

Esto esplicaba la incertidumbre del rey respecto á Antonio Perez, y podia esplotarse grandemente.

Tercera revelacion: que Antonio Perez y Casilda eran amantes, y tenian un hijo mayor de diez años que vivia con su madre, considerado como legítimo.

De esto podia nacer una tercera intriga.

Casilda adoraba á Antonio Perez: no podia dudarse de ello, puesto que se habia lanzado hasta el interior de la casa de Vazquez para hacer una farsa fantástica, resuelta sin duda á aterrar y á fascinar á Rodrigo Vazquez.

No habia podido hacer esto sin ponerse en connivencia con uno de los criados de Vazquez.

¿Y quién otro podia ser mas que su ayuda de cámara, su criado de confianza, Sorruelos, en una palabra?

Rodrigo Vazquez empezó á concebir el embrion de una intriga de Satanás, y cuando se levantó á la hora de costumbre, llamó á Sorruelos, se encerró con él, tiró de la espada y la puso sobre la mesa.

Al ver esto, Sorruelos abrió enormemente los ojos, en que aparecia una espresion de espanto, porque tenia la conciencia cargada, y sabia que su amo era capaz de cualquier cosa, así de darle una paliza, como de rajarle de alto á bajo, segun y cómo viniese á cuento.

—Yo debia meterte en la cárcel, dijo Rodrigo.

—¡Y á mí, señor, por qué! contestó todo trémulo Sorruelos: ¿he robado yo ó he matado á alguien?

—Has robado y has matado mi confianza, pícaro.

—¿Yo?

—Tú.

—Vuestra señoría se engaña.

—Ven acá, infame, dijo Rodrigo agarrándole de una oreja y llevándole detrás de su sillon al pié del cual habia un bote de

hojadelata ennegrecido, en el que quedaban resíduos requemados. ¿No es esto un chisme que ha quedado aquí porque no se lo han podido llevar de una tramoya de teatro destinada á hacerme creer en apariciones del otro mundo?

—¿Y á mí qué me cuenta vuestra señoría? dijo Sorruelos con la cabeza inclinada, de medio lado, á causa de tirarle fuertemente de la oreja su amo.

—¿Cómo que qué te cuento yo á tí, mónstruo de iniquidad, Judas Iscariote, aleve, mal nacido y mal criado? ¿pues quién entra aquí mas que tú, infame?

Y dió tal tiron de la oreja á Sorruelos, que este lanzó un grito y se agarró con las dos manos á la mano del alcalde.

—¿Gritas, eh? dijo este: pues ahora veremos si sabes gritar mejor.

Y soltando la oreja á Sorruelos, echó mano á la espada, que era ancha y larga que metia miedo.

Sorruelos cayó de rodillas y esclamó con voz angustiosa, cruzando las manos y temblando de una manera visible:

—¡Por Dios, señor, no me mate vuestra señoría, que yo no tengo la culpa, sino la miseria en que vuestra señoría me tiene que no me deja mirar por mis obligaciones!

—¿Y qué obligaciones tienes tú, villano y galeote que eres, sino la de servirme fielmente? dijo Rodrigo, blandiendo colérico la espada.

—Es que yo mantengo, señor, á una honrada dueña que no tiene por dónde le venga sino por mi parte.

—¿Y qué tienes tú que meterte en obligaciones perentorias, necio? Si yo no te pago hoy, te pagaré mañana; y aunque mas no sea, comes mi pan y vives bajo mi amparo.

—Sí, sí señor, eso es verdad; ¿pero qué va á comer la infeliz de doña Petronila?

—Que se coma un codo ó que se muera de hambre, ó que se ahorque, que no he de pagar yo sus miserias. ¿Sabias tú, asesino, si esos que te han pagado para que los introdujeras en mi casa querian matarme ó no, ó si traian torcidas intenciones, peores mil veces que la de matarme?

—¡Ay, no señor! que lo que á mí me dijeron era que doña Casilda estaba enamorada de vuestra señoría, y que vuestra señoría no le hacia caso, y que queria probar un recurso por ver si vuestra

señoría se ablandaba y se enamoraba de ella y la sacaba de penas.

—¿Y cómo has podido creer tú, necio, y bestia mas que las que andan á cuatro piés, que ni yo ni ningun nacido pudiese hacer penar á una dama tan hermosa, tan pretendida, tan principal, tan rica como doña Casilda, y viuda? ¿Pues no sabes tú, que harto tiempo me sirves y bien debieras conocerme, porque en mas de un asunto mio has mediado, que yo me vuelvo loco por las mujeres, y que no es necesario que sean tan hermosas y tan ricas como doña Casilda para que esto suceda?

—Es que eso va en ángeles, señor, saltó Sorruelos agarrándose á lo que podia: y tal mujer que de hermosa deslumbra y que todos codician nos da tres patadas en la boca del estómago, y tal otra fea que nadie quiere y anda rodando por los suelos nos coge el corazon y nos liga la voluntad que no podemos movernos.

—Así debe ser tu doña Fulana, dijo Vazquez con desprecio.

—¡Ay, no señor! esclamó con acento de protesta Sorruelos: que doña Petronila está mas fresca que una manzana en su tiempo, y aunque tiene ya cuarenta años, muchas muchachas de diez y ocho la envidiarian: y es mujer de muy buen ingenio y de muy buenas carnes: y que para casarme la quiero, que no con otra intencion pecaminosa y reprobada; ni esto lo consentiria su honestidad.

—Si á pesar de su honestidad, esa doña Petronila ó doña demonios me sirve para lo que la quiero, te perdono tu alevosía.

—¿Y para qué, para qué, esclamó azorado Sorruelos, quiere vuestra señoría á doña Petronila?

—Para que se introduzca como el flato casa de doña Casilda, y vea quién es la bruja de aquella de sus criadas en que mas confianza tiene doña Casilda, á fin de que me introduzca á cencerros tapados en su casa como tú has introducido á doña Casilda en la mia.

—¡Ay señor! para eso sirve doña Petronila como si no hubiera nacido para otra cosa; y así allegando voluntades, y sirviendo á galanes ricos y amparando á doncellas pobres, ayuda á lo que yo le doy para mantener la vida.

—Pues no hablemos mas: en cuanto salgas de aquí te vas y le dices á doña Petronila lo que yo quiero, y que lo haga por el aire si es menester, y que yo no reparo en el premio, que aunque no te pague yo el salario con la puntualidad que tú quisieras, todavía tengo una docena de doblones para agradecer á quien bien me sirva los buenos oficios que por mí haga.

—Descuide vuestra señoría, que en oliendo doña Petronila doce doblones, que supongo serán de á ocho, centinelas suizos habia de haber de por medio, y esto no seria bastante, para impedir que vuestra señoría se viese donde desease; pero no se enoje vuestra señoría si le digo que me dé ese dinero para llevárselo á doña Petronila, porque como ella no es el carro, sino quien ha de empujarle, es necesario para que ande ensebarle las ruedas con unto de Méjico.

Abrió una papelera el alcalde, y vuelto de espaldas á Sorruelos, este le oyó contar oro, y las narices se le pusieron de á palmo.

El alcalde cerró la papelera, se volvió, y dió á Sorruelos seis grandes y relucientes monedas con el busto del emperador.

—Los otros seis, dijo, cuando esté hecho el negocio, que algun cebo en espectativa hemos de poner á la codicia de esa bruja.

—De fiar es ella, que guarda mucho su palabra; y aunque vuestra señoría le diese lo que vale el Potosí de una vez y sin tener que darla mas, ella cumpliria lo que prometiese; y si no lo cumplia, restituiria el dinero sin que faltase un solo maravedí.

—Pues lo que es menester es que no restituya: y abre bien los oidos, Sorruelos, porque te importa: si no me procuras lo que deseo por medio de esa bruja ó de otra, contigo doy en la cárcel y con ella tambien, que no me ha de faltar pretesto para poder apretaros los cordeles y enviaros á tí á galeras y á ella á Santa María Magdalena por toda vuestra vida; con que á ver si hoy mismo me traes la contestacion.

—Ábrame vuestra señoría la puerta que yo salga, que aquí encerrado con vuestra señoría no hago nada mas que tener mucho miedo.

—¿Miedo, pícaro, dijo Vazquez, y al fin y á la postre en vez de salir perdiendo sales ganando?

—Es que como á vuestra señoría se le ponga en la cabeza tenderme la mano, por mucho que gane, pierdo, y no las tengo todas conmigo mientras esté aquí encerrado con vuestra señoría.

Rodrigo abrió la puerta, y Sorruelos salió de tenazon; pero no con tanta rapidez que no le alcanzase un puntapié.

Al medio dia, Sorruelos se entró á ver á su amo, á punto que este habia vuelto de la Audiencia.

—¿Traes alguna buena noticia, Sorruelos? dijo Vazquez.

—Tan buena que mejor no podia ser, dijo Sorruelos: ha de saber

vuestra señoría, que yo ignoraba que la dueña mayor de doña Casilda era prima hermana de mi doña Petronila.

Demasiado lo sabia Sorruelos; porque con él se habia entendido doña Casilda por medio de las dos primas.

—Y bien ¿qué? dijo el alcalde.

—Que vuestra señoría puede ser cuanto mas antes introducido casa de doña Casilda, y si quiere vuestra señoría, esta misma noche á las doce.

—Pues no hay mas que hablar de esto, Sorruelos, dijo Rodrigo, á quien se le alegró el alma, porque, como sabemos, habia andado enamorado de Casilda; y entrar á deshora en su casa, era lo mismo que *ir por atun y á ver al duque*, como dice el proverbio vulgar.

—Pero hay una cosa, señor, dijo Sorruelos, que como veia que le necesitaban, criaba audacia.

—¿Y qué cosa es esa? dijo Vazquez.

—¿Qué ha de ser? que doña Petronila le ha dado los seis doblones á su prima hermana doña Salomé, y se ha quedado sin un maravedí y con apuros, porque como ella no tiene ni yo tengo, dias hay en que la pobre no se desayuna: y hoy sin mas andar le ha dado un flato en casa de doña Casilda mientras hablaba con su prima; y gracias á que esta la socorrió con un caldo y dos magras, y un vaso de vino, que si no, la desdichada pasa un dia negro.

Volvió á abrir Vazquez la papelera, oyó otra vez Sorruelos el sonido tentador del oro, y recibió otros seis doblones de á ocho.

Sorruelos estaba asombrado: no creia tuviese su amo tanto dinero; y á juzgar por lo que habia sonado, quedaba en la papelera mucho mas.

—Alégrate, judío, dijo Vazquez: bien vais engordando doña Petronila y tú con la sangre que me sacais; pero atiende: necesito hablar antes de dos horas con la dueña mayor de doña Casilda.

—Mire vuestra señoría lo que hace; que en poniéndose doña Salomé á chupar, se traga una catedral: y mejor es que este asunto lo manejemos nosotros, que así saldrá mas barato.

—Haz lo que te digo, dijo Vazquez, ó á puro cintarazo te abro los lomos, bribon; déjame tú á mí hacer y no te intereses tanto sobre si me chupan ó no me chupan, que bien me sé yo lo que me hago; y no pierdas tiempo, que me importa.

Sorruelos escapó, se ciñó en su cinto una media espada, se puso

un balandran y un sombrerete, salió de la casa de su amo, se dejó caer sobre la calle de Segovia, la atrevesó, se metió por la Morería, y en ella llegó á la puerta de un casuco.

Llamó, le abrieron, y entró.

—¿Traes mas dinero, lechuzo? le dijo una mujer muy agraciada, como de cuarenta años, y con las trazas mas grandes del mundo de buscona y entremetida.

—Si yo soy lechuzo, tú eres lechuza y media, Petronila, dijo Sorruelos: si yo tardo diez minutos en chuparme el aceite de una lámpara, tú te lo chupas en cuanto lo ves y en un solo instante: aquí tienes otros seis doblones, mi prenda, mas relucientes que el sol.

—Pues dígote, Cosmecillo, dijo doña Petronila, que nos ha venido Dios á ver con estas trabacuentas; porque como cada dia hay mas para buscarse la vida, no se da un golpe sino de higos á brevas, y aun así, pequeño y de poca sustancia. Pero lo que es el enredo que traemos entre manos, es oro puro: ¿sabes tú lo que me ha dado doña Casilda, ella misma á mí propia? Pues me ha dado veinte doblones, que con los doce de tu amo hay para ponerlos á ganancia casa de un genovés, y casarnos y vivir hidalgamente y como Dios manda. Deja, deja, que te voy á dar unas empanadillas de tripa de ángel que me ha regalado mi prima, y un trago de vino del Priorato, del que me ha dado una limeta, para que te regales y te regocijes.

—Pues venga, mujer, y bendita sea la hora en que nos hemos metido ó nos metieron en estas historias.

Doña Petronila sirvió lo ofrecido á Sorruelos, y este se puso á comer con ánsia; porque la mesa de los criados casa de Rodrigo Vazquez era mas de un tanto cicatera, y los pobres tenian siempre ahorrada hambre.

—Pero esplícame tú esto, dijo Sorruelos: ¿cómo es que te ha dado doña Casilda dinero?

—¡Como que te creerias tú que mi prima por nada del mundo engañaria á su ama! ¡como si la hiciera falta engañarla, cuando doña Casilda la regala á manos llenas, y tiene cada alhaja y cada doblon guardado que da envidia! á amos así no los engaña nadie, porque los criados sacan mas dinero sirviéndolos bien que vendiéndolos.

—¿Y ha consentido doña Casilda en que metan en su casa y en su cuarto á un hombre de noche?

—¡Vaya! con alegría; como si viera el cielo abierto.

—Oye, tú, ¿si estará enamorada doña Casilda de mi amo?

—Y si no lo estuviera, ¿á qué habia de haber querido que tú la metieras donde la metiste anoche?

—¿Quién sabe, mujer, quién sabe lo que cada cual piensa y lo que cada cual quiere?

—Y sobre todo, ¿eso qué nos importa á nosotros? Ande lista la cara del rey, que todo lo demás es simpleza, y rodaré yo de cogote por quien me la haga ver, y cuanto mas me la haga ver mejor: no, si no andémonos con repulgos, y cuando llegue el hambre hagámonos una cruz en el vientre, y verás qué gordos y qué lucidos andamos. Allá ellos, Cosmecillo, allá ellos, y su alma en su palma: y si se condenan, nadie los ha llevado al infierno, sino que ellos se han ido por su pié.

—¿Pero sabes tú lo que quiere ahora mi amo?

—Créome yo que por mucho que quiera no ha de decir que no doña Casilda: como que me parece á mí que está enamorada.

—Si en otro tiempo se enamorara de mi amo, no lo estrañara yo, porque era buen mozo; pero tiene ya mas de cincuenta años, está viejo y feo, y todo se vuelve alifafes.

—Mira, Cosme, las mujeres somos como las gallinas, que aunque comamos de lo bueno, nos gusta mas lo peor: y si no, por tí mismo lo ves: que á feo no hay quien te gane, y eres un vejestorio, y sin embargo, yo, á quien todo el mundo pretende, porque soy una real hembra, me muero por tí.

—Que no tenga yo que sacar á cuento lo del sacristan de Santa María, Petronila.

—Aquello fué un entremés: como quien come alcaparras en vinagre para pasar mejor la olla diaria: déjate de tonterías, Cosmecillo, y á lo que importa. ¿Con que quiere tu amo ver á mi prima?

—Sí señor que quiere: y quiere que sea dentro de dos horas; y si puede ser antes mucho mejor.

—¿Pues á qué se aguarda? dijo doña Petronila; no comas mas empanadas, que son muy fuertes y te pueden hacer daño; échate el último trago de vino, y vámonos, tú á casa de tu amo y yo á la de doña Casilda.

—¿Y qué le diré á mi amo?

—Que espere muy pronto á doña Salomé.

Sorruelos volvió con esta buena noticia casa de su amo.

Una hora despues, introducia en el despacho de Vazquez á una dueña muy bien puesta, á una dueña de gran casa, con manto de terciopelo, traje negro de raja de Florencia y toca de Cambray con rastrillo de encaje de Flandes. Era fresca, agraciada, muy blanca y con muy buenos colores, y barnizada la cara con clara de huevo, de tal cual manera que parecia una imágen viviente, que en vez de ir en andas andaba y se movia.

Rodrigo notó que llevaba tres lunares postizos: uno sobre el labio superior, á la derecha; otro en la parte izquierda de la barba, y el tercero en la parte superior de la mejilla bajo el ojo izquierdo.

En las manos llevaba muchas y buenas sortijas, y un rico pañuelo de encaje.

Saludó con suma finura al alçalde, haciéndole tres reverencias.

—Guarde Dios á vuestra señoría, le dijo; yo soy doña Salomé de Rosablanca y Espinel, dueña mayor de la ilustre señora doña Casilda Perez y Coello, y vuestra servidora.

—Serviros hé yo por muchos años, señora mia, dijo Rodrigo algo cortado, porque le parecia demasiado mujer para corredora de amores doña Salomé: tomad asiento y permitidme, ya que me dais el gusto de veros en mi casa, os haga una fineza.

—Por festejada y regalada me tengo, dijo doña Salomé, solo con veros y hablaros; que siempre, por lo que oí decir de vos á mi señora, tuve grandes deseos de conoceros.

—Pues para memoria de nuestro conocimiento, mi señora doña Salomé, guardad esta bagatela.

Y dió á la dueña un rosario de coral engarzado en oro, que bien valia cien ducados.

—Acéptole por venir de donde viene, dijo doña Salomé; pero creed que esto no será parte para que os sirva ó deje de serviros; porque entendedlo bien: á quien yo sirvo viniendo á vuestra cita, es á mi señora, que desea grandemente hablaros.

—Entonces, vos no habeis recibido.....

—Yo no recibo nada, señor mio, mas que lo que se me da como memoria y de poco valor. Yo, aunque sirvo, soy muy dama, y nunca me he entrometido en bajezas.

—Me cortais el resuello, señora, dijo contrariado el alcalde, y no sé ya qué os diga ni qué os deje de decir.

—Si no hay nada que decir, señor mio: vos quereis ver á mi ama; quiérelo ella; viuda es, vos viudo, á nadie se engaña; no se

peca: habeis querido verme, yo deseaba conoceros, mi ama me envia, y esto es todo.

—Pues teneis una prima que no os honra mucho, señora doña Salomé.

—¿Y qué familia hay en el mundo, señor mio, que no tenga ladron, liviana ó judío? Vos debeis saberlo bien, porque sois juez, y andais con la conciencia de todo el mundo en los autos. ¿Díjoos Sorruelos, de parte de mi prima, su moza, que me habia dado dineros y guardóselos? dejadla en paz y que viva; que si no la diérais dinero no me buscara ni os sirviera: y si para mí no hubiera pedido dineros, no os chupara tanto; y sobre todo, si el gastar os duele, ya os pagará mi ama las costas sin hacer por ello duelo aunque fueren largas.

—Me teneis maravillado, señora, dijo Rodrigo: yo no entiendo esto.

—Querreis decir que no entendeis á mi señora.

—Por ella lo digo.

—Pues dígoos yo, que tampoco la entiendo; pero poco ha de durar la duda; porque á verla vais esta noche en punto de las doce y sin que tengais que entrar de tapadillas, y sin darla susto; porque os estará esperando.

—Os vuelvo á decir que para muy tarde ha guardado doña Casilda su facilidad para conmigo.

—No diré yo, contestó con severidad doña Salomé, que fácil sea para vos mi ama, que no es fácil para nadie.

—Pues yo sé de cierta noble persona que entra con mucha frecuencia á la media noche casa de vuestra ama, y á la cual se queda guardando la espalda fuera alguna gente brava: y tal y de tanto respeto, que una noche que cumplia yo con mi obligacion rondando, hube de quedarme sin prender á un tal de ellos, á pesar de que estaba parado á deshora en la calle, contraviniendo las ordenanzas de buen gobierno.

—¿Y qué sacásteis en claro de haber conocido á aquel hombre ó á aquel señor que contravenia las ordenanzas de buen gobierno? dijo doña Salomé con acento grave y severo, y mirando profundamente á Vazquez.

—Saqué, contestó este, que debia ser una altísima persona aquella á quien se guardaban las espaldas.

—¿Y no imaginásteis que un alcalde que tropieza de noche

con un tal embozado y saca del tropiezo imaginaciones y cábalas, puede caer y tan fuerte, que se quede en el sitio?

—Válgame Dios, señora, dijo Vazquez, cuán diferente os creia yo cuando quise hablar con vos, de lo que ahora os creo.

—Pues cuidad no os equivoqueis en todo lo que habeis pensado de doña Casilda, como os habeis equivocado en todo lo que habeis creido de mí, solo porque á una doña Perdida se le ha puesto en las mientes decir que era mi prima hermana.

—Pues qué, ¿nada os toca la novia de mi mayordomo Sorruelos?

—Sí; tócame el dinero que yo la doy de parte de mi ama y para que la sirva bien: ¿pues no se os ocurre á vos, señor alcalde, que andais siempre á vueltas con pícaros, que se ha conocido á esa doña tal, porque se necesitaba á alguien que nos agarrase á uno de vuestros criados, al de mas confianza vuestra?

—Teneis razon, señora, teneis razon; confiésoos que he andado torpe, y os pido mil perdones.

—Perdonado estais, señor Rodrigo Vazquez, y con vuestra licencia me voy, advirtiéndo que no os dejeis robar mas, y que vayais sin cuidado esta noche á las doce á llamar al postigo del jardin de la casa de mi señora.

—¿Os vais?

—Pues no he de quedarme aquí toda la vida.

—Pero con lo que me habeis dicho, me habeis dejado mas á oscuras que antes.

—Esta noche hablareis con mi señora; abrid bien los sentidos á ver si de ella sacais mas luz que de mí; y con esto, bésoos las manos y que os guarde Dios.

—Dejad que os vaya sirviendo.

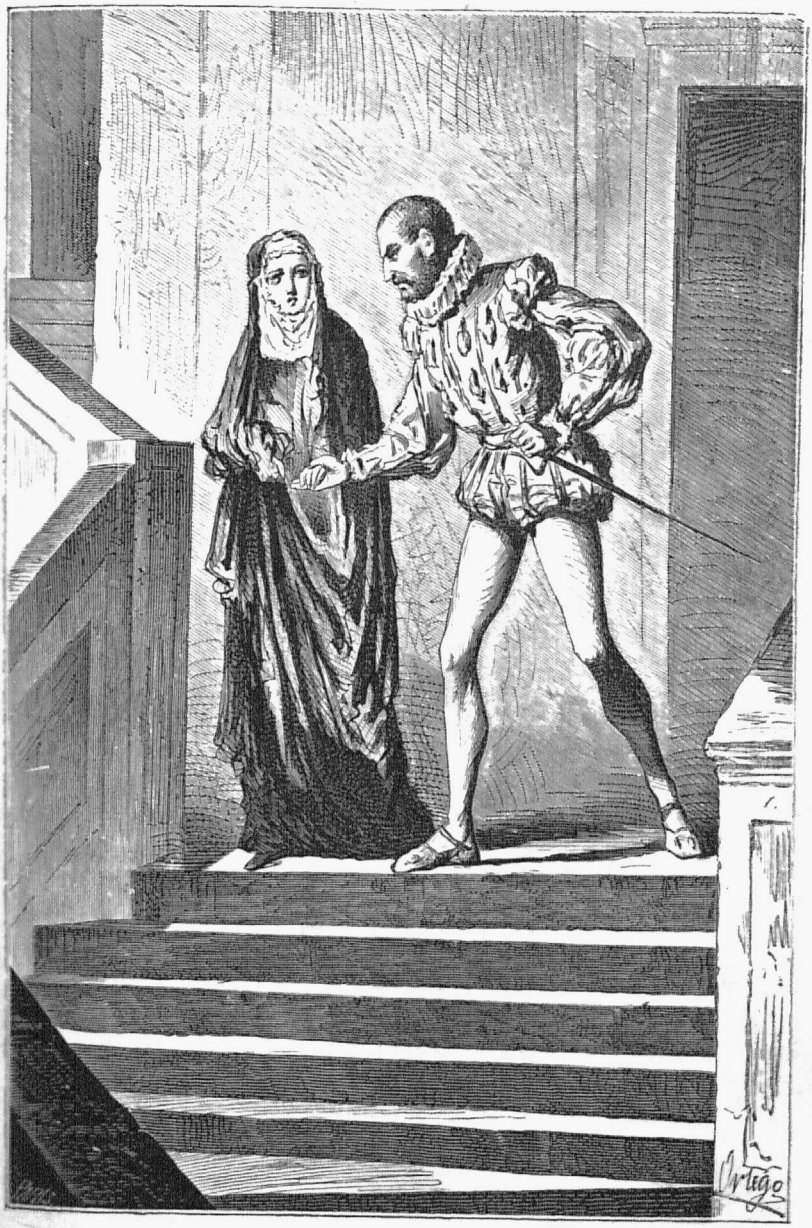
—No en balde dicen que sois muy galan con las mujeres, y que el serlo os ha costado muy caro mas de tres veces.

—¿Qué quereis? dijo Vazquez llevando de la mano, á través de las habitaciones, á doña Salomé: de ellas nacemos, á ellas vamos, por ellas vivimos, para ellas ambicionamos: hombre sin amor, es cuerpo sin alma.

—Pues guarda, señor Rodrigo Vazquez, no os cueste el alma esa otra alma que buscais.

—¿Por qué decís eso, señora?

—Dígolo, porque á vuestra edad, los amores suelen costar muy



Dejad que os vaya sirviendo.

caros; y basta ya, que estamos en las escaleras, y hay criados, y escuchan.

Vazquez llevó de la mano hasta el zaguan, donde la esperaba una silla de manos, á doña Salomé.

Repitieron allí su saludo: ella se metió en la silla, y se alejó, y Rodrigo subió cabizbajo y meditabundo las escaleras, murmurando:

—¿Habrá puesto el rey á esta señora, porque señora es, á no dudarlo, al lado de su hija, como lo hubiera hecho, á poder ser Casilda infanta de España? Está de Dios que en las cosas de Antonio Perez, y en todas las que á él tocan, no vea yo claro, aunque tengo ojos de lince.

CAPITULO XXII.

De qué manera se ensañó Rodrigo Vazquez con doña Juana Coello.

Aquella tarde se vieron como de costumbre los dos hermanos Vazquez, casa de Pedro de Escobedo, donde se conspiraba contínuamente contra Antonio Perez.

A Escobedo se le habia pasado ya en gran manera el odio contra Perez, porque habia visto claro, y no la atribuia al secretario de Felipe II la muerte de su padre, sino al rey, del cual no podia tomar venganza.

Habia recibido tambien dinero de parte de Perez; habia desistido de la acusacion, y si habia vuelto á ella, habia sido por que las intrigas de los Vazquez, que le necesitaban, no le quitasen su empleo de oficial en el consejo de Hacienda, del que era presidente Rodrigo Vazquez, no embargante ser al mismo tiempo este alcalde de Casa y Córte.

En aquellos tiempos se aglomeraban los oficios en una sola persona.

No se habia inventado todavía la palabra incompatibilidad, que tan necesaria se hace hoy, llevada á la práctica, y que parece seria la mejor resolucion para cortar el nudo gordiano de nuestra inaplicable situacion política.

Entonces, un obispo podia ser á un mismo tiempo prelado, g-

neral y juez, como presidente de una de las dos reales chancillerías, inquisidor, consejero de Estado, y hasta preste Juan de las Indias, segun que al rey ó al favorito del rey se le ocurria cargarle de oficios, preeminencias y sueldos.

Esto hacia, que si los empleos eran muchos, los empleados fueran pocos; porque generalmente se repartian á diez ó doce empleos por barba, y la cosa andaba muy bien: el absolutismo del rey no se resentia, y los pretendientes no tenian necesidad de llamar á tantas puertas para sus asuntos: aquello era una simplificacion.

Nada hay que estrañar, pues, en que Rodrigo Vazquez de Arce fuese á un mismo tiempo presidente del consejo de Hacienda, consejero de Estado, proto-notario del reino de Nápoles, no sabemos cuántas otras cosas, y además alcalde de Casa y Córte.

Estos últimos oficios se daban generalmente en comision, como otros tantos.

No se habian fijado las carreras: el rey daba una vara á aquel á quien queria, con tal de que fuese letrado, se la quitaba cuando le daba la gana, y no se encuentra un solo documento de aquel tiempo en que se lea la siguiente frase:

«Alcalde de Casa y Córte, cesante.»

Lo mas que se lee es esta otra:

«Alcalde de Casa y Córte que fué.»

Respecto á estos señores, podria decirse lo que Hamlet decia acerca del hombre.—«Ser ó ser, esta es la cuestion.»

Hoy hemos avanzado: hoy hemos encontrado la manera de ser sin ser; esto es, ser cesante.

Pedro de Escobedo, pues, á causa de ser, como hemos dicho, presidente del consejo de Hacienda Rodrigo Vazquez, y serle potestativo quitarle su plaza de oficial en el mismo consejo, con lo que habiendo quedado pobre mantenia á su madre y á sus hermanas, se plegaba á las exigencias y á las intrigas de los Vazquez, esclavo de su desgracia, y convertido hasta cierto punto en comerciante de la sangre de su padre.

Hay algo que repugna en los Escobedos (perdónenos su memoria), ya se trate del padre ó del hijo.

Lo que era el padre, ya lo dijimos: un ambicioso vulgar, uno de esos favoritos de príncipes, la razon de cuyo favoritismo no se comprende, como no se aplique por la adulacion, el servilismo ó los bajos oficios.

Lo que era el hijo, lo estamos diciendo: un hombre de conciencia acomodaticia, que sabia demasiado que el asesino de su padre estaba tan alto, que no podia alcanzarle ningun tiro de la tierra, y que sin embargo, mantenia con su acusacion un peligro constante sobre la cabeza de Antonio Perez, por temor de perder su empleo.

Servia á una lucha de partido; porque no eran solo los Vazquez los que atacaban á Antonio Perez, sino la fraccion á que pertenecian, y que formaba la gran parte del consejo de Estado.

El partido del príncipe de Eboli, aunque mermado personalmente por la muerte de sus representantes y por la vejez y la ya casi ineptitud de don Gaspar de Quiroga, cardenal arzobispo de Toledo, inquisidor general y canciller mayor, se habia concentrado en Antonio Perez, que por sus raros talentos de hombre de Estado, valia él solo mas que todo el consejo, como ya se habia visto mas de una vez en casos graves, en que el rey habia optado por el voto particular de Antonio Perez, contra el voto de la mayoría.

De aquí el odio encarnizado de los Vazquez hácia el secretario universal de Estado y del Despacho; un villano odio de partido, emponzoñado por la envidia y la avaricia particular de los Vazquez.

De aquí el qué trajesen y llevasen á su antojo, comprándole con el miedo de perder su empleo, á Pedro de Escobedo.

De aquí el que en casa de este se conspirase contínuamente contra Antonio Perez.

Mateo estaba muy alentado.

Parecia como que el rey, mandando encerrar á Perez en la mazmorra de una fortaleza, cargarle de cadenas é incomunicarle, se decidia á castigar á sangre á su antiguo favorito, por un crímen que era puramente de la soberbia y de la imprudencia.

Pedro de Escobedo se congratulaba servilmente con Mateo Vazquez.

Rodrigo guardaba un profundo silencio, y se mostraba contrariado; y era porque Rodrigo, contra mas claro queria ver, veia mas turbio en aquel asunto.

Al fin, Mateo Vazquez le dijo:

—Te creia alegre y te veo triste; te juzgaba seguro del triunfo, y te encuentro mas dudoso que nunca; me parecias fuerte, y te conozco débil. Pensaba yo que seguias con seguridad tu marcha, y veo que te me cansas y te sientas desalentado en la última jornada

del largo camino: necesario es restituirte tu confianza, tu valor y tus fuerzas: y á propósito; me habia guardado este pliego para darte una buena sorpresa; toma, hermano, toma y cobra aliento. Parece que el rey nuestro señor adivina lo que deseas, y te complace.

Rodrigo tomó el pliego que su hermano le daba, rota ya la nema, señal clara de que ya le habia leido, á pesar de que en la nema se leia:

«A nuestro alcalde de Casa y Córte de la real sala de Madrid, el rey.»

El pliego decia así:

«El rey.—Por cuanto en poder de Antonio Perez, nuestro secretario de Estado y del Despacho Universal, existen papeles de Estado de alta importancia, que se ha negado á entregar, aunque una y otra vez por reales órdenes nuestras le ha sido mandado los entregue; y siendo probable que del paradero de estos papeles sea sabedora doña Juana Coello, mujer de nuestro sobredicho secretario Antonio Perez, os comisionamos para que compelais á la dicha doña Juana Coello para que los entregue de nuestra real órden, y para que si á ello se negare, la prendais y la asegureis con sus hijos en nuestra cárcel real.—El rey.—A nuestro alcalde de Casa y Córte, Rodrigo Vazquez de Arce.»

—¡Ah! esclamó con un contento satánico Rodrigo. ¡Por fin!

Y luego añadió con voz ronca é ininteligible:

—¡Es mia!

—¡Ah! Ya lo sabia yo: te tarda dar cumplimiento á esa real órden: anda, anda, hermano, que ha llegado tu dia, gózate.

Rodrigo salió, y en pocos minutos se trasladó á la casa del Cordon, esto es, á la casa de Antonio Perez, y se hizo anunciar á doña Juana Coello.

Esta le recibió severa, altiva, reservada, fria, despreciadora.

Tenia diez años mas que cuando la presentamos á nuestros lectores por primera vez, y sin embargo, su hermosura era sobrenatural, porque se habia trasfigurado de tal modo, habia adquirido tal lucidez su mirada, se habian espiritualizado de tal manera sus formas, que parecia una mujer del otro mundo.

Parecia como que rodeaba su cabeza la sangrienta aureola de los mártires

Recibió de pié, erguida, en medio de su cámara á Rodrigo, y le dijo con voz opaca y fria:

—¿Qué quereis? ¿á qué venís?

—Vengo por vos, contestó con insolencia Vazquez.

—¿Por mí? replicó con desprecio, con un desprecio infinito doña Juana.

—Sí, por vos, ó por la cabeza de vuestro marido.

—Entre vos y mi marido y yo, está Dios.

—El representante de Dios en estos reinos es el rey nuestro señor.

—O el rey nuestro señor está olvidado de Dios, ó no sabe quién sois vos.

—Yo soy un ministro de justicia tan bueno como el mejor.

—Pues si vos sois el bueno, ¿cómo será el malo, justos cielos? esclamó con una amarguísima ironía doña Juana: ¿cómo os atreveis á llamaros recto administrador de la justícia? ¿qué, nada habeis visto en este largo y horrible proceso que os haya movido á entregar al rey vuestra vara para que la rompiese? ¡Que rotas han de verse por los reyes las varas de los buenos jueces, antes que torcidas por el miedo, por el odio, por la codicia ó por la infamia! ¿Qué, no sabeis vos quién fué quien mató al desdichado secretario de don Juan de Austria? ¿por qué no habeis tenido valor para sentenciar al culpable y absolver al inocente? Y si el asesino no os pareció culpable, porque es tal persona, que puede matar sin culpa y sin responsabilidad, sino ante Dios, ¿por qué buscar la culpa en quien, obedeciendo, antes cumplió con su obligacion que cometió un crímen? ¿Qué, ante mí, podeis levantar los ojos sin insolencia, y decirme, sin escarnio de la ley de Dios, vengo por vos ó por la cabeza de vuestro marido?

—Señora, hay jurada entre los dos una guerra á muerte, dijo creciendo en insolencia Rodrigo Vazquez: vuestra es la culpa: yo no hago mas que seguir los sucesos de esta guerra; mi fortuna me ayuda, y no teneis vos derecho á que yo sea generoso con vos: me habeis visto morir desesperado, y no habeis tenido compasion de mí.

—¡Salid! dijo con una imponderable energía doña Juana, que estaba pálida de cólera.

—El hombre os obedeceria; pero el juez no puede obedeceros, y siento mucho deciros, señora, que sois presa.

—Bien, dijo doña Juana; salid de todos modos: prefiero que pongais un alguacil de guardia, á teneros delante.

—No puedo salir sin vos, dijo Rodrigo Vazquez.

—¡Cómo! ¿no se me permite permanecer en mi casa?

—A la cárcel real habeis de ir, contestó con un gozo cruel Rodrigo Vazquez.

—¡Una dama de mi linaje á la cárcel real!

—El rey lo manda, señora: mirad.

Y Rodrigo Vazquez sacó el pliego que le habia dado su hermano.

Doña Juana le leyó, alzó la frente con fiereza, y dijo á Rodrigo Vazquez:

—Esto es imposible, esto no lo ha hecho el rey de propia voluntad; se le ha engañado, se le ha sorprendido: peor para vos; esto durará poco; acordaos de lo que sucedió al alcalde Tejada cuando me prendió delante de Aldea Gallega y me puso en peligro de muerte, y llevó lo que llamaba mi proceso á Lisboa.

—De Vazquez á Tejada va mucho.

—Mas va del rey á vos; tanto mas, cuanto hay desde la justicia al rencor miserable y villano, y desde el pensamiento generoso á las malas ideas y á los propósitos perversos.

—Pero entre tanto, os prendo.

—Ya lo sé; por lo tanto, hacedme la merced de que concluyamos esta enojosa conversacion, y llevadme: pero esto no puede ser, el rey sabe que yo tengo una hija moza: ¿cómo he de dejar á esa hija abandonada?

—Vos no habeis leido bien la real órden del rey nuestro señor, dijo con una alegría, á cada momento mas feroz, Vazquez: el rey me manda prender tambien á vuestros hijos.

—¡Oh! sí, es verdad, lo habia olvidado: hay cosas tan terribles, que nos parecen falsas; porque, ¿cómo creer que el rey se haya dejado arrastrar de tal manera por los malos consejos del odio de nuestros enemigos, que haya puesto los ojos airados y el pensamiento cruel en unas pobres criaturas que no han cometido otro crímen que ser hijos de Antonio Perez?

—Ya os dije, señora, que venia por vos, por vuestra familia, ó por la cabeza de vuestro marido.

—¡Oh! sí, es verdad: Dios no, Satanás me ha puesto en vuestras manos: esperad; voy á prevenir á mis hijos: ¡infelices de ellos!

—¡Ah! no; no señora, no os apartareis de mi vista: no se me ha olvidado la mala pasada que jugásteis á mi compañero Alvaro Garcia: vos me seguireis de órden del rey, so pena de alta traicion; y me seguireis sin hablar con nadie, sin ver á vuestros hijos.

—¡Ah, no! ¡Esto no puede permitirlo Dios! dijo doña Juana desesperada.

—Dios no quiere que los crímenes queden sin castigo.

—Es verdad, Dios no lo quiere, y Dios os castigará.

—Entre tanto, seguidme, doña Juana.

—No; que me mate el rey, que haga de mí lo que quiera; yo no os seguiré.

—En vuestra mano está el quedar libre en vuestra casa. Entregadme ciertos billetes de su majestad, que guarda vuestro marido, y me voy.

—No.

—¡Ah, sí, es verdad! le amais demasiado, aunque no lo merece, aunque os engaña yendo de manceba en manceba, aunque os desprecia.....

—¿Y qué importa? mi deber es amarle, sacrificarme por él, por su vida, por su nombre, por mis hijos, y apuraré el sacrificio, tenedlo por seguro: yo no sé de qué papeles me hablais, no los he visto nunca; nada me ha hablado de ellos mi marido, no existen, ese es un pretesto; pero aunque existieran, aunque los tuviera en mi poder, aunque se me hiciesen sufrir, para que los entregase, los mas crueles martirios del cuerpo y del alma, de la vida y de la honra, no los entregaria; estremad vuestro odio, vuestra ferocidad; no me vereis llorar, no me escucchareis gemir, no saldrá de mis labios, para que vos la desprecieis, ni una sola súplica; en vano quereis destruir mi entereza: probad todos los horrores posibles contra mí; en vano pretendereis hacerme callar, enmudecerme para que no os eche á la cara vuestra infamia, como no me pongais una mordaza; en vano pretendereis dominar mi desprecio; Dios me pone á prueba, pero me da al mismo tiempo fortaleza. ¿Cómo sucumbir sin degradacion á tanta maldad, á tan bajas, á tan miserables intrigas?

—Seguid, me estais regocijando, señora: ya que no logro ser amado por vos, consigo ser aborrecido; tanto da: de la misma manera viviré en vuestro pensamiento por el odio, que viviria por el amor.

—¿A quién veis alrededor mio que pueda helaros la infame lengua con la muerte? esclamó con indignacion, y con un supremo desprecio, doña Juana: á mas de perverso sois cobarde; ¿pero qué puede ser mas que cobarde un traidor mal nacido? Concluyamos de una vez: idos, que yo no os he de seguir; idos, porque no me habeis

de sacar de aquí sino hecha pedazos; idos, ó gritaré, llamaré á mis criados, y haré que os lancen, mal que os pese, de esta casa, que pretendeis infamar en ausencia de su dueño.

—Gritad en buen hora: el alcalde Rodrigo Vazquez de Arce sabrá castigar á vuestros criados si osaren favoreceros contra las órdenes del rey.

—¡Oh, sí! dijo doña Juana: ¿qué derecho tengo yo para sacrificar á esos infelices? La venganza del rey seria terrible contra ellos; el rey no sabria perdonarles el crímen de su lealtad: dejadme á lo menos que llame para despedirme de mis hijos.

—No.

—Bien, Dios quedará con ellos, esclamó doña Juana sin descender de su indómita entereza: llamaré, sin embargo, para que dispongan una silla de manos.

—No; á pié me habeis de seguir.

—No; no han de verme á mí por la calle, sola y á vuestro lado: no; aunque me amenaceis con hacerme pedazos.

—Venid, dijo Rodrigo Vazquez adelantando y estendiendo hácia doña Juana una mano temblorosa y crispada.

—¡No; no me toqueis! ¡apartad! ¡ved lo que haceis, porque si me tocais... ¡oh! no sé, pero Dios dará fuerzas á mi desesperacion!

—Seguidme.

—Bien, os sigo; id.

Rodrigo Vazquez echó á andar.

Doña Juana le siguió.

—¿Pero así? dijo deteniéndose Rodrigo Vazquez antes de llegar á la puerta de la cámara: ¿por qué no tomais un manto, señora?

—No; así, con la cabeza descubierta, pero altiva, tal como estoy, iré detrás de vos, de manera que todo el mundo conozca que voy presa, y cruel, inícuamente tratada: no, no daré yo ocasion á que crean, ni mis criados ni nadie, que salgo yo con vos por mi voluntad, no arrebatada por una fuerza á que no puedo resistir sin dejarme matar: ¿y por qué creeis que no arrostro yo la muerte? ¿por miedo? Os engañais: soy esposa, soy madre, y mi deber me manda sacrificarme, conservar mi vida para servir á mi marido, á mis hijos, hasta allí donde pudiere. Vamos, vamos, seguid; soy vuestra prisionera.

Meditó un momento Rodrigo Vazquez: temió esponerse al furor del rey si se escedia demasiado.

Sin embargo, quiso hacer valer su miedo como un favor, y dijo á doña Juana:

—Os habeis equivocado, señora, yo no soy un lobo carnicero; me habeis irritado, y he llegado hasta un punto á que nunca hubiera creido llegar; pero me vuelvo atrás: no soy yo quien os prende, es el rey nuestro señor; volved á él vuestras iras, no al juez que obedece lo que su señor le manda. Llamad á vuestros hijos, cobijaos, mandad disponer una carroza, y en ella con vuestros hijos os llevaré donde el rey me mande llevaros.

—¡Ah! teneis miedo, dijo con desprecio doña Juana: el lobo no se atreve á irritar al leon: bien, sí; el rey me escuchará y me hará justicia; no os temo: el rey está obcecado, pero Dios le tocará al corazon, y acabarán nuestras tribulaciones.

—Terminadas estarian si vos me hubiéseis entregado esos billetes.

—Es decir, si yo hubiese asesinado á mi marido: ¡no y mil veces no! ¡Hola! ¡doña Francisca! añadió doña Juana yendo á una puerta y hablando en voz muy alta.

Se presentó á poco una de sus dueñas.

—Cobijad á doña Gregoria, la dijo doña Juana: va á salir conmigo: traed mis hijos, van tambien á acompañarme: enviadme un manto, y decid á Gil de Mesa que entre; id.

La dueña se retiró.

Doña Juana se fué al hueco de un balcon, y quedó inmóvil en él con la espalda vuelta al alcalde, que se puso á pasear meditabundo, sombrío y mal encarado.

A poco se presentó una doncella con un manto, y se acercó á su señora.

Doña Juana se cobijó.

—Traedme mi libro de horas, dijo.

La doncella salió á punto que entraba Gil de Mesa.

—Gil, le dijo doña Juana: el rey dispone de mí y de mi familia.

—¡Cómo, señora! esclamó Gil de Mesa lanzando de reojo una torva mirada al alcalde.

—Prudencia y valor, Gil, le dijo rápidamente y en voz baja doña Juana, comprendiendo por la espresion de los ojos de su fiel criado sus intenciones: el rey lo manda, y es necesario obedecer: los reyes representan á Dios sobre la tierra, y solo Dios puede contrariar su voluntad y destruirlos: quedaos en casa y cuidad de ella

mientras os lo permitan. Tomad, añadió sacando una llave de un bolsillo: en aquella papelera hay dinero: que nada falte á la servidumbre: que todo sea como si sus señores no estuvieran presos: esperemos en Dios, confiemos en él.

—Dadme esa llave, dijo Rodrigo Vazquez acercándose bruscamente á Gil de Mesa.

—¡Cómo! ¿por qué? esclamó este á punto de rebelarse y reteniendo la llave.

—Porque esta casa, lo que en ella hay, y todo lo que posee el señor Antonio Perez, está embargado por órden de su majestad; esta casa quedará cerrada y sellada: dadme esa llave.

—Entregadla, Gil, dijo con firmeza doña Juana.

Gil de Mesa entregó á Vazquez, temblando de cólera, la pequeña llave que doña Juana le habia dado.

—Salid ahora de aquí, dijo el alcalde; y cuando venga mi secretario obedeced las órdenes que os dé.

—Idos, Gil, dijo doña Juana.

Gil de Mesa salió á tiempo que doña Francisca entraba con doña Gregoria, y con los hijos menores de Perez, que venian asombrados.

—Hijos mios, dijo doña Juana: vamos á nuestra casa de campo, con el señor Rodrigo Vazquez de Arce.

Doña Juana, para tranquilizar á sus hijos, habia compuesto su semblante haciendo un poderoso esfuerzo.

Los habia hablado con acento natural y dulce; pero los pobres jóvenes no se habian tranquilizado; miraban con ansiedad el torvo, el cetrino semblante de Vazquez, que no se encubria.

—¿Está dispuesta la carroza, doña Francisca? dijo doña Juana.

—Sí señora, contestó con los ojos arrasados en lágrimas la pobre dueña.

Doña Juana la asió las manos, se las estrechó y la dijo:

—Valor y confianza, amiga mia, no tardaré en volver, me lo dice el corazon. Vamos, hijos mios, vamos; el señor Rodrigo Vazquez espera.

Y echó á andar.

Doña Gregoria y sus hermanos la siguieron aterrados, anhelantes.

Dios fortalecia á doña Juana; Dios mantenia su noble entereza, aunque su corazon desgarrado brotaba sangre.

En lo alto de las escaleras, el alcalde que iba delante, encontró agrupada á toda la servidumbre de Antonio Perez.

Los hombres, oscos y ceñudos, amenazaban: detrás de ellos lloraban las mujeres.

Doña Juana al verlos se detuvo, los miró de una manera tranquila y firme, y les dijo:

—Adios, amigos mios; adios por poco tiempo, no tardaré en volver.

Una doncella jóven adelantó llorando, se arrojó á los piés de doña Juana, y la dijo asiéndose á su manto:

—Yo no os abandono, señora, yo voy con vos.

—No, no; quédate, Micaela, hija mia, no puedes venir conmigo: no llores, nada malo nos va á suceder ni á mí ni á mis hijos. Adios, pobre niña, hasta muy pronto; no tardaré en volver.

Y la levantó, la besó en la boca, la apartó dulcemente y descendió con paso firme por las escaleras, seguida de sus hijos, que lloraban.

Todos cupieron en la carroza, porque las de aquel tiempo eran muy grandes, aunque un tanto apiñados.

—¿Adónde? dijo el paje que estaba á la portezuela, cuando hubo entrado Rodrigo Vazquez.

—A la cárcel real, contestó roncamente Vazquez.

—A la cárcel real no va mi señora, contestó demudándose el paje y echando mano á su daga.

—A la cárcel real, Ginés, dijo con acento dominador doña Juana. A la cárcel real, so pena de alta traicion: el rey lo manda.

El paje dejó ver en su semblante una espresion de blasfemia, y cerró la portezuela.

—Espero que á mis pobres criados no les sea funesta su lealtad, dijo doña Juana.

Y como sus hijos hubiesen roto á llorar, añadió:

—No lloreis, hijos mios, enjugad las lágrimas, que lo que vamos á sufrir es por vuestro padre.

El coche habia echado á andar.

Un alcalde, hombre de bien, hubiera llorado con aquella familia, obedeciendo á su pesar las órdenes del rey.

Rodrigo Vazquez gozaba un placer horrible: despedazaba á aquella mujer que tan imposible era para él: la devoraba el corazon; creia sentirle crujir entre sus mandíbulas: sus ojos tenian la espre-

sion del contento espantoso de una fiera que se harta de sangre.

Rodrigo Vazquez se hartaba de lágrimas.

Cuando llegaron á la cárcel, Rodrigo Vazquez separó á la madre de los hijos, y la encerró en una horrenda, oscura, húmeda y profunda mazmorra.

Los hijos, tratados con mas consideracion, fueron encerrados en una de las habitaciones del alcaide.

Dos horas despues, el secretario de Vazquez echaba á la calle á toda la servidumbre de Antonio Perez, embargaba cuanto en la casa habia, y cerraba las puertas y las sellaba.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DEL TOMO PRIMERO.

PRIMERA PARTE.

JUAN DE ESCOBEDO.

	Págs.
Capitulo I.—El presbiterio de San Miguel.	5
Cap. II.—De cómo era muy espuesto en aquellos tiempos acompañar en Madrid de noche á una buena moza. . . .	10
Cap. III.—En que se empiezan á hacer algunas esplicaciones. Felipe II como rey.	13
Cap. IV.—La princesa de Eboli.	17
Cap. V.—El señor Antonio Perez.	21
Cap. VI.—Los hermanos Vazquez de Arce.	26
Cap. VII.—Lo que hablaron los dos hermanos y dónde lo hablaron.	30
Cap. VIII.—El señor Juan de Escobedo.	42
Cap. IX.—El alférez Insuati.	50
Cap. X.—Doña Juana Coello.	56
Cap. XI.—Por qué estaba el señor Antonio Perez escondido en el desvan de la casilla del sepulturero.	63
Cap. XII.—En que se da mas á conocer doña Juana Coello. .	67
Cap. XIII.—De cómo doña Juana sabia valerse del mal para producir el bien.	75
Cap. XIV.—Tres criados de Antonio Perez.	82
Cap. XV.—De cómo Insuati se enamoró por arte de mágia de una mujer á quien aún no conocemos.	90
Cap. XVI.—De cómo entró Casilda en campaña.	101

CAP. XVII.—De lo caro que le salió á Rodrigo Vazquez el seguir á una buena moza. 107
CAP. XVIII.—De cómo pagó la culpa quien no la habia cometido. 126
CAP. XIX.—De cómo una sentencia ejecutoria puso de todo punto á salvo á Insuati. 138
CAP. XX.—En que se hace de muerte la lucha entre doña Juana y Rodrigo Vazquez de Arce. 142
CAP. XXI.—Lo que va de una esposa á una querida. 150
CAP. XXII.—Felipe II como amante. 166
CAP. XXIII.—De la mala noche que pasó Rodrigo Vazquez de Arce. 181
CAP. XXIV.—De cómo Antonio Perez dió el golpe de gracia á Juan de Escobedo. 193
CAP. XXV.—En que Juan de Escobedo se da por hombre muerto y no sin razon como se verá. 201
CAP. XXVI.—De cómo doña Juana quiso en vano impedir un crímen. 211
CAP. XXVII.—Cómo fué la muerte de Juan de Escobedo. . 219
CAP. XXIX.—De cómo Pedro de Escobedo sirvió de instrumento al odio de los Vazquez. 230
CAP. XXX.—De cómo un zorro se acomoda en el ántro de un leon. 237
CAP. XXXI.—De cómo se perdieron Antonio Perez y la princesa de Eboli. 241

SEGUNDA PARTE.

LA VENGANZA DE FELIPE II.

CAPITULO I.—De cómo murió la princesa de Eboli. 253
CAP. II.—De cómo doña Juana Coello hacia mas de lo que podia. 259
CAP. III.—De cómo un hermano puede espiar á otro. 267
CAP. IV.—De cómo Alegría se alegró porque se le cumplia su deseo, sin saber que le esperaba una desdicha. 278
CAP. V.—De los preliminares de las bodas de Alegría, y de lo que aconteció en ellas, con otros particulares que verá el curioso lector. 291

Cap. VI.—En que á causa de Casilda se da á conocer al inquisidor fray Ciriaco de Torote Montero de Espinosa y Valcárcel, de la Orden de Predicadores. 309
Cap. VII.—En que el padre Ciriaco y Rodrigo Vazquez hacen una cacería de brujas. 319
Cap. VIII.—De cómo la tia Zampoña puso en movimiento á un alcalde de Casa y Córte y á un inquisidor. 330
Cap. IX.—En que no se sabe quién era la tia Zampoña. . . 346
Cap. X.—De la entrevista que tuvo Santoyo con la tia Zampoña. 355
Cap. XI.—En que se revelan algunos misterios. 363
Cap. XII.—En que se prosigue el asunto del anterior, que se ha partido para que no sea tan largo como otros. 375
Cap. XIII.—Apuntes históricos. 383
Cap. XIV.—En que se trata de la posicion en que se encontraba Casilda 394
Cap. XV.—De cómo doña Juana Coello estuvo á punto de morir por la brutalidad de un alcalde. 406
Cap. XVI.—De cómo volvió doña Juana á Madrid, sin saber á qué atenerse. 412
Cap. XVII.—Los miedos y las visiones de los hermanos Vazquez. 416
Cap. XVIII.—De cómo doña Juana Coello burló á un alcalde de Casa y Córte. 429
Cap. XIX.—De cómo no habia inmunidades para el rey don Felipe II. 440
Cap. XX.—En que toman cuerpo las ironías de Rodrigo Vazquez de Arce. 447
Cap. XXI.—Una dueña como no habia otra en el mundo. . 458
Cap. XXII.—De qué manera se ensañó Rodrigo Vazquez con doña Juana Coello. 468

LA

ESCLAVA DE SU DEBER.

MIGUEL GUIJARRO, EDITOR.

LA

ESCLAVA DE SU DEBER

(MEMORIAS DE ANTONIO PEREZ, SECRETARIO DE FELIPE II)

NOVELA HISTÓRICA

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

TOMO II.

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO
calle de Preciados, núm. 5.
1865.

Esta obra es propiedad de Miguel Guijarro, y nadie, sin su consentimiento, podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SEGUNDA PARTE.

LA

VENGANZA DE FELIPE II.

CAPITULO XXIII.

La buena alma que tenian los hermanos Vazquez.

Rodrigo se fué á pasar lo que quedaba del dia casa de Pedro Escobedo, donde encontró á su hermano Mateo, que le salia al encuentro impaciente.

—Y bien, qué, le preguntó con ansiedad.

—¡Ah! esclamó Rodrigo; de esta vez, la pérdida de Perez es segura: yo no las tenia todas conmigo; temia que de un momento á otro llegase una órden del rey deshaciendo lo que habia hecho; eso, sin embargo, no ha sucedido: doña Juana Coello y sus hijos están en la cárcel real, embargada su casa, y cuanto hay en ella, y mañana hago pública almoneda, y vendo, para satisfacer los cargos que resultan del proceso de visita en que Perez ha sido sentenciado, sus carrozas, sus sillas de manos, sus literas, sus caballos, sus mulas, sus ricos muebles, toda su ostentacion insolente.

—Aún no podemos cantar victoria, dijo Mateo: acuérdate de lo que sucedió á tu compañero Tejada cuando el proceso de Aldea Galiega. El rey ama á doña Juana.

Se puso densamente pálido Rodrigo Vazquez, y le acometió un temblor imperceptible.

—Si el rey la ama, dijo, sufrirá su amor en silencio.

—Ó la tratará con rigor hasta que venza su fiereza.

—No hay nada que doblegue á doña Juana, dijo con voz ronca Rodrigo; es una mujer terrible, una mártir de su familia.

—Esto mismo empeñará mas al rey; y si doña Juana cede lo hemos perdido todo, dijo Mateo dejando ver en su semblante el recelo de un lobo: entonces será necesario no perder un instante para ponernos en salvo, porque la venganza de doña Juana seria terrible.

—No sucederá nada de eso; el rey puede estar en buen hora enamorado de ese ángel terrible; es lo mas probable; ¿quién que la conozca no la ama? pero el rey es muy cristiano y muy temeroso de Dios.

—¡Ah! tú crees que respetará á doña Juana porque es casada, dijo Mateo sonriéndose sutilmente; esto quiere decir que has perdido la memoria, que no te acuerdas de que casada era la princesa de Eboli cuando el rey empezó sus amores con ella.

—Algo mas que una mujer casada tiene que respetar el rey en doña Juana Coello, dijo dando una espresion de misterio á sus palabras Rodrigo.

—No te entiendo, replicó Mateo.

—Basta con que Dios me entienda, dijo Rodrigo.

—En verdad que andais misterioso, señor alcalde, dijo Pedro de Escobedo, tomando parte en la conversacion.

—Misterios son tan terribles, contestó Rodrigo, que yo me holgara de no conocerlos; y no me pregunteis acerca de ellos, porque de conocerlos tengo miedo; y si los declarase á alguno, no dormiria tranquilo temiendo por mi cabeza. Nada os diré; pero os aseguro que tales prendas hay entre rey y vasallo, y tales vínculos, que no es mucho que el rey ande vacilante y sin saber qué hacerse en este negocio.

—¿Y crees que tenemos tan reducido el pecho que no nos quepa en él un secreto? dijo Mateo, que estaba lleno de una ansiosa curiosidad.

—Yo, por mi parte, dijo Escobedo, os juro por la venganza que me he propuesto tomar por la sangre de mi padre, guardar como una sepultura el secreto que me confieis.

—Perdonarme; pero ni á mi alma, si no lo supiese, revelaria yo ese secreto, dijo con firmeza Rodrigo.

—¿Y tales son los vínculos que unen á rey y á vasallo, dijo con acento que dejaba conocer el temor Escobedo, que podamos recelar no sobrevenga una mala aventura?

—Señor Pedro de Escobedo, dijo con voz seca é imponente Rodrigo; cuando se combate á hombres tales como Antonio Perez, hay que jugar el todo por el todo, la cabeza contra la cabeza: ó ser ó no ser; ser matándole, ó no ser muriendo: tened en cuenta que vuestro padre fué víctima de una infame alevosía; que el autor de esa negra alevosía fué Antonio Perez; que la sangre de vuestro padre os está pidiendo á voces venganza desde hace diez años; y además de esto, que comeis el pan que el rey os da, y que como os lo da puede quitároslo.

Esta alusion á la pérdida del empleo que Escobedo tenia en el consejo de Hacienda, le aterró, le redujo de nuevo al dominio absoluto de los Vazquez.

—Por ahora, dijo Rodrigo, vamos de bien en mejor; el rey está irritado contra Antonio Perez por la tenaz negativa de este en entregar los billetes que del rey tiene, y que con otros papeles importantes, relativos á la gobernacion del Estado, se han perdido de tal manera, que no ha sido posible dar con ellos. Si mientras dura la cólera del rey conseguimos hacerle patente que Antonio Perez es el mas traidor para con él de cuantos se han atrevido á hacerle traicion, el rey, que por mas que le ame respetará siempre á la mujer de Antonio Perez, no respetará la cabeza de este, y la entregará sin remordimiento al verdugo: qué, ¿acaso no mató el señor rey don Felipe á su hijo el príncipe don Cárlos?

—¡Oh! esclamó Mateo; Antonio Perez no puede ser hijo del rey: la edad de ambos lo manifiesta.

—No vengamos al misterio, dijo Rodrigo; cuando no os lo revele, graves razones tendré para ello; respetadlas, y no insistais: ahora bien; puesto que tú me trajiste la órden del rey para esta prision, vete á decir al rey, que estará esperando, cómo he cumplido su mandato; entre tanto, el señor Pedro Escobedo y yo nos iremos á la cercana hostería de los Flamencos á celebrar con una buena cena este para nosotros fausto suceso; no te digo que vengas, hermano, porque los clérigos no están bien en tales casas.

—Ni yo cómo nunca mejor que en la mia, contestó Mateo algo picado; id con Dios, que ya oscurece y su majestad estará impaciente.

Salieron juntos á la calle; Mateo tomó hácia el alcázar, y por la parte contraria, hácia la hostería de los Flamencos, Rodrigo y Escobedo.

El rey recibió, en el momento que se lo anunciaron, á Mateo Vazquez.

Le escuchó con su eterna y aparente impasibilidad, y le dijo cuando hubo concluido:

—Está bien: que se trate con rigor á esa señora, y que no se me hable mas de este asunto hasta que se haya obtenido el resultado que se apetece.

Este resultado era la obtencion de los billetes del rey, referentes á la muerte de Juan de Escobedo, que se negaba tenazmente á entregar Antonio Perez: como que eran el único medio que tenia para salir del abismo en que se encontraba sumido.

Mateo Vazquez besó reverentemente la mano al rey, y salió contento, porque el rey habia mandado se tratase con estremado rigor á doña Juana.

Aquella noche durmió con el sueño de los justos, á pesar de que tenia el alma negra como la de un condenado.

CAPITULO XXIV.

De cómo tuvo mucho miedo Rodrigo Vazquez, le salió mal una intriga, y encontró á su amo un perro perdido.

Rodrigo Vazquez se separó muy tarde de Pedro de Escobedo; pero no tan tarde que fuese hora de ir á casa de Casilda.

En aquellos tiempos, meterse á las diez de la noche en su casa era trasnochar.

Aquellas gentes se acostaban temprano porque madrugaban mucho.

Rodrigo se fué á dar vueltas por la villa, esperando á que llegasen las doce de la noche.

Anduvo por la Almudena, por Platerías, por el desierto Mentidero, por la calle de Carretas, la de Atocha y la Plaza Mayor.

Le pareció varias veces que le seguian; pero siempre que se detuvo á nadie vió.

Siempre despues que se puso en marcha, sintió detrás de sí á alguna distancia pasos.

Rodrigo Vazquez no era cobarde; pero tenia ya cincuenta y dos años, y habia acrecido en prudencia.

Le inquietó aquella persecucion misteriosa, al parecer de un duende que se dejase oir y no ver.

Verdad es que la noche estaba oscura y Madrid no tenia alumbrado.

Por los soportales de la Plaza, Rodrigo Vazquez sintió casi junto á sí los pasos recatados de una persona.

Se volvió bruscamente, y á nadie vió.

—Seais quien querais, dijo en voz alta y colérica, que me venís siguiendo desde hace una hora, presentaos enhoramala y sepamos qué quereis.

Nadie contestó.

Rodrigo Vazquez empezó á entrar en un gran recelo.

¿Le estaria reservada la suerte del secretario de don Juan de Austria?

¿Le esperaria oculto en la sombra algun asesino?

¿Seria un lazo la cita de Casilda?

Todo esto era probable, y Rodrigo se arrepintió de no haberse hecho acompañar.

Pero estaba mas lejos de su casa que de la de Casilda.

Se encontraba entonces bajo los soportales de la Real casa Panadería.

Se amparó del hueco de una de sus puertas, desnudó la daga y esperó á que diesen las doce.

Hacia poco acababan de dar las once en la casa Panadería.

No pasaba nadie.

Rodrigo Vazquez esperaba á que pasase una ronda para que esta le resguardase hasta su casa, tomar en ella á Sorruelos, que aunque no era muy valiente, podia hacer bulto y evitar el desman de un asesino; porque los asesinos son cobardes como los ladrones.

Pero la ronda no pasó.

Dieron las once y media en el reloj de la casa Panadería.

Se oyeron pasos.

Dos hombres se detuvieron al fin delante de la puerta en cuyo hueco estaba guarecido el alcalde, sin verle, á causa de la oscuridad.

—Amigo Sotilla, dijo el uno al otro; por esta noche tenemos que tener paciencia; hemos perdido la ocasion: mañana es menester poner mucho mas cuidado.

—Vos teneis la culpa, contestó el otro: ya os lo decia yo: se trata de un hombre esperimentado, acostumbrado á armársela al mismísimo diablo; y si no nos echamos encima de él jugará con nos-

otros; con que ved lo que hacemos mañana, y buenas noches, que es ya muy tarde y no me gustaria mucho me encontrase una ronda.

—Ni á mí tampoco, señor Sotilla: buenas noches.

Aquellos dos hombres se separaron.

El uno se salió á la Plaza, tomando á través de ella la direccion hácia la calle de Toledo.

El otro se perdió por el callejon del Infierno.

—¡Ah! dijo Rodrigo con cierto cuidado: ¡con que he tenido la suerte de que me pierdan de vista esta noche! ¡con que se trata de asesinarme, de echárseme encima sin que lo sienta! ¿Qué hombres pueden ser estos que andan á tales horas por la calle y tienen miedo de que los encuentre una ronda? ¡Ah, ah, ah! esto es grave, muy grave, muy terrible: es necesario andar con mucho cuidado, no salir á la calle desde que oscurezca sino con mi brava ronda de alguaciles; ¿y quién sabe, señor, quién sabe dónde ni cómo tropezaremos con la muerte, cuando nos acecha la traicion? El señor Juan de Escobedo se guardaba todo lo que podia, y sin embargo no le valió: le dejaron seco de una estocada; es verdad que lo mandó el rey, y que el rey no habrá mandado que me maten á mí. ¿Y quién sabe? aquí hay grandes misterios; el rey sabe de seguro que el señor Antonio Perez es su hermano: ¿querrá el rey ahogar en sangre los secretos que yo he descubierto durante este largo proceso? ¡Oh, qué vida esta de zozobras y de combates! ¿Y qué he sacado de estos diez largos años de afanes y de desvelos? Que me hagan presidente del consejo de Hacienda: á esto hubiera llegado tal vez mas pronto sin el proceso de Antonio Perez. Sotilla se llama uno de esos hombres que han hablado junto á mí: yo haré averiguar qué Sotilla ha andado en Madrid esta noche á las once y media. ¡Señor, Señor, esto es para desesperarse! Cada dia se van poniendo las cosas mas turbias, mas difíciles, mas llenas de peligros. ¡Ah! ¡el rey, el rey!... ¿por qué no acaba de una vez? ¿qué será esto? ¿quién será ese Sotilla?

Sotilla, nosotros lo sabemos, no conocia ni aun de nombre al alcalde de Casa y Córte, ni nadie le habia encargado que le siguiese y le matase. Era simplemente un jugador de dados, á quien aquella noche habia ganado unos cuantos escudos un bachillerote hampon que meneaba admirablemente el cubilete y siempre sacaba el nueve.

A este hombre era á quien se habia referido hablando con su amigo el llamado Sotilla.

Creyéndose solos bajo los soportales, á causa de la oscurídad, habian hablado sin cuidado, y por acaso de una manera ambígua, que como hemos visto habia puesto demasiado en cuidado á Rodrigo Vazquez.

Los que tienen la conciencia torcida, encuentran un peligro en cualquier palabra, en cualquier accion casual de los demás.

Un hombre de mala cara que los mira sin objeto, es un asesino.

De un asesino son los pasos sordos que sienten tras sí por la noche.

Rodrigo Vazquez habia creido que le seguia un hombre, y solo le habia seguido un gran perro negro estraviado.

Por eso no habia visto á nadie cuando se habia vuelto.

El perro se detenia cuando se detenia Rodrigo, y á causa de su color, le ocultaba la oscuridad.

Echado estaba á alguna distancia del hueco de la puerta donde se habia embebido Rodrigo Vazquez.

Dieron al fin las doce menos cuarto.

El alcalde tomó el camino de la calle de la Almudena, donde vivia Casilda.

Al entrar por la calle de la Amargura, sintió de nuevo los sordos pasos; se estremeció, le entró pavor, forzó su marcha, y llegó en pocos minutos al postigo del jardin de la casa de Casilda.

El perro que le habia seguido se echó á cierta distancia.

Rodrigo Vazquez llamó al postigo, pero nadie le contestó, ni le contestaron tampoco aunque llamó por segunda y tercera vez.

—Es verdad, dijo: aún no son las doce.

Y metiéndose en el hueco del postigo, esperó, dando vueltas en su imaginacion á los peligros imaginarios que se habia forjado por los pasos de un perro y las palabras casuales de dos hombres.

Esto iba predisponiendo de muy mala manera á Rodrigo Vazquez.

El miedo le iba embriagando; porque aunque Rodrigo Vazquez no era cobarde, nadie se considera valiente contra un enemigo sagaz que espera una ocasion propicia para herir por la espalda.

—Yo sabré quién es ese Sotilla, repetia Rodrigo, y le apretaré de tal manera, que cantará, y sabremos á qué atenernos.

Dieron entonces las doce.

Rodrigo volvió á llamar.

Entonces le contestaron á través de la rejilla de la puerta.

—¿Sois vos, señor Rodrigo Vazquez?

Era una voz dulce, sonora, fresca.

—Sí, señora mia, yo soy: vos sois sin duda.....

—Casilda.

El postigo se abrió.

Entró el alcalde, y el perro escurriéndose entró tambien.

Pero como por una parte Rodrigo estaba preocupado con la aproximacion de Casilda, y por otra el suelo estaba cubierto de yerba, no sonaban al andar las patas del perro, y Rodrigo no le sintió.

—Dadme la mano, que está oscuro y no sabeis el camino, porque nunca habeis estado en esta casa, dijo Casilda á Rodrigo Vazquez.

Este asió la pequeña, mórbida y ardiente mano de Casilda.

—¿Quién nos habia de decir, señora, observó, cuando nos conocimos hace diez años, que nos habíamos de ver en esta situacion?

—Callad, contestó Casilda, que lugar tenemos de hablar.

Y siguió tirando de Rodrigo.

Llegaron á una pared, empujó una puerta Casilda, y se encontraron en un corredor, en el cual, á poca distancia de la puerta, en el suelo, habia una palmatoria de plata con una bujía encendida.

Casilda tomó la bujía, y seguida del alcalde entró por una puertecilla, y subió por unas escaleras alfombradas.

El enorme perro que se habia colado tambien, iba detrás.

Era un magnífico mastin negro con collar de cuero, á cuya anilla estaba atada una cuerda que arrastraba.

En lo alto de las escaleras, Casilda abrió otra puerta, atravesaron un pequeño aposento, y entraron en un retrete en que habia una chimenea.

El perro se tendió á lo largo, delante del fuego, como tomando posesion de la casa.

Miró á Casilda, y gruñó amigablemente meneando la cola.

Repararon los dos en él.

—¿Es vuestro ese perro? dijo Casilda; pues no traeis mala compañía: no os creia tan receloso, señor Rodrigo Vazquez.

—Sí, sí señora; dijo el alcalde viendo que el perro le miraba con buenos ojos y le meneaba la cola: ese perro es mio: cuando no le acompañan á uno alguaciles, es necesario un buen amigo como este.

—¿Cómo se llama?

—Belcebú, contestó á bulto el alcalde.

—Qué nombre tan infernal habeis dado á vuestro perro; aunque teneis razon: es negro como la endrina, y le relucen los ojos de una manera terrible.

Rodrigo Vazquez se estremeció.

Su hermano Mateo se habia asustado de un gato; él se asustaba de un perro.

Lo que asustaba realmente á los dos, no eran el gato y el perro negro, sino su negra conciencia supersticiosa.

—Sentaos, señor Rodrigo Vazquez, dijo Casilda; sentaos: os recibo amigablemente, y espero que saldreis de aquí muy mi amigo: os tengo preparado un refresco en prueba de estimacion, y voy á servíroslo.

Rodrigo Vazquez volvió á estremecerse: creyó que Casilda trataba de envenenarle.

Pero no se atrevió á oponer una negativa.

Casilda acercó al sillon donde se habia sentado el alcalde una pequeña mesa donde habia una batea de plata con pastas esquisitas, cuatro botellas con licores, y dos candeleros de plata con bujías de cera color de rosa encendidas.

—Tomad, dijo Casilda dándole un bizcocho esponjado: esto es muy bueno: es de las madres Vallecas.

Rodrigo Vazquez tomó el bizcocho de una manera recelosa, y le mantuvo en la mano sin llevárselo á la boca.

—¿Temeis que yo os envenene? dijo Casilda sonriendo tristemente: si yo quisiera mataros, no os mataria en mi casa.

El alcalde creyó encontrar en las palabras de Casilda una esplicacion de lo que habia oido á aquellos dos hombres bajo los soportales de la casa Panadería.

—Vos conoceis á un tal Sotilla, dijo impremeditadamente aturdido por el miedo.

—¡Ah! dijo Casilda sonriendo: sí que conozco á un tal Sotilla.

—¡A un pícaro!

—¡Pobre señor Francisco Sotilla! dijo Casilda: ¡pobre licenciado! ¡él pícaro, y es una tórtola, una palomita sin hiel!

—Licenciado de galeras, señora, querreis decir: un infame que sigue de noche con mala intencion á personas respetables.

—¡Oh Dios mio! ¿Quién os ha dicho eso? ¡si el pobre licenciado

Sotilla se acuesta al oscurecer como los gallinas, y esto para no gastar en luz!

—Hace media hora estaba en la calle.

—Ese será otro Sotilla, señor Rodrigo Vazquez, dijo Casilda: de Sotillas habrá peste: el licenciado Francisco Sotilla que yo conozco, es un pobre anciano de setenta años, capellan de las monjas Vallecas.

—¡Ah! pues entonces no es ese el Sotilla que yo digo.

—Por supuesto: ¿cómo habia de andar á estas horas el señor Francisco Sotilla por la calle? Pero estais pálido y azorado, señor Rodrigo Vazquez: ¿qué os sucede?

—Sucede que me acecha la alevosía, dijo Rodrigo Vazquez.

—¿Y por eso, temiendo que aquí os sean alevosos, no quereis comer ese riquísimo bizcocho, señor Rodrigo Vazquez? Partidle, partidle á ver si dentro de él encontrais algo malo.

Vazquez partió el bizcocho maquinalmente, y de él cayó al suelo un objeto.

—¡Ah! pues teníais razon, dijo Casilda: algo tenia dentro de sí el bizcocho: ved lo que es, señor Rodrigo Vazquez, que yo no me atrevo á tocarlo no sea algo malo.

El alcalde se inclinó, buscó, y encontró junto á las patas del perro una sortija de oro con un gruesísimo brillante rodeado de hermosos rubíes.

Aquella alhaja valia algunos miles de ducados.

—¡Pues sabeis, dijo Rodrigo sonriendo, porque era codicioso, que las madrecitas Vallecas hacen unos bizcochos inapreciables!

—Esto me asusta, dijo Casilda.

—¿Y por qué os asusta, señora?

—Porque aquí hay mágia.

—No; aquí hay una sortija muy rica, dijo Vazquez buscando los destellos de las piedras.

—Pues guardadla, guardadla, que yo no quiero nada con cosas que se vienen de esa manera.

—¿Que la guarde? Es decir, señora, que me dais aquí un gran valor: ¿por qué me lo dais? preguntó afectando una gran serenidad Vazquez.

—Nada os doy; os lo da la mágia.

—En verdad, señora, que vos sois una maga, contestó Rodrigo Vazquez guardando la sortija. ¿Recordais lo que me hicísteis sufrir

hace diez años, cuando ahorcaron á aquel pobre diablo de José Alegría?

—¡Oh! no hablemos de eso, dijo frunciendo el entrecejo Casilda.

—Permitidme que insista un momento, contestó Vazquez: ¿cómo está vuestro hijo?

—Perfectamente; durmiendo, y con muy buena salud.

—Dios se la conserve.

—¿Pero no comeis de estas escelentes pastas, señor alcalde?

—Perdonad; á estas horas no cómo nunca.

—Vamos, os empeñais en creerme envenenadora.

—¡Oh! de ningun modo; esa es una suspicacia vuestra.

—Nacida en todo caso de vuestra conducta.

—Vos amais con toda vuestra alma á un hombre; por ese hombre matásteis hace diez años á otro hombre.

—Le mató su delito.

—Le denunciásteis vos.

—Cumplí con mi obligacion.

—No; porque os casásteis con él.

—¿Os habeis propuesto hacerme cargos, señor Rodrigo Vazquez?

—Sí por cierto: á mas de que amais á un hombre casado con daño de su familia.....

—Con daño no: todo lo que yo tengo.....

—Sí, ya lo sé: es de otro hombre á quien engañais.

—¿Yo?

—Sí, vos: engañais al rey.

—¡Al rey! ¿quién os lo ha dicho?

—El rey viene aquí con mucha frecuencia de noche.

—Os han engañado.

—Lo he visto yo: como alcalde de Casa y Córte, tengo obligacion de verlo todo en mi distrito: vos sois amante del rey.

—No, amante no, dijo Casilda.

—Os creo, porque lo decís con un grande acento de verdad, y me felicito de ello: porque temia que Satanás hubiese hecho que vos fuéseis amante del rey, para que el rey perdiese su alma: Satanás debe tener muy entre ojos al rey nuestro señor, porque persigue de muerte á los hereges, á los judíos, á los hechiceros y á los tibios en la fé.

—¿Y por qué temíais que el rey perdiese su alma siendo mi amante? dijo Casilda: ¿porque es casado? No creo que por un pecado tal se pierda un alma; porque entonces se perderian tantas, que daria miedo.

—No; el rey nuestro señor saldria de ese pecado con algun tiempo de purgatorio.

—Pues si no es por eso, ¿por qué perderia su alma el rey siendo mi amante?

—¿Nada os ha dicho su majestad?

—Nada.

—Entonces os ha guardado dos grandes secretos.

—¿Dos grandes secretos?

—Sí; dos secretos terribles.

—¿Y los conoceis vos?

—Sí; pero no me atrevo á revelároslos.

—¿Creeis que yo os haré traicion?

—Lo temo: la mujer es naturalmente indiscreta.

—Yo no: estoy muy acostumbrada desde mi infancia á ver, oir y callar.

—Créolo, porque habeis callado muy grandes cosas: por ejemplo, que érais hija de la tia Zampoña, ó mejor dicho, de la que un tiempo fué la hermosísima doña Mencía de Prado, que se corcovó teniéndoos á vos en el seno, á consecuencia de haberla tirado por un balcon un hombre celoso, terrible, que cegaba de cólera con mucha facilidad.

—¿Decís que la madre Martina era mi madre?

—¡Cómo! ¿no lo sabeis?

—Lo sospeché alguna vez; pero la crueldad con que me trataba me hizo dudar de que lo fuese.

—Desde que se corcovó y se perdió, y se vió reducida á meterse á bruja, doña Mencía lo aborreció todo, todo, hasta á vos que érais su hija.

—¡Oh, sí! la madre Martina me lo decia muchas veces. «Aborrezco hasta el aire que respiro; destruiria todo cuanto existe con placer.»

—¡Oh, sí! es muy triste convertirse de hermosa, en horrible; de rica, en pobre; de jóven, en vieja: vuestra madre tenia razon para aborrecerlo todo: el rey la habia abandonado.

—¡El rey! esclamó con asombro, con sorpresa, con miedo Casil-

da, porque temia adivinar: ¿ha sido el rey amante de mi madre?

—Sí.

—¿Por el tiempo que la arrojaron por el balcon?

—Sí.

—Entonces, yo soy hija del rey.

—Yo no he dicho eso, señora, contestó sutilmente Rodrigo.

—¡Ah! no lo habeis dicho, es verdad: no, pero ahora comprendo.....

—¿Y qué comprendeis?

—Nada, absolutamente nada, dijo Casilda.

—Sí, comprendeis que el rey nada pretende de vos: ¿no es esto? Pero no os fieis; el rey no pretende nunca: años tardó despues de tratar con ella, en ser amante favorecido de doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Eboli.

—No, el rey debe saber esa historia que vos me habeis referido.

—Sabe además otra.

—¿Otra?

—Sí; que sois la amante enamorada del señor Antonio Perez.

—¡Que soy yo amante de Antonio Perez! esclamó poniéndose vivamente encendida Casilda.

—Como que es el padre de vuestro hijo.

—Vos teneis hecho pacto con el diablo.

—Mas bien vos que pretendeis apareceros á los pobres mortales como un alma del otro mundo, y os valeis de juegos de artificio y los despertais para asustarlos.

—Me importaba en el alma teneros mio.

—¿Vuestro, señora? ¿pues y cuándo no he querido yo serlo? Recordad bien: yo he estado locamente enamorado de vos.

—Pero mas lo estábais de doña Juana Coello.

—¡Ah, no! doña Juana me enfurece, me irrita con su altivez.

—Debeis, pues, estar muy gozoso, porque la habeis metido presa, y el rey la deja en vuestras manos.

—No sé qué hacer ni qué decir, ni qué pensar, señora, de este negocio: el rey es todo misterio, todo tira y afloja: tan pronto parece por lo que ordena que se va á tragar á Antonio Perez y aun á su familia, y tan pronto da motivo para que se crea que el señor Antonio Perez está á punto de volver á todo el favor de que gozaba hace diez años: el rey debe tener grandes motivos para no decidir-

se á castigar ó á perdonar á Antonio Perez: se dice que cierta noble dama, allá en otros tiempos, tuvo amores con el gran emperador don Cárlos, y que esta señora fué á dar á luz un hijo á Aragon: es posible, muy posible, que su majestad sepa esto.

—¡Hermano del rey Antonio Perez!

—Yo no he dicho tanto; yo no lo creo: no puedo, no ya asegurarlo, pero ni aun presumirlo: las vacilaciones de su majestad pueden consistir en el gran cariño que haya cobrado á Perez por lo bien que le ha servido, no solo en los negocios de Estado, sino que tambien en otros muy diferentes negocios.

—¿Qué intencion es la vuestra, señor Rodrigo Vazquez de Arce, al hablarme de estas cosas?

—Ninguna, señora; pero las palabras son como las cerezas: se enredan las unas á las otras, y generalmente se dice mas de lo que se pensaba decir.

—Pues bien, señor Rodrigo Vazquez, quitémonos los antifaces: sea cualquiera el amor que el rey me tenga, el rey me ama: yo amo con toda mi alma á Antonio Perez: el rey le aprieta demasiado; parece que su pérdida es segura, y esto se debe á vosotros.

—¿Y quiénes somos nosotros?

—Vos y vuestro hermano Mateo, que estais envidiosos de Perez, le aborreceis, habeis jurado perderle, envenenais traidoramente el corazon del rey, y teneis sumiso á vuestros deseos á ese pobre Pedro de Escobedo; que unas veces calla porque se le dé dinero, y otras veces, cediendo á vuestra voluntad, reclama justicia en nombre de su padre: estamos frente á frente, señor Rodrigo Vazquez de Arce: yo creia que podia mucho con el rey, y despues de lo que me habeis revelado, sin duda con muy mala intencion, me considero para con el rey mas poderosa. Oid: vais á hacer cuanto esté de vuestra parte para atenuar los malos efectos de la ira del rey contra Antonio Perez: ¿lo entendeis? De otro modo, yo le salvaré, y os perderé á vos: os perderé solo con decir al rey que vos me habeis dicho que soy su hija; que Antonio Perez es su hermano.

—Yo no os he dicho eso, señora, se apresuró á decir Rodrigo Vazquez.

—Vos creíais encontrar en mí á una pobre mujer inocente, y alguna trama infernal traíais urdida; pero os habeis encontrado con una mujer mas sagaz que vos, y estais en mis manos; habeis encontrado en el bizcocho que os dí, por arte de mágia sin duda,

una joya de gran valor: ¿quereis que yo os siga dando bizcochos como ese? ¿quereis que yo os levante en el favor del rey? Pues bien, señor Rodrigo Vazquez de Arce, poneos y haced que vuestro hermano se ponga de parte de Antonio Perez: haced callad á Pedro de Escobedo: sobre todo, tratad bien y escarcelad pronto á doña Juana Coello: olvidad el empeño que por ella teneis; y creedme, no os pongais delante de mí, porque os puede acontecer una mala ventura.

En aquel momento entró apresuradamente en el retrete doña Salomé, esto es, la dueña de Casilda; se acercó á ella, y la dijo al oido:

—Ahí está su majestad, y apenas queda tiempo para esconder al señor Rodrigo Vazquez.

Casilda se levantó, asió al alcalde y le dijo:

—Venid, venid conmigo al momento: el rey está ahí: llevaos con vos á vuestro perro.

El alcalde asió la cuerda que pendia del collar del mastin, y terrible, tiró del él.

Pero el perro se irritó, resistió, castañeteó los dientes, se puso hasta el punto de que Rodrigo le soltó temeroso.

El perro se lanzó dando aullidos de alegría, hácia la puerta por donde habia entrado doña Salomé.

Casilda arrastró consigo á Vazquez, llegó á otra puerta, la empujó, y arrojó dentro por decirlo así al alcalde.

Luego cerró la puerta.

A poco, en aquella por donde habia entrado y vuelto á salir doña Salomé, apareció una figura severa, rígida, fria.

Felipe II.

El mastin saltaba á su alrededor, aullaba de contento, echaba las patas al rey y le lamia las manos.

—Quieto, Brabante, quieto, dijo Felipe II. ¿Cómo es que estás tú aquí?

Y miraba de una manera profunda la mesita que estaba servida junto al sillon que habia ocupado Rodrigo Vazquez de Arce.

CAPITULO XXV.

De cómo puede ser preso un prendedor.

Rodrigo Vazquez procuró buscar la salida del cuarto donde le habia ocultado Casilda; pero no encontró otra cosa que ropas de seda y de brocado, á juzgar por el tacto, colgadas de las paredes de un pequeño espacio.

Aquello era un ropero.

Casilda no habia podido esconder en otra parte al alcalde.

Este, aunque aterrado por la difícil situacion en que se encontraba, se puso á escuchar.

Al mismo tiempo observaba por el claro de la cerradura.

El rey, completamente vestido de negro, rechazaba las caricias del perro, y se acercaba lentamente á la chimenea.

Casilda se arrodilló y le besó la mano.

—Alzad, le dijo el rey: salid, llamad á Santoyo, y decidle venga á recoger á Brabante; le conoce tanto como á mí: me molesta el cariño de este animal; y sin embargo, si se encuentra lealtad en alguien, cariño, es en un perro; un perro jamás vende á su amo.

Estas palabras, pronunciadas con gran serenidad por el rey, impresionaron á Casilda, que salió.

El rey se habia sentado junto á la chimenea, y acariciaba la enorme cabeza del hermoso mastin.

El rey se mostraba indiferente, á pesar de las palabras que habia pronunciado, y que, atendido su carácter, eran terribles: porque Felipe II reprendia muy poco; obraba en silencio.

Algunos instantes despues de haber salido Casilda, entró con Santoyo.

—¿Qué dices de esto? le preguntó el rey, señalándole el mastin.

—¡Brabante! esclamó Santoyo: ¿pero no estaba en el Pardo, en la huerta de los Monteros?

—Se ha soltado sin duda, ha seguido mi rastro, y se ha entrado aquí: recuerda que antes de ayer estuvimos en el Pardo, y que del Pardo nos vinimos aquí.

—Pero antes estuvo vuestra majestad en el alcázar por espacio de algunas horas.

—No importa: Brabante ha cruzado la pista, y la ha seguido hasta aquí, en vez de seguirla hasta mi cámara.

—¡Qué descuido el de esos monteros! Brabante ha estado á punto de perderse, y vuestra majestad lo hubiera sentido mucho.

—El que es leal no se pierde, Santoyo; siempre encuentra á su señor. Salte, y llévate á Brabante.

Santoyo asió la cuerda, y tiró del perro, que le siguió, aunque no sin alguna resistencia.

—Os doy las gracias, Casilda, dijo el rey, por no haber echado á la calle á ese pobre Brabante, á quien estimo como estimo yo al que es bravo y leal, salva la diferencia que existe entre un hombre y un perro. ¿Y desde cuándo está aquí Brabante?

—Yo no le he visto, dijo turbada Casilda, hasta que ha entrado con vuestra majestad.

—Y bien, ¿qué importa eso? dijo el rey; se habrá entrado en la casa aprovechando el descuido de algun criado, y para que no le echen, se habrá ocultado en el jardin. Brabante es muy inteligente: y vos me esperábais con un agasajo preparado: ¿no es verdad, Casilda?

—Sí señor, me daba el corazon que vuestra majestad estaria muy triste esta noche, y vendria á buscar el consuelo de mi afecto.

—En verdad, Casilda, que estoy muy triste, demasiado triste: voy siendo ya viejo, y para los viejos todo es enojoso.

—Vuestra majestad exagera sus años, señor.

—Ya sabeis que no gusto de adulaciones ni de réplicas: tengo mas de sesenta años, y esto no es ser jóven: no importa: lo que fal-

ta de engaños en la fantasía, se tiene de esperiencia; pero no hablemos de esto: ¿cómo os va?

—Siempre bien, y mucho mas cuando veo á vuestra majestad.

—Dios os lo pague, señora, dijo Felipe II; porque creo que no me engañais.

—¿Y por qué habia de engañar yo á vuestra majestad? Ni pienso en ello, ni me atreveria á tanto.

—¿No me habeis engañado nunca, Casilda?

—Nunca, señor, contestó Casilda, poniéndose vivamente encendida.

—¿Y no os atreveríais jamás á engañarme?

—Nunca, señor; y en prueba de ello, ved.

Rodrigo Vazquez de Arce se heló de espanto.

Casilda iba en derechura al ropero donde el alcalde estaba oculto, y dispuesto á esconderse en el centro de la tierra, si esta se hubiera abierto debajo de sus piés.

Casilda empujó la puerta del ropero, y dijo:

—Salid, señor Rodrigo Vazquez de Arce.

Al oir esto, el rey se puso de pié.

Rodrigo Vazquez vaciló un momento, y al fin salió. Cruzó rápidamente el gabinete, y se arrojó á los piés del rey.

—Perdon, señor, dijo; yo no tengo la culpa.

—Alzad; salid; idos á vuestra casa, y permaneced preso en ella hasta que otra cosa se disponga.

Rodrigo Vazquez se levantó; pero no se enderezó: salió agobiado, encorvado, en paso lento, y murmurando en voz opaca:

—Esta mujer me ha tendido un lazo y he caido en él: ¡estoy perdido! ¡Maldito sea Antonio Perez y la primera mujer que Dios ha echado al mundo!

Santoyo le detuvo á la entrada del jardin.

—¡Eh! ¡quién va! dijo: deteneos.

—Dejadme pasar, señor Sebastian de Santoyo, dejadme pasar

—¡Cómo! ¿sois vos, señor Rodrigo Vazquez?

—Sí señor, por mi desdicha, señor Sebastian de Santoyo.

—¿Habeis visto á la persona que está dentro?

—Quisiera no haberla visto.

—¿Os ha visto su majestad?

—Sí, me ha enviado á mi casa.

—Siento mucho que esto haya sucedido, dijo Sebastian de San-

toyo, porque aunque somos de dos partidos opuestos y enemigos, duéleme que en tales aprietos mis enemigos se vean. Creedme, señor Rodrigo Vazquez: aflojad lo del señor Antonio Perez, ó cuando mas, no hagais otra cosa que dejaros llevar lisa y llanamente por el proceso.

—¿Y qué otra cosa hago, señor Sebastian de Santoyo? dijo con acento de protesta Vazquez: ¿creeis que yo soy uno de esos jueces injustos que amargan la suerte de los acusados, que les tienden lazos, que los interrogan de mala fé, que se proponen perderlos? Yo no hago eso; yo tengo conciencia y temor de Dios.

—¡Eh, eh! señor Rodrigo Vazquez, no hablemos, no hablemos de esto: bien alienta, quien escita á Pedro de Escobedo, su venganza: la ha vendido ya mas de tres veces, lo que honra muy poco á ese hombre. Si su padre se levantara de la tumba, seria de oir lo que dijese á su hijo: señor Rodrigo Vazquez, estas cosas son hondas, muy hondas, muy dudosas, y mucho mas enredadas y difíciles de lo que parecen. Yo no sé hasta qué punto os habeis comprometido por vuestro odio al señor Antonio Perez, y en el momento vais á tener una prueba de ello.

—¡Pues cómo! dijo azorado Rodrigo Vazquez: ¿qué me va á suceder?

—Nada, señor alcalde; que os detengo, que os prendo.

—¡Cómo! ¿qué?

—Sí señor, sí, salís de habitaciones donde se encuentra su majestad. Nada me ha dicho el rey, no ha podido decírmelo: ignoro si le habeis hablado ó no, porque vos salís huido; y perdonadme: el que se encuentra detenido, cuando huye, se vale de cualquier medio para escapar.

—El rey me ha enviado á mi casa hasta nueva órden.

—Eso está muy bien; pero yo lo ignoro, señor Rodrigo Vazquez: os encuentro, ignorando con qué intenciones, en un lugar donde el rey ha entrado encubierto, y os detengo.

—¿Pero no comprendeis, señor Sebastian de Santoyo, que habiéndome visto su majestad, y no habiéndoos dado órden alguna, debeis ateneros á las órdenes que á mí me ha dado el rey?

—Pues cabalmente porque el rey no me ha dado órden alguna, dudo de que hayais hablado con su majestad.

—¡Cómo! ¿poneis en duda lo que yo digo?

—Señor Rodrigo Vazquez, el rey sabe que yo estoy aquí guar-

dándole, que mas allá, fuera del postigo, están guardándole tambien cuatro alféreces de la Guardia Española; sabe su majestad que ni ellos ni yo dejaremos de detener á un hombre que salga de esta casa: luego una de dos: ó no habeis hablado con el rey, y entonces os detengo porque me inspirais sospechas, ó habeis hablado con el rey, y no habiéndome dado su majestad órden alguna, os detengo tambien; porque si el rey no quisiera que yo os detuviese, me hubiera llamado.

—¿De suerte que de todos modos preso?

—Preso no; detenido.

—Y decidme, señor Sebastian de Santoyo: ¿de qué manera teneis vos jurisdiccion sobre el presidente del consejo de Hacienda, y protonotario de Indias, y alcalde de Casa y Córte de la real Sala de Madrid?

—Yo soy del Consejo de Estado, ayuda de cámara del rey, su secretario de Estado cerca de su persona; vengo en su nombre: en circunstancias como esta tengo jurisdiccion sobre todo el mundo; y pésame tener que hablaros recio, porque aunque seais nuestro enemigo, no quisiera yo veros metido en aventuras que trascienden á intriga y á mala intencion: porque ¿qué hacíais vos aquí casa de una dama tal como doña Casilda?

—Rodrigo Vazquez conoció que se le tendia un lazo, y se apresuró á contestar:

—Ella es viuda... yo soy viudo...

—¡Ah! ¿con que este es un negocio de amores? dijo con ironía Santoyo; pues mirad: tratándose de doña Casilda y de vos, en lo que menos hubiera pensado yo hubiera sido en el amor. Vos, seamos francos, así como yo, no estamos ya para enamorar á nadie: somos viejos, señor Rodrigo Vazquez, y el amor huye de las canas. Yo no os digo que porque ella no pueda enamorarse de vos, no podais vos enamoraros de ella. El corazon no envejece jamás; por el contrario, como difícilmente encuentra en la vida lo que desea, á medida que pasa el tiempo se empeña mas en sus deseos, se desespera, se irrita. Concedo que vos esteis enamorado; pero no estando ella enamorada de vos, ¿cómo es que en su casa os encontrais? ¿no podeis haber entrado por sorpresa, valiéndoos de la traicion de un criado?

—¡Cómo! señor Sebastian de Santoyo: ¿habreis llegado hasta el punto de creerme un salteador?

—Cuando se trata de odios como el que teneis á Antonio Perez, de amores como los que alentais por su mujer, todo es creible, señor Rodrigo Vazquez: los hombres mas graves enloquecen por el odio y por el amor.

—¿Y por el amor á doña Juana Coello, y por el odio á Antonio Perez, habia yo de introducirme traidoramente casa de doña Casilda?

—¿Quién sabe lo que vos buscábais aquí?

—Me estais interrogando indebidamente, señor Sebastian de Santoyo, dijo Vazquez, que se veia estrechado de nuevo; y para que yo responda, necesito que su majestad os dé la comision de juzgarme; de otro modo, hablemos de cualquier cosa, ó no hablemos, como querais, porque yo no he de contestaros acerca de las causas por que me encuentro aquí; que tales pueden ser que requieran un gran secreto. Lo que os afirmo, es que su majestad, á quien he tenido la honra de hablar delante de doña Casilda, me ha mandado vaya á esperar órdenes á mi casa.

—Y yo os repito que cuando el rey no me ha llamado para darme la órden de dejaros pasar, sabiendo que yo estaba aquí, es porque no quiere que paseis.

—Un olvido sin duda de su majestad.

—Podrá ser, aunque el rey de nada se olvida; pero por si acaso, señor Rodrigo Vazquez, yo os detengo; y escusad la porfía porque nada conseguireis.

—Estas enemistades llegarán á punto de sangre, dijo con voz amenazadora el rudo alcalde de Casa y Córte.

—¡Bah, bah! dijo tranquilamente Santoyo; pues peor para el que pierda: hablemos, si os place, de las cosas de Inglaterra ó de las de Francia.

—¡Bah! ¿y qué me importa á mí de todo eso? dijo Vazquez: allá se las entenderá el rey con los ingleses, con los franceses, con los flamencos, y con el Papa.

—Veo que estais muy de mal humor, y lo siento; en fin, entrémonos en esa habitacion inmediata, donde hay fuego, porque hace mucho frio y se aumenta con el vientecillo de Guadarrama que empieza á correr: están haciendo unas noches muy crudas, señor Rodrigo Vazquez, y estamos ya muy blandos para pasar tales noches al sereno.

Santoyo y Rodrigo Vazquez entraron en una sala contígua al jardin, donde habia un gran brasero con fuego.

Sentado junto al brasero habia un alférez jóven de la Guardia Española.

Allí esperaba siempre que iba el rey á casa de Casilda uno de los que le escoltaban.

Podia decirse que aquel salon, cuando estaba el rey casa de Casilda, venia á ser lo que en el alcázar el salon de Guardias.

—Señor alférez Vicentello, dijo Santoyo al jóven: el señor Rodrigo Vazquez de Arce tiene frio, y os acompañará al brasero: tenedle en vuestra compañía y en este salon hasta que yo vuelva.

Rodrigo Vazquez se sintió herido en lo mas íntimo de su amor propio.

No solamente le habia preso Santoyo, sino que encargaba de su guarda á un alférez de la guardia del rey.

Esto era deprimente de una manera imponderable para Vazquez, y sobre todo, amenazador.

Santoyo habia salido de aquel salon por una puerta.

Vazquez se habia equivocado respecto á Casilda, y por equivocacion habia cometido una grave imprudencia que no podia deshacer, y que le espantaba.

Se sentó embozado junto al brasero, y ni aun siquiera dirigió la palabra al alférez Vicentello, á pesar de que este parecia mucha persona, porque llevaba al pecho sobre el coleto la cruz de Santiago.

El alférez protestó mudamente de la grosería de Vazquez, levantándose de junto al brasero y poniéndose á pasear por el salon.

Entonces fué cuando se creyó de todo punto preso y perdido Rodrigo Vazquez.

El alférez, paseándose de largo en largo, tenia todo el aspecto de un centinela.

CAPITULO XXVI.

En que Felipe II se irrita hasta el punto de desconocerse á sí mismo.

Al rey habia disgustado profundamente encontrar á Vazquez casa de Casilda.

Sin embargo, necesitaba á Vazquez para el asunto de Antonio Perez.

Otro cualquier alcalde le hubiera obedecido ciegamente.

Pero el odio que los Vazquez tenian á Antonio Perez era una garantía de mejor cumplimiento á sus mandatos, fuesen estos cuales fuesen.

Felipe II necesitaba servidores ciegos.

El asunto de Perez traia al rey demasiado inquieto, y sobremanera indeciso.

Perez se equivocaba en su conducta para con el rey.

Este, que durante diez años habia estado vacilando, apretando unas veces y aflojando otras respecto á Antonio Perez, hubiera dado de mano á aquel terrible negocio si Perez hubiera tenido mas confianza en él y le hubiera entregado aquellos billetes que se le reclamaban, y que ponian en claro un alto secreto de Estado.

Felipe II habia cometido una imprudencia, y Perez se amparaba de ella.

Esto irritaba al rey, y empeoraba la situacion del audaz secretario.

Para vencer la tenacidad de este, el rey no encontraba una persona mas á propósito que Vazquez.

Por esta razon, aunque se habia enojado gravemente al descubrir que estaba escondido casa de Casilda Rodrigo Vazquez, disimuló, y le envió á su casa en calidad de preso por hacer algo, pero con el propósito de soltar á Rodrigo Vazquez contra Antonio Perez y su familia, como se suelta á un alano, al dia siguiente.

Casilda le habia tambien enojado.

Felipe II habia nacido para las situaciones difíciles.

Casilda habia comprendido el enojo del rey, pero no se aterró.

Adoraba á Antonio Perez, y estaba por él resuelta á todo.

El rey, apenas salió Vazquez, se sentó junto á la chimenea, y permaneció silencioso y meditabundo.

—De muy mal humor venís esta noche, señor, dijo Casilda.

—Esto no es nuevo, contestó friamente el rey: me devora la melancolía.

—Yo pensaba, señor, que veníais aquí á alegraros.

—No, vengo á veros.

—Y yo os lo agradezco; pero me duele cuando venís á verme, el veros siempre triste: particularmente esta noche me dais mucha pena: ¡os amo tanto!.....

Casilda pronunció estas palabras de una manera ambígua: no espresaban de una manera clara de qué género era el amor que sentia por el rey.

—¿Que me amais? dijo este, recargando su acento, y mirando de una manera profunda á Casilda: nunca me habeis dicho eso hasta ahora: yo os creia, desgraciadamente, enamorada de otro.

—Y lo estoy, y cada dia mas que nunca, respondió la osada Casilda: sé que cometo un gran pecado; pero no está en mi mano evitarlo.

—Sin duda estais desesperada cuando tales cosas me haceis oir, á mí, que me estremezco al solo pensamiento del pecado, por mas que Dios haya permitido que yo sea muy pecador.

—Pues bien, señor, ya sabeis que el corazon lo domina todo.

—Bien, no hablemos mas de esto; pero decidme: ¿cómo es que amando á otro me amais tambien? Las mujeres no se enamoran verdaderamente mas que de un hombre.

—Es que yo no estoy enamorada de vuestra majestad.

—Entonces ¿cómo decís que me amais? debeis decir que me agradeceis lo que por vos he hecho; que me estimais, que me respetais, que confiais en mí; pero cada una de estas cosas tiene su nombre, no se llaman amor.

—Hay muchos amores, señor, empezando por el amor á Dios, que es el primero que debe sentir toda criatura.

—Indudablemente, dijo, marcando su acento y con solemnidad el rey: Dios es el padre universal, y debemos amarle, respetarle y obedecerle, como todo hijo debe amar, respetar y obedecer á su padre.

—Acabais de decir, señor, que el hijo debe amar al padre; pues bien: hé ahí cómo amo yo á vuestra majestad, como si mi padre fuérais.

—¿Vuestro padre? ¿yo vuestro padre?

—Habeis hecho por mí, señor, lo que solo se hace por una hija.

El rey condensó la mirada que tenia fija en Casilda.

Parecia como que queria leer su pensamiento.

—Os encuentro esta noche como nunca, dijo el rey; y esta noche tambien me encuentro con que os acompañaba un hombre, á quien ocultásteis al llegar yo, y al que, arrepentida despues de haberme engañado, sacásteis de su escondite: yo habia pensado hacer caso omiso de esto: habia adivinado la venida aquí de Rodrigo Vazquez: es el juez de Antonio Perez, y nada tenia de estraño pretendiérais seducirle para volverle en favor del hombre á quien amais; pero en lo que acabais de decirme encuentro un misterio: habeis pronunciado la palabra padre de una manera singular: esplicadme esto, os lo mando.

—¿Conoció vuestra majestad hace veintiocho años á una doña Mencía.....

—¿Se ha atrevido ese hombre... dijo el rey, poniéndose de pié y dejando ver su ira, lo que en él era un milagro. ¿Sabe ese hombre... Hablad.

—La manera que tiene vuestra majestad de preguntarme, me prueba que no he sido engañada, que habeis conocido á esa doña Mencía; que, en una palabra, soy.....

—¡Silencio! no pronuncieis esa palabra: guardadla en lo mas profundo de vuestra alma: estoy rodeado de traidores: para librarme de ellos, me veria obligado á matar á la mitad por lo menos de

mis vasallos: ¡ah, señor Rodrigo Vazquez de Arce! ¡vos os atreveis á entrometeros en los secretos del rey! Estais loco: vos tambien estais loca, Casilda: ¿quién os asegura que ese hombre no ha mentido como un villano?

—Lo que habeis hecho por mí, señor; el recuerdo de que sagazmente os informásteis de si yo tenia tres lunares en ángulo en la parte interior del brazo izquierdo, junto al codo; la hacienda que me habeis dado; las frecuentes visitas que me haceis; el cariño y la indulgencia con que me tratais.

—Aborreceis de muerte al alcalde Vazquez, dijo el rey, y os atreveis á todo para perderle, porque creeis que perdido Vazquez se salva Perez; ¿pero no habeis comprendido, que al llegar á una osadía tal, como la de que me estais dando muestra, os esponíais á perderos tambien?

—Y qué, ¿habeis de castigar en mí, señor, una pasion violenta que no puedo vencer?

—Todo puede vencerse con sumision al precepto sabio y prudente.

—Antonio Perez está perdido, y yo no quiero que se pierda.

—De ese modo le acabareis de perder.

—Pues bien, señor; si no puedo salvarle, me sacrificaré con él.

—Me estais dando el espectáculo de una rebeldía que yo no esperaba, que yo no podia esperar en vos.

—Pues qué, señor, dijo Casilda, con una audacia infinita, ¿no comprendeis hasta dónde puede llegar una mujer enamorada? Vos mismo, ¿no lo habeis arrostrado todo por el amor de una mujer?

—Estais loca, loca de remate, esclamó el rey.

—No, no señor, contestó Casilda: estoy desesperada.

—¡Ah! la desesperacion es el gran pecado de Satanás: el que desconfia, duda de Dios, y el que duda de Dios, está perdido.

—Haced de mí, señor, lo que querais; pero salvad á Perez, salvadle, ó matadme con él.

—Ese hombre tiene sin duda hecho pacto con el diablo, murmuró el rey: ese hombre se pierde cada vez mas.

—¿Y habeis de ser, señor, vos tan grande, tan noble, tan generoso, semejante á él, que se ha olvidado de vuestros beneficios, que se ha atrevido á todo?

—Y entonces, si lo sabeis, Casilda, ¿por qué le defendeis?

—Porque le amo.

—Repito que estais loca, y vuestra locura puede seros demasiado funesta.

—No, no; porque vos no matareis á vuestra hija.

El pensamiento del rey se fijó en Rodrigo Vazquez de una manera terrible.

Esto era cabalmente lo que deseaba Casilda, porque creia que perdiendo á Vazquez no encontraria el rey tan fácilmente otro alcalde tan terrible de quien valerse.

El rey dejaba notar á las claras un furor sombrío.

Casilda habia dado por aquel momento al traste con su prudencia, con su impasibilidad.

Felipe II no era el mismo; se habia trasformado.

Su respiracion era la de un tigre hambriento.

—Acabad de una vez, dijo: ¿quién os ha dicho que sois mi hija?

—Rodrigo Vazquez.

—¿Y lo habeis creido?

—Sí.

—¿Qué pruebas os ha dado á conocer ese hombre?

—Ese hombre era amante de mi madre cuando mi madre tenia amores con vuestra majestad.

—Entonces, Casilda, podeis muy bien ser hija de Rodrigo Vazquez, y no mia.

—De Rodrigo Vazquez no hubiera heredado esta boca que aparece en las damas de la casa de Austria.

—¡Ah, ah! ¡El parecido! Casualidades: ¿quién se fia de un labio grueso que sobresale? ¿No teneis mas prueba que esa?

—Mi madre puede procurarme un testimonio: si es necesario buscaré á mi madre, la encontraré, aunque se oculte en lo mas profundo de la tierra: sobre todo, señor, no tengo que esforzarme; nada tengo que probar; vos sabeis que soy vuestra hija, y esto me basta: ahora, elegid: ó salvad á Antonio Perez, ó matadme con él.

—¡Insensata! esclamó el rey: salid mañana mismo desterrada de mi córte.

—Os aseguro, señor, que no saldré.

—¡Ah! ¡que no saldreis!

—No.

Los ojos del rey rodaron terribles en sus órbitas.

Aquella rebeldía era mas de lo que podia sufrir.

Casilda jugaba el todo por el todo.

Para ella, Rodrigo Vazquez estaba completamente perdido.

El rey miró sombriamente durante algunos segundos á su hija, y luego salió diciendo en voz opaca:

—Mañana vendrá Santoyo á comunicaros mis órdenes; y ¡ay de vos si no las obedeceis!

El rey salió.

Al llegar al salon donde estaba Rodrigo Vazquez, dijo encarándose á él, con su terrible fijeza:

—¡Qué! ¿aún estais aquí?

—Sí señor, contestó Rodrigo Vazquez; aunque á pesar mio.

—¿A pesar vuestro?

—Sí, sí señor: he sido preso en nombre de vuestra majestad por el señor Sebastian de Santoyo.

—Pues Santoyo ha hecho muy bien, contestó el rey, haciendo temblar de los piés á la cabeza al alcalde: venid conmigo.

Rodrigo Vazquez siguió al rey, que salió completamente rebozado, á pesar de que era muy tarde, hacia muy oscuro, y no podia suponerse hubiese nadie á aquellas horas en las calles de Madrid.

Dos horas despues, salia Rodrigo Vazquez murmurando ébrio de contento:

—¡Que no perdone medio para arrancar los billetes del rey á Perez y á su mujer! ¡Que atormente si es necesario hasta al menor de la familia! ¡Y yo que me habia asustado; yo que habia creido que doña Casilda se lo habia revelado todo al rey! ¡Ah, ah! he sido demasiado crédulo: no se ha atrevido.

Y devorando su alegría, el alcalde se entró en su casa, y en vez de acostarse, se puso á estudiar los medios de que habia de valerse contra Antonio Perez y su familia, para cumplir el terrible mandato del rey.

CAPITULO XXVII.

De cómo arreciaba la tormenta contra Perez.

Entre tanto, doña Juana Coello gemia sepultada en una oscura mazmorra de la cárcel real, separada de sus hijos, temblando por ellos, recordando especialmente á su hija mayor doña Gregoria, que tenia ya quince años, y era una hermosa doncella.

Nunca una madre, una esposa, se habia visto en una situacion tan terrible.

En su mano estaba salvar á sus hijos, salvarse á sí misma de aquella terrible prueba.

No necesitaba mas que enviar á Monzon, donde estaban en el sótano de una casa los dos cofres, que entre otros papeles importantes, contenian los billetes que tanto ambicionaba el rey, á Gil de Mesa, único á quien, á falta de Perez, ó de doña Juana, los hubieran entregado los que los tenian en depósito.

Pero entregar aquellos papeles, era para doña Juana lo mismo que entregar al verdugo la cabeza de su marido.

Doña Juana, pues, contestó tenazmente á Rodrigo Vazquez que no sabia dónde estaban los papeles que se la pedian; que aquello era cosa esclusiva de su marido, y que á él debia recurrirse.

Protestó contra su prision y la de sus hijos.

Pero fueron en balde sus protestas.

Rodrigo Vazquez se ensañaba cuanto podia con la desdichada, y si no llevó sus escesos hasta un límite odioso, fué por miedo al rey, cuya severidad protegia desde lejos á doña Juana contra un atentado miserable de Rodrigo Vazquez.

Pero nada escaseó este de cuanto puede destrozar el corazon de una esposa y de una madre.

—Os estais vos sacrificando, la decia, por un hombre que nunca os ha amado; por un miserable que os abandona con vuestros hijos; que con una sola palabra puede sacaros del aprieto en que os encontrais, y no la pronuncia: ¿y qué le importa á él? Si viviera la princesa de Eboli y se encontrara en vuestra situacion y él pudiera salvarla á costa de cualquier sacrificio, seria otra cosa. Pero vuestro marido es un hombre sin ley, sin temor de Dios y sin amor á nada mas que á sí mismo: sacrificaos, sacrificaos por él, en buen hora, sacrificad á vuestros hijos. Estais loca.

Doña Juana oia en silencio á Rodrigo Vazquez, pero no podia ocultar su cólera y su despecho.

Rodrigo salia gozoso: esperaba que al fin el sufrimiento doblegase aquella alma terrible.

Rodrigo Vazquez habia llegado al colmo del rigor.

La pobre doña Juana, á pesar de su delicadeza y de lo acostumbrada que estaba á vivir bien, ni aun tenia lecho.

Habian echado alguna paja en un rincon del calabozo, habian puesto en otro un cántaro desboquillado, y dos veces al dia la llevaban un potaje escaso y mal condimentado, en una asquerosa escudilla.

Se la trataba ni mas ni menos que como á los que están en la cárcel abandonados por todo el mundo.

Doña Juana no se echaba en la paja; se paseaba hasta que se cansaba, y entonces se sentaba en la parte de escalon de la puerta del calabozo que quedaba por dentro.

Allí apuraba, cuando la rendia el cansancio, un horrible insomnio, del que despertaba despavorida.

Durante dos dias se mantuvo sin comer.

La repugnaba aquel horrible potaje que la llevaban.

Al tercero, comió algo del mal pan que la dejaban en el calabozo.

Pero le era imposible tragarle.

Aquel dia, cuando entró Vazquez, le dijo:

—¿Os ha mandado el rey que me mateis de hambre?

Rodrigo Vazquez se sonrió con la espresion de un horrible gozo satisfecho.

—Al fin os quejais, dijo; y esto ya es algo: vuestros hijos se han quejado antes que vos.

—¡Mis hijos! pues qué, ¿se trata á mis hijos como se me trata á mí?

—Se os trata, así como á vuestro marido, como se trata á los presos pobres de solemnidad.

—¡Ah! Dios os pedirá cuenta de lo que haceis, dijo doña Juana; y digo de lo que haceis, porque el rey no puede haber mandado se llegue á tal estremo de rigor conmigo y con mi familia.

—Pues os engañais, doña Juana: yo no hago mas que obedecer las órdenes de su majestad.

—Mentís.

—Ved que incurrís en desacato, doña Juana; que soy vuestro juez.

—No; vos no sois mi juez: sois mi demonio; sois el infame, el ambicioso, el miserable Rodrigo Vazquez, que habeis jurado á vuestra ambicion perder á mi marido porque ambicionais el favor del rey, que estando á su lado mi marido no podríais tener: no, vos no sois mas que un verdugo de quien el rey se vale, porque sabe hasta qué punto sois capaz de llegar contra mi marido y contra su pobre familia.

—Y sin embargo de todo esto, contestó Vazquez, en vos estriba el que estas penalidades cesen: os estais sacrificando por un hombre indigno, en tanto que desesperais á otro hombre que daria por vos su vida si se la pidiéseis.

—Tanta y tan miserable infamia es inconcebible, dijo doña Juana: solo un hombre tal y tan olvidado de todo, de Dios y del mundo, como vos, puede atreverse á hacer á doña Juana Coello una proposicion semejante. Salid de aquí: dejadme morir de miseria y de desesperacion, no importa: lo prefiero todo á sufrir vuestra odiosa vista, á escuchar vuestras miserables palabras.

Rodrigo Vazquez salió mas contento que nunca.

A doña Juana empezaba á hacérsele intolerable su prision.

Estaba próxima á ceder, segun él creia.

No mandó se mejorasen los alimentos de doña Juana ni de su familia.

Al dia siguiente, la infeliz presa estaba desfallecida.

El alcaide de la cárcel se habia puesto demasiado serio, y habia declarado con el valor que le daba su responsabilidad á Rodrigo Vazquez, que los presos no comian la racion de la cárcel, que si continuaban así, moririan de hambre, y que no estaba escrito en ninguna ley, que él se viese obligado á respetar un tratamiento semejante.

—Y bien, dijo Rodrigo Vazquez; los bienes del señor Antonio Perez están embargados y mandados vender: ¿de dónde hemos de sacar los alimentos de esa familia?

—Eso no es cuenta mia, dijo el alcaide; conste que yo he avisado; que si de hambre mueren los presos, no será mia la culpa: líbreseme testimonio de esto, y despues suceda lo que quiera.

Vazquez no se atrevió á librar el testimonio que pedia el alcaide; pero tampoco se atrevió á obrar por sí mismo.

Se fué al rey, y le dijo:

—Doña Juana Coello y sus hijos están á punto de morir de hambre.

—¡Cómo! esclamó severamente el rey: ¿esos descreidos se niegan á comer?

—No, no señor: es que no quieren comer el alimento de los presos pobres de solemnidad.

—¡Cómo! dijo con energía Felipe II: ¿no se da á doña Juana ni á sus hijos otra cosa que la racion de los presos pobres?

—Pobres son de solemnidad, señor.

—Hubiérase pagado su manutencion de las penas de Cámara.

—Vuestra majestad me mandó se les tratase con el mayor rigor.

—Pero no tanto, no tanto que se les haga morir de hambre: eso no lo he mandado yo; eso no puede mandarlo ningun cristiano: cargadlos de cadenas, atormentadlos, arrancadles esos papeles; pero alimentadlos bien, y que coman aquello que quisieren.

Rodrigo Vazquez tuvo que tener paciencia.

Doña Juana y sus hijos fueron bien alimentados, y esto alentó á aquella infeliz.

Creyó que el rey empezaba á aflojar en su rigor.

Pero si se mejoró el tratamiento en cuanto á la comida, no se mejoró en cuanto á lo demás.

Rodrigo Vazquez tomó una compensacion: cargó de cadenas á la delicada doña Juana.

El mayor tormento de esta fué cuando se vió obligada á mostrar sus piés para que la pusieran los grillos.

Por el momento no pudieron ponérselos: eran demasiado grandes.

Pero no se perdió el tiempo: tres horas despues, volvieron los grillos achicados y calientes aún de la fragua.

Doña Juana sufrió impasible, altiva, esta crueldad.

Pero cuando se quedó sola, rompió á llorar desesperada.

Todo lo debia á la locura, á la osadía, á los vicios de su marido.

Sin los amores de este con la princesa de Eboli, nada hubiera acontecido; se hubieran ahorrado acaso los asesinatos de don Juan de Austria y de Escobedo.

A no haber sido amenazado Antonio Perez por este, hubiera manejado la pretension de don Juan de Austria, de que se construyese un fuerte en la Peña de Mogro y se diese la tenencia de él á Juan de Escobedo, de tal modo, que nada hubiera acontecido.

Aquella traicion, aquella locura, no hubiera llegado á conocimiento del rey.

Por consecuencia, los Vazquez no hubieran tenido á qué asirse.

Parecia como que Antonio Perez y su familia estaban abandonados de Dios y de los hombres.

Él yacia, por decirlo así, encerrado en el cimiento de una torre del castillo de Turuégano, en un calabozo de dos varas en cuadro, sin luz, sin ventilacion, cargado de cadenas, mal alimentado, con un mal lecho, y sin ver á nadie mas que á un hidalgote secó y rubio, que era alcaide del castillo, y se llamaba Tristan de Ampuero, por sobrenombre el Falconete, apodo que debia, no sabemos si porque habia sido alférez de artilleros, ó porque era largo, estrecho y tieso.

Tenia tal miedo este señor á que le sobornase á sus subordinados, que guardaba las diferentes llaves de las puertas que habia que abrir para llegar al calabozo donde estaba encerrado Perez, y él mismo bajaba en una cesta, dos veces al dia, la mala comida que se servia á Perez, y un cantarillo de agua.

Falconete, que era muy raro, guardaba un profundo silencio con Perez, hasta el punto de no darle los buenos dias ni las buenas tardes, porque creia que siendo de tanta consideracion el preso, era una grave imprudencia, y casi casi un crímen de alta traicion, dirigirle la palabra.

Perez intentó suavizarle; pero se convenció muy pronto de que Falconete era un hombre intratable, de carácter duro y firme, que tenia mucho miedo á lo que le pudiera suceder si se comunicaba de la manera mas inocente del mundo con el preso, y Perez se redujo al silencio.

Falconete abria á las diez de la mañana la puerta del calabazo, dejaba sobre una mesilla lo que contenia la cesta, que era un pedazo de pan, otro de carne, y una pequeña cantidad de mal vino.

Ponia en un rincon el cantarillo que llevaba lleno de agua, sacaba el otro, estuviese lleno ó vacío, dejaba abierta la puerta del calabozo durante algunos minutos, para que se renovase un tanto el aire, y despues cerraba.

Antonio Perez, que por un corto espacio de tiempo habia visto á Falconete; las paredes grietadas, húmedas, viscosas; la bóveda deprimida; una enorme argolla de hierro, en la que se fijaba con espanto su vista, porque aquella argolla representaba por su destino lo que aún no existia: esto es, un encadenamiento; Antonio Perez, que habia visto, repetimos, todo esto á la luz de un farolillo que llevaba en la mano Falconete, volvia á quedarse á oscuras hasta por la tarde, en que el celoso guardian bajaba á traerle otra racion mezquina, y á renovarle el agua.

Habian pasado muchos dias sin que nada se interrogase á Perez: parecia como si se le hubiera olvidado. Este pensamiento pasó por él estremeciéndole. Antonio Perez conocia demasiado á Felipe II. Confiaba, sin embargo, en aquellas cartas que tenia del rey, y que en cierto modo ataban al rey de piés y manos, como suele decirse: sin embargo, doña Juana Coello conocia el lugar donde estaban ocultos aquellos papeles: podia suceder muy bien, tal lo temia Perez, que estrechada, maltratada por el rey doña Juana y sus hijos, engañada con falsas promesas, hubiese entregado al rey aquellos papeles. En este caso, todo estaba perdido. Antonio Perez resolvia la cuestion de este modo:

—El rey no se atreverá á matarme; me necesita: muerto yo, mas de un negocio de Estado quedaria sin resolucion: el rey no me destruirá, porque no le conviene destruirme; pero hará de este calabozo mi sepultura. Cuando me necesite me buscará entre estas tinieblas, me consultará y volverá á dejarme olvidado: esto es, si no me envia un secretario para que despache con él los negocios mas árduos desde estas tinieblas, desde esta desesperacion. ¡Ah! el

rey se venga de una manera cruel; mató á la princesa, y á mí me está matando de mil muertes, prolongando mi agonía, jugando conmigo como un gato juega con un raton. Mas valdria que esto acabase de una vez.

Pero aunque era muy triste, muy dura, la situacion de Antonio Perez, se agravó al mes de estar preso, y por otra parte, renació una esperanza en el corazon de Perez: el alcaide Falconete le entregó un dia un pliego cerrado en cuya nema se veia escrito: «Al señor Antonio Perez, secretario de Estado y del Despacho Universal del rey nuestro señor. Del alcalde de Casa y Córte Rodrigo Vazquez de Arce.» Antonio Perez se estremeció de los piés á la cabeza en un movimiento de furor y de odio al leer este nombre: abrió el pliego con mano convulsa, y vió que contenia lo siguiente:

«Señor Antonio Perez: Para la prosecucion de la causa que ante nos pende sobre el asesinato del señor Juan de Escobedo, de una parte el fiscal de su majestad y el señor Pedro de Escobedo, y de la otra vos, son necesarias de todo punto ciertas cartas que os fueron escritas por el rey nuestro señor, á cuya entrega habeis sido repetidas veces compelido, y de nuevo se os compele á ello, so pena de trataros con el rigor mas escesivo si os negáreis á entregar dichos papeles, y á cargo de vuestra conciencia será lo que sobre vos viniere y sobre vuestra familia. Guárdeos Dios. De esta nuestra real Audiencia de Madrid, á 25 de marzo de 1585.—Alcalde de Casa y Córte, licenciado Rodrigo Vazquez de Arce.»

—Dadme pluma, tintero y papel, dijo Antonio Perez á Falconete.

Este salió del calabozo, cerrando su puerta, y volvió á poco trayendo recado de escribir.

Antonio Perez escribió:

«Señor Rodrigo Vazquez de Arce: Mi cruel é infatigable enemigo: Pedísme en un pliego que de vos he recibido ciertos papeles y cartas que decís haberme escrito el rey nuestro señor, y yo os respondido lo que os he respondido siempre; esto es: que todos los papeles que yo tenia, así del rey como de Estado, y como de mis propios negocios, fueron embargados y sacados de mi casa, y desparecidos, á pesar de que tales los habia entre ellos y me disculpaba de todas las acusaciones que contra mí se han fulminado y se fulminan. Ninguna noticia tengo ni puedo tener de papeles que de mi poder han salido. No sé por qué se insiste en esto con tal tena-

cidad, prolongando mi martirio y amenazándome con el de mi inocente familia. En verdad os digo, señor Rodrigo Vazquez, que esta conducta vuestra que contra mí haceis os honra muy poco, ya se os mire como juez, como caballero ó como cristiano; que si vos tuviérais conciencia y lo que debíais hacer hiciérais, ya hace mucho tiempo habríais dejado de ser juez de esta causa ó dádola buen término con sentencia libremente absolutoria, como corresponde en derecho. Contra mí no ha parecido prueba alguna del delito de que se me acusa, por mas que se ha recurrido á todo género de reprobados amaños y se ha hecho uso de falsas deposiciones de testigos; no testigos, porque nadie puede ser testigo de lo que no ha visto ni podido ver, y se ha traido y se ha llevado como persona baladí de poco respeto, y poca vergüenza al señor Pedro de Escobedo, hijo del difunto asesinado, sin culpa mia; y este señor Pedro de Escobedo, unas veces ha desistido de la demanda por dineros que se le han dado para que deje de dañar á inocentes, y otras, con la esperanza sin duda de nueva ganancia, ha vuelto á una acusacion que nunca ha probado, manteniéndola en generalidades y en suposiciones que ningun juez de buena conciencia hubiera oido; antes bien hubiera amonestado y compelido al señor Pedro de Escobedo para que dejara de perseguir con falsedades y calumnias á quien ningun daño le ha hecho: pero el favor en que me tenia el rey nuestro señor por los merecimientos de mi padre y los mios propios, y por los grandes y largos servicios que á su corona he prestado, causas son, escitando vuestra envidia y la de vuestro hermano, de estas injustas persecuciones que tal y tan despiadadamente caen sobre mí y sobre mi desventurada familia, sin que me quede esperanza de otra justicia que de la de Dios, que sin duda me está probando para castigo de mi culpa; pero llegará un dia en que Dios se canse de tanta crueldad y de tanta injusticia, y castigue á los culpables y salve á los inocentes. Cuando Dios parece dormido, y olvidado de sus criaturas, mas las ama, y mas por ellas vela; y en Dios tengo puesta mi confianza, y á su juicio apelo, y ante él os emplazo. Y no se me hable mas de papeles que no son mios, ni en mi poder están, y déjese vuesa merced de pretestos, y acabe vuesa merced de una vez y cárgueme con todo el daño que pudiere; pero acábese esto pronto, que ya es razon despues de diez años que dura, sin que nada se haya sacado en claro; que nada puede sacarse de donde nada hay. Y con esto, guarde Dios á vuesa merced y le toque en el corazon para que

desagüe en lo que pudiere el mal que me ha hecho. De esta sepultura de vivos donde me consumo, y estoy á punto de perder mi alma por la desesperacion, á 27 de marzo de 1585.—Antonio Perez.»

Cerró esta carta, y la entregó á Falconete, que salió.

Aún no habia pasado media hora, cuando Antonio Perez oyó pasos de mas de un hombre, y en las escaleras, acompañados de un seco crujimiento de hierros. Aquel ruido se acercó, llegó á la puerta, se abrió esta, y apareció Falconete, al que acompañaba una especie de sayon que venia cargado de grillos y cadenas.

—¡Esto se va á hacer conmigo! dijo azorado Antonio Perez: ¿no les basta tenerme aquí sepultado, sin comunicacion con nadie, perdiendo la salud, la razon y el alma?

Falconete no contestó: el que le acompañaba, se apoderó de Antonio Perez, le puso dos pares de grillos, argolla á la cintura, argolla al cuello, esposas en las manos, y sujetó la cadena, á que las otras cadenas estaban unidas, á la fuerte argolla en que tantas veces habia fijado con espanto su vista Antonio Perez, previendo la situacion en que se encontraba.

—¡Dios perdone á mis enemigos, dijo con cólera Antonio Perez, que yo no puedo perdonarlos!

Falconete no contestó ni mas ni menos que en todo el tiempo que tenia bajo su custodia á Perez, y le dejó encerrado, saliendo con el hombre que le acompañaba.

Antonio Perez, cuando se encontró solo, dolorido y desalentado, cargado de hierros, enfermo, perdida la esperanza, se echó á llorar. Aquello era demasiado: no podia darse mas encarnizamiento; parecia como que se creia que matarle era hacerle un favor, y se preferia martirizarle. Era indudable que Rodrigo Vazquez de Arce, ú otra persona bastantemente autorizada, habia ido á la fortaleza de Turuégano, puesto que al poco tiempo de haber escrito su contestacion á la carta del alcalde Antonio Perez, se le habia cargado de cadenas.

—Se va apretando lentamente, dijo Antonio Perez, y de uno en otro rigor, llegaremos á la cuestion del tormento. Dios me abandona y me deja sin amparo en poder de mis enemigos.

La idea del tratamiento que sin duda sufria su familia, de la que no tenia noticia alguna, acabó de amargar el corazon de Perez, y le hizo vacilar entre si entregaria ó no las cartas que se le

pedian, y un terror infinito se apoderaba de él cuando suponia las consecuencias probables de la entrega de aquellos papeles.

—El rey, murmuró, está atado y sin poder hacer otra cosa que martirizarme por esas cartas suyas, que bien sabe el rey que si yo no las he publicado ya y las he enviado á los reyes de Francia é Inglaterra, ha sido por lealtad; pero que si llegáramos á punto de suplicio y muerte mia, sabria el mundo que para ocultar las culpas de un rey se habia sacrificado á un vasallo. No, no; yo no debo privarme de esa última defensa que me queda: eso seria lo mismo que aceptar una muerte segura que dejaria infamados y huérfanos á mis hijos. Sea lo que quiera la voluntad de Dios; si yo muero en prisiones, sabrá todo el mundo cuán injustamente he muerto, que si yo anduve en la muerte de Juan de Escobedo fué por mandato del rey, que no podia desobedecer sin lealtad; y el vasallo, obedeciendo lo que su rey le manda, no es culpable, por mas que el mandato haya sido injusto. El rey, derecho de vida y muerte tiene, y facultad legítima de absolver y de condenar. La sangre de Escobedo no cae, no puede caer sobre mi cabeza.

Antonio Perez se valia de pretestos para acallar la voz de su conciencia; pero esta le decia implacable: tú no eres inocente, tú pudiste evitar la muerte del secretario de don Juan de Austria, pero cediste al miedo, temiste revelase al rey tus amores con la princesa de Eboli, y envolviste á Juan de Escobedo en una intriga de Estado, de la que resultó su muerte. No; tú no eres inocente, por mas que el rey mandase matar á Escobedo, porque tú diste ocasion intencionalmente á aquella órden del rey.

La voz de su conciencia, que le decia la verdad severa, aterraba á Perez, aumentaba sus sufrimientos, le desesperaba, le hacia conocer todo el horror de lo que le esperaba sin duda. ¡Dios, y siempre Dios, aterrando al criminal!

CAPITULO XXVIII.

El alférez Bustillos.

Rodrigo Vazquez se habia encontrado al dia siguiente de la noche en que Casilda le habia entregado al rey, con una órden de este en que se le mandaba asistir á la sala de alcaldes de la real Audiencia de Madrid; pero sin que se le dijese si se habia levantado ó no la prision en su casa á que le habia sentenciado el rey.

Esto queria decir, una de dos: ó que el rey procuraba no se interrumpiese el curso de la justicia por la anulacion temporal de uno de los cuatro alcaldes de Casa y Córte, ó que deseaba permaneciese secreta la prision de Vazquez.

¿Era esto un favor, ó un disfavor?

Crecian para el alcalde los misterios: habia recibido tan á punto la órden del rey, que pudo ocupar á las nueve en punto, segun costumbre, su sillon bajo el dosel de la real Audiencia.

Pero cuando á las doce terminó esta, tuvo gran cuidado de irse á su casa, de la que no salió hasta el otro dia á las nueve, y donde no recibió á nadie, so pretesto de estar enfermo.

Solamente hizo decir á su hermano Mateo, que no le recibia porque no debia ni podia recibirle; que esperase.

Mateo Vazquez se fué lleno de confusion.

Habíale dicho esto Rodrigo por temor al rey: no queria romper

su prision ni aun recibiendo á su hermano, ni decirle tampoco que no queria recibirle porque estaba preso: cualquiera de estas cosas podia haber disgustado al rey, y era demasiado serio disgustar á Felipe II.

Con Casilda fué menos afortunado el rey. Cuando al dia siguiente fué Santoyo para acompañarla al Pardo, adonde el rey habia querido se la trasladase, contestó resueltamente y con una energía á prueba de todo temor:

—Señor Sebastian de Santoyo, que haga su majestad de mí lo que quiera; pero yo no salgo de mi casa sino hecha pedazos: decídselo así á su majestad, y rogadle que me perdone mi desobediencia: mi obligacion es quedarme aquí, y la cumpliré contra todo lo que me pueda sobrevenir.

Santoyo, que conocia todos los secretos del rey, que sabia que Casilda era su hija, se puso de muy mal humor.

—Ved lo que haceis, señora, le dijo; mirad que es muy peligroso desobedecer á su majestad.

Casilda, que trataba con mucha confianza á Santoyo, le contestó:

—¿Y qué miedo he de tener yo cuando se trata de tal manera al señor Antonio Perez? ¿Creeis que puedo abandonarle yo cobardemente, como le habeis abandonado vos?

Santoyo se encogió como si hubiera recibido un golpe.

—Yo no he abandonado al señor Antonio Perez, dijo: el señor Antonio Perez se ha abandonado á sí mismo: ha ido de imprudencia en imprudencia, y ha llegado á un caso tal, que nadie puede valerle.

—Le valdré yo, dijo Casilda; y para valerle, no me muevo de aquí.

—¿Y creeis que el rey os dejará en libertad, señora?

—El rey no mandará que nadie ponga sobre mí la mano.

—Indudablemente; pero hará guardar vuestra casa.

—No, el rey no dará el espectáculo de poner soldados á mis puertas, ni llegará hasta el punto de meter en mi casa alguaciles.

—No confieis demasiado, señora; no jugueis con el leon, que puede despedazaros.

—Ya os he dicho que estoy resuelta á todo, á todo por él; por el único hombre á quien he amado, á quien amaré siempre. El rey no debe estrañar que yo tenga la voluntad firme de toda princesa: el

rey sabe que la sangre de donde yo vengo no ha cedido, no puede ceder al villano temor. Decid esto que os digo á su majestad, y añadid que intento hacerle un gran servicio.

—¿Y qué servicio es ese, señora?

—El rey quiere ciertos papeles suyos que tiene Antonio Perez, y que se niega á entregar: los tendrá pronto; pero que me deje en libertad de hacer y deshacer, de entrar y de salir, de ir y de venir.

—Todo lo sabrá su majestad, dijo Santoyo; pero me parece que os poneis en gran peligro.

—Ya os he dicho, que suceda lo que quiera, no abandonaré á Antonio Perez ni á su desgraciada familia.

—¡Su familia! esclamó con estrañeza Santoyo: yo creia que la aborrecíais.

—¿Y por qué he de aborrecer yo á la noble, á la virtuosa doña Juana Coello, ni á los desdichados hijos de Perez? Le amo, sí, le amo; pero su amor no me ha hecho malvada.

—No hay amor sin celos, ni celos sin odio.

—Yo no tengo celos de doña Juana Coello.

—¿Creeis que no ama á su esposa el señor Antonio Perez?

—Sé que es lo que mas ama en el mundo; sé que doña Juana es la mujer que mas le enamora; y esto me prueba cuánto me ama él; á pesar del amor que tiene á su mujer, la ofende, la irrita, la martiriza.

—¡Ah! ya asoma en vos algo de odio contra doña Juana.

—Os engañais; yo quisiera evitar todo lo que sucede: quisiera dejar de amarle, y que él dejase de amarme: estos amores son para mí muy dolorosos: tan dolorosos como para doña Juana Coello; pero no puedo vencerlos. Dios me perdonará, porque estoy loca, y Dios no castiga los desvaríos de los que han perdido la razon.

—Pues bien, señora, dijo Santoyo, verdaderamente alarmado: yo no sé adónde vamos á ir á parar con todo esto, y temo mucho una desgracia.

—Tranquilizaos; nada sucederá sino que el rey tendrá esos papeles que tanto desea.

Santoyo salió, y á poco volvió y dijo á Casilda:

—El rey os prohibe terminantemente entrometeros en nada.

—Yo no sé por qué el rey se empeña en hacerme inobediente, dijo con firmeza Casilda.

—Vos hareis lo que mejor querais, dijo Santoyo: yo he cumplido con mi lealtad advirtiéndoos: nada mas puedo hacer. Quedad con Dios, señora.

Casilda llamó á doña Salomé.

—¿No teneis vos un sobrino, la dijo, que ha estado en las guerras de Flandes, que es hombre valiente, honrado y leal?

—Sí señora, contestó doña Salomé: Pablo Bustillos, mi sobrino, que ha servido en las corazas del serenísimo Alejandro Farnesio: es un hombre en quien tengo yo una gran confianza, y que os servirá con una gran lealtad. ¿Pero para qué le quereis?

—Ese es un secreto mio, dijo Casilda.

—Os advierto, señora, dijo doña Salomé, que Bustillos, que os ha visto alguna vez cuando ha venido á visitarme, se ha enamorado de vos, y anda triste y mal contento.

—Pues mejor, mucho mejor, dijo Casilda.

—Yo, señora, no os he dicho lo del enamoramiento de mi sobrino, ni os lo hubiera dicho nunca, si vos no hubiérais querido serviros de él. De los hombres enamorados no debe echarse mano por la mujer que los enamora, porque alientan esperanzas y pueden convertirse en un inconveniente.

—Os digo que me alegro mucho de que el señor Pablo Bustillos esté enamorado de mí.

—¡Pobre sobrino mio! dijo doña Salomé.

—¿Y por qué ha de ser pobre vuestro sobrino?

—Por haberse enamorado de vos.

—Al contrario; afortunado de él, si la mujer que le enamora le llama y de él se sirve.

—Acabará mi sobrino por volverse loco.

—¿Qué edad tiene, doña Salomé?

—Treinta años.

—¡Ah! ¡Buena edad! ¿Y figura?

—Muy buen mozo.

—¡Ah, bien! ¿y es bravo?

—Como un leon.

—¿Y cómo anda de haberes?

—Pobre: ya veis qué puede hacer un hidalgo sin mas que su sueldo de alférez, y eso cuando le tiene; que como ahora se ha venido á la córte y anda en pretensiones de que le mejoren, no tiene mas que lo poco que yo le doy, y está mal traido y mal llevado. De

seguro que le ha de dar vergüenza de presentarse á vos tal como se encuentra.

—Por eso no quede, dijo doña Casilda; dad al buen hidalgo de mi parte estos veinte doblones, y decidle que quiero que se me presente muy galan, y cuanto antes; á mas tardar esta noche.

—¡Pobre sobrino mio! repitió doña Salomé.

—Ó bienaventurado, dijo Casilda: ¿qué sabeis?

—Me temo que le querais para algun empeño, señora.

—Y bien, dijo Casilda; ¿qué mas fortuna para un enamorado que servir á la mujer á quien ama?

—Servirla para enloquecer.

—Id, id, doña Salomé; dad ese dinero á vuestro sobrino, y decidle que esta tarde iré á los maitines á las Descalzas Reales; que me espere en la puerta del templo á punto de Oraciones, y que se acerque á hablarme sin temor.

Doña Salomé salió murmurando:

—Puede ser que haya visto á Pablo y que se haya enamorado de él: ¡es tan buen mozo!... ¡tiene unos ojos tan habladores, tan negros!... Quién sabe, quién sabe si mi sobrino habrá hecho una gran fortuna.

Doña Salomé se metió en una silla de manos, y se hizo conducir á un casaron situado en la Cava-Baja de San Miguel.

Aquella casa era un arca de Noé, donde vivian innumerables gentes de todos oficios, pero todos pobres: en una palabra, una casa de vecindad á cuyos moradores del piso bajo causó grande estrañeza ver que se detenia á su puerta una lujosa silla de manos, y que salia de ella y entraba en la casa una dueña, muy bien parecida, de dama principal.

Doña Salomé nunca habia ido por respeto á sí misma á aquella casa, que sabia estaba habitada por gente maleante, y donde vivia forzosamente su sobrino, porque necesitaba vivir barato, en razon á su pobreza.

Doña Salomé ignoraba que su sobrino era un soldado de vida libre, aunque no desastrada, porque era hombre de bien.

Doña Salomé le creia mejor de lo que era, porque conocia la severidad de la honrada dueña su sobrino, y encubria para con ella lo libérrimo de su conducta.

No quiere esto decir que el alférez Bustillos no fuese un buen muchacho. ¿Pero qué alférez de los tercios viejos no jugaba á los

dados ni dejaba de ir á la taberna, ni galanteaba á las mozas, ni dejaba de concurrir á las mancebías, ni de asistir á todas las reuniones de gente alegre?

Doña Salomé lo hubiera llevado esto muy á mal, y por esta razon, el alférez Bustillos, que lo sabia, se hacia con ella el hipócrita, y llegaba hasta el punto de acompañarla al jubileo y de decirle que si no le mejoraban en la milicia, se meteria fraile para servir cristianamente á Dios, que paga mejor que el rey.

Doña Salomé preguntó á la primera comadre que encontró al paso, en qué cuarto vivia el alférez Pablo Bustillos.

—¡Ay, señora! contestó la mujer: ¿y quién ha dicho á vuesa merced que encontraria á estas horas aquí al alférez Bustillos?

—¿Qué no vive aquí? dijo alarmada doña Salomé por el temor de coger en una mentira á su buen sobrino.

—Sí señora, aquí vive, ó mas bien, aquí duerme; pero desde que Dios amanece hasta las tantas de la noche, no se le ve el pelo: y eso, la noche que no se queda á picos pardos.

—¡Picos pardos! esclamó escandalizada doña Salomé: vos os equivocais, buena mujer; mi sobrino es muy buen hombre y de muy buenas costumbres: sin duda le habeis equivocado con otro.

—¡Si sabremos aquí quién es el señor Pablo Bustillos! dijo la mujer: que se lo pregunten á todas las mozas de la casa que tienen buen palmito, que las trae revueltas: y si no ahí viene la buena moza de la Gilguera, que se lo podrá decir á vuesa merced: ayer se arañó con él por la Tomaseta: ven tú acá, Gilguera, ven acá: ¿conoces tú al señor Pablo Bustillos?

Doña Salomé sudaba, y abria desmesuradamente los ojos.

—No me le miente usted, señora Sacristana, dijo la Gilguera, que era una muchachota fresca, muy buena moza, y como de diez y ocho á veinte años: permita Dios que el primero con quien se meta, le dé una estocada que no diga Jesus: pues de buen humor me tiene á mí para que me hablen de él: ea, quedaos con Dios.

Y la Gilguera pasó.

Bustillos se trasformaba gravísimamente á los ojos de su tia, que estaba muy lejos de creer fuese de tal modo su sobrino.

—Y decidme, preguntó á la señora Sacristana: ya que aquí no puede vérsele de dia, ¿sabeis dónde puede encontrársele? porque me urge verle.

—¡Se le puede ver en tantas partes, señora, y en ninguna bue-

na! dijo la comadre, que se complacia en atormentar á la buena de doña Salomé.

—¿Y habria alguien que pudiese buscarle? dijo la dueña: yo daria al que fuese un real por su trabajo.

—Pues dádmele á mí, dijo la señora Sacristana, que yo iré.

Dió doña Salomé un real á la vieja, y la dijo:

—Cuando le encontráreis, decidle que su tia le está esperando en la iglesia de San Francisco el Grande, para darle buenas noticias.

—Así se lo diré, contestó la señora Sacristana; y vaya vuesa merced sin cuidado, que no faltará en la iglesia de San Francisco, y pronto, el señor Bustillos.

Doña Salomé salió toda sofocada del callejon de ingreso de la casa de vecindad, se metió en la silla de manos, y mandó que la llevasen á San Francisco el Grande.

Cuando llegó, se entró en una capilla donde habia un Cristo milagroso, y se puso á rezar por su sobrino, á quien habia encontrado de improviso dentro del pecado mortal.

Aún no habia acabado sus plegarias doña Salomé, cuando oyó que detrás de ella tosia un hombre levemente.

Volvió recatadamente la cabeza, y vió á su sobrino.

Era este un hombre alto, buen mozo, gallardo, fuerte, moreno, pelo, barba y ojos negros, y estos muy hermosos.

Sin necesidad del coleto de ámbar, de las calzas de grana, de la gorra con pluma, de las botas altas de gamuza, de la espada con empuñadura de farol, y del capotillo encarnado, olia á hidalgo y á militar desde una legua, y desde tres leguas á pobre, porque el traje todo estaba tan deslustrado, tan raido, tan recosido, y tan traido y tan llevado, aunque limpio, que harto claro demostraba la miseria de su dueño.

Doña Salomé continuó rezando durante algun tiempo.

Se levantó al fin, hizo seña á su sobrino de que la siguiese, y cuando llegó al vestíbulo de la iglesia, le dijo:

—Guárdeos Dios, sobrino, y así él os asista como me teneis de enojada.

—¿Y por qué eso, señora tia? contestó el alférez: porque habeis hecho sin duda caso de la tia Sacristana, que es una habladora con muy mala intencion, que no dice nunca dos palabras de verdad.

—Pero que os ha encontrado en la mala parte adonde ha ido á buscaros.

—Buscádome há en el Mentidero, donde concurre toda la gente ilustre de Madrid, así en armas como en letras, y adonde yo voy por la mañana todos los dias á entretenerme con algunos amigos en buena conversacion, y á andar con este y con el otro en mis pretensiones.

—Pronto habeis encontrado la disculpa; pero en fin, este no es lugar de hablar, que nadie sabe si somos tia y sobrino, y podrian pensar mal de mí: idos casa de la señora Serafina, en la calle de las Maldonadas, que no os conoce y nada tiene que decir, y allá voy yo y hablaremos.

Y doña Salomé volvió á meterse en la silla de manos.

—Estaba por no ir, dijo el alférez Bustillos: mi buena tia me ha cogido en falso, y va á haber sermon hasta pasado mañana; pero ¡diablo! si no voy me cierra la bolsa, y aunque de ella sale poco, mas vale algo que nada.

Y el alférez Bustillos, muy ajeno de la buena suerte que le esperaba, tomó de muy mal humor el camino de la calle de las Maldonadas.

CAPITULO XXIX.

De cómo doña Salomé iba de sorpresa en sorpresa.

Doña Serafina era una de estas mujeres avellanadas, blancas, con un blanco mate como el de la cabritilla, que en llegando á cierta edad se estacionan, y no puede decirse los años que tienen.

Era beata, y se mantenia de limosna, pero de una limosna decente; es decir, conocia á un par de docenas de familias principales, á las que no cansaba porque iba á verlas de mes á mes, y que por lo tanto, la daban mas de lo que necesitaba gastar en el dia.

Doña Serafina se valia para estas sacaliñas de su práctica en la santurronería.

Tenia tambien la industria del aceite bendito, de la cera bendita, de los rosarios de Jerusalen, de los escapularios y de otra porcion de menudencias, á las que sacaba una buena ganancia sin trabajar y sin emplear otro capital que su mónita de beata.

Así tenia bien puesta su casa, bien provista su despensa, y galan y rumboso á un compadre suyo, que nunca iba á visitarla por no comprometer su honestidad.

Doña Salomé conocia tan poco á esta bribona, como habia conocido poco á su sobrino.

La tenia por tan buena mujer y tan buena cristiana, como habia tenido por hombre de buenas costumbres á su sobrino.

Doña Salomé nunca habia visto, porque no podia verle, casa de doña Serafina, á su compadre.

No tenia, pues, motivo para pensar mal de aquella buena mujer, á quien habia conocido en la iglesia de San Francisco el Grande, adonde concurria con suma frecuencia.

¿Cómo podia ser malo un conocimiento hecho en la iglesia con una mujer tan piadosa?

No se podia dudar humanamente de ella.

Doña Serafina recibió admirablemente á doña Salomé, que era una de sus bienhechoras.

—Vengo, la dijo doña Salomé, á una cita con un sobrino mio á quien vos no conoceis, y os ruego que por mi sobrino le tengais, y no adelanteis el pensamiento, ni echeis á mala parte el parentesco.

—¿Y quién habia de creer nada malo de vos, señora? dijo con acento insinuante y meloso doña Serafina: pues qué, ¿no hemos de tener parientes, y no hemos de estimarlos, y no hemos de hacer por ellos todo lo que fuere menester? ¿Nos hemos de podrir en este mundo solas, y sin consuelo, y sin nadie que por nosotras mire si llega una necesidad? Ensanche vuesa merced el pecho, y tenga confianza en mí, y venga aquí á entenderse con su señor sobrino siempre que lo hubiere menester, que nadie lo entenderá ni tendrá que murmurar: que tal anda el mundo, que como una mujer tenga un sobrino ó un compadre buen mozo, y hable con él en la calle, todos le creen cortejo, y no pariente. Pero yo soy otra cosa, que del mal que vuesa merced padece todas padecemos, y todo va en que las cosas se hagan con recato, sin escandalizar.

Asombróse doña Salomé, porque como se le habia trasformado en sobrino, se le trasformaba doña Serafina, y de una manera mucho peor.

Disimuló, sin embargo, por ver hasta dónde llegaba la beata, y la preguntó:

—¿Con que vos tambien teneis quien os ayude y quien mire por vos?

—Os diré: quien mire por mí, sí, contestó doña Serafina, pero quien me ayude, no; sino que al contrario, yo soy quien le ayudo: porque los hombres están de tal manera, señora, que si no se les da dinero, no hay que contar con ellos para nada; pero bien lo sabreis vos, porque vuestro sobrino os estará costando un ojo de la cara y

parte del otro: ¡buenos son ellos en cuanto se ven queridos! ¿Y es jóven y buen mozo?

—Sí, sí señora, jóven y buen mozo, muy buen mozo, dijo doña Salomé, poniéndose encendida hasta lo blanco de los ojos.

—Vamos, señora, no hay por qué sofocarse, que estais hablando con una amiga: y me habeis dado un buen dia; porque yo decia para mí: ¿por qué no nos hemos de tratar con confianza doña Salomé y yo, siendo tan buenas amigas? ¿Por qué no habíamos de gozar juntas de la vida sin que nadie nos murmurase? Porque todo consiste en nadar y saber guardar la ropa; y lo que no se ve es como si no sucediera, y el mundo es corto de vista y no ve mas que lo que le enseñan.

—Es verdad, dijo doña Salomé, que estaba aturdida: ¿quién habia de decir que vos teníais cortejo?

—¡Pues por supuesto! ¡Como que iba yo á decirle á todo el mundo que el señor Fierro, el maestro de la palestrilla del puente de Segovia, tenia tambien palestrilla en mi corazon, y molia en mis ojos, y suspiraba por mis brazos, y vivia de mis algos! ¿qué necesidad tiene nadie de saber eso, salvo una amiga como vos, que tiene por quién mirar y quien la mire?

—Os habeis equivocado, señora Serafina, dijo ya en el colmo de su confusion y de su embarazo la buena doña Salomé: si yo llamo mi sobrino al hombre á quien espero, es porque es hijo de mi hermano Santiago, y le he criado y le he puesto en carrera; y si miro por él, es porque es mi sangre; y si le he citado á vuestra casa, es porque el asunto de que necesito hablarle no es para hablado casa de mi señora; y si no he ido á hablarle á su casa, ha sido porque no quiero que murmure quien no sepa que es mi pariente tan allegado: y estráñame mucho, no solo el haber descubierto quien vos sois, sino el que vos hayais creido que yo soy tan como vos: y ya que mi sobrino no debe tardar, aquí le espero; pero tened en cuenta que no he de volver á pisar vuestra casa, ni á hablar con vos cuando en la calle os encuentre: antes bien, iréme por otro lado; que si vos estais entregada al diablo y en pecado mortal, y engañando al género humano, yo todavía no me he echado á los perros, ni quiero perderme metiéndome donde está la perdicion; y no hablemos mas de esto, señora Serafina, y vaya á abrir, que he oido la aldaba de la puerta, y ese debe de ser mi sobrino.

—¡Jesus! ¡Jesus! dijo doña Serafina, yendo á abrir la puerta;

¡y qué cosas oye una tan sin concierto y sin razon! ¡si me querrá á mí decir esta que su sobrino no es mas que su sobrino!

Lo que acababa de decir no habia podido oirlo doña Salomé, porque lo habia dicho bajando la escalera.

Al abrir la puerta de la calle, se hizo atrás.

—¡Calla! dijo; ¿pues si es el buen alférez Bustillos? Vamos, señor hidalgo, subid presto, que vuestra hermosa tia os está esperando impaciente.

—¿Qué decís, señora Serafina, de que mi tia me espera impaciente? ¿me mira con buenos ojos? Pues mirad, no me pesaria, que es hermosa y fresca como una muchacha, y no ha tenido amores; y es rica, que ha servido en muy buenas casas, y la han estimado mucho por honrada, y ha tenido muy buenos gajes.

—¡Calla! ¡qué me decís, señor Bustillos! Pues qué, ¿vuestra tia no es mas que vuestra tia?

—Ni mas ni menos, señora.

—Pues vamos, subid pronto, que os está esperando, y dice que os quiere para una cosa importante.

Bustillos subió de dos en dos las escaleras, y entró en la habitacion donde le esperaba su tia.

La señora Serafina se abstuvo de entrar.

—Y bien, señora tia, ¿qué me quereis? dijo el alférez.

—Lo que quisiera de vos, dijo doña Salomé, que todavía estaba sofocada, seria que fuérais como yo os creia: un buen hombre, temeroso de Dios y de buenas costumbres.

—¿Sabeis, tia, que estais hermosísima, dijo el alférez Bustillos, y que me están dando ganas de casarme con vos?

Se echó á temblar de los piés á la cabeza la buena de doña Salomé, se le nublaron los ojos, tartamudeó algunas palabras, y no pudo enojarse con su sobrino.

—Vamos, no seais loco, dijo; dejaos de eso: yo no he pensado nunca en casarme, y no he de pensar en ello porque á vos se os haya puesto una locura en la cabeza; y todo, porque no os riña.

—¡Ay mi buena y hermosa tia, dijo el alférez; que si yo ando en malos pasos, es porque soy mozo y no tengo la querencia de una esposa; que si vos lo fuérais, me pasaria la vida mirándome en vuestros ojos y adorándoos!

Se puso verdaderamente mala doña Salomé, con una enferme-

dad para ella desconocida, y le pareció otra cosa muy diferente de lo que le habia parecido hasta entonces su sobrino.

—¡Pero si yo no he venido aquí á que hablemos de eso! dijo atortolada y tartamudeando sus palabras.

—¿Y eso qué importa? contestó el alférez, asiéndole una mano y reteniéndosela á pesar de que doña Salomé hizo algunos esfuerzos por soltarse: yo tenia pensado deciros esto y no me atrevia ni sabia por dónde empezar, porque yo creia que érais enemiga del amor.

—Y lo soy, sobrino, y lo soy: me estais haciendo pasar un mal trago con todo eso que me decís.

—¡Mentira! ¡si os echan chispas los ojos, y me mirais y los bajais, y volveis á alzarlos, y no sabeis lo que os pasa, hermosa!

—Vamos, vamos; vos estais en pecado mortal, sobrino: soltadme la mano, y dejadme en paz, y no hablemos mas de esto.

—¿Cuándo nos casamos, tia?

—¿Pero estais dejado de la mano de Dios, Pablo? ¿Dónde tenemos para los gastos de la dispensacion?

—Vamos, tia, que ya sé yo que sois rica: y sin eso, vuestra señora puede mucho; y si vos la decís que quereis casaros, y que ella sea la madrina, los gastos que haya que hacer, ella los pagará.

—¡Ella! esclamó doña Salomé, como volviendo de un sueño. ¿Y qué sabeis si ella quiere casarse con vos?

Se puso mortalmente pálido el alférez.

—¡Que quiere casarse conmigo doña Casilda! dijo: ¿de dónde habeis sacado eso, tia?

—¿De dónde? ¿Para qué quereis que os cite una señora tal como la mia, y para qué me habia de haber mandado daros estos veinte doblones de á ocho para que os pongais galan?

—¡Tia, tia, qué fortuna! dijo el alférez, olvidándose de que acababa de solicitar á doña Salomé.

Esta no se habia olvidado de ello, y sintió una grande amargura, y otra cosa que no habia conocido hasta entonces: celos.

Pero estaba muy en los principios y pudo dominarse.

Era además muy leal, y necesitaba servir á su señora.

—Veamos, dijo, cómo aprovechais la buena fortuna que se os entra por la puerta; procurad no ser loco; mirad que mi señora es muy puesta en sus puntos: tratadla con respeto, y esperad á que ella hable.

—Pero tia, ¿no os ha dicho nada vuestra señora?

—Nada me ha dicho, sino que os dé ese dinero, que os encargue que con él os vistais hidalgamente, y que vayais esta tarde á la iglesia de las Descalzas Reales; la espereis en la puerta á las Oraciones, y que cuando salga la hableis.

—Tia, dijo Bustillos, que ya estaba impaciente: si he de comprar buenas galas y buenas preseas, es preciso que no pierda tiempo.

—Pues id, id, sobrino, que yo tambien necesito volverme á casa.

Bustillos se fué sin cumplimientos, y doña Salomé se quedó murmurando:

—¡Válgame Dios! no sabia yo que queria tanto á mi sobrino: ¡y cuándo lo sé! cuando mi señora se enamora de él.

Y doña Salomé tomó por las escaleras, y sin despedirse de doña Serafina, salió.

CAPITULO XXX.

De cómo la cosa iba de mal en peor para Rodrigo Vazquez.

Bustillos se proveyó de traje á la moda de aquel tiempo, y bastante rico, casa de un ropavejero del Rastro que era amigo del compadre de doña Serafina; y no porque hayamos dicho que se proveyó de traje en casa de un ropavejero, debe deducirse que el traje que compró Bustillos era viejo.

El ropavejero era además prestamista, empeñaba prendas, que tenia en su casa, perdidas por sus dueños, porque no las habian sacado á tiempo. ¡Cosas admirables! Cuando un galan pobre hacia algun dinero al juego de los dados ó al juego del amor, ó en cualquiera otra industria, compraba brocados, sedas y granas, y se ponia hecho un señor; lo que duraba mientras duraba el dinero.

Cuando este se acababa, todas aquellas galas iban á parar á casa de un prestamista, que daba muy poco por el empeño, suponiendo que al cabo de cierto tiempo las ropas habian de ser suyas. Así es que todos los que lo entendian, en vez de irse por galas á las tiendas de los genoveses, se iban á las casas de empeño, donde habia un surtido completo mucho mas barato.

Esto fué lo que hizo Bustillos: entró casa del tio Riquelme hecho un Adan, y salió con apariencia de duque. Llevaba sombrero alto de terciopelo negro con toquilla de oro, golilla rizada de encaje,

jubon de brocatel, gregüescos acuchillados de terciopelo, cuyo color era leonado, en armonía con el del jubon, calzas de grana y zapato fino de gamuza, guantes de ámbar, capa negra de paño fino de Segovia, cadena de oro al cuello, cinturon tachonado de plata, y limosnera de brocatel. Estaba Bustillos verdaderamente elegante, y como tenia el aspecto noble y marcial, y era buen mozo, todo aquello le sentaba muy bien: le habia costado en junto cuatro doblones, aunque á su primer dueño debió costarle el doble.

Equipado de este modo, y con diez y seis doblones en el bolsillo, lo que aumentaba su valor hasta un grado infinito, porque el hombre valiente, lo es mucho mas cuando tiene dinero; impaciente por otra parte por terminar su aventura con Casilda, se fué á la caida de la tarde á la iglesia de las Descalzas Reales, anticipándose á la hora de la cita.

La iglesia estaba muy concurrida, y en vano quiso adelantar Bustillos hácia el presbiterio, donde estaban las damas.

Una multitud de galanes que esperaban como Bustillos, y de devotos, de los que se llaman ratones de iglesia, obstruian el paso, y por mas que Bustillos codeaba y se esponia á un lance, provocando con sus empellones á mas de un maton, nada lograba. La iglesia estaba magníficamente iluminada; sonaba el órgano; cantaban las monjas; se levantaba delante del altar el blanco humo del incienso; se reservaba el Santísimo Sacramento en medio de la adoracion de los fieles, del repique de las campanas; se acababa aquello, y era necesario que Bustillos tomase posicion á la puerta de la iglesia; y como habia codeado y sudado para llegar hasta la mitad de ella, le fué necesario sudar y codear para salir.

Logrólo al fin cuando ya el templo parecia como que vomitaba la multitud que le henchia.

Bustillos se alarmó. Entre tanta gente era muy difícil distinguir á una persona, aunque debia suponerse que doña Casilda esperaria á que pasasen las apreturas; pero la iglesia tenia dos puertas bastante separadas la una de la otra.

¿Saldria doña Casilda por aquella en la cual estaba esperando Bustillos, ó por la otra? Esta duda desesperaba á nuestro aventurero, porque temia que si entre la multitud se le escapaba sin verla doña Casilda, y sin verle ella, creyese que Bustillos habia faltado á la cita y se ofendiese de tal modo, que aquel negocio que tan bien habia empezado, se echase á perder en un punto.

Estos temores tenian nervioso y á punto de desesperarse al alférez, que se volvia todo ojos, y se queria tragar con ellos á las mujeres que con trazas de dama aparecian envueltas en mantos: pero iban tan tapadas, como lo aconsejaban la costumbre y el recato, que Bustillos no podia sacar nada en limpio.

Media hora pasó antes de que toda la gente que contenia la iglesia saliese de ella. A lo último, solo aparecieron damas tambien muy rebujadas acompañadas de rodrigon, paje y escudero, y la que menos de dueña; pero á ninguna vió el rostro Bustillos, ni ninguna, aunque le miraron muchas, porque era buen mozo, y con su traje parecia una persona principal, se inclinó hácia él.

Por último, cesó de todo punto de salir gente.

La puerta de la iglesia habia quedado, sin embargo, abierta.

Bustillos estaba en el colmo de la desesperacion, y no se atrevia á moverse, alentando la remota esperanza de que doña Casilda estaria aún dentro.

Sonaron en la iglesia las llaves que el sacristan agitaba, como avisando á los devotos reácios de que se iba á cerrar la iglesia.

Era ya de noche, y bastante oscuro. Salieron algunas viejas, salió luego un hombre alto, erguido, cano y de semblante duro y grave, todo lo cual pudo ver Bustillos al reflejo de las luces del interior.

La fisonomía y los detalles de aquel hombre se perdieron muy pronto en la sombra; pero Bustillos vió un bulto parado á poca distancia de la puerta de la iglesia.

A Bustillos le incomodó mucho aquella espera.

Cuando tenemos el pensamiento fijo en una mujer, se nos figura que todo hombre que espera tiene algo de comun con aquella mujer.

A Bustillos le entraron grandes deseos de armar camorra con el hombre que esperaba; porque hay que advertir que Bustillos era muy pendenciero: sin embargo, para emprenderla con aquel hombre necesitaba abandonar la puerta de la iglesia, y entre tanto podia irse doña Casilda, si es que aún estaba en la iglesia, y si no estaba, nada tenia que ver con aquel bulto parado Bustillos, porque claro estaba que no aguardaba á doña Casilda.

Volvieron á sonar con alguna mas impaciencia las llaves del sacristan: por consecuencia poco debia durar la espera. Se oyó al fin el crujir de una falda de seda que se aproximó, y por último, apareció en la cancela una dama escesivamente esbelta.

A Bustillos le dió un vuelco el corazon.

La dama se detuvo un momento, y luego se dirigió al alférez.

—¿Sois vos el señor Pablo Bustillos? le dijo con una sonora voz de ángel, aunque un tanto contrariada como la de quien se hace una violencia.

—Sí señora, contestó con la voz trémula de emocion Bustillos.

—Prestadme vuestro brazo, y tirad hácia cualquier parte.

Bustillos dió el brazo á la tapada, y se estremeció.

Habia sentido el contacto de un brazo escesivamente mórbido.

—¿Y adónde vamos, señora? esclamó, atravesando la plazuela de las Descalzas, en direccion á la calle de las Fuentes.

—A cualquier parte, ya os lo he dicho, contestó con impaciencia la dama.

—¿Venís sola, señora? dijo Bustillos.

—Sí, completamente sola, contestó la dama.

—¿Sois doña Casilda Perez?

—¿Quién otra pudiera ser sino quien os ha citado?

—¡Ah, señora! soy muy feliz, dijo Bustillos.

—¿Y quién os ha dicho que sois feliz? contestó secamente Casilda.

—¡Ah, perdonad! esclamó contrariado Bustillos: yo creia.....

—Pues habeis creido muy de ligero; tirad para adelante y deprisa: me parece que nos siguen.

—En efecto, señora, debe ser un hombre que salió antes que vos de la iglesia, y se puso en espera.

—Sí, el señor Rodrigo Vazquez de Arce, alcalde de Casa y Córte, dijo con acento breve y azorado Casilda.

—¿Y por qué os sigue ese hombre, señora? dijo obedeciendo á sus celos Bustillos.

—Es un pretendiente importuno. ¿Quereis probarme que estas completamente á mi servicio?

—Con toda mi alma, señora.

—Pues bien, tirad hácia una callejuela apartada y solitaria y veamos si ese hombre nos sigue.

Habian llegado ya á la calle Mayor.

Bustillos tomó por Platerías, y en silencio, porque Casilda solo habia contestado á algunas palabras suyas:

—Andad deprisa.

Llegaron á la plazuela de la Villa.

Rodrigo Vazquez los seguia.

Bustillos torció á la izquierda, llegó á la torre de los Lujanes, y se metió por la estrecha y torcida callejuela que en la torre empieza, y que se llama calle del Codo.

Al doblar su ángulo, Casilda se detuvo y dijo:

—No puede pedirse mas soledad; esperad aquí: yo me voy un poco mas abajo; si ese hombre nos sigue, detenedle, y si se obstina, dadle una estocada.

—Pues nos sigue, dijo Bustillos: siento sus pasos; apartaos.

Casilda se separó de Bustillos, y este tiró de la espada.

A poco, doblando el ángulo, apareció un bulto.

—¡Alto allá! dijo Bustillos con voz enérgica, pero serena, como la de quien al hacer una intimacion á otro hombre está seguro de sí mismo.

—¡Paso franco! contestó con altanería Rodrigo Vazquez; que él era á juzgar por la voz.

—No hay paso, dijo Bustillos.

—Abrirémele yo, contestó Rodrigo Vazquez, tirando de la espada.

—Veamos cómo, dijo Bustillos.

Rodrigo Vazquez tiró una estocada baja y rápida al alférez; una verdadera estocada de pícaro.

Bustillos, que estaba muy atento, la recogió en una magnífica parada, y esclamó:

—Tanto os habeis tratado, como alcalde de Casa y Córte, con mala gente, que habeis aprendido sus mañas.

Y avanzando, acometió de tal manera á estocadas al alcalde, con tal furia y tal ligereza, que le acorraló, y gracias á la destreza de Rodrigo y á su valor, no le hirió.

—Idos, dijo Bustillos, que no quiero echar á perder con sangre una buena aventura.

Y á todo esto le acometia.

Rodrigo Vazquez rugia como un leon, defendiéndose con suma destreza, y procurando ganar la salida.

Al fin, Bustillos le alcanzó con una buena estocada en el hombro derecho, y tal, que Vazquez perdió la espada.

—Entonces Bustillos, sin cuidado ya porque habia sentido caer al suelo la espada del alcalde, emprendió con él á cintarazos y le abrió salida.

Tal era la furia de Bustillos, que el alcalde se sintió dominado, entró en miedo, y dió á correr, dando voces y apellidando favor á la justicia.

A estas voces entró en miedo Bustillos de que sobriveniese gente, dejó ir al alcalde, y volvió rápidamente al sitio donde le habia herido, recogió á tientas la espada, tiró la calle del Codo abajo, creyendo que Casilda, asustada, habria desaparecido; pero la encontró al fin de la callejuela serena y brava.

—Habeis hecho mal en no matarle, dijo, asiéndose á su brazo, y echando á andar con él rápidamente.

—Vos solo me dijísteis que le diese una estocada, y eso está hecho: aquí traigo su espada. Si hubiérais dicho matadle, le hubiera matado.

—¿Y no hubiérais mirado el peligro en que os poníais?

—Por vos lo arrostro yo todo, señora; hasta la muerte.

—Seguid, seguid, dijo Casilda, y arrojad esa espada por el tragaluz de un sótano: es una imprudencia llevarla en la mano; podríamos tropezar con una ronda, y no sé cómo podríais esplicar llevar dos espadas.

—Teneis razon, dijo Bustillos.

Y buscando un tragaluz arrojó por él la espada de Rodrigo Vazquez.

Volvió á dar el brazo á Casilda.

—¿Y adónde vamos ahora? la dijo.

—¿No conoceis una casa segura donde yo pueda hablar con vos? respondió Casilda.

—Sí, sí señora, dijo Bustillos, acordándose de doña Serafina; pero está algo lejos: en la calle de las Maldonadas.

—Pues vamos para allá, dijo Casilda.

Habian entrado en la plazuela del Cordon, la habian atravesado, y se deslizaban junto á la iglesia de San Miguel.

Al pasar por la callejuela que corria entre la iglesia y la casa de Antonio Perez, Casilda arrojó á la calleja una mirada cobarde.

—¡Ah! esclamó: aquí empezaron mis desdichas con la muerte de un hombre.

Y siguieron adelante.

Rodrigo Vazquez, entre tanto, aturdido de la paliza que le habia dado Bustillos, y dolorido de la estocada que tenia en el hombro, y de la que le salia mucha sangre, habia acudido á su casa.

Desde el momento en que dejó de recibir cintarazos, esto es, desde que le abandonó Bustillos, cesó de dar voces y de apellidar favor á la justicia.

No le convenia que acudiese gente y se supiese lo que habia sucedido.

Habia gritado por instinto de conservacion; pero cuando se vió libre, se acordó de que estaba preso en su casa por el rey, sin libertad para otra cosa que para asistir á la Audiencia.

Se habia atrevido á romper su prision, porque Sorruelos le habia dicho que aquella tarde debia ir sola á maitines doña Casilda.

Esto consistia en una confianza que habia hecho á Sorruelos doña Salomé, que necesitaba desahogarse del mal efecto que le habia causado que su señora quisiese ir sola á la iglesia.

Rodrigo habia adivinado una cita de Casilda con un hombre; porque sino, ¿para qué ir sola, y por la tarde á unos maitines, de los que se salia de noche?

Y como á Rodrigo importaba mucho coger alguna prenda grave á Casilda, de aquí que se fuese de tapadilla á la iglesia de las Descalzas Reales, de lo que resultó lo que ya hemos referido á nuestros lectores.

Por lo tanto, al alcalde le importaba que no se supiese que habia roto su prision, y se veia reducido á tener paciencia, y á no decir á nadie lo que le habia acontecido en la calle, y en una hora en que no podia estar en ella.

Vazquez se metió en su casa por el postigo del jardin, que abrió con una llave que llevaba consigo, se recogió en su aposento, y mandó llamar á un cirujano, al que encargó el secreto de la herida.

Le salian muy mal las cosas á Rodrigo Vazquez, y empezaba á cobrar miedo respecto al asunto de Antonio Perez.

CAPITULO XXXI.

En que Casilda comprende lo difícil que era favorecer á una mujer tal como doña Juana Coello.

Bustillos llevó á Casilda á casa de doña Serafina.

Esta se asombró al verle tan ricamente vestido y acompañado de una dama, que aunque rebozada, por la riqueza de su manto y de la falda que bajo él se veia, y por su apostura, parecia muy principal.

Casilda se encerró con Bustillos, y le deslumbró al descubrirse con su hermosura y con la riqueza de su prendido.

Casilda contaba para hacer su esclavo á Bustillos con su poder de fascinacion.

Esta fascinacion se aumentó, porque Casilda empezó á sacar de sus bolsillos una gran cantidad de oro en doblones de á ocho, que puso sobre una mesa.

—Me ha dicho doña Salomé, dijo de repente Casilda, que vos estais enamorado de mí.

Bustillos no supo por el momento qué responder á esta manifestacion de Casilda, que se le habia venido encima tan de improviso.

—Es verdad, señora, dijo despues de algunos momentos de vacilacion; pero á juzgar por lo que habeis hablado conmigo durante el camino, no puedo tener ninguna esperanza.

—¡Quién sabe, quién sabe! dijo Casilda: yo necesito vuestra vida.

—Ya habeis visto lo que acabo de hacer con el señor alcalde de Casa y Córte Rodrigo Vazquez de Arce.

—Bien, sí; he quedado satisfecha de vos; pero eso no es nada para lo que de vos pretendo: si consentís en servirme, y me servís bien, os esponeis á ser ahorcado.

—Ya os he dicho que mi vida es vuestra.

—Pues bien, no perdamos el tiempo; empecemos: yo me pierdo.

—¿Que os perdeis, señora? No os comprendo bien.

—Quiero decir, que hasta que yo termine el negocio que tengo entre manos, no parezco por mi casa.

—¿Y dónde habeis de quedaros?

—¿No es esta casa de confianza?

—Pagando bien, podeis contar hasta con el alma de doña Serafina.

—Haced que entre esa mujer.

Bustillos salió, y á poco entró con doña Serafina.

Esta se aturdió.

La hermosura de Casilda, los diamantes que sobre sí llevaba, el oro que en una respetable cantidad estaba sobre la mesa, todo fascinó á aquella especie de tiburon voraz, que no tenia otro Dios que el dinero.

—Necesito estar en vuestra casa, y tan oculta, que nadie pueda ni aun sospechar que estoy en ella.

—Descuidad, descuidad, señora, dijo doña Serafina; aunque á mi casa vienen algunas gentes, hay en ella habitaciones muy reservadas, y aun escondites.

—Necesito salir de noche, y tan disfrazada, que nadie pueda ni aun sospechar mi sexo.

—Yo os arreglaré de tal modo, que pasareis muy bien por un mancebo: os pintaré, os desfiguraré: de rubia que sois, os convertiré en pelinegra: y Dios me perdone, pero si me empeño, creo que hago el milagro de cambiaros el color de los ojos: despues de que yo os haya mudado, os mirareis á un espejo, y no os conocereis.

—Eso quiero.

—Pues eso será.

—Vamos á otra cosa: necesito, á pesar de todos los pesares, en-

trar en la cárcel real y hablar con doña Juana Coello, que está en ella muy guardada.

—Por dinero baila el perro, señora, y el señor Ledesma, que es el alcaide de la cárcel real, es muy amigo de un buen sugeto á quien yo estimo mucho.

—Pues mirad, dijo Casilda: me devora la impaciencia; ¿no podríamos hacer que eso sucediese esta noche?

—Muy deprisa tenemos que andar, dijo doña Serafina; pero si nos empeñamos, bien podrá ser. Lo primero es el vestido: ¿de qué quereis vestiros?

—De paje.

—Eso es lo de menos: vestidos de paje traeré yo á la hora, á escoger: unto para convertiros, de blanca que sois, en morena: se necesita una peluca; pero yo conozco tres ó cuatro cómicas que conocen á todos los cómicos, y estos tienen muy buenas pelucas: dentro de dos horas podeis estar tan cambiada, que el que mas os haya tratado menos os conozca. Pero lo que es mas difícil, es seducir al señor Ledesma para que os deje ver á esa señora, si es que tan guardada está.

—¿Os parece que bastarán cincuenta doblones de á ocho para que se le ablanden las entrañas al señor Ledesma?

—Yo creo que sí.

Casilda contó cincuenta doblones, y los entregó á doña Serafina.

—Tomad, la dijo; y al momento, al momento, á ponerlo todo por obra.

—Vos, dejadme sola, añadió, dirigiéndose á Bustillos: ya os llamaré cuando os necesite.

Bustillos salió alicaido con doña Serafina.

Casilda cerró la puerta por dentro, y empezó á esperar con impaciencia.

Al cabo de una hora, llamaron á la puerta.

—¿Quién es? dijo Casilda con recelo.

—Abrid sin cuidado, señora, dijo doña Serafina; soy yo.

Casilda abrió, y doña Serafina entró con un bulto debajo del brazo.

—Aquí teneis dos vestidos completos de paje, y ropa blanca de hombre, nueva y flamante, que nadie se la ha puesto, como los vestidos.

Y empezó, desatando el lio, á sacar prendas.

El un traje era encarnado con tomaduras de oro, de veludillo jubon y gregüescos, y de lana las calzas.

El otro era negro, de paño fino, y por este optó Casilda.

Venian tres ó cuatro pares de botas de diferentes tamaños, de gamuza gris, ricamente adobada, una peluca negra, y una capa negra tambien.

A mas de esto, cuatro vestiduras blancas interiores.

Sacó luego doña Serafina del bolsillo un botecito de estaño.

—Este es el unto, dijo, que os ha de trocar el color.

—Pues á trocarme, contestó Casilda.

Y se quitó las arracadas, y el collar, y los brazaletes de diamantes, que se llevaron tras sí los ojos de doña Serafina, y los puso sobre la mesa.

—Los agujeros de las orejas son una diablura, dijo doña Serafina; pero yo os los taparé con cera, y además, os cubriré las orejas con la peluca.

—Vamos, vamos, y no perdamos el tiempo en observaciones; concluyamos cuanto antes.

—De aquí á la media noche, tiempo hay sobrado, y tenemos que esperar además á que mi compadre el señor Antonio Fierro, á quien he dado los cincuenta doblones, venga con la razon que le dé el señor Ledesma, que espero sea buena.

Despues de esto, Casilda se metió en una alcoba, llevándose la ropa blanca de hombre para mudarse sola, y á poco salió en ropas blancas, pero completamente cubierta.

Era admirablemente formada, y sin las faldas, parecia de menos estatura.

Se puso unas calzas pardas de rico punto de lana, y se probó las botas.

El segundo par que se probó le vino perfectamente.

A seguida, doña Serafina la recogió el pelo en la parte superior de la cabeza, de manera que no abultase mucho bajo la peluca, y la tiñó, con la pomada que estaba en el bote de estaño, el rostro, la garganta y las manos.

La pomada se absorbia apenas tocaba á la piel, y dejaba sobre ella un fuerte color moreno.

La tapó los agujeros de las orejas y la puso la peluca.

Despues, la llevó delante de un espejo con marco negro, y la dijo:

—Ved si os conoceis, señora.

—En verdad, en verdad que no, dijo Casilda; pero estas cejas rubias.....

—¡Ah! os las teñiré; y las pestañas tambien; traigo aquí otro unto.

Y sacó una pequeña caja tambien de estaño.

Las cejas y las pestañas fueron teñidas con un primor admirable.

Se conocia que no era la primera vez que doña Serafina desfiguraba á una persona.

Una vez puestos los gregüescos, el jubon, la golilla, la gorra y la capa, Casilda quedó convertida en un paje delicioso, hermosísimo.

—¡Ah! esclamó con alegría mirándose al espejo: ni el mismo rey don Felipe, á pesar de su penetrante mirada, me conoceria: soy libre, soy fuerte, soy rica. ¡Ah! yo haré mientras esté perdida alguna cosa buena; y tan buena, que el rey acabará por agradecérmelo.

Y se metió en los bolsillos de los gregüescos las joyas que se habia quitado y el oro que estaba sobre la mesa, que ascenderia á unos doscientos doblones.

Doña Serafina estaba mareada: todo aquello le parecia enorme: Casilda una semidiosa, un sér casi fantástico.

La habia oido hablar del rey como si le conociera mucho. ¿Seria querida de Felipe II aquella señora?

El rey tenia fama de muy aficionado á las mujeres; porque, aunque se hagan muy recatadamente las cosas, todo traspira, y el vulgo se apodera de ello.

A punto que acababa Casilda de trasformarse, tocaron á la puerta del aposento.

—¿Quién es? dijo con mal humor y con impaciencia doña Serafina.

—Soy yo, comadre, contestó una voz ronca, de cierta manera que revelaba una bronquitis crónica de esas que se contraen por el abuso de bebidas espirituosas.

—¿Quereis que abra? dijo doña Serafina.

—Abrid en buen hora, puesto que es vuestro compadre, y que debe traernos noticias.

Doña Serafina abrió, y entró un hombre agigantado, recio, ancho de espaldas, de cuello corto y grueso, cuya fisonomía tenia algo de la del toro, y como de cuarenta años.

—¿Qué buen mozo es este? dijo al entrar con recelo, lo que suponia, que á mas del interés, le unia algo del corazon con doña Serafina, ó que se le habia picado el amor propio.

—Este buen mozo, contestó apresuradamente doña Serafina, como quien procura evitar una brutalidad, es la persona que necesita hablar esta misma noche con doña Juana Coello en la cárcel real.

—¡Ah! dijo el señor Fierro: pues me rio yo de las señoras virtuosas: no todo lo que parece oro, lo es: vos habeis sido paje ó lo sois de doña Juana; ¿no es verdad? Pues los pajecitos, ya se ve, como estais en la casa nadie se entera, y la virtud de la señora no padece.

Esta charla del señor Fierro demostraba dos cosas: primera, que Casilda estaba perfectamente disfrazada, puesto que se engañaba acerca de su sexo un tunante redomado, que trazas de tal tenia aquel sujeto; y despues, que doña Serafina habia sido prudente y no habia dicho á su compadre, por mas que en él tuviese una gran confianza, quién era la persona que queria acercarse á doña Juana Coello.

—¿Y cómo os llamais, buen mozo? añadió el señor Fierro.

—Luis Quesada, contestó sin vacilar Casilda.

—¿Y de dónde sois?

—De Astúrias, y nacido en Oviedo, contestó tambien sin vacilacion alguna Casilda.

—Pues ya sabemos cómo se llama y de dónde es, dijo para sí doña Serafina.

—De Astúrias vienen muy buenos chicos; tan buenos, que las señoras se desviven por ellos, observó el señor Fierro: vaya bien: ¡y tontos!... métales vuesa merced un dedo en la boca á ver si muerden: me alegro.

—¿Pero qué hay? dijo con impaciencia Casilda: ¿cuándo puedo ver á mi pobre señora?

—El señor Ledesma, dijo el señor Fierro rascándose la estremidad de la oreja derecha, no queria, tenia miedo: decia que tenia sobre sí un alcalde de Casa y Córte mas malo que un demonio: don Rodrigo Vazquez de Arce, que tiene fama de ser terrible; pero yo le dí con los doblones en la cara, y le dije:—Oid, compañero: á la media noche todo el mundo está encerrado en la cárcel, y nadie puede saber si entra ó sale una persona: cincuenta doblones no son cosa á que se le puede cerrar tan fácilmente la puerta: no os andeis con

escrúpulos, que los tiempos están malos, y una ocasion como esta no se presenta todos los dias. A mas que ahí se quedará doña Juana Coello tan presa como estaba, y nadie tendrá que haceros cargos, ni ella dirá que ha venido á visitarla nadie.—Y así con estas y otras razones, y por el afancillo que el señor Ledesma tenia de guardarse aquella razonable cantidad, ha consentido al fin, y no hay mas que en siendo las once, que ya no le falta mucho, irnos á la cárcel, que ya está esperando el señor Ledesma.

—Pues entonces, si esperando está, no le hagamos esperar, dijo Casilda; y vámonos cuanto antes.

—Pues andando, dijo el señor Fierro.

—Que me acompañe el señor Bustillos, dijo en voz baja Casilda á doña Serafina: y decidle cómo me llamo y de qué tierra soy, y tambien lo de paje de doña Juana.

Doña Serafina salió, y cinco minutos despues volvió con el alférez.

—¡Hola, señor Luis Quesada! dijo este: ¡con que todo nos sale bien!

—Así parece, dijo Casilda.

—Pues vamos andando, que hasta que yo os vea fuera de la cárcel no reposo.

—¡Pardiez y qué suerte habeis hecho! dijo saliendo detrás de Casilda el señor Fierro; porque el dinero que teneis y que gastais, ya os lo habrá dado antes de ahora doña Juana; porque dicen que al señor Antonio Perez y á su mujer no les ha quedado nada, porque todo se lo ha mandado embargar y vender el rey nuestro señor.

—¡Bah! dinero suyo tengo yo para echar á Madrid abajo y volverle á hacer nuevo, dijo Casilda, saliendo á la calle por la puerta que tenia abierta doña Serafina.

Casilda, escoltada por Bustillos y por el señor Fierro, se encaminó á la cárcel real, que no estaba distante.

Cuando llegaron, el señor Fierro tocó á la puerta.

Mediaron de adentro afuera algunas contestaciones, la puerta se abrió, y entraron en el sombrío vestíbulo de la cárcel.

—Lo que hago es una locura, dijo el señor Ledesma; pero en fin, tal persona ha andado en esto, que no me he atrevido á negarme.

—¿Y sabe doña Juana que vienen á verla? dijo Casilda.

—Sí señor, contestó el alcaide; porque yo estimo mucho á esa desgraciada, y no quiero que se sorprenda.

—¿Y no os ha preguntado qué clase de persona era quien venia á verla?

—Sí señor, esto era natural; pero yo no he podido decírselo, porque no lo sabia; pero por algunas palabras de doña Juana, creo que ella espera que sea el rey quien viene á visitarla: yo tambien me temia algo; porque estas cosas suelen venir preñadas de lo que no se sabe, cuando se trata de presos tan graves como doña Juana y su marido, que tanto poder tuvieron, y que todavía, presos y todo, le tienen: en fin, yo me he espuesto mas por caridad que por otra cosa; porque esa señora sufre mucho.

—¡Infeliz! dijo Casilda.

—Pero vamos, vamos andando, dijo el señor Ledesma, que yo hasta que no salgais no respiro: ¿quién sabe lo que puede suceder; ni quién puede venir mientras vos esteis aquí?

—Os aseguro que no vendrá nadie, dijo Casilda.

—Quedaos vosotros aquí, dijo el alcaide á Bustillos y á Fierro; que ya estamos en las escaleras de los calabozos. Bajad, señor paje, y bajad con cuidado, que estos escalones son escuetos y resbaladizos.

El alcaide, apenas hubo pasado de la puerta de aquellas infames escaleras, volvió á cerrar.

Casilda fué conducida, á través de pasadizos lóbregos, hasta una puerta de hierro muy baja que tenia en el centro una fuerte y estrecha reja.

La luz del farol del alcaide relucia en algo que estaba detrás de aquella reja.

Eran los magníficos ojos negros de doña Juana Coello, que miraba con ansiedad á quien se acercaba con el alcaide, y no conocia.

El alcaide descorrió, despues de desechar sus llaves, los tres enormes cerrojos que aseguraban la puerta.

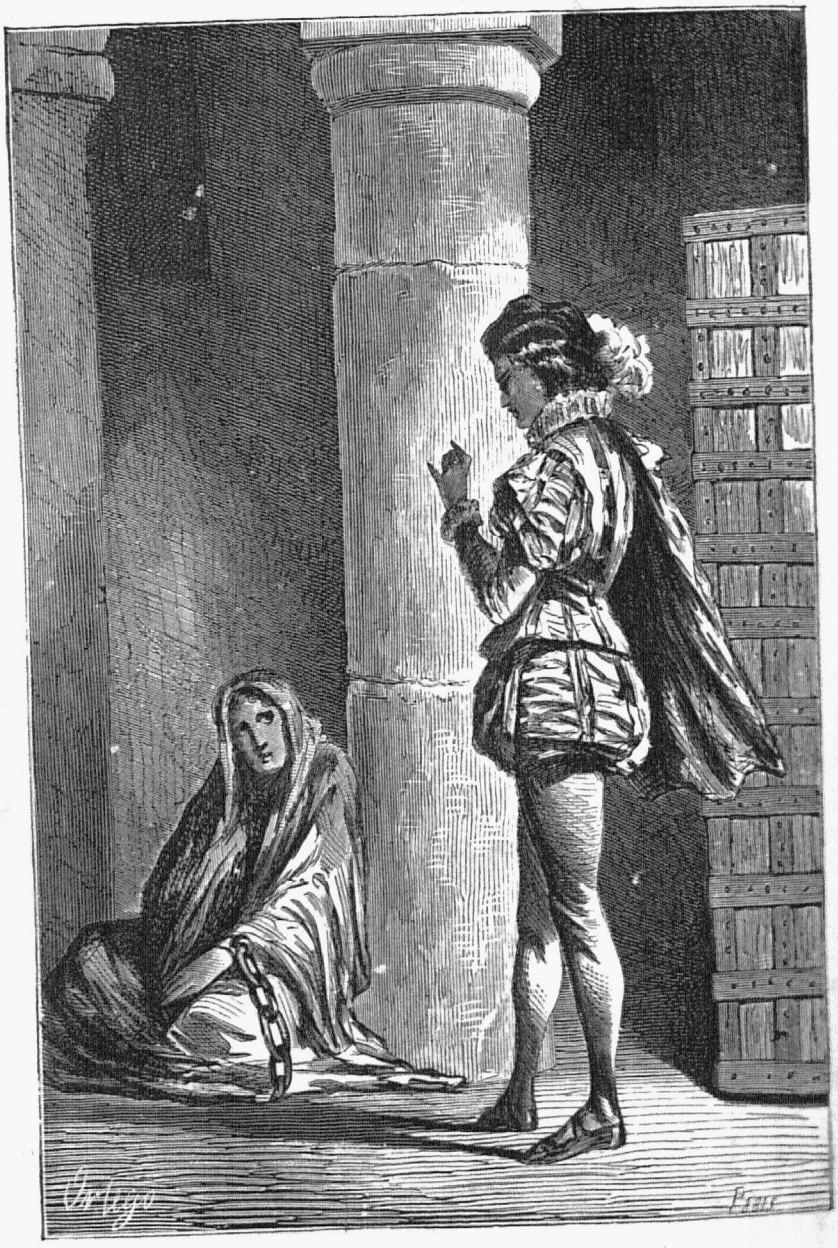
Se oyó entonces áspero crujimiento de cadenas.

Era que doña Juana se retiraba para que la puerta pudiese abrirse.

—Retiraos á lugar donde no podais oir: dejad la puerta abierta y el farol junto á ella, para que yo pueda ver que estais lejos, dijo Casilda al alcaide, que dominado, obedeció.

Casilda entró en el calabozo.

—¿Qué es esto, señora mia? dijo á doña Juana, que la miraba



¿Pero quién sois?

con asombro: ¿han llevado la crueldad hasta el punto de cargaros de cadenas?

—Dios lo quiere, dijo doña Juana; pero vos, ¿quién sois que bajais hasta mi sepultura? ¿quién os envia?

—Dios, contestó Casilda.

—¿Pero quién sois?

—¿No me conoceis, señora?

—Vuestra voz, dijo con energía doña Juana, se parece á la de una persona á quien no quisiera ver aquí; pero no puede ser, no: esto está oscuro: no os veo los ojos: una mujer puede disfrazarse hasta el punto de parecer un hombre.

—Callad, señora, callad, dijo Casilda; hablad mas bajo: yo soy, en efecto: yo, que cumplo con mi deber viniendo á veros, á deciros: esperad, esperadlo todo: hay quien vela por vos: quien hará por vos cuanto pueda hacerse.

—¡Ah! ¡vos, la ingrata! ¡vos, la manceba de mi marido! esclamó doña Juana: ¡vos venís á consolarme, á salvarme!... ¡ah qué infamia, qué desvergüenza! lo comprendo, lo comprendo todo: ese infame Rodrigo Vazquez de Arce no se satisface sino atormentándome el alma: os envia para que os goceis en mi tormento; para que os satisfagais, viendo á la esposa de vuestro amante aherrojada, amenazada, separada de sus hijos, desesperada: ¡ah, sí! conozco á Vazquez: no se puede suponer una maldad superior á la suya.

—Cesad, doña Juana; os engañais: Rodrigo Vazquez no sabe nada de esto, y ahora está en su casa herido de una estocada, maltratado.

—¡Ah! ¿cómo ha sido eso? esclamó doña Juana.

—Le ha herido esta noche un hombre que me acompañaba, para evitar que nos siguiese.

—Por último; ¿á qué venís, Casilda?

—A poneros en razon.

—Pues qué, ¿creeis que yo estoy loca?

—¿Por qué no entregais al rey los papeles que tanto desea?

—¡Ah! sí, es verdad, dijo doña Juana: no os envia el alcalde Rodrigo Vazquez: os envia otro alcalde mas poderoso que él: se me tiende un lazo: no hubiera creido nunca una tal bajeza en su majestad.

—Nadie me envia, señora: si su majestad me enviase no vendria disfrazada: ¿para qué eso?

—Para hacerme creer que veníais por vuestra propia intencion.

—La desgracia os ha hecho muy recelosa, señora, y el odio justo que me teneis da fuerza á esa desconfianza.

—Yo no odio á nadie; perdono á mis enemigos, á quienes no sé si perdonará Dios; tan infames, tan miserables, tan impíos son.

—¿Pero no escucharéis mis consejos, señora? ¿no cedereis á mis súplicas? ¿no comprendeis que si una pasion incontrastable me ha obligado á ofenderos, esta misma ofensa que os he hecho, que os hago, me obliga á velar por vos?

—¡Ah! ¡el llanto del cocodrilo! dijo doña Juana viendo que Casilda lloraba.

—No, no señora; el llanto del remordimiento.

—¡Mentira! dijo doña Juana: quien sufre el remordimiento se arrepiente, y vos no os habeis arrepentido.

—Salvaré á vuestro esposo, os salvaré á vos, salvaré á vuestros hijos; pero para salvaros necesito entregueis esas cartas á su majestad.

—No, esclamó doña Juana, esas cartas son la vida de mi marido.

—La vida de vuestro marido está asegurada; os lo afirmo yo.

—¿Y quién os ha dicho, esclamó celosa doña Juana, que vos podeis salvar la vida de mi esposo?

—¡Mi amor! ¡mi corazon! esclamó fuera de sí Casilda.

—¡Oh, Señor! dijo doña Juana: ¡aún no bastaban mis sufrimientos, y me haces apurar esta última amargura, esta última degradacion, y pones ante mí á esta mujer miserable que se atreve á insultarme!

—Por última vez, doña Juana, esclamó Casilda desesperada: no veais en mí mas que una mujer dispuesta á perder la vida por vos, por vuestra familia.

—¡Y para eso, me pedís entregue al rey unos papeles que son la única salvaguardia de mi esposo!

—Creedme, doña Juana: el rey desea esos papeles; como que en ellos va su nombre; como que en ellos está el misterio de un alto secreto de Estado: todas las crueldades de que estais siendo víctimas vos y vuestra familia, consisten en la tenaz negativa: entregad esos papeles: una vez entregados, el rey levantaria mano; porque, creedme: el rey nada puede, nada quiere hacer contra Perez. El

rey no ha olvidado todavía la traicion de Perez, que se atrevió á ser amante de la única mujer á quien ha amado, de la princesa de Eboli: el rey hubiera hecho ya pedazos á Perez si yo no le amara.

—¿Y qué importa al rey que vos ameis ó no ameis á mi marido?

—El rey sabe que yo moriria si Perez muriese.

—¿Y qué le importa al rey que vos murais ó no?

—¡Soy su hija! esclamó Casilda, rompiendo por todo.

—¡Vos! ¡Que vos sois hija del rey!

—Sí; pero esta no es ocasion ni tiempo de probarlo. A mas de eso, el rey respetará la vida de Antonio Perez, porque es su hermano.

—¡Ah! esta es una noche de terribles revelaciones, dijo doña Juana: ¡vos hija del rey! ¡Antonio Perez hermano suyo! Esto es increible: este es un medio de que os valeis para engañarme.

—No; yo no quiero engañaros, quiero salvaros: entregad, entregad al rey esos papeles, y vereis las consecuencias: recobrareis la libertad, y tal vez el favor del rey.

—¡No! ¡esos papeles, jamás! dijo doña Juana.

—¿Y si vuestro marido os mandase entregarlos?

—¡Si mi marido me mandase entregar esos papeles!... esclamó doña Juana.

Y despues de un momento de perplejidad, añadió:

—Los entregaria.

—Pues bien; los entregareis, señora, dijo Casilda.

—¡Cómo! ¿creeis vos que mi marido confiará tanto en vuestras palabras que os venderá su vida, la de su familia?

—Antonio Perez, señora, me comprenderá mejor que vos.

—¡Oh! si yo hubiera cometido algun crímen, esclamó doña Juana, el castigo mayor que podria Dios darme seria oiros, sufríros: ahorradme ese martirio. Salid.

—Sí, saldré. Veo que no puedo vencer vuestra firmeza; pero una sola palabra: la mayor parte de las privaciones que aquí sufrís, consisten en falta de dinero: estos miserables verdugos de las cárceles no tienen compasion ni obedecen á otra cosa que al oro: tomad, señora, tomad: haceos servir, que os servirán bien.

Y sacó del bolsillo un puñado de oro.

—¡Esta injuria mas! esclamó doña Juana: ¿por quién me teneis? ¿quién creeis que soy yo? ¡llevaos vuestro oro! ¡salid de aquí!

¡libradme de vuestra presencia! No volvais mas; os lo prohibo: si volveis no os contestaré; seré para vos lo que seria un cadáver; ni aun podreis conseguir que me irrite, si es que deseais atormentarme: he dicho cuanto tenia que decir: salid, dejadme en paz con mi desgracia.

—¡Oh! bien, sí, dijo Casilda: no tardará un dia en que comprendais que á pesar de haberos ofendido de una manera imperdonable, no soy una infame: adios; me voy con el corazon desgarrado.

Y Casilda salió llorando del calabozo.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! esclamó doña Juana: ¡esto me tenias reservado, y yo creia que no podia llegar á mas mi martirio!

Ledesma, llamado por Casilda, cerró de nuevo aquella tumba donde agonizaba lentamente una mártir.

CAPITULO XXXII.

De cómo fué mas afortunada con Perez que con doña Juana Casilda.

Dos dias despues, al anochecer, y bajo una llovizna fria, entraban al trote por la calle Real de la villa de Turuégano, tres ginetes en poderosos caballos, que pararon en el meson, echaron pié á tierra, y entregaron los caballos á uno de los mozos.

—Dos cuartos, luz y cena esquisita y abundante para tres personas, dijo el de mas estatura de los tres viajeros, con voz ronca y recia.

Nuestros lectores habrán conocido ya al señor Anton Fierro, y habrán deducido que los otros dos viajeros eran Casilda y el alférez Pablo Bustillos.

En efecto, ellos eran.

Diéronles dos malvados aposentos, y en uno de ellos se encerraron.

—Y bien, dijo el compadre Fierro: lo que habeis pensado que se haga es un poco espuesto; pero se abrevia, y al fin y al cabo, lo que se ha de hacer, á hacerlo; que si todas las cosas fuesen lisas y llanas, no tendrian valor, porque las haria cualquiera.

—Sí, dijo Casilda; es necesario de todo punto concluir: veamos si podemos entendernos con el señor Tristan de Ampuero.

—Pero creo que debemos cenar antes, dijo el compadre Fierro, por si acaso se le ocurre á ese señor alcaide prendernos.

Tomóse el consejo de Fierro, se apresuró lo que se pudo la cena, y cuando hubieron concluido de cenar, salieron Fierro y Casilda, dejando de reserva, por lo que pudiera suceder á Bustillos, y guiándolos el mozo de paja y cebada, que llevaba un farol, y tomaron por el ágrio repecho de la cumbre, en la cual estaba situado el castillo.

Un centinela les dió la voz de alto cuando llegaron á cierta distancia, y les intimó que si no se retiraban pronto, dispararia sobre ellos.

El mozo de paja y cebada, por instinto de conservacion, apagó el farol, lo que hacia de todo punto inútil el arcabuz del centinela, porque la noche era oscurísima.

—Decid al señor alcaide Tristan de Ampuero, dijo á voces el señor Fierro, que aquí están dos hidalgos que le traen una órden del rey nuestro señor.

—¡Ah! eso es distinto, dijo el centinela; pero no os movais de donde estais, no sea que os salga caro: podíais caer en los pozos de lobo que rodean el castillo.

—¡Para que yo me mueva hasta que venga quien me guie! dijo el mozo de paja y cebada: ¡pues no tienen muy bien guardada la fortaleza!

A poco se oyó calar el rastrillo, se vió luz en la poterna, y aparecieron algunos soldados, delante de los cuales venia un hombre con un farolillo.

Aquel hombre era en persona el alcaide Tristan de Ampuero.

Adelantó hácia los que esperaban, y les dijo:

—¿Sois vosotros los que decís que traeis una órden del rey nuestro señor?

—Sí, contestó Fierro; pero es una órden tal y tan reservada, que no podemos dárosla mas que dentro del castillo y encerrados en vuestro aposento.

El alcaide vió que solo se trataba de un hombre y de un paje, porque conocia mucho al mozo de paja y cebada, y no le tenia por persona, y no encontró inconveniente en introducirlos en el castillo.

El mozo se quedó esperando en el cuerpo de guardia, sentado al fuego con los soldados, á todos los cuales conocia, porque aquel era un presidio ó guarnicion fija.

Muchos de aquellos soldados estaban casados en el pueblo.

El alcaide se metió por unas estrechísimas escaleras, entró al fin de ellas en un pasadizo, abrió una puerta, y Casilda y Fierro se encontraron en una habitacion negra y destartalada, en que apenas habia muebles.

Pero en una gran chimenea que en la habitacion habia, se quemaba media encina.

El cercano monte daba la leña gratis.

—Y bien, dijo el alcaide poniendo el farolillo sobre una mezquina mesa: ¿qué órden es la que traeis?

Casilda empezó á sacar del bolsillo doblones de á ocho y á ponerlos en carros sobre la mesa.

—¿Qué es esto? dijo el alcaide mirando con ánsia el oro: voy á cerrar la puerta no entre alguien de repente y vea ese dinero y piense otra cosa.

Y se fué á la puerta y la cerró, volviendo junto á la mesa como atraido por el oro.

—Y bien, ¿qué es esto? dijo: sepamos.

—Esa es la órden que traemos, y que dejaremos en vuestro poder.

Fierro miraba de una manera singular al alcaide, como temiendo un exabrupto de éste.

Pero el alcaide no hacia otra cosa que mirar con ánsia el oro.

—¿Pero en qué consiste esa órden? dijo.

—Esa órden os manda, contestó Casilda, que me dejeis ver al señor Antonio Perez.

—¡Oh! eso es imposible, imposible de todo punto, dijo el alcaide: no sabeis lo que me pedís: eso es lo mismo que si me pidiérais la cabeza: figuraos con qué gusto os la daria yo.

—¡Bah! dijo Casilda: eso no es mas que pediros que me dejeis ver al señor Antonio Perez.

—Pues cabalmente para ello necesito yo una órden espresa del rey ó del alcalde de Casa y Córte, á cuya disposicion está aquí el preso.

Para abreviar diremos, que de tal manera se compuso Casilda, que logró que el alcaide la llevase al encierro de Perez.

A este le aconteció por el momento lo mismo que le habia sucedido á su mujer: no reconoció á Casilda por mas que escitase su atencion su voz, que Casilda no disfrazaba.

El alcaide los dejó solos sin sospechar que dejaba á una mujer, y á una mujer hermosísima, con el prisionero.

Casilda se aterró al ver á Antonio Perez.

Estaba pálido, demacrado, envejecido, encorvado, desaliñado, con la camisa sucia y los cabellos demasiado crecidos.

Al fin Casilda no pudo contenerse, y se arrojó en sus brazos sollozando.

—¡Oh, y cómo te encuentro! dijo.

Entonces la reconoció Antonio Perez, y lanzó un grito de alegría.

—¡Ah! dijo, ¿quién te manda á mi lado?

—Mi amor, dijo Casilda: pues qué, ¿habia yo de dejar perecer al amado de mi alma, al padre de mi hijo?

—¿Puedo salir de aquí? preguntó Perez.

—Sí.

—¡Ah! pues salgamos, salgamos cuanto antes.

—Aún no; es necesario que entregues las cartas que tienes del rey.

—¡Ah! esclamó Perez cayendo desalentado desde lo alto de su contento: ¡te envia el rey!

—No, el rey no me envia, vengo yo.

—¿Y por qué me aconsejas entonces que entregue esas cartas?

—Para que á lo menos deje de sufrir tu familia.

—¡Cómo! dijo Perez, que nada sabia: ¿pues qué han hecho de mi familia?

—Tu mujer está presa, cargada de cadenas como tú, separada de sus hijos, hambrienta, maltratada.

—¡Oh! eso no puede ser, dijo Antonio Perez; no se habrán atrevido á tanto: ¿por qué, por qué han de tratar con tal rigor á mi esposa? ¿qué delito ha cometido?

—Negarse á entregar esas cartas.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! esclamó Antonio Perez: ¡qué crueldad tan horrible la que conmigo y con los mios se ejecuta!

—Hé aquí que yo vengo á salvarte.

—Pidiéndome que entregue esos papeles, que son mi única defensa si se formaliza contra mí un juicio por la muerte de Juan de Escobedo.

—Creo que el rey no desea otra cosa que recoger esas prendas que le comprometen.

—¡Y para ello maltrata á las prendas de mi alma!

—Pero yo velo por ellas, Antonio; yo que te amo tanto, que por tí amo á todo lo que es tuyo: ¡por el amor de Dios, Antonio mio, entrega al alcalde Rodrigo Vazquez esas malhadadas cartas! ¡Salva á tu familia, que si el rey no se apiada despues de tí, yo te salvaré, te lo juro por mi alma!

Por último: tanto se esforzó Casilda; de tal manera le representó los sufrimientos de su familia, que al fin Perez escribió una carta con sangre suya á su mujer, en que la mandaba entregase los dos cofres llenos de papeles que se habian enviado á Monzon, á Rodrigo Vazquez de Arce.

Casilda partió al dia siguiente para Madrid.

CAPITULO XXXIII.

En que se trasparenta la grande alma de doña Juana.

Apenas llegada Casilda á Madrid, que fué por la noche, procuró verse, y se vió con el alcaide de la cárcel real.

Este, merced á un nuevo sacrificio de Casilda, consintió en entregar á doña Juana la carta de su marido.

Casilda no habia querido volver á verla por no atormentarla.

Doña Juana, que no esperaba esta blandura de Antonio Perez, leyó la carta con asombro y con dolor.

—No es tan valiente como yo, dijo: la dureza de la prision y de los malos tratamientos le han doblegado: esto es entregarnos á la voluntad del rey, que no será generoso, y aunque quiera serlo, no le dejarán que lo sea nuestros enemigos.

Doña Juana veia mas claro que Antonio Perez, mas claro que Casilda, mas que Rodrigo Vazquez de Arce: sabia que si era duro, durísimo, el tratamiento que estaban sufriendo ella y su familia, este tratamiento seria infinitamente mas cruel en el punto en que se entregasen al rey aquellos papeles que comprometian su buen nombre, ó mas bien, que disculpaban á Perez; porque un rey absoluto como Felipe II no comprometia su nombre por mandar matar á un vasallo, puesto que era señor de las vidas y de las haciendas de todos.

Doña Juana comprendió que en aquel asunto no se podia ni se debia ir á la ligera, y esperó á que la llevasen la comida, que por la influencia de Casilda habia mejorado.

Cuando se la llevaron, dijo al carcelero:

—Necesito hablar con el alcaide.

El señor Ledesma, que estaba pagado y repagado, se apresuró á bajar al calabozo de doña Juana.

—¿Qué se os ofrece, señora? dijo: creo que no tendreis queja de mí: la comida es buena.

—Sí, sí, contestó doña Juana: Dios os lo pague: habeis mejorado mi prision en lo posible: tengo mesa, silla, cama, luz; esto ya es otra cosa. Me quedan las cadenas; pero no está en vuestra mano quitármelas: y se me van hinchando las piernas; pero qué hemos de hacer: paciencia: mas sufrió Nuestro Divino Redentor por nosotros.

—Sois una santa, señora, dijo Ledesma.

—Dejemos, dejemos eso: yo no soy mas que una mujer que cumple con su obligacion. Vamos á otra cosa: por mí se interesa alguien.

Ledesma hizo un movimiento de sorpresa, como quien de repente se encuentra cogido.

—Pues no sé, pues no sé quién pueda interesarse por vos.

—Sí, cierto sugeto que estuvo aquí hace unos dias.

—¡Ah, señora! aquel es un sugeto misterioso, muy misterioso, contestó el alcaide, no sabiendo qué contestar.

—Pues bien, señor Ledesma, dijo doña Juana: necesito hablar cuanto antes con ese misterioso personaje.

—Y bien, señora, haré que le manifiesten vuestro deseo; pero tened en cuenta que me comprometo gravemente.

—Como os habeis comprometido una vez podeis comprometeros otra.

—Sí, sí señora; pero tanto puede ir el cántaro á la fuente.....

—Eso habreis ganado para con Dios; que habreis hecho una buena accion mas.

—En fin, señora, no se hable mas de esto: yo tengo una gran lástima de vos, y suceda lo que quiera, se avisará á esa persona, y vendrá.

En efecto, fué á avisar á Casilda, y aquella noche á las doce entró en el calabozo de doña Juana, en el cual se quedó sola con ella.

—Veo que os tratan algo mejor, dijo Casilda, y me alegro en el alma, porque yo no os aborrezco, señora.

—No teneis motivo para ello, dijo doña Juana: yo no os he hecho ningun daño.

—En cambio yo... dijo confundida Casilda; pero esto es enojoso; cesemos en ello: yo os juro que de hoy en adelante ninguna queja tendreis de mí, y que haré tanto, que acabareis por perdonarme las graves ofensas que, arrastrada con una fuerza superior á mi resistencia, os he hecho.

—No hay nada que venza á quien tiene valor para arrostrar el martirio, dijo severamente doña Juana.

—¡Ah, señora! esclamó Casilda: vos sois una santa, y yo una pobre mujer.

—¡Santa! ¡santa! no digais eso: yo no soy mas que una esclava de mi deber.

—Vos sois una mujer admirable, ante la cual me avergüenzo; pero ya os he dicho y os lo repito, que estoy arrepentida, y que haré tanto, que me perdonareis.

—Yo no; nunca os he condenado: yo he tenido compasion de vos, porque solo compasion me inspiran los que se estravían hasta el punto que vos os habeis estraviado: parece que al fin os ha tocado Dios el corazon: yo me alegro por vos antes que por mí; pero lo habeis dicho: hablar de esto es enojoso; y además, estamos perdiendo el tiempo: podemos ser sorprendidas, y es necesario evitarlo, porque todo se echaria á perder. Habeis visto á mi marido ¿no es verdad?

Sí señora, le he visto hace tres dias.

—¿Y cómo está el desdichado? preguntó con toda su alma doña Juana.

—Desesperado, enfermo y triste.

—Bien se conoce en la carta que me ha escrito con su sangre el sin ventura; carta imprudente; carta en que manda entregue al rey las únicas armas que tiene para su defensa.

—¡Ah! nada temais, señora; que aunque entregueis esas cartas, quedo yo para defenderle, para defenderos, esclamó ardientemente Casilda.

—Creo que hablais de buena fé, dijo doña Juana; creo que no sois una echadiza del rey.

—¿Y habeis podido creerlo, señora? esclamó vivamente Casilda.

—No lo estrañeis; la desgracia me ha hecho recelosa; pero abreviemos, que mientras estais aquí me devora una inquietud mortal: ¿podria yo escribir una carta?

—Sí señora: vengo prevenida, dijo Casilda, sacando de la parte interior de su ropilla un tintero de bolsillo y papel.

Doña Juana escribió lo siguiente.

«Amigo mio: Al momento que recibais esta, buscad al padre Rengifo; pedidle, mostrándole esta carta, las llaves de los dos cofres que están en Monzon, casa del señor Pedro de Arcos: importa mucho: saludad de mi parte al buen padre Rengifo.

»Dios os guarde. De esta mi prision en la cárcel real, á 15 de marzo de 1585.—Doña Juana Coello.—Al señor Gil de Mesa.»

Despues escribió esta otra carta:

«Amigo mio: Con la presente os buscará la señora doña Casilda Perez y Coello, mi hija adoptiva, á quien conoceis: acompañadla á Monzon, y servidla como serviríais á mi esposo. Supongo que no tendreis dinero, y yo no puedo dároslo; pero doña Casilda proveerá. Cuando hayais llegado á casa del señor Pedro de Arcos, entregareis las llaves de los dos cofres á doña Casilda, y la dejareis hacer, y la obedecereis ciegamente. Guárdeos Dios. De esta cárcel real á 15 de marzo de 1585.—Doña Juana Coello.—Al señor Gil de Mesa.»

—Enteraos de esas cartas, dijo doña Juana, dándoselas á Casilda.

—¡Ah, señora! esclamó esta, despues de haberlas leido: gracias porque al fin me comprendeis y confiais en mí.

—Creo que la voz de vuestro deber y de vuestra conciencia os sacará del mal camino en que os encontrais: oid ahora, puesto que, como decís, nos ayudais lealmente. Cuando esteis en Monzon, casa del señor Pedro de Arcos, os encerrareis en el sótano, donde hay dos cofres cuyas llaves os habrá dado el señor Gil de Mesa. Aquellos cofres están llenos de papeles que son muy importantes: examinadlos: entre ellos encontrareis unas cartas del rey nuestro señor á mi marido, en que se trata de la muerte del secretario del escelentísimo don Juan de Austria: si os interesais por nosotros, comprendereis que no debemos quedarnos completamente desarmados y á merced de nuestros enemigos, que por mas que el rey sea justo pueden torcerle: á vuestro juicio dejo el que os reserveis dos de las cartas mas importantes, por las cuales en todo tiempo pueda mi marido probar que no hizo otra cosa que obedecer al rey en la

muerte de Juan de Escobedo, que como vasallo no pudo hacer otra cosa, y que el rey únicamente es quien tiene que dar cuenta á Dios de lo justo ó de lo injusto de aquella sentencia: que el vasallo cumple como bueno y leal acatando los preceptos de su señor; y no ha hecho otra cosa mi marido, y por ello no puede culpársele. Pero los enemigos y los envidiosos por una parte, y por otra las imprudencias de Perez, han envenenado este triste negocio, y nos han traido al punto en que nos vemos.

—Confiad en Dios y en mí, señora, y esperad.

—Nunca he perdido la esperanza en Dios ni la creencia de que, por mal que aconteciere, me faltarán fuerzas para cumplir con mi obligacion como quien soy.

—¡Ah, señora! esclamó Casilda conmovida: seria yo una miserable, una infame, si no me arrepintiera del mal que os he hecho y no me sacrificara por vos.

—Bien, bien; pero id, id: estoy impaciente porque salgais de aquí; tengo miedo de que aquí os encuentren: si viniera por acaso Rodrigo Vazquez, de quien á todas horas, de dia y de noche, estoy amenazada.....

—No vendrá, señora, no vendrá; harto tiene que hacer con curarse la herida que cogió noches pasadas por empeñarse en seguirme: y lo que siento es que quien le dió la herida no le mató.

—¡No os pese nunca de no haber matado! dijo doña Juana con vehemencia: la sangre cae sobre nuestra alma y la pone roja: debemos no aparecer con el alma roja en el juicio de Dios.

Casilda se estremeció: se acordó de José Alegría, á quien en cierto modo habia asesinado, denunciándole.

—Id, id, continuó doña Juana; no perdais tiempo: continuad en vuestro buen propósito; yo os he perdonado; pero debeis procurar que tambien os perdone Dios.

—¡Ah! lo tengo todo preparado, dijo Casilda: en el momento en que el señor Gil de Mesa esté dispuesto, tomo postas y no paro hasta Monzon: necesito volver cuanto antes, para que cuanto antes os quiten esas cadenas, os saquen de esta lobreguez, y os entreguen vuestros hijos, vuestro marido. Despues, el rey me ama, soy su hija, Dios me ayudará: puede ser que el rey se satisfaga con que se le entreguen esos papeles; puede ser que vuelva su favor á vuestro esposo, y entonces, señora, yo me encerraré en un convento con mis desdichas.

Y Casilda se echó á llorar.

—Gracias á Dios, esclamó doña Juana levantando los ojos al cielo: no sois tan mala como yo creia; pero id, id: parece que un poder fatal os retiene á mi lado.

—El remordimiento y el pesar de haberos ofendido, dijo Casilda.

—¡Ah! no hablemos mas de esto; os lo suplico: partid.

Y como Casilda vacilase, la asió las manos.

Casilda cayó de rodillas, dominada por la grandeza de doña Juana.

—Yo os perdono con todo mi corazon, dijo esta.

Y la alzó.

—¡Ah, señora, qué generosa y qué noble sois! dijo Casilda anegada en llanto.

—Salid, salid, dijo doña Juana.

Casilda hizo un esfuerzo, y salió vacilante, como si la dominara una especie de embriaguez.

Cuando se perdió en el pasadizo el ruido de los pasos de Casilda, doña Juana se arrodilló, haciendo crujir sus cadenas; y levantando los ojos y las manos al cielo, esclamó:

—¡Señor, Señor, fortalece á esa mujer; haz que persista en su arrepentimiento!

Entonces se oyó el áspero rechinar de la puerta del calabozo, que se cerraba, y el crujir de las llaves en las cerraduras.

Luego, los lentos pasos de Ledesma, que se alejaba.

Poco despues, todo quedó en silencio.

CAPITULO XXXIV.

De cómo Sebastian de Santoyo dió un negro disgusto á los hermanos Vazquez.

Rodrigo Vazquez de Arce no habia dicho á nadie, ni aun á su hermano Mateo, que le habian herido, y que sobre esto le habian dado una vuelta de cintarazos. Pero como la herida y los cintarazos le habian postrado de una manera grave, hasta el punto de no poder asistir á la Audiencia, habia pretestado una enfermedad.

Así es que no habia podido atormentar á la pobre doña Juana Coello, ni se habia atrevido á enviar, para que la atormentase, á su secretario, temeroso de que doña Juana, con la poderosa mágia de su talento, de su corazon, de su hermosura, le sedujese.

Mateo visitaba á Rodrigo tres veces al dia: una, antes de ir al alcázar; otra, cuando á las doce salia del alcázar para ir á comer; la tercera, por último, cuando salia del alcázar por la tarde, y antes de ir á cenar.

A esta última visita le acompañaba Pedro de Escobedo, que como hemos dicho, por la cuenta que le tenia, era esclavo de los Vazquez.

Mateo se desesperaba al ver que la enfermedad de su hermano duraba mas de tres dias, y pasaba otro dia y otro, y no podia levantarse.

—¿Pero qué enfermedad es la tuya, hermano? le decia. Tú no tienes calentura, ni mal color, y comes bien.

—Es que me duelen los huesos, hermano, decia contrariado Rodrigo.

Y decia la verdad.

El alférez Bustillos, que se habia quedado corto en la estocada, habia sido largo en los cintarazos, y habia apretado de firme.

A mas de esto, la única espada que poseia el alférez, era toledana, de las de la marca del perrillo, de cinco palmos cumplidos desde los gabilanes, de tres dedos de ancha, y de un dedo de lomo.

Júzguese si Rodrigo decia bien cuando decia que le dolian los huesos.

—¡Y á qué hora has venido tú con esa enfermedad! decia Mateo, ¡cuando era necesario que fueses todos los dias tres veces á la cárcel real, y dos veces á lo menos á la semana, por Turuégano, para apretarles bien al marido y á la mujer para que entregasen los papeles! El rey no reposa: hoy me ha preguntado cómo andaba lo de la entrega de los billetes, y he tenido que decir á su majestad que hacia diez dias que estabas en cama con dolor de huesos. Su majestad nada me ha dicho: no ha puesto ni buena ni mala cara; es verdad que á su majestad no se le conoce en la cara lo que le pasa dentro; y me temo que á pesar de los pesares desconfie de tí, crea que la doña Juana Coello te ha encantado, se enoje contigo, y dé comision á otro alcalde para el proceso de Perez, quitándotela á tí.

—¡Oh, oh! dijo Rodrigo: á otro alcalde, aunque fuese Tejada, que es tan duro como yo, le volverian loco entre marido y mujer, y le perderian.

—Mucho me temo, dijo Mateo, que en estos dias en que no has podido estar encima, haya hechizado Perez al alcaide de Turuégano, y doña Juana al de la cárcel real. Yo creo que ella y él tienen algo de brujos.

—No me hables de brujos, ni de brujas, ni de brujerías, dijo Rodrigo acordándose de que la tia Zampoña habia educado á Casilda, y de que á Casilda debia la herida y la paliza que le tenian postrado. Y á propósito, añadió: ¿ha parecido ya doña Casilda Perez y Coello?

—No, ni se sabe qué ha sido de ella, dijo Mateo: gota de agua que cayó en la mar.

—Pues mira, hermano, dijo Rodrigo: esa gota de agua perdida me tiene muy en cuidado.

—Es posible que la haya desterrado el rey.

—¡Ah! no, no: el rey no destierra á doña Casilda: doña Casilda es mas de lo que parece, y desgraciadamente nuestra enemiga, porque es demasiado amiga de Perez.

—Aquí tenemos otra princesa de Eboli, dijo Mateo.

—¡Eh! cuidado, hermano: ¿qué es lo que tú quieres decir?

—Quiero decir que el rey quiere á doña Casilda, y que doña Casilda quiere á Perez, pues, como la princesa de Eboli.

—En cuanto á lo de querer Perez á doña Casilda, y quererle doña Casilda á él, tienes razon. En lo de que el rey quiere á doña Casilda, tienes razon tambien; la quiere mucho, pero no como tú piensas.

—El rey no tiene mas que una manera de querer á las mujeres, dijo Mateo.

—Doña Casilda, dijo Rodrigo con tono concluyente, no ha sido, no es, no será nunca, no puede ser manceba del rey.

—Pues entonces, ¿cómo quiere el rey á doña Casilda? dijo con estrañeza Mateo.

—Déjate de esto, hermano, dijo Rodrigo con mal humor, y no me preguntes mas, porque no he de responder.

—Andas con unos misterios conmigo, dijo Mateo, ofendido, que me hacen recelar; y luego esta enfermedad que no se comprende.....

—¡Bah! eres un necio, Mateo: ni por la salvacion de mi alma dejaria yo de aborrecer á Perez y á su mujer, y de hacerles todo el mal que pudiese.

—¿Aún te dura?

—Muerto he de amarla: muerto he de tener celos, y celos rabiosos de Antonio Perez, á quien ella ama: cada dia me parece mas hermosa, cada dia me desespera mas; este es un empeño á muerte, que solo con mi muerte acabará: es una mujer terrible; la he encerrado en el calabozo mas profundo, mas oscuro, mas horrible de la cárcel real; la he sujetado á la comida de los presos pobres; la he tenido sin luz, sin lecho, sin una silla en que sentarse, y no he podido doblegar su entereza, no la he arrancado ni una sola súplica, no he logrado que deje de tratarme con un altivo desprecio: se negó á comer, hasta el punto de que Ledesma se aterró, y me dijo

formalmente que él no podia guardar una presa que no queria comer lo que se le daba: fué pues necesario aflojar en esta parte, darle mejor comida, lecho, una silla, una mesa, y luz perpétua, porque en el calabozo donde está encerrada, es perpétua la noche: yo esperaba que me lo agradeciera; pero no me lo agradeció: se mostró conmigo tan altiva, tan despreciadora, tan terrible como siempre, y continuó negándose á entregar las cartas del rey; la cargué de cadenas, cuyo peso no puede soportar, que son para su delicadeza un tormento contínuo, y nada conseguí. ¡Ah! no, no, Mateo; esa mujer me irrita, me enfurece, me enamora cada dia mas, me vuelve loco, y por nada del mundo levantaria yo mi dura mano de sobre ella, sino porque el rey, que es mas fuerte que yo, me lo mandase: eres receloso como un lobo, Mateo, y tu recelo te convierte en un animal estúpido. Aunque yo no adorase á doña Juana, aunque su desden no me irritase, ¿crees tú que no basta para mantener mi firmeza el ser Antonio Perez el alma del partido contrario al nuestro, partido poderoso, puesto que Perez mantiene su influencia aun estando en desgracia?

—Creo que hace mucho tiempo estamos jugando el todo por el todo, dijo Mateo: veo que en diez años que han pasado desde la muerte de Escobedo, hemos adelantado muy poca cosa; que Antonio Perez ha seguido desempeñando el Despacho Universal, á pesar del cardenal Granvela, que no es mas que una sombra; y que nosotros no hemos podido llegar con el rey ni aun al asomo del favor de que ha gozado Antonio Perez.

—Es verdad, Mateo, dijo suspirando profundamente Rodrigo: entre Antonio Perez y el rey hay prendas tales, tales vínculos, tales secretos y tan graves, que es un milagro hayamos podido impedir á fuerza de astucia, que el rey le perdone y le vuelva á su antiguo favor.

—Otro misterio, dijo Mateo Vazquez con disgusto.

—No pretendas esclarecerle, ni me preguntes nada acerca de él: te juro, por la salvacion de mi alma, que yo quisiera ignorarle, porque así tendria menos zozobras.

—¿Crees tú que podemos perdernos? dijo cobardemente Mateo.

—Lo creo tanto, que no me llega la camisa al cuerpo.

—¿A pesar de la rabia mortal que debe tener el rey por haber sido burlado por la princesa de Eboli y por Antonio Perez?

—A pesar de todo.

—El rey mató á la princesa.

—Será muy difícil que mate á Perez.

—Pues entonces, hermano, ¿á qué arrostrar un peligro inminente?

—Ya te he dicho que mientras el rey deje en mi poder á Antonio Perez y á doña Juana, no he de cesar de apretarles á muerte. Si tú tienes miedo, abandona este negocio; lo haré yo solo.

—No, no podria aunque quisiera: la insolente fortuna de Perez me irrita; pero es cosa muy fuerte saber que, buscando su cabeza, jugamos la nuestra.

—Ahí tenemos á nuestra disposicion á Pedro de Escobedo. El rey no puede, aunque quiera, negarse á hacer justicia, ni perdonar á Perez mientras no le perdone Pedro de Escobedo, que no le perdonará, porque le tenemos cogido. Antonio Enriquez y el capitan don Pedro Quintana que persisten en su acusacion, y Diego Martinez, mayordomo de Perez, á quien he preso, y que anduvo en la muerte de Escobedo, sufrirá el tormento en cuanto yo me restablezca: no podrá resistir, y cantará todo lo que sabe, que es mucho. No desconfiemos, hermano; que aunque el rey anda perplejo en este negocio, le tenemos tambien cogido: valor y audacia; y si no triunfamos decididamente, lograremos que no vuelva á su antiguo favor Antonio Perez, lo que ya es mucho.

A este punto llegaban de su conversacion los dos hermanos, cuando entró Sorruelos, y dijo, dirigiéndose á su amo:

—Ahí está el señor Sebastian de Santoyo, que quiere hablar á vuestra señoría de parte del rey.

—¿Qué será esto? dijo Mateo con su eterno recelo.

—Que pase, que pase al momento el señor Sebastian de Santoyo.

Salió Sorruelos, y entró á poco el ayuda de cámara del rey, ó mejor dicho, su confidente, su amigo íntimo.

Al entrar, arrojó una sombría y rápida mirada sobre los dos hermanos, y dijo para sí:

—¿Qué estarán tratando estos dos lobos? Alguna infamia propia de Satanás.

Mateo Vazquez se habia levantado vivamente, y habia adelantado, aparentando un profundo respeto, hácia Santoyo.

Sabia demasiado cuánto valia y podia Santoyo, y le demostraba el mismo servilismo que demostraba al rey.

Rodrigo se habia incorporado en la cama en señal de respeto.

—Bien venido seais, señor Sebastian de Santoyo, dijo Mateo con un acento que representaba un gran efecto.

—Y vos bien hallado, señor Mateo Vazquez, dijo con su frialdad cortesana Santoyo, á quien se le habia pegado, cuando trataba con ciertas gentes, mucho de la profunda reserva habitual de Felipe II.

—¡Tanto bueno por mi casa! dijo Rodrigo.

—El rey me envia, contestó Santoyo.

—¿Y á qué bueno? preguntó Rodrigo.

—Para que os pongais bueno de repente, si ya no lo estais, contestó Santoyo.

—Pues mirad, dijo disimulando mal lo irónico de su acento Rodrigo: á pesar de la espresa voluntad del rey nuestro señor de que me ponga bueno, continúan doliéndome los huesos como me dolian antes de que llegáseis, señor Sebastian de Santoyo.

—De esos dolores vos teneis la culpa, dijo Santoyo con una marcada intencion: ya no estais en edad de andar de noche por las calles de Madrid y con el frio que hace, corriendo aventuras y persiguiendo á las buenas mozas que van bien resguardadas.

Helóse de espanto Rodrigo, porque vió que Santoyo sabia la causa de su dolencia; lo que queria decir que tambien la sabia el rey, que no podia saberlo sino por medio de doña Casilda.

—No comprendo lo que quereis decir con eso de aventuras y de persecucion mia á las buenas mozas, dijo fingiendo una gran estrañeza Rodrigo.

—Importa poco que no comprendais, contestó con indiferencia Santoyo. Lo que importa es saber si podeis poneros de pié, y andar, aunque sea con trabajo, lo que hay de aquí á la puerta de vuestra casa, donde nos espera un coche.

—¿Y adónde vamos? dijo sin poder ocultar su terror Rodrigo, mientras á Mateo se le nublaban de miedo los ojos.

—A la cárcel real, contestó con cierta fruicion Santoyo, que gozaba asustando á los dos hermanos.

—Yo no puedo ir á la cárcel real, dijo con voz temblorosa Rodrigo, que se dió por preso.

—¿Y por qué no podeis vos ir á la cárcel real? dijo sonriendo de una manera sutil Santoyo.

—Porque soy alcalde de Casa y Córte.

—Pues por lo mismo que sois alcalde de Casa y Córte, insistió Santoyo, haceis falta en la cárcel real.

—Os digo que no puede ser, como el rey no se olvide de mis privilegios.

—El rey sabe que vos teneis en comision el proceso de doña Juana Coello, esposa del señor Antonio Perez.

—¡Ah! esclamó, reponiéndose de su miedo Rodrigo; ¿se trata de doña Juana Coello?

—¿Pues de qué otra cosa se habia de tratar? ¿Creeis vos posible que su majestad pueda prender á un vasallo que le sirve tan bien como vos?

Habia un punzante sarcasmo en estas palabras de Santoyo.

—¡Ah, sí! dijo Mateo Vazquez: el rey, cansado sin duda de la tenacidad de doña Juana Coello en negarse á entregar las cartas de su majestad á su marido, quiere sin duda se la sujete á la cuestion del tormento.

—No, señor Mateo Vazquez, contestó con acento concentrado Santoyo: está de Dios que esta noche hayais de equivocaros en todo. Lo que su majestad quiere es que vayais vos mismo al momento á soltar á doña Juana Coello y á sus hijos, que volverán libremente á su casa del Cordon, que ya está desembargada; y lo que es mas, se han llevado á ella del alcázar los muebles necesarios; como que vos vendísteis en pública almoneda todos los muebles de aquella casa.

—¿Y las cartas? dijo Mateo Vazquez, trémulo con una cólera mal contenida, mientras su hermano callaba aterrado.

—Esas cartas, contestó Santoyo, están ya en poder del rey.

—¿Y cómo ha sido eso: esclamó Rodrigo. ¿Con quién se ha comunicado doña Juana Coello para hacer que esos papeles se entreguen á su majestad?

—Lo ignoro: solo sé que hace una hora, cuando su majestad me llamó, ví que en su cámara habia dos pequeños cofres abiertos y llenos de papeles; casi todos ellos, segun me dijo su majestad, de Estado é importantísimos. Ahora, señor Rodrigo Vazquez, ved la real órden por la cual se os manda ir sin dilacion y sin pretesto á poner en libertad á doña Juana Coello y á sus hijos, y conducidlos á su casa, de donde los sacásteis, para lo cual viene otro coche del rey.

—Estamos perdidos, dijo tembloroso Mateo, á quien se le escaparon estas palabras.

—Yo creo que sí, mis buenos amigos, dijo socarronamente San-

toyo; y esto consiste en que habeis querido estar muy ganados.

—No puedo moverme del lecho, dijo Rodrigo, apelando á una última resistencia.

—Os aconsejo que domineis el dolor de vuestros huesos, dijo Santoyo, y dejeis las cosas tales como están, no sea que el rey se enoje y os suceda peor.

—Llama á Sorruelos, Mateo, dijo desesperado Rodrigo, que venga á vestirme.

—Vestíos á propósito, dijo Santoyo; porque habeis de saber que cuando hayais llevado á su casa á doña Juana Coello y á sus hijos, habreis de ir á la fortaleza de Turuégano para traer asimismo á su casa al señor Antonio Perez.

El ángel esterminador cayendo de improviso sobre los Vazquez, hubiera causado en ellos menos estrago que el que les causó Santoyo.

Pero no habia medio: Rodrigo se vistió, siguió á Santoyo, entró acompañado de él en uno de los dos coches reales que esperaban á la puerta, y Mateo se fué á su casa, helado de miedo y llevado, como suele decirse, de los diablos.

CAPITULO XXXV.

En que Santoyo da algunos toques vigorosos al retrato de Felipe II.

Al oscurecer de aquella misma noche, es decir, tres horas antes, Santoyo recibió un recado de Casilda que le rogaba fuese á verla al instante.

Santoyo, que ignoraba lo que de Casilda habia sido, y que sabia cuánto se interesaba el rey por ella, acudió al instante, y encontró á Casilda vestida de hombre, fatigada, y con todas las señales de acabar de hacer un largo viaje.

De camino era el traje de la jóven: tenia calzadas las espuelas, enlodadas las botas, porque el tiempo era lluvioso, y ajada la pluma del sombrero.

Estaba teñida y con peluca negra, es decir, completamente disfrazada; y aun cuando se dió á conocer francamente á Santoyo, á este le costó mucho trabajo reconocerla.

—¿De dónde venís? la dijo. ¿Qué traje es ese?

—El que conviene al empeño en que me he metido, y del cual he salido victoriosa.

—Sepamos en qué empeño os habeis metido, señora.

—En el de salvar á Antonio Perez.

—Empeño difícil, por desgracia. ¡Salvar á Antonio Perez! Dios, que todo lo puede, es el único de quien pende la salvacion de nuestro amigo.

—Creo, dijo Casilda, que cuando el rey ha dejado pasar diez años sin tomar contra Perez un partido riguroso, le ama y está muy inclinado á perdonarle.

—Sin embargo, no puede haber mas rigor en el tratamiento que hoy reciben Antonio Perez y su familia.

—La tenacidad de Perez justifica ese rigor. ¿Conoceis bien al rey, señor Santoyo?

—Le sirvo desde su juventud, gozo de su confianza, y sin embargo, nunca sé adónde va el rey con sus pensamientos y con sus proyectos: cuando creeis que castigará á sangre á un vasallo, le veis dejando pasar como si no la advirtiese la falta; y otras veces creeis que tal ó cual persona goza de su favor, y la veis caer despeñada de su altura para no volver á levantarse. ¿Quién sabe lo que el rey piensa acerca del señor Antonio Perez? Por mucho menos de lo que ha hecho Perez, hemos visto morir á otros, ó perderse para siempre, sin esperanza de volver á recobrar la fortuna que habian perdido. Si otro hombre se hubiera atrevido ni aun á mirar á la princesa de Eboli; si la princesa de Eboli hubiera sonreido ó mirado con aficion á otro hombre, aquel hombre hubiera pasado de entre los vivos de una manera oscura, sin que le hubieran visto pasar mas que un fraile, un secretario y el verdugo. El señor Antonio Perez, no solo ha mirado á la princesa de Eboli, y ha sido mirado por ella con amor, sino que ha gozado aquello por lo que el rey hubiera dado la mitad de su corona. El rey ha sufrido unos celos horribles; se ha despedazado el corazon, ha estado á punto de volverse loco. La princesa era demasiado firme, demasiado altiva: no amaba al rey, nada del rey la conmovia; sabia que con un poco de fingimiento hubiera podido ocupar como reina, el tálamo del rey viudo, y no fingió: sabia á lo que se esponia causando los celos del rey, y fué imprudente, no ocultó la pasion funesta que alentaba al señor Antonio Perez: lo conocia todo el mundo, y nadie se atrevia á abrir al rey los ojos, no fuese que el rey le cegase; solo el temerario Escobedo fué bastante audaz para intentarlo, y murió de mala muerte. El rey supo que la única mujer á quien habia amado, á quien adoraba, le habia engañado, le habia escarnecido, le habia menospreciado, le habia tratado como solo se atreve á tratar una mujer que vale á un hombre miserable, capaz de sufrirlo todo. La princesa murió de muerte aguda en el castillo de Pinto. Antonio Perez, el único hombre que ha gozado completamente del favor del rey, debia, segun

todas las probabilidades, sufrir la misma suerte que la princesa; y sin embargo vive, ha vivido diez años acometido perpétuamente por el furor del rey, y perpétuamente respetado por ese terrible señor, que solo respeta á Dios: hoy le prende y mañana le suelta; pero aun preso sigue encargándole del Despacho Universal de los negocios, no teniendo á su lado secretarios, y consultándole hasta las cosas mas pequeñas, pero sin verle ni una sola vez en esos diez años. Tan pronto aprieta á Rodrigo Vazquez para que trate con rigor á Antonio Perez, como detiene la accion de la justicia, y pasan meses y meses sin que se toque al proceso. De aquí que todo el mundo respete á Perez, que todo el mundo ve en la conducta estraña del rey una vacilacion, que en vez de perjudicar á Perez le enaltece. ¿Quién puede comprender al rey don Felipe? ¿Quién sabe si Antonio Perez morirá en un patíbulo, ó llegará á un favor tal como jamás se ha visto ni oido? Me preguntais si conozco al rey: yo respondo que al rey don Felipe no le conoce ni puede conocerle ningun mortal. Dios, solo Dios que conoce á todas sus criaturas, sabe lo que pasa en el corazon del rey.

—Y decid, observó Casilda: ¿no creeis que el rey está cansado de este proceso, y que si ahora ha tratado á Antonio Perez y á su familia con mas rigor que nunca, es porque quiere concluir de todo punto?

—Dios quiera que no concluya su majestad de tal modo, que á todos los espante con el castigo de Perez.

—Pues yo creo que el recelo de Perez es el que hace que todo este trabajo no tenga fin. Creo que lo que el rey desea es tener las cartas que sobre el asunto de Escobedo escribió á Perez.

—No sé qué deciros, señora: el rey, es verdad, desea ardientemente se le devuelvan esas cartas; pero con qué objeto, eso no podemos adivinarlo ni vos, ni yo, ni nadie: tal vez el rey quiere dejar sin escusa del asesinato de Escobedo á Perez, para hacer caer sobre él, sin que nada pueda valerle, el rigor de su justicia; y tal vez se propone dar de mano á este asunto.

—¿Sois verdaderamente poseedor de toda la confianza del rey?

—¡Oh, señora! tanto como lo fué en otro tiempo el señor Antonio Perez.

—¿Sabeis, pues, los vínculos que existen entre Perez y el rey?

—¡Ah, señora! no confieis en eso: el rey mató á su hijo el príncipe de Astúrias; no lo digais á nadie; este es un secreto horrendo

que solo conocemos el doctor Oliva y yo, y ahora vos. El rey mató á su hermano don Juan de Austria, y su sobrino el rey don Sebastian, no se sabe si era ó no el desgraciado pastelero ahorcado en Madrigal: si algo defiende al señor Antonio Perez, no son los vínculos que puedan existir entre el rey y Perez; lo que yo creo es que este le hechizó, añadió Santoyo bajando la voz, pero que no le hechizó bien, y que el rey lucha con los hechizos.

—Sea como quiera, que vacile porque le ame ó porque Antonio Perez le haya hechizado, es necesario probar si la devolucion al rey de las cartas que tanto desea, da feliz término á esta terrible incertidumbre. Hé aquí lo que yo he hecho: reducir á Perez y á su mujer á que me entreguen esas cartas; hé aquí que de donde yo vengo, de donde acabo de llegar es de Monzon, donde el señor Pedro de Arcos me ha entregado dos cofres que tenia en el sótano de su casa, y que contienen importantes papeles de Estado y esas no menos importantes cartas que deseaba el rey.

—¡Cómo! ¿teneis con vos esos papeles?

—Sí; y para entregarlos al rey es para lo que os he llamado: acompañadme, pues, al alcázar, y dos de mis criados llevarán esos cofres.

—Os aconsejo que no os presenteis al rey con ese traje de hombre; esto le desagradaria sobremanera.

—¡Ah! por de contado, dijo Casilda: iré á ver al rey con mis ropas naturales: esperad un momento, señor Sebastian de Santoyo: entre tanto pondrán para conducirme al alcázar una silla de manos.

Casilda salió: Sebastian de Santoyo se quedó paseando por la habitacion, profundamente pensativo: un cuarto de hora despues, apareció Casilda, bellamente vestida, con un magnífico traje de terciopelo negro; pero sin joyas: habia tenido presente la severidad del rey.

Dos criados cargaron con los dos cofres; Casilda entró en la silla de manos, y Santoyo fué á su lado, escoltándola hasta llegar al alcázar, donde entraron por un postigo: luego por una estrecha escalera subieron á uno de los departamentos correspondientes al cuarto del rey.

Santoyo hizo que los criados dejasen allí los cofres; los despidió, y por una comunicacion interior fué á avisar al rey la llegada de Casilda.

CAPITULO XXXVI.

De cómo era muy peligroso pretender engañar á Felipe II.

El rey recibió como siempre, inalterable, á Casilda.

Los dos cofres estaban puestos sobre un mueble en la cámara real.

—Guárdeos Dios, dijo el rey, volviéndose hácia Casilda: yo os creia perdida, y vos os habeis encargado de demostrarme mi engaño.

—Yo no me pierdo nunca, ni puedo perderme para vuestra majestad: si he estado fuera, ha sido por serviros.

—Fuerza es confesar que me habeis servido bien; que habeis logrado, no sé cómo, lo que no han podido conseguir mis alcaldes: contadme cómo es que habeis podido entenderos con Antonio Perez y su mujer.

—He empezado haciendo dar una paliza á muerte á Rodrigo Vazquez, para que tuviese que guardar el lecho y no pudiese estorbar.

—¿Sabeis, dijo el rey, la pena que arrostra el que pone mano airada en mi justicia, que es lo mismo que ponerla en mí?

—Supongo que será grave.

—Y suponiendo eso, ¿os atreveis á decirme que habeis hecho apalear á un mi alcalde de Casa y Córte?

—Sí señor.

—Vos estais dejada de la mano de Dios, y acabareis por hacerme perder la paciencia.

—Estoy desesperada y resuelta á todo.

—Mucho confiais en el amor que os tengo.

—Nada confio, señor; pero todo lo arrostro, menos haceros traicion ó engañaros.

—Habeis sobornado sin duda á los que custodiaban á Perez y á su mujer.

—Señor, los pobres resisten mal al oro.

—Pues á los que tan poca resistencia ponen al oro, se les ahorca para que otros escarmienten.

—Ruégoos, señor, que no castigueis á nadie mas que á mí.

—No puedo castigaros: me habeis servido bien.

—Por lo mismo, señor, perdonad á los que, vendidos ó no, han contribuido á que yo os sirva.

—¡Perdonar á los que faltan al juramento de fidelidad! dijo el rey sin alterar su acento grave y tranquilo: no; eso seria lo mismo que alentar á la traicion: eso seria no tener seguridad de que nos guarden á un vasallo rebelde que tenemos necesidad de castigar: dejaos, dejaos de eso; nada os importe: y en cuanto á vos, ved lo que haceis. Además de las graves razones que tengo para enojarme con vos, me habeis desobedecido: os dije que saliéseis de mi córte, y si habeis salido, ha sido para servir á una persona de quien quiero veros apartada de todo punto, hasta con el pensamiento.

—He tomado una resolucion decisiva, señor, contestó Casilda.

—Hablais como si dispusiérais de vos misma, dijo el rey, mirando con una grave atencion á Casilda, y esto me desagrada: el mas poderoso no puede tomar resolucion ninguna; porque resolver es lo mismo que hacer definitivamente una cosa en lo porvenir, de lo que resulta que nadie puede resolver mas que Dios, que es omnipotente y libre de todas las contingencias á que estamos sujetos los humanos.

—Tiene razon vuestra majestad: he debido decir, no que he resuelto, sino que pretendo encerrarme en un claustro.

—¡Ah! pues os sentenciais á un destierro mayor que el que yo os imponia: yo os he mandado apartaros de Madrid, y vos quereis apartaros del mundo.

—Tengo el corazon ensangrentado, y busco consuelo en Dios.

—En ningun poder mejor podíais buscarle. Dios es todo mise-

ricordia, todo consuelo para los que se arrepienten; el claustro es una de las mas anchas puertas del cielo; pero tambien hay en el claustro una anchísima puerta del infierno; los que entran en clausura por desesperacion, sin vocacion, como si se encerraran en una tumba; los que no buscan la quietud y la paz de la caridad y de la contemplacion; los que en aquel sagrado recinto piensan en el mundo sin fé y sin esperanza; los que se entregan ansiosos al martirio de sus pasiones, porque todo les parece poco para exacerbar su dolor reprobado y maldito, esos no se salvan en la clausura, se condenan, y yo no quiero que os condeneis.

—¿Y qué he de hacer? ¿puedo yo arrancarme del corazon este amor que en él se me ha entrado?

—Apartaos de él; sufrid y esperad, esperad en el mundo; dentro del mundo apartaos de él, aislaos, sufrid pacientemente vuestro destino.

—¿Qué mas apartamento que el claustro?

—¡Siempre rebelde! Se conoce bien la maldita crianza que os han dado: para vos nada tiene autoridad, ni Dios, ni el rey; vuestro Dios y vuestro rey es vuestro desatentado empeño.

—¿Y por qué, señor, me impedís que vaya á salvarme ó á condenarme al claustro? Allí, aunque la tentacion me acometa, aunque quiera buscarle, no podré buscarle.

—Y vendrá esa enfermedad de la sangre que enlanguidece á las criaturas y las mata.

—Moriré.

—Yo no quiero que murais, dijo el rey, dejando notar una leve vacilacion en la voz.

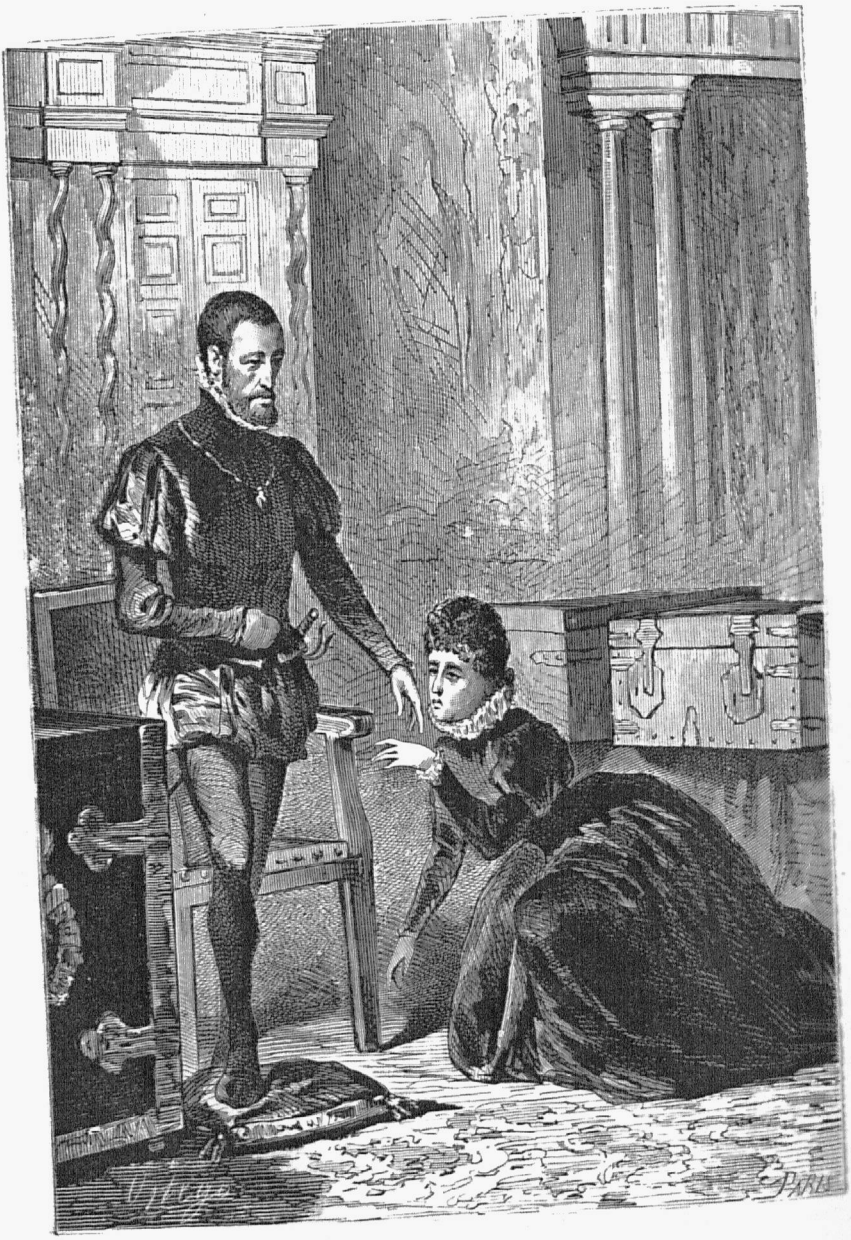
—Aunque no querais, señor, si Dios quiere, moriré.

—Indudablemente, la voluntad de Dios está sobre todo; pero habeis olvidado sin duda que teneis un hijo menor de edad, que ninguna culpa tiene de lo que os sucede, y al que, como buena madre, debeis sacrificaros.

—El rey puede proteger á mi hijo.

—No, no, esclamó el rey con viveza: el lugar que ocupa una madre no puede ocuparle nadie: Dios ha encargado á las madres de la educacion de sus hijos: reconozcamos el precepto de Dios, que es sabio y previsor.

—Mi hijo tiene ya diez años, y puede ser paje de vuestra majestad.



Besó la mano al rey, y salió.

—¡Ah! ¡ah! dejadme, dejadme á mí de esos cuidados: le tomaria demasiado cariño, y no quiero, como mi padre, criar ingratos que sean luego una dificultad para el rey mi hijo: no, no; lejos, lejos, en vuestro poder, que yo no le vea, que yo no le ame mas que como debo amarle: permaneced en el mundo, que si no os apartais de ese hombre, yo os apartaré.

—Pues bien, señor, contestó con energía Casilda; quiera Dios que no os arrepintais mañana de no haberme permitido encerrarme en el claustro.

—Si me arrepiento, peor para vos: no hablemos mas de esto: dadme las llaves de esos dos cofres, y volveos á vuestra casa: Santoyo os acompañará.

Casilda dió al rey dos pequeñas llaves, que por lo mohosas mostraban claro no haber servido hacia mucho tiempo.

Besó la mano al rey, y salió.

Apenas estuvo solo el rey, cerró por dentro la puerta de su cámara, y corrió el tapiz de modo que nada podia verse desde fuera, aun cuando mirasen por el hueco de la cerradura.

Luego, con un ánsia febril que hubiera contenido si hubiera temido ser visto, fué á uno de los cofres, y le abrió.

Estaba lleno de papeles atados en legajos, y sobre ellos habia un pequeño bulto de cartas, atado con una cinta roja.

El rey le desató, abrió una de las cartas, y luego otra; lanzó una esclamacion de alegría, y respiró con fuerza, como quien se siente libre de un gran peso.

El contento le trajo una idea generosa: se acordó de doña Juana Coello, de sus hijos, que gemian aherrojados en la cárcel; sintió una especie de remordimiento, volvió á atar las cartas, muchas de las cuales no habia visto, y las guardó en su pecho.

Cerró el cofre, fué á la puerta de la cámara, descorrió el tapiz, desechó la llave, fué á su mesa, y agitó con fuerza una campanilla.

Se presentó Santoyo.

—¡Cómo! ¿ahí estás? dijo el rey: ¿pues quién ha acompañado á doña Casilda?

—Presumí, contestó reverentemente Santoyo, que vuestra majestad podria necesitarme, y he enviado con doña Casilda á García Moran.

—Has hecho bien, porque te necesito, dijo el rey: siéntate y escribe.

Santoyo se sentó y escribió la real órden que le dictó el rey, y que ya conocen nuestros lectores, porque era la misma que Santoyo habia llevado á Rodrigo Vazquez.

El rey la firmó.

—No basta eso, dijo; que se lleven del alcázar á casa de Perez, y sin pérdida de momento, los muebles necesarios; porque creo que tan bien ha obedecido mis órdenes Rodrigo Vazquez, que no ha dejado en esa casa mas que las tapias; lleva además dos carrozas, una para doña Juana Coello y sus hijos, y otra para Rodrigo Vazquez, porque creo no se halla en disposicion de andar, y oye: que su dolencia no impida el cumplimiento de lo que mando: si no puede moverse, que le pongan en brazos en la carroza; que en brazos le saquen de ella, y le entren en la cárcel: no quiero dar esta comision á inngun otro alcalde; estoy contento de Rodrigo Vazquez, y sobre todo, no quiero que se tarde en poner en libertad á la familia de Perez: luego, esté como estuviere Vazquez, te marchas con él á Turuégano, que saque de aquella fortaleza á Perez, á quien mandarás se presente en Madrid, y en su casa, sin pérdida de tiempo. Vé, vé y vuelve cuanto antes; me haces falta.

—Pero por pronto que vuelva, señor, si he de ir á Turuégano, no podrá ser hasta pasado mañana por la mañana.

—¿Y qué hemos de hacerle? Vé, pero no emplees mas tiempo que el necesario.

Santoyo salió.

El rey volvió á cerrar la puerta y á correr el tapiz.

Luego se sentó en su mesa con un legajo que habia tomado de uno de los cofres, le desenvolvió y empezó á leer sus papeles.

—¡Ah! dijo: las confidencias secretas del conde de Essex, acerca de las negociaciones matrimoniales entre don Juan de Austria y la reina de Inglaterra: aquí hay minutas mias; ¿por qué guardaba esto Perez? ¡ah! esto es ya un asunto concluido; don Juan no puede casarse con nadie.

Se nubló el semblante del rey.

—Yo no tuve la culpa, dijo: antes que hombre soy rey; la culpa fué de don Juan, de su ambicion: lo que se hizo fué necesario, de todo punto necesario: fray Diego de Chaves es un varon docto y justo; ha pesado las razones que yo tuve para aquello, y me ha absuelto: sí, sí, aquello debió ser, aquello concluyó, y estos papeles deben tambien concluir.

Y despues de examinarlos minuciosamente uno por uno, tomó el legajo, le llevó á la chimenea y le arrojó al fuego.

Tomó otro legajo de los cofres.

—¡Ah! dijo: por aquí asoma el príncipe de Orange; no, no, yo no tuve la culpa, fué un esceso de celo de mis servidores, una equivocacion: Baltasar Gerard fué ahorcado; los que anduvieron en este asunto, todos menos Perez, han muerto tambien.

El rey se levantó y arrojó al fuego aquel legajo.

Tomó un cuaderno de uno de los cofres; pero antes de llegar á la mesa, se detuvo, tembló de los piés á la cabeza, apareció en sus ojos una espresion de miedo y de desesperacion.

Habia leido en la careta de aquel cuaderno:

«Informe sobre la enfermedad de su alteza el príncipe don Cárlos, y su curacion.»

El rey se acercó vacilante á la chimenea, arrojó en ella el cuaderno, y luego apoyó los codos en la repisa, y se abarcó con ambas manos la cabeza, como si hubiera temido que se le escapase.

Así permaneció algun tiempo.

Por último se rehizo.

Su enérgica voluntad dominó el trastorno de su espíritu, é irguiéndose, volvió al cofre, que estaba abierto, sacó de él otro legajo, se fué á la mesa, se sentó, y se puso á examinar los papeles.

En su careta se leia:

«Liga del Papa y venecianos contra el turco.»

Allí habia correspondencias importantes entre Antonio Perez y algunos del Consejo de los Diez, de la señoría de Venecia, que tendian á favorecer exageradamente al rey de España en los resultados de la liga.

Felipe II arrojó tambien al fuego aquel legajo despues de examinar todos sus papeles.

Luego tomó otro lio de papeles sujetos con una cinta encarnada, y en ellos una papeleta que decia:

«Cartas para el pastelero de Madrigal, en las que se le llama rey de Portugal, cogidas á un espía que entró en Castilla disfrazado de fraile y se le ahorcó.»

El rey contó aquellas cartas, como quien sabia bien cuántas eran, las examinó y las arrojó al fuego.

Y así fué examinando legajos en que habia graves secretos de Estado, y quemándolos.

Al amanecer, todo lo que habian contenido los cofres, menos las cartas que el rey tenia en el pecho, habia sido reducido á cenizas.

La historia perdió preciosos datos que la hubieran esclarecido en gran manera.

Así han debido destruirse las esplicaciones de misterios que establecen lagunas en la historia, haciéndola incomprensible.

Cuando ya no hubo otros papeles que quemar que las cartas que él guardaba, las sacó.

Podia haberlas leido á la luz del dia, que ya era muy claro; pero el rey sin duda por hacerse la ilusion de que aún era de noche y ganaba tiempo, continuó trabajando con luz artificial.

De improviso se puso pálido, mortalmente pálido con la palidez de la cólera, y se agitó en un temblor convulsivo.

—¡Ah, traidor! esclamó: ¡y yo que queria perdonarle! ¡yo que iba á dar por terminado esto! ¡yo que creia que ese desesperado obraba con lealtad! ¡faltan aquí dos cartas mias, y las mas graves! ¡ah no se fia de mí, y pretende engañarme, como si no supiera que yo tengo buena memoria; que puedo decir de corrido cualquiera de los papeles que he escrito desde que empecé á gobernar!

El rey puso mano á la campanilla, pero no la hizo sonar.

—No, no, dijo: si yo mandara volver á prenderlos, dirian que no sabia lo que habia hecho, y esto inferiria una vez menosprecio hácia mí; no, no, tiempo tenemos: confiemos á Perez, engañémosle, ya que él ha querido engañarnos: despues, no nos faltará un pretesto: y no mas pensar en perdon; no mas vacilar, no; es mas traidor, mas infame, mas desagradecido que los otros: no, no, que muera: ¿por qué ha de gozar un privilegio de que no han gozado los demás? ¡Ah! Dios me ha hecho para el martirio: la traicion y el crímen me cercan por todas partes, y es necesario matar, matar, y siempre matar.

El rey se pasó la mano por su frente sudorosa, guardó cuidadosamente aquellas cartas en un secreto de su mesa de despacho, y entrándose en su recámara, se desnudó por sí mismo y se acostó.

Dos horas despues, despachaba impaciente con sus secretarios, y como si hubiera pasado muy buena noche.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.

LOS FUEROS DE ARAGON.

CAPITULO I.

Reseña histórica.

Pasaron cuatro años en inútiles esfuerzos por arrancar á Perez la confesion del asesinato de Juan de Escobedo.

El rey habia encontrado pretesto en la justicia para abandonar á su antiguo secretario á la implacable saña de sus enemigos.

Pedro de Escobedo, escitado por estos, habia al fin presentado querella formal contra Perez por la muerte de su padre.

No podia prescindirse de atender á la querella de Escobedo, y se amplió el proceso, haciendo mas rigurosa la prision de Perez, y poniendo dos alguaciles de guardia de vista, con órden, no solo de no dejar que nadie visitase á Antonio Perez, sino tambien de no hablar con él ellos mismos.

Perez presentó testigos en contra de los que presentaba la parte contraria, y se redujo á negar con suma habilidad todos los cargos que se le hacian.

El rey estaba irritadísimo contra él, y resuelto á castigarle sin consideracion de ningun género.

Para arrancar la confesion á Perez, el rey escribió de su propio puño la siguiente órden, que entregó á Rodrigo Vazquez.

«Podreis decir á Antonio Perez de mi parte, y si fuere menes-

ter enseñándole este papel, que él sabe muy bien la noticia que yo tengo de haber él hecho matar á Escobedo, y las causas que me dijo que habia para ello; y porque á mi satisfaccion y la de mi conciencia conviene saber si estas causas fueron ó no bastantes, y que yo le mando que las diga, y dé particular razon de ellas, y muestre, y haga verdad las que aún me dijo, de que vos teneis noticia, porque ya os las he dicho particularmente, para que habiendo ya entendido las que así os dijere, y razon que os diere de ello, mande ver lo que en todo convendria hacer.»

Perez contestó, salvando el respeto que debia al dicho de su majestad, que nada sabia ni entendia acerca de la muerte de Escobedo, y que ni habia andado en ella, ni sabido otra cosa que lo que de público se habia dicho.

Las declaraciones de doña Juana Coello concordaban en la negativa con las de su marido.

Irritado Vazquez, ordenó á los alguaciles Erizo y Zamora, que custodiaban á Perez, le pusiesen un par de grillos y una gruesa cadena.

Perez protestó; pero de nada le sirvió su protesta.

Se quejó al rey, y el rey desatendió su queja.

Entonces Perez recusó á Rodrigo Vazquez, porque era, decia en su recusacion, un juez apasionado.

El rey, porque una estremada severidad no pusiese mas de parte la opinion pública de lo que lo estaba en favor de Perez, no admitió la recusacion; pero asoció á Rodrigo Vazquez, para que entendiese en la causa, al licenciado Juan Gomez.

Perez, á pesar de la estrechez de su prision y de lo que le atormentaban los hierros de que estaba cargado, persistió en su sistema de negativa.

Entonces Rodrigo Vazquez y Juan Gomez, su adjunto, pidieron al rey, y este se la concedió, autorizacion para sujetar á Perez á la prueba del tormento.

Este se llevó á efecto.

Dejemos hablar á una pieza del proceso en que se hace la relacion del tormento:

«Al instante mismo le replicaron dichos jueces que persistiendo en toda su fuerza y vigor los indicios, le mandaban poner á cuestion de tormento; y si en él muriese ó lesion de algun miembro le sucediese, fuese por su culpa y cargo; y dijo lo que dicho

tiene, que por estas dos cosas, la una el ser hidalgo, y la otra el daño y lesion que resultase en su persona, atento á estar tullido de las largas prisiones de once años, los dos jueces le hicieron entonces quitar los grillos y la cadena, ordenándole que prestase juramento y declarase lo que se le prevenia; mas habiéndose negado á ello Perez, el verdugo Diego Ruiz le quitó los vestidos, dejándole solo los calzoncillos. Retiróse este en seguida, y aquellos le intimaron de nuevo diese cumplimiento á la órden del rey, conminándole con el tormento *por el cordel*, si así no lo hacia. Repitió de nuevo Perez que se referia á lo que tenia dicho. En seguida, habiendo preparado la escalera y aparato del tormento, el verdugo Diego Ruiz cruzóle los brazos el uno sobre el otro, y dióle una vuelta de cordel, que le hizo arrojar agudos gritos diciendo: *Jesus, y que habia de morir en el tormento, y que no tenia que decir, sino morir*. Lo que repitió varias veces, habiendo llegado á darle hasta cuatro vueltas de cordel. Entonces los jueces repitieron su intimacion de que declarase lo que se le habia mandado, á lo que contestó con grandes gritos y esclamaciones: *No tengo nada que decir, y vive Dios que estoy manco de un brazo, como saben los médicos*. Y con grandes sollozos añadió: *Señor, por amor de Dios que me mancan, y que me han mancado la mano; por Dios vivo*. Y luego dijo: *Señor Juan Gomez, cristiano es, hermano, por amor de Dios, que me matas, que no tengo de decir mas*. Los jueces le contestaron que hiciese las declaraciones ordenadas, y no hizo mas que decir: *Hermano, que me matas; señor Juan Gomez, por las llagas de Dios acábenme de una vez, déjenme, que cuanto quisieren diré: por amor de Dios, hermano, que te apiades de mí*. En seguida añadió que le quitasen de como estaba y que le diesen la ropa, que hablaria, lo cual dijo teniendo ya ocho vueltas de cordel. Y como empezaba á declarar lo que luego seguirá, dieron órden al verdugo de que saliese de la pieza en donde se daba el tormento, quedando solo Perez con el licenciado Juan Gomez y el escribano Antonio Marquez.»

Perez, tan pérfidamente vendido por su soberano, torturado con tanta crueldad por sus jueces, y vencido por el dolor, confesó ser el autor de la muerte de Escobedo, y manifestó las razones de Estado que tuvo para ello, espuestas en sus RELACIONES.

Entró en detalles bastante estensos sobre el particular, y luego fuéle dicho á este declarante que hiciese verdad y mostrase las cosas que dijo á su majestad para la muerte de Escobedo.

Dijo, «que todos los papeles le fueron tomados las otras veces en diferentes prisiones, y que entre ellos hubiera muchos recados de que dicho tiene que dijo á su majestad y tuviere muchos testigos muy fidedignos, como la persona que se ha nombrado, que testificaria de todo el caso. Pero como doce años há que murió Escobedo han faltado las personas dichas. Además que estas son materias que da el vasallo á su príncipe, y mas cuando los particulares que le decian con secreto y á solas de Escobedo no se podian tener testigos.»

Al dia siguiente de tan dolorosas escenas, habiendo sabido Diego Martinez, este mayordomo tan fiel y tan reservado hasta entonces, que su amo lo habia confesado todo, creyóse dispensado de guardar silencio por mas tiempo, y confirmó por medio de una declaracion circunstanciada, el relato que el alférez Antonio Enriquez habia hecho de la muerte de Escobedo.

La caida de Perez era demasiado profunda para que despues de ella pudiesen conservarle ojeriza los envidiosos, y en su lugar dieron cabida á la piedad.

Sorprendió y aterrorizó á toda la córte el ver dar tormento á una persona de su rango, un ministro, un favorito, un instrumento del rey.

Nadie se consideró al abrigo de los mas bárbaros procederes de esa justicia violenta.

Empezaba por otra parte á hacerse público que el rey y Perez habian tenido participacion en el hecho, por el cual uno sufria y otro ordenaba la tortura.

Murmurábase de ello en alta voz en la córte, y uno de los personajes de mas suposicion esclamó con indignacion:

—¡Traiciones de vasallos á reyes muchas se han visto; pero de rey á vasallo nunca tal!

El mismo fray Diego de Chaves dijo en el púlpito:

«Hombres: ¿tras quién os andais desvanecidos y boquiabiertos? ¿No veis el desengaño? ¿no veis el peligro en que vivís? ¿no le veis? ¿No le vísteis ayer en la cumbre y hoy en el tormento, y no se sabe por qué há tantos años que le afligen? ¿Qué buscais? ¿qué esperais?»

En cuanto á Perez, abandonado por sus jueces y por el verdugo, magullado y quebrantado, hallábase acometido de una ardiente fiebre y de una inquietud de espíritu mas aguda aún que la fiebre.

Claramente veia la suerte que se le reservaba tras el tormento: la muerte.

Sabia que Vazquez habia dicho al rey, que Perez, privado de sus papeles, no podria justificarse, y que así, su conducta como sus declaraciones, serian calificadas de bellaquería y falacia.

Vazquez oyó á nuevos testigos, y dirigió sus indagaciones de manera que tendiesen á probar mas y mas que la causa del asesinato de Escobedo habia sido la intimidad criminal de Perez con la princesa de Eboli.

No contento aún Rodrigo Vazquez, y creciendo su odio hácia Perez, hizo recayesen además sobre él la muerte del astrólogo Juan de la Era y del escudero Juan Morgado.

En tan crítica y apurada situacion, Perez trató decididamente de libertarse por medio de la fuga, del ignominioso suplicio que le aguardaba.

CAPITULO II.

En que se presenta un nuevo é interesante personaje, y se trata de otras no menos importantes materias.

El domingo de Ramos de 1590, á la caida de la tarde, que era muy fria, salieron de Madrid por el postigo de la Campanilla, que correspondia á la calle de Atocha, un poco mas abajo del hospital de Anton Martin, dos ginetes envueltos en anchas capas y con los sombreros calados hasta los ojos, en dos fuertes caballos: atravesaron por medio de las huertas que entonces llenaban aquel sitio, como lo indica el nombre de una calle inmediata, que hoy se llama de las Huertas, que formaba entonces un estremo de la poblacion, y que no era tan larga como ahora.

Los ginetes llegaron al sitio donde hoy se levanta el Hospital general, que era entonces un campo lleno de matorrales, y tomaron por un sendero entre setos, tortuoso y difícil, y á su fin, llegaron á una ermita rodeada de árboles.

Aquella ermita era una fundacion de la piedad de Felipe II, y se llamaba del Cristo de la Oliva.

Cuando llegaron á ella, los dos ginetes se detuvieron y echaron pié á tierra.

El pálido sol de marzo iluminaba débilmente la parte superior de las gigantescas acacias que rodeaban la ermita.

Estaba esta cerrada, y como si en ella no habitase nadie.

Una fuente, compuesta de un poste, con un caño de hierro por donde caia un grueso chorro de agua, y de una pila de piedra berroqueña, se apoyaba en la pared posterior de la ermita, á la parte de Occidente.

El agua rebosaba del pilon y se estendia en un arroyo, formando mas abajo una charca de alguna estension, en la que se habian producido naturalmente mimbres.

El uno de los ginetes, que era muy jóven, se acercó á la fuente, cogió agua con el hueco de la mano, y bebió.

—Tenia una sed que me devoraba, señor Bustillos, dijo al otro ginete.

—Ya se ve, contestó Bustillos, lo que sucede no es sino para tener la sangre frita. ¡Y cuánto tarda el señor Gil de Mesa!

—Es muy leal servidor del señor Antonio Perez, contestó el jóven, y no faltará por su gusto: algo debe haberle sucedido, y eso me tiene con gran cuidado.

—Es que el preparar las postas para que no falten y prevenirlo todo para un asunto tan grave como el que tenemos entre manos, requiere tiempo. Cualquiera dificultad hace que se necesite mas espacio que lo que se creia: ¿teneis con vos las cartas?

—Sí por cierto; las guardo sobre mi corazon, y bien sujetas, porque me va en ello punto menos que la vida.

—Mucho amais al señor Antonio Perez, dijo Bustillos.

—Mi madre es una grande amiga suya, contestó el jóven, y siempre que sus desdichas han dejado tiempo al señor Antonio Perez, es decir, cuando no ha estado preso, ha ido con frecuencia á casa, y me ha demostrado un gran cariño: ya sabeis que yo esgrimo bien la espada.

—Ya lo creo, contestó Bustillos; yo me tenia por muy maestro, y sin embargo, me meteis un botonazo en cuanto empalmamos los hierros.

—Pues el señor Antonio Perez ha sido mi maestro.

—Tiene fama de gran esgrimidor el señor Antonio Perez, como tiene fama de ser grande en otras muchas cosas.

—Sobre todo, en la desgracia. Aborrezco de muerte á ese infame Rodrigo Vazquez y á ese cobarde Juan Gomez, que dió sin piedad tormento al señor Perez y le dejó manco: me pesa que Rodrigo Vazquez sea ya viejo, y que el licenciado Juan Gomez tenga menos valor que una liebre: de buena gana, si fueran fuertes, me daria

con ellos de estocadas hasta que me matasen ó hasta que yo los hiciera pedazos; que esta gente de justicia es odiosa: parecen grajos que se atracan de carne muerta cuando se ceban en un acusado. ¡Dios perdone al rey que les deja ensañarse contra quien debiera proteger!

—Y decidme, don José, preguntó Bustillos: ¿no tiene el señor Antonio Perez descargos de la muerte que se le acusa? Porque dicen que si él anduvo en la muerte del señor Juan de Escobedo, fué porque el rey le mandó que le matase por traiciones que el dicho Escobedo habia cometido contra el rey.

—Descargos tiene el señor Perez, y tales, que no habria tribunal que contra él pronunciase sentencia si los presentase; pero como su tribunal son los desalmados Rodrigo Vazquez y Juan Gomez, el señor Perez ha temido destruyesen las pruebas que le servirian de descargo si las presentara, y las guarda para hacerlas valer ante el tribunal del Gran Justicia de Aragon, donde la justicia no se tuerce, donde el rey no puede romperla, porque invalidar una sentencia del Gran Justicia seria contra fuero, y se levantaria á una todo el reino de Aragon.

—¡Guarda que el rey no meta en pretina á los aragoneses, y los deje sin fueros y estremecidos de espanto! dijo Pablo Bustillos; que el rey don Felipe, segun es de altivo y dominador y de poco sufrido en cuanto á contrariarle su voluntad, debe tener sobre ojo los fueros de Aragon y tener gran deseo de dar con ellos al traste.

—No es eso tan fácil como parece, ni creo que el rey tenga poder para superar á un pueblo tan bravo, que preferirá ser destruido á ver mermadas sus libertades.

—Allá lo veremos, que no se tardará mucho en tener ocasion de verlo.

—Entre tanto, tarda demasiado el señor Gil de Mesa.

Nuestros lectores habrán comprendido que este jóven de diez y seis años á quien llamaba Bustillos don José, no era otro que el hijo de Perez y de Casilda.

En aquellos tiempos el tratamiento de don no se daba mas que á los caballeros, á los doctores, á los obispos y arzobispos, y á los altos dignatarios del Estado.

El hijo de Casilda tenia este tratamiento porque era caballero del hábito de la Orden de caballería de Santiago Apóstol, por merced del rey y con relevacion de pruebas, puesto que como saben

nuestros lectores, inútilmente se hubiera buscado su abolengo en los libros de partidas bautismales, ni en testamentos, ni en genealogías.

Se comprende por qué el rey habia concedido este hábito al jóven don José, y por qué le habia hecho alférez de la compañía española de su guardia, cuando la bandera de esta, por lo honroso de llevarla, solo se daba á veteranos que habian vertido su sangre en mas de una campaña, encanecidos sobre el campo de batalla.

Entonces, oficial que no tenia los bigotes canos y el pecho acribillado de heridas, se tenia por un intruso, por un injustamente favorecido.

Así es que se habia mirado mal el nombramiento de un jóven de diez y seis años, que no habia olido la pólvora, para alférez de la brava compañía española de la guardia de la persona del rey.

Don José se habia visto obligado, para hacerse respetar, á dar algunas estocadas á los que se habian atrevido á faltarle al respeto.

El rey se habia enojado por esto, pero se habia contentado con tener preso algunos dias en su casa al jóven alférez, que, en verdad, para cada uno de sus duelos, habia tenido la disculpa de haber sido insultado.

Felipe II, en el fondo, habia visto con placer que su sangre no se dejaba insultar de nadie.

Los buenos veteranos de la Guardia Española, como los de la Alemana, la Italiana y la Flamenca habian acabado por respetar primero, y por querer despues al bravo don José, asombrándose de que con tan pocos años tuviese tantos puños, tanta destreza, tanto corazon y tanta prudencia, porque, aunque valiente, nada tenia de camorrista.

Su último lance, que le entabló y cortó lances posteriores, que fué, por decirlo así, su gran prueba, costó caro al alférez de la compañía italiana, llamado Salviati, y por apodo, puesto por sus compañeros á causa de su genio atrabiliario y provocador, *Mal-resuello*.

Al señor Mal-resuello le tuvo don José un mes largo en la cama á consecuencia de una furibunda estocada que le entró por el pecho, le salió por la espalda, y fué un milagro que no le dejase en el sitio.

Sin duda el señor Mal-resuello tenia siete vidas como los gatos, y hubieran sido necesarias otras seis estocadas como la recibida para matarlo.

Cuando dieron parte al rey, este, que conocia personalmente y punto por punto á todos los que tenia á su alrededor, esclamó:

—¿A Salviati ha medio muerto don José Perez? Bien se conoce que viene por ambas líneas de buen abolengo; pero que le encierren, que le hagan proceso, y si resultare con culpa bastante, le arcabuceen.

Casilda, desolada, se arrojó á los piés de Felipe II.

Este, entonces, como señor omnímodo, limitó la sentencia á que se le quitase la bandera de la compañía española.

Pero Casilda volvió á arrojarse á los piés del rey, y todo se redujo á que don José recibió de boca de su capitan, y por órden del rey, al frente de filas, una fuerte reprension conminatoria, en que se le amenazaba con arcabucearle sin remedio si volvia á infringir las pragmáticas contra el duelo.

Habian ayudado las súplicas de todos los oficiales de las cuatro guardias, y aun las de Mal-resuello, que entre la vida y la muerte aún, habia confesado que la injuria que habia hecho á don José habia sido muy grave, puesto que le habia levantado la mano.

Súpolo el rey, y condenó á Mal-resuello para que sufriese, si no moria, dos meses de prision en un castillo por injuria á la cruz de Santiago que don José llevaba al pecho.

Don José, por su parte, sufrió otros dos meses de prision, siendo los quince primeros dias de ella á pan y agua.

En aquellos tiempos se multiplicaban de tal manera las penas, ya fuesen legales, ya arbitrarias, que se echaba mano hasta del ayuno.

Don José era un soberbio mozo, alto mas de cinco piés, robusto, gallardo, y sobre todo, hermoso: se parecia á su madre: era blanco y rubio, y tenia los ojos negros y de una belleza y de una fuerza imponderables.

Cuando aquellos ojos dejaban ver una mirada de amenaza, aterraban.

Su boca dejaba ver el grueso, levantado, rígido y majestuoso labio inferior de Cárlos V y Felipe II; es decir, era la boca característica de la casa de Austria. Pero la sangre de esta raza no habia sostenido en don José el azul claro de los ojos de aquellos: eran los ojos negros de criolla de doña Mencía, que habian continuado en Casilda y habian proseguido en don José; porque Antonio Perez tenia tambien los ojos azules.

Un naciente bigote dorado poblaba ya espeso y sedoso el labio superior del jóven; pero lo demás del rostro no mostraba aún señal alguna de barba.

Era una hermosísima cabeza la de don José; y en cuanto á su garganta y á la bella curvatura de sus hombros, los hubiera envidiado una hermosa dama.

Tal era don José Perez y Coello, en quien se notaba la singularidad de que siendo hijo legítimo, segun constaba de su partida de bautismo, no se conociese el apellido de su padre y usase de los dos apellidos de adopcion de su madre.

Estos apellidos habian hecho que don José mirase como algo suyo á Antonio Perez y á su mujer doña Juana Coello, puesto que siendo padres adoptivos de su madre, venian á ser adoptivamente sus abuelos.

Pero don José ignoraba que el marido de su madre, el que él tenia por su padre, habia sido ahorcado, que nada habia tenido de comun con él su madre, y que su verdadero padre era Antonio Perez.

Sin embargo, le amaba y le respetaba; y en cuanto á doña Juana Coello, la adoraba con algo que hacia que no le gustasen á don José otras mujeres, á pesar de que no se creia enamorado ni por pienso de doña Juana.

Esta habia transigido con el jóven, porque ninguna culpa tenia de los desaciertos de su padre, y sabia cuánto, ignorando que era su hijo, amaba don José á Perez.

Comprendia doña Juana que el jóven, sin saberlo, estaba enamorado de ella; pero con un amor espiritual, con un amor soñado, con un amor del alma.

Doña Juana se conservaba hermosísima, á pesar de que habia cumplido ya sus cuarenta y cinco años y habia dado sér á una larga prole.

No habia encanecido á pesar de sus desgracias: sus ojos no habian perdido su brillo; se habian hecho mas melancólicos, mas interesantes: su palidez habia tomado algo de bellamente fantástico: su demacracion no era flacura, y daba una acentuacion casi mística á aquella noble figura, que parecia la representacion de una mártir del cristianismo inventada por un escultor de gran genio.

El empeño que Felipe II, como hombre, habia tenido por ella, se habia convertido en veneracion, en un respeto profundo que tenia algo de miedo.

Pablo Bustillos, que aunque calavera, tenia buen fondo, y que, como sabemos, habia andado enamorado de ella, habia concluido por amarla como una madre, y algunos años antes de la época en que marcha nuestra accion, se habia casado con su tia doña Salomé, á la que hacia feliz de una manera imponderable.

Todo lo que tocaba doña Juana lo purificaba, ó por lo menos, lo ennoblecia con el prestigio de su irresistible mágia.

Necesario era ser una especie de réprobo como Rodrigo Vazquez y su hermano Mateo, ó un calculador frio como Pedro de Escobedo, ó un loco dejado de la mano de Dios como Antonio Perez, para no sentir la incontrastable influencia que como una atmósfera de bendicion emanaba de doña Juana.

La dureza de roca del corazon de Felipe II se habia reblandecido algo para con doña Juana; y esto era que, á pesar de todo y de las pasiones que le ennegrecian, habia en Felipe II verdadera grandeza; y no hay grandeza posible, donde no hay algo de virtud, algo de bondad.

Doña Juana Coello, cuya prudencia y cuya inteligencia estaban á nivel de su gran fortaleza, á nadie habia encontrado mas á propósito para servirse de él en la desesperada situacion en que estaba su marido, que don José, su nieto adoptivo. Cuando por la confesion arrancada por el tormento á Perez y confirmada por Diego Martinez, sobre el asesinato de Juan de Escobedo, ya no hubo esperanza alguna; cuando ya era inevitable una sentencia próxima que haciendo triunfar á los enemigos de Perez llevase á este al patíbulo, doña Juana, desesperada, llamó á don José, se encerró con él en su cámara, y le dijo:

—¿Amais mucho á mi marido?

—¡Ah, señora! como si fuera mi padre, contestó el jóven.

—¿Y me amais mucho á mí?

—¡Ah, señora! os venero, os amo con toda mi alma, como amaria á un ángel.

—No digais esas cosas; á las criaturas no se las debe comparar con los ángeles de Dios: amadme como si fuera vuestra madre.

—Es que, señora, yo amo á mi madre de otra manera.

—Bien, bien, dijo vivamente doña Juana: yo no quiero que me ameis tanto como á vuestra madre; esto no puede ser, no debé ser.

—Y sin embargo, señora, no sé á quién amo mas de las dos, si á vos ó á mi madre.

Doña Juana se estremeció interiormente, por decirlo así, previendo el momento en que la inocencia dejase de envolver los purísimos, los castos amores que el jóven sentia por ella, y se convirtiesen en un amor de la tierra, y creasen para doña Juana un grave inconveniente.

Aquel amor, al trasformarse, al dejar de ser ideal, bastardeado por la materia, debia crear una pasion volcánica, dominadora, ciega, frenética, terrible.

Doña Juana comprendia bien hasta qué punto, sin quererlo, fascinaba al jóven.

Aun todavía podia hablarle, tratarle sin temor; pero un accidente cualquiera podia de un momento á otro desvanecer la inocencia de aquellos amores.

Era necesario cortar de todo punto, antes de que llegase aquella situacion, su trato con don José.

Doña Juana le amaba como se ama lo que es puro, noble y generoso, por los que son dignos, generosos y nobles: con un afecto íntimo que no podia bastardearse; porque doña Juana, despues de Dios, á quien adoraba con una fé ciega, no podia amar á nadie mas que á su marido y á sus hijos.

Don José era para ella un tormento viviente, una causa de celos amargos: era hijo de su marido.

Con placer, en medio de su amargura, habia visto que á pesar de ser hermosísima su hija doña Gregoria, y de tener ya veinte años don José, no se habia inclinado á ella mas que con un afecto tranquilo, con el afecto de un hermano adoptivo; como amaba á los otros hijos de Perez.

Desde que Casilda se habia convertido, desde que habia ayudado con todas sus fuerzas á Perez y á doña Juana, á pesar de que comprendia que aquella conversion era hija del desesperado amor de Casilda hácia Perez, habia transigido, habia impuesto silencio á sus celos, á sus injurias de esposa, y habia frecuentado el trato de Casilda, que habia llevado consigo á su hijo. Este era un martirio lento, horrible, que solo puede comprender una buena esposa, suponiéndose en la situacion escepcional de doña Juana.

Pero Casilda era hija natural del rey; el rey la amaba; se necesitaban los servicios de aquella mujer, en favor de Perez, por mas que fuesen interesados, y doña Juana hizo este nuevo sacrificio á su familia.

Pero se hubiera aterrado si hubiera comprendido lo que pasaba en el alma de su hija doña Gregoria, que contaba ya veinte años.

Doña Gregoria sufria y callaba.

Tenia las mismas cualidades que su madre, y sabia ocultar profundamente sus sufrimientos.

Así es, que doña Juana no podia aterrarse por el corazon de su hija.

Un amor tal, contraido inocentemente por su hermano, era la mayor desgracia que podia acontecer á la pobre niña.

Doña Gregoria, perspicaz é inteligente como su madre, habia comprendido lo mismo que esta, lo que no habia comprendido don José; esto es, que lo que él creia un afecto purísimo por doña Juana, era el gérmen de un amor inmenso, infinito.

Esto aumentaba el oculto sufrimiento de doña Gregoria.

Tenia celos; pero celos sin odio hácia la persona que se los causaba, porque era su madre: celos escepcionales, hijos de la situacion y de la buena alma de la jóven.

Gonzalo, el hijo segundo de Perez, trataba á don José con una ardiente amistad, con una amistad fraternal; podia decirse que don José pertenecia á la familia; y por otra parte, que era uno de los principales personajes de un drama oculto, silencioso, que nadie veia, que nadie sentia, y que no era otra cosa que uno de los cuadros sombríos del terrible drama de Antonio Perez.

—Os he llamado, dijo doña Juana Coello al jóven, para encargaros de una comision importantísima: confio en el amor que nos teneis, en vuestra lealtad, en vuestro valor. Se trata de la vida de mi marido.

—Disponed de la mia, señora, contestó con ardor don José, si es necesario para salvar al señor Antonio Perez.

—Gracias, mi buen hijo, contestó doña Juana Coello: vais á juzgar por vos mismo de lo grave del encargo que voy á haceros.

Y doña Juana abrió una papelera, y de un secreto de ella sacó dos cartas, cuyo papel estaba ya algo amarillento.

—Leed, dijo dándole una de ellas.

Don José leyó lo siguiente:

«Cánsanme ya vuestros temores y el afan que teneis por lo de la muerte de Juan de Escobedo, á la que atribuís la prision en que os encontrais. Preso os tengo por dar algun desagravio á la opinion en que os tienen de haber dado muerte por asuntos particu-

lares vuestros á Juan de Escobedo; pero no debiérais estar cuidadoso, porque bien sabeis que si vuestros enemigos y los mal contentos de vos apretasen en este asunto y lo llevasen á términos peligrosos para vos, yo os sacaria del peligro, como quien puede y como quien debe. Reposad, pues, en vuestra confianza en mí, y no me escribais mas memoriales sobre esto, que ya me cansan, porque no quiero me pongan ante los ojos estas cosas que ya pasaron, y de que no hay necesidad de acordarse. Guárdeos Dios. De San Lorenzo del Escorial, á 10 de Junio de 1584.—El rey.—A nuestro secretario del Despacho Universal, Antonio Perez.»

—¿Y por qué, dijo con vehemencia el jóven, no ha presentado el señor Antonio Perez como descargo del delito de que le acusan estas cartas de su majestad?

—Porque era esponerse á que un juez injusto y mal intencionado destruyese esas pruebas, por una parte; y por otra, porque el rey lo hubiera llevado muy á mal, se hubiera enfurecido contra Perez, hubiera visto un crímen de alta traicion en el uso de estas cartas para descargo, sin su conocimiento, y las consecuencias hubieran sido inmediatas, funestas é irremediables.

—Es verdad, dijo tristemente el jóven; pero si el rey sabe que el señor Antonio Perez es inocente de la muerte de Juan de Escobedo, y que al mandar dársela no hizo otra cosa que cumplir un mandato suyo, ¿por qué deja que se trate con tal crudeza al señor Antonio Perez?

—Desdichas y cosas que se enredan las unas á las otras, dijo con abatimiento doña Juana; pero ha llegado el momento decisivo, y no es posible conservar por mas tiempo la reserva. La fuga de mi marido de la casa del Consejo de Guerra donde le tienen con guardas de vista está resuelta, preparada para esta noche. Quiero que vos, con el alférez Pablo Bustillos, y el alférez Gil de Mesa y el genovés Juan Francisco Mayorini, le acompañeis hasta Calatayud, donde ya le están esperando y le defendais, si es necesario: despues, proseguireis vos solo hasta Zaragoza, y entregareis á don Juan de Lanuza, Justicia Mayor de Aragon, estas dos cartas. Vuestra madre os dará cartas de recomendacion para el Justicia y otros señores, y dinero para los gastos del viaje. Yo no puedo dároslo, porque nuestras desgracias nos tienen muy pobres, y vivimos estrechamente del favor de algunos buenos amigos.

Y á doña Juana Coello se le saltaron las lágrimas.

—No os aflijais, señora, dijo conmovido el jóven, en lo tocante á intereses, que mi madre es vuestra hija adoptiva, y gracias á Dios muy rica.

—Dios se lo pague, dijo doña Juana, limpiándose aquellas lágrimas que habian brotado, porque por su marido, por sus hijos se veia obligada á sufrir el nuevo, el inaudito tormento de aceptar los dones cuantiosos de la manceba de su marido. Id, id, continuó doña Juana; guardad estas cartas que os he dado, como guardaríais un secreto en que os fuese la vida: vuestra madre os dirá lo que debeis hacer en Zaragoza; id.

Don José besó la mano á doña Juana Coello, salió, y se fué en derechura á su casa.

Encontró á su madre muy agitada, andando de acá para allá, poniendo ropas y dinero en una maleta, preparando, en fin, la marcha de su hijo.

—Madre, le dijo este: doña Juana Coello me ha llamado; me ha dicho que se trata de que esta noche se fugue de su prision el señor Antonio Perez, y que yo debo acompañarle.

El jóven guardaba hasta de su madre el secreto de las cartas que le habia dado doña Juana Coello.

—Sí, dijo Casilda; obligacion tuya es sacrificarte por el señor Antonio Perez y por su virtuosa mujer doña Juana Coello: son mis padres adoptivos, y puede decirse que tambien lo son tuyos. Dar la vida por los que nos aman, por los que nos favorecen, por aquellos á quienes todo lo debemos, es un deber imprescindible para el que tiene buen corazon. Te estoy preparando la maleta, y voy á darte dos cartas; una para el Gran Justicia de Aragon, y otra para el conde de Morata, á los cuales te presentarás de mi parte, despues de que hayas dejado en seguridad al señor Antonio Perez en Calatayud.

Entró en aquel momento el alférez Pablo Bustillos, acompañado de su inseparable doña Salomé.

Mientras estaba Bustillos en la casa, doña Salomé, sin desatender sus quehaceres, y sin saber cómo, estaba siempre junto á él.

El amor de tia se habia convertido en amor de esposa, y en amor violento, que podia llamarse amor de amante, que no se habia entibiado en dos años que habian trascurrido desde la época de su casamiento, sino que, por el contrario, habia aumentado.

Acudia cuidadosamente porque le daba el olor en las narices del

alma, permítasenos esta frase, de que su marido iba á emprender un viaje de duracion indeterminada.

Esto era una gran desgracia para doña Salomé.

¿Cómo iba ella á pasarse sin su marido?

Pero en fin, le necesitaba su señora, y no habia mas que tener paciencia.

—¿Y cuándo es la marcha? dijo á punto que Casilda entregaba á su hijo las dos cartas de que le habia hablado.

—Al momento, porque vos no tardareis mucho en hacer la maleta de vuestro marido.

—Ya sabia yo, desde que os ví haciendo la maleta del señor don José, que yo tambien tendria que hacer una maleta.

—¿Y quién os lo habia dicho? dijo sonriendo Casilda.

—Lo suponia, contestó doña Salomé; porque saliendo fuera el señor, no habíais de dejarle ir solo, y de ninguna persona mas de confianza podíais echar mano para que le acompañase, que de mi marido.

—En efecto, dijo Casilda; y oid, Bustillos: esas cartas que acabo de dar á mi hijo son muy importantes: si por un acaso el señor Antonio Perez necesitase tener á su lado en Calatayud á mi hijo, ó este, por cualquiera otra razon no pudiera ir á Zaragoza, tomad vos esas cartas y llevadlas á las personas cuyos nombres están en los sobrescritos: ya sabeis en qué sitio habeis de ir á encontrar esta tarde á Gil de Mesa y á Mayorini: id, id con vuestra mujer, á fin de que no tarde mucho en hacer la maleta.

Una hora despues, rebozados en sus capas, calados los sombreros á los ojos, y sobre dos fuertes cuartagos ó caballos de camino, llegaban, como ya hemos dicho, don José Perez y Pablo Bustillos á la ermita del Cristo de la Oliva, donde debian esperar á Gil de Mesa.

CAPITULO III.

De cómo recibió por medio de una carta un golpe inesperado don José Perez y Coello.

No dijimos al principio del capítulo anterior, pero lo decimos ahora, que aún no habian pasado del postigo de la Campanilla nuestros dos ginetes, cuando apareció por una revuelta de la plazuela de Anton-Martin, casi á la carrera, y salió por el postigo, siguiendo el mismo paso, y en prosecucion sin duda de los dos ginetes, una muchacha alta, delgada, morena, no mal parecida, como de veinte á veintidos años, y vestida pobre y ligeramente á pesar del frio.

Aquella muchacha, para que nuestros lectores lo sepan, era la Totovía, la criadilla de la tia Zampoña, que habia crecido, pero que no habia engordado.

Con mucha fatiga, porque los caballos iban deprisa, siguió á los ginetes sin perderlos de vista, hasta que se detuvieron y echaron pié á tierra junto á la ermita del Cristo de la Oliva.

La Totovía, procurando no ser vista, adelantó por entre los árboles, y se puso en observacion, mostrándose un tanto irresoluta.

Tenia una carta en la mano, ajada un tanto por las muchas vueltas que la habia dado.

Al fin se decidió, adelantó, y deteniéndose delante de nuestro jóven, que la miraba con estrañeza, le dijo:

—¿Es vuesa merced por ventura el señor don José Perez y Coello, alférez de la Guardia Española?

—Yo soy, dijo don José, que tenia fijos los ojos en la carta, á que la Totovía continuaba dando vueltas: ¿teneis algo que decirme?

—Sí señor, tengo que entregaros esta carta, de parte de vuestra abuela.

—¿De mi abuela? esclamó con estrañeza el jóven, que nunca habia oido hablar á su madre de tan importante pariente.

—Sí señor, de vuestra abuela doña Mencía de Santistéban, repuso la Totovía.

—¡Bah! contestó con disgusto el jóven: os engañais; yo no conozco á ninguna doña Mencía de Santistéban.

—Eso no le hace para que sea vuestra abuela.

La Totovía estaba aleccionada.

—Os digo que no, respondió de mal humor don José, porque creyó que la Totovía se burlaba de él: yo no tengo abuela.

—¡Vaya! si teneis madre, como no puede ser de otra manera, la madre de vuestra madre es vuestra abuela; y doña Mencía de Santistéban es madre de doña Casilda Perez y Coello: ¿no es esa señora vuestra madre?

—Sí, contestó cada vez mas contrariado don José.

—Pues bien; doña Mencía de Santistéban es madre de vuestra madre, y por ello vuestra abuela, y me envia para daros esta carta, que es muy importante.

—¿Y os ha enviado esa señora aquí á buscarme? dijo don José. ¿Cómo sabia que yo habia de venir aquí?

—No lo sabia; pero como me habia enviado á vuestra casa para que os diese esta carta, y cuando yo llegué vos salíais ya á caballo con ese otro hidalgo, é íbais muy deprisa, yo, por no llamaros á voces en la calle, dije: lo seguiré, porque á alguna parte irá: vea vuesa merced cómo he llegado hasta aquí; y bien á costa de mis piernas, que me duelen mas de lo que yo quisiera: como que he tenido que correr, y vengo corriendo desde la calle de la Almudena hasta aquí, que hay una legua.

—Pues di tú, muchacha, que eres una cabra, dijo Bustillos, mientras don José leia asombrado la carta que acababa de darle la Totovía.

Aquella carta contenia lo siguiente en una letra gorda, irregular, escrita al parecer con una mano temblona.

«Hijo mio: Ha llegado el caso de que sepas quiénes son tus padres. Yo soy tu abuela; tu padre... no importa ahora; el padre de tu madre el rey: dígotelo, para que sepas lo que eres, y para que no te embaraces en lo que tienes que hacer, ni andes con miedo ni con incertidumbres.—MENCÍA DE SANTISTÉBAN.»

El jóven se puso pálido; le acometió un temblor poderoso, y vaciló.

—¿Qué es esto? dijo Pablo Bustillos, acercándose: ¿qué os han dado con esa carta? Dicen que hay cartas que envenenan al que las abre.

—Sí, dijo don José; esta carta me ha envenenado el alma. ¿Dónde vive la persona que os ha dado esta carta? añadió buscando con la vista á la Totovía.

Pero no la encontró.

Esta, aprovechando la distraccion de Pablo Bustillos y la turbacion de don José, se habia escurrido.

—¿Pero qué dice esa carta? preguntó con interés Bustillos, que queria mucho al jóven.

—Nada, amigo mio, nada, contestó don José guardando la carta; es una insolencia, una calumnia que yo castigaré cuando hayamos concluido el grave negocio en que estamos empeñados.

Y porque se sentia débil á causa de la conmocion nerviosa que habia esperimentado, se sentó en el borde de la fuente.

En aquel momento apareció por otra senda á caballo, el alférez Gil de Mesa, que era un hombre rudo y de aspecto franco, como de cincuenta años, á quien acompañaba otro hombre como de cuarenta, á caballo tambien.

Aquel hombre era el genovés Juan Francisco Mayorini.

—Pronto á caballo, dijo Gil de Mesa; no hay tiempo que perder; tenemos que dar un rodeo y esperar á la noche para entrar en Madrid y acercarnos sin ser sentidos á la casa del Consejo de Guerra: nos va la vida; y lo que es mas: en ello estriba la vida del señor Antonio Perez.

—¿Se sabe, dijo don José, cómo va á ser la fuga del señor Perez de la casa del Consejo?

—Doña Juana Coello, contestó Gil de Mesa, nada me ha dicho; pero debe tener mucha seguridad, porque me habló de ello con mucha confianza, y me dijo:

—Estad preparados para las doce en punto de la noche, en la

calle y plazuela del Cordon; y cuando pasare mi silla de manos, seguidla, y estad atentos.

—¿Y no mas? dijo don José montando á caballo como Bustillos.

—No mas: doña Juana Coello nos dirá sin duda algo cuando salga del Consejo de Guerra: con que vamos á dar un gran rodeo, nos entretendremos hasta que sea hora en un cortijo cerca de Leganés, y á las once de la noche entraremos en Madrid saltando las tapias del portillo de la Vega. Ha sido menester tomar esta precaucion para desorientar á las gentes que pueden seguirnos, porque desde hace algun tiempo todos los buenos amigos y todos los servidores del señor Antonio Perez están vigilados: á campo atraviesa y á buen paso, tenemos la seguridad de no ser seguidos, y el diablo que sepa que nosotros vamos á entrar en Madrid á la media noche saltando las tapias por la parte de la Almudena.

Despues de esto, los cuatro se metieron por entre los árboles, salieron á campo raso, tomaron al galope hácia el rio, y con un gran rodeo, llegaron á las ocho de la noche á un cortijo cerca de Leganés.

CAPITULO IV.

De cómo se fugó Antonio Perez, y lo que resultó de su fuga.

Doña Juana Coello habia logrado á fuerza de súplicas y de insistencia, que el rey la permitiese visitar á su marido y aun pasar con él la noche.

Si Felipe II hubiera podido comprender cuánto era el amor de doña Juana por Perez, cuánta su abnegacion, cuánta su heroicidad, se hubiera guardado muy bien de permitir á doña Juana pasase la noche con su marido, y aun temeroso de su ingenio, de su valor, la hubiera puesto presa hasta dar fin de Perez.

Un mes antes del miércoles santo de 1590, en que se encuentra nuestra accion, doña Juana habia propuesto á Perez los medios de fugarse.

Pero tales eran estos, como verán despues nuestros lectores, tal el sacrificio á que se sometia doña Juana, que á pesar de que Perez era refinadamente egoista, se negó redondamente, y fué necesario para que consintiese, todo el amoroso teson de doña Juana, todo el influjo de su elocuencia, toda la mágia de su corazon.

Doña Juana entró en silla de manos la noche del miércoles santo, en el zaguan de la casa del Consejo de Guerra, que en otro tiempo, y sea dicho de paso, sirvió de habitacion al gran cardenal Cisneros.

Si los dos alguaciles de guardia que habia abajo hubieran estado prevenidos, habrian reparado en que los lacayos que conducian la silla, aunque llevaban librea de tales, tenian cara de personas decentes.

Doña Juana subió por las anchas escaleras, y los lacayos, sin duda para que no repararan en ellos, se salieron á la parte de afuera del zaguan, quedándose en lo oscuro.

Los alguaciles no se cuidaron de esto.

¿Qué importaban dos lacayos?

Doña Juana entró en una pequeña habitacion donde estaba la cama en que yacia enfermo Antonio Perez.

Doña Juana estaba autorizada para quedarse á solas con él.

Fuera de ella, no dejaban entrar á nadie; y cuando ella no estaba, guardaban de vista, de dia y de noche, dos alguaciles á Antonio Perez.

Doña Juana estaba en un avanzado y visible estado de embarazo, y Antonio Perez, aunque algo enfermo, no en la grave situacion que se suponia.

Doña Juana y Perez, por si eran escuchados, estuvieron hablando mucho tiempo de cosas, hasta cierto punto ajenas al proceso.

Pero cuando dieron las once de la noche, doña Juana entreabrió la puerta y miró á la antecámara, dispuesta, si reparaban en ella, á disimular pidiendo un vaso de agua. Pero los alguaciles, descuidados porque suponian que como otras veces doña Juana pasaria allí la noche, dormian tranquilos sobre un escaño.

Doña Juana cerró de nuevo la puerta, y se dirigió vivamente al lecho de su marido.

—¡Pronto! le dijo, despojándose del manto y empezando á quitarse los vestidos: disfrázate, Antonio mio; mira que no hay tiempo que perder; acuérdate de tus hijos, de tu honra, de que no debes consentir en que te asesinen y te infamen, y caiga sobre tu esposa, sobre tus inocentes hijos, la mancha de ser la esposa y los hijos de un ajusticiado.

Antonio Perez salió del lecho, conmovido, trémulo, con las lágrimas en los ojos, abrazó á su mujer, la besó sollozando, y luego se separó de ella, se metió entre los calzones y el vientre las sábanas del lecho, con lo que obtuvo un volúmen igual al que naturalmente manifestaba doña Juana, se puso el vestido de esta, despues

el manto, volvió á abrazar á su mujer, salió con el corazon desgarrado, porque un poderoso instinto, ese instinto, ó mas bien ese sentido íntimo que nunca nos engaña, le decia que no iba á volver á verla.

Atravesó las habitaciones con el manto echado sobre el semblante, bajó las escaleras, y se encontró muy cerca de ellas á la silla de manos y á los lacayos.

Entró, cargaron los fingidos lacayos con la silla, sin que nada sospechasen los soñolientos alguaciles, y tomaron por la calle del Cordon.

En ella, y de distancia en distancia, estaban embebidos en los huecos de las puertas y encubiertos por la oscuridad, primero el alférez Gil de Mesa; despues, Mayorini; á seguida, don José; por último, y en la esquina ya de la plazuela del Cordon, el alférez Pablo Bustillos.

A medida que junto á ellos pasaba la silla de manos, se iban tras ella, creyendo que en la silla de manos iba doña Juana.

Los lacayos tomaron hácia la calle del Rollo, que estaba entonces como ahora, salvo que no tenia las dos míseras aceras que hoy tiene.

En el recodo de la calle se paró la silla de manos, y salió de ella Perez, aunque los cuatro que le habian seguido creyeron que era doña Juana.

Sorprendiéronse, pues, vivamente, cuando oyeron que Antonio Perez les decia:

—¡Pronto conmigo!

Y levantándose las haldas, dió á correr hácia abajo, en direccion á la calle de Segovia.

Los lacayos cerraron de nuevo la silla de manos, y para desorientar si se les seguia por haber conocido la fuga, tomaron otra vez hácia la plazuela del Cordon, y la atravesaron en paso lento.

Entre tanto, Perez habia llegado á un casuco de la costanilla de San Andrés, donde vivia una parienta de Gil de Mesa, y habia cambiado las ropas de doña Juana por un traje de viaje.

—¿Pero qué es esto? dijo Gil de Mesa: ¿dónde está la señora? ¿dónde se queda?

—Presa en mi lugar, contestó con voz cavernosa Perez.

—¡Presa en vuestro lugar! esclamó don José estremeciéndose,

porque la carta de doña Mencía habia sido un sombrío rayo de luz para su alma, que le habia revelado que amaba á doña Juana, como ama un amante.

—No ha podido ser de otro modo, hijo mio, contestó Perez: toda otra tentativa de evasion hubiera sido inútil.

—Pero vos no habeis debido consentir, esclamó el jóven: ¿sabeis hasta qué punto puede llegar el furor del rey contra vuestra esposa, cuando se vea burlado?

—¡Ah, no! esclamó Perez: el rey respetará en ella á la mujer que ha cumplido con su obligacion salvando á su marido, al padre de sus hijos.

—Dejémonos ahora de contestaciones y de conversaciones inútiles, dijo Gil de Mesa: lo que importa es escapar hácia la Almudena, saltar la tapia y cobrar los caballos.

—Teneis razon, dijo don José con una voz tal, que causó una impresion profunda á Perez: salgamos, salvémonos.

Salieron todos, se encaminaron á buen paso al campillo de la Almudena, saltaron la tapia, bajaron al puente de Segovia, tomaron en un ventorrillo los caballos, entre los cuales habia uno que habian llevado desde Leganés, destinado á Perez, y á la carrera, dando un rodeo, llegaron al camino de Alcalá, por donde se adelanta hácia Zaragoza.

Doña Juana Coello, haciendo creer que iba á pasar la noche con su marido, á eso de las diez se asomó á la puerta, y dijo á los alguaciles que viniese quien viniese no llamasen á su marido ni le despertasen, porque estaba muy débil y muy enfermo, ni entrasen en el aposento hasta que él los llamase.

Los alguaciles, confiados, lo prometieron así, y Antonio Perez se escapó pasando por delante de sus alguaciles de vista dormidos, que como dormian, tenian los ojos cerrados.

Los de abajo estaban acostumbrados á que doña Juana saliese á la media noche, lo que acontecia desde hacia algun tiempo, porque el estado avanzado de su embarazo no la permitia pasar las noches con su marido.

Los alguaciles de vista pasaron de un tiron durmiendo toda la noche, hasta que los despertó el sol que entró por las vidrieras de un balcon, cuyas maderas estaban abiertas.

Desperezáronse, santiguáronse, se acercaron á la puerta del dormitorio de Perez, no oyeron nada, supusieron que los dos esposos

dormian, y se atrevieron á una escapadilla á la taberna inmediata para tomar la mañana con aguardiente.

Porque ¿qué habian de temer, si los dos esposos dormian á mas y mejor?

A mas, que solo se detuvieron un momento.

Volvieron á su guardia, y continuó el silencio dentro del cuarto de Perez.

Como estaban obligados por algunas gratificaciones á doña Juana, y esta les habia advertido que no incomodasen á Perez por el mal estado de su salud, cuando dieron las ocho de la mañana no le llamaron como de costumbre, sino que le dejaron reposar.

Doña Juana habia pasado los primeros momentos despues de la fuga de su marido y aun dos horas adelante, en una ansiedad horrible; pero cuando oyó dar en el cercano reloj de la casa de la Villa las tres de la mañana, y vió que los alguaciles no hacian movimiento alguno, se la inundó el alma de alegría. Su marido se habia salvado, puesto que aunque reparasen en su falta ya no podian alcanzarle; y una vez dentro del territorio aragonés, los fueros de Aragon le amparaban.

Se dirá, ¿por qué Antonio Perez una vez fugado iba á ampararse del Gran Justicia de Aragon?

La contestacion es obvia. Continuando su fuga hasta la frontera, metiéndose en Francia, poniéndose bajo el amparo de Enrique IV, salvaba la vida, pero no salvaba el honor; y á Antonio Perez le importaba el honor tanto como la vida.

Porque pudiendo demostrar que él no habia hecho otra cosa que cumplimentar las órdenes del rey, quedaba con todo el prestigio de un buen vasallo sacrificado por su señor y absuelto por el Gran Justicia, autoridad inapelable, cuyos fallos se respetaban á par que los del rey.

De este modo estaba en aptitud para ser utilizado por Enrique IV, ó por otro soberano cualquiera de Europa, y en la conmovedora situacion de víctima.

Hé aquí por qué Antonio Perez apelaba, como aragonés, al fuero de la Manifestacion, valiéndose para ello de la fuga; porque la apelacion que habia interpuesto ante el rey le habia sido denegada.

Veamos lo que era el fuero de la Manifestacion ante el tribunal del Gran Justicia.

Este era lo que puede llamarse ahora recurso de casacion; esto es, la apelacion por notoria injusticia ante el tribunal supremo.

En Aragon, el supremo tribunal, cuyos fallos por ante la legislacion del país estaban fuera de la potestad y de la autoridad real, era el tribunal del Gran Justicia.

Apelar á este tribunal era lo que se llamaba manifestarse; y el fuero que esto establecia, se llamaba de la Manifestacion.

El Gran Justicia se inhibia del proceso, le examinaba, le instruia de nuevo, si era necesario, sentenciaba, y su sentencia era inapelable.

Antonio Perez estaba seguro de la amistad de don Juan de Lanuza, jóven inesperto y presuntuoso, en quien en mal hora, por lo que despues sucedió, habia hecho dejacion de su cargo con anuencia del rey su padre.

A mas de su amistad con el Gran Justicia y con algunos otros grandes señores de Aragon, Antonio Perez contaba para ser absuelto con las dos cartas del rey que doña Juana habia entregado á don José para que las llevase, por temor de que Antonio Perez fuese preso despues de su fuga y se le encontrasen encima aquellas cartas.

Doña Juana lo habia preparado todo con la mayor prudencia, y el éxito habia sobrepujado á sus esperanzas.

Hacia mucho tiempo que no sentia un placer tan vivo como el que esperimentó cuando hubieron trascurrido tres horas despues de la fuga de su marido; y demasiado escitada por la ansiedad anterior, necesitada de reposo, se durmió profundamente.

Pasó la noche: como ya hemos dicho, los alguaciles no llamaron; dejaron correr el tiempo hasta las diez de la mañana, y entonces, estrañando que Antonio Perez no hubiese llamado, y sobre todo que, como de costumbre, no le hubieran llevado á las nueve el desayuno, conferenciaron entre sí, encontraron que aquello era estraño, y se decidieron á llamar á la puerta, á pesar del encargo de doña Juana.

No les respondieron, y como por los de abajo sabian ó creian saber que doña Juana habia salido á la media noche, no tuvieron inconveniente en entrar.

Abrieron la ventana, y se encontraron con que, saliendo de entre las mantas, sobre la almohada, habia una cabeza pelinegra con unas largas y gruesas trenzas; con que, en fin, no era el señor Antonio Perez, sino su mujer, la que estaba en el lecho.

—¿Qué es esto? esclamó aterrado uno de los alguaciles? ¿por qué no está aquí el señor Antonio Perez?

—Porque mi marido no está ya preso, dijo doña Juana con altivez; porque en su lugar me quedo presa yo.

Uno de los alguaciles salió como un cohete y se fué en derechura á la Audiencia, donde estaba en tribunal de justicia Rodrigo Vazquez, y le dió cuenta de lo que pasaba.

—¡Cómo! ¡qué! esclamó Rodrigo Vazquez: ¡que se ha escapado el señor Antonio Perez! ¡que se ha escapado, infame! ¡que se ha escapado! ¿y venís á decírmelo sin haberos puesto bien con Dios? ¡y se ha quedado allí su mujer! ¡rayos del cielo y del infierno! ¿y cuándo se ha escapado?

—Anoche, esclamó temblando el alguacil.

—¿Y cómo sabeis cuándo se ha escapado y no lo habeis impedido? ¡Ireis á galeras vos y vuestro compañero, y los de abajo, y hasta las arañas que haya en la casa! ¡Poder de Dios! Pero decid, decid, si supísteis cuándo se escapó, ¿por qué no le detuvísteis?

—Porque creimos que la que salia era doña Juana Coello.

—Vosotros estábais dormidos, bribones, ó adormilados y torpes, que es peor.

—Ya ve vuestra señoría... estamos allí de dia y de noche, y ojo alerta, sin que nos muden, y no somos de hierro.

—¡De hierros os cargaré yo hasta que con el peso no podais levantaros del suelo, pícaros, mal nacidos, ladrones! sí, ladrones, porque habeis robado á la justicia por dinero que os han dado.

—Si nos hubieran dado dinero, no se hubiera quedado allí doña Juana Coello.

Rodrigo Vazquez estaba descompuesto, colérico, blandiendo su vara y haciendo temblar al alguacil.

—Vamos, vamos, echad adelante, dijo Rodrigo Vazquez arreglándose la golilla, que con el furor se le habia descompuesto. Tomad papel y tintero, señor Santigosa, añadió dirigiéndose á su secretario, y venid conmigo.

Santigosa tomó papel, tintero, sombrero y capa, y se fué detrás de don Rodrigo, que habia salido como un rayo.

El mísero alguacil iba detrás de ellos, muerto de miedo.

Hubiera podido escaparse, porque con su furor iba profundamente distraido Rodrigo Vazquez. Pero no se le ocurrió; tan aterrado estaba.

Llegaron en muy poco tiempo á la casa del Consejo de Guerra, y Rodrigo Vazquez se metió como una tempestad en el cuarto donde estaba, metida aún en el lecho, porque no tenia ropas para vestirse, doña Juana.

Miró Rodrigo como una fiera en torno suyo, ansioso de encontrar en algun rincon á Antonio Perez.

Pero este, que habia corrido sin parar y con buenas postas, estaba ya en tierras de Aragon.

Los fueros de aquel libre reino le protegian.

—¡Con que sí! dijo con un furor concentrado Rodrigo Vazquez, devorando con su mirada sombría y colérica á doña Juana: ¡con que así os burlais de cuanto hay de poderoso y de terrible en el mundo!

—Ahorradme el repugnante espectáculo de vuestro furor, dijo con desprecio doña Juana: escusad vuestros gritos y vuestras contorsiones; son de todo punto inútiles; he salvado á mi marido: en Aragon le harán recta justicia, y se sabrá quién fué quien mató á Juan de Escobedo.

—¡Traicion! ¡alta traicion! contestó con un gozo feroz Rodrigo Vazquez: traicion temeraria que no perdonará su majestad. Aquí no hay fueros como los de Aragon, ¿lo entendeis? aquí no hay nada, nada que liberte vuestra cabeza.

—Tomadla en buen hora: moriré sonriendo, porque habré dado mi vida por aquel á quien dí mi alma; porque le he salvado de la deshonra, y á mis hijos.

—¡Ah, ah! ¡vuestros hijos! esclamó acreciendo en su feroz gozo Vazquez: es verdad, me habia olvidado de que teníais hijos.

—¿Con que amenazais á mis hijos? esclamó doña Juana, alzándose terrible, airada, amenazadora, letal, sombría, espantosa, como una tigre que defiende sus cachorros.

—Sí, vos y vuestros hijos sereis el pábulo en que se alimentará mi venganza. ¡Ah! no la desprecieis, porque jamás ha sufrido persona alguna los tormentos que os esperan.

—Venga en buen hora el martirio de la madre; vengan las injustas penalidades de los hijos; estoy resignada, me sujeto á la voluntad del Señor; ÉL tendrá compasion de nosotros; ÉL nos amparará dándonos fuerzas para soportar nuestra inmensa desgracia. ¿No veis que Dios nos protege, que nos ha salvado, sacando de Castilla, que sucumbe bajo la tiranía, á mi esposo, lo que vale mas que la vida,

la honra? Porque se invalidará ese infame proceso de visita, por el que tan injustamente se ha hecho caer sobre mi esposo sentencia de prevaricacion y cohechos; porque se absolverá á mi esposo de la acusacion de asesinato sobre Juan de Escobedo, y sabrá todo el mundo que no hizo otra cosa que cumplir como buen vasallo las órdenes de su señor.

—¡Traicion! ¡alta traicion! repitió Vazquez.

—Sí, alta traicion, dijo doña Juana; pero no de parte de Perez, no de parte mia.

—¿Pues de parte de quién? dijo Vazquez: ¿de parte del rey?

—No, de parte vuestra.

—¿De parte mia?

—Sí, de parte vuestra, que mal caballero, villano, aleve, infame, habeis emponzoñado contra nosotros el corazon de su majestad.

—Mirad que soy vuestro juez, y que incurrís en desacato, esclamó fuera de sí Vazquez.

—¿Y qué me importais vos? dijo doña Juana: con todo vuestro poder, con todas vuestras amenazas os desprecio no sé cómo, porque me falta poder para despreciaros tanto como mereceis.

Pasó algo espantoso por la mirada de Vazquez, que dió un paso enérgico hácia doña Juana, blandiendo su vara.

Doña Juana continuó mirándole, serena, altiva, despreciadora.

Vazquez se contuvo: fué á la puerta del aposento, la abrió y dijo:

—Entrad, señor Santigosa.

Entró el escribano.

—Sentaos á esa mesa, le dijo Rodrigo Vazquez, y escribid la declaracion que voy á tomar á doña Juana Coello.

Santigosa se sentó y se puso á escribir el encabezamiento de fórmula.

—¿Sabeis dónde está el señor Antonio Perez, vuestro marido? preguntó Vazquez.

—Sí; está en Aragon: supongo que ya debe estar cerca de Calatayud, adonde se dirigia.

—¿Cómo es que vos os encontrais en el lugar de vuestro marido?

—Vos lo habeis dicho: me he quedado aquí en lugar suyo.

—¿Cómo se ha fugado el señor Antonio Perez?

—Disfrazado con mis ropas.

—¿De quién os habeis valido?

—Del alférez Gil de Mesa y del genovés Juan Francisco Mayorini.

—¿No negais nada?

—No; porque no quiero daros el placer de que me sujeteis á la prueba del tormento.

—No escribais eso, señor Santigosa: esta ha sido una observacion mia que nada tiene que ver con la declaracion.

—Ya lo he visto, señor Rodrigo Vazquez, y no lo hubiera escrito aunque no me lo hubiérais advertido, contestó con cierta impaciencia Santigosa.

—Sí, sí; ya sé que vos no cometereis un disparate en un procedimiento: continuemos.

—¿Qué otras personas han favorecido la fuga del señor Antonio Perez?

—Ninguna mas, contestó doña Juana.

Esta no habia querido comprometer, ni á don José Perez, su hijo adoptivo, ni á los dos amigos que, disfrazados de lacayos, habian conducido la silla de manos.

—¿A qué hora se fugó el señor Antonio Perez?

—A la media noche.

—¿Por qué puerta salió de Madrid?

—No puedo saberlo, puesto que yo me quedé aquí.

—¿Os confesais, pues, autora de la fuga de vuestro marido?

—Sí.

—¿Teneis algo mas que decir acerca de esto?

—No.

—¿Estais dispuesta á firmar esta declaracion?

—Sí.

—Pues yo, en uso de las facultades que me ha dado el rey nuestro señor, para entender en este proceso y en sus consecuencias, os declaro en prision con vuestros hijos.

—¡Con mis hijos! pues qué, ¿os atrevereis á perseguir á inocentes?

—Aquí no estamos en Aragon, sino en Castilla, dijo con un punzante y cínico sarcasmo Rodrigo Vazquez: aquí no hay nada sobre la voluntad del rey; entendedlo, señora. ¡Los fueros de Aragon! ¡ah! ¡los fueros de Aragon! ¡guarda no se ahoguen en sangre! creeis tener seguro en Aragon á vuestro marido, como si ese reino pudiera resistir al monarca que aterra al mundo entero.

—Los aragoneses son invencibles, y no sufrirán un atentado contra sus libertades mientras exista un solo aragonés.

—Lo veremos, dijo Vazquez: firmad vuestra declaracion.

Doña Juana firmó con mano segura.

—Guárdeos Dios, señora, dijo Rodrigo Vazquez saliendo: voy á reducir á prision á vuestros hijos.

—¡Hijos de mi alma! esclamó doña Juana, cuando se hubieron perdido los pasos del alcalde: ¡hijos de mi alma, y qué caros pagais los desaciertos de vuestro padre!

Y rompió á llorar desconsolada, como si todo se hubiera acabado para ella en el mundo.

Rodrigo Vazquez fué terrible: prendió, no solo á los hijos de Perez y á los alguaciles que le habian guardado, sino tambien á otras muchas personas de quienes sospechaba hubiesen ayudado en su fuga á Perez.

Despues se fué á dar parte al rey de lo que habia acontecido y de lo que habia hecho.

El rey le escuchó sin dar la menor prueba de conmocion, aprobó el que hubiese preso á doña Juana Coello y á sus hijos, y le despidió.

Cuando se quedó solo el rey, lanzaron llamas sus ojos: temblaba como un perlático: su aliento era el de un leon irritado; parecia un sordo rugido.

—¡Aragon! ¡Aragon! dijo: ¡ampara con tus fueros al traidor, al desagradecido, al infame! En buen hora: tus fueros me pesaban sobre el corazon, me irritaban, me avergonzaban: dentro de poco, no habrá en Aragon poder mas alto que el del rey.

Y luego, dominándose, serenándose, llamó, y mandó fuesen á ordenar al general Vargas se le presentase al momento.

CAPITULO V.

Persecuciones contra Perez en Aragon.

Apenas habia puesto Antonio Perez los piés en Aragon, variaron completamente las cosas.

Ya no tenia que temer Perez las arbitrariedades de un rey que vacilaba entre su vanidad y su odio, y su conciencia y su justicia, y las enormidades de un juez apasionado.

Los aragoneses le demostraron cuánto harian en su favor, recibiéndole casi en triunfo en Calatayud, donde ya se le esperaban.

Sin embargo, Perez no se engrió: conocia demasiado que no estaba todavía de todo punto seguro, y escribió al rey la siguiente carta, probando á desarmarle:

«Señor: Viendo cuán á la larga, á cabo de tantos años y con mis prisiones, y el rigor de algunos ministros, ó sea de la envidia, sin valer mi persona para merecer tanto como ha padecido y que mi causa y miserias no tenian ni aun señal de fin, sino solo de vida y lo demás, y que el proceder de los ministros me tenia tan reducido á no poder responder por mí, ni por la honra de mis padres y hijos y mia (obligacion natural y cristiana), me resolví á hacer lo que he hecho y venirme á este reino de vuestra majestad, naturaleza de mis padres y abuelos, pues en él es y será vuestra majestad tan señor de mí todo, como en medio de los grillos y ca-

denas mas fuertes, y yo tan obediente á su real voluntad como el barro en la mano del ollero; de que tengo dado buen testimonio y prueba, con el largo sufrimiento fundado en la esperanza que he tenido siempre en vuestra majestad y en su gran cristiandad y misericordia, y en el depósito que tengo en su real pecho de mi inocencia que en solo este estado y nombre dejo ya mis pequeños servicios y fidelidades, aunque en otro sugeto y ventura pudieran llegar á méritos diferentes de los que en mí han causado. Yo suplico á vuestra majestad muy humildemente, que pues tiene tanta prueba de esta verdad, y noticia de la pasion de algunos ó algun ministro, por sus consultas y trazas crea vuestra majestad el entrego y posesion que le doy de esta persona y ánimo á su obediencia y real voluntad en todo, y que no permita que la pasion de los que digo pase adelante en ofensa de su gran cristiandad y servicio, y en escarmiento de fieles vasallos. Tambien suplico á vuestra majestad por su gran piedad, mande mirar por esa mujer y hijos, y nietos de padres, y abuelos fieles y probados de vuestra majestad, y por quien vuestra majestad es, se sirva que vivamos en un rincon, el que vuestra majestad fuere servido, que será rogando á Dios cuando para mas no valgamos, por la larga vida y prosperidad de vuestra majestad á quien él la dé muy cumplida en todo; como la cristiandad lo há menester.»

Perez escribió al confesor del rey fray Diego de Chaves, y á don Gaspar de Quiroga, cardenal arzobispo de Toledo, dándoles traslado de lo que habia escrito al rey, y les suplicaba interpusiesen sus buenos oficios para que el rey le concediese lo que le pedia.

Pero Felipe II se mostró sordo á las súplicas de Perez.

Este le habia retado por ante los fueros de Aragon, y el rey admitia con furor el reto.

Perez estaba definitivamente sentenciado; solo podia salvarle el valor aragonés ó un milagro de Dios.

La fuga de Perez habia causado una alegría general en la córte.

Tales habian sido las desgracias y los sufrimientos del secretario de Felipe II, que á escepcion de sus enemigos irreconciliables, todos se habian vuelto en favor suyo.

El mismo tio Martin, bufon del rey, usando de la libertad que tenian los de su oficio, le dijo:

—«Señor, ¿quién es este Antonio Perez que todos se huelgan de que se haya escapado? No debia tener culpa; holgad vos tambien.»

Pero en vez de seguir Felipe II el buen consejo del tio Martin, estremando su rigor contra Antonio Perez, y no teniéndole á las manos, le hizo caer sobre su mujer y sobre sus hijos, á los que mandó encerrar rigurosamente en la cárcel pública.

De esto se queja amargamente en sus RELACIONES Antonio Perez.

«Las prisiones, dice, y rigores nuevos que se hicieron el dia siguiente de su salida, Jueves Santo (santo el dia, no á lo menos la obra), en las personas de su mujer é hijos, algunos de ellos de tal edad que era menester llevarlos en brazos (tales eran los facinerosos y los bravoneles prisioneros), fueron lastimosísimos, y lastimosísimas las lágrimas y alaridos generales, debió de convenir porque no se huyesen aquellos Barbarrojas, aquellos Aluchalys, aquellos hijos, aquel nido de golondrinos, aquella madre que estaba presta para huir en un caballo bárbaro ligerísimo, preñada, digo, de ocho meses. En tal estado la prendieron á ella y á ellos. Quizá tambien en tal dia, en que se suele otorgar perdon á graves delincuentes y en la hora de las procesiones de disciplinantes del Jueves Santo, rompiendo por ellos, por las Cruces, por todos los pasos de aquella remembranza, porque no faltasen testigos de tan glorioso acto. En fin, fueron llevados madre y hijos á la cárcel pública, merecedoras personas, estado, sexo, edad, culpa de tal lugar, y de la compañía que en él suele haber.»

Algo mas adelante, añade con elocuente energía:

«Delito de que en otros siglos muy rigorosos fueron absueltos los que tenian por fiscal á su príncipe mismo. El delito que cometió la mujer en ayudar á su marido á salir de prision, arrastrado tantos años y reducido á tal estado, las leyes naturales, divina y humana, y los particulares de España le califican. Saul, con cuanto persiguió á David, no tocó en Micol, con ser su hija: por haber escapado á su marido de las manos de su ira. El derecho comun, civil y canónico la absuelve de lo hecho en defensa de su marido. La ley particular del conde Fernan Gonzalez, libre la deja. La voz y juicio general de las gentes, gloria y alabanza la da, pues los hijos en su casa, en sus camas, se estaban probada la cortada de la naturaleza por esto, y por la edad incapaz de tales confianzas. Si no en el hijo que tenia la madre en el vientre, que antes que naciese fué preso, y antes de poder ser delincuente fué castigado y puesto á peligro de la vida y del alma, como el otro hermano que perdió

lo uno y lo otro en la otra prision de la madre hecha en la mar de Lisboa.»

Y concluye con estas breves y enérgicas amenazas:

«Pues no se engañen, que allí donde están, y los mas impedidos y aherrojados cautivos, tienen los dos mas fuertes solicitadores de toda la naturaleza: la inocencia y el agravio. Que no hay Cicerones ni Demóstenes que así alteren los oidos, así conmuevan los ánimos, así conturben los elementos, como ellos. Porque demás de otros privilegios les ha dado Dios uno, que hagan compañía para la demanda de su justicia y sean testigos y abogados el uno del otro, que puedan cortar un proceso de los que juzgan en este siglo. Como será en este caso si tardare el desagravio humano. Y no se fien los deudores en la dilacion, que aunque tarda al parecer, camina siempre el plazo, y cuanto tarda crece la deuda con los intereses del castigo del cielo.»

Volviéronse á proseguir prontamente las persecuciones contra Perez, y se continuaron hasta el fin con encarnizamiento.

Apenas hacia diez horas que habia llegado á Calatayud, cuando llegó la órden de que le cogiesen vivo ó muerto antes de pasar el Ebro.

Mas esta órden, que Felipe II no pudo dar hasta el dia siguiente, llegó demasiado tarde.

Perez se habia metido con su compañero Mazarini en el convento de los Dominicos, dedicado á San Pedro Mártir, como en un asilo seguro.

Fué allí á buscarle y declararle prisionero en nombre del rey el gentilhombre don Manuel Zapata, caballero de Calatayud.

Perdido estaba Perez si el fiscal de Felipe II en Aragon se apoderaba de su persona para hacerle comparecer ante la audiencia ó justicia real.

Así es, que á fin de evitar este peligro, Gil de Mesa se habia trasladado apresuradamente á Zaragoza, é invocado allí en favor de Perez y Mayorini el privilegio de los *manifestados*, privilegio que con arreglo á los fueros debia colocarlos bajo la jurisdiccion del tribunal supremo del Justicia Mayor de Aragon.

Pero mientras que por un lado el teniente de gobernador de Aragon acudió á Calatayud, y trataba de sacar á los refugiados de monasterio para conducirlos ante la primera de dichas jurisdicciones, por otro se habia trasladado tambien á aquel punto don Juan

de Luna, baron de Purroy, con cincuenta arcabuceros para ponerlos bajo la proteccion de la segunda.

Auxiliado don Juan de Luna por el pueblo de Calatayud, que se sublevó en nombre de sus libertades, condujo á Perez y á Mayorini á la prision llamada del Fuero de Zaragoza.

Felipe II presentó entonces querella en forma contra Perez, y le acusó: primero, de haber hecho matar á Escobedo, sirviéndose falsamente de su nombre; segundo, de haber hecho traicion á su rey, divulgando los secretos de Estado y alterando los despachos, y tercero, de haberse evadido.

CAPITULO VI.

Continúa la misma materia.

El jóven don José Perez se habia detenido en Calatayud, siguiendo despues hasta Zaragoza.

Pero antes de ponerse en marcha, habia tenido una entrevista con Perez.

—Necesito, le dijo, que me espliqueis algo que me importa mucho.

—No sé cómo pagaros lo que por mí haceis, dijo Perez, mirando con ternura al jóven: habeis dejado á vuestra madre, y os esponeis, faltando de Madrid y de vuestro puesto en la Guardia Española, á un severo castigo, si no es ya que se descubre que habeis estado en mi fuga, y el rey se estrema contra vos, lo que sentiria á par que si fuéseis hijo mio.

—Descuidad, dijo don José, que paso por estar enfermo en mi casa, y los médicos sirven á mi madre y apoyan la mentira.

—El rey lo sabe todo.

—Pero en mi casa no entra nadie que pueda contarle al rey lo que en ella sucede.

—Me place que vuestra madre haya tomado tales precauciones, porque, lo repito, sentiria cualquiera mala ventura que os aconteciese, como si fuéseis mi hijo.

—Gracias, señor, dijo don José, que miraba cada vez con mas insistencia á Perez.

—¿Qué teníais que preguntarme? dijo este.

—Quiero que me digais, contestó sin vacilar don José, quién es mi abuelo materno.

Cogió tan de improviso esta pregunta á Perez, que vaciló en contestar.

—Pues bien, dijo al fin, vuestro abuelo materno es el rey, que tuvo á vuestra madre en una señora que se llamaba doña Mencía de Santistéban: hé aquí la razon de los favores que os dispensa el rey; pero no os fieis de esto: entre el rey y yo median obligaciones, y le he servido tan bien como ningun otro vasallo ha servido á su señor; y sin embargo, ya veis cómo me trata: sed muy prudente, hijo mio, y conservad cuanto podais el favor del rey, porque perderle es esponerse á perder la vida y la honra: como padre he amado á vuestra madre; como si fuérais mi hijo he hecho por vos cuanto he podido, y vos me recompensais haciendo por mí lo que todo buen hijo hace por un padre á quien ama: Dios os lo pagará y yo os bendigo; pero id, id, no perdais tiempo: importa que lleveis esas cartas del rey al Gran Justicia de Aragon, con las que para él os ha dado vuestra madre, y la otra carta, al conde de Morata, que es un grande amigo mio: bueno es prevenirlos, porque estoy seguro de que el rey no tardará en mandar que me prendan, y me veré obligado á manifestarme.

Ya hemos visto en el capítulo anterior que Antonio Perez no se habia engañado: partió, pues, don José para Zaragoza acompañado del alférez Pablo Bustillos y de Gil de Mesa, que debia parar en Zaragoza y predisponer la opinion pública en favor de Perez por medio de sus numerosos amigos.

Pero don José llevaba el corazon ensangrentado: la carta de la infame doña Mencía le habia hecho un daño horrible: le habia revelado que era nieto del rey.

Comprendió todos los favores que el rey habia hecho á su madre y á él: ¿pero por qué no reconocia el rey á su madre? ¿por qué no le reconocia á él? ¿qué misterio habia en esto? hé aquí lo que traia tan pensativo al jóven.

En tal disposicion de ánimo llegó nuestro jóven á Zaragoza, en la que entró de noche por recatarse.

De noche tambien, y en secreto, tuvo una entrevista con el

Justicia Mayor don Juan de Lanuza, en la que le entregó, para que las conservase en seguridad, las dos cartas del rey á Antonio Perez, y la carta de su madre.

—Ya tenia yo noticias de esto, dijo el Gran Justicia, por cartas que he recibido de la señora doña Casilda, vuestra madre, y no hace mucho que la misma, previendo el caso en que hoy se encuentra el señor Antonio Perez, me envió desde Monzon algunos graves papeles de Estado que pueden servir de tanto por ante mi tribunal al señor Antonio Perez, como que por lo que resulta de esos papeles le absolveremos.

—¿Y si el rey pretende hacer respetar por la fuerza su voluntad en el reino de Aragon?

—El rey hará muy mal, dijo el Gran Justicia, y puede avenirle peor; que no hemos sostenido desde tiempo inmemorial nuestros fueros los aragoneses para que nos los dejemos arrebatar por nadie: si el rey lo quiere, caiga sobre él la culpa de lo que suceda; pero si el señor Antonio Perez es inocente, absuelto será, y nada tendrá que temer estando entre nosotros.

—Gracias, señor, dijo don José; me habeis llenado de consuelo, porque me intereso por el señor Antonio Perez como si fuera mi padre: dadme ahora licencia de que os deje, porque vengo de oculto; tengo que volver cuanto antes á Madrid, y tengo que entregar otra importantísima carta al señor conde de Morata.

Don Miguel Martinez de Luna recibió admirablemente al jóven, y le dijo:

—El señor Antonio Perez puede venir tranquilo á estas tierras de Aragon, donde ha nacido. Ya sabemos con cuánta enemistad y con cuánta saña se le ha tratado en Castilla: hace bien en no huirse como pudiera á Francia y en provocar un juicio, porque en ser juzgado le va su honra y la de sus hijos: aquí se le hará justicia, y si el rey quiere torcerla, no será ya este asunto del señor Antonio Perez, sino de los aragoneses, que probaremos á ver si todo el poderío del rey de España puede arrancar ni una sola letra de nuestros fueros.

Don José partió aquella misma noche de Zaragoza, y cuando llegó á Calatayud, se encontró con que Antonio Perez habia ya sido preso de órden del rey; pero se habia manifestado amparándose de los fueros de Aragon.

Como en este antiguo reino no se trataba como en Castilla, al

par de las fieras á los presos, sino como hombres, don José pudo ver en su prision á Antonio Perez.

Dióle este cartas de recomendacion para sus amigos de la córte, largas instrucciones, y encarecióle hiciese cuanto pudiese por su mujer y por sus hijos.

A la noche siguiente, á punto que oscurecia, partió don José para Madrid acompañado del fiel Pablo Bustillos, y sin parar de correr, llegaron á Madrid al mediar la noche siguiente, y don José entró en casa de su madre por el postigo, antes de que se hubiese notado su falta.

El rey, sus compañeros de la guardia y sus amigos, creian que estaba enfermo de una afeccion de la cabeza, de tal manera, que no podia vérsele ni hablársele.

Descansó, y á los dos dias, los médicos dijeron que habia pasado el peligro, y que don José podia recibir gentes.

Nadie sospechó que habia estado en Aragon, y que habia dejado en poder del Gran Justicia pruebas bastantes para que Antonio Perez fuese absuelto.

CAPITULO VII.

De cómo Antonio Perez hizo muy bien en ir á buscar en Aragon la justicia que no encontraba en Castilla.

El rey no aflojaba en su persecucion contra Antonio Perez.

Gil de Mesa, por mandato de aquel, habia marchado precipitadamente á Zaragoza y habia reclamado en favor de su señor el cumplimiento del fuero de la Manifestacion, que le alcanzaba como natural que era de aquel reino.

Así es que al mismo tiempo que el virey de Aragon se presentaba en Calatayud y reclamaba la persona de Antonio Perez, en nombre del marqués de Almenara, procurador del rey en Aragon, para hacer comparecer á Perez y á Mayorini ante la audiencia ó justicia real, se presentaba tambien don Juan de Luna, baron de Purroy, con cincuenta arcabuceros del Comun, reclamando á Antonio Perez y á Mayorini como manifestados para hacerles comparecer ante el tribunal del Justicia.

Mediaron recias contestaciones entre el virey y el baron de Purroy.

Declaró el primero que las franquicias aragonesas no alcanzaban á Antonio Perez como oficial que era del rey, y por estar acusado de alta traicion, y mucho menos á su compañero.

Replicó el segundo con una energía indómita que á todos los

naturales del reino de Aragon alcanzaban sus franquicias, fuesen ó no oficiales del rey y cualquiera el delito de que se les acusase.

Amenazó el virey con usar de la fuerza, y don Juan de Luna mandó á sus cincuenta hombres encendiesen las mechas de sus arcabuces, apellidando en grandes voces en medio de la plaza contrafuero y libertad.

A estas palabras, terrible la una, mágica la otra para los aragoneses, todos los que en Calatayud podian mantener un arma en la mano, jóvenes, hombres y viejos, y aun mujeres, acudieron en tumulto á la plaza y acometieron al vîrey, que se vió obligado á escapar para salvarse.

Los sublevados entonces, llevando á su cabeza á don Juan de Luna y á los cincuenta arcabuceros que aquel habia llevado de Zaragoza, fueron al convento de San Pedro Mártir y sacaron en triunfo á Antonio Perez y á Mayorini, atronando el espacio con los gritos de ¡Aragon y libertad!

Antonio Perez y Mayorini, acompañados desde Calatayud por un pequeño pero decidido ejército, entraron al dia siguiente en Zaragoza en medio de entusiastas aclamaciones de la multitud que habia acudido á su entrada, y le llevaron como en triunfo á la cárcel del Fuero, en la cual quedaron de guardia cien arcabuceros, mas que como custodiándole, protegiéndole.

Antonio Perez habia llegado á representar para los aragoneses una causa de intento de violencia á sus fueros, y no era ciertamente á Antonio Perez á quien defendian, sino á sus libertades amenazadas.

La irritacion, la exacerbacion de los ánimos era terrible.

Bastaba una sola chispa que cayese sobre tantos elementos de combustion, para que estallase un incendio terrible.

No fué menor la irritacion de Felipe II al tener noticia de estos sucesos.

Consultó á sus letrados, y con acuerdo de estos, presentó querella contra Antonio Perez ante el tribunal del Justicia, acusándole, primero, del asesinato de Escobedo, que decia haber cometido, abusando, en nombre del rey; segundo, de haber cometido delito de alta traicion, propalando secretos de Estado y alterando los despachos; y tercero y último, de rebeldía por haberse fugado de la prision en que estaba en Madrid.

La constitucion aragonesa era esencialmente democrática.

Acostumbrados los naturales de aquel reino á amplísimas libertades cuando estaban sometidos al gobierno de sus reyes como reino independiente, habian cuidado de conservar sus antiguas libertades: cuando por el casamiento de los Reyes Católicos se unió la corona de Aragon á la de Castilla, Cárlos V y Felipe II, sucesores de los Reyes Católicos, no habian tomado el título de reyes de Aragon sin jurar primero solemnemente ante aquel reino, representado en Córtes, conservar, guardar, y defender sus fueros.

El rey autorizaba á los aragoneses para sublevarse contra él, y aun para destituirle, no por un atentado grave, sino por la mas leve variacion en la letra de los fueros.

Cuando llegaba este caso, los aragoneses se salian armados de sus casas, gritando: ¡contrafuero! á cuyo grito, dice el historiador Herrera, *se levantaban hasta las piedras en Aragon.*

Cárlos V y Felipe II, á pesar de su formidable poder, que aterraba á Europa, no se habian atrevido á provocar á Aragon tocando á sus libertades.

Tanto el virey como los demás empleados reales del reino de Aragon, debian necesariamente ser naturales de él, y los soldados castellanos, á quienes se consideraba estranjeros, no podian entrar en su territorio.

Las Córtes se componian de los tres brazos: el eclesiástico, el noble, y el estado llano, y se convocaban cada dos años, debiendo ser presididas por el rey, ó en lugar suyo, por un infante de su casa, elegido por él.

Las Córtes votaban los impuestos, se ocupaban de los altos negocios de Estado, y hacian la paz ó declaraban la guerra.

Estas Córtes no podian ser disueltas por el rey, sin el consentimiento de ellas mismas; y toda proposicion que el rey hacia, era desechada si no se votaba por unanimidad.

Las legislaturas, por decirlo así, solo duraban cuarenta dias; pero quedaba constituida una diputacion permanente de las mismas Córtes, que ejercia el poder soberano durante el largo espacio que trascurria entre una y otra legislatura.

En Aragon, la justicia, esa necesidad primordial de todas las sociedades, se ejercia con mas garantías y mas originalidad que en ningun otro Estado.

En Aragon como en Castilla y en los demás reinos de la monarquía española, habia autoridades eclesiásticas y civiles, nombradas

por el rey; pero estaban bajo la vigilancia y la autoridad superior del Gran Justicia, que les impedia enérgicamente toda accion contraria á los fueros.

Todo aragonés podia apelar del fallo de los tribunales ordinarios ante el tribunal del Gran Justicia, y esto era lo que se llamaba manifestarse.

Las sentencias del Gran Justicia eran inapelables, y no podia revocarlas ni el mismo rey.

Asistian al Gran Justicia, constituyendo su tribunal, cinco lugartenientes.

Estos y el Gran Justicia se elegian popularmente entre los individuos de la media nobleza.

Este tribunal juzgaba en público, y ¡cosa estraña en una constitucion de la Edad Media! en el enjuiciamiento estaba escluida toda prueba en que hubiese de intervenir la tortura ó cualquier otro medio violento.

La autoridad del Gran Justicia era tan respetada, que la profesaban una especie de culto los aragoneses.

El rey aprobaba la eleccion del Gran Justicia, lo que era una especie de nombramiento; pero una vez en el ejercicio de su autoridad, no podia destituirle.

El Justicia Mayor solo podia ser depuesto por las Córtes si en el desempeño de sus funciones faltaba en lo mas mínimo á los fueros y libertades aragonesas, ó se mostraba débil y tibio al defenderlas.

Dígase, pues, ahora, si puede darse un ciudadano mas ciudadano que el antiguo aragonés, ni una constitucion mas fuerte, mas popular, mas liberal.

Amparado, pues, Antonio Perez de esta admirable legislacion, y sostenida ella por el patriotismo y por el indómito valor de los aragoneses, no tenia que temer una injusticia.

Tenia pruebas bastantes para defenderse, para obtener una absolucion; podia decirse que estaba salvado; para que él sucumbiese, era necesario que se derrumbase el gran monumento de las libertades aragonesas.

Empezóse la causa ante el tribunal del Gran Justicia; pero siempre hombre de Estado, y siempre previsor Perez, prefirió un acomodamiento, por decirlo así, con el rey, á ser absuelto por el Gran Justicia.

No era hombre Perez que se engañase ni desatendiese lo mas pequeño en asuntos de tamaña importancia.

Comprendia demasiado que si los aragoneses, durante un larguísimo período habian ido mermando la autoridad real, hasta el punto de subordinarla al poder popular, dejando casi convertido en una fórmula el trono, consistia en que los antiguos reyes de Aragon no habian podido crear en sus dominios fuerzas para reprimir á sus súbditos y tenerlos sometidos á su autoridad suprema, como acontecia en Castilla, en que el rey lo era todo; y al contrario que en Aragon, habian ido mermando los fueros y el poder municipal, aumentando de este modo, desmedidamente, el poder real.

En Aragon, el rey venia á ser el pupilo del Estado.

En Castilla, podia decirse que el rey era el árbitro, salvo alguna que otra pálida modificacion del poder real.

Pero Felipe II era al mismo tiempo rey de Aragon y rey de Castilla: tenia aguerridos ejércitos, bravos generales.

Aragon era una pequeña parte de sus dominios; podia, pues, acometer de una manera formidable á Aragon, y ahogar en sangre sus viejas libertades.

Temíalo esto Perez, que conocia demasiado á su real amo, y por lo tanto, pretendiendo aplacarle, escribió al confesor del rey, que era como escribir al rey mismo, la siguiente carta, en la que, á vueltas de la sumision, aparece alguna vez, aunque embozada, la amenaza:

«Sobre todo esto, considere vuestra paternidad con su mucha prudencia y cristiandad, si puede convenir por alguna causa, que se llegue con tales materias á juicio; y la obligacion que tiene por tanta diversidad de razones, y por su conciencia y autoridad, á mirar por mi defensa, y lo que yo deseo hacer y responder en satisfaccion de mí, llamando, no á juicio tan apretado. Digo que considere vuestra paternidad, por lo que conviene al servicio de su majestad, el medio que se debe tener en este negocio en el estado en que está: y como tengo tan arraigada en las entrañas la fidelidad y amor al servicio de su majestad, dispuesto estoy á cualquier medio que mas conviniere para aceptarse este. Y mire vuestra paternidad si será buen espediente, que no obligándome á descargos, ni á dar razon de mí con tales pruebas como las que he dicho, y con la razon que de ellas tuviere, se cierre la causa y me absuelvan como mal probados contra mí los tales cargos; y que con tal sentencia, se me

satisfaga mi honra, que aunque para esto me pudiese estar mejor otra cosa, todo lo pospondré á lo que conviniere al servicio de su majestad, muy consolado en dejar la demás satisfaccion en la real mano y cristiandad de su majestad, ó si será conveniente que yo me valga de la Iglesia, que aunque parezca en esto delincuente, pasaré por todo, como hasta aquí, por la causa que he dicho; pero advierto á vuestra paternidad que no difiera el remedio y respuesta de esto, porque si la causa se mete adelante, será mas dificultoso, y en estos tribunales, segun entiendo, no se pueden los procesos esconder. Y créame vuestra paternidad; ya que hasta aquí no he sido creido con mucho deservicio de su majestad, que Dios perdone al que tiene la culpa de no haberse atajado tanto escándalo é inconveniente; que si sobre las amistades hechas se tomara el camino ordinario en semejantes negocios, se hubiera escusado lo que digo. Suplico á vuestra paternidad no consienta que tenga mano en el juicio el tal ministro, sobre estas miserables prendas mias, de mi mujer é hijos, todos inocentes, ni sobre mis cosas, pues sabe y ha oido decir á personas graves ser mi enemigo. Tambien suplico á vuestra paternidad, que pues le presento esta obediencia tan entera á la voluntad de su majestad y esta intencion tan llana, y sin otro fin alguno sino estar apartado de la pasion de ese ministro, y reposaré de tantas tormentas y tormentos, no permita mas rigores, antes se me haga una tan grande y cristiana piedad, como dejarme vivir con mi mujer é hijos en un rincon, entre tanto que esta persona no valiese algo para un ramo del servicio de su majestad, que si esto fuese, seguramente que antepondré yo siempre á todo lo de esta vida la voluntad y obediencia de su majestad, y esto es la verdad, y lo demás invenciones de la malicia y envidia para añadir inconvenientes á inconvenientes en ofensa de Dios y del servicio de su majestad, y en escándalo de las gentes.»

Perez no obtuvo respuesta.

Entre tanto, el marqués de Almenara, procurador del rey en Zaragoza, hacia cuanto estaba en su mano para que le entregasen á Perez y llevársele preso á Castilla, donde nada podia valerle.

El marqués de Almenara vió estrellarse sus intrigas contra la lealtad aragonesa.

En cuanto á Antonio Perez, creyó que si de Madrid no se le contestaba, era porque se creia que no tenia medios para defenderse.

Decidióse, pues, á demostrar sus medios de defensa, y en 10 de julio escribia al rey:

«Como esta causa se va poniendo muy adelante, y en necesidad de llegar á descargos vivos, por tratarse del alma de mis padres y hijos, y mia, he querido hacer de nuevo advertimiento á vuestra majestad de lo que me parece que mucho conviene. Y por ser de la calidad que son estas materias, he procurado no fiar de papel solo la informacion de vuestra majestad sobre ella; y tambien porque con relacion de voz viva sea vuestra majestad mejor informado.»

Perez envió á Madrid al prior de Gotor, á quien bajo sigilo de confesion habia mostrado todas las pruebas que tenia para defenderse, y entre ellas algunos billetes del rey en que le autorizaba para entenderse con don Juan de Austria y con Juan de Escobedo acerca de los asuntos mas reservados del Estado, y á alterar los despachos para desconcertarlos, á estorbar sus proyectos matando á Escobedo y mandándole soportar en silencio las persecuciones y los compromisos en que pudiera verse. Dióle cuenta de estos documentos, así como cartas de fray Diego de Chaves, harto significativas.

Con este arsenal, y con la pretension de que se desistiese de la triple acusacion que se habia fulminado contra Antonio Perez, se presentó al rey el prior de Gotor.

Felipe II oyó con suma atencion al prior de Gotor en tres audiencias, y aparentó haberle complacido sobremanera el servicio que se le habia hecho.

A pesar de esto, y de que parecia que el rey se habia ablandado en favor de Perez, hizo publicar en Madrid, algunos dias despues, contra él, la sentencia siguiente:

«En la villa de Madrid y córte de su majestad el rey nuestro señor don Felipe II (q. D. g.), á primero dia del mes de julio del año mil quinientos noventa, los señores don Rodrigo Vazquez de Arce, presidente del Consejo de Hacienda, y el licenciado Juan Gomez, del Consejo y cámara de su majestad, visto el proceso y causa de Antonio Perez, que fué secretario del Despacho Universal de su majestad, dijeron que por la culpa que de todo ello resulta, lo debian de condenar y condenaban en pena de muerte natural de horca, y á que primero sea arrastrado por las calles públicas en la forma acostumbrada, y despues de muerto, le sea cortada la cabeza con un cuchillo de hierro y acero, y sea puesta en un lugar público, y como

cual pareciere á los dichos señores jueces, y de él nadie sea osado á quitarla so pena de muerte, condenándole en perdimiento de todos sus bienes, que aplicaron para la cámara y fisco de su majestad por los gastos causados por su persona y proceso. Y así lo pronunciaron, ordenaron y firmaron, el licenciado Rodrigo Vazquez y el licenciado Juan Gomez.»

Esta sentencia, publicada en Madrid, no queria decir se desistiese de la acusacion presentada contra Perez por el rey en Zaragoza.

La causa siguió su curso, y Perez escribió un estenso memorial, en el que constaban todos los hechos, y al que se unian las cartas que tenia del rey y de su confesor fray Diego de Chaves, originales todas.

Entonces Felipe II, alarmado por el aspecto que tomaba el negocio, hizo pedir al relator de la causa en el tribunal del Fuero Micer Bautista, un apuntamiento del proceso, y un parecer acerca del resultado.

Micer Bautista de Lanuza fué esplícito, manifestando al rey, al remitirle el apuntamiento, que segun su parecer, Antonio Perez seria absuelto de todos los cargos que se le habian hecho.

Felipe II no quiso apareciese esta absolucion, y desistió de su querella contra Perez ante el tribunal del Gran Justicia de Aragon.

Pero porque no se creyese que cedia á la fuerza, dió la siguiente estraña razon á su desistimiento:

«Así como Antonio Perez ha dado publicidad á su defensa, podria darse tambien á la refutacion de ella; y entonces no habria duda alguna sobre la gravedad de sus crímenes, ni dificultad en condenarle por ellos. Aun cuando en esta circunstancia, como en todas las demás, lleve siempre por norte el interés general, que busco, y procuro, y aun cuando la larga prision de Perez y la marcha de su proceso no hayan reconocido otra causa que esta, sin embargo, como aquel, temiendo su éxito y abusando de su posicion, se defiende de manera que para responderle seria necesario tocar á negocios mas graves de los que deben figurar en un proceso público, á secretos que no conviene ocupen lugar en ellos, y á personas cuya reputacion y decoro se debe estimar en mas que la condenacion de Antonio Perez, he tenido por menor inconveniente dejar de perseguirle ante el tribunal del Justicia Mayor de Aragon, que llegar á los puntos arriba mencionados. Pero mi justicia es co-

nocida, y aseguro que los delitos de Antonio Perez son tan grandes cuanto nunca vasallo los hizo contra su rey y señor, tanto por las circunstancias que los han acompañado, como por la coyuntura, tiempo y forma de cometerlos. He querido que así constase en el presente desistimiento, á fin de que en ninguna ocasion la verdad que siempre protejo y debo proteger como rey, sufra ataque alguno. De manera que á pesar de la renuncia que hago de la acusacion criminal intentada en mi nombre contra Perez, entiendo y quiero queden salvos é ilesos todos cuantos derechos me pertenezcan y puedan pertenecer, para que en el caso y forma que estime conveniente pueda pedirle cuenta y razon de dichos delitos.»

A pesar del desistimiento del rey, Antonio Perez fué absuelto por el tribunal del Gran Justicia, aumentando esto la benevolencia y el interés con que siempre le habia mirado la opinion pública.

CAPITULO VII.

Una débil muestra de lo que hacia sufrir Rodrigo Vazquez de Arce á doña Juana Coello.

Habian pasado algunos meses en estas actuaciones.

Entre tanto, la mártir, la desventurada doña Juana Coello, habia sufrido cuanto puede sufrir una madre, una esposa, un sér humano.

Habia dado á luz un hijo en medio de las tinieblas de un profundo calabozo, mal asistida, y si no se la abandonó del todo como á un animal despreciable, fué porque no muriese y se perdiese con ella una de las prendas de que el rey se habia apoderado contra Antonio Perez.

Rodrigo Vazquez no dejaba pasar un solo dia sin atormentarla.

Sabia demasiado aquel juez infame que doña Juana hubiera preferido un aislamiento completo á sufrir su presencia.

Su hijo recien nacido le habia sido arrebatado y entregado á una nodriza, á quien se retenia voluntariamente presa en la cárcel; y esto, porque el pequeño hijo de Perez no dejase de estar preso.

Los otros hijos estaban separados en distintos calabozos, y cada dia Rodrigo Vazquez llevaba á doña Juana Coello una carta de algunos de sus hijos mayores, que sabian escribir.

Una carta de doña Gregoria estaba concebida en estos términos:

«Madre de mi alma: Yo no sé si es invierno ó verano; porque en el lugar donde me tienen sepultada en vida, he perdido la cuen-

ta del tiempo; pero á juzgar por el frio que aquí hace, debemos estar en lo mas crudo del invierno. Me dan una mala olla para comer y pan negro y agua turbia: tengo hambre; pero no tengo lecho en que reposar, ni mas que un banquillo cojo donde sentarme, y una pequeña mesa me sirve de almohada: echo sobre ella mis brazos, y sobre mis brazos la cabeza, y así duermo mal, y cuando duermo, sueño cosas horribles. El señor Rodrigo Vazquez me ha traido papel y tintero para que os escriba, para que os ruegue que por lo que sufrimos mis hermanos y yo, se os ablanden las entrañas y declareis contra mi padre. Pero yo no haré eso, no, madre mia: perezcamos todos antes entre los mas horribles tormentos, que asesinar con nuestra cobardía á quien nos ha dado el sér. Yo no sé por qué sigo escribiendo; porque como no doy gusto al señor Rodrigo Vazquez, y voy á deciros cuán infame y cuán olvidado de Dios es este hombre, cuando venga á recoger la carta y la lea, la hará pedazos. ¡Ah madre mia! ¡afortunadamente es viejo, es debil; de otro modo, ya no tendria honra vuestra hija! ¡qué hemos hecho, Dios mio, para ser de tal manera castigados! Pero que esto no sirva, señora, para que vos os aterreis y decaigais de vuestra firmeza: vengan en buen hora sobre nosotros cuantas desgracias, cuantos martirios, cuantas miserias son imaginables, antes de que contribuyamos á la desgracia, á la deshonra, á la muerte de mi padre y señor. Acaba de entrar ese hombre; está leyendo sobre mi hombro lo que escribo: ¿y qué puede leer que sea tan despreciativo como lo que tantas veces me ha oido?—Seguid, seguid, me dice en este momento; no parece sino que yo os estoy dictando esa carta.—¡Oh madre mia! Dios no puede dejar sin castigo á este miserable: no escribo mas, porque se vaya; prefiero la horrible soledad de mi calabozo á la presencia de este hombre. Adios, madre mia; valor y esperanza.—Vuestra amantísima y respetuosa hija, *Gregoria*.»

La enemistad contra Perez habia llevado hasta un estremo increible la ferocidad, y la perversa intencion de Vazquez. Era necesario ser una fiera para llevar una carta tal de una hija comó doña Gregoria, á una madre como doña Juana.

—Tomad, dijo esta, despues de haber leido la carta; porque supongo que no querreis dejar una prueba tal de lo que sois en mis manos. El rey os castigaria de seguro: de seguro el rey no sabe hasta qué punto llega la crueldad y la infamia con que se nos trata.

—El rey os aborrece á todos.



Levantaos, dijo Vazquez.....

—Pero el aborrecimiento de su majestad no llega hasta tan bajo; y si el rey nos aborrece, á las intrigas, á las malas artes, á las calumnias vuestras se debe. Tomad y salid: libradme de vuestra presencia.

Rodrigo Vazquez tomó la carta y la quemó á la luz del farol que habia dejado allí el carcelero, en razon á la estancia en el calabozo del alcalde.

Doña Juana sintió algo desgarrador, algo insoportable, frio, algo que se parecia á las ánsias de la muerte, cuando vió quemarse la carta de su hija: aquella carta, escrita con lágrimas, en la cual se revelaba un tan gran corazon.

Parecióle á doña Juana que quemaban el corazon de su hija.

Las pavesas cayeron sobre la mesa y permanecieron en ella, porque no habia absolutamente ni el mas leve soplo de viento que las impulsase.

La atmósfera del calabozo era densa, húmeda, cargada de miasmas fétidos, insalubre, insoportable.

A doña Juana empezaban á hinchársele las piernas.

Rodrigo Vazquez no se fué: se sentó en el escabel de pino, único mueble que con la mesa habia en el calabozo.

Doña Juana, por no estar en pié delante de Rodrigo Vazquez, se sentó en el suelo.

—Levantaos, dijo Vazquez con el mismo acento grosero é imperativo con que hubiera hablado á un facineroso: estais delante de vuestro juez, que representa al rey.

—Vos no sois mi juez, sino mi verdugo, contestó con un frio desprecio doña Juana, permaneciendo inmóvil; y si á alguien representais aquí, es á Satanás.

—¡Levantaos, ó yo os haré levantar! dijo Rodrigo Vazquez, trémulo de furor.

—Inútilmente se pretenderá poner de pié á quien no quiere estarlo, dijo doña Juana, creciendo en su espresion de desprecio.

Rodrigo Vazquez adelantó hácia doña Juana, y se inclinó para asirla; pero estaba viejo y débil, y doña Juana, al rechazarle, le hizo dar dos ó tres traspieses.

—El lobo ha perdido sus uñas y sus dientes, dijo soltando una carcajada de triunfo, pero desentonada, horrible; una carcajada de loca.

—¡Ah! dijo trémulo de furor Vazquez; os cargaré de cadenas.

—No lo hareis, porque sois demasiado cruel; porque sabeis que no podria soportarlas, que me producirian la muerte en el término de algunos dias; y vos no quereis que muera, no; quereis gozaros lentamente en mis sufrimientos: no, no haceis mas de lo que haceis, porque no podeis: ¡ah! si os fuera posible, haríais poner en la comida de mi hija, en la mia, un brebaje que nos aletargase, que nos sometiese inertes á vuestra infame voluntad; pero no os atrevereis: necesitais valeros de una tercera persona, y no encontrais persona de bastante confianza para proponerle una tan infame accion: vuestros carceleros valen mas que vos; tienen mas corazon que vos; y como nuestras desgracias son tales, que bastan á conmover á las piedras, debemos á esos sayones sin corazon, consuelos que son inapreciables en la situacion en que nos encontramos; y si vos quitais esos carceleros porque no son tan crueles como vos quisiérais, tal vez ganemos en el cambio: porque comedores de carne humana y viva como vos, bebedores de lágrimas, buitres que se alimentan con corazones, no abundan por fortuna. Vuestro poder llega hasta un límite espantoso, pero no pasa de él, porque no puede pasar: yo os desprecio y me rio de vos, porque tengo mas valor que vos medios para atormentarme; porque me alienta y me recompensa la íntima conviccion de que cumplo noblemente con mi deber, y espero y confio en Dios; porque por ventura mia, no he renegado de Dios como vos, insensato, habeis renegado.

—Hé aquí la soberbia de las soberbias, dijo Vazquez; he aquí el moribundo que amenaza; hé aquí el placer de los placeres; vengarse del desvío, de la crueldad de una mujer aborrecida en fuerza de haber sido amada.

—¡Miserable! esclamó doña Juana como hablando consigo misma.

—¡Desesperado! dijo Rodrigo Vazquez, vos sufrís mucho menos que lo que me habeis hecho sufrir vos con vuestro desprecio; vuestro marido con su insolente fortuna, á la que debe el vivir aún y no tener su memoria infamada como gran criminal que es; el rey con sus vacilaciones: ¡ah! pero ya no vacilará el rey: Antonio Perez se ha atrevido á burlarle, á amenazarle, y el rey no perdona á quien le burla, á quien le amenaza: vuestro marido está sentenciado: hace dos horas me decia su majestad: Concluid este negocio de Antonio Perez: sentenciad... ¡Ah, sí! el soberbio, el insolente secretario del rey, el favorito que llegó á un favor al que

no ha llegado nadie, morirá desesperadamente como el mas despreciable facineroso, pendiente de una cuerda, bajo el verdugo, en la pública plaza, sirviendo de terrible escarmiento á traidores y á desleales.

—¿Y dónde teneis el cuerpo con que pensais hacer todo eso? dijo con una punzante ironía doña Juana.

—Aragon nos le guarda, contestó Rodrigo Vazquez.

—Aragon le defenderá; porque defendiendo á mi marido, se defiende á sí mismo.

—Bajo la horca de que penda vuestro marido, se quemarán los insolentes fueros, los sacrílegos fueros de Aragon.

—¡Ah! ¡guarda que Aragon no rompa la tiranía!

—El rey hará pedazos á Aragon: ¡ay de los aragoneses! ¡ay del Justicia Mayor! Ha llegado la hora de que se acaben tantos escándalos: la hora de que el rey sea tan rey en Aragon como en Castilla: esa hora será terrible: os habreis sacrificado inútilmente; inútilmente habreis sacrificado á vuestros hijos.

—Irán ellos por donde haya ido su padre: iré yo por donde hayan ido mi esposo y mis hijos: todos cabemos dentro de la infinita misericordia de Dios.

—Dios os pedirá estrecha cuenta del inútil sacrificio de vuestros hijos.

—No; la pedirá á sus verdugos, y se la pedirá de una manera terrible en el dia del juicio inexorable.

—Vos podeis salvarlos.

—¡Y vos sois jurista, y canonista, y teólogo! dijo doña Juana con sarcasmo; ¡y perseguís á una esposa porque ha salvado á su marido contra toda ley divina y humana, y encarcelais á inocentes, hasta el pequeño que entró en esta prision en mis entrañas, y en esta prision nació, y fué impíamente arrebatado de los brazos de su madre, y pretendeis que yo, á quien Dios ha dado valor para sufrir tanto, pierda mi fé, la fortaleza que Dios me concede, y asesine á mi marido por salvar á mis hijos! ¡La vida, la miserable vida perdiéndoles el padre y la honra! ¡ah! vos estais loco, vos estais entregado á Satanás: habeis vendido vuestra alma al odio, y temblais, temblais, temiendo que el rey, engañado por vos y por vuestros cómplices, vuelva sobre sí y os castigue, y tenga al fin piedad de nosotros.

—El rey está resuelto á esterminar toda vuestra ralea de trai-

dores: el cazador que mata al lobo y á la loba, mata tambien á los lobeznos.

—Dios os perdone, dijo doña Juana; Dios perdone á su majestad y no le tome en cuenta todo lo que os deja hacer con nosotros.

—Por último, doña Juana: ¿no consentís en salvar á vuestros hijos?

—¿Y qué he de hacer? dijo pacientemente doña Juana.

—Declarad que vuestro marido mató por su propio interés, por su propia voluntad, sin participacion del rey ni órden alguna suya, á Juan de Escobedo, á causa de los amores que vuestro marido tenia con la princesa de Eboli, que le hacian mirar como un testigo peligroso á Juan de Escobedo.

—Espero que Dios haya perdonado á la señora princesa de Eboli, dijo doña Juana: yo, por mi parte, la he perdonado ya: en cuanto á lo de declarar que mi marido asesinó á Escobedo por voluntad propia y por interés suyo, no lo diré jamás.

—Mirad que puedo poneros á la prueba del tormento.

—No lo hareis, porque el tormento me mataria, y vos, os lo repito, no quereis que yo muera; perderíais el placer de martirizarme.

—Atormentaré delante de vos á vuestra hija doña Gregoria.

—No, no lo hareis; porque al oir sus gritos desesperados, se me romperia el corazon, y moriria tambien.

—¿Y qué me importa ya que vivais ó murais? esclamó fuera de sí Rodrigo Vazquez: el torrente lucha con la roca que encuentra á su paso; pero se irrita, crece, sube, y pasa por encima de la roca, anegándola.

—Anegadme, pues, anegad á mis hijos en el torrente de vuestro odio; pero no lucheis mas en vano; seré siempre lo que hasta ahora he sido: y mirad: si uno á uno despedazárais delante de mí á mis hijos, y no muriese de dolor, continuaria tan firme, tan invencible como hasta ahora. Idos.

—¡Ah! ¡yo os adoro! esclamó Rodrigo Vazquez juntando las manos: yo os adoro, y la rabia que siento por verme despreciado de vos, es la que me hace para con vos tan cruel.

—Lo sé; y si yo fuera como vos, tendria el consuelo de saber, que vos libre, y juez mio, y atormentador mio, sufrís mas que lo que yo sufro presa, juzgada, atormentada: y cuando os oigo pedir-

me tenazmente la cabeza de mi marido por una infame y falsa declaracion mia, se abre mi alma á la esperanza, al consuelo: teneis miedo, y vuestro miedo es mi alegría: miedo de que el rey se espante de lo que con nosotros hace, y renazca en su pecho la piedad para con nosotros; miedo de que aun cuando continúe endurecido para nosotros el corazon del rey, los aragoneses sean bastante fuertes para salvar á mi marido, manteniendo la integridad de sus fueros: y como sois hombre viejo en la política, temeis que una vez rota por mi marido la valla del respeto al rey al embate de tanta horrenda persecucion, de tanta escandalosa injusticia, y libre bajo el amparo del rey de Francia, mi marido diga al rey nuestro señor: Devolvedme mi familia, ó sino divulgaré gravísimos secretos de Estado, que no dejarán muy sana la estimacion de vuestra majestad ante el juicio del mundo.

—¡Traicion, y siempre traicion! dijo Vazquez.

—En otro tiempo, los nobles, naturales, tanto de estos reinos de Castilla como de los otros reinos de España, tenian el derecho de libertarse del pleito homenaje, de desnaturalizarse y de hacer la guerra al rey sin ser tachados de traidores.

—Ese es un fuero indigno que el escándalo de las gentes ha puesto en desuso, dijo Vazquez.

—Esa era una sábia ley; porque no se puede pedir fidelidad hácia su señor á un hombre á quien su señor natural ha traicionado, á quien ha perseguido, haciéndole sufrir los mas crueles tormentos en sí y en su familia. Nadie como nosotros ha sido tiranizado por su rey y señor natural; y sin embargo, le conservamos nuestra lealtad y nuestro amor, porque no es el gran rey don Felipe quien causa nuestras desgracias; los causadores de ellas son los infames y torpes consejeros, enemigos nuestros, que le rodean.

—Morireis desesperada despues de haber visto caer á vuestra familia entera.

—¡Que se cumpla la voluntad de Dios! dijo con impaciencia doña Juana: ÉL me dará fuerzas para sufrir lo que sobrevenga, como me las ha dado para soportar hasta ahora mis inauditas desgracias.

—Bien, dijo Rodrigo Vazquez, levantándose, tomando el farol y dirigiéndose á la puerta: quedaos en vuestro infierno.

—Id vos con la rabia de vuestra impotencia.

El alcalde cerró la puerta de hierro del calabozo, y poco despues se oyeron crujir sus cerrojos.

Doña Juana quedó entre aquellas húmedas tinieblas; y sola ya, entregada á sí misma, se desplomó su fortaleza y rompió á llorar desesperada, con ese llanto terrible, con ese llanto de fuego que al caer sobre la tierra envia su vapor hasta el santuario de Dios.

CAPITULO IX.

De cómo los zaragozanos se salieron con la suya respecto al marqués de Almenara.

Por el desistimiento del rey de su querella contra Antonio Perez, por una parte, y por la sentencia absolutoria del tribunal del Gran Justicia, procedia la escarceracion de Antonio Perez.

Pero esto se habia tenido en cuenta, y el marqués de Almenara, antes de que la escarcelacion tuviese lugar, presentó otra demanda contra Perez, acusándole de aseninato por envenenamiento del escudero Rodrigo de Morgado, y del astrólogo Pedro de la Hera.

Estaba patente la saña con que se perseguia á Perez, pretendiendo envolverle, apenas habia salido de una larga causa criminal, en otro nuevo proceso.

Mantúvosele, pues, en la cárcel de la Manifestacion, y el Gran Justicia y sus cinco lugartenientes, interesados ya en favor de Perez de una manera decidida, emplearon tal actividad, que al poco tiempo se probó plenamente por los testimonios de los médicos que habian asistido á los dos supuestos asesinados, y por las deposiciones de muchos testigos, que aquellos habian muerto naturalmente, sin intervencion de veneno.

Sobrevino otra absolucion, y á par de ella, para que Antonio Perez no fuese escarcerado, otra acusacion.

El marqués de Almenara interpuso recurso por ante el tribunal

del Justicia, pidiendo contra Antonio Perez la formacion de un proceso semejante al que se llamaba de *visita* en Castilla, y que se instruia contra los oficiales del rey naturales de aquel reino, empleados en el mismo.

Perez fué acusado de corrupcion, y el marqués de Almenara reclamó su persona, porque decia era oficial del rey.

Perez probó que, para esceptuarle del fuero, era indispensablemente necesario que él hubiera servido al rey en Aragon, y que no habia lugar á la demanda, porque solo habia servido al rey en Castilla.

Añadió que, habiendo ya sido condenado por este concepto en 1585, no podia serlo otra vez, y que tenia cartas particulares del rey, por las cuales podia sincerarse é invalidar la sentencia que sobre él se habia fulminado.

Frustrado este nuevo intento, y antes de que Antonio Perez pudiese ser puesto en libertad, se apeló al tribunal del Santo Oficio de la general Inquisicion.

Este tribunal especial, que juzgaba y sentenciaba, no en nombre de la justicia del rey, sino en nombre de la justicia de Dios, no reconocia por lo mismo jurisdiccion, ni fuero, ni exencion alguna, esceptuando las que determinaba el Soberano Pontífice como cabeza visible de la Iglesia.

Perez fué acusado ante la Inquisicion de heregía.

En la exacerbacion de su dolor, doblegado por tantas desdichas, habia proferido alguna vez delante de testigos palabras impías, hijas mas bien del delirio en que le hacian caer sus sufrimientos, que de su falta de fé.

Coincidia con esto el que, dudando, no de la buena fé de los aragoneses, pero sí de su fuerza para resistir á todo el poder de Felipe II, habia intentado con su compañero Francisco Mayorini fugarse á Francia, nacion poblada de hereges, cuyo rey, por haberlo sido, era un católico muy sospechoso. ¿Qué mas indicios, qué mas pruebas para un tribunal que necesitaba de muy pocas para sentenciar?

Antonio Perez era un herege que pretendia ampararse de hereges.

El marqués de Almenara habia corrompido á Diego Bustamante, antiguo servidor de Perez, y á un maestro de gramática llamado Juan de Basante, que iba á visitarle con suma frecuencia á la cárcel de la Manifestacion, y parecia gozar de su confianza.

Indiscreto Perez, como siempre lo habia sido, y confiando en la fidelidad de estos dos bribones, habia hablado con entera libertad con ellos, y les habia manifestado sus proyectos de evasion, diciendo que queria mejor estar entre hugonotes, puesto que en tierra de católicos, donde no se veia un herege ni por un ojo de la cara, gracias á los espulgos de la Inquisicion, le habia ido tan mal.

—Porque en Castilla, decia, si no hay hereges contra Dios, haylos contra los hombres, y aun contra las mujeres y los niños, que ningun delito han cometido: y heregía por heregía, prefiero la que no me toca ni me ataña, que la que me despedaza; que contra Dios nadie puede, y contra mí pueden tanto el rey y sus malos ministros, que ya no me han dejado fundacion de lo que era, y aun creo que se han llevado para allá el Santo Crisma que me pusieron al bautizarme.

Esto era ya horrible, y bastaba por sí solo para que la Inquisicion sentenciase á Perez, no ya á muerte de horca, sino á la terrible de hoguera.

Mientras se cruzaban entre el fiscal del rey en el reino de Aragon, y el tribunal del Fuero las contestaciones sobre la última acusacion entablada contra Perez, el licenciado Molina de Medrano, de acuerdo con el marqués de Almenara, habia empezado á instruir en secreto un proceso de heregía, cuyo sumario se envió á Madrid, duplicado, al rey y al inquisidor general.

El inquisidor general, don Gaspar de Quiroga, pasó este sumario al confesor del rey fray Diego de Chaves, para que diese su dictámen como comisario calificador que era del Santo Oficio.

Dejemos hablar al casuismo de fray Diego de Chaves.

Hé aquí su dictámen:

«Con arreglo á la órden del muy ilustre cardenal de Toledo, inquisidor general, se me ha pasado por el fiscal de la Santa Inquisicion general una copia auténtica de ciertos artículos adicionales que han sido estractados del proceso de informacion sustanciado contra Antonio Perez, secretario de su majestad, así como las deposiciones de varios testigos relativas al mismo, con el objeto de que lo leyese y examinase todo, para dar luego mi parecer: despues de una entretenida y rigurosa dilucidacion, he notado las proposiciones siguientes:

Diciéndole una persona al dicho Antonio Perez que no dijese mal del señor don Juan de Austria, respondió: «Bueno es que des-

pues que el rey me ha hecho el reproche de que desfiguraba el sentido de las cartas que escribia, y que vendia los secretos del Consejo, repare yo en honra de nadie para mostrar mi descargo, que *si Dios padre se atravesara en medio, le llevaria las narices á que* cualquiera, en el modo vea cuán poco leal caballero se ha mostrado el rey conmigo.»

CALIFICACION. Esta proposicion, cuanto á lo que dice que *si Dios padre se atravesara en medio, le llevaria las narices*, es proposicion blasfema, escandalosa: *Piarum aurium ofenssiva, et ut yacet est suspecta de hæresi Vadianorum, dicentium Deum esse corporeum et habere membra humana* (1). Ni se puede escusar con decir que Cristo tiene cuerpo y narices despues que se hizo hombre, porque consta que se habla á cuenta de la primera persona de la Trinidad, que es Padre.

El mismo Antonio Perez dijo: —*Muy al cabo* traigo la fé. Parece que duerme Dios en estos mis negocios; y si Dios no hiciese milagro en ellos, estaria cerca de perder la fé.

CALIFICACION. Esta proposicion es escandalosa, *et piarum aurium ofenssiva*, porque parece que dice de Dios que duerme en sus negocios como si fuese inocente, y sin culpa, un hombre jurídicamente atormentado y condenado á muerte por grandísimos delitos.

En uno de aquellos momentos en que Antonio Perez estaba irritado por el pesar y la inquietud, al saber lo que su mujer é hijos tenian que sufrir, dijo:—*Duerme Dios, Dios duerme, debe ser burla todo esto que nos dicen de que hay Dios: no debe de haber Dios.*

CALIFICACION. Esta proposicion, cuanto á lo que dice y repite que duerme Dios, junta á las palabras siguientes: *Est suspecta de hæresi, quasi Deus non habeat curam rerum humanarum quam sacræ litteræ et catholica Ecclesia docent* (2). Cuanto á las otras dos partes de la proposicion, la prima: *debe ser burla todo esto que nos dicen de que hay Dios*, son partes heréticas; porque cuando le pudiésemos mucho escusar y decir que lo dice dudando, *dubius in fide infidelis est* (3), porque el que duda de una cosa no cree el sí ni el

(1) Ofensiva á los oidos piadosos, y como suena, es suposicion de los hereges vadianos, que dicen que Dios es corpóreo y tiene miembros humanos.

(2) Esto es suposicion de hereges, como si Dios no tuviera cuidado de las cosas humanas, como lo enseñan las Sagradas Escrituras y la Santa Iglesia Católica.

(3) El dudoso en la fé es infiel.

no, y el hombre está obligado á creer positivamente los dichos; y no creyéndolos no es cristiano; y el que duda, como he dicho, no cree.

Lleno Perez de cólera al ver el modo injusto, segun él, con que se le trataba, y la parte que tomaban en esta persecucion personas que suponia tenian muchas y grandes razones para obrar de otro modo, y que sin embargo, no por eso dejaban de disfrutar del aprecio, hijo de una conducta sin tacha, esclamó:—*¡Oh! reniego de la leche que mamé: ¡y esto es ser católico! Descreeria de Dios si esto pasase así.*

CALIFICACION. Esta proposicion, cuanto á lo que dice: *Descreeria de Dios si esto pasase así*, es proposicion blasfema, escandalosa: *Piarum aurium ofenssiva, et adjunta præcedenti propositioni non caret suspicione de illa hæresi.*

Esta censura, en la cual estaba comprendido Juan Francisco Mayorini, fué pasada por el padre Chaves al inquisidor general don Gaspar de Quiroga, y este, en union con los licenciados don Francisco de Avila, don Juan de Zúñiga y Gil de Quiñones, decidieron que Perez y Mayorini fuesen conducidos á las cárceles secretas de la Inquisicion, para que se instruyesen allí sus procesos en forma.

Un correo espreso llevó en dos dias á Zaragoza esta órden.

El 23 de mayo de 1581 la recibieron los inquisidores Molina de Medrano, Hurtado de Mendoza y Morejon, y al dia siguiente decretaron en el antiguo alcázar de la Aljafería, tribunal entonces de la Inquisicion, lo siguiente:

«Nos los inquisidores contra la herética pravedad y apostasía en el reino de Aragon inclusa la ciudad y obispado de Lérida, mandamos á vos, Alonso de Herrera y Guzman, alguacil de este Santo Oficio, que luego de recibida esta órden, vayais á la presente ciudad de Zaragoza y á todas y cualquier otras partes donde fuere necesario, y prendais el cuerpo de Antonio Perez, secretario que fué del rey nuestro señor, donde quiera que le halláredes aunque sea en iglesia ó monasterio ú otro lugar sagrado, fuerte, privilegiado; y así preso, y á buen recaudo, le traed á las cárceles de este Santo Oficio, y le entregad al alcaide de ellas, al cual mandamos lo reciba de vos por ante uno de los notarios del secreto.—Dado en el palacio real de Aljafería de la ciudad de Zaragoza.—Licenciado Molina de Medrano. Doctor Antonio Morejon. Licenciado Hurtado de Mendoza.»

Habia llegado el terrible momento de la prueba: el alguacil Alonso de Herrera, provisto de otro decreto igual contra Mayorini, se presentó en la cárcel de la Manifestacion reclamando las personas de los prisioneros; pero se negaron á entregárselos, alegando el privilegio del fuero de la Manifestacion.

Volvióse Herrera á los inquisidores, y estos le enviaron á los lugartenientes del Gran Justicia con otro decreto en que se leia:

«Prescribímosles, en virtud de la Santa obediencia, bajo pena de escomunion mayor, de una multa de tres mil ducados por cada uno de ellos y demás penas reservadas, que dentro del tiempo de tres horas den y entreguen ó manden entregar realmente á nuestro alguacil las personas de los dichos Antonio Perez y Juan Francisco Mayorini, para que los traiga á estas cárceles, *no embargante cualquier pretensa manifestacion de sus personas* hecha y proveida, que no *puede* impedir lo sobredicho ni há lugar en cosas tocantes y pertenecientes á la fé, como estas son; y mandamos *revocar y anular la dicha manifestacion* como provision que impide el libre y recto uso y ejercicio del Santo Oficio, y notificar la dicha revocacion á todos los oficiales de su córte.»

Don Juan de Lanuza recibió esta órden á las nueve y media de la mañana en la sala del Consejo, donde estaba con sus cinco lugartenientes micer Gerónimo Chalez, micer Martin Bautista de Lanuza, micer Juan Gaco, micer Juan Francisco Torralba, y micer Juan Clavería.

Don Juan de Lanuza, Justicia Mayor, habia sido muy débil; habia tenido una entrevista la noche anterior con el marqués de Almenara, y seducido por las promesas de grandes recompensas, y aterrado por sérias amenazas, se habia prestado dócilmente á entregar los presos á la Inquisicion.

Así fué, que apenas recibido el decreto de los inquisidores, envió al secretario Lanceman de Sola, al macero Mateo Ferrer y al escribano de la causa, Mendibe, con órden de que sacasen de la cárcel de la Manifestacion á Antonio Perez y á Juan Francisco Mayorini, y los entregasen al alguacil Herrera.

Esta órden fué cumplimentada, y los presos fueron llevados á las prisiones secretas del Santo Oficio, á pesar de sus protestas.

El Justicia Mayor hacia traicion á los fueros, y todo pasaba por el momento sin contradiccion.

Hízose inventario de los efectos de Perez, y entre ellos se encon-

tró un ejemplar de los fueros, un retrato de su padre Gonzalo Perez, y una imágen de Nuestra Señora de los Dolores.

Pero á pesar de que esta traslacion se habia hecho con gran diligencia, y con el mayor secreto posible, apercibiéronse de ello algunos, corrió con la celeridad del rayo la noticia, los zaragozanos se miraron los unos á los otros, confusos, indecisos, como si los hubiera aturdido aquella noticia, escandalosa é irritante infraccion del mas bello de los fueros de Aragon.

Perez se habia preparado.

Sabia lo que se tramaba contra él en el Santo Oficio por medio del secretario de la Inquisicion Francisco Valles, que le debia aquel cargo.

Por otra parte, el inquisidor Morejon era mas aragonés que inquisidor, estaba de parte de Perez por la cuestion del fuero, y le servia en secreto avisándole de todo.

Perez habia tenido tiempo de preparar á sus partidarios.

Los nobles se habian puesto decididamente de su parte.

Entre ellos don Luis Gimenez de Urrea, conde de Aranda; don Miguel Martinez de Luna, conde de Morata; don Diego Fernandez de Heredia, baron de Bárboles y hermano del conde de Fuentes; don Juan de Luna, baron de Purroy; don Martin de Lanuza, baron de Biescas; don Martin Espés, baron de Laguna; don Pedro Sese, don Pedro de Bolea, don Iban Coscon, y muchos otros señores y caballeros que creian que en la proteccion de la persona de Perez estribaba la salvaguardia de sus instituciones.

Algunos de los mas amigos de Perez, entre ellos don Martin de Lanuza, don Pedro de Bolea y don Iban Coscon, se presentaron en la plaza del Mercado donde habia muchos aragoneses del pueblo ó del estado llano que se ocupaban del asunto sin saber qué hacerse ni qué partido tomar; pero todos estaban ansiosos por arrojar el grito de contrafuero y libertad y tomar las armas.

Pero la circunstancia de haber dicho el alcaide de la cárcel de los Manifestados al conde de Morata que habia entregado los presos por una órden terminante del Justicia Mayor, los tenia confusos por la veneracion que profesaban á aquel alto magistrado.

Las masas populares son como el mar: permanecen sin olas si no hay un viento que impulse sus aguas.

El viento que necesitaban los aragoneses vino á ser la escitacion de los amigos de Perez.

Los nobles, como siempre, se ponian al frente de una conmocion popular.

Las voces de contrafuero y libertad sonaron al fin.

Como por encanto, se llenó la plaza del Mercado de una multitud inmensa, y no se vieron por todas partes mas que rostros coléricos, y arcabuces, y picas, y espadas, y todo género de armas, enastadas y arrojadizas.

No se oia otro grito que ¡Aragon y libertad! ¡contrafuero!

Y los viejos, y las mujeres, y los niños, iban envueltos entre los hombres que adelantaban todos como una tromba hácia el palacio del Justicia Mayor, llevando á su cabeza á todos los nobles aragoneses que estaban en Zaragoza, menos al marqués de Almenara y alguno que otro vendido al rey ó temeroso.

Las puertas del palacio, aunque eran fuertes, fueron rotas al primer empuje, como si hubieran sido de papel; atropellados los maceros y los alabarderos del Gran Justicia, y la cabeza de aquella multitud furiosa penetró hasta la sala del Consejo, donde estaba don Juan de Lanuza con sus cinco lugartenientes y secretarios, ocupándose de la administracion de justicia.

Al ver aquella irrupcion formidable de hombres armados, violenta, aterradora, amenazadora, don Juan de Lanuza, que era un jóven de veinticinco años, débil é irresoluto, y que por debilidad é irresolucion habia tomado la resolucion mas peligrosa que podia tomarse en Aragon, esto es, la de quebrantar los fueros, se levantó pálido y aterrado, y dijo á los nobles en el momento que salvaban la barra, espada en mano:

—¿Por qué haceis esto? ¿no sabeis que este lugar es sagrado é inviolable?

—Sagrado é inviolable, sí, dijo el conde de Morata, cuando se sostienen los fueros por el Justicia Mayor con el valor de un aragonés; pero cuando el Justicia Mayor se aterra y rompe los fueros por servir á la tiranía, ó los vende como una mujercilla, este lugar no es inviolable, y se entra en él en nombre de la libertad de Aragon, para sacar hecho pedazos al Gran Justicia traidor.

Don Juan de Lanuza se defendió diciendo:

—Conde de Morata: yo no he faltado á los fueros ni he sido traidor, porque los procesos del Santo Oficio sobre materias de fé, están exentos de los fueros.

Dejaron estas palabras perplejos tanto al conde de Morata y a

los demás nobles, como á los de la multitud que habian penetrado en la sala del Consejo, y para salir de dudas y por un movimiento simultáneo, se fueron á la sala de la diputacion que estaba en el mismo palacio del Gran Justicia, y los partidarios de Perez lograron arrastrar consigo á algunos diputados, y los llevaron á la sala del Consejo para que intimasen al Gran Justicia restituyese los presos de que se habia apoderado el Santo Oficio á la cárcel de la Manifestacion.

Don Juan de Lanuza contestó á los diputados lo que habia respondido anteriormente, y los diputados se dieron por satisfechos, y dejaron el negocio en el estado en que estaba.

Desesperados los amigos de Perez, se decidieron á buscar su apoyo en el pueblo, y con el que ya tenian reunido, salieron del palacio del Gran Justicia y corrieron por las calles gritando desaforadamente contrafuero y libertad, y haciendo tocar á arrebato todas las campanas de las iglesias y monasterios junto á que pasaban.

Toda la poblacion de Zaragoza salió instantáneamente armada á la calle, y los sublevados, acaudillados por los principales de la ciudad, entre los cuales iba Gil de Mesa, el fiel criado de Antonio Perez, corrieron furiosos á la cárcel del Santo Oficio, al mismo tiempo que otra gran parte corria airada á asaltar la casa del marqués de Almenara, á quien acusaban de traicion y de haber sido la causa de lo que sucedia.

Los sublevados acometieron las puertas y los balcones de la casa del marqués de Almenara; pero los criados de este las habian cerrado, y en vano procuraron los acometedores romperlas á tiros y á pedradas.

Al ver lo infructuoso de sus esfuerzos, porque la casa era muy fuerte, y á mas de esto, los de adentro, desde lo alto de ella, la defendian, se valieron de un medio ingenioso.

Uno de los sublevados, llamado Gaspar Burces, se fué al tribunal del Justicia Mayor, que estaba siempre abierto para todo aragonés que tenia necesidad de querellarse, y declaró que un primo suyo llamado Domingo Burces que acababa de llegar de América, habia sido preso por el marqués de Almenara y encerrado contra fuero en la casa del marqués.

Don Juan de Lanuza conoció adónde iba el tiro, pero no pudo escusarse: era indispensable registrar la casa del marqués, para cerciorarse de si era cierta ó no la queja.

Dió, pues, órden á un macero y á un secretario para que fuesen con Burces á la casa del marqués, y la hiciesen franquear para manifestar al Domingo Burces si en ella se encontraba.

La situacion del marqués de Almenara no podia ser mas terrible.

Si desobedecia las órdenes del Gran Justicia, se hacia reo de muerte por delito de alta traicion: y si las obedecia, se entregaba sin defensa á los sublevados.

La casa estaba cercada por una multitud rugiente: no habia medio de escapar.

El marqués prefirió arrostrar de los dos peligros el mas remoto, y se negó á abrir la puerta, y por medio del macero y del secretario, avisó al Gran Justicia del peligro en que se encontraba.

Acudió Lanuza y encontró cercada la casa del marqués por una multitud de mas de tres mil hombres armados y decididos á todo.

Solo el respeto que se tributaba á la persona del Gran Justicia pudo impedir que los sublevados penetrasen con Lanuza por el postigo, que se abrió para darle paso, acompañado de Burces.

Mientras Burces hacia el papel de buscar á su primo, que no podia encontrar, los nobles amigos de Perez intimaron al asesor que con algunos arcabuceros habia quedado guardando el postigo, que si no intimaba al Justicia Mayor prendiese al marqués de Almenara, él seria tenido por traidor.

Aterrado el asesor por esta amenaza, llamó á voces al Justicia Mayor, y habiéndose asomado este á una ventana, el asesor le intimó en nombre del reino de Aragon y á grandes voces, pusiese preso al marqués de Almenara.

El pueblo gritaba de una manera horrible contrafuero y libertad, y se seguian disparando tiros sobre las puertas y las ventanas de la casa del marqués.

El Justicia Mayor respondió que nadie podia apellidar contrafuero y libertad antes que él diese este grito, y que si no se apaciguaban y se retiraban, haria apuntar los nombres de los alborotadores por un notario, y los perseguiria como rebeldes comuneros.

Estas palabras, harto imprudentes en aquellas circunstancias, irritaron á los sublevados, que ahogaron la voz de su Gran Justicia al grito unánime, terrible, de ¡Aragon y libertad! ¡contrafuero! ¡mueran los traidores!

Al mismo tiempo la mayor parte de los sublevados dispararon

sus arcabuces, pero contra las puertas y las ventanas de la casa, no contra el Gran Justicia, á quien todavía se conservaba mucho respeto.

Aterrado entonces Lanuza, como habia sido débil para ceder á los deseos del rey, lo fué, cediendo á los del pueblo, é intimó al marqués de Almenara se dejase conducir á la cárcel para terminar de aquel modo la insurreccion.

Sabia demasiado el marqués de Almenara la suerte que le esperaba si salia de su casa, y se negó á ello.

Débil aún Lanuza, volvió á salir á la ventana, hizo esfuerzos inútiles para que se retirase el pueblo, y le exacerbó mas y mas.

Los gritos eran ya espantosos; muchos hombres batian en brecha la puerta de la casa del marqués, valiéndose para ello como de un ariete de una enorme viga.

La puerta crujia; amenazaba ceder de un momento á otro.

La irritacion de los sublevados se habia convertido en furor.

Desconocian ya la autoridad del Gran Justicia y pedian frenéticos, no ya que fuese preso el marqués de Almenara, sino que este y sus criados les fuesen entregados.

—Pues bien, dijo entonces el Justicia Mayor; ¿me dais vuestra palabra de caballeros, hidalgos y hombres honrados, que si les hago salir, no sufrirán insulto alguno sus personas?

—¡Sí, sí, sí! contestaron á grandes voces.

El marqués de Almenara se negó obstinadamente á salir, á pesar de las seguridades que le daba don Juan de Lanuza.

Entonces este le mandó que le siguiese en nombre del rey por el bien y el sosiego de aquel reino.

El marqués de Almenara se resistió aún, como quien sabia que iba á ser hecho pedazos.

Pero en aquel momento, los sublevados, que habian roto la puerta, subian furiosos por las escaleras, y muy pronto llegaron á la cámara donde se encontraba el marqués.

Por el momento protegió á este el encontrarse entre el Justicia Mayor y el asesor Torralba.

Los aragoneses estaban demasiado acostumbrados al respeto á su Justicia Mayor.

Dejaron, pues, pasar entre el Justicia Mayor y el asesor al marqués de Almenara.

Cerraban aquel grupo el mayordomo y el jefe de los criados del

marqués, rodeados por los cinco lugartenientes del Gran Justicia.

Pero al salir á la calle, y á poco que anduvieron por ella, entre la multitud armada y terrible, se empezaron á oir por todas partes desaforados gritos de muera el traidor, muera el renegado, muera el perturbador del reino; mientras otros gritaban matarle, matarle, así escarmentarán los traidores, y no se atreverán á nuestras libertades.

Llegaba entonces el marqués de Almenara entre los que le rodeaban á la Seo.

Diego de Heredia y Pedro de Bolea dijeron á la gente que consigo tenian:

—¡Muera! ¡cuerpo de Dios! ¡muera!

A esta escitacion, los mas furiosos, perdido ya todo respeto, arrollaron al Justicia Mayor, al asesor, á los lugartenientes del Gran Justicia y á los criados del marqués, que pretendian ampararle, se apoderaron de él, le quitaron la capa con que se cubria, y le hirieron gravemente.

Estas heridas fueron tres puñaladas en la cabeza y otra en la mano derecha, que le hizo soltar la espada con que habia intentado defenderse.

Hubiera sido muerto definitivamente á no haberle rodeado algunos de los caballeros aragoneses á quienes, aunque sublevados por los fueros, habia conmovido lo terrible de aquel espectáculo.

No querian estos caballeros ir tan lejos.

Les bastaba con que el marqués fuese encarcelado y juzgado por ante el fuero.

Los criados del marqués fueron del mismo modo maltratados, y salvados á duras penas de una muerte instantánea.

¿Pero qué defensa era posible contra un pueblo irritado y tan bravo como el de Zaragoza?

Pareció muy peligroso continuar hasta la cárcel de la Manifestacion, y ensangrentado, golpeado, magullado, le encerraron en la cárcel Vieja, en la que murió á causa de sus heridas, catorce dias despues.

No teniendo ya con quién ensañarse los que habian acometido la casa del marqués, pero ansiosos todavía de venganza, corrieron á aumentar el número de los que habian salido de Zaragoza para ir al palacio de la Aljafería, y arrebatar á la Inquisicion las personas de Antonio Perez y Juan Francisco Mayorini.

CAPITULO X.

De cómo se vió libre Antonio Perez.

En la Aljafería tenia lugar un tumulto semejante al que habia terminado de una manera tan funesta en la casa del marqués de Almenara.

Pero la Aljafería era muy fuerte, y mucho mas enérgicos los inquisidores que el Justicia Mayor.

Se negaban rotundamente á entregar los prisioneros.

Para obligarlos á ello, don Pedro de Sese mandó traer muchas carretadas de leña, con intencion de poner fuego á la Aljafería.

La Inquisicion estaba á punto de ser tratada como ella trataba á los demás.

Entre tanto, los sublevados se estrechaban alrededor del castillo, gritando ébrios de rabia:

—¡Hipócritas castellanos, entregarnos al señor Antonio Perez y á su compañero, ó morís entre las llamas como vosotros matais á los demás!

Entonces, el virey de Aragon, don Jaime Ximeno, aterrado por el giro espantoso que tomaban las cosas, se trasladó al palacio de la Aljafería, acompañado del doctor Monreal, dependiente del arzobispo de Zaragoza, Bobadilla.

Los sublevados rodearon el coche del virey, y le dijeron:

—Virey: hacednos justicia; defended nuestros fueros y libertades ultrajadas.

—Fiad, hijos, contestó el virey, que yo os haré justicia, y os guardaré vuestros fueros y libertades.

Una aclamacion inmensa contestó á las palabras del virey.

El arzobispo Bobadilla escribió por su parte á los inquisidores:

«La casa del marqués están combatiendo, y no veo otro remedio para que no peligre su persona, sino que vuesas mercedes vuelvan á Antonio Perez y á su compañero á la cárcel de los Manifestados, pues entendiendo el pueblo que por lo que se les persigue es por delito de heregía, no se inquietará y dejará hacer al Santo Oficio de la general Inquisicion.»

Propicios se mostraban los inquisidores Hurtado de Mendoza y Morejon á obrar de acuerdo con los consejos del arzobispo; pero el feroz Molina de Medrano resistia, alegando que era una debilidad indigna del Santo Oficio ceder á las amenazas de una insurreccion popular.

Decidieron, pues, los inquisidores no entregar los presos.

Y como esto aumentase de una manera terrible la irritacion de los sublevados, los condes de Aranda y de Morata entraron en la Aljafería y conjuraron á los inquisidores para que entregasen á las personas de Antonio Perez y Mayorini, y evitasen de este modo la horrenda catástrofe que amenazaba.

Llegó en esto otra carta del arzobispo, en que les decia que el estado de las cosas se hacia cada vez mas amenazador, y que los sublevados esperaban la noche para poner fuego al palacio arzobispal, al del Justicia Mayor y al castillo de la Aljafería, y para entregarse á los mayores desórdenes.

Mientras los inquisidores deliberaban, llegó otra tercera carta mas apremiante del arzobispo, concebida en estos términos:

«Es forzoso de todo punto, si no queremos tentar á Dios, enviar á Antonio Perez y á Mayorini á la cárcel de la Manifestacion: no hay tiempo que perder. La casa del marqués de Almenara ha sido entrada á viva fuerza; y desconociendo los rebeldes la autoridad del Justicia Mayor y de sus lugartenientes, han maltratado y herido de tal manera al marqués de Almenara, que solo por un milagro podrá escapar con la vida. Consideren, pues, todo esto vuesas mercedes, y no dilaten la entrega de los presos.»

Intimidado al fin Molina de Medrano, que era el grave obstácu-

lo para la entrega de los prisioneros, cedió al fin, y entregó á Perez y á Mayorini al virey y á los condes de Aranda y de Morata.

Eran las cinco de la tarde.

Los inquisidores, sin embargo, al entregarlos, no habian renunciado á su derecho.

Intimaron al virey y á los condes de Aranda y de Morata para que los guardasen cuidadosamente, y para que la cárcel de la Manifestacion fuese para ellos como la cárcel del Santo Oficio.

Los zaragozanos recibieron con un ardoroso entusiasmo, con frenéticos gritos de alegría, con ardorosos vivas á la libertad, á Antonio Perez y á Mayorini, y los metieron en su coche.

Pero como no viesen todos á Perez, el virey le suplicó se pusiese de pié para que todos se asegurasen de que habia sido sacado de la cárcel del Santo Oficio.

El tránsito desde esta á la de la Manifestacion fué una verdadera marcha triunfal.

El pueblo entero de Zaragoza seguia el coche de Antonio Perez, y las casas de las calles por donde pasaba estaban colgadas con tapices que se habian puesto apresuradamente.

Los que iban alrededor del coche de Perez, le decian:

—Señor Antonio Perez: mientras esteis en la cárcel de la Manifestacion, asomaos tres veces al dia á la ventana para que os veamos y sepamos que estais allí, y no os han hecho agravio ni á vos ni á nosotros, rompiendo nuestras libertades.

El tumulto cesó en el momento en que Perez y Mayorini estuvieron puestos de nuevo bajo la proteccion de los fueros, y los zaragozanos se retiraron á sus casas contentos y satisfechos, sin pensar en la tormenta que les amenazaba, y que ya avanzaba sobre ellos.

Envióse inmediatamente un correo á Madrid con cartas del Justicia Mayor, del virey y del arzobispo, en que se hacia una relacion estensa de todo lo que habia acontecido el 24 de mayo de 1591.

El rey oyó además este relato de boca del mensajero, y sin inmutarse, sin perder ni un solo momento su imperturbabilidad, le dijo:

—Está bien, idos; ya se proveerá.

Se quedó solo, leyó detenidamente los despachos, y cuando los hubo leido, murmuró colérico:

—¡Los aragoneses! ¡sus fueros, sus libertades, esto es, su inso-

lencia! ¡ah! se han atrevido contra mí; me han creido tan débil como sus antiguos reyes: ¡ah! os habeis engañado, aragoneses; el rayo no responderá inmediatamente al ultraje, no: tengo contra mí al turco en el Mediterráneo; me amenazan los ingleses en el Océano; el prior de Ocrato revuelve á Portugal; los rebeldes Países-Bajos entretienen mis ejércitos; la liga con los católicos franceses contra los hugonotes es un asunto sagrado que no puede desatenderse: gózate en tu triunfo, escarnéceme, confia, Aragon; pero ¡ay de tí y de tus fueros! ¡ay del traidor Antonio Perez!

Sobrevinieron transacciones de arreglo.

El rey sabia cuán patente, cuán tenaz, cuán bravo era Aragon, y estaba dispuesto á olvidar lo pasado si los aragoneses se sometian de nuevo á su autoridad.

Los aragoneses, por su parte, estaban tambien dispuestos á ceder.

Habian vuelto sobre sí; les imponia respeto el poder de Felipe II; se habian enervado algo en los setenta y cinco años que habian trascurrido desde que estaban sometidos á la dinastía castellana, y no tenian una gran seguridad de defender la integridad de sus fueros sin esponerse á perderlos todos.

Habia pasado el momento de la efervescencia, y se habia olvidado á Perez, que no habia sido otra cosa que una causa.

Se llevó, pues, á cabo una transaccion.

La utilidad de esta transaccion debió parecerle tanto mas evidente á Felipe II, cuanto que el inquisidor Pacheco, habiendo empezado en Madrid el 15 de julio de 1591 una instruccion secreta acerca de los desórdenes del 24 de mayo, descubrió proyectos capaces por su naturaleza de despertar la desconfianza del rey.

El inquisidor Pacheco tomó declaracion á algunos testigos, entre los cuales se contaban Gerónimo Chalez y Juan Francisco Torralba, lugartenientes del Justicia Mayor, á quienes se habia depuesto de sus cargos, y se les habia obligado á salir de Zaragoza por haberse mostrado contrarios á Perez.

Eran otros testigos tres de los altos criados del marqués de Almenara, Antonio Añon, paje de Perez, y su denunciador Diego Bustamante, por tan largo tiempo adicto á su persona, y en tan buena posicion para conocer sus designios. Este declaró que era tanta la soberbia y arrogancia de Perez, que le habia oido muchas veces decir, en el tiempo que estuvo á su servicio: que habia de hallarse lí-

bre en las primeras Córtes que hubiese y á que asistiese el rey, y que le habia de pedir le restituyese doscientos mil ducados que le habia hecho de daño, y asimismo, que habia de hacer que reformase el tenor de la separacion que su majestad habia hecho en Zaragoza.

Tambien añadia que le habia oido decir: «Que iria á las Córtes con cuatro reposteros, cuales habian de ser en cuatro partes: las esquinas del repostero pintados grillos y cadenas; y en el medio tendido un potro, y por la orla, castillos y cárceles, y junto al potro, unas letras que dijeran: *gloriosa pro præmio;* en lo alto y en lo bajo, *decora pro fide*, y en el medio una letra en castellano que dijese: *barato desengaño*, cual declaracion de las dichas letras y significacion de las demás cosas, era muy descomedida segun él la declaraba. Y esta traza de reposteros y letras las hizo sacar en un papel por medio del maestro Basante, que leia gramática: Y este que declara dió ocho reales por mandado del dicho Antonio Perez al maestro Basante, para que se diesen al pintor que habia puesto en un papel, con sus colores azules y amarillos, la muestra de los dichos reposteros.»

Y tambien decia:

«Que en Nuestra Señora del Pilar habia de poner una lámpara grande, mayor que ninguna las que allí estaban, de plata, y por afuera, en un cerco alrededor, habia de estar una letra en latin que dijese: *Captivus pro evassione ex voto rediit: majora redituros pro uxoris natorumque liberatione de populo barbaro iraque regis iniqui et de potestate judicum, se men Chanaan.* La cual lámpara decia que habia de poner en razon de haberse huido de Castilla.»

Pero la declaracion de Diego Bustamante era mucho mas grave, aunque no denunciaba mas que hechos y dichos del tiempo de la estancia de Antonio Perez en Zaragoza.

Decia que hablaba Antonio Perez con palabras insolentes y soberbias contra el rey nuestro señor y sus ministros, y que Marco Craso habia estado seis meses escondido en una cueva, y despues habia triunfado de sus enemigos, y que podria ser que viniera tiempo en que el marqués de Almenara tuviera á buena suerte escaparse á uña de caballo, y que Rodrigo Vazquez, al cual no llamaba presidente, no hallaria cueva donde poder esconderse, todo esto amenazando revueltas y alborotos en España: y decia, que el duque de Saboya tambien se habia de perder, porque se queria levan-

tar demasiado, y que toda Italia le traia sobre ojo, y que Vandoma habia de venir á ser monarca de todo, y que era un gran príncipe y gobernaria muy á gusto de todos, y que si Aragon le creyese, se haria república como Venecia ó Génova, y así saldria de Castilla, y que á aquel reino seguiria toda la corona de Aragon, y en caso que no tuviese fuerzas contra el rey nuestro señor para salir con esto, se podrian dar á Francia, adonde los abrazarian con las condiciones que ellos quisiesen pedir.

Además, este que declara, entrando y saliendo algunas veces en el aposento del dicho Antonio Perez, vió y entendió que trataba con don Pedro de Bolea y con don Juan de Luna, no juntos los dos, sino diversas veces cada uno de por sí; y decia á este y á los demás, sus criados, que los que le seguian y servian tuviesen buen ánimo y no se cansasen, porque cuando este tiempo llegase, los haria hombres; porque el dicho Antonio Perez se persuadia que habia de tener en todo mucha mano, y que por su cabeza se habian de gobernar.

A mas de esta declaracion que dió en 25 de agosto Diego Bustamante, el 23 de julio habia dado otra en que decia, que Antonio Perez seguia una muy estrecha correspondencia con su amigo don Baltasar Alamos y Barrientos, que residia en Castilla, en la que se trataba de las grandes esperanzas que alimentaban de hacer una revolucion en aquella parte de España.

«Animo, señor, escribia don Baltasar á Perez, que Dios vuelve por nosotros: buena va nuestra causa: plagas vienen sobre Faraon; vuestra merced no desmaye, pues Dios le toma por sugeto como á Moisés para castigar la dureza de Faraon.»

En otras cartas decia:

«Que andaba ya muy adelante la traduccion del Cornelio Tácito, y que debajo de estos nombres Tiberio y Seyano, tocaba muchos puntos de la historia, porque no se retardase tanto en salir en público algo que entendiesen los amigos, y que seria la señal en la márgen; y muchas otras cosas que escribia, como discursos de Estado, esperanzas de rebeliones en Aragon, y aun en Castilla, de cosas de Francia, del Papa (que era Sixto) y de Venecia y otros.»

Todo esto no eran mas que puras ilusiones de un espíritu estraviado por el orgullo, la ambicion y la venganza.

No obstante, estos sueños de Perez parecian haber tomado cierto carácter de certeza y gravedad con la revolucion de Zaragoza.

Así es, que Felipe II aceptó sin vacilar el arreglo que se le ofreció por los principales aragoneses, despues de muchas deliberaciones y perplejidades.

Al principio pensaron los zaragozanos en enviar una embajada al Papa para que pusiese sus fueros antiguamente consagrados por el apoyo y aprobacion de la Santa Sede, al abrigo de las invasiones de la Inquisicion.

Pero este proyecto no se llevó á cabo; los miembros de la diputacion permanente del reino adoptaron otro.

Convocóse una junta, primero de cuatro, luego de trece jurisconsultos, para someter á su exámen la interpretacion de los fueros en el conflicto originado por el pueblo entre el tribunal del Justicia Mayor y el del Santo Oficio.

Estos trece jurisconsultos declararon que el derecho de Manifestacion de los fueros no podia espirar sino por sentencia definitiva del Justicia Mayor, y que por consiguiente anularla como habian hecho los inquisidores era un *contrafuero;* pero que no lo era el suspenderla, y que si por medio de segundas letras enviaban á buscar á los presos, no obstante cualquiera manifestacion, los lugartenientes del Justicia estarian obligados á entregárselos.

Esta era una interpretacion violenta del fuero, arrancada por la debilidad y por el temor, y que en ninguna manera podia satisfacer á los aragoneses.

El tribunal del Justicia y la diputacion permanente de las Córtes, admitieron esta interpretacion que entregaba á Perez y á Mayorini indefensos al Santo Oficio.

El conde de Morata, el de Sástago, el de Villahermosa y la mayor parte de los nobles aragoneses la admitieron tambien, y los magistrados de Zaragoza ofrecieron sostenerla con todo su poder, y hacer que el clero se adhiriese á ella.

Y no solamente hicieron esto, sino que hasta los mas amigos de Perez manifestaron que deseaban servir al rey y concluir con las turbulencias.

Esto era abandonar á Perez.

Y llegaron á mas: intentaron persuadir á Perez de que lo mejor que podia hacer era someterse al tribunal del Santo Oficio y trasladarse á su cárcel, para obtener así mejor su misericordia.

Y añadian, que de no hacerlo así, se perderia él y se perderian ellos sin poderle ser útil.

Perez contestó:

—Ninguno que bien me quiera puede aconsejarme tal cosa; porque ir yo á la Inquisicion seria lo mismo que ir á acabar con mi vida y con mi honra: y mas estando allí Molina, mi capital enemigo, que verteria gustoso su sangre por beber la mia; tan sediento está de ella. Si él no estuviera allí, ya me hubiera yo entregado mil veces en manos de Morejon ó de cualquier otro que me juzgara sin pasion y en justicia.

Perez enfermó á causa de la ansiedad en que se encontraba, y del duro tratamiento, que sabia, se daba en Madrid á su familia.

Se habia apoderado de él una ardiente fiebre: sin embargo, no decayó por esto su ánimo, y viéndose amenazado de cerca por una pérdida completa, se esforzó en buscar los medios para salvarse.

Escribió é hizo imprimir un folleto ó pasquin, como entonces se llamaba, que se distribuyó profusamente entre el pueblo, en el que les hacia ver la animosidad de los inquisidores, la debilidad del Justicia Mayor, la perfidia de los jurisconsultos que habian interpretado torcidamente el fuero de la Manifestacion, y la cobardía de los nobles aragoneses que habian sucumbido á su temor al rey.

Al mismo tiempo representaba al tribunal del Justicia Mayor, contrariando el dictámen de los jurisconsultos.

No habiéndosele contestado, y aumentando cada dia el peligro, hizo una nueva esposicion al mismo tribunal, á la que tampoco obtuvo respuesta.

Entre tanto los inquisidores lo estaban preparando todo para trasladarlo sin peligro de un nuevo alboroto á la cárcel de la Aljafería.

No teniendo ya esperanza alguna Perez, mas que la de evadirse de la cárcel de la Manifestacion, como se habia evadido de su prision en Madrid, concertó su fuga por medio de su fiel Gil de Mesa, con don Martin de Lanuza, y con otros seis ú ocho amigos, con cuya adhesion podia contar.

Diéronle una lima, con la cual trabajó tres noches Antonio Perez, cortando los hierros de la reja de su encierro. Una noche mas, y se hubiera conseguido el objeto.

Pero uno de los amigos de Perez, Juan de Basante, tuvo escrúpulos, y fué á consultar con algunos padres de la Compañía de Jesus.

Estos le dijeron que estaba obligado á revelarlo todo á los inquisidores.

Lo hizo así, y los inquisidores dieron cuenta de ello al Gran Justicia, que sorprendió en su faena á Perez, y le encerró en otro lugar mas seguro.

La traslacion de Perez á la cárcel de la Inquisicion se fijó para el 24 de setiembre.

Los inquisidores recelaban un compromiso semejante al anterior, ó acaso mas duro.

Pero se les tranquilizó manifestándoles que se habian tomado todas las medidas necesarias para que nada aconteciese, y que se contaba además con los labradores de la parroquia de la Magdalena.

En vista de esto, los inquisidores espidieron el dia 23 un decreto por el que se mandaba que el Justicia Mayor y uno de sus lugartenientes entregasen á Perez y á Mayorini á la Inquisicion.

Llevóle el 24 el secretario Lanceman de Sola al Justicia Mayor, que estaba ya en su tribunal con sus lugartenientes.

Hizo en seguida el Justicia Mayor llamar á los diputados del reino de Aragon y jurados de la ciudad de Zaragoza para conferenciar con ellos.

Dióse cuenta en público del negocio.

Los diputados y los jurados consintieron en que se entregasen á Perez y á Mayorini á la Inquisicion.

Entonces se dió lugar á la última formalidad oficial.

El lugarteniente micer Gerardo Clavería subió al tribunal, abrió la audiencia, y el escribano de la causa Juan de Mendibe, habiendo leido las piezas que esta contenia, pronunció la sentencia de estradicion en presencia de los abogados, procuradores y demás personas que allí habia, á quienes requirió le siguiesen y diesen consejo, favor y ayuda.

Entonces, micer Gerardo Clavería, con gran número de funcionarios, se trasladó seguido de un gentío inmenso á la cárcel de la Manifestacion, que estaba en la plaza del Mercado, y que encontró ocupada por tropas del virey, que estaban allí desde las tres de la mañana.

Una vez allí, entró micer Gerardo Clavería acompañado de otros dos lugartenientes en la cárcel de la Manifestacion, para sacar á Perez y á Mayorini y entregarlos al alguacil del Santo Oficio Alonso de Herrera.

Parecia que Perez estaba definitivamente perdido.

Sin embargo, tenia aún una sombra de esperanza.

Mayorini, que la echaba de astrólogo, le habia predicho que sus contratiempos cesarian en la luna de setiembre, y Gil de Mesa le habia escrito la noche anterior manifestándole que nada temiese, porque velaban por él sus amigos.

Gil de Mesa habia irritado de nuevo los ánimos de los que defendiendo á Perez defendian sus propios derechos.

Tanto habia trabajado Gil de Mesa, que el dia 24 por la mañana, don Diego de Heredia y don Martin de Lanuza se hallaban reunidos en casa de don Juan de Torellas con los hombres que este último habia traido, y Gil de Mesa estaba apostado en la casa de Diego de Heredia con una porcion de lacayos llenos de valor y resolucion.

En el momento en que iban á sacar á los presos para meterlos en un coche y trasladarlos á la Aljafería, don Martin de Lanuza salió de la casa donde estaba con la espada desnuda y la rodela al pecho, y seguido de alguna gente brava que engrosó la del pueblo, mandó disparar sobre los arcabuceros que estaban en la calle Mayor guardando la plaza del Mercado, los arrolló, y entró en ella por la puerta de Toledo.

Algunos momentos antes que él, habian llegado Gil de Mesa y Francisco de Ayerbe, que con un mosquete en la mano, seguidos de los lacayos armados de pedreñales y sostenidos por el pueblo, habian atravesado impetuosamente, la calle de la Albardería y penetrado en la plaza del Mercado, derribando de la primera descarga á los que la guardaban, gritando:

—¡Libertad! ¡libertad!

Acometidas á un tiempo y por diversos puntos las tropas del virey, se desbandaron sin resistir, abandonando á los sublevados la plaza.

El virey y todos los funcionarios que le acompañaban se acogieron á una casa y se encerraron en ella; pero los insurrectos la pusieron fuego, y solo pudieron escapar rompiendo paredes, y fueron á refugiarse en el palacio fortificado del duque de Villahermosa.

Del mismo modo el lugarteniente del Justicia Mayor y los demás funcionarios que le acompañaban y el alguacil del Santo Oficio, escaparon despavoridos, y se salieron por los terrados, á otras casas, entrando poco despues medio muertos en el palacio del Justicia Mayor.

Perez estaba libre.

Los sublevados le llevaron con Mayorini á casa de don Diego de Heredia, y allí, sin perder tiempo, montaron á caballo con Gil de Mesa, Francisco de Ayerbe y dos lacayos.

Salieron de Zaragoza rodeados de una inmensa muchedumbre que los aclamaba, y que fué acompañándoles hasta un cuarto de legua fuera de la ciudad.

Corrieron sin parar nueve leguas, hasta que estuvieron fuera de Aragon, y allí, separándose Perez de Mayorini, de Ayerbe y de los dos lacayos, continuó solo con Gil de Mesa, y permaneció oculto algunos dias en las montañas, saliendo solo de noche á buscar agua, y manteniéndose con el pan que habia sacado de Zaragoza.

Pero habiendo sabido que tropas del rey le andaban buscando, y siguiendo el consejo que le dió don Martin de Lanuza, volvió de noche á Zaragoza, donde el mismo don Martin le ocultó en su casa.

CAPITULO. XI.

De cómo Felipe II ajustició en don Juan de Lanuza los fueros de Aragon.

Felipe II habia recibido un mensaje del virey de Aragon, en que daba parte de lo que habia sucedido y de las medidas que habia tomado para dominar la insurreccion, ofreciendo enviar á la córte diputados testigos presenciales del suceso para que informasen mejor á su majestad.

El rey, segun su costumbre, no se alteró: ocultó con su terrible presencia de espíritu el despecho que le causaba la fuga de Perez, y escribió al virey manifestándole que recibiera á los diputados que se proponian enviarle y los escuchara con satisfaccion, encargándole de su parte así lo hiciese saber á *quien y como mas conviniese*.

Y añadia:

«No estoy menos sentido de vuestro peligro que agradecido del cuidado y celo que tuvísteis vos y los que os asistieron en el caso del dia 24 de setiembre: de ello os doy muchas gracias, y vos de mi parte las dais muy en particular á los que á aquello acudieron, como lo merece la fidelidad y amor que en ello mostrásteis todos á mi servicio y en bien de ese reino.—Dado en San Lorenzo á primero de octubre de mil quinientos noventa y uno.—Yo el rey»

No podia darse mas calma ni mas blandura: pero bajo esta apa-

rente tranquilidad, Felipe II alentaba los designios de castigar de una manera fuerte aquella insurreccion que tal brecha habia abierto en su autoridad.

No se trataba ya de las antiguas leyes y franquicias de aquel valiente reino.

Si los insurrectos se hubieran reducido á mantener en la cárcel de la Manifestacion á Antonio Perez, la cuestion hubiera sido árdua; se hubiera visto precisado Felipe II á embestir de frente con los fueros, en son de tiranía, y probablemente se hubiera ido muy á la mano.

Pero los enemigos de Perez habian visto que tanto el Justicia Mayor como la diputacion permanente del reino tenian miedo al rey, y abandonaban á Perez lavándose las manos como Pilatos.

Los parciales de Perez habian desechado los términos medios, y le habian puesto definitivamente en libertad; es decir, le habian robado.

Esto era lo mismo que retar de potencia á potencia al terrible Felipe II.

Este no podia dejar pasar pacientemente aquel esceso sin dar un golpe de muerte á su autoridad, sin alentar la tenaz aspiracion de independencia de los aragoneses, mal avenidos todavía por falta de tiempo y de costumbre al dominio de los reyes de Castilla.

La situacion cambiaba de aspecto; no era ya solo su venganza contra Perez lo que alentaba á Felipe II, sino tambien el restablecimiento de la influencia de todo su poder real sobre Aragon.

Felipe II, irritado terriblemente á causa de la fuga de Perez, no vió sin una profunda alegría una insurreccion que le autorizaba á destruir las leyes que hacian una especie de república adherida á la monarquía española, del reino de Aragon.

La suave y tranquila carta escrita al virey, no era otra cosa, por decirlo así, que un compás de espera, al cual debia seguir un terrible *crescendo*.

Ordenó, pues, Felipe II, al mismo tiempo que recibia afectuosamente á los diputados de Aragon, la formacion de un ejército en Agreda, villa fronteriza de Aragon.

El mando de este ejército se confió á don Alonso de Vargas, hombre de oscuro nacimiento y de no grandes dotes militares, pero ciegamente leal á Felipe II, y con muy pocas relaciones en el reino á castigar el cual se le enviaba.

Alarmáronse al ver un ejército delante de sus fronteras, y el 27 de octubre don Diego Fernandez de Heredia, don Pedro de Bolea, don Miguel de Sese, don Baltasar de Guisa, don Juan de Aragon, don Juan de Moncayo, don Juan Agustin, don Martin de Lanuza, Manuel don Lope, Cristóbal Irutin y muchos otros, intimaron á la diputacion permanente á que tomase medidas necesarias para la defensa del reino, segun el fuero del año 1300, é impusiesen pena de muerte con arreglo al fuero de 1361 al general Vargas y á sus soldados, si osaban poner su planta en son de guerra en el territorio aragonés.

Los diputados pidieron auxilio á todas las ciudades de Aragon, y exigieron á las diputaciones permanentes de Cataluña y Valencia socorros, en ejecucion del tratado convenido entre los tres países, dado el caso de que fuese acometido uno de ellos.

Manifestaron al mismo tiempo enérgicamente al rey, que la entrada de un ejército en el territorio aragonés seria una patente violacion de los fueros, por lo cual se verian compelidos á resistir con todas sus fuerzas.

E 2 de noviembre les contestó Felipe II lo siguiente:

«Diputados: todas vuestras cartas he recibido, así las que escribísteis con vuestros mensajeros, como las que despues me enviásteis de 28 y 27 del pasado. Con mucha confianza quedo de que en todo lo que se ofrece y en el acto y respuesta que se os presentó, habreis procedido como buenos y leales vasallos, conforme á vuestras obligaciones, especialmente no entrando como no entra mi ejército á ejercitar jurisdiccion, sino que yendo de paso á su jornada de Francia hace alto á dar fuerzas y calor á la justicia para que se pueda ejercitar por mano de los ministros de la naturaleza de este reino á cuyos oficios compete. Y así en tratar de si el ejército entra á ejercitar jurisdiccion y á hacer daño, os habeis hecho ofensa á vosotros mismos en pensar tal cosa, y se la hacen muy grande los demás que á esto se persuaden, y sobre tan vano fundamento hacen respuestas y ofrecimientos, y en todo ello desconfian de lo que deben. Fuera muy bien que se hubieran escusado lo uno y lo otro, y pues lo que se hace importa tanto al bien de todos, os encargo mucho que acudais vosotros á ello por vuestra parte, y á que no lo sean los principales delincuentes, que se sabe que son los menos, para envolver en sus culpas á tantos como hay bien intencionados, cuya opresion manifiesta y engaños con que

los procuran inducir me obliga al espediente que en el remedio sea dado, que será con harto mayor benignidad de la que ellos me dan lugar á que use, como lo entendereis mas particularmente cuando ahí llegue don Francisco de Borja, marqués de Lombay, á quien envio para enteraros de esta verdad. Vosotros entre tanto procurareis desviar pretensiones y respuestas tan voluntarias y escandalosas como la que se os ha hecho, que va mas encaminada á desasosegar todo ese reino, que á procurar reparo de fuero alguno ni de libertad, pues es cierto que no hay prueba de ello en la entrada de mi ejército: antes siempre mi voluntad ha sido y es de que los fueros se conserven, y de usar de toda la benignidad que hubiere lugar, y favoreceros poniendo en paz el reino y en perfecta concordia, procurando conservar en buena opinion y fama á mis súbditos. Y así, siendo este mi intento, será en mucho cargo y culpa de los que no quisieren entender mi voluntad; vosotros enterareis y satisfareis de ella como aquí se dice, para que por ninguna parte puedan tener escusa los que, sabiendo esto, voluntariamente se quisieren perder.—Dado en el Pardo á 2 de noviembre de 1591.—Yo el rey.»

Pero los diputados confiaron muy poco en esta carta, encaminada á sorprenderlos; consultaron con arreglo al fuero á trece jurisconsultos, los cuales fueron de dictámen que la entrada de un ejército castellano en Aragon debia considerarse como una violacion de los fueros, y resistirse á todo el poder del reino.

Por consecuencia, la diputacion permanente, el Justicia Mayor y sus lugartenientes, declararon el derecho y la necesidad de ponerse en defensa.

Se apellidó un armamento general.

Para capitan general del ejército que se reuniese, se nombró al Justicia Mayor don Juan de Lanuza, y maestre de campo á don Martin de Lanuza.

Para constituir el arma de artillería, se apoderaron de los cañones existentes en el palacio fortificado del conde de Villahermosa.

Pero ni Cataluña ni Valencia ni ninguna ciudad de Aragon, á escepcion de Teruel y Albarracin, les enviaron hombres ni dinero.

Zaragoza se quedó aislada, lo hemos dicho ya.

El poder de Felipe II era formidable, aterrador, y no podia medirse con él Aragon sin la certeza de ser vencido.

Al mismo tiempo, cuatro diputados aragoneses autorizados por

el Gran Justicia y por la diputacion permanente, se presentaron en Agreda á don Alonso de Vargas, y le notificaron que tanto él como sus soldados incurririan en pena de muerte, si pasando la frontera entraban armados en el territorio aragonés.

Vargas se encogió de hombros y les contestó con altivez:

—En Zaragoza alegaré mi justicia y mi derecho.

No habia ya que dudar: la respuesta de Vargas era una declaracion de guerra.

Apenas despedidos los diputados, el ejército castellano pasó la frontera en número de diez mil infantes y mil quinientos caballos entre ginetes ligeros y arcabuceros montados, con un gran tren de artillería y un gran repuesto de víveres y municiones.

En cuanto recibió la noticia por los corredores don Juan de Lanuza, mandó tocar á arrebato, desplegó el estandarte de San Jorge, y al grito de contrafuero y libertad apellidó á las armas á todos los aragoneses.

En seguida salió de Zaragoza con unos cuatro mil hombres, y á tres leguas de la ciudad esperó al ejército castellano.

Las escasas fuerzas populares que le seguian no eran á propósito ni aun para intentar la resistencia contra las tropas reales, bien armadas y pertrechadas, y compuestas en su totalidad de soldados viejos acostumbrados á los sufrimientos, al combate y á la victoria.

Por otra parte, don Juan de Lanuza, como ya hemos dicho, era débil y aun cobarde, y conociendo su impotencia y exagerándola, abandonó su ejército, y se retiró á uno de sus castillos.

El diputado don Juan de Luna y un jurado que le acompañaba huyeron tambien, por lo cual, desalentados los aragoneses que habian seguido á su Justicia Mayor, se volvieron tumultuosamente á Zaragoza, llevando á ella el terror y el desórden.

Los aragoneses querian ser libres; pero se habian enervado, y debian perder unas grandes libertades que se dejaban arrebatar sin combatir.

Don Alonso de Vargas, pues, marchó desembarazadamente á Zaragoza, y entró en ella el 12 de noviembre.

Antonio Perez escapó el 11, y pasando la frontera francesa entró en el Bearne, donde le recibió con gran distincion la hermana del rey de Francia.

Vargas ocupó militarmente á Zaragoza, y esperó las órdenes del rey, á quien dió parte de la ocupacion.

Felipe II aparentó una gran benignidad y un gran deseo de entrar en acomodamientos con los aragoneses.

Su comisario don Francisco de Borja, marqués de Lombay, llegó el 27 á Zaragoza, y desde el momento tuvo largas conferencias con la diputacion permanente, á fin de encontrar un medio que cohonestase el restablecimiento de la autoridad real con la inviolabilidad de los fueros de Aragon.

En 6 de noviembre, el rey habia nombrado virey de Aragon al conde de Morata en reemplazo del obispo de Teruel don Miguel Gimeno, que buen aragonés, al invadir las tropas castellanas su patria, se retiró á su obispado.

El nombramiento de virey, recayendo en el conde de Morata que habia tomado una parte activa en los acontecimientos que habian producido aquella situacion, inspiró confianza á los aragoneses, que creyeron que el rey estaba dispuesto de buen grado á un favorable acomodamiento.

Pero la diputacion permanente, encastillada en sus fueros, como si hubiera tenido fuerzas para defenderlos, declaró que no podia deliberar mientras estuviesen en Aragon las tropas castellanas.

En contraposicion de esta energía, de esta intransigencia pública, escribieron bajo cuerda una humildísima y degradante carta al príncipe de Astúrias, rogándole intercediese con su augusto padre para que los mirase con misericordia.

Esta carta increible cuando se recuerda la heróica bravura, la indómita altivez de los aragoneses, concluia con este vergonzoso período:

«Para esto envia el reino á don Fernando de Aragon á vuestra alteza, suplicándole le dé las manos, para que en nombre de todo este reino ponga en ellas las esperanzas de nuestro remedio, no desdeñándose vuestra alteza tener con nosotros este nuevo derecho, pues seremos suyos desde aquí adelante por misericordia, como lo somos por justicia y naturaleza. Guarde nuestro Señor la serenísima persona de vuestra alteza como la cristiandad há menester.»

Esta humillacion fué inútil, y no sirvió para otra cosa que para demostrar á Felipe II que podria destruir á mansalva aquellas aborrecidas libertades que tanto habian irritado á los reyes sus progenitores, desde que Aragon habia dejado de ser reino independiente para constituir uno de los estados de la monarquía española.

De repente, á la blandura, al no hacer nada, á las negociacio-

nes, sucedieron los rigores, las prisiones, los terribles tratamientos de todo género.

El 18 de diciembre llegó á Zaragoza el nuevo comisario don Gomez Velazquez, del hábito de Santiago, caballerizo del príncipe de Astúrias, portador de las terribles determinaciones de Felipe II.

Al dia siguiente, el duque de Villahermosa, que descendia de la casa real de Aragon, el conde de Aranda, y el Justicia Mayor don Juan de Lanuza, llamados al alojamiento del general Vargas, fueron presos en cuanto se presentaron.

En vano don Juan de Lanuza habia sido débil permitiendo se entregase á Perez á la Inquisicion, cediendo á la voluntad real, buscando espedientes para quedar bien con los unos y con los otros, abandonando á los insurrectos de Zaragoza á la aproximacion de las tropas reales.

Era el Justicia Mayor el rey del fuero, la representacion democrática de las libertades aragonesas, la cúpula en fin de un gran monumento.

Al ser destruido el monumento, la cúpula, aunque estuviese corroida, agujereada, podrida, inútil, debia caer entre los escombros.

Era la cabeza, y á ella iba el golpe.

Merecido castigo de la debilidad, de las transacciones, de las vacilaciones de don Juan de Lanuza.

En el momento en que fué preso, se le avisó de que se preparase á morir.

—¿Y quién es el juez que ha dado la sentencia? preguntó turbado.

—El rey, le contestaron.

—¿Y dónde está esa órden? repuso.

Diéronle un papel en que habia algunas líneas que decian así:

«En recibiendo esta prendereis á don Juan de Lanuza, Justicia de Aragon, y tan pronto sepa yo de su muerte como de su prision.»

Esta órden es moralmente un retrato completo de Felipe II.

—¡Cómo! esclamó el desventurado don Juan de Lanuza: á mí no pueden juzgarme ni condenarme mas que Córtes enteras con rey y reino.

—Eso era antes, replicaron: ya no hay en Aragon mas fueros que el fuero real.

Ya estaba dado el golpe.

La sentencia de Juan de Lanuza contra fuero, era la abolicion mas lata, mas concluyente de los fueros de Aragon.

Inmediatamente fué llevado á la cárcel, y le entregaron para que le preparasen á la muerte, á dos padres de la Compañía de Jesus.

Los vecinos de la plaza del Mercado se estremecieron aquella noche en altas horas, se taparon las cabezas con las cubiertas de sus lechos y temblaron.

Sonaban los golpes secos de algunos martillos en la plaza.

Era que se armaba el cadalso donde al dia siguiente debia ser ajusticiado Aragon en la persona de su Gran Justicia.

Pero nadie se atrevió á dejar el lecho, á coger su espada y su rodela ó su arcabuz, y á salir á la calle apellidando contrafuero y libertad.

Aragon habia muerto; mejor dicho, se habia suicidado.

Lo que se iba á ajusticiar al dia siguiente era su cadáver.

No, no son los tiranos los que matan las libertades de las naciones, sino los cobardes que no las defienden.

Los débiles no tienen mas derecho que llorar en silencio.

Aquellos aragoneses, tan bravos contra inquisidores y contra un puñado de alabarderos del virey, callaban dominados por diez mil hombres.

Afortunadamente, los aragoneses se lavaron de la sangre de don Juan de Lanuza en los dos inmortales sitios de Zaragoza y en la brava jornada del 5 de marzo.

Los pueblos padecen enfermedades, largas fiebres, dolorosos períodos de transicion.

En esas situaciones hay que considerarlos con misericordia; no están en plena salud, pero la recobran y vuelven á ser lo que eran antes de enfermar.

¿Cómo comprendeis á Zaragoza dominada por diez mil hombres bajo Felipe II, y doscientos años despues, sin fueros, sin libertades, capitaneada por frailes, resistiendo á un formidable ejército del gran conquistador?

Entonces el poder real lo habia corrompido todo.

Despues, España sin rey luchaba por su independencia, y Aragon volvia á ser invencible.

Al dia siguiente, el mísero don Juan de Lanuza fué sacado de la

prision entre frailes, montado en una mula, vestido con una loba negra, y conducido á la plaza del Mercado, donde se alzaba un patíbulo cubierto con negras bayetas.

Allí le degolló el verdugo en medio de una multitud aterrada: mas le hubiera valido morir como bueno á manos de los soldados de Vargas.

¡Y quién sabe! Tal vez el ejemplo de su heroismo hubiera inflamado la vieja sangre aragonesa.

Tal vez ante una lucha de gigantes, Felipe II se hubiera visto obligado á respetar las libertades aragonesas.

La debilidad de don Juan de Lanuza fué un mal ejemplo; fué lo que es la fuga de un general delante del enemigo para su ejército: la dispersion y la derrota.

¡Quién sabe, quién sabe si todo consistió en que Aragon no tenia una cabeza digna de él!

No podemos hacernos ilusiones; la historia es severa y habla muy alto.

Sobre el patíbulo habia en un palo un cartelon en que se leia en letras enormes:

«Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor á este caballero, por haber sido traidor y tomado las armas contra su majestad, su rey y señor natural, saliendo contra él al campo con pendon, bandera y aparatos de guerra, y por alborotador y conmovedor de esta ciudad y de las demás universidades de este reino y de los reinos comarcanos de esta corona de Aragon, so color de fingida libertad. Mandándole cortar la cabeza y confiscar sus bienes, y derribar sus casas y castillos; y además de esto, se le condena á las penas en derecho establecidas para los tales.»

La airada justicia ejecutada contra don Juan de Lanuza, causó una consternacion general en Aragon, que veneraba como una cosa santa á su primer magistrado, y habia fijado aquella veneracion en la familia de los Lanuzas, en la cual venia siendo hereditario aquel cargo desde ciento cuarenta y dos años antes, en que Alfonso V habia investido con aquella alta dignidad á Ferrer de Lanuza en 1450.

No fué esta la única ejecucion. El duque de Villahermosa, que habia cumplido como buen aragonés defendiendo los fueros y las franquicias de su patria, habia sido sacado de ella y decapitado en Búrgos.

El conde de Aranda no fué ajusticiado, porque se escapó del patíbulo, muriéndose tal vez del susto en la cárcel de Alaejos.

Pero los barones de Bárboles, de Purroy, de Sietamo, don Antonio Ferriz de Lizana, don Juan de Aragon, Francisco Ayerbe, Dionisio Perez de San Juan y muchos otros caballeros, y un crecido número de labradores y artesanos fueron ajusticiados, y el mismo verdugo Juan de Miguel, que fué ahorcado por su ayudante, librándose solo de este espantoso ajusticiamiento don Martin de Lanuza, baron de Biescas, gracias á haberse fugado á Francia, lo que no impidió, sin embargo, se le sentenciase á muerte, y como á los demás caballeros ejecutados, se le confiscasen sus bienes, se le derribasen sus casas y castillos, se arasen sus solares y se sembrasen de sal, y se le declarase traidor, lo que constaba en una inscripcion grabada en un poste infamante fijado en los solares arrasados.

Despues de esto, Felipe II espidió un decreto de amnistía que venia á ser una espantosa lista de proscripcion, por el inmenso número de personas de todas clases y condiciones que fueron escluidas.

En este documento, fechado en 24 de diciembre de 1592, se recordaban todos los desórdenes que habian tenido lugar en Aragon con mengua de *la autoridad real y del servicio de Dios*, *la criminal audacia con que habian marchado contra su ejército y estandartes reales*, *se ponderaba la suma benignidad que habia mostrado en el castigo de los culpables*, *que hubiera podido sentenciar en mayor número*, *y luego añadia:*

«Pero teniendo consideracion á la gran fidelidad de los de nuestro reino de Aragon, y como por algunos buenos cuanto mas por tantos, se hayan de perdonar muchos malos, usando de la clemencia y piedad que es natural, y tan conforme á nuestra inclinacion, y por el amor grande que tenemos al dicho nuestro reino de Aragon, y á los naturales de él, deseando por ellos recibir y acoger á nuestra gracia y amor á los otros que en esto han prevaricado, confiando que con la fidelidad antigua nos servirán y lo continuarán de bien en mejor: acordándonos de la obligacion que tenemos los príncipes de imitar á Dios nuestro Señor, que tantos pecados nos perdona; considerando asimismo que la mayor parte de los que se han mezclado en las turbaciones pasadas lo han hecho por falsa persuasion, violencia, miedo, descuido, y otra fragilidad humana, habemos acordado y determinado, con parecer, acuerdo y delibera-

cion de los del nuestro consejo de Aragon supremo, de remitir y perdonar, hacer y conceder la presente nuestra gracia y perdon.»

Los esceptuados de la amnistía eran todos los eclesiásticos del órden secular y regular; todos los nobles que habian tomado parte en aquellos sucesos, los capitanes de las compañías que habian salido de Zaragoza con Lanuza, los alféreces que habian levantado bandera, todos los jurisconsultos que habian declarado que se podia rechazar la entrada de las tropas reales en Aragon, y ciento diez y nueve personas mas.

La mayor parte de los escluidos se salvó con su fuga á Francia, y vivió espatriada hasta la muerte de Felipe II.

La tremenda severidad del Santo Oficio se unió al horror de estos castigos.

Felipe II era realmente un conquistador, y apelaba al terror para afianzar su dominacion.

Setenta y nueve personas fueron sentenciadas á muerte por la Inquisicion, é infamadas otro gran número.

El dia del *auto de fé*, á la cabeza de los condenados, iba la estátua de Antonio Perez.

El celo de la Inquisicion contra este habia llegado hasta el punto que se habia probado, no sabemos cómo, que Gonzalo Perez descendia de un tal Antonio Perez de Hariza, judío converso, quemado vivo por contumaz en la heregía, en Calatayud.

Está probado históricamente que Gonzalo Perez, secretario de Cárlos V, era hijo de Bartolomé Perez, secretario de los embargos del Santo Oficio de la inquisicion de Calahorra.

Su orígen era, pues, noble, lo cual establecieron deposiciones precisas y respetables, y fué mas tarde probado hasta la evidencia por testimonios auténticos.

Pero á los inquisidores les convenia otra cosa; desecharon las probanzas, y se obstinaron, apoyándose en pruebas amañadas, en que Antonio Perez era descendiente de judío quemado por el Santo Oficio.

Las acusaciones por las cuales sentenció á Perez la Inquisicion, no eran mas graves ni se probaron mejor.

La sentencia terminaba así:

«Invocado el nombre del Señor.

Debemos declarar y declaramos al dicho Antonio Perez por convicto de herege fugitivo y pertinaz, fautor y encubridor de here-

ges, y por ello haber caido é incurrido en sentencia de escomunion mayor, y estar de ella ligado, y en confiscacion y perdimiento de todos sus bienes, los cuales mandamos aplicar y aplicamos á la cámara y fisco de su majestad... Y relajamos la persona del dicho Antonio Perez, si pudiere ser habido, á la justicia y brazo seglar, para que en él sea ejecutada la pena que de derecho en tal caso se requiere. Y porque al presente la persona de dicho Antonio Perez no puede ser habida, mandamos que en su lugar sea sacada al auto una estátua que le represente, con una coroza de condenado, y con un sambenito que tenga de la una parte las insignias y figura de condenado, y de la otra un letrero con su nombre; la cual esté presente al tiempo que esta nuestra sentencia se leyere, y aquella sea entregada á la justicia y brazo seglar acabada de leer la dicha sentencia para que la mande quemar é incinerar. Y declaramos por inhábiles é incapaces á los hijos é hijas del dicho Antonio Perez, y á sus nietos por línea masculina, para poder haber tener y poseer dignidades, beneficios y oficios, así eclesiásticos como seglares que sean públicos ó de honra: y no poder traer sobre sí ni sus personas, oro, plata, ni perlas, piedras preciosas, corales, seda, chamelote, paño fino, ni andar á caballo, ni traer armas, ni ejercer ni usar de las cosas arbitrarias á los semejantes inhábiles prohibidas así por derecho comun, como por las leyes y pragmáticas de estos reinos é instrucciones del Santo Oficio.»

El 19 de octubre de 1592 se publicó el tremendo auto de fé que debia tener lugar al dia siguiente. A las tres, sobre la portada principal del palacio de la Aljafería, se puso el estandarte del Santo Oficio magníficamente bordado de oro.

Los balcones y las ventanas estaban colgados con ricos paños de damasco carmesí bordado de plata, y trompeteros y timbaleros repartidos en las ventanas y en el pórtico tocaban una especie de música estraña é incesante, que tanto tenia de salmodia como de música profana.

Llenaban las principales habitaciones del palacio los familiares del Santo Oficio naturales de Zaragoza, los comisarios régios llegados de la córte, y el arzobispo de Zaragoza representaba con plenos poderes al rey.

A las cinco de la tarde salieron por el pórtico en hileras de á dos á caballo los alguaciles del Santo Oficio precedidos por trompeteros y timbaleros: iban despues, en caballos magníficamente en-

jaezados y vestidos de gala, los familiares, notarios y comisarios del Santo Oficio.

Seguia luego, llevado por el conde de Morata, ginete en un soberbio caballo overo con gualdrapas de brocado, el estandarte de la Inquisicion, que habia estado puesto en el pórtico de la Aljafería.

Seguian al estandarte una multitud de nobles con los comisarios régios, con los tribunales y los altos oficiales del rey en Zaragoza.

Cerraba por fin el acompañamiento el alguacil mayor del Santo Oficio con el secretario del arzobispo, con su palio, familiares y criados presidiendo el acto.

Esta procesion tenia por objeto publicar el auto de fé pregonándole por los sitios mas públicos de Zaragoza, para noticiar las indulgencias que se ganaban por asistir y cooperar á un acto que tanto, segun se creia en aquellos tiempos, contribuia á la exaltacion de la fé.

Al salir esta procesion de la Aljafería, entre un gentío inmenso que habia acudido á la novedad, se dió el siguiente pregon:

«Sepan todos los vecinos y moradores de esta ciudad de Zaragoza, como el Santo Oficio de esta ciudad y reino de Aragon celebra auto de fé en la plaza Mayor de esta ciudad mañana dia 20 de octubre del presente año, y que se les conceden las gracias é indulgencias por los sumos pontífices dadas á todos los que acompañaren y ayudaren á dicho auto. Mándase publicar para que llegue á noticia de todos.»

De esta manera se dió el primer pregon, y la misma fórmula se guardó en todos los demás que se fueron dando en los puntos convenientes.

Despues, la comitiva de la fé volvió al palacio de la Aljafería, donde se puso de nuevo el pendon hasta el oscurecer que se quitó, retirándose á su casa cada uno de los que habian formado el acompañamiento, y la inmensa multitud que habia acudido á la publicacion.

Durante todo aquel dia y aquella noche se construyó en la plaza del Mercado un teatro ó tablado de ciento noventa piés de largo y ciento de ancho. Desde el plano de la plaza se elevaba este tablado trece piés. Subíase á él por dos escaleras de diez gradas, cuyos peldaños tenian media vara de hueco, poco mas de un pié de altura y trece de longitud con barandillas de madera.

Por una de las escaleras debian subir todas las personas que autorizaban el auto, y por otra los sentenciados.

En el plano del teatro se determinaron tres corredores: el primero desviado siete piés de la pared y corria este desvío por toda la longitud de él.

Tenia este corredor catorce piés de ancho y cincuenta de largo. Sirvió para poder pasar la procesion de los reos por delante del arzobispo y que este los pudiese ver.

A distancia de veintidos piés de este corredor se formó otro de diez y seis de ancho y cincuenta de largo, en el cual se hizo un tarimon á la parte de Oriente, en el medio del largo de su línea, de cuatro piés de alto, cinco de ancho y ocho de largo.

Sobre él se construyeron dos jaulas con verjas, de dos piés en cuadro y tres y medio de alto, con sus portezuelas por donde pudiesen entrar los reos á oir sus causas y sentencias.

Delante de estas jaulas, á los dos costados de ellas, habia dos escaleras con cuatro gradas cada una, para subir y bajar á las mismas.

Enfrente, en el mismo corredor y arrimado á ellas, se hicieron dos cátedras ó púlpitos para leer las causas y sentencias de los reos, y en el intermedio de las dos cátedras se colocaron dos bufetes para poner en ellos las dos arquillas que contenian las sentencias y causas.

Frente á los dichos bufetes se pusieron bancos donde se sentaron los secretarios del Santo Oficio.

En el primero, á la derecha del arzobispo, los dos secretarios, y en los demás bancos que habia en el intermedio de las cátedras, estaban los abogados de presos, relatores y otros ministros guardando su antigüedad respectiva, acompañados de diez religiosos de Santo Domingo, que asistieron para leer las causas y sentencias.

A distancia de treinta y dos piés se hizo otro corredor de diez y seis piés de ancho, que coronaba la parte esterior del teatro que miraba á Oriente: con estos tres corredores se formaron dos patios con el ancho de veintidos y treinta y dos piés iguales de largo.

El de veintidos piés era el inmediato al balcon del arzobispo, y sirvió para los alabarderos del virey; y el otro, con el hueco de los tres corredores que estaban á la parte de la plaza, para las familias de los inquisidores.

En el ángulo norte del tablado se puso el altar, el púlpito y

bancos para los oficiales del rey en Zaragoza y personas seglares de distincion que asistian al auto.

Debajo del tablado de los reos habia otras cuatro divisiones que sirvieron de oficinas y refectorio donde pudiesen comer y restaurarse los ministros.

Todo cupo con mucho desembarazo en la fábrica grande de este edificio, el cual causó no poca admiracion, así por la brevedad con que se ejecutó, como por la firmeza con que estaba fabricado.

Adornóse el teatro por la parte del trono con vistosas alfombras y colgaduras.

Las primeras cuatro gradas altas, de damascos carmesíes; y el plano del tablado donde estaba el trono, de ricas alfombras.

Sobre la grada del sólio habia una riquísima silla con almohada de terciopelo carmesí á los piés, y una cubierta tambien de terciopelo del propio color sustentaba la cruz y campanilla.

Cubria el sólio un magnífico dosel con las armas reales y las del Santo Oficio, y á la correspondiente altura pendian colgaduras en que alternaban tambien las armas del rey y las de la Inquisicion.

Las tres gradas mas inmediatas al plano y las escaleras estaban cubiertas de hermosas alfombras, y el mismo adorno tenia la escalera principal por donde habian de subir los consejos y tambien el plano ó superficie del tablado y los tres corredores.

El altar en que se fijó la cruz verde estaba adornado con candeleros de plata, y la cruz verde cubierta con velo negro.

Delante del altar habia doce blandones de plata, seis á cada lado, con sus hachas encendidas: en el plano de la primer distancia del lado, en que estaban los reos, habia nueve filas de bancos cubiertos de tapices para sentarse los ministros y religiosos que asistian á los reos.

Preparóse para el arzobispo un balcon, y en el inmediato á él se abrió la barandilla y se hizo una escalera para bajar de allí al tablado, cubierta con una alfombra, á fin de que el inquisidor mayor pudiese subir á tomar el juramento al arzobispo como representante del rey.

Todos los gastos que se hicieron corrieron de cuenta de la ciudad, menos las colgaduras y los adornos del tablado, que se hicieron por cuenta de la Inquisicion.

Preparado todo esto, al amanecer del dia 20 empezó el terrible auto de fé.

La procesion salió del palacio de la Aljafería en este órden:

Iban guiando dos regidores perpétuos de la ciudad de Zaragoza con bastones en las manos, y tras ellos cinco familiares del Santo Oficio.

Detrás iba una compañía de soldados de la Fé con arcabuces, mosquetes y partesanas, cubiertos de plumas y sedas.

Al salir las cruces blanca y verde, llevadas por frailes dominicos, el alférez de la compañía abatió la bandera, y los soldados hicieron salva.

Despues iba un grupo de familiares.

Luego los niños y los hermanos del Hospicio, guiados por otros dos familiares.

Todos llevaban velas verdes en las manos.

En seguida iba el estandarte de la Inquisicion, llevado por el alférez mayor de Aragon, al que rodeaban muchos caballeros de la alta nobleza aragonesa.

Iban detrás las comunidades de frailes con sus respectivos estandartes.

Seguian gran número de notarios y comisarios.

Continuaban los ministros del consejo de Aragon.

Seguian detrás de los alcaides de la cárcel del Santo Oficio, y entre alguaciles del tribunal, los setenta y nueve reos sentenciados con coroza y sambenito.

Los que estaban relajados para ser quemados vivos, llevaban pintadas en las corozas y los sambenitos llamas rojas para abajo, y en medio diablos y sabandijas horribles.

La coroza era una especie de cucurucho cónico que servia de gorro al sentenciado, de bayeta amarilla, y el sambenito una especie de dalmática, de bayeta amarilla tambien, que les llegaba hasta las rodillas.

Estos desgraciados, tanto los hombres como las mujeres, iban descalzos de pié y pierna, con una soga al cuello que les arrastraba, y esposas en las manos.

Los otros relajados á morir, pero que habian sido reconciliados, llevaban la misma coroza y el mismo sambenito, pero con las llamas para arriba y sin diablos ni sabandijas.

Estos, antes de ser quemados, debian ser engarrotados.

Detrás de estos reos sentenciados á muerte, iba en estátua, porque no podia de otra manera, Antonio Perez, con coroza y sam-

benito de quemado vivo, y con un rótulo en el pecho que decia:

«Este es Antonio Perez, secretario que fué del rey nuestro señor, relajado y entregado al brazo seglar de la justicia por herege protervo y contumaz.»

Los reos con abjuracion de levi, es decir, los que no estaban sentenciados á muerte, sino á reclusion perpétua, á galeras, ó penitenciados mas ó menos gravemente, llevaban tambien coroza y sambenito, pero sin llamas ni diablos, y solo con la cruz roja de San Andrés.

Los que debian ser azotados llevaban tambien soga al cuello, con tantos nudos como cientos de azotes habian de sufrir.

Todos los reos iban auxiliados por religiosos: los unos para prepararlos mejor á la muerte, y los otros para mantenerlos en su arrepentimiento.

Cerraba, por último, la marcha una nube de familiares y alguaciles.

Esta procesion recorrió los mismos sitios que habia recorrido el dia anterior la publicacion del auto.

Colocados en sus puestos todos los que componian la procesion, incluso los reos, cuyos detalles seria prolijo enumerar, el arzobispo de Zaragoza, en representacion del rey, bajó por la escalera que estaba al lado del balcon, donde se habia elevado el trono al tablado, y delante del altar prestó juramento, que fué en la forma siguiente:

«¿Jurais y prometeis en nombre de su majestad el rey nuestro señor, defender á todo poder la fé católica que tiene la Santa Madre Iglesia apostólica romana, y la conservacion y aumento de ella, y perseguir y mandar perseguir á los hereges y apóstatas contrarios de ella, y mandar dar y dar el favor y ayuda necesario para el Santo Oficio de la Inquisicion y ministros de ella, para que los hereges perturbadores de nuestra religion cristiana sean prendidos y castigados conforme á los derechos y sacros Cánones, sin que haya omision de parte de su majestad ni escepcion de persona alguna de cualquiera calidad que sea?»

El arzobispo respondió en nombre del rey:

—«Así lo juro y prometo en nombre de su majestad por su fé y palabra real.»

Y el inquisidor mayor replicó:

—«Pues obrando su majestad así, como de su gran religion y

cristiandad esperamos, ensalzará á nuestro Señor en su santo servicio á su majestad y todas sus reales acciones, y le dará tanta salud y larga vida como la cristiandad há menester.»

Acabado el juramento, hizo el inquisidor mayor reverencia al arzobispo, y lo mismo hicieron los que le acompañaban.

A este tiempo dijo el celebrante el introito de la misa, ayudándole uno de los sacristanes de la catedral.

La misa fué dicha en conmemoracion de San Pablo, y el frontal colorado correspondiente á la fiesta del dia.

Habiéndose sentado luego el celebrante, subió al púlpito el predicador, y teniendo á su lado á un capellan con el misal y la cruz, recitó el juramento del pueblo en voz alta en esta forma:

—«Nos el corregidor y alcaldes, alguaciles, caballeros, regidores y hombres buenos, vecinos y moradores de estos reinos, y de otras cualesquiera ciudades, villas y lugares, como verdaderos y fieles cristianos, obedientes á la Santa Madre Igiesia,

Juramos y prometemos por Santos cuatro Evangelios que delante de nos están puestos, que daremos y haremos tener, y guardaremos y haremos guardar la santa fé de Jesucristo, y lo que la Santa Iglesia romana tiene, predica y manda; que esta santa fé con nuestras fuerzas todos defenderemos en tal manera, que los hereges y los que los creyeren, defendieren y recibieren y ampararen, sean prendidos y castigados; y asimismo los difamados y sospechosos del dicho delito de heregía y apostasía, perseguiremos, tomaremos y haremos tomar en cuanto pudiéremos y nuestras fuerzas bastaren; y que los acusaremos y denunciaremos á la Iglesia y á los inquisidores donde supiéremos que ellos ó alguno de ellos estuvieren, no les daremos ni cometeremos ningun oficio ni beneficio á las dichas personas sospechosas y difamadas del dicho delito de heregía; y que no los recibiremos ni tendremos en nuestra familia ni en nuestro servicio, ni tomaremos consejo de ellos. Y si por ventura alguno de ellos con ignorancia hiciere lo contrario, despues que á nuestra noticia viniere, repeleremos y lanzaremos al herege de nos y de cada uno de nos: y que en todas las otras cosas que al oficio y ejercicio del Santo Oficio de la Inquisicion y ministros que le pertenezcan y convengan, seremos obedientes á Dios nuestro Señor y á la Santa Madre Iglesia romana, y al Santo Oficio de la Inquisicion, así con nuestros oficios como con nuestras personas, así nos ayude Dios y estos Santos Evangelios y la cruz que ante nos está: y si así lo hi-

ciéremos, Dios nuestro Señor, cuya es esta causa, nos ayude en este mundo los cuerpos, y en el otro las almas; y lo contrario haciendo, ÉL nos lo demande mal y caramente como á malos cristianos, que á sabiendas perjuran su santo nombre en vano.»

A lo que contestaron todos:

—«Amen.»

Hemos insertado en estas páginas estas largas fórmulas, para que se vea hasta qué punto la religion se habia inmiscuido en el Estado, ó mejor dicho, el clero, dominándolo todo, invadiéndolo todo, sobreponiéndose á toda autoridad, usurpando á Dios el castigo de las conciencias: y hemos dicho mal al decir la religion: la religion es una y sola; el catolicismo es santo, social, conveniente, imprescindible: sus grandes verdades son eternas, inmutables; provienen de Dios.

Somos ardientes católicos; pero Dios nos libre de ser neocatólicos; es decir, esplotadores de una santa idea, esplotadores de una santa palabra; ateos, que no tienen mas Dios que la avaricia y la soberbia; fariseos que pretenden ser tenidos por santos, cuando solo son demonios, y demonios pequeños y repugnantes; porque ni aun en el mal se encuentra en ellos grandeza.

No somos ni déspotas, ni sanguinarios, ni esclavos.

Por eso levantamos nuestra voz en nombre de Dios y de la humanidad contra todas las tiranías, contra todas las infamias, contra todos los crímenes, y porque consideramos á la Inquisicion como un crímen horrible de fariseos audaces, que siendo ministros del Señor, se atrevieron á hacer sacrificios de sangre humana al Dios de las misericordias, á adoptar formas estravagantes, á desplegar en fin el horror y la saña de corazones envenenados: por eso no nos hemos detenido en los detalles de la venganza de un tirano, y hemos reposado en la espantable pompa de un auto de fé del Santo Oficio.

¿No veis al fraile airado, aspirando con delicia el repugnante olor de la carne humana quemada?

¿No veis á un rey arrojando á la infame hoguera el primer hacecillo de leña bien seca para que ardiera bien?

¿No veis los magnates, los grandes de la tierra doblando humildes las cabezas ante el clero irritado, y al vulgo estúpido respondiendo amen, al blasfemo, al sacrílego juramento del Santo Oficio?

¿Qué era un auto de fé, mas que la infame imitacion de los sa-

crificios sangrientos hechos por pueblos bárbaros á divinidades horrendas?

Pero no insistimos: la Inquisicion está juzgada, anatematizada: sus cárceles han sido destruidas por la ira de una generacion que no era ya bastante fanática para desconocer lo horrible, lo absurdo, lo sanguinario de aquel tribunal sombrío.

La Inquisicion ha muerto y el catolicismo vive.

¿Para qué, pues, necesitaba la religion el Santo Oficio?

El Santo Oficio no fué otra cosa que una barbarie producida por una manera de ser de la sociedad.

La sociedad ha progresado en la ciencia, en la luz, y sabe ser cristiana sin quemar á sus semejantes por crímenes puramente contra la fé.

Pasó como todas las cosas contingentes, y como lo santo no es contingente, hé aquí que la Inquisicion no debió llamarse nunca santa: fué un abuso; el resultado de una interpretacion violenta de las Sagradas Escrituras; la hermana del derecho divino de los reyes, que es tambien otra interpretacion violentísima del *pro me reges regnant*, á lo que puede decirse que todo lo que existe es de derecho divino, porque todo lo que existe, existe por Dios.

Este auto de fé fué el último golpe, el golpe de gracia de las libertades aragonesas: no bastaba haber sumergido en sangre aquellos venerandos códigos; era necesario quemarlos y aventar sus cenizas.

Pero aún no bastaba esto á la suspicacia de Felipe II; era necesario que Aragon sancionase aquel acto de tiranía, aquel abuso de la conquista, y para esto Felipe II convocó Córtes de Aragon en Tarazona, y aquellos diputados que veian aún la sangre del patíbulo y sentian el calor de la hoguera de la Inquisicion, fueron débiles y cobardes y abolieron los fueros, dejando de la antigua y admirable constitucion aragonesa una forma irrisoria.

El poder real no tuvo ya nada que le contrariase en España.

Cárlos V habia matado en Villalar las libertades castellanas: Felipe II mató en Zaragoza las libertades aragonesas.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

CUARTA PARTE.

LA CONSUMACION

DEL MARTIRIO.

CAPITULO I.

De cómo murió Felipe II, y de la situacion en que se encontraban á su muerte doña Juana Coello y sus hijos.

Han pasado seis años.

Felipe II habia muerto el domingo 13 de setiembre de 1598 á las cinco de la tarde.

El dedo de Dios habia tocado la frente del soberbio y le habia hundido en el polvo.

Aquel rey poderoso, terrible, personificacion la mas completa del absolutismo de los reyes, que habia mantenido durante su largo reinado una lucha de gigante, que habia perturbado la Europa, que habia apurado el horror en todas sus fases, hasta dentro de su familia, que habia resistido al embate de sus pasiones, que habia sido siempre grande aunque con una grandeza opaca, sombría, murió miserablemente, cubierto de piojos.

¡Qué grande es Dios! ÉL sumerge en el lodo á los gigantes; ÉL arroja la miseria sobre la grandeza; ÉL sentencia y castiga lo que no pueden sentenciar ni castigar los hombres.

Sucedióle Felipe III, príncipe de carácter dulce y débil, nacido para vivir supeditado á un favorito, para ser rey de nombre mientras lo era de hecho don Francisco de Sandobal y Rojas, marqués

de Denia, duque de Lerma, secretario de Estado y del Despacho Universal.

Creyó Perez, creyó su familia, lo creyeron todos, amigos y enemigos del ministro proscripto, que con la muerte de Felipe II terminarian las consecuencias de aquel largo y triple proceso civil, criminal y religioso, que habia empezado en la plazuela de Santa María con el asesinato de Juan de Escobedo, que habia terminado personalmente para Perez en su fuga de Zaragoza, que continuaba aún en su ostracismo, y con la cautividad de su familia.

Pero habia muerto el formidable Felipe II; si el débil Felipe III ningun interés tenia en continuar las desgracias de Antonio Perez, era este aunque viejo ya demasiado terrible por sus grandes talentos políticos y por sus raras dotes para la intriga para que Lerma no cuidase de tenerle alejado, dominado por una terrible sentencia, fuera, pues, de combate.

Así es que todas las solicitudes de Perez y de su familia se estrellaron contra la negativa del monarca, aconsejado por el recelo del duque de Lerma.

Los Vazquez, por su parte, devoraban una venganza sabrosa: tenian influencia en la córte y hacian cuanto les era posible para que sus víctimas no se les escapasen.

La situacion de Perez no podia ser mas precaria.

Enrique IV le habia recibido bien, habia usado de los secretos de Estado y de las noticias que traidoramente le habia dado de Felipe II Antonio Perez; pero habia recompensado muy mal aquellas traiciones, porque sabido es que Enrique IV tenia muy poco dinero, y era además muy miserable.

A Perez se le habia señalado una pension de cuatro mil escudos, y se le habia dado, para que la habitase, una casa vieja frente á los Celestinos en París.

Perez no habia cesado de trabajar para que se revisara su proceso, se le hiciese justicia, particularmente á su mujer y á sus hijos, que sin ninguna culpa, especialmente los últimos, estaban en prision.

Habia procurado atraerse los embajadores de España en París, habia trabajado con la Santa Sede, habia pretendido hacer traicion á Enrique IV sirviendo al rey de Inglaterra, como se la habia hecho á Felipe II sirviendo á Enrique IV, y todos le habian oido menos Jaime de Inglaterra, que al saber que Perez estaba en territo-

rio inglés, declaró que si Perez no se iba de Inglaterra, él se marcharia de ella.

Pero aunque todos escuchaban á Perez por el prestigio que le daba la altísima posicion que habia ocupado, la lucha que habia sostenido con el mas formidable rey de los tiempos modernos, sus aventuras, sus desgracias y las de su familia, aunque todos mostraban compadecerle y estimarle, Perez no obtenia nada positivo, mas que vanas palabras, y por la casa real de Francia el reñido pago de una pension mezquina.

Perez era intemperante, vano, irascible, confiado, mas de lo que hubiera debido, en su valía, inconsecuente, imprudente, traidor; y solo por la seduccion de su trato, por la elocuencia de su palabra, por el don de gentes que poseia en alto grado, pudo contar con una sombra de amistad de algunas personas benévolas.

Perez no tenia corazon, ni firmeza propiamente dicho: era ingrato y despreciador de toda obligacion.

Si á sus grandes talentos políticos, á su instruccion, á su buen ingenio, hubiera unido la prudencia, la lealtad y la pureza en la gestion de los negocios, no hubiera sobrevenido ninguna de sus desgracias, hubiera sido un modelo de ministros, y hubiera influido de una manera muy favorable para España en la política de su tiempo.

Felipe II se habia hecho durante mucho tiempo sordo y ciego para los defectos y aun para las faltas de Perez: pero ni Felipe II ni hombre alguno pudo perdonar ni hubiera perdonado la inmensa traicion, el humillante desprecio que representaban las relaciones amorosas de Antonio Perez con la mujer á quien mas habia amado Felipe II.

En la princesa de Eboli hay que buscar la clave, el orígen de aquel largo y sombrío drama.

Perez habia jugado con la fortuna, la habia despreciado, la habia cansado, y la fortuna le habia dejado caer desde lo alto de su rueda, y con tal violencia, que no debia levantarse mas.

En su caida habia arrastrado consigo á su inocente familia.

Cuarenta años contaba doña Juana cuando entró en prision con sus hijos, en cinta de ocho meses del último, y en todo el esplendor de su lánguida y espiritual hermosura.

Gonzalo, el mayor de los hijos, contaba veinte años.

Doña Gregoria, la segunda, quince.

Los otros eran de nueve años abajo.

Ya sabemos cuánto habia hecho sufrir á esta pobre familia Rodrigo Vazquez de Arce, impulsado por el doble motivo de su amor despreciado por doña Juana, y de los celos que le habia causado la privanza de Antonio Perez.

Vazquez, que no podia sacar de las penas de cámara todo lo que necesitaba para afligir con vejaciones á esta pobre familia, se habia apoderado de un beneficio de veinte mil escudos de renta, que el Papa Gregorio XIII habia concedido á Gonzalo, el mayor de los hijos de Perez, en recompensa de algunos servicios que este le habia hecho usando de su influencia como ministro universal de Felipe II.

Este beneficio no habia podido confiscarse, porque hubiera sido absurdo confiscar los bienes del hijo á causa de los delitos del padre.

Pero como Gonzalo era menor de edad, y su madre estaba presa é inhabilitada, y su padre sentenciado y proscripto, Vazquez, á título de tutela legal, y como juez de la causa criminal de Perez, se habia apoderado de esta renta, encontrando medios para que el rey aprobase aquel despojo, y empleaba los dos mil escudos en mantener siempre como testigos de vista entre esta infeliz familia, hombres bajos y soeces, no embargante el pudor siempre respetable de una señora y de cuatro doncellas.

Muchas veces doña Gregoria y sus hermanos tenian que cubrir su desnudez con sus brazos para librarla de las miradas groseras de aquellos *galfarrones*, como los llama enérgicamente Perez en una sentida queja, cuando se ocupa del estado lamentable en que se encontraba su familia.

Parecia que, sin embargo, la fuerza de su alma sostenia á doña Juana.

Estaba flaca, muy flaca; pero á pesar de que cuando murió Felipe II contaba próximamente cincuenta años, á pesar de que habia sufrido cuanto puede sufrir una criatura, ni sus cabellos se habian encanecido, ni el brillo de sus ojos se habia apagado, ni las arrugas habian surcado su tez, ni su salud habia decaido, ni su alma se habia postrado.

Y era su situacion contínua y la de sus hijos, el hambre, el frio, la desnudez, la miseria de todo género, la laceracion del espíritu, el tenaz empeño amoroso de Rodrigo Vazquez, la insistente rabia de este contra aquella pobre familia.

Inútilmente querríamos consignar dia por dia todos aquellos sufrimientos; el lector puede suponerlos.

Calabozos infectos en la cárcel real; la separacion de todos los individuos de la familia; su reunion de tiempo en tiempo y por pocas horas, y esto á causa de las reiteradas, de las desesperadas instancias de doña Juana; un alimento grosero, escaso, de ínfima calidad, mal sano; lechos miserables; muebles toscos; oscuridad por la noche; frio siempre, porque en aquellos calabozos siempre era invierno: la presencia forzada de los sicarios de Rodrigo Vazquez; el no leer las cartas del marido y del padre sino cuando Rodrigo Vazquez las habia leido, tachado, borrado á trozos, y adicionadas con suma frecuencia por comentarios insoportables de aquel *comedor de corazones*, como le llamaba Perez; la carencia de toda esperanza; el *nulla est redentio* escrito en las negras bóvedas de aquellas sepulturas de vivos; la presion contínua; la minuciosidad en los medios de atormentar; el lujo de severidad cruel, y la frase horrible ya para doña Juana Coello que la decia Rodrigo Vazquez siempre que la veia, y arrastrada por su situacion prorumpia en quejas:

—Vos teneis la culpa de lo que sufrís y de lo que sufren vuestros hijos: ¿qué os importa del marido? Harto hará en guardar su cabeza teniéndola fuera de España: vos podeis salir de aquí siempre que querais, y ser perdonada, y aun lograr se levante de sobre vuestros hijos la infamia que les cubre á causa de la sentencia de su padre.

Pero llegó un dia en que crecieron los tormentos de doña Juana.

Rodrigo Vazquez se habia enamorado de su hija doña Gregoria, que á pesar de la larga prision y de los inauditos sufrimientos, se habia hecho hermosísima.

La pobre doncella se veia obligada á escuchar las asquerosas solicitudes de Rodrigo Vazquez, viejo ya, no tanto por su edad, que no pasaba de los cincuenta y cinco años, como por lo que le habian gastado los escesos y el fuego de su rabia.

Y no se crea por esto que habia desistido de sus pretensiones amorosas hácia la madre, por haberse enamorado de la hija.

¿Pero cómo, se dirá, un rey tan severo, tan rígido en puntos de moral, por mas que consigo mismo hubiese transigido alguna vez á causa de sus pasiones, mantenia á Rodrigo Vazqnez de Arce en posicion de llevar sus infames tratamientos con la familia de Perez

hasta el punto de herir el pudor de doña Juana y de doña Gregoria con un libertinaje monstruoso y fuertemente repugnante?

Hay que tener en cuenta que Rodrigo Vazquez era un viejo cortesano acostumbrado á la ficcion y á la hipocresía: que demonio por dentro, por fuera, y con la persona que le convenia, era decoroso, afable, ductil, benévolo, que parecia gran cristiano y gran caballero, que poseia el arte de insinuarse y el don de apoderarse de las gentes por medio de una hábil adulacion.

Felipe II no le conocia: le creia ciegamente adicto á su persona y severísimo con Perez y con su familia, porque en él y en su mujer no consideraba otra cosa que traidores contaminados de heregía, y en los hijos lobeznos dignos de tales lobos.

A Felipe II le arrastraba la pasion, y con la grande, con la terrible idea que tenia de su autoridad, y con su profundo egoismo, exageraba las faltas, y por consecuencia los castigos.

En Perez y en doña Juana Coello veia Felipe II dos traidores: en su descendencia, una descendencia maldita.

Por otra parte, el rey consideraba al Santo Oficio como el tribunal de Dios sobre la tierra: infalible, impecable, santo.

La Inquisicion habia condenado á Perez á la muerte del fuego, le habia quemado en estátua y habia lanzado la escomunion y la infamia sobre su familia.

Los escomulgados habian sido abandonados por el rey á Rodrigo Vazquez de Arce, el mas á propósito por su severidad en la moral y por su religiosidad, segun el rey creia, para atraer al buen camino, si era posible, á aquella familia de réprobos.

Hasta tal punto habia engañado al rey la hipocresía de Vazquez.

Alguno que le conocia bien, le habia apellidado enérgicamente, y con una gran propiedad, *Ajo confitado*, y aun se cree que este calificativo nació de Perez.

No puede buscarse una frase mas feliz para calificar á Rodrigo Vazquez; dulzor por fuera; por dentro, acritud, aspereza, veneno, picante insoportable.

En vano doña Juana pretendia hacer conocer al rey lo que era su verdugo: las quejas de la desgraciada tenian que pasar por las manos de este, y en ellas morian, á no ser que la queja fuese violenta, dictada por la desesperacion, como esta, por ejemplo:

«No puedo menos de creer, señor, sino que Dios ha cegado á

vuestra majestad para que no vea lo negro del alma del hombre á quien estamos entregados; porque creer que en el infierno puede haber un demonio mas cruel, mas terrible, mas inventador de tormentos, mas rebelde contra Dios que este juez todo ira, todo veneno, todo mala sangre, seria suponer lo que no puede existir. Vuestra majestad se apiade de esta pobre familia, y obre en justicia, librándonos de este lobo carnicero, que si tal sucediese, aunque no recobrásemos nuestra libertad, nos tendríamos por felices.»

Estas cartas al rey presentadas por Rodrigo Vazquez, eran contraproducentes, porque el rey las creia hijas de la ira de todo criminal á quien su juez trata con la severidad de la justicia.

Como es de suponer, doña Juana no se valia de Rodrigo Vazquez para que estas cartas llegasen al rey.

Rodrigo Vazquez cuidaba de abrir una salida para estas cartas, teniendo constantemente junto á doña Juana algun bribon redomado que fingia compadecerse de la pobre señora, y se ofrecia hacer que sus quejas llegasen al rey.

Las cartas iban á dar, de las manos de doña Juana, en las de Rodrigo Vazquez.

Cuando eran sumisas, dulces, respetuosas, acusadoras de buena manera, importantes en fin, y capaces de despertar el recelo de Felipe II contra Rodrigo Vazquez, las cartas perecian en manos de este, que las quemaba despues de haberlas leido para mayor seguridad.

Pero como hemos dicho, cuando eran violentas y llenas de injuria, el rey las leia á los pocos minutos de haberlas recibido Vazquez; y como desesperada é irritada aparecia doña Juana poco reverente con el rey y poco sumisa á la voluntad de Dios, el rey confiaba mas en Vazquez, y este podia morder mas á su placer el corazon de sus víctimas.

Esto duró hasta la muerte de Felipe II.

Pero por aquella fecha, cuando doña Juana pudo alentar alguna esperanza, sufria el mayor dolor de los dolores: el de una madre que ve morir desesperada á su hija.

Una horrible tragedia habia caido en medio de su desgracia sobre aquella pobre familia.

CAPITULO II.

De cómo un alguacil sirvió para que se entendiesen una doncella presa y un gentilhombre libre.

Casilda no habia podido resistir el horror de las desgracias de Perez, á quien adoraba.

Y tanto habia sufrido, tal incertidumbre, tal terror, durante el tiempo que habia estado preso en Zaragoza Perez, tal horror la habia causado su quemamiento en estátua, que habia contraido una enfermedad terrible; una tísis larga, penosa, que debia conducirla lentamente al sepulcro.

Su hijo don José se habia hecho un tanto sospechoso, y Casilda no se atrevia á usar de él, temerosa de perderle.

Don José continuaba siendo alférez de la Guardia Española, y habia estado tres años en Flandes, de donde volvió crecido, robusto, gran soldado, gran corazon, y sobre todo, hermosísimo.

Contaba ya diez y ocho años: cuando volvió para dar sus servicios en el alcázar, cerca de la persona del rey, su madre estaba ya muy enferma, pero muy simpática.

La tísis hace muy simpáticos á los que devora; porque generalmente proviene, fuera de los casos de construccion, de una gran miseria, física ó moral; de un gran padecimiento del espíritu.

Casilda no habia tenido noticias de Perez, sino las que sabia todo el mundo.

Ni una sola carta habia venido de París para ella.

El recuerdo de Casilda se habia anegado en el corazon de Perez bajo el turbion de sus desgracias.

El abandono, el olvido del hombre adorado, es lo que mas destroza el corazon de la mujer.

Casilda, por dignidad, por orgullo y aun por prudencia, no se atrevió á escribir á Perez pidiéndole cuenta de su olvido, y mucho menos á ir á visitarle.

Temió la ira de Felipe II, que podia convertirse en una desgracia para su hijo.

El rey consideraba como un apestado á Antonio Perez, y debia considerar como apestados tambien á los que con él se pusiesen en contacto.

Felipe II se habia entibiado tambien mucho respecto á Casilda.

Como padre, habia hecho cuanto tenia que hacer; la habia creado una posicion independiente.

El rey estaba mas agobiado que nunca en los últimos años de su vida, por la política y por las desgracias.

Casilda, pues, se consumia en la soledad y en la desesperacion, cuando llegó de Flandes su hijo.

Poco despues, en 1596, murió.

El rey solo dijo á don José cuando fué á darle cuenta de la muerte de su madre.

—Conformaos con la voluntad de Dios: lo mejor que se hace por los difuntos no es desesperarse por su pérdida: la desesperacion es un pecado: lo que únicamente debe hacerse, es rogar á Dios porque reciba sus almas en su infinita misericordia.

Y despues de este consuelo despidió al jóven.

Don José se habia quedado solo en el mundo, poseedor de una gran fortuna.

Pero aunque dicen que los duelos con pan son menos, no hay dinero bastante en el mundo para cerrar ni la mas pequeña llaga del corazon: y estar solo en la juventud sin tener alrededor mas que afectos interesados, é ir á una casa donde antes encontrábais un sér querido que os besaba en la boca, y encontrar solo el inmenso vacío que aquel sér ha dejado al desaparecer; recordar buscando consuelo, y sentir la amargura del recuerdo; sufrir lo horriblemente fantástico de esta situacion dolorosa; soñar de una manera lúgubre con el sér querido, y despertar por la mañana con dolor en la

cabeza, con dolor en el corazon: hé aquí el tristísimo estado en que se encontraba don José.

El sér rechaza á la nada: de la misma manera el corazon lucha con su vacío, y tiende á llenarle, porque el vacío le causa un dolor agudo, un dolor que podria llamarse hambre del corazon.

La del estómago mata: la del corazon mata tambien, aunque mas lentamente; y como el que muere de hambre busca ansioso el alimento, y el corazon no tiene otro alimento que los afectos, don José buscó instintivamente para llenar el vacío de su corazon, un amor que equivaliese al amor de su madre.

Recordó á doña Gregoria.

Aquel recuerdo fué haciéndose intenso, dulce, adorado.

Al fin, el jóven necesitó verla, hablarla, decirla que la amaba, que su amor era su vida, porque sin su amor moria.

Don José habia conocido á doña Gregoria cuando esta solo tenia catorce años, pero hermosísimos; antes de que la incomparable doña Juana Coello, salvando á su marido, causase su prision y la de sus inocentes hijos.

Don José no habia perdido la memoria de la jóven; pero habia sido un recuerdo tranquilo, una sensacion pura y fragante, sin deseos, sin aspiraciones: el amor de la adolescencia.

¿Pero cómo ponerse en contacto con doña Gregoria?

Estaba presa y rígidamente guardada.

Don José estaba poco diestro en intrigas amorosas; como que no habia tenido amores, ni aun de pasatiempo.

Se vió, pues, obligado á consultar á aquel famoso alférez Bustillos, marido de doña Salome, dueña de su madre, que habia tomado los inválidos; pero que, carcamar relapso é impenitente, viejo verde incurable, se divertia á mas y mejor mientras que su buena mujer rezaba para que nada malo aconteciese á su marido.

Iba este un dia, ó mejor dicho una tarde, con su gorra con pluma de medio lado, á lo bravo, su ropilla de paño fino de Segovia, su golilla de encaje, su cadena de oro, su capotillo de velludo y sus calzas de grana, pisando el césped húmedo del prado de San Gerónimo, porque el inconstante otoño habia llovido por la mañana, y despejado el cielo por la tarde, cuando en un tosco asiento de piedra metido entre los troncos de dos árboles, al que servia de respaldo otro tronco, se encontró con que, liado en su capotillo de grana, medio caida la gorra, cruzados los brazos, estendidas las piernas

la una sobre la otra, y echado al desgano, habia un jóven muy hermoso, al parecer por su traje soldado de la Guardia Española, y rico y noble por el valor de sus preseas.

A la primera ojeada, Bustillos reconoció en él á don José.

El jóven estaba tan distraido, ó por mejor decir, tan abismado, que no vió á Bustillos.

Este se detuvo y meditó.

—Pues me encuentro con lo que necesitaba: para dos perdices dos: es mucha la plaga de aquella sobrina que tiene doña Guadalupe, y es necesario hacer que doña Angélica tenga por qué callar, para que no hable las cosas de su tia: en cuanto doña Angélica vea á don José, se inflama, se desconcierta, se descoyunta, se muere: en cuanto don José vea á doña Angélica, enferma; y como á nadie le gusta estar enfermo, busca el remedio: ya estarán esperándome en la huerta de Berrueso: ¿y qué diablos le pasará á don José que parece que para él no existe el mundo? Si está enamorado es que no le quieren.

Y acercándose á él, dijo:

—¡Ah, mi buen señor! ¿qué hace ahí vuesa merced tirado ni mas ni menos que si esperara á los enterradores para que llevasen su cuerpo á sepultar?

—¡Ah que sois vos, señor Bustillos! dijo lánguidamente el jóven, incorporándose y poniéndose luego de pié. Pues mirad, me alegro de que hayais sobrevenido; porque me aburria, y así tendré con quién acompañarme hasta la noche dando un paseo por el Prado, que está muy hermoso.

—¡Que me place! dijo Bustillos: pues nos iremos á las huertas de Atocha, y en la de Berrueso, que es muy buena, tomaremos un poco de mermelada, que os aseguro que os ha de saber á gloria.

Y Bustillos guiñó graciosamente el ojo derecho.

Se pusieron en marcha.

—¿Y cómo está vuestra buena esposa? dijo don José.

Contrarió un tanto esta pregunta á Bustillos, que contestó:

—Mi mujer está cada dia mas oronda, mas fresca y mas hermosa: es feliz, tiene un buen marido, lo bastante para alimento, casa y ropa, gracias á la señora vuestra madre, y allá se ha ido á vísperas á Santo Tomás, á rezar por sus difuntos y por su vivo: y tened en cuenta, que el difunto por quien primero y mas reza mi mujer es por vuestra madre.

—¡Pobre madre mia! dijo tristemente el jóven.

—Yo no digo, añadió Bustillos, que vos no sintais como debeis la pérdida de la señora; porque al fin una madre por mala que sea siempre hace falta, y vuestra madre era muy buena; pero ya hace mas de un año que Dios la llamó á sí, y no habeis de estar siempre carilacio y atormentado y triste: mirad que las penas secan, y es menester ponerles mala cara y echarlas fuera para que no den de través con nosotros. ¿Sabeis quién es la segunda madre de un hombre? Pues es la mujer que bien le quiere: ¿por qué no buscais un amor?

—Ya habia pensado en ello, contestó el jóven; porque la vida se me consume de hastío.

—¿Que pensado habíais? dijo Bustillos: ¿y habíais echado el ojo á alguna? aunque me parece que no, porque con vuestra persona y con vuestra hacienda, en cuanto vos digais envido, os dicen quiero, si quier sea la envidada la señora mas altiva de la córte.

—Es una desgraciada doncella, tristísimamente afligida por su mala ventura.

—¿Y quién es ella?

—Doña Gregoria Perez y Coello.

—¡Pues! ¡vuestra tia adoptiva! Claro, vuestra madre era hija adoptiva del señor Antonio Perez y de doña Juana Coello, hermana adoptiva de doña Gregoria, de lo que resulta que doña Gregoria es vuestra tia adoptiva, y necesitais dispensa para casaros con ella.

—¡Y qué importa! ¡soy rico!

—Doña Gregoria está presa.

—Si no puedo sacarla de la prision, en la prision me casaré con ella, y con ella me quedaré.

—¡Cuenta, cuenta no sea que el rey se enoje porque quereis uniros con traidores, con hereges!

—Dado caso que los padres hayan sido culpables, los hijos no lo son.

—Pero á vos se os ha ido el santo al cielo, don José: se os ha olvidado que los hijos del señor Antonio Perez están infamados por una sentencia del santo tribunal de la Inquisicion, que ha condenado al señor Antonio Perez á morir quemado por herege relapso y contumaz, y si os casais con ella, quedareis infamado tambien, y os quitarán la bandera de la Guardia Española, y el hábito, y os confiscarán los bienes, y os reducireis á un estado miserable, y engendrareis hijos infames que nada podrán ser.

Tal era la terrible trascendencia de una sentencia infamatoria del Santo Oficio.

Sentencias que provenian de una violencia notoria del sentido filosófico y profundo del testo de la Escritura, que dice:

«Yo soy el señor tu Dios fuerte, celoso, que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generacion de aquellos que me aborrecen.»

Tomar en el sentido directo, material, por decirlo así, estas santas y profundísimas palabras, es incurrir torpemente en una heregía, porque presupone en Dios injusticia y crueldad, castigando severísimamente en las inocentes cabezas de los hijos las culpas de los padres.

¡Cuánta sabiduría hay en ese versículo!

Dios ve las consecuencias de una perversa educacion, de un perverso ejemplo dados á los hijos por los padres hasta la tercera y cuarta generacion, hasta que se pierde la mala semilla.

Pero no estamos autorizados para esponer los sagrados testos; y para esplicar ese inmenso versículo, seria necesario un volúmen entero.

Don José, que realmente no habia pensado en todas estas cosas, se aterró.

—Es verdad, dijo: yo no puedo casarme con doña Gregoria; no por mí, sino por mi descendencia.

—Y por vos, por vos tambien, señor don José, dijo Bustillos; porque yo creo que manteneis viva y entera en vuestro corazon la fé de Jesucristo, y que no querreis contaminaros con la *mala sangre*.

Así se llamaba en aquellos tiempos á los judíos, y ya sabemos que el Santo Oficio de Zaragoza habia declarado judío de orígen á Antonio Perez.

—Es verdad, es verdad, dijo tristemente el jóven: no puedo ni aun acercarme á esa familia.

—Pues á otra, don José, á otra; cabalmente esta misma tarde vais á ver un prodigio de diez y ocho años.

—¿Esta tarde? dijo don José.

—Sí señor, contestó Bustillos: á la huerta de Berrueso suelen venir las tardes que hace bueno la señora doña Guadalupe Rivera de la Ventosa, viuda del maestre de campo Blas de Puentemayor, y su sobrina, hija de su hermano don Cárlos, doña Angélica Rive-

ra de la Ventosa, huérfana, bajo la tutela de su tia, con diez mil ducados de renta, lo cual no es una hacienda despreciable, ¡y hermosa!... ¿qué vale doña Gregoria, señor? Ya vereis: si han venido, como es muy probable, andarán paseando por la huerta, las encontraremos, pegaré yo la hebra con la tia, vos la pegais con la sobrina, las convidamos á merendar, que no lo tendrán á menos siendo el convite de una persona tan noble como vos, las acompañamos luego á su casa en oscureciendo, y mucho será que no nos ofrezcan que descansemos; subimos, y luego vos tendreis que ir á visitarlas; y de una cosa en otra, ¿quién sabe lo que puede venir? y ahí no hay que decir que falta cristiandad, ni nobleza, ni hermosura, ni buena crianza, y buen gracejo: ¡pues á fé á fé que no está muy solicitada y muy requerida doña Angélica! y ella sin querer á nadie, porque como todavía es niña, vive descuidada, y no ha encontrado galan que la coja el corazon.

—¿Pero y qué dirá vuestra mujer si sabe que habeis ido acompañando damas y que habeis merendado con ellas?

—Cuando mi mujer sepa la buena intencion con que lo he hecho, dirá que he hecho bien: como que lo que yo hago con vos es una obra de misericordia; buscar consuelo al triste, dar de beber al sediento y enseñar al que no sabe, que son tres obras de misericordia en vez de una; y mi mujer que es tan buena cristiana lo celebrará: pero vamos, vamos, andad deprisa, que va cayendo el sol, no sea que se nos vayan esas dos señoras.

Estaban ya cerca.

Bustillos embistió por el portalon de la huerta de Berrueso, llevando á remolque á don José, que se dejaba arrastrar maquinalmente.

Al fin, en una revuelta, vieron sentadas debajo de unos árboles sobre un banco rústico, á dos damas muy bien prendidas.

Mas allá, á una respetuosa distancia, habia un lacayo que sin duda las acompañaba.

Antes de que llegasen nuestros dos alféreces, las damas se levantaron y echaron á andar lentamente.

Cuando hubieron pasado de donde estaba el lacayo, este las siguió á una buena distancia.

Poco despues, y andando naturalmente, Bustillos y don José alcanzaron á las dos damas.

—¡Jesus! dijo la de mas edad de ellas, que sin embargo no pa-

saba de treinta años, dirigiendo la palabra á Bustillos: ¡y tanto bueno por aquí! Pues mirad, ya hacia tiempo que no nos veíamos; porque acordaos que habíais prometido á mi sobrina un *Agnus* bendito de las madres Franciscas Descalzas.

—Al buen pagador, señora mia, no le duelen prendas, dijo Bustillos; y si yo hubiera creido que esta tarde iba á tener la buena dicha de encontraros y á vuestra hermosa sobrina, hubiera venido el *Agnus*, y de oro, y con aljófar. ¿Y cómo os va, señoras mias?

—Muy bien de salud: gozando de la buena tarde en esta amena huerta, y muy complacidas por haberos encontrado.

Doña Angélica, que habia mirado con alguna insistencia á don José, bajó los ojos, y no se puso colorada, porque no podia ser, que bien hubiera querido.

Como habrán comprendido nuestros lectores, tia y sobrina eran dos busconas: y si Bustillos necesitaba que le entretuviesen gratamente á la sobrina, no era porque esta fuese honrada, sino porque la tia comia, bebia, vestia y calzaba, y aun ahorraba de lo que la daba el conde de Ceballos; la sobrina de lo que la pasaba el duque de Sesa, y la tia queria que la sobrina no pudiese andar con chismes teniendo que callar por encontrarse en igual situacion de infidelidad que su tia, con quien cuidaba de sus aumentos.

—¿Y quién es este caballero? dijo doña Guadalupe mirando con cierta ternura á don José.

—Este caballero, contestó Bustillos, es una gran persona, muy rica, mas rica que muchos duques.

Y guiñó á hurtadillas un ojo á doña Angélica.

—Y en cuanto á figura, añadió Bustillos, no hay nada que decir, porque ello bien se ve.

—Por muchos años sea este buen conocimiento que hoy empieza, dijo doña Guadalupe.

—Pues doña Angélica, dijo Bustillos, me liberto de la promesa del *Agnus;* no por no gastar en ello, sino porque este caballero, si yo os lo habia de dar de oro y perlas, os lo dará macizo y con diamantes, que valdrá un tesoro: con que recibid en buena gracia al señor don José, y vámonos hácia la casa de la huerta donde nos sirvan algo bueno, que á mí, con el largo paseo, se me ha abierto el apetito, y yo creo que á todos nos sucede lo mismo menos á este señor que anda desganado: abridle vos las ganas de comer, doña Angélica, que bien lo merece.

Doña Angélica se asió del brazo del jóven.

Por muy poco práctico que fuera este, conoció que se encontraba entre bribones.

Pero era tan soberanamente hermosa la doña Angélica, y parecia de tal manera una noble jóven empezada á pervertir por una tia infame, que don José se interesó por ella: pero con un interés que nada tenia de comun ni con el amor ni con el deseo.

Don José pagó la merienda, cuya cuenta fué larga; como que las que habian pedido eran dos perdidas.

Las acompañaron luego hasta su casa en la calle de Relatores, á la cual subieron.

Don José, por mas que estuviese triste, solo y casi enamorado, era al fin hombre. Doña Angélica, maestra á pesar de sus diez y ocho años; y cuando á las diez de la noche se retiraron Bustillos y Perez, no podia ya atreverse doña Angélica á decir al marqués de Ceballos que doña Guadalupe tenia amante, no fuera que doña Guadalupe se fuese con un mensaje semejante al señor duque de Sesa.

Pero esto no podia llenar el corazon de don José.

Angélica le enamoró los sentidos, pero no el alma.

La enfermedad del jóven no se habia curado.

Al fin, á los quince dias, cuando Angélica enamorada pensaba en romper con el duque de Sesa, porque no queria privarse ni por una hora de la compañía de don José, que aun tambien por la parte del interés le producia mucho mas, don José, al salir una noche con Bustillos, le dijo:

—He pensado mucho, y no puedo resolverme á renunciar á doña Gregoria.

—¿Y por qué habeis de renunciar? dijo Bustillos que ya no necesitaba de la ayuda de don José para sus asuntos: bien mirado, el rey os quiere mucho, muchísimo, eso lo ve todo el mundo, porque su majestad, que á nadie habla en público, cuando pasa por la saleta y estais vos os dice algunas palabras; y como doña Gregoria es una escelente doncella y muy bien criada y muy honesta, y el rey no puede quererla mal porque ningun daño ha hecho á su majestad la infeliz, puede ser que se ablande y la ampare, y la saque de miserias y la case con vos y la honre; porque dicen que su majestad no quiere mal á Antonio Perez allá en su interior, sino que está irritadísimo porque se le ha fugado, y sobre todo por sus RELACIONES que escribió para los señores de la justicia de Aragon, que

ningun leal vasallo puede leer sin escandalizarse de que haya quien se atreva á decir tales cosas de su señor natural y legítimo: así, pues, idos al rey y decidle lo que os sucede, que tal vez se apiade de vos y de doña Gregoria, y habreis hecho una obra de caridad; porque dicen que la pobre doncella está sufriendo en la cárcel los imposibles.

—Antes que al rey diga yo una sola palabra sobre ese asunto, contestó don José, necesito hablar con doña Gregoria, y saber por lo que ella me diga y por lo que yo observe, si se casa conmigo porque me ama, y no por salir de la miseria en que se encuentra; aunque yo la sacaria de buen grado de ella con su familia: no quiero tener esposa por agradecimiento, que no con este se llena el alma, sino con el amor.

—Pues obra es que vos veais y hableis á doña Gregoria, sin que lo mande su majestad. ¿Y cómo vais á hablar y á ver á doña Gregoria, si la tiene encerrada bajo siete estados de tierra el señor Rodrigo Vazquez de Arce?

—Vive Dios que yo soy rico, dijo don José, y que para nada me sirve el dinero que tengo.

—Eso quiere decir, dijo Bustillos, que vos quereis que yo me entienda con los galfarrones que guardan á doña Gregoria.

—Os lo estimaria en el alma, amigo Bustillos, dijo don José.

Aquella noche Bustillos, armado, con una bolsa bien repleta que le habia dado don José, se fué á la cárcel real donde estaba presa la familia de Perez.

Aquella cárcel estaba cabalmente donde hoy está el edificio del Gobierno político, y correspondia por su fachada principal á la calle de la Almudena.

Al frente, un poco hácia la derecha, estaba la iglesia del Salvador.

La calle de don Pedro Calderon de la Barca que hoy existe en aquel lugar no existia entonces.

La iglesia del Salvador se unia por la tapia de un cementerio con unas altas casas de vecindad que hoy no existen, y es mas, que hace mucho tiempo dejaron de existir.

En estas casas de vecindad habia toda clase de bicho viviente, pero ninguno bueno.

La inquisicion y la justicia ordinaria solian hacer allí una *razia* y llevarse á sus respectivas cárceles mas de un prójimo que lue-

go salia con gran pompa encorozado, ensambenitado ó azotado ó llevado en un burro á morir en el aire.

En esta casa fijó su mirada hambrienta el alférez Bustillos.

Necesitaba ponerse en comunicacion con la cárcel, y la mayoría de los habitantes de aquella vecindad debia estar en muy buenas relaciones con los presos.

En fin, á poco que husmeó el buen alférez Bustillos, averiguó que uno de los galfarrones guardianes de vista de la familia de Perez era compadre de una cierta bruja que habia sido penitenciada varias veces por la Inquisicion, y acariciada aunque no amorosamente algunas otras por el maestro ejecutor de alta y baja justicia de la villa de Madrid.

El alférez Bustillos se entró sin cumplimiento en la habitacion de aquella bruja que vivia en el fondo de un callejon lóbrego, semejante á un pasaje de ratas situado en el segundo patio de aquella casa.

Era el oscurecer, y la vieja no esperaba una tal visita de un buen mozo, que el alférez Bustillos, aunque cotorron y con algunas canas y los bigotes grises, lo era todavía.

—¿Qué se os ofrece, galan? le preguntó la vieja en cuanto le vió: ¿hay algo que componer?

—Sí, madre, dijo el alférez; hay que componerle el corazon á un mancebo que anda el infeliz desesperado.

—¿Por culpa de quién?

—¡Ay madre! por culpa de una triste, que anda desesperada tambien. Y como esta triste de señora está tachada de herege por ser parienta de herege, y vos no teneis cara de ser buena cristiana, hé aquí que yo vengo á que me deis el consuelo de la enfermedad que padece mi pobre amigo.

—En esto de ser cristiana, ó no ser cristiana, digo yo á fé de Petra la Bizca, que segun las delicadezas con que anda el Santo Oficio no estoy yo muy segura de si soy tan buena cristiana que no tenga ascos acerca de si saldré ó no como otras veces en auto de fé, encorozada y con clarines, y con acompañamiento de alguaciles que cuiden de que la gente se aparte para no incomodarnos el paso: pero esto no viene á cuento, sino que me diga vuesa merced quién es la presa por quien anda muerto ese desesperado.

—Esa señora, dijo Bustillos, es doña Gregoria Perez, hija del señor Antonio Perez y de doña Juana Coello.

—¡Ay señor de mi alma, dijo Petra la Bizca, que acaba de darme su merced un susto que no tan ahinas me sale á mí del cuerpo! porque su merced no sabe lo que se pide, que si vuesa merced lo supiera, por las mientes que se le hubiera pasado, hubiera echado fuera de miedo el mal pensamiento.

—¿Pues de qué os asombrais y haceis tales estremos, buena madre? dijo Bustillos.

—Asústome porque tras esa señora anda una tal persona que se la puede ayunar sin ser viernes.

—¿Y quién es esa tal persona si os place, y es que no temeis que os azoten por decirlo?

—Pues esa persona, señor mio, es no menos que el señor Rodrigo Vazquez de Arce, del consejo de su majestad, que Dios guarde, presidente del Consejo de Hacienda y qué se yo cuántos otros títulos y preeminencias que ese señor tiene y que le corresponden y le deben ser guardados, como dice un cierto ministro de justicia muy compadre mio que sirve á ese señor Rodrigo Vazquez.

—Bajaos un tanto en cuanto á lo de ministro de justicia, dijo el alférez Bustillos, que ya sé yo que es galfarron vuestro compadre.

—Hágale mas honra y cortesía al señor Lesmes Andorra, dijo la bruja, que ni él es galfarron, ni lo fué, ni puede serlo, que hidalgo nació y de los buenos de la Vega de Rivadeo, y si él lo oyera no consentiria que nadie le levantase tal testimonio contra su honra ni afrentase de tal manera su linaje.

—Pues perdone el señor Lesmes Andorra, que galfarron me dijeron que era, y no alguacil, y no reparemos mas en esto y vamos á lo que importa. Y lo que importa es que vos llameis, en cuanto antes á ese vuestro compadre y hagais que conmigo hable, que bien podrá ser que tal hablemos, que muy mucho le convenga y se alegre de haber sido galfarron ó ministro de justicia en tiempos en que está presa bajo su vigilancia la familia del señor Antonio Perez.

—Pues dígoos que si con el señor Lesmes Andorra quereis hablar, no tardareis mucho si os esperais; porque ese puchero que en el barreño hierve es su cena, por la que no tardará en venir.

En efecto, no habia acabado la vieja de decir estas palabras, cuando se entró por la puerta un jayan de capa parda, sombrero gacho, espada de puño de farol, daga de ganchos, coleto de bravo y con el semblante mas avieso que podia darse, no ya en alguacil ni galfarron, sino en verdugo.

—Declárote mio, dijo el alférez Bustillos en cuanto entró aquel prójimo.

Miróle sesgado el alguacil, y le dijo:

—¿Vuestro decís? pues afírmoos que bien henchida debeis traer la bolsa para que sea cierto lo que decís, ó lo que decís no sabeis. Y no te entretengas tú por esto, Petra; sino que vuelvas la hoja y cenemos, que está don Rodrigo de tal manera con cosas que le suceden, que no hay que chancearse, no sea que por tardar dos minutos vayamos á dar en galeras, ó en otra parte peor. Porque lo que es á don Rodrigo se le importa muy poco buscarle acomodo á un cristiano.

—¿Pues qué le pasa á don Rodrigo? dijo Bustillos.

—El diablo que sepa lo que á ese señor le pasa, dijo Lesmes Andorra; lo que yo sé decir es que cuando su merced entra en la cárcel y se está mas de media hora hablando con doña Gregoria, sale que ni todos los demonios del infierno que le resistan.

El alguacil entraba en estas contestaciones con el alférez Bustillos, porque Petra le habia guiñado un ojo con una espresion, que queria decir, no te impacientes ni lo tomes á fuero, que de aquí se puede sacar algo de provecho.

Lesmes Andorra sabia que su vieja *coima* no se engañaba nunca; olió dinero, y no se impacientó ni la echó de ministro de justicia severo á pesar de que quien le preguntaba tenia todos los visos de un espía que queria entrometerse en las operaciones de su jefe.

Bustillos se sentó junto á la pequeña mesa, en la cual habia servido la vieja la cena al alguacil, y puso sobre ella una bolsa llena de plata.

—¡Eh! ¿qué diablos es eso? dijo el alguacil.

—Eso, contestó Bustillos, que ahora es plata, podrá ser oro si servís bien á cierta persona muy principal y muy agradecida.

—¿Y qué persona es esa? dijo el alguacil.

—Esa persona es un caballero que está enamorado de doña Gregoria Perez.

—¡Jesucristo! esclamó el alguacil; ¡pues para que lo sepa eso el señor Rodrigo Vazquez! Y dígame su merced, señor alférez, ¿doña Gregoria está enamorada tambien de ese caballero?

—Cabalmente, contestó Bustillos, eso es lo que ese caballero necesita saber.

—Pues mire vuesa merced, yo no me atrevo, porque si el señor

Rodrigo Vazquez sabe que yo me meto en estas cosas, ya puedo ir contando con un remo y con un grillete al pié, sabe Dios para cuánto tiempo; porque como el señor Rodrigo Vazquez es un tan gran privado de su majestad, hace lo que quiere.

—No tan privado como él se cree y como le crees tú, hermano; que bien puede ser que al señor Rodrigo Vazquez le suceda algo mas negro que lo que él puede figurarse: porque te advierto que es mucha persona la que por doña Gregoria anda enamorado y ansioso por saber si ella le corresponde.

—¿Y quién es esa persona, si os place?

—Eso á tí no te importa; lo que te importa es tomar esos maravedises que ahí están, y procurar mas que vengan, cumpliendo bien con la persona que á mí me envia, y déjate de miedos y de escrúpulos, que los escrúpulos son buenos para monjas, pero no para hombres como tú, barbudos y capaces, no digo yo de meter una carta en el encierro de una pobre doncella presa, sino de meterle una puñalada al lucero del alba en noche y callejuela oscuras con tal de que te lo paguen bien.

Miró de hito en hito el alguacil á Bustillos como quien se siente retratar de mano maestra, y dominado sobre todo por la esperiencia, la audacia y la serenidad del viejo alférez, que estaba acostumbrado á tratar con gente de todas estofas.

—¿Sabeis, le dijo el alguacil, que me habeis cogido el genio, y que con vos no hay mas que decir amen por la buena gracia con que pedís las cosas?

—No digo que no, contestó Bustillos; pero entre estas y las otras te has guardado bajo el coleto mas de cincuenta ducados.

—Y teneis razon, dijo el alguacil: yo entendí que me los dábais.

—Pero debias tambien haber entendido que yo no te los he dado para que te hagan buen provecho las coles con tocino que te estás metiendo entre pecho y espalda.

—Bien, dijo Lesmes Andorra: ¿con que de lo que se trata es de dar una carta á doña Gregoria?

—Sí por cierto, y tener la contestacion de ella.

—Doña Gregoria no está á punto de poder dar contestaciones en cartas, aunque quisiera, porque ni pluma, ni tinta, ni papel hay para un remedio en su encierro.

—¡Y llevan ya seis años de presos ella y su familia! dijo profundamente el alférez.

—Y los que cuelgan, contestó el alguacil, que habia dado fin á las berzas y al tocino, y se comia por postre un pedazo de pan seco.

—Dígolo, repuso Bustillos, porque ya es mucho rigor despues de seis años de encierro tener á esas infelices tan sin medios de poder decir á los de afuera si están vivas ó muertas.

—Mire vuesa merced, dijo Andorra: yo hago lo que me mandan, porque para eso soy alguacil: y me meto allí en el encierro de doña Gregoria cuando me toca, ó me estoy las mas veces en la puerta, sin pasar de ella, porque las mas de las veces la pobre señora, ó se está en la cama para templar el frio y cubrir su desnudez, ó está rebujada y encogida, si entro, porque yo no la vea las carnes.

—El rey no debe de saber esto, dijo con indignacion Bustillos: porque si lo supiera, aunque muy irritado esté contra el señor Antonio Perez y su familia, su majestad es tan buen cristiano, que no permitiria tales violencias y tal rubor á la honestidad.

—Calle vuesa merced, que doña Gregoria es tal, que de hermosa deslumbra: y con aquellos cabellos de oro, y con aquella garganta de nieve, y aquellos ojos de cielo, y con veinte años, pasados seis de ellos en prisiones, y como que nunca la da el sol, tiene la color tan blanca, que el nácar es poco para que con la blancura de doña Gregoria se le compare; y es de afable condicion y de buen gracejo con los que la respetan y la muestran compasion y la dan consuelos, que bien los há menester la malaventurada: y cuando yo pienso que podia tener una hija como ella, y verla de tal manera, viva y enterrada en aquella sepultura, de la cual no sale sino de tiempo en tiempo y por cortos instantes para ir á la otra sepultura en donde está su madre... Y ¡ay, señor alférez, qué madre la de doña Gregoria! ¡qué doña Juana, que mete miedo cuando mira con aquellos ojos, que parecen cosas del otro mundo! Dígoos yo que no hay alguacil, ni galfarron, ni mal hombre que, estando faz á faz con doña Juana, se atreva á hablar mas que muy poco y con gran respeto y mesura; que no parece sino que con aquellos ojos negros y lucientes que Dios la ha dado, llega hasta adentro del corazon de quien la mira, y adivina lo que piensa, y se lo dice con los ojos, que hablan mudos, mas que cien mil lenguas. Y si la viese vuesa merced sentada junto á su hijo mayor don Gonzalo, que ya es un hombre, y con doña Gregoria á los piés, echada la cabeza sobre su re-

gazo, y como quien descansa de una larga fatiga, poniendo sobre sus rodillas, ya á este, ya al otro de sus dos niños y de sus dos niñas menores, besándolos, procurando vestirlos, estirando los andrajos que cubren á las pobres criaturas, y luego ponerse con ellos de rodillas y rezar con ellos por el padre y por el marido, y porque Dios ablande el corazon del rey y le haga misericordioso... vamos, señor alférez, dice vuesa merced muy bien: yo soy un pedernal, y tanto me da meterle una á un prójimo como sorberme un huevo, y he visto ahorcar á muchos y á muchos mas quemarlos vivos, y á infinitos batanarles á compás las espaldas como quien ve freir buñuelos; pero cuando veo á doña Juana entretenida con sus hijos y luego rezando con ellos con su voz suave y armoniosa que parece la de un ángel, no me da vergüenza decirlo, se me anuda la garganta, se me oprime el corazon, y se me salen el uno tras el otro, por los ojos, lagrimones como avellanas.

—Vaya, dijo Bustillos; tú eres un pícaro hombre de bien, y ya veo yo que nos has de servir con toda tu alma.

El alguacil se fué porque ya tardaba, quedando apalabrado con Bustillos para verse al dia siguiente con él casa de Petra la Bizca.

Bustillos llevó una gran alegría á don José.

Recordaba este, con no sabemos qué delicia, los puros encantos, el candor, la gracia de doña Gregoria en la época en que la jóven solo contaba catorce años.

Habian pasado seis desde entonces, y suponia, y con razon, el jóven, que los encantos de doña Gregoria debian haber crecido.

No hay amor, por puro que sea, que no rinda tributo á la materia, ni aspiracion del alma, referente á la mujer amada, que no se mezcle con el deseo.

Tanto habia pensado, y de una manera tan tenaz, don José en doña Gregoria, á pesar de la trastienda y de la hermosura de doña Angélica, que se habia enamorado como un loco de la jóven cautiva.

Así es, que cuando Bustillos le dijo que habia quien se prestaba á introducir una carta en el encierro de doña Gregoria, la alegría causó tales efectos en el jóven, que Bustillos creyó qne se ponia malo.

Don José tomó papel y empezó cien veces una carta para doña Gregoria.

Nada le satisfacia; le parecian pocas todas las palabras para espresar cuanto sentia.

Pero cansado ya de borrar y de poner á un lado papeles emborronados, concluyó por fin una carta, y se la dió á Bustillos para que al dia siguiente la entregase á Andorra, y algun dinero para recompensar los servicios de este.

Eran las diez del dia siguiente, y en un calabozo donde no entraba mas que una luz lenta por los espesos barrotes de una pequeña reja situada junto á la bóveda, en que no habia mas muebles que una infame cama compuesta de un colchon fementido y de un tablado traidor, con sábanas ordinarias y morenas, una silla, una mesa en que habia un crucifijo y un libro de horas, y allá en un rincon un cántaro sucio y negro destinado sin duda á contener el agua, componiendo todo el menaje de aquel profundo y lóbrego calabozo, sepultura de vivos, estaba doña Gregoria.

Era alta, mórbida, blanquísima, con un tesoro de cabellos dorados que se peinaba en trenzas, usando de un lujo que nada le costaba y que nadie podia quitarle como no la cortasen los cabellos.

No sabemos cómo no se ocurrió esto á Rodrigo Vazquez.

Doña Gregoria tenia los ojos azules, serenos, elocuentes, puros, cándidos, abrasadores, llenos de dulzura y de inteligencia.

Su boca habia adquirido por la continuacion del dolor una bella y poética contraccion de melancolía.

Un leve matiz color de rosa hermoseaba sus mejillas dándolas una vida vigorosísima y un encanto incontrastable.

Las manos eran pequeñas, de dedos largos, acabados en punta, con hoyitos en su nacimiento y con uñas color de rosa.

Vestia un hábito de estameña muy usado, muy recosido, muy pobre, y le cubria la garganta y los hombros el estremo de una toca que la rodeaba la cabeza.

El hábito tenia las mangas muy ceñidas, dejando ver las admirables formas de los brazos, y en el izquierdo se veian el lazo y el escudo de Nuestra Señora de la Soledad.

Afortunadamente el hábito, aunque viejo y raido, era bastante largo para ocultar las descoloridas medias de lana azul y los gruesos y viejos zapatos que calzaba doña Gregoria.

Entraba en el calabozo una luz cansada, apenas bastante para que doña Gregoria pudiese leer en su libro de horas, tambien usado y viejo, aunque con muestras de haber sido de lujo en otro tiempo.

Empleábase en esta piadosa ocupacion doña Gregoria, de la mis-

ma manera que si hubiese estado sola, á pesar de que en otro ángulo del calabozo, sentado en un taburete y con las piernas cruzadas y dormitando, estaba uno de los guardas de vista que penetraba en el calabozo en el momento en que se levantaba doña Gregoria, que no salia hasta que esta se acostaba, por lo cual se acostaba con mucha frecuencia en medio del dia, para estar completamente sola; y cuando acontecia esto, el guarda se quedaba de la parte de afuera de la puerta.

El carcelero cerraba con tres llaves.

De la misma manera se cerraba cuando estaba dentro el guarda de vista.

Este salia tambien del calabozo cuando entraba en él Rodrigo Vazquez, y en aquellas ocasiones se retiraba á una larga distancia de la puerta para no poder oir lo que Rodrigo Vazquez hablaba con doña Gregoria.

Estos guardas se relevaban de cuatro en cuatro horas.

En el momento en que presentamos á doña Gregoria á nuestros lectores, tuvo lugar un relevo, y se quedó dentro del calabozo, en vez del que antes estaba, el alguacil Lesmes Andorra.

—Buenos dias, señora, y que Dios os bendiga y os dé salud, paciencia y fortaleza, dijo el alguacil cuando estuvo seguro de que nadie habia en el callejon por donde se llegaba á la puerta del calabozo.

—Buenos dias, Lesmes, y que Dios os ayude, dijo doña Gregoria.

Esto demostraba que la jóven conocia á todos sus guardianes, y que estaba poco satisfecha de ellos.

La astucia de que se habia valido doña Juana para salvar á su marido la habia hecho terrible, y para evitar otra evasion se habia mandado desde que fué presa su familia, que sus individuos, hasta los niños, fuesen vigilados de una manera inmediata por alguaciles y galfarrones, ó ministros inferiores de justicia, pagados, como ya hemos dicho, con los veinte mil ducados del beneficio de Gonzalo Perez, usurpado por Rodrigo Vazquez.

Despues de haber contestado al saludo de Andorra, doña Gregoria volvió á su rezo, ni mas ni menos que si hubiera estado absolutamente sola.

Durante algun tiempo Lesmes guardó silencio; al fin dijo:

—Perdonadme, señora, pero yo tengo que daros un recado de

parte de una persona que estimais mucho y á quien conocísteis en otro tiempo: de un casi pariente vuestro: como que lleva vuestros mismos apellidos.

—¡Ah! esclamó la jóven; ¿algo pariente mio y que lleva mis apellidos? pero yo no sé quién puede ser ese pariente, porque mi padre no los tiene y los de mi madre nos han abandonado, temerosos de que les sobrevenga algun daño por tratarse con nosotros.

—Es vuestro pariente y no lo es, dijo Lesmes, que iba bien informado; porque es hijo de una señora que era hija adoptiva de vuestro padre; como que no teniéndolos conocidos, se llamaba doña Casilda Perez y Coello.

—¡Ah! ¡don José! esclamó la jóven poniéndose vivamente encendida y dejando ver inundado de alegría su semblante: ¿ha vuelto ya de Flandes?

—Indudablemente, señora, contestó Lesmes, porque está en Madrid.

—¿Y qué recado teneis que darme de ese caballero? dijo doña Gregoria.

—Esta carta que me ha dado encarecidamente para vos, dijo el alguacil, sacando con gran misterio una de debajo de su coleto; pero hacedme la merced, señora, cuando la hayais leido, de dármela para que yo me la coma, y que no queden aquí ni vestigios de papel quemado, que el señor Rodrigo Vazquez, aunque viejo, tiene ojos de lince y lo escudriña todo con la vista, y seria cosa de encomendarse á Dios si algo viese.

—Os la daré, os la daré, pero entregádmela.

El alguacil dió la carta á la jóven.

Esta la abrió con mano trémula, pálida, anhelante, latiéndola de una manera violenta el corazon.

La carta decia así:

«Señora doña Gregoria Perez y Coello: Hace mucho tiempo que luchando con mis temores ando en dudas de escribiros ó no; porque no escribiéndoos, con mi esperanza vivo, y despues de escribiros tal podríais contestarme que mi esperanza muriese.»

—¡Oh, Dios mio! esclamó la jóven, que interrumpió su lectura porque momentáneamente se le anublaron los ojos.

Amaba al jóven desde el dia en que, presa ya, Rodrigo Vazquez de Arce la habia dejado oir como sabemos la torpe solicitud de su amor.

Hasta entonces, el amor hácia don José germinaba desconocido en el corazon de la niña: habia dormido envuelto en el blanco velo de su inocencia.

Rodrigo Vazquez habia desgarrado aquel velo; habia hecho conocer á doña Gregoria, sin hacérselo sentir, el amor, y esta, al conocerle, conoció que amaba con toda su alma al hijo de Casilda, hijo adoptivo de los padres de doña Gregoria.

Habia alimentado aquel amor en el misterio de su alma; le habia guardado como un tesoro, sin revelarlo ni aun á su madre.

¡Divino pudor de la virginidad del alma de la mujer!

En aquel largo y doloroso encierro, en medio de las privaciones, del frio, del hambre, de la desnudez, en medio de las humillaciones, de las contrariedades horribles, de los sufrimientos de todo género, doña Gregoria habia criado, por decirlo así, su amor.

Habia nacido débil, pero hermoso.

Se habia ido nutriendo, robusteciéndose con el alma de la jóven que le servia de alimento.

Habia llegado al fin, y mucho tiempo antes en que presentamos á doña Gregoria, á ser un gigante.

Pero esos amores que se sienten por un solo corazon, por grandes que sean, son embriones de amor.

Para desarrollarse completamente necesitan unirse con otro amor semejante en la persona amada.

No matan, pues, estos amores solitarios que ignoran si responde ó no á ellos otro amor semejante; por el contrario, llenan el alma, la vivifican, la refrigeran, la deleitan, envolviéndola en un poético misterio.

Puede decirse que esos amores, por grandes que sean, aún no han llegado á su intensidad, á su esplosion, esto es, á la pasion.

Para que esto suceda, es necesario que una chispa eléctrica, esto es, una mirada, una palabra, una manifestacion cualquiera, inflame aquel amor.

La electricidad no deja de ser electricidad porque no haga sentir su relámpago, su rayo, su trueno.

Para esto necesita el choque.

La carta de don José contenia en su primera frase la chispa eléctrica que debia inflamar el amor tranquilo de doña Gregoria.

Por esto, al leer aquel principio, la jóven se habia puesto pálida, sudorosa: su corazon habia latido de una manera insoporta-

ble; se le habian nublado los ojos, y habia invocado el nombre de Dios.

Se dominó haciendo un poderoso esfuerzo, y continuó la lectura de aquella carta, que era breve.

«Para esposa os quiero; para que seais el ángel de mi vida os deseo: mientras he estado en Flandes no he podido olvidarme de vos, y cuando mi pobre madre ha muerto, he conocido que en vos sola, en vuestro amor, estriba el que esa llaga cruel se cierre.

Contestadme; os lo ruego, porque con la incertidumbre muero.

Bésoos las manos, y quedo rogando á Dios porque os guarde y os dé fuerzas para sufrir vuestras desventuras.

De Madrid á 20 de octubre de 1597.—José Perez y Coello.»

Despues de leer esta carta, doña Gregoria se sentó como si la obligase á tomar descanso una insoportable fatiga.

—Y bien, dijo el alguacil: ¿os habeis enterado ya de lo que dice la carta?

—Sí, contestó con voz apenas perceptible la jóven.

—Pues dádmela para que me la coma.

Doña Gregoria alargó la carta al alguacil: su brazo temblaba: en la otra mano apoyaba su cabeza: su frente ardia.

Andorra hizo una pelota con la carta, se la metió en la boca, la mascó con la fuerza de un lobo, y se la tragó haciendo un gesto, porque el papel es muy duro de tragar.

Luego sacó de debajo de su coleto un largo cañuto de caña, de él un papel enrollado, y lo entregó á doña Gregoria.

—¿Y para qué es esto? preguntó la jóven.

—Para que contesteis: como que me han encargado con vivas ánsias que no me vuelva sin la contestacion.

Y sacó tambien de debajo de su coleto un tintero de asta de buey, le destornilló, le puso sobre la mesa y repitió:

—Escribid, escribid pronto, no se le ponga en las mientes venir al señor Rodrigo Vazquez, y lo echemos todo á perder.

Doña Gregoria cortó una tira diagonal de papel para la nema de la carta, valiéndose para ello en vez de tijera del doblez, y escribió lo siguiente debajo de la cifra de Jesus, María y José:

«Señor don José Perez y Coello:

No sé qué deciros ni cómo contestaros: me decís que me amais, y yo no me atrevo á deciros que os amo desde hace mucho tiempo, porque no sé si debo responder sin la licencia de mi señora madre:

pero yo sé cuánto su merced se alegrará de esto si lo sabe, y como temo que nada próspero para nosotros llegue á buen logro, escuso darla esta noticia por escusarla despues el sentimiento.

No penseis mal de mí, porque de mi parte y mirando á mi corazon os dé el sí que deseais sobre ser mi esposo y yo esposa vuestra.

Pero me entristece un negro presentimiento: hé ahí por qué nada diré á mi señora madre: no quiero aumentar sus dolores, que hartos tiene.

Ved vos cómo haceis para que se realice lo que ahora no es otra cosa que un deseo de los dos.

Guárdeos el que todo lo puede y á todos los dolores acude.

Bésoos las manos.

De esta cárcel, á 20 de octubre de 1597.—Vuestra servidora, DOÑA GREGORIA PEREZ Y COELLO.»

Dobló la pobre jóven esta carta llorando sobre ella, y dijo al alguacil.

—Dadme oblea si la teneis.

El alguacil sacó un papel doblado y de él una oblea encarnada.

—Ahora me falta con qué hacer la abertura para la nema.

—No paseis pena por eso, señora, dijo el alguacil, que aquí está mi daga, que se puede sangrar con ella.

Y entregó una daga de media vara de longitud á doña Gregoria.

—¡Oh y qué dagas tan horribles gastais! observó la jóven.

—Pues á veces todo es poco, dijo el alguacil.

Doña Gregoria le devolvió la daga despues de haber hecho la incision para la nema.

Cerró la carta y sobrescribió:

«Al señor don José Perez y Coello.—En mano propia.»

El alguacil se apresuró á hacer desaparecer bajo su coleto la carta, el tintero y las obleas.

Y lo hizo á tiempo: porque apenas habia ocupado su taburete, como si nada hubiera hecho, doña Gregoria, tomado su libro de horas y puéstose á leer en él, como si nada hubiera hecho tampoco, se oyeron pasos de dos hombres, los unos fuertes, los otros mas tardos, y ruido de llaves en la crujía.

Poco despues rechinaron las cerraduras, y la puerta del calabozo se abrió.

Apareció en ella la sombría persona de Rodrigo Vazquez, que dijo al alguacil:

—Idos arriba con los otros.

Andorra se levantó y salió.

Rodrigo Vazquez entró en el calabozo.

El carcelero cerró la puerta.

CAPITULO III.

En que se ve que los años hacian mas malo á Rodrigo Vazquez de Arce.

Doña Gregoria se puso de pié por evitar una intimacion insolente de Rodrigo Vazquez.

Este habia cambiado mucho en la parte física desde que no le vemos, y en la moral habia crecido en perversidad.

Estaba completamente cano y agobiado por los años; y sin embargo, su mirada repugnante se fijaba candente con todo el fuego de una juventud volcánica en el espiritual semblante de doña Gregoria, que fijaba en el suelo su mirada.

—Habeis de decirme sí á lo que deseo, dijo despues de algunos segundos de silencio y de contemplacion sobre la jóven Rodrigo Vazquez; ved que lo que deseo es tal vez la libertad, la paz y el bienestar de vuestra familia.

Doña Gregoria no respondió; permaneció con la cabeza inclinada y la mirada fija en el suelo, con la inmovilidad de una estátua, y como si nada hubiera oido.

—Siempre ese silencio que me irrita y me enfurece, dijo Rodrigo Vazquez; siempre ese desden humillante; siempre esa venganza contra mí: yo agonizo, yo muero: sois mi contínuo pensamiento, mi desesperacion, la amargura de los últimos dias de mi vida: bien

sé que no podeis amarme, soy viejo; soy además enemigo de vuestra familia: ¡qué importa que no me ameis si sois mia! ¿y por qué no lo sois, si así podeis abrir las puertas de esta cárcel á vuestra madre y á vuestros hermanos?

—¡Para meterlos en la cárcel irredimible de la deshonra y del horror! esclamó doña Gregoria con acento acerado, frio, cortante, por decirlo así, alzando la hermosa cabeza y dejando ver en sus hermosos ojos azules, en otras ocasiones tan dulces, una terrible espresion de desprecio.

—¡La deshonra! ¡la infamia! ¡el horror! esclamó aterrado é irritado á un tiempo por el desprecio de doña Gregoria Rodrigo Vazquez: ¿qué deshonra ni qué infamia mayor que la que ha arrojado sobre vosotros por las culpas de vuestro padre una tremenda sentencia del Santo Oficio? ¿Qué horror que pueda compararse, no ya al que sufrís, sino al que sufrireis, si acabo de perder la última vislumbre de esperanza?

—Venga lo que Dios quisiere, dijo doña Gregoria: Dios castigará la infamia y el crímen en quien le haya cometido, no en los inocentes.

—¿Sabeis que voy á apartar de todo punto á la madre de los hijos, á los hijos de la madre, á los hermanos de los hermanos?

—Dios puede mas que vos: Dios sentencia á todos los horrores del alma y del cuerpo á los protervos hereges que le desconocen y le insultan: Dios sabe la verdad.

—El santo tribunal de la Fé es infalible.

—Sobre todas las infalibilidades está la infalibilidad de Dios.

—De Dios es la infalibilidad del Santo Oficio, esclamó con acento feroz Rodrigo Vazquez: y quien de ello dude, es herege.

—Líbreme Dios de dudar de la justicia y de la sabiduría del Santo Oficio, dijo doña Gregoria.

Y se redujo al silencio.

—Volveis á fortificaros en vuestro desprecio, y en nada teneis lo que os he dicho: nada os importan las amarguras, los sufrimientos de vuestra madre, de vuestros hermanos, de vos misma, que van á aumentarse por vuestra obstinacion.

—Mi madre, mis hermanos, aun los mas pequeños, preferirán como yo los mas horribles martirios á la muerte de su honra asesinada por mí.

—Pensadlo bien, doña Gregoria.

—Pues qué, ¿hay que pensar ni un solo momento en lo que debe hacerse cuando de la honra se trata?

—¡Ah no, no es eso! esclamó colérico Rodrigo Vazquez: no es eso: tanta virtud no se encuentra ya sobre la tierra, ni creo haya existido nunca, no: eso es, que lo que no es capaz de sacrificar una mujer á su honor, á su honra, lo sacrifica á su amor: es que vos estais enamorada.

—Y aunque lo estuviera, esclamó doña Gregoria, ¿qué derecho teneis vos para entrometeros en esto?

—¡Ah! ¡yo sabré quién es el hombre á quien amais!

Se puso densamente pálida doña Gregoria, y tembló.

—¡Ah! ¡con que es verdad! dijo Rodrigo Vazquez; sí, sí, es verdad: os habeis aterrado por él: y habeis hecho bien en aterraros, porque yo averiguaré, yo sabré quién es ese hombre que alcanza la felicidad de que vos le ameis, y cuando lo sepa... ¡ah! ¡desventurado de él! mas le valiera no haber nacido. Pero ¿qué dudo? ¿qué necesidad tengo de buscar, de averiguar? Vos me habeis de decir su nombre.

—¿Para qué? ¿para que os ensañárais con él? ¿para que le movierais un proceso calumnioso, un proceso infame, y le perdiérais? ¡Ah! ya vuestros ojos de lobo giran con un contento feroz, porque ven, creen ver entre la sombra una víctima.

—¡Que creen ver! esclamó Rodrigo Vazquez. Pues qué, ¿no es cierto que amais á un hombre, que ese hombre existe?

Doña Gregoria lanzó una carcajada tan bien fingida de burla y de desprecio á Rodrigo Vazquez, que este se desconcertó.

—Buscadle, buscadle, dijo riendo aún doña Gregoria: así os entretendreis en algo y nos dejareis un poco en paz: ¡oh, sí! yo amo, estoy en la edad del amor: ¿creeis que puede existir una mujer que á los veinte años no haya amado? Pero amo un sueño, una esperanza, un imposible, un sér hijo de mi fantasía que está fuera del alcance de vuestras asechanzas: le amo con toda mi alma; y el dia que encuentre á un hombre que se parezca al sér que yo he criado en mi corazon, le amaré hasta morir: vos no os pareceis á ese sér, señor Rodrigo Vazquez; sois todo al contrario de como yo le veo; y del mismo modo que despues de Dios y de mis padres le amo, os aborrezco á vos y os desprecio.

Hubo un momento de solemne silencio, en que solo se oyó el fuerte, el candente alentar de Rodrigo Vazquez, y la especie de estertor que salia de su pecho hirviente por la cólera.

Al fin Rodrigo Vazquez se repuso, y dijo con voz amenazadora:

—¡Vuestra sea la culpa de lo que suceda! ¡de todo lo horrible que lo que suceda sea!

—¿Y qué ha de suceder mas horrible que lo que sucede?

—Mirad, dijo Rodrigo Vazquez sacando de su escarcela dos cartas: la una es del conde de Essex, de ese herege luterano que sirve al rey de Inglaterra, y que es tan amigo de vuestro padre, que á él vuestro padre debe el pan que come desde el dia en que Enrique IV de Francia ha negado á vuestro padre la devolucion de la pension de tres mil escudos que vuestro padre renunció creyéndose decididamente protegido por el rey de Inglaterra; porque tratándose de vuestro padre, no hay heregía ni traicion ni vileza ni infamia que no pueda esperarse: pero hasta ahora, el conde de Essex solo se habia entendido con vuestro padre: ahora es distinto, le escribe á vuestra madre: leed.

Y quitó la nema á la carta, y entregó esta á doña Gregoria.

Decia así:

«Señora doña Juana Coello:

Vuestras virtudes, vuestra heroicidad, llenan de vuestra fama el orbe, que os admira y se duele de veros tan desgraciada.

Vuestros talentos, vuestro valor, se emplean pasivamente en los sufrimientos espantosos de una cautividad inmerecida, en la cual, segun se dice, se os trata, no como si fuérais una criatura humana, sino como una bestia dañina que no tuviese corazon ni alma, ni mas que ferocidad.

Pero Dios, que no olvida á sus criaturas, que ve su martirio y premia su fé, no os ha olvidado á vos ni á vuestros hijos.

Alentad la esperanza de que pronto tendrán fin vuestros sufrimientos: hombres diestros provistos de oro van á Madrid encargados de salvaros, y uno de ellos Peters Bulquer, que ha estado mucho tiempo en España, y que habla perfectamente el español, es el encargado de hacer que llegue á vuestras manos esta carta para que esteis advertida y podais ayudarle desde el interior de vuestra prision, seduciendo con vuestro grande ingenio, con vuestros irresistibles encantos, á los feroces guardas que os vigilan.

Es muy posible que en la misma prision os hable Peters Bulquer: confiad en él: es uno de mis mas fieles criados, y hombre decidido.

Guárdeos Dios, señora.

De Lóndres á 30 de marzo de 1597.—El conde de Essex.»

Doña Gregoria arrugó rápidamente esta carta, se la metió en la boca, la mascó con ánsia, y se la tragó.

—¿Qué habeis hecho? esclamó Rodrigo Vazquez.

—Destruir esa carta, por si en verdad era del conde de Essex, que lo creo muy difícil; porque el conde de Essex, desde que el rey de Inglaterra no quiso recibir en su córte á mi padre, no es amigo de él; y porque si es falsa y se presenta otra, sabré hasta qué punto llega vuestra vileza.

—¿Y esta otra carta de Vandome? dijo Rodrigo Vazquez.

Vandome era Enrique IV de Francia.

Doña Gregoria miró con ánsia aquella carta; pero Vazquez se guardó muy bien de dársela.

—Luterano el uno, hugonote el otro, ambos escriben á vuestra madre, contando cada cual por su parte con ella, y los dos contra el rey nuestro señor, enemigo de ambos, y el mas fuerte defensor de nuestra Santa Religion católica: ¿qué creeis que sucederá si estas cartas que yo he interceptado, ó esta, puesto que vos habeis destruido la otra, se presenta al rey nuestro señor?

—¿Y qué culpa tiene mi madre de que el conde de Essex y Vandome la escriban, ó de que vos hayais mandado contrahacer la letra de ambas, como es muy posible? Pues qué, ¿el rey nuestro señor es tan ciego que no conocerá la inocencia de mi madre? Pues qué, ¿basta para acusar de un crímen á una persona, el presentar una carta en que otra persona estraña le propone el crímen?

—No se hacen tales proposiciones por personas tan altas y directamente de puño y letra, sino á los que se creen que han de admitirlas. El rey está terriblemente receloso, terriblemente irritado, y bastará con que esta carta sea presentada al rey para que vuestra madre sea sentenciada.

—¡Sentenciada! esclamó doña Gregoria.

—Oid: En el castillo de Simancas hay un calabozo lóbrego. Allá por los años de 1568, una noche se entapizó de negro aquella mazmorra, se puso en ella un taburete y un palo clavado en el suelo, se levantó un altar con un crucifijo en aquel mismo calabozo, y se encendieron blandones amarillos; despues de esto, un alcalde de Casa y Córte, un escribano y un religioso, precedidos del alcaide del castillo, entraron en otro calabozo donde habia un preso.

El preso dormia.

Le despertó el alcaide.

Estrañó el prisionero aquella visita nocturna, y preguntó:

—¿Qué quereis? ¿á qué venís? ¿por qué turbais mi sueño?

—Lugar tendreis para dormir largamente, dijo el alcalde de Casa y Córte, porque yo vengo á notificaros que os prepareis para morir dentro de una hora.

—¿Y quién mas que Dios ó el crímen puede hacer que yo muera, ahora ó luego?

—El rey nuestro señor, contestó el alcalde.

Y el sentenciado no replicó, porque sabia bien que toda réplica era inútil.

Alcaide, juez y escribano, le dejaron solo con el religioso.

Una hora despues volvieron, y le llevaron al calabozo que se habia entapizado de negro.

Allí habia otro hombre; el verdugo.

El preso recibió de manos del religioso la Eucaristía, y poco despues, de manos del verdugo, la muerte en garrote.

Aquel hombre era Montigni.

A Montigni le mataron unas cartas semejantes á esta, y que el rey vió.

—¿Y por qué esa horrorosa sentencia sin proceso, por qué esa justicia secreta si Montigni era traidor? observó doña Gregoria.

—Porque era cómplice suyo el anterior príncipe de Astúrias. El caso es muy semejante: el cómplice de vuestra madre que aparece en esta carta, es Vandome: si se instruyera un proceso público, si se hiciera pública justicia en vuestra madre, seria necesario acusar de traicion y felonía al rey de Francia, y ajusticiarle moralmente ante la opinion del mundo entero, de los presentes y de los que vinieren. Esto no lo consiente la política; y si vos no cesais en vuestros rigores conmigo, si antes de un plazo de quince dias no habeis hecho la felicidad de mi vida, esta carta será presentada por mí al rey nuestro señor.

—¡Infame! contestó doña Gregoria.

Y no tuvo ni una palabra mas para aquel miserable.

—Es decir que sentenciais á vuestra madre.

—¡Antes la muerte que la deshonra! esclamó doña Gregoria: su honra no es mia.

Rodrigo Vazquez, como otras tantas veces, adelantó ciego de furor y de pasion hácia doña Gregoria.

Pero esta era mas fuerte que él, y le rechazó.

—¡Ah! ¡temblad! dijo Rodrigo abalanzándose á la puerta del calabozo y llamando con ambas manos: ¡temblad! ¡yo os despedazaré los miembros, el corazon, el alma! ¡ah! ¡mi odio es cada vez mas terrible! ¡mi venganza no retrocede! ¡morireis despues de haber apurado toda la hiel de una insoportable agonía!

Y calló, porque sonaron á punto las llaves del carcelero en la cerradura del calabozo.

La puerta se abrió, y Rodrigo Vazquez salió como una hiena irritada.

La puerta volvió á cerrarse.

Doña Gregoria se dejó caer sin fuerzas sobre su taburete de pino, y quedó anonadada, casi sin sensaciones: de tal modo, que cuando algunos minutos despues se volvió á abrir la puerta del calabozo para que entrase Lesmes Andorra á ocupar de nuevo su puesto de guarda de vista, no le sintió.

—¿Qué diablos habrá sucedido entre los dos, dijo el alguacil, que me la encuentro convertida en estátua?

La estuvo contemplando durante algunos minutos.

Al fin se acercó á ella, y la dijo:

—Volved en vos, que os traigo una buena noticia.

—¿Y qué buena noticia puede venirme á mí? esclamó desesperada la jóven.

—Aproveché el tiempo que me dejaba libre la estancia aquí del señor Rodrigo Vazquez, respondió el alguacil; salí de la cárcel, y me metí en la casa de enfrente, donde me esperaba don José Perez; le dí vuestra carta, la leyó, y yo creí que iba á volverse loco de alegría.

—Daria mi vida por verla, por hablarla siquiera un momento, dijo.

—Pues si doña Gregoria quiere, le respondí yo, sin dar la vida la vereis, la hablareis.

—Solicitadlo de doña Gregoria en mi nombre, me respondió.

Yo se lo prometí, y hé aquí que cumplo mi promesa; porque yo os ruego, señora, en nombre de don José Perez, consintais en verle, en hablarle.

—¿Y puede ser eso? esclamó ansiosa y confusa á un tiempo doña Gregoria.

—Si vos consentís, ya se buscará el medio.

—Pues bien; consiento, dijo doña Gregoria.

—Estad entonces atenta á la media noche, y callemos, no sea que tengamos escuchas.

Redujéronse de nuevo al silencio; Andorra ocupó su taburete, y doña Gregoria continuó sentada en el suyo, doblegada, abatida, silenciosa é inmóvil.

CAPITULO IV.

De cómo no se podia fiar en los descuidos de Rodrigo Vazquez.

A las dos de aquel mismo dia apuró su servicio el alguacil Lesmes Andorra, y fué á relevarle otro alguacil zafio, que ni aun siquiera se tomó la molestia de dirigir la palabra á doña Gregoria, para la cual aquel dia se hizo eterno.

Anochecia de todo punto en su calabozo una hora antes que al aire libre, y entraron una lámpara opaca que alumbraba escasamente aquel espacio, aunque era pequeño.

Doña Gregoria sabia que aún faltaban siete horas hasta la media noche.

Su reloj eran los alguaciles que la guardaban.

A las seis relevaron al que habia relevado á Lesmes Andorra, y á las diez vino este á relevar al que habia relevado al otro.

Nunca habia estado levantada tan tarde doña Gregoria.

Y como el alguacil no se retiraba á la parte de afuera hasta que doña Gregoria se recogia, Lesmes Andorra fué encerrado, y se alejaron los pasos del carcelero.

—Todo está dispuesto, dijo vivamente el alguacil, y vendrá el señor don José Perez, y volverá á salir; y si vos quereis saliros con él y con vuestra familia, nos saldremos todos.

—¡Oh! ¡qué es esto, Dios mio! dijo doña Gregoria: ¡que podemos huir todos!

—Ya se ve, dijo el alguacil: con hombres tan ricos y tan generosos como don José Perez, no hay medio de resistirse: ¿qué esperamos siendo lealísimos al rey? Alguaciles, y siempre alguaciles, y no escapar de alguaciles: hambre de asiento y sin esperanzas de consuelo; pero cuando le dicen á uno, diez mil ducados para tí y diez mil para todo otro que necesites, se le aguzan á uno las ganas de comer y el sentido, y se hacen cosas grandes, yo os lo aseguro.

—¿Pero teneis seguridad de que lo que intentais es posible?

—¡Bah! somos los seis alguaciles mas bravos de la ronda del señor Rodrigo Vazquez: hemos hecho de manera, que han cambiado dos de los seis que no tenian que estar aquí esta noche con otros que deseaban irse á su casa: ya veis; en dando las doce nos levantamos los seis muy queditamente, nos vamos al cuarto del alcaide, le sorprendemos, que no nos faltarán escusas para entrar en su cuarto, le atamos de piés y manos, le ponemos una mordaza, y lo mismo hacemos con todos los que tienen cargo en la cárcel: nos apoderamos de las llaves, y os sacamos. Pero primero es menester que entre aquí el señor don José Perez; y para que eso suceda, es necesario que yo ande de todo punto suelto por la cárcel, que ya sé yo la gatera por donde puedo meterle: y para que yo ande libre, es necesario que vos digais que os vais á recoger; y tenedlo por dicho, porque yo, como si lo hubiérais dicho, voy á hacer la señal, á fin de que baje el llavero y abra para que me quede por la parte de afuera.

Y diciendo esto, Andorra se acercó á la estrecha rejilla de la puerta del calabozo, se metió los dedos en la boca, y silbó de una manera tan terrible, que el silbido pareció como retronar en todos los huecos de la cárcel.

—Vamos, ese que silba es Andorra, dijo el llavero del calabozo de doña Gregoria, que estaba arriba: la pobrecilla va á recogerse.

Y cogió las llaves y bajó á abrir.

Entre el lugar de la alcaidía en que estaba el llavero con otros alguaciles, y las puertas de los encierros, no habia interpuesta puerta alguna.

El llavero abrió, dió las buenas noches á doña Gregoria, púsose de la parte de afuera Andorra, y el llavero cerró, retirándose otra vez al lugar de donde habia venido.

Doña Gregoria sufrió una impaciencia mortal durante el trascurso de aquellas dos terribles horas; una agonía que nosotros renunciamos á describir porque no tenemos medios para ello.

Al fin dieron las doce en el reloj del Salvador.

El reloj no se oia en el profundo calabozo de doña Gregoria; pero poco despues de las doce sonaron pasos.

Crujieron luego las llaves en las cerraduras, y la puerta se abrió.

Un hombre entró en el calabozo.

Aquel hombre era don José Perez.

Encontró á doña Gregoria, que se habia levantado al sentir los pasos, de pié, inmóvil, en medio del calabozo.

Doña Gregoria le miró de una manera suprema.

El jóven se sintió amado: y como todos los amantes, poseido por la pasion, se arrojó á los piés de doña Gregoria.

—Alzaos, alzaos, esclamó la jóven toda confundida: yo no sé si he debido permitir que vengais aquí; ya os lo he dicho en mi carta, y ahora os lo repito: ser vuestra esposa será para mí ser la mas dichosa de las mujeres.

—¡Oh! gracias, señora, gracias: yo daré por vos, por vuestra familia, mi vida, y no digo mi alma, porque mi alma es de Dios. Pero no perdamos el tiempo, señora mia; no podemos entretenernos en una dulce conversacion de amor: gente pagada por mí dentro de la cárcel se ha apoderado de los demás guardas: es necesario que vuestra madre, vuestros hermanos nos sigan: ya he buscado sitio por donde salir de Madrid: tomaremos el camino de Toledo esta misma noche, nos meteremos en los montes, y continuaremos por ellos buscando la Sierra Morena, y guiados por gente práctica llegaremos á Portugal, donde, no siendo conocidos, podremos ganar la costa, y nos embarcaremos para Francia. Seguidme.

Y asió de una mano á doña Gregoria, y la sacó del calabozo.

Los esperaba Lesmes Andorra.

Habia que subir unas altas escaleras para llegar á los encierros donde estaban doña Juana Coello y sus otros hijos.

Cerca ya de lo alto de las escaleras, sintieron pasos de muchos hombres y reflejo de luces.

Don José se detuvo y echó instintivamente mano á su espada.

—No hay cuidado, dijo Lesmes Andorra; son los nuestros, que porque hemos tardado algo, vienen sin duda á saber lo que sucede.

Don José y doña Gregoria se tranquilizaron y continuaron subiendo.

Pero al llegar á lo alto de las escaleras, se encontraron con Rodrigo Vazquez, que estaba entre una turba de alguaciles, armados todos con arcabuces.

—¡Entregaos al rey nuestro señor! dijo con un gozo feroz Rodrigo Vazquez.

Era inútil la resistencia.

Los alguaciles apuntaban con los arcabuces.

Doña Gregoria se habia desmayado, y á no ser por Lesmes Andorra, que la sostuvo, se hubiera malparado.

Don José y Lesmes Andorra fueron presos dentro de la misma cárcel, llevados á profundos encierros, y cargados de cadenas.

Doña Gregoria fué de nuevo conducida á su encierro, y custodiada por dobles guardas de vista.

Aquello habia sido una traicion.

Uno de los alguaciles con quien habia contado Andorra, habia contado tambien por los dedos el resultado que podia darle denunciar aquella especie de conspiracion á Rodrigo Vazquez.

Cada uno de los alguaciles habia recibido casa de Petra la Bizca cinco mil ducados en doblones de oro, debiendo recibir otros cinco mil cuando se hubiese realizado la fuga de la familia de Perez.

Hé aquí la cuenta que habia hecho el alguacil Garbea, que así se llamaba el traidor.

—Cinco por seis, treinta; treinta mil ducados: todos tenemos encima el dinero, porque no ha habido tiempo para llevárnoslo á otra parte: al señor que nos lo pagó le quedaba otro mucho oro, lo menos veinte mil ducados; cincuenta mil: al denunciador le toca la mitad del dinero; la otra mitad es para la hacienda real; de suerte que si yo ando listo, saco, cumpliendo bien con su majestad y con la justicia, y quedándome libre y exento de todo pecado y mejorado en mi oficio por buen servidor de su majestad, veinticinco mil ducados; con que me conviene mucho mas dar parte que meterme en este enredo, que puede salir muy mal.

Garbea se escurrió, y como la casa de Rodrigo Vazquez estaba en la calle del Sacramento, y por ser ya las once de la noche se habia recogido ya Rodrigo Vazquez, le encontró, y le dió parte punto por punto.

Pero no sabia el traidor Garbea con quién se las habia, ni tuvo

la precaucion de hacer la denuncia por ante escribano y testigos.

Rodrigo Vazquez le elogió su buen proceder, le prometió en nombre de su majestad mejorarle en su oficio, y le mandó que se volviese á la cárcel, é hiciese como los otros cinco comprometidos para no inspirar sospechas.

Obedeció Garbea, se volvió á la cárcel, y Rodrigo Vazquez, saliendo precipitadamente de su casa con su brava ronda, fué á ocultarse con ella en las avenidas de la cárcel, esperando á que diesen las doce.

Fuera de la cárcel, á pesar de que habia doce hombres ocultos, ni aun se olia á alguacil.

Media hora antes llegaron siete sillas de manos.

Rodrigo Vazquez los dejó estar.

Pero al dar las doce, se echó de repente con su ronda sobre los mozos de las sillas y sobre cuatro hombres que los resguardaban, y entre los cuales estaba el alférez Bustillos, llamó á las puertas de la cárcel, dió en ella con los presos á quienes mandó incomunicar, se precipitó con toda su ronda en los encierros, llegó á tiempo de prender á don José, á doña Gregoria y á los seis alguaciles, incluso Garbea, que se habian apoderado de la cárcel y andaban abriendo los encierros de doña Juana Coello y de sus hijos.

Garbea fué preso tambien: importábale mucho á Rodrigo que el rey supiese cuán alerta estaba y lo difícil que era sorprenderle por segunda vez, como fué sorprendido cuando se fugó Antonio Perez.

Garbea creyó por el momento que su prision no era otra cosa que una manera de cubrir las apariencias.

Pero cuando le registraron y le sacaron como sacaron á los otros los cinco mil ducados, y le cargaron de cadenas y le incomunicaron, empezó á comprender que el lance era demasiado serio.

Se arrepintió muy tarde: cuando cuatro meses despues le sacaron públicamente con sus cinco compañeros, caballero en un burro, le aplicaron doscientos azotes, y le enviaron como á los otros, rematado á las galeras del rey, para que durante diez años se entretuviese con un remo sujeto por un grillete á una banda.

CAPITULO V.

Revelaciones.

Rodrigo Vazquez no habia podido ver sin una rabia sombría, sin unos celos mortales, á don José, llevando de la mano á doña Gregoria, ayudando de una manera admirable por el valor, por el desinterés, por el sacrificio, á la familia de Perez.

Pero al mismo tiempo, su alma negra se inundó de una feroz alegría.

Doña Gregoria y don José se amaban, esto no podia dudarlo, y Rodrigo Vazquez sabia demasiado que eran hermanos: podia destrozarles el alma á su placer.

El hambre de la venganza es voraz.

Rodrigo Vazquez fué al momento á encerrarse con don José en su calabozo.

En cuanto le vió don José, le dijo secamente:

—Señor alcalde, habeis cumplido con vuestra obligacion, pero habeis incurrido involuntariamente en un error.

—En cambio vos, contestó Rodrigo Vazquez, incurrís voluntariamente en una gravísima falta.

—¿En cuál? contestó con altivez don José, en el cual hervia la sangre de Felipe II.

—Me tratais de vos, y yo tengo sèñoría.

—Falta en que vos incurrís, y en que yo no he incurrido, porque de señoría á señoría no vale la consecuencia.

Rodrigo Vazquez se mordió los labios contrariado; nada tenia que responder.

Estaba viendo sobre el pecho de don José la roja cruz de Santiago.

—¿Y despues de lo que veis, dijo don José, no os apresurareis á mandar que me quiten estas cadenas, á sacarme de aquí, y á entregarme en la cárcel del Consejo de Ordenes? Y á mas que yo, como alférez que soy de la Guardia Española, gozo fuero militar, y no puedo permanecer preso ni un instante en la cárcel pública.

Rodrigo Vazquez no hacia mas que morderse los labios.

Se volvió á la puerta del calabozo, y llamó.

Acudió un carcelero.

—Quitad al momento, dijo, esas prisiones á su señoría.

El carcelero sacó de su cinto al momento un martillo de que siempre iba provisto, y desarmó los grilletes que aprisionaban al jóven.

—Pedid las armas de este caballero, y todas las prendas con que vino, dijo Rodrigo Vazquez.

El carcelero salió.

—Me apresuro á reconocer el derecho de vuestra señoría, dijo secamente Rodrigo Vazquez; reconozca vuestra señoría el mio.

—Vuestra señoría no tiene derecho alguno sobre mí, dijo don José; porque, respecto á mí, vuestra señoría es incompetente.

—No faltará, pues, quien juzgue á vuestra señoría y le sentencie. El delito que vuestra señoría ha cometido.....

—No permito á vuestra señoría que le califique, porque vuestra señoría no es mi juez natural.

Rodrigo Vazquez volvió á morderse los labios de despecho, y su mirada sangrienta se encarnizaba mas y mas en el jóven.

Su hermosura, su juventud, le atormentaban; comprendia que doña Gregoria estuviese locamente enamorada del jóven caballero.

Los celos le despedazaban el alma.

A no ser por el miedo del castigo, hubiese dado de puñaladas á don José.

Se puso á pasear en silencio como un tigre enjaulado y rugiente, de una parte á otra del calabozo, esperando á que el carcelero volviese con lo que se le habia pedido.

Al fin volvió.

Traia una espada, una daga, dos pedreñales ó pistoletes, y un capotillo y una gorra.

El jóven se ciñó las armas, se puso la gorra y el capotillo, y permaneció inmóvil.

—Vamos, dijo Rodrigo Vazquez.

—Aún no, contestó don José.

—¿Pues no dice vuestra señoría que no puede estar en la cárcel pública?

—Y lo repito; pero es necesario que yo salga de ella como he entrado. Y dígolo, no por el huevo, sino por el fuero.

—Esplíquese vuestra señoría.

—Yo entré en la cárcel con doscientos doblones de á ocho en un cinto, y una bolsa con pasadores de oro y diamantes, y un libro de memorias con las tapas de oro y piedras, y un cintillo grande con una piedra, y en ella el sello de mis armas.

—¡Estremoz! dijo con voz estentórea, impaciente, disgustada, terrible, Rodrigo Vazquez, acercándose á la puerta del calabozo.

Entró inmediatamente el cabo de su ronda.

Presteza que significaba que Rodrigo Vazquez tenia cerca de sí quien le ayudase en un caso dado.

—Entre lo que se ha cogido á los presos, dijo Rodrigo Vazquez, hay un cinto, una sortija con un sello de armas, una bolsa con pasadores de oro y diamantes, y un libro de memorias con las tapas de oro, ¿no es esto?

—Sí señor, dijo Estremoz.

—Del dinero que tiene en mi poder mi secretario, tomad doscientos doblones de órden mia, ponedlos en el cinto y en la bolsa, y bajad todos esos objetos que se ha dicho.

Estremoz se fué.

Rodrigo Vazquez volvió á su paseo, á su silencio, á su cólera mal contenida y rugiente.

Don José, galan, gallardo, hermoso, permanecia inmóvil.

Estremoz volvió á los diez minutos con los objetos pedidos.

—Entregadlo todo á ese caballero, dijo.

Estremoz fué dando aquellos objetos á don José, que se puso primero el cinto bajo la ropilla, despues la sortija, y por último, guardó la bolsa y el libro de memorias.

—Ya podemos salir, si á vuestra señoría le place, dijo Vazquez.

—Cuando guste vuestra señoría, dijo don José.

—Estremoz, dijo Rodrigo Vazquez; os vendreis con cuatro ministros con arcabuces tras este caballero y tras mí, cuidando de que este caballero no pueda fugarse, porque este caballero está preso.

Salieron primero del calabozo, luego de la cárcel, y tomaron el camino hácia la calle de Alcalá, donde estaba el Consejo de Ordenes y las prisiones de los caballeros de hábito

—¿Vuestra señoría quiere que nos entretengamos algun tiempo en una importante conversacion? dijo Vazquez.

—Sí, eso quiero, dijo don José.

—Pues metámonos en este soportal, donde podremos hablar aparte y largamente, dijo Rodrigo Vazquez; aunque bien mirado, la conversacion puede y debe ser muy breve.

Se entraron en el soportal.

—Hable vuestra señoría, contestó don José.

—Yo he sorprendido á vuestra señoría, dijo Rodrigo Vazquez, llevando de la mano á doña Gregoria.

—A mi esposa, dijo con energía don José.

—¿Esposa de vuestra señoría, y esposa de hecho? preguntó con un acento estraño y ansioso y con la voz trémula Rodrigo Vazquez.

—Ningun hombre honrado, cuanto menos un hidalgo, un caballero que se ha criado bien y en el temor de Dios, dijo don José, toca á la honra de la mujer que ha de ser su esposa.

—¡Ah! pues es lástima, dijo Rodrigo Vazquez, que posponia sus celos á su venganza.

—¡Lástima! ¿y por qué? Esplíqueme bien vuestra señoría esas palabras, dijo severamente don José.

—Aborrezco á vuestra señoría, como aborreceria á mi mayor enemigo, dijo Rodrigo Vazquez.

—Y yo desprecio á vuestra señoría, como desprecio lo mas despreciable.

—Aún los años no han cansado mi brazo, dijo colérico Rodrigo Vazquez, y apercibo á vuestra señoría para que se reporte, ó de lo contrario, remitiré á mi espada la satisfaccion á que hubiese lugar.

—Yo no he nacido para despenar viejos, contestó con desprecio don José.

—Pero ha nacido vuestra señoría para ser insolente.

—Bien digo cuando digo que desprecio á vuestra señoría, por-

que vuestra señoría, olvidándose de sus canas, obra y habla como un mozo mal criado, mal castigado, y dejado de la mano de Dios.

—Estamos perdiendo tiempo.

—No ciertamente por mi culpa.

—Las palabras se enredan las unas á las otras.

—Achaque de charlatanes.

—¡Vive Dios!

—Sea por siempre glorificada Su Divina Majestad, que nos da paciencia para sufrir á pícaros é impertinentes.

—¿Sabe vuestra señoría que tiene una soberbia que enfurece? Acaba de cometer un gravísimo delito vuestra señoría, y le agrava incurriendo en desacato enormísimo contra un alto ministro de justicia del rey nuestro señor.

—El alto ministro de justicia no se da á respetar; pero concluyamos: ¿qué tiene que decirme vuestra señoría?

—¿Está resuelto vuestra señoría á casarse, á pesar de todo, con doña Gregoria?

—¿Y qué va ni viene en ello á vuestra señoría?

—¿Ama mucho vuestra señoría á doña Gregoria? dijo Rodrigo Vazquez, dejando sin contestacion la pregunta de don José.

—Y bien, sí: que importe ó no importe á vuestra señoría, yo no puedo negar, como no puedo negar á Dios, que amo á doña Gregoria con toda mi alma, sobre todas las cosas, despues de Dios y de la memoria de mi buena madre.

—¡Ah! ¿con que ama vuestra señoría mas que á sí mismo á doña Gregoria?

—Sí, y será mi esposa.

—¿Sabe vuestra señoría que doña Gregoria está infamada por una sentencia del Santo Oficio, y que al casarse con ella vuestra señoría se infama?

—Lo sé, pero el rey premiará mis buenos servicios haciendo que el santo tribunal de la Fé absuelva de infamia á una inocente.

—Su majestad se enojará grandemente con vuestra señoría cuando sepa que vuestra señoría ha querido libertar á personas presas por su mandato, y castigará gravemente á vuestra señoría.

—No importa; á pesar de todo, del perdimiento de mi libertad y de mis bienes, sin poder verla, me casaré con ella. Esto no puede impedirse.

—¿Que se casará vuestra señoría con doña Gregoria?

—Sí, á no ser que me maten antes de enlazarme á ella.

—No se enlazará con ella vuestra señoría.

—¿Por qué? esclamó con un sarcasmo colérico don José, ¿porque vuestra señoría no lo quiere?

—Porque no lo quiere Dios.

—Dios no puede querer que no se amen dos almas que han nacido para amarse.

—Dios castiga el incesto, dijo Rodrigo Vazquez de Arce con un placer horrible.

—¡El incesto! esclamó, con la sangre helada de espanto el jóven; ¿que decís de incesto?

—¡Ah! ¿Vuestra señoría es ya esposo de doña Gregoria? esclamó con una rabia infinita Vazquez.

—No, no, y cien veces no; pero dígame vuestra señoría, dígamelo: ¿por qué habla de incesto? ¿Acaso porque me apellido Perez y Coello como doña Gregoria? ¡Ah! eso es otra cosa; vuestra señoría se ha engañado. Mi madre era hija adoptiva del señor Antonio Perez y de doña Juana Coello.

—¡Hija adoptiva del señor Antonio Perez! esclamó Rodrigo Vazquez; diga vuestra señoría amante del señor Antonio Perez.

—¡Amante! ¡mi madre amante del señor Antonio Perez!

—Sí; y el señor Antonio Perez es padre de vuestra señoría.

—¡Mi padre! ¡Doña Gregoria mi hermana! esclamó el jóven en el colmo del espanto. ¡Ah! no, no, eso no puede ser: eso seria horrible. ¡Mientes como un villano, miserable! ¡tú amas á doña Gregoria!

—Yo amo la ley de Dios, dijo Rodrigo, saboreando el punzante placer que le causaba la desesperacion del jóven; y si yo, que conozco el secreto de vuestro nacimiento, no os avisase de ello, no cumpliria con mi obligacion. Improperadme, amenazadme, irritaos contra mí: en buen hora; no me arrepiento de haberos detenido al borde del abismo.

—Repito que eso es una mentira infame; que vos sois un malvado hipócrita que encubrís con la apariencia del deber, las malas obras de vuestras pasiones: no, doña Gregoria no es mi hermana: si fuese mi hermana, Dios no permitiria que yo la amase como la amo.

—¿Habeis buscado los papeles de vuestra difunta madre?

—No; un hijo no debe examinar las prendas de su madre muerta: el sér humano es débil, puede incurrir é incurre en debilidades; un hijo debe evitar el conocer las debilidades de su madre: lo que

los difuntos dejan, lo que no pueden guardar, es sagrado. Yo no sé si mi madre tenia papeles ó no; no me he metido en un registro.

—Registrad, registrad, porque os importa. En los papeles de vuestra madre encontrareis sin duda la prueba de que no es una mentira interesada lo que os he dicho; y cuando os convenzais de ello, me agradecereis lo que he hecho.

—¡Pero si eso no puede ser! esclamó cada vez mas desesperado el jóven.

—¿Me dais vuestra palabra de honor de no saliros de Madrid y de estar siempre á punto de ser preso si el rey nuestro señor os manda prender?

—Os la doy.

—Pues bien, no os quejeis de mí; arrepentíos de los malos tratamientos que me habeis hecho sufrir, porque yo os dejo, bajo vuestra palabra, en libertad de ir á vuestra casa para que podais examinar esos papeles; y si tal no quisiéreis hacer por un piadoso respeto á la memoria de vuestra madre, hablad de esto á su majestad, y como no podeis dudar de la veracidad de su majestad, encontrareis que yo no os he engañado, que miro por vos mirando á mi conciencia, y os aviso á tiempo una desgracia terrible, lo cual debeis agradecerme: me habeis insultado, habeis pensado mal de mí, y os lo perdono, porque sois jóven y estais apasionado.

Rodrigo Vazquez habia tomado su acento, su palabra y su manera hipócritas.

Habia perturbado el alma del jóven de una manera profunda.

La revelacion de que doña Gregoria era su hermana, habia caido sobre él como una montaña, le habia aniquilado.

Su corazon habia sido herido de muerte.

Solo le quedaba una esperanza: que aquello fuese una calumnia.

Sin embargo, Rodrigo Vazquez le habia indicado las pruebas que debian demostrarle la verdad.

—Id, pues, le dijo Rodrigo Vazquez, bajo vuestro honor y vuestra palabra de no salir de Madrid y de estar á lo que resultare del delito que habeis cometido pretendiendo sacar de prision á personas puestas en ella, y en ella mantenidas con razon bastante por el rey nuestro señor.

—No saldré de Madrid, contestó el jóven; no me ocultaré tampoco: os lo afirmo por mi honor, y os lo juro por mi alma.

—Pues adios.

—Adios.

El alcalde se volvió á la cárcel con sus alguaciles, y don José, dolorido, desesperado, calenturiento, vacilante, se dirigió á su casa.

Rodrigo Vazquez ni aun dió parte de que don José Perez y Coello habia pretendido libertar de prision á la familia de Perez.

Por su parte los alguaciles no le citaron; porque citarle hubiera sido lo mismo que acusarse á sí mismo de cohecho, lo que hubiera aumentado su pena.

Se sostuvieron en la negativa como todos los criminales acostumbrados á los procesos, y como alguaciles que prácticamente sabian que negar es salvarse, si no del todo, en parte.

Así es, que no apareció en el proceso el nombre de la persona que les habia dado el dinero que se les encontró en los bolsillos.

Doña Gregoria tampoco habia nombrado á don José; habia tambien negado.

Don Rodrigo no habia apretado en el descubrimiento de la verdad.

Esta conducta, que á primera vista parece generosa, era hija de la mas torcida intencion del mundo.

Si Rodrigo Vazquez hubiera hecho á doña Gregoria una revelacion semejante á la que habia hecho á don José, nada hubiera conseguido respecto al corazon de doña Gregoria; esta hubiera encontrado una imposibilidad, una barrera insuperable que no hubiera pretendido salvar; pero se hubiera concentrado en una aspiracion imposible, hubiera purificado su amor, y hubiera sido feliz con una felicidad dolorosa, es cierto, mortal acaso, pero siempre una felicidad.

Lo que queria Rodrigo Vazquez era que doña Gregoria se creyese abandonada, despreciada, humillada; que apareciese ante ella don José cobarde, mirando siempre á su conveniencia propia mas que á su amor.

Queria, en una palabra, que doña Gregoria creyese digno de su desprecio á don José.

Hay actos que parecen generosidades, y son infamias.

CAPITULO VI.

De cómo la sentencia de muerte que no habia podido cumplirse en Antonio Perez, se cumplió en su hija doña Gregoria.

Don José, una vez en su casa, entró maquinalmente en los aposentos que habia ocupado su madre.

Una vez allí, se sentó desalentado en un sillon, en el mismo sillon colocado junto á la chimenea en que tantas veces habia contemplado á su madre, silencioso, triste, meditabundo, abstraido.

Los ojos de don José se fueron llenando de lágrimas, hasta que al fin rompió á llorar como si todo se hubiese acabado para él en el mundo.

La idea de que doña Gregoria podia ser realmente su hermana, le aniquilaba.

—Y bien, dijo: ¿por qué no he de salir yo de esta terrible duda?

Y miró con ánsia á una papelera de ébano, concha y nácar, que estaba sobre una mesa de mármol con piés dorados.

Aquel era el secreter de Casilda.

Don José salió lentamente de aquellos aposentos, se fué al suyo, abrió un cajon donde tenia las llaves de todos los muebles que habian pertenecido á su madre, y que llenaban casi un ancho aro de acero.

Volvió, y llegó á la papelera.

Por algun tiempo permaneció indeciso, cobarde.

Le parecia una profanacion impía la de un hijo sorprendiendo los secretos de su madre muerta.

Pero otro amor intenso, terrible, agitaba el corazon de don José, y arrastrado por aquel amor, se decidió.

Abrió la papelera despues de haber probado algunas llaves, y reconoció los papeles que dentro habia.

Eran cuentas y documentos pertenecientes á propiedades; cosa que nada tenia que ver con lo que don José buscaba.

Por fin encontró un paquete de cartas.

La primera que abrió, era de puño y letra del rey.

«No sé por qué estais quejosa de mí, decia esta carta; os he enriquecido, os he engrandecido: ¿por qué os obstinais en que os reconozca por hija mia? ¿por qué el memorial impaciente y poco respetuoso que me habeis enviado con Santoyo, alegando que lo escribíais porque yo no os recibia en audiencia? Vuestras importunidades, vuestras pretensiones, han sido la causa de que yo me niegue á recibiros y escucharos: el amor que teneis á vuestro hijo, decís, os impulsa á solicitar de mí os reconozca por hija mia bastarda y os declare infanta de España, para que de ese modo pueda ser infante vuestro hijo. Alegais que el señor emperador don Cárlos mi augusto padre reconoció al señor don Juan de Austria. Pero esto trajo gravísimos inconvenientes que me han aleccionado, y son parte de las razones que tengo para no reconoceros. Os mando que no useis de esta carta, que es ya un reconocimiento; porque si usárais de ella, yo lo tomaria á grande enojo por el escándalo que habríais dado, y os castigaria severamente por desobediencia. No insistais en lo que no puede ser, y satisfaceos con el amparo que os doy, con los adelantamientos de vuestro hijo, y con el amor que á él y á vos os tengo.—De Balsain á 15 de junio de 1588.—Yo EL REY.»

Este fué un nuevo golpe que acabó de aturdir al jóven, una nueva revelacion.

Era nieto del rey.

Pero se veia obligado á guardar aquel secreto terrible.

El rey, que tan severo habia sido con su madre, debia ser infinitamente mas severo con él.

Se veia obligado á saber que era superior á todos los vasallos de su abuelo, igual á los príncipes sus tios, y á callar, á ocupar en silencio su posicion difícil.

Pero no era esto lo que mas atormentaba al jóven.

Doña Gregoria, y siempre doña Gregoria.

Sabia que era nieto del rey, y necesitaba saber quién era su padre.

Siguió examinando cartas: eran tambien del rey, y probaban la estima en que tenia á Casilda.

Eran, ya remisiones de alhajas, ya solícitas preguntas acerca de su salud, por no haberla visto en algun tiempo.

Por último, de improviso encontró una carta de Antonio Perez: decia así:

«Señora: Os quejais de que tardo en escribiros, y no sabeis hasta qué punto tengo enferma el alma y estoy desganado de todo. Las desgracias que me suceden son tales, que ni aun para desesperarme me dejan fuerzas. Y no creais que os tengo en olvido, ni por desamor ó indiferencia á ese hijo vuestro y mio, mas afortunado que los otros que Dios me ha dado en mi matrimonio, he dejado de manifestaros mi contento, por las mercedes que el rey le otorga, que ya es mucho y casi milagro, que siendo sangre mia, el rey le favorezca.»

Don José no leyó mas; y aun las palabras que leyó despues de aquella en que Antonio Perez le llamaba hijo suyo, las leyó con turbios ojos.

Dominóse sin embargo, y volvió á leer aquella carta, y leyó otras y otras tambien de Antonio Perez, y no pudo tener duda de que era hermano de doña Gregoria.

Don José pasó una noche espantosa.

Al dia siguiente no pudo levantarse del lecho, y llamó á Santoyo.

Acudió inmediatamente el fiel ayuda de cámara del rey, y se alarmó al ver el estado en que se encontraba don José, porque sabia bien Santoyo hasta qué punto le amaba Felipe II.

—Mirad, señor Santoyo, le dijo don José, á qué estado traen los pecados de los padres á los hijos.

Espantóse Santoyo por lo que se traslucia en las palabras del jóven; pero hábil cortesano, disimuló su espanto, y dijo:

—Desde que Adan pecó, el pecado es la herencia del género humano; pero para la remision de sus culpas tiene el hombre el arrepentimiento y la infinita misericordia de Dios.

—Hay pecados irreparables, señor Sebastian, contestó el jóven,

y son los que traen á la vida séres desventurados que no pueden ser como los demás.

—No os comprendo, dijo Santoyo, ni sé por qué me decís esto.

—Me estoy muriendo, contestó don José: para mí no hay ya felicidad posible sobre la tierra; pero Dios tendrá misericordia de mí, y esto acabará pronto.

—¿Y qué desgracias pueden aconteceros, jóven, rico, favorecido por su majestad?

—Desgracias del corazon; desgracias horribles: amo, y no puedo, como otros hombres, aspirar á la felicidad de mi amor: es mas, ese amor me horroriza; porque amo á mi hermana.

—¿Pues qué hermana teneis vos? dijo el imperturbable Santoyo.

—Doña Gregoria Perez y Coello.

Sebastian de Santoyo se mantuvo firme, sereno, y contestó sonriendo:

—¿Quién os ha dicho que la hija mayor del señor Antonio Perez es vuestra hermana?

—Una carta del señor Antonio Perez á mi madre que he encontrado en una papelera. Tambien he encontrado allí otras del rey nuestro señor, de las que resulta que mi madre era hija suya.

—¿Y estais seguro de que esas cartas no son falsas? dijo Santoyo.

—Sujetémonos á una prueba: yo muero por el amor que me abrasa el alma: decid al rey que si no quiere mi muerte, saque de prisiones á doña Gregoria, la limpie de la infamia que pesa sobre su inocente cabeza, y la haga mi esposa.

—El rey no puede consentir eso, dijo Santoyo: la infamia que desgraciadamente ha caido sobre esa pobre jóven, proviene de una sentencia del Santo Oficio, y el rey no puede anular las sentencias del santo tribunal de la Fé, ni indultar á los sentenciados por él de sus penas.

—Os he llamado, señor Sebastian de Santoyo, porque sé que gozais de toda la confianza del rey nuestro señor, y os he llamado sin esperar nada: mi mal no tiene remedio; pero no quiero, no puedo permanecer en Madrid, cerca de ella: rogad al rey nuestro señor me otorgue licencia para ir á morir lejos de Madrid, de España, de Europa, en las Indias; y advertidle, que si se me niega la licencia, me la tomaré yo, mirando á obligaciones mas altas que á la de obe-

decer al rey: y si se me castiga á muerte por inobediencia, habré acabado de sufrir.

—¿Quereis que diga á su majestad todo lo que me habeis dicho?

—Sí: ¿qué me importa? Todo lo que pueda sobrevenirme será menos terrible que lo que tengo ya sobre mí.

—¿Y sabeis lo doloroso que será para su majestad el saber que vos conoceis el secreto del orígen de vuestra madre, el del vuestro por cartas que vuestra madre debió haber destruido? ¿Teneis vos derecho á causar una amargura mas á su majestad? ¿Tan débil sois que os sentís sin valor para permanecer aquí, porque tomais por desgracia lo que es una providencia de Dios, para evitar un crímen abominable?

—El rey no me dará la licencia que solicito si no conoce las graves causas que me inducen á pedirla; y en cuanto á mí, necesito defenderme con la ausencia, de las malas tentaciones de la desesperacion. Decídselo todo al rey.

—Bien, cumpliré vuestro encargo, pero no respondo de las consecuencias; y como lo que mas urge es vuestra salud, me voy para enviaros al doctor Oliva. Os encargo la mayor reserva: nada de lo que me habeis dicho digais á nadie: yo soy la conciencia de su majestad y puedo saberlo todo; pero la divulgacion de estos secretos causaria funestísimas consecuencias que es necesario evitar. Adios; estad preparado; no tendrá nada de estraño que esta noche venga á visitaros su majestad.

—Lo anhelo, dijo don José.

En efecto; aquella noche, un embozado, escoltado por otros cuatro, entró por el postigo del jardin casa de nuestro jóven.

Era el rey.

Felipe II se mostró severísimo con don José; pero con una severidad paternal, y le anunció que en cuanto se restableciese partiria á Flandes con el cargo de cuartel-maestre de Alejandro Farnesio.

Ni una sola palabra de consuelo, ni una sola confianza debió á Felipe II el jóven, en aquella corta y severa entrevista.

Quince dias despues, restablecido de la fiebre nerviosa que le habia postrado, gracias al talento y á la asiduidad del doctor Oliva, partió don José para Flandes.

Doña Gregoria no tuvo noticias suyas, desde el momento en que, fugándose con él, fué sorprendida por Rodrigo Vazquez, y se creyó abandonada.

No podia ni aun sospechar las poderosas razones que habian apartado de ella al jóven.

La sensibilidad de doña Gregoria, heredada de su madre, se habia exagerado durante aquella larga prision.

Para ella fué un golpe mortal el abandono de don José, que tal le creia.

Su organizacion, que habia resistido á tantas desgracias, sucumbió á este dolor del alma, y se puso tan enferma, que asustado el mismo Rodrigo Vazquez que la adoraba, hubo de dar parte al rey del deplorable, del amenazador estado en que doña Gregoria se encontraba, y el rey mandó que la reuniesen con su madre y con sus hermanos, á fin de ver si influian en la salud de la jóven los cuidados maternales.

La pobre familia fué sacada de los encierros húmedos é infectos en que se encontraban, y conducida al castillo de Alaejos, en donde tenian por suya toda una torre.

Allí, á lo menos, entraba por las grandes, aunque enrejadas ventanas, el sol y el aire; se veia el campo, el cielo, los horizontes.

Se les habian dado vestidos, lechos, y buenos alimentos.

Parecia como que el rey se horrorizaba del aniquilamiento de una familia entre la sombra, la humedad y la fetidez.

Pero nada se consiguió respecto á la pobre jóven.

Pareció como que se reanimaba al calor del regazo maternal.

Pero aquella era una mejoría ficticia.

La vida de doña Gregoria era su amante.

Doña Juana comprendió que la causa de la enfermedad de su hija era una afeccion moral.

Pero doña Gregoria se mantuvo reservada á pesar de la ardiente solicitud de su madre.

Llegó el otoño de 1597.

La tísis que devoraba á doña Gregoria se hizo de repente aguda.

Su debilidad era escesiva.

Se veia obligada á guardar el lecho, y su tos, particularmente por las noches, era aterradora.

La fiebre no la abandonaba.

Una noche se hizo la fiebre tan intensa, que sobrevino el delirio, y entonces doña Juana supo que un amor contrariado, desgraciado, causaba la situacion mortal de su hija.

Supo quién era el hombre á quien su hija amaba, y esclamó con desesperacion:

—La sangre vertida por el crímen atrae sobre el criminal la tremenda justicia del señor. El asesinato no es la justicia, no: la sangre de Juan de Escobedo, humeando ante los cielos, les pide venganza, y los cielos airados arrojan sobre los culpables su maldicion, les hieren en la cabeza, y aun en las inocentes cabezas de sus familias: no parece sino que Dios quiere estirpar hasta la descendencia de los réprobos. ¡Oh, Antonio, Antonio, á qué estado tan espantoso nos han traido tus debilidades, tu soberbia y tus escesos! ¡La miseria, la infamia, la cautividad, la muerte! ¡Oh Dios mio, Dios mio! ¡perdóname, Señor, porque estoy á punto de desesperarme! ¡perdóname, porque para este último y terrible golpe ya no tengo fuerzas!

Y en efecto; al sufrir aquella última prueba, doña Juana creia que nada habia sufrido.

Esperimentó el horror de ver morir á su hija enamorada de su hermano sin saberlo: la vió morir en sus brazos, quedar helada, inmóvil, fria.

Creyeron todos que doña Juana se volvia loca.

Fueron necesarios grandes esfuerzos para separarla del cadáver de aquella pobre víctima inocente.

Quiso acompañarla hasta el cementerio del pueblo, y no se lo permitieron.

Pero desde las rejas de su prision, se veian la villa y el cementerio.

Doña Juana vió llevar aquel adorado cadáver en un ataud de pobres, sobre los hombros de los harapientos sepultureros de la villa, precedidos por el sacristan, que llevaba un farol encendido en la mano, y seguido del cura, al que acompañaba el alcaide del castillo con dos ó tres soldados, como si aun hasta la tumba hubiera de ir presa aquella pobre hija de Antonio Perez.

Vió á lo lejos, dentro de un negro cercado, un hombre dentro de una sepultura cavando en ella, y fuera otro hombre que vaciaba las espuertas de tierra sobre un húmedo monton. Vió al fin que el fúnebre y miserable cortejo entraba en el cementerio con el cadáver; que el cura bendecia la hoya, y el sacristan esparcia en ella agua bendita; que despues, las manos de hombres brutales asian como pudieran haber asido un fardo, aquel cadáver virginal; que

era arrojado sin ataud en el fondo de la sepultura; vió luego la tierra que caia sobre el cadáver.

Y cuando hubo bastante, aquellos dos hombres que habian abierto la hoya, se ponian sobre su tierra removida y la apisonaban con sus anchos piés.

Doña Juana no pudo resistir mas: lanzó un grito horrible, y cayó de espaldas sin sentido.

CAPITULO VII.

De cómo acabó Rodrigo Vazquez, dominado por la grandeza de alma de doña Juana.

Doña Juana, pues, no podia ser ya mas desventurada ni mas mártir cuando murió Felipe II.

Por mucho que variase su situacion, no podia ya tener ni un solo momento de felicidad sobre la tierra.

El recuerdo de doña Gregoria no la abandonaba ni un solo momento, haciéndola sufrir un dolor cada vez mas agudo.

Rodrigo Vazquez habia tomado para ella todo el aspecto de un demonio.

Su sola vista la crispaba los nervios, la conmovia, haciéndola sentir un dolor insoportable.

Antonio Perez habia empalidecido en su alma.

La madre acusaba ante la esposa al marido; pero no habia dejado de amarle.

El amor, por doliente que sea, lo perdona todo, resiste á todo; pero sufre demasiado cuando ve indigno al sér objeto de su amor.

Mientras ella lloraba desesperada, mientras la devoraba el vacío de su alma, Perez, siempre ambicioso, siempre vano, intrigaba en las córtes estranjeras, y procuraba hacer grandes servicios al rey de España en Inglaterra, para que Felipe III le llamase, le protegiese, y le elevase al poder que habia perdido.

Sus cartas á doña Juana estaban llenas de este espíritu.

—¡Su ambicion, su soberbia, y su sed de venganza siempre, antes que su familia! decia llorando doña Juana cuando leia estas cartas: Dios ha levantado de sobre él su mano; la esperiencia no le enseña, y de imprudencia en imprudencia, hará de modo que sus hijos acabarán en prision.

Sin embargo, doña Juana se engañó.

El duque de Lerma tenia un gran interés en que Perez no volviese á España, porque le temia; pero ningun interés tenia en el martirio de su familia.

Así es, que á los seis meses trascurridos desde la muerte de Felipe II, se presentó en el castillo de Alaejos un alcalde de Casa y Córte, y anunció á doña Juana que estaba en libertad con sus hijos, y que podia ir adonde mejor la conviniese.

La pobre doña Juana no tuvo fuerzas ya ni para alegrarse.

—¿Y adónde he de ir? dijo al alcalde: ¿cómo me he de mover de aquí? ¿con qué medios cuento? Mirad: estamos casi desnudos; andrajos cubren apenas nuestra desnudez; para llevar algo de luto por mi pobre hija, muerta en la flor de su vida, ha sido necesario que la caritativa mujer del alcaide salga por la villa y nos procure á mis dos hijas menores y á mí estas tocas negras que llevamos. Mi hijo mayor ha recibido de limosna un sayo viejo; para mis hijos menores no ha alcanzado el luto. Es verdad que le tenemos en el corazon; que los signos esteriores de nada sirven. Vedme aquí con estas pobres criaturas, casi aterrada porque me veo libre y se me dice que me vaya. Teníamos, á lo menos, casa, que nada nos costaba, y ya es algo: un mal lecho y una mala comida. Fuera de aquí, nada nos queda.

—Yo, madre, contestó Gonzalo, que era un hombre hecho y derecho, como que habia cumplido ya sus veinticuatro años, buscaré un entretenimiento, sea cual fuere, para manteneros á vos y á mis hermanos.

—¡Oh hijo mio, hijo mio! esclamó doña Juana; tan desventurados somos, que viene á ser para nosotros una desgracia el salir de esta larga prision.

—No hay que temer, señora, dijo conmovido el alcalde, que vuestros amigos, los que tanto han debido al señor Antonio Perez en los tiempos de su prosperidad, no os amparen.

—¡Y que digais vos eso, señor alcalde, que por vuestro oficio

debeis tener muy conocidos á los hombres! dijo doña Juana: cuando la fortuna nos halaga, todo el mundo es amigo nuestro, todo el mundo nos hace las mas grandes protestas de lo inalterable de su amistad; pero en el momento que la desgracia nos acomete, los que mas nos aseguraban su afecto, sienten helárseles la amistad que nos tenian, y los primeros que dan el ejemplo de una retirada á los demás: al pobre nadie se acerca: la amistad demostrada á un pobre es costosa: se olvida todo, porque las gentes, por lo general, son muy malas pagadoras: nuestra prision ha sido muy larga, y los que se llamaban nuestros amigos han tenido tiempo para contarnos con los muertos: á nadie tenemos, á nadie, mas que á la justicia del rey nuestro señor, en quien confio, y en la Providencia de Dios, de quien nunca he blasfemado, por mas que mis desgracias hayan sido inauditas.

—En fin, señora, dijo el alcalde; yo no venia prevenido para tanta desdicha; no traigo encima mas dineros que los estrictamente necesarios, ni tengo en qué conduciros con vuestra familia á Madrid, porque mi secretario y yo hemos venido en dos mulas de alquiler con su mozo, que están en la posada, é inmediatamente nos volvemos á Madrid.

El alcalde no se atrevia á providenciar nada, porque estaba previendo la situacion de encontrarse en Madrid con aquella familia sin tener casa donde meterla.

Era avaro y se encogia.

—Y conforme se nos ha traido de Madrid á este castillo, dijo doña Juana, ¿por qué no se nos tiene por presos algunos dias mas y se nos lleva manteniéndonos malamente hasta Madrid?

—No traigo, señora, otra órden que la de poneros con vuestros hijos en libertad, y manifestaros que podeis ir adonde mejor os plazca; y como nada puedo hacer en beneficio vuestro, dadme licencia para que me retire, que en este punto pienso cabalgar y volverme.

—Id, id con Dios, señor alcalde, dijo doña Juana; yo os doy las gracias por haber traido, á pesar de no haber hecho mas que lo que os han mandado, la órden de mi libertad.

El alcalde se fué, y doña Juana se quedó perpleja sin saber qué hacerse.

El alcaide, que deseaba verse libre de ellos, porque todo el tiempo que despues de haber sido puestos en libertad, permaneciesen en

el castillo de Alaejos aquellos infelices, habian de estar á sus espensas, intimó á doña Juana, dulcificando algo lo áspero de sus palabras, que no estando presos no podian estar allí mas tiempo.

Doña Juana se echó á llorar, y bajó las escaleras seguida de sus hijos, que iban llorosos y cabizbajos.

Pero á la alcaidesa, que era una buena mujer, se le apretó el corazon, y dijo á doña Juana:

—No se atosigue ni se desconsuele vuestra merced, señora, que para todo, menos para la muerte, hay remedio en este mundo, y déjeme que me ponga la saya y el manto, que quiero yo ir acompañándola á la villa, y con lo que pienso, Dios proveerá.

Miró el alcaide con cierto enojo á su mujer, pero no se atrevió á oponerse.

Esperóse doña Juana, y á poco volvió cobijada y dispuesta para salir la alcaidesa, y aquella triste familia abandonó en pos de la alcaidesa el castillo, bajó un recuesto, y entró en la villa al punto de medio dia.

Los que iban por la calle se paraban á verlos: tanta miseria representaban sus trajes, si trajes podian llamarse harapos unidos como se les habia podido unir.

Parecian una familia de mendigos.

Empero doña Juana, á pesar de que hacia nueve años no andaba mas que á lo largo en un estrecho calabozo, á pesar de que habia cumplido ya sus cincuenta años, conservaba su languidez y espiritual hermosura hasta el punto en que podia inspirar amor, y andaba con su acostumbrada y majestuosa gallardía.

Gonzalo era un buen mozo que tenia mucho de la altivez de su padre, y en el que se comprendia á la legua, á pesar de lo derrotado de su traje, que era tal, que por toca en la cabeza llevaba un sucio pañuelo, se comprendia que era hidalgo y bien nacido.

Doña Isabel, que por muerte de doña Gregoria quedaba la mayor de las hembras, tenia quince años y era hermosísima; una ilusion viviente y muy parecida á doña Gregoria, como su otra hermana doña Antonia, que contaba catorce años.

Felipe, el penúltimo de los hijos, contaba doce, y nueve Rodrigo, aquel pobre niño que habia nacido en prision, en la que habia continuado, y que se asombraba y tenia miedo de verse en la calle sin guardas de vista, sin cadenas, sin que nadie pudiese estorbarle estar junto á su madre, ir adonde ella fuese.

Muy pronto corrió la voz por la villa, y antes de que llegasen á la plaza, todos los que los encontraban decian deteniéndose:

—Esa es la familia del señor Antonio Perez.

Y todos se movian á compasion al ver tanta desventura.

Con esto habia contado la buena de la alcaidesa.

Pero doña Juana no habia traslucido su intencion.

Habia creido que su pensamiento era presentarla al corregidor de la villa, y que este, por cuenta del rey, los socorriese proporcionándoles los medios para llegar á Madrid.

Pero la alcaidesa no fué á casa del corregidor ni mucho menos, sino que se metió en la misma plaza en la casa de un mercero que estaba sentado detrás de un mostrador y que se levantó al ver entrar á la alcaidesa.

—¿Qué es esto, mi señora doña Salvadora? dijo: ¡tanto bueno por mi casa!

Pero se detuvo al ver el miserable acompañamiento que llevaba la alcaidesa y que se habia entrado detrás de ella en la tienda.

—Señor Ginés, Dios nos ha dado la gracia de que nazcamos en nacion católica, lo que es decir que Dios nos ha hecho tener caridad.

El mercero no puso muy buena cara, pero tampoco la puso muy mala, y la dijo:

—¿Y de qué caridad se trata, mi señora doña Salvadora?

—Esta que veis aquí es la familia del señor Antonio Perez, que tan poderoso fué en otro tiempo, y que á tal desventura ha venido, que cuando su mujer é hijos han sido puestos en libertad por la misericordia del rey nuestro señor, que Dios guarde, no saben qué hacer, ni adónde ir, ni qué partido tomar, porque están en lo firme, señor Ginés, y si los vecinos de la villa no hacen la caridad de ampararlos, muertos se quedarán de hambre y de cansancio por esos caminos de Dios.

—La sangre vertida por el crímen, murmuró doña Juana, repitiendo aquel pensamiento con la cabeza inclinada sobre el pecho y cubierta de vergüenza, pide venganza á los cielos; no bastaban las desventuras que hemos sufrido, era preciso que nos viésemos obligados á mendigar: ¡cúmplase y bendita sea la voluntad del Señor!

Pero no pudo por mas que quiso contener sus lágrimas, y rompió á llorar de una manera desconsolada.

El señor Ginés, á pesar de que por su oficio de mercero tenia el alma metalizada, ó lo que es lo mismo, inaccesible al sentimiento, se conmovió ante aquella familia que tanto habia sido y que tan abajo se encontraba; ante aquella familia desventurada, cuyos individuos lloraban todos, menos Gonzalo, que estaba pálido por una ira reconcentrada; ira contra los enemigos de sus padres, que á tal estado los habian traido.

—¿Y qué he de hacer yo, pecador de mí, dijo el señor Ginés, para remediar tamaña desgracia?

—¿Qué? dijo doña Salvadora; ahora mismo vais á dar licencia á vuestra mujer para que se venga conmigo, y ya vereis lo que las dos hacemos en la villa; y entre tanto, vos dareis posada á esta señora y á su familia.

No encontró medio hábil de negarse el señor Ginés, y haciéndole justicia, por aquella vez se convirtió en generoso y compasivo, porque tal era la desgracia de doña Juana y la situacion dolorosa en que se encontraba, que podia conmover á las piedras, esceptuando, sin embargo, á un alcalde de Casa y Córte y á un alcaide de fortaleza, que componen parte de esa gente á la que no conmueve nada.

Pero hé aquí que á punto paró á la puerta de la tienda, caballero en un magnífico alazan que exhalaba por cada pelo un hilo de sudor, un bizarro mancebo con traje de camino y con armas á la gineta, que echando pié á tierra y atándole á una reja, se entró gentilmente y dijo mirando á doña Juana:

—Vuesa merced es á lo que veo la noble señora á quien yo busco.

—¿A quién buscais, hidalgo? contestó doña Juana, alentando una esperanza vaga que á nada se referia.

—A la señora doña Juana Coello, mujer de Antonio Perez, contestó el ginete: he venido reventando mi caballo, desde Madrid al castillo de Alaejos, y el alcaide me dijo que vuesa merced acababa de bajar á la villa con su esposa: he llegado, y las gentes á quien he preguntado, aquí me han encaminado: hidalgo soy como veis, aunque por mis adelantamientos sirvo de paje á un muy grande conocido vuestro: al señor presidente del Consejo de Hacienda.

Irritóse doña Juana; palideció de cólera Gonzalo, y el mercero abrió tanto ojo; porque el paje hidalgo acababa de sacar de su escarcela un grueso pliego que entregó á doña Juana.

Esta, que como sabemos era escesivamente nerviosa, abrió agi-

tada por una convulsion invencible aquel pliego que la quemaba los dedos.

Bajo la nema venian una carta y un documento de giro.

La carta decia así:

«Señora: El rey os ha dado la libertad con vuestra familia, y espero no dudareis de que en esto he tenido una gran parte, vencido de vuestro valor heróico, desengañado y convertido. Falté á mi conciencia; me arrepiento: daño os hice con el pensamiento de venceros; hoy me propongo subsanar en lo posible el daño: libre estais, pero pobre, y tan pobre y tan sola y tan dejada de todo el mundo, que si yo no acudo en vuestro socorro no podeis sustentaros de otra manera que acudiendo á la caridad pública harto resfriada y dura: suplícoos no interpreteis lo que hago, ni rechaceis la mano arrepentida que os tiendo. Acompaña á esta carta un libramiento de quinientos ducados, que os pagará el corregidor de esa villa de Alaejos, por mediacion de un su gran amigo. Si aceptais, lo que no es mas que una pequeña muestra de arrepentimiento por tanto mal como os he causado, me atreveré á ir á besaros las manos cuando volvais á Madrid.»

Doña Juana no dió señal ninguna de alteracion mientras leyó esta carta.

En sus ojos habia ardido una mirada terrible; pero esta mirada no habia podido ser vista, porque estaba fija en la carta.

Volvió á cerrarla tranquilamente, y suplicó al señor Ginés la diese recado de escribir para contestar, y contestó de esta manera:

«Estoy muy cerca de la tumba de mi hija; muy lejos del desterrado marido, y rodeada de mis pobres hijos hambrientos y desnudos: todo esto es obra vuestra, y doña Juana Coello nada puede aceptar de su verdugo.»

Dobló esta carta, y juntándola con la de Rodrigo Vazquez y con la libranza, las metió en un sobre y entregó el pliego al correo.

—Lleyad esto á vuestro amo, le dijo:

—¿Y nada mas le diré, señora?

—Decidle si quereis lo que habeis visto.

—Bésoos las manos, señora, dijo el correo, y que Dios os guarde.

Y poniendo en su escarcela la carta, saludó cortésmente á los demás, desató su caballo, y partió.

—Dios me perdone, dijo el mercero, si no habeis metido bajo

ese sobre una libranza, señora; yo conozco mucho estos papeles, y aunque los vea doblados, no se me despintan.

—Es verdad, dijo doña Juana sufriendo el verse obligada á dar cuenta de su conducta: es una libranza de quinientos ducados.

—¡Quinientos ducados! dijo el mercero, para quien aquella cifra representaba una cantidad enorme; ¿y por qué no los habeis tomado?

—Porque no debia: me iban en ello la honra y el alma, contestó con dignidad doña Juana.

El mercero no contestó, pero puso muy mal semblante: así como la alcaidesa, no comprendia que en la situacion en que doña Juana se encontraba, dejasen de tomarse quinientos ducados.

Sin embargo, el mercero llamó á su mujer, que parecia una pobre criatura, la mandó que se vistiese y que acompañase á doña Salvadora, é introdujo en su casa, aceptándoles momentáneamente por huéspedes, á doña Juana y á sus hijos.

Poco despues salieron doña Salvadora y Verónica, que así se llamaba la mujer del mercero.

—¿Y adónde vamos, mi señora doña Salvadora? dijo Verónica.

—¿Adónde hemos de ir, señora mia, contestó la interrogada, sino á hacer una obra de caridad, que Dios pondrá en su peso en descargo de nuestros pecados? Pues qué, ¿no habeis visto á esa pobre familia que en vuestra casa se queda?

—Sí; y por mi ánima que á pesar de su pobreza me ha parecido la madre una muy principal dama, y muy bizarro galan su hijo mayor.

—Me parece, señora Verónica, que mas habeis reparado vos en eso que en lo otro.

—No digais eso, doña Salvadora, que ya me pueden echar á mí mozos como pinos de oro, que ni con el pensamiento le haré yo una injuria á mi marido.

—¿Y quién ha dicho eso, señora Verónica? Ya sabeis vos que una cosa es gustar y otra pecar.

—Siendo así como vos lo decís, me parece muy bien; ¿pero adónde vamos, mi señora doña Salvadora?

—A buscar por toda la villa ropas con que se vistan, y dineros con que se vayan á Madrid doña Juana Coello y sus hijos.

—¡Ah! dijo Verónica, ¿que esa señora es la mujer del señor An-

tonio Perez, la que estaba presa en el castillo de vuestro marido? Ya se ve, como que no se la dejaba ver, yo no sabia que ella fuese.

—¿Y cómo dejarla ver, dijo doña Salvadora, si habia las órdenes mas rigurosas del mundo? Para que hubieran echado á mi pariente de presidio á los mayores de África.

—Pero ved que estamos á la puerta de la casa del corregidor, dijo Verónica.

—Como que venimos á ver á la corregidora, contestó la otra, y con ella y con su tia, que es persona de muchísimos respetos, nos iremos por esa villa de casa en casa, y el que no dé prenda de traje la dará de ropa blanca, y el que no dinero, y así socorreremos á esa pobre familia para que pueda ir á buscar su buena ó mala ventura adonde quisiere.

Y las dos amigas se metieron en la casa del corregidor, de la que salieron de allí á poco, acompañadas de una señora ya anciana pero respetable, y de una dama como de treinta años muy hermosa, y á juzgar por su fisonomía, dotada de grande espíritu.

Eran doña Leonor, corregidora de Alaejos, y su tia doña Clarisa, que no era viuda porque nunca se habia casado.

Aquellas cuatro mujeres, nobles dos, hidalga una, y la otra plebeya, se pusieron en demanda de su propósito.

Si se hubieran añadido á aquella comision la sacristana y el ama del cura, hubiera estado representada nuestra Constitucion de entonces; es decir, hubiéranse encontrado, reunidos y asociados los tres brazos de las Córtes, esto es, el estado eclesiástico, el estado noble y el estado llano, ó lo que es lo mismo, el clero, la aristocracia y el pueblo.

Aquella comision de mujeres no perdonó casa chica ni grande en la que no entrase y pidiese, sin que hubiese una de que no sacase.

Pero como en todas hubieron de contar la historia, resultó que no se acabó la tarea hasta muy entrada la noche, y que á aquella hora estaba ya todo el pueblo delante de la casa del mercero, pidiendo ver á aquella doña Juana Coello tan famosa, no solo por la desgracia y el gran despeñamiento de su marido de la cumbre del mayor favor á que ha llegado un hombre, hasta lo mas bajo del infortunio, sino tambien por la gran fortaleza con que habia soportado sus desgracias propias y las de sus hijos.

La corregidora y su tia estaban ansiosas por conocer á doña Juana Coello.

Entráronse, pues, anhelantes por la casa rompiendo por la multitud que estaba por delante de ellas, y seguidas de cuatro hombres que venian cargados de ropa, resultado del guante que se habia echado en la villa.

Doña Juana se conmovió al ver á la hermosa doña Leonor, que estaba á su vez fuertemente conmovida, y usando admirablemente de su buena gracia en el trato de gentes, y dejándose arrastrar de su carácter espansivo, se arrojó en los brazos de la corregidora y la besó llorando.

Luego asió las manos de doña Clarisa y se las besó con efusion.

Despues les presentó sus hijos.

—Hé aquí, mi señora, les dijo, una pobre familia, que encumbrada en otro tiempo en lo mas alto del favor de un rey, ha caido en la mayor desgracia, orfandad y desconsuelo á que pueden verse reducidas las criaturas, despues de haber pasado un martirio que está fuera de todo encarecimiento: no digo lo que fuimos por vanagloria, ni lo que somos ahora por desesperacion: Dios da los bienes, Dios los quita: suyos somos, y resignados debemos sufrir cuantas desventuras deje caer sobre nosotros en sus inescrutables designios: y bienaventurado aquel á quien Dios prueba con trabajos y miserias y sale del trance funesto, si desgarrado el corazon, con la conciencia pura: marido tengo y hace años que no le veo; libre nací, y de una larga prision salgo: hijo llevaba en mis entrañas cuando fuí presa, y el desdichado no vió la luz sino para conocer las lóbregas tinieblas de un calabozo: hija mia, hermosa y pura me acompañaba, y sin ella de mis prisiones salgo, porque la ha aprisionado otra cárcel de la cual no se sale nunca, porque esa cárcel es la de la muerte; pero qué digo: ella goza de la libertad eterna; ella ha llegado pura y mártir á la presencia del Señor, y á ÉL ruega por su desventurada familia.

Lloraba doña Juana, y lloraban los que la oian, incluso el mercero, que habia descubierto asombrándose que tenia lágrimas.

Bien hubieran querido la corregidora y su tia contestar con otro discurso al discurso de doña Juana; pero estaban tan cortadas y tan conmovidas, que no pudieron decir ni una sola palabra: y atropellando por todo y prescindiendo de retóricas para las que no servian, vinieron á los consuelos caseros, por decirlo así, despues de lo cual empezaron á exhibir, no sin cierta delectacion morosa, que aunque sea un pecado era muy disculpable en aquellas buenas mujeres que

tenian un escelente corazon, pero que nada entendian de teología ni de las intrincadas delicadezas de la sublime moral cristiana.

Resultó de la revista pasada á las ropas, que habia seis trajes completos de luto para doña Juana, y para las dos hijas doncellas, tres para Gonzalo y cinco para los mas pequeños, aunque fuese necesario en todos ellos meter la tijera y la aguja para arreglarlos á las personas que los habian de usar, lo cual se ofrecieron hacer graciosamente en solos dos dias, la corregidora, su tia, doña Salvadora y Verónica, y otras seis doncellas.

Ropa blanca habia mucha y buena, tanto para las hembras como para las varones, sin contar como hasta una docena de sábanas y fundas de almohadas.

Llegó el momento de saberse á qué montaba la limosna en dinero, y en oro y plata gruesa y menuda, porque la corregidora no habia admitido calderilla, se contaron doscientos ducados, á los cuales dijo la corregidora añadiria cien su marido; prometió su tia añadir cuarenta, y el mercero, que no queria pasar por indiferente, prometió diez ducados, mas el gasto que hiciesen en los dias que estuviesen en su casa doña Juana y sus hijos.

—Eso sí que no lo consentiré yo, dijo la corregidora, por muchas razones: primera, porque vos, buen Ginés, no teneis bastante repuesto de camas y demás que es necesario: segunda, porque no sois bastante rico, y lo que quereis hacer de muy buena voluntad y que se os agradece, os seria gravoso: y tercera y última, porque esta señora y su familia, sin que os ofendais por ello, lo pasarán mejor en mi casa, adonde me los llevo.

Alegróse mucho de esta determinacion de la corregidora el mercero, y despues de haberse puesto doña Juana y sus hijos, porque ya sabemos que estaban casi desnudos, los trajes y la ropa blanca que mejor se les acomodaba, doña Juana hubo de salir al balcon con su familia para que la viesen los del pueblo, que lo deseaban con ánsia.

Doña Juana, que por mas que hubiese sufrido, nunca se habia hallado en una situacion semejante, les dijo llorando:

—Amigos mios: nunca olvidaré vuestra grande caridad y el bien que habeis hecho á esta desconsolada viuda de un marido vivo, y á estos pobres hijos de mis entrañas, aunque con padres, huérfanos. Dios os pague vuestra misericordia, y no nos olvideis nunca, que nosotros no os olvidaremos jamás.

Y como los sollozos cortasen la voz á doña Juana, la corregidora y su tia, y doña Salvadora y Verónica, la metieron adentro, cuidadosas de que no le diese un accidente.

La multitud aclamó la grandeza de espíritu y la gran virtud de doña Juana, escitada por el barbero, que subido en una reja de la casa de enfrente, habia esclamado con voz estentórea cuando acabó de hablar doña Juana:

—Si esa señora no es una santa, no sé yo á quien se puede canonizar en Roma.

Tal era la fama de la incuestionable virtud de doña Juana Coello, por la cual se interesaba, no solo toda España, sino aun las gentes del estranjero, á cuya noticia habia llegado la historia de su desventura.

Seguidamente la corregidora y su tia se llevaron como en triunfo y como robada á doña Juana con sus hijos á su casa, y en ella los acomodaron y los sirvieron con mucho amor y mucha cortesía; porque el corregidor de Alaejos era un caballero principal y muy rico.

El trayecto desde la casa del mercero á la del corregidor, que fué muy corto, tuvo el aspecto de una marcha triunfal: todo el pueblo con antorchas encendidas habia formado el acompañamiento.

Esto nada tenia de estraño, si se atiende al gran ruido que habia hecho, no solo en España, sino en el mundo, el proceso de Antonio Perez, y la larga é injustificada prision de doña Juana Coello y de sus hijos.

Bien hubiera querido doña Juana Coello ir en el momento en que salió del castillo á visitar la tumba de su adorada hija doña Gregoria; pero no le habia sido posible, y cuando fué á casa del corregidor, era ya muy avanzada la noche.

Pero al dia siguiente suplicó á doña Clarisa que la acompañase, y escapándose muy temprano, entrambas señoras se trasladaron al negro cementerio, donde doña Juana renovó su despiadado dolor por la pérdida de su pobre hija, si es que puede renovarse el dolor de una madre tal como doña Juana Coello.

—Y decidme, señora, preguntó á doña Clarisa la desventurada madre: ¿no será posible que los restos de mi pobre alma sean sacados de esta húmeda y negra sepultura, cubierta de yerba, y colocados en un lugar mas decente?

Prometióla doña Clarisa que sí, que el corregidor haria lo que ella le dijese, y que el cura no se opondria á lo que el corregidor mandase.

Y en efecto, al otro dia se hizo la exhumacion con la mayor pompa que permite la Iglesia, y se encontró incorrupto el cadáver de la pobre jóven, como acontece con suma frecuencia con los de los tísicos, sin notarse otra variacion que la de tener muy hundidos los ojos, lo cual se tuvo por todos á milagro, y dió ocasion á que el cura escribiese al arzobispo y le consultase, cuya consulta hizo que se escribiesen muchos pliegos en averiguacion de si habia ó no milagro, sentenciando, por último, el arzobispo, que aquello no queria decir otra cosa sino que la difunta habia sido un alma justa, y habia protegido su cadáver la gracia del Señor.

Doña Juana, cuando vió á su pobre mártir, sintió el dolor de los dolores, la amargura de las amarguras; pero fué valiente, mas valiente que nunca; no rompió con sus sollozos la solemnidad religiosa, ni su espíritu pidió á Dios venganza: por el contrario, imitó al Salvador, pronunciando en el fondo de su espíritu, con el pensamiento fijo en sus enemigos:

—Señor, perdónalos, que ellos no saben lo que hacen.

Por último, doña Gregoria, envuelta en un paño blanquísimo de seda, que habia procurado la corregidora, y que aunque no se habia estrenado, se le habia destinado para cubierta de cama, puesta en un ataud pintado de blanco, con el nombre y el de los padres de doña Gregoria, las fechas de su nacimiento y de su defuncion escritas encima con tinta azul, fué depositado en un nicho del enterramiento de familia que tenia en una bóveda debajo de una capilla de su propiedad el corregidor de Alaejos, lo cual le agradeció doña Juana con toda su alma.

La desgraciada estuvo enferma tres dias de resultas de la exhumacion de su pobre hija, y al cabo de ellos, como ya estuviese hecho todo lo que habia que hacer, el corregidor mandó que en un grandísimo y viejo coche que habia en la casa, heredado de padres á hijos, se enganchasen cuatro pares de poderosas mulas, metió en el coche á doña Juana con sus dos hijas doncellas y los dos niños pequeños, y á caballo él y Gonzalo, y resguardados por cuatro criados armados á la gineta, tomaron la vuelta de Madrid.

CAPITULO VIII.

En que se trata de los buenos oficios del corregidor de Alaejos por doña Juana Coello.

El corregidor paró en una de las mejores hosterías de Madrid: en la de Grijalva, en la calle de Alcalá, situada sobre poco mas ó menos á las inmediaciones del que es hoy Café Suizo.

Apenas se hubieron acomodado y comido, y á pesar de que era ya de noche, don Ruy Perez de Castro, que así se llamaba nuestro corregidor, del hábito de Alcántara, regidor perpetuo de algunas villas y lugares, aposentador del rey, gentilhombre de su cámara, y corregidor de la villa de Alaejos, de donde era natural, y en donde tenia por lo tanto su casa solar y el núcleo de sus propiedades, mandó á sus criados abriesen sus cofres y sus maletas, y sacasen de ellas lo que convenia para que un caballero de su altura pudiese presentarse convenientemente no menos que al ministro universal del señor rey don Felipe III, don Francisco de Sandoval y Rojas, marqués de Dénia y duque de Lerma, que vivia ostentosamente frente á la iglesia de Santa María, en la casa que hoy se llama de los Consejos.

No quiso don Ruy Perez ir menos que en silla de manos y con pajes á ver al ministro universal: y como no hubiese traido nada de esto de Alaejos, escribió pidiéndoselos al duque de Castro, que se los envió á la hora, y en silla de manos dorada, conducida por la-

cayos con ostentosas libreas, rodeada de pajes, llevando delante cuatro de ellos con hachas, salió de la hostería á punto que daban las Animas en el convento de las Comendadoras de Calatrava, y se fué á casa del duque de Lerma, que no pudo negarse á recibir á un caballero tan principal, tan rico y tan influyente como don Ruy Perez, á pesar de que su yerno el conde de Lemos y don Baltasar de Zúñiga le estaban dando muy mal rato, porque conspiraban contra él sin rebozo, procurando sustituirle en el favor del rey.

Andaba Lerma dándole vueltas al cómo enviaria de embajador á alguna parte á don Baltasar de Zúñiga, lo que no era otra cosa sino desterrarle con un pretesto plausible, y de cómo sin pretesto, sino por intrigante y rebelde, desterraria al que los aduladores poetas de aquel tiempo llamaban el gran conde de Lemos, cuando le anunciaron que don Ruy Perez de Castro, corregidor de Alaejos, del hábito de Alcántara, etc., etc., deseaba hablar á su escelencia.

No era hombre don Ruy Perez, por lo muy relacionado que estaba, y por lo muy rico que era, y por la gran parte que habia tomado en la política del reinado anterior, á quien pudiese darse, como suele decirse, con la puerta en las narices.

El duque de Lerma era demasiado buen cortesano para cometer imprudencias: así es, que tuvo paciencia, y recibió sonriendo á su antiguo amigo y compañero de conspiraciones don Ruy Perez de Castro.

—¡Oh y cuán grata sorpresa que me habeis procurado, amigo mio! dijo el duque: yo creia que ya os habíais sepultado para siempre en vuestro corregimiento de la villa de Alaejos, donde morais há lo menos diez años.

—Canséme, señor don Francisco, contestó don Ruy Perez, de las cosas políticas, que no dan mas que ágrios disgustos, y como tengo sobrada hacienda y muchos mas sobrados desengaños, díjeme: á mis viñas me vuelvo, en mi agujero me meto, y por allá afuera piensen, digan y hagan lo que quisieren, que quien en nada se mete, en paz vive, y no hay para él tormentas ni chubascos.

—Dícese que os casásteis, don Ruy Perez, dijo el duque, que, como todo hombre de Estado, no queria preguntar para qué le buscaba un hombre importante apartado hacia mucho tiempo de los negocios.

—Sí, caséme á poco de mi ida á Alaejos con una jóven y her-

mosa parienta mia: con doña Leonor de Loarte, rica, huérfana, y puesta bajo el cuidado de una anciana tia.

—Pláceme de vuestra felicidad, dijo el duque, porque, aunque no niño, estais aún en edad de ser amado.

—La mujer honrada ama siempre á su marido, sin necesitar para ello de la partida de bautismo, dijo don Ruy Gomez; y yo, en efecto, soy muy feliz, aunque el cielo no me ha concedido hijos.

—¡Ah, don Ruy Perez! no os quejeis, no sea que Dios oiga vuestras quejas y os los dé doblados: ved para lo que sirven los hijos; estudiadlo en mí: el señor duque de Uceda, mi primogénito, hace cuanto puede por malquistarme con su majestad; casé á mi hija doña Catalina con el conde de Lemos, y este se ha declarado abiertamente mi enemigo. ¡Ah! no, no pidais á Dios lo que Dios no da, que cuando Dios no da las cosas, será porque no conviene; y el hombre es tan ciego, que está deseando siempre lo que ha de ser su cuchillo.

El duque no hacia otra cosa que esplorar á don Ruy Perez sin aventurar una pregunta.

—¡Que tantos disgustos cueste el favor de los reyes! dijo el corregidor: cada dia me alegro mas de haberme oscurecido: ¡y con el ejemplo que hemos tenido allí en el pueblo!

—¿De qué ejemplo hablais, don Ruy Perez? dijo el duque.

—¿De qué ejemplo he de hablar sino del que nos ha dado la gran caida de aquel gran favorito, de aquel mónstruo de la fortuna, de aquel Antonio Perez, cuyo poder era tanto que parecia no habia de acabarse nunca? ¿y no hemos tenido allí hasta ayer mañana, y durante algun tiempo, á la miserable esposa, á los miserables hijos de esa ruina del favor y del poder? Dígoos en verdad, que con tal rigor se ha guardado á esa madre, á ese mozo, á esas doncellas y á esos niños, que con ser yo corregidor de la villa, no he podido verlos hasta que vos, movido á compasion por su desgracia, habeis inclinado el ánimo de su majestad á que les dé suelta; y tanto era el rigor con que se les guardaba, señor don Francisco, que habiendo muerto en la prision la hija mayor, la llevaron á enterrar sin permitir que la viesen mas que el cura, el sacristan, los enterradores y cuatro soldados del castillo.

—Lamentables resultados de la confianza en el favor de los reyes, dijo el duque de Lerma: por eso yo no descanso, yo no duermo, yo estoy en una contínua vigilancia para que no me envuelvan y

den de través conmigo los ambiciosos; que segun están hoy los hombres que valen y pueden ser validos, seria necesario que hubiese en España tantos reyes y tantos reinos, como son los que quieren ser ministros; y *si non, non*, como dicen los aragoneses.

—Y como todo el mundo que se niega á hacer lo que hacer no quiere, dijo don Ruy Perez.

—Así es que no se sale de rebeldías, ni de asechanzas, ni de peligros; y como el rey nuestro señor es tan bondadoso y quiere estar bien con todo el mundo, y á todo el mundo escucha, y de todo el que le habla hace caso, hé aquí que estamos que no nos llega la camisa al cuerpo, y sin saber á qué atenernos.

—Gobernad como Dios manda, señor don Francisco, y ya vereis cómo para sosteneros en vuestra privanza con el rey os ayuda la monarquía.

—A eso me atengo, contestó Lerma; y no creais que es la ambicion lo que me obliga á defender mi valimiento, sino el pensar lo que seria de estos reinos el dia que se viesen á merced de la guerra encarnizada que se harian tantos ambiciosos que no piensan en el bien público, sino en su engrandecimiento propio.

—Indudablemente, indudablemente, amigo mio. Son ciertamente escandalosas tantas ambiciones que con nada se satisfacen; no todos son como yo, que, dejando aparte las cosas de Estado, van á meterse en un villorrio y á vivir en él en paz, alejados de tanta intriga, de tanta maldad y de tanta soberbia.

—Pues yo creia, dijo el duque, que os veníais otra vez á la córte, de lo que me habia alegrado; porque estando vos aquí, tendria yo un grande amigo mas en la cámara de su majestad; y en los tiempos en que vivimos, un amigo como vos es preciosísimo.

—Pues, señor don Francisco, si en la córte me veis, es á causa de una gran desdicha.

—¡Ah, don Ruy Perez, que me habeis lastimado grandemente el corazon! ¿Qué desdicha os amarga, ó qué desdicha os pone espanto?

—No se trata de desdichas mias, sino de desdichas ajenas.

—¡Ah! habéisme quitado con esa declaracion de sobre el alma una carga pesadísima; ¿y qué desdicha es esa?

—¿Cuál ha de ser, sino la que aflige á la infeliz doña Juana Coello, que al verse libre con su familia no sabe qué hacer ni adónde volver los ojos.

—¿Y por ellos venís? dijo con cierta reserva el duque.

—¡Oh, sí! señor don Francisco, sí; seria necesario no tener humanamente entrañas para no interesarse por esa pobre señora, que al fin es inocente: y haber dado la libertad al marido á costa de la suya, cosa es que bien podia perdonarse; que mujer que por el marido no se sacrifica, bien poco vale; y la que sabe posponerlo todo al marido, mirada debe ser con respeto, tratársela debe blandamente y honrársela en la conciencia ya que públicamente no se pueda, porque al fin favoreció la fuga de un criminal cuyo proceso estaba *sub judice;* y en fin, amigo duque, que agua pasada no muele molino; que el que tenia gran empeño en vengarse de la familia de Perez, ya que á Perez no pudo hacer pedazos, el rey difunto digo, ya no puede hacer nada con los que á Perez y á su familia favorecian: y en fin, que la opinion pública ya está á favor de Perez; porque todo el mundo sabe lo que hubo en ese negocio, y que no encarceló y persiguió el rey á Antonio Perez por la muerte de Escobedo ni porque hubiese usado mal de su cargo de ministro universal, ni por traiciones y otras cosas de las que ofenden á la majestad y al bien de la república, sino porque amaba á la princesa de Eboli y era amado de ella; y esto se sabe tan de claro en claro por todo el mundo, desde las grandes ciudades hasta las aldeas y hasta los pequeños cortijos, y tantas han sido y tan estrañas las persecuciones de esta familia, que todos se interesan por ella, y se espera un dia de justicia en que la verdad resplandezca como un sol, y no se dé castigo mas que á la culpa, y no á cosas que nada tienen que ver con las cosas que á la lealtad y al gobierno de estos reinos atañen.

—¿Y os parece que no ha sido deslealtad la de Antonio Perez, robando al rey el amor de una mujer por quien su majestad se habia vuelto loco?

—Cuando se trata de mujeres, es necesario apartarse de la regla comun; porque por ellas hace el hombre cosas que por ningun otro interés haria, y se convierte en infame el honrado, en traidor el leal, en mentiroso el verdadero, y últimamente, el bueno en malo; que ellas tienen el don de enloquecer á los hombres, y con la confianza del secreto se hacen grandes disparates, que causan despues irremediables desdichas; que Antonio Perez no fué el que mató á Escobedo, sábese de claro en claro; y que no es descendiente de judío ni de herege, como el tribunal ha dicho, lo sabe todo el mundo, y nadie duda de su gran cristiandad y limpia sangre.

—No hablemos mas de ese hombre, dijo el duque de Lerma; si él obedeció una órden del rey al matar á Escobedo, no se ha probado claramente. Este es un misterio que el señor rey don Felipe se ha llevado consigo al panteon del Escorial; pero sea como quiera, Antonio Perez es un hombre peligroso; ha vendido los secretos del rey su señor natural á su enemigo el rey de Francia; se ha prestado á servir á los ingleses, enemigos jurados de la España; ha hecho, en fin, todo cuanto puede hacerse para que se le tenga por desagradecido, por desleal y por traidor. No, no me hableis en favor del señor Antonio Perez; es un grande hombre de Estado, una gran cabeza; pero por lo mismo, grandemente peligroso; porque no es leal mas que á su vanidad, á su soberbia, á su ambicion, y es capaz, como lo ha hecho, de vender á su mujer y á sus hijos por sostener sus pasiones. Señor don Ruy Perez, el señor Antonio Perez es pariente vuestro segun parece indicarlo vuestro comun apellido, dijo el duque, demostrando demasiadamente lo que le molestaba el que don Ruy Perez se interesase de tal modo por el ministro desterrado.

—No, no, señor don Francisco, dijo el buen corregidor de Alaejos; yo no soy pariente del señor Antonio Perez, ni por asomo; pero soy pariente de la justicia. ¿Qué inconveniente hay en que muerta la causa que mantiene en su destierro y en su desgracia á aquel gran privado, se le deje volver á morir tranquilamente con su familia en un rincon de España?

—Los inconvenientes son grandísimos: ese hombre ha envejecido; pero los años y las desgracias no le han enseñado: tiene aquí un gran partido; pero todos están asombrados de los sucesos de su vida, y seria necesario luchar con él de una manera terrible.

—Vamos claros, señor duque: ¿es temor vuestro de encontrar un rival en el señor Antonio Perez lo que os mueve á mantenerle en su desgracia cuando ya no hay causa que lo justifique?

—Amigo don Ruy Perez: bastantes contrarios tengo con mi hijo, con don Baltasar de Zuñiga, con su sobrino el conde de Olivares, con mi yerno el conde de Lemos, y con todos los que favoreció este señor. No creais que yo sea tan sandio que traiga contra mí á un enemigo á quien hay que temer mas que á todos ellos; no, no, Perez, mientras yo goce de la confianza del rey mi señor, permanecerá fuera de España: y no creais que en esto hay solo cuidado mio de libertarme de un nuevo intrigante: no; esto es justísi-

mo: Perez, ya os lo he dicho, ha hecho traicion á su señor natural y á su patria; no, Perez está bien donde está; y aun estaria mucho mejor si en él se hubiesen cumplido las sentencias fulminadas por la jurisdiccion civil y por la jurisdiccion eclesiástica. Pero su familia es otra cosa; ya la he puesto en libertad.

—No basta, no basta eso, dijo don Ruy Perez; y me atreveré á pediros que oigais en justicia á doña Juana Coello.

—Traéisme un empeño á que no sé qué contestar, ni si debo conceder, ni si debo negar. Doña Juana Coello es mucho mas temible que su marido; no sabré cómo librarme de la persuasion de su virtud; cómo hacerme insensible á sus lágrimas; cómo librarme de la fascinacion que causa en todos los que la tratan, de lo cual sois vos una muestra, amigo don Ruy Perez. Habiendo sido en otro tiempo enemigo de esa mujer, despues de haberla hablado, os habeis convertido en partidario suyo; pero, sin embargo, no sé qué decir, ni yo me niego á escuchar á una señora que tanto ha sufrido y de una manera tan noble y tan grande por los disparates y por la ambicion de su esposo. Decidla que venga cuando quiera.

—No esperaba menos de vos, señor duque, dijo levantándose don Ruy Perez, y os doy las gracias encarecidamente por parte mia, y además en nombre de doña Juana Coello, que os agradecerá lo que no podeis creer la merced que la haceis consintiendo en oirla.

—Qué, ¿os vais ya, señor don Ruy Perez?

—Sí: el tiempo no debe robarse á los que como vos estais encargados del gobierno de la República; seria cometer un delito contra la patria. Con que adios, señor duque; os repito mi agradecimiento; estaré algunos dias en Madrid, porque ya que he venido, quiero visitar á mis parientes, á mis deudos, y á mis amigos.

—En ese caso, dijo el duque, os ruego vengais á honrar mi mesa mañana.

—Vendré, señor duque, y seré el honrado; pero hacedme la merced de quedar aquí; no permito que me hagais la alta honra de acompañarme.

—¡Eh! no, no, dejadme estar á vuestro lado todo el mas tiempo que me sea posible.

Y el duque de Lerma, aunque era el señor mas inflado que jamás se ha conocido, atravesaba la cámara, la antecámara y el recibimiento, causando el asombro de sus criados, y no deteniéndose

hasta lo alto de las escaleras, en donde hizo la mas afectuosa despedida á don Ruy Perez, que bajó las escaleras, entró en su silla de manos, y volvió á la hostería de Grijalva, donde le esperaba anhelante doña Juana.

Las grandes distinciones que el duque de Lerma habia hecho á don Ruy Perez, consistian en que este estaba grandemente emparentado en la córte y con relaciones que le daban una grande influencia: era además riquísimo, mucho mas rico que muchos grandes de España, y el dinero siempre ha sido una potencia de primer órden: convenia, pues, al duque estar bien con don Ruy Perez, y por esta razon habia consentido en recibir á doña Juana Coello, y habia honrado de una manera notable al corregidor.

Doña Juana, cuando le vió, se acercó llena de ansiedad á él, y le dijo:

—Y bien, ¿qué habeis alcanzado de ese hombre, que en vez de corazon tiene una vejiga llena de aire corrompido?

—En cuanto á vuestro esposo, señora, nada; y tengo el sentimiento de deciros que su causa es una causa perdida.

—Sí, sí, es verdad; le temerán todos los que gobiernen: creerán que su sola presencia en España bastará para hacerles caer de su valimiento. Mi marido ha cometido la gran torpeza de hacerse temible de todos: no ha sabido conservar en su prosperidad la buena fortuna, que ha malgastado como el hijo pródigo: las consecuencias son funestísimas: pero y bien, ya sabeis que yo no solicitaba se abriesen las puertas de la patria á mi desventurado esposo; lo que solicito es que se reivindique su buena fama, y que se le mantenga en buen hora desterrado; pero que no se diga de él que ha sido traidor, que es hijo de judío, herege. Para eso, y no mas que para eso, para salvar de la infamia el nombre de mis hijos, es para lo que deseo ver al señor duque de Lerma.

—Y bien, eso, señora, os ha sido otorgado: el duque me ha dicho que podeis ir á verle cuando querais.

—Iré mañana.

—No, no señora. La esposa de un hombre tal como el señor Antonio Perez, que ha deslumbrado con su lujo á la córte.....

—Por complacer á mi marido, por satisfacer su vanidad, señor don Ruy Perez. De aquellos polvos, como dice el vulgo, vienen estos lodos.

—Ciertamente, señora; pero permitidme que continúe: doña

Juana Coello no puede presentarse á un hombre tal como el duque de Lerma con esta miserable apariencia: será necesario que lleve lutos de dama, lutos ricos: que vuestros hijos os acompañen y vistan dignamente como les corresponde. El duque de Lerma no podria resignarse á reconoceros si os presentais con vuestros humildes trajes. Dejadme hacer, que será cuestion de dos ó tres dias; los sastres están ansiosos porque se les ocupe y se les pague bien.

—Y bien, el duque de Lerma es todo vanidad y no reconoce lo que no deslumbra. Me someto á vuestros deseos, porque veo que lo que me aconsejais es conveniente; pero voy á sufrir horriblemente mientras llega el momento de que yo hable á ese hombre.

—Reposad entre tanto, señora, que bien lo habeis menester, y dejad de mi cuenta lo demás; el duque de Lerma podrá muy bien, envanecido por su privanza, negarse á lo que tan justamente vais á demandarle. Ahora, con vuestro permiso, me retiro á descansar; que vuestros hijos reposen. Mañana, á la hora en que yo crea podreis recibir, volveré á besaros las manos y ponerme á vuestro mandato.

Don Ruy Perez salió, dejando obligadísima á doña Juana Coello, que abrazó llorando á sus hijos halagada por una buena esperanza, y aquella noche fué la primera, despues de muchos años, en que doña Juana durmió de tal manera, que pudo decir por la mañana:

—He pasado una buena noche.

CAPITULO IX.

De cómo una grandeza muerta puede espantar á una grandeza viva.

A los tres dias, porque no pudo obligarse á los sastres á que concluyeran en menos tiempo los ostentosos trajes de luto que habia querido llevasen sus protegidos don Ruy Perez, y que doña Juana habia consentido se hiciesen, se presentó esta al duque de Lerma á las tres de la tarde, llevados hasta su casa con sus hijos en ricas literas doradas.

El duque de Lerma la recibió con una gran prosopopeya, con mucha mas que con la que la hubiera recibido Felipe III, en uno de los grandes y ostentosos salones de su opulento palacio.

El duque de Lerma, que sabia demasiado cuánto era y valia, cuánta la elocuencia, cuánta la fuèrza del ingenio y del corazon de doña Juana Coello, se habia preparado; es decir, se habia puesto una coraza mas.

Doña Juana adelantó hácia él seguida de sus hijos, triste, lenta, con la cabeza inclinada, pero no abatida. No dió ni una señal de humillacion, ni se permitió una sola ostentacion de altivez. Conocia demasiado la situacion en que se encontraba: era una desgraciada que iba á pedir proteccion, y que se veia obligada á agradecer lo que se la concediese, por mezquina que fuera la concesion.

El duque de Lerma se sintió dominado; se le presentaba la desgracia altiva, pero no con esa otra altivez que puede llamarse la vanidad de una soberbia miserable, de una soberbia vulgar. Gonzalo, que era un mancebo bizarro y hermoso, imitaba en la compostura y en la dignidad á su madre de una manera fácil, porque estaba en su carácter aquella imitacion. Las dos jóvenes eran hermosísimas, y se presentaban ruborizadas, tímidas, con esa sencillez de la adolescencia y de la pureza ante una grandeza que las asustaba. Al llegar á cierta distancia del duque de Lerma, doña Juana Coello levantó la cabeza y desplomó una mirada inmensa sobre el duque de Lerma, que retrocedió dos pasos, como si aquella mirada, materializándose, le hubiese encontrado y le hubiese obligado á retroceder.

—Bésoos las manos, escelentísimo señor, dijo con su voz sonora, pura, argentina, aunque alterada por la languidez del dolor, doña Juana.

—Dejaos, dejaos de tratamientos, señora, dijo el duque de Lerma, que ya sabemos quién sois, y que de dar vos tratamiento, seria necesario que la persona á quien lo diéseis, á no incurrir en el pecado de vanidad, buscase un tratamiento infinitamente superior al que recibiese de vos. Sé lo que venís á buscar; me lo ha dicho vuestro *grande amigo* el señor don Ruy Perez de Castro.

Y el duque acentuó de una manera particular las palabras que hemos subrayado.

—El señor corregidor de Alaejos, dijo doña Juana, es un escelente hombre, un hombre que se apiada de la desventura y que la respeta. Esta es la razon por que habeis encontrado demasiado amigo mio á ese caballero.

—Que no hace otra cosa que rendir un justo homenaje á vuestra grandeza.

—Gracias, señor duque, dijo con cierto desaliento, que tenia algo de sardónico doña Juana; mi grandeza ha tenido que pedir limosna para venir á Madrid.

—Olvidaos de mi olvido, dijo el duque, que no ha pedido ser otra cosa, porque yo no me he acordado mas que de poneros en libertad.

—Olvido que ha estado á punto de hacerme perecer con mis hijos por los campos, por los caminos, desnudos, hambrientos, sin guia, sin mas amparo que el de Dios.

—El duque de Lerma satisfará la involuntaria culpa que ha cometido.

—Gracias, señor duque; no vengo á traeros la cuenta de mis sufrimientos; lo que vengo es á pediros justicia.

El duque de Lerma estaba, por decirlo así, vencido: habia chocado contra él una lanza de Milan, le habia falseado las defensas de que se habia provisto; se encontraba desarmado.

—No me ha dado el rey nuestro señor su confianza y su aprecio, dijo, para que yo abuse de él y para que desoiga los clamores de quien pide justicia con razon y con derecho: os escucho, señora, y tened en cuenta que no es el duque de Lerma quien os escucha, sino el rey mismo.

—Pues bien, señor duque, no vengo á pediros oro, no vengo á pediros patria para mi marido. Confio demasiado en la providencia de Dios para no pedir lo que tal vez se me negaria. Lo que quiero es que se revindique la honra de mi marido, que es la de mis hijos, calumniados por jueces corrompidos, por jueces infames que sorprendieron la buena fé del señor rey don Felipe II, y le obligaron á ser injusto.

—Eso es una acusacion, señora, dijo el duque de Lerma, arrojando el muerto sobre Rodrigo Vazquez de Arce. Teneis razon, doña Juana: demandad en justicia, y se os hará justicia.

—Cabalmente, señor, quiero que se examine la conducta que contra nosotros ha observado Rodrigo Vazquez, mirándola á la luz de la justicia, sin pasion, sin prevencion, sin nada que pueda impedir que la justicia resplandezca.

—Hablad, hablad sin temor, señora: han pasado ya los calamitosos tiempos en que la pasion estaba apoderada del gobierno.

—Confio en vuestra rectitud, señor duque: mirad aquí mis hijos, pedazos de mis entrañas; falta uno: ese uno era mi hija mayor, doña Gregoria; la ha devorado la tumba.

Doña Juana se conmovió; las lágrimas brotaron de sus ojos.

El duque de Lerma, á pesar de su egoismo, se sintió afectado por aquel sentimiento.

—Parece, señora, que acusais á alguien de esa desgracia, dijo conmovido.

—Sí señor; acuso ante vos, ante el rey, ante la tierra, ante los cielos, ante Dios, á Rodrigo Vazquez de Arce, como asesino de mi hija doña Gregoria: le acuso de traidor indigno contra una pobre

familia; le acuso de horrores que sólo pueden convenir á la malvada imaginacion de un demonio: acuso á Rodrigo Vazquez de Arce de calumnias llevadas con visos de verdad á los piés del trono: le acuso, en fin, de todo cuanto una víctima puede acusar á su verdugo: y no quiero que me creais sobre mi palabra; quiero que se haga una informacion, que se vea á la luz del dia, á la luz mas clara, lo que ese mónstruo ha hecho con nosotros, y que se obre una vez con justicia, ya que tanto se ha estrechado el rigor de la justicia con una mujer que no habia cometido otro crímen que salvar á su esposo, obedeciendo á las leyes divinas y humanas, y contra unos pobres niños, que ninguna culpa tenian de los pecados de sus padres.

—Basta, señora, basta, dijo el duque de Lerma conmovido, desarmado por la enérgica elocuencia, por la mágia irresistible que emanaban de doña Juana; no es necesario una informacion: todo se sabe; la fama de vuestra desgracia se ha hecho pública; la animadversion de todo el mundo ha caido sobre los Vazquez. Mateo ha muerto: nada puedo hacer respecto á él en desagravio de lo que os ha hecho sufrir; pero Rodrigo Vazquez vive. Vais á ser testigo de lo que el duque de Lerma en justicia hará con él. Santos, añadió el duque en voz alta, y agitando una campanilla.

Presentóse al momento un jóven de buen aspecto y galan, aunque de fisonomía servil y cortesana.

—Sentaos, y escribid la real órden que voy á dictaros.

Santos se sentó á uno de los estremos de la grande y magnífica mesa de despacho del duque de Lerma, y bajo su palabra escribió una real órden en que de un solo golpe se quitaba á Rodrigo Vazquez su vara de alcalde de Casa y Córte, se le destituia de la presidencia del Consejo de Hacienda y de la dignidad de consejero de Castilla, se le quitaban todas sus dignidades, preeminencias, sueldos y gajes de que estaba en posesion, y se le desterraba de la córte en un rádio de veinte leguas.

El duque firmó la real órden, la cerró, la selló, despidió á Santos, y dijo á doña Juana, dándola el pliego:

—Enviadlo á vuestro enemigo.

—Perdonad, señor duque, dijo doña Juana; yo no soy ejecutora de justicia.

—Teneis necesidad de venganza.

—De venganza no; el que se venga es tan infame como aquel que á la venganza le ha escitado.

—Ahora comprendo la grandeza con que habeis sufrido todas vuestras desventuras, señora; y creed que si el duque de Lerma puede subsanaros en alguna parte de lo que habeis sufrido, lo hará.

—Señor duque, dijo doña Juana: Rodrigo Vazquez de Arce tiene usurpado á mi hijo don Gonzalo, aquí presente, un beneficio de veinte mil ducados que le otorgó el papa Gregorio XIII, en recompensa del celo de mi marido por el catolicismo.

—Cosa es esa que habreis de pleitear vos, doña Juana; pero yo os ayudaré en ese pleito cuanto pudiere, y confio en Dios que saldreis adelante. Ahora bien, señora: y para aliviaros de vuestros hijos, ¿por qué no consentís en que entren como pajes casa del arzobispo de Toledo, mi tio, y en mi casa?

—¡Ah, no! esclamó doña Juana: mi hijo Gonzalo hace falta al lado de su padre, ya que ni yo ni sus hermanos tenemos esperanza de verle tan pronto; en cuanto á mis otros hijos, son tan niños... y por otra parte, no quiero que se queden en la córte, que se alienta la ambicion y se llega á vicios muy deplorables: dejadlos en mi regazo, que yo los encaminaré al bien y á mejor fortuna, y estarán mejor aunque sean pobres que al lado de grandes señores en la córte: y pluguiera Dios que mi marido nunca en la córte hubiera estado, ni con reyes tratado, ni sido amigo de quienes le utilizaron en su prosperidad y le abandonaron en su desgracia.

—Nunca pertenecí yo al bando del príncipe don Ruy Gomez, se apresuró á decir Lerma.

—No lo he dicho yo por tanto, dijo doña Juana; que yo sé que siempre fuísteis de los de don Baltasar de Zúñiga, del que no podia decirse fuese de ninguno sino de los que le convenia.

—Del partido de don Ruy Gomez fuí yo mientras vivió; despues del cardenal de Quiroga, del marqués de los Velez, de Santoyo y de vuestro marido: pero lealmente; no con viles intrigas ni deplorables amaños.

—Por lo mismo, señor duque, espero que obrareis hoy con la misma lealtad, y que ya que no traigais á su patria á mi marido, me ayudeis para rehabilitar su buen nombre y fama, que son su honra y la de nuestros hijos; que si esto salvamos despues de tan recia tormenta, por contentos nos daremos é iremos á sepultarnos en un rincon del mundo, donde moriremos tranquilos y contentos por desengañados.

Por último, conmovido el duque por el prestigio de la elocuencia, de la virtud y de la poderosa mágia de doña Juana, la ofreció tanto, que esta salió consolada, llena de esperanza, y agradecida á aquel hombre que no se habia acordado de ella tan pronto como hubiera debido, pero al que debia al fin su libertad, la de sus hijos y la esperanza de que se le hiciese justicia.

CAPITULO X.

En que reaparece uno de los principales personajes de nuestra historia.

Cuando salió de casa del duque de Lerma doña Juana y entró con sus hijos en las magníficas sillas de manos que le habia preparado el corregidor de Alaejos, una mendiga pequeña, encorvada, viejísima, que estaba á la puerta de la iglesia de Santa María, situada frente por frente de la casa del duque, y á quien los mendigos que acostumbraban á ir á pedir á la puerta de la iglesia no conocian, se puso en marcha, apoyada en el brazo de una mujer seca y fea, alta, como de treinta años, miserablemente vestida y con el semblante avieso de quien nunca ha tenido una hora de contento ni aun medianamente tolerable durante toda su vida.

A esta mujer la hemos conocido moza y tambien niña; esta mujer era la Totovía, la desdichada criadilla de la tia Zampoña ó de doña Mencía de Santisteban, como mejor queramos.

Diciendo que aquella mujer era la Totovía, hemos dicho que la que se apoyaba en su brazo era doña Mencía de Santisteban.

¿Dónde habia estado durante tantos años aquella infame mujer?

Mirando desde la sombra á Rodrigo Vazquez de Arce; esperando un dia de venganza.

Habia vivido con sus malas artes como bruja y embaucadora, y

estaba medianamente rica, porque nunca faltan mujeres que se hagan profetizar su destino de estas repugnantes viejas, á quienes se paga bien sus pronósticos.

—¿Con que doña Juana Coello está en libertad? ¿con que no habian mentido los que me lo habian dicho? murmuraba con voz cavernosa y de una manera ininteligible para la Totovía, que oia su voz, pero que no entendia, no comprendia sus palabras: ¿con que se le han escapado sus víctimas? Ya se ve, ha muerto el enemigo irreconciliable de esa familia, el señor rey don Felipe II: he tenido el gusto de ir detrás de su féretro: no sabian los que iban á mi alrededor que aquella vieja encorcovada, aquella especie de despojo robado á la tumba, estremecia tal vez en su ataud al cuerpo de aquel gran rey que la muerte habia reducido á la última de las miserias. ¡La grandeza humana! ¡Y la grandeza humana, las riquezas, la juventud, la hermosura, todo se gasta, todo se convierte en polvo, todo, todo menos la venganza!

Y murmurando de este modo se encaminaba á la calle del Sacramento, donde vivia aún Rodrigo Vazquez de Arce, cargado de años y de remordimientos, pero que se conservaba aún firme y terrible.

Doña Mencía se acurrucó junto á la puerta, porque estaba segura que si pedia por el señor Rodrigo Vazquez de Arce se lo negarian.

Era la hora de la siesta.

Despues de ella, Rodrigo Vazquez debia salir.

Esta era su costumbre: lo sabia demasiado doña Mencía, que, como hemos dicho, no le habia perdido de vista.

En efecto, como á las tres de la tarde salió el esperado, y adelantó solo hácia la plazuela del Cordon, y pasó junto á doña Mencía y su criada, sin reparar en ellas ni mas ni menos que lo que hubiera reparado en dos mendigas.

Entonces en Madrid habia mendigos por todas partes: acurrucados junto á las puertas de las casas grandes para pedir limosna á los que entraban y salian; en cada esquina, en cada plazuela, en cada puerta de iglesia: Madrid estaba surcado por esta especie de piojos humanos.

Apenas habia salido Rodrigo, cuando la tia Zampoña dijo á la Totovía:

—Anda, hija mia, y di á ese caballero que acaba de pasar lo

que te he dicho que le digas mientras estábamos esperando á la puerta de la iglesia.

La Totovía echó detrás de Rodrigo Vazquez, y le dijo:

—Señor, señor, deteneos, que tengo que daros un buen mensaje.

Volvióse Rodrigo Vazquez, y al ver junto á sí tan estraña figura, respondió:

—¿Qué me quereis? yo no doy limosna mas que los sábados; id con Dios.

—Ya he dicho á vuestra señoría que le traigo un buen mensaje.

—¿Qué buen mensaje podeis traerme vos?

—Es el mensaje de una dama.

—¿De qué dama? dijo animándose Rodrigo Vazquez, que en su amor propio creia que á pesar de sus años podia aún ser el objeto del amor de una mujer.

—De una dama á quien habeis estimado en gran manera; por la que habeis hecho muchas locuras.

—¿Qué, qué? dijo con una indómita altivez Rodrigo Vazquez.

—Sí señor: todo el mundo sabe que habeis estado loco por ella, por doña Juana Coello.

—¿Mensaje de doña Juana Coello me traeis vos?

—Sí, sí señor. ¿Qué tiene esto de estraño? Doña Juana Coello debe estimaros mucho.

—¿Estimarme? murmuró roncamente Rodrigo Vazquez. ¿Y está doña Juana en Madrid? Yo la hacia presa en el castillo de Alaejos, y allí debe estar.

—Pues no, no señor, no está presa, dijo la Totovía.

—¿Y cómo haberla soltado de la prision sin haber consultado conmigo, que soy el juez de su proceso?

—Y qué quereis, señor Rodrigo Vazquez: como hay quien manda mas que vos, han mandado que la suelten sin tomarse la pena de deciros que se la iba á soltar, y el alcaide del castillo de Alaejos la ha soltado, porque así se le ha mandado de órden del rey.

—¿Y está doña Juana en Madrid?

—Sí señor.

—¿Dónde?

—Yo no lo sé, no me lo han dicho.

—¿Y cuál es el mensaje que traeis?

—Doña Juana Coello os cita esta noche para la ermita del Cristo de la Oliva, fuera de las huertas de Atocha, al toque de Animas.

—Iré, dijo Rodrigo Vazquez.

—Mirad que no falteis, porque doña Juana Coello no faltará.

—¿Y cómo conoceis vos á doña Juana? ¿cómo doña Juana ha podido daros ese encargo?

—Eso no os importa: sabed que doña Juana Coello cree que os habeis arrepentido del mucho mal que la habeis hecho, que habeis sido quien al fin habeis procurado su libertad, y que vos, por hacer vuestra accion mas meritoria, habeis procurado que doña Juana Coello no supiese que á vos debia el verse libre con sus hijos.

—¡Libre con sus hijos! esclamó Rodrigo Vazquez.

—Con que ireis, ¿no es verdad?

—Iré, y en albricias del mensaje que me habeis traido, tomad.

Rodrigo dió un doblon de á dos á la Totovía, siguió su camino, y aquella pobre mujer se volvió al lugar donde la esperaba su ama.

Pero antes de que Rodrigo Vazquez llegase á la iglesia de San Justo y San Miguel, uno de los criados que habia salido de su casa antes de que él se separase de la Totovía, y que le vió á lo lejos, dió á correr y le alcanzó.

Traia un pliego en la mano.

—Señor, señor, dijo en el momento en que Rodrigo Vazquez pudo oir su voz.

Rodrigo Vazquez se detuvo y se volvió.

—Y bien, ¿qué quieres, Cristóbal? dijo al criado: ¿qué novedad ocurre, que me buscas con tal apresuramiento?

—Acaban de traer este pliego de su escelencia el señor duque de Lerma para vuestra señoría, dijo el criado, entregándole el pliego.

—¿Que será esto? murmuró Rodrigo Vazquez.

Y despidió al criado, entrándose en la inmediata iglesia, y sin pasar de su pórtico, abrió el pliego y le examinó.

Tembló de los piés á la cabeza Rodrigo Vazquez apenas habia leido las primeras líneas.

—¿Qué es esto? dijo. He sido depuesto de todos mis cargos, honores y dignidades; desterrado en un rádio de veinte leguas de la córte, y se pone á doña Juana Coello en libertad sin consultárseme.

haciendo de mí caso omiso. Es verdad que me habian depuesto ya en la intencion, que me habian arrebatado mi vara de alcalde, y no tengo manos poderosas que me protejan; estoy derribado; estoy á merced de mis enemigos. Lerma nunca me estimó; he deshecho durante el pasado reinado muchas intrigas de Lerma, y se venga, se venga hiriéndome en medio del corazon, poniendo en libertad á mis víctimas. ¿Y cómo es que doña Juana Coello cree que me debe su libertad? ¡Ah! esto es horrible. ¿Qué voy yo á decirla cuando la vea? ¿Para qué quiere verme? ¿Me darán tiempo para acudir á la cita de esta noche? Sí, sí, iré, iré, sea cualquiera el recibimiento que doña Juana me haga, aunque hayan de castigarme en el caso de que me manden marchar al momento y no obedezca la órden de destierro tan pronto como se quisiera.

Rodrigo Vazquez volvió á leer la real órden.

—Nada, nada dice del término en que he de marchar; esto dependerá sin duda de una segunda órden; pues bien, para que esta órden no me encuentre en mi casa, no volveré á ella hasta que haya ido á la cita de doña Juana.

Y Rodrigo Vazquez salió de la iglesia, de cuyo átrio no habia pasado, siguió hasta Puerta-Cerrada, salió á la calle de Toledo, la recorrió, y por su puerta salió al campo y adelantó por él á la ventura.

Desde entonces hasta la hora de la cita de doña Juana, ó mejor dicho, de doña Mencía, divagó á la ventura por entre las frondosas alamedas del Manzanares, que en aquellos tiempos tenia en sus orillas muchos mas árboles que ahora, y era mas rico de agua porque estaba menos sucio de arena.

El tiempo era hermosísimo, el cielo despejado, la estacion buena porque empezaba el otoño, la mejor de las estaciones en Madrid, y sin embargo, todo parecia lúgubre á Rodrigo Vazquez.

Se habia quedado solo en el mundo.

El único entretenimiento que le habia quedado era atormentar á la familia de Perez, y se lo habian quitado.

Rodrigo Vazquez tenia dentro de sí una cólera de víbora; su alma se retorcia, se enroscaba, y en vano buscaba una presa sobre qué lanzarse.

—¡Vencido! esclamaba: ¡vencido! murió ya aquel que hubiera entregado antes su alma á Satanás que perdonar á Antonio Perez. ¡Y abrirán de nuevo la patria á ese hombre, le veré yo un dia

frente á mí gozándose en su triunfo! ¡Ah, esto es terrible! Toda mi vida gastada en una lucha inútil; mi actividad empleada solo en atormentar mujeres y niños. ¡Y no haber yo visto vertida por el verdugo la infame sangre de ese hombre!

Rodrigo Vazquez se estremecia horrorizándose á sí mismo en una reaccion de su conciencia.

Esta le gritaba severa:

—¿Qué razon tenias para tanto odio contra Antonio Perez, si su valimiento escitaba tu envidia, si te hacia sombra, si soñaste que vencido ocuparias su puesto?... Y luego el amor que te inspiraba su esposa, su noble y grande esposa... Tú has echado sobre esa familia cuanta cólera, cuantas desgracias, cuantos martirios pueden arrojarse sobre los desventurados. Tú no has sido juez, has sido un verdugo. Tú no puedes levantar la frente al cielo sin temor de que te hiera el rayo.

Pero tan dominada tenia su conciencia Rodrigo Vazquez, que este relámpago pasajero se perdió entre las tinieblas de su odio.

Se necesitaria un volúmen para espresar todo lo que pensó, lo que se agitó, lo que se revolvió la malvada imaginacion de Rodrigo Vazquez desde el momento en que recibió la órden que le destituia de todos sus oficios, que le despojaba de todos sus sueldos y emolumentos y le desterraba.

Entre este pensamiento asomaba una esperanza oscura.

—¿Para qué quiere verme doña Juana? decia. No, ella no es de esas criaturas que se pierden en recriminaciones inútiles, que se gozan en su triunfo. No, ella es un ángel del Señor. ¿Para qué me llama entonces? ¡Ah! puede ser que en todos los tormentos que la he hecho sufrir haya visto al fin un amor del infierno, un amor como no ha habido dos sobre la tierra: puede ser que al fin le haya conmovido: luego la creencia de que yo he sido quien la he dado la libertad... Podrá suceder muy bien que no sea yo á quien culpe de su martirio, sino al rey difunto. ¡Quién sabe!

Para desmentir esta suposicion que su deseo hacia aventurar á Rodrigo Vazquez, se le presentó de repente la sombra de doña Gregoria, muerta en prision: doña Juana Coello no podia perdonarle la muerte de su hija.

¿Quién habia causado aquella muerte mas que Rodrigo Vazquez, ocultando á la pobre jóven que don José Perez y Coello era su hermano, haciéndola creer con su silencio que su amante, que

el hombre con quien creia poder casarse, la habia abandonado?

Aquella creencia habia amargado el alma de doña Gregoria: la habia matado.

Rodrigo Vazquez al recordar esto se estremeció.

No, doña Juana Coello no podia llamarle para agradecerle; debia llamarle para algo terrible.

—Y bien, dijo Rodrigo Vazquez; suceda lo que quiera, esa mujer me atrae, esa mujer es mi infierno.

Al pronunciar estas palabras, Rodrigo Vazquez llegaba al pié de la ermita del Cristo de la Oliva, que estaba sobre poco mas ó menos al pié del declive sobre el cual está el cementerio de San Nicolás por la parte del Mediodía.

Tal ermita no existe ya ni existia hace muchos años.

La ermita habia sido fundada por Felipe II.

Al llegar junto á ella Rodrigo Vazquez, un esquilon tocó á las oraciones de las Animas.

Rodrigo Vazquez habia dicho sus últimas palabras en voz alta, exaltado por la situacion en que se encontraba.

—Sí, sí, tu infierno es una mujer, y esa mujer te atrae, es verdad; pero te atrae engañándote, Rodrigo.

Este se espantó de la voz que le habia contestado: parecia como emanada de una tumba.

Era una voz horrible, una voz decrépita, árida por decirlo así, y cortante como un puñal, si se nos permite la frase.

—¡Ah! continuó aquella voz, soltando una carcajada infernal, una carcajada sardónica: ¿creias que ibas á encontrar aquí á doña Juana Coello? ¡Insensato! Tú has creido siempre todo lo que ha halagado tus pasiones, por mas absurdo que haya sido.

—¿Quién eres? esclamó Rodrigo Vazquez adelantando hácia el sitio donde sonaba la voz, porque no veia á la persona que la producia.

La noche, aunque serena, estaba oscura.

Los árboles que rodeaban la ermita eran espesos.

Nada se veia; nada se oyó en cuanto aquella voz maldita guardó silencio, mas que el murmullo de las hojas agitadas por el viento y el ruido del caño de la fuente que ya, al describir este lugar en otra ocasion, dijimos existia en él.

—Sí, sí, busca, busca, dijo la misma voz terrible, sonando en otra direccion.

—¿Quién eres? Preséntate, dijo Rodrigo Vazquez, marchando en la nueva direccion en que habia sonado la voz.

—Yo soy tu destino, dijo la voz, cada vez mas ágria, cada vez mas sarcástica, cada vez mas cruel, proviniendo de otra parte.

Rodrigo Vazquez se creyó en poder de un fantasma: recordaba que la mujer que le habia dado la cita, era fea, estraña, seca, flaca y negra hasta mas no poder: de una mujer tal no podia esperarse nada que fuese bueno.

Sin duda la habia enviado el diablo.

Rodrigo Vazquez, como todos los de su tiempo, era supersticioso.

Acabó por sentir un sudor frio, por creer que le hablaba un alma del otro mundo, y que era inútil irla á buscar, porque, segun él, ó mejor dicho, segun la supersticion de sus tiempos, las almas en pena pueden verse, pueden oirse; pero cuando se pretende tocarlas, desaparecen, ó se convierten en humo, ó estallan como un cohete, produciendo un estampido horrísono.

Esta creencia se tiene aún en nuestras pequeñas aldeas de las montañas, y especialmente en Astúrias y Galicia.

Por otra parte, Rodrigo Vazquez se habia aterrado: flaquearon sus rodillas, vaciló, y gracias á que encontró junto á sí para apoyarse el poste de la fuente.

—¡Ah! dijo aquella voz terrible: tú creias que el buen rey don Felipe no habia de morir nunca, y que como eras su verdugo y poseias sus secretos, nadie seria poderoso contra tí. ¡Insensato! ¡miserable! ¡estúpido! ¿cómo has creido que doña Juana Coello, tu víctima, habia de llamarte á este lugar apartado y á estas horas? No, quien te ha llamado soy yo, tu destino, que no se aparta de tí, al que encontrarás junto á tí el dia que mueras, que no está distante.

—¡Que no está distante el dia de mi muerte! esclamó aterrado Rodrigo Vazquez, creyendo que hablaba con un espíritu que podia contestarle.

—Ó matas, ó mueres, contestó la voz maldita.

—¡Ah! ¿con que es decir que mi vida pende de la de otra persona?

—Sí, de la de doña Juana Coello.

—¡Cómo! esclamó Rodrigo; pues qué, ¿doña Juana Coello se ha propuesto matarme?

—¡Qué! ¿no has hecho tú nada contra ella? ¿No la has devorado lentamente como el cruel gato devora al raton? ¿No has sido tú el

infame que has urdido una intriga tenebrosa, de la que ha resultado la muerte de doña Gregoria? ¿Por qué has de estrañar que doña Juana tenga sed de tu sangre? Escucha: doña Juana es irresistible; doña Juana tiene el don de persuadir, bien lo sabes; sin su amor, sin sus sacrificios, Antonio Perez, su marido, hubiera acabado hace mucho tiempo de una manera desastrosa: la que ha tenido poder para salvarle de un rey tan terrible como don Felipe II, tiene sobrado poder para perderte, cuando ocupa el trono un rey tan débil como Felipe III, y es su secretario universal un hombre tan vano como el duque de Lerma. ¡Tiembla, Rodrigo! Tus dias están contados; defiéndete, y mata para salvarte.

—¡Matar! ¡matar! esclamó Rodrigo Vazquez: ¿y cómo?

—Pues qué, ¿no sabes tú matar? ¿No has matado nunca, Rodrigo?

—Tú eres un demonio, respondió Vazquez con la voz trémula de miedo.

—Yo soy tu conciencia, respondió la voz; yo leo en tu alma: no te aterra á tí el matar, no; el crímen no te ha aterrado nunca; es que no sabes cómo matar: si doña Juana Coello estuviese aún en tu poder, no vacilarias, encontrarias mil medios para acabar con ella sin que nadie pudiese hacerte cargo de su muerte, como acabaste con la infeliz doña Gregoria. Tienes oro; el oro lo alcanza todo; mata, y mata pronto, si no quieres morir.

Tras estas palabras sonó una carcajada infernal que se repitió alejándose.

—Oye, escucha, esclamó Rodrigo, abalanzándose hácia el sitio donde habia sonado la voz.

Pero la carcajada se repitió mas lejos.

—¡Que mate! ¡que mate! dijo Rodrigo Vazquez; que mate ó soy muerto... ¡ah, sí, sí, es verdad! El primer golpe que he recibido ha sido rudo... el destierro, la exoneracion de todo lo que habia alcanzado en tantos años de trabajo, de vigilia, de esfuerzos inauditos... Despues, despues, el veneno en el destierro... no seria yo el primero con quien se hiciese esto... un proceso, una sentencia... he servido demasiado lealmente al rey don Felipe... me he comprometido, he hecho cosas atroces... ¡Oh! sí, sí, matar ó morir: pues bien, mataré.

Y Rodrigo Vazquez, loco, calenturiento, rugiente, abandonó la espesura que rodeaba á la ermita y tomó la vuelta de Madrid.

Entre tanto, la tia Zampoña, apoyada en la Totovía, se alejaba cuanto deprisa le era posible á campo atraviesa del lugar en que habia estado hablando con Vazquez.

—¡Oh! sí, sí, murmuró nuevamente; la matará, la matará, y lo hará de tal modo que se le podrá probar el asesinato. ¡Ah! me parece que podré vivir lo bastante para ver en el patíbulo á ese miserable, que ha sido causa de mi horrenda, de mi larga, de mi insoportable desventura.

Y se perdió á lo largo de los campos, acompañada de la Totovía.

CAPITULO XI.

Un alguacil digno de su alcalde.

Rodrigo Vazquez, antes de ir á su casa, se fué á la Morería, á la plazuela del Alamillo, y llamó con fuerza á la puerta de una casa desvencijada, que se mantenia de pié, á despecho de las Ordenanzas.

Llamó con fuerza á su puerta, y poco despues se abrió un ventanillo, allá en un ángulo de la fachada, junto al tejado, y una voz hombruna de mujer, y de mujer vieja, preguntó con acento gruñon qué se le ofrecia al que llamaba.

—¿Está en casa Bernabé Trisurco? dijo con acento imperativo, con su acento de costumbre Vazquez.

—Mire vuestra merced que no lo sé, dijo entrando en el terreno del respeto la vieja, dominada por el acento formidable de Rodrigo; pero allá va mi nieto á abrir la puerta, y vuestra merced puede entrar y ver si Trisurco el Gafo está en su estancia.

Cinco minutos despues, un muchacho medio desnudo, á pesar del frio, de fisonomía innoble y baja y de mirada impudente, abrió la puerta y apareció ante Rodrigo Vazquez con un candil en la mano.

—Pues el Gafo está en su aposento, dijo, porque cuando pasaba por su puerta le he oido yo roncar, y ya sé yo cómo ronca el Gafo.

—Pues llévame, dijo Rodrigo, que se habia puesto un antifaz, de que siempre iba provisto, y á mas de esto se habia levantado el embozo hasta los ojos.

El muchacho tiró por un callejon tortuoso, desigualísimamente empedrado en parte, en parte terrizo, entre dos paredes color de plomo teñidas por el tiempo y por la humedad.

Salieron á un patio estrecho y largo, sobre cuyo costado derecho habia una galería sostenida por puntales de pino.

Se aventuraron por otro callejon angular, y el muchacho se detuvo á una puerta, detrás de la cual se escuchaban desmensurados ronquidos.

—Señor Trisurco, dijo el muchacho, metiendo por uno de los anchos agujeros que tenia la puerta, un vocejon tal, que no se sabia cómo habia podido salir de su raquítica persona: á ver si despierta usted, que aquí hay un caballero muy principal que viene á verle.

Cesaron en el propio punto en que sonó la voz los ronquidos, y poco despues se abrió la puerta, y apareció en ropas menores y descalzo, pero envuelta la parte superior de su cuerpo en un exíguo capotillo, en una especie de anguarina, un hombre delgado, de mediana estatura, de fisonomía inteligente, de espresion astuta, y como de cuarenta años.

—Pase vuesa merced, señor caballero, dijo despues de haber mirado rápidamente á Rodrigo Vazquez y de haberle reconocido: dáme acá, muchacho, tu candil, encenderé mi vela.

Cuando esto estuvo hecho, añadió:

—Quítate de en medio, que estorbas.

—¿Y no hay nada para mí, dijo el muchacho, por haber perdido el sueño y haber bajado con el frio que hace?

—¡Vaya si va á haber, si no te largas pronto! dijo Trisurco, retirando hácia atrás su pié derecho y marcando un puntapié.

—Gracias, muchas gracias, dijo el pillete: vaya, buenas noches y buena pró.

—¿Qué sucede, señor alcalde? dijo Trisurco, en cuanto se hubo perdido el ruido de los pasos del muchacho.

—¿Me has conocido?

—Sí señor, dijo Trisurco; hace tanto tiempo que sirvo á vuestra señoría, que le saco por el olor.

Trisurco era el cabo de la ronda de Rodrigo Vazquez.

Hay que advertir que en aquella época, cabo se tomaba en la acepcion genérica de jefe.

De entonces acá ha cambiado de una manera esencial la acepcion de un gran número de frases.

—Siéntese vuestra señoría si quiere en mi cama, que ya ve vuestra señoría que no hay otra parte donde sentarse, dijo Trisurco.

En efecto, no habia en aquel mezquino aposento, que apenas tenia tres varas de ancho y cuatro de largo, mas muebles que una fementida cama. En una tabla, colgada por cordeles á la pared, estaba en un candelero de estaño una vela de sebo: mas allá se veian dos botellas y un puchero, y colgados en clavos, un sombrero, algunas ropas, una espada y una vara de justicia; la capa servia de abrigo en la cama, y el pavimento terrizo estaba cubierto en parte por un ruedo casi pelado.

—No pienso estar aquí mucho tiempo, dijo Rodrigo; y he venido á buscarte porque te necesito.

—Ya sabe vuestra señoría que soy suyo en cuerpo y en alma.

—Antes de proponerte nada, tengo que decirte que ya no soy alcalde, que ya no soy nada: que el rey me ha quitado mis oficios, mis dignidades, mis sueldos, mis gajes, y que á mas de esto se me manda ir desterrado fuera de un radio de veinte leguas alrededor de Madrid.

—¿Y cómo sucede eso? dijo escandalizado Trisurco. A su majestad deben haberle engañado.

—Mis enemigos son muy poderosos.

—Pero vuestra señoría, dijo Trisurco, tiene tambien muy grandes amigos.

—En la desgracia, Bernabé, lo primero que se pierde son los amigos que en los tiempos de nuestra prosperidad nos lo ofrecian todo, y me temo mucho que tú mismo que me debes tanto y tanto favor, me abandones al verme caido.

—Eso no, dijo Trisurco el Gafo; que bien me sé yo que sin vuestra señoría estaria hace mucho tiempo ahorcado y pudriendo.

—Si todos los que nos abandonan en la desgracia no nos debieran mucho, no tendríamos razon para llamarlos ingratos.

—Pues búsqueme á mí vuestra señoría para lo que quiera, y verá si ocupo ó no ocupo mi lugar.

—Veamos, dijo Rodrigo, entrando de lleno en el asunto que le

habia llevado allí, porque sabia demasiado que la persona á quien se dirigia no se espantaba de nada: ¿por dónde anda la tia Gárgoles, aquella comadre tuya, de quien me has hablado tantas veces, y que, segun me has dicho, con un bebedizo suyo que se dé á una mujer, esta mujer se muere por el hombre por quien la tia Gárgoles ha querido que se muera?

—Pues mire vuestra señoría, dijo el Gafo: el muchacho ese que acompañaba á vuestra señoría es uno de los nietezuelos de la tia Gárgoles, que como ha tenido diez hijas y todas ellas honradas y de buen trato, tiene una familia mas larga que un rosario de quince dieces: y ha de saber vuestra señoría, que así, á fuerza de mañas, sortilegios y bebedizos, ha casado muy bien á todas sus hijas; y eso que solo al diablo se le podia ocurrir cargar con la mas mínima de ellas. Con que ya ve vuestra señoría si es á propósito para un empeño amoroso la tia Gárgoles; y si á vuestra señoría le corre mucha prisa, véngase conmigo, que en subiendo dos tramos de escalera estaremos allá.

—Pues cuanto antes, dijo Rodrigo.

El Gafo, sin ponerse los zapatos ni prenda alguna mas que las ligerísimas que tenia puestas, asió la palmatoria de estaño, en la que habia un cabo de sebo de dos dedos, salió á los corredores, y por el laberinto de aquella casa llevó á Rodrigo Vazquez á un aposento situado en todo lo alto.

Llamó préviamente, entró, habló algunas palabras con una vieja asquerosa, y á seguida anunció á Vazquez que podia entrar.

Vazquez entró en un pasadizo, en donde se encontró á la tia Gárgoles, de cuya descripcion nos escusamos con decir á nuestros lectores que su figura era la de un demonio.

Esta mujer tenia en la mano una pajuela de azufre encendida, cuyo olor acre y punzante parecia no incomodarla.

—Vaya, hijo Trisurco, dijo al alguacil: ya estás aquí de mas; véte, que este señor y yo nos entenderemos solos.

—¿Me da licencia vuestra señoría? dijo Trisurco.

—Sí, contestó Vazquez; pero vístete, está dispuesto para acompañarme, y espérame.

CAPITULO XII.

Una bruja de segundo órden.

Hacia en la miserable estancia de la vieja un frio horrible.

El aire entraba colado por las grietas de los tabiques.

El techo estaba á teja vana y en diferentes alturas.

Aquello era un desvan irregular, con ángulos entrantes y salientes, con escondrijos, con madrigueras.

En el centro habia una gran campana de chimenea sobre un hogar de piedras irregulares, en medio del cual, sobre un fuego opaco, puesta en unas trévedes, hervia sordamente una olla de hierro, cuyo contenido lanzaba de sí un olor mucho mas acre, mucho mas punzante que el de la pajuela de azufre, y sobre todo nauseabundo.

La tia Gárgoles parecia contrariada por la presencia allí en aquel momento de un estraño.

—Ya sé, ya sé quién es vuestra señoría, dijo la tia Gárgoles, con una voz cuyo timbre era muy semejante al de una campanilla cascada; me lo ha dicho mi compadre Trisurco.

—¿Y qué os ha dicho de mí vuestro compadre? dijo contrariado á su vez Rodrigo Vazquez.

—No me ha dicho, dijo la vieja, conociendo la contrariedad de

Rodrigo, sino que vuestra señoría es una gran persona á quien debo agradecer la grande honra que me hace viniendo á mi casa, y á quien debo servir en todo lo que me mandase, sea lo que fuese; y como yo tengo en mucho á mi compadre Trisurco, y sé el caso que de él debo hacer, digo á vuestra señoría que aquí me tiene dispuesta á servirle de cabeza que sea menester.

—Parece, abuela, contestó Rodrigo Vazquez, que os ocupais en hacer algun filtro de esos que sirven para unir voluntades.

—¡Ay! no señor, dijo la tia Gárgoles; que yo no sé hacer eso, que soy yo una buena cristiana y tengo yo mucho respeto al Dios del cielo y al Santo Oficio de la tierra: lo que estoy haciendo es un tósigo para matar ratones; porque ha de saber vuestra señoría, que aquí hay peste de ellos; y como yo, por pobre, no puedo tener despensa, los desalmados llevan su atrevimiento hasta el punto de roernos á mi nieto y á mí las orejas.

—¿Y dónde está ese vuestro nieto, que no le veo? dijo Rodrigo Vazquez, revolviendo una mirada recelosa en torno suyo.

—¿Y quién sabe donde está mi nieto, señor? dijo la tia Gárgoles. Porque mire vuestra señoría: por cualquiera de esos agujeros puede pasarse al desvan y andarse todo; y como la casa es grande, vaya vuestra señoría á averiguar... Allá se habrá metido en algun rincon abrigado con el perro.

—Lo que tengo que decirte no es cosa para que nadie la entienda, dijo Rodrigo Vazquez.

—¡Ay señor! dijo la tia Gárgoles: hable vuestra señoría lo que quiera, que yo tengo muy bien criado á mi nieto, y tanto da hablar delante de él, como hablar delante de un poste; pues ¿y adónde vamos á parar? ya estaria yo ahorcada cien veces, si mi nieto fuera hablador; y á mas de eso, que aunque vuestra señoría diga lo que dijese, ¿qué sabe él quién lo ha dicho, si á vuestra señoría no se le ve ni lo blanco de los ojos?

—Sin embargo, dijo Rodrigo Vazquez; acércate y hablemos muy bajo.

—Pues bueno, bien, señor, siéntese vuestra señoría en este banquillo, que me está dando pena de verle de pié y cansándose, y yo me sentaré en esta silla que es algo mas alta, y así estaremos como el penitente y el confesor, salvo que vuestra señoría no estará de rodillas.

—No os valgais para vuestras comparaciones de las cosas san-

tas, dijo Rodrigo Vazquez, á quien con la desgracia le iba entrando temor de Dios.

—¡Ay señor, contestó aquella especie de harpía, que no quiero yo nada con el Santo Oficio!

—Oid y abreviemos, dijo Rodrigo Vazquez; que aquí no se puede estar de frio, y con el olor que sale de ese maldito puchero se me está poniendo malo el estómago.

Y acercándose á la vieja, añadió en voz muy baja:

—¿Cuánto querreis por dar á una persona parte de ese tósigo que destinais á los ratones?

—¡Ay señor! contestó la vieja, que por atosigar ratones no han ahorcado á nadie; pero cuando se trata de personas, ya es distinto. ¡Y que los médicos no tienen olfato, ni los señores alcaldes de Casa y Córte preguntan nada que digamos!... Vaya, ándese con tiento vuestra señoría, y déjese de matar á nadie, porque no es menester, porque mire vuestra señoría: si yo doy á esa persona un filtro que la ponga al mandado de vuestra señoría para todo lo que de ella quiera hacer, es lo mismo que si la matara; porque vivir es querer y poder, y el que no quiere ni puede mas que aquello que desea otra persona su amiga ó su enemiga, es lo mismo que si hubiera muerto, á no ser que se trate de herencia, de vínculo ó de viudez de mujer ó de alguna otra cosa que no pueda ser sin la sepultura.

—¿Y tienes seguridad de que con una medicina que tú des á la persona de quien se trata, se sujetará esta persona á toda mi voluntad?

—¡Pues vaya! dijo la tia Gárgoles; ¿y qué he hecho yo en este mundo mas que acomodar voluntades? Descuide vuestra señoría, que con dos conjuros y cuatro maldiciones y un tanto de los polvos que yo me sé, que quepan entre dos dedos, aunque sea vuestro mayor enemigo esa persona, tan sujeta se verá á vuestra señoría y tan á su gusto, que bien podrá vuestra señoría hacer de ella lo que quiera. Pero sepamos quién es esa persona.

—Doña Juana Coello, respondió despues de un momento de vacilacion Rodrigo Vazquez, mujer de Antonio Perez, que fué secretario universal del difunto rey don Felipe, y que ahora anda huido en Francia.

—¡Ay señor, y qué grande persona que me echa vuestra señoría para que yo se la adobe! dijo la tia Gárgoles.

—¿Qué sabes tú si esa persona es grande ó pequeña? dijo con cuidado Rodrigo Vazquez.

—¡Pues no! ¿hay acaso en el mundo alguien que ignore quién es doña Juana Coello, y las grandes cosas que ha hecho y grandes desgracias que ha sufrido, y lo mucho que ha desesperado al señor Rodrigo Vazquez de Arce, que decir esto es decir que ha desesperado al mismísimo demonio?

—Bachillera estás y entrometida en lo que no te importa, dijo con irritacion Rodrigo. ¿A qué traer aquí ni para qué le necesitamos al señor Rodrigo Vazquez de Arce, y sobre todo, qué sabes tú?

—¿Que qué se yo? dijo la vieja, mirando de una manera penetrante con sus ojuelos de color de ceniza el enmascarado semblante de Rodrigo. ¡Pues á fé á fé que no me ha hablado poco de las cosas de ese señor y de esa señora una mi comadre que se llama la tia Zampoña!

—¡La tia Zampoña! esclamó de una manera sombría Rodrigo Vazquez.

—Sí señor, la ensalmadora y la embaidora y la bruja mas vieja y mas antigua de todas las viejas y de todas las brujas, no digo yo de Madrid, sino de España y aun del mundo entero: y que no hay una de nosotras que no la conozca y que no la respete. Mire vuestra señoría si la conoceré yo; como que hace treinta años ella fué quien me enseñó á ganarme la vida: ¡y si viese vuestra señoría!... dice del señor Rodrigo Vazquez de Arce cosas que meten miedo, y le aborrece como á su vejez y á sus dolencias, que la tienen siempre en un grito.

—¿Y dónde pára esa? dijo Rodrigo Vazquez, procurando no dar interés á su pregunta.

—¿Quién sabe dónde pára? contestó la tia Gárgoles: si dicen que como es la sultana del diablo, quiero decir, la concubina del diablo, á quien mas el diablo quiere, porque el diablo, al revés de los hombres, que buscan mucha juventud y mucha hermosura, ama la mucha vejez y la mucha fealdad, y cuanta mas mejor, allá vive con el diablo en su escondrijo, es decir, en el infierno, de donde sale cuando mejor le parece.

—¿Pero ha muerto la tia Zampoña? dijo con cierto escalofrío Rodrigo Vazquez de Arce.

—¡Qué ha de haber muerto, dijo la tia Gárgoles, si el diablo ha dado á mi comadre una medicina para que no se muera nunca!

—Y entonces, ¿cómo sale del infierno, si no ha entrado en él? dijo Rodrigo Vazquez. Porque en el infierno no entran mas que los difuntos.

—Eso fué antes de ayer y ayer, y es hoy y será mañana para todos; pero la tia Zampoña tiene privilegio de su querendon el diablo para entrar en el infierno sin haber muerto; y cuenta unas cosas la tia Zampoña de los palacios de Satanás, que meten miedo: ya ve vuestra señoría, como que estos palacios tienen unas columnas y unas bóvedas que se pierden de vista de altas, y en vez de estar hechas de piedra, están fabricadas con cuerpos de condenados que gritan y aullan y rabian todos á la par, devorados por el fuego que llena aquellos palacios: mire vuestra señoría, que de solo pensarlo se le ponen á una las carnes como cerro de jabalí mal herido.

Rodrigo Vazquez se estremeció.

Habia algo de horriblemente pavoroso en la descripcion de aquellos palacios, construidos con cuerpos humanos y llenos por un volcan.

Ya hemos dicho que Rodrigo Vazquez, dominado por las preocupaciones de su tiempo, era supersticioso, por mas que no hubiese creido, que esto hubiera sido demasiado, en la entrada y en la salida franca de la tia Zampoña en el infierno por privilegio del diablo.

Pero recordar el infierno á Rodrigo Vazquez era lo mismo que recordar la soga en la casa del ahorcado.

Sobrepúsose sin embargo á los efectos de su supersticion, y dijo:

—¿Con que verdaderamente no sabes tú por dónde anda la tia Zampoña?

—Años hace que no la veo ni la han visto nuestras amigas, contestó la tia Gárgoles: debe andar por otras tierras, cansada de andar por esta católica España; porque hay que advertir que á ella le gustan mucho otras tierras protestantes, donde el diablo se despacha mas á su gusto.

—¿Y no vendria la tia Zampoña, si tú la conjuraras?

—¡Vaya si vendria! por el aire ó por las entrañas de la tierra; pero vuestra señoría se asustaria mucho, porque vendria entre truenos y relámpagos y en medio de una legion de demonios.

—No tan calvos que se nos vean los sesos, dijo impaciente Rodrigo Vazquez; que si bien creo yo como católico cristiano en brujas, en duendes, en trasgos, en vestiglos y en demonios, porque contra ellos tiene exorcismos nuestra Santa Madre Iglesia, y penas la

Inquisicion, no creo que tú tengas poder para conjurar á los malos espíritus, sean los que fueren, sino que te vales de estos embelecos para hacerte pagar mas el presentarme á la tia Zampoña.

Y si cree vuestra señoría que no tengo poder para ello, ¿para qué me ha preguntado si puedo conjurarla? A un niño no se le pregunta si puede levantar un tronco de encina. Esto es que vuestra señoría pensaba que no habia mas que conjurar de cualquier manera á la tia Zampoña, como si fuese una brujilla de diez al maravedí, y que la tia Zampoña se presentaria llamando á la puerta sin ruido y sin espanto; pero cuando vuestra señoría ha sabido que no puede venir sino con una cohorte de demonios, entre relámpagos y truenos y oliendo á azufre, le ha dado miedo á vuestra señoría, y por no confesarlo, me niega lo que puedo; ¡y vive mi abuela (y la vieja se levantó enérgicamente) que estoy por soltar el conjuro para que vuestra señoría vea, por lo que suceda en cuanto yo le suelte, si puedo ó no puedo!

—¡Te lo prohibo! esclamó Rodrigo Vazquez, temblando de los piés á la cabeza, porque le parecia que ya se abrian las negras maderas de la techumbre y entraba por ellas el infierno entero, y en medio de él, en un carro de fuego tirado por dragones alados que arrojaban llamas por ojos y boca, iba á aparecer la tia Zampoña.

—Pues diga vuestra señoría que no es capaz de ver lo que yo veo cuando quiero y con mucho gusto mio, porque el diablo es mi amigo y no me niega su poder, que, enhoramala, es tanto, que puedo resucitar á los muertos y matar á los vivos.

Rodrigo Vazquez empezaba á mirar con espanto á aquella especie de harpía, en la cual se reflejaba algo de infernal.

Guardó silencio durante algunos instantes, dominado por una influencia terrible.

La tia Gárgoles le magnetizaba, ó mejor dicho, le hacia mal de ojo.

—Y luego, ¿para qué quiere vuestra señoría á la Zampoña, dijo la tia Gárgoles, si ella no puede hacer ni mas ni menos que yo en el asunto que vuestra señoría trata? Déjese de aprensiones y de bobadas vuestra señoría, y vamos á lo que importa saber: los buenos regalos que vuestra señoría va á hacerme porque yo le gobierne y le componga á su gusto y necesidad la señora doña Juana Coello.

—No soy rico, dijo Rodrigo Vazquez, y por lo mismo quiero que me trates con blandura.

—Tan blanda voy á ser, dijo la tia Gárgoles, como que le voy á curar la muela sin que lo sienta; porque yo creo que vuestra señoría no será regaton ni mísero, y que se hará cargo de que de alguna manera hemos de buscarnos la vida los pobres: con veinticinco doblones de á ocho que vuestra señoría me dé, yo haré á placer de vuestra señoría lo que quiera.

—Pues por eso no quede, dijo Rodrigo Vazquez levantándose; que á mi casa me llevaré yo conmigo á tu compadre Trisurco y le entregaré esos dineros.

—Y dígame vuestra señoría: ¿en dónde pára la señora doña Juana Coello?

—Cosa es que no la sé yo; pero Trisurco es hombre que dará con ella en donde quiera que esté, que es el alguacil mas sabueso que he conocido, y él te lo dirá.

Tras estas palabras, Rodrigo Vazquez se levantó y salió, alumbrándole la vieja por el laberinto que habia que recorrer hasta llegar á la habitacion de Trisurco, que estaba sobre las armas, esto es, completamente vestido, ceñidas espada y daga y enganchados al talabarte dos pistoletes.

La tia Gárgoles se despidió, y Vazquez y Trisurco salieron á la calle.

CAPITULO XIII.

De cómo salió de Madrid desterrado Rodrigo Vazquez.

La noche se habia hecho ágria; es decir, fria, ventosa: llovia menudamente, con esa llovizna que es mas bien nieve cernida.

Rodrigo Vazquez tenia frio en el alma y en el cuerpo.

Trisurco pisaba fuerte, y de cuando en cuando daba tres ó cuatro enérgicas zapatetas para calentarse los piés, y se soplaba las manos, levantándose cuanto podia el embozo para taparse las narices.

Rodrigo Vazquez iba delante andando muy deprisa, espeluznado aún por lo que habia temido ver casa de la tia Gárgoles, asustado por el porvenir y martirizado por el presente.

Cuando se piensa mucho, se habla poco, y Rodrigo Vazquez pensaba tanto, que no decia una sola palabra.

Pero cuando hubieron atravesado el barranco de Segovia, por su parte alta, y tomado la callejuela que conduce á la plazuela del Cordon, Rodrigo Vazquez se detuvo junto á una esquina.

Eran por aquellos tiempos aquellos lugares de todo punto solitarios, y reinaba además tal oscuridad, y se habia puesto tan cruda la noche, que era punto menos que imposible que nadie viese al señor Rodrigo Vazquez de Arce parado en aquella esquina hablando mano á mano con el mayor de la que su ronda habia sido.

—¿Sabe vuestra señoría, dijo Trisurco, que es necesario estimar, querer y reverenciar mucho á vuestra señoría para dejar el lecho malo ó bueno, pero caliente, en una noche como esta?

—No parece sino que te me has hecho de pasta-flora, pícaro, contestó Rodrigo. ¿Con qué vergüenza se queja un alguacil como tú de lo malo de la noche, cuando en algunas te he llevado yo tras mí, que no parecia sino que habia llegado la fin del mundo? Estas son hojuelas y pan pintado, Trisurco.

—Dice bien vuestra señoría; pero desde que vuestra señoría anda distraido y no usa de su ronda como solia, á todos nosotros se nos han abierto los poros y se nos ha ablandado la carne.

—Comida la vea yo de perros, mal nacido, segun que te encuentro de cambiado.

—Pues mande vuestra señoría, que con las carnes blandas y todo ya verá vuestra señoría si le sirvo ó no le sirvo á contento suyo.

—Tú vas á ir, dijo Rodrigo, á mi casa, é informarte has de si hay peligro de que yo vuelva á ella, porque posible es que allí me espere gente enviada por el duque de Lerma para prenderme.

—Descuide vuestra señoría, que si gente de justicia hay en la casa, la oliscaré yo como el gato olisca al gato y el lobo al lobo.

—Pues sobre la marcha, dijo Rodrigo Vazquez; esperándote quedo en el átrio de San Miguel.

—Cinco minutos no tardo, señor, contestó Trisurco.

Y dando otras dos ó tres fuertes patadas, y soplándose de nuevo los dedos, tomó hácia la plazuela del Cordon, la atravesó, y se metió en la oscurísima calle del Sacramento.

Rodrigo Vazquez, en tanto, subió con lentitud la cuesta en direccion á la iglesia de San Miguel, y cuando llegó á ella, para resguardarse del viento y de la lluvia que arreciaba, se embebió en un profundo hueco, entre dos pilastras, sirviéndole de resguardo contra la lluvia la repisa de la estátua del Santo Arcángel, que hacia simetría con la estátua de San Justo, que estaba en el vano del otro lado.

Desde allí se veia un ángulo saliente, ó por mejor decir, podia verse, de la que habia sido casa ó palacio de Antonio Perez.

Por la calleja del costado que separaba la casa de la iglesia, pasaba encañonado y zumbando el viento.

Rodrigo Vazquez creia escuchar en los zumbidos, en los mugi-

dos, en los roncos silbos del viento, voces, maldiciones, carcajadas, imprecaciones; tal era el estado de su imaginacion.

La casa vecina le atraia.

En aquella casa habia ostentado todo el esplendor de su insolente fortuna Antonio Perez.

Allí habia vivido la mujer que era todavía el amor, la desesperacion y el miedo de Rodrigo Vazquez: doña Juana Coello.

En aquella casa habian tenido lugar una multitud de acontecimientos que se levantaban terribles y sombríos en la memoria de Rodrigo Vazquez.

Aquella casa, años antes tan animada, tan llena de servidores, tan respetada por todo el mundo, porque todo el mundo respeta la opulencia y el poder, que son una misma cosa, estaba cerrada, oscura, deshabitada.

Aquella casa pertenecia al Fisco.

Nadie habia querido comprarla por mas que la hubieran tasado muy baja, porque nadie habia querido comer de la carne de Antonio Perez, ni habitar en una casa que se creia llena, inficionada de la mala fortuna de Antonio Perez.

Sentia Rodrigo Vazquez ó creia sentir un aliento helado como él que podia suponerse emanado de una tumba, que él creia salia de los tragaluces de los sótanos de aquella casa, llenos para él de amenaza.

Tenia miedo.

Su conciencia, es decir, el resto de conciencia que le quedaba, se sublevaba; le decia de un modo severo que sin él no hubieran existido las inmensas desgracias que habian agobiado á la infeliz familia de Perez.

Su destierro, su desgracia, su irremediable caida le parecian, y así era verdad, un eco, una consecuencia de las desgracias de aquella infeliz familia.

La sombra de la infeliz doña Gregoria se levantaba implacable y amenazadora ante él.

Veia de una manera fantástica relucir, entre las densas tinieblas de aquella noche de invierno, los negros ojos de doña Juana fijos en sus ojos, dejándole ver una mirada sombria, terrible, de amenaza y de muerte.

El frio del alma y del cuerpo de Rodrigo Vazquez se iba aumentando, iba poniéndose en una de esas terribles situaciones en que

los malvados viven de una manera fantástica, sufriendo antes de morir las penas del infierno á que debe condenarles la justicia de Dios.

¿Y qué otra cosa es el infierno que la desesperacion de la conciencia y la rabia del vencimiento?

A punto estuvo Rodrigo Vazquez de huir sin saber adónde, dominado por su terror, cuando se oyeron los pasos de alguno que se acercaba.

Era Trisurco, segun se conoció, porque dijo con su voz ronca, vinosa y acanallada, si se nos permite esta frase:

—¿Dónde está vuestra señoría, que ni le veo ni le siento?

—Aquí, Trisurco, contestó Rodrigo Vazquez: ¿qué hay?

Se acercó Trisurco y le dijo en voz baja:

—Llegué, y nada ví, nada sentí en la calle; llamé, preguntaron, dí mi nombre, abrieron, pregunté por vuestra señoría, y me dijeron que no habia vuelto desde esta tarde que salió. Pregunté además si esperaba alguien á vuestra señoría, ó si alguien habia ido á buscarle, y me respondieron que nadie habia ido á buscar á vuestra señoría.

—¿Y no has notado si el criado que salió á abrirte, hablaba así porque así se lo habian ordenado que hablase, bajo severas penas? Que como yo he armado mas de una ratonera, temo que me la hayan armado á mí.

—Si algo tenia el criado era sueño, contestó Trisurco; y creáme vuestra señoría, que su casa está tan libre y tan franca como esta plazuela, por donde no pasa nadie.

—Ea, pues vamos allá, dijo Vazquez; bien creerán cuando me vean contigo que me has encontrado en la calle.

Y Vazquez echó á andar rápidamente hácia su casa, á la que llegó pronto, porque estaba muy cerca.

Entró, y se convenció de que ninguna medida estrema se habia tomado contra él.

—Pero señor, murmuró Rodrigo Vazquez; al que se le destierra se le señala un término para salir á su destierro, y á mí no se me ha señalado; y creer que se les ha olvidado esto, es lo mismo que creer que al hambriento se le olvida su hambre: algun golpe de mano se proyecta contra mí: y bien, no hay mas que tener paciencia y barajar; me han cogido entre la espada y la pared, y no hay remedio; pero Dios dirá.

Al concluir este razonamiento íntimo, entraba Rodrigo Vazquez en su despacho, precedido por un paje que llevaba en cada mano un candelero con una bujía encendida, y seguido por Trisurco.

El paje dejó las bujías sobre la mesa, y se fué.

Rodrigo Vazquez salió, cerró la puerta del ante-despacho, volvió á entrar, y cerró la del despacho.

De nadie podian ser oidos.

Trisurco se habia quitado reverentemente su ancho sombrero de ronda, se habia desembozado, y permanecia de pié en medio del despacho.

La voluminosa empuñadura de farol de su larga y ancha espada se dejaba ver libremente, con sus retorcidos gavilanes y su color prieto, ó empavonado, como mejor queramos.

Rodrigo se fué á una papelera, la abrió, tomó de un esportillo lleno de oro un puñado, contó las monedas, y resultaron treinta doblones de á ocho.

—Toma, dijo Rodrigo Vazquez á Trisurco, que abrió tanto ojo; de esos treinta doblones, los veinticinco son para la tia Gárgoles, y los restantes para tí.

—Viva mil años vuestra señoría y que todo le venga á medida de su deseo, dijo Trisurco, empozando en uno de los profundos bolsillos de sus gregüescos los treinta doblones, y quedando en la actitud servicial de hacer todo aquello que se le mandase.

—Pero la tia Gárgoles, dijo Vazquez, necesita saber dónde mora en esta córte doña Juana Coello, mujer del señor Antonio Perez.

—Viuda querreis decir, contestó el servil Trisurco; porque segun está á lo que dicen, el señor Antonio Perez, hay que contarle por muerto.

—No tanto como parece, contestó Rodrigo Vazquez.

—Pero dígame vuestra señoría, repuso Trisurco: ¿cómo ha de estar doña Juana Coello en la córte, y no en el castillo de Alaejos, donde por el rey nuestro señor la tiene en prisiones vuestra señoría?

—Al dejar de ser yo juez, ha dejado de estar presa doña Juana Coello. En Madrid está, no tengo duda; pero se ignora el lugar donde se encuentra: es por lo tanto necesario que tú lo averigües.

—Mire vuestra señoría, que bien lo sabe, lo dificultoso que es encontrar á una persona en Madrid, general escondite y refugio de todos los perseguidos por la justicia, y de los que sin serlo se hacen

noche por conveniencia, porque como aquí viene tanto forastero y tanto estranjero y hay tanta gente, entre los unos se barajan los otros, y el diablo que dé con ellos.

—No has sido tú de los mas lerdos, Trisurco, que buenas y difíciles presas has hecho.

—Es verdad; pero cuando vuestra señoría, importándole, no sabe dónde se esconde doña Juana Coello, es porque doña Juana está bien escondida.

—Tal vez no se esconde, dijo Vazquez; esto me ha cogido de relance; voy á darte un indicio: pregunta mañana casa del duque de Lerma al criado que encuentres mas á propósito y mas en disposicion de informarte, si estuvo casa de su señor doña Juana Coello, y con quién fué y con quién se tornó, que puede ser que por el hilo saquemos el ovillo.

—Y dígame vuestra señoría: ¿no podrá suceder sea necesario pagar bien á ese criado para que diga lo que sepa?

—Por eso no quede, contestó Rodrigo Vazquez.

Y volvió á la papelera, tomó otros diez doblones y los entregó á Trisurco.

—Vuestra señoría será servido, y pronto, dijo el alguacil.

—Podrá suceder, añadió Vazquez, que salga muy pronto, acaso esta misma noche para mi destierro; se sabrá en todo Madrid que yo he sido desterrado; esto no te importe, porque desde cualquier parte que salga el oro de mis manos, puede llegar á las tuyas.

—Mas que todo eso, dijo Trisurco, es la grande ley que yo tengo á vuestra señoría. Con que vuestra señoría quede tranquilo, que venga lo que viniere, yo le he de servir.

—Pues bien, véte y empieza á servirme desde el momento.

Trisurco salió despues de haber protestado su fidelidad una y mil veces á Rodrigo Vazquez.

Este, que sabia demasiado que no tenia un momento seguro, puso en un pequeño cofre para llevárselo consigo todo el dinero y las alhajas que poseia, que montaban á una cantidad razonable, bastante para asegurar su subsistencia cómoda durante muchos años, mas sin duda que los que le quedaban de vida, porque estaba ya viejo, y á mas de viejo enfermo.

Despues, de aquella misma papelera de donde habia sacado el dinero, tomó un legajo, y examinó de una manera sombría uno tras otro papel.

Eran cartas autógrafas de Felipe II, y minutas de otras escritas por él al rey, relativo todo al proceso de Perez: las puso sobre el brasero, las prendió fuego con una bujía, y despues revolvió las brasas, perdiendo entre ellas las cenizas para que nadie pudiese reparar en pavesas de papeles.

Hecho esto, salió de su despacho, se metió en su dormitorio y empezó á desnudarse.

Pero aún no bien se habia quitado la ropilla, cuando se oyeron fuertes golpes á la puerta de la casa: golpes irreverentes, como de quien no tenia nada que respetar.

—Ya están ahí, dijo Vazquez volviendo á ponerse la ropilla, encajándose la loba y ciñéndose la espada.

A poco llamaron con precipitacion á la puerta del dormitorio, aunque con respeto.

Vazquez abrió; era su mayordomo, que le dijo apresurado:

—Ahí está el señor alcalde de Casa y Córte Ruy Dávalos, que viene con gran golpe de alguaciles de á pié y de á caballo, y con un coche de camino, y tienen rodeada la manzana.

—Inútil rodeo, dijo Rodrigo Vazquez, porque no pienso escapar. Lleva á la cámara al señor Ruy Dávalos, que quiero recibir como se debe á tan hidalga persona. Que lleven al momento luces.

Y Rodrigo Vazquez se encaminó por una puerta de servicio á su cámara de recibir, que estaba á oscuras, y que se iluminó poco despues con dos bujías que entró un criado.

No tardó en presentarse con gran mesura, aunque con severidad al mismo tiempo, enhiesta la vara en la derecha y el birrete negro en la izquierda, el señor alcalde de Casa y Córte Ruy Dávalos.

—Pésame en el alma, señor Rodrigo Vazquez, dijo, de la comision que traigo; pero el rey lo manda, y es fuerza que obedezca.

—Ahorraos de disculpas, señor Ruy Dávalos, dijo sin poder disimular la acritud en que le colocaba su situacion Rodrigo Vazquez, que ya sé yo bien que vos me estimais; y por lo demás, esperando me veis el mensaje con que venís y que ya preveia.

—En efecto, amigo mio, dijo Ruy Dávalos; órden traigo de entregaros á los que os han de conducir al lugar que elijais fuera de un radio de veinte leguas de la córte.

—Elijo Arévalo, dijo Rodrigo Vazquez.

—Haceis bien, que es buena villa, observó Ruy Dávalos.

—Y en ella tengo algo qué, añadió Rodrigo Vazquez. Y decidme, señor Ruy Dávalos: ¿se me permite llevar conmigo lo mio?

—Sí señor.

—Dios se lo pague al escelentísimo duque de Lerma, dijo con sarcasno Vazquez, y aprended de mí, señor Ruy Dávalos, lo que son las corcovas de la fortuna, que á los que ayer tenia encumbrados con envidia de todo el mundo, le derriban en lugar tan bajo, que de él sienten lástima los mas miserables.

—Pero no todo el que cae, dijo Ruy Dávalos, se queda en el sitio del golpe, y yo tengo para mí que este no es mas que un accidente pasajero, del cual os levantareis con mas fuerza.

—Lo que yo os sé decir, contestó Vazquez, es que si conforme pueden desterrarme pudieran quitarme la vida, no pasaria mucho tiempo sin que me diesen muerte afrentosa, aunque no merecida, en la pública plaza, que enemigos mios son los que hoy gobiernan estos reinos, y me temen mas de lo que yo quisiera, que si supieran ellos que yo me he retirado ya de los negocios públicos ansioso de descanso, á fé á fé que en mi casa me dejaran tranquilo y escusaran el escándalo de que las gentes viesen á un ministro perseguido por el delito de haber servido bien y fielmente á su señor natural: y dígole á vuestra merced que este escándalo es tal, como que no habiendo yo hecho otra cosa que lo que me mandó el difunto rey don Felipe, de gloriosa memoria, á ese gran rey es á quien se destierra en representacion al desterrarme á mí: por lo tanto, si algo me pesa en este destierro, es la injuria que se hace con él, al rey mas grande que han visto los nacidos ni verán los que nacieren: atentados son estos de favoritos audaces, de que no culpo al rey mi señor, y lo que yo quisiera seria que no se detuviesen, y que levantando tanto á Antonio Perez como á mí me humillan, le trajesen de su destierro, que antes de que pasase mucho tiempo, ya se lo haria pagar á Lerma Perez con las setenas. Pero como esas órdenes deben ser rigurosas, señor Ruy Dávalos, no quiero entreteneros mas, y os pido licencia para que me dejeis comunicar algunas órdenes á mis criados.

—Tan disparado no vengo, dijo Ruy Dávalos, que no se os haya de dar respiro entre la intimacion de la sentencia y el cumplimiento, aunque sí traigo órden de no partirme de vos sino cuando os hayais puesto en camino con buen resguardo. Todo se reducirá á que yo esté en la casa algun mas tiempo.

—Pues el temor de causaros molestia me aqueja mas que el respeto de enojar al señor duque de Lerma.

Y sobre la marcha, llamando á sus criados Vazquez, les mandó pusiesen en la zaga del coche que habia de conducirle á Arévalo, su equipaje, lo antes posible, y que dentro del coche pusiesen un cofre que encima de la mesa de su despacho encontrarian.

—¿Y no teneis órden de ocupar mis papeles? dijo Vazquez.

—No señor, contestó Ruy Dávalos; á lo que veo no se pretende otra cosa que apartaros de la córte.

—Pues apartado me hubiera yo de ella sin que me lo dijesen, despues de haber sido deshonorado injustamente de cuantos honores, preeminencias y dignidades he alcanzado por mis buenos oficios al rey nuestro señor, que quien sirvió á su padre, á él le hubiera servido, porque no quiero decir aquello de que los reyes no tienen ni hijos ni padres ni hermanos ni amigos, que yo no puedo decir eso; si el rey don Felipe el Segundo viviera, á fé á fé que no me veria yo en la desgracia en que me hallo, ni libres, personas que por su deslealtad y atrevimiento debieran morir en la prision y en el destierro.

—¿Quién sabe, quién sabe lo que el rey piensa? dijo Ruy Dávalos. La verdad es que, segun dicen los que de esta cosa se ocupan, entre el señor rey don Felipe II y Antonio Perez habia mas de odio particular que de traiciones, por mas que de traidor haya acusado aquel señor rey á Antonio Perez, y este al rey en sus Relaciones de injusticia, de malevolencia y tiranía.

—Dios sabe lo que hay en esto, dijo Rodrigo Vazquez, y en ÉL confio, que un dia le llegará á Lerma, en que, fatigado por la desgracia, se acuerde de las desgracias que ha causado.

Y así siguieron hablando amigablemente Vazquez y Ruy Dávalos, quejándose el uno y consolando el otro hasta la una de la noche, en que habiéndose puesto ya el equipaje de Vazquez en el coche de camino y habiendo Vazquez encomendado la guarda de su casa á su mayordomo, se metió con su ayuda de cámara en el coche, acompañándole el alcalde de Casa y Córte, que llevaba órden para que abriesen la puerta de la Vega.

Una vez franca esta, Ruy Dávalos se despidió de Vazquez, y este, con su ayuda de cámara y escoltado por seis alguaciles á caballo, siguió la marcha hácia el lugar de su destierro.

CAPITULO XIV.

De cómo el que caza puede ser cazado.

Trisurco se fué á buscar la taberna mas próxima á la casa del duque de Lerma: pero esto al dia siguiente, porque cuando salió de casa de Rodrigo Vazquez, hacia ya mucho tiempo que, con arreglo á las Ordenanzas, estaban cerradas las tabernas.

Sabia bien Trisurco lo que se hacia.

Las grandes casas tienen en la servidumbre una multitud de gente menuda que va á comer y á beber á la taberna mas inmediata.

Trisurco, que era un buen mozo, aunque alguacil, se entró en la taberna, se sentó en un rincon como quien se pone en acecho, pidió un plato de uña de vaca con cebolla, un cuartillo de vino y un pimiento picante, y se puso á almorzar tranquilamente.

Su presencia en la taberna ahuyentó á cierta gente maleante que no gusta mucho de la proximidad de la gente de justicia, y Trisurco no disimulaba que era alguacil, y alguacil de cámara, esto es, de los de primer rango, porque tenia puesta sobre la mesa y á la vista de todo el mundo su vara negra con los estremos de plata.

Pero como Trisurco no iba á prender allí á nadie, le importó muy poco de esto; y por otra parte, como los lacayos, pinches y marmitones del duque de Lerma no tenian por qué temer á la justicia, no se inquietaron los que allí estaban porque entrase nuestro corchete, ni dejaron de entrar los que no estaban cuando llegó él.

Por algun tiempo nada entró que contentase á Trisurco.

Era toda gente demasiado menuda.

Pero al cabo de media hora entró un galan como de veinticuatro años, con gorra de grana tomada de oro, capotillo fino de paño negro de Segovia, calzas enteras de lana azul, de punto muy fino, coleto y botas de gamuza, espada de empuñadura brillante, y espuelas no menos acicaradas.

No reparó mucho en él Trisurco, porque le pareció que aquel mozo, por sus trazas, no era criado, sino algun hidalgo pobre, que para poder vestir á lo galan, costeaba el traje desatendiendo el estómago, y buscaba, para cubrir su miseria, una taberna tan á trasmano como aquella, que estaba en un recodo de la callejuela de San Nicolás.

Estrecha es esta ahora y algo torcida, pero entonces era doblemente torcida y doblemente estrecha.

El buen mozo se acercó al mostrador, donde habia una buena rapaza como de quince años, hija de la tabernera, y la dijo:

—A ver, Teresilla, cómo me muestras la buena voluntad que dices que me tienes, sirviéndome un razonable plato de manos de carnero guarnecidas con morcilla y salteado todo con tomate, y que sea pronto, porque acabo de venir á mata-caballo de Alcalá, adonde me ha enviado con un pliego el duque mi señor, y he hecho un hambre por el camino, que si te detienes en servirme te me almuerzo.

—No haga tal cosa el señor Gregorio, que para que viva muchos años me ha criado á mí Dios, contestó la muchacha; y no sé cómo puede almorzarme y dejarme viva.

—Eso ya se veria, muchacha; pero aligera, que de hambre me dan vahidos.

Y se sentó en una mesa que estaba junto á la que ocupaba Trisurco.

Y como el que tiene buena traza es bien criado, porque la buena crianza es madre de la buena traza, al sentarse, saludó cortésmente al alguacil Trisurco, que era hombre tambien muy bien trazado, aunque algo á la picaresca.

—¿Es vuestra merced servido? dijo Trisurco aprovechando la ocasion porque habia oido lo de duque, y ofreciendo un vaso lleno de vino al correo, que tal era el oficio del mozo.

—Viniendo de tan buena mano, por qué no, dijo este.

Y se inclinó, alargó el brazo, tomó el vaso y le apuró.

—Vos sois cosa de justicia, dijo devolviendo el vaso á Trisurco y entrando francamente con él en conversacion.

—Sí por cierto, señor mio, dijo Trisurco; soy para serviros, alguacil de cámara, de los de la Sala de señores alcaldes de Casa y Córte.

—Por muchos años sea, contestó el señor Gregorio.

—Y vos, por lo que os he oido decir, añadió Trisurco, sois correo de un duque.

—Sí señor; soy para serviros en lo que hubiere menester, tercer correo del escelentísimo duque de Lerma.

—Gran señor; en buena casa estais, dijo Trisurco, y alégrome de haber topado con vos tan sin esperarlo.

—Huélgome yo, dijo el señor Gregorio, de que os alegreis de haber topado conmigo, porque esto me hace presumir que podré tener el contento de serviros.

—Pues sí que podeis servirme, y de mucho; y siendo esto así, os convido á almorzar en otra parte mas honesta y con mas hidalgas viandas, que á fé á fé que estas uñas estaban tan saladas, que he comido poco de ellas, y no me vendria mal algo de cabrito salpimentado, ó algun par de palominos, ó en cambio medio capon.

Alzóse al oir esto el señor Gregorio, como quien agarra por los cabellos una ocasion inesperada de sacar la tripa del mal año, y dijo á punto que Teresilla aparecia con una media fuente barreña llena por un guisote.

—Amiga mia, vuelve eso á la tartera, que me he acordado esperando, de que tengo que hacer una cosa que no admite dilacion.

Y sin decir mas palabra, salió de la taberna y se fué á esperar en la esquina próxima, sobre la calle de la Almudena, á que apareciese el alguacil Trisurco.

—¿Y quién me paga á mí esto? dijo Teresilla; porque morcilla con tomate ó manos con tomate, cada cosa de por sí, las piden á cada punto; pero puede ser que en tres dias no venga un cristiano que las quiera revueltas.

—No hay que apurarse por ello, que yo pago, dijo Trisurco.

Y en efecto, pagó á mas de lo que importaba su almuerzo lo que importaba la nausebunda mezcolanza que tenia en sus manos la muchacha, y se fué adonde el señor Gregorio le esperaba impaciente, porque se le habia avivado el apetito con la perspectiva de un buen almuerzo.



Amiga mia, vuelve eso á la tartera.

—Válgame Dios, dijo al llegar á él Trisurco, que no sabia yo que me esperaba un tan buen conocimiento.

—Ni yo podia presumir, dijo el señor Gregorio tirando hácia la puerta de Guadalajara, hácia la cual habia enderezado sus pasos Trisurco, que habia yo de hacer tan sin esperarlo un tan buen conocimiento como el vuestro.

—¡Bah! yo soy muy aficionado á los gentileshombres.

—No tan alto, señor mio.

—De manera que si no sois un gentilhombre, sois un hombre gentil, y váyase lo uno por lo otro.

—De hidalga familia vengo, y pañales hidalgos me envolvieron.

—Bien se echa de ver en vuestro comedimiento y en vuestra cortesanía; pero ved que nos encontramos á la puerta de la hostería de la Bella Flora, que nos está convidando á que entremos.

—Como gusteis, dijo el señor Gregorio, entrándose por la hostería detrás de Trisurco.

Este pidió un cuarto aparte, y le llevaron con el señor Gregorio á uno pequeño, situado en el piso bajo.

El señor Gregorio estaba todo curioso.

Trisurco, que cuando podia comia bien, y era entonces poseedor de quince doblones, suma con la que jamás se habia visto junto, pidió un almuerzo como para dos príncipes: porque la hostería de la Bella Flora era una de las principales de Madrid, y donde se comia admirablemente.

Porque hay que advertir que en aquellos tiempos se comia muy bien en España; que lo diga si no el libro de cocina de Francisco Martinez Montiño, cocinero mayor de su majestad el señor rey don Felipe III.

—Os he traido aquí, dijo Trisurco al jóven correo en cuanto se hubo quedado solo con él, porque os necesito en gran manera.

—¿Y para qué en tan gran manera me necesitais? dijo con grande estrañeza, aunque sin recelo el jóven.

—Para que me averigüeis en la casa de vuestro amo una cosa que necesito saber.

—¿Y qué es ello? dijo ya con alguna reserva el correo.

—Mirad: ayer, no sé á qué hora, si al medio dia ó por la tarde, fué á ver á vuestro señor una dama muy principal, y cuyo nombre voy á deciros: doña Juana Coello, mujer del señor Antonio Perez.

—¡Ah, pardiez! esclamó el señor Gregorio; la dama mas hermosa

que yo he visto, aunque ya de bastante edad; y debe ser muy rica: ¡qué boato, señor mio! ¡que sillas de manos, doradas, y qué lacayos!

—¿Sillas de manos? si dijérais silla, lo entenderia; pero ya, ya entiendo, la acompañarian doncellas.

—¡Y vaya si la acompañaban! pero no doncellas de servicio, sino dos jóvenes señoras hermosísimas, que debian ser hijas de doña Juana, porque se la parecen mucho; iban, además, dos jóvenes señores, y además, á pié, acompañándolos, dos caballeros, el uno de edad, y el otro jóven, y el jóven debia ser hijo tambien de doña Juana, porque iba de luto riguroso, así como las otras dos damas y los otros dos jóvenes y su madre.

—¿Y cómo supísteis vos que esa señora que vísteis con su familia, se llamaba doña Juana Coello?

—Porque así nos lo dijo á los que estábamos en el zaguan el señor Pedro Pando Perea, maestresala del señor duque, que ha conocido mucho en otros tiempos á la señora doña Juana, y que estaba en el zaguan cuando esta señora entró con su familia. Y por cierto que esta señora debe haber venido recientemente á Madrid, porque pára en una hostería.

—¿Y cómo sabeis vos eso?

—Porque los lacayos del duque mi señor, que estaban en el zaguan, trabaron conversacion con los lacayos de gran librea que habian venido con las sillas, y estos dijeron que la doña Juana no era su señora, que ellos iban prestados, y que habian traido á aquella señora de la hostería de Grijalba.

Alegróse Trisurco cuando vió que á tan poca costa habia averiguado lo que deseaba, y dejando de hablar de doña Juana, entretuvo durante el almuerzo, que abrevió cuanto pudo con generalidades al correo, y acabado que hubo, y despues que hubo pagado tres reales de á ocho por lo comido, se salió del aposentillo donde estaba con el señor Gregorio, y en llegando á la puerta de la hostería, se despidió del correo del duque de Lerma, con promesa de que se volverian á ver, y tomó hácia la Puerta del Sol á buen paso, sin reparar en que le seguia un jóven caballero que habia salido tras ellos de la hostería.

Este caballero era no menos que nuestro antiguo conocido don José Perez y Coello, que habia vuelto de Flandes hecho cuartelmaestre, segun lo mostraba la banda roja con flecos de oro que, cruzando su pecho, se veia por la abertura de su capotillo.

De casualidades provienen grandes sucesos.

Don José habia vuelto á Madrid á acabar de restablecerse de una herida de bala de arcabuz que le habian dado en Flandes, y como habia levantado casa y no tenia á nadie en el mundo, habia ido á aposentarse á la hostería de la Bella Flora, una, como hemos dicho, de las mejores de Madrid, y muy concurrida de gente noble y de ricos pretendientes, porque estaba mas cerca que ninguna otra del alcázar.

Sin tomar descanso, y apenas habia echado pié á tierra don José, se fué á la Audiencia de señores alcaldes de Casa y Córte con la intencion de encararse con Rodrigo Vazquez de Arce y preguntarle dónde paraba, es decir, en qué cárcel ó prision estaba secuestrada doña Juana Coello con su familia.

Don José carecia de noticias de aquella infortunada, porque Rodrigo Vazquez habia interceptado la correspondencia, y el jóven no habia recibido contestacion á las infinitas cartas que habia escrito.

Dijéronle que por un real decreto que se habia comunicado á la Sala, no solo no era ya alcalde de Casa y Córte Rodrigo Vazquez, sino que se le habian quitado todas sus preeminencias y oficios, y se le habia desterrado.

Preguntó entonces don José á qué alcalde habia pasado el proceso de doña Juana Coello, y se le contestó que el tal proceso se habia sobreseido de órden del rey, y hacia ya un mes que doña Juana habia sido puesta en libertad con sus hijos.

Preguntó don José por el paradero de aquella señora, y le contestaron que no se sabia, pero que se creia estuviese en Madrid.

Don José se volvió muy triste á su hostería de la Bella Flora, y encargó al mozo que le servia y asimismo al hostalero, le buscasen persona que pudiese averiguar el paradero de doña Juana Coello.

Prometiéronselo, y aquella mañana, á tiempo que don José almorzaba, se entró de rondon el hostalero en su cuarto, y le dijo: que habiendo entrado un alguacil con un jóven en su hostería, y habiendo pedido un cuarto aparte, le habia puesto en cuidado aquella circunstancia, no se tratase de alguna prision ó mal fecho de justicia, porque adonde hay alguaciles no puede haber cosa buena; habia escuchado pegándose á la cerrada puerta, y habia oido que aquellos dos hombres hablaban cabalmente de doña Juana Coello.

De aquí que don José siguiese al alguacil.

CAPITULO XV.

En que se continúa la materia del anterior.

Iba gentilmente Trisurco dando aire al compás de sus piernas y satisfechísimo de sí mismo, porque tan á poca costa y en tan poco tiempo habia dado con lo que buscaba, cuando se sintió tocar bruscamente por detrás de un hombro: se volvió colérico, y se le apagó la cólera en cuanto vió á don José, cuyo aspecto sereno y bravo era el mejor apaga-bríos de maton que podia darse.

—Seguid detrás de mí, dijo don José, con ese acento imperativo de ciertos hombres que no admite réplica.

Trisurco, que realmente no tenia por qué temer, y que se habia visto mandado como él necesitaba se le mandase para obedecer, siguió á nuestro jóven, que tomó por la plazuela de San Miguel hácia la Cava-Baja, y por Puerta de Moros y el campillo de San Francisco bajó al barranco de Segovia, y por la puerta de este mismo nombre se dirigió hácia el puente cercano que igual nombre lleva.

Parecióle entonces á Trisurco que aquello rayaba ya en aventura, y poniéndose en cuidado, dijo á don José:

—Perdóneme vuestra merced, caballero; pero como vuestra merced ve, yo soy alguacil, y las obligaciones de mi oficio no me permiten alejarme mucho ni por mucho tiempo de la villa.

—Seguid, vive Dios, que os importa y me importa, dijo don José.

Y lo dijo de tal modo, que Trisurco, sin responder ni una palabra mas, le siguió.

Pasado el puente de Segovia, dejando don José la carretera de Estremadura al frente, y la de Castilla á la derecha, se entró por la izquierda en una espesa alameda que se estendia por aquella parte, á la orilla del rio, no sin grande inquietud de Trisurco, que no sabia qué pensar, qué temer ó qué esperar.

Por último, cuando ya estuvieron en un sitio donde de nadie podian ser vistos ni oidos, don José se volvió y dijo á Trisurco, que le miraba con esa atonía del que no sabe lo que de él se quiere en una aventura que parece grave.

—¿Qué tienes tú que ver con la señora doña Juana Coello?

A Trisurco le cogió esto tan de improviso, tan no lo esperaba, que abrió mucho los ojos y la boca y no contestó.

Don José tiró de la espada, y con una actitud que por sí misma imponia miedo por lo amenazadora y lo resuelta, dijo á Trisurco:

—Si no me respondes lisa y llanamente á lo que te he preguntado, te rajo desde la cabeza hasta los piés.

Entróle á Trisurco un tal pavor, que volvió la espalda para intentar la fuga.

Pero en mal hora lo hizo; porque le alcanzó un cintarazo tal, que saludó profundamente, aunque sin voluntad, á los árboles fronteros á él.

Pero era bravo, y el cintarazo le curó del pavor.

Se volvió feroz, desenvainó la espada, y se fué con una estocada contra don José.

Este la paró con suma facilidad, y dió otro cintarazo de revés en la derecha de la cabeza á Trisurco, de cuyo terrible golpe vaciló y estuvo á punto de caer.

—¿Para qué buscas á doña Juana Coello? dijo don José.

Apenas repuesto de su aturdimiento Trisurco, se fué á don José con otra estocada.

A la violenta parada del jóven, la espada saltó de la mano de Trisurco.

—O hablas, dijo don José, ó á cintarazos te adobo hasta que te haga echar la mala alma que tienes por la boca.

Tales muestras de fuerza y de destreza habia dado don José á Trisurco, que este capituló.

—Busco á esa señora, dijo, cumpliendo con un encargo que me ha hecho una persona á quien no puedo negar nada.

—¿El nombre de esa persona?

—No, contestó resueltamente Trisurco.

—No me obligues á que maltrate á un hombre que no puede defenderse de mí, dijo don José, con un acento tal, que Trisurco amplió su capitulacion.

El castigo empezaba á domesticar al lobo.

—El señor Rodrigo Vazquez de Arce, que era ayer todavía mi alcalde, dijo Trisurco.

—Me parece, no sé por qué, dijo don José, que tienes mucho mas que decirme.

—No; he dicho todo lo que sabia.

—Tienes cara de asesino, observó don José; á tí te han dado un mal encargo contra doña Juana.

—No.

Marcó con tal furia una estocada don José á Trisurco, que este, dándose por muerto, cerró los ojos y se encomendó á Dios.

Pero don José no le hirió, se arrojó sobre él, le arrolló fácilmente á causa de su aturdimiento, le tiró por tierra y le puso una rodilla sobre el pecho.

—¡Por el amor de Dios, señor! dijo Trisurco; ¡que no puedo respirar! ¡que me apretais horrorosamente! ¡que me sofocais!

—Habla, repitió con acento ronco don José.

—¡Hablaré! ¡hablaré! dijo casi sofocado Trisurco.

Don José se levantó, y dió la mano para que se levantase al alguacil.

—¡Ah, poder de Dios, que sois una fiera, señor capitan! dijo Trisurco; y bien podeis alabaros de haber hecho una miseria de mí, que creí que no habia nacido el hombre que contra mí pudiese; dejadme, dejadme respirar, señor, que estoy medio muerto y creo que voy á echar toda la sangre que tengo por la boca.

Y Trisurco tosia de una manera grave.

Don José le dejó alentar durante algunos segundos.

Pero estaba impaciente.

—¿Por qué y para qué busca Rodrigo Vazquez á doña Juana? dijo.

—Porque la ama, contestó Trisurco.

—Bien puede ser que la ame, dijo don José, porque ella ha na-

cido para enamorar á todo el mundo, hasta á las fieras; pero no de enamorado la busca Vazquez, si no de infame. El rey ha tenido compasion de ella y de sus hijos y la ha soltado de prisiones; Vazquez no quiere que se le escape su víctima, y quiere reducirla á otra prision de que no pueda el rey libertarla, sino Dios, repitiendo la resurreccion de Lázaro.

Dijo con tal energía y con tal seguridad, aunque á bulto, estas palabras don José, que Trisurco, creyendo que lo sabia todo, esclamó:

—La tia Gárgoles es una bribona, y será necesario retorcerla el pescuezo como á un gorrion.

—¿Quién es esa tia Gárgoles, dijo don José.

—Una bruja, contestó Trisurco; una mala mujer, una embaucadora, una zurcidora de voluntades, una máquina del demonio, que vive en la misma casa donde yo vivo.

—¿Y qué tiene que ver esa mujer con doña Juana Coello?

—Esa mujer tiene que ver con doña Juana Coello y con todo el mundo, si la paga bien el que la necesita.

—¿De modo que esa tia Gárgoles ha recibido dinero de Vazquez para hechizar á doña Juana Coello?

—Yo no sé decir á vuesa merced para qué ha recibido dinero, si lo ha recibido la tia Gárgoles, si para hechizar á doña Juana ó para otra cosa; aunque bien creo que no sea para matarla, porque, ¿qué interés puede tener el señor Rodrigo Vazquez en matar á esa señora, pudiendo hechizarla, atraerla á su voluntad y hacer de ella lo que mejor le plazca?

—¡Miserable! esclamó don José.

Trisurco habia dicho, como se supone, lo que adivinaba; porque ya sabemos que Trisurco no sabia á qué se habia comprometido la tia Gárgoles con Rodrigo Vazquez.

Cierto es que por curiosidad, y aun por conveniencia, cuando salió del desvan la tia Gárgoles, volvió á subir poco despues las escaleras de puntillas, y se puso á escuchar para informarse de lo que ocurria y saber á qué atenerse.

Pero la tia Gargoles hablaba tan bajo, que Trisurco no pudo entender ni una sola palabra.

—Necesito ver á esa hechicera, dijo don José.

—Por eso no quede, señor mio; pero le advierto que con la tia Gárgoles no valdrán á vuesa merced violencias; porque basta con

que la tia Gárgoles quiera, para que os hechice y os deje encantado en un agujero de su desvan.

—¡Supersticion siempre! De desear seria que todos los españoles saliesen por esos mundos de Dios, que viesen gentes, que tratasen cosas, que se convenciesen de cuanto hay de falso y de ridículo en el mundo, notando en otros las ridiculeces que ellos no tienen, y midiendo por las ajenas las ridiculeces propias.

Esta era la verdad.

Don José, sin dejar de ser católico, se habia hecho un tanto protestante.

Trisurco tenia tal respeto, ó mejor dicho, habia contraido tal miedo por don José, por lo que con él le habia acontecido, que no se negó.

—Eso es harina de otro costal, dijo don José, viendo que Trisurco se prestaba á servirle; te he obligado á hablar á cintarazos y de mala manera para tí, pero ahora que me sirves, no quiero que me encuentres peor amo que el tal bribon de Rodrigo Vazquez. Por mucho que él te haya regalado, nada será en comparacion de lo que te regale yo; y para que hagas boca, toma.

Y sacó un repleto bolsillo de malla de seda y plata con boquilla de oro, y lo dió al tremendo alguacil.

Este se turbó mucho mas por el peso del bolsillo, que lo que se habia turbado y lastimado del peso de los terribles cintarazos de don José.

—Recoge tu espada, le dijo este.

El maton la recogió, yendo por ella á veinte pasos de distancia.

Tan fuerte habia sido la parada que habia causado el desarme.

—Es maravilloso, dijo Trisurco; ha arrancado vuesa merced á mi espada una túrdiga de dos palmos, por el filo, que está aquí junto al puño enroscada como una viruta. Y cuenta, señor capitan, que esta espada es de Toledo, y de las del perrillo, que tienen el temple duro y suenan como una campana. ¡Válgame Dios, y qué puños y qué destreza!

Y envainó la espada, y siguiendo al lado de don José, que se habia puesto en marcha, continuó:

—Eso sin contar con que al algualcil Trisurco el Gafo, no ha habido todavía hombre que le meta, ¿qué es meter? ni que le marque tajo, revés ni estocada. Y lo tomo esto tan á pecho, señor

mio, que me vais á hacer la merced de venir á ser testigo de lo que yo haré, viniendo conmigo á la palestrilla del mejor maestro que empuña espada prieta, que es el que se pone desde las doce del dia á las cuatro de la tarde en la Tela, junto al puente de Segovia.

—Eso importa muy poco, y voy á decirte de una vez para siempre, que á destreza y corazon iguales, lo que Dios quiera. Pero con la misma destreza y mucho mas corazon, acontece lo que á tí te ha sucedido. Al espíritu de la esgrima se le cruza, Trisurco, si el espíritu de la esgrima no tiene la misma bravura que el diestro que enfrente de él se pone.

—Tiene vuesa merced razon; sí, vuesa merced es una fiera sanguinolenta.

—Sangrienta querrás decir, que no sanguinolenta, dijo don José; no trueques los adjetivos.

—Yo creí que lo mismo daba lo uno que lo otro; y sobre todo, que habiendo vuesa merced entendido lo que yo queria decir, bien dicho ha estado.

—Y dime, pícaro.....

—Muchas gracias, señor capitan.

—De pícaro, y de pícaro maleante, y merecedor de galeras, y forzado sueto, no te bajo.

—Vuesa merced me honra mucho.

—Vamos al negocio. ¿Dónde vive la ilustre, la buena, la desdichada doña Juana Coello?

—Mire vuesa merced que yo no tengo seguridad; porque puede haberme engañado el correo tercero del señor duque de Lerma.

—Correo tercero no es lo mismo que tercer correo, ¿entiendes? Correo tercero puede ser dueña embaucadora, y tercer correo puede ser, pues, un tercer correo de un duque.

—Pues eso último cabalmente, señor capitan; un buen mozo que sirve al señor duque de Lerma: y como decia, no me fio mucho de que el tal haya dicho verdad, porque no me fio de nadie.

—¿Y qué te ha dicho ese tercer correo?

—Pues, me ha dicho que doña Juana Coello vive en la hostería de Grijalba, calle de Alcalá, con sus hijos.

—Mira, de tí no me aparto hasta que saque en limpio que dices verdad.

—Yo no respondo de que no haya mentido el correo.

—Si ha mentido, es decir, si no encuentro á doña Juana Coello

en esa hostería, buscaremos al correo, y le haremos que la verdad vomite, pero muy deprisa.

—Mas deprisa podia yo andar antes de encontrar á vuesa merced: que tal me ha puesto de golpes, y tal me ha apretado vuesa merced las rodillas sobre el pecho, que ya es un milagro que ande ni poco ni mucho.

Y sin embargo, iban muy deprisa.

La impaciencia de don José le hacia creer que iban muy despacio.

Entraban á la sazon por la puerta de Segovia.

—Pues dentro de poco estaremos en casa de la bruja; porque ha de saber vuesa merced, que ella, así como yo, vivimos en lo hondo de la plazuela del Alamillo.

Don José apretó el paso, y Trisurco le siguió con fatiga porque estaba verdaderamente lastimado.

Al fin llegaron á la casa de vecindad.

Trisurco se metió por ella, y por un laberinto de callejones y escaleras condujo á don José al camaranchon de la tia Gárgoles.

Esta tardó en abrir.

A don José se le figuró que habia oido dos voces que alternaban en una conversacion muy viva dentro del desvan; dos voces viejas, cascadas, desapacibles, chillonas, insoportables.

Sin embargo, cuando entró no halló mas que una vieja.

—¡Ah! ¡Bendito sea Dios, y qué mozo tan lindo! dijo la tia Gárgoles al ver al capitan; ¡y que tiene traza de ser gallo de buena casta, de peleador hasta lo sumo! Siéntese vuesa merced, hijo mio, siéntese vuesa merced, que me parece que viene cansadillo. Y tú, Trisurco, vienes mústio y marchito. ¿Qué te ha sucedido, hijo? Apuesto á que á este señor le has dicho alguna mala razon y te la ha metido en el cuerpo de peor manera que tú hubieras querido.

—Madre Gárgoles, dijo Trisurco, que no queria se divulgase lo que le habia acontecido, porque esto hubiera sido lo propio que dar al traste con su prestigio de valiente: nada os importa lo que entre este caballero y yo haya pasado, que no ha tenido nada de deshonroso, como propiamente lo dirá este caballero: lo que á vos os importa saber es que este caballero paga de este modo á los que le sirven.

Y sacó el bolsillo que don José le habia dado, á lo que la tia Gárgoles abrió sus pequeños ojos, que de repente pareció que tenian un tamaño enorme.

¡Maravillas del poder del dinero!

—¿Y qué quiere el mancebo? dijo la tia Gárgoles.

—Lo que el mancebo quiere, contestó don José, es que vuesa maternidad le diga qué es lo que quiere con doña Juana Coello el señor Rodrigo Vazquez de Arce.

—¡Ah, señor mio, y qué pregunta tan imprevista que me hace vuesa merced! ¿Qué ha de querer el señor Rodrigo Vazquez de Arce con doña Juana Coello, sino quererla mucho?

—Pero como doña Juana Coello, replicó don José, no puede querer mas que muy malamente al señor Rodrigo Vazquez de Arce, porque este ha sido su verdugo, todo lo que el señor Rodrigo Vazquez intente contra doña Juana Coello, debe ser un mal hecho. Hablad, madre, lo que sepais; tomad, para que se os abran las ganas de hablar.

Y dió una sortija con un grueso diamante á la tia Gárgoles.

—Y tened en cuenta, que como os doy esta alhaja, puedo daros algo que, á pesar de vuestras hechicerías, no se os salga del cuerpo, sino envuelto en las hogueras de la Inquisicion.

Echóse á temblar la tia Gárgoles porque conocia que don José no era de aquellos á quienes se puede aterrorizar y contener.

—Déjeme vuesa merced un poco de respiro, señor caballero, dijo; y de verdad, de verdad, que me ha cogido en blanco, y como quien dice, el pulgar contra la puerta.

Y miraba la tia Gárgoles con inquietud á uno de los agujeros del desvan.

—Allí se esconde alguno, dijo para sí don José: aquí hablaban dos viejas á mi llegada, y cuando he entrado no habia mas que una.

Y volvió á preguntar con energía á la tia Gargoles.

—Pues señor, dijo la bruja; lo que el señor Rodrigo Vazquez quiere, es que yo hechice á doña Juana Coello para que se enamore de él.

—Y dime tú, enemiga del género humano, hija de satanás, embaucadora del infierno, ¿crees tú que hay poder sobre la tierra para hacer que una persona ame á otra cuando en vez de haber querido el cielo que la amase ha hecho que la aborreciese? ¿Qué brebajes ó que pócimas ibas tú á dar, mal nacida, á doña Juana Coello? Pero, ¿qué es lo que estoy diciendo? Rodrigo Vazquez de Arce sabe demasiado que solo Dios podria hacer que doña Juana Coe-

llo le amase, y Dios no puede quererlo: no puede quererlo, porque en lo que tú te has empeñado con Rodrigo Vazquez, ha sido en dar muerte á doña Juana Coello comprando la fidelidad de los que la sirven.

Y don José se puso de pié enérgicamente, desplomó una mirada terrible sobre la vieja, que se hizo atrás asustada, y volvió á mirar con inquietud al sitio donde habia mirado poco antes, que era un profundo agujero que comunicaba con la otra parte del desvan, y por la cual apenas cabia una persona.

—¿Quién se oculta ahí? dijo don José.

—Nadie, contestó la tia Gárgoles.

—Oid, abuela, observó Trisurco: os aconsejo que sirvais en lo que quierá al señor capitan, que mas provechoso os será servirle que engañarle; porque aunque pretendais engañarle no lo conseguireis, y tiene este señor capitan un genio, que os aseguro que vale mas ser su amigo que su enemigo.

—Nada me importa de los proyectos que contra doña Juana Coello tengais vos ó pueda tener otra persona, dijo don José, dirigiéndose á la tia Gárgoles, porque yo la defenderé; pero en justicia, quiero saber lo que se intenta contra esa señora.

—Ya decia yo, ya decia yo, dijo la tia Gárgoles: esta señora, que es tan hermosa, debe tener como todas su correspondiente galan.

—¿Qué estais diciendo, deslenguada, descreida? dijo don José: respetad honra que se ha acrisolado en el martirio, y no deis lugar á que yo haga con vos un escarmiento. ¿Qué os ha mandado que hagais contra esa señora Rodrigo Vazquez? Os ha encargado que la mateis, ¿no es cierto?

—Yo no he dicho eso, contestó turbada la vieja.

—En vuestra confusion conozco que no me he engañado. Pues bien, oid: si á doña Juana Coello le sobreviene el mas ligero dolor de cabeza, aunque vos no tengais la culpa de esto, en el momento en que un doctor diga que hay síntomas de gravedad, os busco; no os bastará esconderos en el centro de la tierra, porque os encontraré, y donde os encuentre os desuello viva, para que murais lentamente y pagueis con lo que sufrais el mal que hayais hecho.

—¡Jesus, señor, que vuesa merced conjura con mas fuerza que yo, y sin llamar al diablo! dijo la tia Gárgoles.

—Por el contrario, dijo don José; si me servís bien, yo soy inmensamente rico, y os haré rica.

—Pues no hay que dudar en la eleccion, señor, dijo la tia Gárgoles, mirando con cuidado al mismo agujero adonde habia mirado antes.

—Con que ¿lo entendeis? dijo don José.

—Sí, sí señor, lo entiendo.

—¿Y estais dispuesta á poneros en camino cuando yo os lo mande?

—¿Y para qué quiere vuesa merced que yo me ponga en camino con él? respondió la vieja.

—Para atestiguar delante del señor Rodrigo Vazquez de Arce, que os mandó matáseis á doña Juana Coello.

—¡Ah, señor! Yo no haré eso, porque el señor Rodrigo Vazquez de Arce me matará.

—No matan los muertos, dijo don José.

Y sin pronuciar una palabra mas, salió haciendo seña á Trisurco de que le siguiese.

Apenas habia salido el jóven, cuando del agujero, al que con tanta inquietud habia mirado la tia Gárgoles, salió otra vieja horrible, pequeña, encorvada, arrugada, una especie de espectro asqueroso, repugnante, horrible; en una palabra, doña Mencía de Santistéban, ó si queremos, la tia Zampoña, la madre y decana de todas las brujas de España; bien podemos decir, de todas las brujas del mundo.

—No puedo hacer nada, nada, dijo con irritacion; es mi nieto, mi nieto... él no lo sabe ni lo sabrá nunca; pero... y bien, es mejor, mucho mejor. Es un buen mozo, un valiente hombre: matará á Rodrigo Vazquez, le matará sin tocarle, porque le matará de pavor, y yo podré decirle: Infame, sacrificaste á la madre, y el nieto te mata. Dios lo ha querido en justicia, y Dios no duerme. ¡Ah! va á ser un dia inmenso. Y dice que quiere que le acompañes, Gárgoles, ¿no es verdad? Pues bien, sí, le acompañaremos las dos. Sí, sí; y oye: nada de venenos á doña Juana Coello: no, yo tampoco hubiese permitido que se le diese; sobre todo, ya te dije que fuese una cosa que pudiese tener cura, una cosa que bastase para que fuese á la horca Rodrigo Vazquez. Yo amo á doña Juana; ha sido madre de mi hija, de mi pobre hija. Vamos, vamos, no hay necesidad de hacer nada; esto se ha hecho porque así lo ha querido el destino. Me quedo á comer contigo, Gárgoles; pero dame de comer bien: ¡ah! no, no; yo enviaré á la Totovía por buena comida y

te convidaré; no quiero salir de aquí: mi nieto volverá, y si no vuelve, volverá Trisurco y nos dará noticias de él.

Y la tia Zampoña se puso á calentarse en el barreño, que servia de fogon á la tia Gárgoles.

Don José, acompañado, ó mejor dicho, seguido de Trisurco, se fué á la hostería de Grijalba en la calle de Alcalá.

Al llegar, preguntó á un criado:

—¿Vive aquí la señora doña Juana Coello, mujer del señor Antonio Perez?

—Sí señor, contestó el mozo; en la mejor habitacion de la hostería: número 1, en el primer corredor.

—¡Eh, pícaro! cuando un hombre de mis circunstancias, y que lleva, como yo, sobre el pecho un hábito, pregunta en una hostería por una persona, el preguntado se quita la gorra hasta los piés, y echa á andar delante para enseñar el camino, ó se espone á que le hagan andar de un puntapié.

—Perdone vuesa señoría, dijo todo corrido y todo asustado el mozo; que no lo habia yo dejado de hacer por tanto.

Y se quitó la gorra, y echó á andar tomando por las escaleras, luego por un corredor, y parándose al fin delante de una puerta, sobre la cual estaba pintado en la pared, no muy limpia, un número uno.

—No sé, dijo el mozo, si la señora querrá recibir; porque la verdad es que tiene visita.

—¿Y qué visita tiene esa señora? dijo don José. Sabed que es mi parienta, y que tengo derecho á informarme.

—Pues quien la visita es un señor muy noble y muy rico, con quien vino hace unos dias de Alaejos.

—¿Sabes quién es ese señor?

—Sí señor; es el corregidor de Alaejos, muy rico, y muy grave personaje, que pára tambien en la hostería, y no cesan de venir caballeros y aun damas en carrozas, y en sillas de manos á visitarle.

—Pues anunciad á doña Juana Coello, que un grandísimo amigo suyo que en Flandes estuvo, ha venido á visitarla, solo por servirla.

El mozo abrió la puerta, tras la cual apareció un pequeño recibimiento, entró en una sala, y á poco no fué el mozo quien volvió, sino que le antecedió doña Juana Coello, adelantando rápidamente.

Tras ella venia el corregidor de Alaejos.

Doña Juana habia adivinado que aquel amigo que venia de Flandes era don José Perez y Coello.

Al verle dió un grito de alegría, al mismo tiempo que el jóven se ponia pálido de emocion, y temblaba.

Doña Juana se arrojó á sus brazos y le besó en la boca.

—¡Ay, hijo mio! esclamó: ¿tú aquí?

—Sí, sí, madre mia; yo aquí, dijo don José, á quien habia estremecido el beso de doña Juana, porque por su corazon habia pasado rápido como un relámpago, violento como un rayo, aquel amor que en otro tiempo le habia inspirado doña Juana.

Pero el jóven se habia purificado; primero en la dignidad de aquella mártir; despues con los amores de doña Gregoria; por último, en su propio dolor.

Pasó, pues, aquel mal impulso de voluptuosidad, y besó en la frente á doña Juana.

Despues, esta le asió por la mano y le condujo á la sala.

Trisurco se quedó aguardando en el corredor.

El mozo habia desaparecido.

El corregidor de Alaejos habia seguido á la sala á doña Juana Coello y á don José.

—Este caballero, dijo doña Juana, es ese mismo hijo adoptivo de quien os he hablado tantas veces; mejor dicho, mi nieto don José Perez y Coello, de quien acababa de suplicaros que os informáseis, amigo mio.—¿Y qué tal te va, José? ¿Cómo has venido? ¿Por qué has abandonado la campaña? Eres capitan, ya lo veo, y dentro de poco serás cuartelmaestre, y luego general, y se lo deberás todo á tí mismo, porque todos los que te protegian han muerto, hijo mio, porque tú no puedes decir á cierta noble persona: «Yo soy vuestro sobrino;» no, no; pero dime, dime, José, ¿por qué has venido?

—Por vos, señora.

—¿Por mí?

—Sí, por vos, que sois lo único que me queda en el mundo de todo lo que he amado. Y oidme: si no he venido antes, es porque un soldado no puede sin deshonra dejar la campaña sin un grave motivo. Yo no lo tenia; pero afortunadamente en el asalto de Ostende recibí un arcabuzazo en el pecho, del que he estado á la muerte un mes, y otros dos meses mas, convaleciente.

Doña Juana se puso densamente pálida.

—He quedado fuerte para poder seguir la campaña, continuó

don José; pero me pesábais vos sobre el corazon, no tenia noticias vuestras, y sin embargo, os escribia contínuamente.

—¿Lo oís, señor corregidor? dijo doña Juana: me escribia. Sin embargo, yo no he recibido una sola carta suya, de mi hijo: porque yo le amo á la par que á mis hijos. ¡Ah! no sabeis cuánto esta noble criatura ha hecho por nosotros; no sabeis cuántas razones tengo para amarle y cuán agradecida le estoy.

Doña Juana, en su ánimo, se referia al decir estas últimas palabras á la infeliz doña Gregoria, á aquella pobre niña muerta de una enfermedad del corazon; asesinada villanamente por Rodrigo Vazquez.

Don José buscaba algo mas que doña Juana.

Sus ojos no estaban junto á ella, y don José, aunque sabia que doña Gregoria era su hermana, necesitaba verla: la amaba cuanto podia amar su corazon, por mas que aquel amor se hubiese mantenido en su primera pureza á causa de haber sabido don José que doña Gregoria era su hermana.

—¿Y vuestros hijos, señora, mis hermanos de adopcion? dijo don José.

Doña Juana se echó á temblar: habia llegado el momento de que don José supiese la muerte de doña Gregoria.

Doña Juana lo sabia todo: Rodrigo Vazquez de Arce se lo habia hecho conocer de una manera cruel.

Y además, doña Juana lo habia sabido de una manera terriblemente dolorosa de boca de su hija moribunda, que ignoraba que don José era su hermano.

—Mis hijos, contestó aturdida doña Juana, están buenos, gracias á Dios.

—¿Pero no están con vos, señora? dijo con ánsia don José; son mis hermanos; deseo verlos.

Doña Juana se cubrió de sudor frio.

Prevía lo que iba á suceder.

Abrió la puerta de su aposento, y dijo:

—Salid, hijos mios; aquí os espera un grande amigo nuestro.

Salieron las dos jóvenes y los dos niños.

No conocian á don José, no le habian visto nunca, á escepcion de la mayor de las jóvenes, y de Gonzalo, que no estaba allí.

El pobre jóven habia salido á esparcirse, á cobrarse algo de la falta de libertad en que habia estado durante nueve años.

Doña Juana estaba pálida como un cadáver.

El corregidor de Alaejos miraba aquello con vivísimo interés.

Se conocia la ansiedad en el semblante de don José.

—¿Y doña Gregoria? dijo: ¿dónde está doña Gregoria?

—Mirad, amigo mio, dijo tristemente doña Juana, que no sabia mentir; mirad el negro color que nos viste.

—¡Muerta! esclamó don José.

—Sí, muerta la desdichada por el rigor de su destino, contestó doña Juana.

—¡Ah! esclamó don José.

Y su esclamacion fué una especie de rugido; un rugido de venganza.

Y sus ojos rodaron en sus órbitas, tembló de una manera poderosa, y sin decir ni una palabra más, horrorizado, frenético, salió, desapareció, y se perdió antes de que pudiesen detenerle.

Lo habia comprendido todo.

Su imaginacion, al buscar al causador de la muerte de doña Gregoria, habia encontrado á Rodrigo Vazquez.

—Ella se ha creido abandonada por mí, habia pensado, y este dolor, esta miseria del alma la ha matado. Han debido ocultarla que era mi hermana. ¡Oh, si se lo hubieran dicho! si se lo hubieran dicho, tal vez la hubieran salvado: yo hubiera muerto tambien si ella me hubiese abandonado por otro, y no he muerto aunque me han dicho, me han probado que era mi hermana, que mi amor era imposible. ¡Oh, infame, infame!

Aún no habia salido á la calle don José, cuando habia acabado de formular este razonamiento.

Y se fué seguido de Trisurco á la hostería de la Bella Flora, donde tenia su posada.

Al entrar en ella el jóven, Trisurco no se detuvo.

Le siguió por la escalera hasta la puerta del cuarto que don José habitaba, y se metió tras él.

Vió que el jóven se quitaba su capotillo de córte y tomaba uno de camino, y le oyó decir á un criado que con él estaba:

—Pronto, Martinez, los caballos; yo haré entre tanto las maletas: vamos á salir al momento de Madrid.

—¿Y adónde va vuesa merced, señor capitan? dijo Trisurco.

—¿Adónde? Es verdad, no sé adónde y necesito saberlo. Es preciso que lo averigües al momento.

—¿Y qué he de averiguar? dijo Trisurco.

—El lugar adonde ha sido desterrado Rodrigo Vazquez de Arce.

—Por eso no quede, dijo Trisurco; dentro de diez minutos estoy aquí con la respuesta.

Y salió, y se fué á la calle del Sacramento, á casa de Rodrigo Vazquez de Arce.

Dió á un criado un real de á ocho, y mediante esta propina, supo que Vazquez habia partido la noche anterior, acompañado de un alguacil de Casa y Córte, y escoltado por alguaciles á caballo con destino á la villa de Arévalo.

Trisurco volvió, y dió esta noticia á don José.

Este dió á Trisurco un bolsillo mucho mayor que el que antes le habia dado, y Trisurco se fué muy contento.

Aquí termina el incidente de este alguacil de cámara, que no vuelve á aparecer en los datos de que nos servimos para relatar esta verídica historia.

Pero á juzgar por lo que era, debió acabar en galeras.

Don José montó á caballo, y á su lado Pelegrin, que era un veterano, licenciado de los tercios viejos de Flandes, y hombre de tanto valor, que es gran lástima no tengamos ocasion de presentarle por completo á nuestros lectores.

Los caballos eran frisones, fuertes, admirables.

Don José salió en posta por la puerta de Segovia hácia Castilla la Vieja, y sin descansar mas que seis horas llegó en veinte á Arévalo.

Si se hubiese detenido en la posada del pequeño lugar de Pozaldez, hubiese encontrado en él á Rodrigo Vazquez de Arce, que con su escolta de alguaciles á caballo, y como quien no tiene prisa de llegar á su destino, caminaba muy despacio.

Pero don José y Pelegrin pasaron por aquel pueblo, sin detenerse ni aun para beber, al galope.

En Arévalo, don José se presentó al corregidor, y le dijo:

—Señor mio, tengo un gravísimo interés en ver al señor Rodrigo Vazquez de Arce, que ha venido desterrado á esta villa, y os suplico me digais dónde tiene su posada.

El corregidor le respondió:

—Es la primera noticia que tengo de ese destierro. El señor por quien me preguntais no le conozco, aunque he oido hablar mucho de él, y aunque de él he leido mucho á causa del proceso

y de las Relaciones del señor Antonio Perez, cuyas desgracias conoce todo el mundo.

—Eso es que aún no ha llegado á Arévalo el señor Rodrigo Vazquez de Arce, contestó don José; y así debe ser, y no sé cómo no he pensado en ello. He debido dejarle atrás en alguna parada del camino, porque los que van á un destierro caminan despacio, y yo he venido por la posta.

—Así debe ser, como decís, contestó el corregidor de Arévalo.

—Perdonadme, pues, si os he importunado, dijo don José.

Y despidiéndose cortésmente del corregidor, y ofreciéndole sus respetos, se fué á una posada, y sin dejar descansar á Pelegrin, le mandó se pusiese á la entrada de la villa para esperar á Rodrigo Vazquez de Arce, y traer la noticia del lugar donde paraba.

Dos dias tardó en llegar Rodrigo Vazquez de Arce: tres dias se aguantó heróicamente, durmiendo apenas y comiendo apenas, el bravo Pelegrin Cantueso.

Al fin, el tercero por la tarde vió venir á lo largo del camino una pesada carroza de viaje, que escoltada por doce alguaciles montados, entró en la villa, y se dirigió á una de las casas principales que habia en la plaza.

Aquella casa era la de un grande amigo de Rodrigo Vazquez, á quien cogió de improviso la noticia de la desgracia de aquel.

Pelegrin avisó á su amo del lugar donde Vazquez habia parado, y este sin perder un momento se encaminó á aquella casa.

Pero no pudo ver por el momento á Vazquez.

La rabia, la desesperacion, le habian postrado, y acometido por la fiebre, guardaba el lecho.

Los médicos habian prohibido que le hablasen, porque decian que su vida estaba en grave peligro.

Don José hubo de esperar quince dias, durante los cuales envió tres veces á preguntar por la salud de Vazquez.

Don Félix de Campomayor, que así se llamaba el amigo de Vazquez, en cuya casa se hospedaba este, al tercer recado, suponiendo que seria un gran amigo de Vazquez el que tanto interés se tomaba por su salud, quiso entablar conocimiento con él, y así lo dijo á Pelegrin, que lo comunicó á su amo.

Hay que advertir que Pelegrin no sabia si su amo habia ido á buscar á Arévalo á un amigo ó á un enemigo; porque nada le habia dicho don José.

Le comunicó, pues, el deseo que don Félix le habia espresado, de conocer á una persona que tanto se interesaba por un grande amigo suyo.

Don José fué á hacer una visita á don Félix, y se encontró con que era un buen caballero, que de agradecido por servicios que le habia prestado Vazquez en los tiempos de su favor, le profesaba una grande amistad.

Don José nada dijo que pudiese hacer concebir á don Félix sospechas de su enemistad á muerte con Rodrigo Vazquez.

Por el contrario, le dijo que siendo grande amigo suyo, y habiendo entre ellos pendientes cuestiones de intereses, habiendo sabido en Madrid su desgracia, habia ido á buscarle á Arévalo.

Ahora bien: don Félix, que era á mas de un caballero muy respetable por su alcurnia y por su oficio de regidor perpetuo de la villa, un propietario fuertemente acaudalado, tenia una hija única, que se llamaba Estrella, moza de diez y siete años, de una gran hermosura, y muy bien criada, á pesar de que era huérfana de madre, que no pudo ver, aunque le vió á hurtadillas, á don José, sin enamorarse de él, lo cual pareció estraño á su dueña, á quien comunicó la jóven sus sentimientos, porque hasta entonces se habia tenido á doña Estrella por muy poco enamoradiza, puesto que la habian solicitado muchos, y ninguno habia obtenido el premio que solicitaba.

El enamoramiento de doña Estrella por don José sucedió á la tercera visita que este hizo al padre de doña Estrella; es decir, en seis dias, porque don Félix pagaba su visita en su posada á don José al dia siguiente de visitarle este, y don José le iba á visitar al dia siguiente de haber sido visitado en su posada.

Las mujeres son por temperamento curiosas.

Doña Estrella supo por los criados, á la primera vez que fué don José á casa de su padre, la visita de este, le dijeron que era un militar jóven y buen mozo, con grandes trazas de cortesano, cayó en curiosidad, mandó la avisaran cuando don José hiciese una nueva visita, y avisada que fué, se puso á una rendija de una puerta que daba á los corredores, á esperar para verle cuando saliese.

Apenas le hubo visto, cuando sintió la herida del amor; y una herida profunda, intensa, terrible.

El destino de doña Estrella se habia fijado.

Pero guardábala mucho su padre, como hoy no se guarda á las

jóvenes, y por otra parte, las jóvenes de entonces no eran tan resueltas como las de hoy, á quienes importa muy poco las guarden ó no, porque ya saben bien hacerse desguardar, ó mejor dicho, desguardarse.

Para doña Estrella aquello fué un asunto muy grave, dificilísimo. Decir á su padre que habia visto á don José, y que por él se interesaba, era cosa que ni aun pensarse podia, tratándose del severísimo don Félix: pues pensar que ella hubiese de hacer una asomadilla á la puerta para dejarse ver, escribir una carta, enviar recado, ó hacer cosa que mal mirada fuese en una doncella, era tambien pensar en lo imposible.

Tornóse la tranquila alegría del descuido de doña Estrella en la dolorosa y negra tristeza del cuidado.

Dióla el amor batalla de una manera cruda, creció su pasion por minutos, y á los cuatro dias de haber conocido á don José, habiéndole visto otras dos veces, no fué ya señora de sí misma, y dijo á su dueña doña Deogracias entre suspiros, sollozos y sonrojos:

—Madre (este título daba doña Estrella á doña Deogracias, que la habia criado), yo me estoy muriendo, yo no sé lo que me sucede, yo tenia alma y no la encuentro porque me la ha robado.....

La jóven se detuvo irresoluta, avergonzada.

—¿Y bien, qué? Te has enamorado, hija, ¿no es verdad? Pues ya era tiempo; y aunque muy niña para casada, huérfana tú, y vieja yo, achacosa, y necesitada de descanso, me alegraria mucho de que al fin te se hubiesen ablandado las entrañas por alguno de los buenos caballeros de la villa que te solicitan honradamente; que aunque casada muy jóven, descansaria yo del grave cuidado en que estoy puesta; porque aunque eres buena, no se sabe cuando á una mujer se le vuelve el seso, y se muda de lo que fué, y se vuelve tan desconocida que parece otra.

—¡Ay, madre, dijo doña Estrella, que no es de ninguno de nuestros conocimientos de quien yo me he enamorado, sino de cierto caballero que viene á ver á mi padre un dia sí y otro no!

Alarmóse doña Deogracias, no sabiendo nada acerca del hombre de quien Estrella se decia enamorada.

Pero tranquila algun tanto al saber que aquel señor iba á visitar un dia sí y otro no á don Félix, y que permanecia en visita con él un largo espacio, no vaciló en creer, atendida la delicadeza de don Félix, que el tal caballero lo era, y de los buenos.

—¿Y cómo has conocido tú á ese señor, dijo doña Deogracias, si de casa no sales mas que muy temprano á misa, algun rato por las tardes á pasear á las huertas, y siempre conmigo, y yo nunca he visto persona nueva en el pueblo?

—¡Ay, madre, dijo doña Estrella, que yo tengo para mí que todas las mujeres nacemos con el pecado invencible de la curiosidad, y que á este pecado debemos todas las desgracias que nos suceden! Porque habiéndole yo oido decir á Juan que á casa venia un caballero cortesano, con galas de soldado, entré en deseos de verle, y mandé que me avisasen cuando viniese, y avisado que me hubieron, me puse á esperarle junto á una rendija, en una puerta de los corredores, y le ví, y desde entonces, madre, no soy mia sino suya, por mas que él no lo sepa y yo lo haya sufrido y lo haya callado. Y otras dos veces le he visto: y oid, digo la verdad: que si yo no me caso con ese caballero, moriré de pena.

Dijo esto con tal encarecimiento, con tal palidez, con tal temblor, tan inundada de lágrimas, de impía é ingrata, vuelta en enamorada, que doña Deogracias, que la amaba mucho, se asustó de tal manera que se decidió á hacer lo que no habia pensado en todos los dias de su vida: esto es, á procurar que doña Estrella fuese conocida honradamente de aquel caballero.

Y pensar que don Félix habia de consentir que de ninguna manera se enamorase; por mas que la amara tiernamente á su hija, era pensar en lo imposible; porque don Félix no habia de presentar intempestivamente á su hija, ni hacer nada que á su decoro ni á su limpia fama dañase.

Y á doña Deogracias, que habia sido dos veces casada, y que conocia el mundo, por mas que hubiera conservado su honra intachable, no se la ocultaba que doña Estrella estaba de tal manera enamorada, que si no se abria algun desagüe á su amor, reventaria como un pantano, sin que hubiese poder humano que lo evitase.

Así es que doña Deogracias se dió á pensar la manera de hacer que se conociesen como al acaso, y de una manera digna doña Estrella y aquel caballero, para lo cual llamó á un escudero viejo, en la noche misma del dia en que doña Estrella le habia hecho su revelacion, y le dijo:

—Venid aquí, Saltillo; vos sois un buen hombre, muy pegado á la casa de vuestro amo, y que sentís por él un grande amor y una gran fidelidad.

—¿Y cómo no? dijo Saltillo. En la casa nacieron mis abuelos y mis padres, y he nacido yo, y la sangre de mi familia está hecha con el pan de la familia del señor: así es, que no hay cosa que yo no hiciera por su merced, aunque espusiese la vida.

—Pues mirad, Saltillo, dijo doña Deogracias, que sucede una gran desgracia.

—¡Desgracia dijísteis! contestó poniéndose muy sério y compungido el buen Saltillo, que frisaba ya en los sesenta años. ¿Y cómo puede ser eso? ¿Por dónde puede venir una desgracia á nuestro señor? Él está bien quisto, él es rico, él es honrado y temeroso de Dios: no sé, no sé por dónde puede acontecerle una desgracia, á no ser que la haya traido ese señor que hay en casa enfermo, que á decir verdad, y á juzgar por su semblante, me parece un mal hombre, aunque el señor le trate con una grande amistad.

—Verdaderamente que por ese señor ha venido la desgracia que nos sucede, dijo doña Deogracias.

—¿Pero qué desgracia es esa que me parece imposible?

—No hay desgracia imposible donde hay mujeres jóvenes y hermosas, hermano Saltillo.

—¡Ah, cuerpo de tantos, pecador de mí, dijo Saltillo, que no habia caido en la cuenta y en lo posible que es que un desvanecimiento de una moza traiga sobre una familia desgracias irremediables! ¿Háse enamorado doña Estrella?

—Sí, hermano Saltillo; y de una vez, y me parece que para siempre, y de una manera que me pone en cuidado; porque las rosas de las mejillas de la señora se han marchitado: y sus hermosos ojos se han entristecido, y no hace mas que gemir y llorar, y de noche dar vueltas en la cama, que da compasion.

—Mirad, mirad, dijo Saltillo, que la señora es muy robusta, mucha mujer, muy adelantada, doña Deogracias; es una bendicion de Dios, y será lástima que se malogre; pero sacadme del cuidado en que me habeis puesto, que tengo el alma en un hilo. ¿Ha hecho algun disparate mi señora doña Estrella?

—¡Disparate decís, estando doña Estrella puesta á mi cuidado, señor Saltillo! No esperaba yo que os atreviéseis á sospechar tal cosa. Mirad en lo que os decís, que no he vivido yo cincuenta años honrada y sabe Dios con cuánto trabajo, que honra que se mantiene sin sacrificios nada vale, para que me respeteis y no aventureis suposiciones injuriosas.

—Perdonad, perdonad, mi señora doña Deogracias, dijo Saltillo, que no lo he dicho yo por tanto, ni he querido ofenderos; pero me habeis parado la sangre con esto de decirme que ha sucedido una gran desgracia, y sobre todo al acabar con aquello de que doña Estrella está enamorada á muerte.

—La desgracia es, contestó doña Deogracias, que si no es posible un casamiento con el hombre de quien se ha enamorado doña Estrella, se nos muere.

—¿Y qué, dijo Saltillo, y qué es lo que se os ocurre? ¿qué se puede hacer para evitar esa fin del mundo? Porque la fin del mundo seria para esta casa, el que mi señora doña Estrella muriese.

—Mirad, señor Saltillo: averiguad dónde pára en la villa el hidalgo forastero que viene á visitar á nuestro amo, á pretesto de ver al señor Rodrigo Vazquez, un dia sí y otro no, y á quien tambien un dia sí y otro no va á visitar á su posada el señor don Félix.

—Pues eso es muy sencillo, dijo el escudero; porque siempre acompaña un paje al señor don Félix cuando sale, y este es Trijuequillo, que me cantará de plano adónde va el señor con que le dé dos maravedises para alajú. Y veamos: cuando yo sepa dónde pára ese señor hidalgo, ¿qué es lo que tengo que hacer?

—Informaros de quién es, de dónde viene, si es verdaderamente hidalgo, si tiene hacienda, si es casado, ó está empeñado con alguna dama; en fin, todas cuantas informaciones se necesitan para saber si es posible su casamiento entre mi señora doña Estrella y ese caballero; porque pensar en que si ese caballero no está ya enamorado al ver á doña Estrella, siendo ella tan hermosa como es, tan robusta, tan gallarda, tan fresca, tan apetecible, es pensar en un disparate; porque ya sabeis cómo andan por ella en el pueblo los chicos y los grandes, las músicas que la dan, los versos que la escriben, y las locuras que por ella hacen, que no parece sino que todos los mozos de la villa y los que no lo son, no viven mas que para pensar en ella, y ella firme en sus trece; y yo creo que si no quiere á ninguno de los de aquí es porque la tienen harta con tanta solicitud, y de tanto buscarla y tanto requerirla. Ya lo tenia yo dicho: vendrá de fuera uno que valga menos que los de acá, y se llevará la alhaja. ¡Qué quereis, señor Saltillo! las mujeres hemos nacido para esto; no tenemos otro guisado: la niña está muriendo..... con que procuremos curarla la enfermedad y no dejarla á trasmano: sobre el negocio, y veamos lo que puede hacerse.

Bien ajeno estaba don José que de tal manera se pensase en él.

Y en cuanto á Pelegrin, se fastidiaba de lo lindo en una villa donde á nadie conocia, en la que con nadie podia jugar á los dados, ni beber en buena compañía un par de azumbres de vino.

Sorprendióse, pues, agradablemente Pelegrin cuando en un momento en que estaba fastidiado, calentándose en el hogar de la posada de la Cruz Blanca, que así se llamaba la en que paraba don José, se le acercó Saltillo, y le dijo con mucha cortesía:

—¿Sois por ventura, amigo: el lacayo del caballero don José Perez y Coello?

—Para serviros, contestó Pelegrin levantándose de un solo estiron, y quedándose tieso y curioso mirando con esa espresion picaresca de exámen de los soldados tunantes, al viejo Saltillo.

—Pues, amigo mio, dijo este: yo tengo una pretension que no sé.....

—¿Y qué pretension es esa, señor mio? dijo Pelegrin.

—Que á mí ha llegado tan buena fama de las buenas cosas de vuesa merced, señor hidalgo, que bien quisiera ser vuestro amigo, lo que no os pesaria; porque á un forastero no le viene mal tener conocimientos en el pueblo donde entra sin conocer á nadie; y yo soy un conocimiento de los mejores; porque sirvo á buen amo, y tengo entrada en todas partes, y puedo decir que la villa es mia.

—Pues mirad, dijo Pelegrin: encontrado os habeis con mi deseo; y que me place: me pareceis un buen mostrenco de estos con quien se puede uno arrancar una cana del bigote y echarla al aire. Y para que veais que yo soy buena materia para esto de divertirse y de interesarse en cosas fáciles y hacederas, ó comprometidas, dejadme que cobre mi gaban, que le tengo ahí en una silla, y pongámonos en franquía, y veamos si sois amigo digno de Pelegrin.

—Pues á la hora, y á la mano de Dios, dijo Saltillo.

Y saliendo junto con Pelegrin, que se habia puesto su gaban, y se habia ceñido su espada, le hizo volver una esquina, y se metió con él en la hostería del pueblo, en donde, no teniendo ganas de comer ni el uno ni el otro, pidieron dos buenas botellas del blanco viejo de las Navas del Rey.

—A mí no me digais que me habeis buscado sin qué ni para qué, dijo Pelegrin; á mí no me gustan los hombres embozados; con que así, desembozaos, amigo, y decidme en qué puedo serviros, que lo haré con mucho gusto y fina voluntad.

—¿Y se podrá contar con el secreto, señor Pelegrin?

—¿Cómo es que ya sabeis mi nombre?

—Me lo ha dicho el mozo de paja y cebada, á quien he preguntado.

—Pues despues de aseguraros el secreto acerca de lo que me digais, como si lo hubiérais echado en una sepultura, venga todo lo que tengais que decirme: sepamos por qué me habeis buscado.

—¿Llámase vuestro amo don José Perez y Coello, del hábito de Santiago, capitan de los tercios viejos de Flandes?

—Así se llama.

—Y decidme: vuestro amo, ¿es casado?

—Ni por mientes: es tan buen soldado que me parece que no ha pensado nunca en casarse; porque, ¿para qué ha de casarse estando por ahí las madres, las hijas, las hermanas y las sobrinas del prójimo? Cargue otro con los cuidados, que el soldado es ave de paso, y la mujer y los hijos son bagajes embarazosos que hay que dejar en cualquier parte, y á la vuelta, lo mas probable es que se les encuentre averiados y rotos, capaces solo de tirarlos al albañal.

—Con que en resumidas cuentas, vuestro amo es mozo, ¿no es verdad?

—Sí señor; mozo, y remozo.

—¿Y qué edad tiene vuestro amo?

—Mirad que yo no lo sé; porque como nada me importaba, no he andado en busca de su partida de bautismo; pero á juzgar por la cara, paréceme que mi amo está entre los veinticuatro y veinticinco años; por lo demás, es el capitan mas bravo de los tercios de Flandes; y en prudencia, y en saber manejar á la gente, es viejo como el mas veterano; y en fin, os digo que es una perla; tan mirado, tan decoroso, tan caballero... vamos, como mi amo no hay dos en el mundo; y oid una cosa: me habeis preguntado si es soltero: si no llevara la banda de capitan y no diera los fendientes que da cuando se cruza con el enemigo, diria que ha nacido para monge ermitaño; porque no le he conocido aficion á las mujeres. Y cuenta con que las flamencas son hermosas y blandas como una manteca.

—Tá, tá, tá, dijo Saltillo: doncella conozco yo que ha sido hasta ahora mas dura que las piedras, y que de un momento á otro se ha derretido como la cera al fuego, y está que se muere por quien yo me sé: y bien pudiera suceder que un dia la dureza de ese vuestro

señor en cera se convirtiese y se derritiese, y amase en punto por todo lo que no ha amado hasta ahora.

—Vamos claros, señor Fulano, que no sé cómo os llamais, dijo Pelegrin.

—Roque del Saltillo, para servir á vuesa merced.

—Pues bien, señor Roque del Saltillo, vamos claros: ¿habéisme buscado á mí por encargo de esa doncella que decís era dura como un pedernal y se ha puesto hoy blanda como una manteca?

—Poco á poco, señor Pelegrin, que para tercerías yo no sirvo, saltó todo bilioso y todo encendido Roque del Saltillo; y sabed que muchas cosas que se hacen que parecen malas no son sino muy buenas; y sabed, porque no quiero negároslo, que esa doncella de quien os he hablado es una muy hermosa señora y muy principal, y tan noble como puede serlo vuestro amo, y tan rica como puede vuestro amo serlo.

—Poco á poco, y cuenta con lo que decís en eso del haber de mi señor, que es tan rico que no sabe él lo que tiene.

—Pues dígoos que mi señor puede llenar sus trojes de oro en vez de trigo: y no lo tomeis ni á encarecimiento ni á burla, porque en verdad en verdad os digo, que es tres veces riquísimo: como que ha heredado por su padre, por dos tios que tenia en Indias, por su mujer, y por una hija suya que se le murió, viuda de un hombre poderosísimo que quedó con un hijo que heredó al padre, y murió el hijo y heredó la madre, y murió la madre y heredó mi señor, que era padre suyo; de suerte que con estos diferentes y caudalosos rios que han desaguado en la hacienda de mi señor, es un mar de riqueza aquende y allende, por la derecha y por la izquierda, por detrás y por delante, por arriba y por abajo, y no tiene mas hijo que doña Estrella, que con ser riquísima, su riqueza es pequeña comparada con su hermosura, su discrecion, su honestidad y su recato.

—Pues de mi amo sé deciros, que sin salirse de sus rentas ni tocar á su hacienda, tenia en Flandes un boato tan grande como el del gobernador: y que cuando ha habido falta de pagas, él solo ha mantenido á los cabos de su tercio, por lo que, cuando se ha venido de Flandes, de resultas de una herida de arcabuz que le dieron en el asalto de Ostende, se han quedado por allá con el corazon encogido; porque la bolsa de mi amo estaba abierta para todos, y no tenia fin.

—¡Qué buena fortuna seria para nosotros, señor mio, dijo Saltillo, si lográramos hacer un casamiento en buena ley y como Dios manda con vuestro señor y con mi señora!

—Pues mirad que no habeis llamado á hombre sordo, dijo Pelegrin; porque á todo lo que sea servir á mi amo estoy yo dispuesto; y me holgaria de que esa vuestra señora, á quien tanto ponderais, fuese bastante para sacar á mi amo de la melancolía que le devora, y que os afirmo me tiene en gran cuidado, porque os digo que no es la herida que le han dado la que ha hecho que de los Países-Bajos se retire; que ha quedado fuerte y bueno como si tal cosa; sino que en Flandes se encontraba de ojos, y no veia el dia de volverse á la córte: pero como el soldado que tiene honra no puede salirse de campaña sin justa causa, mi señor ha aprovechado la herida para tomar pretesto, y haciendo declarar á los médicos que habia quedado inútil, hánle dado licencia para que á Madrid se vuelva á reponerse de una herida que ya está bien curada; pero sin quitarle la compañía; porque ya sabeis ó podeis saber que al militar que deja la campaña por haber quedado inútil de heridas, se le mantiene en su empleo y en sus preeminencias y se le dan inválidos, por lo que mi amo sigue siendo capitan de infantería, y por lo mismo yo, que soy soldado viejo, vivo y efectivo, estoy á su servicio para cuidarle, y recibo mi sueldo y gozo el fuero militar y criminal que me corresponde, y soy tan soldado como Santiago Apóstol, y lo tengo á mucha honra.

—Todo eso me parece muy bien, dijo Saltillo; pero nos hemos bebido estas dos botellas, y no veo la razon de que no nos bebamos otras dos.

—Por mí no quede, dijo Pelegrin; y vengan, y que se enfade quien tenga por qué.

—¿Y no os parece que para apagar el apetito que nos ha abierto este vinillo, seria bueno acompañar á las otras dos botellas algo de sustancia?

—No me opongo, dijo Pelegrin, soltándose un punto del cinturon, como preparándose á embaular á estómago libre y desahogado.

Fuéles traido, porque lo pidió Saltillo, dos botellas, pan de flor y una empanada de olla podrida, y tan enorme, que ofrecia racion abundante para cuatro hambrientos.

—Dígoos, observó Pelegrin, que me gusta mucho mas el asalto de uno de estos pasteles que el de una trinchera.

—Créolo bien, dijo Saltillo; y comamos, que con estómago lleno se discurre bien, y en que discurrir tenemos.

—¿Pues hay mas sino que me deis la carta que sin duda traeis de vuestra señora para mi señor, y punto redondo y vamos andando?

—¡Carta decís! esclamó rebelándose Saltillo: ni mi señora es capaz de escribirla, ni trajérala yo aunque la escribiera, si por el mandado me prometiera hacerme obispo; pero no me ofendo, porque si vos hablais así es porque no conoceis á mi señora ni sabeis lo que me ha hablado su dueña doña Deogracias Tracabana, que es una escelente señora, aunque ya pasada de los cincuenta.

Y Saltillo refirió punto por punto á Pelegrin lo que habia pasado entre él y la dueña doña Deogracias.

—Pues mal negocio es este, dijo Pelegrin; porque mire vuesa merced, señor escudero, que á mi amo, porque es muy buen mozo, le han tentado la paciencia mas de cuatro flamencas que eran divinidades, y nunca ha dicho al envite quiero, con grande envidia y rabia mia de no verme en el lugar del capitan; que lo que es yo, á buen seguro que no me hubiera hecho mucho de rogar.

—Os advierto, dijo Saltillo, y no tomeis á mal la advertencia, que no hableis con la boca llena y mascando á dos carrillos; porque no se os entiende una palabra de lo que decís, porque la mitad de ellas os las tragais revueltas con el pastel.

—Echad la culpa de eso á que este pastel es el mas sabroso que he comido en toda mi vida, y á que con el vinillo de las Navas se me han abierto las ganas de tal manera, que me parece que va á ser necesario repetir.

—Pues téngoos lástima, señor Pelegrin, dijo Saltillo.

—¿Y de qué?

—De lo que habreis pasado cuando, andando por esas campañas, os haya acontecido no comer en tres dias, como suele suceder mas de una vez á los soldados: pero como en campaña no estamos y teneis apetito, Dios le bendiga, y no quede por eso, que ya creo yo habrá bastante vianda en la hostería para que os deis un hartazgo; pero os aconsejo, y no es por no gastar dinero, que con vos derretiria yo gustoso toda mi hacienda, que os vayais á la mano, porque estas son materias crasas y os pudiera sobrevenir un cólico.

—¡Cólico á mí! dijo Pelegrin; ¡y qué mal que me conoceis! Estábamos el invierno pasado en el campo de Gante, sin tener ni un

bocado de pan y con tres dias encima ya de rigurosa abstinencia, y de tal manera, que á mí un sudor se me iba y otro se me venia de hambre; y ¿qué hice? para llenar el vacío del estómago, me tragué medio libro de las Ordenanzas; y ya puede considerar vuesa merced si el papel es áspero é indigesto; pues nada, no tuve ni siquiera un mal dolorcillo de vientre, aunque bien es verdad que no se me quitó el hambre; con que descuide vuesa merced sobre eso del cólico, y vengan mas vino y mas viandas, y prosigamos en nuestro negocio.

Y pidió el señor Saltillo algo mas.

Le propuso el mozo una liebre con cabeza al natural, adornada con perdigones y rodeada de salchicha.

Aprobóse la proposicion.

Trájose la liebre, embistió con ella y con sus ornamentos Pelegrin, y continuó de esta manera hablando y á un tiempo mascando á dos carrillos, á pesar de la advertencia de Saltillo:

—Pues para que vuesa merced vea lo incorruptible, inconquistable, frio y desdeñoso enemigo que es para las hembras mi señor, voy á contaros un caso que nos sucedió, porque yo tambien anduve en el negocio, el invierno pasado, por este tiempo, cuando andábamos alrededor de Gante acantonados en una alquería.

Pues ha de saber vuesa merced que estábamos apostados en el camino para impedir que los enemigos fuesen á socorrer la ciudad, cuando la compañía de mi amo, á eso de las nueve de la mañana, corrió á coger los arcabuces, se puso en órden de combate, y sopló las mechas, porque allá á lo lejos se veia tropel de gente, que no podia distinguirse bien si eran ó no enemigos; y ya sabeis que soldado prevenido, tarde ó nunca es combatido, y que mas vale un por si acaso, que un quién pensara: y el cuidado se confirmó cuando vimos que delante de aquella gente venia un tropel de ginetes y á la gineta armados, con lanzas y adargas como hasta en número de cuarenta: detrás venian algunas literas, y por último un escuadroncillo armado como el de delante.

Diéronles el alto nuestros centinelas, y ellos en el mismo punto se detuvieron, y mi amo, y yo con él, se fué á reconocer á aquella gente que tan comedida se mostraba, á saber quiénes fuesen, y resultó que los ginetes de delante y los de atrás eran alemanes que venian escoltando no menos que á una hija del Elector de Brandemburgo, que con una lucida servidumbre iba á Gante, no sé con qué objeto.

Mi amo, que no falta nunca á las leyes de la cortesía, adelantó hácia la litera de mas respeto, acompañado del capitan de los ginetes alemanes, se abrió la litera, y apareció, señor Saltillo, no una mujer, sino una divinidad, rubia como el oro, blanca como el nácar, con los ojos de color de cielo y los labios de color de rubí, y una garganta, y un todo, que yo me quedé suspenso, atónito, mudo, turbado, y en una palabra, medio muerto: y es el caso que á pesar de mi turbacion, conocí yo que á la princesa de Brandemburgo le habia sucedido en viendo á mi amo lo mismo que me habia sucedido á mí en viéndola á ella.

Recobróse la señora, sonrióse, trocáronse cortesías de la una y de la otra parte, y despidiéndose mi amo, dejó pasar aquella señora con su gente hácia Gante.

Pues cátate ahí, que al otro dia, y estando en el mismo sitio, vino un ginete aleman de los que habia traido la señora, y le dió á mi amo una carta que se guardó en el bolsillo y á la que contestó allí mismo, escribiendo sobre un atambor.

El ginete se fué con la respuesta, y yo me quedé pereciendo por saber qué seria aquella carta que habian traido á mi amo.

Pero no era cosa de preguntarlo, y me tragué la curiosidad.

Por la noche dormíamos, menos los centinelas, en un chozon que habíamos hecho para que nos sirviera de cuerpo de guardia; y mi amo, por la mañana, me dió una sobrevesta que tenia de terciopelo para que la limpiase. Salíme afuera, y limpiándola, noté que habia un papel por el interior.

Dí la vuelta al chozon para estar mas seguro que no me veia, saqué la carta y la leí.

¿Pero por qué no os comeis uno de estos perdigones, que están muy frescos, muy tiernos y muy sabrosos? Mirad, señor Saltillo, que os cuestan vuestro dinero.

—Tripas de ángel que me diesen, no comeria, dijo con impaciencia Saltillo, porque con lo que he comido ya, estoy atarugado, pleno y ahito; pero por la misericordia de Dios, ¿qué decia en aquella carta?

—La princesa se habia enamorado como una loca de mi amo, se lo decia con franqueza, y le citaba para un lugar intermedio, al cual podia ir sin peligro mi capitan; pero esto, con unas palabras tan amorosas, tan melosas, tan dulces, que mire vuesa merced, para mí no era, y me dieron mareos.

—¿Y qué habia contestado vuestro señor á la princesa?

—Vaya vuesa merced á saberlo; pero debió ser que nones; porque mi amo no se movió de la guardia, y porque al dia siguiente volvió el mismo ginete con otra carta que mi amo leyó, guardó y contestó, y que yo leí al dia siguiente, sin que mi amo lo supiese, como habia leido la del dia anterior, y que decia, yo no me acuerdo; pero en sustancia le llamaba á mi amo cruel, descorazonado, ingrato, enemigo y no sé cuántas cosas mas.

Yo creí que al dia siguiente volveria el ginete con otra carta; pero no vino, ni carta ví en ocho dias que permanecimos apostados hasta que vino otra compañía á relevarnos, y nosotros nos fuimos al grueso del campamento, y no pasaron dos dias sin que mi amo tuviera una reyerta con un cualquiera aventurero fanfarron y mal nacido, á quien, por haberse desvergonzado, dió mi amo un bofeton que sonó como un arcabuzazo, de lo que resultó que se concertó desafío, y en aquella noche mi amo y yo nos salimos del campamento, á un lugar apartado, entre unos árboles, donde se habia convenido que el desafío tuviese lugar.

Pero apenas nos metimos entre los árboles, cuando se nos echaron encima tantos hombres, sin darnos lugar á tirar de las espadas, que con la facilidad del mundo nos sujetaron, nos ataron, nos vendaron los ojos y dieron bonitamente con nosotros en dos literas, y marcharon con ellas, y estuvieron marchando lo menos dos horas, y al cabo me sacaron de la litera, y me desvendaron los ojos, y me encontré en una sala baja muy capaz, con buen lecho y buen fuego, y allí me dejaron encerrado, y encerrado me tuvieron allí tres dias, dándome de comer en cada uno de ellos tres veces viandas ricas y abundantes y vino largo, y servíame un muchachuelo charlatan, que me contó que mi amo estaba encerrado en otra sala; y preguntándole yo si era casa aislada ó de poblacion en la que estábamos, me respondió que la casa estaba en la plaza del Mercado, en Gante, y preguntando yo si sabia por qué nos habian preso, me dijo que no, y tornándole á preguntar quién era el amo en aquella casa, me dijo que era una alta princesa, hija del Elector de Brandemburgo, y ya no le pregunté mas, porque con lo que me habia respondido habia yo dado en el cabo del cuento; porque claro estaba, la princesa se habia valido del aventurero para provocar á mi amo á que le diese un bofeton, y hacer que mi amo fuese á un lugar adonde se pudiesen apoderar de él y tenerle encerrado en su casa.

Me dió envidia, y me dije: imposible es que el hielo y la dureza de mi capitan no se hayan derretido al calor de tanto amor y de tanta grandeza.

Príncipe le tenemos, porque no es posible que una princesa se haya ido á enamorar si no es con fines honestos; y si él es príncipe, yo no puedo menos de ser una gran persona.

Y dábame el parabien en la aventura, y sufrí con paciencia mi encierro, contando con la ganancia que ya creia segura, cuando hé aquí que el pinche que me servia, entró á deshora en mi aposento, cuando yo estaba en siete sueños viéndome ya por lo menos chambelam ó cosa por el estilo, y me despertó y me dijo que me vistiese y le siguiese, lo cual hice, y habiéndole seguido, el mozo abrió un postigo, y me dijo: podeis iros adonde mejor os parezca, porque aquí estais ya de mas.

Y empujándome y echándome fuera, porque me pilló desprevenido, cerró el postigo, corrió los cerrojos, y yo me encontré en la calle y con una noche oscura, fria y nevosa y muy tarde, porque á poco de haber sido echado, el reloj de la catedral dió las tres de la mañana.

Figúrese vuesa merced, señor Saltillo, el buen cuerpo que me haria el encontrarme solo, en medio de una ciudad enemiga, y con las armas y los arreos de soldado español.

Yo no podia atinar con lo que podia ser aquello, porque no podia creer que mi amo dejase de protegerme, y me devanaba inútilmente los sesos, pretendiendo en vano dar con el item de aquella aventura.

Pero, señor Saltillo, entretenido con la conversacion, he dejado la fuente limpia, y estas botellas están ya sin gota: haced que traigan otras, señor mio, y se os agradecerá.

—Por eso no quede, dijo Saltillo, que yo no tengo mayor complacencia que serviros. Pero seguid con vuestro cuento, que tengo el alma en vilo por saber lo que os aconteció.

—No fué gran cosa: tropezó conmigo un burgomaestre que rondaba, conoció en seguida que yo era soldado español, asombróse de encontrarme dentro de la ciudad, me echó mano, y me llevó á la cárcel, donde me metieron en un calabozo, del que salí al mes y medio en la espina, porque en aquel mes y medio, que no olvidaré en toda mi vida, no me dieron de comer mas que pan y agua.

—¿Y cómo salísteis de la cárcel, señor Pelegrin? dijo Saltillo.

—Pagando mi rescate mi amo, por quien habia pagado antes rescate el general de nuestro tercio.

—Qué, ¿tambien estuvo preso vuestro amo?

—¡Pues ya lo creo! por verse libre, habia prometido á la princesa que la seguiria á su tierra y la amaria siempre; y en esta creencia, la princesa le dejó andar libre por la casa, y mi amo se escapó por las tapias del jardin, dando en la calle con una ronda, que, como á mí, le tuvo preso: ofreció gran rescate, le dejaron escribir á su general, pasaron muchos dias en contestaciones, el rescate vino, soltaron á mi amo, y despues, como ya os he dicho, mi amo pagó por mí, y aquí se acabó el cuento: con que atad cabos, señor Saltillo; cuando princesas como aquella no pudieron romper la dura corteza dentro de la cual se encierra el corazon de mi amo, parécemе que por hermosa que sea vuestra señora, no va á sacar de su empeño mas que calentamientos de cabeza y desesperaciones y disgustos.

Sin embargo, yo tenderé á mi amo la red, y veremos si cae en ella; aunque me parece que le encontraré tan duro de pelar como le encontró la señora brandemburguesa: y véngase su merced mañana por la posada, que yo le diré lo que haya, y vámonos, que ya he estado fuera de casa mucho tiempo y puede echarme de menos mi amo, y tiene mal genio, y aunque me quiere bien, suele sacudirme mejor por quítame allá esas pajas.

—Yo tambien, dijo Saltillo, tengo que ir á dar la razon de lo que me habeis dicho á doña Deogracias, que quiere tanto á mi señora, que estará impaciente.

Y con esto y con haber pagado Saltillo la no pequeña cuenta, saliéronse, yéndose Pelegrin á la posada de la Cruz Blanca, y Saltillo á la casa de su amo.

CAPITULO XVI.

En que se se ve que don José no era tan cruel para las mujeres como Pelegrin creia.

No estaba en su aposento en la posada don José cuando llegó Pelegrin, de lo que este se alegró muchísimo, porque no habia caido en falta.

Don José sobrevino media hora despues, en punto de las doce, y pidió la comida.

Sirviósela Pelegrin, á quien se la servia una garrida moza de la posada, con quien Pelegrin andaba ya en tratos, y á los postres, dijo aquel á su amo:

—Paréceme que estais hoy mas triste que de ordinario, señor.

—Me desespero, Pelegrin, contestó don José; el asunto por que he venido á Arévalo se me dilata, y me va en ello mucho.

—De modo que si os entretuviérais en algo, señor, pasaríais con menos pesar esa dilacion.

—¿Y en qué he de entretenerme, Pelegrin, si no encuentro nada que me divierta?

—Pues bien me sé yo, señor, que podríais entreteneros en algo muy gustoso.

—Propónmelo, Pelegrin, porque te aseguro que me muero de fastidio.

—¡Ay, señor mio, dijo Pelegrin, que ya habeis dado flechazo en Arévalo!

—¿Flechazo dices?

—De medio á medio, señor; y al corazon.

—¡Bah! déjame de majaderías, Pelegrin.

—¿Majaderías llamais á haberse enamorado de vos una doncella como unas flores, noble como un rey y rica como un genovés? ¿Cuándo, señor, habeis de caer de vuestra burra y conocer que sin las mujeres el mundo es un desierto oscuro, por donde el hombre camina atontado y sin saber qué hacerse? Porque Dios ha hecho las mujeres para nuestro regalo, nuestro contentamiento y nuestro consuelo, y de ellas venimos, y á ellas vamos todos; y vos, que á ellas no vais, estais de non en el mundo. No parece sino que ellas os han hecho tal cosa que no podeis perdonársela, segun que las despreciais y huís de ellas; ¡y si viérais qué mal parece un soldado que no es galan y enamoradizo!... y tengo yo para mí de que todas vuestras pesadumbres vienen de no querer á las mujeres: que como vais en esto contra la naturaleza, la naturaleza ofendida se venga de vos y os aburre cargándoos de melancolías.

Dió un gran suspiro don José, y dijo:

—Déjame en paz.

—Mirad, señor, dijo Pelegrin con cierto miedo, porque conocia que se estaba haciendo merecedor de una paliza, atendido el genio de su amo, que os estais haciendo reo de crudeza y de malevolencia á las pobres mujeres: no parece sino que ellas se apasionan por los imposibles y conocen que vos lo sois, y por vos se empeñan: y esta pobre señora que dicen que es hermosa á maravilla, y que con tres veces que os ha visto por la rendija de la puerta de su casa se ha enamorado de vos de tal manera, que dice que si con vos no se casa, se ahorca.

—¿Cómo puede ser que esa señora me haya visto en su casa por la rendija de una puerta, si yo no voy á ninguna parte?

—Paréceme que vais un dia sí y otro no á casa de don Félix de Campomayor.

—¡Cómo! ¿esa señora que dices se ha prendado de mí vive en casa de don Félix de Campomayor?

—¿Pues en qué otra parte ha de vivir, si es su hija?

Quedóse profundamente pensativo don José.

Esto alentó á Pelegrin, que recargó:

—Vamos, señor, dijo; tened compasion de esa hermosísima, honradísima y riquísima doncella, y tenedla de vos mismo, y casaos y alegraos, y Cristo con todos. ¿Qué perdeis en conocerla y en ver si os contenta?

—Estraño me parece lo que me dices, porque don Félix no me ha dicho que tuviese hija alguna, contestó don José.

—Esto consiste en que su padre guarda como oro en paño á doña Estrella.

—¿Estrella se llama?

—Y no solo se llama Estrella, sino que dice quien me ha hablado, que no han podido ponerla mejor nombre; porque es un ángel.

—Cuéntame lo que te han dicho, y perdona si te dilato la hora de comer.

—Comido estoy yo que me lo tiento, dijo Pelegrin; que para domesticarme me ha obsequiado bizarramente un escudero de don Félix, que ha venido á buscarme con recado de la dueña de doña Estrella.

Y pelegrin contó punto por punto á don José lo que punto por punto le habia relatado Saltillo.

Concluido el cuento, don José volvió á quedarse pensativo durante un gran espacio, y al fin dijo:

—Conciértate con ese escudero, Pelegrin, para que se vea el modo de que yo conozca á esa señora.

—¡Gran milagro! dijo Pelegrin, contento en estremo.

—¿Qué milagro?

—Que vos consintais en conocer á esa señora: buena estrella tiene doña Estrella; en buen hora ha nacido, y esto me huele á boda.

—Véte, dijo don José, y no me hables mas de esto hasta que me digas cuándo, cómo y dónde he de conocer á doña Estrella.

Salió Pelegrin haciéndose cruces y un tanto asustado, porque creyó que iba á suceder algo grande cuando tal cambio habia tenido lugar en su amo.

Esto se esplicaba.

Era el resultado de un mal pensamiento inspirado á don José por su sed de venganza, que es una sed maldita, anticristiana, y que Dios no perdona.

—Temia don José que Vazquez se le muriese sin tener el placer

de apostrofarle, de torturarle, de gozarse en su terrible agonía.

No habia que pensar en obtener el consentimiento de don Félix para una venganza contra un hombre de quien por agradecimiento era grande amigo: ni aun en que le viese habia consentido don Félix, porque Vazquez estaba dominado por la fiebre y en una situacion gravísima.

—Ahora bien; habia pensado don José, al saber que tan enamorada de él estaba doña Estrella: lo que no puedo alcanzar por medio del padre, puedo alcanzarlo por medio de la hija. Si ella verdaderamente me ama, se volverá loca; aprovecharé su locura, me casaré, si es necesario; pero pretenderé primero penetrar de noche á deshora en su casa; y por muy fieles servidores que sean los de don Félix, dádivas quebrantan peñas, y tanto les daré, que los pondré de mi parte, y ¿quién duda que una vez dentro de la casa, me será fácil entrar en el cuarto de ese infame verdugo de mi infeliz doña Gregoria?

Don José se estremeció al sentir mas cerca que nunca el influjo de la pasion que su hermana le habia inspirado, y esto acreció su sed de venganza contra Vazquez.

Los proyectos de don José eran sombríos, terribles, indisculpables: para llegar á ellos, era necesario hacer una víctima de una pobre jóven que ningun mal le habia hecho.

Porque casarse con una mujer enamorada sin amarla, sentenciarla á un desamor y á una frialdad necesarios, es sacrificarla impíamente.

Don José estaba loco.

Al dia siguiente, Pelegrin le dijo que podia ver á doña Estrella en unas huertas al Sur de la villa, adonde era costumbre fuese á solazarse la gente principal, y que aquello podia ser aquella misma tarde en las primeras horas, puesto que hacia un tiempo hermosísimo que convidaba al paseo.

Don José se vistió con tan ricas galas, que deslumbraba, y acompañado de Pelegrin, atravesó á gran paso la villa en direccion á las huertas, á las que llegó á las tres de la tarde.

CAPITULO XVII.

De cómo, por una casualidad no comun, don José se alegró porque conoció que no se habia acabado para él todo en el mundo.

La huerta daba muestras de ser amenísima en la primavera; pero en aquella estacion rigurosa, los árboles estaban deshojados, yermos, todo estaba mústio.

Don José adelantó por una avenida hácia una gran casa que habia en la huerta, y en la que, segun las costumbres de aquel tiempo, se servian meriendas y refrescos á las personas que la huerta frecuentaban.

—Y bien, Pelegrin, dijo á su asistente (llamémosle así) don José: ¿conoces tú á esa señora?

—No la he visto en toda mi vida; pero, segun dice el señor Saltillo, es una niña hermosísima.

—Paréceme, Pelegrin, que nos han dado chasco; porque en todo este camino que tenemos por delante no se ve ni una sola persona.

—¿Y quién sabe, señor, si con la alegría de saber que vos consentís en verla, en hablarla, se habrá puesto mala, y no habrá podido venir? Porque las mujeres son así: tanto se ponen malas porque se las quiera como porque no se las quiera. Pero callad, que por esa encrucijada sale el señor Saltillo, y como veis, se viene desalado hácia nosotros.

En efecto, Saltillo adelantaba hácia don José y Pelegrin.

—¿Con que sí? dijo Pelegrin; ¿con que la señora ha venido?

—¡Silencio! dijo Saltillo; esto es necesario hacerlo con mucho recato, porque la señora es muy honesta, y doña Deogracias me envia á deciros que la salgais así, como naturalmente, al encuentro y tomeis ocasion de cualquier cosa para dirigirla buenamente la palabra.

Estas palabras las habia dirigido Saltillo á don José.

—Así lo haré, dijo don José; y me parece bien que se guarde cuanto sea posible la decencia en un asunto que ha de acabar de una manera honestísima; porque yo soy grande amigo de don Félix, y pensar que yo he de hacerle una traicion en su hija, es injuriarme.

—Porque yo estaba seguro de que érais un buen caballero y un buen cristiano, dijo Saltillo, me he metido yo en el negocio; que de otro modo, me hubiera estado en casa y cepos quedos. Pero me parece que como las tardes son cortas, hareis bien en tomar por la derecha, y yo tomaré por la izquierda para avisar en la casa de la huerta que tengan preparada una merienda, que convidándola podeis hablarla, y con mas seguridad de no ser vistos; aunque es bien posible que por lo recatada que es mi señora no acepte vuestro convite.

—Allá lo veremos, dijo don José.

Y escitado por su impaciencia, tomó por la derecha á una buena distancia, seguido de Pelegrin, mientras que Saltillo tomaba por la izquierda.

A poco que anduvieron por una senda de mediana anchura, cubierta de musgo, que se retorcia entre los árboles, vieron á lo lejos, envueltas en sus mantos, galanamente vestida la una y decentemente la otra, dos mujeres á las cuales á cierta distancia seguia un paje.

Aquellas dos mujeres eran la una muy jóven, y la otra bastante vieja; en una palabra, doña Estrella y doña Deogracias.

Avanzó distraidamente, como si no hubiese reparado en ellas, don José, y á poco hubieron de encontrarse; pero antes de que se encontraran, doña Estrella dejó caer un rico pañuelo de Cambray que llevaba en la mano.

Y es que las mujeres, hasta las mas inocentes, las mas tímidas, cuando están enamoradas ofrecen siempre ocasion al hombre á quien aman, para que pueda dirigirles la palabra.

Don José recogió el pañuelo y lo dió á doña Estrella.

Pero al dárselo tembló todo, se puso pálido como un cadáver, se le nublaron los ojos, vaciló, y sin ser poderoso á otra cosa, cayó en tierra.

Doña Estrella dió un grito agudo; doña Deogracias se sofocó; Pelegrin acudió donde habia caido su amo, y tambien el paje.

Corria al lado de la senda, por donde iban, un arroyuelo, y doña Estrella, toda trémula, toda asustada, pálida como una muerta, se dirigió apresuradamente al arroyo, mojó en él el pañuelo, y roció el rostro de don José, que estaba verdaderamente desmayado.

No podia haber sucedido mejor para que entrasen en relaciones los dos jóvenes.

—¿Qué es esto, Dios mio? dijo Estrella; ¿qué le ha sucedido á este pobre caballero?

—Yo creo, señora, que al veros se ha asustado, y de tal modo, al ver tanta hermosura, que sin poder valerse, se le ha parado la sangre y ha dado consigo en tierra.

—¡Qué cosas decís! dijo doña Deogracias; ¿asustarse de hermosuras? Eso no lo diria nadie mas que vos, que teneis cara de decir muchas majaderías.

Doña Deogracias decia esto, por disimular con el paje, si no estaba en el secreto.

Conociólo Pelegrin, y sin ofenderse, contestó:

—Perdone vuesa merced, señora, que yo bien sé lo que me digo: que tanto se asusta un hombre por lo bueno como por lo malo; y tanto se pára la sangre al ver una mujer mas fea que el mismísimo demonio, y con mas años que Matusalen, que por ver una señora tan hermosa como la vuestra. Y esto es probado; y si yo os contase una cosa que me sucedió á mí en la guerra.....

—Paso, paso, señor soldado, que no es esta ocasion de andarse con cuentos, que vuestro amo tarda en volver en sí, y mi señora se apura; porque habeis de saber que es muy caritativa. Y lo que me parece mejor, es que vos, hermano Trijuequillo, deis una carrera, y vayais á la huerta, á que vengan un par de hombres para conducir á este caballero; pues, segun parece, el accidente que le ha acometido es grave.

Esto era lo mas natural del mundo, y Trijuequillo dió á correr hácia la huerta en busca de socorro.

Entre tanto, don José abrió los ojos: su mirada vagó por un mo-

mento, se fijó luego en doña Estrella, se llenaron sus ojos de lágrimas, y rompió á llorar.

Doña Estrella no pudo contenerse, y lloró tambien.

Don José tendió la mano á la jóven, y esta le asió con sus dos manos.

—¡Diablo, diablo! dijo Pelegrin; esto va muy deprisa, mi señora doña Deogracias.

—¿Qué decís vos, hermano soldado, dijo la dueña, ni qué me contais á mí?

—Vamos, doña Deogracias, que ya sé yo que todos hemos andado en esto; y no tengais miedo de que nos escuchen, porque los dos amantes no se hallan en estado de oir lo que hablamos: y como ya no necesita de mi ayuda el capitan, me parece bien que nos retiremos un tanto y los dejemos que se entiendan, porque don Félix allá se está en su casa, muy ajeno de que su hija está enamorada, y que si algo la faltaba por enamorar, ya no les falta mas sino que les echen las bendiciones; porque os advierto que en mi vida he visto yo á mi amo de esta manera.

Y apartándose con la dueña al un lado, siguió hablando con ella mientras que los dos jóvenes estaban el uno al lado del otro, con las manos asidas y contemplándose con éxtasis.

Veamos por qué habia acontecido el desmayo de don José.

Lo vamos á decir en muy pocas palabras.

Habia creido ver, al ver á doña Estrella, no á ella, sino á doña Gregoria.

Era esto una casualidad y no poco comun, y no ciertamente porque doña Estrella fuese estremadamente parecida á la infeliz doña Gregoria, que esto hubiese sido ya demasiado, sino porque en el color de los cabellos, en el color de la tez, en la espresion del semblante, en la dulzura de la belleza tenia mucho de doña Gregoria: como ella los cabellos rubios, los ojos azules como ella, tímidos, lánguidos, con la mirada dulce, con la boca suspirante; como ella tenia la misma estatura, la misma gallardía; era, en fin, no una fisonomía parecida, sino una semejanza en la hermosura, en la espresion, en la estatura, en la gallardía, en el conjunto.

Don José, que tanto habia amado á doña Gregoria, don José que acababa de probar, hacia algunos dias, el dolor de la noticia de su muerte, al ver á doña Estrella, comprendió que se habia equivocado al creer que para él no existia ya el amor sobre la tierra.

Por el contrario, tanto amor le inspiró doña Estrella, tanto fué su dolor porque aquel amor se asemejaba á su amada, ó por lo menos renacia en él el recuerdo de doña Gregoria, tal fué el sentimiento de voluptuosidad que esperimentó, que le sobrevino el accidente, y le hizo caer en tierra.

Por algun tiempo, entrambos permanecieron mudos.

—¿Quién sois? dijo al fin don José, con la voz fatigada como la de un herido mortalmente: ¿de dónde habeis venido?

Demasiado lo sabia don José; pero queria disimular, hacer como casual su encuentro con doña Estrella, que habia sido llevada á las huertas por doña Deogracias, sin saber que habia de encontrar á don José.

Esta estaba verdaderamente aturdida, y no contestó á don José.

Continuaban mirándose con éxtasis.

Llegaron con Trijuequillo dos hombres de la huerta, y como no veian á nadie en disposicion de ser socorrido, porque don José estaba de pié hablando con doña Estrella, y los de la huerta estaban muy acostumbrados á ver damas hablando con caballeros, siguieron adelante.

—¡Eh! ¿Adónde vais? dijo Trijuequillo. Aquí es donde hacíais falta; pero ya no la haceis. Volveos.

Y los mozos, sin entender lo que habia sucedido, y sin importarles nada de ello, se volvieron.

Trijuequillo se fué adonde estaban en conversacion doña Deogracias y Pelegrin.

Los dos amantes, puesto que así podemos considerarlos, quedaron de nuevo solos.

—¡Ah! este es un sueño, un sueño del cielo, dijo don José: me ha parecido que se levantaba de la tumba la única mujer á quien he amado, y esto ha causado el desvanecimiento en que me habeis visto.

—¿La única mujer á quien habeis amado? dijo doña Estrella.

Y se puso muy pálida; pero como su recato no la permitia entrar acerca de esto en materia, no dijo ni una palabra mas.

—Y esa mujer á quien he amado, contestó don José, sois vos.

—No os entiendo, caballero, dijo Estrella; no sé lo que me quereis decir, y á la verdad no sé cómo tomar vuestras palabras. Si no habeis amado á ninguna mujer, y esa mujer soy yo, y al verme os habeis desvanecido, me conocíais antes, caballero.

—Sí, he conocido á una jóven tal como vos, pero muy infortunada; á una pobre criatura, á un ángel á quien yo no podia amar como á mi esposa, sino como á mi hermana.

—¿Y por qué no podíais amarla como esposa? preguntó doña Estrella.

—Porque era mi hermana, contestó don José.

—¡Ah! ¡Era vuestra hermana! ¿Y comparais el amor que me teneis, con el amor que teníais á vuestra hermana?

Habia un dolor, y un dolor agudo en el acento de Estrella.

Queria que don José la amase, pero con un amor distinto del que se siente por una hermana.

El instinto decia esto á doña Estrella, porque, como no habia amado nunca, sentia el amor, pero sin comprenderle, sin analizarle.

—Yo no supe que era mi hermana hasta despues de haberla amado como mujer.

—¡Oh, Dios mio! esclamó doña Estrella; pero eso es una historia.

—Sí, una historia muy terrible, contestó don José. Yo creia que no podia volver á amar, y sin embargo, os he visto, sois como ella, teneis un alma semejante á la suya; vuestra mirada es su mirada; vuestros hermosos ojos, vuestro candor, vuestra pureza, son iguales. ¡Oh! yo os amo con toda mi alma, y espero que este amor no será tan desgraciado como el que sentí por aquella infeliz.

—Mi padre me ama, dijo doña Estrella; me ama tanto, que si me pedís á él por esposa, no os lo negará.

—Esperemos, esperemos, dijo don José; podemos engañarnos; no nos conocemos bastante: esto puede ser en vos y en mí una fascinacion que pasa, dejando tras sí un vacío; un sueño del que despertareis. ¡Oh! seria muy terrible unirse de una manera indisoluble, y comprender despues que nos habíamos engañado, encontrarnos esclavos el uno del otro. ¡Ah! no, no, esperemos algun tiempo.

—Sí, esperemos, dijo doña Estrella. ¿Y qué es esperar? No, yo nada tengo que esperar; tengo todo lo que deseo: os veo enamorado, que á mí, aunque nunca me han enamorado, no sé por qué comprendo que vuestro corazon es mio, como vos comprendeis que el mio es vuestro. No estrañeis lo que os digo, caballero, porque sin saber por qué os amo desde hace algun tiempo; desde que os he

visto en casa de mi padre. No diria esto á nadie, y á vos os lo digo porque os amo con toda mi alma. Esperemos para ver si vos despertais, para ver si es una fascinacion que pasa: yo estoy segura de no amar á otro mas que á vos.

—¿Quereis que entremos en la huerta? dijo don José cada vez mas asustado.

—No, no, de ninguna manera: á estas huertas viene mucha gente, podrian vernos, decírselo á mi padre, y ¡oh! mi padre es terrible en asuntos de honor, y me mataria si supiera que yo he hablado con un hombre. ¡Ah! no, no, hasta que vos me pidais á él por esposa, es necesario que nada se sepa, es necesario un profundo secreto. Y porque temo que alguno que me conozca pase por aquí, nos vea, y lo diga á mi padre, adios.

—¿Pero no consentireis en que nos veamos secretamente? dijo don José.

Meditó un momento doña Estrella, vaciló y respondió al fin:

—Bien, veámonos secretamente, pero no sé cómo.

—¿Quereis que yo arregle esto con vuestra dueña?

—Sí, haced lo que querais, respondió doña Estrella; ya os he dicho que, no sé por qué, soy vuestra esclava; que estoy sujeta á vuestra voluntad; pero confio en vuestro honor, confio en vuestro amor. No me comprometais, no deis ocasion á que mi padre ejercite contra mí su venganza. Adios.

—Adios, esclamó don José.

Los dos amantes se estrecharon las manos, se miraron con ánsia, y ella, separándose de don José, y haciendo una seña á su dueña y á su paje, se alejó.

Don José quedó inmóvil, atónito, asombrado, como si todo lo que acababa de pasar por él no hubiera sido mas que uno de esos terribles sueños que nos causan una impresion vívisima.

Sin embargo, no era un sueño.

Veia alejarse gallarda, magnífica, á Estrella.

Pelegrin se le acercó.

—Sea para bien, dijo á don José; al fin ha sucedido lo que yo esperaba, que tropezaríais con la horma de vuestro zapato. Sí, esto era preciso; si hemos nacido para que hagan de nosotros lo que quieran: es verdad que ellas han nacido para que nosotros hagamos de ellas lo que queramos. Bueno, bien, me alegro... ¿Y en qué habeis quedado?

—Hemos quedado en vernos secretamente, Pelegrin, y es necesario que tú andes en esto y vayas á ver á ese escudero, y que ese escudero se ponga de acuerdo con la dueña.

—Tá, tá tá; ¿con que nos casamos, señor? Y decidme: ¿tiene vuestra ama alguna doncella con quien yo pueda entretener las horas de espera?

—Pelegrin, veo que te equivocas.

—¿Que me equivoco?

—Sí; tu crees que esto para mí es un galanteo, un entretenimiento; pero pienso hacer mi esposa á doña Estrella.

—¡Ah! pues entonces esto es distinto; trataremos con mucho respeto la casa donde habita vuestra mujer.

—Vámonos, Pelegrin; tengo impaciencia porque vayas á encontrarte con ese escudero.

—En buen hora, señor, contestó Pelegrin; vámonos cuanto antes para que cuanto antes pueda yo acometer á ese viejo; él me convidó ayer á mí, y hoy me toca á mí convidarle á él, por aquello de que ayer él era el que me necesitaba, y hoy yo soy el que le necesito á él. Por lo mismo es preciso que me deis algo con que domesticar á ese estafermo, que os aseguro que no es tan fácil de vencer, porque me parece honrado.

—Llevarás contigo tanto dinero, que la honra de ese hombre se anegará bajo él.

Y don José y Pelegrin salieron de la huerta.

CAPITULO XVIII.

De cómo los remordimientos pudieron mas que el interés en doña Deogracias.

Aquella misma tarde tuvo medio Pelegrin de encontrarse en la misma hostería con Saltillo, y se fué á él en derechura, pidiéndole proporcionase á su amo la entrada de noche en alta hora, en la casa de su ama, si es que queria que su jóven señora no adoleciese de desesperacion y muriese de pena.

Saltillo se puso de uñas, se escandalizó, y se insolentó con Pelegrin.

Pelegrin empezó por ponerle en las manos un bolsillo, y por afirmarle que los pensamientos de su amo, respecto á doña Estrella, no podian producir otra cosa que un casamiento.

Y no sabemos si por esta seguridad ó por el dinero recibido, cambió de tal manera Saltillo, que quedó concertado entre el soldado y el escudero, que aquella noche, á las doce, podria ir don José por el postigo del huerto, en el cual estaria esperando, avisada ya, doña Deogracias.

Separáronse.

Pelegrin fué á dar cuenta á don José del buen resultado de su encargo, y al jóven se le hicieron siglos las horas que pasaron desde entonces hasta la media noche.

Llegada esta, habiéndose engalanado don José y armádose como

convenia, se fué con Pelegrin al postigo del huerto de don Félix de Campomayor.

Llamó, y el postigo se abrió al momento.

—De aquí no habeis de pasar, caballero, dijo una voz trémula y medrosa, la de doña Deogracias, si no me jurais por Dios uno y trino y por la salvacion de vuestra alma y por todo aquello por que puede jurar un cristiano, que venís con bonísimos pensamientos y con lealtad de corazon, y que nada pretendereis que en menoscabo sea de la honestidad y limpia fama de mi señora.

—Yo lo juro, dijo don José; y bien sabe Dios que si pretendo penetrar aquí, no es por nada que pueda menoscabar la honra de vuestra señora.

Y no juraba en falso don José: primeramente, porque era soñador, de espíritu levantado y noble é incapaz de una infamia; despues, porque nada habia de material en el sentimiento que le habia inspirado doña Estrella; por último, porque su primer objeto al entrar allí, era su sed de venganza contra Rodrigo Vazquez, á la que no habia renunciado.

Aquel mismo dia habia preguntado por él á don Félix de Campomayor, y este le habia respondido:

—Aún no podeis verle, porque su enfermedad se agrava: delira, y ni aun puede decírsele que hay aquí una persona á quien interesa el hablarle; y tan mal auguran los médicos, que es muy posible que se nos muera sin que podais verle.

Don José se desesperaba pensando en que se le escapaba Rodrigo Vazquez por las puertas de la muerte.

Tenia sed de su sangre.

Por esto solo habia aceptado la invitacion para ir á las huertas donde debia conocer á doña Estrella, y si despues se habia impresionado tan fuertemente por ella, obra habia sido de la casualidad.

La dueña, despues de haber obtenido la seguridad de que el honor de doña Estrella seria respetado, precedió al jóven, conduciéndole á oscuras por el jardin hasta una sala baja donde le hizo esperar.

Aquella sala estaba alhajada de una manera rica, aunque á la antigua, y de esto podia juzgarse á la luz de un velon que ardia sobre una mesa.

Don José se sentia impresionado de una manera nueva.

Se avergonzaba de una parte, porque cometia una traicion, sor-

prendiendo por medio de su hija á un hombre tan honrado, tan leal y tan caballero, y por otra parte se abrasaba en el recuerdo de doña Estrella.

Esto era para él un remordimiento.

Le parecia que la irritada sombra de doña Gregoria se ponia entre él y doña Estrella.

—Ella, murmuraba don José, no supo nunca que era mi hermana; nadie me lo ha dicho, pero estoy seguro de ello; si ella lo hubiera sabido, no hubiera muerto, se hubiera resignado como yo, ó hubiera reconocido la bondad de la Providencia que evitaba un crímen; hubiera acabado por acostumbrarse á amarme como un hermano; y qué digo: no tenia necesidad de acostumbrarse á esto, porque me amaba con la pureza de un ángel, con la misma pureza del amor que me inspiraba; yo no me he desesperado porque me era imposible obtenerla por esposa, no, sino porque no podia decirla: la naturaleza y la religion nos separan. Pero, ¡insensato! añadió don José, soltando una carcajada; ¿no está ella en la tierra de la verdad? ¿No ve desde el cielo, donde debe gozar la bienaventuranza que Dios concede á los mártires, que era mi hermana? ¿Por qué ha de irritarse contra mí, porque otra mujer me ha hecho esperimentar un amor nuevo, un amor que por ella no habia sentido? Aquel amor no me martirizaba, no me abrasaba; era una luz tranquila, dulce, blanca, que ardia en mi alma; este amor es un fuego voraz que me devora. ¡Oh, Dios mio, qué hermosura! ¡Qué candor! ¡Qué alma la de este arcángel que sin buscarle he encontrado!

La verdad era que con la muerte de doña Gregoria, ó mejor dicho, desde su necesaria separacion de ella, aquel amor imposible habia dejado en el alma de don José un vacío muy difícil de llenar.

Doña Estrella, por la semejanza moral que existia entre ella y doña Gregoria, á juzgar por la fisonomía, por su grande hermosura, por la espresion del violento amor que le habia inspirado el jóven, por ese *quid divinum* que produce una pasion incontrastable entre dos séres nacidos el uno para el otro en el momento en que se encuentran, habia llenado completamente el horrendo vacío del alma de don José.

Cuando este recordaba á doña Gregoria, no nacia el recuerdo de su corazon, sino de su conciencia.

Los muertos pasan: esto es muy triste, pero es cierto.

La vida rechaza á la muerte; el sér al vacío: el amor es una

necesidad del alma y del corazon: el amor vivo mata al amor muerto.

Esto nos lo dice friamente la esperiencia, que nada respeta, que dice la verdad desnuda, por horrenda que sea.

Cuando olvidamos el amor de una mujer que nos ha enloquecido; por la que mientras vivia habíamos creido que no podríamos existir muriendo ella; que ella nos arrastraria consigo á la tumba, y al cabo de cierto tiempo otra mujer nos hace olvidarnos de la que ha dejado de existir, si tenemos delicadeza de sentimiento, no podemos menos de sentir hastío y repugnancia de nosotros mismos; de reconocer que valemos muy poco, que somos esclavos de la doble voluptuosidad del espíritu y de la materia, que no pueden alimentarse con un recuerdo.

La mujer perece generalmente para el amor, cuando muere.

Son muy pocos los que enferman á consecuencia de la pérdida del ser amado y sienten con placer la aproximacion de la muerte, porque á causa de ella van á encontrar de nuevo, y para toda una eternidad, al adorado sér perdido.

Pasaron bien diez minutos desde que don José entró en la sala, hasta que apareció acompañada de su dueña doña Estrella.

En estos diez minutos, don José habia pensado y sentido tanto, que para espresarlo necesitaríamos muchas páginas.

De improviso le sacó de sus cavilaciones la presencia de doña Estrella, que se acercó cubierta de un hechicero rubor, temblando, contrariada, como cediendo á un deseo superior á la fuerza de su razon y de su deber.

Se acercó á don José y le dijo toda estremecida:

—¿Qué pensareis de mí, señor mio, al veros en mi casa á estas horas, sin conocimiento de mi padre y á mi lado?

—Pienso, dijo don José, que estoy al lado de mi esposa.

Y despues de estas palabras, los dos jóvenes, que no sabian qué decirse, permanecieron contemplándose en silencio, diciéndose mucho mas con los ojos que lo que hubieran podido decirse con la lengua.

Doña Deogracias, á quien el demonio del interés habia trastornado en un punto, convirtiéndola de buena mujer en dueña, dueñísima, con todas las malas cualidades de la dueña, echó de ver que habia olvidado su pañuelo, y como estaba constipada y no podia pasarse sin él, fué á buscarle.

Quedaron solos los dos jóvenes: y muy oculto debia estar el pañuelo de doña Deogracias, y aun perdídosele la llave del cofre, porque no volvió en mucho tiempo.

Afortunadamente doña Estrella era cándida y pura, don José soñador, noble y verdaderamente enamorado, y el ángel de la guarda de doña Estrella no tuvo ni el mas ligero motivo para taparse los ojos con la mano, desplegar las blancas alas, y volar dolorido.

Fué aquella una conversacion de ternezas, de esperanzas próximas, de dulcísimos proyectos.

De lo que mas se trató fué de buscar el medio por el cual el quisquilloso don Félix no tuviese pretesto alguno para negar la hermosa mano de su hija á don José, cuando este se la pidiese.

Porque hay que advertir, que don Félix tenia muy recatada á su hija, que la salida de aquella á las huertas para conocer, ó mas bien que la conociese don José, habia sido una licencia temeraria, y habia que justificar dónde y cómo habia conocido el jóven á doña Estrella: porque esta, segun espreso mandato de su padre, no debia salir á la calle sino cumplidamente rebozada en un manto, viendo con un solo ojo por un profundo candilejo, y esto para ir á la iglesia, muy de mañana, ó por la tarde al jubileo ó á vísperas, y tal cual vez á casa de un pariente, en la cual se la guardaba y se la escondia con tanta rigidez como en la casa paterna.

Decir que don José la habia visto en la calle, que se habia enamorado de ella por el aire, esto es, por la gallardía, que la habia seguido y vístola entrar, en su casa era cosa demasiado informal para irse con ella al sesudo y escrupuloso don Félix; pues no habiendo dicho don Félix á don José que tenia una hija, pedirle por ella y mostrar deseo de verla para justificar despues una peticion, era cosa en que no podia pensarse; don Félix lo hubiera tomado á gravísima ofensa, y sabe Dios lo que hubiera acontecido.

Casarse sin conocimiento de don Félix, ni era posible esto porque lo evitaban ya las prescripciones sobre el matrimonio del Santo Concilio de Trento, ni doña Estrella hubiera consentido nunca en dar tan grave disgusto á su padre.

Pues pensar en que doña Estrella le dijese la verdad, esto es, que por un impulso de la curiosidad aneja á las mujeres habia conocido doña Estrella á don José y se habia enamorado de él, era pensar en un disparate, sentenciarse á arrostrar las probables consecuencias de que don Félix encerrase á su hija en un convento.

Nada, no habia medio.

Todo consistia en que don Félix no habia tenido por conveniente decir á don José que tenia una hija, y presentársela.

Esto era muy natural y muy digno; obrar de tal manera con un soltero tan rico como don José, era lo mismo que someterse á suposiciones muy poco favorables.

La situacion de los dos jóvenes pertenecia al género de las que solo se resuelven por la locura de la pasion.

Y esto no era fácil, porque los dos eran tan buenos, que se satisfacian con verse, con hablarse, y con comprender que se amaban.

Pero como don José no olvidaba por su amor su venganza, le urgia casarse con doña Estrella para penetrar en las interioridades de la casa, y llegar sin ser sentido á Rodrigo Vazquez.

No encontrando un medio para pedir por esposa su hija á don Félix, don José no encontraba el medio de su venganza, y esto le desesperaba.

Dos horas largas estuvieron hablando los dos amantes, hasta que por último doña Deogracias encontró su pañuelo: ¿y dónde? atravesado en la correa de su hábito, por lo que hizo muchos aspavientos, declarando que tal la habia puesto la cabeza lo que hacia ó habia hecho, introduciendo á don José en la casa, que se habia vuelto loca buscando su pañuelo por toda la casa, que tenia sobre sí.

Era necesario que los amantes se separasen: manifestólo así la dueña, don José y doña Estrella conocieron lo razonable de su observacion, y aunque por su gusto no se hubieran separado en toda una eternidad, partióse don José, pero conviniendo en que se verian de allí á dos noches.

Doña Estrella habia ya perdido su fama respecto de sus criados, que sabian la entrada en la casa de don José; esto es, Saltillo y doña Deogracias.

De tal manera habia vuelto el interés á la dueña, que ni aun siquiera se habia quedado observando desde una puerta si don José habia cumplido su juramento ó faltado á él, y la grosera inteligencia de aquella mujer mal educada, no podia comprender que hay amores que, por lo menos en sus principios, son tan puros como un rayo del sol.

Y como doña Deogracias, si bien no habia sido fuerte para resistir á la tentacion del oro, era por costumbre, por rutina, gran moralista á su manera, sucedió que la empezó á escarabajear la

conciencia, y á darla guerra, y á hacerla dar vueltas en la cama, y avínole, cuando ya cansado su organismo se durmió, un sueño pavoroso en relacion con sus creencias y con los remordimientos que la habian desvelado.

Soñó no menos que se la llevaban los demonios y la echaban en un pozo ardiente á hacer compañía con otras malas dueñas y encubridoras que empezaban por apoderarse de ella y arañarla, y morderla, y devorarla.

Despertó despavorida, y aun despierta creyó que el diablo se la llevaba, y no se tranquilizó hasta que se propuso reparar en cuanto la fuera posible el mal que habia hecho.

Era necesario, de todo punto necesario, que confesase su pecado á su director espiritual, que era un respetable fraile capuchino, tan docto como robusto y colorado, y pedirle consejo.

Pero amaneció, salió el sol, se levantó doña Deogracias, y como la luz por sí sola quita muchos miedos, ó por lo menos los atenúa, no le pareció á doña Deogracias que era todavía tan urgente remediar el mal en lo que fuera posible.

Es tambien muy probable la causase gran miedo la reprension del padre Mondoñedo, que era muy severo, y que se enfurecia contra los pecados gordos.

Esto lo sabia muy bien doña Deogracias, que le habia confesado algunos, y se habia traido por ellos penitencias tales, como la de veinticinco azotes de disciplina diarios por espacio de quince dias, con ayuno á pan y agua uno sí y otro no, silicio, y otras varias asperezas y mortificaciones.

Y hubo tambien aquello de pensar doña Deogracias en que tan gordo era el pecado, que podia suceder muy bien que el padre Mondoñedo, al conocerle, se dejase de penitencias y la entregase al tribunal del Santo Oficio de la general Inquisicion, por tercera, corruptora de las buenas costumbres y perdedora de almas, lo cual estaba (esto lo decimos nosotros) muy puesto en razon, porque á todas estas bribonas que abren á una mujer pura un camino de infamias, de desventuras y de lágrimas, debia matárselas á azotes, y no decimos que debia quemárselas, porque no se nos crea en ningun caso ni por nada partidarios de la Inquisicion, de aquel tribunal inconcebible, que en nombre de Dios hacia sufrir por un momento sobre la tierra á criaturas miserables las penas del infierno.

Y dando vueltas á sus remordimientos y á su miedo, doña Deogracias pasó aquel dia, y al siguiente por la mañana, recibió, por medio de Saltillo, una bolsa repleta que don José la enviaba para asegurar sus servicios, temeroso de que la dueña volviese sobre sí é impidiese la realizacion de la cita convenida.

Así es que don José entró segunda vez por el postigo de la casa de don Félix; pero mas loco, y alentado por los malos consejos de Pelegrin.

El amor habia fermentado en el corazon de don José y habia enturbiado su pureza.

La segunda entrevista de los amantes no fué inocente.

¿Qué importaba?

Don José estaba resuelto á casarse con doña Estrella, y cuando ya existian entre ellos la intimidad del esposo y de la esposa, don José se atrevió á solicitar de la pobre jóven que le recibiese otra noche, no ya en aquella sala, sino en su propio aposento.

El amor es para las mujeres mas que una locura, porque es un fanatismo.

Una mujer verdaderamente enamorada nada niega al hombre que la enamora, y la desdichada doña Estrella consintió, citándose para la noche siguiente en su propio aposento con don José.

Habia este tenido por objeto penetrar en el interior de la casa, y una vez en él, en la habitacion de Rodrigo Vazquez de Arce.

Pero aconteció que tal batería dieron sus remordimientos á doña Deogracias, que á la mañana siguiente se fué al convento de Capuchinos, esto es, á la iglesia, y se acercó temblando al confesonario que llenaba completamente la oronda humanidad del padre Mondoñedo.

Acababa de levantarse una beata, por lo cual empezó inmediatamente la confesion de doña Deogracias, y en cuanto llegó á su delito, revolviéronse en sus órbitas los ojos del padre Mondoñedo, arrojaron llamas, y esclamó con una voz estentórea que oyeron todos los que estaban en la iglesia:

—¡Al infierno, al infierno, maldita! ¡no hay absolucion para tan horrendo pecado!

Doña Deogracias se desmayó de miedo y de vergüenza, y para que tornase en sí, la llevaron á la sacristía.

Entre tanto, pasada la primera sorpresa, el primer afluvio de indignacion, el virtuoso padre Mondoñedo comprendió que aquel

asunto era demasiado grave para que no se le tratase con suma delicadeza; se entró en la sacristía á tiempo que doña Deogracias volvia en sí, y cuando se hubo recobrado, la apartó á un rincon de la sacristía y la dijo en voz baja cuanto lo permitia el tremendo cuerpo, por decirlo así, de su voz:

—Para que se repare en lo posible el daño que, olvidándoos tanto de Dios y de vuestra alma habeis causado, es forzoso obedezcais ciegamente lo que voy á mandaros.

—¡Obedeceré, obedeceré, padre mio! dijo doña Deogracias; ¡pero por Dios no me entregueis á la Inquisicion!

—Eso no será si me prestais una obediencia ciega.

—Sí, sí señor, todo lo que quiera vuestra paternidad, contestó compungida doña Deogracias.

—Pues bien, volveos á casa de vuestro señor, y si no podeis disimular la mala cara que teneis por el justo remordimiento de vuestro pecado y por la certeza de su castigo, decid que os duelen los raigones ó que adoleceis de histérico, y cuando llegue la hora de que abrais vilmente la casa de vuestro amo á ese pecador, abrídsela y llevadle como lo habeis ofrecido al aposento de vuestra desgraciada señora, tan mal guardada por vos; y cuenta con que advirtais ni con una sola palabra á vuestros infames cómplices.

Ofreció doña Deogracias que así lo haria, y vacilante, enferma, muerta, se volvió á casa de su amo y disimuló cuanto pudo poniéndose una venda en la cabeza y dos parches en las sienes, y alegando que tenia una jaqueca que la volvia loca, se metió en la cama, en la cual se pasó arrebujada todo el dia y parte de la noche hasta las doce.

CAPITULO XIX.

De la mala noche que dieron la tia Zampoña y don José á Rodrigo Vazquez.

En cuanto al padre Mondoñedo, despues de decir misa, de almorzar, de visitar á las monjas y de comer en el refectorio, se fué ya á la tarde á casa de don Félix de Campomayor, que se alegró mucho de verle, porque le estimaba.

—Gracias doy á Dios, dijo don Félix, de que os hayais acordado de favorecer mi casa, en la que hacia mucho tiempo no teníamos el gusto de veros: voy á mandar que llamen á mi hija.

—Dejad quieta á esa señora, dijo el padre Mondoñedo, que tal vez por ella es por quien yo vengo á visitaros, señor don Félix.

—¿A causa de mi hija? contestó don Félix alterándose.

—Paréceme, señor don Félix, dijo el capuchino, que mi señora doña Estrella está ya en necesidad de casarse.

—No tiene mas que diez y siete años, dijo con ansiedad don Félix, y no comprendo lo que me decís, padre.

—Pues porque tiene diez y siete años y muy poca reflexion, dijo escusando rodeos el padre Mondoñedo, está en necesidad perentoria de reparar con el santo sacramento del matrimonio el gravísimo pecado que ha cometido.

Alzóse violentamente don Félix, pálido y trémulo de cólera.

El capuchino se le puso de pié enfrente, y con los brazos abiertos le dijo:

—Escuchad, en nombre de Dios, hermano; ahogad la cólera que os ha encendido el demonio; sentaos, y oid con humildad: porque de lo que ha sucedido, vos teneis en gran parte la culpa, puesto que habeis confiado vuestra honra, que es vuestra hija, al cuidado de gentes mercenarias.

Don Félix no se sentó por su voluntad, sino porque adelantando hácia él el fraile, le tropezó, le empujó, y echando sobre él la gravedad de su enorme volúmen, le obligó á sentarse.

—En vez de irritaros, señor don Félix, continnó el fraile, sentándose de nuevo en el sillon que habia abandonado, debeis dar gracias á la infinita misericordia de Dios que ha hecho que un ministro suyo, aunque indigno, se coloque entre vuestra venganza y vuestra hija, ó lo que viene á ser lo mismo, entre un gravísimo pecado y un horribilísimo crímen. Dios os manda obedecerme, porque yo os hablo en nombre de Dios, y espero sereis dócil, so pena de excomunion, á los sanos consejos que voy á daros en bien de vuestra honra y de la felicidad de vuestra hija.

Don Félix inclinó la cabeza bajo el grave peso de la amenaza de excomunion.

El golpe habia sido enérgicamente parado por el capuchino; se habia salvado la situacion, se la habia dominado.

Entró despues el capuchino en esplicaciones, y don Félix supo con sorpresa que quien habia manchado, seduciendo á su hija, sus canas, era don José, el hombre de quien menos lo hubiera creido, porque le tenia por el mas honrado y leal jóven del mundo.

Pero contando con lo que el padre Mondoñedo le habia dicho, refiriéndose á la confesion de doña Deogracias, de que el manchador de su honra estaba decidido á casarse con doña Estrella, y de que si no se la habia pedido habia sido por no atreverse á pedírsela, se tranquilizó un tanto, porque sabia bien cuán rico y cuán noble era don José.

De lo primero no podia dudarse, porque se sabia en la villa que don José gastaba como el fuego.

Ni tampoco podia dudarse de lo segundo, porque daba testimonio de la nobleza del jóven la roja cruz de Santiago que llevaba al pecho.

—¿Y cómo hemos de hacer, preguntó ya menos terrible don

Félix, para asegurar el cumplimiento de las promesas hechas á mi hija por don José?

—¿Pues hay mas que esperar, contestó el capuchino, á que ese imprudente, temerario y descreido jóven entre en el aposento de vuestra hija, y llamar entonces vos y yo?

—¡Vos, padre!

—Sí, yo, señor don Félix; de vos no me separo, porque temo que el demonio, apartándome yo de vos, de vos se apodere, y hagais imposible en un momento de ira el bueno y sano propósito con que yo he venido de dar un buen fin y remate á esta desgracia, convirtiéndola en alegría y buena ventura.

—Decís bien, padre mio, dijo don Félix; permaneced á mi lado, porque tan grave es lo que me sucede, que si no me auxiliais con vuestra prudencia y vuestra virtud, no podré irme á la mano.

—Pues empezad por poneros vuestra espada, vuestra capa y vuestro sombrero, y vámonos á tomar el aire, y luego al oscurecer nos iremos al convento, y vos direis al padre guardian que estando muy de peligro el señor Rodrigo Vazquez, ha pedido que yo le asista para consolarle y fortalecerle, mentira que Dios nos perdonará por lo grave de la causa, y luego nos volveremos á vuestra casa, en la que yo permaneceré hasta la hora necesaria.

Con esto se salieron el padre ofendido y el prudente religioso, y pasó el tiempo y llegó la media noche, y levantóse doña Deogracias toda temblando, y fuése al postigo del huerto, y le abrió, dando entrada á don José, que ya esperaba.

—Oid, doña Deogracias, dijo don José cuando estuvieron en la sala donde dos veces le habia recibido doña Estrella: ¿quereis decirme en qué parte de la casa está la habitacion en que yace en un lecho y muy enfermo el señor Rodrigo Vazquez de Arce?

—¡Jesus, María y José! dijo asustada doña Deogracias.

—¿Qué os espanta en lo que os he dicho, señora? preguntó don José.

—No, no me espanta lo que me habeis dicho, dijo doña Deogracias; sino que mientras me lo estábais diciendo, ha pasado por detrás de vos el demonio.

—¡Qué estais diciendo, doña Deogracias! el miedo os turba y os hace ver visiones.

—Sí señor, el demonio en figura de una vieja corcovada, terrible, echando llamas por los ojos.

Y doña Deogracias, demasiado combatida por su situacion, llegada al colmo del terror, apenas pudo pronunciar sus últimas palabras.

Se la nublaron los ojos, vaciló y cayó por tierra sin sentido.

—¡Ah! esclamó desesperado don José: ¿qué hago yo ahora? El desmayo que ha cogido á esta mujer es muy grave.

En efecto, doña Deogracias estaba amarilla como una difunta é inmóvil.

Don José no sabia qué hacerse: por una parte, su buen corazon le retenia al lado de doña Deogracias; por otra, no conocia la casa de don Félix de Campomayor; no sabia dónde pudiese estar Rodrigo Vazquez de Arce: estaba, pues, indeciso, preocupado, asustado, en una situacion sumamente difícil.

De improviso se oyó una especie de rugido sordo, terrible, una especie de grito de desesperacion.

¿Quién podia ser quien habia lanzado aquel grito?

Don José, como arrastrado por una fuerza magnética, abandonó á doña Deogracias, y se fué hácia el lugar donde aquella voz ronca, terrible, habia resonado.

En efecto, una mujer horrible habia pasado por la sala donde estaban doña Deogracias y don José sin que este la viese.

Como sabemos, doña Deogracias la habia visto.

Aquella figura horrible, aquella vieja encorvada que, segun habia dicho la dueña, parecia el demonio, no era otra que doña Mencía de Santistéban, ó la tia Zampoña, como mejor queramos.

¿Cómo habia entrado allí la tia Zampoña?

Esto necesita una esplicacion.

Doña Mencía de Santistéban iba detrás de Rodrigo Vazquez, como su destino, como su infierno.

Doña Mencía se trasladó á Arévalo en el momento en que supo que Arévalo era el lugar que habia elegido para su destierro Rodrigo Vazquez.

Doña Mencía conocia sobradamente á don José, y habia tenido ocasion de verle en Arévalo.

Se valió de espías, y supo que don José iba de noche, á las doce, á casa de don Félix de Campomayor, y entraba por el postigo.

Sabia tambien que en casa de don Félix de Campomayor estaba muy enfermo Rodrigo Vazquez de Arce.

En fin, esperó aquella noche prevaliéndose de su oscuridad

junto al postigo del jardin de la casa de don Félix, y cuando aquel se abrió para dar entrada al jóven, aprovechó un momento y se escurrió al jardin.

Esperó, y al cabo atravesó por la sala donde estaban el jóven y la dueña sin poder evitar que esta la viese.

Doña Mencía se habia informado mucho mejor que don José.

Sabia que Rodrigo Vazquez estaba en una sala baja, asistido hasta cierta hora por un criado que se retiraba despues á una habitacion inmediata.

Hasta el plano de la casa le tenia doña Mencía.

Así es, que podia penetrar sin obstáculo en la sala baja, donde muy enfermo estaba Rodrigo Vazquez.

Una lámpara de noche ardia opacamente sobre una mesa, desvaneciendo mal la oscuridad.

Aquella sala estaba envuelta en una luz turbia.

En un ángulo habia un gran lecho de nogal escultado con grandes colgaduras de damasco, y en el fondo de aquel lecho oscuro se revolvia, dominado por el delirio, en un insomnio perpetuo, el terrible juez.

El resto de la habitacion estaba amueblado con riqueza, aunque con un gusto antiguo, del tiempo del emperador.

Una gruesa alfombra cubria el pavimento y apagaba el ruido de los pasos.

Sobre las paredes entapizadas de rojo habia grandes cuadros místicos.

El techo era de una ensambladura de pino ennegrecido, lo que acababa de dar un aspecto sombrío á la habitacion.

Doña Mencía se lanzó al lecho, entreabrió las colgaduras y esclamó:

—¿Con que te me vas, infame? ¿Con que no puedo tener el placer de verte sobre el patíbulo?

Al sonido de aquella voz vibrante, seca, chillona, horrible, irritada, vengativa, pareció como que se desvanecia el delirio de Rodrigo Vazquez, que á pesar de su debilidad se incorporó violentamente, avanzó el cuerpo, y quedó mirando espantado, como si hubiera visto una vision infernal, á doña Mencía.

—¡Ah! ¿eres tú? esclamó; ¿de dónde vienes?... del infierno, sin duda... ¡Ah! tú buscas venganza, venganza, ¿y de qué?... tú eres impotente contra mí... Dios me castiga... he sufrido mucho... mi

Dios me perdonará por mis sufrimientos... ¡véte, véte, maldita!

—¡Tus sufrimientos! ¿Qué son tus sufrimientos, comparados á los que has hecho esperimentar á tus víctimas? ¡Que Dios te perdone, miserable asesino! ¿Cómo puede perdonar Dios al que ha causado la muerte de aquella infeliz niña, de aquella doña Gregoria?

Este recuerdo evocado en aquellos momentos, en medio de la soledad y del silencio de la noche por aquella mujer horrible, hizo dar á Bodrigo Vazquez un grito ahogado, ronco, semejante al rugido de una fiera herida en el corazon.

Aquel rugido era el que habia oido don José.

—Sí, sí, atérrate, retuércete en la desesperacion, invoca en buen hora el nombre de Dios que no te escucha, dijo doña Mencía; á los infames como tú, no puede escucharles: acuérdate, yo soy una de tus víctimas; tú, miserable, fuiste el que empezaste para mí una vida de desesperacion, de dolor, de crímenes, de impureza. Yo no me arrepiento, no, yo estoy decidida á todo, yo me rio de todo, no hay nada que me haga temblar; pero quiero vengarme de tí, vengarme, amargando tu agonía, siendo para tí tu verdugo, ya que no puede serlo en el verdugo comun, el verdugo que mata á los que sentencian los jueces, tus compañeros; el verdugo que degüella y extrangula en la plaza pública: ¡ah! yo seré el sacerdote que te auxilie, yo seré el que goce en tu desesperacion impotente. ¡Ah! he esperado mucho tiempo mi venganza, para no tomarla tal como puedo.

En aquel momento doña Mencía se sintió arrancada de junto al lecho, y lanzada lejos de él.

Era don José que habia entrado, que se habia acercado, que se encontraba al fin frente á frente de Rodrigo Vazquez, cuya calva cabeza, con su semblante cadavérico, asomaba entre la abertura de las colgadurasas del lecho.

El turbio y escaso reflejo de la lámpara que medio alumbraba la habitacion, le daba de lleno, dejando ver su horrible demacracion, lo calenturiento, lo sombrío de su mirada.

Temblaba de una manera violenta: estaba asido á las dos colgaduras, y comunicándose á ellas el temblor de aquel miserable, se oian crujir de una manera estraña las anillas en el varillaje de hierro.

—¡Ah! ¿con que eres herido por la mano de Dios, infame? esclamó roncamente don José mientras doña Mencía gozaba un pla-

cer infinito, viendo á un hombre robusto, irritado, ansioso de venganza, frente á frente de Rodrigo Vazquez.

—Hé ahí, dijo doña Mencía con voz áspera, terrible, en que vibraba el gozo de un demonio; hé ahí que yo echaba de menos al verdugo, y que el verdugo se presenta.

Don José se estremeció.

Rodrigo Vazquez no hablaba, aterrado, dominado por un miedo frio, por un miedo insoportable.

La observacion de doña Mencía produjo en el jóven un efecto enteramente contrario á lo que doña Mencía se habia propuesto.

—¡El verdugo! dijo, ¡el verdugo, es verdad! Yo no puedo matarte frente á frente, como mato á un caballero, no, eres un moribundo... ¡Oh, Dios mio, Dios mio!... Al acercarme á tí se han crispado mis manos; un pensamiento de muerte ha pasado por mi cabeza; sin esa voz maldita yo te hubiera estrangulado. ¡Oh! no, no; el verdugo hubiera sido el que te hubiera estragulado... te defiende de mí la muerte: me impide saciar mi venganza tu debilidad... ¡Doña Gregoria... doña Gregoria, muerta por tí, quedará sin venganza!

—¡Ah, por piedad! esclamó Rodrigo Vazquez, con la voz apenas perceptible. ¿Qué mas castigo, qué mas dogal para mí, que el recuerdo de esa desgraciada.

—¡Ah, miserable! tú eres como todos los asesinos, esclamó don José; no os arrepentís sino cuando sentís sobre vosotros la mano del Señor; cuando oís ya la voz tremenda que os llama á juicio, á un juicio en el cual no puede prevalecer la injusticia; á un juicio en el cual el castigo será severo, terrible inexorable. ¡Ah! ¡tiembla, aguarda, apura el horror de tu agonía!

—¡Un sacerdote! esclamó Rodrigo Vazquez; ¡un sacerdote!... ¡yo muero!

Se operó otra nueva reaccion en don José.

—¡Ah! dijo, ¡un sacerdote! ¡pide un sacerdote! ¡va á morir! ¡Oh! yo no puedo dejar de ser cristiano y caballero... ¡un sacerdote!...

—No, no, gritó doña Mencía; un sacerdote, no: puede arrepentirse de tal manera que Dios le perdone: un sacerdote, no: que muera, que muera sin confesion, desesperado; que sufra lo que han sufrido sus víctimas; que Satanás se apodere de él: es suyo.

Don José se volvió terrible.



....ois ya la voz tremenda que os llama á juicio.

—¿Quién eres tú, vision infernal? esclamó; tú, tal vez, eres el mismo Satanás.

—¡Ah, ah! ¡si yo fuera Satanás!... esclamó arrojando llamas por sus pequeños y encarnizados ojos doña Mencía; yo soy una mujer que se venga, ó mas bien que quiere vengarse: y oye, don José Perez y Coello, escucha: esta vieja horrible, esta vieja encorvada, este sér débil, puede castigarte, ¿lo entiendes? Véngame, y no te espongas á escitar mi venganza.

—¡Véte! dijo don José; ¡véte ó no respondo de mí!

Y puso la mano en su daga; pero de tal manera, con una accion tan decidida, que doña Mencía se estremeció.

Veia el furor, la indignacion, el horror en la mirada del jóven.

Tuvo miedo, y huyó.

Al llegar á la sala donde estaba aún desmayada doña Deogracias, se abalanzó sobre ella, la registró rápidamente, la quitó la llave del postigo, se lanzó al jardin, abrió el postigo, y escapó.

Entre tanto, don José miraba de una manera intensa, terrible, al interior del lecho, donde se revolvia desesperado Rodrigo Vazquez de Arce, repitiendo sin cesar:

—¡Un sacerdote!... ¡un sacerdote!... ¡yo muero!

Don José comprendió su situacion.

Estaba en una casa estraña, en una casa honrada, introducido en ella por la traicion de los criados: era el amante de la hija del noble caballero dueño de aquella casa. ¿Qué importaba esto?

Una agonía horrible, un hombre desesperado por el remordimiento reclamaba el auxilio de un sacerdote: aquel hombre se moria.

Don José no vaciló.

—¿Qué puede suceder, dijo, que don Félix se indigne contra mí? No importa: un casamiento lo arregla todo. No, no debo vacilar, no debo hacerme merecedor de que Dios en mi agonía permita me vea abandonado, si yo abandono á ese miserable. El perdon... la caridad... ¡Ah, Dios mio, Dios mio!... Porque él haya sido infame, yo no puedo, yo no debo serlo... Y doña Gregoria... ¡Ah! Dios la habrá acogido en su seno; Dios la hará justicia en la eternidad.

Y decidido ya, salió de la sala, donde estaba Rodrigo Vaquez, y se dirigió á la otra, donde, apenas vuelta de su desmayo, estaba doña Deogracias.

CAPITULO XX.

De cómo la caridad mata la venganza.

—¡Oh, Dios mio, cuánto he sufrido! ¡qué miedo he pasado! dijo la dueña; pero esto debe de haber sido una figuracion mia; á mí me ha parecido ver al demonio. ¿Lo habeis visto vos, señor don José?

—Sí; pero no era el demonio, sino una mujer terrible, que ha entrado aquí no sé cómo.

—¡Una mujer!... ¡una mujer! ¿Con que aquello era una mujer? No, no puede ser; aquello era una cosa del otro mundo, una cosa mala. ¡Ay, señor don José de mi alma! yo estoy muerta; yo no sé lo que me sucede; yo estoy arrepentida: volveos, volveos, don José; salid de esta casa; yo no sirvo para lo que estoy haciendo; yo soy una mujer honrada; la pobreza, la tentacion del dinero, me han obligado á hacer lo que he hecho; pero he tenido miedo, remordimientos. Es necesario que salgais; no sabeis lo que aquí puede suceder, porque yo, aterrada de lo que hacia, he avisado á mi señor de que íbais á entrar esta noche.

—¡Ah! esclamó don José estremeciéndose; ¡con que don Félix de Campomayor lo sabe todo!

—Sí, sí señor; perdonadme; no he tenido valor para ocultarlo; he creido que mi salvacion consistia en remediar en parte el mal

que habia hecho; pero mi amo es terrible: sabe Dios lo que aquí puede suceder. Salid, salid, don José, salid.

—No, dijo don José; y puesto que todo lo sabe don Félix, concluyamos.

Y á pesar de las súplicas, de los ruegos, y aun de los esfuerzos de doña Deogracias, que se asía débilmente á su capotillo, salió de la sala, atravesó un corredor, llegó al patio, y dijo á voces:

—Señor don Félix, si velais esperándome, bajad.

Oyeron estas voces don Félix de Campomayor y el padre Mondoñedo.

Don Félix tembló de cólera, y arrojó una mirada á un rincon de la estancia donde se encontraba, en que estaba su espada.

El padre Mondoñedo, con su terrible humanidad, se interpuso.

Era lo mismo que si se hubiese puesto una montaña entre don Félix y su espada.

—No, no; os lo he repetido hasta la saciedad; de esto que ha sucedido teneis vos, en gran parte, la culpa: vos, que habeis confiado vuestra hija á gentes mercenarias; vos, que habeis sido ciego. Y además de esto, el hombre que lealmente os llama, y no con ira, porque no hay ira en su voz, sino ansiedad, es sin duda un caballero y un buen cristiano que quiere reparar el mal que ha hecho. Venid, venid conmigo, señor don Félix; entendámonos con ese caballero: ó mas bien, esperad aquí: yo iré.

Sin decir mas, el fraile tomó uno de los candeleros que habia sobre una mesa, salió de la habitacion y bajó al patio.

Entre tanto, doña Estrella habia oido la voz de don José.

Estaba despierta: como que le esperaba enloquecida por el amor, y se aterró.

¿Qué iba á suceder?

Doña Estrella conocia demasiado la exageracion del honor de su padre: se dió por muerta y se cubrió la cabeza con las ropas del lecho.

El padre Mondoñedo bajaba entre tanto haciendo crujir las escaleras bajo su enorme peso.

Al pié de ellas encontró á don José.

—¡Ah! dijo este con alegría; ¡un sacerdote!

—Sí, contestó con su voz de oboe el buen padre Mondoñedo; un sacerdote que ve con indignacion estas licencias: ¡qué digo licencias! este crímen de un jóven pervertido, olvidado de Dios, que se

atreve á provocar terribles desgracias, hiriendo en su honor á un caballero, á un padre, á un cristiano.

—Ante todo, el que muere, dijo don José.

—¿Y quién muere? esclamó sofocado el padre Mondoñedo.

—Un gran pecador; un hombre que necesita de toda la misericordia de Dios; un hombre que ha devorado el corazon de unas pobres víctimas, que ha bebido con delicia sus lágrimas: Rodrigo Vazquez de Arce.

—¡Ah! ¿se muere el señor Rodrigo Vazquez de Arce? esclamó con la voz trémula el padre Mondoñedo.

Y en seguida gritó con voz de trueno:

—¡Señor don Félix! ¡señor don Félix! ¡bajad al momento! ¡venid á la habitacion del enfermo!

Y asiendo de una mano, con una fuerza hercúlea, á don José, le arrastró consigo, esclamando:

—Vos no os quedais aquí; no quiero desatender á un moribundo, ni dejaros donde podais encontraros libre de mi presencia. Don Félix de Campomayor está muy irritado contra vos, y con justicia: os habeis introducido como un ladron en su casa, y le habeis robado su joya de mas estima, le habeis robado el honor de su hija.

Y á todo esto avanzaba á gran paso, haciendo retemblar el pavimento, á pesar de que aquel pavimento, por ser el del piso bajo, estaba en firme.

Se oia al mismo tiempo el descenso rápido y fuerte de una persona por las escaleras; y al entrar el fraile y don José en la sala donde estaba Rodrigo Vazquez, entró tambien don Félix.

Sintióle el fraile, y se volvió hácia él.

—En estos momentos, dijo, en que un moribundo reclama los auxilios de la religion, no hay que pensar en otra cosa, señor don Félix: aquí no hay enemigos; aquí no hay mas que hermanos que vienen á socorrer á otro hermano: yo os exijo vuestro juramento como cristiano, y vuestra palabra como caballero de que nada hareis contra este otro cristiano, contra este otro caballero, por mas que os haya ofendido, mientras sea necesario acudir al socorro, siquiera sea espiritual, de otro cristiano que perece: ¿me lo jurais, señor don Félix de Campomayor?

Entre tanto, el religioso estaba colocado entre don Félix y don José.

Al primero le ardian los ojos; estaba pálido y convulso de cólera.

Se comprendia que se contenia solo por respeto al padre Mondoñedo.

Don José estaba dominado por una vergüenza, por una confusion, hijas naturales de la situacion en que se encontraba.

Habia ofendido gravemente á aquel caballero que le miraba colérico.

—Juro, dijo don Félix de Campomayor, no hacer nada mientras sea necesario acudir al socorro de un moribundo; lo juro por Dios, por mi hábito de Santiago, por mi honor de caballero: despues... despues, Dios dirá. Pero oid, padre Mondoñedo: ese hombre, á quien con tanta razon considero como enemigo, es mi prisionero.

—Prisionero por mi voluntad, dijo respetuosamente, tímidamente, de una manera trémula don José: yo, arrebatado por la pasion de una justa venganza, he venido á Arévalo á buscar á un hombre, á quien no llamo infame porque está en la agonía; porque le aterra el miedo de presentarse ante la justicia de Dios; yo vine á buscar á ese hombre; estaba en vuestra casa, don Félix: vos no me permitísteis verle: además, yo queria verle á solas; para esto era necesario valerse de un medio estremo: teníais una hija, que debia ser tan buena como vos, á quien yo conocia demasiado: yo tenia el corazon libre, podia tomar á vuestra hija por esposa: os he dicho cuanto tengo que deciros por el momento; ahora os pido la mano de vuestra hija.

—Si la mereceis, os la daré, contestó el enérgico y terrible don Félix de Campomayor.

—¡Confesion! esclamó desde el lecho Rodrigo Vazquez.

—La muerte nos llama, dijo el religioso; estamos tocando á la eternidad; ante ella deben callar las pasiones y las flaquezas humanas.

Y el prudente religioso, que veia completamente cortada una situacion funesta entre don Félix y don José, se acercó al lecho.

—¿Qué es eso, hermano? ¿qué es eso, señor Rodrigo Vazquez?

—Esto es que me muero, contestó Rodrigo; que tengo el alma negra en fuerza de delitos, y que me aterra la justicia de Dios.

—No busqueis por miedo la misericordia del Señor, dijo el capuchino; resignaos á su santísima voluntad; no penseis en ser ó no perdonado, sino en la grandeza de los delitos que hayais cometido, con verdadero dolor y arrepentimiento de ellos; no os convirtais de miedo, porque no hareis otra cosa que aumentar un delito mas á

los que ya habeis cometido; escuchad la voz de vuestra conciencia, y no lloreis por vuestros dolores, sino por los de aquellos cuyas desgracias hayais causado; asíos á la mano descarnada de la santa Caridad, porque ella sola, ella sola es capaz de llevaros por el camino de la misericordia del Señor.

Despues de esto, el capuchino se sentó junto al lecho, y don Félix y don José se retiraron al fondo de la habitacion, pero apartados como dos personas cuyo trato se habia hecho muy difícil.

No se oyó despues mas que el murmullo de la confesion, la ronca voz ininteligible del capuchino, que le reprendia, los sollozos de Rodrigo Vazquez que se estremecia bajo las severas recriminaciones del sacerdote.

Esto duró mas de dos horas.

Al fin, el capuchino se levantó, y dijo acercándose á don Félix y á don José:

—Me parece que este pecador se salva; hay en él un verdadero arrepentimiento del mal que ha hecho, de las ofensas que ha causado á Dios. Pero desea, para morir tranquilo, obtener el perdon de sus víctimas.

—¿Y bien?... dijo don José, que estaba pálido, contrariado, sombrío.

—El señor Rodrigo Vazquez, continuó el religioso, desea que doña Juana Coello venga á verle á su lecho de agonía, y me ha pedido os suplique que vos tambien le perdoneis.

—¡Que le perdone yo! esclamó don José.

—Perdonadle, si quereis ser perdonado, dijo el religioso; venid conmigo; pero cuenta, caballero, que si no otorgais á ese desgraciado vuestro perdon con toda la sinceridad de vuestra alma, perdonado quedará este sin que á vos os aproveche el perdon que de mala manera le hayais otorgado.

Don José se acercó al lecho, y dijo con la voz trémula, opaca, difícil:

—Señor Rodrigo Vazquez de Arce.....

—¿Quién me llama? dijo con voz cavernosa Rodrigo.

—Don José Perez y Coello, contestó el jóven con un acento tal, como si su voz hubiera salido del fondo de la eternidad.

—¿Y qué me quereis? contestó con acento medroso, cada vez mas débil, Rodrigo Vazquez de Arce.

—Yo os perdono, prosiguió don José.

No pudo decir mas, y se separó del lecho.

Se oyó sollozar á Rodrigo Vazquez; pero aquellos sollozos no eran de dolor, sino de consuelo.

—Habeis obrado como bueno, dijo don Félix á don José.

—He obrado como cristiano, contestó el jóven; he perdonado al hombre á quien mas he aborrecido, y al perdonarle he dejado de aborrecerle. He pretendido vengarme de él, pero no quiero llevar mi venganza hasta la eternidad. ¡Que Dios le perdone como le perdono yo!

—¡Digno sois de ser mi hijo! esclamó don Félix.

Y asió las manos del jóven.

Este se arrojó en sus brazos, y sollozó á su vez.

Adoraba á doña Estrella.

El capuchino, que habia estado algun tiempo al lado del enfermo hablando con él, volvió adonde don José estaba.

—Aún espera mas de vos el señor Rodrigo Vazquez, dijo.

—¿Y qué espera de mí? preguntó don José.

—Espera, que puesto que sois tanto de doña Juana Coello, como que venís á ser su nieto adoptivo, tomeis la posta, vayais á Madrid, donde está esa buena señora, y la traigais para que el señor Rodrigo Vazquez pueda ser perdonado por ella, como lo ha sido por vos.

—Iré, dijo don José.

—Pues bien, mientras vais, dijo don Félix, lo prepararemos aquí todo para vuestro casamiento con mi hija.

—¡Oh, sí! y de él será madrina mi buena madre doña Juana Coello, contestó el jóven.

—Pero la necesidad urge, dijo el capuchino, hablando bajo, para que no lo oyese Rodrigo Vazquez. Yo conozco estas cosas demasiado, soy casi médico: don Rodrigo se va por la posta; tal vez, cuando doña Juana venga, si es que se presta á venir.....

—Vendrá, dijo don José; no he conocido tal grandiosidad, tal generosidad, tal santidad como las que resplandecen en doña Juana Coello; vendrá, sí, vendrá en cuanto sepa que la llama un enemigo arrepentido, un enemigo moribundo, un hombre castigado por la mano del Señor.

—¡Que Dios la bendiga, si así hace! Pero id por la posta, caballero, id por la posta; mirad que el señor Rodrigo Vazquez se nos va.

—Sí, id, hijo mio, dijo don Félix.

Y se dieron las manos, y salieron de la sala.

—Vais á salir por donde habeis entrado, dijo con la voz áspera y trémula don Félix, á pesar de que se habia reconciliado con don José; pero no olvidaré que la causa ha sido una miserable y traidora dueña: yo siento mucho que salgais de mi casa á tal hora por tal puerta.

En fin, llegaron al postigo, le abrió don Félix, salió don José, y poco mas allá encontró á Pelegrin, que le estaba esperando, guardándole, como suele decirse, las espaldas.

—Pronto, Pelegrin, dijo don José; á la posada á ensillar los caballos. Tenemos que ir, en cuanto menos tiempo nos sea posible, á Madrid.

Un cuarto de hora despues, á pesar de lo crudo y frio de la noche, don José y Pelegrin corrian por la carretera de Castilla, hácia Madrid.

En cuanto á doña Estrella, pasó una noche de agitacion, de terror, de sobresalto.

Sin embargo, nada aconteció.

Al dia siguiente, cuando la vió su padre, la dijo severo, pero no terrible:

—Es necesario que prepares galas, joyas, ricos atavíos: te casas, y te casas muy pronto.

—¿Con quién? esclamó sobresaltada la jóven.

—Con don José Perez y Coello, que anoche te me ha pedido por esposa.

Doña Estrella dió un grito de alegría.

Don Félix no la dijo ni una palabra mas que la hiciese creer sabia la situacion en que se encontraban ella y don José.

CAPITULO XXI.

De cómo perdonó doña Juana á Rodrigo Vazquez, y de lo que sucedió cuando lo llevaron á enterrar.

Don José habia ajustado su tiempo, y se habia dicho:

—Son las dos de la madrugada: puedo, apretando mucho á los caballos, mudándolos, llegar á Madrid en diez y seis horas; de modo que puedo estar allí á las seis de la noche; pues apretemos. Pica de largo, Pelegrin; no tengas compasion del bicho, como no la tengo yo del mio; se revienta, si es necesario; pero mañana entre doce y una hemos de entrar en Madrid.

—Por mi parte no quede, aunque reviente yo. No siento mas sino que estoy desacostumbrado, y despues no voy á poder tenerme en quince dias; pero no importa; piquemos, señor, piquemos.

Y los caballos apresuraron su carrera.

A las cinco de la mañana, don José cambió de caballos en la venta de Montuenga, pagando lo que quisieron por los que tomó, y dejando en depósito los que llevaba, porque, como ya hemos dicho, los estimaba mucho.

Siguieron corriendo con nuevo vigor nuestros viajeros hasta las nueve de la mañana, en que llegaron á la venta de las Navas de San Antonio, y se vieron obligados á mudar de nuevo las monturas, porque los caballos que habian tomado en Montuenga no eran tan buenos, ni con mucho, como los suyos.

A las doce paraban en la posada de Galapagar, y á fuerza de oro don José se apoderaba de dos fuertes caballos de unos viajeros que estaban en la posada, y siguió hácia Madrid, al que llegó á las dos y media.

Sin descansar, sin tomar aliento, don José se trasladó de su posada á la de doña Juana Coéllo, á la que encontró en compañía del corregidor de Alaejos.

—¿De dónde venís? le preguntó doña Juana, al verle con el desaliño y el cansancio del viaje.

—He corrido en doce horas veinte leguas, dijo don José; vengo de Arévalo.

—¿Y qué habeis ido á hacer en Arévalo? dijo doña Juana mirando fijamente al jóven.

—He ido á vengarme.

—¡A vengaros! esclamó doña Juana, poniéndose sumamente pálida; ¿á vengaros de Rodrigo Vazquez de Arce que está en Arévalo? Hace ocho dias, en el momento en que supísteis la muerte de mi pobre hija, salísteis demudado, terrible, sin despediros de mí: se os buscó, y no se os encontró, y yo he pasado unos dias muy amargos, porque no sabia qué desesperada resolucion podíais haber tomado.

—He ido á vengarme, repitió don José, á vengaros.

—¿Y os habeis vengado? contestó doña Juana Coello.

—No; le he perdonado: aquel hombre está dominado por un terror infinito: aquel hombre teme la justicia de Dios: aquel hombre lloraba. Yo no he podido menos de olvidar mi venganza y concederle el perdon en la parte que me tocaba.

—Habeis hecho bien, muy bien, y Dios os recompensará, hijo mio, contestó doña Juana.

—Es que Rodrigo Vazquez exige aún mas.

—¿Y qué exige Rodrigo Vazquez?

—He dicho mal; no exige, suplica con toda su alma que vayais á verle, que vayais á perdonarle. Dice que si no le perdonais vos, no puede perdonarle Dios.

Doña Juana se estremeció de una manera poderosa: creció su palidez: pasó por ella la agonía de la muerte.

—¡Que le perdone! esclamó; sí, sí, ya hace tiempo que le he perdonado, porque con la crudeza que ha mostrado con nosotros, con su odio á muerte, de que nos ha hecho víctimas, yo le veia caminar á su perdicion: sí, iré, iré cuanto antes.

—Sois un ángel, esclamó admirado el corregidor de Alaejos.

—No; soy cristiana, y solo á mi fé he debido la vida; á mi fortaleza, que me ha sostenido en medio de tantas miserias, de tantos peligros, de tantos dolores, de tantas tribulaciones: voy á partir á la ligera, cuanto antes, con mi ahijado, y con mis hijos.

—Señora; disponed completamente de mi amistad, de mis servicios, de todo cuanto soy, tengo, puedo y valgo, dijo el corregidor de Alaejos.

—Pues bien, no perdamos ni un momento. ¿En qué estado se quedó ese hombre? dijo doña Juana dirigiéndose á don José.

—Muriendo, señora, contestó este.

—¿Y en cuánto tiempo podremos llegar?

—En el mismo tiempo en que he llegado yo mismo, contestó don José, á quien importaba muy poco el gasto en que se metia, porque la muda de los tiros debia ser mucho mas costosa que la de los caballos.

En efecto, á las cuatro de la tarde salió doña Juana, acompañada de don José y de sus hijos, en un carruaje fuerte, tirado por ocho mulas.

En la delantera iba Pelegrin.

Hubo necesidad de mudar el tiro cuatro veces.

Pero al fin llegaron á las diez del dia siguiente á Arévalo, parando á la puerta de la misma casa de don Félix de Campomayor á las treinta y dos horas de haber salido de ella don José.

Doña Juana entró en la cámara donde moria Rodrigo Vazquez, rodeada de sus hijos.

Al verla aquel miserable, doblegado por la desgracia y por la muerte, herido por la mano de Dios, se echó á llorar.

—¡Ah, qué infame he sido! esclamó.

—Dejaos, dejaos ahora de eso, señor Rodrigo Vazquez, dijo con su voz dulce y sentida, á la que los años no habian quitado su pura armonía, doña Juana; dejaos de las cosas de este mundo, y volveos á Dios: queríais mi perdon; yo os le traigo, añadió doña Juana poniendo sus manos diáfanas por la miseria y por el martirio sobre la cabeza calva é impura de Rodrigo Vazquez; y no solamente mi perdon, sino el de mis pobres hijos: ¿no es verdad, hijos mios, que perdonais á este hombre todo el mal que ha hecho á vuestro padre, á vuestra madre, á vosotros mismos?

—Sí, le perdonamos, dijeron aquellos jóvenes, aquellos niños que

habian recibido el gran bautismo del martirio y eran dulces como ángeles.

—¡Doña Gregoria!... esclamó Rodrigo Vazquez; ¡su hermano!...

Doña Juana se conmovió; sintió un dolor agudísimo, rompió á llorar, y dijo entre sus lágrimas:

—¡Ella os perdona desde el cielo por la boca de su madre!

Era aquello tan terrible, tan grande, tan sublime, que Rodrigo Vazquez perdió el conocimiento, y sin volver en sí murió algunos minutos despues.

Doña Juana confirmó su perdon sobre el cadáver en presencia de los religiosos que habian ayudado á bien morir á Rodrigo Vazquez, y los edificó.

—Es imposible, imposible, dijo el padre Mondoñedo, que vos ni los vuestros esteis contaminados ni sospechosos de heregía: la gracia del Señor os asiste, y esa gracia se difunde á vuestra familia.

Y no sabia bien el padre capuchino hasta qué punto tenia razon.

Doña Juana habia apurado un horrendo sacrificio al acudir al llamamiento de aquel réprobo arrepentido de sus culpas por el temor del castigo.

Habia visto en él á su verdugo, al de su familia, al asesino de su hija.

La sola vista de Rodrigo Vazquez la habia hecho sentir presentes todas las infamias que aquel hombre habia cometido contra ella: habia sentido odio, repugnancia; y sin embargo, habia dominado sus pasiones; habia tenido compasion del miserable, le habia perdonado con todo su corazon.

—¡Ah! esclamó don Félix de Campomayor; no hubiera yo creido que un hombre á quien tenia por el mas honrado del mundo hubiese hecho lo que resulta ha hecho de una manera indudable. ¡Ah, cuánto nos engaña nuestro buen corazon! ¡cuánto creemos en apariencias falsas! y veo, añadió dirigiéndose á don José, que estaba muy triste, que habeis tenido razon en ansiar una venganza terrible contra ese hombre, y en haber procurado introduciros en mi casa para llegar á él: habeis sido sin embargo, tan cristiano y tan caballero, que habeis renunciado á vuestra venganza ante el dolor y el arrepentimiento del señor Rodrigo Vazquez, otorgándole vuestro perdon y trayendo á su lado para que tambien le perdone á esta noble señora y á sus hijos. Pues bien, tal ejemplo debe imi-

tarse; yo os perdono, don José, de todo corazon, el daño que me habeis hecho seduciendo á mi hija.

—¡Cómo! esclamó doña Juana mirando severamente á don José.

Este tembló; veia algo mas que severidad en la mirada y en el acento de doña Juana: veia dolor.

Esto se esplicaba perfectamente.

Veia que doña Gregoria, á quien tanto parecia haber amado don José, habia sido olvidada por él.

Doña Juana no sabia que para don José no era un secreto el estrecho parentesco que le habia unido á la pobre jóven.

Este fué un nuevo martirio para doña Juana.

Pero cuando vió á doña Estrella, cuando la asombró el gran parecido moral y aun físico que existia entre las dos jóvenes, lo comprendió todo: sintió un impulso de envidia que dominó con su gran fuerza de corazon, y amó á doña Estrella, porque en ella veia una especie de reflejo de doña Gregoria.

Llevaron á enterrar á Rodrigo Vazquez al oscurecer del siguiente dia, sin luces, amortajado con un hábito capuchino, á hombro, cuatro sepultureros, al cementerio, y sin mas compañía que un enorme perro perteneciente á uno de ellos.

Hubiérale acompañado de muy buena gana don Félix de Campomayor, que de buena gana tambien le hubiera hecho un magnífico entierro; le hubieran acompañado doña Juana Coello con sus hijos; pero el no acompañarle habia sido respetar la última voluntad de Rodrigo Vazquez.

Iba, pues, solo por las lóbregas calles de Arévalo hácia el cementerio.

Rodrigo Vazquez habia llevado su humildad hasta el punto de disponer en su testamento se le enterrase sin féretro, en la hoya comun, como al pobre mas miserable, y que no se pusiese sobre él señal ni inscripcion alguna.

La tarde habia estado opaca; el oscurecer habia sido sombrío.

Antes de que saliesen de la villa los sepultureros con el cadáver, seguidos por un enorme perro, la noche habia cerrado lóbrega y se habian levantado pesadas ráfagas de un viento helado que impulsaba perezosamente las nubes.

Muy pronto aquellas ráfagas se convirtieron en un viento fuerte que al fin llegó á la intensidad, á la fuerza, á la violencia del huracan.

Las nubes crecieron, se apiñaron, aumentaron con su cerrazon la lobreguez de aquella noche ya bastante oscura.

Empezó una llovizna cernida, fria, densa, que al fin derrumbó de las nubes, como si estas hubieran sido un depósito al que de repente se hubiera quitado el fondo, un aguacero compacto.

Los sepultureros habian salido ya de la villa cuando arreció el témporal, y estaban mas lejos de ella que del cementerio.

Era, pues, lo mas conveniente seguir adelante.

El huracan amenazaba con arrollarlos.

Los sombreros habian volado.

Las partes flotantes de sus capas terciadas recrujian ofreciendo un punto de apoyo á la fuerza del huracan.

Se veian obligados á hacer hincapié y á mantenerse adheridos, sirviéndoles de punto de union las cuatro manillas del féretro.

El agua los mojaba de los piés á la cabeza.

Aquellos hombres, hez de la canalla, maldecian groseramente, sin acordarse de que llevaban sobre sus hombros un cadáver, la tremenda prueba de lo finito, de lo perecedero de la criatura, de lo infinito, de lo inmutable, de lo imperecedero del Criador.

Llegó un punto en que arreció tanto el huracan y espesó tanto la lluvia, que aquellos miserables, acobardados, temiendo ser arrollados, se doblegaron pensando instintivamente en defenderse del huracan disminuyendo el volúmen.

El viento los habia inclinado hácia adelante como si hubieran sido cañas, y en un instante de embravecimiento del huracan les fué arrebatado el ataud, que fué á caer volteando á algunos pasos de ellos.

El terror, el mal agüero que para aquellos hombres fué que el viento les arrebatara el cadáver, el desórden de los elementos, causaron en ellos tal impresion, que robustecidos por el miedo dieron á correr hácia la villa, á la que llegaron aturdidos, espantados, desencajados, pálidos, erizados los cabellos, cadavéricos, y de esta manera entraron en la iglesia de donde habian salido.

El sacristan se asustó solo al verlos.

—¿Qué es eso? les dijo; ¿por qué os habeis venido sin el féretro de las Animas? ¿No sabíais que el señor Rodrigo Vazquez de Arce habia mandado se le enterrase con humildad como al pobre mas pobre y mas desdichado?

—¡Ay, señor Simon! dijo uno de los sepultureros; creo yo que

el muerto era la mas perversa criatura que ha vivido, y que los demonios, no contentos con haberse llevado su alma, se han llevado tambien su cuerpo.

—¿Qué es lo que estás tú ahí diciendo, Briviesca? dijo el señor Simon, que era un viejo enjuto y de fisonomía severa; ¿qué estás echando por esa boca de sapo sin dientes, que yo no lo entiendo bien?

—Lo que dice Briviesca es verdad, señor Simon, dijo otro de los enterradores; una legion de diablos ha caido sobre nosotros y se ha llevado al muerto.

—¿Con que sí, Sotero? dijo el sacristan, que no se prestaba mucho á lo estraordinario; ¿con que los diablos se os han llevado el cadáver del señor Rodrigo Vazquez de Arce? ¡Animales! esto es que se os han helado los miembros, torpes, que os habeis acobardado como los asnos, á causa de la furia del viento y de la lluvia, habeis creido que os iba á tragar la tierra, habeis tirado el muerto y habeis huido.

—No señor, no es eso, dijo el tercero de los enterradores; nosotros no hemos tirado el féretro.

—Es, señor Simon, dijo el cuarto sepulturero, que el viento arreció de tal modo y con furia tan airada, que nos arrancó el féretro.

—En resumidas cuentas, dijo el sacristan, el cadáver se ha quedado rodando por esos campos de Dios: buena la habeis hecho, pícaros; porque aunque el muerto habia mandado se le enterrase de tan humilde manera, no dejaba de ser un grande personaje y grande amigo de don Félix de Campomayor, que no dejará de pedir, si sabe esto, se os castigue por la impiedad que habeis cometido; y como yo me hago cargo de que no lo habeis hecho á mal hacer, sino de miedo porque sois ruines, hé ahí que yo voy con vosotros para daros aliento; porque á mí no me han de empachar el viento y la lluvia para que volvamos á poner en el féretro el cadáver y le enterremos y nos volvamos con el féretro á la iglesia sin que nadie sepa lo que ha acontecido, porque no os sobrevenga daño, que al fin sois unos pobres bestias y hay que trataros con misericordia como quien tan poco vale y no sabe lo que se hace.

Y el sacristan se puso una gabardina con capuz puntiagudo, lo que le daba, porque era alto, la figura de un chuzo, cogió una linterna, la encendió, y armándose de un baston nudoso con regaton

de hierro, salió llevándose consigo á los sepultureros, que hubieran preferido quedarse, por mas que el muerto hubiera quedado remojándose toda la noche, á hacer aquella obra de misericordia, esponiéndose de nuevo al furor de los elementos.

Pero el sacristan, que era su jefe, les daba, como debe hacerlo todo jefe, ejemplo de valor, y no les era posiple desobedecer.

El viento y la lluvia continuaban con la misma fuerza, con la misma intensidad, y producian en la estrechas calles de la villa ruidos espantosos, inarmónicos, sacudimientos de tejas, silbos, bramidos, mugidos, un estruendo infernal.

El viento, encajonado por las calles, era poco menos que un proyectil contínuo.

Para adelantar deprisa no habia mas que dejarse llevar por el viento.

Cuando salieron al descampado, á poco mas el huracan los barre y los lleva hasta lo infinito.

Sin embargo, el sacristan iba como si tal cosa, estirando sus largas piernas, tieso y rígido.

Pero de improviso se detuvo, sintió un pavor frio, y estuvo á punto de abandonar la empresa.

Por el área luminosa que proyectaba en la tierra la linterna inclinada sobre ella, habia pasado un enorme cuerpo blanco como una exhalacion.

—¡Ah! ¿qué es esto? esclamó con terror el sacristan.

—Nada, señor Simon, no es nada, dijo uno de los sepultureros; es Valeroso, mi perro, que ha olfateado algo y allá se ha ido.

Apenas habia dicho el sepulturero estas palabras, cuando se oyó un grito agudísimo, que no podia decirse si era de mujer ó de demonio; un alarido semejante á un ahullido infinito, espantoso, que heló la sangre al sacristan y á los sepultureros.

Pero la relacion de la causa de este grito sobrenatural requiere capítulo aparte.

CAPITULO XXII.

En que se trata de algunas cosas horribles, que verá el curioso lector.

Mientras Rodrigo Vazquez estuvo en la agonía, permaneció constantemente delante de la casa de don Félix de Campomayor, encorvada, rebujada en un manto andrajoso, una mendiga acompañada de una mujer flaca y desharrapada, en cuyo semblante denegrido se revelaban á un mismo tiempo la miseria del alma y la del cuerpo.

Cuando el cadáver de Rodrigo Vazquez fué sacado en hombros de los sepultureros sin acompañamiento alguno de la casa y trasladado á la iglesia, aquella mendiga, apoyada en aquella mujer, se trasladó cerca de la iglesia, quedándose próxima á ella.

Cuando cerca del oscurecer, despues de haberle cantado la última vigilia, le sacaron los sepultareros, la mendiga, apoyada en el brazo de la mujer que la acompañaba, los siguió sin separarse ni un momento de ellos, á pesar del aguacero y del huracan.

Inútil es decir que aquellas dos mujeres, la vieja y la jóven, eran la tia Zampoña y su esclava, su víctima, la desdichada Totovia, que no habia nacido para otra cosa que para servir á la tia Zampoña, que no habia conocido el amor, ni la amistad, ni la alegría, ni el reposo, porque la tia Zampoña habia absorbido completamente su existencia.

Cuando los sepultureros, aterrados por el temporal, huyeron, doña Mencía se precipitó al lugar donde habia caido el cadáver.

Era este lugar una pequeña hondonada situada á un lado del camino.

Doña Mencía sacó de debajo de su andrajoso manto una linterna sorda, la abrió, y si la Totovía no retrocedió ante el espectáculo que dejó ver la luz de la linterna, era porque habia visto ya tantos espectáculos horribles, que nada podia aterrarla: á lo menos no habia sido necesario desenterrar aquel cadáver, ni olia mal como otros á quienes doña Mencía habia robado dentro de los cementerios mal guardados al descanso de su tumba, sacándoles los sesos, la grasa y parte de las entrañas para usos abominables.

La Totovía la alumbraba, mientras la tia Zampoña hacia uso de algunos instrumentos que llevaba consigo.

Rodrigo Vazquez estaba horrible, con su hábito capuchino, con su semblante escondido dentro del profundo capuz ceñido por el cordon nudoso de San Francisco, á que estaba sujeta la bula de difuntos completamente mojada y rota por el viento.

Doña Mencía agarró los restos de la bula y los arrojó de sí, sacudiendo su flaca mano como hubiera podido sacudir un ascua.

—Este cordon está bendito, dijo metiendo una especie de bisturí entre el cordon y el cuerpo de Rodrigo Vazquez, y mientras rodee su cintura, no puede este maldito entrar en el infierno.

Y cortó el cordon, tiró de él y le arrojó lejos de sí.

Al cordon iba unido un largo rosario de Jerusalen, bendecido por el Papa y tocado á reliquias, de que don Félix se habia desprendido haciendo un sacrificio por bien del alma de Rodrigo Vazquez.

Luego doña Mencía rasgó de alto á bajo con el bisturí el hábito, y de la misma manera las mangas, arrancó la capucha de la cabeza del cadáver, y quedó este descubierto en medias calzas y ropilla negra, con los piés desnudos, calzados por sandalias.

Estas sandalias eran tambien cosa de religion, y doña Mencía cortó sus correas y las arrojó.

Del mismo modo arrojó el hábito que sacó de debajo del cadáver.

Luego rasgó la ropilla, las medias calzas, la ropa interior, y el cadáver quedó completamente desnudo, espantoso.

Arrojóse sobre él rugiente, rabiosa, enrojecida, murmurando palabras ininteligibles doña Mencía.

Sucedieron mutilaciones repugnantes.

Despues el cadáver fué abierto en el pecho con la misma maestría que hubiera podido hacerlo un grande operador de nuestro tiempo.

Doña Mencía habia dejado descubierto el corazon de Rodrigo Vazquez, desembarazándole de su envoltura.

Luego hizo una profunda incision en la fria y horrible entraña.

Abrió con los dedos la incision, y rugiente, formidable, repugnante, espantosa, metió en ella la boca, y chupó, chupó como una tigre.

La Totovía alumbraba impasible, aunque nunca habia visto hacer aquello á su señora.

Doña Mencía devoraba el corazon de Rodrigo Vazquez, como el conde Ugolino devoraba la masa encefálica del cardenal Rugiero.

De improviso la Totovía vaciló y cayó.

Se apagó la linterna, y se oyó un sordo gruñido, ese sonido horrible que produce el perro feroz que se arroja sobre una presa, al que sucedió el chillido espantoso, el ahullido, el grito indistinto que habia detenido al sacristan Simon.

—Eso es, dijo el amo del perro, que Valeroso se ha tirado sobre alguien; no puede ver á las viejas ni á las gitanas, y si no acudimos pronto, va á suceder una desgracia.

De improviso vieron adelantar una sombra vaga que se determinó pronto, dejando ver la forma de una mujer, y oyeron una voz espantada que decia:

—¡Por el amor de Dios, amparadme! ¡Oh, y qué cosa tan horrible! ¡mi ama!... ¡aquel animal rabioso!.....

El amo del perro silbó con fuerza; pero el perro no acudió.

—¿Tiene mucho tiempo vuestra ama? dijo Briviesca, que era el amo del perro.

—Lo menos, lo menos ochenta años, contestó la Totovía.

—Pues vamos allá á escape, dijo Briviesca, que teniendo esa edad, como á mi perro le gusta la carne momia, cuando lleguemos se habrá comido la mitad de la vieja: llevadnos adonde están mi perro y vuestra ama.

—¿Y no me hará á mí nada vuestro perro? dijo temblando de alto á bajo la Totovía.

—No, porque vos no sois ni vieja, ni gitana, y porque venís con nosotros.

Tranquilizóse la Totovía en gran manera, y adelantó hácia el lugar de la catástrofe, pero siempre al lado de Briviesca.

La importaba muy poco de su ama.

¿Ni cómo podia interesarse por su verdugo una víctima resignada por debilidad á una tiranía horrible?

A poco que anduvieron, la Totovía empujó á Briviesca para que se saliese del camino, y la siguió el sacristan que iba alumbrando pegado á ella.

Tenia el buen Simon, que tan valiente se habia mostrado para ir á buscar el cadáver, á pesar de los elementos, algo que se parecia mucho al miedo.

A todo esto, ni el viento habia amenguado en furia, ni disminuido en intensidad el aguacero.

A los pocos pasos dieron con los dos cadáveres, porque el perro habia dado muy pronto fin de doña Mencía; pero haciéndola sufrir un tormento horrible, aunque breve; atarazándola furioso, desgarrándola con las manos y con los piés, que sacudia violentamente, como estos animales hacen en la tierra cuando pretenden descubrir algo.

Briviesca se acercó al perro, y le dió un puntapié tan terrible, que el animal dejó de atarazar á doña Mencía; lanzó un doloroso ahullido, y vino á echarse, rabo entre piernas, á los piés de su amo.

—¿Cuándo te quitaré yo, maldito, dijo Briviesca, esta aficion que tienes á las brujas y á las gitanas?

—Pues si no tiene otra aficion que esa, déjasela, Briviesca, dijo Simon, que no parece sino que Valeroso está aleccionado por el Santo Oficio, y vamos á ver lo que hay aquí.

Y rodeó su linterna.

—¡Sacratísimo nombre de Jesus! esclamó: ¡qué es lo que veo! Bruja era la que vuestro perro ha matado, Briviesca, porque solo una bruja puede hacer lo que se ha hecho con este cadáver. Vamos, aquí es menester tomar un buen medio, porque si se da parte y se sabe esto, se va á armar grande escándalo y turbacion en los corazones cristianos, y no escapareis vosotros bien por haber abandonado el cadáver para que hiciesen con él estas heregías. ¿Dónde están las ropas y el hábito del muerto? añadió el sacristan volviéndose á la Totovía.

—Mi ama se las ha ido quitando y arrojándolas; pero como mi ama tenia poca fuerza, no deben estar lejos, contestó la Totovía.

Buscóse en torno del lugar de la carnicería, y se encontró al fin todo, que se fué colocando otra vez en el cadáver.

Se le puso el hábito, se anudó el cordon roto, se le ciñó á la cintura, y para que el guarda del cementerio nada notase, se le puso el hábito al revés, que como el hábito era un saco, podia hacer á dos caras, y una vez hecho esto, nada se notaba.

El ataud fué menester ir á buscarlo mucho mas lejos, por razon de la diferencia de fuerzas entre el huracan y doña Mencía.

Se puso en el féretro á Rodrigo Vazquez, y antes de cargar con él los sepultureros, dijo Briviesca:

—¿Y qué hacemos con esa bruja?

—¿Qué? dijo el sacristan; dejarla ahí para que la encuentren mañana; nadie creerá otra cosa sino que la ha cogido el lobo.

—El lobo se la hubiera comido, señor Simon.

—Segun y cómo, porque el lobo hubiera podido muy bien llamarse á engaño; la carne de esta maldita debe ser tal, que ni aun los lobos se atrevan con ella: conque vamos, acuestas con el muerto, y despachemos, que el turbion no cesa y hacen muy mal cuerpo las ropas mojadas sobre la carne.

Los sepultureros cargaron con el ataud y echaron á andar.

—¿Y yo? ¿qué va á ser de mí? dijo la Totovía pegándose al sacristan, que iba delante alumbrando.

—Vamos, mujer, vente conmigo, no tengas miedo, porque á pesar de que te hemos encontrado siguiendo á una bruja, no pareces mala.

—¡Ay, no señor! yo soy una pobre que estaba pegada á mi ama, porque no tenia otro arrimo, dijo llorando la Totovía.

—Vamos, no te aflijas, mujer, dijo Simon, que ya te entregaremos al padre Mondoñedo para que te examine y te saque los malos del cuerpo, y cuando estés limpia, te recibiré yo en mi casa, porque la vieja que nos servia se ha muerto, y como mi mujer está impedida, necesitamos criada.

—¡Ay! ¡Dios os lo pagará! dijo la Totovía.

Hacia mucho tiempo que la desdichada no pronunciaba el nombre de Dios; no porque de Dios hubiera renegado, sino porque temia ser maltratada por la tia Zampoña.

Ni aun á solas pronunciaba el santo nombre, porque creia que la tia Zampoña lo oia y lo sabia todo.

Llegaron en esto á un sotechado que se estendia delante de la

puerta del cementerio, sostenido de una parte en la tapia, y de la otra en dos pilares.

En el interior habia un viejo porton con anchas rendijas y casi desvencijado.

Aquel porton estaba cerrado únicamente por una clavija que se podia levantar desde afuera.

Simon la levantó, empujó el porton, y entraron en el cementerio.

Simon se dirigió á una casilla: á través de las rendijas de su puerta se veia una claridad semejante á la que proviene del fuego de un hogar.

Simon tocó con fuerza aquella puerta con el puño cerrado.

—¡Eh! ¿quién es? dijo una voz áspera.

—¿Quién ha de ser mas que cinco vivos y una viva que traen á un muerto?

—Estas no son horas de enterrar, dijo el de adentro.

—Es verdad, contestó Simon; pero este muerto ha querido que le entierren de noche, y sin acompañamiento, y sin responso, como el pobre mas pobre, y yo te he enviado la órden de que abras la sepultura.

—¡Ah! ¡ya! este es el caballero que ha tenido la mala intencion de no pagar el entierro, dijo el del cementerio acercándose á la puerta.

Y la abrió y salió.

—Ea, vamos, dijo; la sepultura está hecha; acabemos, que tengo sueño y quiero descansar.

Y se fué hácia el centro del cementerio.

Los sepultureros levantaron el féretro que habian dejado en el suelo, y llegaron hasta la cruz de madera que en medio del cementerio se alzaba, junto á la cual se habia detenido el guarda.

Al pié de esta cruz, y apoyando en ella su cabecera, habia una honda sepultura.

El aguacero habia echado en ella dos piés de agua.

—Pero esto no es una sepultura, dijo el sacristan; esto es un pozo.

—Dígale usted á las nubes que no lluevan, contestó de mal talante el sepulturero; como si el muerto fuera á tener mas frio porque se le eche en agua. Vamos, vamos, adentro el féretro.

—El féretro no, que tiene que volver á la iglesia, dijo el sacris-

tan. ¿Pues no ves, cernícalo, que es el de las Animas? Este caballero, por humildad, ha querido que le entierren como un pelon.

—Pues con él al agua, dijo el guarda.

Los sepultureros que habian puesto el féretro al borde de la fosa, asieron á Rodrigo Vazquez por los hombros y los piés, y sin que el guarda conociese el gatuperio que encerraba la abertura del hábito, le dejaron caer dentro.

Produjo el agua un chasquido sordo, terrible, y saltó afuera gran parte de ella.

Inmediatamente, el guarda empezó á echar tierra con la pala de que habia salido armado de su casilla.

—Tres Padrenuestros y tres Avemarías por el alma del difunto, dijo el sacristan.

Y empezó.

Todos le respondieron, inclusa la Totovía, que hacia muchos años que no habia rezado.

Con tal gana y con tal fuerza arrojaba tierra sobre la sepultura el guarda, que antes de que hubiese concluido el rezo, ya estaba Rodrigo Vazquez enterrado.

Despues de esto, los sepultureros cargaron con el féretro y su tapa, y se dirigieron á la salida del cementerio.

El guarda cerró, les dió las buenas noches, y al sacristan, antes de salir del soportal, se le ocurrió un espediente para mojarse menos: esto es, taparse con el ataud.

Metió, pues, la cabeza debajo de la parte superior de la tapa, Briviesca en la parte inferior, y en medio quedó la Totovía.

Los otros sepultureros se pusieron debajo de la otra mitad del ataud.

A la dudosa claridad de la linterna del sacristan, parecian, marchando hácia la villa, dos émes fantásticas.

Ni aun cuando entraron en la villa dejaron esta forma estravagante.

¿Y para qué?

Tal estaba la noche, que no discurria una sola persona por la calle, y puertas y ventanas estaban cerradas á piedra y lodo.

Penetraron en el átrio de la iglesia, y por él en la casa del sacristan, y solo entonces arrojaron el ataud y se le llevó al depósito.

Simon reunió á los sepultureros y á la Totovía en una habitacion

del piso bajo, se encerró con ellos, y sin cuidado de que le oyese su mujer, porque estaba impedida en el piso alto, les dijo:

—Al buen callar llaman Sancho, y en boca cerrada no entran moscas: os digo esto, tanto á vosotros como á esta pobre mujer, porque lo que ha pasado esta noche hay que guardarlo secreto en lo mas recóndito del ánimo, que pudiera terciar en ello la Inquisicion y darnos á todos un mal rato, aunque mas no fuese: y si algo decís, y desentierran al muerto, y le encuentran despedazado, á vosotros os echarán la culpa porque le abandonásteis, y yo no lo pasaria bien, porque, siguiéndoos y habiendo visto lo que he visto, no he dado parte ni á mi párroco ni á la justicia: conque Cristo con todos y punto en boca; os voy á dar un trago para que calenteis el estómago, y á vuestra casa, y lo dicho, á callar mas que muertos.

Y sacando de una alacena una mediana bota, que de bien llena no tenia ni una arruga, dió la vuelta, bebiendo tambien la Totovía; y tales fueron los cuatro tientos, que cuando la bota llegó al sacristan, no tuvo que beber este mucho para que la bota quedase pez con pez.

Despues de esto, los sepultureros se fueron, protestando que guardarian el secreto por la cuenta que les tenia, y el sacristan y la Totovía se quedaron solos.

—Muchacha, dijo el sacristan; tú no eres vieja.

—Tengo treinta y dos años, contestó la Totovía, sin acertar en la intencion del sacristan.

—Estás traspillada, pero no muy fea: todo consiste en que te han tratado muy mal, en que has vivido al lado de esa bruja, á quien Dios ha castigado arrojándola á los dientes del perro de un sepulturero.

—Era muy mala, señor mio, era muy mala, dijo la Totovía; no lo sabeis bien; se comia las entrañas de los ahorcados, de los asesinados, de todo el que moria de mala muerte.

A tal punto habia llegado la perversion del espíritu de doña Mencía: hasta el horror, hasta lo repugnante.

Parece esto una exageracion, y sin embargo, en aquellos tiempos de supersticion y fanatismo sucedian cosas tan estrañas, tan inconcebibles como estas.

Una bruja era una especie de demonio: como que creia de buena fé que era esposa de Satanás y tenia hecho pacto con él; estremaba todos los vicios, todas las enormidades, todas las monstruosidades que pueden atribuirse al espíritu del mal.

—¿Y por qué, por qué has vivido tú con esa mujer?

—Porque la tenia miedo, porque si hubiese resistido á vivir con ella, ella me hubiera conjurado, ella me hubiera obligado.

—¿Y eres tambien tú bruja, muchacha?

—No señor; porque si hubiera sido bruja no hubiera podido servir á la tia Zampoña como mujer del diablo, y el diablo se hubiera ofendido de que una esposa suya hubiera servido á nadie; porque el diablo es muy soberbio.

Lo decia esto con un candor y una fé la Totovía, que demostraba la influencia que habian ejercido sobre ella el fanatismo y la supersticion de doña Mencía.

—¿Y eres tú cristiana, muchacha? dijo el sacristan.

—Sí señor, sí; solo que hace mucho tiempo que no rezo.

—¿Y por qué no rezas tú?

—Porque doña Mencía adivinaba hasta los pensamientos, y si hubiera rezado me hubiera castigado; yo la tenia miedo.

—Muchacha, tú me pareces una inocente.

—Sí señor, sí; yo no soy mala, á mí me cogió niña la tia Zampoña, me llevó á su lado, y no he vivido mas que para servirla, y para hacer lo que ha querido.

—Oye tú, ¿á cuántas amas has servido? porque yo te he oido nombrar á una doña Mencía y á una tia Zampoña.

—La tia Zampoña y doña Mencía son una misma cosa.

—No he conocido ninguna bruja que se llame doña Fulana.

—Pues sí, doña Mencía, la tia Zampoña, era una señora muy principal, muy buena, de muy buena casa, esto me lo ha dicho muchas veces, y que por un hombre habia perdido su hermosura, se habia encorvado, se habia desfigurado, y entonces se habia acogido á Satanás, que la habia amparado.

—¡Jesus, Jesus mil veces! yo no sé para qué hay Inquisicion en nuestra católica España, porque la verdad es que por todas partes se ven brujas y brujos, y ensalmadores, y malas gentes, y hereges, y moros, y judíos, y ladrones, y asesinos; y por todas partes se oye cada blasfemia... y sin mas andar, ahí están los cuatro sepultureros de la parroquia, que son muy hombres de bien, pero tienen una lengua... En fin, esto no se puede resistir; todo esto es una podre que se va aumentando, y que acabará por cogernos á todos y por que todos nos volvamos unos pícaros. Nada, nada, muchacha, á mí me pareces buena; me parece que eres una tierra que si se labra bien

producirá buenos frutos; y sobre todo, tu inocencia: yo tengo muy buen ojo. ¿Tú no has querido á nadie en este mundo?

—No señor; yo siempre he estado encogida, temblando, sirviendo á doña Mencía: y luego como soy fea, nadie me ha dicho nada.

—Tú eres fea porque nadie ha cuidado de tí: deja que te ponga lista el padre Mondoñedo, que es un varon muy grave y temeroso de Dios, y muy bueno, que despues... despues aquí en casa te se tratará de manera que ya verás, ya verás, muchacha, cómo vas echando á un lado la pena que te aqueja, y ya verás, hija mia, ya verás cómo de dia en dia te vas esponjando y te vás haciendo una buena moza. Oye tú, yo soy casado; pero eso no importa; mi mujer tiene muerto todo un lado y se va muriendo del otro; no dura ni dos meses, y en dos meses, entre el padre Mondoñedo y yo te ponemos limpia del cuerpo y del alma, y hecha una bendicion de Dios.

—¡Ay, señor, y qué cosas me decis!

—Calla, muchacha; si yo conozco muy bien las mujeres. Tienes unos ojos muy hermosos, y las facciones muy finas, aunque muy estropeadas, y eres mujer de hueso, de mucho hueso, lo que quiere decir que serás mujer de mucha carne; y solo es necesario pegarte la carne á fuerza de comer bien, y de que estés tranquila y bien servida, y bien regalada.

A la Totovía se la figuró que se le abrian los cielos.

El sacristan tenia por lo menos sesenta años.

Era seco, enjuto, una especie de espátula, una organizacion nerviosa, terrible, impresionable, aunque de un modo grosero.

Habia visto en la Totovía una hermosura destruida, ó mejor dicho, no desarrollada.

Tenia razon cuando habia afirmado que era muy conocedor de las mujeres: comprendia que aquella pobre alma crédula, aquella infeliz, sujeta hacia tanto tiempo á un yugo espantoso, habia de encontrar hermosísimo, aceptable, embriagador, al primer hombre que la estimase, que la amase.

El señor Simon, sacristan de la parroquia de Santa María de la villa de Arévalo, era un pícaro redomado; sabia harto que no le hubieran escuchado ninguna de las muchachas de la villa, que hubieran podido estar, por su clase, al alcance de su amor. Era casado, es cierto, pero un casado próximamente viudo.

La pobre sacristana parecia se agravaba lentamente.

El señor Simon se habia encontrado de repente con una perla.

Se relamia del encuentro, se le abria la boca, le parecia en su imaginacion que lo magro de la Totovía iba desapareciendo, que crecian sus formas, que adquirian una admirable turgencia, que se afinaba su piel, que tomaban brillo sus ojos, que sus cabellos se suavizaban, y con la carne venia lo gallardo del talle, lo embriagador del conjunto, y su instinto material le hacia ver que esto se operaria cabalmente en el tiempo que tardaria en morir su mujer.

Aquello era un obstáculo.

Simon podia decir, como el sabio griego: ¡Eureka! pero necesitaba ponerse bien con el cura y con la Inquisicion.

Habia encontrado muy de mala manera á la Totovía; pero esto para él era liviano negocio.

El señor Simon tenia una gran influencia en su parroquia, como sacristan, y pertenecia á las cofradías de todas las hermandades de la villa de Arévalo, en las cuales tenia cargos importantes; y como defensor de la religion católica, como energúmeno de la fé, era muy estimado de los inquisidores que residian en la villa de Arévalo.

Él estaba seguro de que mediando la recomendacion suya, la Totovía no seria tratada como una bruja impenitente, relapsa, y digna solo de ser entregada al fuego; sino como una neófita, á quien era necesario instruir, que no habia pecado, puesto que si habia servido á una bruja, habia sido para ella una desgracia de orígen.

El sacristan se estuvo dos horas hablando con la Totovía, halagándola, requebrándola, enamorándola, é hizo un nuevo descubrimiento.

Se encontró con una pureza instintiva, salvaje, y esto le escitó mas.

—Esta no será como la otra, murmuró; y bien sabe Dios que si la otra está como está, es á causa del tratamiento que yo me he visto obligado á darla para meterla por buen camino; y para que las mujeres entren en buen camino, cuando se estravian, es necesario dejarlas cojas, mancas, rencas, que no se muevan, en fin. Esta no hará como la otra.

Y como fuesen ya las diez de la noche, el sacristan dijo á la Totovía:

—Muchacha, yo no puedo ofrecerte cama, porque en casa no

hay mas cama que la matrimonial, y un mal jergon en que dormia la vieja que se ha muerto; pero yo no quiero que duermas en él, es muy malo, y además tiene todavía el sudor del ánsia de la muerte de aquella maldita.

—¡Ah, no señor, por el amor de Dios!

—Nada, muchacha; se conoce que tú estás acostumbrada á todo, y esta noche vas á dormir muy bien en el pajar.

—¡Ay qué rico! dijo la Totovía; cuando mi señora y yo hemos andado por esos mundos de Dios, y yo cogia un pajar caliente, ¡dormia tan bien!

—Vamos; pues ven conmigo, muchacha.

El sacristan cogió la linterna, echó á andar, y llevó al pajar á la Totovía.

El señor Simon tenia paja, porque tenia pegujar; y como quien tiene pegujar, tiene al menos un par de mulas viejas para labrarle, ó una burra y una mula, en fin, bestias, tenia cuadra, y pajar adherido á ella.

Llevó á él á la Totovía, y en él la dejó á oscuras, porque dejar una luz en el pajar era una imprudencia.

La Totovía, asombrada de lo que por ella pasaba, se echó en la paja, se cubrió de paja, y se puso á meditar.

—Vea vuesa merced lo que son las cosas; Dios ha castigado, porque no podia ser por menos que Dios la castigara, á doña Mencía; era muy mala, era un demonio; parece que me han sacado del infierno; ya puedo pensar en Dios, ya puedo rogar á la Santa Vírgen María. Mi madre, mi pobre madre, que me hacia rezar todas las noches, se murió de tristeza, y yo me encontré en la calle, sin pan, sin abrigo, y esa mujer me recogió. ¡Válgame Dios! yo creo que he estado diez y siete años en poder del demonio; pero yo nunca he desesperado de la misericordia de Dios. Tenia miedo de pensar en los santos, porque creia que doña Mencía adivinaba mis pensamientos, y sin embargo, yo pensaba en Dios, y en Dios tenia puesta mi esperanza; y este hombre... ¡válgame Dios! este hombre que me ha dicho que se va á morir su mujer, que me voy á poner muy hermosa, muy bella, que se casará conmigo... Pero, Dios mio, esto es salir de Herodes para entrar en Pilatos: es muy viejo, muy feo; yo no quiero á este hombre.

Por lo que se ve, el sacristan se habia engañado.

Habia creido demasiado miserable á la Totovía, la habia dicho

que la recompondria y que la hermosearia; se lo habia hecho creer, y solo con la suposicion de ser hermosa, rechazaba ya á su restaurador.

Hubiese sido necesario que el señor Simon se hubiera restaurado tambien.

Pero, en fin, la Totovía, empujada, cansada, combatida por mil pensamientos distintos, se durmió.

Dejémosla, pues, reposar.

CAPITULO XXIII.

De la mala obra que hizo el padre Mondoñedo al sacristan de Santa María.

Al dia siguiente muy temprano, el sacristan, que habia pasado muy mala noche, desvelado, escitado por la Totovía, cuya pureza habia sentido, y en la cual habia visto los rasgos fisonómicos de la construccion orgánica de una gran hermosura, se levantó al amanecer, se fué á la despensa, cortó una gran lonja de jamon, sacó de una olla longaniza conservada en manteca, se metió en el corral, cogió una docena de huevos gordos y frescos, y con todas estas provisiones se fué á la cocina, encendió el hogar, puso una sarten, y condimentó un almuerzo fuerte y abundante, compuesto de longaniza, huevos y jamon.

Despues se fué á la despensa y cogió una gran limeta de vino rancio, al menos de diez años, y pan blanco, que no tenia mas defecto que estar un tanto duro y un tanto correoso, porque en los pueblos no se come pan tierno sino el dia que se hace la hornada para toda la semana. El dia antes, el que se come es una especie de piedra alimenticia.

Despues puso en un mantel muy limpio la limeta, una fuente, sobre ella la sarten, al otro lado el pan, se fué al pajar y despertó á la Totovía, que dormia profundamente.

—Vamos, hija mia, vamos, la dijo; es necesario dejar el sueño y hacer por la vida.

—¡Calle, señor! dijo la Totovía; pues qué, ¿es ya de dia claro? Nunca he dormido tanto.

Y como no tenia que vestirse, echó fuera de sí la paja, y se puso de pié.

El sacristan la quitó amorosamente la paja que se la habia pegado en los cabellos y en el resto de su pobre vestido, que no podia llamarse traje, porque no se componia mas que de una camisa, un zagalejo muy usado, y un pañuelo negro, puesto á manera de toca sobre las anchas y negras trenzas de sus cabellos.

No tenia ahuecador alguno, y como estaba tan flaca, parecia un palo sobre el cual habian puesto un vestido y una cabeza con el semblante dominado por la miseria.

A primera vista era fea, bastante fea.

Solo un observador, un inteligente como el sacristan de Santa María, podia haber visto en lontananza una gran hermosura al descubrir aquellos huesos con formas redondas.

Bajaron, y lo primero que hizo el sacristan fué dar á la muchacha un mediano vaso de aguardiente, para que hiciese boca.

La Totovía apenas bebió, lo que queria decir que era sóbria.

Despues de esto, el sacristan la invitó á que se sentase á almorzar á su lado.

La Totovía condescendió.

—¡Ay, Dios mio, dijo, y cuánto tiempo hace que yo no he comido jamon, ni longaniza, ni huevos!

—¿Pues qué diablos comias?

—Unos matalotajes insoportables que le gustaban á mi señora; pan negro y áspero; una comida del diablo. Doña Mencía no era como las demás criaturas: ¡he pasado mucho con ella, mucho!

—Vamos, vamos, pues come, come y engorda, y ya verás, ya verás á las doce qué olla podrida nos comemos; y es más, que por ser el primer dia que estás en casa, y por quererte tanto como te quiero, me voy á la hostería á que nos hagan una empanada de anguila y otra de liebre, que te vas á chupar los dedos. Quiero que dentro de quince dias revientes en la piel; ya verás, ya verás.

El sacristan miraba de una manera codiciosa aquella esperanza de mujer.

—Y diga vuesa merced, preguntó la Totovía: ¿su señora esposa no come?

—Mi mujer no come mas que puches desde hace muchísimo

tiempo; mi mujer es una especie de cadáver; pero esto se va acabando; cuando mas, tenemos mujer para dos meses.

Estando en esto, y como el sacristan hubiese abierto la puerta de la cocina, lo que es lo mismo que haber abierto la puerta de la casa, se entró de rondon una comadre de la vecindad.

El sacristan puso cara de vinagre.

—Y bien, señora Gúdula, dijo; ¿qué hay? ¿qué se ofrece? ¿se le ha muerto á usted alguien, y es menester ir por él para enterrarle?

—No señor; á mí, gracias á Dios, no se me muere nadie; Dios nos ampara; las tierrecillas van bien; se cogió buena cosecha; hay pan sobrante y buena tajada y buen trago.

—Pues me alegro mucho, respondió mas ágrio el sacristan.

—Pero ¿no sabeis lo que pasa? dijo la señora Gúdula.

—¿Qué pasa? dijo el sacristan; ¿ha volado algun asno, ó la campana gorda de la parroquia se ha subido al cielo, ó qué cosa es esa?

—Callad, señor Simon, callad, que mi nieto Nemesio ha venido espantado.

—¿Pues y por qué se ha espantado ese muchacho?

—Porque cuando venia esta mañana, con los dos machos, vió una bandada de grajos que se echaban sobre el camino, adonde á su vecino se le habia muerto una bestia; pero ¿qué creeis que vió mi nieto Nemesio? No era una bestia, sino una mujer muy pálida, muy fea, vestida con andrajos, que parecia que la habian mordido los lobos, y que los grajos la acababan de sacar los ojos.

—¿Y á mí qué? dijo el sacristan.

—¿A vos qué? Que los cristianos no pueden consentir que los cuervos se coman á una criatura de Dios; y como mi nieto acaba de decírmelo, yo me he venido para que envieis á los sepultureros, con la caja de Animas, para que recojan á esa pobre mujer.

—Al señor cura con eso, al señor cura; yo no soy mas que el sacristan; ó mas bien, al señor corregidor; que estas cosas son del señor corregidor. Y buenos dias, señora Gúdula, que Dios os guarde, id con Dios, que se me está enfriando el almuerzo. Ahora, si sois servida, yo tendré mucho gusto en que nos acompañeis.

La señora Gúdula se quedó mirando á la Totovía.

—¡Calle! dijo con esa malicia grosera peculiar de las viejas de los pueblos; ¡con que os vais á atracar de jamon con huevos y longaniza, con una muchacha, mientras que vuestra buena mujer está yaciendo en el lecho!

—Oid, señora Gúdula; esta muchacha es mucha cosa; ¿lo entendeis? como que es una medio parienta mia, que me han enviado sus padres de su pueblo. Y sobre todo, ¿á vos qué os importa? Y os advierto que no chismoseeis mucho, porque ya sé yo que andais en malos pasos, y en ciertas cosas que no están mucho en lo que manda la santa religion católica; y si vos meteis en mi familia esa lengua viperina, yo meteré mi lengua honrada en otra parte en que no se os tratará muy bien cuando se os agarre por ciertas unturas y ciertas cosas que yo me sé.

—¡Jesus, Jesus, señor Simon! dijo la vecina; ya sé que estorbo, quedad con Dios, y no temais nada, que nadie sabrá lo que hubiere visto yo.

Y se fué.

—¿Y qué es lo que habrá visto esa bruja? esclamó todo desentonado el sacristan: es cosa fuerte que uno no ha de poder hacer en su casa lo que le convenga, sin que le acechen cien mil ojos escudriñadores, y sin que anden mintiendo y diciendo lo que no es, y abultándolo cien mil lenguas cortantes como puñales. Pero vamos, hija, tú no tengas cuidado por esto; come y bebe.

Y la pobre Totovía sudaba, porque la devoraba con los ojos, viéndola ya hermosa en perspectiva el tal sacristan de la iglesia de Santa María.

La pobre dió buena cuenta del jamon, de los huevos, del chorizo y de la limeta.

Al sacristan le pareció que la Totovía habia ganado mucho.

Se apoyaba por instinto la muchacha en el sacristan, como en un poder fuerte.

Entró, cuando ya habia desaparecido la sarten de la mesa, es decir, cuando ya habia sido devorado el almuerzo, un clérigo pobre, esto es, de los que viven de la misa y el responso; un clérigo que venia á decir la primera misa.

El sacristan le saludó, y dando algunas órdenes á la Totovía de que barriese y demás, se fué á la sacristía á cumplir con su cometido.

En fin, el señor Simon no se vió libre hasta las nueve de la mañana, en cuya hora cerró la iglesia, se vistió lo mas convenientemente que pudo, y se fué al convento de Capuchinos, dejando encerrada á su mujer, que no se podia mover del lecho, y á la Totovía.

Debemos advertir que antes habia puesto en el fuego la grande olla podrida con todos sus adminículos.

El padre Mondoñedo apuraba su inmenso pote de sopas de ajo con huevos frescos, en el momento en que entró el sacristan de Santa María.

Conocia á este muchísimo, porque el padre Mondoñedo, por la fama de su virtud y su doctrina, era muy respetado en todas las cofradías de la villa de Arévalo.

—Y bien, hermano Simon, le dijo; ¿á qué podemos atribuir el buen gusto de veros por esta nuestra pobre celda?

—¡Ay, padre Mondoñedo, que acabo de hacer un hallazgo!

—¿Y qué hallazgo es ese?

—Una mujer.

—¡Hum!... dijo el padre Mondoñedo; paréceme, hermano Simon, que os impacientais porque Dios en sus altos juicios ha impedido á vuestra mujer.

—Sabe vuestra paternidad, dijo el sacristan mirando con la cabeza inclinada hácia el hombro y con los ojos entornados al fraile, que quien ha impedido á mi mujer, por permision de Dios siempre, porque nada hace el hombre sin la permision de Dios, he sido yo. Sabe vuestra paternidad que hace seis años vino por aquí un alférez con muchas galas, con los mostachos muy retorcidos, oliendo á valiente, y que yo tuve que coger la vara de un cirial é imposibilitar á mi mujer, que se entregaba, de buena fé, á una conducta muy en perjuicio de mi casa y de mi honra.

—Ya os reprendí por el durísimo remedio que habíais tomado, hermano Simon; porque mejor hubiera sido os hubiérais separado de vuestra mujer, que hacer lo que con ella habeis hecho.

—Sabe vuestra paternidad que de resultas del sobo que dí á mi mujer, me prendieron y me hicieron proceso; y sabe tambien vuestra paternidad, que yo acudí con tales pruebas y tales testigos, que la justicia se dió por satisfecha y bien pagada, y declaró que aunque yo hubiera matado á mi mujer no hubiera hecho nada de mas.

—La justicia de la tierra no está siempre en buena armonía con la justicia del cielo, dijo el severo padre Mondoñedo: vos os tomásteis por vuestra mano, no la justicia, sino la venganza. Y bien, podia ser que la justicia de los hombres os hubiera perdonado; pero dígoos en verdad que si sobre vuestro gran pecado no ha venido un sincero arrepentimiento, no puede haberos perdonado, de seguro no

os ha perdonado la justicia de Dios: y ahora me anunciais otro nuevo horrorosísimo pecado: vos, hombre cuya mujer vive de muy mala manera, venís á decirme hoy que habeis encontrado una mujer.

—¿Y qué, vuestra paternidad cree que al decir yo que he encontrado una mujer, he querido decir que voy á poner á esa mujer en el lugar de la mia?

—Si no lo han dicho vuestras palabras, lo está diciendo vuestro semblante.

—Padre Mondoñedo, mi semblante dirá lo que quiera; pero yo no he hecho otra cosa que una obra de caridad.....

—Que tiene por objeto una mujer.

—Y qué, señor, ¿no se puede, no se debe ser caritativo con las mujeres?

—Cierto que sí, porque las mujeres son como los hombres, criaturas de Dios; pero siempre arguye malicia en un hombre la caridad que hace por una mujer. Apostaria cualquier cosa á que esa mujer es jóven.

—Así, así, padre Mondoñedo, de unos treinta años; pero está muy flaca, muy pálida; como que ha pasado muy mala vida.

—¡Que ha pasado muy mala vida! ¿Y habeis recibido en vuestra casa á una mujer de mala vida?

—Padre Mondoñedo, cuando digo que ha pasado mala vida, no digo que ella sea mala, sino que ha sufrido muchos trabajos.

—¡Ah! dijo el padre Mondoñedo; eso es distinto: pasar trabajos no es ser malo, por el contrario, es ser muy bueno, si esos trabajos se han sufrido con resignacion. ¿Y qué género de trabajos ha sufrido esa mujer?

—Padre Mondoñedo, dijo vacilando el sacristan; esa desdichada ha estado sirviendo á una mujer malísima.

—¡Hum! dijo el padre Mondoñedo; las mujeres necesitan poco para hacerse malas, y si tienen constantemente delante de sí un mal ejemplo, no hay una que se salve. Me parece que habeis recibido en vuestra casa á una bribona.

—No señor, padre Mondoñedo; María parece una niña en lo inocente: no ha querido á nadie.

—¿Y qué os importa á vos, hombre casado, que haya querido ó no haya querido esa mujer?

—No lo digo por tanto, padre Mondoñedo; á mí no me importa

gran cosa que haya querido ó que no haya querido: dígolo, porque á mi modo de ver, esa desdichada se encuentra en el estado de la inocencia.

—¡Hum! ¿á pesar de haber vivido con una mujer de mala vida?

—Sí señor, ha vivido con una mujer de mala vida, con una bruja.

Horripilóse el padre Mondoñedo.

—¡Ah! ¿Con que ha vivido con una bruja, decís?

—Sí señor; pero la pobre es buena cristiana, y á pesar de la maldicion que caia sobre la cabeza de su señora, ha guardado pura en su corazon la fé de Jesucristo.

—¿Y qué sabeis vos de eso, hermano Simon? Me parece que vacilais en la pureza de la fé.

Estremecióse el mísero sacristan, temeroso de que el padre Mondoñedo sospechase gravemente de él y le entregase al Santo Oficio.

—Padre, dijo, yo no puedo hacer otra cosa que venir á consultaros antes de hacer que esa desdichada continúe en mi casa sirviéndome. ¿Por qué no venís, padre Mondoñedo, y la examinais?

—Eso será lo mejor, dijo el capuchino.

Y llamando á su lego, se puso la capilla y salió con el sacristan.

Atravesaron la villa y llegaron á casa de Simon, que este abrió.

La Totovía estaba ocupada en las faenas domésticas, como si toda su vida hubiese estado sirviendo en aquella casa..

Al ver á un reverendo padre capuchino de la facha del padre Mondoñedo, que dejaba escapar de sí una grande atmósfera de severidad religiosa, la pobre Totovía se estremeció.

—¿Quién sois? la dijo en cuanto la vió el padre Mondoñedo.

—Yo, señor, contestó temblando la pobre, me llamo la Totovía.

—¡La Totovía! Pero ese es un apodo; ¿no teneis nombre de pila? ¿no estais bautizada?

—Sí señor que sí, dijo la Totovía; estoy bautizada y me llamo María.

—¿Y por qué en vez de llamaros con el dulce nombre de la Santa Vírgen madre de Dios, respondeis cuando se os pregunta cómo os llamais, por un apodo?

—Por costumbre, señor; mi ama no me llamaba nunca de otro modo.

—¿Y por qué no os llamaba de otro modo vuestra ama?

—Porque mi ama aborrecia el nombre de la Santísima Vírgen, contestó aturdida la Totovía.

—¡Jesus, Jesus mil veces! dijo el padre Mondoñedo escandalizado y aun podremos decir que horrorizado; ¿y por qué aborrecia el nombre de la Santísima Vírgen madre de Dios, vuestra ama?

—Porque mi ama era una maldita, contestó temblando de los piés á la cabeza la Totovía.

—¡Una maldita decís!

—Sí señor; una maldita que tenia hecho pacto con el diablo.

—¡Ave María Purísima! contestó el padre Mondoñedo santiguándose.

—Sí señor, sí, dijo la Totovía; pero yo no tengo la culpa, que muy niña me quedé huérfana y esa mujer se apoderó de mí.

—¿Y no habeis podido apartaros de ella?

—No señor; tenia miedo; porque mi ama conjuraba los demonios y los demonios acudian á sus conjuros, y yo temia que, si me escapaba de allí, los demonios se apoderasen de mí por mandato de mi ama.

—¡Qué horror! ¡Qué abominacion! esclamó el padre Mondoñedo; vos estais dejada de la mano de Dios. ¿Quién es vuestra ama?

—Mi ama se llamaba la tia Zampoña, y era la reina de las brujas de Madrid.

—¡Dios mio, Dios mio! esclamó el padre Mondoñedo: ¿y adónde está esa proterva? ¿Dónde está, para entregarla á la Inquisicion á ver si la valen los conjuros contra el Santo Tribunal de la Fé?

—Dios la ha castigado ya, padre, dijo la Totovía.

—¿Que la ha castigado Dios?

—Sí señor, sí; se la han comido los perros.

—¿Qué decís?

La Totovía contó al padre Mondoñedo todo lo que habia pasado la noche anterior.

El padre Mondoñedo la escuchó espeluznándose cada vez mas.

—¿Con que dices, esclamó cuando concluyó, que el cadáver del señor Rodrigo Vazquez de Arce fué arrebatado por los demonios de los hombros de los sepultureros?

—Sí señor, sí. Detrás de él iba la tia Zampoña murmurando conjuros. Ya lo he dicho á vuesa merced: de repente, el féretro con el cadáver rodó por el campo, y luego, ya lo he dicho tambien á

vuesa merced, la tia Zampoña se arrojó sobre él, le arrancó el corazon y se puso á morderle. Luego, luego un perro, ya se lo he dicho tambien á vuesa paternidad, un perro cayó sobre la tia Zampoña, y la devoró; y á no ser por este buen hombre que me recogió y me trajo á su casa, yo no sé lo que hubiera sido de mí.

—¡Misericordia y castigo del señor! dijo el padre Mondoñedo; pero ¿dónde está esa mujer, dónde está esa tia Zampoña?

—La justicia la ha recogido y ha mandado que se la dé sepultura.

—¿Dónde se la ha dado sepultura? dijo el padre Mondoñedo; es necesario que se sepa para que la Inquisicion pueda apoderarse de sus huesos y quemarlos en auto público de fé, si es que del proceso que se haga á esa maldita resulta mérito para entregarla al suplicio del fuego. Ahora, sígueme.

—¿Y adónde me vais á llevar, señor? esclamó temblando la Totovía.

—¿Adónde? A la cárcel del Santo Tribunal de la Fé.

—¡Por Dios, señor! esclamó temblando la Totovía, cayendo de rodillas á los piés del padre Mondoñedo; ¡no me perdais! ¡mirad que si me veo en la Inquisicion, voy á morir de miedo! ¡mirad que yo soy una buena cristiana; que si no he abandonado á esa maldita, ya os lo he dicho, es que temia que conjurase al diablo y que este me cogiese si yo me escapaba de su casa; pero yo rezaba á la Vírgen para que me librase de ella, y la Santa Vírgen María se ha condolido de mí y me ha librado de esa condenada! ¡Por Dios, señor! ¡mirad que yo no he renegado nunca de la fé de Jesucristo! ¡mirad que Dios ve mi corazon, y que todo lo que me suceda será una desgracia que vuesa merced habrá causado y de la que Dios le pedirá cuenta el dia del juicio!

—Vamos, vamos, dijo el padre Mondoñedo; venid conmigo, entremos en la iglesia; allí me hareis vuestra confesion completa; allí os examinaré, y veremos lo que se puede, lo que se debe hacer con vos.

La Totovía siguió temblando al padre Mondoñedo á la iglesia.

El señor Simon se quedó lleno de zozobra, casi sollozando, porque se habia enamorado de la Totovía.

A cada momento le parecia ya mas restaurada, y contaba ya con el dia en que engordada la Totovía, bien tratada, apareciese hermosa.

—Porque, repetia el señor Simon, es mujer de mucho hueso, de buenas formas, y en cubriéndosele los huesos de carne, será una hermosa mujer. ¡Y luego tan inocente! Esta no será como la mia: la mia se está muriendo y vivirá poco; el tiempo suficiente y nada mas para que engorde la otra. Puedo tener una buena esposa, inocente; la acostumbraré á mis cosas; con ella viviré bien, y ella me deberá el verse de una manera muy distinta de lo que se ha visto hasta ahora. ¡Dios quiera que ese terrible padre Mondoñedo no me la lleve á la Inquisicion! El alcaide de la cárcel del Santo Oficio es un truhan, un pícaro, que verá lo mismo que yo he visto y se aprovechará de la ocasion. ¡Dios ponga tiento en las manos del padre Mondoñedo!

La confesion y el exámen de la Totovía duraron mas de dos horas, y fuese porque el padre Mondoñedo la hubiese examinado bastante, fuese porque se acercaba la hora del refectorio, el padre Mondoñedo dió por terminado su exámen y se volvió á entrar con la Totovía en el aposento donde esperaba todo cuidadoso, todo anhelante, el señor Simon.

El padre Mondoñedo se habia convencido de que la Totovía era inocente, que no se habia corrompido con las lecciones de la tia Zampoña, y sobre todo, que no habia ingresado en la cofradía de las brujas.

De esto era muy conocedor el padre Mondoñedo.

Se le tenia por el primer exorcista, por el primer conjurador de demonios, por el primer curador de endemoniados de todas las provincias y aun de todos los de su Orden: así es que tenia una gran práctica, y comprendia que la Totovía no habia sido otra cosa que una víctima inocente de la tia Zampoña.

Por otra parte, encontró que la pobre doncella no habia perdido ni la pureza de su cuerpo ni la pureza de su alma, que habia guardado intacta dentro de sí la religion del Crucificado, que habia sido devota, devotísima de la Vírgen, y que la Vírgen la habia librado á buen tiempo.

Esto desarmó al padre Mondoñedo que era un justo varon.

—Será necesario, dijo al hermano Simon, hablar encarecidamente acerca de María al inquisidor que reside en Arévalo para que se satisfaga con examinarla como yo la he examinado sin reducirla á prision: pero esta doncella no puede permanecer en vuestra casa, señor Simon: á vos se os puede considerar como un hom-

hombre soltero, puesto que vuestra mujer está impedida de tal manera, que viene á ser un cadáver viviente: no quiero poneros en peligro de que perdais vuestra alma: así, pues, me llevo á esta doncella.

—¿Y adónde os la llevais, padre Mondoñedo? dijo con inquietud el hermano Simon.

—Llévomela, contestó con severidad el capuchino, á una casa en donde estará entre gentes que aman y temen á Dios; adonde solo verá buenos ejemplos; llévomela á casa del señor don Félix de Campomayor, al lado de esa santa mujer, de esa doña Juana Coello, para elogiar á la cual no hay palabras bastantes.

—En verdad, dijo el señor Simon, que se cuentan grandes cosas de esa señora, y dicen que solo ha venido á Arévalo porque la llamó en su agonía el señor Rodrigo Vazquez de Arce para que le perdonase; y vea vuestra paternidad, Dios parece que no ha perdonado al señor Rodrigo Vazquez por lo que ha sucedido; ¡mire vuestra paternidad que habérselo llevado los diablos!.....

—¡Juicios incomprensibles de Dios, señor Simon! pero doña Juana Coello ha cumplido cristianamente con su deber obedeciendo al precepto que nos manda perdonar á nuestros enemigos. Vamos, vamos, cobijaos, hija mia.

—Y ¿con qué me cobijo, señor? contestó la Totovía.

—Qué, ¿esta doncella no tiene mas ropa que la puesta? dijo el padre Mondoñedo.

—No señor, así la he recogido como ya se lo he dicho á vuesa merced: me la encontré asustada, enferma, calada hasta los huesos, en la mayor desdicha.

—Id, señor Simon, y busque algun manto viejo de vuestra mujer con que esta pobre se cobije.

El sacristan tomó las escaleras arriba.

—¿Os ha tenido alguna mala conversacion ese hombre? preguntó el padre Mondoñedo á la Totovía.

—No, no señor, contestó esta; me ha amparado, me ha dado esta noche buena cena, buen lecho, buen almuerzo esta mañana, y me ha dicho que queria que le sirviese.

—Vos no estais bien, hija mia, en casa de un hombre que aunque casado tiene á su mujer impedida en el lecho, y que por consecuencia no puede cuidar de vos; á otra parte ireis donde estareis bien guardada, bien aconsejada y con buenos ejemplos.

Apareció en esto el señor Simon con un manto de estameña de su mujer, ya bastante traido y llevado.

Púsoselo la Totovía, y el padre Mondoñedo dijo al señor Simon:

—Acompañadnos; no está bien que una mujer vaya sola por esas calles de Dios con un fraile capuchino; podria la gente murmurar, y es necesario evitar las murmuraciones.

El sacristan tomó su capa y su sombrero, y salió con el padre Mondoñedo y la Totovía, dejando cerrada con llave la puerta de su casa.

Poco despues estaban los tres en la de don Félix de Campomayor.

Desde la puerta se volvió á la suya el sacristan, y el padre Mondoñedo entró en la de don Félix con la Totovía.

CAPITULO XXIV.

De cómo se hicieron las bodas de don José y doña Estrella, y de lo que pasó con doña Juana y don José.

Admiráronse todos en casa de don Félix de Campomayor y se afligió doña Juana Coello, cuando supieron la lúgubre tragedia que habia pasado por el cadáver de Rodrigo Vazquez de Arce, contado todo por la Totavía, que como sabemos habia sido testigo del suceso.

Horrorizáronse además del desastrado fin de la tia Zampoña.

—Dios, esclamó doña Juana, es la justicia infinita, la justicia inexorable; tal vez yo no tenga perdon que dar, tal vez por esto mi perdon no ha alcanzado á ese infeliz. Cúmplase la voluntad del Señor; pero esto me inquieta, señor don Félix, añadió volviéndose á su generoso huésped; ¿será que yo haya pecado de tal manera ó que haya alguna maldicion en mi familia, cuando mi perdon no ha podido alcanzar á Rodrigo Vazquez?

—Tal vez un accidente casual, señora, dijo don Félix: anoche habia una tormenta terrible; el viento era horroroso; volaban las tejas; muchas chimeneas se han derruido; muchas casas viejas han caido por tierra; ¿qué tiene de estraño que el cadáver del señor Rodrigo Vazquez haya sido arrebatado de los hombros de los sepultureros?

—Sí, pero esa coincidencia de una tempestad deshecha en el momento en que lo llevaban á enterrar... ¿no creeis, don Félix, que

en esto puede haber una maldicion patente del Señor? ¿no veis que mi perdon ha sido ineficaz? Esto me inquieta demasiado; tal vez estemos malditos del Señor mi marido y nosotros.

—Tranquilizaos, doña Juana, dijo don Félix; habeis cumplido como una mártir, como una heroina, con vuestro deber, y lo estais cumpliendo.

Y el buen don Félix cambió discretamente de conversacion.

La Totovía se quedó al servicio de doña Juana.

Pocos dias despues se celebraron con gran pompa las bodas de don José y de doña Estrella.

Antes de ir á la iglesia, don José buscó á doña Juana en su aposento y le dijo:

—Dadme vuestra bendicion, madre mia, porque sin vuestra bendicion no iré tranquilo al altar, creeré que despues de casado van á venir sobre mi mujer y sobre mí grandes desgracias.

—¿Que os dé yo mi bendicion? dijo tristemente doña Juana: ¿sabeis si yo la tengo?

—Vos estais favorecida por la gracia del Señor, contestó don José; si no ¿cómo habíais de haber tenido valor para sufrir tan cristianamente, con tan perfecta resignacion, vuestras desgracias?

—¿Y qué derecho tengo yo sobre vosotros para que necesiteis de mi bendicion? dijo doña Juana Coello, que contenia mal las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

—Vos habeis sido madre de mi madre; vos habeis continuado siendo mi madre adoptiva; no tengo otra madre que vos; bendecidme, señora.

Doña Juana Coello estendió sus blancas manos sobre la cabeza del jóven, y dijo sin poder contener ya sus lágrimas:

—¡Que Dios os bendiga, hijo mio, como yo os bendigo! ¡que Dios os dé tanta felicidad en vuestro matrimonio como yo la deseo para mis hijos!

El jóven besó las manos de doña Juana y se levantó.

—¿Y no venís á la iglesia, señora? le preguntó.

—No; temeria llevar con mi presencia la desgracia para vos; dejadme, yo he cumplido ya lo que tenia que cumplir en Arévalo; dentro de poco partiré; dejadme retirada, os lo repito; no querais traer sobre vos y sobre vuestra jóven esposa una desgracia por mi asistencia á vuestro casamiento.

—¡Oh, señora, qué cosas decís!

—Temo que algun pecado desconocido de mi familia haya traido una maldicion sobre mi cabeza y sobre la de los mios: adios.

Y como doña Juana estuviese anegada en llanto y don José comprendiese harto la causa de las lágrimas de doña Juana, respetó su dolor y salió del aposento.

Poco despues, una lucida comitiva salia de casa de don Félix y se dirigia á la iglesia de la parroquia.

Don José estaba vivamente preocupado; las lágrimas de doña Juana habian caido una á una sobre su corazon.

Doña Juana se habia acordado de su hija, de la pobre doña Gregoria, en aquel momento en que un hombre á quien doña Gregoria habia amado, ignorando que era su hermano, por cuyo amor habia muerto, iba á casarse con otra.

Doña Juana sentia celos en nombre de su hija.

Doña Juana creia que don José ignoraba como lo habia ignorado siempre doña Gregoria, que este era su hermano.

Una amargura infinita habia corroido el corazon de la pobre madre; para ella aquel era un dia de luto: don José no tenia disculpa; no amaba, no habia amado á doña Gregoria; y nada tenia de estraño que doña Juana pensase así, estando como estaba en la creencia de que don José ignoraba su estrecho, su cercano parentesco con aquella pobre víctima.

Don José habia comprendido todo esto como quien conocia la verdad de la situacion á causa de la revelacion que le habia hecho el infame Rodrigo Vazquez.

Volvieron de la iglesia y empezaron los regocijos de la boda.

Doña Juana apuró un nuevo martirio; no tenia pretesto para negarse sin que lo estrañasen, sin que tal vez pensasen mal de ella.

Doña Juana, á pesar de lo maduro de su edad, se mantenia escesivamente hermosa.

Todos en la villa sabian que entre ella y don José existia una grande amistad, un grande afecto, unas relaciones antiguas.

Temió, pues, que se interpretase mal en contra de su reputacion su ausencia de la boda, y asistió á ella, pero sin galas; en primer lugar porque no las tenia, y en segundo, como manifestó, porque no estrañasen lo negro de su traje, porque el luto que tenia en el corazon era tanto por la muerte de doña Gregoria, como por sus desgracias, y la incertidumbre acerca de la suerte de sus hijos;

pero por mas que hizo la pobre doña Juana, no pudo menos de estar severa con don José.

Se habian agotado sus fuerzas, le faltaban para fingir, veia en don José un hombre vulgar por el cual su hija habia enfermado y muerto.

Don José comprendió la situacion en que estaba doña Juana, y aquella tarde le dijo:

—Señora, esta noche cuando se hayan ido todos los convidados, cuando hayamos quedado solos mi esposa y yo, esperadme en vuestro aposento.

—¿Y para qué? contestó doña Juana.

—Esperadme, os lo ruego, señora, contestó don José; lo necesito, no penseis mal de mí.

—Bien, os esperaré, dijo doña Juana.

Las bodas fueron ostentosas; don Félix de Campomayor gastó un tesoro: el sarao fué de lo mas brillante que en mucho tiempo se habia visto en la villa de Arévalo.

Al fin á las once de la noche los convidados se retiraron, despues de haber dejado los padrinos en la habitacion nupcial donde ya estaba doña Estrella, á don José.

Apenas habia quedado la casa en silencio y apagadas las luces, cuando don José salió de aquel aposento; vestido tal como en él habia entrado, esto es, con las galas de la boda, atravesó un corredor, subió una escalera, y llegó silenciosamente al aposento que en la casa de don Félix ocupaba doña Juana.

Tocó á la puerta, y doña Juana la abrió por sí misma.

Le esperaba.

—Entrad, le dijo.

Don José entró.

—Y bien; ¿qué teneis que decirme á estas horas?

—Tengo que haceros una revelacion, señora.

—¿Qué revelacion?

—Vos veis en mí á un perjuro.

—¿Yo?

—Sí, vos; estoy seguro de que sabeis que vuestra hija.....

—¿A qué nombrais en estos momentos á mi pobre hija? esclamó severamente doña Juana.

—Os suplico me dejeis continuar. Estoy seguro de que sabeis que entre vuestra hija doña Gregoria y yo hubo amores, amores terribles.

—Y bien, sí, lo sé, contestó doña Juana: la desdichada hija mia, antes de morir, en su delirio, pronunció solo vuestro nombre; escuché la revelacion de esos amores desdichados; vos abusásteis diciendo amores á una noble doncella sin conocimiento de la madre.....

—La situacion en que os encontrábais, señora, impidió que yo os hablase de esos amores; vuestra misma hija no se atrevió á revelároslo; temia sobreviniese una desgracia que amargase mas vuestro corazon. Despues... despues... un hombre funesto, un hombre terrible, el enemigo irreconciliable de vuestra familia.....

—Dejemos en paz á los muertos, don José, dijo doña Juana.

—Dios ha mostrado la maldicion patente á ese infame, á ese verdugo de vuestra hija.

—¡Mi hija!... ¿por qué unís el nombre de mi hija al nombre de Rodrigo Vazquez?

—Porque Rodrigo Vazquez fué el que me obligó con una revelacion terrible á huir de doña Gregoria, á no escribirla, á no darla conocimiento de mi paradero. Rodrigo Vazquez me reveló que la infeliz doña Gregoria era.....

—¡Silencio! yo ignoraba eso.

—Sí, sí señora; yo he guardado el secreto; yo le he devorado en mi corazon; yo he querido morir; he buscado la muerte en Flandes y no la he encontrado, y solo he venido á Madrid por vos, señora, por doña Gregoria; yo ignoraba que hubiese muerto.

—Dejad, dejad en paz á mi pobre hija.

—Necesito que no penseis mal de mí.

—Os he acompañado á Arévalo, y al ver á doña Estrella.....

—Sí, al ver á doña Estrella os ha acontecido lo que á mí; habeis creido ver á doña Gregoria; se parecen mucho las dos.

—En lo único que no se parecen es en la desventura. ¡Dios quiera que vuestra esposa no sea nunca tan desdichada como mi pobre hija! Salid, salid, perdonadme si me he mostrado severa con vos; yo creí que lo ignorábais todo. ¡Ah! no, no, basta, sois jóven, solo una madre guarda ese dolor intenso que no se acaba nunca: vos es distinto; la muerte de una hermana no puede haberos impedido amar á otra mujer, y habeis hecho muy bien: si por el contrario, hubiérais ignorado ese secreto funesto, si queriendo hacer de vos á mi pobre hija, os hubiéseis casado con otra habiendo sido la causa de la muerte de una mujer inocente, pura, hermosa

y abandonada, yo no os hubiera maldecido, don José, yo no os hubiera odiado, pero no hubiera podido estimaros: id tranquilo; habeis recobrado todo mi aprecio; ¡sed feliz!

—¡Ah, señora! esclamó don José arrojándose con los brazos abiertos hácia doña Juana.

Pero esta le contuvo.

—Adios, dijo, adios, necesito rezar, necesito reposar; id, hijo mio.

Y asiéndole con ambas manos la cabeza, le besó en la frente.

Don José salió.

Doña Juana estuvo ocho dias mas en Arévalo; pero al fin declaró que no podia retardar su partida, y partió.

Don José y doña Estrella la acompañaron.

Doña Estrella la amaba, y además de eso, queria ver la córte y conocer al rey.

La Totovía habia vuelto tambien á Madrid sirviendo á doña Juana.

El señor Simon se habia quedado sin novia futura para cuando su mujer muriese, y siempre que veia al padre Mondoñedo, esclamaba:

—Vos teneis la culpa; aquella buena mujer no volverá mas; la engordarán, y protegida por doña Juana, encontrará con quién casarse en Madrid.

CAPITULO XXV.

De cómo se separaron don José y doña Juana Coello.

El beneficio de los veinte mil ducados concedidos á Gonzalo Perez por el Papa, y usurpados por Rodrigo Vazquez, le habian sido devueltos á su legítimo poseedor.

Con estos medios, Gonzalo pudo establecer á su madre y á sus hermanos menores en una pequeña casita, cerca de la Almudena, en la calle de Malpica.

Allí estaba su madre cerca del alcázar, de los Consejos y de la Audiencia para poder gestionar sus negocios.

¿Por qué no fué á reunirse con su marido doña Juana Coello despues de tantos años de ausencia y de desgracia?

Bien lo hubiera querido la pobre doña Juana; pero anteponia á su amor, á sus deseos, el interés de su familia.

Lo que producia el beneficio, apenas bastaba para mantener escasamente la familia, despues de haber tomado sobre él dineros suficientes para que Gonzalo se trasladase á París.

Además de esto, era necesario no perder de vista un momento el negocio de la rehabilitacion de Antonio Perez.

Como secretario del rey, como hombre honrado, como cristiano, caian sobre Antonio Perez tres infamias: la de ladron, la de asesino, la de herege.

La justicia humana y la justicia divina representada por la Inquisicion, mantenian sobre él su anatema.

El proscripto no podia pisar el terreno de su patria sin esponerse á ser castigado por aquellos dos poderes.

En el proceso de visita se le habia declarado concusionario, prevaricador, enriquecido á costa de la real hacienda y de la justicia.

Respecto á Juan de Escobedo, pesaba sobre él una sentencia de muerte por asesinato.

En cuanto á la Inquisicion, esta le habia quemado en estátua en el auto de Zaragoza.

Doña Juana logró con facilidad se rehabilitase á Antonio Perez de las dos sentencias pronunciadas contra él por la jurisdiccion civil ordinaria, é hizo que se renovase el proceso de visita y que se pronunciase sentencia absolutoria en favor de su marido, declarándole bueno y leal ministro del rey don Felipe II.

Ningun interés tenia el duque de Lerma, ministro reinante, por decirlo así, en que continuase la infamia de Antonio Perez; y por otra parte, Felipe III era un rey humano, que se conmovia con las lágrimas, con las súplicas, con las protestas, y sobre todo con el valor, con la entereza, con la mágia de doña Juana Coello.

Pero por una singularidad incomprensible, á pesar de que se absolvió á Perez de la sentencia pronunciada contra él en la visita anterior, y de que se le declaró exculpado de la muerte de Escobedo por falta de pruebas, no se le permitió volver á España, sin que para ello se alegase razon alguna.

En cuanto al proceso formulado por la Inquisicion, se hizo la cuestion infinitamente mas difícil.

La Inquisicion no podia ni queria decir que se habia engañado ó que habia cedido al poder temporal del rey: no podia, absolviendo á Perez, dar con esta solucion un golpe de gracia á su prestigio, porque podian decir los españoles:

—Ved ahí, el Santo Tribunal de la Fé tambien se equivoca, ó el Santo Tribunal de la Fé comete injusticias.

Doña Juana luchó entonces como no habia luchado nunca.

Gonzalo se volvió de París, despues de haber estado allí con su padre, á ayudar á su madre en la tarea de la rehabilitacion del honor de la familia.

Doña Juana sufria de una manera terrible: su martirio se consumaba.

El recuerdo de su hija doña Gregoria permanecia vivo é intenso en su alma, desesperándola, anegándola en lágrimas.

Para ella, siempre, la hora que trascurria era la inmediata á la pérdida de su hija; para ella estaba siempre presente aquel negro cercado que contenia dentro de sí el humilde cementerio de la villa de Alaejos; para ella siempre estaba abierta aquella sepultura en que habia caido el pobre cuerpo de su hija.

Por otra parte, su corazon la llamaba á París; allí estaba el hombre á quien habia amado desde el momento en que le habia visto, cuyo amor no habia olvidado un solo instante, por el cual lo habia sacrificado todo, su libertad, su familia, cuanto pueden sacrificar una mujer y una madre.

Doña Juana se habia trasfigurado.

Nunca habia parecido tan ángel de Dios desterrado sobre la tierra, como en aquellos momentos en que reducida á una pobreza aflictiva, no cesaba, no reposaba, iba de acá para allá, de palacio á los Consejos, de los Consejos á la Inquisicion, de Madrid á Valladolid, de Valladolid á Madrid, en una actividad forzada, á causa de lo delicado de su salud y de lo ya avanzado de sus años: parecia que Dios se habia propuesto estremar los dolores de doña Juana para hacerla merecedora de un mayor premio en la otra vida, de un mejor lugar entre los escogidos.

¿Y por qué estaba casi en la miseria doña Juana, reducida con su numerosa familia al escaso producto del beneficio de su hijo don Gonzalo? ¿No era rico, riquísimo, su nieto adoptivo don José Perez y Coello?

Las materialidades y las miserias de la vida habian venido á establecer una separacion absoluta entre don José y doña Juana.

Milagrosamente, como por un privilegio, por una exencion de la naturaleza, doña Juana, á pesar de lo maduro de sus años y de encontrarse cerca de la vejez, se conservaba hermosa, llena de atractivos y de encantos sublimados por la aureola de martirio que la rodeaba.

Don José, espansivo, franco, leal, rico de corazon, adoraba por decirlo así á doña Juana, y la visitaba frecuentemente.

Doña Juana se habia negado siempre á recibir del jóven nada que representase un valor ni otra cosa que lo purísimo y entrañable de su afecto.

Ahora bien: los celos son injustos y torpes; doña Estrella, que

era una escelente criatura, empezó á sentir celos del ardoroso afecto de don José hácia doña Juana, y á echarlo á la mala parte.

Disimuló sin embargo, sufrió las malas sospechas que sus celos le inspiraban, y calló.

Pero á pesar de su silencio, doña Juana, toda corazon, toda sentimiento, sintió la animadversion íntima que la profesaba doña Estrella; se avergonzó del solo conocimiento de los infundados celos de la jóven, é incapaz de transigir con nada que lastimase en lo mas mínimo su dignidad, cortó bruscamente sus relaciones con don José.

Un dia le dijo:

—Cesad de venir á verme.

—¿Y por qué, señora? esclamó aterrado don José.

—Porque vuestras visitas hacen sufrir á una buena persona, cuya felicidad teneis la obligacion de hacer.

—No os entiendo, señora ,dijo don José.

—Vuestra esposa, que por buena y jóven es inesperta, y que siente por vos como debe un amor escesivo, ve con recelo vuestras frecuentes venidas á mi casa.

—¡Cómo, señora! esclamó don José. ¡Y doña Estrella se ha atrevido!.....

—Doña Estrella no se ha atrevido á nada, contestó doña Juana: sufre en silencio los tormentos que la causan sus celos infundados, y nada hace por lo cual pueda ni remotamente reconvenírsela: pero yo he visto los celos y el sufrimiento en sus ojos: yo, á través de sus ojos, he visto por completo su alma: el afecto que por mí sentís, las ardientes manifestaciones de vuestro cariño, la han engañado.

—Os amo como á mi madre, señora, esclamó conmovido don José; y en efecto, ¿qué otra cosa sois que mi madre?

—No sondeeis vuestro corazon, porque podríais espantaros, dijo severamente doña Juana: como leo en el alma de vuestra mujer, leo en la vuestra.

—¡Señora! esclamó aturdido don José.

—Separémonos, dijo tranquilamente doña Juana con la severidad y la autoridad de la virtud: haced feliz á vuestra esposa: cumplid con vuestros deberes: olvidaos de todo aquello que puede traer por mas que vos no lo pretendais desgracias del corazon á vuestra noble compañera: estimémonos desde lejos: yo no podré nunca dejar de amar como una madre al hijo de la desventurada Casilda:

vos no me olvidareis nunca, estoy segura de ello: buscad todo cuanto podais desear sobre la tierra, en el cumplimiento de los deberes que os impone vuestro honor, y en el amor de la hermosa criatura á quien os han unido los decretos del Altísimo. Ni una palabra mas, hijo mio: Dios quiere que mi familia y yo estemos solos sobre la tierra: ¡que se cumpla la voluntad del Señor!

—¡Ah, no, no, madre mia! esclamó profundamente conmovido don José: yo no quiero que os quedeis sola y pobre con vuestra desventurada familia.

—He dicho que estoy sola sobre la tierra, pero Dios me ampara y no me abandona; conmigo está la fortaleza del Señor: él, que ha guardado mi vida en medio de horribles privaciones, de dolores inauditos; él, que ha impedido que mi alma se debilite, dando entrada á la desesperacion; él, que ha purificado mi espíritu con el fuego del martirio; él, que ha impedido que mi razon muera, él seguirá protegiéndome, dándome aliento y fuerza para continuar mi camino, mi doloroso y triste camino sobre la tierra: no, no está sola quien ha conservado viva y entera en su corazon la fé, quien no ha perdido la esperanza, quien alienta la caridad.

—¡Ah! ¡sois una santa, señora! esclamó don José, mirando con una veneracion en que habia mucho de espanto á doña Juana.

—Santa no, resignada á la voluntad del Señor: pero terminemos esta dolorosa conversacion, hijo mio; consagraos al cumplimiento de vuestro deber; aniquilad todo lo impuro que sintais en vuestro corazon; buscad vuestra fortaleza en Dios, fuente de todo bien y de toda justicia, y acabareis por recibir el inefable premio de la tranquilidad de vuestra conciencia. Adios.

—Adios, contestó el jóven, conteniendo mal sus lágrimas.

Y luego se arrodilló, besó las diáfanas manos de doña Juana, alzóse y escapó.

Desde aquel dia no volvieron á verse doña Juana y don José.

La pobre mártir se quedó reducida al tristísimo círculo de su familia: su vida estaba regulada por un método rígido: se levantaba temprano, iba á misa con sus hijos á la cercana iglesia de santa María; á la vuelta, la Totovía, que sea dicho de paso habia engordado, se habia esclarecido y puéstose buena moza, servia á toda la familia un frugal desayuno regulado por la economía.

Despues, doña Juana se consagraba á la educacion de sus hijos menores, imbuyendo en sus almas los sentimientos de virtud, de

que era tan rica poseedora, enseñando á sus hijas las labores y las faenas propias de su sexo.

A las doce, la Totovía servia una pobre comida; despues, doña Juana se vestia sin asomo de lujo, pero con grande aseo, siempre con su elegancia natural, y siempre de luto, y acompañada de su hijo mayor don Gonzalo, se iba, ya á la audiencia del rey, ya á la del duque de Lerma, ya al arzobispado, ya al tribunal de la Inquisicion, siempre valiente, siempre firme, siempre combatiendo por la restauracion del honor de su marido, que era el honor de sus hijos; pero combatiendo siempre con la dulzura, con la resignacion, con la persuasion y con la elocuencia del sentimiento y de la virtud, sin impacientarse nunca, sin cansarse nunca.

El duque de Lerma se estremecia cuando su maestresala lo anunciaba á doña Juana Coello: habia llegado á cobrarla miedo, y miedo que nacia del grito de su conciencia, que le acusaba por su debilidad en no sacar de penas á aquella mártir ilustre: al rey se le apretaba el corazon cada vez que doña Juana Coello le hablaba: los inquisidores se sentian irresolutos: el prelado de Toledo la llamaba su hija y se contristaba.

Pero los recelos de Lerma, el temor de que si se rehabilitaba completamente á Antonio Perez, no podria equitativamente prohibírsele la vuelta á la patria, cuya vuelta podia ser el encumbramiento del viejo y profundo político, del terrible hombre de Estado en daño de Lerma, hacia que el rey no se decidiese, y que el tribunal del Santo Oficio mantuviese una ojeriza aparente contra Perez.

El duque de Lerma, á pesar de su nulidad, de su carencia de dotes para el gobierno, habia sabido apoderarse de tal manera del carácter del devoto Felipe III, se habia afianzado de tal modo en el poder, que su poder era incontrastable, y recibia en homenaje la sumision de todos los otros altos poderes del Estado.

Doña Juana lo comprendia harto, y sin embargo no aflojaba en su lucha de paciencia, en su insistente lucha: era la suya una acometida diaria, una dulce súplica incesante: sus dolorosas lágrimas no se agotaban nunca: su dulzura, su mansedumbre, su resignacion, la hacian fuerte como un ariete; y sin embargo, resistia el duro monumento de la soberbia y del egoismo del duque de Lerma.

¿Cómo anularse? ¿cómo perderse en la masa comun de los am-

biciosos sin fuerza, bajo la inteligencia y la audacia de Antonio Perez, si volvia este exculpado y restaurado en su honor?

A las cuatro de la tarde, mojada ó helada, ó agobiada por el calor, volvia doña Juana Coello á su casa, descansaba un momento, y se iba con sus hijos á la iglesia. Volvian al oscurecer, y cenaban tan parcamente como habian almorzado y comido. Despues, doña Juana leia ó hacia leer á sus hijos libros piadosos ó instructivos durante una hora, se rezaba despues, los hijos se acostaban, y la madre se ponia á escribir una larga carta diaria para su marido, en que le daba cuenta del estado de sus negocios, concluyendo por dejarle ver siempre su corazon lleno de amor y de indulgencia.

Despues doña Juana se acostaba para dormirse muy tarde y para levantarse muy temprano.

Así pasaron muchos años sin que doña Juana obtuviese otra cosa que promesas y una pension de ochocientos escudos que la señaló, condolido de ella, Felipe III, para que atendiese á la subsistencia de su familia.

CAPITULO XXVI.

En que terminan los sucesos de esta verídica historia.

Llegó el año de 1610.

El último protector de Antonio Perez, Enrique IV de Francia, sucumbió bajo el puñal del fanático Ravaillac.

Este golpe acabó por entero con los últimos restos de valor de Antonio Perez: por mas que Enrique IV se hubiese entibiado mucho en su afecto hácia el ministro proscripto de Felipe II, á causa de las imprudentes impaciencias de este, que habian alarmado á la suspicaz política del rey de Francia, su muerte era una gravísima pérdida para Perez.

Se abatió y buscó su consuelo donde le buscan todos los desdichados que han perdido su esperanza sobre la tierra, en el cielo, en la religion.

Frecuentaba las iglesias de San Pablo y la de los Celestinos, inmediatas á su casa; frecuentaba el tribunal de la Penitencia y la Eucaristía, y cuando el mal tiempo ó el mal estado de su salud le impedia salir, se valia para sus devociones del oratorio que tenia en su casa con autoridad pontificia, y no leia otros libros que las Santas Escrituras.

Pudiera uno de esos pensadores recelosos, que á todo buscan una causa interesada, creer que este misticismo de Antonio Perez,

que en sus relaciones se habia mostrado un tanto impío y aun herege á juicio de sabios teólogos, era una práctica farisáica, cuyo objeto tendia á probar su ardiente catolicismo, á fin de que la Inquisicion levantase de sobre él el terrible anatema que, unido á una terrible sentencia, le habian fulminado.

Pero cuando se medita en los largos sufrimientos que su ambicion y su locura habian producido á aquel hombre de Estado, cuando se mide la profundidad del abismo donde habia caido desde la altura de privado prepotente del mas terrible de los monarcas, cuando se tienen en cuenta sus terribles desengaños, las grandes lecciones que sus desgracias le habian dado acerca de las grandezas y la vanidad humana, se comprende sobradamente la buena fé de su misticismo.

Cuando el hombre se encuentra perdido en lo finito, cuando todo le es adverso, cuando ha muerto para él la esperanza, su alma comprimida, anegada en lágrimas, si se nos permite esta frase, busca ansiosa una espansion necesaria en lo infinito, esto es, en Dios.

¡Ay del que no cree cuando se han cerrado para él todos los caminos sobre la tierra! Cuando como Antonio Perez se ve impotente, viejo, proscripto, infamado, maldito: la desesperacion hará de él un suícida, porque incapaz ya de sufrimiento á causa de lo acervo de su desventura, no ve un mas allá ni mas que la nada, despues de la muerte.

Antonio Perez creia, puesto que sufria y esperaba. ¿Y qué podia esperar mas que la misericordia de Dios para su alma?

En vano habia escrito una y otra carta al obispo de Canarias, fray Francisco de Sosa, general de la órden de Religiosos Observantes y consejero de la Inquisicion, para que le procurase un salvoconducto del Consejo de la suprema, de la general Inquisicion, á fin de presentarse á los inquisidores de Zaragoza y gestionar por sí mismo su rehabilitacion sin temor de que se apoderasen de él y reverdeciesen aquel terrible proceso que terminaba con su sentencia de muerte en fuego.

En vano partió Gonzalo Perez á Roma con objeto de interesar al Papa en favor de su padre.

Lerma influia demasiado en Roma por lo contento que tenia al Papa, y en la Inquisicion por ser inquisidor general su sobrino don Bernardo de Sandoval y Rojas.

Estaba escrito que á pesar de la virtud y de los tenaces esfuerzos de doña Juana Coello, á pesar de la insistencia de Antonio Perez, muriese este en tierra estraña y sin el consuelo de haber dejado por herencia á su familia siquiera la honra.

A principios del invierno de 1611 se agravó de tal manera su enfermedad, que los médicos le desauciaron.

Recibió la Eucaristía y la Extrema-uncion el 3 de noviembre, y en sus últimos momentos, valiéndose de su fiel amigo mas que criado Gil de Mesa, escribió lo siguiente:

«Declaracion hecha por mí, Antonio Perez, en la hora de mi muerte, la cual no pude escribir de mi mano por hallarme fatigado en tal paso, y por esto rogué á Gil de Mesa la escribiese en la forma y tenor que yo le fuere diciendo:

»Por el paso en que estoy, y por la cuenta que voy á dar á Dios, declaro y juro que he vivido siempre y muero como fiel católico cristiano: y de esto hago á Dios testigo. Y confieso á mi rey y señor natural, y á todas las coronas y reinos que posee, que jamás fuí sino fiel servidor y vasallo suyo; de lo cual podrán ser buenos testigos el señor Condestable de Castilla y su sobrino el señor don Baltasar de Zúñiga que me lo oyeron decir diversas veces en los discursos largos que tuvieron conmigo; y los ofrecimientos que muchas é infinitas veces hice, de retirarme adonde me mandase mi rey á vivir y morir como fiel y leal vasallo. Y ahora últimamente, por mano de Gil de Mesa y de otro mi confidente, he escrito cartas al Supremo Consejo de la Inquisicion y al ilustrísimo cardenal de Toledo, inquisidor general, al señor obispo de Canarias, de la general Inquisicion, ofreciéndoles que me presentaria al dicho Santo Oficio para justificarme de la acusacion que en él me habia sido puesta; y para esto les pedí salvoconducto; y que me presentaria donde me fuere mandado y señalado, como el dicho señor obispo podrá atestiguar. Y por ser esto verdad, digo que si muero en este reino y amparo de esta corona, ha sido á mas no poder, y por la necesidad en que me ha puesto la violencia de mis trabajos, asegurando al mundo toda esta verdad, y suplicando á mi rey y señor natural, que con su gran clemencia y piedad, se acuerde de los servicios hechos por mi padre á la majestad del suyo y á la de su abuelo, para que por ellos merezcan mi mujer é hijos huérfanos y desamparados que se les haga alguna merced, y que estos afligidos y miserables no pierdan, por haber acabado su padre en

reinos estraños, la gracia y favor que merecen por fieles y leales vasallos, á los cuales mando que vivan y mueran en la ley de tales. Y sin poder decir mas, la firmé de mi mano y nombre en París á 3 de noviembre de 1611.»

Poco espacio despues murió.

Su cadáver fué llevado sin pompa á la inmediata iglesia de los Celestinos, y sepultado en su claustro. Sobre la sepultura se puso una lápida con esta inscripcion:

HIC JACET
ILLUSTRISSIMUS D. ANTONIUS PEREZ,
OLIM PHILIPPO II, HISPANIARUM REGI
A SECRETIORIBUS CONCILIIS,
CUJUS ODIUM MALE AUSPICATUM EFFUGIENS,
AD HENRICUM IV, GALLIARUM REGEM
INVICTISSIMUM SE CONTULIT,
EJUSQUE BENEFICENTIAM EXPERTUS EST.
DEMUM PARISIIS DIEM CLAUSIT EXTREMUM
ANNO SALUTIS MDCXI.

Hízosele un funeral humildísimo á que asistieron algunos hombres desarrapados, y el frívolo París se olvidó de aquel proscripto que habia sido por mucho tiempo objeto, mas que de su interés, de su curiosidad.

Su edad habia llegado á los setenta y dos años.

La muerte de Perez cambió de repente el estado del negocio de su rehabilitacion.

Nada tenia que temer ya Lerma.

Presentóse á Lerma, desolada, anegada en llanto doña Juana Coello, y Lerma, afectando conmoverse, la aconsejó se presentase con sus hijos á los inquisidores, con los cuales, dijo, influiria para que la escuchasen benévolamente.

Volvióse rápidamente de Roma Gonzalo Perez, y presentó una esposicion al Consejo de la suprema, de la general Inquisicion, firmada por él en union con su madre y sus hermanos en 21 de febrero de 1612, en que se alegaba la manera contrita con que su padre habia muerto, su postrera declaracion protestando su fé cristiana y su lealtad á su señor, la insistencia con que habia pedido se escucharan sus descargos, y asegurando la pureza de su fé, pe-

dian que se abriese informacion en este punto, pues como hijos perjudicados en su fama y en su honra, tenian derecho á ser oidos sobre tan importante cuestion.

Suplicaban por último que en atencion á su conocido estado de pobreza por la confiscacion total de sus bienes, y no pudiendo por esta razon hacer viajes á Zaragoza, se mandara llevar el proceso á Madrid, donde alegarian lo conveniente para acreditar su justicia y restaurar la memoria de su padre.

Los hijos de Perez presentaron además para probar la pureza de la fé católica de su padre los documentos siguientes:

Un certificado de la facultad de teología de la universidad de la Sorbona de París, autorizado y sellado por su secretario en 6 de setiembre de 1603, en que se acreditaba solemnemente la pureza de la Religion Catolica de Antonio Perez, ministro español residente en París.

Un breve pontificio de 25 de julio de 1607, en que Su Santidad, á peticion suya, le absuelve *ad cautelam* de cualesquiera censuras en que hubiese podido incurrir tratando con hereges, como durante algun tiempo lo habia hecho en tierras estrañas apremiado por la necesidad, aunque siempre habia conservado secreta y ostensiblemente la pureza de su Religion Católica.

Su testamento otorgado en París á 29 de octubre de 1611, por cuyo encabezamiento y disposiciones consta ser cristiano católico, apostólico y romano, encargando en tal concepto su sepultura en la iglesia del convento de los Celestinos, y muchas misas y fervientes sufragios por su alma.

Una informacion de testigos recibida en París á mediados de febrero de 1612, ante el auditor del nuncio pontificio, á peticion de Gil de Mesa, español, gentilhombre de la casa del rey de Francia, maestre de su cámara, paisano, amigo, pariente y albacea de Antonio Perez.

El vicario de su parroquia de San Pablo, otros dos sacerdotes y tres testigos, deponen sobre su arreglada vida y sobre sus costumbres, no solo catolicas sino muy devotas, ya asistiendo á los ejercicios espirituales, ya recibiendo con suma frecuencia los sacramentos de Penitencia y Eucaristía en San Pablo, en los Celestinos y en Santo Domingo, hasta que en los tres últimos años puso oratorio con bula pontificia en su casa, donde, por sus achaques, comulgaba y oia misa con cristiana asiduidad.

Fray Andrés Garin, religioso dominicano, declara que estuvo á su lado los últimos ocho dias de su vida, confesándole, reconciliándole, dándole el Viático, presenciando la Extremauncion y ayudándole á bien morir, creyendo que espiró santamente en el Señor, atendido su fervor religioso y su devocion habitual.

Añaden tres testigos que varias veces le oyeron espresar su deseo de volver á España para hacer patente la pureza de su Religion Católica, aquejándole mucho esta idea en su última enfermedad, por no haber conseguido quitar á su mujer y á sus hijos la nota de infames, pero asegurando siempre que á pesar de tan lamentable desventura, moria como habia vivido, en la fé católica romana.

Manuel don Lope declara, que muchas veces oyó maravillarse á Antonio Perez de la contradiccion que notaba en las doctrinas de los hugonotes, pues versados particularmente en las Santas Escrituras, sostenian errores contrarios á su espíritu y á los términos del testo.

Hablando en una ocasion de negocios, le dijo tambien que muchas personas habian desaprobado su conducta cuando renunció la pension de doce mil libras señalada por Enrique IV, tanto por la apariencia de desaire que esta circunstancia tenia, como por la ancianidad y pobreza en que se hallaba.

La respuesta de Antonio Perez fué terminante.

Aseguró, que no solo no se arrepentia de lo hecho entonces, sino que si volviese al mismo estado repetiria su resistencia, para dar una prueba patente de su fidelidad al rey de las Españas, su soberano, y merecer su perdon.

Componíase el último documento de unas cartas auténticas de monseñor Roberto, obispo policiano y nuncio del Papa en París, fechadas á 6 de febrero de 1612, que contienen una completa apología de Antonio Perez, á quien habia tratado íntimamente, y concedídole permiso para establecer un oratorio en su casa con autoridad pontifical.

Entorpecióse el curso de estos papeles algunos meses, porque al tribunal del Santo Oficio se le hacia durísimo confesar que se habia engañado de una manera tan trascendental, que aquel engaño hubiera causado la muerte en fuego de Antonio Perez si hubiese sido habido.

Sobre los inquisidores que habian fallado la muerte de Antonio

Perez, habia ejercido su terrible influencia Felipe II. Se habian encontrado con sofismas y distinciones teológicas, razones bastantes para aquella sentencia, y hasta se habia declarado como proveniente de una familia judía á Antonio Perez.

Deshacer todo esto, ó lo que es lo mismo, retractarse, era cosa demasiado dura para el Santo Oficio, que oponia, como era natural, cuantas dificultades podia para prolongar el caso apurado de la anulacion de una sentencia pronunciada por él.

Apeló doña Juana Coello con sentidas quejas al inquisidor general, que compadecido de ella pidió nota de los documentos, que fué inmediatamente remitida por el escribano de la causa.

Tradujéronse los documentos que estaban en francés, confrontáronse minuciosamente las firmas de los testigos, y el obispo de Canarias, don fray Francisco de Sosa, encareció sobremanera la piedad cristiana y las buenas costumbres de Perez, lo que no sirvió de poco para que al fin el Consejo de la Suprema decretase la revision de la causa.

Presentado este decreto al rey, y como Lerma no tuviera ya interés alguno en que continuase la infamia en la familia de Perez, el rey escribió al márgen del decreto del Consejo de la Suprema «como parece.»

Dióse traslado al tribunal de Zaragoza y avisóse á Gonzalo Perez para que fuese allá á defender la memoria de su padre.

El tribunal del Santo Oficio de Zaragoza, por razones que son fáciles de comprender, se mostró hostil y duro contra Antonio Perez, y decidido á mantener su sentencia.

Gonzalo presentó el documento, cédula de defensas, dividido en ciento y un artículos con espresion al márgen de los testigos que habian de ser examinados al tenor de cada uno, y de las escrituras y papeles que habian de confrontarse para su comprobacion, pidiendo por último que se declarase nula la sentencia de 20 de octubre de 1592, ó por lo menos se revocase y anulase como fundada en datos equívocos y en supuestos falsos.

Cuatro documentos fueron presentados con este escrito.

Un diploma de Cárlos V, como rey de España, firmado en Bolonia á 26 de febrero de 1533, en que despues de referir los grandes testimonios de ciencia y fidelidad y servicios de Gonzalo Perez, su secretario, le crea caballero de la Espuela Dorada, concediéndole nobleza é hijodalguía perpétua para sus descendientes.

Un decreto del emperador-rey fecho en Valladolid á 14 de abril de 1542, en el cual, constándole que Gonzalo Perez, su secretario de Estado, tiene un hijo natural, habido en mujer soltera, llamado Antonio Perez de Hierro, en atencion á los méritos de su padre, lo legitima para herencia, honores y todos los demás derechos civiles.

Una ejecutoria espedida en el tribunal del Justicia Mayor de Aragon, en Zaragoza, dia 7 de mayo de 1544 en juicio contradictorio con la diputacion permanente del reino, por la cual se acredita que Gonzalo Perez era hijo legítimo y natural de Bartolomé Perez, nacido en Monreal de Aragon, secretario de secuestros del Santo Oficio de Calahorra, y doña Luisa Martinez del Hierro, su mujer legítima, natural de Segovia, sin que el haber nacido en esta ciudad de Castilla impidiese á Gonzalo el ser tenido como aragonés para alcanzar empleos del reino y los demás fines oportunos, considerándose esta circunstancia como casual y originada de la ausencia temporal de su padre por ocupacion en el servicio de su majestad.

Una informacion de testigos examinados en Calahorra á mediados de febrero de 1567, ante la justicia real ordinaria, á instancias de Isabel Perez, vecina de Segovia, y de Antonio Perez su sobrino, secretario del rey, sobre limpieza y nobleza de sangre, de la cual resulta, entre otras cosas, que el abuelo de este, don Bartolomé, habia justificado la clara alcurnia de su familia, siendo en su virtud reconocido como caballero noble, hijodalgo distinguido, y concurriendo con los demás de su clase á las juntas y congregaciones del estado de la nobleza.

Apretados con tales pruebas los inquisidores de Zaragoza, y firmes en su propósito de no ceder, entorpecieron durante ocho meses el proceso con dilaciones injustificadas, hasta que, en vista de las querellas de Gonzalo Perez, se examinaron al fin los testigos que acreditaron la limpieza de sangre de Antonio Perez, y llegado el punto de la vista, el abogado defensor destruyó completamente el dictámen fiscal.

A pesar de esto, el tribunal de Zaragoza denegó la instancia de los hijos de Antonio Perez, y elevada esta sentencia en consulta al Consejo de la Suprema, que mas ilustrado y sensato, menos preocupado por viejos odios, resolvió:

«Que atentos á los nuevos autos del proceso, debian revocar y revocaban la dicha sentencia dada y pronunciada contra Antonio Perez en todo y por todo, como en ella se contiene, y declaraban

deber ser absuelta su memoria y fama, y que no obstase á los hijos y descendientes de Antonio Perez el dicho proceso y sentencia de relajacion para ningun oficio honroso ni deberles obstar lo dicho y alegado por el fiscal de la Inquisicion contra su limpieza.»

Consultó en 10 de abril de 1615 el Consejo al rey esta sentencia, y Felipe III puso al márgen, de su puño:

«Hágase lo que parece, pues se dice que es conforme á justicia.»

Devolvióse el proceso á los inquisidores de Zaragoza, encargándoles pronunciar sentencia con arreglo á una carta del Consejo fechada en 2 de mayo: su mandato no fué cumplido hasta 16 de junio.

Los instrumentos originales fueron recogidos al siguiente año por don Gonzalo Perez, quedando en los autos copia certificada por los secretarios del Santo Oficio, y pasando la causa al archivo de la Inquisicion.

Resplandecia al fin la justicia.

La memoria de Perez quedaba rehabilitada y libres de infamia sus inocentes hijos.

¿Pero cuándo?

Despues de la larga proscripcion de Perez; del prolongado martirio de su mujer; de la desgracia y de la miseria de aquellos hijos que habian sufrido una larga prision por culpas que no eran suyas.

Al leer el largo relato de tanta tiranía, de tantos abusos, de tantos escesos, es necesario confesar que por mal que nos encontremos, nos encontramos mucho mejor que como se encontraban nuestros abuelos.

En el libro que terminamos aparece en toda su desnudez y con una verdad escrupulosa, tomada de la historia, el poder de aquellos reyes, ante los cuales se doblegaba todo, la razon, el sentimiento y la justicia.

Échenlos de menos y llórenlos en buen hora los que en lo que ya ha muerto y no puede volver á ser, encuentran el bello ideal del gobierno.

Nosotros no podemos menos de felicitarnos por no haber nacido bajo un régimen tan perfecto.

El proceso de Antonio Perez; la doble causa que le motivó; esto es, la infidencia al rey por su secretario respecto á la princesa de

Eboli y el oscuro asesinato de Juan de Escobedo (ejecucion tiránica de justicia que escandaliza y subleva); las añagazas de un juez miserable, de las que se hacia cómplice un gran rey; la persecucion horrenda contra una esposa modelo de esposas; la crueldad ejercida sobre unas inocentes criaturas; las libertades de un pueblo degolladas; usada la religion en servicio del odio y de la venganza real, todo esto junto, absurdo, abominable; espantoso, constituye la mas negra de las nubes que determinan la sombra que envuelve la figura de Felipe II.

Por eso dijimos al principio de nuestro libro que la historia de este rey era sombríamente dramática.

En el proceso de Antonio Perez, en la animosidad sostenida contra él á costa de su familia, la cuestion de justicia queda clara, patente.

El rey ha sido sentenciado por la historia y el vasallo ha sido absuelto por la compasion, á pesar de considerarle como ministro prevaricador, como traidor y desagradecido á la alta persona que le habia puesto en la mayor altura á que podia llegar un súbdito.

No acontece respecto al proceso de Perez lo que acontece respecto al de Gabriel de Espinosa, el pastelero de Madrigal. Allí hay misterio, hay sombra. Felipe II escapa, por mas que al escapar deje tras sí una estela horrible.

¿Se ahorcó á un impostor ó á un rey?

¿Se rechazó una usurpacion ó se ejerció?

La historia aún no ha pronunciado el fallo.

Felipe II está aún *sub judice*.

Un esclarecimiento de la crítica histórica sobre aquel proceso, puede tanto exculpar á Felipe II como condenarle.

Pero lo repetimos: en el proceso de Antonio Perez no hay duda alguna; se ve claro que se abusó de las leyes, de la religion, de la moral, para satisfacer un odio personal, unos celos mortales, una venganza rabiosa y tenaz.

No se perseguia al *ministro impuro*, no al asesino.

Se perseguia al amante favorecido por el amante desdeñado.

Fué aquel un asunto particular entre vasallo y rey, y tan patente es la pequeñez de la causa de tanta desventura, que Felipe II pierde, al considerársele desde el punto de vista Antonio Perez, todas sus terribles cualidades de gran déspota para convertirse en un personaje vulgar.

Su reserva, su firmeza, su impasibilidad, las dotes en él mas culminantes, se desvanecen, se pierden, se borran.

Felipe II se pone al nivel de Perez apareciendo mas pequeño que él, porque Perez le burla, y el rey acaba de descender hasta lo último, ensañándose en las prendas que al huir deja Perez, como el toro se ensaña contra el capote que el diestro se deja en la arena al saltar la valla.

Por esto aparece tan grande doña Juana Coello.

Se la compara con un rey terrible, y el rey está á sus piés.

Ella débil, sola, desamparada, sobreponiéndose á todo, resiste como una roca que hiere incesantemente el rayo.

Ve palidecer á sus hijos en la prision, siente su hambre y su frio, y no vacila, no cede.

Sucumbe su hija mayor á una desgracia del corazon, y no se quebranta la entereza de doña Juana: continúa resignada y valiente en su dolorosa lucha, asombrando á sus verdugos y dominándolos.

La liberta de la prision la muerte de Felipe II, y no corre al lado de su marido, á quien ama con toda su alma, porque ama mas su honra y la de sus hijos y no puede abandonar el campo de batalla donde aquella honra ha de ser reconquistada.

Siempre incansable, ruega, suplica, llora, insiste, conmueve á los mas egoistas, y triunfa por fin, pero con el dolor de que su pobre marido no pueda gozar del triunfo.

¿Quién es mas grande, Felipe II ó doña Juana Coello?

¿Por qué no encontró el rey la generosidad y el perdon como doña Juana encontró el valor y la constancia?

Nosotros la admiramos como la ha admirado la historia y como la habrán admirado tambien nuestros lectores.

No vivió mas que para el martirio.

Pero vivió lo bastante para terminar su obra.

Y como si Dios no la hubiera concedido vida mas que para ello, enferma ya gravemente cuando terminó el proceso, murió tan cristiana y resignadamente como habia vivido, confiando á la Providencia el cuidado de sus hijos, y llevando á la tumba su amor á Antonio Perez y la inmaculada pureza de su conciencia.

Asombro causa y veneracion y amor esta gran mujer cuando se lee la larga y terrible historia de sus desdichas.

Nada mas grande, nada mas sublime que aquella mártir del

amor conyugal, del amor maternal, que aquella esclava de su deber.

A la libertad de su marido sacrificó la suya y la de sus hijos; arrostró cuantas pruebas horribles pueden combatir el corazon de una mujer y de una madre, y probó que el espíritu humano es inmenso cuando le alienta la virtud.

Nosotros no hemos podido menos de admirar y de venerar á aquella mártir, y deploramos que la cortedad de nuestro ingenio no nos haya permitido consagrar un mejor libro á su memoria.

FIN DE LA NOVELA.

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

SEGUNDA PARTE.

LA VENGANZA DE FELIPE II.

Págs.

CAPITULO XXIII.—La buena alma que tenian los hermanos Vazquez. 5

CAP. XXIV.—De cómo tuvo mucho miedo Rodrigo Vazquez, le salió mal una intriga, y encontró á su amo un perro perdido. 9

CAP. XXV.—De cómo puede ser preso un prendedor. 21

CAP. XXVI.—En que Felipe II se irrita hasta el punto de desconocerse á sí mismo. 28

CAP. XXVII.—De cómo arreciaba la tormenta contra Perez. 34

CAP. XXVIII.—El alférez Bustillos. 44

CAP. XXIX.—De cómo doña Salomé iba de sorpresa en sorpresa. 52

CAP. XXX.—De cómo la cosa iba de mal en peor para Rodrigo Vazquez. 58

CAP. XXXI.—En que Casilda comprende lo difícil que era favorecer á una mujer tal como doña Juana Coello. 65

CAP. XXXII.—De cómo fué mas afortunada con Perez que con doña Juana Casilda. 77

CAP. XXXIII.—En que se trasparenta la grande alma de doña Juana. 82

Cap. XXXIV.—De cómo Sebastian de Santoyo dió un negro disgusto á los hermanos Vazquez. 88
Cap. XXXV.—En que Santoyo da algunos toques vigorosos al retrato de Felipe II. 96
Cap. XXXVI.—De cómo era muy peligroso pretender engañar á Felipe II. 100

TERCERA PARTE.

LOS FUEROS DE ARAGON.

Capitulo I.—Reseña histórica. 107
Cap. II.—En que se presenta un nuevo é interesante personaje, y se trata de otras no menos importantes materias. 112
Cap. III.—De cómo recibió por medio de una carta un golpe inesperado don José Perez y Coello. 124
Cap. IV.—De cómo se fugó Antonio Perez, y lo que resultó de su fuga. 128
Cap. V.—Persecuciones contra Perez en Aragon. 139
Cap. VI.—Continúa la misma materia. 144
Cap. VII.—De cómo Antonio Perez hizo muy bien en ir á buscar en Aragon la justicia que no encontraba en Castilla. 148
Cap. VIII.—Una débil muestra de lo que hacia sufrir Rodrigo Vazquez de Arce á doña Juana Coello. 157
Cap. IX.—De cómo los zaragozanos se salieron con la suya respecto al marqués de Almenara. 165
Cap. X.—De cómo se vió libre Antonio Perez. 177
Cap. XI.—De cómo Felipe II ajustició en don Juan de Lanuza los fueros de Aragon. 183

CUARTA PARTE.

LA CONSUMACION DEL MARTIRIO.

Capitulo I.—De cómo murió Felipe II, y de la situacion en que se encontraban á su muerte doña Juana Coello y sus hijos. 209

Cap. II.—De cómo un alguacil sirvió para que se entendiesen una doncella presa y un gentilhombre libre. 216
Cap. III.—En que se ve que los años hacian mas malo á Rodrigo Vazquez de Arce. 239
Cap. IV.—De cómo no se podian fiar en los descuidos de Rodrigo Vazquez. 247
Cap. V.—Revelaciones. 252
Cap. VI.—De cómo la sentencia de muerte que no habia podido cumplirse en Antonio Perez, se cumplió en su hija doña Gregoria. 260
Cap. VII.—De cómo acabó Rodrigo Vazquez, dominado por la grandeza de alma de doña Juana. 268
Cap. VIII.—En que se trata de los buenos oficios del corregidor de Alaejos por doña Juana Coello. 281
Cap. IX.—De cómo una grandeza muerta puede espantar á una grandeza viva. 290
Cap. X.—En que reaparece uno de los principales personajes de nuestra historia. 296
Cap. XI.—Un alguacil digno de su alcalde. 306
Cap. XII.—Una bruja de segundo órden. 310
Cap. XIII.—De cómo salió de Madrid desterrado Rodrigo Vazquez. 317
Cap. XIV.—De cómo el que caza puede ser cazado. 326
Cap. XV.— En que se continúa la materia del anterior. . . 332
Cap. XVI.—En que se ve que don José no era tan cruel para las mujeres como Pelegrin creia. 363
Cap. XVII.—De cómo, por una casualidad no comun, don José se alegró porque conoció que no se habia acabado para él todo en el mundo. 367
Cap. XVIII.—De cómo los remordimientos pudieron mas que el interés en doña Deogracias. 375
Cap. XIX.—De la mala noche que dieron la tia Zampoña y don José á don Rodrigo Vazquez. 384
Cap. XX.—De cómo la caridad mata la venganza. 392
Cap. XXI.—De cómo perdonó doña Juana á Rodrigo Vazquez de Arce, y de lo que sucedió cuando lo llevaron á enterrar. 399
Cap. XXII.—En que se trata de algunas cosas horribles, que verá el curioso lector. 407

CAP. XXIII.—De la mala obra que hizo el padre Mondoñedo al sacristan de Santa María. 420
CAP. XXIV.—De cómo se hicieron las bodas de don José y doña Estrella, y de lo que pasó con doña Juana y don José. 432
CAP. XXV.—De cómo se separaron don José y doña Juana Coello. 438
CAP. XXVI.—En que terminan los sucesos de esta verídica historia. 445

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO PRIMERO.

	Pags.
A buena parte me has traido.	31
El sepulturero adelantó.	60
.....me pegué á ella y la hablé.	85
Detrás de la trípode se veia el agrio, feo y asqueroso semblante de la madre Martina la Zampoña.	92
¿Me habeis escrito una carta?.	116
Insuati llamó.	157
¿Qué sucede tan grave que aun estando enferma y en el lecho me obligais á recibiros?.	193
Sois, creo, viuda de un hombre, á quien ajusticiaron hace tres dias, dijo el rey.	399
¡Hola! señor Gil de Mesa, aquí estamos todos.	422
Llegaron al fin á la bóveda.	446
Dejad que os vaya sirviendo.	466

TOMO SEGUNDO.

¿Pero quién sois?.	73
Besó la mano al rey, y salió.	103
Levantaos, dijo Vazquez.	159
Amiga mia, volvez eso á la tartera.	328
.....oís ya la voz tremenda que os llama á juicio.	390

dos alabarderos suizos, y otros dos sobre el pavimento de la iglesia á ambos lados de la gradería, apoyados los cuatro en sus alabardas, ceñidas las corazas y cubiertos con relucientes cascos.

Estos cuatro hombres agigantados, magníficos, parecian por su inmovilidad cuatro estátuas.

A la izquierda del presbiterio, se veian en sus sillas de coro, el clero de la parroquia, presidido aquella noche y en atencion á la presencia del rey en la iglesia, por don Gaspar de Quiroga, cardenal arzobispo de Toledo, inquisidor general, patriarca de las Indias y gran canciller del reino.

A este señor asistia su córte de secretarios, familiares y pajes.

La iglesia estaba completamente iluminada, de tal modo, que parecia de dia, y el presbiterio, sobre el que pesaba aquella noche tanta grandeza, aparecia desde abajo magnífico.

Sin embargo, partia de él algo frio, algo terrible, que irradiaba de la sombría y pálida frente del inmóvil Felipe II.

Sus ojos, azules claros, mostraban bajo su tranquilidad algo espantoso, y sus labios se agitaban, no sabemos si rezando ó representando una oscilacion involuntaria de una tormenta interior.

El rey veia, sin mirarla, á una dama, que sentada en una silla estaba á los piés del púlpito, donde fray Diego de Chaves seguia con gran entusiasmo su peroracion religiosa, pintando con los mas sombríos colores las consecuencias del pecado mortal la lujuria.

La dama á quien el rey veia sin mirarla, como si su imágen se hubiera reflejado en sus ojos inmóviles, era una mujer admirable: en una palabra, doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa viuda de Eboli, y querida (esto lo sabia todo el mundo) del señor rey don Felipe.

Las damas de esta señora estaban sentadas en escabeles á su alrededor.

De pié, apoyado en el respaldo del sillon de la princesa, vestido de negro, habia un hombre como de cincuenta años, por las apariencias hidalgo, pero de fisonomía vulgar aunque franca y un tanto ruda, con mas trazas de soldado que de cortesano.

Este hombre era el señor Juan de Escobedo, antiguo servidor de don Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, por cuya razon tenia una gran intimidad con la princesa viuda, y que despues de muerto el príncipe, habia pasado y se mantenia al servicio del escelentísimo don Juan de Austria, hermano bastardo del rey.